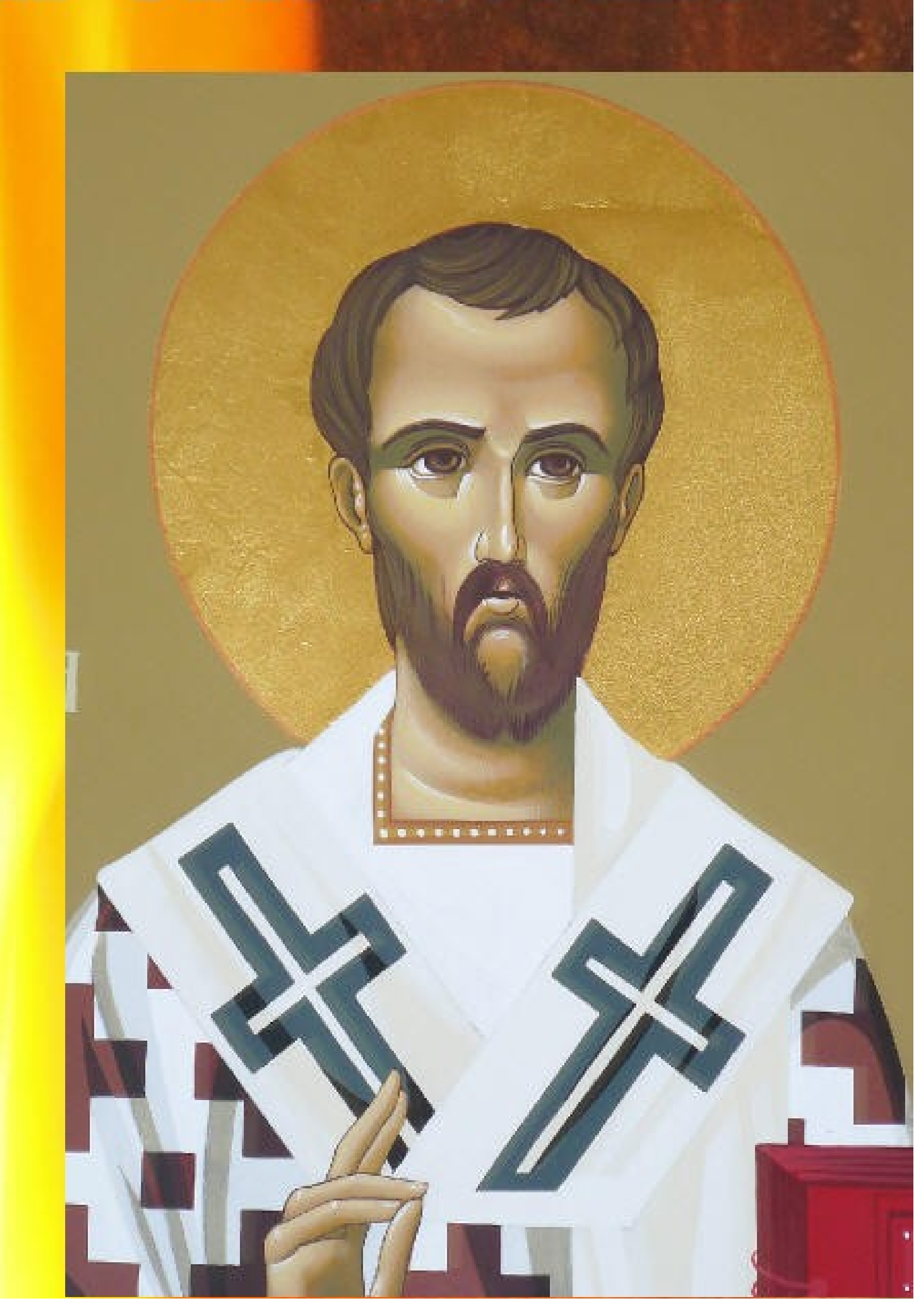
Homilías sobre el Evangelio de San Mateo

San Juan Crisóstomo



HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO

San Juan Crisóstomo

Traducido por
Daniel Ruiz Bueno

ÍNDICE

PRÓLOGO
HOMILÍAS:
1. Proemio
2. Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán (Mt 1, 1ss)
3. Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.
4. Ahora bien: todas las generaciones, de Abrahán a David, catorce generaciones… (Mt 1, 17)
5. Todo esto sucedió para que se cumpliera… Mirad que la virgen concebirá (Mt 1, 22.)
6. Nacida Jesús en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron de Oriente… (Mt 2, 1ss)
7. Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes… respondieron: En Belén de Judea (Mt 2, 4ss)
8. Y entrando en la casa, vieron al niño con María… (Mt 2, 11ss)
9. Entonces Heredes, viendo que había sido burlado… (Mt 2, 16ss)
10. En aquellos días vino Juan, el Bautista, predicando en el desierto… (Mt 3, 1ss)
11. Y, viendo a mudos de los saduceos y fariseos que venían a su bautismo, les dijo… (Mt 3, 7ss)
12. Entonces vino Jesús de la Galilea hacia el Jordán, a Juan, para ser bautizado por éste (Mt 3, 13ss)
13. Entonces fue Jesús conducido por el Espirito al desierto… (Mt 4, 1ss)
14. Mas como oyen Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea, etc. (Mt 4, 12ss)
15. Viendo Jesús las muchedumbres subió al monte… Bienaventurados… (Mt 5, 1ss)
16. No penséis que he venido a destruir la ley y los profetas (Mt 5, 17ss)
17. Oísteis que se dijo a los antiguos: No fornicarás. Pero yo os digo… (Mt 5, 27ss)
18. Oísteis que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo… (Mt 5, 38ss)

19, Mirad de no hacer vuestra limosna delante de los hombres… (Mt 6, 1ss)

20. Mas, cuando ayunéis, no os pongáis tristes… (Mt 6, 16ss)

21. Nadie puede servir a dos señores… (Mt 6, 24ss)

22. Considerad cómo crecen los lirios del campo… (Mt 6, 28ss)

23. No juzguéis y no seréis juzgados (Mt 7, 1ss)

24. No todo el que me diga: Señor, Señor… (Mt 7, 21ss)

25. Cuando Jesús hubo terminado todos estos razonamientos, las muchedumbres estaban maravilladas de su doctrina (Mt 7, 28ss; 8, 1ss)

26. Entrado que hubo en Cafarnaúm, se le acercó un centurión… (Mt 8, 5ss)

27. Y entrando Jesús en casa de Pedro, vio a la suegra… (Mt 8, 14ss)

28. Y habiendo subido Él a la barca… se levantó una gran tormenta… (Mt 8, 23ss)

29. Habiendo Jesús montado en la barca, pasó al otro lado… Y he aquí que le presentaron un paralitico… (Mt 9, 1ss)

30. Y saliendo Jesús de allí, vio a un hombre, por nombre Mateo, sentado al mostrador, y le dijo: Sígueme. Y levantándose él, le siguió (Mt 9, 9.)

31. Cuando estaba El así hablando, he aquí que se presentó un presidente de sinagoga… "Mi hija acaba de morir… (Mt 9, 18ss)

32. Al partir Jesús de allí, le fueron siguiendo los ciegos, que gritaban… (Mt 9, 27ss; 10, 1ss).

33. Mirad que yo os envío como, corderos entre lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas (Mt 10, 16ss)

34. Cuando se os expulse de una ciudad, huid a otra… (Mt 10, 23)

35. No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre… (Mt 10, 34ss)

36. Terminando Jesús de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, pasó de allí para enseñar y predicar en las ciudades de ellos (Mt 1lss)

37. Empezó Jesús a hablar a las turbas acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver en el desierto?... ¿Un profeta?... (Mt 11, 7ss)

38. Yo te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste

estas cosas a los sabios y prudentes… (Mt 11, 25ss)

39. Caminaba Jesús un día de sábado por entre unos sembrados, y como sus discípulos tenían hambre, se pusieron a arrancar unas espigas… (Mt 12, 1ss)
40. Entró en la sinagoga. Y allí había un hombre que tenía la mano seca (Mt I2, 9, 12ss)
41. Mas conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado… (Mt 12, 25ss)
42. O haced bueno a un árbol y haréis su fruto bueno, o haced a un árbol malo y haréis su fruto malo. Porque por el fruto se conoce el árbol (Mt 12, 33ss)
43, Entonces, tomando la palabra algunos de los escribas y fariseos… queremos ver un signo hecho por ti… (Mt 12, 38ss).
44. Estando aún hablando a la muchedumbre, he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera, buscando modo de hablarle… ¿Quién es mi madre… (Mt 12, 46ss)
45. Le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas?... A vosotros se os han dado a conocer los misterios del reino de los cielos; pero a ellos no se les ha dado (Mt 13, 10ss)
46. Semejante es el reino de los cielos a un hombre que siembra semilla buena en su campo. Pero mientras sus hombres dormían, vino un enemigo suyo... (Mt 13, 24ss)
47. Todo esto les habló Jesús en parábolas a la muchedumbre… (Mt 13, 34ss)
48. Cuando Jesús hubo terminado estas parábolas, se marchó de allí... (Mt 13, 53ss)
49. Jesús, que lo hubo oído, se retiró de allí, en una harca, a un lugar desierto… (Mt 14, 13)
50. Y habiendo Jesús despedido a las muchedumbres, subió solo al monte para orar… La barca… estaba ya en medio del mar, sacudida por las olas (Mt 14, 23ss)
51. Entonces se le acercan a Jesús los escribas y fariseos de Jerusalén y le dicen: ¿Por qué...? (Mt 15, 1ss)
52. Y saliendo Jesús de allí se retiró a las parte de Tiro y Sidón. Y una mujer cananea, le daba gritos diciendo: Compadécete de mí… (Mt 15, 21ss)

53. Me da lástima esta muchedumbre, pues llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas… (Mt 16, 32ss)

54. Llegado que fue Jesús a las partes de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? (Mt 16, 13ss)

55. Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame (Mt 16, 24)

56. En verdad, en verdad os digo que hay algunos de los que aquí están que no gustarán de la muerte hasta que vean al Hijo del hombre que viene en su reino (Mt 16, 28; 17, 1-9)

57. Y sus discípulos le preguntaron diciendo: ¿Cómo dicen, pues, los escribas, que antes ha de venir Elías? (Mt 17, 10ss)

58. Una vez, hallándose en Galilea, les dijo Jesús: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres… (Mt 17, 22ss; 18, 1-6)

59. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque forzoso es que vengan escándalos. Sin embargo, ¡ay del hombre por quien los escándalos vienen! (Mt 18, 7)

60. Si tu hermano pecare contra ti, anda y corrígele entre ti y él solo. Si te escuchare, has ganado a tu hermano; pero si no te escuchare, etc. (Mt 17, 15ss)

61. Acercándosele Pedro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? (Mt 18, 21ss).

62. Y sucedió: Cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, marchó de Galilea y se fue a los límites de Judea, al otro lado del Jordán (Mt 19, 1ss)

63. Y he aquí que, acercándosele uno, le dijo: Maestro bueno ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? (Mt 19, 16ss)

64. Tomando Pedro la palabra, dijo: Pues nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido… (Mt 19, 27ss)

65. Y al subir Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos a solas en el camino y les dijo: Mirad que subimos a Jerusalén y el hijo del hombre será entregado… (Mt 20, 17ss)

66. Al salir ellos de Jericó, le fue siguiendo una gran muchedumbre, y he aquí que dos ciegos, sentados junto al camino… (Mt 20, 29ss)

67. Y, habiendo entrado Jesús en el templo, expulsó de allí a todos los que

vendían y compraban… (Mt 21, 12ss)

68. Escuchad otra parábola. Hubo un señor que plantó un viña y le puso en torna una cerca, y cavó en él un lagar y construyó una torre… (Mt 21, 33ss)
69. Semejante es el reino de los cielos a un rey que preparó un banquete para las bodas de su hijo… (Mt 22, 1ss)
70. Marchando entonces los fariseos, se confabularon a fin de cogerle en alguna palabra (Mt 22, 15ss)
71. Uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó, para tentarle, diciendo: ¿Cuál es el mayor mandamiento de la ley?
72. Entonces habló Jesús a la muchedumbre y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Pues bien, haced… (Mt 23, 1ss)
73. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas aun con pretexto de hacer largas oraciones!... (Mt 23, 14ss)
74. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas…! (Mt 23, 29ss)
75. Y habiendo salido Jesús del templo, iba caminando. Y se le acercaron sus discípulos para hacerle notar las edificaciones del templo… (Mt 24, 1ss)
76. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes, y el que esté sobre la terraza, no baje a tomar nada de su casa… (Mt 24, 16ss)
77. De la higuera debéis aprender la parábola; cuando ya sus ramas se tornan blandas y echa la hoja, conocéis que la primavera está cerca. Así vosotros… (Mt 24, 32ss)
78. Entonces el reino de los cielos se asemejará a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo… (Mt 25, 14ss)
79. Cuando viniere el Hijo del hombre en su gloria… entonces se sentará sobre el trono de su gloria y separará las ovejas de los cabritos… porque tuve hambre… (Mt 25, 31ss)
80. Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el Leproso, se le acercó una mujer con un vaso de alabastro lleno de perfume precioso… (Mt 26, 6ss)
81. El primer día de los ácimos se acercaron los discípulos a Jesús, diciéndole: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?... (Mt 26, 17ss)

82. Mientras ellos comían, habiendo tomado Jesús el pan y dado gracias, lo partió y dio a sus discípulos y dijo: (Mt 26, 26ss)
83. Entonces marchó Jesús con ellos al lugar llamado Getsemaní… (Mt 26, 36ss)
84. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús echó mano a su espada… (Mt 26, 51ss)
85. Entonces escupieron en su rostro y le dieron de bofetadas: otros le dieron de cachetes diciendo: Adivínanos… (Mt 26, 67ss)
86. Y Jesús fue presentado delante del gobernador, y el gobernador le preguntó, diciendo: ¿Tú eres el rey de los judíos? Y Jesús le respondió: Tú lo dices… (Mt 27, 11ss).
87. Entonces los soldados del gobernador, llevando a Jesús al pretorio, juntaron en torno a Él a toda la cohorte… Salve, rey de los judíos… (Mt 27, 27ss).
88. Desde la hora sexta, vinieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona. Mas hacia la hora nona, gritó Jesús con grande voz: ¿Eh, Elí, lama sabactani?... (Mt 27,45)
89. Al día siguiente… se reunieron los sumos sacerdotes ante Pilatos diciéndole: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo estando aún vivo… (Mt 27, 62ss)
90. Mientras las mujeres marchaban, he aquí que algunos de la guardia, viniendo a la ciudad, contaron a los sumos sacerdotes todo lo que había sucedido…. (Mt 28, 11ss)

PRÓLOGO

San Juan Crisóstomo, luminar mayor de la Iglesia universal, que sólo tiene par, en Occidente, con San Agustín, y el más grande, sin duda, de los Padres de lengua griega, comparte con otros genios o ingenios de la antigüedad, Aristóteles, por ejemplo, la gloria de que todo el mundo los cite o, por lo menos, los nombre y nadie o casi nadie los lea. Altísima gloria, a la postre, pues son nombres que se han convertido en símbolos. Aun quienes no saben una palabra de filosofía griega —y son legión innúmera— saben, de oídas desde luego, que Aristóteles fue un grande, si no el más grande de los filósofos griegos; y quienes no han leído jamás una homilla de San Juan Crisóstomo —y son también número infinito— saben que fue el más grande orador cristiano, y hasta conocen la etimología de su sobrenombre, que complacientemente nos explican: Crisóstomo, "el de la boca de oro". Claro que a lo mejor se imaginan que así debió de llamarse *a nativitate*, como si hubiera nacido ya perorando, e ignoran que sólo a partir del siglo VI se le llamó "boca de oro" y que, en fin, ese mismo sobrenombre, un sí es no es pedante, lo llevó Dión de Prusia, rétor y filósofo cínico contemporáneo y amigo de Trajano. Pero esto son ya minucias de erudición, que sólo los ociosos tienen obligación de saber.

Pero de esta casi total y casi universal ignorancia de la obra de San Juan Crisóstomo (y lo mismo, *mutatis mutandis*, cabria decir de la de Aristóteles), no toda la culpa es achacable a la también casi total y casi universal falta de ocio de que padecen los hombres de nuestro tiempo. Cierto. ¿Quién lee hoy a San Juan Crisóstomo? Pero ¿quién lo puede leer? No es sólo que sobre sus obras pese la ignominiosa sentencia que no sé quién pronunció: *Graecunt est. non legitur...* (Cosa notable: en tiempos de Cicerón, bastante anteriores a San Juan Crisóstomo y remotísimos ya de los nuestros, la sentencia sonaba de modo totalmente contrario: *Graeca per fere omnia leguntur.*)

Pero si en griego no, pudiera leerse a San Juan Crisóstomo en

latín, pues las versiones son tan antiguas como las ediciones del texto original. Erasmo ofreció la suya a los hombres del Renacimiento. Montfaucon, mejorando la obra de varios antecesors, compuso otra para su gran edición de las *Opera omnia* (1718-38), que pasó naturalmente a los grandes tomos de Migne (PG 46-64). Pero ¿quien tiene hoy arrestos para cargar sobre sus hombros y echarse al coleto uno de los trece volúmenes de edición montfauconiana o los dieciocho de Migne, que parecen obras de cíclopes y que, apilados, forman una ingente muralla, buena para parapetarnos tras ella en caso de peligro, pero mala, francamente mala, para incitar la más leve apetencia de lectura? ¡Allá están los gruesos volúmenes, con un dedo de docto polvo, en los estantes últimos de las viejas bibliotecas, cuando no se los ha subido a los desvanes, para que duerman más tranquilos el sueño secular de su mole y de su polvo!

La mole misma, pues, de la obra de San Juan Crisóstomo nos abruma con sola su vista. y tácitamente argumentamos que, pues no hemos de dar cabo a su lectura, tampoco vale la pena comenzarla. Falsa argumentación, sin duda, y pobre consuelo de pequeñez primera de alma. Al montañero nato, la cima misma, aun inaccesible y por inaccesible, le invita a la ascensión y es un honor el mero intento de escalada.

Y hablamos de las ediciones en griego y en latín, como esta ciclópea del gran maurino Bernardo de Montfaucon, cuyo tomo séptimo llena en estos momentos toda mi mesa de estudio. ¿Qué hará quien no lea ni el griego ni el latín? Y la verdad es que ni una ni otra lengua son de fácil lección. A mi el griego se me ha hecho siempre dificil, aun después de mis veinticinco primeros años de estudio. Y otros me han confesado que el latín precisamente de la versión de las *Homilias “in Matthaeam”* de San Juan Crisóstomo les sigue sonando a griego y no es tampoco un incitante a la lectura. Habría, pues, que pensar en buscar unas páginas de San Juan Crisóstomo en castellano. Pero ¿dónde hallar esas páginas? Páginas, naturalmente, que habrán de ser de buen castellano y de buen San Juan Crisóstomo, pues de lo contrario valdrá más no leerlas. Pues bien, el último intentos serio de acercar San Juan Crisóstomo a los lectores españoles data de 1905, en que el P. Florentino Ogara publica sus tres volúmenes de *Homilías selectas*. Lo posteriormente publicado, incluso un desdichado librillo mío, no

merece mención ninguna, y el lector hará muy bien en desdeñarlo —mi desdichado librillo ante todo.

La ausencia, pues, de San Juan Crisóstomo, podemos tristemente afirmar que es, entre nosotros, absoluta. Objeto de muy temprano interés por parte de lectores españoles, pues existen traducciones suyas que se remontan al siglo XV; frecuentemente citado por nuestros escritores ascéticos y místicos del siglo de oro —tales los dos Luises, Alonso Rodríguez, Juan de Avila, Fray Juan de los Angeles, entre los que ahora tengo a mano—, que lo leían ávidamente en los grandes infolios conventuales que a nosotros nos aterran; leído y traducido todavía en el siglo XVIII por algún benemérito helenista —tal el famoso escolapio P. Scio de San Miguel, que editó y tradujo el *De sacerdotio*—, y por algún benemérito traductor del siglo XIX —tal F. J. Caminero, que publica las *Homilías "in Matthaeum"*—; hoy seria muy difícil hallar el nombre de San Juan Crisóstomo en ningún libro ascético o místico (si es que aún se escriben libros místicos en la gran época de los libros de texto de la asignatura de religión) u oír su nombre a ningún orador sagrado, cuyo patrón es, aunque bien puede dudasse que sea también su modelo.

Ausencia, pues, innegable, de San Juan Crisóstomo entre nosotros. Y, sin embargo, ¡qué voz la suya tan digna de ser oída! Desde aquel lejano siglo IV, cuya grandeza corre a par de su miseria; desde aquella Antioquía, merecidamente apellidada la grande y la bella, ápice de belleza de todo el Oriente —*orientis apex pulcher*—, como la llama Amiano Marcelino, el historiador pagano, antioqueno y contemporáneo de San Juan Crisóstomo desde aquella grande metrópoli,la segunda o tercera de todo el Imperio, cristiana, judía y pagana en revuelta mezcolanza, como cualquiera de nuestras grandes capitales modernas; este gran Padre de la Iglesia, hijo de su tiempo, nos habla con un acento de modernidad y actualidad impresionante, escalofriante a veces. Si gustáramos del ejercicio retórico que los griegos llamaban *synkrisis* y nosotros *paralelo*, como gustaba de él San Juan Crisóstomo, aqui pudiéramos trazar uno entre su siglo y el nuestro, entre su ciudad y las nuestras, entre las miserias y grandezas de entonces y las de ahora. Mas, aun sin necesidad de trazarlo aquí, el paralelo surge por sí mismo ante los ojos y la mente del lector de las presentes *Homilías* de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo.

Hay en estas *Homilías* —y no intentamos negarlo ni disimularlo— mucha ganga y escoria propia de la época y de los gustos literarios de ella, que no son idénticos a los nuestros. Es el tributo que humildemente hemos de rendir a los pretéritos, como piadosamente lo hemos de esperar de los venideros, pues sería ingenuo pensar que éstos han de hallar nuestro estilo irreprochable. Mas, vencida esa dificultad de sobrehaz, en estas *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* es, indudablemente, donde con más claro acento actual resuena la voz de San Juan Crisóstomo, como eco que es de la eterna y nunca agotada actualidad y perennidad del Evangelio. No tenemos por qué ocultar nuestra intención al anteponer, contra la cronología, este volumen de los *Comentarios al Evangelio de San Mateo* a la selección de obras de San Juan Crisóstomo que la BAC quiere ofrecer, en texto y versión, a los lectores de habla española. Este solo volumen es prueba irrefragable de que todo ese polvo que recubre los grandes mamotretos relegados en los desvanes de las bibliotecas, tiene que ser inexorablemente aventado, pues soterra tesoros de pura doctrina cristiana y mancilla —si mancillarse pudiera— una de las almas más ardiente, más vehementes, más pura, total y profundamente cristianas que han hablado a los hombres en lengua griega.

Como homenaje al sabio maurino que en el siglo XVIII preparó la magna edición, aún no superada, de las *Opera omnia* de San Juan Crisóstomo, pláceme traducir este bello resumen de lo que son y contienen las Homilías de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo. Ello vale por todo y más de lo que pudiéramos decir nosotros:

> "Las *Homilías sobre Mateo*, que en número de noventa llenan todo este tomo, rebosantes de toda disciplina moral, contienen toda la suma de la vida e institución cristiana. Aqui se hallan todos los modos de seguir y practicar la virtud, aquí se aducen y explanan todas las razones para huir del vicio. Nada se omite de cuanto atañe a la vida santa o mala, para abrazarse con la una y rechazar la otra. No hay libro alguno en el orbe cristiano —*nullus est in orbe christiano liber*— que comenga tantos y tan importantes preceptos de la ética cristiana. En ninguna otra obra usó el Crisóstomo tanta invención, facundia y sagacidad para formar las costumbres, eliminar los vicios y ordenar rectamente las familias. De ahí que con razón decia Santo Tomás, según

refiere Papirio Masson en su libro de *Romanis Pontificibus*, sobre el papa Juan XXI, que prefería usar de los libros del Crisóstomo sobre San Mateo a poseer y gozar de la ciudad de París. y así lo refiere Oldrado, jurisconsulto, que vivía en Aviñón en tiempo de Juan XXI. Hasta aquí Montfaucon.

El testimonio de Santo Tomás de Aquino es magnifico, y honra por igual a quien lo dijo y a la obra de la que se dijo.

No parece, por lo demás, que pueda dudarse de su autenticidad, y, aun negada ésta, el dicho conservaría todo su valor simbólico. Grabmann lo recoge así en su *Santo Tomás de Aquino*.

"En las actas de su canonización hay un rasgo hermosísimo que muestra la grande atracción orle sentía hacia las obras de los SantosPadres. Volviendo Tomás en cierta ocasión de *Saint Denis* con algunos compañeros de su orden, al acercarse a París y ver la gran ciudad extenderse ante sus ojos, uno de los compañeros le dijo: —¡Qué hermosa es esta ciudad! —Ciertamente, muy hermosa, repuso Tomás. —¡Qué bien si fuera tuya —acudió el primero—. Y Tomá: —¿Qué había yo de hacer con ella? —Podrías venderla al rey de Francia y, con el precio, construir magníficos conventos de la orden. —A decir verdad, yo más quisiera tener las *Homilias de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo*— concluyó Tomás seriamente.

Las *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* que tanto anheló poseer Santo Tomás de Aquino las tenemos nosotros al alcance de la mano. Lo que quizá se nos ha ido a distancias estelares es el espíritu y genio de Santo Tomás de Aquino.

Las noventa *Homilías sobre el Evangelio de San Mateo* fueron predicadas por San Juan Crisóstomo en Antioquía entre los años 390 a 398. Que fueron predicadas en Antioquía, puede afirmarse con certidumbre. En la homilía VII increpa el orador con vehemencia a sus paisanos:

"Vosotros, cuando de preeminencias se trata, pretendéis ocupar el primer lugar, por haber sido nuestra ciudad la Primera en ceñirse la corona del nombre cristiano: pero en el combate de la castidad no os avergonzáis de quedaros a la zaga de las ciudades más incultas."

Es la alusión, de que tanto gustaba San Juan Crisóstomo, a Act 11,26: *Y en Antioquía se llamó por vez primera cristianos a los discípulos.* (San Juan Crisóstomo no sospechó jamás que este nombre de "cristiano" fue dado a los discípulos" de Jesús por los no cristianos y, en principio, debió sonar como mote de desprecio. San Pablo no lo usó jamás y, cuando ante el tribunal de Festo, después de su vehemente oración, le dice Agripa: "Por poco me persuades que me haga cristiano", el Apóstol no repite este nombre, que suena, evidentemente, a desprecio en labios del reyezuelo judío: *Ruego a Dios que, en poco y en mucho, no sólo tú, sino todos los que me escuchan, sean lo que yo soy, excepto estas cadenas* (Act 31, 29). Como quiera, para San Juan Crisóstomo. era ésta una gloria única de su ciudad, y él no se cansa de recordarla a sus oyentes.

El pasaje es decisivo, y aun puede confirmarse con lo que sigue inmediatamente. En el más puro estilo de la diatriba, el orador imagina que sus oyentes le replican: "Sí, —me decís—. Pero ¿qué nos mandas hacer? ¿Acaso que vayamos a habitar las montañas y hacernos monjes?" De montañas y monjes sólo se podía hablar en Antioquía, y San Juan Crisóstomo habla de ellos con frecuencia a todo lo largo de estas *Homilías sobre San Mateo*. Para los antioquenos, el tema tenía un hechizo incomparable, y algunas de las más bellas páginas que aquí leeremos están destinadas a evocar aquella vida que Juan no se cansa de calificar de angélica en contraste con la universal depravación de la ciudad. En Constantinopla, si bien la corrupción era igual o mayor que en Antioquía, el tema de los monjes no podía tener el interés próximo y casi familiar que aquí tiene. Digamos, en fin, con Montfaucon, que no hay por qué perder tiempo en cosa tan patente.

La fecha, en cambio, de 390 a 398 para la predicación de las *Homilías sobre San Mateo*, es sólo conjetural. Ante todo, hay que ponerlas después de las homilías sobre las estatuas, pronunciadas con ocasión de la famosa sedición de Antioquía el año 387, en que, entre otros desmanes, fueron derribad, arrastradas y hechas añicos las estatuas del gran Teodosio, de su difunta esposa Flacila, de su padre y los príncipes Arcadio y Honorio. El tema moral que machaconamente se repite en estas justamente célebres *Homilías "de statuis"* es el de los juramentos. Este tema desaparece de las

Homilías "in Matthaeum", excepto, naturalmente, en el pasaje correspondiente del sermón de la Montaña. Entre los años de 386-388 se ponen también sesenta y seis homilías sobre el Génesis, las siete primeras *De Incomprehensibili* o “contra los anomas”, la "Demostración de la divinidad de Cristo" y los ocho discursos *contra Iudaeos* y nueve homilías sobre el comienzo de los Hechos de los Apóstoles. Parece imposible tuviera también tiempo para un comentario tan amplio como este de San Mateo, en que más bien vemos confluir y como remansarse temas o ideas de predicaciones anteriores. La grande obra homilética sobre San Mateo pudo, pues, comenzarse hacia el 390, se interrumpirla con otras predicaciones de *tempore*, señaladamente los panegíricos de mártires y confesores, y se terminarían en fecha imposible de fijar antes del año 398, en que San Juan Crisóstomo abandona Antioquía para ocupar la sede de Constantinopla, la cátedra llena de peligro y objeto de tanta ambición, como la interpelara Gregorio de Nacianzo en el momento de darle su último adiós.

Como quiera que sea, aun dentro de la relativa incertidumbre cronológica, por su fondo y por su forma, por su ímpetu vital y la plenitud de doctrina, las noventa homilías *in Matthaeum* de San Juan Crisóstomo son una cima en su vida y en su obra. Dueño de sí y de su auditorio, en la fuerza y madurez de su edad, de su genio y su talento, en su *acmé*, que decían los griegos, consciente de su misión divina de pastor y guía de las almas, ardiente de celo por su salvación, abrasado, como otro Pablo, de amor a Jesucristo, secreto último de su fuerza y su elocuencia, concibe el audaz pensamiento de exponer ante sus oyentes el evangelio íntegro de San Mateo y lo lleva a cabo de modo magistral en noventa homilías, que son una creación y un monumento originalísimo, síntesis acabada de exégesis y parénesis, hablando en griego; cifra y compendio de lo que ha de ser la auténtica predicación cristiana: exposición de la palabra divina, del evangelio ante todo y sobre todo, y exhortación a su seguimientoy práctica en vida. *Et tour le reste est litterature.*

Alto ejemplo y lección del gran Padre de la Iglesia del siglo IV, para quienes tienen deber y misión de predicar la palabra divina en este siglo XX, pendiente abajo de su mitad cronológica y pendiente abajo de su ruina, si se empeña en caminar de espaldas al Evangelio. La ausencia del Evangelio en nuestra vida es

aterradora; pero ¿por qué no decirlo también? La ausencia del Evangelio —y, sobre todo, del Evangelio en su sentido primero y viviente, que es Cristo Jesús mismo— en la predicación, no lo es menos. El cristianismo, que es y no puede ser otra cosa que el misterio de Cristo, se ha convertido en puro moralismo —un moralismo casero, por añadidura, que no parece justificar hecho divino tan enorme, tan fuera de toda norma, como que Dios se hiciera hombre, padeciera y muriera en la cruz. No quiero hablar en abstracto. De una plática, enunos mal llamados ejercicios espirituales la pasada cuaresma, me extracté este párrafo. entre otros de una chabacanería espantosa. Se hablaba de las "virtudes" que ha de tener la mujer:

> "La mujer ha de ser ordenada. El hombre es el desorden mismo: los pantalones por aquí, la americana por allá, los calcetines en medio del comedor, la corbata debajo de la silla y así de lo demás. Pues ahí está la mujer: la madre, la hermana, la hija, para poner orden en todo.

Y así por tres largos cuartos de hora, en un irrestañable fluir de ramplonerías", que convertían aquellos "ejercicios espirituales" en auténtico ejercicio de heroica paciencia. Ni una sola vez oí pronunciar el nombre de Jesús. Aquel mismo día —viernes II de marzo de 1955— el *Ya* daba noticia del discurso del papa Pío XII a los predicadores de Roma: pero no reproducia sus más bellas palabras que leí posteriormente:

> "Sed animosos, queridos hijos. Sabed tomar de la mano a las almas y empujadlas dulce, pero firmemente a Jesús, hacia la amistad con Él, hacia la transformación en Él. Hacedles comprender que sólo así encontrarán la paz, la fe, la alegria, la esperanza, el amor. Sólo así encontrarán la vida."[1]

---

[1] He aquí otra muestra, como la tengo anotada: "La religiosidad es virtud esencial de la mujer. Una mujer sin religión no se concibe: ni es hombre ni es mujer. No es hombre porque naturalmente, no lo es. No es mmujer, porque le falta une cualidad esencial para serlo. Es un ser híbrido. Que el hombre no tenga religión, no diremos que esté bien; pero, al fin, se comprende. Ya sabemos que la mayor

¡Qué emoción, qué dilatación, qué gozo al leer estas palabras de Pío XII! ¡Qué bien se siente que habla el Vicario de Jesús en la tierra! Pero, ¿no es vicario —con minúscula, con humildad— de Jesús todo sacerdote, que sólo como legado suyo puede hablar? *Pro Christo legatione fungimur*. Por desgracia, la predicación se va o por las ramas o por las nubes, si no es que se arrastra por el suelo. Pues he aquí a este gran Padre del siglo IV que toma en sus manos el Evangelio de San Mateo y lo comenta íntegro —lo explica y lo aplica, ante sus oyentes de Antioquía, en noventa largas homilías, en que sentimos aún palpitante y viva, ardiente y fuerte, su propia alma, y en las que se refleja también mucho de la vida de su tiempo—. ¿Por qué no hacer hoy nosotros lo mismo que San Juan Crisóstomo en su tiempo? Como en aquellos días de agonía del mundo romano, en estos de agonía y angustia universal nuestra, la palabra de Pedro tiene vigencia absoluta: *Non est in alio aliquo salus*. No hay otro nombre en que nos podamos salvar fuera del nombre de Jesús (Act 9,12). Es decir, ¿por qué no predicar decididamente el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, que, puestos ante lo eterno, no se diferencian absolutamente de los hombres de cualquier tiempo? Al fin, ése fue el supremo mandato del Señor antes de remontar su vuelo a los cielos: *Marchad por el mundo entero y pregonad el Evangelio a toda la creación* (Mc 16, 15). Un Evangelio que hoy apenas si podemos entender más que en el sentido de un libro, siquiera sea divino: pero que originaria y primariamente quiere decir "la buena nueva" de una Persona divina, con todo lo que nos trajo y nos dio y dijo e hizo a su paso por la tierra y sigue trayéndonos y dándonos y diciendo y haciendo en su vida perenne en el cielo y en la Iglesia. Cuando Jesús mandó a sus apóstoles a predicar el Evangelio por toda la creación, el Evangelio, como libro, no exista todavía.

Llenar, pues, el vacío y ausencia de San Juan Crisóstormo entre nosotros y presentar patente y fuerte su lección y ejemplo en su magna obra de las noventa *Homilías in Matthaeurn* es indudablemente un excepcional servicio que presta la BAC a la cultura religiosa del mundo hispánico con la publicación de estos

---

parte de los hombres se pasan la vida de espaldas a Dios y a las prácticas de la religión". Naturlamente un solo ejemplo nada probaría; pero ese ejemplo puede multiplicarse indefinidamente.

dos volúmenes que inician, un poco contra la cronologia, la selección de obras de San Juan Crisóstomo. Toda nuestra admiración y gratitud será poca para la Biblioteca de Autores Cristianos, que en tan difíciles tiempos y, al parecer, tan ajena a lo pretérito, ha tenido fe bastante para mover esta montaña de las obras de San Juan Crisóstomo y ofrecer en su texto original y versión española lo mejor y más actual de ellas.

Mi colaboración ha sido por extremo modesta, aunque llevada también a cabo con ardiente fe y amor. Los helenistas agradecerán indudablemente la publicación del texto griego, que es el de la edición montfauconiana, no superada todavía. La versión está hecha, naturalmente, para los no helenistas, con la mayor precisión posible, desde luego: pero con la conveniente amplitud para que no suene también a griego o quede tan oscura como si lo fuera. Creo poderles asegurar a esos lectores no helenistas que no contiene error notable de interpretación, y no se lo aseguraría de no haber tenido colaborador tan competente como el P. Joh. Chrysosromus Baur, benemérito investigador de la vida y obra de su patrono, y traductor en la BKV de las Homilías sobre San Mateo. Los cuatro volúmenes de la BKV han estado a mi plena disposición, gracias a la generosidad (que no sabré nunca cómo agradecer) del R. P. Bibliotecario de San Cugat del Vallés.

La traducción del P. Baur es ceñida, literal y, en general, exacta. Como me llegó hecha ya la mía, me impuse la paciente tarea de cotejarla íntegramente con ella. Así pude corregir una serie de pasajes mal entendidos por mí y comprobar que otros están mal entendidos por Baur. *In multis offendimus omnes*. Lo misma que de Baur, puedo decir de las Homilías traducidas por el P. Ogara. La traducción francesa de Bareille, aunque estimable, no siempre es del todo fiel.

En fin, me interesa comunicar a los lectores y amigos de San Juan Crisóstomo que un amplio estudio sobre su vida, formación literaria y estilo de predicación, preparado para introducción a las Homilías sobre el Evangelio de San Mateo ha tenido que ser omitido para no engrosar ni encarecer demasiado este volumen. A mis oyentes de la Pontificia Universidad de Salamanca, que lo echarán particularmente de menos por habérselo anticipado en un cursillo del presente año, me es grato comunicarles que se trata sólo de un aplazamiento para el próximo tomo de la selección de

obras de San Juan Crisóstomo. Doy, pues, la prueba antes que la tesis. La tesis, como mis oyentes recordarán muy bien, es que la homilía es la forma más genuina de la predicación cristiana. La prueba son estas noventa homilias de San Juan Crisóstomo. Y ya, a helenistas y no helenistas, sólo me resta decirles: *Tolle, lege*.

Madrid, diciembre de 1955.

D. R. B.

HOMILIA 1

PROEMIO
NO DEBIÉRAMOS NECESITAR DE LAS ESCRITURAS SAGRADAS

Bien fuera que no tuviéramos necesidad de las Letras sagradas, sino que fuera tan pura nuestra vida, que la gracia del Espíritu Santo tuviera lugar de libros para nuestras almas, y como éstos se escriben con tinta, así estuvieran nuestros corazones escritos de espíritu. Pero ya que hemos perdido esta gracia, vamos a emprender animosos la segunda navegación. Que lo primero fuera lo mejor, bien lo puso Dios de manifiesto por sus palabras a la vez que por sus obras. Porque con Noé y con Abrahán y sus descendientes, así como con Job y Moisés, no trataba Dios por medio de letras, sino personalmente por sí mismo, pues hallaba en ellos un alma limpia. Mas, una vez que el pueblo hebreo entero se hundió hasta el abismo mismo de la maldad, hubo ya necesidad de letras y de tablas, para que por ellas se refrescara el recuerdo. Lo cual cabe observar no sólo en los santos del Antiguo Testamento, sino también entre los del Nuevo. Porque tampoco a los apóstoles les dio Dios nada escrito, sino que, en vez de letras, les prometió darles la gracia del Espíritu Santo: *Él* —les dice— os *lo recordará todo* (Juan 14, 26). Y para que comprendáis que esto era mucho mejor, escuchad lo que dice por boca del profeta: Yo *estableceré con vosotros un testamento nuevo, pondré mis leyes en el alma de ellos y en sus corazones las escribiré, y serán todos enseñados de Dios* (Jer 31, 33). Y Pablo, en fin, tratando de poner de relieve esta excelencia, dijo haber recibido la ley no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón (2 Cr 3, 3). Pero ya que también los cristianos, andando el tiempo, se desviaron, unos en materia de doctrina, otros en sus costumbres, hubo también necesidad de hacerles recordar por medio de las letras.

Pues considerad ahora cuán grande mal sea que quienes habíamos de vivir con tal pureza que, en vez de libros, nos bastara presentar nuestros corazones al Espíritu Santo, ya que perdimos aquel honor primero y hemos parado en esa necesidad, no aprovecharnos, como conviene, de este segundo remedio. Porque, si ya es linaje de culpa que necesitemos de las Letras sagradas y

no nos atraigamos al Espíritu Santo, considerad cuán grave no será no quererse tampoco aprovechar de esta ayuda y menospreciar las Escrituras como si fueran cosa vana y sin motivo. Tal desprecio nos acarreará mayor castigo.

CÓMO SE PROMULGÓ LA ANTIGUA LEY Y CÓMO LA NUEVA

Para que tal no suceda, atendamos con toda diligencia a las Escrituras, y veamos ante todo cómo fue dada la antigua Ley y cómo fue establecido el Nuevo Testamento. ¿De qué modo, pues, cuándo y dónde fue dada la antigua Ley? La antigua Ley fue dada después del exterminio de los egipcios; fue dada en el desierto, sobre el monte Sinaí, al tiempo que del monte se levantaba humo y fuego, resonaba la trompeta, estallaban truenos y relámpagos y Moisés penetraba dentro de la misma oscuridad. Nada de eso en el Nuevo Testamento. Ni desierto, ni monte, ni humo y tinieblas, ni oscuridad y tormenta. Todo sucedió al comienzo del día, dentro de una casa, sentados todos y con la mayor tranquilidad. Y es que para gentes ajenas a la razón y difíciles de regir era necesario todo aquel aparato material de desierto, monte, humo, sonar de trompetas y todo lo demás; pero nada de esto necesitaban quienes están más levantados, y son más dóciles, y se han elevado por encima de todo pensamiento material. Y si es cierto que también en el cenáculo se dio estruendo, no fue por los apóstoles, sino por los judíos de Jerusalén, por los mismos que aparecieron también las lenguas de fuego. Porque si, aun después de este prodigio, dijeron de los discípulos que *estaban llenos de mosto* (Hechos. 2,13) ¿qué no hubieran dicho de no haber visto nada de eso? Y es de notar que en lo antiguo, cuando Moisés subió, Dios bajó; mas aquí, cuando nuestra naturaleza es levantada, no ya sólo al cielo, sino al mismo trono regio de Dios, entonces es cuando baja el Espíritu Santo. Ahora bien, si el Espíritu Santo fuera menor que las otras personas divinas, no serían más maravillosas sus obras. Y es así que las tablas de la nueva Ley, mejores son que las otras, y más brillantes las virtudes. Porque los apóstoles no bajaron del monte llevando en sus manos, como Moisés, tablas de piedra, sino que llevaban en su alma al Espíritu Santo, y de allí salía el tesoro y brotaba la fuente de sus enseñanzas, de sus dones y de todos los bienes. De este modo dieron la vuelta al mundo, hechos ellos libros

vivos y leyes vivas por la gracia. Así conquistaron a aquellos tres mil oyentes, así a los cinco mil, así, finalmente, a los pueblos todos del orbe, pues por su lengua hablaba Dios a quienes a ellos se acercaban.

MATEO EL ALCABALERO ESCRIBE EL “EVANGELIO” O “BUENA NOTICIA”

Por impulso de Dios también, Mateo, lleno del Espíritu Santo, escribió lo que escribió. Mateo, digo, el alcabalero, cobrador de impuestos. Porque no me avergüenzo de llamarle por el nombre de su profesión ni a él ni a los otros; pues eso, mejor que nada, muestra la gracia del Espíritu Santo y la virtud de los apóstoles.

Y muy propiamente llamó a su obra evangelio o "noticia buena", pues venía a anunciar a todos la desaparición del castigo, y el perdón de los pecados, y la justicia, y la santidad, y la redención, y la filiación divina, y la herencia de los cielos, y el parentesco con el Hijo de Dios. Y esas noticias se daban a los enemigos, a los ingratos, a los que estaban sentados en las tinieblas. ¿Qué noticias puede haber comparables con éstas? ¡Dios sobre la tierra, y el hombre en el cielo! Todo vino a mezclarse: los ángeles formaban coro con los hombres, y los hombres se comunicaban con los ángeles y con las otras potencias superiores. Acabada estaba la antigua guerra, reconciliada nuestra naturaleza con Dios, confundido el diablo, fugitivos los demonios, encadenada la muerte, abierto el paraíso, deshecha la maldición, quitado de en medio el pecado, desterrado el error, vuelta de su destierro la verdad, sembrada y exuberante por todas partes la doctrina de la religión, plantada en la tierra la vida del cielo; las potencias de arriba conversan tranquilamente con nosotros, los ángeles frecuentan la tierra continuamente y nosotros miramos lo por venir con entera confianza. Por eso llamó Mateo "buena noticia' a su historia, como si todo lo demás fueran meras palabras desprovistas de realidad: abundancia de riquezas, grandeza del poder, magistraturas, dignidades, honores y todo lo demás que entre los hombres pasa por bienes. Pero la que los pescadores anuncian, ésa sí que puede ser llamada auténtica y propiamente buena noticia, no sólo porque son los únicos bienes firmes e inconmovibles y por encima de nuestro merecimiento, sino porque nos fueron dados con absoluta gratuidad. No hemos, en efecto, recibido lo que recibimos porque

antes trabajáramos y sudáramos nosotros, no por habernos cansado y sufrido, sino únicamente porque fuimos amados de Dios.

POR QUÉ SON SÓLO CUATRO LOS EVANGELISTAS

Ahora, ¿por qué, siendo tantos los discípulos del Señor, sólo escribieron dos de entre los apóstoles y otros dos de entre los compañeros de éstos? Efectivamente, aparte Mateo y Juan, los evangelios fueron escritos por un discípulo de Pablo y otro de Pedro. La razón de no haber escrito más que ésos es que nada hacían por ambición de honra, sino sólo con miras a la utilidad. —¿Pues qué? ¿No bastaba un solo evangelista para contarlo todo? —Bastaba ciertamente; mas el ser cuatro los que escriben y el no haberlo hecho ni en el mismo tiempo, ni en los mismos lugares, ni después de reunirse y ponerse entre sí de acuerdo, y, sin embargo, hablar todos como por una misma boca, he ahí la prueba máxima de la verdad. —El caso es —me replicará alguno— que ha resultado todo lo contrario, pues en muchas partes se demuestra que están desacordes. —Pues ahí está justamente el argumento mejor de su veracidad. Porque, si en todo concordaran exactamente: en el tiempo, en el lugar, en las palabras mismas, no habría enemigo que no creyera que los evangelistas habían escrito lo que escribieron después de reunirse y ponerse de acuerdo a lo humano, puesto que tal concordancia no era compatible con la sencillez. Ahora, sin embargo, este desacuerdo, aparente por lo demás, en menudencias, libra a los evangelistas de toda sospecha y es la más brillante defensa del carácter de los escritores. Por lo demás, si algo contaron de modo diferente en cuanto a las circunstancias de lugar y tiempo, nada daña ello a la sustancia de la verdad, como con la ayuda de Dios trataré de demostrarlo más adelante. Lo que ahora quisiera que notarais es que en los puntos principales, en lo que atañe a los deberes de nuestra vida y al objeto de nuestra fe, no se halla en el evangelio la más mínima discrepancia. ¿Qué puntos son ésos? Tal, por ejemplo, que Dios se hizo hombre, que obró prodigios, que fue crucificado, que fue sepultado, que resucitó, que subió al cielo, que ha de juzgar, que nos dio mandamientos saludables, que no estableció una ley contraria a la antigua, que es Hijo, que es Unigénito, que lo es por naturaleza, que es de la misma sustancia que el Padre y otras verdades por el estilo. Acerca de todo esto, hallaremos que se da

en los evangelios absoluta armonía. Tampoco debe turbarnos que, respecto a los milagros, no todos los contaron todos, sino unos unos y otros otros. Porque, si todos los hubieran contado todos, no había por qué fueran cuatro los evangelistas, y, si todos contaran coses diversas y nuevas entre sí, no aparecería la prueba de su acuerdo. De ahí que, por una parte, todos contaron muchas cosas en común; pero, por otra, cada uno tiene algo peculiar suyo, con lo que no hay nada que parezca superfluo y añadido porque sí y juntamente se nos da un contraste seguro de la verdad de lo contado.

LA RAZÓN PARA QUE ESCRIBIÓ CADA UNO DE LOS EVANGELISTAS

Ahora bien, Lucas nos dice expresamente la causa para que escribió: *Para que tengas —dice— la seguridad de las palabras en que fuiste de viva voz instruido* (Lc. 1,4). Es decir, para que, recordándolas a cada instante, tengas la seguridad y en la seguridad permanezcas. En cuanto a Juan, se calló la causa de por qué escribió su evangelio; pero hay una tradición antigua que de nuestros padres ha llegado hasta nosotros por la que sabemos que tampoco él se puso a escribir por pura casualidad. La razón fue ésta: como los otros tres evangelistas habían puesto su principal empeño en poner de relieve la economía de la encarnación y parecía haberse pasado en silencio la doctrina acerca de la divinidad de Cristo, para llenar esta laguna, le movió Cristo más adelante a componer su evangelio. Y esto es patente no sólo por la historia misma, sino por el prólogo de su evangelio. Porque no empieza, como los otros, por lo de abajo, sino por lo de arriba, que es lo que le interesaba y por lo que compuso todo su libro. Y no sólo en el prólogo, sino en el resto de su evangelio, Juan es más elevado que los otros.

También es tradición que Mateo, por habérselo suplicado los judíos que habían abrazado la fe, les dejó por escrito lo mismo que de palabra les había predicado, y que compuso su evangelio en lengua hebrea. A ruego también de los discípulos, se dice haber compuesto Marcos el suyo en Egipto. De ahí que Mateo, como quien escribía para hebreos, nada buscó con tanto ahínco como demostrarles que Cristo descendía de Abrahán y de David; Lucas, sin embargo, como quien habla universalmente para todos, lleva

más arriba su discurso, remontándose hasta Adán. El uno empieza por la genealogía, porque nada podía tranquilizar tanto a un judío como saber que Cristo descendía de Abrahán y de David; el otro, en cambio, sólo después de haber hecho mención de otras muchas cosas, viene finalmente a parar en la genealogía.

CÓMO SE DEMUESTRA EL ACUERDO ENTRE LOS EVANGELISTAS

En cuanto a la armonía entre los evangelistas, la estableceremos por el hecho que toda la tierra ha aceptado sus relatos y hasta por el argumento que nos procuran los mismos enemigos de la verdad. Efectivamente, muchas herejías han nacido después de los apóstoles, con sus doctrinas contrarias al evangelio. De ellas, unas han aceptado el evangelio íntegro; otras, cortando algunas partes del conjunto, ésas son las que retienen. Ahora bien, si en los evangelios hubiera verdadera pugna, no los hubieran íntegramente aceptado herejías que dicen lo contrario de ellos, sino que hubieran tomado las partes que parecieran estar en armonía con ellas; ni las que han tomado una parte podrían ser refutadas partiendo de ella, como quiera que tampoco los cortes pueden disimular sus orígenes, sino que están proclamando a gritos su parentesco con el cuerpo entero. Si de un costado se toma una parte, en ella se hallarán todos los elementos que consta el animal entero: nervios, venas, huesos, arterias, sangre y, por decirlo así, una muestra de todo el conjunto. Lo mismo en las Escrituras: en una parte cualquiera brilla el parentesco con el todo. Pero de haber una contradicción real en los evangelistas, ni el evangelio hubiera sido aceptado ni la doctrina cristiana misma se hubiera mantenido mucho tiempo; *porque* todo reino —dice el *Señor— dividido contra sí mismo no se mantendrá en pie* (Lc 11,17). Pero lo cierto es que la gracia del Espíritu Santo brilla justamente en que ha persuadido a los hombres a adherirse a lo principal y más importante y no ha dejado que sufrieran daño alguna de esas menudencias.

EL EVANGELIO Y LOS FILÓSOFOS PAGANOS

Dónde haya escrito cada uno de los evangelistas, no tenemos por qué afirmarlo con demasiado ahínco; lo que sí me esforzaré por demostrar a lo largo de toda mi obra es que no se opusieron unos a otros. Cuando se les acusa de discrepancia, parece pretenderse

que habían de coincidir en las palabras mismas y en los giros de las expresiones. No tengo por qué decir ahora que los que tanto alardean de su retórica y su filosofía, muchos que han escrito muchos libros sobre la misma materia, no sólo han discrepado sencillamente, sino que se han contradicho unos a otros. Porque una cosa es hablar de modo distinto y otra combatirse en lo que se dice. Pero nada de eso quiero alegar. Dios me libre de componer mi apología por su locura, pues no pretendo sostener la verdad por la mentira. Lo que sí preguntaría de buena gana es cómo se creyeron relatos discordantes y cómo vinieron a prevalecer; cómo, no obstante contradecirse los evangelistas, fueron admirados y creídos y proclamados por todo lo descubierto de la tierra. Y, sin embargo, ¡cuántos testigos había de lo que se decía! ¡Cuántos también que les eran enemigos y contrarios! Porque no escribieron los evangelios para enterrarlos en un rincón; no, por todas partes, en la tierra y mar, se desplegaban a los oídos de todo el mundo, en presencia de los enemigos se leían entonces, como se leen ahora, y nadie se escandalizó de nada por lo en ellos se decía. Y es natural que fuera así, pues una fuerza divina lo penetraba y enderezaba todo en todos.

Porque de no ser así, ¿cómo hubieran enseñado tan alta filosofía un cobrador de impuestos, un pescador, un hombre sin letras? Lo que ni por sueños pudieron imaginar los filósofos profanos, ellos lo anuncian y persuaden con la mayor autoridad; y no sólo en vida, sino también después de su muerte; y no sólo a dos o a veinte hombres, ni sólo a cien o mil o diez mil, sino a ciudades y pueblos y naciones, a la tierra y al mar, a los griegos y a los bárbaros, al mundo habitado y al no habitado; y eso sobre doctrinas que sobrepasan con mucho nuestra naturaleza. Y es así que, dejando la tierra, todo su trato es sobre el cielo, presentándonos otro género de vida y de existencia y haciéndonos ver bajo otra luz la riqueza y la pobreza, la libertad y la servidumbre, la vida y la muerte, el mundo y nuestra conducta en él, todo, en una palabra, cambiado. No a la manera de Platón, que compuso aquella ridícula Ciudad o Constitución del Estado; ni de Zenón, ni de cualesquiera otros que imaginaron ciudades ideales o compusieron leyes. Todos éstos pusieron bien de manifiesto por esas obras que era un espíritu malo, algún demonio, enemigo feroz de nuestra naturaleza y no menos contrario y hostil a toda castidad y disciplina, quien, para trastornando todo de arriba abajo, hablaba

en el alma de aquellos filósofos. Porque, ¿qué otra cosa cabe decir cuando vemos que establecen la comunidad de mujeres, que desnudan a las doncellas y las llevan a la palestra a la vista de los hombres, que autorizan los casamientos ocultos, que rompen todos los límites de la naturaleza, mezclándolo y perturbándolo todo? Que todo eso sean invenciones de los demonios y doctrinas contra la naturaleza, nuestra misma naturaleza nos lo atestigua al no soportar oír tales cosas. Y todo eso lo escribieron no entre persecuciones, no entre peligros, no en medio de la guerra, sino con toda tranquilidad y libertad y adornándolo con todas las galas del estilo. Sin embargo, la doctrina de los pescadores, de los perseguidos y azotados, de los que pasaron grandes peligros, fue recibida con toda benevolencia por sabios e ignorantes, por libres y esclavos, por reyes y soldados, por griegos y bárbaros.

EL EVANGELIO NO FUE ACEPTADO POR PREDICAR DOCTRINA FÁCIL

Y no se diga que el evangelio era fácil de aceptar por enseñar cosas menudas y a ras de tierra, pues su doctrina es mucho más elevada que la de los filósofos. De la virginidad, por ejemplo, no conocieron éstos ni la idea ni el nombre; y lo mismo se puede decir de la pobreza, del ayuno y de otros puntos elevados. Pero nuestros maestros no sólo destierran el deseo y castigan la acción, sino que prohíben una mirada intemperante, y las palabras insolentes, y la risa inmoderada. Gesto, paso, voz, todo lo regulan con absoluta perfección y ellos llenaron la tierra entera de la flor de la virginidad. Y acerca de Dios y de las cosas del cielo, nos persuaden tan alta filosofía cual no fue capaz ni de imaginar ninguno de los filósofos paganos ¿Y cómo la imaginaran quienes divinizan las imágenes de reptiles, de bestias que se arrastran por la tierra y de los más viles animales? Y, sin embargo, estas elevadas doctrinas fueron aceptadas y creídas y día a día florecen y se propagan; mas las de los filósofos han muerto y perecido, echadas por tierra más fácilmente que si fueran telas de arañas. Y con mucha razón, pues fueron los demonios quienes tales enseñanzas propalaron. De ahí que, aparte estar llenas de deshonestidad, lo están también de oscuridad y dificultades. ¿Qué hay, en efecto, más ridículo que aquella *República* platónica, en que, aparte lo dicho, después de gastar el filósofo palabras y palabras para poner en claro qué sea lo justo, lo

llena todo de su grandilocuencia, pero juntamente de grande oscuridad, de suerte que, aun conteniendo algo bueno, habría de resultar completamente inútil para la vida humana? Si un labrador, un herrero, un albañil, un piloto o cualquiera otro que vive del trabajo de sus manos abandonara su profesión y justo trabajo y se dedicara años y años a averiguar qué sea lo justo, moriría mil veces antes de enterarse de ello, y semejante justicia le llevaría al otro mundo sin haber aprendido nada de provecho y no haber conseguido más que morir de muerte desastrada. No así en nuestra religión, pues Cristo nos enseñó, cifrándolo en breves y claras sentencias, qué sea lo justo, qué lo honesto, qué lo provechoso y cualquiera de las otras virtudes. Así, una vez dice: *En dos mandamientos están colgados la Ley y los Profetas* (Mt 22,40); es decir, en el amor de Dios y en el del prójimo. Y otra vez: *Todo* lo *que queráis que los hombres* os *hagan a vosotros, hacédselo también vosotros a ellos. Porque ésta es la Ley y los Profetas* (Mt 7,12). Todo esto bien fácil es de ver y comprender aun para un labriego, para un esclavo, para una viuda, para incluso un niño, para el hombre que parezca más tonto. Tal es la marca de la verdad. Testigo la realidad. Todos, efectivamente, aprendieron lo que tenían que hacer, y no sólo lo aprendieron, sino que pusieron fervor en practicarlo, y no sólo lo practicaron en las ciudades y en medio de las plazas, sino en las cimas mismas de los montes. Allí podéis ver la más alta filosofía y coros de ángeles que resplandecen en cuerpos humanos y la vida del cielo que ha aparecido en la tierra. Nuestros pescadores no escribieron una ciudad ideal, mandando que se nos tomara desde niños, como mandaron los filósofos citados, ni sentaron por la ley que ser virtuoso es cosa de tantos y tantos años. Ellos hablan sencillamente para todas las edades; y es que todo aquello son juegos de niños; pero esto es la realidad de las cosas. Por lugar de esta ciudad señalaron el cielo, y a Dios por artífice suyo y legislador de sus leyes, que es lo que había de ser. Los premios de los ciudadanos no consisten en unas hojas de laurel ni en una rama de olivo silvestre, ni que a uno le alimenten en el pritaneo[2] o se le

[2] En Grecia antigua, se llamaba **pritaneo** al edificio donde se reunían y eran mantenidos a costa del Estado los cincuenta senadores de Atenas momentáneamente investidos del título de *pritanos*.

erijan estatuas de bronce, cosas todas frías y sin precio; no, nuestros premios son una vida que no tendrá fin, llegar a ser hijos de Dios, formar parte de los coros de los ángeles, asistir al trono regio y estar continuamente en compañía de Cristo.

E institutores de esta ciudad son cobradores de impuestos, pescadores y fabricantes de tiendas, que no viven sólo el tiempo presente; sino que permanecen para siempre. De ahí que, aun después de su muerte, pueden ser del mayor provecho para los ciudadanos. En esta ciudad, la guerra no es contra los hombres, sino contra los demonios y contra las potestades incorpóreas. Por eso tampoco su general es hombre ni ángel alguno, sino Dios mismo. Tampoco las armas de estos soldados tienen nada que ver con la guerra corriente, pues no están compuestas de cuero ni de hierro, sino de verdad, de justicia, de fe y de toda sabiduría.

Como quiera, pues, que acerca de esta ciudad está escrito el presente libro y sobre ella nos proponemos ahora hablar nosotros, atendamos con toda diligencia a Mateo, que nos habla de ella claramente. Porque no suyo, sino de Cristo, que puso las leyes a esta ciudad, es todo lo que dice. Atendámosle, pues, para merecer ser inscritos en ella y resplandecer entre los que ya han sido ciudadanos suyos y han recibido las coronas inmarcesibles.

NO ES FÁCIL COMENTAR EL EVANGELIO

Cierto que a muchos les parece fácil comentar el evangelio y que la dificultad está en los profetas; pero pensar así, propio es de quienes desconocen la profundidad de pensamiento que en el evangelio se contiene. Por eso os exhorto a que me sigáis con mucho empeño, a fin de entrar en el piélago mismo de las Escrituras, si es que Cristo se digna guiarnos en esta entrada. Y para que mi explicación os resulte más fácil, os ruego y exhorto a que hagáis aquí lo mismo que hemos hecho en otras Escrituras, que es leer de antemano el fragmento que va a ser objeto de mi comentario. A la explicación ha de preceder la lectura, como sucedió con el *eunuco de Etiopía (Hechos 8,26*) y ello puede facilitar grandemente nuestra tarea. Porque los problemas se multiplican y suceden unos a otros. Considerad, por ejemplo, cuántas dificultades pueden presentarse en el comienzo mismo del evangelio de Mateo. En primer lugar, por qué se nos da la genealogía de José, no siendo éste padre de Cristo. En segundo

lugar, cómo nos constará claramente que Cristo desciende del linaje de David, cuando desconocernos los antepasados de María, de quien nació. Porque no se hizo la genealogía de la Virgen. En tercer lugar, por qué se nos traza la genealogía de José, que nada tuvo que ver con la generación de Cristo, y no se nos dice de qué padres, abuelos y bisabuelos venía la Virgen, que fue su madre. Aparte de esto, vale también la pena preguntar por qué, remontándose la genealogía de varón en varón, hizo también el evangelista mención de algunas mujeres; y por qué, ya que, en fin, le pareció así, no las puso a todas, sino que, dejando a un lado a las gloriosas: una Sara, una Rebeca y otras semejantes, sólo sacó a relucir a las que se hicieron famosas por su maldad: una, ramera famosa y adúltera; otra, que venía de ilegítimo matrimonio; otra, extranjera y bárbara. El evangelista nombra, efectivamente, a la mujer de Urías, a Tamar y a Rut. Ésta fue una extranjera; Tamar se unió a su suegro, y no por ley de matrimonio, sino engañándole por haberse puesto la careta de ramera. En cuanto a la mujer de Urías, no hay quien no sepa quién fue por lo famoso de su pecado. Y, sin embargo, dejando a todas las otras, sólo a éstas inserta el evangelista en la genealogía de Cristo. De nombrar a mujeres, había que haberlas nombrado a todas; y, si no a todas, por lo menos a las que fueron celebradas por su virtud, no por sus pecados.

Mirad, pues, de cuánta atención tenemos necesidad ya desde el comienzo, y eso que el comienzo parece muy claro, y aun a algunos se les antoje quizá superfluo por no contener más que una lista de nombres. Después de todo lo dicho, habría también que preguntarse por qué se saltó a tres reyes en la genealogía. Porque, si el evangelista no quiso nombrarlos por haber sido extremadamente impíos, tampoco debiera haber citado a otros que lo fueron igualmente. Otro problema: Habiendo hablado primero de catorce generaciones, en la tercera sección ya no guardó ese número. Otro: ¿Por qué Lucas citó nombres distintos, y no sólo distintos, sino muchos más? Mateo menciona menos y otros, si bien termina en José, en quien también vino a parar Lucas. Mirad de cuánto discernimiento tenemos necesidad, no sólo para resolver las dificultades, sino hasta para saber dónde se halla la dificultad. Porque no es pequeño negocio saber dar con la dificultad; por ejemplo, la hay en el hecho que Isabel, que era de la tribu de Leví, fuera parienta de María.

EXHORTACIÓN A OÍR LA PALABRA DIVINA

Para no abrumar vuestra memoria, amontonando aquí más dificultades, parémonos aquí por ahora, pues para despertar vuestra atención basta con las que quedan apuntadas. Si deseáis también la solución, eso ya depende más de vosotros mismos que no de mis razonamientos. Porque, si os veo alerta y con ganas de saber, trataré de aportaros también la solución; pero, si os veo bostezantes y sin atención, me guardaré escondidos problemas y soluciones, obediente a la ley divina, que dice: *No deis lo santo a los perros ni arrojéis vuestras piedras preciosas delante de los cerdos* para que *no las pisoteen con sus patas* (Mt 7,6). ¿Y quién es el que las pisotea? El que no tiene estas cosas por preciosas y sagradas. ¿Y quién es tan desgraciado que no tenga estas cosas por sagradas y por más preciosas que todo lo demás? El que no les consagra tanto tiempo como a las mujeres perdidas de esos teatros de Satanás. Porque muchos hay que allí se pasan el día, y por esta inoportuna ocupación abandonan sus deberes de familia, y retienen con todo cuidado cuanto oyen y lo guardan para perdición de sus propias almas. En la iglesia, sin embargo, donde es Dios quien habla, no aguantan permanecer ni por unos momentos. De ahí que nada tenemos de común con el cielo y toda nuestra ciudadanía cristiana se reduce a palabras. En verdad, si Dios nos amenaza con el infierno, no es porque nos quiera arrojar en él, sino para que, oyéndolo, huyamos de esa costumbre. Pero nosotros hacemos todo lo contrario: lo oímos, pero a pesar de todo seguimos día a día corriendo por el camino que a él conduce; y cuando Dios nos manda no sólo oír, sino practicar también lo que se nos dice, nosotros no soportamos que se nos recuerden nuestros deberes. ¿Cuándo, pues, decidme, haremos lo que se nos manda y pondremos manos a la obra, si no aguantamos ni que se nos hable de ello y nos aburrimos y cansamos de pasar un rato en la iglesia, por muy corto que sea? Por otra parte, si, cuando nosotros estamos hablando de cosas indiferentes, vemos que no se nos presta atención por parte de los concurrentes, lo tomamos como un agravio; ¿y no pensamos que Dios ha de irritarse cuando, hablándonos Él de cosas tan importantes, nosotros las despreciamos y volvemos la cabeza hacia otra parte?

PONGAMOS EMPEÑO EN CONOCER NUESTRA CIUDAD DEL CIELO

Un hombre viejo y que ha corrido mucha tierra, nos cuenta con toda precisión la longitud de los caminos, la posición de las ciudades, sus formas, sus puertos y mercados; nosotros, no obstante, no sabemos ni a qué distancia estamos de la ciudad del cielo; porque, si la supiéramos, nos esforzaríamos en acortarla. Aquella ciudad no dista de nosotros cuanto el cielo de la tierra. Si vivimos tibiamente, dista mucho más; pero, si somos fervorosos, en un momento podemos ponernos ante sus puertas, porque esta distancia no se mide por la longitud de los lugares, sino por la diferencia de las costumbres.

Por tu parte, sabes con todo detalle las cosas de la vida: lo nuevo, lo viejo y hasta lo arcaico. Sabes enumerar uno por uno los generales a cuyas órdenes militaste en tiempos pasados; conoces al organizador de los juegos, y a los campeones, y a los generales del ejército, cosas que para nada te atañen. Pero quién mandó primero en esta ciudad, quién segundo, quién tercero y por cuánto tiempo cada uno, y qué hazañas y obras gloriosas llevó a cabo, todo eso no pasó por tu imaginación ni en sueños. Hay en esta ciudad leyes instituidas, pero tú no soportas ni oír y prestar atención cuando otros te las recuerdan. ¿Cómo, pues, dime, esperas alcanzar los bienes prometidos, si no atiendes a lo que se te dice?

EXCELENCIA DE LA CIUDAD EN QUE VAMOS A ENTRAR

Pues, si antes no, hagámoslo por lo menos ahora. Porque con la ayuda de Dios vamos a entrar en una ciudad de oro y más preciosa que todo el oro del mundo. Pues sepamos cómo son sus fundamentos, cómo sus puertas, que están compuestas de zafiros y de piedras preciosas. En Mateo tenemos el mejor guía. Por la puerta vamos a entrar ahora, y es menester que entremos con gran fervor, pues, si el guía ve a alguno que anda distraído lo echará fuera de la ciudad. Y, a la verdad, muy regia e ilustre ciudad es, no como las nuestras, que se dividen en plazas y palacios. Todo aquí son palacios. Abramos, pues, las puertas de nuestra alma, abramos nuestros oídos y, a punto como estamos de atravesar con gran temblor sus umbrales, adoremos al rey que en ella impera. Su

primera vista puede ya dejar atónito al que la contempla.

Cerradas tenemos ahora las puertas; mas cuando las veamos abiertas ante nuestros ojos (y eso será cuando vayamos resolviendo los problemas), ¡qué inmenso esplendor contemplaremos dentro! Y, en efecto, guiado por la luz del Espíritu Santo, este cobrador de impuestos te promete mostrártelo todo: dónde se asienta el rey y qué ejércitos le asisten, dónde están los ángeles y dónde los arcángeles; qué lugar tienen señalado en esta ciudad los jóvenes; cuál es el camino que a ella conduce, qué suerte han tenido los primeros ciudadanos que allí vivieron y los que a ellos sucedieron, y los que a éstos; qué órdenes hay allí de gentes, qué funciones desempeña el consejo, cuáles son las diferentes dignidades.

No entremos, pues, con tumulto y alboroto, sino con religioso silencio. Porque, si en el teatro se leen las letras imperiales en medio de un profundo silencio, con mucha más razón deben guardar todos recogimiento en esta ciudad y estar de pie con sus almas y oídos levantados. Aquí van a ser leídas las letras no de un señor de la tierra, sino del Soberano de los ángeles. Si de esta manera nos disponemos a nosotros mismos, la gracia del Espíritu Santo nos guiará con toda seguridad, y llegaremos hasta el mismo trono regio, y alcanzaremos todos los bienes por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, junto con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, Amén.

HOMILIA 2

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán (Mt 1,1ss).

PREPARÉMONOS PARA ENTRAR EN LA CIUDAD DE DIOS

¿Recordáis la exhortación que el último día os dirigí, rogándoos que con todo silencio y religioso recogimiento escucharais la palabra divina? Ahora estamos ya para traspasar los sagrados umbrales, y por ello os traigo a la memoria mi exhortación. Cuando los judíos estaban para acercarse al monte ardiendo, al fuego, a la oscuridad, a las tinieblas y a la tormenta del Sinaí; o mejor, no para

acercarse, sino sólo para oír y mirar de lejos todo aquello, recibieron orden de abstenerse por tres días de trato con mujer y de lavar sus vestidos, y todos, Moisés y el pueblo, estaban sobrecogidos de temor y temblor (Ex 19,15). Pues nosotros, que tales palabras vamos a escuchar; que no vamos a contemplar de lejos un monte humeante, sino a penetrar en el mismo cielo, bien es que mostremos más alta sabiduría no lavando nuestros vestidos, sino purificando nuestras almas y alejándonos de todo trato mundano. Porque no vais a ver tinieblas, ni humo, ni tormenta, sino al rey mismo sentado sobre el trono de su gloria inefable, a los ángeles y arcángeles que le asisten y aquellas muchedumbres de santos en número infinito. Tal es, en efecto, la ciudad de Dios, la que contiene la congregación de los primogénitos, los espíritus de los justos, la muchedumbre de los ángeles, la sangre de la aspersión —aquella sangre por la que todo se unió, por la que el cielo recibió a la tierra, y la tierra al cielo, y se hizo la paz de antiguo deseada para ángeles y hombres—. En ella está levantado el trofeo de la cruz brillante y glorioso; allí los despojos ganados por Cristo, las primicias de nuestra naturaleza, el botín de nuestro rey. Todo esto lo sabremos puntualmente por el evangelio. Si me acompañáis con el debido recogimiento, yo puedo llevaros por todas partes y mostraros dónde está la muerte puesta en un palo, dónde colgado el pecado, dónde se guardan los muchos y maravillosos despojos ganados en esta guerra, traídos de esta batalla. Aquí veréis al tirano encadenado y la muchedumbre de prisioneros que le sigue; veréis también la ciudadela desde la cual, en tiempos pasados, lo invadía todo aquel perverso demonio; veréis los escondrijos y cuevas de aquel bandido rotos ya y abiertos de par en par, pues hasta allí llegó nuestro rey.

Pues no os canséis, carísimos. Si os contaran una guerra terrena, jamás os hartaríais de oír hablar de trofeos y victorias, y por tales historias os olvidaríais de comer y beber. Pues si esa narración es agradable, mucho más lo es ésta. Considerad, en efecto, cuán grande cosa es oír cómo, levantándose Dios de los cielos y de su regio trono, saltó hasta la tierra y hasta el mismo infierno y se puso en línea de combate, y cómo frente a Dios se puso el diablo; o, por mejor decir, no frente a Dios desnudo, sino oculto en la naturaleza humana. Y ahí está justamente lo maravilloso, que verás a la muerte destruida por la muerte, la

maldición invalidada por la maldición[3] y la tiranía del diablo derrocada por lo mismo en que tenía el tirano su fuerza.

SE ABREN LAS PUERTAS DEL EVANGELIO: GENEALOGÍA DE JESUCRISTO

Despertémonos, pues, y no durmamos, pues ya estoy viendo cómo se nos abren las puertas. Entremos con orden y reverencia y pasemos inmediatamente entre los pórticos divinos. ¿Qué pórticos son éstos? *Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.* — ¿Qué dices? Nos has prometido hablarnos del Hijo unigénito de Dios, y ahora nos recuerdas a David, hombre que vino después de tantas generaciones, ¿y éste nos dices que es su padre y antepasado? Tened paciencia y no queráis saberlo todo de golpe, sino por sus pasos contados y poco a poco. Todavía estáis ante los pórticos, en el vestíbulo mismo: ¿a qué apresuraros por penetrar en lo interior del santuario?

Todavía no has contemplado bien todo lo de fuera. Tampoco te explico aún su generación eterna, ni siquiera la que a ésta se siguió, pues es también inexplicable e inefable. Antes que yo lo había dicho el profeta Isaías. Anunciando, en efecto, su pasión y su grande solicitud por toda la tierra, maravillado de quién era y quién se hizo y hasta dónde bajó, lanzó un grande y claro grito, diciendo: *Su generación, ¿quién la explicará?* (Is 52,8)

LA ENCARNACIÓN, SUMA MARAVILLA DE DIOS

No voy, pues, a hablaros ahora sobre la generación eterna, sino de la de aquí abajo, de la que se cumplió sobre la tierra, de la que tuvo testigos infinitos. Y aun de ésta sólo os hablaré en la medida de lo posible con la gracia del Espíritu Santo. Porque tampoco ésta puede presentarse con entera claridad; también ella está llena del más sacro temor. No penséis, pues, que oís cosas menudas cuando oís hablar de la generación temporal. Levantad más bien vuestra alma y estremeceos cuando oís decir que Dios ha venido a la tierra. Este hecho es tan maravilloso y sorprendente, que los mismos ángeles, formando coros, hicieron resonar por toda la tierra un himno de gloria por ello y los profetas de antiguo se admiraron que *sobre la tierra fue visto y conversó con los hombres* (Bar 3,38).

[3] La maldición del pecado por la maldición de la cruz. Cf. Gal 3,13-14.

Y, a la verdad, cosa es de todo punto maravillosa que un Dios inefable, inexplicable e incomprensible e igual al Padre se dignó pasar por el vientre de una virgen, y nacer de una mujer, y tener por antepasados a David y a Abrahán. ¿Y qué digo a David y a Abrahán? Lo más espantoso es haber tenido a aquellas mujeres perdidas que antes hicimos mención. Cuando esto oigáis, levantaos, no tengáis humildes pensamientos, sino maravillaos de que, siendo Hijo e Hijo natural del Dios eterno, se dignó también ser llamado hijo de David para haceros a vosotros hijos de Dios; se dignó tener un padre esclavo para daros a vosotros, que erais esclavos, al Señor por padre.

¿Ves cómo se nos presentan desde el comienzo los evangelios? Si dudas de lo que a ti te toca, por lo suyo cree lo tuyo. Porque más difícil es, pensando a lo humano, que Dios se haga hombre que no que el hombre se llame hijo de Dios. Cuando oyes, pues, que el Hijo de Dios es hijo de David y de Abrahán, no dudes ya que tú también, hijo que eres de Adán, serás hijo de Dios. No se humilló Él sin motivo hasta extremo tanto si no hubiese querido exaltarnos a nosotros. Él nació según la carne para que tú nazcas según el espíritu; Él nació de una mujer para que tú dejes de ser simple hijo de la mujer. Por eso tuvo doble nacimiento, uno semejante a nosotros y otro que sobrepasa al nuestro. Haber nacido de una mujer, de común lo tuvo con nosotros; pero no haber nacido de la sangre, ni de la voluntad de varón, ni de deseo de la carne, sino por obra del Espíritu Santo, era anticipado anuncio del nacimiento que supera nuestra naturaleza y que Él nos había de dar por gracia del Espíritu Santo. Tal fue todo lo demás, por ejemplo, su bautismo, que tuvo algo de antiguo y también algo de nuevo. Porque ser bautizado por el profeta, pertenece a lo antiguo; mas que en el bautismo bajara el Espíritu Santo fue una novedad. Es como si uno se pusiera entre otros dos distantes entre sí y extendiendo sus manos los uniera a ambos; tal hizo Cristo, que enlazó el Antiguo y el Nuevo Testamento, la naturaleza divina con la humana, lo suyo con lo nuestro.

¿Veis el esplendor de la ciudad de Dios y cómo su brillantez os ha deslumbrado desde el primer momento? Ahí tenéis al rey desde el comienzo en nuestra propia figura como si estuviera en pleno campamento. En el campamento no suele el emperador ostentar de continuo su dignidad, sino que muchas veces, dejando la

púrpura y la diadema, se viste de simple soldado. En el caso del emperador terreno, esto se hace para no ser conocido y no atraer sobre sí todo el ímpetu de los enemigos; en el caso del Señor, por lo contrario, para evitar que, de ser conocido, rehúya el enemigo el combate y se espanten a la vez todos los suyos. Porque no quiere Él espantar, sino salvar. De ahí que inmediatamente se le da nombre que alude a la salvación, llamándole Jesús. Jesús, en efecto, no es nombre griego, sino hebreo, que quiere decir "salvador". Y Jesús es salvador, porque vino a salvar a su pueblo.

JESÚS, FIGURADO POR JOSUÉ

Ya veis cómo el evangelista da alas al oyente, pronunciando palabras ordinarias, pero descubriéndonos por ellas lo que nadie pudiera imaginar. Y es así que estos dos nombres de Jesús y de Cristo eran perfectamente conocidos entre los judíos. Porque como las cosas por venir habían de ser tan maravillosas, hubieron de preceder las figuras de los nombres. De este modo, de muy arriba, se quitaba de antemano toda turbación que pudiera traer la novedad. Y, efectivamente, la historia nos dice que fue Josué (= Jesús), sucesor de Moisés, el que introdujo al pueblo en la tierra de promisión. Ahí tenéis la figura; mirad ahora la verdad. Josué introdujo al pueblo en la tierra de promisión; Jesús, en el cielo y en los bienes del cielo; Josué, después de la muerte de Moisés; Jesús, después de poner término a la ley de Moisés; Josué, como caudillo del pueblo; Jesús, como su rey. Pero para que oyendo "Jesús" no te extraviaras por la igualdad de los nombres, añadió el evangelista: *De Jesús, el Cristo, hijo de David.* Josué no descendía de David, sino que era de otra tribu.

CUESTIONES VARIAS SOBRE LA GENEALOGÍA DE CRISTO: EL TÍTULO

Pero ¿por qué razón llama Mateo a su evangelio "Libro de la genealogía" o nacimiento de Jesucristo? Realmente no sólo contiene el nacimiento de Cristo, sino toda la economía de la encarnación. La razón es porque el nacimiento de Cristo es como la síntesis de toda la encarnación y él es para nosotros la fuente y raíz de todos los bienes. También Moisés llama al suyo *Libro del cielo y de la tierra,* a pesar que no habla sólo del cielo y de la tierra, sino de todo lo que está entre medio; así el evangelista dio título a

su libro de la principal de las obras de Dios. Porque lo que nos llena de estupor, lo que está por encima de todo lo que podemos esperar e imaginar, es que Dios se hiciera hombre. Esto admitido, todo lo demás se sigue lógica y naturalmente.

POR QUÉ SE LE LLAMA ANTES HIJO DE DAVID QUE DE ABRAHÁN

Otra cuestión: ¿Por qué no le llamó primero hijo de Abrahán y luego de David? La razón no es, como algunos dicen, porque quisiera subir de abajo arriba, pues en este caso hubiera hecho como Lucas, y hace precisamente lo contrario. ¿Por qué, pues, recordó primero a David? La razón es porque David andaba en boca de todos, primero por lo ilustre de su reinado y luego por la proximidad del tiempo, pues no hacía tanto tiempo que había muerto, como Abrahán. Y, si bien es cierto que a los dos había hecho Dios la promesa del Mesías, la de Abrahán, como más antigua, se callaba; la de David, en cambio, como más reciente y nueva, andaba en boca de todo el mundo. Y así los mismos judíos dicen: ¿No es así que de la descendencia de David y de la aldea de Belén, de donde David era, *viene el Cristo* o Mesías? (Juan 7,42) Y nadie le llamaba hijo de Abrahán, sino todos hijo de David; pues, como antes dije, ya por la proximidad del tiempo, ya por la gloria de su reinado, David estaba más vivo en la memoria de todos. El caso es que ellos y Dios mismo, por David llamaban a los reyes que después de él vinieron y a quienes estimaban. Así Ezequiel y otros profetas dicen al pueblo que vendrá y se levantará David[4]. Y no hablan del que había muerto, sino de quienes imitaban sus virtudes. Y a Ezequías le dice Dios: *Yo escudaré a esta ciudad por causa de mí y de David, siervo mío* (II Reyes 19,34). Y a Salomón, que por amor de David, padre suyo, no dividiría el reino durante su vida (I Reyes 11,12). Y es que la gloria de David era grande ante Dios y ante los hombres; de ahí que el evangelista empieza inmediatamente por el más conocido y luego se remonta al patriarca del pueblo, teniendo por ocioso, tratándose de judíos, llevar más arriba su discurso. Éstos eran, en efecto, los más admirados, uno como profeta y rey, y otro como patriarca y profeta.

[4] Lugar no identificado.

CÓMO SE PRUEBA QUE CRISTO DESCIENDE DE DAVID

¿Y cómo se demuestra —me diréis— que Cristo desciende de David? Porque, si no fue engendrado por obra de varón, sino que nació sólo de la Virgen, y, por otra parte, no se nos da la genealogía de ésta, ¿cómo sabremos que es descendiente de David? Dos problemas hay aquí. Primero, por qué no se nos da la genealogía de la madre; segundo, por qué se hace mención de José, que nada tuvo que ver con su generación. Lo uno parece superfluo; lo otro, descuido. ¿Qué problema abordaré primero? Cómo la Virgen desciende de David.

LA VIRGEN ES DESCENDIENTE DE DAVID

¿Cómo sabemos, pues, que la Virgen desciende de David? Oye cómo Dios mismo le dice a Gabriel que vaya *a una doncella desposada a un varón por nombre José, de la casa y familia de David* (Lc 1,27). ¿Qué testimonio más claro quieres, pues se te dice que la Virgen viene de la casa y familia de David?

De ahí resulta también evidente que José descendía también de David, pues había una ley que prohibía casarse fuera de la propia tribu. Y el patriarca Jacob había profetizado que de la tribu de Judá saldría Cristo, diciendo: No *faltará príncipe de Judá ni caudillo salido de sus muslos hasta que venga Aquel a quien está reservado, y Él será la expectación de las naciones (Gen 49,10)*. —Esta profecía manifiesta que Cristo sería de la tribu de Judá, pero no se dice todavía que también hubiera de ser de la familia de David. ¿O es que no había en la tribu de Judá más familia que la de David? —Muchas otras había ciertamente, y pudo muy bien haber sido de la tribu de Judá y no del linaje de David. Pero para que no podáis decir eso, cortó el evangelista esa escapada diciendo: *De la casa y familia de David.*

Y si queréis saber esto por otro camino, tampoco nos ha de faltar otra demostración. La ley no sólo prohibía casarse fuera de la propia tribu, sino también fuera de la propia familia o parentela. De suerte que, si aplicamos a la Virgen las palabras: *De la casa y familia de David,* queda en pie lo dicho; y si a José, por éste venimos al mismo resultado. Porque, si José era de la casa y familia de David, no tomó su mujer sino de donde él mismo era. —

¿Y si transgredió la ley? —objetará alguno.

El evangelista se adelantó a esa objeción y nos atestiguó que José era justo. No puedes, pues, decir eso, sino que, conociendo su virtud, tienes que concluir que no pudo transgredir la ley. En efecto, el que era tan humano y ajeno a la pasión que, ni aun forzándole la sospecha, quiso intentar nada en castigo de la Virgen, ¿cómo hubiera podido transgredir la ley, llevado del placer? El que daba pruebas de una sabiduría que estaba por encima de la ley (y, efectivamente, dejar a la Virgen, y dejarla ocultamente, era sabiduría por encima de la ley), ¿cómo iba a cometer un acto contra la ley sin que necesidad alguna le forzara a ello? En conclusión, por estas razones resulta evidente que la Virgen era del linaje de David.

POR QUÉ SE TRAZA LA GENEALOGÍA DE JOSÉ

Y vamos ahora a decir por qué motivo no se nos dio la genealogía de la Virgen, sino la de José. ¿Cuál fue, pues, ese motivo? El motivo fue sencillamente porque no era costumbre entre los judíos trazar la genealogía de las mujeres. Para guardar, pues, esa costumbre y no dar desde el comienzo del evangelio la impresión de apartarse de lo corriente, y a la vez para darnos a conocer a la Virgen, el evangelista se calla los ascendientes de ésta, pero nos traza la genealogía de José. Si nos hubiera trazado la de la Virgen, hubiera parecido que hacía una novedad; si hubiera pasado a José en silencio, no hubiéramos conocido los antepasados de la Virgen. Porque supiéramos, pues, quién era María y de quiénes descendía y, por otra parte, quedara la ley inconmovible, nos traza el evangelista la genealogía de José, su esposo, y nos demostró que era de la casa de David. Porque, demostrado esto, quedaba juntamente demostrado que de la misma descendía la Virgen, pues no cabe imaginar, como antes dije, que aquel varón justo tomara de otra parte su mujer. Otra razón hay más misteriosa, por qué se pasaron en silencio los antepasados de la Virgen; pero, dado lo mucho que ya os he hablado, no me parece oportuno exponérosla en este momento.

RESUMEN DE LO YA EXPUESTO. EXHORTACIÓN A MEDITARLO

Hagamos, por tanto, aquí un alto en la discusión de los

problemas del evangelio y resumamos exactamente los ya explicados: Por qué se menciona a David antes que a Abrahán, por qué llamó el evangelista a su libro *Libro de la genealogía,* por qué dijo *de Jesucristo,* cómo Cristo tiene una generación común y otra no común, cómo se demuestra que María viene del linaje de David, por qué se nos da la genealogía de José y se callan los antepasados de la Virgen. Si estas cosas guardáis, nos sentiremos más animosos para lo que viene luego; pero, si las vomitáis y expeléis de vuestras almas, nuestro fervor para adelante será forzosamente menor. Si la tierra corrompe las primeras semillas que se le echan, no hay labrador que de buena gana quiera continuar cuidándola. Por eso, yo os exhorto a que meditéis lo que os digo, pues de esta meditación ha de venir un grande y saludable bien para vuestras almas. Si este cuidado tenemos, podremos agradar a Dios; si las palabras espirituales meditamos, limpias estarán nuestras bocas de toda insolencia, torpeza e injuria; y si con tales palabras armamos nuestra lengua, seremos espantosos a los demonios, nos atraeremos mayor gracia de Dios y se hará más claro el ojo de nuestra alma. Él nos dio ojos, boca y oídos para que todos esos miembros los pongamos a su servicio: para que hablemos las cosas de Dios, para que practiquemos las cosas de Dios, para que continuamente le entonemos himnos, para que le enviemos nuestras acciones de gracias, y de este modo mantengamos pura nuestra conciencia. Porque a la manera que el cuerpo que goza de aire puro se mantiene más sano, así el alma que se alimenta de tales meditaciones se levanta a más alta sabiduría.

HUMO SON LAS COSAS HUMANAS

¿No veis cómo los ojos del cuerpo, si se hallan entre una humareda, no paran de echar lágrimas? Cuando están, sin embargo, en aire diáfano y entre fuentes y jardines, los conservamos más penetrantes y sanos. Tal sucede también con el ojo de nuestra alma. Si se alimenta en los prados de las espirituales sentencias, se mantendrá limpio, diáfano y penetrante; mas, si se mete entre la humareda de las cosas humanas, echará lágrimas, y llorará no sólo ahora, sino también después. Semejantes al humo son las cosas humanas. De ahí que alguien dijo: Como *el humo se han disipado mis días* (Salmo 101,4). El salmista se refería, sin

duda, a lo breve y sin substancia de las cosas humanas; pero yo diría que hay que tomar también sus palabras en el sentido que son perturbadoras. Nada, en efecto, perturba y mancha tanto el ojo del alma como la muchedumbre de preocupaciones mundanas y el enjambre de las concupiscencias. Esta es la leña de este humo. Cuando el fuego prende en materia húmeda y mojada, levanta mucho humo; así, cuando la concupiscencia vehementemente inflamada prende en un alma húmeda y disoluta, también ella produce una grande humareda. De ahí la necesidad del rocío del Espíritu Santo y de su suave soplo para que se apague el fuego, disipe el humo y *dé* alas a nuestros pensamientos.

LEVANTEMOS A LO ALTO NUESTROS PENSAMIENTOS

Porque no, no es posible que, cargados con tan graves males, remontemos nuestro vuelo hacia el cielo; mucho será que, bien ceñidos y prestos, tengamos fuerzas suficientes para andar a pie nuestro camino (Salmo 101,4); o, por mejor decir, ni aun eso nos será posible si no tomamos las alas del Espíritu Santo. Ahora, si para remontarnos a aquella altura necesitamos de alma ligera y de gracia espiritual, cuando nada de esto tenemos y arrastramos, por lo contrario, con nosotros una carga satánica, ¿cómo, con ella cargados, podemos alzar el vuelo? Y, a la verdad, si pesáramos en justa balanza nuestros pensamientos, por diez mil talentos de mundanas ideas, apenas si hallaríamos cien denarios de palabras espirituales, y tal vez ni diez óbolos[5]. Ahora bien, ¿no es cosa de vergüenza y ridícula en extremo que, si tenemos un esclavo, casi siempre lo empleamos en quehaceres necesarios, y teniendo, en cambio, una boca, no nos portamos con ese miembro nuestro como con nuestro esclavo, empleándolo en cosas inútiles y superfluas? ¡Y ojala fueran sólo superfluas! La verdad es que son perjudiciales y dañosas y que ningún provecho nos traen. Porque, si lo que hablamos fuera de provecho para nosotros, sería también absolutamente del agrado de Dios; mas la verdad es que hablamos todo lo que el diablo nos sugiere, tan pronto riendo chistes como diciéndolos, ya maldiciendo e injuriando, ya jurando, mintiendo y

[5] San Juan Crisóstomo alude aquí a la parábola de Mt 18,21; pero allí los talentos y denarios son moneda y aquí se toman por peso. El óbolo era de peso inferior a un gramo.

perjurando; entregados unas veces al furor, otras a la charlatanería, y diciendo entonces más tonterías que las vejezuelas y sacando a relucir lo que nada nos importa.

"YO NO SOY MONJE": SATÁNICA EXCUSA

Porque ¿quién de vosotros, decidme por favor, de los que estáis aquí de pie sería capaz, si se le preguntara, de repetir un salmo u otro cualquier pasaje de las divinas Escrituras? Nadie en absoluto. Y no es eso lo peor. Los que tan decaídos estáis para lo espiritual, sois más ardientes que el fuego para lo satánico. En efecto, si se os preguntara sobre esos cantos diabólicos, sobre esas melodías deshonestas y disolutas, hallaríamos muchos que se las saben al dedillo y que las repetirían de mil amores. ¿Qué excusa podéis alegar contra estos reproches? —Yo no soy monje —me contestará alguno—, sino que tengo mujer e hijos y he de cuidar de mi casa. —Pues justamente lo que lo ha echado todo a perder es que penséis que la lección de las divinas Escrituras conviene sólo a los monjes, cuando a vosotros os es más necesaria que a ellos. A los que se revuelven en medio del mundo, a los que día tras día reciben heridas, a ésos más que a nadie son necesarias las medicinas. Así, peor que no leer las Escrituras, es pensar que su lectura es cosa ociosa. Tal excusa es de satánica malicia.

PROVECHO DE LA LECTURA Y MEDITACIÓN DEL EVANGELIO

¿No oís a Pablo que dice que *todo fue escrito para nuestra instrucción?* (1 Cor 10,11) ¿Y tú, que no te atreverías a tocar el evangelio sin lavarte las manos, no crees que es muy necesario lo que en él se contiene? Ésta es la causa de por qué todo está trastornado. Porque, si quieres saber qué tan grande sea el provecho de las Escrituras, examínate a ti mismo y mira cuál eres cuando oyes los salmos y cuando un canto de Satanás, cómo te sientes cuando estás en la iglesia y cuando te sientas en el teatro. ¡Qué diferencia entre un alma y otra, no obstante ser una sola! Por algo dijo Pablo: *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* (1 Cor 15,33). Por eso necesitamos de las continuas inspiraciones del Espíritu Santo. En esto llevamos ventaja a los irracionales; en todo lo demás estamos por debajo de ellos. La palabra de Dios es el alimento del alma; ella es su ornamento, ella

su seguridad; así como no oírla, su hambre y corrupción. Yo *les* daré —dice un profeta— no *hambre de pan y sed de agua, sino hambre de oír la palabra de Dios* (Am 8,11). ¿Qué cosa puede haber más triste que atraerte tú espontáneamente sobre tu cabeza el mal que Dios amenaza como castigo y someter a tu alma a un hambre espantosa y convertirla en la cosa más débil del mundo? El alma, naturalmente, por la palabra se salva y por la palabra se corrompe. Una palabra la enciende en ira y una palabra le devuelve otra vez la calma; una palabra deshonesta la incita a la concupiscencia y una palabra casta la conduce a la templanza. Pues, si tanta fuerza tiene la palabra en general, ¿cómo, decidme, despreciáis las Escrituras? Si tanto puede una simple exhortación, ¿qué no podrán las que van acompañadas de la gracia del Espíritu Santo? Sí, la palabra que resuena en las divinas Escrituras reblandece mejor que el fuego al alma endurecida y la vuelve apta para toda obra buena. Así, hallando Pablo a los corintios orgullosos y llenos de hinchazón, por la palabra los reprimió e hizo modestos. El hecho es que se enorgullecían por lo mismo que debieran haberse avergonzado y escondido. Mas, apenas recibieron la carta de Pablo, mirad qué cambio se produjo en ellos, como lo atestiguó su maestro mismo por estas palabras: *Porque esta misma tristeza vuestra según Dios, cuánto fervor os ha producido; y no sólo fervor, sino defensa, e indignación, y temor, y deseo, y emulación, y venganza* (2 Cor 7,11).

EXHORTACIÓN FINAL: OÍR LA PALABRA DE DIOS ES PROVECHOSO AUN PARA LOS QUE NO LA PRACTICAN

Formemos así a nuestros esclavos, a nuestros hijos, a nuestras mujeres, a nuestros amigos; hagamos así amigos a nuestros enemigos. Así se hicieron también mejores aquellos grandes hombres que fueron queridos de Dios. David, después de su pecado, por las palabras del profeta vino a aquella hermosísima penitencia que sabemos. Los mismos apóstoles, así vinieron a ser lo que fueron y conquistaron luego toda la tierra. — ¿Y qué provecho hay —me diréis— en oír y no cumplir lo que se ha oído? No es pequeño el provecho que de sólo oír se sigue, pues por lo menos se condenará el hombre a sí mismo y gemirá y, por fin,

terminará haciendo lo que ha oído. Pero el que no sabe ni que ha pecado, ¿cuándo se apartará de pecar? ¿Cuándo se condenará a sí mismo? No despreciemos, pues, la escucha de las Escrituras. Indicio satánico es no permitirnos ver el tesoro para que no nos hagamos con la ganancia. Por eso dice que nada vale la escucha de las divinas leyes. Es que no quiere que de oírlas pasemos a ponerlas en práctica. Sabiendo, pues, muy bien su perversa astucia, amurallémonos por todas partes, armémonos con estas armas, y no sólo saldremos nosotros ilesos, sino que le daremos a él en la cabeza y, ceñidos de brillantes coronas de victoria, alcanzaremos los bienes venideros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 3

Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.

POR QUÉ NO SE REVELÓ EL MISTERIO DE LA CONCEPCIÓN VIRGINAL DE CRISTO

Henos aquí en nuestra tercera conversación, y todavía no hemos resuelto las dificultades del comienzo del evangelio. No en vano os dije que hay aquí grande profundidad de pensamientos. Pues digamos hoy lo que nos resta. ¿Qué problema, pues, se nos plantea ahora? El problema es otra vez por qué se nos traza la genealogía de José, que nada tuvo que ver con la generación de Cristo. Ya os dije una razón; pero ahora tengo que deciros otra más misteriosa y secreta que aquélla. ¿Qué razón es ésta? La razón es que Dios no quería que al tiempo del parto conocieran claramente los judíos que Cristo había nacido de una virgen. No os alborotéis por mi aparente paradoja, pues esta razón no es mía, sino de nuestros padres, aquellos admirables e ilustres varones. En verdad, si Cristo mismo dejó en la penumbra muchas cosas desde el principio, llamándose *a* sí mismo *Hijo del hombre*, y ni siquiera en todas partes nos reveló con claridad su igualdad con el Padre, ¿por qué maravillarse que también este misterio de la concepción virginal quedara por un tiempo entre sombras por una maravillosa y grande dispensación de su providencia? — ¿Qué maravillosa

dispensación es ésa? —me diréis—. La de salvar la vida de la Virgen y ponerla al abrigo de toda mala sospecha. Porque, si ya desde el principio hubieran conocido claramente el hecho los judíos, hubieran sin duda apedreado a la Virgen, echándolo a mala parte, y la hubieran condenado por adúltera. En casos que tenían en la antigua Ley muchos ejemplos, se mostraron descaradamente sin vergüenza; así, por expulsar Cristo a los demonios, le llamaban endemoniado, y por curar en sábado le tenían por enemigo de Dios. Y, sin embargo, muchas veces se había antes quebrantado el sábado. ¿Qué hubieran dicho si se les hubiera contado el caso de la Virgen? En este caso, además, hubieran tenido a su favor el tiempo pasado, que jamás había conocido cosa semejante. Porque, si después de tantos milagros continuaban llamando a Cristo hijo de José, ¿cómo habrían creído antes de los milagros que había nacido de una virgen? De ahí que se nos dé su genealogía; de ahí que se case la Virgen. El mismo José, que era varón justo y admirable, necesitó de muchos apoyos para aceptar el hecho: del ángel, de la visión en sueños, del testimonio de los profetas; ¿cómo iban a aceptar los judíos semejante explicación; ellos, retorcidos y corrompidos como eran y llenos de odio, como sabemos, contra Cristo? Mucho, en efecto, los hubiera alborotado la extrañeza y novedad del caso; mucho no haber oído nada semejante que acaeciera en tiempos de sus antepasados. El que una vez se ha persuadido que Cristo es el Hijo de Dios, ya no tiene por qué dudar de su concepción virginal; pero el que le tiene por un impostor y enemigo de Dios, ¿cómo no ha de escandalizarse más de ese misterio, cómo no llegar a semejante sospecha? De ahí que ni los mismos apóstoles hablan desde el principio del nacimiento virginal de Cristo; sí, mucho y muchas veces, de su resurrección. Es que de la resurrección había ejemplos en lo antiguo, siquiera no fueran de la misma naturaleza; mas que hubiera nacido de una virgen, no lo dicen muy frecuentemente. Es más, la madre misma no se atrevió a revelar el misterio. Mirad, si no, lo que la Virgen le dice a su propio hijo: *He aquí que tu padre y yo te hemos estado buscando* (LC 2,48). En fin, si tal misterio se hubiera sospechado, ya no se le hubiera tenido a Cristo ni por hijo de David, y de ello se hubieran seguido muchos otros inconvenientes. Por eso ni los ángeles dicen nada de ello y sólo a María y a José se lo revelan; mas cuando llevan a los pastores la buena noticia del nacimiento de Cristo, nada añaden sobre su concepción virginal.

POR QUÉ NO SE MENCIONA A ESAÚ EN LA GENEALOGÍA DE CRISTO

Otro problema: ¿Por qué, habiendo mencionado a Abrahán y dicho que engendró a Isaac, e Isaac a Jacob, se calla el evangelista a Esa, su hermano; y luego, cuando llega a Jacob y Judá, se recuerdan también los hermanos de éste?

Hay quienes dicen que la razón son las malas costumbres de Esa, así como de otros antecesores. Yo no diría eso. Porque, si ésa fuera la razón, ¿cómo es que poco después se menciona a mujeres perdidas? Y es que la gloria de Cristo aparece aquí en lo contrario que entre los hombres, no en haber tenido grandes antepasados, sino pequeños y viles. Grande gloria es, en efecto, estar uno tan alto que pueda abajarse mucho. ¿Por qué, pues, no se hace mención de Esa? La razón es porque ni sarracenos, ni ismaelitas, ni árabes, ni cuantos descienden de aquellos antepasados tenían nada que ver con el linaje de Israel. Por eso los calló el evangelista y tiene prisa por citar a los antepasados de Cristo y de todo el pueblo judío. Por lo que dice: *Jacob engendró a Judá y a los hermanos de éste.* Así se indica todo el linaje judío.

POR QUÉ ENTRAN EN LA GENEALOGÍA DE CRISTO MUJERES MALAS

Judá engendró a Fares y Sara de Tamar. — ¿Qué haces, ¡oh evangelista!, al recordarnos la historia de una unión ilegítima? — ¿Y qué tiene eso que ver? —Contesta—. Si aquí trazáramos la genealogía de un puro hombre, habría razón de callar eso; pero contando la de un Dios hecho carne, no sólo no hay que callarlo, sino más bien realzarlo, pues ello muestra su providencia y su poder. Porque Él vino a la tierra no para huir de nuestras ignominias, sino para tomarlas sobre sí mismo. No sólo es de admirar porque murió, sino más por haber muerto crucificado; suplicio ignominioso, pero que cuanto más ignominioso, tanto más nos descubre su amor. Así en su nacimiento. No sólo es justo que nos maravillemos que tomara carne y se hiciera hombre, sino que se dignara tener parientes tales, sin avergonzarse para nada de nuestras miserias. Desde la cuna, pues, proclamó que no se avergüenza de nada nuestro, enseñándonos de paso a nosotros a que tampoco nos avergoncemos de la humildad de nuestros progenitores y una sola cosa busquemos: la virtud. El hombre de

virtud, aun cuando tenga por antepasado a un extranjero y por madre a una ramera o de otro cualquier modo deshonrado, ningún daño puede recibir de ello. Porque si para quien se ha convertido de su impureza no es motivo de deshonor su vida pasada, mucho menos tendrá que avergonzarse de la maldad de sus padres el que es virtuoso, aun cuando viniera de una madre adúltera. El Señor obró así no sólo para enseñarnos a nosotros, sino también para reprimir la hinchazón de los judíos. Descuidando éstos la virtud del alma, traían y llevaban el nombre de Abrahán, pues creían que la santidad de sus antepasados había de ser su defensa; pero Cristo les hace ver desde el principio que no hay que poner la gloria en éstos, sino en las propias buenas obras. Otra cosa pretende el Señor juntamente con eso, y es demostrar que todos, aun sus antepasados, eran reos de pecado. Y así se ve no haber sido pequeño el pecado del que fue patriarca de todos y de quien ellos llevan su nombre, pues ahí está Tamar, que le acusa de adulterio. Y David, de una mujer adúltera, tuvo a Salomón. Y si estos grandes hombres no cumplieron la Ley, mucho menos la cumplirían los menores; y si todos la incumplieron, todos pecaron y tuvieron necesidad de la venida de Cristo. La misma mención de los doce patriarcas estaba destinada a reprimir la hinchazón de los judíos por la nobleza de sus ascendientes, pues muchos de ellos habían nacido de mujeres esclavas. Y, sin embargo, la diferencia de nacimiento no llevó consigo diferencia alguna entre los hijos. Todos fueron igualmente patriarcas y cabezas de tribu. Tal es la preeminencia de la Iglesia, tal la excelencia de nuestra nobleza, que toma tan de antiguo su figura. En la Iglesia, seas esclavo, seas libre, ninguna ventaja, ningún deshonor tampoco te viene de ahí. Lo único que aquí se busca son tus sentimientos y las costumbres de tu alma.

MISTERIO DEL ALUMBRAMIENTO DE FARES Y ZARÁ

Aparte lo dicho, hay otra razón por la que pudo el evangelista hacer mención de la historia de Tamar, pues hay que pensar que no sin motivo se añadió al de Fares el nombre de Sara. Realmente parecía superfluo que, hecha mención de Fares, de quien había de descender Cristo, se mentara también a Zará. ¿Por qué causa, pues, se le mentó? Cuando Tamar los iba a dar a luz, entre los dolores ya del parto, sacó Zará primero una mano. La partera que

lo vio, le ató a ella una cinta roja para señalarle como primogénito; pero apenas la tuvo atada, recogió el niño la mano, y, recogida ésta, salió primero Fares y luego Zará. Al ver esto la partera, dijo: *¿Por qué fue rota por ti la cerca?* (Gen 38,29). Misterio hay aquí. No sin motivo se nos han dejado escritas estas cosas, pues no valía la pena saber qué dijo una partera, ni que se nos contara haber sacado primero la manó el mellizo que salió el segundo. ¿Qué misterio hay, pues, aquí? El problema se resuelve, primero, por el nombre del niño, pues Fares quiere decir división y corte. Consideremos luego los hechos mismos. Que el niño saque primero la mano y la recoja luego, atada, no es cosa natural. El hecho, pues, no sucedió ni por movimiento racional ni por natural consecuencia. Que salida la mano de un mellizo, luego se adelante el otro, tal vez quepa dentro de lo natural; pero que el niño recoja su manita y le dé paso al otro, no parece ya conforme a la ley de los que nacen. La gracia de Dios estaba allí disponiendo todo aquello para los niños y trazándonos a nosotros en bosquejo la imagen de lo porvenir. ¿Qué dicen, pues, los que puntualmente han examinado este paso de la Escritura? Estos dos niños son figura de dos pueblos, y para que entendamos que la vida del segundo brilló antes del nacimiento del primero, el niño extendió su mano sin mostrarse todo entero y luego la retiró nuevamente; y sólo después que su hermano había salido ya entero apareció también él con todos sus miembros. Tal ha sucedido con los dos pueblos. La vida de la Iglesia apareció unos momentos en los tiempos de Abrahán, para recogerse luego en el tiempo intermedio: entonces vino el pueblo judío y la conducta legal y, por último, apareció entero el nuevo pueblo con sus leyes. De ahí que dijera la partera: *¿Por qué fue rota por ti la cerca?* La ley, en efecto, sobrevino y cortó la libertad de la vida. Porque la Escritura suele llamar cerca a la ley; por ejemplo, cuando dice el profeta David: *Derribaste la cerca de la viña y la vendimian todos los que pasan por el camino* (Salmo 79,13). E Isaías: *Puse en torno a ella una cerca* (Is 5,2). Y Pablo: *el deshizo la pared medianera de la cerca* (Ef 2,14).

RUT, FIGURA DE LA IGLESIA

Otros interpretan las palabras: *¿Por qué* fue rota por *ti la cerca?,* refiriéndose al pueblo nuevo, pues cuando éste vino destruyó la

ley. Ya veis, pues, que no fueron pocas ni de poca monta las razones para que el evangelista aludió a la historia entera de Judá. Y para que entendamos que Cristo vino a destruir todos nuestros males, hizo también mención de Rut y de Raab, extranjera la una y ramera la otra. Porque como médico vino, no como juez. Así, pues, a la manera que estos antepasados de Cristo tomaron mujeres rameras, así Dios se desposó con nuestra naturaleza, que había fornicado, imagen que los profetas aplican de antiguo a la sinagoga. La sinagoga fue ingrata para con su esposo; mas la Iglesia, una vez que fue librada de los males que le venían de sus padres, permaneció abrazada con él. Considerad, por ejemplo, las semejanzas que se dan entre Rut y nosotros. Rut era extranjera y se vio reducida a extrema pobreza: mas al verla Booz, ni la despreció por su pobreza ni la desdeñó por su baja extracción. Así también Cristo recibió a la Iglesia y la hizo esposa suya, no obstante ser ella extranjera y hallarse en suma pobreza de los bienes superiores. Pero así como Rut no hubiera alcanzado este parentesco si no hubiera antes abandonado a su padre y despreciado casa, linaje y patria, así también la Iglesia se hizo amable a su esposo cuando abandonó sus costumbres paternas. Esto justamente le dice el profeta hablando con ella: *Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre y codiciará el rey tu hermosura* (Salmo 44,11-12). Eso hizo Rut, y por eso vino a ser —como lo es también la Iglesia—madre de reyes, pues de ella desciende David.

NO HAY QUE GLORIARSE NI DE LOS ANTEPASADOS NI DE NUESTRAS PROPIAS OBRAS BUENAS

En conclusión, para confundir de todos modos a los judíos y enseñarles a no tener altos pensamientos trazó el evangelista la genealogía de Cristo y en ella insertó a estas mujeres. Y es así que Rut, por los progenitores intermedios, engendró a aquel grande rey, y David no se avergüenza de su ascendencia. Porque no, no es la virtud o la maldad de nuestros antepasados la que nos hace a nosotros buenos o malos, oscuros o ilustres; más bien, si se me permite la paradoja, más altamente brilla por su virtud el que, sin venir de padres buenos, es, sin embargo, bueno. Nadie, pues, se enorgullezca de estas cosas. Considere los antepasados de Cristo, deshinche todo su orgullo y póngalo sólo en sus buenas obras. O más bien, ni siquiera de sus buenas obras se gloríe, pues por ahí

vino el fariseo a ser inferior al publicano. Si quieres hacer alarde de una buena obra, no tengas orgullo, y ésa será tu mejor obra. No pienses que has hecho nada, y lo has hecho todo.

EL PODER DE LA HUMILDAD

Porque si, siendo pecadores, en pensando que somos lo que somos, nos hacemos justos, como sucedió con el publicano, ¿cuánto más si, siendo justos, nos tenemos por pecadores? La humildad, de pecadores hace justos, y eso que no hay ahí verdadera humildad, sino simple reconocimiento de la verdad. Si, pues, el simple reconocimiento tanto puede en los pecadores, considerad qué no hará la verdadera humildad sobre los justos. No pierdas, pues, tus trabajos, no malogres tus sudores, no corras en vano después de haber tocado tantas veces la meta, y resulten sin provecho tus fatigas.

El Señor conoce mejor que tú mismo tus buenas obras. Un vaso de agua fría que des, no se le pasa por alto; un óbolo que eches en la caja, un suspiro que exhales, todo lo recibe con grande amor, de todo se acuerda, para todo tiene señaladas grandes recompensas. ¿A qué fin haces alarde de tus merecimientos y nos los pones continuamente ante los ojos? ¿No sabes que, si tú te alabas, Dios no te alabará, así como, si tú te humillas, Él te exaltará delante de todos? No quiere Él que se pierdan tus trabajos. ¿Qué digo perderse? Él no deja piedra por mover para coronarte aun por las mínimas acciones, y anda buscando ocasiones para librarte del infierno.

DIOS NOS PREMIARÁ SOBRE LO QUE MERECEMOS

Por eso, aun cuando sólo hubieres trabajado la hora undécima del día, Él te dará la paga entera. Aun cuando no tengas ocasión alguna de salvación —dice el Señor—, *por mí lo haré, a fin que no sea profanado mi nombre* (Ez 36,2). Un suspiro que exhales, una lágrima que derrames, Él los arrebata al instante para tener un pretexto de salvarte. No nos exaltemos, pues, a nosotros mismos. Confesémonos siervos inútiles, para que vengamos a ser útiles. Porque, si a nosotros mismos nos proclamamos gloriosos, nos volvemos inútiles, aun cuando seamos gloriosos; pero, si nos llamamos inútiles, nos hacemos gloriosos, aun cuando seamos réprobos. Es menester olvidarse de las propias virtudes. — ¿Y

cómo es posible —me diréis— no saber lo que sabemos? — ¿Qué dices? Tú, que ofendes continuamente al Señor, que vives entre deleites y risas y ni caes en la cuenta que has pecado, pues lo echas todo al olvido, ¿tú no puedes arrojar de ti la memoria de tus buenas obras? Y eso que el temor es aquí más fuerte[6]. Pero nosotros hacemos todo lo contrario. Ofendemos a Dios cada día y ni lo advertimos; pero, si le alargamos unas moneditas a un pobre, hay que ver las vueltas que le damos. Pura insensatez y la mayor ruina para nuestra cosecha: el mejor granero de las buenas obras es el olvido de las buenas obras.

NO INVITEMOS AL LADRÓN A QUE NOS ROBE

Si exponemos en pública plaza nuestras ropas preciosas o nuestro oro, no haremos sino invitar a los ladrones; pero, si los guardamos y escondemos en casa, lo tendremos seguro todo. Así nuestras buenas obras. Si las revolvemos constantemente en nuestra memoria, ofendemos al Señor, le damos armas al enemigo e invitamos a los ladrones; mas, si sólo las conoce Aquel que debe conocerlas, las tendremos seguras. No las ostentemos, pues, de continuo, no sea que nos las arrebaten y nos pase como al fariseo, que por llevarlas siempre en la boca, se las arrebató el diablo. Realmente el fariseo las recordaba con acción de gracias y todas las refería a Dios; pero no le bastó. Y es que no se dan gracias a Dios insultando a los otros, prefiriéndose a todos, levantándose orgullosamente sobre los pecadores. Si le estás dando gracias a Dios, conténtate con eso y no ataques a los hombres ni condenes a tu prójimo, pues esto ya no es acción de gracias.

CONFESAR LOS PROPIOS PECADOS, LA MEJOR ACCIÓN DE GRACIAS

Si quieres saber cómo hay que dar gracias a Dios, oye a los tres jóvenes del horno de Babilonia: *Hemos pecado, hemos* cometido *iniquidad; justo eres, Señor, en todo lo que nos has hecho, pues en juicio verdadero nos lo has enviado todo* (Dan 3,27-31). Confesar los propios pecados es el verdadero acción de gracias a Dios, pues reconocemos que somos culpables en infinitas cosas y no rehusamos el merecido castigo. No hay mejor acción de gracias.

[6] El sentimiento de temor por los pecados cometidos es en general más fuerte que el de esperanza y confianza en los propios merecimientos.

Guardémonos, pues, de decir nada sobre nosotros mismos, pues esto nos hace odiosos a los hombres y abominables a Dios. Cuantas mayores obras hagamos, menos hemos de hablar de nosotros mismos, y de este modo alcanzaremos la mayor gloria, lo mismo ante los hombres que ante Dios. Y ante Dios, no sólo gloria, sino también paga y recompensa grande. No reclaméis la paga y recibiréis la paga. Confesemos que debemos nuestra salvación a la gracia, y Dios se confesará deudor nuestro, no sólo por nuestras buenas obras, sino también por ese mismo reconocimiento. Cuando hacemos una obra buena, tenemos a Dios por deudor sólo en razón de la obra buena; mas cuando reconocemos no haber hecho nada bueno, por esta disposición nos debe Dios más que por las mismas buenas obras. Este es el contrapeso de las virtudes, porque, si esto no hay, tampoco las virtudes pueden ser grandes. Nosotros mismos, si tenemos esclavos, entonces los apreciamos señaladamente cuando, sirviéndonos ellos con la mayor diligencia, no se dan aire de haber hecho nada extraordinario.

EJEMPLOS ILUSTRES DE HUMILDAD

Así, pues, si también vosotros queréis que vuestros merecimientos sean grandes, no los tengáis por grandes, y entonces serán de verdad grandes. Así es como decía el centurión: *No soy digno que entres bajo mi techo (Mt 8,8)*. Y por ello se hizo digno y fue más admirado del Señor que todos los judíos. De la misma manera dice también Pablo: *No soy digno de llamarme apóstol* (1 Cor 15,9). Y por ello vino a ser el primero de los apóstoles. Así también Juan: *No soy digno de desatar las correas de sus sandalias* (Mt 3; Mc 1,7), y por ello fue el amigo del Esposo, y aquella mano que él tenía por indigna de tocar las sandalias de Cristo, Cristo la puso sobre su propia cabeza. Pedro, en fin, decía: *Apártate de mí, porque soy hombre pecador (Lc 5,8),* y por ello vino a ser el fundamento de la Iglesia. Y es que no hay nada tan grato a Dios como contarnos a nosotros mismos entre los últimos pecadores. Este es el principio de toda sabiduría. Porque el hombre humillado y contrito no se dejará llevar de la vanagloria, no se irritará, no envidiará a su prójimo ni dará entrada a ninguna otra pasión. Una mano hecha pedazos, por mucho que nos empeñemos, jamás lograremos levantarla en alto; así, si por la

contrición hacemos pedazos nuestra alma, por mucho que intenten levantarla las pasiones del orgullo, no lograrán alzarla unos dedos del suelo. Porque si el que llora por cosas humanas destierra todas las pasiones del alma, mucho más sabio será el que eso hace por sus pecados. — ¿Y quién podrá —me diréis— triturar así su propio corazón? Escuchad a David, que mayormente brilló por su penitencia, y mirad el cómo trituró su alma. Después de infinitos merecimientos, cuando estaba a punto de perder su patria, su casa y hasta su misma vida, en el momento mismo de su desgracia, un soldado vil y miserable le venía insultando e injuriando, y no sólo no le contestó él con otras injurias, sino que prohibió moverse a uno de sus generales que quería quitar la vida a aquel miserable, diciendo: *Dejadlo, porque sin duda el Señor se lo ha mandado* (2 Reyes 10,11). Y antes, cuando los sacerdotes le pidieron llevar el arca a su lado en la fuga, él lo rehusó; y ¿qué dijo entonces?: *Vuelve el arca de Dios a la ciudad y colócala en su lugar. Si hallare gracia delante del Señor y Dios me librare de los males que tengo delante, veré la gloria del arca; pero si me dijere: "No te quiero", heme aquí, haga conmigo lo que fuere agradable en su presencia* (2 Reyes 15, 25-26). Y su conducta con Saúl, no en una, no en dos, sino en muchas ocasiones, ¿no demuestra la más alta sabiduría? La verdad es que David sobrepasó la antigua ley y se acercó a los preceptos apostólicos. El lo aceptaba todo de la mano del Señor sin juzgar de los acontecimientos y sin otro empeño que obedecer y seguir en todo las leyes que por Dios habían sido puestas. Y así, viendo después de tan grandes virtudes propias que un tirano, un parricida, un fratricida, un insolente y loco, había ocupado el reino en lugar suyo, no por eso se escandalizó, sino que dijo: "Si a Dios le place que yo salga desterrado, errante y fugitivo y que él sea honrado, yo lo acepto y me resigno y le doy gracias por todos los males que me envía". No como muchos desvergonzados e insolentes, que sin haber practicado ni la mínima parte de las virtudes de David, si ven a los otros en prosperidad y que sufren ellos una pequeña desgracia, acaban de perder sus almas entre blasfemias sin cuento. No fue así David, que era la moderación misma. Por eso dijo Dios de él: *He hallado a David, hijo de Jessé, varón conforme a mi corazón* (Salmo 88,4-21).

EXHORTACIÓN FINAL

Tengamos también nosotros un alma así; soportemos con paciencia lo que hayamos de sufrir, y, como preludio del reino del cielo, gozaremos del fruto de la humildad. *Aprended de mí* —dice el Señor—, *porque* yo *soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas* (Mt 11,20).

A fin, pues, de gozar de descanso en este y en el otro mundo, plantemos con todo fervor en nuestras almas la humildad, madre que es de todos los bienes. De este modo atravesaremos sin tormenta el mar de la presente vida y abordaremos puerto tranquilo de la otra por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 4

Ahora bien: todas las generaciones, de Abrahán a David, catorce generaciones; y de David a la transmigración de Babilonia, catorce generaciones; y de la transmigración de Babilonia a Cristo, catorce generaciones (Mt 1,17).

DOS NUEVOS PROBLEMAS EN LA GENEALOGÍA DE CRISTO

El evangelista dividió en tres secciones todas las generaciones para mostrarnos que tampoco con el cambio de las constituciones políticas se mejoró el pueblo judío. Los mismos males le aquejaban en la aristocracia que en la monarquía y oligarquía; ni gobernados por jueces, por sacerdotes o por reyes hicieron progreso en la virtud. Pero ¿por qué razón, en la sección del medio, se saltó a tres reyes y, habiendo puesto en la última doce generaciones, afirma luego que son catorce?

La primera cuestión la dejo para que la resolváis vosotros, pues no todo tengo que resolverlo yo, con peligro de cansaros; la segunda sí que quiero explicarla yo. A mi parecer, aquí puso el evangelista la cautividad de Babilonia por una generación, y por otra a Cristo mismo, enlazándole por todas partes con nosotros. Y con razón hace mención de aquella famosa cautividad, para poner de manifiesto que tampoco llevados allí se hicieron los judíos más sensatos, con lo que por todas partes aparece necesaria la venida

de Cristo.

—Entonces —me diréis—, ¿por qué no hace Marcos lo mismo y no traza la genealogía de Jesús, sino que lo cuenta todo sucintamente? —A mi parecer, Mateo fue el primero que escribió el evangelio; de ahí que trace con cuidado la genealogía de Cristo y pase luego a lo demás. Marcos vino después de él, y pudo echar por el camino más corto, como quiera que se trataba de cosas ya dichas y claras. —Entonces ¿cómo es que también Lucas nos da una genealogía, y más larga que la de Mateo? —Es que como Mateo había abierto el camino, Lucas quiere completar algún punto de lo que ya él había dicho. Como quiera, uno y otro imitaron por igual a su propio maestro: Lucas a Pablo, cuya palabra corre como torrente; Marcos a Pedro, más preocupado de la brevedad.

POR QUÉ EL EVANGELISTA NO IMITA EN SU EXORDIO A LOS PROFETAS

Pero ¿por qué al empezar su evangelio no dijo Mateo, como los profetas: *Visión que he visto*; o: *Palabra que me ha sido dicha*? (Is 1,1) (Jer 1,2) La razón es porque se dirigía a gentes bien dispuestas y que habían de prestarle la mayor atención. Por otra parte, bien alto clamaban los milagros obrados, y los que recibían el evangelio eran muy fieles. Pero en tiempo de los profetas, no eran tan grandes los milagros que los proclamaran como enviados de Dios y pululaba además la casta de los falsos profetas, a quienes el pueblo judío atendía con más gusto que a los verdaderos. Por eso era en ellos necesario empezar de aquel modo solemne su mensaje. Y si también entonces se daban alguna vez milagros, se hacían por causa de los bárbaros, a fin que se aumentase el número de los prosélitos, y para ostentación del poder de Dios, cuando los enemigos dominaban al pueblo y atribuían su victoria al poder de sus propios dioses. Tal sucedió en Egipto, de donde salió el pueblo en masa; tal, más tarde, en Babilonia con el milagro del horno y la interpretación de los sueños. También hubo milagros en el desierto, cuando ya era el pueblo independiente, lo mismo que se han dado entre nosotros. Cuando nosotros salimos del error, muchos milagros se vieron; luego han parado, como quiera que la verdadera religión está ya plantada por todas partes. Y, si después del desierto hubo también milagros, fueron pocos y esporádicos, como el de pararse el sol y volver

atrás en su carrera.

MILAGROS EN TIEMPO DE JULIANO EL APÓSTATA

Lo mismo puede verse haber sucedido entre nosotros. Efectivamente, en nuestra misma generación, en tiempo del emperador Juliano, que a todos venció por su impiedad, sucedieron entre nosotros muchos hechos prodigiosos. Cuando los judíos intentaban reconstruir el templo de Jerusalén, un fuego que salió de los cimientos los dispersó a todos, y cuando el emperador quiso mostrar su locura sobre los vasos sagrados, su cuestor y un tío suyo que llevaba su mismo nombre expiraron, el uno comido de gusanos y el otro reventado por medio. Y otro milagro muy grande fue que se secaron las fuentes después de sacrificar en ellas. Ahora, el más grande de los milagros fue que, al entrar en ellas el emperador, el hambre invadiera a las ciudades.

Tal es en Dios la costumbre de obrar: Cuando los males aumentan, cuando ve a los suyos oprimidos y a los contrarios embriagados por su tiranía, entonces suele Él hacer ostentación de su poder. Tal lo hizo en Persia con los judíos.

VUELTA A LA GENEALOGÍA: POR QUÉ NO SE HABLA EN ELLA DE LA ESTANCIA EN EGIPTO

De lo dicho resulta evidente que no al azar dividió el evangelista en tres secciones los antepasados de Cristo. Mirad ahora por dónde empieza y por dónde acaba: de Abrahán a David, de David a la transmigración de Babilonia, de ésta a Cristo. Notemos cómo al empezar puso juntos a David y Abrahán, y a los dos los recordó al hacer la recapitulación. Y es que, como antes dije, a los dos habían sido hechas las promesas.

¿Y por qué hizo el evangelista mención de la transmigración a Babilonia y no de la bajada a Egipto? La razón es porque a los egipcios ya no los temían; mas de los babilonios temblaban todavía. Por otra parte, aquél era ya un hecho antiguo, y éste reciente, y, en fin, a Egipto no fueron llevados en castigo de sus pecados, y a Babilonia fueron transportados por sus iniquidades.

Si pasáramos ahora a la interpretación de los nombres, no sería escasa la materia de contemplación que en ellos hallaríamos, ni pequeño el provecho para la inteligencia del Nuevo Testamento.

Tal los nombres de Abrahán, de Jacob, de Salomón, de Zorobabel; pues no es de suponer que les fueron impuestos sin motivo. Pero para que no parezca que os queremos fatigar, alargando en exceso el discurso, dejemos eso y pasemos a lo que sigue

LA CONCEPCIÓN VIRGINAL DE CRISTO. PRELUDIOS DEL EVANGELISTA A SU RELATO

Ya ha contado, pues, el evangelista a todos los antepasados de Cristo y ha llegado a José; pero no se paró en él, sino que añadió: *José, esposo de María*, con lo que nos da a entender que por causa de María se había trazado la genealogía. Luego porque, oyendo hablar de *esposo de María*, nadie pensara que Cristo había sido engendrado por ley común de naturaleza, mirad cómo él mismo corrige el error con lo que añade. "Has oído —dice— hablar de esposo, has oído hablar de madre, has oído que se le pone un nombre al niño; pues oye también ahora el modo de la generación. —*La generación o nacimiento de Cristo fue de la manera siguiente...* — ¿De qué generación me hablas, dime por favor? ¿No me acabas de nombrar a sus progenitores? —Pues yo quiero también decirte el modo de su generación —nos contesta. ¿Veis cómo el evangelista despierta al oyente? Como iba a contar una cosa tan nueva, promete también explicar cómo sucedió. Y es bien notemos la más cabal conexión de lo que nos dice el evangelista. Porque no entró inmediatamente en el relato de la generación milagrosa de Cristo, sino que primero nos recuerda cuánto tiempo pasó desde Abrahán, cuánto desde David, cuánto desde la transmigración de Babilonia, con lo que invita al oyente escrupuloso a que haga el cálculo de los tiempos, y demuestra que Jesús es el Cristo anunciado por los profetas. Porque, si contáis las generaciones y averiguáis por el tiempo que Jesús es el Cristo, con facilidad admitiréis también el milagro de su generación o concepción virginal. Repito: Iba el evangelista a contar algo muy grande, a saber, que Cristo nació de una virgen, y por eso, antes de computar el tiempo, deja en la penumbra su relato, hablándonos del esposo de María; más aún, suprime por de pronto la narración de su generación. Luego cuenta los años, recordando al oyente que Jesús es el que predijo el patriarca Jacob que había de venir cuando faltaran príncipes propios entre los judíos; aquel que Daniel profetizó que vendría después de aquellas numerosas semanas.

Basta contar los años que en el número de semanas le fueron dichos a Daniel por el ángel, desde la reconstrucción de la ciudad al nacimiento de Cristo, para ver que se da perfecto acuerdo entre la profecía y el hecho.

EL MISTERIO DE LA CONCEPCIÓN VIRGINAL DE CRISTO

Dinos, pues, ya cómo fue concebido Cristo: *Estando desposada su madre María...* No dice "la Virgen", sino *su madre*, a fin que su relato sea fácilmente aceptado. El evangelista prepara primero al oyente, haciendo esperar que va a escuchar un hecho ordinario, y así le retiene; pero luego le descarga el golpe, añadiendo la cosa maravillosa: *Antes de estar ellos juntos, se halló que había concebido del Espíritu Santo*. No dijo "antes de ser la Virgen llevada a casa de su esposo", pues ya estaba en ella. Tal era, en efecto, la costumbre de los antiguos, que tenían, por lo general, a sus prometidas en su casa, hecho que puede aún observarse. Los yernos de Lot estaban también con él en su casa. Luego también María estaba en casa con José. —3. Pero ¿por qué razón no concibió la Virgen antes del desposorio con José? —Primero, como antes dije, porque el milagro tenía que quedar por entonces oculto; luego, porque la Virgen estuviera a cubierto de toda mala sospecha. Porque, si quien más que nadie había de sentir los celos se veía que después de la concepción no sólo no la expulsaba de su casa ni la entregaba al deshonor, sino que la guardaba y servía, es evidente que estaba persuadido que lo que en ella había sucedido era obra del Espíritu Santo; pues en otro caso ni la hubiera retenido consigo ni la serviría en todo lo demás. Muy propiamente también puso el evangelista la expresión: *"Se halló" que había concebido*, que es lo que suele decirse en los casos maravillosos que suceden contra toda idea y esperanza. No paséis, pues, tampoco vosotros más adelante, no busquéis más de lo que se os dice, no digáis: ¿Y cómo obró el Espíritu Santo ese prodigio en la Virgen? Porque si cuando es la pura naturaleza la que obra, no podemos explicar cómo se forma el hombre, ¿cómo podremos explicar un prodigio del Espíritu Santo? Para que no te burlaras del evangelista y le molestaras con continuas preguntas, él se contentó con decirte quién era el autor del prodigio. "No sé nada más —parece decirte— sino que lo sucedido sucedió por obra del Espíritu

Santo". Avergüéncense los que curiosamente inquieren la generación celeste del Verbo. Porque si ésta, que tuvo tantos testigos, que fue anunciada tanto tiempo antes, que fue vista y tocada, no hay nadie que la pueda explicar, ¿cómo no tener por suma locura la de aquellos que a todo trance quieren inquirir y averiguar la inefable generación del Verbo? Ni Gabriel ni Mateo dijeron más, sino que fue obra del Espíritu Santo; pero cómo y de qué manera obró el Espíritu Santo la concepción de Cristo, ninguno de ellos lo explicó, porque tampoco es posible explicarlo. Y no penséis que porque se nos dice que fue obra del Espíritu Santo, ya lo sabemos todo. Aun sabiendo esto, muchas cosas ignoramos todavía. Por ejemplo: ¿Cómo el que todo lo contiene es llevado en su vientre por una mujer? ¿Cómo da a luz una virgen y permanece virgen? ¿Cómo, decidme, construyó el Espíritu Santo aquel templo divino? ¿Cómo no tomó toda la carne de la madre, sino solamente una parte, y le dio luego crecimiento y la fue configurando? Porque que Cristo procede de la carne de la Virgen, bien claro lo significó evangelista diciendo: *Lo nacido en ella*; y Pablo: *Nacido de mujer* (Gal 4,4). De mujer dice, para tapar la boca a los que afirman que Cristo pasó por el serio materno como por un canal. Porque si así fue, ¿qué necesidad había del seno materno? Si así fue, nada tiene Cristo de común con nosotros. Su carne es de otra carne y no de nuestra misma masa. ¿Cómo fue entonces de la raíz de Jesé? ¿Cómo fue vara, cómo hijo de hombre, cómo flor? ¿Cómo fue María madre suya? ¿Cómo desciende Cristo de David? ¿Cómo tomó la forma de siervo? ¿Cómo el Verbo se hizo carne? ¿Cómo dice Pablo escribiendo a los Romanos: *De los cuales viene Cristo, según la carne, el que es Dios sobre todos*? (Rom 9,5). Así, pues, que Cristo viene de nosotros, y de nuestra masa y de un seno virginal, evidente resulta por todas estas y otras muchas razones; pero de qué modo fue eso, ya no resulta evidente. No lo inquieras tú tampoco, recibe lo que se te revela y no caviles curiosamente sobre lo que se te ha callado.

MARAVILLOSA CONDUCTA DE JOSÉ

Pero José, su marido, que era justo y no quería entregarla al público deshonor, determinó repudiarla secretamente. Habiendo dicho el evangelista que la concepción de Cristo había sido obra del Espíritu Santo y no por comercio carnal, ahora quiere confirmar

su palabra por otro camino. Porque nadie dijera: ¿Cómo se sabe eso? ¿Quién vio ni oyó jamás que sucediera cosa semejante? Para que nadie sospechara que el discípulo se lo había inventado en gracia de su maestro, introduce ahora a José, quien, por lo que le aconteció, contribuye al crédito del relato evangélico. No parece sino que nos dice el evangelista con lo que nos va a contar: "Si a mí no me crees, si mi testimonio se te hace sospechoso, cree a su marido. *Porque José* —dice—, *su marido, que era justo...* Por justo hay que entender aquí al que es en todo virtuoso. Porque "justicia" no es sólo no querer más de lo debido, sino también la virtud en general, y en este sentido emplea sobre todo la Escritura la palabra "justicia". Así cuando dice: *Había un varón justo y sincero…* (Job 1,1). Y en el mismo evangelio: *Eran ambos justos* (Lc 1,6).

Siendo, pues, José, *justo*, es decir, bueno y moderado, *determinó repudiarla secretamente*. El evangelista cuenta lo que aconteció antes de conocerse la verdad para que no niegues tu fe a lo que pasó después de conocida. Realmente, de haber sido cierta la sospecha contra la Virgen, no sólo había que denunciarla, sino que la ley mandaba castigarla con el último suplicio. Pero José no sólo atendió al mal mayor del castigo de muerte, sino al menor de la vergüenza de la Virgen; porque no sólo no quiso castigarla, sino tampoco entregarla al público deshonor. Ahí tenéis a un varón sabio libre de la más tiránica de las pasiones. Bien sabéis cuán terrible pasión son los celos. Alguien que los conocía bien dijo: *Lleno de celos está el corazón del marido de ella; no perdonará en el día del juicio* (Prob 6,34). Y otro: *Duros como el averno son los celos* (Cant 8,6). Y nosotros mismos conocemos a muchos que preferirían antes morir que caer en sospecha de celos. Y aquí no se trataba de sospecha, pues el volumen del vientre era argumento bien patente. Sin embargo, estaba José tan limpio de pasión, que no quiso que a la Virgen se la molestara en lo más mínimo. Retenerla en su casa, parecía contra ley; despedirla y llevarla a los tribunales, era entregarla forzosamente a la muerte. Ninguna de las dos cosas hizo José, sino que su conducta se levanta ya por encima de la ley. Y es que, habiendo venido la gracia, tenían que darse ya muchos signos de vida más elevada. A la manera que el sol, cuando no ha mostrado aún su disco, ya alumbra con su luz la mayor parte de la tierra, así Cristo, que estaba para levantarse como un sol del seno de su madre, antes de salir, ya había iluminado toda la tierra. De ahí que, aun antes de su nacimiento,

saltaban de júbilo los profetas, las mujeres predecían lo por venir, y Juan, que no había salido del vientre de su madre, daba saltos en el mismo seno materno. De ahí también que José diera muestras de la más alta sabiduría, pues ni acusó ni deshonró a la Virgen, sino que sólo intentó despedirla de su casa.

APARICIÓN DEL ÁNGEL: POR QUÉ LA VIRGEN NO REVELÓ EL MISTERIO A JOSÉ

Estando, pues, así las cosas, sin que se viera salida por ninguna parte, vino el ángel a resolver todas las dificultades. Pero es digno de examinarse por qué no vino antes que José tuviera aquel pensamiento: *Cuando él* —dice el evangelista— *pensaba en estas cosas, vino el ángel*. Sin embargo, a la Virgen se le había anunciado el misterio antes de la concepción, lo cual ofrece otra dificultad. Porque, ya que el ángel no habló a José, ¿por qué también se calló la Virgen, que había oído el misterio de boca del ángel y, no obstante ver a su pretendiente turbado, no le sacó de su perplejidad? ¿Por qué, pues, no le habló el ángel antes que estuviera turbado? Resolvamos primero esta dificultad. ¿Por qué, pues, no le habló? Por temor de no ser creído y se repitiera el caso de Zacarías. Porque con el hecho ya ante los ojos, la fe era fácil; pero cuando aún no había empezado a cumplirse, no se hubiera tan fácilmente aceptado la palabra del ángel. Por eso no habló el ángel desde el principio y por la misma causa se calló también la Virgen. La Virgen no podía pensar que su pretendiente le iba a dar crédito si le contaba cosa tan extraña; más bien habría de irritarse, como si tratara ella de paliar el pecado cometido. Porque, si la Virgen misma, cuando iba a recibir tamaña gracia, sufre vacilación muy humana y pregunta al ángel: *¿Cómo sucederá, esto, puesto que yo no conozco a varón?* (Lc 1,34), mucho más hubiera dudado José, más que más oyendo el hecho de labios de una mujer sospechosa.

POR QUÉ A LA VIRGEN SE LE ANUNCIÓ EL MISTERIO ANTICIPADAMENTE

Tal es la razón para que la Virgen no le dice nada a José y el ángel se presenta en el momento oportuno. Entonces —me diréis —, ¿por qué no lo hizo así también con la Virgen y no la llevó la buena noticia después de la concepción? La razón fue para que la

Virgen no se turbara y desconcertara enteramente. Realmente, de no saber con claridad lo que en ella había pasado, verosímil es que hubiera tomado una resolución desesperada y se hubiera ahorcado o pasado a espada, al no poder soportar su deshonor. Admirable era la Virgen, y Lucas nos pone bien de manifiesto su virtud cuando nos cuenta de ella que, al oír la salutación del ángel, no se exaltó ni la aceptó de pronto, sino que se turbó, discurriendo qué salutación fuera aquélla. La que tan delicada era, hubiera quizá enloquecido de pena al pensar en su deshonra, pues no podía esperar persuadir a nadie, por mucho que dijera, no ser obra de adulterio lo que le había pasado. Pues para que nada de eso sucediera, vino a la Virgen el ángel antes de la concepción. Libre de turbación tenía que estar aquel seno adonde entró el Creador del universo; libre de todo alboroto aquella alma que fue digna de ser ministra de tan altos misterios. Por eso habla el ángel con la Virgen antes de la concepción, y con José cuando ya se aproximaba el parto. Por no entenderlo así algunos simples, han afirmado que hay discrepancia en el evangelio, pues Lucas dice que la buena noticia fue dada a María, y Mateo que a José, no cayendo en la cuenta que una y otra cosa tuvo lugar. La misma regla hay que guardar en toda la historia evangélica, pues de este modo resolveremos muchas aparentes discrepancias.

NUEVO ELOGIO DE SAN JOSÉ

Viene, pues, el ángel cuando José se halla en plena turbación. Su venida se había dilatado, no sólo por las razones dichas, sino también para que brillara la sabiduría de aquel varón. Cuando el hecho estaba ya para cumplirse, se presenta el ángel: *Cuando José estaba pensando estas cosas, se le apareció en sueños el ángel*. ¿Veis la moderación de este varón? No es sólo que no hizo castigar a la Virgen, sino que no dijo a nadie palabra sobre el caso, ni siquiera a la misma que era objeto de sospecha. Él se lo pensaba para sí y a la misma Virgen tenía empeño en ocultarle la cosa. Porque no dice el evangelista que quería arrojarla de casa, sino "repudiarla". Tan manso, tan moderado era José. Pero cuando estaba él revolviendo estos pensamientos, se le aparece el ángel en sueños. ¿Por qué no en visión manifiesta, como a los pastores, a Zacarías y a la misma Virgen? Porque José era un varón extraordinariamente fiel y no necesitaba de visión semejante. En

cuanto a la Virgen, como había de recibir noticia de algo tan grande —mayor que lo de Zacarías—, necesitaba no sólo saberlo antes de cumplirse, sino también de una visión extraordinaria; respecto a los pastores, su mayor rusticidad exigía también una visión más esplendorosa. José, sin embargo, recibe la revelación después de la concepción, cuando ya su alma era presa de la mala sospecha, pero estaba también dispuesta a pasar a mejores pensamientos con sólo que apreciara quien a ellos le guiara fácilmente. Por eso se le da la buena noticia después de la sospecha, a fin que esto mismo fuera para él una prueba de la verdad de lo que se le decía. En efecto, el hecho de no haber dicho él nada a nadie sobre el caso, sino haberlo sólo pensado dentro de su alma, y oír luego cómo de ello le hablaba el ángel, constituía para José un signo indubitable que había venido a hablarle de parte de Dios, pues de sólo Dios es conocer los secretos del corazón. Mirad, pues, cuántas cosas se cumplen: se pone de manifiesto la sabiduría de José, la oportunidad de la revelación contribuye a que le preste fe y el relato evangélico queda libre de toda sospecha, pues nos muestra haber sufrido José lo que naturalmente había de sufrir un hombre.

CÓMO PERSUADE EL ÁNGEL A JOSÉ

Ahora, pues, ¿cómo persuade el ángel a José? Escuchad y admirad la sabiduría de sus palabras. Llega el ángel y le dice: *José, hijo de David, no temas tomar a María tu mujer*. Ante todo le recuerda a David, de quien había de venir Cristo. Y no le consiente estar turbado desde el momento que, por el nombre del más glorioso de sus antepasados, le trae a la memoria la promesa hecha a todo su linaje. Pues ¿por qué otro motivo pudo llamarle hijo de David? *No temas* —le dice—. No siempre habla Dios así. Cuando alguien quiso hacer algo inconveniente con la mujer de Abrahán, Dios emplea palabras de espanto y amenaza. Sin embargo, también allí se trataba de ignorancia, pues sin saber quién era había tomado Abimelec a Sara; y aun así, Dios le espantó (Gen 20,1). Aquí procede más blandamente. Muy grande era el asunto que se trataba; mucha la diferencia entre los dos hombres. Por eso no había aquí necesidad de espanto.

Al decir el ángel: *No temas*, da a entender que José haba tenido miedo de ofender a Dios reteniendo consigo a una adúltera; pues,

de no ser así, tampoco hubiera pensado en echarla de casa. El ángel, pues, le descubre a José y le pone delante cuanto había pensado y cuanto en su alma había sufrido, y por este medio le demuestra que viene de parte de Dios. Notemos también que, pronunciado el nombre de María, no se detuvo en él, sino que añadió: *Tu mujer*, nombre que no le hubiera dado si hubiera sido corrompida. Mujer quiere aquí decir "prometida", al modo que suele la Escritura llamar maridos a los pretendientes aun antes del casamiento. ¿Y qué quiere decir *tomar*? Quiere decir tenerla en casa, pues en su mente ya estaba repudiada. "Esta —le dice el ángel— que ya has espiritualmente repudiado, retenla contigo, pues te la entrega Dios, no sus padres; y te la entrega, no para casamiento sino para convivencia, y te la entrega por medio de mis palabras. Como Cristo la entregó más tarde a su discípulo, así ahora se la entrega el ángel a José.

Sólo veladamente alude luego el ángel al asunto, y, sin nombrar la mala sospecha, la elimina de modo más noble y más conveniente a lo que era causa de los dolores de José. En realidad, el ángel le demuestra que justamente por lo que él temía y había pensado echarla de su casa, por eso debía tomarla y retenerla consigo. Con esto quedaba más que sobradamente deshecha toda su angustia. No sólo —le dice el ángel— es María ajena a toda ilegítima unión, sino que ha concebido por encima de la naturaleza. No sólo, pues, has de echar de ti todo miedo, sino que debes alegrarte sobremanera: *Porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo*. ¡Maravillosa palabra, que sobrepasa todo humano razonamiento y está por encima de las leyes de la naturaleza! ¿Cómo la creerá un hombre que nada oyera jamás de estas cosas? Por la revelación de lo que a él le había pasado, pues para este fin le reveló el ángel cuanto había habido en su alma: lo que había sufrido, lo que había temido y lo que había determinado hacer. Lo uno daba crédito a lo otro.

EL NOMBRE DE JESÚS

Y no sólo por lo pasado, sino también por lo venidero, le lleva el ángel al mismo término: *Y ella* —le dice— *dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús*. No pienses que, por ser la concepción de Cristo obra del Espíritu Santo, eres tú ajeno al servicio de esta

divina economía[7]. Porque, si es cierto que ninguna parte tienes en la generación y la Virgen permanece intacta; sin embargo, todo lo que dice con el padre sin atentar a la dignidad de la virginidad, todo te lo entrego a ti. Tal, ponerle nombre al hijo. Tú, en efecto, se lo pondrás. Porque, si bien no lo has engendrado tú, tú harás con él las veces de padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, yo te uno íntimamente con el que va a nacer. Luego, para que nadie pudiera imaginar que se trataba de verdadera paternidad, escuchad con qué precisión añade el ángel: *Dará a luz un hijo* —dice—. No dijo: "Dará para ti a luz un hijo", sino que lo dejó en el aire. Realmente no lo dio a luz para él, sino para la tierra entera.

Por la misma razón trajo el ángel del cielo el nombre de Jesús, dando a entender cuán maravillosa era su concepción por el hecho de ser Dios mismo quien, por ministerio de un ángel, enviaba a José el nombre que había de ponerse al niño. Y, a la verdad, no es éste un nombre puesto al azar, sino un tesoro de bienes infinitos. De ahí que el ángel mismo lo interpreta y en él funda las mejores esperanzas, y de este modo lleva también a José a que crea su mensaje. Frente a las buenas esperanzas, nos solemos inclinar más fácilmente, y ésas son las que con más gusto creemos. Asegurada la fe de José por todos estos motivos, por lo pasado, por lo por venir, por lo presente, por el honor mismo que se le concedía, muy oportunamente introduce el ángel al profeta que con su voto confirme todo lo otro.

LOS BIENES QUE NOS VIENEN POR CRISTO

Pero antes de introducir al profeta, el ángel nos anuncia de antemano los bienes que habían de venir a la tierra por medio de Cristo. ¿Qué bienes son ésos? Dicho en una palabra: la destrucción del pecado: *Porque Él salvará* —dice— *a su pueblo de los pecados de ellos*. También aquí se nos muestra otra maravilla. No se nos habla de guerras temporales ni de liberar al pueblo del dominio extranjero, sino que se nos da la buena noticia de algo mucho más importante: la liberación de nuestros pecados, cosa que a nadie había sido antes posible. Y ¿por qué —me diréis— dijo: *Su pueblo*, y no añadió también a las naciones? Es que no quería desconcertar de pronto al oyente. En verdad, para un oyente

[7] Es decir, no eres ajeno al servicio del misterio de la encarnación.

inteligente, también las naciones estaban aludidas. Porque pueblo suyo son no sólo los judíos, sino también todos los que a Él se acercan y reciben su conocimiento. Pero considerad cómo nos muestra el ángel de soslayo la dignidad del Niño llamando pueblo suyo al pueblo judío. No otra cosa, en efecto, se nos da con ello a entender sino que el que va a nacer es hijo de Dios y que aquí se nos habla de un rey celeste; pues perdonar los pecados, cosa es que sólo atañe a aquella divina sustancia, y no a otro poder alguno.

APROVECHÉMONOS DEL DON DE DIOS

Ahora bien, puesto que hemos gozado de don tan precioso, hagamos todo lo posible por no desmerecer ese beneficio. Porque, si los pecados cometidos antes de recibir ese honor eran dignos de castigo, ¿cuánto más no lo serán los cometidos después de ese inefable beneficio? Y no sin razón digo ahora esto, sino porque veo algunos que se portan más tibiamente después del bautismo que quienes no han sido aún iniciados en los divinos misterios. Su conducta en nada se distingue de la de los paganos. De ahí que ni en la pública plaza ni en la iglesia misma es posible saber de pronto quién es cristiano y quién pagano. Habría que esperar al momento de los misterios divinos y ver quiénes son echados fuera y quiénes permanecen dentro[8]. Y, sin embargo, habría que reconocerlos no por el lugar, sino por las costumbres. Natural es que las dignidades externas se reconozcan también por signos externos; nuestra religión, sin embargo, ha de reconocerse por el alma. El cristiano no ha de aparecer cristiano sólo por la ofrenda que hace[9], sino también por la vida nueva que ha de llevar. El cristiano tiene que ser luz y sal del mundo. Mas, si no brillas ni para ti mismo; si no te preservas ni de tu propia podredumbre, ¿en qué te podremos ya reconocer? ¿En que te has bañado en las sagradas corrientes? Pero esto es para ti motivo de castigo, pues la grandeza del honor recibido es agravante de pena para quienes no se deciden a vivir de manera digna de ese honor. El cristiano ha de resplandecer no sólo por los dones que ha recibido de Dios, sino también por lo que él pone de su parte, y se le ha de recono-

---

[8] Es decir, lo que distingue al cristiano del pagano es la participación eucarística. Llegado el momento de ella, los catecúmenos y paganos salían de la iglesia.

[9] Todo bautizado presentaba en la santa misa (*ofertorio*) su ofrenda (Baur).

cer por todo su porte: por su andar, por su mirar, por sus gestos, por sus palabras.

No digo esto porque hayamos de acomodar nuestra conducta a la ostentación; sí, para que la acomodemos a la edificación de los demás. Pero ahora, por dondequiera que busque reconocerte, en todas partes hallo que apareces con los signos contrarios. Si quiero saber quién eres por el lugar en que estás, veo que te pasas el día en los hipódromos, en los teatros, en ocupaciones contra ley, en reuniones con gentes desalmadas de los mercados, en tratos con hombres corrompidos; si por tu cara, te veo reír continuamente a carcajadas y tu rostro disoluto, como el de una ramera podrida, que tiene la boca abierta; si por tus vestidos, veo que no vas mucho mejor que los farsantes del teatro; si por tus compañías, por todas partes llevas una escolta de parásitos y aduladores; si por tus palabras, nada sano, nada necesario, nada que diga con los deberes de la vida, oigo que salga de tu boca; si por tu mesa, en fin, la acusación tendría que ser aquí más grave.

CRISTIANOS PEORES QUE ANIMALES

¿Cómo, pues, dime, podré reconocerte por cristiano, si todo lo dicho vota en contra tuya? Pero ¡qué digo cristiano! Yo no puedo saber claramente ni si eres hombre. Coceas como un asno, saltas como un toro, relinchas sobre las mujeres como un caballo, eres goloso como un oso, engordas tu carne como una mula, eres rencoroso como un camello, rapaz como un lobo; te irritas como una serpiente, picas como un escorpión, eres astuto como una zorra, guardas el veneno de tu maldad como un áspid y una víbora, haces la guerra contra tus hermanos como el mismo demonio perverso. ¿Cómo voy a ponerte en el número de los hombres, si no veo en ti los caracteres de la naturaleza humana? ¡Y hete aquí que, tratando de buscar la diferencia entre el cristiano y el catecúmeno, estoy a pique de no encontrar ni la diferencia entre el hombre y la fiera! ¿Cómo te llamaré, pues? ¿Una fiera? Pero las fieras no tienen más que uno de los vicios que hemos enumerado; tú, en cambio, los llevas todos juntos contigo y vas más lejos que las fieras en el camino de la irracionalidad. ¿Te llamaré entonces demonio? Pero el demonio no es esclavo de la tiranía del vientre ni se deja llevar del amor al dinero. Si, pues, tienes más defectos que las fieras y que el mismo demonio, ¿cómo, dime, te llamaremos

hombre? Y, si no se te puede llamar hombre, ¿cómo te daremos el nombre de cristiano?

MIRÉMONOS EN EL ESPEJO DE LA VIDA DE LOS SANTOS

Y lo más grave es que, hallándonos en tal estado, no pensamos en la deformidad de nuestra alma ni caemos en la cuenta de su horrible aspecto. Cuando te sientas en una peluquería a cortarte el pelo, al punto tomas en la mano un espejo y miras y remiras cómo te queda el corte y preguntas a los presentes y al mismo peluquero cómo ha compuesto el copete de la frente. Y, aun siendo ya un viejo, muchas veces no te avergüenzas de chiflarte por las fantasías de la gente moza. Pero que nuestra alma esté deforme, y hasta que haya tomado forma de fiera, de aquellas Escila y Quimera que nos hablan las fábulas paganas; de eso, ni nos damos siquiera cuenta. Y, sin embargo, también aquí tenemos un espejo espiritual, mucho mejor y más provechoso que el otro material. Este espejo no sólo nos pone delante nuestra deformidad, sino que, si queremos, nos la transforma en belleza incomparable. Tal es la memoria de los hombres santos, las historias de su aventurada vida, la lección de las Escrituras, las leyes que por Dios nos han sido dadas. Si una vez te decides a mirarte en las imágenes de aquellos santos, no sólo verás la deformidad de tu propia alma, sino que, visto que lo veas, de nada más necesitarás para librarte de esa fealdad. Tan provechoso es para nosotros ese espejo y con tal facilidad realiza la transformación.

DOMEMOS LA FIERA DE NUESTRA PROPIA NATURALEZA

Que nadie, por tanto, permanezca en la forma de animal. Porque, si un esclavo no tiene derecho a entrar en la casa del padre, ¿cómo tú, si te conviertes en fiera, podrás pisar los umbrales del cielo? ¡Y qué digo fiera! Tú eres más fiero que cualquier fiera. Éstas, si bien por naturaleza son feroces, por arte humano llegan muchas veces a domesticarse.

Ahora bien, tú que cambias su ferocidad natural en mansedumbre contra naturaleza, ¿qué excusa tendrás al cambiar tu mansedumbre natural en ferocidad contra naturaleza? Lo que es naturalmente feroz, lo vuelves manso; y tú, que naturalmente eres

manso, te haces feroz. Domesticas y amansas a un león, y tú tienes un corazón más fiero que un león. Dos dificultades hay para domar a un león: que no tiene razón y que es el más fiero de los animales. Sin embargo, por la superior inteligencia que Dios te ha dotado, tú llegas a dominar su naturaleza. Ahora, pues, ¿cómo tú, que en los animales sales vencedor hasta de la naturaleza, traicionas en ti mismo tu naturaleza y tu libertad? Si te mandara amansar a otro hombre, no creería haberte mandado nada imposible; sin embargo, podías alegar que no eras tú dueño de su voluntad y que no todo dependía de ti. Ahora la fiera está en tu mano; tú eres su dueño absoluto.

LA SANGRE DE CRISTO MATA NUESTRAS PASIONES

¿Qué excusa, pues, tienes de no dominar tu naturaleza? ¿Qué aceptable pretexto puedes alegar, cuando de un león haces un hombre, y tú, que eres hombre, consientes en convertirte en león? A éste le regalas lo que es de tu naturaleza y para ti no guardas lo que es de tu propia naturaleza. A los animales feroces te empeñas en levantarlos a nuestra nobleza; y a ti mismo te derribas del trono de tu realeza y te precipitas en la locura de ellos. Considera, si te place, que también la ira es una fiera. Toda la habilidad que otros muestran en domar a los leones, muéstrala tú en domarte a ti mismo y haz mansa y pacífica a esa fiera. También ésta tiene dientes y uñas terribles, y si no la amansas, te lo destruirá todo. Ni un león ni una víbora pueden despedazar tus entrañas como la ira, que te las despedaza a cada momento con sus dientes de hierro. Porque la ira no daña sólo al cuerpo, sino que destruye también la salud del alma, devorando, destrozando, disipando toda su fuerza y dejándola inhábil para todo. Cuando uno tiene gusanos en las entrañas, llega a no poder ni respirar, pues tiene su interior todo consumido. Pues ¿cómo nosotros podremos engendrar nada noble, teniendo dentro tan enorme serpiente como es la ira, que nos devora también todo nuestro interior?

Ahora, pues, ¿cómo nos libraremos de esta calamidad? Bebiendo una bebida capaz de matar los gusanos y serpientes que llevarnos dentro. ¿Y qué bebida es ésa —me diréis— que tiene tan maravillosa virtud? Esa bebida es la preciosa sangre de Cristo, con tal que se beba con confianza. Ella puede acabar con todas nuestras enfermedades. Juntemos con ella la diligente audición de

las divinas Escrituras, y a la audición de éstas la limosna, y por todos estos medios lograremos matar las pasiones que destruyen nuestra alma.

SÓLO VIVIMOS SI MORTIFICAMOS NUESTRAS PASIONES

Y sólo entonces viviremos. Ahora no es mucho mejor nuestro estado que el de los muertos. No, no es posible que, viviendo nuestras pasiones, vivamos también nosotros, sino que tenemos por fuerza que morir. Si nosotros no las matamos ahora aquí, ellas nos matarán sin remedio a nosotros después. Digo mal, antes de aquella muerte eterna, ya aquí nos harán sufrir el último suplicio. Porque la pasión es cruel, tiránica e insaciable y hora a hora se nos come y no se detiene jamás. Tiene dientes de león, y aún más duros que el león. El león, apenas se harta, deja allí el cadáver que devoraba; pero las pasiones ni se hartan ni se apartan hasta dejar junto al diablo al hombre en quien hicieron presa. Es tanta su violencia, que aquella servidumbre que Pablo hacía gala respecto a Cristo, hasta el punto de despreciar por su amor a la vez el cielo y el infierno, esa misma imponen ellas a los que son víctimas suyas. Y es así que quien ha caído en el amor de la carne, del dinero o de la gloria, a trueque de satisfacer esas pasiones, se ríe en adelante del infierno y no se le da un comino del reino de los cielos. No hay, pues, por qué dejar de creer a Pablo cuando nos dice que hasta punto tal amaba él a Cristo. Pues, si vemos quienes hasta ese punto se hacen esclavos de sus pasiones, ¿qué motivo hay para que nos parezca increíble el caso de Pablo? Justamente la causa porque es en nosotros tan débil el amor de Cristo es porque toda nuestra fuerza se nos gasta en esas pasiones, y somos rapaces, y somos avaros, y somos esclavos de la vanagloria, la cosa más vil que se pueda imaginar.

DIATRIBA CONTRA LA VANAGLORIA

Y, en efecto, así vengas mil veces a ser ilustre, no por eso eres mejor que los no honrados, sino por ello mismo quedas más deshonrado. Los mismos que aparentan honrarte y hacerte ilustre, son los que se ríen de ti, pues te ven bebiendo los vientos por la honra que ellos te dan. Tu empeño te sale al revés: los mismos que te alaban te condenan.

Cuando se alaba y adula a un adúltero o deshonesto, en lo mismo que se le alaba, se le condena. Lo mismo a un ambicioso de gloria. Aun cuando todo el mundo le alabemos, como le vemos que quiere ser glorificado, antes le condenamos que le alabamos. ¿A qué, pues, vas desalado tras una cosa que te suele salir al revés de lo que pretendes? Si quieres ser glorificado, desprecia la gloria y serás el más ilustre del mundo.

NABUCODONOSOR, EJEMPLO DE VANAGLORIA

¿Por qué quieres que te pase lo que pasó a Nabucodonosor? Este levantó una estatua, y de la madera, de la forma insensible, esperaba le había de venir un acrecentamiento de su fama. El viviente quería recibir nuevo brillo de lo que no tiene vida. ¿Comprendes el exceso de su locura? Porque, creyendo que iba a honrarse a sí mismo, se cubrió de ignominia. ¿Cómo no tener, en efecto, por ridículo a un hombre que tiene más confianza en un objeto inanimado que en sí mismo y en el alma viva que hay en él, y que por eso levanta a tal preeminencia a la madera y busca ser glorificado no por sus costumbres, sino por unas cuantas piezas ensambladas? Bien así como aquellos que pretenden brillar antes por el pavimento de su casa o por una bella escalinata que no por su condición de hombres. Muchos imitadores tiene ahora Nabucodonosor entre nosotros. Aquél quiso ser admirado por su famosa estatua; otros quieren ahora se los admire por sus vestidos, por su casa, por sus mulos, por sus carros, por las columnas que sostienen sus palacios. Y es que, como han perdido su ser de hombres, andan de acá para allá buscando, por otra parte, una gloria que es el colmo de la ridiculez.

LOS JÓVENES DEL HORNO DE BABILONIA, MÁS GLORIOSOS QUE NABUCODONOSOR

No buscaban brillar así aquellos grandes y nobles siervos de Dios, sino que pusieron su gloria en donde debe ponerse. Ellos, cautivos, esclavos, jóvenes, privados además de todo lo suyo, aparecieron entonces mucho más gloriosos que quien estaba rodeado de todos los bienes. A Nabucodonosor, para saciar su ambición y ostentar su grandeza, no le bastó ni aquella gigantesca estatua, ni sus sátrapas, ni sus generales, ni sus ejércitos inmensos, ni la muchedumbre de oro, ni todo el resto de su regio

aparato; pero a los jóvenes hebreos, desnudos de todo aquello, les bastó su sabiduría, y ésta sola, sin poseer nada, los hizo más gloriosos que quien se ceñía de diadema y vestía de púrpura y se hallaba rodeado de todo; y cuanto brilla el sol más que una simple piedra preciosa, así brillaron ellos más que el rey de Babilonia. Fueron, en efecto, presentados a la faz de toda la tierra, ellos jóvenes, cautivos y esclavos; a su vista, el rey echa fuego por los ojos; le rodean generales, gobernadores de provincias, personajes de la corte, todo el teatro, en fin, del diablo; resuena en sus oídos el sonido de las siringes y trompetas y de todos los otros instrumentos músicos, que llega hasta los cielos; el horno está encendido hasta una altura inmensa y su llamarada toca a las nubes; todo está lleno de horror y espanto. Nada de esto les intimida a ellos, de todo se ríen como de juego de niños, y allí dan muestras de su valor y moderación y su voz resuena más clara que toda aquella trompetería, cuando dicen: *Sábete, ¡oh rey!...* Ni de palabra quieren ofender al tirano, sino sólo mostrar su piedad. Por eso, tampoco se extienden a largos discursos, sino lo manifiestan todo brevemente: *Porque hay* —dicen— *un Dios en el cielo que puede librarnos*. ¿A qué nos muestras toda esa muchedumbre, el horno ardiendo, las espadas afiladas, tu escolta espantosa? Más alto que todo eso está nuestro Señor; más poderoso es que todo eso. Luego, considerando que podía Dios querer permitir que fueran quemados, para que no pareciera que habían mentido si así sucedía, añadieron: *Pero, si así no fuere, sábete que nosotros no servimos a tus dioses* (Dan 3,1ss).

LOS JÓVENES, EN EL HORNO CONFESARON SUS PECADOS

Si hubieran dicho que, por sus pecados, Dios no los libraba, no se les hubiera dado crédito aun cuando no los hubiera librado. Por eso, aquí se callan eso, y lo dicen dentro ya del horno, donde traen arriba y abajo sus pecados. No así delante del rey. Delante del rey sólo afirman que, aun cuando se los queme vivos, ellos no traicionarán su religión. Y es que no hacían lo que hacían con miras a la paga y recompensa, sino sólo por amor. Y, sin embargo, en cautividad estaban, esclavos eran y de ningún bien gozaban. Patria, libertad, bienes, todo lo habían perdido. Porque no me habléis de los honores que gozaban en el palacio real. Santos y

justos como eran, hubieran mil veces preferido pedir limosna en su patria y gozar de los bienes del templo de Dios. *Prefiero* —dice el salmista— *ser abyecto en la casa de mi Dios antes que morar en las tiendas de los pecadores*. Y: *Más vale un día en tus atrios que mil* (Salmo 83,11). Mil veces, pues, hubieran preferido ser el desecho de su patria, que no reinar en Babilonia. Bien claro se ve eso por lo que en el horno manifiestan, declarando insoportable vivir allí. Cierto que ellos gozaban de grande honor; pero las calamidades de sus hermanos los afligían grandemente; cosa señaladamente propia de los santos, que ni honra, ni gloria, ni otra cosa alguna estiman tanto como la salvación de su prójimo. Si no, mirad cómo, estando dentro del horno, hacían su oración en favor del pueblo entero. Nosotros, sin embargo, ni aun en medio de nuestra libertad nos acordamos de nuestros hermanos. De modo semejante, cuando interpretaban los sueños, no buscaban tampoco su interés, sino el de los demás. Que despreciaban la muerte, de muchos modos lo pusieron de manifiesto posteriormente. En todo momento se ofrecen a sí mismos para calmar la cólera divina. Luego, reconociendo que ellos no bastaban, se acogen a sus padres y confiesan que por su parte sólo pueden ofrecer a Dios un espíritu contrito.

IMITEMOS A LOS JÓVENES DE BABILONIA Y NO ADOREMOS LA ESTATUA DE ORO

Imitemos también nosotros a estos jóvenes. También ahora se levanta una estatua de oro. También ahora impera la tiranía de Mammón. No prestemos atención a los tambores, ni a las flautas, ni a las arpas de diez cuerdas, ni a todo el otro aparato de la riqueza. Aun cuando fuera preciso arrojarse al horno ardiendo de la pobreza, prefirámoslo, antes que adorar la estatua de oro, y también sobre nosotros caerá susurrante el rocío del cielo. No temamos, pues, la pobreza aunque la llamemos aquí horno ardiente. Los que entonces cayeron al horno, se cubrieron de gloria; los que adoraron la estatua perecieron. La diferencia está en que entonces se cumplió todo a la vez; ahora una cosa se cumple en esta vida, otra se cumplirá en la venidera, aunque también a veces se cumplen las dos aquí. En efecto, los que, a trueque de no adorar la estatua de oro, se abrazan con la pobreza, serán gloriosos aquí y en el otro mundo; mas los que ahora se

enriquecen injustamente, lo pagarán después con la última pena.

Del horno de la pobreza salió Lázaro, no menos glorioso que los tres jóvenes del de Babilonia; mas el rico, que pertenecía a la clase de los adoradores de la estatua, fue condenado en el infierno. El horno de Babilonia era una figura. Y, en efecto, así como allí los que cayeron al horno, nada tuvieron que sufrir y los que estaban fuera fueron violentamente arrebatados por las llamas, tal acontecerá un día: los santos, atravesando por medio de un río de fuego, no sufrirán molestia alguna; mas los adoradores de la estatua verán cómo el fuego salta sobre ellos con más violencia que una fiera y los arrastra consigo. Así, si alguno no cree en el infierno, contemple este horno ardiente, y por lo presente crea lo por venir, y no tema el horno de la pobreza, sino el del pecado. Éste es fuego y dolor; aquél, rocío y refrigerio. En aquél está el diablo; en éste, los ángeles mitigan la llama.

APRENDAN LOS RICOS LA LECCIÓN

Oigan esto los ricos, ellos que encienden el horno de la pobreza. A los pobres ningún daño les harán, pues el rocío del cielo ha de venir a refrigerarlos; mas ellos se precipitarán a sí mismos maniatados a las mismas llamas que con sus manos encendieron. En Babilonia bajó el ángel con los jóvenes al horno; bajemos también nosotros ahora con los que están en el horno de la pobreza y llevémosles el rocío de nuestra limosna; mitiguemos sus llamas para que seamos también partícipes de sus coronas. Día vendrá en que la voz de Cristo apartará también de nosotros las llamas diciendo: *Tuve hambre, y me disteis de comer* (Mt 25,35). Esta voz será entonces para nosotros como un rocío que susurrará por entre las llamas.

LA GLORIA DE LOS POBRES

Bajemos, pues, con nuestra limosna al horno de la necesidad; contemplemos aquellos sabios que dentro de él caminan, pisando sobre brasas; veamos este nuevo y maravilloso prodigio: a un hombre que entona un himno en medio de un horno ardiendo, que da gracias en medio del fuego; que, atenazado por la extrema pobreza, le da a Cristo gloria inmensa. Porque sí, semejantes a los jóvenes del horno de Babilonia son los que sobrellevan su pobreza con acción de gracias. Más temible que el fuego es la pobreza y

más que el fuego suele ella quemar. Pero el fuego no quemó a los jóvenes de Babilonia, sino que por haber confesado al Señor, aun las ataduras con que fueron arrojados se les desataron inmediatamente. Así también ahora. Si, al caer en la pobreza; das gracias a Dios, aun tus ataduras quedan sueltas y la llama se extingue. Y, si no se extingue, aún se da otro prodigio mayor: En vez de fuego, brota una fuente, que fue lo que entonces sucedió, gozando ellos, en medio del horno, de un puro rocío que impidió que se quemaran los que allí fueron arrojados. Lo mismo puede verse en quienes profesan nuestra filosofía: en medio de su pobreza están con menos miedo que los que nadan en riquezas.

EXHORTACIÓN FINAL: NO NOS QUEDEMOS FUERA DEL HORNO DE LA POBREZA

No nos quedemos, pues, fuera del horno, al no tener compasión para con los pobres, si no queremos que nos pase lo que a los ministros del rey de Babilonia. Si bajáis y os ponéis entre los jóvenes, ningún daño os hará ya el fuego; pero, si os quedáis allá arriba y despreciáis a los que están en el horno de la pobreza, la llama os abrasará. Bajad, pues, hasta el fuego para que no os abrase el fuego; no os quedéis fuera para que no os arrebate la llama. Si os ve con los pobres, se apartará de vosotros; pero, si os ve extraños a ellos, os acometerá al instante y os arrebatará.

No os apartéis, pues, de los que han sido arrojados al fuego. Y, si alguna vez manda el diablo que quienes no adoren la estatua de oro sean arrojados al horno de la pobreza, no os pongáis entre los que arrojan, sino entre los que son arrojados, para ser de los que se salvan y no de los que son abrasados. En verdad, no hay rocío más agradable que no ser dominado por la codicia de la riqueza y contarse entre los pobres. Los que han pisoteado la codicia de la riqueza son los más ricos de todos, al modo que los jóvenes hebreos, que despreciaron al rey, fueron más gloriosos que el rey. Así tú, si desprecias las cosas del mundo, valdrás más que todo el mundo, a ejemplo de aquellos santos de quienes no era digno el mundo (Hebr 11,38).

Búrlate de los bienes presentes para que merezcas alcanzar los del cielo. De este modo serás aquí glorioso y gozarás los bienes por venir, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 5

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta, diciendo: Mirad que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamarán de nombre Emmanuel (Mt 1, 22ss).

DEBEMOS RUMIAR LA PALABRA DIVINA

A muchos les oigo decir: Mientras estamos en la iglesia escuchando la palabra de Dios, nos sentimos recogidos; pero apenas salimos de allí, el fuego se apaga y nos volvemos otros. ¿Qué pudiéramos, pues, hacer para que esto no suceda? Consideremos la causa por la que sucede. ¿De dónde, pues, nos viene tan grande cambio? Ese cambio nos viene porque no empleamos el tiempo en lo que conviene, porque fomentamos el trato de hombres perversos. Al retirarnos de la reunión litúrgica, no debiéramos arrojarnos inmediatamente a cosas que no dicen con ella, sino tomar, apenas llegados a casa, el Libro santo en nuestras manos y convidar a nuestras mujeres e hijos a tomar parte en el fruto de lo que se nos ha dicho. Sólo entonces debiéramos poner mano en los asuntos de la vida. Cuando salís del baño, no os echáis inmediatamente por esas plazas, por miedo de perder en ellas el refrigerio que en el baño gozasteis. Lo mismo —y con mucha más razón— habría que hacer al salir de la iglesia. Pero la verdad es que hacemos lo contrario, y de ahí viene que lo perdamos todo. Porque, no estando aún bien arraigado el fruto de lo que hemos oído, viene el torrente impetuoso de las cosas exteriores y lo arrastra todo en su torbellino. Pues para que esto no suceda, al retiraros de la iglesia, ninguna ocupación tengáis por más necesaria que la meditación de lo que en ella habéis oído. ¿No fuera suma incongruencia dedicar cinco o seis días a lo temporal y consagrar uno solo, mejor dicho, ni una pequeña parte de uno solo, a lo espiritual? ¿No veis a nuestros niños cómo durante todo el día estudian las lecciones que se les han dado? Lo mismo hemos de hacer también nosotros. De nada nos servirá venir la iglesia, si el día que venimos nos llevamos, como quien dice, el agua en un cántaro roto; de nada, si no ponemos en guardar lo que se nos dice el mismo cuidado que mostramos en la guarda del oro y de la plata. Le dan a un hombre unos denarios, y

se los mete luego en su bolsillo y se lo cierra muy bien cerrado; nosotros recibimos sentencias más preciosas que el oro y que las perlas, nosotros tenemos en la mano tesoros del Espíritu Santo, y no vamos a esconderlos en las recámaras de nuestra alma, sino que dejamos que sin más ni más se nos escurran de nuestra mente. ¿Quién se compadecerá de nosotros, si somos nosotros mismos nuestros peores enemigos, si nosotros mismos nos precipitamos en tamaña pobreza? Pues para que así no suceda, démonos a nosotros mismos, a nuestras mujeres e hijos, una ley irrevocable de consagrar un día entero de la semana a oír y meditar la palabra de Dios. De este modo vendréis mejor preparados para lo que queda por decir, y por una parte nuestro trabajo será menor y vuestro provecho mayor, si escucháis guardando en la memoria lo anteriormente dicho. Importa mucho para que entendáis lo que se os dice ver con precisión la trama de los pensamientos que yo os expongo. Por eso, como no es posible decirlo todo en un solo día, vosotros habéis de hacer una especie de cuerda e ir anudando en vuestra memoria lo que en muchos días se os expone, y de tal modo habéis de disponerlo en vuestra alma, que aparezca entero el horizonte de las Escrituras. Ahora, pues, recordad lo que el último día os dije y pasemos al asunto que hoy nos proponemos.

LA PROFECÍA DE ISAÍAS: MIRAD QUE UNA VIRGEN CONCEBIRÁ

¿Qué texto, pues, nos proponemos comentar hoy? *Todo esto, sin embargo, sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta...* Aquí, cuanto le fue posible, dio el ángel un fuerte grito, digno del milagro que nos contaba: *¡Todo esto sucedió!* Vio el océano y abismo del amor de Dios, realizado lo que jamás se esperaba, suspendidas las leyes de la naturaleza y hecha la reconciliación; vio cómo el que estaba más alto de todos descendió al que estaba más bajo de todos, cómo se había derribado la pared que los separaba, cómo se habían eliminado los obstáculos, cómo se habían cumplido muchas más maravillas, y, cifrando en una sola palabra el milagro, dijo: *Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por boca del profeta*. No pienses —nos dice el ángel— que se trata de decretos de ahora. Todo estaba de antiguo prefigurado. Es lo que Pablo

procuraba mostrar en todas partes.

Por lo demás, el ángel remite a José al profeta Isaías para que, al despertarse, no se olvidara de lo que le había dicho, como de cosa reciente; mas como de los pasajes proféticos se había él nutrido y los recordaba constantemente, por ellos retendría también sus palabras. Nada de esto le dijo a la Virgen, que era una niña y no tenía familiaridad con los textos sagrados; mas con el hombre que era justo y meditaba a los profetas, el ángel puede partir de aquí para su conversación. Y notamos que, antes de citar a Isaías, le habla de *tu mujer*; pero, una vez que ha alegado al profeta, ya no teme el ángel pronunciar ante José el nombre de *virgen*. Sin duda, de no haberlo antes oído de Isaías, no hubiera José escuchado sin gran turbación este nombre. Nada nuevo, en efecto, algo más bien familiar y durante mucho tiempo meditado, iba a oír de boca del profeta. El ángel, pues, alega a Isaías porque quería dar con su testimonio más crédito a su mensaje. Sin embargo, no se quedó en Isaías, sino que refiere a Dios su palabra. Por eso no dijo: "Para que se cumpliera lo que había dicho Isaías", sino: *Para que se cumpliera lo que había dicho el Señor*. La boca era de Isaías, pero el oráculo venía de lo alto.

CUESTIONES SOBRE LA PROFECÍA DE ISAÍAS: A) POR QUÉ NO SE LLAMA CRISTO "EMMANUEL"

¿Qué dice, pues, este oráculo? *Mirad que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamarán de nombre Emmanuel* (Is 7,41), ¿Cómo, pues, no se llamó su nombre Emmanuel, sino Jesucristo? Porque no dijo "le llamarás", sino *le llamarán*, es decir, así le llamarán las gentes y así lo confirmarán los hechos. En realidad, aquí se pone nombre a un acontecimiento, y tal es el uso de la Escritura, que pone por nombre los acontecimientos. Consiguientemente, *le llamarán Emmanuel*, no significa otra cosa sino que verán a Dios entre los hombres. Porque, si es cierto que Dios estuvo siempre entre los hombres, pero nunca tan claramente.

Mas, si los judíos siguieran importunando, les preguntaremos: ¿Cuándo se le llamó a un niño: "Pronto despoja, saquea, aprisa saquea"? Tendrán que contestar que nunca. Entonces, ¿cómo es que dijo el profeta: *Llámale de nombre "Pronto despoja"*? (Is 8,3) Porque, nacido aquel hijo del profeta, hubo presa y reparto de botín. Lo que fue un hecho al nacer el niño, se pone por nombre

suyo.

En otro pasaje dice el mismo Isaías: *La ciudad se llamará ciudad de la justicia*; *Sión, metrópoli de la fidelidad* (Is 1,26). Sin embargo, en ninguna parte hallamos que a Jerusalén se la llame "Ciudad de la justicia", sino que siguió llamándose Jerusalén; pero como así había efectivamente sucedido, transformada ella en mejor, dijo el profeta que se la llamaría así. Y es que, cuando se da un hecho, que da a conocer al que lo realiza o al que de él se aprovecha, mejor que su nombre mismo, la Escritura dice que su nombre es la verdad misma de la cosa.

a) EL PROFETA NO HABLA DE "MUJER JOVEN", SINO DE "VIRGEN" PROPIAMENTE DICHA

Cerrada en este punto la boca a los judíos, buscarán otra dificultad —lo que se dice de la virginidad—, y, alegándonos a otros traductores, nos objetarán que el texto primitivo no dice "virgen", sino “mujer joven”. A esto responderemos, ante todo, que con toda justicia deben ser tenidos los Setenta por los más fidedignos de todos los traductores de los Libros santos.

En efecto, los otros tradujeron después del advenimiento de Cristo, permaneciendo en el judaísmo, y hay razón para sospechar en ellos que se dejaran llevar de su enemistad contra la fe cristiana y que oscurecieran adrede las profecías; los Setenta, sin embargo, que realizaron su obra cien o más años antes de Cristo y que fueron tantos en número, están libres de toda sospecha, y por el tiempo, por su número y por su unanimidad es justo se les dé más crédito que a cualesquier otro intérprete.

Mas, aun en el caso que aleguen la autoridad de los modernos, la victoria será siempre nuestra. En efecto, también el nombre de "juventud" suele la Sagrada Escritura aplicarlo a la virginidad, no sólo tratándose de hembras, sino también de varones. Así, dice el salmista: *Jóvenes y vírgenes, viejos juntamente con los mozos* (Salmo 148,12). Y, hablando en otro paso sobre una joven a cuyo honor se atentaba, dice la Escritura: *Si la joven levantare la voz...* (Deut 22,27). La joven, es decir, la virgen, como lo prueba todo el contexto anterior. Además, el profeta no dijo simplemente: *Mirad que la virgen concebirá*, sino que antes había dicho: *Mirad que el Señor mismo os dará un signo*, y luego añadió: *Mirad que La virgen concebirá*. En verdad, si la que iba a concebir no era virgen, sino

que había de ser madre por ley común de la naturaleza, ¿qué signo había en eso? Un signo tiene que pasar la medida de lo corriente, tiene que ser extraño y sorprendente. En otro caso, ¿cómo puede ser signo?

CONDUCTA ADMIRABLE DE JOSÉ

Levantado José del sueño, hizo como le había mandado el ángel del Señor. ¡Mirad qué obediencia, mirad qué docilidad de espíritu! He aquí un alma vigilante e íntegra en todo. Cuando era presa de una sospecha desagradable y extraña, no se hacía a la idea de retener consigo a la Virgen; ahora que está libre de aquella sospecha, no piensa un momento en echarla de casa. Sí, la retuvo, y entró así en el servicio de toda la economía de la encarnación: *Y tomó* —dice— *consigo a María su mujer.* Notad cómo el evangelista emplea constantemente el mimbre de mujer; lo uno porque no quería que por entonces se descubriera el misterio, lo otro para alejar de la Virgen aquella sospecha que hablamos.

MARÍA FUE PERPETUAMENTE VIRGEN

Habiéndola, pues, tomado consigo, no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito. "Hasta" lo puso aquí el evangelista no porque haya de sospecharse que la conoció posteriormente, sino porque se entienda bien que la Virgen permaneció absolutamente intacta antes del parto. — ¿Por qué, pues diréis—, usó de la partícula "hasta"? —Porque ése es muchas veces el uso de la Escritura, que no emplea esa palabra para indicar un tiempo determinado. Así, por ejemplo, hablando del arca, dice: *No volvió el cuervo hasta que se secó la tierra*, cuando sabemos que tampoco volvió después de secarse (Gen 8,7). Y hablando de Dios: *Desde el siglo hasta el siglo eres tú* (Salmo 106,48), sin que aquí se señale un término. Lo mismo en otro paso en que da una buena noticia y dice: *Se levantará en sus días la justicia y muchedumbre de paz hasta que desaparezca la luna* (Salmo 72,7). Lo que no quiere decir que ponga término a este bello astro. Así también aquí, "hasta" asegura lo que hubo antes del parto; lo de después lo deja el evangelista a vuestra consideración, Lo que teníamos que saber del evangelista, eso fue lo que él nos dijo, a saber: que la Virgen permaneció intacta hasta el momento del parto; lo otro, que era natural consecuencia de lo ya dicho y quedaba con ello confesado,

os lo deja que lo comprendáis por vosotros mismos. ¿Cómo no comprender que José, que era hombre justo, no había de atreverse a conocer después a la que por tan maravillosa manera había sido madre, a la que tan nuevo parto, tan insólito alumbramiento, había merecido? Y si la conoció y la tuvo por mujer ordinaria suya, ¿cómo es que Cristo la encomendó a su discípulo como mujer indefensa y sin marido y le mandó que la recibiera en su casa? (Juan 19,25)[10]

SANTIAGO Y LOS HERMANOS DEL SEÑOR: PODER DE SU RESURRECCIÓN

¿Cómo, pues —me diréis—, se llaman hermanos de Jesús Santiago y los otros? —Por la misma razón para que José pasaba por esposo de María. Todo eran velos que se echaban para cubrir por entonces su concepción maravillosa. De ahí que Juan mismo les daba este nombre cuando decía: *Y es que ni sus mismos hermanos creían en Él* (Juan 7,5). Y, sin embargo, los que antes no creyeron, luego fueron hombres admirables e ilustres. Así, cuando Pablo y sus compañeros subieron a Jerusalén por cuestiones de dogma, a Santiago se dirigieron inmediatamente[11]. Porque fue varón tan admirable, que a él se le encomendó el episcopado de Jerusalén. De él se cuenta que llevaba una vida tan austera, que todos sus miembros parecían de un cadáver, y de su continua oración con la frente constantemente pegada al suelo de tal modo vino a endurecérsele aquélla, que parecía por su dureza las rodillas de un camello. Éste es el que, cuando más adelante volvió Pablo a Jerusalén, le amonesta diciéndole: *Ya ves, hermano, cuántos miles y miles se han reunido* (Hechos 21,20). Tan grande había sido su discreción y su celo, o, por decir mejor, tan grande había sido el poder de Cristo. Porque los mismos que vivo le habían escarnecido, de tal manera le admiraron después de muerto, que estaban dispuestos a dar por él su vida. Prueba máxima del poder de su resurrección. Justamente, porque esta prueba resultara indubitable, se reservaron los hechos más maravillosos para después de la muerte del Señor. Y a la verdad, si a los que aun en vida hemos admirado los olvidamos apenas salen de este mundo,

---

[10] Extraña argumentación de San Juan Crisóstomo, que no cuenta con la muerte de San José al tiempo de la pasión.

[11] Cf. Gal 2,9 con Hechos 15, 1. San Juan Crisóstomo habla ciertamente de memoria. De ahí la imprecisión de algunas referencias.

¿cómo es posible que a Cristo, a quien en vida hicieron objeto de irrisión, le tuvieran por Dios después de muerto, si es que sólo era un hombre de tantos? ¿Cómo se hubieran dejado degollar por Él, de no haber tenido patente la prueba de su resurrección?

NO CONFIEMOS EN LA VIRTUD Y PROTECCIÓN DE LOS OTROS

Si os digo todo esto, no es para que os contentéis con escucharlo, sino para que imitéis el valor, la franqueza y la justicia toda de aquellos hombres. Nadie desespere para lo por venir aun cuando en lo pasado haya sido tibio; pero que nadie tampoco ponga su esperanza, después de la misericordia de Dios, sino en su propia virtud. A los parientes de Cristo, de nada les valió su parentesco con Él ni ser de su misma familia y patria hasta que personalmente no practicaron la virtud. Pues ¿qué excusa tendremos nosotros si echamos por delante a nuestros parientes y hermanos justos, pero no somos personalmente justos ni vivimos virtuosamente? Eso mismo daba a entender el profeta cuando decía: *¿El hermano no redime, y redimirá un extraño?* (Salmo 49,8) No, ni aun cuando ése fuere Moisés, Samuel o Jeremías. Oye, si no, lo que Dios le dice a éste: *No me ruegues por este pueblo, porque no te escucharé* (Jer 11,14). ¿Y de qué te maravillas si no te escucho? Aun cuando vinieran —dice— el mismo Moisés y Samuel, no aceptaría sus súplicas en favor de este pueblo. Si fuere Ezequiel el que intercede, oirá que se le dice: *Aun cuando se presentaren Noé, Job y Daniel, no librarán a sus hijos y a sus hijas* (Ez 14,14.16). Si es el patriarca Abrahán el que ruega por quienes sufren enfermedades incurables del alma y no se convierten, Dios se va y le deja sin haber escuchado la súplica que por ellos le hace. Si es Samuel quien hace eso, Dios le dirá: *No llores por Saúl* (1 Reyes 16,1). Si alguno ruega por su hermana de modo inconveniente, oirá lo que se le dijo a Moisés: *Si escupiendo escupiere su padre a la cara de ella...* (Num 12,14). No miremos, pues, boquiabiertos a los demás. Tienen, sí, muy gran fuerza las oraciones de los santos, pero es cuando también nosotros hacemos penitencia y nos corregimos. Moisés, que arrancó a la cólera divina a su hermano y a seiscientos mil hombres, no pudo librar a su hermana. Y, a la verdad, no era igual el pecado, pues María sólo había ofendido a Moisés; pero Aarón y el pueblo habían

cometido un crimen de impiedad.

LOS SANTOS NO SON SIEMPRE OÍDOS

Mas, en fin, quede ahí para vosotros ese problema. Yo voy a resolver otro más difícil. Porque ¿qué digo su hermana? El caudillo de tan grande pueblo no pudo alcanzar gracia para sí mismo, y después de trabajos y calamidades infinitas, después de haber ejercido durante cuarenta años la soberanía, se le prohibió pisar la tierra sobre la que tantas promesas se le habían hecho. ¿Por qué causa? Porque esta gracia no hubiera sido provechosa, sino que hubiera traído mucho daño y hubiera sido para muchos judíos una zancadilla. Si por sólo haberlos sacado de Egipto abandonaban a Dios y sólo buscaban a Moisés y a éste se lo atribuían todo; de haberlos también él introducido en la tierra de promisión, hubieran, sin duda, terminado en la impiedad. De ahí que tampoco fue conocido su sepulcro. Samuel no pudo librar a Saúl de la cólera celeste; pero salvó muchas veces a los israelitas. Jeremías no pudo ayudar a los judíos, pero protegió a otros, como vemos por su profecía. Daniel libró a los extranjeros que fueran degollados, pero no pudo librar de la cautividad a los judíos. Y en los evangelios veremos que tal sucede, no en sujetos distintos, sino en uno mismo: uno mismo es el que en una ocasión se pierde y en otra se salva. Tal el criado que debía diez mil talentos: primero se libró del peligro a fuerza de súplicas, pero luego no lo consiguió. Otro, por el contrario, que se perdió primero, luego alcanzó los mayores bienes. ¿Quién fue ése? El hijo que consumió la hacienda paterna. En conclusión, si vivimos flojamente, no podremos salvarnos por medio de los otros; pero, si vivimos vigilantes, nos salvaremos por nosotros mismos, y mejor que por mediación de los demás. Porque Dios prefiere darnos su gracia directamente a nosotros que no a los demás para nosotros. De este modo, procurando por nosotros mismos calmar la cólera divina, gozaremos de confianza y nos haremos mejores. Así tuvo el Señor compasión de la cananea, así salvó a la mujer adúltera, así al buen ladrón: sin mediador ni protector ninguno.

CONTRA LA CICATERÍA Y LA AVARICIA

Y no digo todo esto porque no hayamos de rogar a los santos, sino para que no vivamos tibiamente y, echándonos nosotros a

dormir, dejemos a los otros nuestro negocio. Cuando el Señor dijo: *Haceos amigos*, no se paró ahí, sino que añadió: *con la riqueza de iniquidad* (Lc16, 9). Es que busca también tu buena obra, pues no otra cosa da a entender aquí sino la limosna. Y ¡cosa admirable! Con tal que nos apartemos de la iniquidad, ninguna otra cosa exige de nosotros. Es como si nos dijera: ¿Habéis adquirido mal? Gastad bien. ¿Habéis recogido injustamente? Repartid justamente. En verdad, ¿qué virtud es dar de tales bienes? Sin embargo, Dios es bueno, condesciende con nosotros hasta ese punto, y, si eso hacemos, nos promete muchos bienes. Pero nosotros hemos llegado a extremo tal de endurecimiento, que no damos ni de lo injustamente adquirido. Robamos sin medida, y por una pequeña parte que nos desprendemos, ya creemos haberlo cumplido todo. ¿No has oído a Pablo, que dice: *El que escasamente siembra, escasamente recogerá*? (2 Cor 9,6) ¿Por qué, pues, eres escaso? ¿Es acaso un gasto la limosna? ¿Es una pérdida? No; ganancia es y negocio. Donde hay siembra, hay cosecha; donde hay siembra, hay abundancia. Si tuvieras que cultivar una tierra grasa y profunda, capaz de recibir abundante semilla, no sólo echarías la que tú tuvieras, sino la pedirías prestada, pues en este caso tendrías la escasez por un daño. El cielo es la tierra que has de cultivar. El cielo no está sometido a la desigualdad de temperaturas; allí las semillas rinden absolutamente con creces. ¿Cómo, pues, estás perezoso y retraído? ¿Cómo no comprendes que aquí ahorrar es perder, y no ahorrar es ganar? Tira, pues, para no perder; no retengas, para que tengas; arroja, si quieres guardar; gasta, si quieres ganar. Aun cuando sea necesario guardar, tú no guardes, pues lo has de perder sin remedio. Entrégaselo a Dios, de cuyas manos nadie te lo arrebatará.

DIATRIBA CONTRA LA USURA

No negocies por ti mismo, pues tú no sabes ganar. Presta la mayor parte de tu capital al que te ha de dar mejor interés. Presta allí donde no hay envidia, donde a nadie se le acusa, donde contra nadie se acecha, donde no hay temor ninguno. Presta a quien de nada tiene necesidad, y si alguna necesidad tiene, es por ti; presta a quien a todos alimenta, y si algún hambre tiene, es que tú no estés hambriento; presta al que se hizo pobre para que tú fueras rico; presta allí donde no se recoge por fruto la muerte, sino la vida.

Esos intereses te conducirán al reino de los cielos; los otros, al infierno; porque los unos proceden de la avaricia, los otros de la virtud; los unos de la caridad, los otros de la crueldad. ¿Qué excusa, pues, tendremos cuando pudiendo acrecentar nuestros bienes con seguridad en el tiempo oportuno, con entera libertad, sin injurias, sin temores, sin peligros, dejamos esas ganancias y nos vamos desalados tras lo torpe y vil, lo caduco y perecedero, tras unas ganancias que nos han de llevar al horno inextinguible?

Nada hay, en efecto, más vergonzoso, nada más cruel que los intereses que proceden de la usura. El usurero trafica con las desgracias ajenas, y de la miseria de su prójimo hace él su ganancia. Pide paga de su caridad, presta como si temiera aparecer despiadado, y, con máscara de caridad, ahonda más el hoyo de la miseria. Cuando nos ayuda, agrava nuestra pobreza; al alargarnos la mano, nos empuja; cuando parece acogernos en el puerto, nos arroja al naufragio, estrellándonos en un escollo, en un bajío, en una roca.

—Entonces —me dirá el usurero—, ¿quieres que dé mi dinero a otro para sus negocios; el dinero que yo recogí, y que puede serme muy provechoso, sin compensación ninguna? —No, no es eso lo que digo. Yo quiero que a todo trance recibas compensación, pero no esa vil y pequeña, sino una mucho mayor. Lo que yo quiero es que, en vez de oro, recibas el cielo en interés. ¿A qué, pues, te cierras a ti mismo en esa miseria, arrastrándote por el suelo y exigiendo cosas pequeñas en vez de grandes? Propio es eso de quien no sabe hacerse rico. A cambio de un puñado de dinero, Dios te promete los bienes del cielo; pero tú le dices a Dios: "No me des a mí el cielo; dame, en lugar del cielo, el oro perecedero." Propio es eso de quien quiere vivir en la miseria.

EXHORTACIÓN FINAL: AMAR LA VERDADERA RIQUEZA

Así, pues, el que codicie la riqueza y la abundancia, prefiera los bienes permanentes a los pasajeros, los inagotables a los que se corrompen, los muchos a los pocos, y de este modo tendrá los unos y los otros. El que busca la tierra en vez del cielo, infaliblemente perderá el cielo y la tierra; mas el que antepone el cielo a la tierra, gozará, y con creces, del uno y de la otra. Porque así sea también en nosotros, despreciemos todo lo de aquí abajo y

amemos los bienes venideros. Porque de este modo alcanzaremos los unos y los otros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 6

Nacido Jesús en Belén de Judea, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron de Oriente a Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el recién nacido rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle (Mt 2,1ss).

LA ESTRELLA DE LOS MAGOS NO TIENE QUE VER CON LA ASTROLOGÍA

De mucha vigilancia, de muchas oraciones necesitamos para poder explicar el presente paso evangélico y averiguar quiénes fueron estos magos, de dónde y cómo vinieron, quién los persuadió a ello y de qué naturaleza, en fin, fue la estrella que los guiara. Mas, si me lo permitís, voy a discutir antes lo que aquí dicen los enemigos de la verdad. En efecto, con tal furia ha soplado sobre ellos el diablo, que aun de este hecho evangélico toman armas contra la doctrina de la verdad. ¿Qué es, pues, lo que dicen? —He aquí que hasta en el nacimiento de Cristo apareció una estrella; señal que la astrología es cosa segura. —Entonces —les contestamos—, si Cristo nació conforme a la ley del horóscopo, ¿cómo deshizo la astrología, derribó el hado, tapó la boca a los demonios, desterró el error y echó por los suelos toda esa hechicería? Además, ¿por qué averiguan los magos por la estrella que Jesús era rey de los judíos? En realidad, Él no fue rey de ningún reino temporal, como lo declaró ante Pilatos: *Mi reino no es de este mundo* (Juan 18,36). Nada que tal realeza delatara hubo en Cristo: ni guardia de lanceros, ni escolta de escuderos, ni caballería, ni tiros de mulas. Él llevó vida sencilla y pobre, sin más compañía que doce también pobres hombres consigo. Pero ya que sabían que el niño era rey, ¿por qué vinieron? Pues no atañe a la astrología adivinar por las estrellas los nacimientos, sino predecir, según dicen, por la hora del nacimiento la suerte futura de los recién nacidos. Pero los magos ni asistieron al parto de la madre, ni

supieron el momento en que nació el niño, ni pudieron, fundándose en ello, conjeturar por el movimiento de las estrellas lo que hubiera en adelante de acontecerle. Al contrario, por haber visto la estrella mucho antes aparecida en su propia tierra, ellos vienen a ver al recién nacido.

CUESTIONES QUE PLANTEA LA VENIDA DE LOS MAGOS

Esta venida misma sí que plantea un problema más difícil que el primero. Porque ¿qué razonamiento pudo moverlos a emprender aquel viaje? ¿Qué bienes esperaban de adorar a un rey a tan enorme distancia? Si hubiera nacido para reinar sobre ellos, ni aun así hubiera tenido mucho sentido lo que hicieron. De haber nacido en el palacio real y estar a su lado el rey su padre, tal vez pudiera decirse con algún viso de razón que, para congraciarse con el padre, fueron a adorar al niño recién nacido, con lo que de antemano se habrían procurado un buen motivo de su amistad. Pero, si realmente no esperaban que hubiera de ser su rey, sino de una nación extraña y muy apartada de su propia patria; si, además, no iban a ver más que a un tierno niño, ¿qué motivo tuvieron para emprender tan largo viaje, llevarle presentes y exponerse con todo ello a mil peligros? Y fue así que, al oírlos, se turbó Herodes, y con él se alborotó todo el pueblo. ¿Se dirá que nada de eso podían prever los magos? No hay razón para decirlo. Por muy ingenuos que fueran, no podían ignorar que, yendo a una ciudad que tenía ya su rey, y llevando tales noticias, y señalando con el dedo a otro rey distinto del que allí mandaba, iban a atraerse la muerte por cien caminos. Y, después de todo, ¿a qué adorar a un niño en pañales? Si se hubiera tratado de un hombre hecho y derecho, pudiérase decir que, por ganarse su protección, se habían arrojado a un manifiesto peligro. Aparte la insensatez suma que unos persas, unos bárbaros, unas gentes que nada tenían que ver con el pueblo judío, trataran de separarse de sus propios reyes y, dejando patria, parientes y casa, fueran a someterse a una monarquía extranjera.

LA CONDUCTA DE LOS MAGOS ES NATURALMENTE INEXPLICABLE

Pero si todo eso es absurdo, mucho más lo que luego hacen los magos. ¿Qué es lo que hacen? Después de tan largo viaje,

después de adorar al niño, después de alborotar a todo el mundo, toman inmediatamente la vuelta de su patria. ¿Qué símbolo, absolutamente, de realeza vieron allí, pues tenían delante una choza, un pesebre, un niño en pañales y una madre pobre? ¿A quién ofrecieron sus presentes y por qué se los ofrecieron? ¿Tenían acaso de ley y costumbre andarse por ahí a rendir de ese modo homenaje a los reyes recién nacidos? ¿Recorrían tal vez la tierra entera para adorar, antes que subieran al trono, a los que sabían ellos que, de oscuros y pobres orígenes, habían de venir a ser reyes? Nadie podría decir semejante cosa. ¿Por qué, pues, le adoraron? Si movidos por lo que tenían delante, ¿qué esperaban recibir de un niñito y de una madre pobre? Si con miras a lo por venir, ¿cómo sabían que recordaría el niño más adelante el homenaje que le tributaron entre los pañales? ¡Se lo recordaría su madre! Pues ni aun así merecían honor, sino castigo, pues le habían expuesto a manifiesto peligro. Por sus noticias, en efecto, se turbó Herodes, y buscó y preguntó curiosamente y, por remate, intentó quitarle la vida. Y de modo general, quien saca a relucir como futuro rey al que desde su cuna ha sido un hombre privado, le entrega sin remedio a la muerte y levanta mil guerras contra él.

¿Os dais cuenta del cúmulo de absurdos que se siguen de considerar la historia de los magos conforme al orden humano y uso común? Y no son esos solos: muchos otros pudieran aún añadirse que implican cuestiones más difíciles que los ya dichos; pero no quiero produciros vértigo, amontonando dificultades a dificultades, sino pasemos ya a resolver algunas de las propuestas, empezando por examinar la naturaleza de la estrella aparecida a los magos. Si averiguamos bien qué estrella fue aquélla y de dónde vino, si fue una estrella ordinaria o distinta de las otras, y hasta si fue realmente una estrella o sólo aparecía así a los ojos; todo lo demás lo sabremos muy fácilmente. ¿Cómo, pues, averiguaremos todo eso? Por el texto mismo del evangelio.

LA ESTRELLA APARECIDA A LOS MAGOS NO FUE VERDADERA ESTRELLA

Ahora bien, a mi parecer, es evidente que la estrella de los magos no fue una estrella ordinaria; más aún: no fue una verdadera estrella, sino una fuerza invisible que tomó la apariencia de estrella. Lo que se prueba, ante todo, por la marcha que siguió.

Efectivamente, no hay absolutamente una estrella que siga el camino que aquélla siguió. El sol, la luna y todos los astros vemos que marchan de oriente a occidente; aquélla, en cambio, marchaba de norte a sur, que es la posición de Persia respecto a Palestina. La segunda prueba es el tiempo en que brillaba la estrella. Efectivamente, no sólo aparecía durante la noche, sino en pleno día y en pleno esplendor del sol. No hay estrella que tenga tal virtud; no la tiene ni la misma luna, que, aun pasando tantos grados a todas las estrellas, apenas brillan los rayos del sol, se esconde y desaparece ella. La estrella, en cambio, de los magos, por la superioridad de su brillo, venció a los mismos rayos solares, resplandeciendo más que ellos y brillando en medio de su luz. Tercera prueba: la estrella de los magos aparecía y se ocultaba. Efectivamente, durante el viaje hasta Palestina, la estrella los fue guiando; luego, apenas pusieron pie en Jerusalén, se les ocultó, y, por fin, cuando, informado Herodes sobre el fin de su venida, le dejaron y se pusieron en marcha, se les mostró de nuevo. Todo esto no es cosa del movimiento de una estrella, sino de una potencia muy racional. Era una estrella que no tuviera marcha propia, sino que, cuando los magos tenían que caminar, se movía ella; cuando tenían que pararse, se paraba, acomodándose siempre a lo que convenía. Era como la columna de la nube que guiaba a los judíos por el desierto, por la que, según les convenía, asentaban o movían su campamento. La cuarta prueba evidente es la manera como les mostró el lugar en que estaba el niño. Efectivamente, no se lo mostró quedándose ella en lo alto, pues les hubiera sido imposible distinguirlo de este modo, sino bajando hasta allí. Comprenderéis perfectamente que un lugar tan reducido, una pobre choza posiblemente, y menos, como es natural, el corpezuelo de un niño pequeño, no es posible que lo señale una estrella. Por su inmensa altura no hubiera podido aquella estrella marcar un lugar tan pequeño y darlo a conocer a los que hubieran querido distinguirlo a su luz. Sirva la luna de comprobante. No obstante ser tan superior a las estrellas, a todos los que habitan la tierra y están derramados por su enorme anchura, les parece que está cerca de ellos. ¿Cómo, pues, decidme, hubiera podido la estrella señalar a los magos sitio tan estrecho como una cueva, un pesebre, de no haber bajado de aquella su altura y haberse posado sobre la cabeza misma del niño? Que es, en efecto, lo que el evangelista dio a entender cuando dijo: *He aquí que la estrella los*

iba guiando, hasta que llegó y se posó sobre el lugar en donde estaba el niño. Ya veis, pues, por cuántos argumentos se prueba que esta estrella no fue una estrella ordinaria y que no apareció porque así lo exigiera el horóscopo profano[12].

LA ESTRELLA CONDENA LA INCREDULIDAD DE LOS JUDÍOS

¿Y para qué fin apareció la estrella? Para herir la insensibilidad de los judíos y, caso que la desconocieran, cerrarles el paso a toda defensa. Como el que había venido venía a poner término a la antigua manera de vida, y a llamar a su adoración a toda tierra, y a ser efectivamente adorado por dondequiera por tierra y por mar, abre desde el primer momento la puerta a las naciones, queriendo de paso, por medio de los extraños, adoctrinar a los suyos. Continuamente estaban éstos oyendo a los profetas, que les hablaban del advenimiento de Cristo; pero como a los profetas no les prestaban mucha atención, hizo Él que vinieran de lejanas tierras unos extranjeros buscando al rey nacido entre ellos, y así tuvieron que oír primero de boca de unos persas lo que no habían querido oír de boca de los profetas. De este modo, si querían obrar discretamente, allí tenían la mejor ocasión para creer; si seguían en su obstinación, ya no les quedaba defensa posible. ¿Qué podían, en efecto, alegar para no recibir a Cristo después de tantos profetas, cuando allí tenían a unos magos que le recibían por solo haber visto la estrella y que, apenas aparecido, le venían a adorar? Lo mismo que con los magos, hizo con los ninivitas, enviándoles a Jonás; con la samaritana y con la cananea. De ahí que más adelante dijera: *Los hombres de Nínive se levantarán y os condenarán. La reina del mediodía se levantará y condenará a esta generación* (Mt 12,41-42). Porque éstos creyeron por signos menores, y ellos no creyeron ni con los mayores.

POR QUÉ SE VALIÓ DIOS DE UNA ESTRELLA PARA ATRAER A LOS MAGOS

— ¿Y por qué —me diréis— se valió Dios de una visión así para atraer a los magos? — ¿Pues qué otra cosa hubo de hacer?

[12] La exégesis moderna está con San Juan Crisóstomo. “El evangelista piensa evidentemente que es una estrella milagrosa, y parece vano pedir a la astronomía una explicación natural” (P. Benoit).

¿Enviarles profetas? Pero los magos no hubieran escuchado a los profetas. ¿Darles una voz desde lo alto? No la hubieran atendido. ¿Mandarles un ángel? Lo habrían dejado a un lado. Por eso, dejando Dios todos esos medios, con suma condescendencia, los llama por lo que a ellos les era familiar, y les muestra una estrella, grande y maravillosa, que les impresionara por su misma grandeza y hermosura no menos que por el modo de su marcha. Este estilo de Dios imita Pablo, cuando toma pie de un altar para hablar con los griegos y les cita a sus propios poetas. Con los judíos lo toma de la circuncisión, y con los que viven en la Ley, de los sacrificios legales hace punto de partida de sus enseñanzas. Cada uno ama lo que tiene de costumbre; de ahí que Dios y los hombres por Dios enviados para la salvación de la tierra se adaptan de este modo a las cosas. No pienses, pues, que fuera cosa indigna de Dios llamar a los magos por medio de una estrella, pues en ese caso tendríamos que condenar toda la religión judaica: sacrificios, purificaciones, novilunios, el arca y hasta el templo mismo. Todo eso, en efecto, tomó su origen de la grosería pagana. Y, sin embargo, para la salvación de los extraviados, Dios consintió en que se le diera culto por los mismos actos, siquiera un tanto modificados, por los que los gentiles se lo daban a los demonios; y así, apartándolos poco a poco de sus costumbres, levantarlos a más alta filosofía. Lo mismo exactamente con los magos: los llamó por medio de la visión de una estrella, para levantarlos luego a más altos pensamientos. La prueba es que, después que los llevó y condujo de la mano hasta el pesebre, ya no les habla por medio de la estrella, sino de un ángel. De este modo, poco a poco se fueron haciendo mejores. Caso semejante el de los habitantes de Ascalón y Gaza. El caso fue que aquellas cinco ciudades que habla la Escritura (1 Reyes 6,1) fueron heridas de plaga mortal por retener el arca de la alianza, y, como no hallaban remedio a sus males, llamaron a sus adivinos, y, convocada junta general, les preguntaron qué medio habría de librarse de aquel azote del cielo. La respuesta de los adivinos fue que uncieran a un carro, con el arca en él, a dos novillas sin domar y por vez primera paridas y, sin que nadie las guiara, las echaran a andar. Si el azote venía del cielo o era cosa de cualquier accidente, se había de ver claro de la manera siguiente: si las vacas —dijeron—, por no estar avezadas a él, hacen pedazos el yugo o se vuelven a los mugidos de sus novillos, todo lo sucedido ha sido pura casualidad; pero, si andan

su camino recto y ni se conmueven por los mugidos de sus crías ni se extravían por ignorar el camino, entonces será evidente que la mano de Dios ha tocado estas ciudades. Tal fue la respuesta de los adivinos; la siguieron los habitantes de las cinco ciudades e hicieron lo que se les mandó, y Dios, condescendiendo una vez más, se acomodó a la sentencia de aquéllos y no tuvo por indigno de sí realizar su predicción y hacer que parecieran fieles en lo que en aquella ocasión dijeron. En verdad, mayor mérito era obligar a los mismos enemigos a dar testimonio del poder de Dios y ganarse a su favor el voto de los que eran maestros entre aquellos gentiles.

Aún pudieran traerse otros casos en que usa Dios de esa misma providencia. Tal el de la pitonisa que evocó el alma de Samuel (1 Reyes 28,3), caso que, conforme a lo dicho, podréis ya resolver vosotros. Todo esto hemos dicho nosotros con ocasión de la estrella; pero mucho más podréis decir vosotros. *Dale* —dice la Escritura— *ocasión al sabio y será más sabio* (Prov 9,9).

DOS PROFECÍAS SOBRE EL NACIMIENTO DE CRISTO

Ahora tenemos que volver al comienzo del texto leído. ¿Qué comienzo? *Pero nacido Jesús en Belén de Judea en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos de Oriente se presentaron en Jerusalén*. Los magos siguieron a la estrella que los fue guiando; los judíos no quisieron creer ni a los profetas. Ahora ¿por qué nos señala el evangelista el tiempo y el lugar, diciendo: *en Belén*; y: *en los días del rey Herodes*? ¿Y por qué al nombrar a Herodes añade su dignidad? En cuanto a la dignidad, porque hubo otro Herodes, el que mandó matar a Juan Bautista; pero éste fue tetrarca, mientras el de los magos era rey. En cuanto a señalar lugar y tiempo, fue para recordarnos dos profecías antiguas, de las que una es de Miqueas, y dice así: *Y tú, Belén, tierra de Judá, en manera alguna eres la más pequeña entre los príncipes de Judá...* (Miqueas 5,1). La otra es del patriarca Jacob, que señala con precisión el tiempo y da una gran serial del advenimiento de Cristo: *No faltará* —dice— *príncipe de Judá ni caudillo salido de sus muslos hasta que venga aquel a quien está reservado, y Él será la expectación de las naciones* (Gen 49,10).

DIOS AL MOVERNOS A BIEN OBRAR NO NOS QUITA LA LIBERTAD

Consideremos también de dónde les vino a los magos la idea de su viaje y quién los movió a emprenderlo. A mi parecer, no fue ello obra solamente de la estrella, sino también de Dios, que movió sus almas. Lo mismo hizo con Ciro, disponiéndole a dar libertad a los judíos; pero no lo hizo de modo que atentara contra su libre albedrío. Lo mismo con Pablo. Le llamó con su voz desde el cielo, pero en su conversión puso de manifiesto juntamente su gracia y la obediencia de su futuro apóstol.

—Pero ¿por qué —me diréis— no hizo Dios esta revelación a todos los magos? —Porque no todos hubieran creído y éstos eran los mejor preparados. Naciones sin cuento perecían, y sólo a los ninivitas les fue enviado el profeta; dos ladrones había en la cruz, y sólo uno de ellos se salvó. Considerad, si no, a virtud de los magos, no sólo porque vinieron, sino también por la franqueza con que hablaron. No quieren pasar por embusteros, declaran quién los ha enviado, explican la largura del viaje y manifiestan con toda franqueza a qué han venido: *Hemos venido* —dicen— *a adorarle*. No temen ni el furor del pueblo ni la tiranía del rey. De ahí deduzco yo que ellos fueron juego en su tierra los maestros de sus compatriotas. Porque quienes no temieron hablar así en Jerusalén, con mucha mayor libertad hablarían en su patria, sobre todo después de recibir el oráculo del ángel y oír el testimonio del profeta.

POR QUÉ SE TURBAN HERODES Y JERUSALÉN

Pero Herodes, oído que los hubo —dice el evangelista—, *se turbó, y con él toda Jerusalén*. Que Herodes se turbara, era natural, pues era rey, y temía por sí o por sus hijos; pero ¿qué razón hay para que también se turbara con él Jerusalén? Los profetas les habían predicho de antiguo a su salvador, a su bienhechor y a su libertador. ¿Por qué, pues, se turbaron? Porque seguían en la misma disposición que sus antepasados, quienes, no obstante todos sus beneficios, se habían apartado de Dios, y, cuando gozaban de soberana libertad, se acordaban de las carnes de Egipto. Considerad, os ruego, por otra parte, la puntualidad de los profetas, pues esto mismo había predicho de muy antiguo Isaías, diciendo: *Querrán ser abrasados por el luego; porque un niño nos*

ha nacido y un hijo nos ha sido dado (Is 9,5-6). Sin embargo, pese a toda su turbación, no muestran interés en ver lo que haya sucedido, no acompañan a los magos, no les hacen una pregunta. Y es que eran a la vez la gente más terca y más indolente del mundo. Cuando habían de tener a gala que entre ellos hubiera nacido el rey —un rey que había atraído ya a sí a la nación de los persas—, y pensar que más adelante los tendrían a todos sujetos a su imperio, pues las cosas, con tan brillantes principios, irían de bien en mejor, ni aun así se hacen ellos mejores. Y, sin embargo, bien poco hacía que habían salido de la cautividad de aquellos mismos persas[13] Aun dado caso que nada supieran de misteriosas y elevadas profecías, por lo menos, con sólo mirar lo presente, bien podían haber reflexionado y echado sus cálculos: "Si, apenas nacido, así temen a nuestro rey, mucho más le temerán y obedecerán cuando sea hombre cabal, y entonces nuestro esplendor será mayor que el de los bárbaros." Pero nada de esto los mueve. Tanta era su indolencia, tanta también su envidia. Dos pasiones que a todo trance hemos de desterrar de nuestra alma; dos pasiones que hemos de combatir con ardor mayor que el del mismo fuego. De ahí que Cristo mismo dijera: *Fuego he venido a traer a la tierra; y ¿qué más quiero sino que estuviera ya encendido?* (Lc 12,49). Por eso también apareció el Espíritu Santo en forma de fuego.

EXHORTACIÓN AL FERVOR: EJEMPLO DE PABLO Y DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Pero nosotros nos hemos vuelto más fríos que la ceniza y estamos más muertos que cadáveres, no obstante ver cómo vuela Pablo por encima del cielo y por sobre el cielo del cielo y cómo todo lo vence con ímpetu mayor que la llama: *Lo de arriba y lo de abajo, lo presente y lo porvenir, lo que es y lo que no es* (Rom 8, 38,39). Y, si este ejemplo os parece demasiado grande para vosotros, he ahí la mejor prueba de vuestra pereza. ¿Qué os llevaba Pablo de ventaja para que digáis que su imitación es imposible? Mas, en fin, si porfiáis en ello, dejemos a Pablo y consideremos a los primeros

[13] San Juan Crisóstomo llama constantemente Persia a Asiria o Babilonia (Baur).

creyentes, que dejaron dinero, bienes, preocupaciones y ocupaciones mundanas, y se consagraron enteramente a Dios, y día y noche atendían a la enseñanza de la palabra divina. Tal es, en efecto, este fuego espiritual, que no deja en nosotros deseo alguno de lo terreno y nos transporta a otro amor. El que de este amor está poseído, así tenga que renunciar a sus bienes, reírse de la gloria y aun entregar su propia vida, todo lo hace con suma facilidad. Porque, cuando el alma arroja de ella toda pereza, la torna más ligera que las aves y le inspira desprecio de todo lo visible. El que así ama, permanece en adelante en continua compunción, derrama fuentes de lágrimas, y en estas lágrimas halla él el más dulce placer. Nada, en efecto, nos estrecha y hace unos con Dios como estas lágrimas. El que de ellas goza, aunque habite en medio de las ciudades, vive como en el desierto, en los montes y en las cavernas, no ve nada de cuanto le rodea y no se sacia jamás en su llanto, ya llore por sí mismo, ya por los pecados de los otros. Por eso, a éstos, antes que a los otros, los declaró Cristo bienaventurados, diciendo: *Bienaventurados los que lloran* (Mt 5,5). Entonces, ¿cómo es que Pablo dice: *Alegraos siempre en el Señor*? (Filip. 4,4). Explicando justamente el placer de estas lágrimas. Y es que, como la alegría según el mundo lleva como herencia la tristeza, así, de las lágrimas según Dios, brota alegría continua e inmarchita.

LAS LÁGRIMAS DE LA PÚBLICA PECADORA

Así fue cómo aquella pública pecadora, apenas fue presa de este fuego divino, se hizo más digna de veneración que las mismas vírgenes. Cuando la ablandó el calor del arrepentimiento, el amor de Cristo la sacó fuera de sí: desató sus cabellos, regó con sus lágrimas los pies del Señor, se los enjugó con su propia cabellera y vació el vaso del ungüento. Todo esto pasaba por fuera; pero lo que pasaba dentro de su alma era más ardiente todavía, y eso sólo Dios lo veía. De ahí sin duda que, cuando oímos la historia de esta pecadora, nos alegramos con ella, nos congratulamos de su hazaña y la absolvemos, nosotros también, de todas sus culpas. Ahora bien, si nosotros, que somos malos, tal sentencia pronunciamos, considerad la que daría Dios, amador que es de los hombres, y cuántos bienes, aun antes de los supremos dones de Dios, no cosecharía ella de su arrepentimiento...Y es así que a la

manera como tras una lluvia tormentosa aparece límpido el cielo, así, cuando nuestras lágrimas corren mejillas abajo, viene al alma la serenidad y la bonanza y se disipan las sombras de los pecados. Y así como por el agua y el Espíritu Santo nos purificamos la vez primera, así, por las lágrimas y la confesión, nos volvemos luego a purificar, con tal que no lo hagamos por mera ostentación y vanagloria. La que así llorara, yo no dudaría en afirmar que es más digna de condenación que la mujer que busca hermosearse con pinturas y afeites. Las lágrimas que yo busco son las que tienen por fuente la compunción y no la ostentación; las que fluyen en nuestros aposentos, sin que nadie nos vea, tranquilamente y sin estruendo; las que manan de lo profundo del alma, en la tribulación y el dolor; las que sólo por Dios son derramadas. Tales eran las lágrimas de Ana, madre de Samuel, de la que dice la Escritura: *Sus labios se movían, pero su voz no se percibía* (1 Reyes 1,13). Sus lágrimas solas daban una voz más clara que la de la trompeta. Por eso abrió Dios su seno, y de roca dura la hizo tierra blanda.

CONTRA LA RISA INMODERADA: JESÚS LLORÓ, PERO NO SE CUENTA QUE RIERA

Si así lloras también tú, serás imitador de tu divino dueño, que también lloró. Lloró sobre Lázaro y sobre Jerusalén y se turbó por la perdición de Judas. Muchas veces le vemos llorar, pero nunca reír, ni siquiera sonreír suavemente. Por lo menos, ninguno de los evangelistas nos lo cuenta. Por eso también Pablo nos dice de sí mismo, y otros lo confirman, que lloró, y hasta que lloró día y noche durante tres años (Hechos 20,31); pero que riera, ni él nos lo cuenta de sí mismo en parte alguna ni otro santo alguno nos lo atestigua de él. Y como él, esos mismos santos. Sólo de Sara nos dice la Escritura que rió cuando fue reprendida; y del hijo de Noé, cuando pasó de libre a esclavo. No digo esto porque intente yo suprimir toda risa; sí, para que se evite su desmesura. ¿Cómo —dime por favor— puedes romper en carcajadas y divertirte disipadamente, cuando tienes que dar tan larga cuenta, cuando has de parecer ante aquel temeroso tribunal en que se te pedirá puntualmente razón de cuanto aquí hubieres hecho? Y es así que tendremos que dar cuenta de cuanto hayamos pecado voluntaria e involuntariamente: *El que me negare* —dice el Señor— *delante de los hombres, también yo le negaré a él delante de mi Padre, que*

está en los cielos (Mt 10,35). Ahora bien, esa negación puede ser forzada; mas no por eso escapará al castigo, sino que también de ella tendremos que dar cuenta. Cuenta de lo que sabemos y de lo que no sabemos: *De nada tengo conciencia* —dice el Apóstol—; *mas no por eso estoy justificado* (1 Cor 4, 4). Cuenta de lo que hicimos a sabiendas y cuenta de lo que por ignorancia: *Yo les atestiguo* —dice el mismo Pablo— *que tienen celo de Dios; pero no conforme a cabal conocimiento* (Rom 10, 2). Y escribiendo a los corintios les decía: *Me temo que, como la serpiente engañó con su astucia a Eva, así se corrompan vuestros pensamientos de su sencillez en Cristo*[14]. Tú, pues, que de tantas cosas tienes que dar cuenta, ¿te estás ahí riendo, diciendo chistes y entregándote al placer?

PROVECHO SACAREMOS DE LA TRISTEZA

— ¿Y qué provecho —me replicas— sacaré de no reír y ponerme triste? —El mayor provecho —te contesto—; y tan grande, que no es posible explicarlo con palabras. En los tribunales del mundo, dada la sentencia, por más que llores, no escaparás a la pena; pero en el tribunal de Dios, con sólo que te pongas triste, anulas la sentencia y alcanzas el perdón. De ahí que tantas veces nos hable Cristo de la tristeza y que llame bienaventurados a los que lloran, y desgraciados a los que ríen. No es este mundo un teatro de risa, ni nos hemos juntado en él para soltar la carcajada, sino para gemir y ganar con nuestros gemidos la herencia del reino de los cielos. Si tuvieras que parecer delante del emperador, no tendrías valor ni para sonreírte; ¿y, teniendo dentro de ti al Soberano de los ángeles, no estás temblando ni con el debido acatamiento? Le has irritado muchas veces, ¿y aún te ríes? ¿No comprendes que con eso le ofendes más que con los mismos pecados? Y, en efecto, más que a los que pecan, suele Dios detestar a los que después del pecado no sienten el menor remordimiento.

Sin embargo, hay gentes tan estúpidas, que cuando nosotros les decimos esto, nos replican: “Pues a mí, que no me dé Dios llorar

[14] 2 Cor 11,2. En toda esta doctrina, San Juan Crisóstomo parece excesivo. Sin duda “piensa en pecados que se cometen por ignorancia culpable, es decir, pecados cuya malicia pudiera haberse conocido con más cuidadoso examen y mejor voluntad. Una falta, sin embargo, que se cometa sin conocimiento ni intención alguna, no puede ser nunca culpable” (Baur).

jamás, sino reír y divertirme durante toda la vida." ¿Puede haber nada más pueril que semejante idea? Porque no es Dios quien da las diversiones, sino el diablo. Oye, si no, lo que pasó a quienes se divertían: *Se sentó el pueblo* —dice la Escritura— (Ex 32,6). Tales fueron los sodomitas, tales los contemporáneos del diluvio. De aquéllos dice la Escritura: *En soberbia, en abundancia y en hartura de pan lozaneaban* (Ez 16,49). Y los contemporáneos de Noé, no obstante ver durante tanto tiempo la construcción del arca, se divertían en plena inconsciencia, sin preocuparse rara nada de lo por venir. Por eso el diluvio, sobreviniendo de pronto, se los tragó a todos, y aquél fue el naufragio de toda la tierra.

LA VIDA DEL CRISTIANO ES DE COMBATE Y LUCHA, NO DE DIVERSIÓN Y DE PLACER

No le pidáis, pues, a Dios lo que habéis de recibir del diablo. A Dios le toca daros un corazón contrito y humillado, un corazón sobrio y casto y recogido, arrepentido y compungido. Éstos son dones de Dios, éstos son los que nosotros señaladamente necesitamos. Un duro combate tenemos delante; nuestra lucha es contra las potencias invisibles; nuestra batalla, contra los espíritus del mal; contra los principados y potestades es nuestra guerra (Ef 6,12).

Mucho será si, viviendo fervorosos, vigilantes y alerta, podemos sostener su feroz acometida. Pero, si reímos y jugamos, si vivimos flojamente, antes de venir a las manos caeremos bajo el peso de nuestra propia indolencia. No es, pues, cosa nuestra reír continuamente y entregarnos a la molicie y al placer. Quédese eso para los farsantes de la escena, para las mujeres perdidas, para los hombres que con ese fin se han inventado: los parásitos y aduladores. Nada de eso dice con quienes son herederos del cielo, con quienes están inscritos en la ciudad de allá arriba, con los que llevan armadura espiritual; sí con los que se han consagrado al diablo. Él es el que ha hecho de eso una profesión para arrastrar a los soldados de Cristo y enervar los aceros de su fervor. A este fin ha construido teatros en las ciudades y ha amaestrado a sus bufones, y, tras perderlos a ellos, pierde por su medio a la ciudad entera.

DIATRIBA CONTRA LOS TEATROS

Lo que Pablo nos manda que evitemos, quiero decir, la chocarrería y bufonería (Ef 5,4), eso es lo que el diablo trata de persuadirnos que sigamos. Y lo más triste es el motivo por el que se ríe. Cuando aquellos infelices de payasos sueltan una blasfemia o una torpeza, el vulgo de los insensatos que los oyen rompen a todo placer en carcajadas y, por lo mismo que se les debiera apedrear, les aplauden furiosamente. Este triste placer los ha de llevar al horno del fuego eterno. Porque quienes alaban a los que tales cosas dicen, esos, más que nadie, los incitan a decirlas, y esos, por tanto, con más justicia que nadie, deben sufrir el castigo que tales dichos merecen. En efecto, si nadie fuera a ver esas cosas, tampoco habría nadie que las representara. Pero como los cómicos ven que dejáis talleres y oficios y hasta lo que en ellos ganáis, todo en una palabra, para pasar el tiempo en el teatro, sienten que se les acrecienta su fervor y redoblan su empeño en el arte. Y no es que yo quiera, al decir esto, eximirlos a ellos de culpa; lo que sí quiero es que vosotros caigáis en la cuenta que el principio y raíz de este escándalo lo ponéis vosotros mismos; vosotros, los que gastáis el día entero en el teatro, los que hacéis objeto de irrisión el santo matrimonio, los que exponéis a público ultraje lo que Pablo llamó *sacramento grande* (Ef 5,32)[15]. Porque no tanto peca el que todo eso representa, cuanto, antes que él, vosotros, que le mandáis que lo represente. Y no sólo se lo mandáis, sino que corréis a verlo, y os alegráis, y alabáis a los farsantes, y atronáis con vuestros aplausos aquellas oficinas del demonio. ¿Con qué ojos —dime por tu vida— mirarás luego en tu casa a tu mujer, después que la has visto ultrajada en el teatro? ¿Cómo no te sonrojas, acordándote de tu cónyuge, cuando ves a su sexo hecho objeto de irrisión?

FALSAS EXCUSAS DEL TEATRO INMORAL

No me vengas con que todo eso no pasa de una representación. Sí, una representación que a muchos ha convertido en adúlteros y ha trastornado a muchas familias. Justamente lo que más me hace gemir es que nada de eso te parezca mal, sino que, cuando un adulterio así se perpetra, estallan tus aplausos, tus gritos y tus

[15] De ahí que la profesión de cómico fue de antiguo proscrita por la Iglesia.

carcajadas. ¿Qué me dices? ¿Que todo eso es pura representación? Por ello precisamente merecían la muerte los farsantes, pues lo que todas las leyes mandan evitar, eso es lo que ellos representan con tanto ahínco. Si el hecho es un mal, su representación también tiene que serlo. Y nada digo todavía de cuántos adúlteros producen los que representan esos dramas de adulterio y cuán insolentes y desvergonzados hacen a los que tales espectáculos contemplan. Nada hay, en efecto, más deshonesto, nada más procaz, que un ojo capaz de soportar esa vista. Ni en la pública plaza, ni en casa siquiera, tolerarías que se presentara una mujer desnuda. Eso lo calificas tú de insolencia y desvergüenza. Entonces, ¿cómo subes al teatro a ultrajar a la vez a los dos sexos, a varones y hembras, y a cubrir tus ojos de sonrojo? Porque no me vengas a mí con que la mujer que allí sale desnuda es una ramera. El mismo sexo y el mismo cuerpo tienen la ramera y la honesta. Porque si nada inconveniente hay en ello, ¿cómo es que, si lo ves en la plaza, tú mismo te horrorizas y echas de allí a la desvergonzada? ¿O es que, cuando andamos dispersos por ahí, la cosa es inconveniente, pero cuando nos juntamos y sentamos todos en un teatro, ya no es igualmente torpe? Ridículo y vergonzoso, locura suma fuera decir tal cosa. Mejor fuera embadurnarte los ojos con barro y cieno que no contemplar esa iniquidad. El cieno no te haría tanto daño en los ojos como la mirada intemperante y la contemplación de una mujer desnuda. Escucha, si no, de dónde vino al principio y quién hizo la desnudez, y tiembla de sólo el motivo de esta indecencia. ¿Cuál fue, pues, la causa de la desnudez? La desobediencia y el consejo del diablo. Tan de antiguo, pues, tan desde el principio se ocupó el diablo en eso. Pero, por lo menos, nuestros primeros padres se avergonzaron al verse desnudos; pero vosotros hacéis gala de ello, y así cumplís el dicho del Apóstol: *Que tenéis en el deshonor vuestra gloria* (Filip 3,19). ¿Cómo te mirará luego tu mujer cuando vuelvas de ver esa iniquidad? ¿Cómo te recibirá, cómo te hablará, después que de ese modo has deshonrado a todo el sexo femenino, después que has estado cautivo de tal espectáculo y te has hecho esclavo de una mujer perversa? Si os duele oír esto, a mí me complace en extremo. Porque, *¿quién es el que me alegra, sino el que por mí se pone triste?* (2 Cor 2,2) No ceséis nunca de gemir y sentir remordimiento por tales pecados, pues el dolor por ellos será para vosotros comienzo de vuestro mejoramiento. Si yo

mismo os he hablado con mayor vehemencia, es porque quiero cortar hasta lo profundo de vuestra herida y libraros de la podredumbre que os viene de esos que os embriagan; es porque quiero llevar plena salud a vuestra alma. Quiera Dios que de esa salud gocemos siempre y que alcancemos el premio prometido a las buenas obras por gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 7

Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y ellos respondieron: En Belén de Judea... (Mt 2,4ss).

LA VENIDA DE LOS MAGOS, CONFUSIÓN DE LOS JUDÍOS

¿Veis cómo todo sucedió para confundir a los judíos? Porque, mientras no tuvieron a Cristo ante los ojos y no fueron víctimas de la envidia, depusieron con verdad su testimonio; pero cuando vieron la gloria que se conquistaba con sus milagros, dominados por la malquerencia, traicionaron ya la verdad. Pero la verdad vencía siempre, y sus mismos enemigos la proclamaban mejor que nadie. Por lo menos en el caso de los magos, mirad de cuán admirable y maravillosa manera se disponen las cosas. Aquí bárbaros y judíos aprenden los unos de los otros. Los judíos oyeron de los magos que hasta una estrella había proclamado a Cristo en tierra de los persas, y los magos supieron de los judíos que el mismo a quien había proclamado la estrella, lo habían anunciado mucho tiempo antes los profetas. La pregunta de Herodes fue para unos y otros ocasión de más clara y precisa enseñanza sobre Cristo. Los enemigos de la verdad, aun contra su voluntad, tienen que leer los libros que atestiguan la verdad, y se ven forzados a interpretar una profecía, si bien no la citan entera. Hablan, sí, de Belén; dicen que de allí saldrá el que ha de apacentar al pueblo de Israel; pero, por adulación al rey, no añadieron lo que sigue. ¿Qué es lo que sigue? *Las salidas de Él son desde el principio, desde los días de la eternidad* (Miqueas 5,1).

POR QUÉ JESÚS, NACIDO EN BELÉN, HABITA LUEGO EN NAZARET

Pero ¿por qué —me diréis—, si Cristo tenía que ser originario de Belén, habitó luego en Nazaret, y dejó así en la penumbra la profecía? —Más bien que dejarla en la penumbra, la reveló. Porque el hecho que su madre viviera habitualmente en Nazaret y, sin embargo, le fuera a dar a luz en Belén, muestra que su nacimiento allí fue disposición de la providencia divina. Por eso mismo, tampoco salió de Belén inmediatamente después de nacido, sino que pasó allí cuarenta días, tiempo en que, si hubieran querido, podían haber averiguado puntualmente todo lo sucedido. Y, a la verdad, muchas cosas habían sucedido que podían moverles a semejante averiguación, si hubieran querido prestarles atención: habían venido los magos, se había levantado en vilo toda la ciudad, y con la ciudad el rey mismo; se había sacado a relucir una vieja profecía, se había reunido aquel gran tribunal. Y muchas cosas más sucedieron allí, en Jerusalén, que cuenta Lucas puntualmente: lo de Ana, Simeón, Zacarías, los ángeles, los pastores. Todo lo cual, de habérsele prestado atención, daba más que sobrada ocasión para tratar de averiguar lo acontecido. Porque, si los magos, que vinieron de Persia, dieron con el lugar del nacimiento, con mayor facilidad lo hubieran descubierto los que vivían a unos pasos de Belén. Cristo, pues, se mostró desde el principio con muchas maravillas; mas ya que no quisieron verlas, se ocultó por algún tiempo para mostrarse luego nuevamente por más brillante principio. Entonces, ya no fueron los magos, no fue ya una estrella, fue el Padre mismo quien le proclamó desde el cielo sobre las corrientes del Jordán, fue el Espíritu Santo quien descendió e hizo resonar aquella voz gloriosa sobre la cabeza del bautizado, fue Juan quien con toda libertad le proclamaba por todos los rincones de Judea y llenaba toda la tierra —la habitada y el desierto— de esta enseñanza, fue sobre todo el testimonio de sus milagros: la tierra, el mar, la creación entera, levantaron su voz más clara para proclamarle Hijo de Dios. Sin embargo, también al tiempo del nacimiento sucedieron ciertas cosas que señalaban sin estruendo su advenimiento. No podían decir los judíos: No sabemos ni cuándo ni en qué lugar nació. Ahí estaban los magos con cuanto providencialmente les ocurrió; ahí los demás hechos a que hemos aludido. No podían, pues, alegar excusa alguna de no haber

averiguado lo que había acontecido.

LA PROFECÍA DE MIQUEAS NO SE REFIERE A ZOROBABEL

Considera también la exactitud de la profecía. Porque no dijo el profeta: "En Belén morará", sino: *De ti saldrá*. Así, a la profecía tocaba también que sólo el nacimiento tuviera allí lugar. Pero algunos judíos afirman impudentemente que la profecía de Miqueas se dijo de Zorobabel. ¿Qué razón pueden alegar para ello? No serán, por cierto, aquellas palabras: *Las salidas de Él desde el principio, desde los días de la eternidad* ¿Cómo puede, por otra parte, acomodarse a Zorobabel lo que se dice al comienzo de la profecía: *De ti saldrá*? Porque Zorobabel no nació en Judea, sino en Babilonia, de donde le vino el nombre que lleva. Los que entienden la lengua siria saben lo que digo. Aparte lo dicho, todo el tiempo del nacimiento del Señor acá confirma el testimonio de la profecía. Porque ¿qué es lo que dice? *En modo alguno eres la más pequeña entre los príncipes de Judá*. Y añade la razón de su celebridad: *Porque de ti saldrá...* Ahora bien, nadie, fuera de Cristo, ha hecho glorioso y célebre aquel lugarejo, pues, a partir de su nacimiento, de todos los confines de la tierra acuden gentes para ver el pesebre y la cueva. Que es lo que antaño había predicho el profeta al decir: *En manera alguna eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; es decir, entre los príncipes de las tribus*. Y al hablar así, comprendió también a Jerusalén.

A LOS COMIENZOS SÓLO SE HABLA DE LA SALVACIÓN DE LOS JUDÍOS

Sin embargo, a pesar que todo el provecho era para ellos, ni aun así prestaron atención a nada. Y es así que a los comienzos no hablan tanto los profetas de la propia dignidad del Mesías, cuanto del beneficio que por Él había de venir al pueblo. Así, cuando la Virgen le iba a dar a luz: *Le llamarás*- dice el ángel— *por nombre Jesús*. Y añade la razón: *Porque Él salvará a su pueblo de los pecados de ellos* (Lc 1,31; Mt 1,21). Tampoco los magos dijeron: ¿Dónde está el Hijo de Dios?, sino: *¿Dónde está el recién nacido rey de los judíos?* Y en la misma profecía de Miqueas no dijo: "De ti saldrá el Hijo de Dios", sino: *De ti saldrá el caudillo que pastoreará a mi pueblo de Israel*. Es que a los comienzos había que hablar a

los judíos con más condescendencia, porque no se escandalizaran, y proclamar ante todo la propia salvación de su pueblo, para atraerlos así más suavemente. El hecho es que los primeros testimonios que se dan sobre Cristo, los que siguen inmediatamente a su nacimiento, nada grande, nada elevado dicen acerca de nada que pueda compararse a lo que se dijo después de sus milagros. Después de éstos, sí, se nos habla con toda claridad de la dignidad del Señor. Así, cuando, después de muchos milagros, los niños entonaban himnos en su honor, oye lo que dice el profeta: *De la boca de los pequeñuelos y de los que maman a los pechos sacaste perfecta alabanza* (Salmo 8,2-4). Y añade: *Porque veré los cielos, obra de tus dedos*, palabras que nos lo muestran como creador del universo. Y el testimonio que se le da después de su ascensión a los cielos nos pone de manifiesto su igualdad con el Padre: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha* (Salmo 110,1). E Isaías dice: *El que se levanta para mandar en las naciones, y en El esperarán las gentes* (Is 11,10.

Pero ¿por qué dijo de Belén que no era la más pequeña entre los príncipes de Judá? Pues no sólo en Palestina, sino en la tierra entera, se ha hecho célebre aquella pobre aldea. La razón es porque entonces hablaba particularmente con los judíos. De ahí que añadiera: *Él apacentará a mi pueblo de Israel,* cuando la verdad es que apacentó a la tierra entera. Pero, como he dicho, no quiere de pronto escandalizarlos y evita hablar de las naciones.

¿SE CUMPLIÓ SOBRE LOS JUDÍOS LA PROFECÍA DE MIQUEAS?

—Entonces —me diréis—, ¿cómo es que no pastoreó justamente al pueblo judío? —También eso se cumplió de modo señalado, pues el Israel que habla la profecía significaba a los que creyeron en Cristo de entre los judíos. Interpretando el mismo pensamiento, decía Pablo: *No todos los que vienen de Israel son Israel, sino los que han nacido por medio de la fe y de la promesa* (Cf. Rom 9,6). Y, si no a todos los pastoreó, ellos tienen la culpa. Pues fue así que, cuando debieran haberle adorado juntamente con los magos y glorificar a Dios que había llegado aquel momento en que se les iban a perdonar sus pecados (nada, en efecto, se les dice en la profecía de tribunales divinos ni de rendición de cuentas, sino de un pastor manso y bueno), ellos hacen lo contrario: se turban, se

alborotan y tienden al niño asechanza tras asechanza: *Entonces Herodes, llamando secretamente a los magos, se informó puntualmente de ellos sobre el tiempo de la aparición de la estrella*, con intento de quitar la vida al recién nacido. ¡Intento absolutamente insensato y loco! Todo lo que se le había dicho, todo lo que había acontecido, era bastante para apartar a Herodes de semejante idea. Aquéllos no podían ser acontecimientos humanos. Una estrella había llamado desde el cielo a los magos, unos extranjeros habían emprendido tan largo viaje para adorar a un niño entre pañales y puesto en un pesebre, los profetas habían de antaño predicho todo eso; todo, en fin, indicaba que aquello estaba por encima del acontecer humano. Nada, sin embargo, le contuvo.

PONDERASE LA INSENSATEZ DE HERODES

Tal es por naturaleza la maldad: choca contra sí misma y emprende lo imposible. Considerad la insensatez de Herodes. Si creía en la profecía y tenía su cumplimiento por ineludible; su intento, evidentemente, era imposible. Si no creía ni esperaba que se cumpliera lo que decía, no había por qué temer y espantarse ni tender asechanzas a nadie. Luego por uno y otro lado estaba demás el embuste. Pero el colmo de la insensatez fue imaginarse que los magos habían de estimarle más a él que al recién nacido, por quien tan largo viaje habían emprendido. Porque, si antes de verle iban tan inflamados en su amor, ¿cómo pudo esperar Herodes que, después de haberle visto y recibir la garantía del profeta, podría persuadirles que le entregaran traidoramente al niño? Sin embargo, a despecho de tantas cosas como se lo disuadían, él se obstinó en su empeño y, llamando secretamente a los magos, se informó de ellos. Secretamente, pues pensaba que los judíos se interesaban por el niño, y no podía esperar que llegara a tanto su locura, que entregaran en manos de sus enemigos al que había venido como protector, salvador y libertador de su pueblo. Por eso, repito, los llama secretamente y pregunta por el tiempo no del nacimiento del niño, sino de la aparición de la estrella, y a fe que sabe poner cebo abundante en su trampa. Realmente, a lo que a mí me parece, la estrella hubo de aparecer mucho tiempo antes del nacimiento. Porque, como los magos tenían que gastar mucho tiempo en el viaje, si habían de llegar

inmediatamente junto al recién nacido (y para que su hecho resultara admirable y maravilloso tenían que adorarle aún en pañales), se les tuvo que mostrar la estrella con mucho tiempo de anticipación. De habérseles ella aparecido en Oriente cuando el niño nació en Palestina, como tenían que gastar mucho tiempo en el viaje, ya no hubieran llegado a verle en pañales. Cierto que Herodes manda matar a los niños de dos años abajo; pero no hemos de maravillarnos de ello. El furor y el miedo, para mayor seguridad, señala también mayor tiempo, de modo que nadie se escapara. Llamando, pues, a los magos, les dice: *Marchad y averiguad puntualmente lo que haya sobre el niño, y cuando lo hubiereis encontrado, anunciádmelo a mí para ir también yo a adorarle*. ¡Qué insensatez! Porque, si eso lo dices en serio, ¿por qué preguntas secretamente? Si con intento de armar una trampa, ¿cómo no comprendes que los magos pueden caer en la cuenta de tu embuste por el hecho mismo de preguntarles secretamente? Pero, como antes he dicho, el alma presa de la maldad se torna el alma más insensata del mundo. Y notad que no dijo: "Marchad y averiguad lo que haya sobre el rey", sino: *Lo que haya sobre el niño*. No podía soportar ni el nombre de realeza. Pero los magos, sin caer en la cuenta, por su gran piedad, de nada de esto (¿cómo iban ellos a imaginar que llegara Herodes a tal extremo de maldad que atentara contra tan admirable designio de la Providencia?), se pusieron en marcha. Nada sospecharon, pues juzgaban a los demás por sus propios sentimientos.

LA ESTRELLA SE LES APARECE NUEVAMENTE

Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, los iba guiando. Justamente se les había antes ocultado, para que, al hallarse sin guía, no tuvieran otro remedio que preguntar a los judíos, y quedara así manifiesto a todos el nacimiento de Cristo. Por eso, una vez que habían preguntado y tenido a los judíos por maestros, la estrella se les aparece nuevamente, y considerad aquí la profunda conexión de los sucesos. Después de la estrella, los recibe el pueblo y el rey de los judíos, y éstos aducen el testimonio del profeta, que esclarece lo sucedido. Después del profeta, es un ángel quien los toma y les enseña todo; pero, entre tanto, de Jerusalén a Belén caminan bajo la guía de la estrella. Ésta, en efecto, se puso desde allí en camino con ellos. Prueba que no era

una estrella ordinaria. Realmente no hay estrella de esa naturaleza. Porque no sólo se puso en camino, sino que los iba guiando, atrayéndolos y conduciéndolos como de la mano, aun en pleno día.

Pero ¿qué necesidad —me diréis— había de la estrella cuando ya sabían el lugar del nacimiento? —Pues sí, la había, para ver también al niño, pues nada había que lo diera particularmente a conocer. No estaba en un espléndido palacio, no tenía una madre ilustre y gloriosa. Necesitaban, pues, de la estrella que los llevara al lugar mismo. Por eso se les aparece a su salida de Jerusalén, y ya no se para hasta llegar al pesebre, uniendo una maravilla con otra maravilla. Porque maravilla fue que los magos adoraran al niño, maravilla que una estrella los guiara: Una y otra, capaz de conmover corazones de piedra. Porque, si los magos hubieran dicho haber ellos oído a los profetas que todo aquello predecían o que a ellos particularmente se lo habían revelado los ángeles, no se les hubiera creído; pero con una estrella allí ante los ojos había para tapar la boca a los más porfiados. Luego, llegada ya sobre el niño, la estrella se paró: virtud superior a la de una estrella. Una estrella, en efecto, no se oculta ahora y aparece luego y, después de aparecida, se detiene. El prodigio aumentó la fe de los magos. De ahí que se alegraran, y con sobrados motivos: habían hallado lo que buscaban, se habían ellos mismos convertido en mensajeros de la verdad y no habían hecho en balde tan largo viaje; tan inflamado amor sentían por Cristo. Porque fue así que, llegada, la estrella se posó sobre la cabeza misma del niño, mostrando que era criatura divina y, con el hecho de pararse, convidó a que le adoraran, no diré a unos extranjeros sin más, sino a los más sabios entre los suyos. ¿Veis cómo había razón para que la estrella apareciera nuevamente? Y, en efecto, aun después de la profecía, aun después que los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo se la interpretaron, todavía podían atender a ella.

CONTRA MARCIÓN, PABLO DE SAMOSATA Y LOS JUDÍOS

Avergüéncense Marción[16] y Pablo de Samosata[17], que no quieren

[16] Marción y sus secuaces enseñaban (h. a50 d. de Cristo) que Cristo era hijo del sumo Dios bueno, no del Creador del mundo, y que sólo en apariencia se había hecho hombre.

[17] Pablo de Samosata, en Skiria, obispo de Antioquía desde h. 260, enseñó

ver lo que vieron los magos, verdaderos antepasados de la Iglesia. No me avergüenzo de llamarlos así. Avergüéncese Marción, viendo cómo Dios es adorado en la carne. Avergüéncese Pablo de Samosata, viendo que el niño no es adorado como simple hombre. Que Dios fue adorado en la carne, muéstrenlo los pañales y el pesebre; que los magos no adoraron al niño como simple hombre, lo ponen de manifiesto los dones que en tan tierna edad le presentan. Esos dones sólo a Dios deben de razón ser ofrecidos. Avergüéncense con estos herejes los judíos, viendo cómo se les adelantan unos extranjeros, unos magos, a los que ni siquiera han querido seguir. En verdad, lo que entonces sucedió, figura era de lo por venir, y ya por los comienzos se ponía en claro que las naciones habían de tomar la delantera a los judíos.

—Entonces —me diréis—, ¿por qué no dijo el Señor al principio, sino al fin de su carrera en la tierra: *Marchad y hacedme discípulos en todas las naciones*? (Mt 28,19) La razón es, como ya he dicho, que lo que entonces sucedió fue figura y anuncio de lo por venir. Lo natural era, efectivamente, que los judíos hubieran ido delante; pero como voluntariamente rechazaron el beneficio que se les hacía, las cosas sucedieron al revés. Tampoco en el nacimiento debían haberse adelantado los magos a los judíos; ellos que vivían allá tan lejos, a los que moraban en Jerusalén mismo; los que no habían oído jamás de profecías, a los que se nutrían de su lectura. Pero como los judíos desconocieron hasta lo sumo sus propios bienes, los que vienen de la Persia toman la delantera a los que moran en Jerusalén. Exactamente, lo que dice Pablo: *A vosotros había que hablar primero la palabra de Dios; mas como vosotros mismos os habéis juzgado indignos de ella, he aquí que nos volvemos a los gentiles* (Hechos 13,46). Porque, si antes no habían creído, por lo menos al oír a los magos debían haber corrido hacia Cristo. Pero no quisieron. Por eso, como ellos siguen durmiendo, los magos corren delante.

SIGAMOS NOSOTROS A LOS MAGOS

Acompañemos, pues, también nosotros a los magos; apartémonos de las costumbres extranjeras; pongamos una gran distancia en medio, y así lograremos ver a Cristo. Si los magos no

---

que Cristo era puro hombre y no Dios. Fue depuesto en un sínodo de Antioquía el año 269 (Baur).

se hubieran ido lejos de su patria, tampoco lo hubieran visto. Apartémonos de las cosas de la tierra. Los magos mismos, mientras estuvieron en Persia, vieron la estrella; pero cuando se alejaron de su patria, merecieron contemplar al sol mismo de justicia. Más aún: ni la misma estrella hubieran visto, de no haberse levantado de allí con fervor. Levantémonos, pues, también nosotros. Aun cuando todos se turben, corramos nosotros a la casa del niño; aun cuando reyes, pueblos y tiranos nos quieran cerrar el paso, no por eso se entibie nuestro amor. De este modo romperemos todos los obstáculos que se nos opongan. Si los magos no hubieran visto al niño, no hubieran escapado al peligro que les amenazaba de parte del rey. Antes de verle, miedos, peligros, turbaciones por todas partes; después de adorarle, calma y seguridad. Entonces no es ya la estrella, entonces es el ángel el que los guía; la adoración del niño los había hecho sacerdotes, pues habían ofrecido sus ofrendas. Deja, pues, tú también al pueblo judío, la ciudad alborotada, al rey sediento de sangre, toda la pompa del mundo, y marcha presuroso a Belén, donde está la casa del pan espiritual [18]. Si eres un pastor y aquí vienes, verás al niño en el establo; si eres un rey y no vienes, de nada te aprovechará tu púrpura; si eres un mago, tampoco eso es obstáculo para que vengas, con tal que vengas para honrar y adorar, *no para pisotear al Hijo de Dios* (Hebr 10,20); con tal que vengas con temblor y alegría, pues ambos sentimientos pueden estar juntos. Pero, ¡cuidado!, no seas como Herodes y digas: *Para ir yo también a adorarle*, y luego, llegado allí, intentes quitarle la vida.

LOS QUE PARTICIPAN INDIGNAMENTE DE LA EUCARISTÍA SON SEMEJANTES A HERODES

A Herodes efectivamente se asemejan los que reciben indignamente los divinos misterios. *Ese tal* —dice el Apóstol— *será reo del cuerpo y de la sangre del Señor* (1 Cor 11,27). Esos llevan dentro de sí un tirano a quien le duele la realeza de Cristo. Ese tirano, más malvado que Herodes, es *mammón*, el amor de la riqueza. Ese tirano quiere dominar y manda a los suyos a que adoren a Cristo; pero le adoran en apariencia, y en realidad le asesinan. Temamos, pues, pertenecer al número de los que sólo en

[18] Alusión al conocido significado de la palabra "Bethelehem", *domus panis*.

apariencia suplican y adoran a Cristo, pero en sus obras se muestran contrarios a Cristo. Cuando nos acerquemos a adorarle, arrojémoslo todo de nuestras manos. Si tenemos oro ofrendémoselo a El y no lo enterremos. Si aquellos bárbaros se lo ofrendaron entonces para honrarle, ¿quién eres tú, que no se lo das ni cuando tiene necesidad? Si ellos hicieron tan largo viaje para verle recién nacido, ¿qué excusa pondrás tú, que no quieres andar una calle para visitarle cuando está enfermo o encarcelado? Todos nos compadecemos de los enfermos y encarcelados aun cuando sean nuestros enemigos; ¿y tú no te compadeces ni de tu bienhechor y dueño? Los magos le ofrecieron oro, y tú a duras penas si le das un pedazo de pan. Los magos vieron la estrella y se alegraron; ¿y tú viendo a Cristo mismo peregrino y desnudo no te inclinas hacia Él? ¿Quién de vosotros, que habéis recibido de Cristo infinitos beneficios, ha emprendido por su amor tan largo viaje como el que hicieron estos bárbaros, digo mal, estos más sabios que los filósofos? ¿Y qué digo tan largo viaje? Hay entre nosotros mujeres tan muelles, que ni una calle son capaces de atravesar para ver a Cristo en su espiritual pesebre, si no son llevadas en coche de mulas. Otros, sí, caminan muy bien, pero es para meterse en el tráfago de los negocios mundanos o para frecuentar los teatros, que prefieren a la iglesia. Los bárbaros hicieron todo aquel viaje antes de verle; tú, ni aun después de verle los imitas. Tú dejas a Cristo y corres a ver a un bufón —otra vez vuelvo al tema del día anterior—; ves a Cristo reclinado sobre el pesebre y le abandonas para ir a ver las mujeres perdidas de la escena. ¿Qué rayos no merece tal conducta?

DIATRIBA CONTRA UN ESPECTÁCULO IMPÚDICO

Dime por tu vida: si te prometieran introducirte en el palacio real y mostrarte al emperador sentado en su trono, ¿preferirías irte al teatro que no ver al emperador? Y eso que tampoco de ahí ibas a sacar ningún provecho. Aquí, sin embargo, brota una fuente de fuego espiritual de esta divina mesa, que tú dejas por correr al teatro. ¿Por ver nadar unas mujeres que ultrajan su propio sexo abandonas a Cristo sentado al borde de aquella fuente? Sí, también ahora se sienta Cristo al borde de la fuente, conversando no ya con la samaritana, sino con la ciudad entera, o quién sabe si también ahora con sólo la samaritana. Porque tampoco ahora tiene

nadie a su lado: Unos están con sólo su cuerpo, otros ni con el cuerpo siquiera. Y, sin embargo, Cristo no se retira, sino que permanece allí y nos pide de beber, no agua, sino santidad. Porque Él da lo santo a los santos [19]. Porque tampoco de esta fuente mana agua, sino sangre viva. Sangre que es símbolo de muerte, pero que aquí se ha convertido en causa de vida. Pero, tú, dejando la fuente de la sangre, el cáliz estremecedor, te vas a la fuente del diablo a ver cómo nada una ramera y cómo naufraga tu propia alma. Aquellas aguas son un piélago de libertinaje donde sufren naufragio no los cuerpos, sino las almas. La mujer nada desnudo su cuerpo, y tú, que lo estás mirando, te hundes en el abismo del libertinaje. Tal es la red del diablo: no tanto hunde a los que bajan al agua, sino, mejor que a los que se revuelven en las ondas, a los que desde arriba los contemplan sentados. Allí los ahoga con más furia que al antiguo Faraón, hundido con sus carros en el mar Rojo. Si las almas fueran visibles ¡cuántas pudiera yo mostrarte flotando sobre las aguas, como flotaban entonces los cadáveres de los egipcios! Y lo más grave es que a esta ruina universal le dan nombre de diversión y a este océano de perdición lo llaman un mar de placer. Sin embargo, más fácil fuera atravesar el Egeo o Tirreno con seguridad que semejante espectáculo. Primeramente, ya la noche antes, el diablo se apodera anticipadamente de tu alma por la expectación de lo que vas a ver; luego, mostrándote lo que has estado esperando, te la encadena y cautiva en un instante. Porque no te imagines que, porque no te uniste con la ramera, ya estás limpio de pecado. El deseo lo ha hecho todo. Porque si ahora la pasión te domina, tú has encendido más su fuego; y, si ninguna impresión te produce lo que has visto, aún es mayor tu culpa, pues has sido escándalo de los demás y con semejante espectáculo has mancillado tus ojos, y con tus ojos tu alma [20].

---

[19] En la liturgia griega, el diácono grita antes de la comunión: “Lo santo, para los santos”.

[20] Como es notorio, los baños o *termas* llegaron a ser un elemento esencial en la vida de Roma. Sólo en la capital del Imperio en el siglo IV se contaban no menos de 855 establecimientos balnearios, algunos de considerable superficie, como las termas de Caracalla (11 hectáreas) o las de Diocleciano (13 hectáreas). Algo así hay que suponer en la Antioquía de San Juan Crisóstomo. La separación de sexos no era siempre estrictamente guardada. De ahí la diatriba del gran moralista. En las mismas termas, aparte otras diversiones y hasta bibliotecas, había instalaciones de teatro.

REMEDIO CONTRA ESTE MAL: OÍD A VUESTRAS ESPOSAS

Pero no nos contentemos sólo con reprender el mal; pensemos también en el modo de corregirlo. ¿De qué modo? Yo quiero entregaros a vuestras propias mujeres para que ellas os instruyan. Sí, ya sé que, conforme a la ley sentada por Pablo, debierais ser vosotros los maestros; pero ya que por el pecado se ha trastornado el orden, y el cuerpo está arriba y la cabeza abajo, no tenemos otro remedio que echar también por este camino. Mas, si te avergüenzas de tener a una mujer por maestra, huye del pecado y podrás inmediatamente subir al trono que por Dios te fue dado. Porque mientras sigas pecando, no ya sólo a tu mujer, a los más viles animales te remite la Escritura para que aprendas de ellos. La Escritura no se ruboriza de mandar, como discípulo, a la hormiga, al que está dotado de razón [21] La Escritura no tiene culpa en eso. La culpa es de quienes así han traicionado su nobleza. Lo mismo haremos también nosotros. Por ahora os entregaremos a vuestras mujeres; pero, si despreciáis a estas maestras, os enviaremos a la escuela de los irracionales, y allí os mostraremos cuántas aves, cuántos peces, cuántos cuadrúpedos y serpientes son más pudorosos y castos que vosotros. Si te avergüenzas y sonrojas de la comparación, sube a tu propia nobleza y, considerando el piélago del infierno y aquel terrible río de fuego, huye de la piscina y del teatro. Esta piscina te conducirá a aquel mar y estas aguas encenderán aquel abismo de fuego.

LA VANA EXCUSA DE: "NO SOMOS MONJES"

Si el que mira a una mujer para desearla, ya cometió con ella adulterio (Mt 5, 28,29), el que por fuerza tiene que contemplarla desnuda, ¿no quedará mil veces cautivo? El diluvio en tiempo de Noé no perdió tanto al género humano como estas mujeres nadadoras, que ahogan entre su impudor a todos los que las contemplan. El diluvio al cabo ahogó los cuerpos, pero purificó la maldad de las almas; mas este diluvio hace lo contrario: deja intactos los cuerpos y pierde las almas. Cuando se trata de preeminencia, vosotros pretendéis el primer puesto sobre toda la tierra, por haber sido vuestra ciudad la primera que se coronó del

[21] Prov 6,6: *Vete a la hormiga, perezoso, y mira e imita sus caminos y sé más prudente que ella*.

nombre cristiano (Cf. Hechos 11,26); mas en este combate de la pureza, no os avergonzáis de estar por debajo de las ciudades más incultas. —Muy bien, me contestáis. ¿Qué quieres, pues, que hagamos? ¿Subirnos por esos montes y hacernos monjes? —Esto es lo que a mí me hace gemir, que penséis que la modestia y la castidad convienen sólo a los monjes. No, Cristo puso leyes comunes para todos. Y así, cuando dijo: *El que mirare a una mujer para desearla*, no hablaba con el monje, sino con el hombre casado, pues de tales hombres estaba lleno el monte sobre el que Cristo hablaba. Considerad aquel divino teatro y aborreced ese otro diabólico, y no condenéis la dureza de esta palabra. Porque yo no te prohíbo casarte ni me opongo a que te diviertas. Sólo quiero que se haga con templanza, no con impudor, no con culpas y pecados sin cuento.

No pongo ley que os vayáis a los montes y a los desiertos, sino que seáis buenos, modestos y castos aun viviendo en medio de las ciudades. A decir verdad, todas las leyes divinas nos son comunes con los monjes, excepto el matrimonio; y, aun en éste, os manda Pablo que tratéis de asemejaros a ellos en todo: *Porque pasa la figura de este mundo, a fin que los que tienen mujeres sean como si no las tuvieran* (1 Cor 7,29). Como si dijera: No os mando que ocupéis las cumbres de los montes. Realmente lo quisiera, pues las ciudades imitan ya a Sodoma y Gomorra. Sin embargo, a nadie se obliga a ello. Sigue en tu casa con tu mujer y tus hijos, pero no ultrajes a esa misma mujer, no deshonres a tus propios hijos, no metas en tu casa la peste de los teatros. ¿No oyes a Pablo, que dice: *El varón no tiene potestad de su cuerpo, sino la mujer*? (1 Cor 7,4). Leyes comunes pone a hombre y mujer. Pero tú, si tu mujer frecuenta la iglesia, la recriminas implacablemente; pero pasarte el día en los teatros, no crees que merezca recriminación ninguna. Sobre la castidad de tu mujer eres tan exigente, que llegas al exceso y desmesura, hasta no permitirle ni las salidas necesarias; a ti, en cambio, crees que todo te está permitido. Pero no será Pablo quien te lo permita, pues da a la mujer la misma potestad que a ti: *El hombre* —dice— *pague a la mujer el honor que le debe* (1 Cor 7,3). Pues ¿qué honor es ése, cuando la ultrajas en lo más vivo, y entregas a una prostituta el cuerpo que le pertenece (porque tu cuerpo a ella le pertenece), cuando metes en tu casa alborotos y guerras, cuando haces en pública plaza lo que no puedes contar en la intimidad sin sonrojar a tu esposa que te oye, sin sonrojar a tu

hija que está presente, sin sonrojarte antes a ti mismo? Porque forzosamente o tienes que callarte o has de decir tales indecencias, que, dichas por un esclavo, habría con justicia que azotarle. ¿Qué excusa, pues, por favor, tendrás de ir con tanto afán a ver cosas que no es decente ni contarlas? Lo que no se aguanta contado, ¿tú lo prefieres a todo lo demás?

CONCLUSIÓN: SI NO HAY ENMIENDA, HABLARÁ MÁS DURAMENTE

Por ahora, para no seros demasiado pesado, pongo aquí punto final a mi discurso. Pero, si os obstináis en vuestro desorden, afilaré más el hierro y hundiré más profundamente la lanceta. Yo no he de darme punto de reposo hasta derribar el teatro del diablo y purificar esta reunión de la iglesia. De este modo nos libraremos de la vergüenza presente y alcanzaremos el fruto de la vida venidera por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 8

Y entrando en la casa, vieron al niño con María su madre; y, postrados en tierra, le adoraron; y, abiertos sus cofres, le ofrecieron dones de oro, incienso y mira (Mt 2,11ss).

POR QUÉ MATEO HABLA DE CASA Y LUCAS DEL PESEBRE

Entonces, ¿cómo es que Lucas dice haber sido el niño puesto en un pesebre? —Porque, efectivamente, apenas la Virgen lo dio a luz, lo reclinó allí (Lc 2,7). Y es que, por la gran concurrencia de gentes para el empadronamiento, no pudieron María y José hallar posada en Belén. Lucas mismo da a entender que por no haber hallado posada tuvo que reclinarlo en el pesebre. Luego lo levantó en sus brazos y lo tuvo sobre sus rodillas. Porque, apenas la Virgen entró en Belén, sintió que llegaba la hora del parto, para que por ahí entiendas toda la dispensación divina; nada sucedió al azar, todo se cumplió conforme a un plan de la providencia divina y siguiendo el orden de la profecía.

QUÉ MOVIÓ A LOS MAGOS A LA ADORACIÓN DEL NIÑO

— ¿Y qué movió a los magos a la adoración del niño? Porque ni la Virgen era persona ilustre, ni vivía en una casa espléndida, ni cosa alguna de cuantas veían era bastante para impresionarles y atraerlos. Ellos, sin embargo, no sólo le adoran, sino que, abiertos sus cofres, le ofrecen dones; y dones no como a hombre, sino como a Dios. Porque el incienso y la mirra, de éste son símbolos. ¿Qué fue, pues, lo que les movió a ello? —Lo mismo que los dispuso a salir de su patria y emprender tan largo viaje, es decir, la estrella, y juntamente con ésta, una iluminación venida de Dios a sus almas que los iba poco a poco conduciendo a más perfecto conocimiento. De no haber sido así, cuando todas las apariencias eran tan humildes, no hubieran tributado al niño tan grande honor. Nada había allí grande para los sentidos: un pesebre, una choza, una madre pobre. Ahí habéis de ver la pura sabiduría de los magos y advertir que no se acercaron al niño como a mero hombre, sino como a Dios y bienhechor suyo. Por eso, de nada de lo que por fuera veían se escandalizaron, sino que le adoraron y ofrecieron sus dones, muy ajenos, por cierto, a la grosería judaica. Porque no fueron allí a sacrificarle ovejas y novillos, sino a ofrecerle dones muy cercanos a la doctrina de la Iglesia: el conocimiento, la obediencia y la caridad.

LA RETIRADA DE LOS MAGOS: SU OBEDIENCIA

Mas, avisados por Dios durante el sueño de no volver a Herodes, se retiraron por otro camino a su propia tierra. Notad aquí la obediencia de los magos. No se escandalizan; son dóciles y reconocidos; no se alborotan ni se dicen a sí mismos: “Si este niño es cosa grande y tiene alguna fuerza, ¿qué necesidad había de fuga y de esta retirada a escondidas? ¿Y cómo es que a nosotros, que públicamente venimos y que afrontamos valientemente la muchedumbre del pueblo y la locura del rey, nos despide ahora de la ciudad el ángel como unos esclavos fugitivos? Pero nada de esto dijeron ni pensaron. Tal es la mejor calidad de la obediencia: no buscar las razones de lo que se nos manda, sino sencillamente obedecer a lo mandado.

POR QUÉ NO SE SALVAN JUNTOS EL NIÑO Y LOS MAGOS

Cuando los magos se hubieron retirado, he aquí que el ángel del Señor se aparece a José en sueños y le dice: Levántate y tema al niño y a su madre y huye a Egipto. Aquí hemos de resolver una dificultad acerca de los magos y acerca del niño. Porque, si es cierto que aquéllos no se alborotaron y todo lo aceptaron con obediencia, no por ello hemos nosotros de dejar de preguntarnos por qué no se salvan, aun quedándose allí, los magos y el niño, sino que aquéllos son enviados a Persia y éste tiene que huir con su madre a Egipto. ¿Pues qué? ¿Queréis que hubiera caído en manos de Herodes, y aun entre sus manos no recibir el golpe mortal? En este caso, se hubiera pensado que no había tomado carne, y no se hubiera creído el gran misterio de la encarnación. Y, en efecto, si, aun sucediendo así las cosas y dispuestas tantas otras de la vida del Señor humanamente, se han atrevido algunos a decir que es un mito eso que Dios tomara carne, ¿en qué impiedades no hubiera caído de haberlo Él hecho todo divinamente y según su poder infinito? En cuanto a los magos, despáchalos aprisa, primero porque quiere enviar maestros a su patria de Persia y luego porque quiere cortar la locura del tirano Herodes: Que se de cuenta que emprende una cosa imposible, que apague su furor, que desista de su vano intento. El mismo poder supone vencer tranquilamente a los enemigos que burlarlos con la mayor facilidad. Por lo menos así engañó a los egipcios en favor de los judíos. Podía Dios muy bien haber hecho pasar la riqueza de aquéllos a manos de los hebreos. Sin embargo, manda que eso se haga a escondidas y con engaño (Cf. Ex 12,35). Lo cual no le hizo menos temible a sus enemigos que cualquier otro de los milagros.

Así los escalonitas y demás habitantes de aquellas ciudades que, por haber capturado el arca de la alianza, fueron heridos por Dios con plaga de ratones, cuando exhortaron a los suyos a no proseguir la guerra ni ponerse frente a Él, entre los otros milagros, alegaron también éste, diciendo: *¿Por qué endurecéis vuestros corazones como los endurecieron Egipto y Faraón? ¿No es así que sólo cuando se burló de ellos despacharon al pueblo y salió éste de Egipto?* (1 Reyes 6,6). Cuando así hablaban, prueba es que para ellos este milagro no era menor que los públicamente realizados, para poner de manifiesto el poder y la grandeza de

Dios. Pues también lo sucedido con los magos era bastante para impresionar al tirano. Considerad, en efecto, lo que tuvo que sufrir Herodes y cómo se ahogaría al verse así engañado y puesto en ridículo por los magos. — ¿Y qué, si no se hizo mejor? —Eso ya no es culpa de quien todo lo ordenó para que se mejorara. La culpa fue de su extrema locura, que no se rindió a lo que podía haberla calmado y apartado de su maldad. Más bien que rendirse siguió aún más adelante, con lo que recibiría mayor castigo de su insensatez.

POR QUÉ HUYE JESÚS A EGIPTO

¿Y por qué —me diréis— es enviado el niño a Egipto? La razón la da en concreto el evangelista: *Para que se cumpliera* –dice— *lo que fue dicho por el Señor por boca del profeta, diciendo: "De Egipto he llamado a mi hijo*" (Os 11,1). Pero juntamente el Señor anunciaba a toda la tierra un como preludio de buenas esperanzas. Como en Babilonia y Egipto ardía más que en parte alguna el incendio de la impiedad, al mostrar el Señor desde el principio que las ha de corregir y mejorar, persuade a la tierra entera a que tenga buena esperanza. De ahí que a los magos los manda a tierras de Babilonia y Él mismo con su madre marcha a Egipto.

Aparte lo dicho, otra enseñanza sacamos de aquí, que no es pequeña. ¿Qué enseñanza es ésa? fue desde el principio hay que aguardar tentaciones y asechanzas. Mira, si no, cómo tal le sucede a Él desde los pañales. En efecto, apenas nacido, el tirano se enfurece, Él tiene que huir y trasladarse más allá de las fronteras, y su madre, que en nada había faltado, es desterrada a tierra de extranjeros. Tú que esto oyes, cuando hayas merecido desempeñar un asunto espiritual y luego te veas entre sufrimientos intolerables y metido entre peligros sin cuento, no te turbes ni digas: “¿Qué es esto? ¿No merecía yo que se me coronara y proclamara, no merecía ser ilustre y glorioso, puesto que estoy cumpliendo un mandato del Señor?” No, ahí tienes el ejemplo. Súfrelo todo generosamente, sabiendo que eso acompaña particularmente a los espirituales; que ésa es su herencia: tentaciones y pruebas por todas partes. Mira, si no, cómo así sucede con la madre del niño y con los magos. Estos tienen que retirarse como fugitivos, y a aquélla, que no había jamás traspasado los umbrales de su casa, se le manda emprender tan

largo y molesto viaje sólo por haber tenido aquel maravilloso parto, aquel espiritual alumbramiento. Y mirad otra paradoja: Palestina acecha a la vida del niño, y Egipto le libra de las asechanzas. Y es que no sólo en los hijos del patriarca se daban las figuras, sino también en el Señor mismo. Muchas cosas, en efecto, que habían de suceder más tarde, eran ya de antemano anunciadas por lo que entonces Él hacía. Tal, por ejemplo, lo del asna y su pollino.

PANEGÍRICO DE SAN JOSÉ

Aparecido, pues, el ángel, habla no con María, sino con José, y le dice: *Levántate y toma al niño y a su madre*. Aquí ya no le dice: "Toma a tu mujer". Había tenido lugar el parto, se había disipado la sospecha, José estaba asegurado en su fe; el ángel, por tanto, puede hablar ya con libertad, y no llama suyos ni a la mujer ni al niño. *Toma* —le dice— *al niño y a su madre y huye a Egipto*. Y ahora la causa de la huida: *Porque Herodes* —le dice— *ha de atentar a la vida del niño*.

Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: Esto parece un enigma. Tú mismo me decías no ha mucho que Él salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje y un largo desplazamiento. Esto es contrario a tu promesa. Pero nada de esto dice, porque José es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar que el ángel lo había dejado indeterminado, pues le había dicho: *Y estate allí hasta que yo te diga*. Sin embargo, no por eso se entorpece, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente. Bien es verdad que Dios, amador de los hombres, mezclaba trabajos y dulzuras, estilo que Él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos, sino que de unos y otros va Él entretejiendo la vida de los justos. Tal hizo con José. Si no, mirad. Vio preñada a la Virgen, y esto le llenó de turbación y angustia suma, pues pudo sospechar que su esposa hubiera cometido un adulterio; pero inmediatamente se presentó el ángel, que le disipó la sospecha y quitó todo temor. Ve al niño recién nacido, y ello le procura la más grande alegría; pero bien pronto a esta alegría le sucede un peligro no pequeño: la ciudad se alborota, el rey se enfurece y busca matar al recién nacido. A este alboroto síguele pronto otra alegría: la aparición de la estrella y la adoración de los magos. Tras este

placer, otra vez el miedo y el peligro: *Porque busca* —le dice el ángel — *Herodes el alma o vida del niño*. Y nuevamente el ángel da orden de huir y cambiar de sitio a lo humano, pues no era aún tiempo de hacer maravillas. Si el Señor hubiera empezado a hacer milagros desde su primera edad, no se le hubiera tenido por hombre. De ahí que tampoco se construye de golpe el templo de su cuerpo, sino que primero viene la concepción, luego la gestación por nueve meses, luego el parto luego la leche de los pechos, el silencio por todo aquel tiempo: en fin, el Señor espera la edad conveniente de varón a fin que por todos estos medios sea fácilmente aceptado el misterio de la encarnación. ¿Por qué, pues —me diréis—, se hicieron estos milagros desde el principio? Se hicieron en gracia a la madre, a José, a Simeón, que estaba ya para salir de este mundo; por los pastores, por los magos, por los judíos. Porque, si éstos hubieran querido atender con cuidado a lo que sucedió al principio, no hubieran sacado poco fruto para lo por venir.

POR QUÉ NO HABLAN LOS PROFETAS SOBRE LOS MAGOS. INTERPRETACIÓN DE OSEAS

Que los profetas no hablen acerca de los magos, cosa es que no debe turbarte, pues ni todo lo dijeron ni todo lo callaron. Si nada hubiéramos oído de ellos, ver de pronto suceder las cosas, nos hubiera producido gran espanto y perturbación; pero saberlo de antemano todo, nos hubiera hecho dormitar y nada hubieran tenido ya que hacer los evangelistas.

En cuanto al texto de Oseas: *De Egipto he llamado a mi hijo*, los judíos pretenden haber sido dicho por ellos. A esto les podemos responder que es ley de la profecía decir con frecuencia una cosa sobre unos y cumplirse sobre otros. Tal lo que se dice de Simeón y Leví: *Yo los dividiré en Jacob y los esparciré en Israel* (Gen 49,7). Lo cual no se cumplió en ellos, sino en sus descendientes. Y lo que Noé dijo sobre Canaán vino a verificarse en los gabaonitas, que eran descendientes de Canaán. Lo mismo pudiera decirse de Jacob. Aquellas bendiciones de su padre Isaac: *Sé señor de tu hermano y te adoren los hijos de tu padre* (Gen 27,29), no tuvieron en él su cumplimiento — ¿cómo lo iban a tener, cuando él temblaba ante su hermano y mil veces se postraba para adorarle? —, sino en sus descendientes. Lo mismo, en fin, en el texto de

Oseas. Porque ¿quién con más verdad puede llamarse hijo de Dios: el que adora al becerro y se inicia en los misterios de Belfegor (Num 25,5) y sacrifica sus hijos a los demonios, o el que es Hijo por naturaleza y honra siempre a su Padre? (Jo 8,49). De suerte que, de no haber venido este Hijo, la profecía no hubiera tenido cumplimiento conveniente.

LA ESTANCIA EN EGIPTO DEL PUEBLO HEBREO, FIGURA DE LA DEL SEÑOR

Mira, si no, cómo el evangelista da a entender esto mismo al decir: *Porque se cumpliera*, mostrando que, de no haber venido Cristo, no se hubiera cumplido. Esto hace —y no como quiera— ilustre y gloriosa a la Virgen. Lo que el pueblo judío entero tenía por timbre de gloria —haber salido de Egipto—, eso mismo podía tenerlo ella en adelante. Mucho se enorgullecían, mucho blasonaban ellos de haber salido de Egipto —y el profeta mismo lo da a entender cuando dice: *¿Acaso saqué a los extranjeros de Capadocia, y a los asirios del pozo?* (Am 9,7) —. Pues lo mismo es ahora prerrogativa de la Virgen. Es más, la entrada y salida del pueblo y los patriarcas en Egipto era figura de esta huída y vuelta de la Virgen y el niño. Aquéllos bajaron allí huyendo la muerte por hambre; el niño, huyendo la muerte por insidias de Herodes. Ellos, llegados allí, se vieron libres del hambre; el niño con su venida santificó toda aquella tierra.

Pero considerad también cómo, entre tantas humillaciones, se descubre también la divinidad del niño. En efecto, al decirle el ángel a José: *Huye a Egipto*, no le prometió acompañarlos él en el camino, ni a la ida ni a la vuelta, dándole a entender que su mejor compañía era el mismo niño recién nacido. Este niño, apenas aparecido, lo transformó todo, y a sus mismos enemigos los hizo entrar en el servicio de sus designios. En efecto, los magos —unos extranjeros— dejan su superstición y patria, y vienen a adorarle; César Augusto, por su decreto de empadronamiento, contribuye a su nacimiento en Belén; Egipto le recibe en su huida y le salva de las maquinaciones de Herodes, con lo que se adquiere un título para pertenecerle luego. Así, cuando más adelante oye que se lo predican los apóstoles, él se ufana de haber sido el primero en recibirlo. En verdad, éste fue privilegio de sola Palestina; sin embargo, Egipto le ganó en fervor.

LOS YERMOS DE EGIPTO, PARAÍSO DE MONJES

Y, si ahora visitas el desierto de Egipto, lo verás convertido en el más hermoso paraíso; allí coros incontables de ángeles en forma humana, y muchedumbres de mártires, y congregaciones de vírgenes; allí destruida la tiranía del diablo y esplendoroso el reino de Cristo. La que fue madre de poetas, de filósofos y magos, la que inventó toda suerte de hechicería y la enseñó a los otros, ahora la verás que se enorgullece por dondequiera de un alcabalero y de un fabricante de tiendas y que levanta en triunfo la cruz. Y estos bienes no se dan sólo en las ciudades, sino en los yermos también, y más que en las ciudades. Por dondequiera de aquel país puede contemplarse el ejército de Cristo, su regia grey, la vida de las potencias superiores. Y no sólo entre los hombres triunfa esa vida, sino también entre las mujeres. Y, en efecto, no menos que aquéllos filosofan éstas[22], no embrazando el escudo ni montando a caballo, como mandan aquellos graves filósofos y legisladores de los helenos, sino entrando en otra batalla más difícil. Común les es con los varones la guerra contra el diablo y contra las potestades de las tinieblas, y jamás la delicadeza de su sexo es obstáculo para estos encuentros, como quiera que estos combates no se deciden por la naturaleza o sexo de los cuerpos, sino por el propósito del alma. De ahí que muchas veces las mujeres han luchado mejor que los hombres y han obtenido más brillantes victorias. En fin, no está tan brillante el cielo con el variado coro de sus estrellas como el yermo de Egipto desplegando ante nuestros ojos por doquiera las tiendas de sus monjes.

CONTRASTE CON EL ANTIGUO EGIPTO

Quien sepa lo que fue el antiguo Egipto, la enemiga de Dios y loca, la esclava de los gatos, la que sentía religioso temor y temblor ante unas cebollas, ése comprenderá bien el poder de Cristo[23]. Aunque, a decir verdad, no necesitamos de relatos antiguos

---

[22] La "filosofía" de monjes y vírgenes es, naturalmente, la perfección y santidad cristianas. Conservamos, sin embargo, la palabra en honor de su glorioso abolengo y en gracia del peculiar uso que de ella hace San Juan Crisóstomo, que es un homenaje, inconsciente sin duda, a la misma filosofía pagana, de que él abomina o se ríe… con razón.

[23] Alusiones a la zoolatría y otras aberraciones de la religión egipcia.

cuando aún quedan al presente reliquias que muestran la insensata locura primera. Y, sin embargo, estos hombres, que en lo antiguo habían vivido abiertamente en esta misma locura, ahora filosofan sobre el cielo y las cosas que están más allá del cielo, se ríen de las costumbres de sus padres, tienen por desgraciados a sus antepasados y no tienen cuenta alguna de sus antiguos filósofos. La realidad misma les ha enseñado que toda la filosofía de éstos no pasa de invenciones de vejezuelas borrachas, mas la doctrina de Cristo es la verdadera sabiduría, única digna del cielo. Y ésta es la que les fue anunciada por los pescadores. De ahí por cierto que, juntamente con la pureza de la doctrina[24], estos monjes nos dan ejemplo de extraordinario fervor de vida. Y es así que, desnudos de todas las cosas, totalmente crucificados al mundo, para socorro de los necesitados, todavía practican también el trabajo corporal. Porque no porque ayunen y velen pretenden pasar ociosamente el día. No; las noches las gastan en los sagrados himnos y reuniones; pero durante el día, a la oración juntan también el trabajo de sus manos, imitando así el ejemplo del Apóstol. Porque, si éste —dicen ellos—, sobre quien se fijaban las miradas de toda la tierra, no vaciló, para alimentar a los necesitados, en entrar en un taller y ejercer un oficio, y para ello se privó del sueño de la noche, mucho más nosotros, que ocupamos el desierto y nada sabemos del tumulto de las ciudades, es bien que aprovechemos la tranquilidad del silencio para el trabajo espiritual.

EJEMPLO DE LOS MONJES CONFUNDE NUESTRA TIBIEZA

Avergoncémonos, pues, todos, pobres y ricos. Estos hombres, que nada absolutamente tienen más que su cuerpo y sus manos, con sus manos se esfuerzan y a porfía trabajan para ganar y dar a los necesitados; nosotros, sin embargo, que tenemos en nuestras casas tantas cosas, ni de lo inútil echamos mano *para socorrerlos*. ¿Qué excusa, decidme, alegaremos? ¿Qué perdón mereceremos? Y, sin embargo, considerad cómo eran antes estos hombres: amadores del dinero, entregados a la gula y demás pecados. Allí estaban aquellos calderos de carne que aún se acuerdan los judíos por el desierto (cf. Ex 16,3); allí imperaba señera la tiranía del vientre. Pero cuando ellos quisieron, se transformaron y, con el

---

[24] Alusión a las luchas antiarrianas de San Atanasio.

fuego de Cristo en sus almas, se remontaron en masa hasta el cielo. Y los que eran más vehementes que los otros y más propensos también a los arrebatos de ira y al placer, por su templanza y por su filosófica impasibilidad, compiten con las potencias incorpóreas. Los que han visitado aquella tierra, saben lo que digo. Los que jamás habéis entrado en aquellas tiendas considerad a aquel hombre que aun ahora anda en boca de todo el mundo, el hombre que Egipto produjo después de los apóstoles, el bienaventurado y grande Antonio, y piense que este hombre ha vivido en la misma tierra en que vivió el faraón. Pero vivir allí no fue daño alguno para él, sino que mereció hasta revelaciones divinas y nos dio un trasunto de vida tal como la quieren las leyes de Cristo. Quien lea el libro en que se nos cuenta la historia de esta vida, comprobará muy bien lo que ahora digo[25]. En ella verá hasta multitud de profecías. Tal la que Antonio hizo sobre la herejía arriana y los daños que de ella habían de seguirse. Dios se lo mostró todo y le puso ante los ojos un bosquejo de lo por venir. He aquí, entre tantas otras, una prueba de la verdad: ninguna secta profana ha producido un hombre como éste.

EXHORTACIÓN FINAL. EL AMBIENTE EN QUE VIVIMOS NO HA DE SER IMPEDIMENTO DE LA VIRTUD

No quiero yo contaros aquí su vida. Leedla vosotros en el libro que os recomiendo y lo sabréis todo puntualmente y de ella sacaréis las más altas lecciones de filosofía. Pero no os exhorto sólo a leer el libro, sino también a imitar al grande Antonio, y no pongamos por pretexto ni nuestra tierra, ni nuestra educación, ni la maldad de nuestros antepasados. Si nos decidimos a atender a nosotros mismos, nada de eso ha de constituir obstáculo alguno. Abrahán tuvo un padre impío, pero no heredó su impiedad. Ezequías fue hijo de Acab, y, sin embargo se hizo amigo de Dios. José, en medio del Egipto de su tiempo, se ciñó la corona de la castidad; y los tres jóvenes de Babilonia, en medio del palacio y ante mesas sibaríticas, alcanzaron la cumbre de la filosofía. Lo mismo Moisés en Egipto y Pablo en el mundo entero. Para ninguno de éstos hubo obstáculo alguno que los detuviera en su carrera de

---

[25] San Juan Crisóstomo había sin duda leído la *Vida de San Antonio*, compuesta por San Atanasio.

la virtud.

Considerando nosotros todo esto, desechemos todos esos pretextos y excusas y abracémonos con los trabajos y sudores de la virtud. Así nos atraeremos la mayor benevolencia divina, Dios mismo tomará parte en nuestros combates y alcanzaremos la corona eterna. Que así sea para todos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 9

Entonces Herodes, viendo que había sido burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños de Belén y de todos sus contornos de dos años abajo, conforme al tiempo que los magos le habían precisado (Mt 2,16ss).

LA MALDAD DE HERODES

En verdad, no era momento de irritarse, sino de temer y reflexionar y ver que se abalanzaba a cosas imposibles. Pero Herodes no se contiene. Porque, cuando el alma está ciega y su maldad es ya incurable, no cede a ninguno de los remedios que Dios le procura. Mirad, si no, a Herodes cómo se obstina en sus primeros intentos, añadiendo crímenes a crímenes y precipitándose a todo trance despeñadero abajo. Como poseído del demonio de la ira y de la envidia, no tiene cuenta con nada, se enfurece contra la naturaleza misma, y la rabia que le domina contra los magos, que le han burlado, la desata contra los niños, que no tienen culpa alguna, con lo que renueva en Palestina la tragedia que en otro tiempo se desarrolló en Egipto[26]. *Mandó matar* —dice el evangelista — *a todos los niños de Belén de todos sus contornos de dos años abajo, conforme al tiempo que había precisado de los magos*.

¿FUÉ UNA INIQUIDAD DE PARTE DE DIOS LA MUERTE DE LOS INOCENTES?

Atendedme ahora, os ruego, con cuidado. Muchas son, en efecto, las necedades que muchos dicen sobre estos niños, acu-

[26] Alusión a la orden del Faraón de matar a todos los niños varones nacidos de madre hebrea (Ex 1,15-22).

sando de iniquidad este hecho. Los más moderados dudan sobre ello: otros, más audaces, se entregan a un verdadero delirio. Para librar, pues, a unos de su locura y a otros de su duda, permitidme que por unos momentos os hable de este punto. En verdad, si acusan a Dios de haber permitido que fueran asesinados estos niños, tendrán también que acusarle de la muerte de los soldados que guardaban a Pedro en la cárcel (cf. Hechos 12,19). Y es así que aquí, por haber huido un niño, son otros niños pasados a cuchillo en lugar del que se buscaba; y allí, por haber el ángel librado a Pedro de la cárcel y de las cadenas, otro Herodes, del mismo nombre y costumbres que este tirano, al buscarle y no hallarle, mandó matar en su lugar a los soldados que le custodiaban. — ¿Y qué tiene que ver —me diréis— lo uno con lo otro? Porque esto no resuelve, sino que agrava el problema. — También sé yo que no lo resuelve; pero lo junto todo porque a todo quiero dar la misma solución. ¿Qué solución admiten estos casos? ¿Qué explicación razonable podemos dar? La solución y explicación es que Cristo no tuvo la culpa de la muerte de los inocentes; la culpa fue de la crueldad del rey; como tampoco la tuvo Pedro de la ejecución de los soldados, sino la insensatez del otro Herodes. Si éste hubiera visto la pared horadada o forzadas las puertas, hubiera tenido razón en acusar de negligentes a los guardianes del apóstol; pero no, todo estaba en orden: las puertas, cerradas, y las cadenas, en las manos de los guardianes (pues estaban atados junto con el preso). De ahí podía haber deducido, de haber juzgado discretamente los hechos, que lo allí ocurrido no venia de poder ni de astucia humana, sino de alguna fuerza divina y maravillosa. Adorar debía al que había hecho aquello y no mandar ejecutar a pobres soldados. Porque Dios de tal manera hizo lo que hizo, que no sólo no traicionaba a los soldados, sino más bien hubiera conducido al rey como de la mano hacia la verdad. Ahora bien, si aquél se mostró ciego, ¿qué motivo hay de recriminar al que es médico sabio de las almas y todo lo dispone para curar el desorden del enfermo? Lo mismo cabe decir en el caso presente. ¿Por qué te irritas, Herodes, al ser engañado por los magos? ¿No caes en la cuenta que aquel nacimiento fue divino? ¿No llamaste tú a los príncipes de los sacerdotes? ¿No reuniste tú a los escribas? Todos estos que tú llamaste, ¿no se trajeron consigo a tu tribunal al profeta que había predicho todo esto? ¿No ves cómo lo antiguo concuerda con lo moderno? ¿No

oyes cómo una estrella se ha puesto al servicio de todo esto? ¿No sentiste tú mismo respeto del fervor de los magos y admiraste su franqueza? ¿No te estremeciste de la verdad del profeta? ¿Cómo no comprendiste por lo pasado lo presente? ¿Cómo no dedujiste tú mismo de todos estos hechos que lo sucedido no venía de embuste de los magos, sino de un poder divino que todo lo dirigía a fin conveniente? Pero si, en fin, fueron los magos los que te engañaron, ¿qué tenían que ver con ello unos niños inocentes?

LA INJUSTICIA NO DAÑA AL QUE LA SUFRE, SINO AL QUE LA HACE

— ¡Muy bien! —me diréis—. Herodes no tiene excusa posible; Herodes era un sanguinario; pero con eso no has resuelto la dificultad de la injusticia de lo que hizo. Porque si él obró inicuamente, ¿por qué se lo permitió el Señor? — ¿Qué puedo decir a esto? Lo que no me canso de decir lo mismo en la iglesia que en pública plaza y en todas partes; lo mismo que quiero observéis vosotros atentamente, pues es como una regla que se aplica a cualquier dificultad semejante. ¿Qué regla es ésta, qué explicación os doy? Hela aquí: los que dañan pueden ser muchos, pero ni uno el que lo sufre. No quiero teneros suspensos con mi enigma: he aquí inmediatamente la solución. Todo lo que injustamente padecemos de quienquiera que sea, Dios nos lo computa o para expiación de los pecados o para acrecentamiento de nuestro galardón. Para que os resulte más claro lo que os digo, pongamos un ejemplo. Supongamos un esclavo que debe grandes cantidades de dinero a su señor. Vienen unos desalmados y atacan al criado y le quitan parte de lo que tiene. El señor, que podía haber alejado al ladrón y al avaro, no lo hace ni restituye al esclavo lo que le han robado, pero se lo descuenta de lo que debe. ¿Qué daño, decidme, ha sufrido el esclavo? ¡Ninguno! ¿Y qué diremos si encima le da el señor más de lo que le quitaron? ¿No es así que habrá salido ganando? ¡Evidentemente! Pensemos, pues, nosotros eso en todo lo que padezcamos. Pues que en lo que padecemos, o expiamos nuestros pecados o, caso que no los tengamos, nos ganarnos más brillantes coronas; oye cómo lo dice Pablo en el caso del incestuoso corintio: *Entregad a ese tal a Satanás para que perezca su carne y se salve su espíritu* (1 Cor 5,5). ¿Y qué tiene que ver un caso con otro?, me diréis. Aquí tratábamos de las injusticias y

daños que sufrimos de parte de otros, no de las correcciones que nos imponen nuestros maestros. No hay diferencia alguna en los dos casos, pues la cuestión era si el sufrir supone daño para el que sufre. Sin embargo, para llevar más cerca de la cuestión mi razonamiento, acordaos de David, que, cuando Semeí le acometía, le insultaba en su desgracia y le cubría de improperios, no consintió que sus generales le quitaran la vida, diciéndoles: *Dejadle que me maldiga, para que vea el Señor mi humildad y me dé bienes a cambio de esta maldición en este día*[27]. Y, cantando en los Salmos, dice: *Mira cómo se han multiplicado mis enemigos y que me odian con odio injusto y perdona todos mis pecados* (Salmo 24,18-19). Y si Lázaro gozó de refrigerio, fue porque en esta vida había sufrido males sin cuento. No sufren, pues, daño aquellos a quienes se les hace, con tal que lo sufran todo generosamente, sino que ganan más, ya sean directamente heridos por Dios, ya se valga del diablo para azotarlos.

—Pero ¿qué pecado —me diréis— tenían que expiar aquellos pobres niños? De quienes hubieran muerto en avanzada edad y cargados de pecados, todavía cabría dar esa explicación; pero quienes tan prematuramente llegaron a su fin, ¿qué pecados podían expiar por sus sufrimientos? — ¿No me has oído decir antes que, si no hay pecados que expiar, el sufrir aquí nos acrecienta la recompensa allí? ¿Qué daño, pues, sufrieron los niños que fueron asesinados por al motivo, si llegaron rápidamente al puerto sin tormentas? —El daño —me replicáis— de perder los muchos y grandes merecimientos que viviendo se hubieran ganado. —Pero no es pequeño el galardón que se les reservó por haber muerto por el motivo que murieron. Por lo demás, si aquellos niños hubieran estado destinados a ser grandes hombres, no hubiera Dios permitido que se los arrebatara tan tempranamente. Porque, si soporta con tanta magnanimidad aun a los que pasan o han de pasar su vida entera en la maldad, con mayor razón no hubiera dejado que éstos perecieran así, de haber Dios previsto que habían de realizar grandes cosas en su vida.

EL CASTIGO DE HERODES, CONTADO POR JOSEFO

Tales son las razones que nosotros podemos dar, pero no son

[27] (2 Reyes 16,11-12)

todas las que pueden darse. Otras hay más ocultas, que sólo conoce exactamente aquel que todo esto dispuso. Dejando, pues, para Dios la última comprensión de las cosas, atengámonos nosotros a lo que sigue y en las desgracias de los otros aprendamos a soportarlo todo generosamente. No fue, en efecto, pequeña la tragedia que entonces se desarrolló en Belén: unos niños arrancados a los pechos de sus madres y llevados a tan inicua matanza. Pero, si aún te sientes pusilánime y no eres capaz de esta filosofía, sabe el fin que tuvo el que cometió este crimen, y así respira por un momento. Muy rápidamente, en efecto, le alcanzó la justicia divina y pagó la pena debida a tan horrible atrocidad, muriendo con dura muerte, más miserable que su mismo crimen, y sufriendo otros infinitos males. De todo podéis enteraron leyendo el relato del historiador Josefo. Nosotros, por no alargar nuestro discurso y por no romper el hilo de lo que vamos diciendo, no hemos creído necesario intercalarlo aquí.

LA PROFECÍA DE JEREMÍAS

Entonces se cumplió lo que fue dicho por boca del profeta Jeremías, diciendo: Voz se ha oído en Ramá, lamento y llanto y gemido. Raquel que llora a sus hijos y no quiere consolarse, porque ya no son (Jer 31,15). Había el evangelista llenado de horror al oyente contándole aquella matanza tan violenta, tan injusta, tan cruelísima, tan inicua, y ahora trata de consolarle diciendo que todo aquello no había sucedido porque Dios no hubiera podido impedirlo ni por no saberlo Él. Lo sabía, lo había previsto y de antemano lo había anunciado por boca del profeta. No os turbéis, por tanto, no os desalentéis; mirad su oculta providencia, que resplandece lo mismo por lo que Él hace que por lo que permite. Lo mismo nos da a entender el Señor mismo en otro paso, conversando con sus discípulos. Les hablaba, y de antemano les anunciaba los tribunales, los suplicios de muerte, la guerra que les haría la tierra toda, la batalla sin tregua que les esperaba; pero a la vez, levantando y consolando su alma, les decía: *¿No es así que dos pajarillos se venden por un as y, sin embargo, no cae uno de ellos a tierra sin el permiso de vuestro Padre, que está en los cielos?* (Mt 10,29) Y esto les decía para mostrarles que nada sucede sin que Él lo sepa. Todo lo sabe, si

bien no todo lo obra[28]. No os turbéis, pues, ni os desalentéis. Porque quien sabe todo lo que sufrís y lo puede impedir, si no lo impide, es evidente que por providencia y cuidado que tiene de vosotros no lo impide. Esto hemos de pensar nosotros en todas nuestras tentaciones, y ese pensamiento nos procurará gran consuelo.

Pero ¿qué tiene que ver —objetará tal vez alguno— Raquel con Belén? *Raquel* —dice el texto— *que llora a sus hijos*. ¿Qué tiene que ver Ramá con Raquel? Raquel fue madre de Benjamín, y cuando murió la enterraron en el hipódromo cercano a Belén[29]. Como el sepulcro, pues, estaba cercano y la heredad pertenecía a su hijo Benjamín; porque Ramá era de la tribu de Benjamín; por el cabeza de la tribu y por el lugar del sepulcro, pudo razonablemente llamar hijos de Raquel a los niños degollados en Belén. Luego, dando a entender que lo sucedido había abierto en ella una herida incurable y cruel, añade: *Y no quiere consolarse, porque ya no viven*. Por donde nuevamente se nos enseña lo que antes decíamos, a saber, que jamás nos turbemos cuando los acontecimientos parecen contrarios a la promesa de Dios. Mirad, si no, qué comienzo tuvo Aquel que vino para salvar a su pueblo, y no sólo a su pueblo, sino al mundo universo: su madre huye al destierro, su patria está envuelta en males sin remedio, se comete la más atroz de todas las matanzas, llantos, lamentos, gemidos por todas partes. Pero no os turbéis. Dios tiene por costumbre llevar a cabo los designios de su providencia por medios contradictorios, dando así la prueba más grande de su poder. Así educaba Él a sus discípulos, así los preparaba para superarlo todo: disponiendo lo contrario por lo contrario para que resulte mayor el prodigio. Así ellos, en efecto, azotados, perseguidos, sufriendo calamidades infinitas, vencieron a los mismos que los azotaban y perseguían.

LA VUELTA DE EGIPTO: ARQUELAO

Muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor se apareció a José en sueños, diciéndole: Levántate y toma al niño y a su madre

---

[28] No obra el mal ni las desgracias, sino que sólo los permite. ¡Misterio, sin embargo!

[29] Cf. Gén 39, 19-20. Los LXX dicen: Murió Raquel y fue enterrada en el camino de Ephratha (ésta es Betheleem)". Tal vez en la época de los Diádocos se construyó allí cerca un hipódromo.

y marcha a la tierra de Israel. Ya no le dice "huye", sino *marcha*. Mirad cómo tras la prueba viene la calma, y tras la calma otra vez el peligro. Se le levantó, cierto, el destierro, pudo volver a su patria, vio muerto al que asesinó a los niños; pero, apenas entrado en su tierra, aún halló reliquias de los peligros pasados, pues vivía y reinaba el hijo del tirano. ¿Y cómo es que Arquelao reinaba en Judea, si Poncio Pilato era gobernador romano? [30] La razón es que la muerte de Herodes era aun reciente y todavía no se había dividido el reino en muchas partes. Como hacía poco de la muerte del padre, el hijo ocupó por entonces el reino en lugar de Herodes su padre. Y es de notar que otro hermano suyo llevaba el mismo nombre de Herodes, por lo que dice el evangelista: *En lugar de Herodes, su padre.*

—Pero si José —me diréis— temía entrar en Judea por motivo Arquelao, también hubiera tenido que temer entrar en Galilea por razón de Herodes. —Sí, pero el cambio de lugar dejaba ya en la sombra el asunto del niño, pues todo el ímpetu de Herodes se había dirigido contra Belén y sus contornos. Cumplida, pues, la matanza de niños, pudo pensar Arquelao que todo había terminado y que entre tantos muertos había caído también el que se buscaba. Por otra parte, Arquelao había visto cómo murió su padre, y esto le hizo más cauto para no proseguir adelante ni obstinarse en su iniquidad.

CONCORDIA ENTRE MATEO Y LUCAS

Vuelve, pues, José a Nazaret, lo uno para huir del peligro, lo otro por amor natural a su tierra natal. Y para mayor confianza, recibe sobre ello un oráculo del ángel. Sin embargo, Lucas no dice que hubieran vuelto a Nazaret en virtud de un oráculo, sino que, cumplido todo lo tocante a la purificación de la Virgen, se volvieron sin más a Nazaret. ¿Qué decir, pues, a eso? Hay que decir que Lucas habla aquí del tiempo anterior a la huida a Egipto. En efecto, él no hubiera podido llevarlos allá antes de la purificación, dejando sin cumplir un punto de la Ley, sino que esperó que se purificara la madre y volvieran a Nazaret y de allí marcharan a Egipto. Luego, después de aquella primera venida, es cuando el ángel les da

---

[30] Aquí se equivoca San Juan Crisóstomo. Arquelao fue rey del 1-10 después de Cristo (o del 4, antes al 6, después de Cr.), y Pilatos fue procurador del 26-36 después de Cr. (Baur).

orden de volver; pues antes de esto no fueron allí en virtud de oráculo alguno, sino espontáneamente, por el natural amor a la propia tierra. Y es que, como el motivo de la subida a Belén no había sido otro que el empadronamiento y no tenían allí dónde alojarse, cumplido el fin de su viaje, se volvieron a Nazaret. He ahí la razón por qué luego el ángel los tranquiliza y los vuelve a su casa, y eso no sin motivo, sino por razón también de una profecía: *Para que se cumpliera* —dice el evangelista— *lo que habían dicho los profetas: Será llamado nazareno* (Cf. Mt 1,22-23; Is 11,1).

POR QUÉ SE LLAMA NAZARENO A JESÚS

Pero ¿qué profeta dijo eso? No lo inquieras curiosamente, no pierdas el tiempo en averiguarlo. Porque muchos libros de los profetas han desaparecido, como puede verse por la historia de los *Paralipómenos* (Par 34,14ss), y es que los judíos eran negligentes y continuamente caían en la idolatría; de ahí que unos libros dejaron que se perdieran, otros los hicieron pedazos ellos mismos. Lo uno lo cuenta Jeremías (36,19), lo otro el autor del libro cuarto de los Reyes, diciendo que después de mucho tiempo se encontró con mucho trabajo el libro del Deuteronomio, que había estado allá enterrado y desaparecido (4 Reyes 22,8). Ahora bien, si cuando el extranjero no había aún ocupado su país, abandonaron los libros sagrados, mucho más después de la invasión extranjera. Pues, por haberlo predicho los profetas, los apóstoles llaman con frecuencia nazareno a Jesús. —Pero esto —me diréis—, ¿no oscureció la profecía sobre Belén? —De ninguna manera. Ese nombre de nazareno más bien movía y despertaba a buscar la verdad sobre Jesús. Por lo menos Natanael por ahí viene a preguntar sobre Jesús cuando dice: *¿Puede salir nada bueno de Nazaret?* (Juan 1,46). Y es que el lugarejo era menospreciado, y no sólo él, sino toda la tierra de Galilea. De ahí que dijeran los fariseos: *Pregunta y verás que jamás se ha levantado de Galilea un profeta* (Juan 7,52).

Sin embargo, Jesús no se avergüenza de ser tenido por galileo, demostrando que de nada humano tiene necesidad, y se escoge de Galilea sus discípulos. Así, por todas partes cierra el camino a los pretextos de los tibios y nos muestra que, con tal que practiquemos la virtud, de nada externo habemos menester. De ahí que tampoco se escoge una casa: *El Hijo del hombre* —dice el mismo— *no tiene dónde reclinar su cabeza* (Lc 9,58); y cuando He-

rodes atenta contra su vida, huye; y cuando nace, es puesto y reclinado en un pesebre, y habita en un establo, y toma una madre pobre. De este modo nos enseña que nada de eso tengamos por vergonzoso, que desde el principio pisoteemos la vanagloria humana y que sólo estimemos la virtud.

DESPRECIO DE LA VANIDAD HUMANA

¿A qué fin te enorgulleces de tu patria —viene a decirnos el Señor—, cuando yo te mando que te tengas por extranjero de toda la tierra y cuando tú puedes llegar a ser tal, que *todo el mundo no sea digno de ti*? (Hebr 11,38). Todas estas cosas son tan despreciables, que hasta los filósofos paganos consideran que no tienen ningún valor, las llaman cosas externas y les conceden el último lugar. —Sin embargo —me objetará alguno—, Pablo tiene en cuenta esas cosas, cuando, hablando de sus compatriotas, los llama *amados de Dios según la elección a causa de sus padres* (Rom 11,28). —Sí, pero dime cuándo y sobre quiénes y a quiénes habla así. Habla ahí el Apóstol con los venidos de las naciones, que se gloriaban de su fe y ultrajaban a los judíos, con lo que aún los alejaban más. Quiere, pues, reprimir la hinchazón de los unos y atraerse a los otros, excitándolos a la misma imitación. Y así, cuando habla de aquellos nobles y grandes varones, oye lo que dice: *Ahora bien, los que así hablan, ponen de manifiesto que buscan una patria; y, si se hubieran acordado de aquella de donde salieron, hubieran tenido tiempo de volver a ella; pero lo cierto es que aspiran a otra mejor* (Hebr 11,14-16). Y nuevamente: *Según la fe murieron todos éstos, sin haber recibido el cumplimiento de las promesas, sino viéndolo y saludándolo desde lejos* (Hebr 11,13). Juan, por su parte, decía a los que se acercaban a él: *No andéis diciendo: Tenemos por padre a Abrahán* (Lc 3,8). Y Pablo otra vez: *No todos los que vienen de Israel, ésos son Israel; ni los hijos de la carne, ésos son hijos de Dios* (Rom 9,6). Y, en efecto, ¿de qué les valió a los hijos de Samuel la nobleza de su padre, si no se hicieron herederos de su virtud? ¿Qué ganaron los de Moisés, si no imitaron la perfección de su padre? De ahí que tampoco heredaron su poder supremo. Ellos le llamaban su padre; pero la dirección del pueblo pasó a otro, que por su virtud era el verdadero hijo de Moisés. ¿Qué daño recibió Timoteo que su padre fuera pagano? Al contrario, ¿qué ganó el hijo de Noé de la virtud de su padre, pues

de libre se hizo esclavo? ¿Veis cómo no basta a los hijos la virtud de su padre para protegerse con ella? La perversidad de su voluntad venció en Cam las leyes de la naturaleza, y no sólo le privó de la nobleza de su progenitor, sino de su propia libertad. ¿Y no fue también Esaú hijo de Isaac y tenía a su favor a su padre? Y era así que, por una parte, el padre tenía empeño y deseaba hacerlo a él heredero de sus bendiciones, y el mismo Esaú, por otra, hizo cuanto se le mandó para conseguirlas. Mas, como era un hombre siniestro, nada de todo eso les valió. Era el primogénito, tenía en todo a su padre de su parte; pero como no tenía a Dios consigo, perdió todos sus privilegios. Pero ¿qué digo los hombres? Hijos de Dios vinieron a ser los judíos, y ningún provecho sacaron de tanta nobleza. Pues, si quien viene a ser hijo de Dios, como no dé muestras de una virtud digna de esta nobleza, es más gravemente castigado, ¿a qué me vienes alardeando de los blasones de tus padres y tus abuelos?

Esta doctrina no tiene sólo aplicación en el Antiguo Testamento, sino que nos la confirma también el Nuevo: *Cuantos le recibieron* —dice el evangelista—, *les dio poder de llegar a ser hijos de Dios* (Juan 1,12). Y, sin embargo, a muchos de estos hijos, Pablo afirma que de nada ha de aprovecharles el tener a Dios por Padre: *Si os circuncidáis* —dice—, *Cristo no os aprovechará de nada*. Pues si Cristo no ha de aprovechar de nada a quienes no quieren atender a sí mismos, ¿es que los podrá proteger un hombre? No nos enorgullezcamos, por tanto, ni de nuestra nobleza ni de nuestra riqueza; menospreciemos más bien a quienes así sienten. No nos desalentemos en la pobreza; busquemos, antes bien, la riqueza de las buenas obras. Huyamos aquella pobreza que nos conduce a la maldad, aquella por la que el rico comilón era pobre, aquella por la que no pudo ser dueño de una gota de agua, no obstante las instancias con que la pedía (Lc 16,19ss). ¿Quién de vosotros será tan pobre que no tenga unas gotas de agua para beber? Nadie seguramente. Aun a los que se mueren de hambre, no les faltan unas gotas de agua. Y no tienen sólo agua los pobres, sino muchos otros modos de alivio. Pero el rico del evangelio no sólo estaba pobre hasta el extremo de no obtener una gota de agua, sino de serle imposible todo otro alivio a su pobreza. ¿A qué correr, pues, boquiabiertos tras riquezas que no nos introducen en el cielo? Porque dime por favor: si un rey de la tierra pregonara que en su palacio no podría tener favor rico alguno, ¿no es así que todos, de

puro desprecio, tiraríais vuestro dinero? Ahora bien, un dinero que nos privara de los honores en los palacios de aquí abajo, lo tiraríamos con desprecio; y cuando el rey de los cielos nos grita y dice a cada momento cuán difícil es entrar en los pórticos sagrados cargados de riquezas[31], ¿no las arrojaremos todas, no nos desprenderemos de lo que tenemos, a fin de entrar con toda confianza en el reino de los cielos?

EL DINERO, CAUSA DE INFINITOS MALES

¿Qué perdón merecemos cuando de tanta solicitud rodeamos a lo que nos cierra la entrada en el cielo, que no sólo lo guardamos en nuestras arcas, sino que lo enterramos en la tierra, cuando pudiéramos entregarlo a la guarda de los cielos? Realmente, ahora hacéis lo mismo que un labrador que tomara su buena semilla de trigo y, en vez de sembrarla en tierra fértil, la fuera a enterrar en una fosa, con lo que no sólo no gozaría del fruto, sino que perdería la siembra entera. ¿Y qué razón me dais cuando yo os reprocho todo esto? —No es poco consuelo —me decís— saber que lo tenemos seguro todo dentro de casa. —El consuelo estará más bien en ignorar que se tiene algo guardado en casa. Cierto que no tendrás que temer el hambre; pero semejante guarda te ha de traer por fuerza males peores que el hambre: muertes, guerras, insidias. Si el hambre llega a invadir al pueblo, éste, obligado por el vientre, invadirá tu casa con las armas en la mano. Es más: al enterrar el dinero, tú mismo atraes el hambre sobre las ciudades y abres para tu propia casa un abismo más espantoso que el del hambre. Yo no sé que nadie haya muerto rápidamente de hambre, pues hay muchos medios que se pueden hallar para remedio de esta necesidad; pero por el dinero, por la riqueza, por los afanes que uno y otra procuran, sí que puedo mostrarte muchos que han muerto, unos oculta, otros públicamente. Llenos están de tales ejemplos los caminos, llenos los tribunales, llenas las públicas plazas. Pero ¿qué digo caminos, tribunales y plazas? El mismo mar puedes ver cómo está rebosante de cadáveres. Porque esta tiranía no ejerce sólo su poder sobre la tierra, sino que ha invadido con suma locura

[31] Mc 10,23: *¡Qué difícilmente entrará en el reino de Dios los que tienen dinero!* Pero Jesús mismo da la solución: *Lo que es imposible para los hombres*, por ejemplo, que un camello pase por el ojo de una aguja, *es posible para Dios. Porque para Dios todo es posible.*

el piélago mismo del mar. El uno navega por amor del dinero; el otro, por amor del dinero es degollado; y la misma tiranía hizo al uno navegante y al otro asesino. ¿Qué cosa, pues, más traidora que el dinero, cuando por él viajas y peligras y eres degollado? *Pero ¿quién se compadecerá del encantador a quien muerde la serpiente?* (Eclto. 12,13), dice la Escritura. Porque si sabíamos su cruel tiranía, debíamos haber huido su servidumbre y destruir su amor en nosotros.

CÓMO VENCER EL AMOR AL DINERO

— ¿Cómo es posible esto? —me diréis—. —Metiendo en vuestro corazón otro amor distinto: el amor de los cielos. El que aspira a la realeza, menosprecia la avaricia. El que es siervo de Cristo, no es esclavo, sino señor del dinero. La riqueza suele seguir a quien la huye y huir de quien la sigue; no honra tanto al que la busca cuanto al que la desprecia; de nadie se ríe tanto como de quien mucho la codicia; y no sólo se ríe, sino le ciñe de cadenas infinitas. Rompamos, pues, aunque sea tarde, esa atadura. ¿Por qué esclavizas tu alma racional de la materia irracional, madre que es de tantos males? Pero ¡oh ridiculez! Nosotros combatimos contra la riqueza con palabras, mas ella nos hace la guerra con obras, y nos conduce a todas partes y lleva de acá para allá como a esclavos comprados en el mercado, y nos deshonra a puros azotes. ¿Puede haber nada más vergonzoso, puede haber mayor deshonor? Porque, si no vencemos la materia sensible, ¿cómo venceremos a las potencias incorpóreas? Si no despreciamos una vil materia, unas piedras rastreras, ¿cómo someteremos a los principados y potestades? Si el brillo de la plata nos deslumbra, ¿cómo pasaremos de largo ante la belleza de un rostro? ¿Cómo practicaremos la castidad? Porque hay algunos tan en cuerpo y alma entregados a esta tiranía, que a la sola vista del oro se sienten conmovidos y hasta bromean diciendo que el brillo de una moneda hace bien a los ojos. Pero no, hombre, no bromees con eso; porque nada hay que así dañe a los ojos, a los del cuerpo y a los del alma, como la codicia del dinero. Este duro amor fue el que apagó las lámparas de las vírgenes fatuas y las excluyó de la cámara nupcial. Esta vista que tú dices hace bien a los ojos no le dejó al infeliz Judas oír la voz del Señor, sino que le echó la cuerda al cuello, le hizo reventar por medio y le precipitó por remate en el

infierno. ¿Qué vista, pues, habrá más inicua que ésa, qué habrá de más espantoso? No hablo de la materia misma de la moneda, sino de su amor intempestivo y frenético. Ese amor chorrea sangre humana, tiene mirada criminal, es más fiero que cualquier fiera, desgarra a los que apresa, y lo más grave es que no deja que se sientan sus desgarraduras. Porque los que tales males padecen, debieran tender las manos a los demás y pedirles auxilio; pero ellos se sienten muy satisfechos de recibir tales dentelladas de la fiera. ¿Puede haber nada más lastimoso?

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS DE LA AVARICIA

Considerando todas estas cosas, huyamos esta enfermedad incurable, tratemos de curar las mordeduras que hemos recibido, alejémonos de semejante peste, a fin de llevar una vida segura y tranquila y alcanzar los tesoros venideros. Ojala todos los alcancemos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 10

En aquellos días vino Juan, el Bautista, predicando en el desierto de Judea y diciendo: Arrepentíos, porque está cerca el reino de Dios (Mt 3,1ss).

QUÉ SIGNIFICA LA EXPRESIÓN "EN AQUELLOS DÍAS"

— ¿En qué días aquellos? Porque Juan no aparece cuando Jesús era niño y volvió a Nazaret, sino después de treinta años, como atestigua Lucas. ¿Cómo dice, pues, Mateo: *En aquellos días*? —Es costumbre constante de la Escritura usar este giro no sólo cuando cuenta lo que acontece en tiempos sucesivos, sino lo que está separado por intervalo de muchos años. Así por ejemplo, estando Jesús sentado sobre el monte de los Olivos, se le acercaron sus discípulos a preguntarle sobre el tiempo de su advenimiento y la ruina de Jerusalén. Bien sabéis el intervalo que hay entre uno y otro acontecimiento. Pues bien, habiéndoles hablado de la ruina de la ciudad y no teniendo más que decirles sobre ello, pasa al tema de la consumación del mundo con esta

expresión: *Entonces sucederá también esto*. La palabra "entonces" no une un tiempo con otro, sino aquí indica sólo aquel en que había de suceder lo que Cristo predijo. Lo mismo hace aquí el evangelista al decir: *En aquellos días*. No quiere con ello indicar los días que siguieron a lo ya narrado, sino aquellos sencillamente en que iba a suceder lo que ahora se dispone a contarnos.

POR QUÉ JESÚS SE BAUTIZA A LOS TREINTA AÑOS

—Pero ¿por qué razón —me diréis— fue Jesús a bautizarse a los treinta años? —La razón es porque después de este bautismo quería derogar la Ley. Por eso espera hasta esta edad, en que caben todos los pecados, y la cumple íntegra hasta entonces, no fuera que dijera alguno que la derogaba por no ser capaz de cumplirla. Y es que no todas las pasiones nos atacan a la misma edad. En la primera predomina la imprudencia y la timidez, en la siguiente nos acomete el ansia del placer, luego la codicia de las riquezas. Cuando Jesús, pues, hubo pasado por toda aquella edad con la más estricta observancia de la Ley, se presentó a ser bautizado, poniendo así la corona al cumplimiento de los otros preceptos legales. Para que éste fuera un acto de cumplimiento legal, oye cómo lo dice Él mismo: *Así nos conviene a nosotros cumplir toda justicia*. Que es como si dijera: "Hemos cumplido todas las prescripciones legales, no hemos traspasado mandato alguno. Sólo nos falta este del bautismo, añadámoslo a los otros y habremos así cumplido toda la justicia. "Justicia" llama aquí al cumplimiento de todos los preceptos legales. De aquí resulta evidente que tal es la razón para que fue Cristo a bautizarse.

POR QUÉ INSTITUYÓ JUAN SU BAUTISMO

Pero ¿por qué motivo se le ocurrió a Juan este bautismo? Porque el hijo de Zacarías no fue a bautizar por su propio impulso, sino porque Dios le movió a ello, Lucas nos lo pone de manifiesto cuando dice: *Palabra del Señor vino sobre él* (Lc 3,2). Es decir, mandamiento. Y el mismo Juan dice: *El que me envió a bautizar en agua, Él me dijo: Sobre quien vieres que baja el espíritu en forma de paloma, ése es el que bautiza en Espíritu Santo* (Jn 1,33). ¿Por qué razón, pues, fue Juan enviado a bautizar? Nuevamente es el mismo Juan Bautista quien nos lo pone de manifiesto, diciendo: *Yo no le conocía; mas para que Él fuera manifestado a Israel, he*

venido yo a bautizar en agua (Jn 1,31).

Mas, si ésta fue la única causa, ¿cómo dice Lucas: *Vino a la región del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados*? (Lc 3,3). Sin embargo, el bautismo de Juan no perdonaba los pecados. Éste era privilegio del bautismo que después había de darse, porque sólo *en éste fuimos sepultados juntamente con Cristo, sólo en éste fue concrucificado nuestro hombre viejo* (Rom 6,4.6). En ninguna parte aparece remisión de los pecados antes de la cruz; a su sangre se atribuye siempre esta gracia. Así, Pablo dice: *Pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, no por el bautismo de Juan, sino en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios* (1 Cor 6,11). Y en otra parte dice: *Juan predicó el bautismo de penitencia*. No dice de perdón. *Para que creyeran en el que venía después de él* (Hechos 19.4). Cuando aún no se había ofrecido el sacrificio, ni había descendido el Espíritu Santo, ni se había destruido el pecado, ni quitado la enemistad, ni anulado la maldición, ¿cómo podía darse remisión de los pecados?

QUÉ SIGNIFICA "PARA LA REMISIÓN DE LOS PECADOS"

¿Qué quiere, pues, decir: *Para la remisión de los pecados*? (Mc 1,4). Los judíos eran unos insensatos y jamás se daban cuenta de sus pecados, sino que, siendo reos de los más graves crímenes, se justificaban en todo a sí mismos. Que fue lo que señaladamente los perdió y apartó de la fe. Esto les echaba Pablo en cara cuando decía: *Ignorando la justicia de Dios y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios*. Y antes había dicho: *¿Qué decir, pues? Que las naciones que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia; Israel, sin embargo, que seguía la ley de la justicia, no llegó a la ley de la justicia. ¿Por qué? Porque no la siguió por la fe, sino por las obras* (Rom 10,3). Ahora bien, como ésta era la causa de todos los males, viene Juan, y su misión no es otra que obligarlos a pensar en sus propios pecados. Por lo menos, eso indicaba su figura misma, que era toda de arrepentimiento y confesión; eso también su predicación. Ninguna otra cosa, en efecto, decía sino: *Haced frutos dignos del arrepentimiento* (Lc 3,8). Como quiera, pues, que el no condenar sus propios pecados, como bien claro lo dijo Pablo, los hizo

alejarse de Cristo, y el reconocerlos lleva al hombre al deseo de buscar al Redentor y a desear el perdón; a prepararlos para eso vino Juan, a persuadirlos al arrepentimiento vino; no para que fueran castigados, sino para que, hechos más humildes por el arrepentimiento y condenándose a si mismos, corrieran a alcanzar el perdón. Mira, si no, con qué precisión lo dice el evangelista. Habiendo dicho: *Vino Juan predicando el bautismo en el desierto de la Judea*, añadió: *Para remisión de los pecados* (Mc 1,4). Como si Juan mismo nos dijera: "Yo los exhortaba a confesar y arrepentirse de sus pecados, no para que fueran condenados, sino para que, confesados y arrepentidos, alcanzaran más fácilmente el perdón. Porque, si no se hubieran condenado a sí mismos, no hubieran ni pedido siquiera la gracia del perdón, y, no buscando el perdón, tampoco lo hubieran alcanzado". En conclusión: este bautismo era una preparación del camino hacia Cristo. De ahí las palabras de Pablo: *Para que todos creyeran en el que venía después de él*; palabras en que, aparte la dicha, se da otra razón del bautismo de Juan.

EL BAUTISMO DE JUAN LLEVABA A CRISTO

No era efectivamente lo mismo andar de casa en casa llevando a Cristo de la mano y decir: "Creed en éste", que levantar aquella bienaventurada voz en presencia y a la vista de toda la muchedumbre y cumplir todo lo demás que Juan hizo por Él. Ésta es la causa para que Cristo acude al bautismo de Juan. Y era así que la reputación del Bautista y el motivo del rito arrastraba y llamaba a la ciudad entera hacia las orillas del Jordán, y allí se formaba un teatro inmenso. Por eso, cuando allá se presentan, Juan los reprende, les exhorta a no forjarse altas ilusiones sobre sí mismos; pues, de no arrepentirse, eran reos de los más graves crímenes; que dejen en paz a sus antepasados y no blasonen tanto de ellos, y reciban, en cambio, al que venía. En verdad, la vida de Cristo estaba por entonces como en la penumbra y hasta muchos se imaginaban que había muerto entre la matanza general de Belén. Porque, si es cierto que a los doce años tuvo una aparición, fue para quedar otra vez rápidamente en la sombra. Por eso necesitaba ahora de una brillante introducción en escena, de un comienzo más alto que el de su infancia. De ahí que Juan predica

ahora por vez primera lo que jamás habían oído los judíos ni de boca de sus profetas ni de otro alguno. Juan pregona con voz clara el reino de los cielos, y ya no se habla para nada de la tierra. Por reino de los cielos hay que entender el advenimiento de Cristo, tanto el primero como el segundo. — ¿A qué le vas con eso a los judíos, que ni te entienden lo que dices? Podría objetarle alguno. — Justamente les hablo así —contesta Juan— para que la misma obscuridad de mis palabras los despierte y vayan a buscar a quien yo les predico. Lo cierto es que de tal modo levantó las esperanzas de sus oyentes, que hasta los soldados y recaudadores le iban a preguntar qué tenían que hacer y cómo tenían que gobernar su vida. Señal que se desprendían ya de las cosas mundanas, que miraban otras más altas y que presentían lo que iba a venir. Todo, en efecto, lo que veían y oían, era para levantarlos a pensar altamente.

JUAN BAUTISTA Y LA PROFECÍA DE ISAÍAS

Considerad, si no, la impresión que había de producir contemplar a un hombre de treinta años que venía del desierto, hijo que era de un sumo sacerdote[32], que jamás necesitó de nada humano, que en todo su porte infundía respeto y que llevaba consigo al profeta Isaías. El profeta, en efecto, estaba también pregonando a voces: "Éste es el que yo dije que había de venir gritando, y que con clara voz había de predicarlo todo por el desierto". Y es así que era tal el empeño de los profetas por las cosas de nuestra salvación, que no se contentaron con anunciar con mucha anticipación al Señor que nos venía a salvar, sino al mismo que le había de servir; y no sólo le nombran a él, sino que señalan el lugar en que había de morar, la manera cómo al venir había de predicar y enseñar y el bien que de su predicación resultaría. Mirad, si no, cómo el profeta y el Bautista vienen a parar a los mismos pensamientos, aunque se valen de distintas palabras. El profeta había dicho que Juan vendría diciendo: *Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas* (Is 40,3). Y Juan, de hecho, venido, dijo: *Haced frutos dignos del arrepentimiento*. Lo que vale tanto como: *Preparad el camino del Señor*. ¿Veis cómo por lo que había dicho el profeta y

---

[32] Que Zacarías fuera sumo sacerdote, no se apoya en testimonios seguros (Baur).

por lo que él mismo predicó, resultaba evidente que Juan sólo vino para ir delante preparando el camino, pero no para dar la gracia, es decir, el perdón de los pecados? No, su misión era preparar de antemano las almas para que recibieran al Dios del universo. Lucas es aún más explícito, pues no se contentó con citar el comienzo de la profecía, sino que la transcribió íntegra: *Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado. Y lo torcido será camino recto, y lo áspero senda llana. Y verá toda carne la salvación de Dios* (Lc 3,5-6; Is 40, 4-5). Ya veis cómo el profeta lo dijo todo anticipadamente: el concurso del pueblo, el mejoramiento de las cosas, la facilidad de la predicación, la causa de todos esos acontecimientos, si bien todo lo puso figuradamente, pues ése es el estilo de la profecía. En efecto, cuando dice: *Todo barranco será terraplenado y todo monte y collado será abajado, y los caminos ásperos serán senda llana*, nos da a entender que los humildes serán exaltados, y los soberbios humillados, y la dificultad de la ley se cambiará en la facilidad de la fe. "Basta ya —viene a decir— de sudores y trabajos; gracia más bien y perdón de los pecados, que nos dará grande facilidad para nuestra salvación". Luego nos da la causa de todo esto, diciendo: *Y verá toda carne la salvación de Dios*. No ya no sólo los judíos y sus prosélitos, sino toda la tierra y el mar y toda la humana naturaleza. Porque por "lo torcido" el profeta quiso significar toda vida humana corrompida: recaudadores de impuestos, rameras, ladrones, magos; todos los cuales, extraviados antes, entraron luego por la senda derecha. El Señor mismo lo dijo: *Los publicanos y rameras se os adelantan en el reino de Dios* (Mt 21,31), porque creyeron. Lo mismo indicó el profeta por otras palabras, diciendo: *Entonces pacerán juntos lobos y corderos* (Is 65,25). Y, efectivamente, como en un pasaje por los barrancos y collados significa la diferencia de costumbres que había de fundirse en la igualdad de una sola filosofía; así, en éste, por estos contrarios animales, indica igualmente los varios caracteres de los hombres que habían de unirse en la armonía única de la religión. Y también aquí da la razón: *Porque habrá* —dice— *quien se levante a imperar sobre las naciones y en Él esperarán los pueblos* (Is 11,10). Lo mismo que había dicho antes: *Y verá toda carne la salvación de Dios*. Y en uno y otro pasaje se nos manifiesta que la virtud y conocimiento del Evangelio se extenderían hasta los últimos confines de la tierra, cambiando la fiereza y dureza de las costumbres del género humano en la mayor

mansedumbre y blandura.

LA FIGURA DE JUAN BAUTISTA, COMPARADA CON LOS ANTIGUOS FILÓSOFOS

Ahora bien, Juan llevaba un vestido de pelos de camello, y un cinturón de piel sobre sus lomos.

Ya veis cómo unas cosas las predijeron los profetas; pero otras las dejaron que las contaran los evangelistas. Así, Mateo, por una parte, cita las profecías, y por otra añade lo suyo por su cuenta. Y aquí no tuvo por cosa secundaria decirnos cómo vestía este santo.

Realmente, tenía que ser maravilloso y sorprendente contemplar tanta resistencia en un cuerpo humano, y esto era lo que más atraía a los judíos. Ellos veían en Juan al gran Elías, y lo que tenían entonces ante sus ojos les traía a la memoria a aquel santo de tiempos pretéritos y hasta les admiraba más éste que el otro. Porque Elías al cabo vivía en las ciudades y bajo techo; pero Juan desde la cuna se había pasado la vida entera en el desierto. Y es que, como precursor de quien tantas cosas antiguas venía a destruir: el trabajo, la maldición, la tristeza, el sudor, tenía que llevar en sí mismo algunas señales de este don divino y estar por encima de la maldición primera del paraíso. Así, Juan, ni aró la tierra, ni abrió surcos en ella, ni comió el pan con el sudor de su frente. La mesa la tenía siempre puesta; aun era más fácil que su mesa su vestido, y más que su vestido su casa, y es que no necesitaba ni de techo, ni de lecho, ni de mesa, ni de nada semejante, sino que llevaba, en carne humana, una especie de vida de ángel. Por ello llevaba también un manto de pelos, enseñando por sola su figura a apartarse de las cosas humanas y a no tener nada de común con la tierra, sino volver a aquella primera nobleza en que se hallara Adán antes que necesitara de mantos y vestidos. De esta manera, la figura misma de Juan era un símbolo del reino de Dios y de la penitencia. Y no me digas: ¿De dónde le vino a un morador del desierto aquel manto y ceñidor? Porque, si eso te ofrece dificultad, muchas otras cosas pueden igualmente ofrecértela: ¿Cómo pudo vivir en el desierto durante los inviernos y en la canícula, sobre todo con un cuerpo delicado y en tan temprana edad? ¿Cómo pudo resistir la carne de un niño tamaña variedad de temperaturas y un cambio tan absoluto de mesa y

todas las otras molestias de la vida del desierto?

¿Dónde están ahora los filósofos griegos, que sin razón ni motivo profesaron la desvergüenza cínica? ¿Qué razón, en efecto, había para encerrarse primero en un tonel y entregarse luego a las mayores impudencias?[33] ¿Dónde los otros que se rodeaban de anillos, copas, criados y criadas y de todo otro linaje de fausto, pasando de un extremo a otro? No así Juan. Él habitaba el desierto como si estuviera en el cielo, dando muestra de la más alta filosofía; y del desierto bajó, como un ángel del cielo, a las ciudades, atleta de la piedad, campeón de toda la tierra, filósofo de una filosofía digna del cielo. Y todo esto sucedía cuando aún no se había destruido el pecado, ni abolido la ley, ni encadenado la muerte, ni quebrantado las puertas de gonce, sino cuando aún regía la antigua manera de vida. Tal es un alma generosa y vigilante. Esa alma salta siempre delante y pasa más allá de la meta que se le señala. Tal hará Pablo ya en la nueva alianza.

POR QUÉ VA CEÑIDO JUAN

—Pero ¿por qué —me diréis— usaba Juan de ceñidor del vestido? —Esa era la costumbre de los antiguos antes de introducirse la moda blanda y afeminada actual. Así por lo menos aparece ceñido Pedro, e igualmente Pablo: *Al hombre* —dice el texto sagrado— *de quien es este ceñidor*... (Hechos 21,11) Así vestía Elías, así cada uno de aquellos antiguos santos, no sólo porque estaban en actividad continua, ya de camino, ya en otra cualquiera obra necesaria; sino también porque pisoteaban todo ornato de sus personas y se abrazaban con todo género de asperezas. Éste fue uno de los mayores motivos de la alabanza que Cristo tributó a Juan cuando dijo: *¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿A un hombre vestido de ropas delicadas? Los que llevan ropas delicadas moran en los palacios de los reyes* (Lc 7,25.

Pues si tan áspera vida llevaba Juan Bautista —él tan puro, más brillante que el cielo, el más grande de los profetas, el mayor de los nacidos de mujer—; si él, que tan grande confianza podía tener, hasta tal extremo despreciaba toda molicie y se abrazaba con una vida tan dura, ¿qué excusa tendremos nosotros, que, después de recibir tan grande beneficio, cargados como vamos de incontables

---

[33] Alusión al famoso tonel de Diógenes de Sínope, el más célebre de los filósofos cínicos.

pecados, no imitamos ni una mínima parte de su penitencia? ¡Nosotros, que andamos borrachos y empachados y oliendo a perfumes; que apenas si nos diferenciamos en cosa de esas mujeres perdidas del teatro; que por todas partes nos enmollecemos, y nos hacemos así presa fácil del demonio!

LA PREDICACIÓN DE JUAN BAUTISTA

Entonces salió hacia él toda la Judea y Jerusalén y toda la región del Jordán, y se hacían bautizar por él en el río, confesando sus pecados. ¿Ves la fuerza que tuvo el advenimiento del profeta, cómo levantó en vilo al pueblo entero, cómo les hizo pensar en sus pecados? En verdad, cosa de maravilla era ver a un simple hombre que tales muestras daba de sí, con qué libertad hablaba, cómo los dominaba a todos cual si fueran niños, qué gracia, en fin, irradiaba de su mismo rostro. Hubo también de contribuir a que impresionara tanto el que apareciera un profeta después de tanto tiempo. Faltaba, en efecto, entre ellos el carisma profético y volvía ahora después de siglos. La forma misma de su predicación era nueva y sorprendente. No oían de Juan lo que estaban acostumbrados a oír de los profetas: guerras, y batallas y victorias de acá abajo, hambres y pestes, babilonios y persas, toma de la ciudad y cosas por el estilo. Juan hablaba sólo de los cielos, y del reino de los cielos, y de los castigos del infierno. Por eso, no obstante hacer tan poco que habían sido pasados a cuchillo todos los que se habían retirado al desierto a las órdenes de Judas y Teudas, no es la gente menos diligente en acudir allí a la llamada de Juan. Bien es cierto que tampoco los llamaba con los mismos fines: la tiranía, la sedición y la revolución. Él quería sólo guiarlos hacia el reino de arriba. De ahí que tampoco los retenía consigo en el desierto: los bautizaba, les daba las enseñanzas de una divina sabiduría y los despedía. Y clave de su enseñanza era siempre despreciar las cosas de la tierra y levantarse y apresurarse en cada momento por las venideras.

EXHORTACIÓN A LA PENITENCIA. EL JUICIO ESTÁ CERCA

Imitemos también nosotros a Juan, apartémonos del libertinaje y de la embriaguez, convirtámonos a una vida recogida. He aquí venido el tiempo de la confesión o penitencia tanto para los

catecúmenos como para los bautizados; para los unos, a fin que por la penitencia se hagan dignos de los divinos misterios; para los otros, para que, lavadas las manchas contraídas después del bautismo, se acerquen con limpia conciencia a la mesa sagrada. Apartémonos, pues, de esa vida muelle y licenciosa. Porque no, no son compatibles la confesión y el libertinaje. Bien nos lo puede enseñar Juan con su vestido, con su alimento, con su vivienda. —Pues qué —me diréis—. ¿Es que nos mandas ese rigor de vida? —No os lo mando, sólo os lo aconsejo, sólo os exhorto a ello. Y si ello es para vosotros imposible, haced penitencia aun siguiendo en las ciudades. El último juicio está llamando a las puertas. Y, si está aún lejos, no por ello puede nadie estar confiado. El fin de la vida de cada uno equivale al fin del mundo para quien es llamado a dar cuenta a Dios. Pero que está realmente llamando a la puerta, oye a Pablo, que dice: *La noche ha pasado y el día está cercano* (Rom 13,12). Y otra vez: *El que ha de venir vendrá, y no tardará* (Hebr 10,37). Realmente los signos que han de llamar, como quien dice, a este día ya se han cumplido: *Se predicará* —dice el Señor— *este Evangelio del reino en todo el mundo para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin* (Mt 24,14).

Atended con cuidado a lo que dijo el Señor. No dijo: Cuando el Evangelio haya sido creído por todos los hombres, sino: *Cuando haya sido predicado en todo el mundo*. Por eso dijo también: *Para testimonio de las naciones*, con lo que nos da a entender que no ha de esperar, para venir, a que todos abracen la fe. *Para testimonio*, en efecto, vale tanto como para acusación, para prueba, para condenación de los que no hubieren creído.

DESPERTEMOS DEL SUEÑO DEL PECADO: CUÁL ES LA VERDADERA PENITENCIA

Pero nosotros, no obstante oír y ver estas cosas, seguimos durmiendo y viendo sueños, como cargados de embriaguez en la noche más profunda. Y es así que las cosas presentes, buenas o malas, no se diferencian nada de los sueños. Por eso, yo os exhorto a que os despertéis ya y levantéis los ojos al sol de justicia. Nadie que duerma puede contemplar al sol ni recrear sus ojos con la belleza de sus rayos. Todo lo que ve lo ve cómo entre sueños. Necesitamos, pues, de mucha penitencia y de muchas lágrimas, primero porque pecamos sin remordimiento; segundo, porque

nuestros pecados son tan grandes, que no merecerían perdón. Y que no miento, testigos muchos de los que me están oyendo. Sin embargo, aunque no merecerían perdón, arrepintámonos y seremos coronados. Y notad que llamo arrepentirse, no sólo al apartarse del mal pasado, sino —lo que es mejor— practicar en adelante el bien. *Haced* —dice Juan— *frutos dignos del arrepentimiento*. ¿Cómo los haremos? Practicando acciones contrarias a las del pecado. ¿Has robado lo ajeno? Da ahora hasta lo tuyo. ¿Has vivido largo tiempo deshonestamente? Abstente ahora, en determinados días, hasta de tu propia mujer. Practica la continencia. ¿Has insultado, has tal vez herido o golpeado a los que pasaban a tu lado? Bendice ahora a los que te insulten a ti, haz bien a los que te hieran. No basta para nuestra salud que nos arranquemos el dardo; hay que aplicar también a la herida los convenientes remedios. ¿Te has dado a la gula y a la embriaguez el tiempo pasado? Ayuna y bebe ahora agua. Atiende a extirpar el daño que de ahí te ha venido ¿Miraste con ojos intemperantes la belleza ajena? No mires ya en absoluto a mujer alguna, y así estarás más seguro. *Apártate de lo malo* —dice el profeta— *y haz el bien* (Salmo 36,27). Y otra vez: *Cese tu lengua en el mal y tus labios no pronuncien engaño* (Salmo 33,14). Pues dinos qué bien es ése: *Busca la paz y persíguela*; la paz, digo no sólo con los hombres, sino con Dios. Y dijo bien el salmista: *Persíguela*. Porque la paz ha sido arrojada, ha sido desterrada y, dejando la tierra, se ha marchado al cielo. De allí, sin embargo, podemos, si queremos, hacerla volver nuevamente. Basta que echemos de nosotros la soberbia y arrogancia y cuanto a la paz se opone y nos abracemos con la vida sobria y humilde. Nada hay peor que la ira y la audacia. Ésta es la que hace a los hombres a la vez soberbios y viles; por lo uno nos convierte en seres ridículos; por lo otro, en hombres odiosos. Son dos contrarios males los que lleva consigo: la altanería y la adulación. Mas, si nosotros cortamos todo exceso de la pasión, seremos humildes con perfección y elevados con seguridad, En nuestros cuerpos, de los excesos se originan las destemplanzas, y, cuando los elementos traspasan sus propios términos y llegan a la desmesura, vienen las enfermedades sin número y las muertes desastradas. Lo mismo es fácil ver que acontece en nuestras almas.

EXHORTACIÓN A LA ORACIÓN; PROVECHO DE LA TENTACIÓN

Cortemos, pues, toda desmesura y, bebiendo el saludable remedio de la moderación, permanezcamos en la conveniente templanza y démonos con todo fervor a la oración. Si no recibimos lo que pedimos, perseveremos hasta recibir; y, si recibimos, no nos apartemos después de recibir. No es que Dios quiera diferir sus dones, sino con la propia dilación nos enseña a perseverar a su lado. Si dilata oírnos y hasta permite muchas veces que seamos tentados, es porque quiere que nos refugiemos en él y, después de refugiados, no le abandonemos. Así hacen padres y madres, todo amor y ternura que son para con sus hijos: cuando los ven que se apartan de su lado para irse a jugar con los de su edad, hacen que sus esclavos les representen cosas de espanto, y así les obligan por el miedo a que se refugien en el seno materno. Así Dios nos amenaza muchas veces, no para cumplir sus amenazas, sino para atraernos a sí. Y luego, apenas hemos vuelto a Él, disipa todo nuestro miedo. Si fuéramos los mismos en las tentaciones que en tiempo de calma, ni necesidad había de tentación. Pero ¿qué digo nosotros? Los santos mismos sacaron de ellas grandes enseñanzas. De ahí que dijera el profeta: *Bueno es para mí que me hayas humillado* (Salmo 119,71). Y el Señor mismo decía a los apóstoles: *En el mundo tendréis tribulación* (Juan 16,33). Y Pablo da a entender lo mismo cuando dice: *Me fue dado un aguijón para mi carne, un ángel de Satanás, a fin que me abofetee* (2 Cor 12,7). De ahí que, aunque se lo suplicó el Señor, no logró verse libre de la tentación por el mucho provecho que de ella le venía. Si repasamos la vida entera de David, hallaremos que fue en los peligros donde más brilló él y todos los semejantes a él. Así, Job en la prueba fue donde más resplandeció; así José, así Jacob, así el padre de Jacob y su abuelo; y todos, en fin, cuantos alguna vez brillaron y se ciñeron espléndidas coronas, a la tribulación, a las tentaciones, se las debieron y en ellas fueron proclamados vencedores.

EXHORTACIÓN FINAL: ACEPTEMOS LO QUE DIOS NOS ENVÍA

Sabiendo muy bien todo esto, conforme a la palabra del Sabio: *No nos apresuremos en el tiempo de invasión* (Eclto 2,2), atengá-

monos a esta sola enseñanza: sufrirlo todo generosamente y no preocuparnos ni curiosamente inquirir sobre lo que nos acontece. Porque saber cuándo hayan de terminar nuestras tribulaciones, cosa es que pertenece a Dios, que permite que nos vengan; pero soportarlas con todo acción de gracias, toca ya a nuestro reconocimiento. Si así lo hacemos, se nos seguirán toda suerte de bienes. Pues, porque esos bienes se sigan y aumentemos acá nuestros merecimientos y sea allá más espléndida nuestra gloria, aceptemos cuanto el Señor nos envíe, dándole por todo gracias, pues Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y Él nos ama más ardientemente que nuestros padres. Repitiéndonos como una canción estos dos pensamientos en cada una de nuestras tribulaciones, reprimamos la tristeza y demos gloria a Aquel que todo lo hace y todo lo ordena para nuestro bien. De esta manera desharemos todas las asechanzas del enemigo y alcanzaremos las coronas inmarcesibles, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con el cual, en unión del Espíritu Santo, sea al Padre gloria y poder y honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 11

Y, viendo a muchos de los saduceos y fariseos que venían a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera? (Mt 3,7ss).

LA INCREDULIDAD DE LOS FARISEOS

¿Cómo dice, pues, Cristo que los fariseos no creyeron a Juan? Lo dice porque no recibir al que él había predicado no era creer en él. También, aparentemente, atendían a sus profetas y a su legislador, y, sin embargo, Cristo les echa en cara que realmente no les atendían, puesto que no recibían a Aquel a quien ellos habían profetizado. *Si creyerais* —les dice— *a Moisés, también hubierais creído en mí* (Jn 5,46). Además, cuando más adelante Cristo les preguntó: *¿De dónde es el bautismo de Juan?,* ellos decían: *Si respondemos que de la tierra, tememos al pueblo; si le decimos que del cielo, nos replicará: Entonces ¿cómo es que no creísteis en él?* (Mt 21,25-26). De todo lo cual resulta evidente que fariseos y saduceos creyeron, sí, y se bautizaron, pero no

permanecieron en la fe de la predicación de Juan. Juan Evangelista, por su parte, pone de manifiesto la maldad de los judíos por la embajada que enviaron al Bautista para preguntarle: *¿Eres tú Elías? ¿Eres tú el Cristo?* Por lo que añade: *Y los enviados eran fariseos* (Jn 1,21ss). ¿Pues qué? ¿No tenían de Juan esa misma idea las muchedumbres? Sí, la tenían; pero las muchedumbres lo creían sinceramente; pero los fariseos iban a cogerle. Porque como todo el mundo estaba de acuerdo en que el Mesías o Cristo había de venir de la aldea de donde era David, y Juan pertenecía a la tribu de Levi, le tendieron esa emboscada con su pregunta para echarse inmediatamente sobre él si respondía cualquier palabra equívoca. Por lo menos, así lo pone en evidencia lo que luego le dicen. Porque, no obstante no haberles respondido Juan nada de lo que ellos esperaban, insisten en su ataque, diciendo: *¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo o Mesías?*

LIBERTAD DE PALABRA DE JUAN BAUTISTA

Pero para que adviertas con qué diferentes intenciones se acercaron a Juan los fariseos y el pueblo, oye cómo Mateo mismo te lo declara. Porque, hablando del pueblo, dice que *se presentaban a él y se bautizaban, confesando sus pecados*; pero de los fariseos ya no dice nada de eso, sino que: *Viendo a muchos de los saduceos y fariseos que venían a él, les increpaba: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?* ¡Qué alma tan grande! ¡Cómo habla a hombres siempre sedientos de la sangre de los profetas y de sentimientos no mejores que de serpientes! ¡Con qué libertad los increpa a ellos y a los padres de ellos! —Sí, mucha libertad es ésa —me replicas—; mas lo que habría que averiguar es si esa libertad tiene rozón de ser. Porque no tenía Juan delante a pecadores, sino a convertidos. No había, pues, motivo de acusar, sino más bien de alabarlos y felicitarlos, pues, dejando la ciudad, habían cogido al desierto a oír su predicación. ¿Qué podemos responder a estos reparos? Pues que Juan no miraba a lo que de presente pasaba, sino que sabía, por revelación de Dios, los secretos de sus corazones. Como quiera, pues, que estaban ellos muy orgullosos de sus antepasados, y este orgullo había sido la causa de su perdición al llevarlos a una vida descuidada, Juan quiere cortar de raíz esa jactancia. Por la misma

razón, Isaías los llama *príncipes de Sodoma y pueblo de Gomorra* (Is 1,10). Y otro profeta dice: *¿No sois vosotros como los hijos de los etíopes?* (Am 9,7). Y todos tratan de apartarlos de esta idea, desinflando aquella hinchazón suya, que había sido causa de infinitos males. —Pero los profetas —me diréis— tenían razón en eso, pues los veían pecar. Pero ¿qué causa y motivo tiene aquí Juan, cuando ve que le obedecen? —Es que quiere hacerlos más blandos. Por lo demás, si se miden con cuidado sus palabras, se verá que todavía templó la reprensión con alabanza. Porque les hablaba de aquella manera, maravillado de que, siquiera tarde, habían podido lo que antes les parecía poco menos que imposible. Su reprensión, pues, es más bien deseo de atraérselos y que despierten a penitencia. Maravillado, en efecto, les pone delante no sólo su mucha maldad pasada, sino también su admirable y extraña conversión. ¿Cómo puede ser —parece decirles— que, siendo hijos de tales padres y habiéndose tan mal criado, hayan venido a hacer penitencia? ¿De dónde semejante transformación? ¿Quién pudo reblandecer la dureza de vuestras almas? ¿Quién fue capaz de curar lo incurable? Y mirad cómo desde el principio trata Juan de espantarlos, pues lo primero que les habla es del infierno. Porque no les dijo lo que estaban acostumbrados a escuchar: "¿Quién os ha enseñado a huir la guerra, los ataques de los extranjeros, la cautividad, la peste y el hambre?" No; otro fue el castigo que él les ponía delante —castigo que jamás se les había hablado claramente— cuando les decía: *¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que está por venir?*

POR QUÉ LOS LLAMA RAZA DE VÍBORAS

Y con razón los llamó raza de víboras. Porque este animal al nacer mata a su madre; pues, según dicen, sale a la luz perforando el vientre de ella. Exactamente como hacían los judíos, que fueron parricidas y matricidas y con sus propias manos asesinaron a sus maestros.

Pero Juan no se detiene en la reprensión, sino que añade también el consejo: *Haced* —les dice— *frutos que correspondan al arrepentimiento*. Porque no basta huir el mal, hay que practicar también infatigablemente el bien. Y no me aleguéis la contrariedad de vuestros hábitos para volver nuevamente a vuestra maldad tras unos momentos de compunción. Porque yo no he venido para lo

mismo para que vinieron los profetas pasados. Los tiempos han cambiado; y ahora hay que poner más alta la mira, el juez ha venido ya, el dueño mismo del reino de los cielos nos conduce a más alta sabiduría, nos convida al mismo cielo, y a las del cielo quiere atraernos. Por eso os hablo yo del infierno, pues bienes y males han de ser imperecederos. No os obstinéis, pues, en los mismos pecados, ni presentéis vuestras sabidas excusas de Abrahán, Isaac y Jacob, ni me vengáis con la nobleza de vuestros antepasados.

BASTA TENER POR PADRE A ABRAHÁN

Al hablar así, no trataba Juan de impedirles afirmar que realmente eran hijos de aquellos santos, sino que no pusieran en ello su confianza y se descuidaran de la virtud del alma. En ello también les ponía de manifiesto los secretos de su corazón y profetizaba lo que luego había de suceder. Efectivamente, más adelante vemos a esos mismos que baladronean: *Nosotros tenemos por padre a Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie* (Jn 8,33). Como esto era, pues, lo que más orgullosamente los exaltaba y los perdía, eso es lo que Juan trata, ante todo, de reprimir. Pero mirad cómo sabe unir la corrección de sus oyentes con el honor debido al patriarca. En efecto, habiendo dicho: *No vengáis diciendo: Tenemos por padre a Abrahán*, no añadió descubiertamente: "Porque de nada os podrá valer el patriarca", sino que lo dio a entender de modo más suave y menos hiriente, diciendo: *Porque puede Dios, de estas piedras, sacarle hijos a Abrahán*. Ahora bien, hay quienes opinan que alude aquí Juan a los gentiles, llamándolos metafóricamente piedras; pero yo veo también en esas palabras otro sentido. No penséis —viene a decirles— que, si vosotros perecéis, le vais a dejar sin hijos al patriarca. No, no es eso. Porque puede Dios darle hombres aun de las piedras y levantarlos a parentesco con él, puesto que ya lo hizo así, allá en el principio. Tanto vale, en efecto, que nazcan hombres de las piedras, como haber nacido Isaac del vientre duro de Sara. Es lo que dio a entender el profeta cuando dijo: *Mirad la dura roca que fuisteis cortados y la fosa profunda de donde fuisteis sacados; mirad a Abrahán, padre vuestro, y a Sara, que os dio a luz* (Is 51,1-2). Recordándoles, pues, Juan esta profecía, les demuestra que, pues al principio hizo Dios padre a Abrahán por tan maravillosa

manera como si le hubiera dado el hijo de una roca, posible le era también hacer entonces lo mismo. Y mirad cómo juntamente espanta y corrige. Porque no dijo que había Dios suscitado hijos a Abrahán —lo que pudiera llevarlos al desaliento—, sino que tenía poder para suscitárselos. Tampoco dijo que puede Dios hacer de las piedras hombres, sino, lo que es más, parientes y hasta hijos de Abrahán. ¿Veis cómo los desprende de todo boato corporal y les prohíbe refugiarse en sus antepasados, a fin que pongan toda la esperanza de su salvación en su propia penitencia y templanza? ¿Veis cómo rechaza el parentesco de la carne y sólo tiene cuenta con el de la fe?

LA PREDICACIÓN DE JUAN: "LA SEGUR A LA RAÍZ"

Considerad, pues, cómo también por lo que sigue aumenta su temor y hace más intensa su angustia. Porque después que les dijo: *Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abrahán*, prosiguió: *Ya está la segur puesta a la raíz de los árboles*. Palabra por todos conceptos propia para espantarlos. En verdad, por una parte, su género de vida le daba a Juan gran libertad para hablar; sus oyentes, por otra, endurecidos como estaban tras tanto tiempo, necesitaban de dura reprensión. ¿Qué digo —parece decirles—, que vais a perder vuestro parentesco con Abrahán y ver cómo otros, salidos de las piedras, ocuparán vuestros privilegios? ¡La segur está puesta ya a la raíz de los árboles! Nada más espantoso que este lenguaje. Ya no es una hoz que vuela, ni la cerca que se derriba, ni la viña pisoteada por los viandantes (cf. Jer 12,10), sino una segur muy bien afilada y, lo que es más terrible, que está a punto de descargar el golpe. A los profetas solían obstinadamente negarles darles crédito sus oyentes, diciendo: *¿Dónde está el día del Señor?* Y: *Venga el consejo del Santo de Israel, para que lo conozcamos* (Is 5,19). Y es que las palabras de los profetas frecuentemente habían de cumplirse después de muchos años. Pues para apartar también a sus oyentes de este subterfugio, les presenta como inmediatas las calamidades. Así se lo declaró por la palabra "ya" y por el hecho que el hacha se aplicaba a la raíz. Ya no hay dilación, viene a decirles, sino que la segur está amenazando a la raíz. No dijo que amenazaba a las ramas ni al fruto, sino a la misma raíz; con lo que les dio a entender que, si se

descuidaban sufrirían males sin remedio y no les quedaría ni esperanza de salvación. Porque no es ya, como antes, un siervo el que ha venido, sino el Señor mismo del universo, que ejecutará el más terrible castigo.

Sin embargo, a pesar que nuevamente los espanta, no deja que caigan en la desesperación. A la manera como más arriba no dijo que Dios hubiera suscitado ya, sino que podía suscitar de las piedras hijos a Abrahán, espantándolos a la vez que animándolos, así aquí no les dijo que el hacha había ya herido a la raíz, sino que estaba para caer y a punto de la raíz. El aplazamiento no era ya posible. Sin embargo —les dice—, por muy cerca que tenga la segur, en vuestra mano os pone que haya o no de cortar. Si os convertís y os hacéis mejores, se irá sin hacer nada; pero, si os obstináis en los mismos pecados, cortará de raíz el árbol. Por eso justamente, ni se aparta de la raíz ni, aunque amenazándola, la corta; lo uno, para que no os volváis atrás; lo otro, para que os deis cuenta que en un momento, si os convertís, podéis salvaros.

EL TEMOR LLEVA AL ARREPENTIMIENTO

Juan trata por todos los medios de infundirles temor a fin de despertarlos y aun empujarlos a la penitencia. En verdad, perder la dignidad de hijos de los patriarcas y ver a otros en su lugar gozando de ese privilegio, y, sobre eso, estar a punto de caer sobre ellos las calamidades —cosas todas significadas por el hacha y la raíz—, bastante tenía que ser para levantar a los profundamente caídos e incitarlos para el combate. Es lo que Pablo declaraba cuando decía: *Una palabra abreviada cumplirá el Señor sobre toda la tierra* (cf. Rom 9,28). Pero no temáis; o, por mejor decir, temed, pero no os desesperéis. Todavía tenéis esperanza de salvación. La sentencia no es absoluta y sin apelación. El hacha no ha venido a cortar. ¿Qué le hubiera entonces impedido hacerlo, cuando está ya puesta a la raíz? El hacha está ahí para infundirte miedo, y así hacerte mejor y prepararte a que des fruto. De ahí que Juan añadiera: *Ahora bien, todo árbol que no da fruto bueno, se le corta y arroja al fuego*. Y, al hablar de "todo árbol", rechaza otra vez el privilegio de la nobleza de nacimiento. Aun cuando seáis —aparece decirles— hijos de Abrahán mismo y contéis en vuestro linaje patriarcas infinitos, si seguís sin dar fruto, vuestro castigo será doblado. Con estas palabras espantó a los publicanos y

sacudió el alma de los soldados, sin llevarlos a la desesperación, pero apartándolos de toda tibieza. Y es así que esa palabra de Juan, aunque sea temible, contiene también gran consuelo. Porque decir: *Todo árbol que no da buen fruto*, es dar a entender que ningún castigo ha de tener el que lo da bueno.

JUAN PREDICA A DIOS

¿Y cómo podremos producir ese fruto —parecen decirle sus oyentes—, si nos amenaza el corte, y el tiempo es tan breve, y se nos da tan corto plazo? Podréis —contesta Juan—. Porque este fruto no es como el de los árboles, que necesita mucho tiempo, que está sometido a las leyes forzosas de las estaciones y exige muchos otros cuidados. Aquí basta con querer, e inmediatamente fructifica el árbol. Para la producción de este fruto, contribuye poderosamente no sólo la naturaleza de la raíz, sino también el arte del cultivador. Ahora bien, porque no le pudieran decir: Tú nos perturbas, nos apremias y ahogas, poniéndonos delante el hacha, amenazándonos con el corte, y nos pides frutos justamente en el momento del castigo; Juan, para mostrarles la facilidad de esos frutos, añade: *Yo os bautizo, sí, en agua; pero el que viene detrás de mi, es más fuerte que yo, y yo no merezco desatar la correa de su sandalia. Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego*. Con lo que les da a entender que Dios nos pide sólo la buena voluntad y la fe, no trabajos y sudores. Y cuan fácil es bautizarse, tan fácil es convertirse y hacerse uno mejor.

JUAN DA TESTIMONIO DE CRISTO

Ya ha conmovido, pues, Juan el alma de sus oyentes con el temor del juicio, con la inminencia del castigo —por eso les ha nombrado el hacha—, con la pérdida de sus antepasados, en cuya gloria y nobleza entrarían otros; con el doble castigo: ser cortados de raíz y arrojados al fuego; ya ha ablandado por todos estos medios la dureza de ellos, ya les ha infundido el deseo de verse libres de tan grandes males, y éste es el momento en que les habla de Cristo, y no simplemente, sino con mucha excelencia. Luego establece la diferencia que va de uno a otro, y porque no pensaran que lo decía de gracia, se lo demuestra por comparación de lo que uno y otro les daban. Porque lo primero que dijo no fue: *Yo no merezco desatar la correa de su sandalia*. No, ante todo afirma el

poco valor de su propio bautismo y les hace ver que no tiene más objeto que llevarlos al arrepentimiento —por eso no lo llama bautismo de perdón, sino de arrepentimiento—; y luego pone el bautismo de Cristo, lleno de dones inefables. Como si les dijera: No porque me oigáis decir que viene después de mí, tenéis que despreciarle como quien llega el segundo. No, mirad la virtud del regalo que os hace, y veréis claramente que nada especial, nada grande he dicho al afirmaros que no soy digno de desatar la correa de su sandalia. Y, si os he hablado que Él es más fuerte que yo, no penséis que trato de establecer una comparación. En realidad, yo no merezco contarme entre sus esclavos —ni aun entre sus ínfimos esclavos—, ni desempeñar la parte más humilde de su servicio. De ahí que no habló simplemente de su sandalia, sino de la correa ele su sandalia; lo que le parecía el último extremo a que se podía llegar. Luego, porque no se pensara que así hablaba por humildad, añade también la demostración, tomada de la realidad misma, y dice: *Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego*. Mirad la grande sabiduría del Bautista. Cuando predice él por su cuenta, habla de sólo lo terrorífico y que puede infundir angustia; mas cuando envía a sus oyentes a Cristo, habla de lo bueno, de lo que nos da esperanzas de recuperación. Ya no aparece aquí ni el hacha, ni el árbol cortado y echado al fuego, ni la ira venidera, sino la remisión de los pecados y anulación de pena, y la justicia y la santificación, y la redención y la adopción de hijos, y la hermandad con Cristo y la participación en su herencia, y la efusión copiosa del Espíritu Santo. Todo eso quiso dar a entender Juan cuando dijo: *Os bautizará en Espíritu Santo*, y la misma expresión metafórica que se vale hace resaltar la abundancia de la efusión de la gracia. Porque no dijo: Os dará el Espíritu Santo, sino: *Os bautizará o bañará en el Espíritu Santo*. Y con la mención del fuego quiso significar la vehemencia y eficacia de la misma gracia.

EL ESPÍRITU SANTO, SUPREMO DON DE DIOS

Considerad, por otra parte, qué impresión hubieron naturalmente de sentir los oyentes de Juan pensando que iban de pronto a ser como los profetas y como aquellos grandes hombres del pasado. Porque justamente para traérselos a la memoria les hizo Juan mención del fuego. Por medio de fuego, efectivamente, tuvieron casi todos ellos las visiones que les aparecieron. Así, en la zarza

ardiendo habló Dios con Moisés; así con el pueblo entero desde el monte en llamas del Sinaí; así con Ezequiel sobre los querubines. Mirad también cómo incita Juan a sus oyentes, poniéndoles primero delante lo que había de tener lugar después. Porque antes tenía que ser sacrificado el Cordero y ser destruido el pecado y eliminada la enemistad, y ser el Señor sepultado y resucitar, y entonces vendría el Espíritu Santo. Pero nada de esto dice por de pronto, sino que pone primero lo que había de ser postrero y término a que todo lo demás se encaminaba y lo que mejor podía pregonar la dignidad del Señor. Así, cuando los oyentes oyeron que habían de recibir el Espíritu Santo, se preguntaron cómo iba a ser ello, cuando aún dominaba el pecado. Era infundirles curiosidad y prepararlos para oír, y entonces es cuando les habla de la pasión, pues nadie podía ya escandalizarse de ella, cuando tan alto don esperaban de quien había de sufrirla. De ahí que nuevamente gritaba: *Mirad el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29). No dijo: el que perdona, sino —lo que es mayor amor— el que quita el pecado. Porque no es lo mismo perdonarlo sencillamente que cargar sobre sí con el pecado. Lo uno se podía hacer sin trabajo ninguno, lo otro sólo con la muerte. También confesó Juan que Cristo es Hijo de Dios (Jn 1,34). Pero tampoco esto declaraba claramente a los oyentes la dignidad del Señor, pues todavía no podían comprender la filiación natural de Cristo respecto al Padre, y esta misma Juan se la demuestra por la grande dádiva del Espíritu Santo. Por eso precisamente, el Padre mismo, al enviar a Juan, esa señal le dio de la dignidad del que había venido, diciéndole: *Sobre el que vieres que baja el Espíritu Santo y sobre Él reposa, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo* (Juan 1-33-34). De ahí que el mismo Juan decía: *Yo lo vi, y doy testimonio que éste es el Hijo de Dios* (Jn 1,34), con lo que parece establecer claramente lo uno por lo otro: la filiación vino por el Espíritu Santo.

NUEVAMENTE SE AMENAZA CON CASTIGO

Ya les ha hablado Juan de cosas buenas, y con ello aliviado y como relajado a sus oyentes; ahora les aprieta nuevamente a fin que no se tornen indolentes. Así eran efectivamente los judíos: la prosperidad los hacía fácilmente flojos y peores. Por eso introduce Juan nuevamente los temas de terror, diciendo: *El bieldo está ya*

en su mano. Antes había hablado del castigo; pero ahora muestra también quién es el Juez, y señala que el castigo ha de ser eterno: *Porque Él quemará* —dice— *la paja con fuego inextinguible*. Mirad ahí cómo el Señor es dueño de todas las cosas y cómo Él es el labrador, por más que en otra parte dé ese título a su Padre: *Mi Padre* —dice— *es el labrador* (Jn 15,1). Como había antes hablado del hacha, porque nadie pensara que se trataba de cosa de trabajo y de difícil discriminación, por otra comparación hace ver ahora que la cosa es muy fácil, mostrando de pasada que a Cristo le pertenece el mundo entero, pues jamás pudiera castigar a los que no eran suyos. Ahora, en verdad, todo anda mezclado. Porque, si es cierto que se le ve brillar al trigo, sin embargo, anda revuelto entre la paja, como en la era, no como en el granero. Pero entonces la separación será perfecta. ¿Dónde están ahora los que no creen en el infierno? Porque dos cosas sentó aquí Juan: que el Señor bautizaría en el Espíritu Santo y que abrasaría con fuego inextinguible a los incrédulos. Ahora bien, si lo uno es digno de fe, también absolutamente lo otro. Si puso justamente las dos sentencias seguidas, fue para que por la ya cumplida se dé fe también a la que todavía no ha sucedido. El mismo procedimiento usa también Cristo muchas veces, ya sobre los mismos asuntos, ya sobre asuntos contrarios, y pone dos profecías: una cuyo cumplimiento se da aquí en la tierra, otra que se promete ha de cumplirse en la vida futura, para que, por la ya cumplida, aun los más contumaces den crédito a la que todavía no ha tenido cumplimiento. Así, a los que por su amor se despojan de todo lo que poseen, les prometió darles el ciento por uno en esta vida y la vida eterna en lo venidero, y, por lo que ya les ha dado, hace creíble lo que en lo por venir les ha de dar. Lo mismo que aquí hizo Juan al sentar a la vez las dos sentencias: que Cristo bautizaría por Espíritu Santo y que abrasaría a los incrédulos con fuego inextinguible.

Si no hubiera, pues, Cristo bautizado en Espíritu Santo a los apóstoles y a cuantos diariamente querían ser bautizados, tendríais tal vez motivo de duda acerca de lo otro; mas, si ya ha sucedido y cada día sucede lo que parecía más difícil y que sobrepasa a toda razón, ¿qué derecho tenéis para afirmar que no es verdad lo otro, que es lo fácil y conforme a razón? Y es que como había dicho: *Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego,* y con ello había prometido grandes bienes, para que no decayeran al sentirse libres

de las anteriores amenazas, añadió luego la comparación del bieldo y el juicio que por él se representaba. No penséis —parece decirles— que basta con el bautismo, si luego volvéis a vuestra maldad. Tenéis también necesidad de la virtud y de mucha sabiduría. Así, por el símil del hacha, los conduce a la gracia y al bautismo; después de la gracia, los espanta por medio del bieldo y del fuego inextinguible. Para los que no han recibido el bautismo, no hay distinción ninguna, sino que afirma absolutamente: Todo *árbol que no da buen fruto, se le corta y arroja al fuego;* con lo que expresa el castigo de todos los incrédulos sin excepción. Para después del bautismo establece alguna distinción, pues muchos de los que habían creído llevarían una vida indigna de su fe. Que nadie, pues, se convierta en paja, que nadie sea pelusa que se lleva el viento: nadie sea juguete de sus malos deseos, dejándose llevar fácilmente de acá para allá por su soplo. Si permanecéis trigo puro, por más que os asalte la tentación, ningún daño sufriréis de ella. Tampoco en la era las ruedas del trillo con sus dientes cortan el trigo. Mas, si vienes a caer en la flaqueza de la paja, no sólo sufrirás aquí males irremediables, al ser trillado por todo el mundo, sino que luego te espera un castiga eterno. Todos ésos, en efecto, aun antes de ser allá pasto del horno de fuego, ya lo son aquí de sus pasiones irracionales, como la paja es también pasto de los animales. Luego servirán otra vez de materia y alimento del fuego.

JUAN Y CRISTO MISMO ENSEÑAN POR PARÁBOLAS

Ahora bien, si Juan les hubiera dicho de golpe que Cristo había de juzgar todas sus acciones, no se hubieran recibido tan bien sus palabras; pero la mezcla de comparaciones y el disponerlo todo por medio de ellas, los persuadía mejor y los atraía más suavemente a sus intentos. De ahí que el mismo Cristo, por la mayor parte, de ese mismo modo hablaba con ellos, mezclando en sus razonamientos la era, la siega, la viña, el lagar, la tierra labrantía, la red, la pesca y todas las faenas ordinarias, en que sus oyentes se habían criado. Lo mismo hace aquí el Bautista, y la mejor demostración de sus palabras la toma de la merced del Espíritu Santo. Porque —les viene a decir— el que tanto poder tiene que puede perdonar los pecados y dar el Espíritu Santo, mucho mejor podrá eso que yo os digo. Mirad cómo ya, consecuentemente, les

anticipaba el misterio de la resurrección y del juicio.

—Pero ¿por qué —me diréis— no habló Juan de los signos y prodigios que Cristo había inmediatamente de realizar? —Porque el don del Espíritu Santo valía más que todo lo otro y éste era el término a que todo lo otro se dirigía. Al poner, pues, lo principal, todo lo demás quedaba comprendido: la derrota de la muerte, la destrucción del pecado, la desaparición de la maldición, la terminación de las guerras perpetuas, la entrada al paraíso, la subida al cielo, la comunicación de los ángeles, la participación de los bienes eternos. Porque, en efecto, de todo ello es prenda el Espíritu Santo. Habiendo, pues, hablado de Él, dicha quedaba la resurrección de los muertos, los milagros que aquí realizaría el Señor, la participación en el reino de los cielos y aquellos bienes, en fin, *que ni ojo vio, ni oído oyó, ni a corazón de hombre subieron* (1 Cor 2,9). Todo eso, en efecto, nos fue procurado por el carisma del Espíritu Santo. Estaba, pues, de más hablar sobre los milagros que pronto iban a cumplirse, y que podían ser comprobados a simple vista; y había, en cambio, que hablar sobre aquello que sus oyentes dudaban: que Cristo es Hijo de Dios, que sobrepuja incomparablemente al mismo Juan, que quita el pecado del mundo, que nos pedirá cuenta de todas nuestras acciones, que no todo terminará en esta vida, sino que cada uno recibirá en la otra su merecido. Nada de esto, en efecto, podía por de pronto comprobarse por vista de ojos.

SEAMOS GRANO, NO PAJA

Sabiendo, pues, todo esto, trabajemos con todo empeño mientras aún estamos en la era. Mientras aquí estamos, aún es posible que la paja se convierta en trigo, al modo que muchos que eran trigo se convirtieron ya en paja. No decaigamos, pues; no nos dejemos llevar de todo viento, no nos separemos de nuestros hermanos por muy pobres y humildes que nos parezcan. Porque, si es por tamaño, la paja tiene más volumen que el grano; pero, por naturaleza, el grano es mejor que la paja. No miréis a las apariencias exteriores, que están dispuestas para el fuego; mirad más bien a la humildad según Dios, virtud fuerte, indisoluble, irrompible, inatacable al fuego. Justamente por estos humildes tiene Dios paciencia con los que son paja, porque así al contacto con ellos se mejoren. Si el juicio se aplaza, es porque quiere Dios

que seamos coronados todos juntos y que muchos se conviertan de la maldad a la virtud. Temblemos, pues, cuando oímos esa comparación. El fuego que ha de quemar la paja es inextinguible. — ¿Y cómo —me dirás acaso— puede ser inextinguible? — ¿No ves este mismo sol, que arde siempre y jamás se extingue? ¿No viste la zarza, que ardía y no se quemaba? Si quieres, pues, huir tú también de sus llamas, depón tu dureza de corazón y no probarás jamás aquel fuego. Si ahora crees lo que se te dice, cuando de aquí salgas, no verás siquiera aquel horno; pero, si ahora no crees en él, allí lo sabrás muy bien por experiencia, cuando ya no será posible escapar de sus llamas. El castigo para quienes no han llevado vida recta, es inexorable. Porque no basta haber creído; *también los demonios creen y tiemblan ante Dios* (Santiago 2,19), y, sin embargo, serán castigados. De ahí que necesitamos de gran vigilancia en nuestra vida.

POR QUÉ SE CELEBRAN LAS REUNIONES DE CULTO

De ahí que, si nos reunimos aquí constantemente, no es sólo para que entréis en la iglesia, sino también para que saquéis algún provecho del rato que pasáis aquí. Pero si venís, sí, constantes a la iglesia, pero os salís sin obtener fruto ninguno, de nada os sirve haber entrado y asistido. Cuando nosotros mandamos los niños a la escuela, si vemos que de allí no sacan provecho alguno, acusamos duramente a los maestros, y muchas veces los llevamos a otros; pues ¿qué excusa tendremos cuando no ponemos por la virtud tanto empeño como en estas cosas de la tierra y nos volvemos siempre a casa con nuestras tablillas vacías? Y, sin embargo, aquí tenemos más abundantes y más excelentes maestros, como quiera que en cualquier iglesia oímos las lecciones de los profetas, de los patriarcas y de los santos todos. Y ni aun así conseguimos nada: dos o tres salmos que recitéis y hechas de corrida y como viene vuestras acostumbradas oraciones, ya os sentís fatigados y creéis que eso basta para vuestra salvación. ¿No habéis oído al profeta que dice, o, mejor, a Dios, que os dice por el profeta: *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está muy lejos de mí*? (Is 29,13). Así, pues, para que no os suceda también eso a vosotros, borrad las letras, digo mal, los garabatos que el diablo ha grabado en vuestras almas, y traedme aquí un

corazón libre de alborotos mundanos, para escribir yo en él, sin miedo, lo que quiero. Porque lo que es ahora sólo es posible leer en las letras del diablo: robos, avaricia, mala voluntad y envidia. De ahí es ciertamente que, cuando tomo en mis manos vuestras tablillas, no me es posible ni leer, pues no hallo las letras que cada domingo escribo antes de despediros de la iglesia, sino otras en su lugar, confusas y torcidas. Luego las borro, escribo las letras del Espíritu Santo; pero salís vosotros, entregáis vuestros corazones a las acciones diabólicas y se los presentáis a él para que otra vez, en lugar de las letras espirituales, escriba las suyas. Cuál haya de ser el término de todo este tejer y destejer, aun cuando yo no lo diga, lo sabe la conciencia de cada uno. Yo, por mi parte, no he de dejar de cumplir mi deber y seguiré escribiéndoos las letras rectas; mas, si vosotros os empeñáis en echar a perder mi trabajo, mi recompensa no se pierde; vuestro peligro, en cambio, no será pequeño. Pero no quiero ahora decir palabra alguna dura.

IMITEMOS EN LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD EL TRABAJO DE LOS NIÑOS EN LA ESCUELA

No, lo que quiero es rogaros y suplicaros nuevamente que imitéis siquiera a los niños pequeños en la escuela. Estos, ante todo, aprenden la forma de las letras; luego empiezan a distinguir las torcidas, y así, paso a paso, llegan a aprender a leer. Hagámoslo así también nosotros; dividiendo en partes la virtud, aprendamos primero a no jurar, no perjurar, no maldecir; luego, pasando a otra letra, a no envidiar a nadie, a no amar los cuerpos, a no darnos a la gula y a la embriaguez, a no ser crueles, a no ser indolentes. Luego, pasando de ahí a las letras espirituales, estudiemos la continencia, la mortificación del vientre, la castidad, la justicia, el desprecio de la gloria; seamos modestos, contritos de corazón y, enlazando estas virtudes unas con otras, escribámoslas en nuestra alma. Todo esto podemos ejercitarlo en nuestra misma casa: con los amigos, con la mujer y con los hijos. Por de pronto, empecemos por lo más sencillo, por ejemplo, por no jurar. Estudiemos constantemente esta letra en nuestra propia casa. En verdad, no han de faltar en casa quienes nos vengan a estorbar en este estudio: el esclavo os irrita; la mujer, con su mal humor, os saca de quicio: el chiquillo, con sus travesuras y rebeldías, os hará prorrumpir en amenazas y reniegos. Pues bien, si en casa,

aguijoneados constantemente por todos ésos, lográis no dejaros arrastrar a jurar, fácilmente saldréis indemnes también en la pública plaza. Es más: si en tu casa no insultas a tu mujer, ni a tu esclavo, ni a ningún otro, lograrás no insultar a nadie en absoluto. Realmente, tu mujer, a quien muchas veces le da por alabar a fulano y llorar ella como desgraciada, te enciende para que rompas en maldiciones contra el otro. Pero tú no te irrites ni maldigas al alabado, sino sopórtalo todo generosamente. Si oyes a tus esclavos que alaban igualmente a otros señores, no te turbes tampoco, sino mantente igualmente sereno. Sea tu casa lugar de combate y adiestramiento en la virtud. Bien ejercitado en casa, sostendrás con mucha destreza los combates de la pública plaza. Haced lo mismo con la vanagloria. Si os aplicáis a no dejaros llevar de la vanagloria delante de vuestra mujer ni de vuestros hijos y criados, fácilmente lograréis que esa pasión no os domine ya delante de nadie. Realmente, este vicio es siempre grave y tiránico, pero nunca tanto como cuando está delante una mujer. Si, Pues, ahí logramos enervarle sus bríos, fácilmente lo venceremos en las demás ocasiones. Lo mismo hemos de hacer con las demás pasiones; nuestra primera palestra contra ellas ha de ser nuestra propia casa, y hemos de salir a combate cada día. Y para que el ejercicio nos resulte más fácil, pongámonos un castigo cada vez que faltemos a nuestro propósito. Castigo, por cierto, que no nos ha de traer daño alguno, sino recompensa y ganancia muy grandes; por ejemplo, si nos condenamos a nosotros mismos a prolongados ayunos, a dormir sobre el suelo o a otra mortificación semejante. De este modo aumentará nuestra ganancia por todas partes: aquí llevaremos la dulce vida de la virtud y allí alcanzaremos los bienes eternos y seremos para siempre amigos de Dios.

EXHORTACIÓN FINAL: EL HÁBITO NOS HARÁ FÁCIL LA VIRTUD

Pero para que no se repitan nuevamente los mismos males y después de admirar aquí la palabra divina, apenas salidos de la iglesia, entreguéis simplemente y a la ventura la tablilla de vuestro espíritu para que el diablo os la borre; cuando cada uno de vosotros llegue a su casa, llame a su mujer y comuníquele su propósito y tómela por aliada de combate, y desde hoy mismo entre

en esta bella palestra ungido con el aceite de la protección del Espíritu Santo. Y, aun cuando una, dos, mil veces cayereis en la lucha, no desesperéis jamás. Otra vez a levantarse y a luchar, y no abandonéis el combate hasta haber alcanzado brillante victoria contra el diablo y dejar en tesoro inviolable las riquezas de vuestra virtud. Porque, si lográis el hábito de esta bella filosofía, luego ya, ni por descuido, quebrantaréis uno solo de los mandamientos divinos, como quiera que el hábito adquirirá la firmeza misma de la naturaleza. Con la misma facilidad con que dormimos, comemos, bebemos y respiramos, practicaremos también la virtud. Y entonces, sí, gozaremos del más puro placer, pues habremos abordado a un puerto sin tormentas, disfrutaremos de calma nunca interrumpida y, arribando un día con nuestra nave de rico cargamento a la ciudad eterna, nos ceñiremos coronas inmarcesibles. Lo que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 12

Entonces vino Jesús de la Galilea hacia el Jordán, a Juan, para ser bautizado por éste (Mt 3,13ss).

EN LA HUMILDAD DEL SEÑOR BRILLA SU GRANDEZA

El Señor viene a bautizarse entré los esclavos, el Juez entre los reos. Pero no te turbes, porque en estas bajezas es donde brilla mejor su alteza. El que quiso ser llevado por tanto tiempo en un vientre virginal y salir de allí con nuestra naturaleza, el que quiso luego ser abofeteado y crucificado y sufrir todo lo demás que sufrió, ¿qué maravilla es que quisiera también ser bautizado y acercarse, confundido entre la turba, a quien era siervo suyo? Lo de verdad maravilloso es que, siendo Dios, quisiera hacerse hombre. Lo demás es ya pura consecuencia. Por eso también Juan se adelantó a decir todo lo que dijo sobre que él no era digno de desatar la correa de su sandalia, y todo lo demás: que Él es juez, y ha de dar a cada uno conforme a su merecido y que a todos haría, copiosamente, don del Espíritu Santo. Con esto, al verle cómo se acerca para ser bautizado, ningún pensamiento bajo debemos

tener sobre Él. De ahí que el mismo Juan, cuando llega Jesús, trata de impedírselo, diciendo: *Yo soy el que tengo necesidad de ser por ti bautizado, y ¿tú vienes a mí?* El bautismo de Juan era simple lavatorio de arrepentimiento y que sólo llevaba a la confesión de las propias culpas. Ahora bien, para que nadie pensara que también Jesús venía a él con esa intención, de antemano corrige Juan semejante idea, llamándole cordero de Dios y redentor de los pecados de la tierra entera. Porque quien tenía poder de quitar los pecados de todo el género humano, mucho más había de estar Él mismo sin pecado. De ahí que no dijo Juan: "Mirad al impecable", sino lo que era mucho más: *Mirad al que quita el pecado del mundo*. De este modo, y con absoluta plenitud, por lo uno habéis de recibir lo otro, y así recibido, ya podéis comprender que hubieron de ser otros los intentos de Jesús al acercarse para ser bautizado. Por eso, cuando Jesús llega, le dice Juan: Yo *soy el que necesito ser por ti bautizado, y ¿tú vienes* a *mí?* Y no dijo: "¿Y tú vas a ser por mí bautizado?" Pues aun esto temió decir. Pues ¿qué dijo? ¿Y *tú vienes a mí?"*

¿Qué hace entonces Cristo? Lo que más adelante había de hacer con Pedro, eso hace aquí con Juan. También Pedro se oponía a que Jesús le lavara los pies; pero el Señor le dijo: *Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; más adelante lo comprenderás.* Y luego: *No tendrás parte conmigo* (Jn 13,7-8). Y Pedro inmediatamente desistió de su oposición y cambió totalmente de sentir. De modo semejante, le dijo aquí Jesús a Juan: *Déjame por ahora, pues de esta manera es conveniente que cumplamos toda justicia.* Y Juan obedeció inmediatamente. Porque ni Pedro ni Juan eran desmedidamente contumaces, sino que mostraban a la vez su amor y su obediencia, y en todo trataban de seguir la ordenación del Señor. Pero considerad cómo justamente por el motivo que hacía a Juan recelar, por ése le lleva Cristo a bautizarle. Porque no le dijo: "Así es justo", sino: *Así es conveniente.* Lo que por más indigno tenía Juan era que el Señor fuera bautizado por un esclavo suyo, y eso justamente es lo que el Señor le opone para bautizarse. Como si dijera: "¿Tú huyes y rehúsas bautizarme por tenerlo por cosa inconveniente? Pues por eso justamente, *déjame por ahora,* pues es la cosa más conveniente del mundo". Y no dijo simplemente: *Déjame,* sino: *Déjame por ahora.* No siempre será así —parece decirle el Señor —; ya me verás un día como tú deseas. Por ahora, sin embargo,

soporta esto. Y seguidamente le hace ver por qué es eso conveniente. ¿Por qué, pues, es conveniente? Porque de esta manera cumplimos toda la ley. Eso quiso decir al hablar de toda justicia. Porque justicia es el cumplimiento perfecto de los mandamientos. Como quiera, pues, dice Jesús, que he ya cumplido todos los mandamientos y sólo esto me queda por cumplir, quiero también cumplir esto. Yo he venido para destruir la maldición que se fundaba en la transgresión de la ley. Antes, pues, tengo que cumplirla yo toda, tengo que libraros a vosotros de la condenación, y entonces poner termino a la ley. Es conveniente, pues, que yo cumpla toda la ley, porque conveniente es también que destruya la maldición contra vosotros que está escrita en la ley. Para este fin tomé carne y he venido al mundo. *Entonces le dejó. Y, una vez bañado. Jesús subió inmediatamente del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos. Y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y se posaba sobre Él.*

LOS JUDÍOS TENÍAN A JUAN POR SUPERIOR A JESÚS

Las gentes consideraban a Juan como muy superior a Jesús. Juan había pasado toda su vida en el desierto, era hijo de un sumo sacerdote, había nacido de una madre estéril, iba ahora vestido de aquel extraño atuendo y llamaba a todos para que se bautizaran; a Jesús, sin embargo, todo el mundo le tenía por hijo de una pobre mujer, pues todavía no se había hecho a todos manifiesto su nacimiento virginal; se había criado en su casa, su trato era corriente con todos y vestía como todo el mundo. De ahí que se le tuviera por inferior a Juan, como quiera que nada se supiera aún de aquellos inefables misterios. Por añadidura, vino a que Juan le bautizara, lo que, aun sin todo lo otro, confirmaba el prestigio en que se tenía al Bautista. A Jesús se le tenía por uno de tantos. Porque, de no ser efectivamente uno de tantos, no hubiera acudido a bañarse confundido entre la muchedumbre. Juan, en cambio, era muy superior a Jesús y hombre maravilloso. Pues bien, para que esta opinión no prevaleciera entre la muchedumbre, apenas se bañó Jesús, se le abren los cielos y desciende el Espíritu Santo, y, juntamente con el Espíritu Santo, se oye una voz que pregona la dignidad del unigénito allí presente. Sin embargo, aun aquella voz que decía: *Este es mi Hijo amado,* podía parecer a las turbas que

más bien convenía a Juan que a Jesús; porque no dijo la voz: "Este que, se está bañando", sino simplemente: Éste. Cualquiera que la oyera, la hubiera antes bien aplicado al que bañaba que no al bañado, primero por la dignidad misma del bautizante y luego por todo lo anteriormente dicho. De ahí que viniera el Espíritu Santo en forma de paloma para fijar la voz sobre Jesús y hacer patente a todo el mundo que aquel *Éste* no se dijo por Juan que bautizaba, sino por Jesús, que era bautizado.

POR QUÉ NO CREYERON LOS JUDÍOS

— ¿Y cómo es —me diréis— que no creyeron los judíos ante estos prodigios? —También en tiempo de Moisés hubo muchos prodigios, siquiera no fueran como éstos; sin embargo, después de aquellos prodigios, después de las voces, las trompetas y los relámpagos del Sinaí, se fundieron el becerro de oro y se iniciaron en los ritos de Beelphegor. Y estos mismos que estaban entonces presentes al bautismo de Jesús y que vieron luego resucitado a Lázaro, estuvieron tan lejos de creer al que tales prodigios obraba, que muchas veces intentaron quitarle la vida. Si, pues, con un muerto resucitado ante sus ojos fueron tan malvados, ¿de qué os sorprendéis que no recibieran una voz bajada del cielo? Cuando un alma es insensata y está pervertida y, sobre todo, dominada por la peste de la envidia, nada de todo eso la conmueve; así como, por lo contrario, un alma bien dispuesta, todo lo acepta con facilidad y hasta, en parte, todo eso huelga para ella. No digáis, pues, que no creyeron. Preguntaos más bien si no sucedió cuanto había de suceder para que pudieran creer. En verdad, ya por boca de su profeta, Dios se prepara este modo de defensa contra todo lo que contra todo lo que pudieran decir. Tenían que perecer los judíos y ser entregados al último castigo. Pues bien, para que nadie pudiera culpar a su providencia de lo que sólo a malicia de ellos mismos se debía, les pregunta Dios: *¿Qué tenía yo que hacer por esta viña que no lo haya hecho?* (Is 5,4). Aquí también, considerad qué tuvo que suceder y no sucedió. Y, si alguna vez delante de ti se habla contra la providencia divina, válete de este mismo argumento para defenderla de quienes pretenden echarle la culpa de lo que es sólo maldad de los hombres. Mirad, si no, qué prodigios se obran aquí: no se abre el paraíso, sino el cielo mismo. Y eso sólo como preludio de los que habían de venir.

PARA QUE SE ABREN LOS CIELOS EN EL BAUTISMO DE JESÚS

Pero aplacemos para otra ocasión nuestro discurso contra *los* judíos. Ahora, con la ayuda de Dios, volvamos a nuestro propósito. Y, *una vez bañado Jesús, subió del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos.* — ¿Por qué razón, pues, se abren los cielos? —Para que os deis cuenta que también en vuestro bautismo se abre el cielo, os llama Dios a la patria de arriba y quiere que no tengáis ya nada de común con la tierra. Aun cuando no lo veáis, no por eso habéis de dejar de creerlo. A los comienzos se dan siempre esos prodigios, y las cosas espirituales, vienen a hacerse sensibles y visibles; se dan prodigios como el del Jordán en atención a los más rudos y que necesitan de visión sensible, pues son incapaces de toda idea de la naturaleza espiritual. Sólo a lo visible levantan la cabeza. De este modo, aun cuando después no se hacen ya aquellos prodigios, se puede aceptar por la fe lo que una vez al principio nos pusieron ellos de manifiesto. También en el tiempo de los apóstoles se produjo aquel bramido de viento impetuoso y aparecieron sobre sus cabezas las lenguas de fuego; pero ello no fue por los apóstoles, sino por los judíos allí presentes. Sin embargo, aun cuando ahora no se den esos signos sensibles, nosotros aceptamos lo que ellos pusieron una vez de manifiesto. La paloma apareció entonces para señalar como con el dedo a los allí presentes y a Juan mismo que Jesús era Hijo de Dios; mas no sólo para eso, sino para que tú también adviertas que en tu bautismo viene también sobre ti el Espíritu Santo.

POR QUÉ APARECE EL ESPÍRITU SANTO EN FORMA DE PALOMA

Pero ahora ya no necesitamos de visión sensible, pues la fe nos basta totalmente. Los signos, en efecto, no son para los que creen, sino para los que no creen. —Pero ¿por qué apareció el Espíritu Santo en forma de paloma? —Porque la paloma es un ave mansa y pura. Como el Espíritu Santo es espíritu de mansedumbre, aparece bajo la forma de paloma. La paloma por otra parte, nos recuerda también la antigua historia. Porque bien sabéis que, cuando nuestro linaje sufrió naufragio universal y estuvo a punto de desaparecer, apareció la paloma para señalar la terminación de la tormenta, y, llevando un ramo de olivo, anunció la buena nueva de

la paz sobre toda la tierra. Todo lo cual era figura de lo por venir. En verdad, la situación de los hombres entonces era peor que la de ahora y merecía mayor castigo. Ahora bien, para que no desesperéis, el Señor os trae a la memoria esta historia. Y, en efecto, cuando entonces las cosas habían llegado a estado de desesperación, todavía hubo solución y remedio. Pero entonces fue por medio de castigo; ahora, sin embargo, por gracia y don inefable. Por eso aparece ahora la paloma, no para traer un ramo de olivo en el pico, sino para señalarnos al que venía a librarnos de todos nuestros males y para infundirnos las más bellas esperanzas. Esa paloma no venía para sacar a un solo hombre del arca, sino para levantar al cielo la tierra entera, y, en lugar del ramo de olivo, trae a todo el género humano la filiación divina.

EL ESPÍRITU SANTO NO ES INFERIOR AL HIJO

Considerad, pues, la grandeza de ese don, y no pensaréis que el Espíritu Santo sea inferior al Hijo por haber aparecido en esa forma. Realmente, oigo decir a algunos que la misma diferencia que va del hombre a la paloma, ésa va de Cristo al Espíritu Santo, pues el uno apareció en nuestra naturaleza y el otro bajo la forma de paloma. ¿Qué puede responderse a esto? A esto se responde que el Hijo de Dios tomó realmente la naturaleza humana; pero el Espíritu Santo no tomó naturaleza de paloma. Por eso no dice el evangelista que el Espíritu Santo apareció en naturaleza de paloma, sino en forma de paloma. Y todavía se trata de caso único —la aparición bajo esta figura—, que ya no se repitió posteriormente. Y si por esta razón decimos que el Espíritu Santo es menor que el Hijo, según esto habrá también que convenir en que los querubines son mucho mejores que Él, y tanto cuanto un águila es mejor que una paloma. Figura, en efecto, de águila tomaron los querubines. Mejores también los simples ángeles, que han aparecido muchas veces en figura de hombres. Pero no, no hay nada de eso. En verdad, una cosa es la realidad de la encarnación, y otra la condescendencia divina en una aparición pasajera. No seáis, pues, ingratos para con vuestro bienhechor, ni le paguéis con lo contrario a quien os ha abierto la fuente de la bienaventuranza. Porque donde se da la dignidad de la filiación divina, allí no puede existir mal ninguno, allí se nos dan juntos

todos los bienes.

EL BAUTISMO DE JESÚS PONE FIN AL DE JUAN

Por ello justamente, el bautismo judío cesa y empieza el nuestro. Lo que sucedió con la pascua, eso mismo sucede también con el bautismo. Allí, en efecto, celebrando el Señor las dos pascuas, a la una le puso término y dio principio a la otra; aquí también, al cumplir el bautismo judío, abrió las puertas de la Iglesia. Como en otro tiempo en una sola mesa, así aquí, en un solo río, Cristo está juntamente describiendo la sombra y realizando la verdad. Porque sólo el bautismo de Cristo contiene el don del Espíritu Santo; el de Juan nada tiene que ver con ese don. De ahí que ningún prodigio se cumple en ninguno de los otros bautizados; sí, solo al bautizarse Aquel que nos había de dar este bautismo. Con ello quiso el Señor que advirtierais, aparte lo ya dicho, que no fue la pureza del que bautizaba, sino la virtud del que era bautizado, la que hizo todo aquello. Sólo por Él se abrieron los cielos y descendió el Espíritu Santo. Porque, desde aquel momento, nos saca de la vida vieja a la nueva, nos abre las puertas de arriba, nos manda desde allí al Espíritu Santo y nos convida a nuestra patria celeste. Y no sólo nos convida, sino que, a la vez, nos otorga la máxima dignidad. Porque no nos hizo ángeles o arcángeles, sino hijos amados de Dios; de este modo nos conduce a aquella herencia celeste.

LLEVEMOS VIDA DIGNA DE NUESTRA DIGNIDAD

Considerando todo esto, llevemos vida digna del amor de quien nos ha llamado, digna de la vida misma del cielo, digna del honor que se nos ha concedido. Crucificados al mundo y crucificando en nosotros mismos al mundo, llevemos con toda perfección la vida misma del cielo. No porque vuestro cuerpo no haya sido aún transportado al cielo, penséis que tenéis aún nada que ver con la tierra. Vuestra cabeza —Cristo—, allí la tenéis ya sentada. Y por eso, cuando el Señor vino al mundo, se trajo acá consigo a los ángeles; luego te tomó a ti y se volvió a los cielos; para que aprendas que, aun antes de subir allí, es posible llevar en la tierra vida del cielo. Conservemos, pues, la nobleza que hemos recibido desde el principio, suspiremos cada día por los celestes palacios,

tengamos todo lo presente por sombra y sueño. Si un rey te hiciera de pronto hijo suyo —a ti, pobre mendigo—, a buen seguro que no te acordarías más de tu tugurio ni de su miseria. Y, sin embargo, no sería tanta la diferencia de un estado a otro. No penséis, pues, tampoco ahora en nada de vuestra vida pasada, pues mucho mejor es, aquello a que habéis sido llamados. El que os llama es el dueño soberano de los ángeles, los dones que os ofrece sobrepasan toda razón y toda inteligencia. Porque no te llama de tu tierra a otra tierra, como lo haría un rey de acá, sino de la tierra al cielo, de la naturaleza mortal a la gloria inmortal e inefable, que sólo entonces comprenderemos claramente cuando de ella gocemos. Cuando estáis, pues, destinados a participar de tan altos bienes, ¿aún os acordáis del dinero y os pegáis a las apariencias de acá, y no consideráis que todo lo visible es más vil que los harapos de un mendigo? ¿No os mostráis indignos del honor que se os ha concedido? ¿Y qué defensa podréis alegar? O, por mejor decir, ¿qué castigo no sufriréis si después de don tan alto volvéis al vómito? Porque ya no seréis castigados simplemente por haber pecado como hombres, sino como hijos de Dios, y la grandeza misma del honor recibido se os convertirá en motivo de mayor castigo. En verdad, tampoco nosotros castigamos del mismo modo a los esclavos y a los hijos, aun cuando se trate de las mismas faltas, señaladamente cuando han recibido grandes beneficios de nosotros. Ahora bien, si el que había obtenido por morada el paraíso, tantos males hubo de sufrir por un solo acto de desobediencia después del honor recibido, ¿qué perdón tendremos nosotros, a quienes se nos ha prometido el cielo mismo y hemos sido hechos coherederos con el Unigénito del Padre? ¿Qué perdón, repito, tendremos si después de recibir a la paloma corremos tras la serpiente?

Ya no se nos dirá como a Adán: *Tierra eres y a la tierra volverás; o aquello de: Con sudor trabajarás la tierra* (Gen 3,19; 4,12), ni lo otro que antes habla la Escritura, sino cosas mucho más terribles: las tinieblas exteriores, las cadenas irrompibles, el gusano venenoso, el crujir de dientes. Y con mucha razón. Porque quien con tan grande beneficio no se ha hecho mejor, bien merece sufrir el último y más duro suplicio. En otro tiempo, Elías abrió y cerró el cielo, pero sólo para que lloviera o no lloviera; mas para vosotros no se abre así el cielo, sino para que podáis subir a él; y no sólo para que subáis vosotros, sino para que llevéis, si queréis, también

a otros; tal confianza, tal autoridad, os ha dado el Señor en todas sus cosas. Nuestra casa está en el cielo; llevemos allí nuestros bienes. Así, pues, como tenemos en el cielo nuestra casa, allí hemos de depositar todas nuestras cosas, sin dejar aquí nada, para no exponernos a perderlas. Aquí, por más que eches la llave, y pongas puertas y cerrojos, y des tus órdenes a miles de criados, y te ganes sagazmente a tantos granujas, y logres esquivar las miradas de los envidiosos; aun cuando pudieras detener la acción destructora de la polilla y del tiempo —lo que es imposible—; por lo menos, jamás escaparás a la muerte, y en un abrir y cerrar de ojos se te arrebatará todo lo que tienes. Y no sólo se te arrebatará, sino que con frecuencia irá a parar a manos de tus mismos enemigos. Mas, si todo lo trasladas a tu casa del cielo, estarás al abrigo de todos esos trances. Allí no necesitas ni llaves ni puertas ni cerrojos: tal es la virtud de aquella ciudad, tan seguro es aquel lugar, inaccesible a toda corrupción y malicia.

LOCURA DE LOS QUE SÓLO PIENSAN EN ACUMULAR DINERO

¿Cómo no tener, pues, por locura suma acumularlo todo donde lo que se deposita se pierde y se corrompe, y no dejar ni la mínima parte allí donde ha de permanecer intacto y hasta acrecentarse? ¡Y eso que allí hemos de vivir por toda la eternidad! De ahí que los gentiles no crean en lo que decimos. Ellos quieren que les demostremos nuestra doctrina no por nuestras palabras, sino por nuestras obras. Pero, cuando nos ven construir magníficas casas, y plantar jardines, y levantar baños, y comprar campos, no pueden persuadirse que estamos preparando nuestro viaje a otra ciudad. Si así fuera —arguyen ellos—, venderían cuanto aquí poseen y lo depositarían allí de antemano, y así lo conjeturan por lo que suele suceder en la vida. Vemos, en efecto, que los grandes ricachones adquieren particularmente casas, campos y todo lo demás en las ciudades en que tienen intención de pasar la vida. Nosotros hacemos todo lo contrario; la tierra, que dentro de poco hemos de abandonar, nos matamos por poseerla, y por unas brazas más o por unos edificios, no sólo entregamos el dinero, sino nuestra misma sangre; mas para comprar el cielo nos cuesta trabajo dar aun lo superfluo de nuestras necesidades, y eso que a tan poco precio pudiéramos comprarlo, y habíamos de comprarlo, poseerlo

eternamente. Por eso, si allí vamos desnudos y pobres, sufriremos el último suplicio. Y lo sufriremos no sólo por nuestra pobreza, sino por haber hecho pobres a los otros. Porque cuando los paganos ven que quienes se han iniciado en tan altos misterios ponen todo su afán en lo terreno, ellos también lo abrazan con doblado ardor, con lo que no hacen sino acumular fuego sobre nuestra cabeza. Si, pues, quienes debiéramos enseñarles a despreciar todo lo visible, somos los primeros en excitar su codicia por ello, ¿cuándo podremos salvarnos, reos que somos de la perdición de los demás? ¿No habéis oído cómo Cristo nos dice que nos ha dejado para sal y luz del mundo? Tenemos que salar a los que se corrompen por la molicie e iluminar a los que por la preocupación de sus riquezas andan entre tinieblas. Ahora bien, si, en vez de eso, los empujamos más a las tinieblas y los hacemos más corrompidos, ¿qué esperanza nos queda de salvación? Ninguna absolutamente. No, entre gemidos, crujiendo de dientes y atados de pies y manos, después de haber sido bien atormentados aquí por las preocupaciones de las riquezas, iremos a parar al fuego del infierno.

EXHORTACIÓN FINAL: ROMPAMOS LAS CADENAS DE LA AVARICIA

Considerando, pues, todo esto, rompamos las cadenas todas de ese engaño a fin de no caer en aquellos pecados, que nos conducirían sin remedio al fuego inextinguible. El que ahora es esclavo de las riquezas y arrastra las cadenas de la avaricia, allí será también reo de cadenas eternas; mas el que está libre de esta pasión, gozará de doble libertad, la de aquí y la de allí. Pues, para que también nosotros la alcancemos, rompamos el duro yugo de la avaricia y levantemos al cielo nuestro vuelo, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 13

Entonces fue Jesús conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo (Mt 4,1ss).

POR QUÉ PERMITE DIOS QUE SEAMOS TENTADOS

Entonces... ¿Cuándo? Después de bajar el Espíritu Santo, después de oírse aquella voz venida del cielo que decía: *Éste es mi Hijo amado, en quien me he complacido* (Mt 3,17). Y lo de verdad maravilloso es que le lleva el Espíritu Santo —así afirma expresamente el evangelio—. Y es que, como el Señor todo lo hacía y sufría para nuestra enseñanza, quiso también ser conducido al desierto y trabar allí combate contra el diablo, a fin que los bautizados, sí después del bautismo sufren mayores tentaciones, no se turben por ello, como si fuera cosa que no era de esperar. No, no hay que turbarse, sino permanecer firme y soportarlo generosamente como la cosa más natural del mundo. Si tomaste las armas, no fue para estarte ocioso, sino para combatir. Y ésa es la razón por la que Dios no impide que nos acometan las tentaciones. Primero, para que te des cuenta que ahora eres ya más fuerte. Luego, para que te mantengas comedido y humilde y no te engrías por la grandeza de los dones recibidos, pues las tentaciones pueden muy bien reprimir tu orgullo. Aparte de eso, aquel malvado del diablo, que acaso duda de si realmente le has abandonado, por la prueba de las tentaciones puede tener certidumbre plena que te has apartado de él definitivamente. Cuarto motivo: las tentaciones te hacen más fuerte que el hierro mejor templado. Quinto: ellas te dan la mejor prueba de los preciosos tesoros que se te han confiado. Porque, si no te hubiera visto el diablo que estás ahora constituido en más alto honor, no te hubiera atacado. Por lo menos al principio, si acometió a Adán, fue porque le vio gozar de tan grande dignidad. Y, si salió a campaña contra Job, fue porque le vio coronado y proclamado por el Dios mismo del universo. —Entonces, ¿por qué dice más adelante el Señor: *Orad para que no entréis en tentación*? (Mt 26,41) —Por la misma razón que el evangelio no te presenta simplemente a Jesús camino del desierto, sino conducido allí conforme a la razón de la economía divina. Con lo que nos da a entender que no debemos

nosotros adelantarnos a la tentación; mas, si somos a ella arrastrados, mantenernos firmes valerosamente.

LOS BIENES QUE NOS TRAE EL AYUNO

Y mirad a dónde, apoderándose de le conduce al Señor el Espíritu Santo; no a una ciudad ni a una plaza pública, sino al desierto. Y es que, como el Señor quería atraer al diablo a este combate, le ofrece la ocasión no sólo por el hambre, sino por la condición misma del lugar. Porque suele el diablo atacarnos particularmente cuando nos ve solos y concentrados en nosotros mismos.

Así atacó al principio a la mujer, al sorprenderla sola y hallarla sin la compañía de su marido. Porque, cuando nos ve con otros y que formamos un cuerpo, no tiene el diablo tanta audacia ni se atreve a acometernos. Por esta razón siquiera, por no ser presa fácil del diablo, hemos de procurar congregarnos con frecuencia. Hallándole, pues, al Señor en el desierto, y desierto inaccesible —y que así fuera lo declaró Marcos al decir que *estaba con las fieras* (Mc 1,13) —, mirad con cuánta astucia y malicia se le acerca y qué momento tan oportuno escoge. Porque no se le acerca cuando ayuna, sino cuando tiene ya hambre. Por ahí has tú de caer en la cuenta de cuán grande bien es el ayuno, cómo él constituye nuestra mejor arma contra el diablo, y cómo, en fin, después del bautismo no hemos de entregarnos al placer, a la embriaguez y a la gula, sino al ayuno. Porque, si el Señor ayunó, no fue porque tuviera Él necesidad del ayuno, sino para enseñárnoslo a nosotros. Nuestra servidumbre del vientre fue la causa de nuestros pecados antes del bautismo. Pues bien, como un médico que ha curado a un enfermo le manda que no haga nada de aquello que le acarreó la enfermedad, así también aquí introdujo el ayuno después del bautismo. Pues fue así que la intemperancia del vientre arrojó a Adán del paraíso, y desencadenó el diluvio en tiempo de Noé, e hizo bajar los rayos del cielo contra los sodomitas. Porque, si bien es cierto que la culpa de estos últimos fue de fornicación, sin embargo, la raíz de uno y otro castigo de ahí nació. Que es lo que Ezequiel daba a entender cuando decía: *Sin embargo, ésta fue la iniquidad de Sodoma: que se entregaron a la molicie en orgullo, en hartazgo de pan y en prosperidades* (Ex 16,49). De este modo también los judíos cometieron los más grandes pecados, viniendo a parar, de la embriaguez y de la glotonería, a la iniquidad.

Justamente para mostrarnos los remedios de salvación, ayuna el Señor durante cuarenta días, y si no pasa adelante, es para evitar que, por el exceso del milagro, se le viniera a negar fe a la verdad de la encarnación [34]. Ahora no podía haber lugar a ello, puesto que ya antes Moisés y Elías, fortalecidos por la virtud de Dios, habían alcanzado ese mismo término.

Si el Señor hubiera seguido adelante, muchos hubieran tomado de ahí argumento para no creer que hubiera Él tomado verdadera carne.

LA PRIMERA TENTACIÓN: "HAZ QUE ESTAS PIEDRAS SE CONVIERTAN EN PAN"

Habiendo, pues, ayunado cuarenta días y cuarenta noches, luego tuvo hambre. Así da el Señor ocasión al enemigo para que se le acerque, a fin de trabar con él combate y mostrarnos cómo hemos también nosotros de dominarle y vencerle. Es lo mismo que hacen los atletas. Éstos, para enseñar a sus alumnos cómo han de dominar y vencer a sus contrarios*, traban voluntariamente combate con otros y les ofrecen ocasión de ver, en los cuerpos mismos de los contrarios, cómo han ellos de alcanzar la victoria. Lo mismo exactamente que hizo el Señor en el desierto. Como quería atraer al demonio a este encuentro, primero le hizo conocer su hambre, luego le consintió que se le acercara, y, ya que le tuvo a su lado, le derribó una, dos y tres veces con la facilidad que propia de Él. Y como de pasar por alto algunas de esas victorias pudiéramos menospreciar vuestro provecho, vamos a empezar por el primer ataque y examinar uno por uno todos los otros.*

Una vez, pues, que tuvo hambre, dice el evangelio, se le acercó el tentador y le dijo: *Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan.* Como el diablo había oído la voz venida del cielo, que decía: *Éste es mi Hijo amado*; como había también oído a Juan, que tan alto testimonio daba de Él, y, por otra parte, le veía hambriento ahora, se hallaba perplejo y ni podía creer fuera puro hombre aquel de quien tales cosas se decían, ni le cabía tampoco en la cabeza que fuera Hijo de Dios el que veía ahora hambriento. Como quien está, pues, perplejo, sus palabras son también ambiguas. Y como a Adán, al principio, se le acerca y compone lo

[34] Es decir, que se creyera no había tomado verdadera carne, sujeta a las necesidades naturales de comer y beber.

que no es para saber lo que es; así también, aquí, al no saber claramente el misterio inefable de la encarnación ni quién era el que tenia allí delante, intenta tender otros lazos, con los que pensaba saber lo que para él estaba escondido y oscuro. ¿Y qué dice? *Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan*. No dijo: "Como tienes hambre", sino: *Si eres Hijo de Dios*, pensando captárselo por la alabanza. Calla el astuto lo del hambre, pues no quiere dar la apariencia que se lo echa en cara y le injuria con ello. Y es que, como ignoraba la grandeza de la economía divina, creía que tener hambre había de ser vergonzoso para Cristo. De ahí que, para adularle, sólo le recuerda su dignidad de Hijo de Dios.

NO DE SÓLO PAN VIVE EL HOMBRE

¿Qué responde, pues, Cristo? Para reprimir la soberbia del demonio y demostrar que no era vergonzoso ni indigno de su sabiduría lo que le pasaba, lo que él para adularle se callaba, eso es lo primero que Él aduce y pone delante, diciendo: *No de solo pan vive el hombre*. Por donde se ve que empieza por la necesidad del vientre. Pero vosotros considerad, os ruego, la astucia de aquel maligno demonio y cómo inicia sus ataques y no se olvida de sus viejas mañas. Por los mismos pasos por los que había al principio arrojado al primer hombre del paraíso y le había envuelto en otros males infinitos, por ahí traza también aquí su embuste, es decir, por la intemperancia del vientre. Así, también ahora es fácil oír a algunos insensatos contar los males infinitos que vienen del vientre. Pero Cristo, para mostrar que a un hombre virtuoso no puede esta tiranía forzarle a cometer acción alguna inconveniente, sufre Él mismo hambre y no obedece a la sugestión del demonio, con lo que nos enseña a no hacer en nada caso del mismo. Como por ahí ofendió a Dios el primer hombre y transgredió la ley, Cristo nos enseña con creces que, aun cuando lo que nos mandara el demonio no fuera transgresión, ni aun así hemos de hacerle caso. ¿Y qué digo transgresión? Aun cuando los demonios —nos dice— os dieran un consejo útil, ni aun así les prestéis atención. De este modo, por lo menos, los hacía Él enmudecer cuando le proclamaban por Hijo de Dios (Lc 4,35). Y Pablo, a su vez, les increpaba, cuando gritaban eso mismo, no obstante ser útil lo que decían. Pero quería a todo trance deshonrarlos y alejar toda

asechanza contra nosotros; de ahí que, aun predicando verdades saludables, los perseguía, tapándoles las bocas y obligándoles a guardar silencio (Hechos 16,18). Por eso tampoco aquí accedió Cristo a su sugestión; mas ¿qué dice? *No de* solo *pan vive el hombre.* Que es como si dijera: Dios puede alimentar al hambriento con sola su palabra. Y alega el testimonio del Antiguo Testamento, enseñándonos que, por más hambre que tengamos, por más que padezcamos cualquier otra calamidad, jamás hemos de apartarnos de nuestro Dueño soberano.

Mas, si alguno dijera que debió entonces Cristo haber hecho una demostración de sí mismo, le preguntaríamos por qué y para qué. El diablo no le decía aquello porque quisiera creer, sino para argüirle, según él se imaginaba, a Él mismo de incredulidad. Así había engañado a nuestros primeros padres, que realmente no demostraron muy grande fe en Dios, Porque, prometiéndoles el diablo lo contrario de lo que Dios les dijera y habiéndolos hinchado de vanas esperanzas, los empujó a la incredulidad, y así los despojó de todos los bienes que poseían. Pero Cristo se muestra como quien es al no acceder entonces al demonio ni más tarde a los judíos, que, inspirados de los mismos pensamientos que ahora el demonio, le pedían milagros. Y en uno y otro caso nos enseña que, aun cuando esté en nuestra mano hacer algo, jamás lo hagamos sin razón y motivo; al diablo, sin embargo, ni en extrema necesidad le obedezcamos.

LA SEGUNDA TENTACIÓN: "ARRÓJATE ABAJO"

¿Qué hace, pues, aquel maldito después de su derrota? Como, no obstante el hambre del Señor, no había podido persuadirle a hacer lo que le mandaba, pasa a tenderle otro lazo, diciéndole: *Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Porque escrito está: A sus ángeles mandará sobre ti y en sus palmas te levantarán* (Salmo 90,11). ¿Cómo es que el diablo inicia cada tentación con las palabras *Si eres Hijo de Dios*? Lo que hizo con nuestros primeros padres, eso mismo hace aquí. Allí calumnió a Dios, diciéndoles: *No, el día mismo en que comiereis, se os abrirán ojos* (Gen 3,5). Con lo que les quería dar a entender que habían sido engañados y estaban ilusos, y que no le debían beneficio ninguno. Aquí también viene a significar lo mismo, como si le dijera al Señor: "Vanamente

te ha dado Dios nombre de Hijo, y te ha burlado con semejante don. Y, si esto no es así, dame la prueba que tú tienes el poder que corresponde al Hijo de Dios". Luego, como le había antes contestado Cristo con un texto de las Escrituras, también él alega ahora el testimonio del profeta. ¿Cómo, pues, no se irritó ni se indignó Cristo, sino que nuevamente, con modestia, le contesta por otro texto de las Escrituras, diciendo: No *tentarás al Señor, Dios tuyo?* (Deut 6,16). Es que quería enseñarnos que al diablo hay que vencerle no por medio de milagros, sino por la paciencia y la longanimidad, y que, por otra parte, nada absolutamente debemos hacer por ostentación y ambición de gloria. Pero considerad también la insensatez del diablo por el texto mismo que alega. Los testimonios de la Escritura presentados por el Señor fueron, uno y otro, dichos perfectamente a propósito; pero los del tentador fueron traídos al azar y vengan como vinieren. Y, naturalmente, no vinieron a propósito. Efectivamente, que esté escrito: *A sus ángeles mandará acerca de ti,* no es exhortar a que nos arrojemos por un precipicio. Y, por lo demás, el texto no fue dicho primeramente sobre el Señor. Sin embargo, en esta ocasión no le discute eso el Señor, a pesar de haberse servido tan groseramente de la palabra divina y hasta dándole un sentido contrario. Porque nadie pide semejante cosa del Hijo de Dios. Arrojarse precipicio abajo, propio es del diablo y de sus compañeros; de Dios, levantar incluso a los caídos. Y, si Cristo había de mostrar su poder, no sería precipitándose y despeñándose a sí mismo sin razón ni motivo, sino salvando a los demás. Despeñarse a sí mismo por barrancos y precipicios, propio es de la cohorte del demonio. Por lo menos, eso es lo que hace su principal postor. Cristo, no obstante todas estas sugestiones, no se descubre por entonces a sí mismo, sino que habla con el diablo como simple hombre. Sus palabras en efecto: *No de solo pan vive el hombre*, y las de: *No tentarás al Señor, Dios tuyo*, no son de quien se revela demasiado a sí mismo, sino de quien se muestra como uno de tantos.

"AL SEÑOR DIOS TUYO ADORARÁS"

Y no os maravilléis que, hablando con Cristo, se vuelva y revuelva muchas veces el demonio. Es como en un combate de lucha libre. Cuando un luchador ha recibido unos golpes certeros, anda dando vueltas, bañado por todas partes en sangre y presa de

vértigo. Así aquí: presa el diablo de vértigo por el primero y segundo golpes, habla ya al azar y lo que le viene a la boca, y pasa a su tercera arremetida: *Y, llevándole a un monte elevado, le mostró todos los reinos de la tierra y le dijo: Todo esto te daré si, postrado en tierra, me adorares*. *Entonces le dice: ¡Atrás, Satanás! Porque está escrito: Al Señor Dios tuyo adorarás y a él solo, servirás*. El pecado era ya contra su Padre, pues el diablo se arroga todo lo que pertenece a Dios y pretende declararse a sí mismo Dios, como si fuera creador del universo. De ahí que ahora Cristo le increpa: ¡Atrás, Satanás! Y todavía no lo hace con mucha vehemencia, pues le dice simplemente: ¡Atrás, Satanás! Lo cual más suena a mandato que a increpación. Como quiera, apenas le dijo: *¡Atrás!,* le hizo huir y ya no se nos habla de nuevas tentaciones.

DIFICULTAD EXEGÉTICA SOBRE SAN LUCAS. LAS TENTACIONES CAPITALES

¿Y cómo dice Lucas que consumó el diablo toda tentación? A mi parecer, porque, habiendo hablado de las principales tentaciones, a éstas dio nombre de todas, como quiera que las demás están incluidas en ellas. En verdad, ser esclavo del vientre, obrar por vanagloria y sufrir la locura del dinero, son cosas que comprenden en sí infinitos males. Muy bien se lo sabía aquel maldito, y por eso pone al fin la pasión más fuerte de todas: la codicia de tener cada vez más. De muy arriba, desde el principio, sentía él como dolor de parto por llegar ahí, pero lo guardaba para lo último, como el más fuerte golpe que le pensaba asestar al Señor. Es ésta una vieja forma suya de luchar: dejar para lo postrero lo que mejor puede derribar a su víctima. Así lo hizo con Job. Y así también aquí: empezando por lo que parecía más despreciable y débil, fue avanzando hacia lo más fuerte. ¿Cómo hay, pues, que vencerlo? Del modo que Cristo nos ha enseñado: refugiándonos en Dios, sin abatirnos por el hambre, pues tenemos fe en el que puede alimentarnos con sola su palabra, y sin tentar, en los bienes mismos que hemos recibido, al mismo que nos los ha dado. Contentémonos con la gloria del cielo y no hagamos caso alguno de la humana. Despreciemos en todo momento lo superfluo a nuestra necesidad. Nada, en efecto, nos somete tanto al diablo como el ansia de poseer siempre más y más; nada tanto como la pasión de la

avaricia. Fácil es verlo por lo que ahora mismo está sucediendo. Porque también ahora hay quienes dicen. “Todo esto te daremos si, postrado en tierra, nos adoras”. Cierto que éstos son hombres por naturaleza, pero se han convertido en instrumentos del demonio. Porque tampoco a Cristo, en su vida mortal le atacó sólo por sí mismo, sino también por medio de ministros suyos. Es lo que declaró Lucas cuando dijo que *se retiró de Él hasta otra ocasión* (Lc 4,13), dando a entender que, después de esto, le atacó también por medio de instrumentos suyos.

IMITEMOS A JESÚS EN NUESTRA LUCHA CONTRA EL DIABLO

Y he aquí que ángeles se le acercaron y le servían. Mientras duró la batalla, no dejó que aparecieran los ángeles, con el fin de no espantar la caza; mas, una vez que confundió en todo al enemigo y le obligó a emprender la fuga, entonces aparecieron aquéllos. Aprended de ahí que también a vosotros, después que hayáis vencido al diablo, os recibirán los ángeles entre aplausos y os acompañarán por dondequiera como una guardia de honor. De este modo, en efecto, se llevaron los ángeles a Lázaro, salido que hubo de aquel horno ardiente de la pobreza, del hambre y de la estrechez más extrema. Ya os lo he dicho antes: muchas son las cosas que aquí muestra Cristo que hemos de aprovecharnos nosotros. Como quiera, pues, que todo esto ha sucedido por nosotros, emulemos e imitemos también su victoria. Si se nos acerca uno de esos servidores que tiene el demonio, y que piensan como él, para provocarnos y decirnos: "Si eres hombre admirable y grande, traslada de sitio esta montaña", no nos turbemos ni escandalicemos. Respondamos con moderación y con las mismas palabras que oímos pronunciar al Señor: *No tentarás al Señor, tu Dios.* Si nos pone delante la gloria y el poder, si nos ofrece incontables riquezas a condición que le adoremos, mantengámonos valerosamente firmes. Porque no se contentó el diablo con tentar a nuestro Señor. Cada día emplea sus mismas artes con cada uno de sus siervos, no sólo en los montes y soledades, sino también en las ciudades, en las plazas públicas, en los tribunales; y no sólo nos ataca directamente él mismo, sino valiéndose también de hombres de nuestro mismo linaje. ¿Qué tenemos, pues, que hacer? No creerle para nada, taparnos los

oídos, aborrecer sus adulaciones y darle valientemente la espalda tanto más cuanto mayores promesas nos haga. A Eva, cuanto más la levantó con locas esperanzas, más profundamente la derribó y mayores males le acarreó. Es nuestro enemigo implacable y nos tiene declarada permanente guerra. Es mayor el empeño que él pone por nuestra perdición, que el que nosotros ponemos por nuestra salvación. Rechacémosle, pues, no sólo con palabras, sino también con obras; no sólo con la intención, sino también con la acción. No hagamos nada de lo que el diablo quiere, y así haremos todo lo que quiere Dios. Mucho, en efecto, nos promete; pero no para dar, sino para quitar. Promete del robo para arrebatarnos el reino de los cielos y su justicia. Promete en la tierra tesoros, que son lazos y redes, a fin de privarnos de ésos y de los cielos Quiere que seamos ricos aquí, para que no lo seamos después.

EL EJEMPLO DE JOB

Y si por medio de la riqueza no puede quitarnos nuestra herencia del cielo, entonces recurre la vía de la pobreza. Así lo hizo con Job. Pues como vio que ningún daño le había hecho la riqueza, le arma la red de la pobreza, con la esperanza que en ésta, sí, lo capturaría. ¿Puede haber nada más insensato? Porque quien pudo usar la riqueza con moderación, mucho mejor llevaría generosamente la pobreza. Y el que no codiciaba las riquezas que tenía presentes, mucho menos buscaría las ausentes, como realmente no las buscó aquel varón bienaventurado. Porque las riquezas pudo, sí, quitárselas a Job aquel maligno demonio; pero el amor para con Dios, no sólo no se lo quitó, sino que se lo fortaleció más y, habiéndole desnudado de todo, le hizo florecer en más copiosos bienes.

Así es que el demonio estaba perplejo; cuantos más golpes le asestaba, más fuerte le veía. Por eso justamente, después de atacarle y probarle por todos los lados, como viera que nada adelantaba, corrió a utilizar su antigua arma, la mujer. Le pone la máscara de la solicitud, enumera trágica y lastimosamente las calamidades del santo varón y finge darle aquel funesto consejo que nos habla el sagrado texto con el fin de librarle de ellas (Job 2,9ss). Pero ni aun así logró la victoria, pues aquel admirable varón se dio cuenta del cebo que se le ponía y, con gran prudencia, hizo enmudecer a la mujer que le hablaba con palabras de demonio.

IMITEMOS LA CONDUCTA DE JOB

Eso mismo hemos de hacer nosotros. Si un hermano, si un amigo, por leal que nos parezca; si la mujer misma o cualquiera otro de nuestros más allegados nos desliza y nos aconseja algo que no conviene, no hemos de aceptar el consejo en atención a la persona, sino rechazar a ésta por razón del funesto consejo que nos viene a dar. Porque aun ahora suele el demonio obrar como con Job, y se pone la máscara de la compasión. Se nos presenta aparentemente como amigo; pero sus palabras son perniciosas y más funestas que el peor de los venenos. Porque propio es del demonio halagar para dañar; castigar, sin embargo, para nuestro provecho, sólo pertenece a Dios. No nos dejemos, pues, engañar. No busquemos a todo trance una vida cómoda. *Porqué a quien el Señor ama* —dice la Escritura— le *castiga* (Prov 3,12). De suerte que si, viviendo en pecado, gozamos de prosperidad, entonces es cuando más debiéramos llorar. Siempre han de temer los que pecan; pero, más que nunca, cuando no sufren mal alguno. Porque cuando Dios, poco a poco, nos va imponiendo el castigo, no hace sino aligerar nuestra cuenta; pero cuando pacientemente aguanta todos nuestros pecados, es que nos reserva, si nos obstinamos en ellos, para grande castigo. Si la tribulación es necesaria a los que obran bien, mucho más a los que pecan. Mirad, si no, qué paciencia tuvo Dios con el Faraón y cómo luego pagó todos sus pecados juntos: cuánto pecó Nabucodonosor, y cómo al cabo lo pagó también todo; y cómo aquel rico del Evangelio, que aquí no tuvo que sufrir mal alguno, por eso mismo fue más desgraciado, pues tras esta vida de delicias pasó a la otra a sufrir el castigo de todos sus pecados, allí donde ya no es posible hallar alivio ninguno para los males.

INSENSATEZ DE LOS QUE SÓLO MIRAN A LO PRESENTE

Sin embargo, hay algunos tan fríos e insensatos, que sólo aspiran a lo presente y van cacareando necedades como éstas: Por ahora sólo quiero gozar de todo lo presente. Ya miraremos luego sobre lo por venir, que es incierto. Por ahora, quiero dar gusto a mi vientre, ser esclavo de los placeres, usar y abusar de la vida presente. Dame el día de hoy y toma para ti el de mañana. ¡Oh demencia suprema! ¿Y en qué se diferencian los que así

hablan, de los machos cabríos y de los puercos? Porque, si a los que relinchan tras la mujer de su prójimo no consiente el profeta (Jer 5,8) que se los tenga por hombres, ¿quién nos culpará de llamar machos cabríos y puercos y más insensatos que asnos a los que tienen por incierto lo que es más claro que lo que se ve por los ojos? Y, si a ninguna otra prueba quieres dar fe, acércate por lo menos a los espíritus atormentados, los mismos que no tienen otra ocupación que la de dañarnos en todo cuanto hacen y dicen. Porque no me negarás ciertamente que toda acción de los demonios se dirige a aumentar nuestra tibieza, a destruir en nosotros el temor del infierno, a quitarnos la fe en el tribunal divino. Sin embargo, los que tales intentos tienen, muchas veces, por sus gritos y alaridos, han tenido que pregonar los tormentos del infierno. ¿De dónde procede, pues, que eso digan y sus palabras estén en contradicción con sus intentos? De ninguna otra parte sino que se ven forzados a ello por fuerza mayor. Por su voluntad jamás quisieran confesar ni que son atormentados por hombres muertos ni que sufren en absoluto mal ninguno. Ahora bien, ¿a qué propósito estoy diciendo todo esto? Pues para decirte que los demonios, que no quisieran que se creyera en el infierno, confiesan la existencia del infierno; y tú, que gozas del alto honor de tomar parte en misterios inefables, no imitas, no, a los demonios y te has hecho más obstinado que ellos.

NECESIDAD DEL PREMIO Y DEL CASTIGO DESPUÉS DE LA VIDA PRESENTE

— ¿Y quién —me objetarás— ha venido del infierno para contarnos todo eso? — ¿Y quién ha bajado del cielo para decirnos que hay un Dios que ha creado todas las cosas? Y que tenemos un alma, ¿cómo lo sabemos? Porque, si sólo vas a creer en lo que ves, tendrás que dudar de Dios, de los ángeles, de tu inteligencia y de tu alma, y adiós entonces dogmas todos de la verdad. Pero no. Si hay que creer en lo evidente, más bien has de creer en lo que no ves que en lo que ves. Mi proposición parece paradójica, y, sin embargo, es cierta y está perfectamente admitida por cuantos tienen inteligencia. En efecto, los ojos muchas veces se engañan, no sólo en las cosas no visibles (pues éstas no caen siquiera en su dominio), sino en las mismas que parece estamos viendo. La distancia, la atmósfera, nuestra atención dirigida a otra parte, la ira,

la preocupación y tantas cosas más nos impiden la exactitud de la visión. En cambio, la razón de nuestra alma, como reciba la luz de las divinas Escrituras, es criterio más exacto, criterio realmente infalible de las cosas. No nos engañemos vanamente a nosotros mismos; no queramos, aparte la indolencia de la vida que tales doctrinas engendran, amontonar por esas mismas doctrinas más terrible fuego sobre nosotros mismos. Porque, si no hay juicio ni hemos de dar cuenta de nuestras acciones, tampoco hemos de recibir galardón alguno por nuestros trabajos. Considerad adónde van a parar vuestras blasfemias cuando decís que Dios justo, misericordioso y bueno ha de despreciar tantos trabajos y sudores. ¿Qué razón puede admitir tal absurdo?

SE DEMUESTRA POR EJEMPLOS HUMANOS

Y ya que no por otras razones, consideradlo siquiera por lo que pasa en vuestra misma casa, y comprenderéis lo absurdo de aquella afirmación. Por muy crueles e inhumanos que yo os pudiera suponer, aun cuando fuerais más feroces que las mismas fieras, vosotros no consentiríais al morir dejar sin recompensa a un esclavo que os ha servido con amor, sino que le daríais libertad y hasta le galardonaríais con dinero. Y como ya en adelante, salidos de este mundo, ningún bien le podríais hacer, lo recomendaríais a vuestros herederos, rogándoles y suplicándoles, no dejando, en fin, piedra por mover, a fin que vuestro leal servidor no quede sin su recompensa. Pues si vosotros, *que sois malos* (Lc 11,13), tan buenos y amorosos os mostráis con vuestros esclavos, Dios, que es bondad infinita **y** amor inefable; Él, que es la benignidad misma, ¿dejará sin corona a sus propios siervos; a un Pedro, Pablo, Santiago y Juan; a los que día tras día sufrieron por su amor hambre, fueron por su amor encarcelados, sufrieron naufragios, fueron arrojados a las fieras, murieron por Él y sufrieron, en fin, cuanto no es posible enumerar? El presidente de los juegos olímpicos proclama y corona al campeón, el amo recompensa con los bienes que puede a su criado, el emperador a sus soldados, y todo el mundo a quienquiera le presta servicio; y Dios, sólo Él, ¿no ha de dar bien alguno, ni chico ni grande, a sus servidores después de tanto sudor y fatiga? ¡Luego aquellos grandes justos y piadosos, aquellos que practicaron toda virtud, correrán la misma suerte que

los adúlteros, parricidas, asesinos y ladrones! ¿Dónde pudiera hallarse razón para esta enormidad? Porque, si nada hemos de encontrar al término del viaje de esta vida, si todo termina para nosotros con lo presente, la misma suerte correrán aquéllos y éstos; o, por mejor decir, ni siquiera puede decirse la misma. Después de esta vida, sí, siguiendo tu razonamiento, todo sería igual para unos y otros; pero aquí, unos pasan su vida entera entre placeres, y otros entre tormentos. Ahora bien, ¿qué tirano, qué hombre cruel y sin entrañas tomó determinación semejante sobre sus servidores y súbditos? ¡Mirad el colmo del absurdo y a dónde va a parar semejante modo de pensar! Si no por otras, pues, convencidos por estas razones, desechad esa perversa opinión, huid la maldad y abrazaos con los trabajos de la virtud, y entonces veréis claramente que no todo termina para nosotros con la presente vida.

QUIÉN NOS HA DICHO LO QUE HAY DESPUÉS DE LA VIDA

Y si alguno os preguntare: — ¿Quién ha venido del otro mundo para contarnos lo que hay allá?, vosotros le responderéis: — Hombre no ha venido ninguno, pues tampoco se le hubiera creído. Todo el mundo pensaría que aumentaba y exageraba la cosa. Quien ha venido a contárnoslo con absoluta precisión ha sido el Señor mismo de los ángeles. ¿Qué necesidad tenemos, pues, de un hombre, cuando el mismo que nos ha de pedir cuentas está clamando todos los días que ha preparado un infierno, no menos que un reino de los cielos, y de ello nos da las pruebas más patentes?

POR QUÉ DIOS UNAS VECES CASTIGA Y OTRAS NO EN ESTA VIDA

En efecto, si no hubiera de haber absolutamente juicio, tampoco castigaría Dios a nadie en esta vida. En verdad, ¿qué razón de ser tendría que unos malvados fueran castigados y otros escaparan a todo castigo? Porque, si Dios no es aceptador de personas, como realmente no lo es, ¿cómo se explicaría que a uno le impusiera castigo y a otro le dejara salir indemne de este mundo? Esta dificultad es aún más grave que la otra. Mas, si queréis escucharme con un poco de benevolencia, también ésta os la

quiero resolver. ¿Cuál es, pues, la solución? La solución es ésta: Dios no castiga a todos en este mundo para que no desesperéis de la resurrección ni deis por hecho ya el juicio, como si ya hubieran dado todos aquí cuenta; pero tampoco deja que todos salgan de este mundo sin castigo, para que no penséis que todo se rige por puro azar. Dios castiga y no castiga. Por los que castiga nos hace ver que, aun a los aquí castigados, les ha de pedir allí cuenta; y por los que no castiga, te dispone a creer que, después de la vida, hay un terrible tribunal. Si nada en absoluto le importara la presente vida, ni castigaría a nadie ni a nadie tampoco haría beneficios. Pero la verdad es que ante nuestros ojos, por amor nuestro, ha tendido el cielo y encendido el sol, y cimentado la tierra, y derramado los mares, y desplegado la atmósfera, y ordenado el curso de la luna, y puesto a las estaciones del año sus leyes inmutables. Vosotros veis cómo todo el universo sigue puntualmente su carrera a la más leve seña que Él le hace. Así nuestra propia naturaleza, los animales irracionales, los que se arrastran y los que caminan, los que vuelan y los que nadan; los de los lagos, los de las fuentes, los de los ríos, los de los montes, los de los bosques, los de las casas, los del aire, los de los llanos; las plantas, las semillas, los árboles: los silvestres, los de cultivo, los fructíferos y los estériles; todo, en una palabra, movido por aquella mano infatigable, está puesto al servicio de nuestra vida, no sólo para satisfacer nuestra necesidad, sino también para servir a nuestro honor. Contemplando, pues, un orden tan maravilloso —del que sólo mínima parte os he explicado —, ¿cómo osaríais decir que quien tales y tantas cosas ha hecho por nuestro amor nos ha de abandonar en lo más importante y dejarnos yacer, después de la muerte, tendidos entre asnos y cerdos? Y después de haberte honrado con dádiva tan alta como la de la religión, por la que te ha hecho semejante a los ángeles, ¿va a despreciar y no hacer caso de nuestros infinitos trabajos y sudores? ¿Y qué razón pudiera haber para ello? Tan evidentes son estas verdades, más claras que los rayos mismos del sol, que, si nosotros calláramos, gritarían las piedras.

EXHORTACIÓN FINAL: PENSEMOS EN EL TERRIBLE TRIBUNAL DE DIOS

Considerando, pues, todas estas verdades, y persuadidos en lo íntimo de nuestra alma que después del viaje de la presente vida

hemos de presentarnos ante el terrible tribunal de Dios, y dar cuenta de todas nuestras acciones y sufrir el castigo, si nos obstinamos en el pecado, así como gozaremos de coronas inmarchitas y de bienes inefables con que queramos atender un poco a nosotros mismos; cerremos la boca a los que en esto nos contradijeren y por nuestra parte escojamos el camino de la virtud. Así lograremos, salidos de este mundo, presentarnos con la debida confianza al tribunal de Dios y alcanzar los bienes que nos han sido prometidos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 14

Pero como oyera Jesús que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea, etc. (Mt 4,12ss).

POR QUÉ SE RETIRA JESÚS AL SER ENCARCELADO JUAN

— ¿Por qué se retira el Señor otra vez? —Para enseñarnos a no arrojarnos nosotros temerariamente a las tentaciones, sino saber ceder y retirarnos. Porque no se nos puede culpar que no nos precipitemos voluntariamente al peligro, sino de que, venidos a él, no nos mantengamos firmes valerosamente. Para darnos, pues, esta lección y juntamente para mitigar la envidia de los judíos, se retira el Señor a Cafarnaúm. Por otra parte, no sólo iba a cumplir la profecía de Isaías que nos habla el evangelista, sino que tenía interés en pescar a los que habían de ser maestros de toda la tierra, pues en Cafarnaúm vivían de su profesión de pescadores. Pero considerad, os ruego, cómo en toda ocasión en que tiene el Señor que marchar a los gentiles, son los judíos quienes le dan motivo para ello. Aquí, en efecto, por haber tendido sus asechanzas contra el Precursor y haberlo metido en la cárcel, empujan al Señor a que pase a la Galilea de las naciones. Porque el profeta no habla aquí de una parte del pueblo judío, ni alude, tampoco, a todas las tribus; mirad más bien cómo define y determina aquel lugar —la Galilea de las naciones—, diciendo así: *Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, el camino del mar en la Transjordania, Galilea de las naciones: El pueblo sentado en las*

tinieblas vio una luz grande (Is 4,1-2). Tinieblas llama aquí el profeta no a las tinieblas sensibles, sino al error y la impiedad. De aquí que añade: *A los sentados en la región y sombras de la muerte una luz les ha salido*. Para que os dierais cuenta que ni la luz ni las tinieblas son aquí las tinieblas y luz sensible, hablando de la luz, no la llamó así simplemente, sino Luz grande, la misma que en otra parte llama la Escritura luz verdadera (Juan 1,9); y, explicando las tinieblas, les dio nombre de *sombras de la muerte*. Luego, para hacer ver que no fueron ellos quienes, por haberle buscado, encontraron a Dios, sino éste quien del cielo se les apareció: *Una luz* —dice— *salió para ellos*, es decir, la luz misma salió y brilló para ellos, no que ellos corrieran primero hacia la luz. En verdad, antes de la venida de Cristo, la situación del género humano era extrema. Porque no solamente caminaban los hombres entre tinieblas, sino que estaban sentados en ellas, que es señal de no tener ni esperanza de salir de ellas. Como si no supieran por dónde tenían que andar, envueltos por las tinieblas, se habían sentado en ellas, pues ya no tenían fuerza ni para mantenerse en pie.

EMPIEZA LA PREDICACIÓN DE JESÚS

Desde aquel momento empezó Jesús a predicar y decir: Arrepentíos, porque está cerca el reino de los cielos.

—*Desde aquel momento...* ¿Cuándo? —Desde que Juan fue encarcelado. — ¿Y por qué no predicó Jesús desde el principio? ¿Qué necesidad tenía en absoluto de Juan, cuando sus propias obras daban de Él tan alto testimonio? —Para que también por esta circunstancia os deis cuenta de la dignidad del Señor, pues también Él, como el Padre, tiene sus profetas. Es lo que había dicho Zacarías: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo* (Lc 1,76). Por otra parte, no quería dejar pretexto alguno a los desvergonzados judíos. Razón que puso Él mismo cuando dijo: *Vino Juan, que no* comía *ni bebía, y dijeron: Está endemoniado. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He ahí a un hombre comilón* y *bebedor y amigo de publicanos y pecadores.* Y fue *justificada la sabiduría por sus propios hijos* (Mt 11,18-19). Por otra parte, era necesario que fuera otro y no Él mismo quien hablara primero de sí mismo. Aun después de tantos y tan altos testimonios

y demostraciones, le solían objetar: *Tú das testimonio sobre ti mismo. Tu testimonio no es verdadero* (Jn 8,13). ¿Qué no hubieran dicho si Juan, presentándose entre ellos, no hubiera primero atestiguado al Señor? La razón, en fin, para que Jesús no predicó ni hizo milagros antes que Juan fuera metido en la cárcel, fue para no dar de ese modo lugar a una escisión entre la muchedumbre. Por la misma razón tampoco Juan obró milagro alguno, pues así quería entregarle a Él la muchedumbre. Sus milagros la arrastrarían hacia Él. En fin, si aun con tantas precauciones antes y después del encarcelamiento, todavía sentían celos de Jesús los discípulos de Juan y las turbas sospechaban que Juan y no Jesús era el Mesías, ¿qué hubiera sucedido sin todo eso? Por todas estas razones indica Mateo que *desde entonces empezó Jesús a predicar*. Es más, principio Jesús repite la misma predicación de Juan. Y todavía no habla de sí mismo, sino que se contenta con predicar lo que aquél había ya predicado. Realmente, bastante era que por entonces aceptaran aquella predicación, puesto que todavía no tenían sobre el Señor la opinión debida.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS

Por la misma razón, en sus comienzos, el Señor no pronuncia palabra dura ni molesta, como cuando Juan habla del hacha y del árbol cortado. Jesús no se acuerda ya ni del bieldo, ni de la era, ni del fuego inextinguible. Sus preludios son todos de bondad, y el primer mensaje que dirige a sus oyentes versa sobre los cielos y el reino de los cielos.

Y, caminando a orillas del mar de Galilea, vio a dos hermanos: Simón —que se llama Pedro— y Andrés, su hermano, que estaban echando sus redes al mar, pues eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí y yo os haré pescadores de hombres, Y ellos, dejando sus redes, le siguieron. Realmente, Juan cuenta de otro modo la vocación de estos discípulos. Lo cual prueba que se trata aquí de un segundo llamamiento, lo que puede comprobarse por muchas circunstancias. Juan, en efecto, dice que se acercaron a Jesús antes que el Precursor fuera encarcelado; aquí, sin embargo, se nos cuenta que su llamamiento tuvo lugar después de encarcelado aquél. Allí Andrés llama a Pedro; aquí los llama Jesús a los dos. Juan cuenta que, viendo Jesús venir a Pedro, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás. Tú te *llamarás Cefás, que significa*

Pedro, es decir, “roca”. Mateo, no obstante, dice que Simón llevaba ya ese nombre: *Porque, viendo* —dice— a *Simón, el que se llama Pedro.* Que se trate aquí de segundo llamamiento, puede también verse por el lugar de donde son llamados y, entre otras muchas circunstancias, por la facilidad con que obedecen al Señor y todo lo abandonan para seguirle. Es que estaban ya de antemano bien instruidos. En Juan se ve que Andrés entra con Jesús en una casa y allí le escucha largamente; aquí, apenas oyeron la primera palabra, le siguieron inmediatamente. Y es que, probablemente, le habían seguido al principio y luego le dejaron; y, entrando Juan en la cárcel, también ellos se retirarían y volverían a su ordinaria ocupación de la pesca. Por lo menos así se explica bien que el Señor los encuentre ahora pescando: Él por su parte, ni cuando quisieron al principio marcharse se lo prohibió, ni, ya que se hubieron marchado, los abandonó definitivamente. No, cedió cuando se fueron; pero vuelve otra vez a recuperarlos. Lo cual es el mejor modo de pescar.

LA FE Y LA OBEDIENCIA CON QUE LOS DISCÍPULOS SIGUEN AL SEÑOR

Pero considerad la fe y obediencia de estos discípulos. Hallándose en medio de su trabajo —y bien sabéis cuán gustosa es la pesca—, apenas oyen su mandato, no vacilan ni aplazan un momento su seguimiento. No le dijeron: Vamos a volver a casa y decir adiós a los parientes. No, lo dejan todo y se ponen en su seguimiento, como hizo Eliseo con Elías. Ésa es la obediencia que Cristo nos pide: ni un momento de dilación, por muy necesario que sea lo que pudiera retardar nuestro seguimiento. Al otro que se le acercó y le pidió permiso para enterrar a su padre, no se lo consintió (Mt 8,21). Con lo que nos daba entender que su seguimiento ha de ponerse por encima de todo lo demás. Y no me digáis que fue muy grande la promesa que les hacía, pues por eso los admiro yo particularmente. No habían visto milagro alguno del Señor, y, sin embargo, creyeron en la gran promesa que les hacía y todo lo pospusieron a su seguimiento. Ellos creyeron, en efecto, que por las mismas palabras con que ellos habían sido pescados lograrían también ellos pescar a otros. A Andrés y Pedro eso les prometió el Señor, mas en el llamamiento de Santiago y Juan no se nos habla de promesa alguna. Seguramente la obediencia de los

que les precedían les había ya preparado el camino. Por otra parte, también ellos habían antes oído hablar mucho de Jesús. Pero mirad por otra parte cuán puntualmente nos da a entender el evangelista la pobreza de estos últimos discípulos. Los halló, efectivamente, el Señor cosiendo sus redes. Tan extrema era su pobreza, que tenían que reparar sus redes rotas por no poder comprar otras nuevas. Y no es pequeña la prueba de su virtud que ya en eso nos presenta el evangelio: soportan generosamente la pobreza, se ganan la vida con justos trabajos, están entre sí unidos por la fuerza de la caridad y tienen consigo y cuidan a su padre.

LOS MILAGROS DEL SEÑOR Y POR QUÉ LOS HACE

Ya, pues, que había Jesús pescado aquellos primeros discípulos, en presencia de ellos, empieza ya a hacer milagros, confirmando por ellos cuanto Juan había dicho sobre Él. Y entraba el Señor continuamente en las sinagogas de los judíos, enseñándoles, por ese mero hecho, que Él no era ningún impío ni impostor, sino que había venido de acuerdo con la voluntad del Padre. Y entrando en ellas, no sólo predicaba, sino que obraba también milagros.

En verdad, siempre que acontece algo extraño y maravilloso y ha de introducirse un nuevo género de vida, Dios acostumbra obrar milagros, que son la prenda de su poder para aquellos que han de recibir las nuevas leyes. Así, cuando iba a crear al hombre, hizo antes el mundo entero, y entonces fue cuando le puso al hombre la ley del paraíso. Y cuando quería darle a Noé una nueva ley, otra vez hizo ostentación de grandes prodigios, por los que iba a renovar toda la creación. Tal fue aquel espantoso diluvio que duró un año entero. Tal el milagro de salvar en tan grande tormenta al justo Noé. También con Abrahán hizo Dios muchos milagros; por ejemplo: la victoria que le dio en la guerra, la plaga con que hirió al Faraón, el haberle sacado indemne de todos los peligros. En fin, cuando les iba a dar la ley a los judíos, Dios hizo como un alarde de milagros y prodigios que sabemos y entonces fue cuando promulgó la ley. Así ahora, cuando va el Señor a introducir la más alta forma de vida y pronunciar palabras que jamás se habían oído, con sus milagros les quiere confirmar lo que les va a decir. Y es que, como el reino que predicaba no era visible, Él lo hace patente por sus milagros visibles. Y notad aquí la concisión del evangelista.

No nos cuenta por menudo cada una de las curaciones, sino que con breves palabras se despacha de tantos milagros como los copos de la nieve. *Le presentaron* —dice— *a todos los aquejados de enfermedades varias; a los atormentados, endemoniados, lunáticos*[35] *y paralíticos, y a todos los curó*.

ACUDAMOS, COMO ESTOS ENFERMOS, A JESÚS

Ahora lo que cabe preguntar aquí es por qué a ninguno de estos enfermos le exigió el Señor la fe. No se ve, en efecto, que preguntara aquí lo que preguntará más tarde: *¿Creéis que yo tengo poder para hacer eso?* (Mt 9,28) La razón es porque todavía no había dado pruebas de su poder. Por otra parte, el hecho mismo de acudir a Él y presentarle los enfermos no era pequeña muestra de fe. A muchos se los traía de lejos, lo que no hubieran hecho de no estar persuadidos de la grandeza del poder del Señor.

Sigámosle, pues, también nosotros. En verdad, grandes son las enfermedades que aquejan a nuestra alma, y éstas son las que principalmente quiere el Señor curar. Y hasta, si cura las del cuerpo, es porque quiere desterrar las del alma. Acerquémonos, pues, a Él y nada temporal le pidamos. Pidámosle sólo el perdón de nuestros pecados. Porque también ahora lo concede, con tal que lo pidamos fervorosamente. Su fama se extendió entonces por toda Siria; ahora se ha dilatado por la tierra entera. Aquéllos apenas oyeron que curaba a los endemoniados, corrieron a Él en masa; y tú, que has recibido más y mayores pruebas de su poder, ¿no te levantas y echas también a correr? Aquéllos abandonaron su patria, sus amigos y parientes; ¿y tú no quieres dejar ni tu casa siquiera para acercarte a Él y alcanzar bienes mayores? O, por mejor decir, ni siquiera te exigimos que dejes tu casa. Basta que dejes tu mala costumbre, y sin salir de casa, en compañía de los tuyos, podrás salvarte fácilmente. Ahora apenas nos aqueja una enfermedad corporal, no dejamos piedra por mover hasta vernos libres de su molestia; estando, en cambio, enferma nuestra alma, todo son vacilaciones y aplazamientos. De ahí que no nos libramos ni de unas ni de otras, pues hacemos de lo necesario accesorio, y de lo accesorio necesario. Dejamos abierta la fuente de los males y pretendemos secar los arroyuelos. Porque la maldad del alma es la

[35] Es decir, epilépticos.

causa de las enfermedades o males corporales, cosa es que pone en evidencia aquel paralítico que llevaba enfermo treinta y ocho años y el otro a quien bajaron por el techo ante el Señor, y hasta la historia misma de Caín[36]. Y lo mismo puede verse por otros mil ejemplos. Ceguemos, pues, la fuente de los males y se restañarán las corrientes de los males. Porque no sólo es enfermedad la parálisis, sino también el pecado, y tanto más cuanto vale más el alma que el cuerpo. Acudamos, pues, también ahora a Jesús y supliquémosle afiance nuestra alma paralítica. Abandonemos todo lo material y sólo hagamos cuenta de lo espiritual. Y, si quieres también buscar lo temporal, preocúpate de ello después de lo espiritual. Y no porque al pecar no sientas dolor, desprecies el pecado. Ello es, antes bien, motivo que gimas más, pues no sientes las heridas que te infligen tus culpas. Esa insensibilidad no procede porque el pecado no clave su aguijón, sino porque está encallecida el alma pecadora. Considerad, si no, a los que aún guardan sensibilidad de sus propios pecados. ¡Cómo lanzan alaridos más lastimeros que los enfermos a quienes se aplica el hierro y el cauterio! ¡Cuánto trabajan, cuánto sufren, lloran y se lamentan hasta verse libres de los remordimientos de su conciencia! Ahora bien, nada de eso harían si no sintieran profundo dolor en su alma.

LO MEJOR ES NO PECAR; PERO, SI SE HA PECADO, ARREPENTIRSE Y ENMENDARSE

Lo mejor indudablemente es no pecar en absoluto; pero después del pecado, lo mejor es que el pecador sienta su culpa y se corrija. Si esto no tenemos, ¿cómo podremos rogar a Dios y pedirle perdón de nuestros pecados, cuando ningún caso hacemos de ellos? Porque si tú mismo, que has pecado, no quieres saber ni siquiera que has pecado, ¿de qué le vas a pedir perdón a Dios, cuando ignoras tus mismos pecados? Confiesa, pues, tus pecados tal como son, porque así te des cuenta de lo que se te perdona y seas agradecido a tu bienhechor. Cuando has ofendido a un hombre, vas a suplicar a sus amigos, a sus vecinos, a los porteros de su

[36] La verdad es que no se ve cómo el ejemplo de Caín prueba la tesis de San Juan Crisóstomo, pues Dios no le impone enfermedad alguna en castigo de su fratricidio. Cf. Gén 4,8.

casa; gastas dinero, te pasas días y días yendo y viniendo, rogando y suplicando; y, aun cuando una y otra vez te haya rechazado el ofendido, tú no te desanimas, sino que insistes en tu empeño y redoblas tus súplicas. Cuando, sin embargo, hemos ofendido a Dios, dueño del universo, nos quedamos con la boca abierta, nos desmayamos, y nos entregamos al placer, y nos embriagamos, y seguimos en todo y por todo nuestra vida habitual. ¿Cuándo, pues, esperamos hacérnosle propicio? ¿No será así que con nuestra insensibilidad le ofenderemos aún más que con el pecado mismo? Y, en efecto, más que el pecado mismo, irrita y ofende a Dios que los pecadores no sientan dolor alguno de sus pecados. En verdad, merecido tenemos hundirnos bajo tierra y no ver más la luz del sol ni respirar en absoluto el aire si, teniendo un Señor tan fácil de aplacar, no sólo le ofendemos, sino que no nos arrepentimos de haberle ofendido. En cambio, ni aun cuando se irrita contra nosotros, lo hace porque nos aborrezca y quiera rechazarnos, sino para ver si así por lo menos puede atraernos hacia Él. Porque si, ofendido y todo, continuara haciéndote beneficios, aún le despreciarías más. A fin que esto no suceda, te rechaza por un poco de tiempo, a ver si así logra tenerte consigo para siempre.

PREVENGAMOS EL JUICIO DE DIOS

Confiemos, pues, en su amor y demos prueba de arrepentimiento sincero antes que llegue aquel día en que ya no podremos sacar provecho alguno de nuestro arrepentimiento. Ahora todo está en nuestra mano; mas entonces, sólo el juez será dueño de nuestra sentencia. *Prevengamos, pues, su rostro en confesión, lloremos y lamentémonos* (Salmo 94,2.6). Porque, si antes del plazo señalado logramos a fuerza de súplicas que nos perdone el juez nuestros pecados, no tendremos necesidad ni de presentarnos ante su tribunal; pero, si no es así, no tendremos otro remedio que comparecer en presencia de toda la tierra, sin que se nos conceda ya esperanza ninguna de perdón. Nadie, en efecto, de cuantos hay sobre la tierra, a quien al morir no se le halle desatado de sus pecados, podrá escapar a la cuenta que se le pedirá de ellos. No. Así como vemos que de nuestras cárceles salen los reos cargados de cadenas para presentarse ante el tribunal, así las almas todas, en el momento de salir de este mundo atadas por las cuerdas de

sus pecados, son presentadas ante el terrible tribunal de Dios.

LA VIDA PRESENTE, COMPARABLE A UNA CÁRCEL

Realmente, la vida presente no es mucho mejor que una cárcel. Al entrar en aquella mansión, vemos que todos están ceñidos de cadenas; así también en la vida, si despojamos a los hombres de su boato exterior y entramos en su vida íntima, si penetramos en su alma, los veremos también atados de cadenas más pesadas que el hierro. Y, sobre todo, si entramos en el alma de los ricos; cuanto de más fasto se rodean, tanto son mayores sus cadenas. Ahora, pues, así como al ver a un preso con cadenas sobre sus espaldas, con cadenas en sus manos, y muchas veces también en sus pies, no podemos menos de tenerlo por desgraciado, así, cuando veamos a un rico rodeado de cosas infinitas, no por eso le tengamos por rico, sino más bien —y por eso precisamente— tengámosle por desgraciado. Porque juntamente con sus cadenas lleva dentro un feroz carcelero, que es su perversa codicia de riquezas. Este es el que no le deja saltar la cárcel, sino que le, prepara trabas y guardias sin cuento, puertas y cerrojos y le mete en el último calabozo, y le persuade que se complazca en sus propias cadenas, con lo que ya no le queda ni esperanza de verse libre de los males que pesan sobre él. Y si, mentalmente, desnudas el alma de uno de esos ricos, no sólo la verás encadenada, sino también harapienta, sucia y llena de piojos. No son menos repugnantes que todo eso los placeres sensuales, sino mucho más abominables, y más que todo aquello, destruyen el cuerpo juntamente con el alma y para aquél como para ésta son causa de incontables enfermedades.

EXHORTACIÓN FINAL: INVOQUEMOS A NUESTRO REDENTOR

Por todas estas causas juntamente, supliquemos al Redentor de nuestras almas que Él rompa nuestras cadenas, que eche lejos de nosotros al feroz carcelero y, descargándonos del peso de nuestras cadenas de hierro, dé a nuestros pensamientos ligereza de vuelo. Pero, a la vez que le suplicamos, pongamos también lo que a nosotros nos toca, que es el fervor y la buena voluntad. De esta manera, en poco tiempo nos veremos libres de los males que nos agobian, nos daremos cuenta de cuál fue nuestro estado primero y

recuperaremos la libertad que nos conviene. La cual así obtengamos todos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 15

Viendo Jesús las muchedumbres subió al monte, y, habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos. Y, abriendo Él su boca, los adoctrinaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mt 5,1ss).

PRELUDIOS AL SERMÓN DE LA MONTAÑA

Considerad qué ajeno es el Señor a toda vanagloria y a todo fasto. Porque no se fue de acá para allá llevando consigo toda aquella muchedumbre. Cuando era menester curar, Él mismo andaba por todas partes, visitando ciudades y lugares; mas ahora que le sigue enorme muchedumbre, toma asiento en un lugar, y no precisamente en la ciudad o en medio de una plaza pública, sino en el monte y en la soledad. Con ello nos enseña a no hacer nada por ostentación, a huir de los mundanales ruidos, sobre todo cuando tengamos que meditar y tratar acerca del negocio de nuestra salvación. Subido, pues, al monte y habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos. ¡Mirad el aprovechamiento de éstos en la virtud y cómo de repente se han vuelto mejores! La muchedumbre no tenía otro afán que contemplar milagros; pero los discípulos quieren también oír una enseñanza grande y sublime; lo que, sin duda, movió al Señor a dársela y empezar su magisterio por estos razonamientos. Porque no curaba el Señor sólo los cuerpos, sino quo enderezaba también las almas. Del cuidado de los unos, pasaba al cuidado de las otras. Con lo que no sólo era más variada la utilidad, sino que mezclaba la enseñanza de la doctrina con la demostración de las obras. De este modo también cerraba las bocas desvergonzadas a los futuros herejes, pues con el cuidado que ponía por una y otra substancia de la que consta el hombre, nos hace ver que Él es el artífice del viviente entero. De ahí que su providencia se distribuía por una y otra naturaleza, alma y cuerpo, enderezando ahora a la una, ahora a la otra. Así lo hizo

en esta ocasión.

AL HABLAR A SUS DISCÍPULOS, JESÚS SE DIRIGE AL MUNDO ENTERO

Porque, *abriendo —dice— su boca, los adoctrinaba.* ¿Por qué añade el evangelista esta expresión: *Abriendo su boca?* Para que os deis cuenta que también callando enseñaba, no sólo hablando. Unas veces nos adoctrinaba abriendo su boca, otras con la voz de sus obras. Y cuando el evangelista dice: *Los adoctrinaba,* no penséis que hablaba sólo con sus discípulos, sino que por ellos se dirigía a todos sin excepción. Como aquella muchedumbre estaba compuesta de gentes del pueblo y hasta gentes rastreras, el Señor, que tenía allí el grupo de sus discípulos, a éstos dirige en primer término sus razonamientos; mas lo que intenta, al hablar primeramente con ellos, es que su doctrina no resulte odiosa a todos los demás, que tan necesitados estaban de su divina enseñanza. Es lo que dio también a entender Lucas cuando dijo que dirigió Jesús su discurso a sus discípulos (Lc 6,20). Pero Mateo lo dejó perfectamente claro al escribir que *se le acercaron sus discípulos y los adoctrinaba*. De este modo, en efecto, habían los otros de atender con más ganas que si se hubiera dirigido inmediatamente a todos.

¿Por dónde, pues, empieza el Señor y qué fundamento echa para la nueva manera de vida? Escuchemos con toda diligencia sus palabras. Porque fueron, sí, pronunciadas para los que las oyeron sobre el monte; pero se consignaron por escrito para cuantos sin excepción habían de venir después. De ahí justamente que mirara el Señor, al hablar, a sus discípulos; pero no circunscribe a ellos sus palabras. Las bienaventuranzas se dirigen, sin limitación alguna, a todos los hombres. No dijo, en efecto: "Bienaventurados vosotros, si sois pobres", sino: *Bienaventurados los pobres*. Cierto que a ellos se lo dijo, pero el consejo tenía validez para todos. Por manera semejante, cuando dijo: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del tiempo* (Mt 28,20), no se lo dijo a ellos solos, sino por ellos a la tierra entera. Lo mismo cuando les felicita por ser perseguidos y desterrados y por sufrir los últimos tormentos, no promete ceñirles a ellos solos la corona de vencedores, sino también a cuantos, como ellos, realicen las mismas hazañas de virtud.

"BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU"

En fin, para que esta verdad acabe de aclararse y os deis cuenta que os atañen absolutamente las palabras del Señor —a vosotros y a todo el género humano, como se les quiera
prestar atención—, escuchad por dónde da comienzo a estos maravillosos razonamientos: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. ¿Quiénes son estos *pobres de espíritu? Son los humildes y contritos de corazón. Aquí "espíritu" hay que entenderlo por alma y voluntad. Hay, en efecto, muchos que son humildes no voluntariamente, sino forzados por la necesidad de las cosas. No se refiere a éstos el Señor, pues ningún mérito hay en ello. A quienes Él llama primero bienaventurados son a los que de su libre voluntad se humillan y se compungen. ¿Y por qué no habló de los humildes, sino de los pobres? Porque pobre es más que humilde. Aquí, en efecto, quiere el Señor designar a los temerosos, a los que tiemblan ante los mandatos de Dios. Son los mismos a quienes Dios tan altamente alaba por boca del profeta Isaías, diciendo: ¿Sobre quién fijaré mis miradas sino sobre el manso y tranquilo, que tiembla de mis palabras? (Is, 66,2)*

DIFERENTES GRADOS DE HUMILDAD

Hay, en efecto, muchas maneras de ser humilde. Hay quienes son moderadamente humildes; hay quienes llevan la humildad a su último extremo. Esta es la humildad que alaba el bienaventurado profeta cuando, describiéndonos, no un alma contrita simplemente, sino un alma hecha pedazos por el dolor, nos dice: Sacrificio para Dios, el espíritu contrito. Dios no despreciará un corazón contrito y humillado (Salmo 50,19). Ésta es la que presentan a Dios como sacrificio grande los tres jóvenes del horno de Babilonia, cuando dicen: *Pero en alma contrita y espíritu de humildad seamos aceptados* (Dan 3,39). Ésta es la que Cristo proclama ahora bienaventurada. Y es así que los más grandes males que infestan la tierra entera, del orgullo han procedido. El diablo, que antes de su orgullo no lo era, por el orgullo se convirtió en diablo. Lo que Pablo daba a entender con estas palabras: *No sea que por su orgullo caiga* (el neófito) *en la condenación del diablo* (1 Tim 3,6). El primer hombre, hinchado por el diablo con esperanzas

semejantes, fue por él derribado y se convirtió en mortal. Esperando venir a ser Dios, perdió hasta lo que tenía como hombre. Es lo que Dios le echa, entre burlas, en cara cuando dice: *He aquí que Adán ha venido a ser coma uno de nosotros* (Gen 3,22). Y todos los que después vinieron y terminaron en la impiedad fue por haberse imaginado ser iguales a Dios. Así, pues, como la soberbia era la ciudadela de todos los males, la fuente y raíz de toda maldad, Cristo, proporcionando el remedio a la gravedad de la enfermedad, sentó la ley de la humildad como fundamento firme y seguro de toda virtud.

LA HUMILDAD, FUNDAMENTO DEL EDIFICIO ESPIRITUAL

Puesta la humildad por fundamento, el arquitecto puede construir con seguridad sobre ella todo el edificio; pero, si ésta se quita, por más que tu santidad parezca tocar el cielo, todo se vendrá abajo y terminará catastróficamente. El ayuno, la oración, la limosna, la castidad, cualquier otro bien que juntes sin humildad, todo se escurre como el agua y todo se pierde. Es lo que se cumplió cabalmente en el fariseo. Había llegado a la cumbre de la perfección; pero como no tenía la humildad, madre de todos los bienes, cuando bajó de su oración, todo lo había perdido. Porque como la soberbia es la fuente de toda maldad, así la humildad es principio de toda filosofía. De ahí que empiece por ella el Señor, arrancando de raíz la soberbia del alma de sus oyentes. —Y ¿qué tenía que ver la soberbia —objetarás— con los discípulos del Señor, que eran humildes por todos los conceptos? Bien escaso motivo podían tener para la arrogancia unos pobres pescadores desconocidos e ignorantes. —A lo que te respondo que, si las palabras del Señor no se referían a sus discípulos, sí a los que le estaban oyendo entonces y los que más tarde los habrían de recibir, para que, justamente por pobres pescadores, no los despreciasen. Pero es que además también a sus discípulos se aplicaban. Si no entonces, más tarde ciertamente que tendrían necesidad de la ayuda de la humildad cuando tantos prodigios habrían obrado, tanto honor les tributaría toda la tierra y tanto valimiento tendrían ellos con Dios. Ni la riqueza, ni el poder, ni la realeza misma son tan propios para exaltar a un hombre, como los dones que fueron concedidos a los apóstoles. Por otra parte, aun

antes que ellos mismos realizaran milagros, es muy probable que se sintieran orgullosos, y experimentaran un sentimiento humano al contemplar aquella muchedumbre y concurrencia que rodeaba a su maestro. De ahí que el Señor, desde el comienzo, reprime todo pensamiento de orgullo; y notad que no introduce su enseñanza en forma de exhortación ni de mandato, sino de bienaventuranza. Con lo que hace menos molesta su palabra y les abre a todos el estadio de su doctrina. Porque no dijo: "Éste o el otro son bienaventurados", sino: "Bienaventurados los que hagan esto". Es decir, que aunque seas esclavo, aunque seas pobre y mendigo, extranjero e ignorante, nada de eso es obstáculo para que seas feliz, como te decidas a practicar esta virtud de la humildad.

"BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN"

Habiendo, pues, empezado por donde más necesario era empezar, pasa el Señor a otro mandamiento, que parece contrario al sentir de la tierra entera. Todo el mundo, en efecto, tiene por dignos de envidia a los que viven alegres, y por desgraciados a los que están tristes, son pobres y lloran. El Señor, sin embargo, a éstos declara bienaventurados —y no a aquéllos—, diciendo: *Bienaventurados los que lloran*. Realmente, todo el mundo los tiene por desgraciados; mas justamente antes de hablar había hecho el Señor tantos milagros, para que, al sentar ahora tan extrañas leyes, no se le negara fe. Pero tampoco aquí habló Cristo simplemente de los que lloran, sino de los que lloran por sus pecados; porque llorar por cualquiera de las cosas mundanas, cosa es que tenemos absolutamente prohibida. Es lo que Pablo declaraba diciendo: *La tristeza de este mundo produce la muerte; mas la tristeza según Dios produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y no se debe lamentar* (2 Cor 7,10).

A éstos, pues, a los que están tristes según Dios, los proclama aquí el Señor bienaventurados. Y ni siquiera habló de los que están sencillamente tristes, sino de los que lo están intensamente. De ahí que no dijo: "Bienaventurados los tristes", sino: *Bienaventurados los que lloran.* Y, a la verdad, también este mandamiento es síntesis de toda sabiduría. Los que lloran a un hijo, a su mujer o a otro de sus deudos muertos, en el momento de su dolor, no ansían riqueza ni placeres del cuerpo, no ambicionan la gloria, no se irritan por las injurias, ni sienten el asedio de otra pasión alguna,

dominados que están por el solo dolor. Pues con mayor razón, los que lloran sus pecados como éstos merecen ser llorados, darán pruebas de más alta sabiduría.

¿Y qué premio *se* promete a los que lloran? *Porque ellos —dice— serán consolados.* ¿Dónde —dime— serán consolados? En este mundo y en el otro. Como había dado el Señor un precepto muy pesado y arduo, nos prometió lo que podía hacérnoslo más ligero. De manera que, si quieres ser consolado, llora. Y no te parezca que te pongo un enigma. Cuando es Dios el que nos consuela, aun cuando vengan sobre nosotros las penas tan copiosas como los copos de la nieve, todas las superamos. Dios nos recompensa siempre por encima de nuestros trabajos. Así lo hace también aquí, proclamando bienaventurados a los que lloran no por el merecimiento mismo de las cosas, sino por puro amor suyo. Realmente, no nos hace bienaventurados el llanto sino el amor que Dios nos tiene. Porque los que lloran, por sus pecados lloran, y bastante premio tienen en alcanzar perdón de sus pecados y dar buena cuenta de ellos. Pero como el Señor nos ama tanto, no puso el premio del llanto en solo el perdón de los pecados y remisión del castigo, sino que nos hace bienaventurados y partícipes de inmenso consuelo. Ahora bien, no sólo nos manda que lloremos por nuestros propios pecados, sino también por los ajenos. Así lo hicieron las almas de los santos. Así Moisés, Pablo, David. Todos lloraron muchas veces por los pecados de los otros.

"BIENAVENTURADOS LOS MANSOS"

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. ¿Qué tierra? —decidme—. Algunos opinan que se trata de una tierra espiritual. Pero no es así, puesto que en ninguna parte de la Escritura hallamos que se nos hable de semejante tierra. Pues, ¿qué quiere en definitiva decir el Señor? Aquí propone sencillamente un premio sensible, como lo hace también alguna vez Pablo, cuando dice: *Honra a tu padre y a tu madre*, y luego añade: *Porque así tengas una larga vida sobre la tierra* (Lc 6,2-3). Y el Señor mismo le dijo al buen ladrón: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43). Había entre sus oyentes gentes particularmente rudas y que buscan antes lo presente que lo por venir, y por eso tiene el Señor que exhortarnos no sólo por los bienes venideros, sino también por los presentes. Así vemos que más adelante dice

también: *Entiéndete con tu contrario*. Y a renglón seguido pone la recompensa de tal filosofía y dice: *No sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez al verdugo* (Mt 5,25). ¿Veis qué motivos de temor pone? Motivos de cosas sensibles, de lo que acontece ante nuestros ojos. Y otra vez: *El que dijere a su hermano "Raca" será responsable ante el consejo* (Mt 5,22). Y también Pablo, proponiéndonos premios sensibles, se extiende largamente en exhortarnos por motivos de cosas presentes. Por ejemplo, cuando habla de la virginidad. Porque sin decir allí por de pronto palabra sobre el cielo, la recomienda por lo presente, diciendo: *A causa de la apremiante necesidad.* Y: Yo, *por mi parte, os tengo consideración.* Y: *Quiero que estéis sin preocupaciones* (1 Cor 7,26.28.32). De forma semejante, Cristo mezcló lo sensible con lo espiritual. Realmente, se cree que el manso está expuesto a perder todo lo que tiene; pero Cristo promete lo contrario al decir que éste justamente, el no audaz y arrogante, es el que con más seguridad posee sus bienes. El otro, sin embargo, el audaz y arrogante, no sólo perderá muchas veces su herencia paterna, sino la vida misma. Por lo demás, en el Antiguo Testamento el profeta repite constantemente: *Los mansos heredarán la tierra* (Salmo 36,11); y el Señor teje su discurso de expresiones familiares a sus oyentes con el fin de no sorprenderlos continuamente con sus palabras. Y, en fin, sí es cierto que aquí nos habla de recompensa en la tierra, pero no se para aquí el Señor, sino que juntamente nos procura la del cielo. Porque cuando al nos dice algo espiritual, no por ello nos quita lo temporal; y cuando nos hace alguna promesa temporal, no limita tampoco su promesa a lo temporal: *Buscad* —nos dice— *primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura* (Mt 6,33). Y otra vez: *Todo el que dejare casas, o hermano, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por amor de mi nombre, recibirá cien veces más en el presente tiempo y heredará la vida eterna en el futuro* (Mt 19,29; Mc 10,29-30).

"BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE LA JUSTICIA"

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia. ¿De qué justicia? O se refiere aquí el Señor a la virtud en general o a aquella otra particular que se opone directamente a la avaricia. Y es que, como tiene luego que dar un precepto sobre la limosna, ya

aquí muestra cómo hay que darla, Es decir, no proclama bienaventurados a los que pretenden hacer limosna de la rapiña o de la avaricia. Y mirad con qué extremo de encarecimiento lo pone. Porque no dijo: "Bienaventurados los que abrazan la justicia", sino: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia*. Con lo que nos dice que hemos de aspirar a ella no como quiera, sino con el más intenso deseo. Como sea, en efecto, propio de la avaricia desear adquirir y poseer más y más, y nosotros lo deseamos con más ganas que las que tenemos de comer y beber, ese mismo deseo nos mandó el Señor que lo traslademos justamente contra la avaricia. Seguidamente, determina también aquí un premio sensible, diciendo: *Porque ellos serán hartos*. Realmente, todo el mundo piensa que es la avaricia la que nos hace ricos; pero el Señor afirma ser verdad lo contrario: la que nos hace ricos es la justicia. Si obras, pues, justamente, no has de temer la pobreza ni temblar del hambre. Porque quienes lo pierden todo *son* los que viven de rapiñas. El que ama la justicia, tiene seguro cuanto posee. Ahora bien, si quienes no codician lo ajeno gozan de esa prosperidad, mucho más los que dan hasta de lo propio.

"BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS"

Aquí no creo yo que designe sólo el Señor a los que hacen limosna con su dinero, sino también a quienes las hacen con sus obras. Muy variados, en efecto, son los modos de la limosna y muy amplio es este precepto. ¿Y cuál es su premio? *Porque ellos alcanzarán misericordia.* A primera vista, la recompensa parece equivalente, pero en realidad es muy superior a la buena obra. En efecto, ellos se compadecen como hombres; pero alcanzan misericordia no menos que *del* Dios de todas las cosas. Ahora bien, no es lo mismo la misericordia humana que la divina. No, la distancia que va de la maldad a la bondad, ésa va de la una a la otra.

¨BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN"

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. He ahí ahora un premio espiritual. Limpios llama el Señor aquí a los que poseen la virtud en general y no tienen conciencia alguna de pecado, o a los que viven en castidad.

Nada hay, efectivamente, más necesario para ver a Dios que esta virtud de la castidad. De ahí que Pablo decía: *Buscad paz con todos y guardad la castidad* (Cf. Hebreos 12,14; 1 Tes 4,4.7), sin la cual nadie verá al Señor. La visión que aquí habla Jesús es, naturalmente, la que puede tener el hombre. Hay muchos que dan limosna, no roban ni son avarientos, pero viven deshonesta y disolutamente. Pues bien, para hacer ver que no basta con lo primero, añadió el Señor lo segundo. Es el testimonio que Pablo dio sobre los macedonios, escribiendo a los corintios: No sólo eran ricos en la limosna, sino también en las otras virtudes. Después de hablar efectivamente, de su fervor en el asunto del dinero, dice el Apóstol: *Se entregaron al Señor y a nosotros* (Cor 8,5).

"BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS"

Bienaventurados los pacíficos. Aquí no se contenta el Señor con eliminar toda disensión y enemistad de unos con otros, sino que nos pide algo más: que tratemos de poner paz entre los desunidos. Y también aquí señala premio espiritual. ¿Qué premio? *Porque ellos serán llamados hijos de Dios*. En verdad, ésta fue la obra del Unigénito: unir a los distantes y reconciliar a los que estaban en guerra.

"BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA"

Luego, para que nadie piense que siempre la paz es un bien, prosiguió: *Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia*. Es decir, por causa de la virtud, por ayudar a los demás, por la religión. Por justicia, en efecto, suele el Señor entender toda la virtud del alma. *Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y digan toda palabra mala, mintiendo contra vosotros por causa* mía. *Alegraos y regocijaos.* Por ejemplo, cuando os llamen hechiceros, impostores, perniciosos y cualquier otra injuria por el estilo, *bienaventurados de vosotros,* dice el Señor. ¿Pueden darse preceptos más nuevos que éstos? Lo que todo el mundo huye, eso nos presenta el Señor como apetecible: la pobreza, el llanto, la persecución y las injurias; y, sin embargo, no sólo lo dijo, sino que se lo persuadió no a dos, ni a tres, ni a veinte, ni a cien, ni a mil hombres, sino al universo entero. Y las muchedumbres, no obstante haber oído preceptos tan arduos y molestos y tan

contrarios a lo corriente entre los hombres, *se quedaban maravilladas.* Tal era la fuerza del que los promulgaba.

CONDICIONES PARA QUE LA PERSECUCIÓN SEA BIENAVENTURADA

Que nadie, sin embargo, se imagine basta simplemente ser injuriado para ser bienaventurado. No. El Señor señala dos condiciones: que se nos injurie por causa suya y que sea falso lo que se dice contra nosotros. Porque, si estas condiciones no se dan, no sólo no es bienaventurado, sino muy desgraciado aquel de quien mal se habla. Mirad ahora la recompensa: *Porque vuestra paga es grande en los cielos.* Ahora, aun cuando no en todas las bienaventuranzas se os hable del cielo, no por eso os desalentéis. Cierto que da el Señor diversos nombres a las recompensas; pero, en definitiva, todas se refieren al reino de los cielos. Así, cuando dice que los que lloran serán consolados, que los misericordiosos alcanzarán misericordia, que los limpios de corazón verán a Dios y que los pacíficos serán llamados hijos de Dios, ninguna otra cosa da a entender por toda esa variedad de expresiones sino el mismo reino de los cielos. Porque quienes esos dones de Dios gozan, también absolutamente alcanzarán el reino de los cielos. No penséis, por tanto, que es ése, premio exclusivo de los pobres de espíritu. No. También lo es de los que tienen hambre y sed de la justicia, y de los mansos, y, en una palabra, de todos los otros sin excepción. Por eso justamente en todos se habla de bienaventuranza, a fin que no esperes nada sensible. Y, en efecto, mal pudiera ser bienaventurado el que fuera coronado en estas cosas que terminan junto con la vida y que pasan corriendo más ligeras que una sombra.

ASÍ FUERON PERSEGUIDOS LOS PROFETAS

Por lo demás, habiendo dicho el Señor: *Vuestra paga es grande en el cielo*, añadió seguidamente otro motivo de consuelo, diciendo: *Porque así persiguieron también a los profetas que fueron antes de vosotros*. Como la promesa del reino de los cielos había de cumplirse en lo por venir y era sólo objeto de esperanza, el Señor les procura un consuelo inmediato al indicarles que su suerte era común con los que antes de ellos fueron perseguidos. —No penséis —les dice— que sufrís todo eso por predicar doctrinas y

leyes contrarias al común sentir, ni que os persiguen como maestros de perversas enseñanzas. No, las insidias y peligros no os vendrán, no, de la maldad de vuestras palabras, sino de la malicia de los que os escuchan. De ahí que nada supone todo ello contra vosotros que lo sufrís, sino contra aquellos que lo hacen. De ello da testimonio todo el tiempo pasado. A los profetas no podían ciertamente culparlos de iniquidad y de sentir contrario a Dios; y, sin embargo, a unos apedrearon, a otros desterraron, a otros, en fin, los colmaron de males infinitos. Que nada de eso, pues, os turbe a vosotros; pues el mismo espíritu los mueve también ahora a hacer todo lo que hacen. Ya veis cómo levanta el Señor sus pensamientos al ponerlos junto con los de Moisés y de Elías. Del mismo modo, Pablo, escribiendo a los tesalonicenses, les dice: *Vosotros, en efecto, os habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios que hay en Judea; pues vosotros habéis sufrido de parte de vuestros conciudadanos lo mismo que aquéllas de parte de los judíos; los mismos que mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, que nos han perseguido también a nosotros, que no agradan a Dios y son contrarios a todos los hombres* (1Tes 2,14-15). El mismo procedimiento siguió aquí Cristo. Y advertid cómo en las otras bienaventuranzas hablaba de modo general: *Bienaventurados los pobres*, o: *Bienaventurados los misericordiosos;* pero aquí ya no lo deja tan indeterminado, sino que dirige a ellos particularmente su palabra: *Bienaventurados de vosotros cuando os injurien y os persigan y digan toda palabra mala contra vosotros*. Con lo que les daba a entender que ése había de ser privilegio suyo y propio de los maestros antes que de todos los demás. Juntamente aquí alude el Señor a su propia dignidad y a su igualdad de honor con el Padre. Como si dijera: Lo mismo que aquellos sufrieron por el Padre, vosotros lo sufriréis por causa mía Por lo demás, al hablar de *los profetas que fueron antes de vosotros*, sobradamente demuestra que también ellos estaban ya constituidos profetas. Luego, para declararles que la persecución es lo que más les conviene y hace gloriosos, no les dice: Sí, os calumniarán y perseguirán, pero yo lo impediré; no. no quiere el Señor que los suyos pongan su seguridad en que no se hable mal de ellos y se los persiga, sino en que, al ser calumniados, se mantengan firmes y refuten con sus obras a sus calumniadores. Esto vale más que lo otro, como supone mayor vigor no sentir el golpe que se recibe que no recibir golpe ninguno.

DIGRESIÓN SOBRE SAN LUCAS: LA MALEDICENCIA, MÁS DIFÍCIL DE SUFRIR QUE LA PERSECUCIÓN

Ahora bien, aquí dice el Señor: *Vuestra paga será grande en los cielos*; pero Lucas nos cuenta que eso fue dicho con más intensidad y mayor consuelo por el Señor. En efecto, no sólo proclama el Señor bienaventurados a los que son maldecidos por causa de Dios, sino que declara desgraciados a los que son alabados por todos: *¡Ay de vosotros* —dice— *cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!* (Lc 6,26). En verdad, también de los apóstoles hablaban bien, pero no todos. Por eso no dijo: "Cuando hablen bien de vosotros los hombres", sino: *Todos los hombres*. No es posible, en efecto, que quienes practican la virtud sean alabados de todos. Y prosigue diciendo: *Cuando rechacen vuestro nombre como cosa mala, alegraos y saltad de gozo* (Lc 6, 22,23). No sólo señala el Señor premio grande por los peligros que sufrieron, sino también por las maldiciones que se les dijeron. Por eso no dijo: "Cuando os destierren y os quiten la vida": Sino: *Cuando os injurien* y *digan todo mal contra vosotros.* Más vivamente, en efecto, que las cosas mismas hiere la maledicencia. En los peligros, muchas cosas hay que hacen ligero el trabajo: hay una muchedumbre que anima, que aplaude, que corona y proclama a los triunfadores. Pero aquí, en la maledicencia, todo ese consuelo desaparece. Sufrirla no parece hazaña de mayor cuantía, y, sin embargo, al atleta le duele más que todos los trabajos. Muchos por lo menos se colgaron de una soga por no poder soportar la mala opinión. ¿Y a qué maravillarnos de otros? A aquel mismo traidor, sinvergüenza y abominable, a aquel que por nada del mundo se hubiera sonrojado, eso fue señaladamente lo que le llevó a colgarse también de una soga. Job, en fin, aquel hombre de diamante, y más duro que una roca, cuando perdió sus riquezas, y sufrió males irreparables, y se halló de repente sin hijos, y contempló su cuerpo convertido en abrevadero de gusanos, y sufrió el ataque de su misma mujer, todo eso lo soportó generosamente; mas cuando oyó los reproches e insultos de sus amigos, y la opinión que de él tenían, y cómo afirmaban que por sus pecados padecía todo aquello, y que todos sus desastres eran justo castigo de sus culpas, entonces, sí, se turbó, entonces se alteró aquel varón generoso y grande.

EJEMPLO DE DAVID Y SAN PABLO

Y David, dejando a un lado todo lo que había sufrido sólo pide a Dios recompensa por aquella maldición de Semeí: *Déjale* —dice— *que maldiga a David, pues el Señor se lo ha ordenado. Que el Señor vea mi humillación y no me dé bienes a cambio de la maldición de este día* (2 Rey 16,11-12). Y Pablo, por su parte no proclama sólo a los que pasan por el peligro y se ven despojados de sus bienes, sino también a los que así son maldecidos. Así dice: *Recordad los días primeros, en que, después de ser iluminados, sostuvisteis tan grande combate de sufrimientos. Por una parte, expuestos en espectáculo a injurias y tribulaciones; por otra, hechos solidarios de quienes todo eso sufrían* (Hebr 10,32-33). Por eso justamente dijo Cristo que la recompensa había de ser grande. Pero para que nadie le objetara: ¿Cómo? ¿Aquí no defiendes a los tuyos ni tapas la boca a los que los maldicen y allí das la paga? El Señor puso el ejemplo de los profetas, para hacernos ver que tampoco a ellos los vengó Dios. Ahora bien, si, cuando la recompensa se daba inmediatamente, Dios los dispuso para el combate con sola la esperanza de lo por venir, mucho más lo hará así ahora, cuando esa esperanza es más clara y más alta la doctrina que profesamos. Pero mirad después de cuántos preceptos vino el Señor a sentar este último. Porque no sin razón lo puso el último, sino para declararnos no ser posible bajar a la arena de estos combates el que no esté bien pertrechado y apercibido de todas las otras virtudes. Por eso justamente, pasando siempre de una bienaventuranza a otra, nos fue como trenzando una cuerda de oro. En efecto, el que es humilde, también llorará sus propios pecados; el que llora será también manso, y justo, y misericordioso; el misericordioso será forzosamente justo y compungido y limpio de corazón, y éste, por el mismo caso, pacífico. El que hubiere, en fin, alcanzado todas estas virtudes, se enfrentará valientemente con los peligros y no se turbará de oírse maldecir ni de sufrir cualesquiera otros males.

"VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA"

Habiéndolos, pues, exhortado como convenía, ahora los anima dirigiéndoles una alabanza. Y es que, como les había dado tan sublimes preceptos, de mucha mayor perfección que los de la Antigua Ley; para que no se turbaran ni alteraran y pudieran acaso

objetarle: — ¿Cómo podemos practicar eso?, oíd lo que ahora les dice: *Vosotros sois la sal de la tierra.* Con lo que les pone delante la necesidad de lo que les ha mandado. Porque vosotros—viene a decirles—no habéis de tener cuenta solamente con vuestra propia vida, sino con la de toda la tierra. A vosotros no os envío, como hice con los profetas, a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte, ni siquiera a una sola nación. No. Vuestra misión se extenderá a la tierra y el mar, sin más límites que los del mundo mismo. Y a una tierra que hallaréis mal dispuesta. En efecto, por el hecho mismo de decir: *Vosotros sois la sal de la tierra,* el Señor les hizo ver que toda la humana naturaleza estaba insípida y totalmente podrida por sus pecados. De ahí justamente que de ellos exija aquellas virtudes que señaladamente son necesarias y útiles para el aprovechamiento de los otros. En efecto, el que es manso, modesto, misericordioso y justo, no encierra para sí solo estas virtudes, sino que hace que estas bellas fuentes se derramen también copiosamente para provecho de los demás. Del mismo modo, el limpio de corazón, y el pacífico, y el que es perseguido por causa de la verdad, para común utilidad dispone también su vida. No penséis —dice el Señor a sus discípulos— que os lanzo a combates sin importancia y que os encomiendo negocios de poco más o menos. No. *Vosotros sois la sal de la tierra*. ¿Pues qué? ¿Curaron los apóstoles lo ya podrido? De ninguna manera. Lo ya corrompido no podemos recuperarlo por más sal que esparzamos encima. Tampoco hicieron eso los apóstoles. Lo que el Señor renovaba y a ellos entregaba; lo que Él libraba del mal olor de la podredumbre, eso salaban ellos, conservándolo y manteniéndolo en la novedad que del Señor había recibido. Porque librar de la podredumbre de los pecados fue hazaña exclusiva de Cristo; hacer, sin embargo, que los hombres no volvieran a pecar fue ya obra del celo y trabajo de sus apóstoles. ¿Veis cómo poco a poco les va el Señor haciendo ver que ellos son superiores a los profetas? Porque no los llama maestros de únicamente la Palestina, sino de la tierra entera; y no sólo los hace maestros, sino temibles. Porque ahí está la maravilla: los apóstoles no se hicieron amables a todo el mundo porque adularan y halagaran a todos, sino picando vivamente como la sal. No os sorprendáis, pues —les dice—, si, dejando por un momento a los demás, hablo ahora con vosotros y os convido a tamaños peligros. Considerad, en efecto, a cuántas ciudades, y pueblos, y naciones os quiero enviar como

maestros. Por eso no quiero que seáis prudentes vosotros solos, sino que hagáis también prudentes a los otros. ¡Y qué prudencia no requerirán aquellos en quienes recae la salvación de los demás! ¡y qué abundancia de virtud los que han de ser de provecho para los otros! Porque, si no sois tales que podáis aprovechar a los demás, tampoco os bastaréis para vosotros mismos.

EL PELIGRO DEL APOSTOLADO: LA SAL INSÍPIDA

No os irritéis, pues, como si lo que os digo fuera cosa molesta. Si los otros se tornan insípidos, vosotros les podéis volver su sabor; mas, si eso os pasara a vosotros, con vuestra pérdida arrastraríais también a los demás. Así, cuantos mayores negocios lleváis entre manos, de mayor fervor y celo necesitáis. De ahí que les diga: *Pero si la sal se torna insípida, ¿con qué se la salará?* Ya *no vale para nada, sino para ser arrojada a la calle y que la gente la pisotee.* Los otros, en efecto, aun cuando mil veces caigan, mil veces pueden obtener perdón; pero, si cae el maestro, no tiene defensa posible y habrá de sufrir el último suplicio. Había el Señor dicho a sus discípulos: *Cuando os insulten y persigan y digan toda palabra mala contra vosotros...* Pues bien, para que no se acobardaran al oír esto y rehusaran salir al campo, parece ahora decirles: "Si para todo eso no estáis apercibidos, vana ha sido vuestra elección. Porque lo que hay que temer no es que se os maldiga, sino que aparecierais envueltos en la común hipocresía. En ese caso os habríais vuelto insípidos y seríais pisoteados por la gente. Pero si vosotros seguís frotando con sal y por ello os maldicen, alegraos entonces. Ésa es efectivamente la función de la sal: picar y molestar a los corrompidos. La maledicencia habrá de seguiros forzosamente, pero ningún daño os hará; más bien dará testimonio de vuestra firmeza. Mas, si por miedo a la maledicencia abandonáis la vehemencia que os conviene, sufriréis más graves daños. Primero, que se os maldecirá lo mismo, y luego, que seréis la irrisión de todo el mundo. Porque eso quiere decir ser pisoteado".

"VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO"

El Señor pasa ahora a otra comparación más alta: *Vosotros sois la luz del mundo*. Nuevamente se nos habla del mundo; no de una sola nación, ni de veinte ciudades, sino de la tierra entera; se nos

habla de una luz inteligible, mucho más preciosa que los rayos del sol, como también la sal había que entenderla en sentido espiritual. Y pone el Señor primero la sal, luego la luz, para que te des cuenta de la utilidad de las palabras enérgicas y el provecho de una enseñanza seria. Ella nos ata fuertemente y no nos permite disolvemos. Ella nos hace abrir los ojos, llevándonos como de la mano hacia la virtud.

LA CIUDAD SOBRE EL MONTE

No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte ni enciende nadie una luz para ponerla debajo del celemín. Por estas comparaciones espolea nuevamente el Señor a sus discípulos a la perfección de vida y a que estén siempre apercibidos para el combate, como quienes están puestos ante los ojos de todos y luchan en la palestra misma de toda la tierra. No miréis, no, les dice, que estamos ahora sentados aquí ocupando una porción mínima de un rincón de la tierra: Vosotros habéis de estar un día tan patentes a todos, como si fuerais una ciudad situada en la cima de un monte, como una luz que brilla en casa sobre el candelero. ¿Dónde están ahora los que niegan fe al poder de Cristo? Oigan esto y, maravillados de la fuerza de esta profecía, póstrense y adoren el poder de quien la hizo. Considerad, en efecto, qué promesas hizo el Señor a quienes no eran conocidos ni en su propia tierra: La tierra y el mar habían de saber de ellos, su fama había de llegar a los confines del orbe, y no sólo su fama, sino también el beneficio de su acción. Porque no fue sólo la fama la que, volando por dondequiera, los hizo notorios, sino señaladamente las obras que ellos realizaron. Pues fue así que, como si estuvieran dotados de alas, con más celeridad que los rayos del sol, recorrieron la tierra entera, esparciendo la luz de la religión. Aquí, sin embargo, a mi entender, de lo que trata el Señor es de infundirles confianza. Porque decirles: *No puede estar oculta una ciudad situada sobre un monte*, era como manifestarles su propio poder. Como no hay manera que tal ciudad esté oculta, así tampoco es posible que se calle y oculte mi predicación. Como les había antes hablado de persecuciones, de maledicencias, de insidias y de guerras, para que no pensaran que todo eso había de poder hacerlos callar, los anima diciendo que su doctrina no sólo no quedará oculta, sino que ella iluminará toda la tierra. Y eso

justamente los haría a ellos famosos y conocidos.

"BRILLE VUESTRA LUZ ANTE LOS HOMBRES"

Ahora bien, si con lo anteriormente dicho les hace ver el Señor su propio poder, con lo que sigue les exige de su parte franqueza y libertad, diciéndoles: *Nadie enciende una lámpara y la pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, y brilla para todos los de la casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos*. Como si dijera: La luz, yo la he encendido; pero que siga ardiendo, depende ya de vuestro celo. Y eso no sólo por motivos de vuestra propia salvación, sino también por la de aquellos que han de gozar de su resplandor y ser así conducidos de la mano hacia la verdad. Las calumnias, ciertamente, no han de poder echar una sombra sobre vuestro resplandor, como vosotros viváis con perfección y cual conviene a quienes tienen misión de convertir a todo el mundo. Llevad, pues, una vida digna de la gracia, para que, así como la gracia se predica en todas partes, pareja con la gracia corra vuestra vida. Luego, junto a la salvación de los hombres, señálales el Señor otro provecho bastante por sí solo para incitarlos al combate y llevarlos al más intenso fervor. Porque, viviendo rectamente —les viene a decir—, no sólo corregiréis a toda la tierra, sino que glorificaréis a Dios; así como, si no vivís con perfección, no sólo perderéis a los hombres sino que haréis que sea blasfemado el nombre de Dios.

UNA GRAN VIRTUD NO PUEDE ESTAR OCULTA

¿Y cómo —piensan ellos— ha de ser Cristo glorificado por causa nuestra, si los hombres nos han de maldecir? —No todos os maldecirán, y aun los que lo hagan, será por envidia, y aun los que por envidia os maldigan, os admirarán y alabarán en lo íntimo de su conciencia. Exactamente como los que públicamente adulan a los que viven mal, que íntimamente los condenan. — ¿Qué es, pues, lo que nos mandas: que vivamos para la ostentación y ambición de honores? — ¡Ni mucho menos! No es eso lo que yo digo. Yo no os he dicho: "Esforzaos por sacar a relucir vuestras buenas obras". Yo no os he dicho: "Haced alarde de ellas", sino: *Brille vuestra luz.* Es

decir, haya grande virtud, haya fuego abundante, brille una luz indecible. Porque cuando la virtud alcanza ese grado, por más que quiera ocultarla entre las sombras el mismo que la practica, es imposible quede definitivamente oculta. Llevad, pues, una vida irreprochable; no deis ningún motivo verdadero a la maledicencia, y, aunque sean miles y miles los que os calumnien, no serán capaces de echar una sombra sobre vosotros. Y muy bien habló el Señor de la luz, pues nada hace al hombre tan ilustre, por mucho que él quiera ocultarse, como la práctica de la virtud. Es como si el hombre se revistiera de la luz misma, y aun brilla tanto más intensamente que ella, que no sólo aparecen sus rayos sobre la tierra, sino que traspasan el cielo mismo. De aquí toma el Señor otro motivo de mayor consuelo para sus discípulos. Porque, si es cierto —les dice— que sentiréis veros maldecidos por unos; otros muchos, sin embargo, habrá que alabarán a Dios por causa vuestra. De uno y otro lado habéis de cosechar vuestra paga: porque es Dios alabado por causa vuestra y porque sois vosotros maldecidos por causa de Dios. Sin embargo, no porque sepamos que las injurias tienen su recompensa hemos de buscar adrede ser injuriados. De ahí que no habló el Señor de modo absoluto, sino que puso dos condiciones: que se nos injurie mentirosamente y que sea por Dios. Además, nos muestra el Señor que no sólo la injuria, sino también la alabanza nos puede procurar gran provecho, con tal que toda la gloria redunde en Dios. Y sobre ello les da las más bellas esperanzas. Porque no tendrá —les dice— tanta fuerza la maledicencia de los malos que llegue a cegar también a los demás para que no vean vuestra luz. Sólo si os volvéis insípidos seréis pisoteados por las gentes; no si, viviendo vosotros rectamente, sois calumniados por los malvados. Entonces justamente serán más los que os admirarán, no sólo a vosotros, sino también, por causa vuestra, a vuestro Padre. Y el haber dicho "a vuestro Padre" en lugar de "a Dios", era como echar ya de antemano la semilla de la futura nobleza que había de darles. Luego, para demostrar su igualdad con el Padre, antes había dicho: No tengáis pena que se hable mal de vosotros, pues os basta que se hable así por causa mía, Y ahora pone a su Padre, con lo que por todas partes nos hace ver su igualdad con Él.

SEAMOS IRREPROCHABLES EN NUESTRA VIDA

Conscientes, pues, del bien que se nos sigue de una vida fervorosa y del peligro a que nos exponemos con nuestra desidia —no sólo nuestra propia perdición, sino, lo que es más grave, que el que es Señor nuestro sea blasfemado por causa nuestra—, *seamos irreprochables para judíos y gentiles y para la Iglesia de Dios* (1 Cor 10,32). Sea nuestra vida más brillante que el sol, y, si hay quien tenga ganas de maldecirnos, no tanto sintamos que se hable mal de nosotros cuanto que pudiera hablarse mal y con razón. Y es así que, si vivimos en la maldad, aun cuando nadie hable mal de nosotros, somos los más desgraciados del mundo; mas, si trabajamos por la virtud, aun cuando el mundo entero nos calumnie siempre seremos dignos de envidia y acabaremos por atraer a nosotros a cuantos de verdad quieren salvarse. Pues no atenderán tanto a las calumnias de los malvados como a la virtud de nuestra vida. Porque la demostración fundada en las obras es más clara que la voz de la trompeta, y una vida pura, por más que haya infinitos que intenten calumniarla, es más brillante que la luz misma. Si poseemos las virtudes antedichas: si somos mansos, humildes, y misericordiosos, y limpios de corazón, y pacíficos; si, al ser injuriados, no contestamos injuria con injuria, sino que nos alegramos, atraeremos no menos que con milagros a los que nos contemplen, y, aun cuando fueran fieras, aun cuando fueran demonios u otra cualquiera cosa, todos acudirán a nosotros. Mas, si aún hubiere alguno que habla mal de ti, aun cuando públicamente te insulten, no te turbes por ello. Penetra un poco en tu conciencia, y verás cómo allí te aplauden, y te admiran, y te tributan infinitas alabanzas. Mirad, si no, cómo Nabucodonosor terminó alabando a los jóvenes a quienes él mismo mandara arrojar al horno. Era su enemigo y les había declarado la guerra; mas, después que los vio resistir valerosamente, los proclama triunfadores y él mismo los corona, no por otro motivo sino porque le habían desobedecido a él, a trueque de mantenerse obedientes a Dios. Porque cuando el diablo ve que no consigue nada, termina por retirarse definitivamente, pues teme ser él mismo la causa de más espléndida corona nuestra. Y una vez retirado el diablo, disipada aquella niebla, el hombre más perverso y corrompido reconocerá nuestra virtud. Mas, en fin, aun suponiendo que los

hombres se engañen, la alabanza y admiración que Dios nos rendirá será mayor todavía.

LA FUERZA IRRESISTIBLE DEL EJEMPLO

No os apenéis, pues, ni os abatáis. También los apóstoles eran para unos *olor de muerte*, y para otros *olor de vida* (2 Cor 2,15-16). No demos nosotros asidero alguno a la maledicencia, y estaremos libres de toda culpa, o, por decir mejor, nuestra felicidad será mayor. Brille, pues, nuestra vida y no hagamos caso alguno de los maldicientes. No es posible, no, que el hombre que de verdad se ocupa en la virtud, deje de tener muchos enemigos. Pero al hombre virtuoso, ello nada le debe de importar, pues eso ha de abrillantar más la corona de su gloria. Considerando todo esto, sólo en una cosa hemos de poner nuestra mira: en ordenar con perfección nuestra propia vida. Si esto hay, conduciremos a la vida celeste a los que están sentados en las tinieblas. Porque la virtud de esta luz no está sólo en brillar, sino en conducir allá a los que la siguen. Porque, si nos ven que despreciamos todo lo presente y nos preparamos para lo eterno, mejor que a cualquier discurso, creerán a nuestras obras. ¿Quién será, en efecto, tan insensato que, viendo a un hombre que ayer nadaba en delicias y riquezas y que hoy se despoja de todo y, como si tuviera alas, vuela al hambre, y a la pobreza, y a todo género de asperezas, y a los peligros, y a la sangre, y al degüello, y a todo lo que parece ser más espantoso; ¿quién, digo, será tan insensato que no vea ahí una prueba patente de los bienes futuros? Mas, si nos ven enredados en las cosas presentes y que nos hundimos más y más en ellas, ¿cómo podrá nadie persuadirse que vamos de viaje hacia otra patria?

NO NOS QUEDEMOS A LA ZAGA DE LOS FILÓSOFOS GENTILES

¿Qué excusa podremos ya tener cuando no puede lograr en nosotros el temor de Dios lo que alcanzó de los filósofos gentiles la ambición de gloria humana? Porque fue así que algunos de ellos se desprendieron de sus riquezas y despreciaron la muerte por puro alarde ante los hombres. ¡Vano alarde ciertamente y vanas esperanzas! ¿Qué razón podrá, pues, librarnos a nosotros, si, teniendo premios tan altos a la vista; si, habiéndosenos enseñado tan sublime filosofía, nos quedamos a la zaga de los mismos

filósofos gentiles y con nuestra perdición arrastramos también la de los otros? No es el mismo el daño que se sigue de cometer un gentil una iniquidad o que la cometa un cristiano. Y ello es muy lógico, pues las doctrinas de un gentil son corrompidas, mientras las nuestras, por la gracia de Dios, son veneradas y tenidas en alta estima aun por los mismos impíos. Por eso, cuando ellos quieren reprocharnos más señaladamente y llevar su maledicencia al último límite, suelen añadir: "¡Y eso un cristiano!" Cosa que no dirían si no tuvieran una alta idea de nuestra doctrina. ¿No has oído cuántos y cuán grandes preceptos nos ha dado Cristo? ¿Y cuándo piensas tú cumplir cabalmente uno solo de ellos, si, dejándolos que los dejas todos a un lado, vas de acá para allá amontonando intereses, juntando un préstamo con otro, juntando negocios a negocios, comprando rebaños de esclavos, procurándote vajilla de plata, comprando campos, casas y muebles? ¡Y ojala fuera eso solo! Pero a todos esos afanes inoportunos, tú añades la injusticia, apropiándote tierras, arrebatando casas, exacerbando la pobreza, aumentando el hambre. ¿Y todavía te atreves a traspasar los umbrales de la iglesia? ¡Pero algunas veces te acuerdas también de los pobres! Sí, yo lo sé muy bien. Pero ¡cuánta corrupción también en eso! Porque o lo haces con altivez o por pura ostentación, de modo que ni de las obras buenas saques provecho. ¿Qué desgracia mayor que ésa, pues vienes a naufragar en el puerto mismo?

NO BUSQUEMOS PAGA ENTRE LOS HOMBRES

Para que así no suceda, cuando hagáis algún bien, no busquéis favor o gracia de mi parte, y así tendréis por deudor a Dios. *Prestad* —dice— *a aquellos de quienes no esperéis recibir* (Lc 6,35), Tenéis un deudor. ¿A qué dejáis a ése y acudes a mí, que soy un hombre pobre y miserable? ¿Es que el deudor que tenéis se enfada si vais a reclamar la deuda? ¿Es acaso pobre? ¿Es que no quiere pagar? ¿No sabéis que tiene tesoros indecibles? ¿No veis su largueza inexplicable? Id, pues, a urgirle y reclamarle a Él, pues cuando así se le reclama, se alegra. Si os ve que vais a reclamar a otros lo que Él os debe, se irritará, como injuriado, por ello. Ya entonces no os dará nada, sino que os reprenderá con toda justicia. ¿Qué ingratitud —os dirá— habéis visto en mí, qué

pobreza me habéis descubierto, para que, dejándome a mí, acudáis a otros? Prestasteis a uno y reclamáis a otro. Porque, si un hombre recibió, fue Dios quien os mandó darle, y Él quiere ser deudor principal, Él salir fiador, con lo que os ofrece mil ocasiones de reclamarle por todos conceptos. No perdáis, pues, esa facilidad y esa riqueza y vengáis a buscar de mí, que no tengo nada. ¿Por qué razón haces ante mí alarde de haber dado limosna al pobre? ¿Acaso fui yo quien te ha dicho: *Da?* ¿Acaso lo has oído de mí, para que a mí me vengas a reclamar? No. Él fue quien dijo: *El que da limosna al pobre, le presta a interés a Dios* (Prov 19-17). A Dios le prestaste, a Dios reclama. ¿Te quejas que no todo lo devuelve ahora? Por tu interés lo hace. Tal es ese deudor; no como los otros, que se apresuran a devolver sólo lo que se les prestó. Todo su interés, todo su afán, es que esté bien seguro lo que le diste. Por eso, parte te lo da en esta vida, parte te lo reserva para después.

EXHORTACIÓN A LA CARIDAD PARA CON NUESTRO PRÓJIMO

Sabiendo, pues, todo esto, ejercitemos largamente la misericordia, demos grandes pruebas de caridad con nuestro prójimo, no sólo con dinero, sino también con obras. Si vemos a alguien que en la plaza pública es maltratado y herido, si podemos dar dinero, démoslo; si podemos con nuestras palabras consolarle, no vacilemos en hacerlo. También las palabras, tienen su recompensa. Es más, la tiene un simple gemido. Así lo afirmaba el santo Job: Yo *lloré sobre todo impotente,* yo *gemí por todo hombre necesitado* (Job 30,25). Pues, si las lágrimas y los gemidos han de ser recompensados, considerad cuán grande será el galardón si a ellos se juntan las palabras, la solicitud y tantas cosas más. En verdad, también nosotros éramos enemigos de Dios, y el Unigénito nos reconcilió con Él, poniéndose en medio, recibiendo Él los golpes por nosotros, aceptando Él la muerte por nosotros. Esforcémonos, pues, por librar de sus males a los que se hallan agobiados por ellos y no se los aumentemos más como hacemos ahora, que, si vemos a dos que riñen y mutuamente se despedazan, allí nos plantamos nosotros muy alegres de contemplar las ajenas desgracias, formando un corro diabólico de espectadores. ¡Crueldad suprema! Estáis viendo cómo se

maldicen, cómo se desgarran, cómo se hacen jirones de los vestidos, cómo se machacan la cara, ¿y os estáis tan tranquilos allí quietos? ¿Son osos, son bestias, son serpientes los que allí están peleándose? ¡Hombres son de tu misma naturaleza en todo y por todo; hermanos tuyos son, miembros tuyos son! No te estés ahí contemplándolos, sino sepáralos. No te recrees, sino corrígelos. No llames a otros a contemplar un espectáculo indecente, sino aparta y separa a los que están trabados en combate. Hallar gusto en lances semejantes propio es de gentes sin pudor, de vagabundos, la hez de la chusma y hombres sin razón. ¿Estáis contemplando actos indecorosos, y no creéis cometerlos vosotros por el hecho mismo de presenciarlos? ¿Por qué no os ponéis en medio y dispersáis todo aquel escuadrón del diablo y ponéis término a esos males humanos? — ¿Para que me sacudan a mí también? —me objetarás—. ¿Eso es lo que mandas? —No, nada de eso te pasará; pero si así fuera, ello sería para ti un martirio, pues habrías sufrido por Dios. Y, si tienes miedo a los golpes, considera que tu Señor no lo tuvo al sufrir por tu amor la cruz. Esos que riñen están borrachos y ciegos, pues los tiraniza y capitanea la ira, y el tanto el que ofende como el ofendido necesitan de un hombre sano que les ayude; el uno para que deje de ser ofendido, el otro para que no siga ofendiendo. Acércate, pues, y tiéndeles tu mano, tú, sobrio, a los que están borrachos. Porque hay, sí, una borrachera de la ira, y más grave ciertamente que la del vino. ¿No veis cómo los navegantes, cuando otra nave sufre naufragio, acuden a velas desplegadas para arrancar de las olas a sus compañeros de oficio? Pues, si la mera comunidad de profesión inspira tan generosa ayuda, ¿cuánto más justo no será que todo eso haga la comunidad de la naturaleza? Porque aquí también se trata de un naufragio, y sin duda más grave que el del mar. Porque o el maltratado lanzó una blasfemia y el naufragio es ya completo, o, arrebatado de la ira, perjuró, y con ello cae igualmente al infierno, o descarga un golpe y produce la muerte a su adversario, y también así sufre naufragio. Anda, pues, y detén el mal, arranca de las olas a los que ya se están hundiendo, entra en lo más recio de la tormenta, deshaz todo aquel teatro del diablo, toma a cada contendiente aparte y exhórtalos, reprime el incendio, calma las olas. Y, aun cuando la hoguera sea muy grande y el horno arda con furia, no temas; como tú empieces, hallarás muchos que te secundarán, que tenderán contigo sus manos, y, antes que nadie, el Dios mismo de

la paz. Si tú eres el, primero en apagar el fuego, muchos otros te seguirán, y del bien que éstos hicieren, tú recibirás el premio. Escucha la exhortación que Cristo dirigió a los judíos, gente rastrera: *Si vieres caída la bestia de tu enemigo, no pases de largo, sino levántala* (Ex 23.5), y la verdad, más fácil que levantar una bestia caída, es separar y poner paz entre dos que riñen. Y, si hay obligación de yantar el asno de un enemigo, con mucha más razón habrá que ayudar a levantar las almas de los amigos. Y tanto más cuanto es más grave la caída; pues las almas, por no poder con la carga de la ira, no caen a un barrizal, sino al fuego mismo del infierno. Tú, sin embargo, a pesar de ver a tu hermano caído bajo el peso, y al diablo que se echa sobre él y la hoguera ya llameante, cruel y sin misericordia, pasas de largo: cosa peligrosa aunque de simples bestias se tratara.

EL EJEMPLO DEL SAMARITANO

1Ahí tenéis al samaritano, que, encontrándose en su camino con un herido desconocido y que nada le tocaba, se paró, le montó sobre su jumento, lo llevó a la posada y contrató un médico, parte pagó en el acto, parte prometió para después (Lc 10,25ss). Tú, sin embargo, no te encuentras con un hombre que cayera en manos de salteadores, sino en manos del ejército del demonio y en el asedio de la ira; no tienes que gastar dinero en el desierto, sino en medio de la plaza pública; no tienes que alquilar una bestia ni andar con el caído largo camino; tú no tienes más que pronunciar unas palabras. ¿Y aun así vacilas y te retiras y pasas de largo, cruel y sin misericordia? ¿Cómo esperas tener a Dios propicio cuando tú le invoques?

INSENSATEZ DE LOS QUE RIÑEN

Pero ahora quiero hablar con los que públicamente riñen, con el que maltrata y agravia a su prójimo señaladamente. ¿Tú, dime por favor, tú golpeas, y coceas, y muerdes? ¿Te has convertido acaso en jabalí o en asno salvaje? ¿No te avergüenzas, no te sonrojas de haberte hecho una fiera, y perdido voluntariamente tu nobleza de hombre? Porque, aun cuando seas pobre, por lo menos eres libre; y si eres un artesano, por lo menos eres cristiano. Pero justamente por ser pobre, es necesario que te estés quieto. Allí se hagan la guerra los ricos, no los pobres. Los ricos son los que tienen

muchos motivos de guerras. Tú, en cambio, que no gozas de los placeres de la riqueza, vas buscando sus males, pues amontonas contra ti enemistades, contiendas y luchas. Tú ahogas a tu hermano y le sofocas y le derribas a tierra ante las miradas de todo el mundo. ¿Y no crees que te estás deshonrando al imitar la furia de los animales, o, mejor dicho, haciéndote peor que los mismos animales? Todo es común entre las bestias, forman sus rebaños y marchan juntas. Nosotros, en cambio, nada tenemos común: todo anda trastornado; por dondequiera luchas, contiendas, injurias, enemistades e insolencias. Ni respetamos el cielo, para el que fuimos llamados todos en común; ni tampoco la tierra, que Dios nos dejó común para todos; ni siquiera nuestra común naturaleza. Todo se lo lleva arrastrando la ira y la codicia del dinero.

PARÁBOLA DEL CRIADO QUE DEBÍA DIEZ MIL TALENTOS

¿No recuerdas aquel criado que debía a su señor diez mil talentos? Todo se lo perdonó el señor; pero él fue luego y trataba de ahogar a su compañero que le debía cien denarios (Mt 18,23). ¡Mira lo que luego pasó y cómo fue entregado a un castigo eterno! ¿No te da miedo este ejemplo? ¿No temes que lo mismo te pueda pasar a ti? En verdad, ¡cuántas y cuán grandes deudas no tenemos nosotros con el Señor! Y, sin embargo, nos aguanta y tiene paciencia: no se nos echa encima, como hacemos nosotros con nuestro compañero; no nos ahoga y sofoca Y, cierto, con la mínima parte que nos hubiera reclamado, hace tiempo que hubiéramos perecido. Consideremos, carísimos, todo esto y humillémonos y hasta demos las gracias a nuestros deudores, pues ellos pueden ser para nosotros, a poco que pensemos, ocasión de gran perdón, y, dando poco, recibiremos mucho. ¿A qué fin, pues, se lo vas a reclamar con violencia, siendo así que, aun cuando tu deudor te quisiera pagar, habías tú de perdonarle, a fin de recibirlo todo de Dios? Pero la verdad es que no dejas piedra por mover, que acudes hasta a la violencia y al pleito, con lo que no se te perdona nada de lo que tú debes. Y mientras te imaginas dañar a tu prójimo, lo que haces es clavarte tú mismo la espada, aumentando tu castigo en el infierno. Mas, si aquí quieres meditar un poco, harás tu cuenta muy ligera ante Dios. Realmente, Dios quiere que nosotros tomemos la iniciativa en esta generosidad, para tener Él

ocasión de pagárnoslo más copiosamente. Así, pues, despacha libres a cuantos deudores tengas, ya te deban dinero, ya te hayan ofendido, y ve luego a reclamar de Dios el pago de esa magnificencia. Mientras ellos sean tus deudores, no lo es Dios; mas, si a estos das por libres, tendrás derecho a apremiarle a Dios y reclamarle con mucha generosidad la paga de este modo de proceder. Si, pasando un hombre y viendo que apremiabas a un deudor tuyo, te rogara que le perdonaras y le pasaras a él toda la cuenta, no es posible que, después de perdonado, no te lo agradeciera, como quien aceptó la deuda del otro. Pues ¿cómo no ha de darnos Dios mucho más, mil veces más, cuando por su mandato dejemos libres a nuestros deudores, sin reclamarles poco ni mucho de su deuda? No miremos a ese momento de placer que se experimenta al reclamar lo que nos pertenece, sino al daño que de ahí nos viene, para lo futuro, pues lo sufrimos no menos que en nuestros bienes eternos.

EXHORTACIÓN FINAL: PERDONEMOS PARA SER PERDONADOS

Haciéndonos, pues, superiores a todas las cosas, perdonemos a la vez deudas y ofensas a los que nos las hubieren hecho, y de esta manera nos prepararemos una cuenta benigna para nosotros mismos. Y lo que no pudimos lograr por las otras virtudes, lo alcanzaremos por nuestra falta de resentimiento para con nuestro prójimo, y así gozaremos de los bienes eternos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 16

No penséis que he venido a destruir la ley y los profetas (Mt 5,17ss).

MIRAMIENTOS QUE TIENE EL SEÑOR A LOS JUDÍOS

¿Y quién había tenido esa sospecha? ¿Quién se lo había echado en cara para que se adelantara a refutarlo? De lo anteriormente dicho, no podía nacer sospecha semejante. Mandar, en efecto, ser

mansos, modestos, misericordiosos y limpios de corazón; mandar luchar por la justicia, no delataba en modo alguno esa intención, sino todo lo contrario. ¿Por qué, pues, finalmente, dijo el Señor esas palabras? —No fue, ciertamente, al azar y sin motivo. Había Él venido a sentar preceptos muy superiores a los antiguos; por ejemplo, cuando dijo: Oísteis que se dijo a los antiguos: *No matarás*. Pero yo os digo: No os irritéis siquiera. Iba, en verdad, a abrir el camino de una vida divina y celestial. Pues para que la novedad no turbara el alma de sus oyentes y les hiciera dudar de sus palabras, tomó el Señor con ellos esta cautela previa. Porque si es cierto que los judíos no cumplían la ley, pero sentían gran veneración por ella, y aun cuando diariamente la infringían de hecho, querían que la letra permaneciera inalterable y nada se le añadiera. O, por decir mejor, consentían que sus sumos sacerdotes añadieran muchas cosas a la ley, y, cierto, no para mejorarla, sino para empeorarla. Con sus añadiduras, en efecto, habían poco menos que destruido el honor debido a los padres; y por el estilo habían eliminado muchos otros de sus preceptos por tales redundancias. Ahora bien, como Cristo no pertenecía a la tribu sacerdotal y lo que Él iba a introducir era una añadidura, no ciertamente que rebajase la ley, sino que la realzaría en su virtud, sabiendo Él que uno y otro motivo los había de turbar, antes de dictar Él aquellas sus leyes maravillosas, trata de disipar el reparo que había de surgir en su espíritu. ¿Y qué reparo surgiría y se le opondría? Pensar que todo aquello lo hacía para destruir los antiguos preceptos u ordenaciones legales. Esta sospecha es la que trata el Señor de curar en sus oyentes. Y así procede no sólo aquí, sino en muchas otras ocasiones. En efecto, como en otra ocasión le tuvieran por enemigo de Dios por no guardar el sábado, también entonces, para curar en ellos tal sospecha, les alega razones en su defensa, unas que decían con su dignidad de Hijo, por ejemplo, cuando le decía: *Mi Padre, hasta ahora está trabajando y yo también trabajo* (Juan 5,17). Otras son pura muestra de su condescendencia; por ejemplo, cuando les habla de la bestia que se pierde en sábado y les hace ver cómo por salvarla se infringe la ley (Lc 14,15). Y por la misma razón les recuerda la circuncisión, por la que también se quebranta el sábado. De ahí es justamente que muchas veces pronuncia el Señor palabras demasiado humildes, pues quiere a todo trance destruir la sospecha de ser Él enemigo de Dios. Así, el que con sola su

palabra había resucitado a infinitos muertos, cuando llamó a Lázaro del sepulcro, añadió una oración. Luego, para que eso no se tomara por prueba de su inferioridad respecto al Padre, corrigiendo toda sospecha, añadió: *Esto he dicho por razón de la muchedumbre que me rodea fin que crean que tú me has enviado* (Juan 11,42). Y, en general todo lo hace el Señor como por propia autoridad —con lo que corrige la flaqueza de los judíos—, ni tampoco acude siempre a la oración —con lo que no quiere dejar a los por venir la mala sospecha de obrar así por debilidad e impotencia—, sino que mezcla poder con oración, y oración con poder. Y ni aun eso lo hace Él al azar, sino con la prudencia que conviene. Las cosas mayores, en efecto, las hace con autoridad, y en las menores levanta sus ojos al cielo. Así, para perdonar los pecados, para descubrir los íntimos secretos, para abrir el Paraíso, para expulsar los demonios, para curar los leprosos, para poner freno a la muerte, para resucitar muertos sin número, le basta con un mandato de su querer. En cambio, cuando se trataba de cosa más sencilla, como multiplicar unos pocos panes, entonces es cuando miró al cielo. Con lo que muy bien hacía ver que no obraba así por debilidad. El que por propia autoridad podía hacer lo más, ¿qué necesidad tenía de oración en lo menos? Y es que, como antes he dicho, el Señor obra así para cerrar la boca a la impudencia de los judíos. Lo mismo hay que pensar de sus palabras, cuando le oímos hablar bajamente de sí mismo. Realmente, muchas causas había para hablar y obrar de esa manera. He aquí algunas: que no se le tuviera por ajeno a Dios, su deseo de curar y enseñar a todos, la enseñanza particularmente de la humildad, estar Él revestido de carne, la imposibilidad que los judíos lo oyeran todo de una vez, el enseñarnos, en fin a no hablar nada grande de nosotros mismos. Por todas estas razones habló muchas veces el Señor humildemente de sí mismo y dejó que fueran otros los que pregonaran sus grandezas.

CÓMO SUS DISCÍPULOS DICEN DEL SEÑOR MÁS DE LO QUE ÉL MISMO DIJO DE SÍ MISMO

Jesús mismo, disputando con los judíos, les dijo: *Antes que Abrahán existiera, existo yo* (Juan 8,58). No así su discípulo, sino: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba cerca de Dios, y el Verbo era Dios* (Juan 1,1). Además, que Él hubiera hecho el cielo y

la tierra y el mar, y todo lo visible y lo invisible, jamás lo dijo claramente por sí mismo; el discípulo, sin embargo, con absoluta libertad y sin disimulo alguno, lo afirma una, y dos, y muchas veces: *Todo fue hecho por Él, y sin Él nada fue hecho de cuanto fue hecho*. Y: *En el mundo estaba, y el mundo fue he hecho por Él* (Juan 3,10). ¿Y qué tiene de extraño que otros digan de Él mayores cosas que las que Él mismo dice, cuando sus mismas obras demuestran cosas que Él no dijo nunca claramente con palabras? Que fue Él mismo el que hizo al hombre, lo dio claramente a entender en la curación del ciego de nacimiento (Juan 9,1). En cambio, cuando habló de la formación del primer hombre al principio, no dijo: "Yo los hice", sino: *El que los hizo, varón y mujer los hizo* (Mt 19,4; cf. Gen 1,27). Además, que Él es el que creó mundo y cuanto hay en él, bien lo demostró por los milagros de la multiplicación de los panes y de los peces, por la transformación del agua en vino, por la tempestad calmada en mar, por el resplandor que irradió en el Tabor, y por tantos otros más; pero con palabras, jamás lo afirmó claramente. Son sus discípulos: Juan, Pablo y Pedro, quienes lo repiten a cada paso. Ahora bien, si los apóstoles, que le estaban oyendo hablar día y noche, que le veían hacer los milagros, a quienes en particular resolvía muchas dificultades, a quienes concedió tan grande poder, que resucitaban a los muertos; a quienes hizo tan perfectos que todo lo abandonaron por su amor; si ellos pues, después de tan gran virtud y forma de actuar, no podían llevar la carga de toda la enseñanza del Señor antes de dárseles el Espíritu Santo (Juan 16,12), ¿cómo el pueblo judío —un pueblo sin inteligencia, desprovisto de virtud, que por casualidad oía las palabras o veía las obras de Jesús—, cómo, digo, un pueblo así no había de creer que Cristo era contrario a Dios, de no haber Él usado con ellos de toda esa condescendencia y miramiento? Por eso, cuando estaba aboliendo el sábado, no introdujo autoritativamente otra ley equivalente, sino primero presentó muchos y muy varios motivos en su defensa. Si, pues, cuando se trataba de derogar un solo precepto, usa el Señor de tal miramiento en sus palabras a fin de no herir a sus oyentes, ahora que se propone sustituir una ley íntegramente a otra ley, necesita de mucha mayor preparación y cuidado para no turbar tampoco a los que entonces le escuchaban. Por esta misma razón indudablemente, no en muchas partes se ve que hable claramente el Señor de su propia divinidad. Porque, si una añadidura a la ley

los alborotaba, ¿qué hubiera sido afirmar de sí mismo que era Dios? De ahí que muchas veces habla el Señor muy por bajo de su propia dignidad. Así también aquí, cuando se dispone a añadir sus preceptos a la antigua ley, usa de mucha cautela previa. Porque no dijo una sola vez que no venía a destruir la ley, sino que lo volvió a repetir y hasta añadió otra cosa mayor. Así, habiendo dicho: *No penséis que he venido a destruir la ley*, seguidamente añade: *No he venido a destruirla, sino a cumplirla*. Con esto no sólo cierra el paso a la impudencia de los judíos, sino que cose también la boca de los herejes que afirman venir del diablo la ley antigua[37]. Porque, si Cristo vino a destruir la tiranía del diablo, ¿cómo es que no sólo no destruye la ley, sino que la cumple? Porque no sólo dijo que no la destruía —y con eso bastaba—, sino que la cumplía. Lo cual no dice con quien es contrario a la ley, sino con quien la aplaude.

DE QUÉ MANERA CUMPLIÓ EL SEÑOR LA LEY Y LOS PROFETAS

Pero me dirás: — ¿Y cómo no destruyó Cristo la ley y cómo la cumplió a par de los profetas? —Los profetas, ante todo, porque con sus obras confirmó cuanto aquéllos habían dicho de Él. De ahí que diga a cada paso el evangelista: *Para que se cumpliera lo que había dicho el profeta*. Así cuando nació virginalmente, así cuando los niños entonaron aquel maravilloso cántico en su honor, así cuando montó en la borrica, y en tantos casos más. En todos se cumplió alguna profecía. Todo lo cual hubiera quedado incumplido si Él no hubiera venido. En cuanto a la ley, no la cumplió de una sola manera, sino de dos y hasta de tres maneras. Primero, por no haber traspasado ninguno de sus preceptos. Así, que los cumplió todos, oye cómo lo dice a Juan. *De este modo nos conviene cumplir toda justicia* (Mt 3,15). Y a los judíos les decía: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* (Juan 8,46). Y otra vez a sus discípulos: *Viene el príncipe de este mundo y nada tiene que ver conmigo* (Juan 14,30). Y de antiguo había ya dicho el profeta: *Que no cometió pecado* (Is 53,9). He ahí el primer modo como cumplió el Señor la ley. El segundo fue haberla cumplido por nosotros. Porque ahí está la maravilla, que no sólo la cumplió Él, sino que nos concedió también a nosotros gracia para cumplirla. Es lo que Pablo declaró cuando dijo: *El fin de la ley es Cristo para justicia a*

[37] Así principalmente los maniqueos.

todo creyente (Rom 10,4). Y dijo también que Cristo *había condenado al pecado en su carne, a fin que la justificación de la ley se cumpliera en nosotros, que no caminamos según la carne* (Rom 8,4). Y otra vez: *¿Derogamos, pues, la ley por medio de la fe? ¡Dios nos libre! Lo que hacemos es establecer ley* (Rom 3,31). Y es que, como la ley intentaba hacer justo al hombre, pero era impotente para ello, vino el Señor y, trayéndonos el modo de justificación por la fe, confirmó el intento de la ley, y lo que ésta no logró por la letra, Él lo consiguió por la fe. De ahí que pueda decir: *No he venido a destruir la ley*.

LOS PRECEPTOS DE CRISTO SON COMPLEMENTO DE LA ANTIGUA LEY

Mas, si lo examinamos con diligencia, aun hallaremos un tercer modo como Cristo cumplió la ley. — ¿Qué modo es ése? —La misma ley suya que estaba ahora para proclamar. Porque lo que Él dice no es derogación de lo antiguo, sino su perfección y complemento. Así, el precepto de no airarse no es derogación, sino perfección y mayor reparo del mandamiento de no matar. Y así de todos los demás. En realidad, la semilla de lo que ahora va a legislar, ya la había Él echado anteriormente sin suscitar sospecha alguna; mas ahora que con toda claridad va a poner en parangón la antigua y nueva ley, y podía surgir la sospecha de oposición, usa de esa precaución. Para quien supiera verlo, efectivamente, sus palabras anteriores llevan en germen lo que iba a seguir. Así, decir: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, equivale al precepto posterior de no irritarse; y decir: *Bienaventurados los limpios de corazón*, al no mirar a una mujer para desearla; y lo de: *Bienaventurados los misericordiosos*, armoniza con lo de: No atesoréis tesoros sobre la tierra; y el llorar y ser perseguidos y sufrir injurias, tanto vale como entrar por la puerta estrecha; y tener hambre y sed do la justicia, no otra cosa es que la regla de oro que luego ha de darnos: *Cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, hacédselo también vosotros a ellos*; y haber proclamado bienaventurados a los pacíficos, viene a ser mismo que lo que luego nos manda de dejar la ofrenda sobre el altar y correr a reconciliarnos con el hermano ofendido; y lo otro de entendernos con nuestro contrincante. La diferencia está en que en las bienaventuranzas pone los premios de los que las cumplen; pero

luego más bien señala los castigos de quienes no siguen sus consejos. Así, en un caso dice que los mansos heredarán la tierra; aquí, que quien llame fatuo a su hermano será reo del fuego del infierno. En un caso afirma que los limpios de corazón verán a Dios; y en otro, que quien mira intemperantemente a una mujer es ya adúltero consumado. A los pacíficos los llama allí hijos de Dios; pero aquí trata de inspirar temor por otro motivo, diciendo: No sea que tu adversario te entregue al juez. De la misma manera, a los que lloran y son perseguidos los declara anteriormente bienaventurados; mas en lo que sigue, viniendo a decir lo mismo, amenaza con la perdición a los que no entran por el camino angosto. Porque los que andan por el ancho —dice—, en él perecerán. En fin, la sentencia: *No podéis servir a Dios y Mammón*, parece ser la misma bienaventuranza de los misericordiosos y la de los que tienen hambre y sed de la justicia. Pero, como antes he dicho, ahora va a decir todo eso con más claridad, y no sólo lo dirá con más claridad, sino que sus palabras añadirán nuevas exigencias. Así, no sólo quiere que seamos misericordiosos, sino que nos manda que nos desprendamos hasta de nuestra túnica. No basta que seamos mansos, sino que hemos de volver la otra mejilla a quien nos quiera abofetear. De ahí que previamente trata de eliminar la aparente contradicción entre sus preceptos y los antiguos. De ahí que no se contente con decirlo una vez, sino que reitere su afirmación de cumplimento de la ley. Porque después de decir: *No penséis que he venido a destruir la ley*, añade: *No he venido a destruirla, do a cumplirla*.

LA TILDE SOBRE LA YOTA

Y prosigue diciendo: *En verdad os digo: Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una tilde sobre la i pasará de la ley hasta que todo se realice*. Que es como decir: Imposible quede nada sin cumplimiento; hasta la más leve parte ha de cumplirse. Exactamente lo que Él hizo, cumpliéndola con toda perfección. Más aquí nos quiere, además, dar a entender el Señor que el mundo entero había de transformarse. Y no fue al acaso hacer aquí esa alusión, pues con ello pretendía levantar a sus oyentes y hacerles ver que con razón venía Él a introducir nueva manera de vida, puesto caso que la creación entera se iba a renovar y el género humano era llamado a otra patria y a vida más elevada.

POR QUÉ LLAMA EL SEÑOR MÍNIMOS SUS PRECEPTOS

Aquel, pues, que infringiere uno solo de estos mandamientos mínimos y enseñare lo mismo a los hombres, será tenido por mínimo en el reino de los cielos. Ahora que se siente el Señor libre de toda mala sospecha y ha hecho enmudecer a los que quisieran contradecirle, infunde ya temor y dirige las más graves amenazas en defensa de la ley que va Él a proclamar. Pues que esto no lo dijo en favor de las antiguas leyes, sino de las que iba Él mismo ahora a establecer, oídlo por lo que sigue: *Porque yo os aseguro* —dice— *que, si vuestra justicia no sobrepuja la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*. Pero si su amenaza se refería a la antigua ley ¿cómo pudo decir: *Si vuestra justicia no sobrepuja*? No era efectivamente, posible sobrepujar, en razón de justicia, a quienes hacían lo mismo que ellos. ¿En qué estaba, pues, el sobrepujarlos? En no airarse, en no mirar a mujer lascivamente.

¿Por qué, pues, llama el Señor mínimos a sus mandamientos, cuando realmente son tan grandes y sublimes? La razón es porque era Él mismo quien introducía la nueva ley. Al modo como se humilló personalmente y tantas veces habla de sí modestamente, así lo hace también acerca de su ley: con lo que, una vez más, nos repite la lección de la moderación. Por otra parte, como parecía persistir aún la sospecha de novedad, emplea por entonces el Señor discretamente este lenguaje. Como quiera, cuando le oímos llamar a ése mínimo en el reino de los cielos, no otra cosa hay que entender sino el infierno y la condenación. Por reino, efectivamente, entiende el Señor no sólo la beatitud eterna, sino también el tiempo de la resurrección y su terrible advenimiento al fin de los tiempos. En verdad, ¿qué razón habría para que quien llamó necio a su hermano y traspasó uno solo de los mandamientos, caiga al infierno, y fuera, en cambio, admitido al reino de los cielos el que los infringió todos y hasta indujo a los otros a infringirlos? No dice, pues, eso el Señor, sino que en el momento del juicio será mínimo, es decir, que será rechazado, que será el último. Y el último caerá entonces, infaliblemente, en el infierno. Y es que, como Cristo es Dios, previó la desidia de los más, y que otros habían de tener sus palabras por pura exageración y que discurrirían así y dirían sobre sus leyes: ¿Con

que por una simple mirada se convierte uno en adúltero? ¿Con que por llamar a otro necio, se nos ha de castigar? De ahí que, para eliminar de antemano este menosprecio de su ley, puso el Señor la más grave amenaza, tanto a los que la quebranten como a los que induzcan a otros a quebrantarla. Con esa amenaza, pues, ante los ojos, ni la quebrantemos nosotros, ni hagamos de rémora para quienes la quieran guardar.

"EL QUE HICIERE Y ENSEÑARE..."

Pero todo el que la cumpliere y enseñare, será tenido por grande... No debemos aprovecharnos sólo a nosotros mismos, sino también a los otros; porque no tendrá el mismo galardón el que sólo para sí mismo practica la virtud y el que sabe juntamente atraer hacia ella a los demás. Porque así como el enseñar sin obrar condena al que enseña —tú *que a los otros enseñas,* dice el Apóstol, *¿no te enseñas a ti mismo?* (Rom 2,21), así el hacer sin guiar también a los otros disminuye la recompensa. Es menester, por tanto, que en una y otra cosa seamos acabados; pero empecemos ante todo por practicar nosotros la virtud y pasar luego al cuidado de los demás. Por eso justamente puso el Señor primero el hacer y luego el enseñar, con lo que nos daba bien a entender que así es como mejor se enseña, y en manera alguna de otro modo. Porque se nos diría: *Médico, cúrate a ti mismo* (Lc 4,23). Y es así que quien es incapaz de enseñarse a sí mismo, si se mete a corregir a los otros, será la rechifla de todo el mundo; o, por mejor decir, ese tal es también incapaz de enseñar, pues sus obras levantarán el grito contra su doctrina. Pero el que en una y otra cosa sea perfecto, ése *será tenido por grande en el reino de los cielos*.

JUSTICIA MAYOR QUE LA DE ESCRIBAS Y FARISEOS

Porque yo os aseguro: *Si vuestra justicia no sobrepuja la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*. Aquí llama justicia el Señor al conjunto de la virtud, como, hablando de Job, decía: *Hubo un hombre irreprochable y justo* (Job 1,1). Y en el mismo sentido, Pablo llamó justo a aquel para quien decía no se pone la ley. *Porque para el justo* —dice— *no se pone la ley* (I Tm 1,9). Y lo mismo puede verse en muchas otras partes cómo este

nombre de justicia se toma por la virtud en general. Pero considerad, os ruego, la sobreabundancia de la gracia cuando quiere el Señor que sus discípulos, apenas llegados a su escuela, sean ya superiores a los que eran maestros de la antigua ley. Porque no habló aquí simplemente de los escribas y fariseos transgresores de la ley, sino de los que practicaban la virtud; porque, de no haber sido así, no hubiera dicho que tenían justicia ni hubiera comparado una justicia real con la que no existía. Y mirad cómo también aquí recomienda el antiguo Testamento al poner en parangón una ley con otra. Lo que demuestra que ambos tienen un mismo origen y son allegados, puesto que lo más y lo menos se dice de lo que es de la misma especie. No trata, pues, el Señor de desacreditar el Antiguo Testamento, sino que quiere darle nuevo realce. Si hubiera, en cambio, procedido del perverso, Cristo no hubiera buscado su perfeccionamiento. No lo hubiera corregido, sino desechado. ¿Y cómo —me dirás—, si tal es la ley antigua, no conduce ahora al reino de los cielos? No conduce, ciertamente, a los que vivimos después del advenimiento de Cristo, puesto que nosotros gozamos de mayor gracia y tenemos que librar mayores combates; mas a los que ella crió a sus pechos, a todos sin excepción los condujo al reino de los cielos. *Porque muchos* —dijo el Señor— *vendrán de Oriente y Occidente y se recostarán en el seno de Abrahán, de Isaac y de Jacob* (Mt 8,11). Y así se nos presenta a Lázaro, que tan alta recompensa alcanzó, descansando en el seno de Abrahán (Lc 16). Y cuantos en el antiguo Testamento brillaron por su extraordinaria virtud, merced a la antigua ley brillaron. Y Cristo mismo, si la antigua ley hubiera sido mala y ajena a la suya, no hubiera venido a cumplirla íntegramente. Porque, si decimos que obró así sólo para atraerse a los judíos y no para demostrar que la antigua ley era allegada a la nueva y estaba de acuerdo con ella, ¿por qué no cumplió igualmente las leyes y costumbres de los gentiles para atraerse también a los gentiles?

LA NUEVA LEY, SUPERIOR, NO CONTRARIA A LA ANTIGUA

Por todas partes, pues, resulta que, si Cristo no mantiene la antigua ley, no es porque sea mala, sino porque había llegado el momento de preceptos superiores. El hecho que sea más imperfecta que la nueva, no prueba tampoco que sea de suyo

mala; pues, en ese caso, lo mismo habría que decir de la nueva El conocimiento que ésta nos procura, comparado con el de la otra vida, es también parcial e imperfecto y, venido el otro, desaparecerá. Lo mismo que sucedió con la antigua ley al venir la nueva. Pero no por eso despreciaremos la nueva ley, siquiera también haya de ceder el paso y retirarse cuando alcancemos el reino de los cielos. *Porque cuando viniere lo perfecto* —dice el Apóstol—, *entonces lo parcial será anulado*. Y sin embargo, decimos que es grande. Ahora bien, como son mayores los premios que se nos prometen y mayor la gracia del Espíritu Santo, también se nos exigen combates mayores. Ya no se nos promete una tierra que mana leche y miel, ni pingüe vejez, ni muchedumbre de hijos, ni trigo y vino, ni rebaños mayores y menores, sino el cielo y los bienes del cielo: la filiación divina y la hermandad con el Unigénito y tener parte en su herencia y ser juntamente con Él glorificados y reinar a la vez suyo, y los infinitos galardones que allí nos esperan. Ahora que también gocemos de mayor ayuda, oye cómo lo dice Pablo: *Luego no hay ahora condenación alguna para los que son en Cristo Jesús, para los que no caminan según la carne, sino según el espíritu. Porque la ley del espíritu de la vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte* (Rom 8,1-2).

"OÍSTEIS QUE SE DIJO A LOS ANTIGUOS: NO MATARÁS"

Habiendo, pues, amenazado a los que infringieren la ley y propuesto grandes premios a los que la cumplieren; habiendo además demostrado que con razón nos exige más de lo que pedían las antiguas medidas, pasa ya a establecer su propia ley, no al azar, sino en concordancia con la antigua. Con lo que quiere hacernos ver estas dos cosas: primero, que no establece sus preceptos en pugna con los pasados, sino muy en consecuencia con ellos, y segundo, que muy razonable y muy oportunamente añade los nuevos. Pero para que todo esto nos resulte más claro, oigamos las palabras mismas del legislador. ¿Qué dice, pues, el legislador? *Oísteis que se dijo a los antiguos: No matarás...* En verdad, quien dio también aquel mandamiento fue Él mismo; sin embargo, por de pronto, habla impersonalmente. Porque si hubiera dicho: "Oísteis que yo dije a los antiguos", su palabra hubiera resultado muy difícil de aceptar y hubiera chocado a todos sus

oyentes. Y si hubiera dicho: "Oísteis que mi Padre les dijo a los antiguos", y luego hubiera añadido: *Pero yo* os *digo,* la arrogancia hubiera parecido aún mayor. De ahí que habló sencillamente, y sólo pretende con sus palabras una cosa: hacerles ver que venía en momento oportuno a decirles lo que les iba a decir. Porque al decirles: *Oísteis que se dijo a los antiguos,* les puso delante el mucho tiempo pasado desde que habían recibido aquel mandamiento. Y esto lo hizo para confundir a sus oyentes, remisos para pasar a preceptos más elevados. Como si un maestro le dijera a un chiquillo perezoso: "¿No ves cuánto tiempo has gastado en aprender a leer?" Es lo que el Señor les quiso dar a entender con el nombre de antiguos, para invitarlos a pasar ya a las elevadas enseñanzas. Como si les dijera: "Bastante tiempo habéis pasado estudiando esa lección; hora es ya de pasar a cosas más elevadas."

Bien estuvo también no confundir el orden de los mandamientos, sino empezar por el primero, por el que empieza también la ley. Otra prueba que daba de la armonía entre una y otra.

Pero yo os digo: El que se irrita sin motivo contra su hermano, reo será de juicio. ¡He ahí una autoridad perfecta! ¡He ahí la forma de un legislador! ¿Quién de entre los profetas, quién de entre los justos, quién de entre los patriarcas hablo jamás así? Nadie en absoluto. Los profetas decían: Esto dice el Señor. No así el Hijo. Es que aquéllos anunciaban las órdenes de su Señor; pero el Hijo nos traía las de su Padre. Y cuando digo las de su Padre, digo también las suyas propias: *Porque todo lo mío* —dice Él mismo a su Padre — *es tuyo, y todo lo tuyo mío* (Juan 17,10). Los profetas hablaban a siervos de Dios como ellos; mas Cristo ponía leyes a sus propios siervos. Preguntemos, pues, a los que rechazan la antigua ley: ¿Acaso el no irritarse es contrario al no matar, o es más bien su perfección y cumplimiento? Su perfección evidentemente. Y por ello el precepto del Señor es superior al antiguo. Y, efectivamente, quien no se deje arrebatar de ira, mucho más se abstendrá de un homicidio; el que sepa reprimir su cólera, mucho mejor reprimirá sus manos. Raíz del homicidio es la cólera. Luego el que corta la raíz, mucho mejor cortará las ramas; o, por mejor decir, no las dejará ni que broten.

LARGA REFUTACIÓN DE LOS MANIQUEOS

Luego no ponía el Señor sus preceptos para abolición de la ley, sino para que fuera ésta más fielmente guardada. ¿Qué intenta, en efecto, la ley al mandar no matar? Evidentemente, que nadie atente a la vida de su prójimo. Luego quien fuera contrario a la ley, tenía que mandar matar, pues lo contrario de no matar es matar. Pero si no permite ni airarse, lo que hace es reforzar el mandamiento de la ley. El que reprime hasta un movimiento de ira, se abstendrá mejor de matar que no el que simplemente tiene propósito de no matar, pues aquél está más lejos del homicidio que éste. Pero para refutar por otro lado a nuestros adversarios, saquemos a pública luz todo lo que ellos afirman. ¿Qué es, pues, lo que dicen? Ellos dicen que el Dios que hizo el mundo, el que hace salir su sol sobre malos y buenos, el que llueve sobre justos y pecadores, es un Dios malo. Esto, sin embargo, lo rechazan los más moderados de la secta y, afirmando que es un Dios justo, le niegan el atributo de la bondad, y por padre de Cristo fantasean un dios distinto, que no existe ni ha hecho nada de cuanto existe. Ahora bien, el dios malo dicen ellos que se está quieto en su propio dominio y se limita a guardar lo suyo; pero al bueno le viene por lo visto codicia de lo ajeno y, en lo que no fue creador, quiere de pronto meterse a salvador. ¡He ahí a los hijos del diablo! Bien se ve que sus palabras manan de la fuente de su propio padre al enajenar de Dios la creación, cuando Juan está clamando: A *los suyos vino y el mundo fue hecho por Él.* Luego examinan la ley del antiguo Testamento en que se manda sacar ojo por ojo y diente por diente, y al punto se desatan en insultos, diciendo: “¿Cómo puede ser bueno un Dios que tales cosas manda?" ¿Qué hay que responder a eso? Pues que ésa es justamente la mayor prueba de amor. Porque no puso Dios esa ley porque quiera Él que nos saquemos los ojos unos a otros, sino para que, por miedo a sufrir tal cosa de parte de los otros, nos abstengamos de hacérselo a nadie por nuestra parte. De modo semejante a los ninivitas les amenazó con la ruina total, no porque efectivamente fuera su intento destruirlos —si tal hubiera querido, debía haber callado—, sino para convertirlos por el temor y calmar Él su ira. Así, contra quienes estarían siempre prontos a tirarse a los ojos de su prójimo, Dios señaló ese castigo, para que, si por buena voluntad no quieren abstenerse de aquella crueldad, por miedo siquiera respeten los ojos de los demás.

NO ES CRUELDAD REPRIMIR EL MAL

Y si la ley del talión es crueldad, también lo será reprimir al asesino y cortarle los pasos al adúltero. Pero esto sólo un insensato y un loco de remate pudieran afirmarlo. Yo, por mi parte, tan lejos estoy de decir que haya crueldad en ello, que más bien afirmo que, en buena razón humana, lo contrario sería más bien una iniquidad. Tú dices ser Dios cruel por haber mandado sacar ojo por ojo; pero yo te digo que, de no haberlo mandado, hubiera parecido a todo el mundo eso que tú dices. Imaginemos, si no, por un momento, que desaparece toda ley y que nadie tiene que temer castigo alguno por parte de ella. Los malvados todos puedan ejercitar sin miedo alguno sus malas mañas. Anden sueltos adúlteros, homicidas, ladrones, perjuros y parricidas. ¿No es así que todo se trastornaría de arriba abajo, y que ciudades, plazas, familias, la tierra y el mar, el universo entero, se llenaría de abominaciones y asesinatos? ¡Evidentemente! Porque si, con todas las leyes y su temor y amenazas, a duras penas se tienen a raya las perversas intenciones, si esa barrera se quitara, ¿qué obstáculo quedaría para que no triunfara la maldad? ¿Qué pestilencia no acometería la vida humana? Pero no sería sólo crueldad consentir a los malvados hacer lo que quieran. Con ello se juntaría otro mal no menor: el dejar indefenso al inocente y consentir que sufra sin razón ni motivo. Sino, dime: Si un hombre formara una gavilla de facinerosos, recogidos de todas partes, los armara de espadas y les mandara luego correr la ciudad en todas direcciones matando a todo el que se los pusiera delante, ¿no sería eso la mayor ferocidad que pudiera cometerse? Y si otro cogiera a toda aquella gavilla de facinerosos armados y los pusiera maniatados, sin compasión ninguna, a buen recaudo y arrebatara de sus manos a los que iban a ser degollados por ellos, ¿no sería esto la obra de más amor a los hombres que se pudiera realizar? Pues aplica estos ejemplos a la ley. El que mandó sacar ojo por ojo, echó con ello una fuerte cadena de temor en las almas de los malvados y se asemeja a aquel otro que metió en la cárcel a los armados de espadas. Pero el que les quitara todo temor al castigo, sería como si los armara con esa franquicia y se asemejaría al que les puso las espadas en la mano y los lanzó contra la ciudad entera.

Los MANDAMIENTOS DE DIOS NO SUPONEN CRUELDAD EN ÉL

¿Veis cómo los mandamientos de Dios no suponen crueldad, sino mucho amor a los hombres? Y si por eso llamas duro y pesado al legislador, dime: ¿qué es más pesado y duro: no matar o no airarse? ¿Quién es más exigente: el que pide cuentas de un asesinato o el que las pide de un simple arrebato de ira? ¿El que castiga al adúltero después de consumada la acción o el que nos condena a suplicio —y suplicio eterno— por el solo mal deseo? ¡Mirad cómo sus razonamientos les han salido del revés! El Dios del Antiguo Testamento, que ellos tienen por cruel, resultaría ser el benigno y manso, y el del Nuevo Testamento, a quien confiesan por bueno, sería el duro y pesado, según su locura. Según su locura, digo, porque nosotros no admitimos más que un solo y mismo legislador de uno y otro Testamento, que todo lo dispuso convenientemente y acomodó a la diferencia de los tiempos la diferencia de sus leyes. Consiguientemente, ni las antiguas leyes son crueles, ni las nuevas molestas y pesadas, sino todo procede de una sola y misma providencia. Porque que también el Antiguo Testamento fue por Él dado, oye cómo lo afirma el profeta o, por mejor decir, Dios por boca del profeta: *Yo estableceré con vosotros un testamento, no según el testamento que establecí con vuestros padres* (Jer 31,32). Mas, si no acepta este testimonio el infestado de maniqueísmo[38], oiga a Pablo, que dice lo mismo: *Porque Abrahán tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre*. Y éstos son dos testamentos (Gal 4,22-24). Ahora bien, como allí hay, sí, dos mujeres, pero un solo varón, así aquí hay, sí, dos testamentos, pero un solo legislador. Y para que os deis cuenta que una y otra ley es obra de la misma benignidad, allí dice: *Ojo por ojo*; aquí sin embargo: *Si alguien te da un bofetón en la mejilla derecha, vuélvele también la otra*. Como allí trata de contener al ofensor por el temor de lo que ha de sufrir, así también aquí. ¿Y cómo —me diréis —le contiene, cuando nos manda que le volvamos la otra mejilla? ¿Y qué tiene eso que ver? Porque no mandó el Señor eso para quitar el miedo al ofensor, sino para dejar que se sacie completamente. Y no dijo que haya de quedar sin castigo, sino que no seas tú quien se lo impongas. Con lo que justamente espanta más al ofensor, si continúa ofendiéndote, y te consuela a ti, que

[38] Los maniqueos no aceptaban el Antiguo Testamento.

eres ofendido[39].

NO SIEMPRE ES MALA LA IRA

Pero todo esto, que bien pudiera aplicarse a los mandamientos todos, lo hemos dicho como de pasada. Menester es que volvamos otra vez a nuestro propósito y tomemos el hilo de las palabras del Señor: El que se aíra —dice— contra su hermano sin motivo, será reo de juicio. Con lo que no suprime en absoluto la ira. Primero, porque, siendo hombres, no es posible estar totalmente libres de pasiones; podremos dominarlas, pero no estar absolutamente sin ellas. En segundo lugar, porque esta pasión puede ser provechosa, si sabemos usar de ella a debido tiempo. Mirad, si no, cuán grandes bienes produjo la ira de Pablo cuando se irritó contra los corintios. Su indignación los libró de una gran pestilencia. Ella fue también la que ganó nuevamente a la provincia entera de los gálatas, y así de otros muchos ejemplos. ¿Cuál es, pues, el tiempo conveniente de la ira? Cuando no nos vengamos a nosotros mismos, sino que reprimimos a los rebeldes y excitamos al fervor a los desidiosos. ¿Y cuál es el tiempo inconveniente? Cuando nos irritamos para vengarnos a nosotros mismos. Que es lo que Pablo prohíbe, diciendo: *No os toméis la venganza por vuestras manos, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza: yo daré el pago merecido, dice el Señor* (Rom 12,19). Lo mismo cuando luchamos y nos debatimos por el dinero. También esto quiso eliminarlo Pablo cuando dijo: *¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué más bien no sufrís ser defraudados? (1 Cor 6,7).* Porque como en estos casos está demás la ira, así es necesaria en los otros. Pero las gentes hacen todo lo contrario: se enfurecen como fieras cuando se les agravia a ellos, pero son flojos y perezosos cuando ven que se maltrata al prójimo. Una y otra cosa van derechamente contra las leyes del evangelio. No es, pues, malo el airarse, sino el hacerlo inoportunamente. De ahí que también el profeta decía: *Airaos, pero no pequéis* (Salmo 4,5).

---

[39] Es decir, el hecho de que Dios se reserve para sí todo el castigo, debe atemorizar al que hiere y consolar al que es herido. El pensamiento de Crisóstomo es siempre un tanto sutil.

EL QUE LLAME A SU HERMANO "RACA"

El que llamare a su hermano "raca", será reo ante el concejo. Concejo o sinedrio llama aquí el Señor al supremo tribunal de los judíos; y hace ahora mención de él a fin de no dar la impresión de ser extraño e innovar en todo. Esta palabra "raca" no es realmente muy injuriosa, sino más bien de cierto desprecio y desatención en quien la dice. Como nosotros al mandar algo a los esclavos o gente inferior les decimos: Tú, anda y di esto a fulano, así los que usan la lengua asiria emplean el "raca" en vez de nuestro "tú". Pero Dios, amador nuestro, nos corrige aun en esas mínimas cosas, y quiere que mutuamente nos tratemos convenientemente y con el debido honor; y así, por lo pequeño, nos quiere también apartar de lo grande.

Pero el que le dijere necio, será reo del fuego del infierno. A muchos ha parecido duro y pesado este precepto del Señor: no merece tamaño castigo una sencilla palabra. Otros opinan que lo dijo sólo por hipérbole. Pero lo que yo me temo es que nos estemos aquí engañando con palabras y tengamos allí que sufrir de hecho el último castigo.

CUÁN GRANDES MALES Y PECADOS SE SIGUEN DE LAS PALABRAS

¿Por qué, dime por tu vida, te parece pesado ese precepto del Señor? ¿No sabes que la mayor parte de los males y pecados del mundo tienen su origen en las palabras? De las palabras vienen las blasfemias; de las palabras las apostasías de la fe, las injurias, los insultos, los perjurios, los falsos testimonios y hasta los homicidios. No mires, pues, sólo que se trata de una simple palabra; examina más bien cuánto peligro puede haber en ella. ¿No sabes que cuando hay enemistad y arde la ira y se enciende el alma, lo mínimo parece enorme y lo más inocente se toma por injuria? ¡Cuántas veces esas cosas mínimas han producido una muerte y trastornado ciudades enteras! Así como cuando hay amistad lo pesado resulta ligero, la enemistad convierte lo ligero en insoportable. Lo dicho con la mayor sencillez, se toma como dicho con maligna intención. El fuego, si sólo es una chispa, por mucha leña que tenga cerca, no es fácil que prenda en ella; mas cuando se ha convertido en una llamarada alta e impetuosa, no sólo prende en la madera, sino que calcina las piedras mismas y abrasa

cuanto se le pone delante. Lo mismo que de suyo habría de extinguirlo, llega un momento en que lo enciende más. No falta quien dice que entonces no sólo la leña, la estopa y demás materias quemables, el agua misma que sobre el fuego se arroja, no hace sino excitarlo más[40]. Pues así, ni más ni menos, acontece con la ira: cualquier palabra que se pronuncia, no es sino leña para el fuego de su hoguera. Todo esto quiso prevenir Cristo, y Por eso a quien se aíra sin motivo, le condenó a juicio: *El que se irrita sin motivo* —dice— *es reo de juicio*. Y al que llame "raca" a su hermano, le declaró responsable ante el concejo. Pero todavía no son estos muy grandes castigos, pues son, al cabo, castigos de la tierra. Por eso, al que llamare a otro necio, le condena al fuego del infierno. Y ésta es la vez primera que nombra el Señor el infierno. Después que tantas veces ha hablado del reino de los cielos, ahora, al cabo, se acuerda también del infierno. Con lo que nos da a entender que aquél viene de su amor y voluntad, pero éste sólo de nuestra desidia. Y mirad con qué lentitud va caminando en los castigos, casi como si quisiera defenderse a sí mismo y hacernos ver que, por Él, nada de todo eso nos quisiera amenazar, sino que somos nosotros quienes le forzamos a pronunciar tales sentencias. Considerad, sino. Yo te he dicho —parece decirnos— que no te airaras sin motivo, porque te harías reo de juicio. Tú has despreciado mi primer precepto. Mira lo que engendró la ira: te llevó inmediatamente a proferir injurias; llamaste “raca” a tu hermano, y te señalé nuevo castigo: el concejo. Pero si, despreciándolo también éste, pasas a faltar más gravemente, ya no te amenazo con esos castigos moderados, sino con el fuego mismo del infierno, no sea que de la ira te propases ya al asesinato.

GRAVEDAD DE LA PALABRA INJURIOSA

Realmente, no hay nada tan insoportable como una injuria, nada que hiera tan profundamente el alma del hombre. Y, si la palabra misma injuriosa es demasiado hiriente, el incendio de la cólera es doble. No penséis, pues, que llamarle a uno necio es cosa de poco más o menos. Porque, si quitáis a vuestro hermano aquello que nos distingue de los irracionales y que nos constituye

---

[40] Observación absolutamente exacta. Y no menos exactas y finas las observaciones sobre el efecto psicológico de la pasión para aumentar o disminuir las cosas.

principalmente hombres, le habéis despojado de toda su dignidad. No atendamos sólo a las palabras; pongámonos también en las cosas y en la pasión y consideremos qué golpe puede dar y qué mal causar una palabra. De ahí que también Pablo no excluyó sólo del reino de Dios a los adúlteros y muelles, sino también a los maldicientes (1 Cor 6,10). Y con mucha razón. Porque el maldiciente destruye el bien de la caridad, causa a su prójimo infinitos males, origina continuas enemistades, desgarra los miembros de Cristo, destierra cada día la paz tan amada de Dios, dándole con sus injurias ancho campo al diablo y reforzándole en sus ataques. Por eso Cristo, para enervar precisamente el poder del diablo, introdujo esta ley, Mucha cuenta tiene Él, en efecto, de la caridad. La caridad es más que ninguna otra de las virtudes, madre de todos los bienes; es el distintivo de los discípulos de Cristo, es la que mantiene unida a toda nuestra religión. Con razón, pues, corta el Señor las raíces de la enemistad, que la corrompe, y ciega con todo rigor las fuentes de donde la enemistad procede. No tengas, por tanto, sus palabras por pura hipérbole; considera más bien el provecho que de ellas se sigue y admira, finalmente, la mansedumbre de estas leyes. Nada hay, efectivamente, más caro para Dios que la mutua unión, la mutua trabazón de unos con otros. De ahí que por sí mismo, no menos que por sus discípulos, por el Nuevo, como por el Antiguo Testamento, nos hable tantas veces de este mandamiento y se nos muestre tan severo vengador y castigador de los que lo desprecian.

Y, a la verdad, nada siembra y arraiga tanto la maldad como la ausencia de la caridad. De ahí que el mismo Cristo dijo: *Cuando se multiplique la iniquidad, se enfriará la caridad de la muchedumbre* (Mt 24,12). Y así vino a ser Caín fratricida; así Esaú; así los hermanos de José. Así, arrancada la caridad, han pululado siempre los males con exuberancia. Y por eso también arranca el Señor con tanto cuidado todo lo que a la caridad perjudica.

“DEJA TU OFRENDA ANTE EL ALTAR"

Pero no se detiene el Señor en lo ya dicho, sino que añade muchas cosas más, por las que nos demuestra cuánta cuenta tiene de la caridad. Ya nos ha amenazado con el juicio, con el concejo y hasta con el infierno; y ahora añade otra cosa muy en consonancia con todo lo dicho: *Si ofreces tu ofrenda sobre el altar y allí te*

acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda delante del altar y marcha, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda. ¡Oh bondad, oh amor que sobrepuja todo razonamiento! El Señor menosprecia su propio honor a trueque de salvar la caridad; con lo que nos hace ver de paso que tampoco sus anteriores amenazas procedían de desamor alguno para con nosotros ni de deseo de castigo, sino de su mismo inmenso amor. ¿Qué puede, en efecto, darse más blando que estas palabras? Interrúmpase —dice— mi propio servicio, a fin que se salve tu caridad, porque también la reconciliación con tu hermano es un sacrificio. Por eso no dijo que te reconciliaras antes o después de ofrecer tu ofrenda, no. Cuando ésta se halla ya sobre el altar, cuando ya ha comenzado el sacrificio, te manda a reconciliarte. No después de acabar el sacrificio ni antes de presentarlo: en medio del sacrificio mismo nos manda correr a la reconciliación. ¿Por qué causa, pues, y con qué fin nos manda obrar así? A mi parecer, dos cosas son las que quiere darnos a entender, dos cosas pretende con ello. Lo primero, como ya he dicho, quiere hacernos ver cuánto aprecia Él la caridad, cómo la tiene por el mayor sacrificio y cómo sin ella ningún otro le es acepto. Lo segundo que el Señor quiere aquí es imponer una necesidad ineludible de la conciliación. Porque quien tiene orden de no ofrecer el sacrificio antes de reconciliarse con su hermano, si no por amor de su prójimo, siquiera para que no quede sin ofrecerse el sacrificio, se dará prisa para correr al ofendido y poner término a la enemistad. De ahí la viveza que puso el Señor en sus palabras, a fin de espantar y despertar al que necesita de reconciliación. Habiendo, efectivamente, dicho: *Deja tu ofrenda*, no se paró ahí, sino que prosiguió: *Delante del altar* —el nombre mismo de altar debe infundir religioso temblor— *y marcha*, y no dijo simplemente "marcha", sino: *Marcha primero*, *y luego ven y ofrece tu ofrenda*. Con todo lo cual nos pone de manifiesto que esta mesa sagrada no recibe a los que están entre sí enemistados. Escúchenlo aquellos bautizados que se acercan a ella con enemistad; óiganlo también los catecúmenos, porque también con ellos tiene que ver esta palabra. También ellos ofrecen ofrenda y sacrificio, que son la oración y la limosna. Que la oración sea también sacrificio a Dios, escuchad cómo lo dice el profeta: *Sacrificio de alabanza me glorificará* (Salmo 49,23). Y otra vez: *Sacrifica a Dios sacrificio de alabanza* (Salmo 49,14). Y: *La*

elevación de mis manos, sacrificio vespertino (Salmo 140,2). De manera que, aun cuando sólo sea oración lo que tú ofrezcas con esa disposición de alma, más vale que dejes la oración y vayas a reconciliarte con tu hermano. Luego ven y ofrece tu oración. Por esta reconciliación se hizo todo. Para unirnos unos con otros, Dios se hizo hombre, y a ello ordenó toda la obra de nuestra salvación.

Ahora bien, aquí remite el Señor el ofensor al ofendido; mas en la oración dominical manda el ofendido al ofensor y trata de reconciliarlos. En la oración dice: *Perdonad a los hombres lo que os deben*. Aquí, sin embargo: *Si tu hermano tiene algo contra ti, marcha a él*. Si bien, a mi parecer, también aquí manda al ofendido en busca del ofensor. Por lo que no dijo: "Reconcíliate a ti mismo con tu hermano", sino: Sé reconciliado. Y, aparentemente, se habla en favor del ofensor; pero, en realidad, todo redunda en provecho del ofendido. Porque, si te reconcilias con él —dice el Señor— por amor de él, me tendrás a mí propicio y podrás ofrecer tu sacrificio con grande confianza. Mas, si todavía te sientes rencoroso, considera que yo mismo mando que se posponga mi culto, a trueque que vosotros volváis a ser amigos. Y esto sea para ti consuelo en tu indignación. Y no dijo que nos reconciliemos si la ofensa ha sido grave, sino: *Sea lo que fuere lo que tenga contra ti*. Ni añadió que ello sea con razón o sin ella, sino absolutamente: *Si tiene algo contra ti*. Pues, aun cuando la razón esté de nuestra parte, ni aun así hay que prolongar la enemistad. También Cristo tenía razón de airarse contra nosotros, y, sin embargo, se entregó por nosotros a la muerte, sin tener en cuenta nuestros pecados.

SAN PABLO NOS ACONSEJÓ LO MISMO QUE CRISTO

De aquí que también Pablo, con otro estilo, nos apremia a la reconciliación, diciéndonos: *Que el sol no se ponga sobre vuestra irritación* (Ef 4,26). Cristo nos ha hablado del sacrificio; Pablo, para empujarnos a lo mismo, nos habla del día. Temía el apóstol la noche, que, de sorprender solo al ofensor podía producirle más honda herida. Durante el día hay muchos que nos atraen y nos distraen; pero durante la noche, cuando nos hallamos solos y nos concentramos en nosotros mismos, las olas se hinchan más y la tormenta adquiere más violencia De ahí que Pablo, previniéndolo, quiere que lleguemos reconciliados a la noche, para que así no

tenga el diablo ya ocasión alguna para encender más el horno de la ira y hacerla más violenta. Por lo mismo, tampoco Cristo admite dilación alguna: cumplido el sacrificio, pudiera el hombre volverse más remiso e irlo difiriendo de día en día. Sabe Él muy bien que esta pasión exige rapidez; y como un sabio médico no sólo emplea los medios preventivos, sino también los correctivos, así procede también Él. Prohibir llamar necio a nadie, es remedio preventivo contra la enemistad; pero mandar reconciliarse después de surgida ésta, es correctivo de la enfermedad. Y mirad con qué vehemencia nos impone una y otra cosa. En un caso nos amenaza con el infierno, en otro no acepta nuestra ofrenda antes de la reconciliación; con lo que nos hace ver su grande indignación. Por todos estos medios trata Él de cortar juntamente raíz y fruto de este mal. Lo primero nos dice: No te aíres. Y seguidamente: No injuries. Una cosa aumenta la otra: de la enemistad viene la injuria; de la injuria, la enemistad. De ahí que el Señor unas veces cura la raíz, otras el fruto. Él quisiera que no naciera el mal en absoluto; mas una vez que brota y da fruto amargo, trata de quemarlo con más fuerza por todos los medios.

AVENIRSE CON EL CONTRARIO

Por eso justamente, después de hablar del juicio, del concejo y del infierno; después de mentar el propio sacrificio que a Él se ofrece, aún añade el Señor otro punto, diciendo: *Ponte pronto de acuerdo con tu enemigo, mientras aún estás con él en el camino*... No quiere el Señor que digas: ¿Qué hacer, pues, si se me agravia, si se me roba y se me arrastra al tribunal? No; también te quitó esas razones y pretextos y mandó que ni aun en ese caso fomentes la enemistad. Luego, como realmente el precepto era grande, apoya su consejo en lo presente, que suele mover a los rudos más que lo por venir. ¿Qué es lo que dices —parece decirte el Señor—: que es más fuerte que tú y te perjudica? Luego mucho más te perjudicará sí no te reconcilias con él y te ves forzado a entrar en la cárcel. Reconciliado, podrás perder tu dinero, pero quedarás personalmente libre; pero, si cae sobre ti la sentencia del juez se te confiscarán tus bienes y sufrirás el último castigo. Si procuras, en cambio, huir toda contienda, alcanzarás dos provechos. Primero, que nada molesto tendrás que sufrir, y luego, que la buena obra será mérito tuyo y no fruto de la violencia de tu

contrario. Mas, si no quieres hacer caso de lo que te digo, no tanto le dañarás a él cuanto a ti mismo. Y mirad también aquí cómo nos apremia el Señor. Después de decir: *Ponte de acuerdo con tu enemigo*, añadió: *Pronto*; y todavía no se contentó con eso, sino que buscó nueva intensidad a su mandato, diciendo: *Mientras aún estás con él en el camino*. Todo lo cual es empujarnos y darnos prisa con mucha energía. Nada, en efecto, trastorna tanto nuestra vida como las largas y dilaciones en la práctica del bien. Esto es realmente lo que muchas veces nos ha hecho perderlo todo. De ahí que Pablo nos diga que antes de ponerse el sol pongamos término a la enemistad; y antes el Señor, que nos reconciliemos antes de acabar el sacrificio. Así dice aquí también: *Pronto, mientras aún estás con él en el camino*; antes de entrar en el tribunal, antes de verte delante del juez y estar ya bajo su potestad. Antes de entrar, tú eres dueño de todo; pero, una vez que traspases aquellos umbrales, estando ya bajo la autoridad de otro, por mucho que te empeñes, no te será posible disponer las cosas a tu gusto. ¿Y qué quiere decir: *Ponerse de acuerdo*? O significa con ello el Señor: Acepta mejor sufrir el agravio, o bien juzga tú de la causa como si estuvieras en lugar de tu adversario, no sea que por interés propio corrompas la justicia. Delibera sobre la causa ajena como si fuera propia, y así da tu sentencia. Y, si esto te parece grande, no te maravilles, pues para ello puso por delante todas aquellas bienaventuranzas. Así quería Él afinar y preparar de antemano el alma de sus oyentes, a fin de hacerla capaz de recibir toda esta nueva legislación.

NO SE HABLA AQUÍ DEL DEMONIO

Ahora bien, hay quienes opinan que con el nombre de adversario o contrario alude aquí el Señor al diablo y nos manda que nada tengamos que ver con él. Esto sería ponernos de acuerdo con él, como quiera que, salidos de este mundo, no cabe ya hacer las paces caída sobre nosotros la sentencia irrevocable. A mí, sin embargo, me parece que aquí se habla de los jueces de la tierra, y del camino hacia el tribunal, y de las cárceles de acá. Y es que, como había antes exhortado a sus oyentes por motivos más altos y fundados en lo por venir, ahora les infunde también miedo por las cosas de la vida presente. Es lo mismo que hace Pablo, que incita a sus oyentes unas veces por lo por venir, otras por lo presente.

Así, tratando de retraerlos de obrar mal, les pone delante al príncipe armado de su espada, diciendo: *Y, si obras mal, teme, porque no en vano lleva espada. Ministro es, en efecto, de Dios* (Rom 13,4). Y luego, mandando que nos sometamos a él, no sólo nos pone el motivo del temor de Dios, sino también la amenaza del mismo príncipe, aunque también su providencia: *Porque es menester someterse no sólo por razón de la ira, sino también por motivo de conciencia* (Rom 13,5). Y es que, como ya he dicho, estas cosas visibles y al alcance de la mano, suelen mover más a las gentes más rudas. De ahí que Cristo mismo no sólo habló del infierno, sino también del tribunal, de la ejecución del reo, de la cárcel y de todos sus trabajos, con todo lo cual quería Él cortar las raíces del homicidio. Porque el que a nadie injuria, el que a nadie lleva a los tribunales, el que con nadie fomenta enemistad, ¿cómo llegará jamás matar a nadie? De manera que de aquí también resulta evidente que en el provecho del prójimo está también nuestro propio provecho. El que se pone de acuerdo con su contrario, a quien más aprovechará será a sí mismo, pues se libra de tribunales y cárceles y de toda la miseria que en éstas se pasa.

EL AMOR DE CRISTO HACE LIGEROS SUS MANDAMIENTOS

Obedezcamos, pues, a las palabras del Señor, y no contendamos ni pleiteemos. Porque, aparte de la recompensa, estos mandamientos encierran en sí mismos sumo placer y provecho. Y, si al populacho le parecen pesados, y que reclaman mucho esfuerzo, considerad que todo eso lo hacéis por amor de Cristo, y lo pesado se os hará dulce. Si este pensamiento nos acompaña constantemente, no sólo no sentiremos peso ninguno, sino que gozaremos por todos lados de muy grande placer. El trabajo ya no nos parecerá trabajo, antes bien cuanto más esfuerzo nos exija, tanto se nos hará más dulce y agradable. Así, pues, cuando el hábito del mal se obstine en seducirnos, cuando nos ataque la codicia de riquezas, pongámosles enfrente el pensamiento de la grande recompensa que nos espera si menospreciamos un placer momentáneo, y digámosle a nuestra alma: Muy triste te pones porque te privo del placer. Pues no, alégrate, pues te conduzco al cielo. No lo haces por los hombres, sino por Dios. Aguanta, pues, por un poco y verás qué ganancia te viene. Sé constante en la

presente vida y recibirás una libertad y confianza inefables.

EL PENSAMIENTO DE LA RECOMPENSA ETERNA, ESTÍMULO DE LA VIRTUD

Si así hablamos con nuestra propia alma, si no consideramos sólo el peso de la virtud, sino también la corona que nos ha de merecer, bien pronto nos veremos libres de toda maldad. Porque si el diablo, que no puede ofrecer más que un placer momentáneo y un dolor eterno, tiene, no obstante, fuerza y triunfa; si las cosas nos aparecen del revés: el trabajo, momentáneo, y el placer y el provecho, eternos, ¿qué razón nos queda ya, después de ese consuelo, para no abrazarnos con la virtud? Porque para nosotros vale por todos los motivos el motivo de nuestros trabajos: el creer con toda certidumbre que por Dios sufrimos cuanto sufrimos. El que tiene por deudor al emperador, ya se cree con bastante seguridad para toda su vida. Considerad, pues, cuán grande será el que hace a Dios —al Dios que nos ama y siempre vive— deudor de sus buenas obras, grandes y pequeñas. No me vengas, por tanto, con tus trabajos y sudores. Dios nos ha hecho ligera la virtud, no sólo con la esperanza de los bienes eternos, sino también por otro medio: por medio de su ayuda, que nos sigue y acompaña por todas partes. Con un poco de buena voluntad que quieras poner de tu parte, todo lo demás se sigue por sí mismo. Justamente quiere Dios que tú trabajes un poco, para que sea tuya la victoria. También el rey quiere que su hijo entre en la batalla y dispare su arco y aparezca a los ojos de todos. Lo que desea es atribuirle a él la victoria; pero, en realidad, él es el que lo hace todo. Así Dios en nuestra guerra contra el diablo. Sólo una cosa os pide: que mostréis contra éste una sincera enemistad. Con sólo eso que le deis, Él acabará el resto de la guerra. Y cuando la ira os inflame, cuando os acometa la codicia de riquezas, cuando otra pasión cualquiera os asalte, con sólo que os vea apercibidos y armados contra el enemigo, al punto acudirá Él y os lo hará todo fácil, y os levantará por encima de las llamas como lo hizo con los jóvenes del horno de Babilonia. Porque tampoco éstos pusieron de su parte otra cosa que su buena voluntad.

EXHORTACIÓN FINAL: LA CONTINUA ORACIÓN NOS HARÁ FÁCIL LA VIRTUD

Para que también nosotros logremos extinguir ahora el horno de todo placer desordenado y huir después el fuego del infierno, pensemos diariamente en estas verdades, meditémoslas y practiquémoslas, atrayéndonos con nuestro propósito para el bien y con nuestras continuas oraciones la benevolencia de Dios. De este modo, lo que ahora nos parece insoportable, se nos hará fácil, ligero y deseable. Mientras nos hallamos bajo el imperio de nuestras pasiones, la virtud se nos presenta áspera, difícil y cuesta arriba, y la maldad deseable y dulcísima; pero a poco que sacudamos su yugo, ésta nos parecerá abominable y deforme, y aquélla, fácil, ligera y apetecible. Y esto bien fácil es de ver por los que la han practicado. Escuchad, por ejemplo, cómo Pablo, aun después de vernos libres de ellas, presenta las pasiones como objeto de vergüenza, diciendo: *Porque ¿qué fruto tuvisteis entonces de lo que aun ahora os sonrojáis?* (Rom 6,21). La virtud, en cambio, aun con todo su trabajo, la llama ligera, pues nos habla de lo momentáneo de la tribulación y de lo pasajero del esfuerzo, y se goza él en sus sufrimientos, y se gloría en sus tribulaciones, y se enorgullece altamente de llevar en sí los estigmas de Cristo (Rom 6,21). Para que también nosotros perseveremos en esa disposición, ajustémonos diariamente a lo que hemos dicho y, olvidando lo que dejamos atrás, abalancémonos a lo de delante hasta alcanzar el galardón de nuestra vocación de arriba. Lo que para todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloría y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 17

Oísteis que se dijo a los antiguos: No fornicarás. Pero yo os digo: Todo el que mirare a mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella en su corazón (Mt 5,27ss).

POR QUÉ NO HABLA EL SEÑOR DEL PRIMER MANDAMIENTO

Habiendo el Señor perfeccionado el primer mandamiento, levantándolo que hubo a lo más alto de la filosofía, paso a paso y

por su orden viene ahora a tratar del segundo, de acuerdo siempre con la antigua ley. —Pero éste —me dirás— es el segundo, sino el tercero; porque el primero no es: *No matarás*, sino: *El Señor Dios tuyo es un solo Señor* (Deut 6,4). —Así es y vale la pena que averigüemos por qué no empezó Jesús por él. ¿Cuál fue, pues, la causa? La causa está en que, de haber empezado por este mandamiento, hubiera tenido que ampliarlo e introducirse en él a sí mismo. Pero todavía no había venido el momento de enseñar esa doctrina acerca de sí mismo. Por otra parte, su discurso por entonces se enderezaba todo a lo moral, y por ahí quería primeramente, así como por sus milagros, convencer a sus oyentes que Él era Hijo de Dios Ahora bien, si de pronto, antes de predicar su doctrina y sin haber hecho milagro ninguno, les hubiera dicho: "Oísteis que se dijo a los antiguos: *Yo soy el Señor Dios tuyo, y fuera de mi no hay otro*; Yo, sin embargo, os digo que a mí también habéis de adorarme como a Él, todo el mundo le hubiera mirado como a un loco. Si aun después de dar su enseñanza, aun después de tan grandes milagros, sin proclamar aún con absoluta claridad esa verdad, le llamaban endemoniado, ¿qué hubieran dicho si algo de eso hubiera Él dejado sospechar antes de todo lo otro? ¿Qué no hubieran pensado de Él? Esperando, en cambio, el momento oportuno para dar esa enseñanza, hacía que el dogma de su divinidad se hiciera más aceptable a la muchedumbre. De ahí que ahora lo pasa por alto, lo va preparando por los milagros y la excelencia de su doctrina y más tarde lo revelará con palabras expresas. Pero ya ahora, por los milagros que hace y por el modo mismo como enseña, poco a poco y con suavidad les va poniendo la verdad ante los ojos. Efectivamente, dar tales leyes con autoridad y corregir así las antiguas, a todo el que prestara atención y tuviera inteligencia había de conducirle a concluir el dogma de su divinidad: *Se maravillaban de Él* —dice el evangelista —, *porque no enseñaba como sus escribas* (Mt 7,28-29).

JESÚS PERFECCIONA LA LEY DE LA CARIDAD

Empezando, en efecto, por las pasiones más generales en nosotros, es decir, por la ira y la concupiscencia —ellas son las dos más tiránicas pasiones y las más naturales de todas—, el Señor las endereza con grande autoridad, cual convenía a un legislador, y las

ordena con toda precisión. Porque no dijo que sólo el adúltero es castigado. Lo que hizo con el homicida, lo hace aquí también, castigando la simple mirada, para que te des cuenta en qué sobrepasa con su enseñanza a la de los escribas. De ahí que diga: *El que mirare a mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón*. Es decir, el que no tiene otra ocupación que buscar curiosamente los cuerpos espléndidos, ir a caza de caras bien parecidas, apacentar su alma en contemplarlas y clavar su mirada en los rostros hermosos. Porque no vino el Señor sólo a librar los cuerpos de malas acciones, sino, antes que a los cuerpos, a las almas. En el corazón recibimos la gracia del Espíritu Santo. El corazón, por tanto, es lo primero que el Señor purifica. — ¿Y cómo es posible —me dirás— librarnos de la concupiscencia? —Como queramos, absolutamente posible es mortificarla y mantenerla a raya. Por lo demás, no suprime aquí el Señor absolutamente toda concupiscencia, sino la concupiscencia que se engendra de la mirada Porque el que pone su afán en mirar las caras bien parecidas, ése es el que señaladamente enciende el horno de la pasión el que hace cautiva su propia alma y pasa bien pronto a la acción. De ahí que no dijo: El que la codicia para cometer adulterio, sino: El que mira a mujer para codiciarla. Y notad que, hablando de la ira, puso el Señor una limitación, diciendo: *El que se aíra sin razón ni motivo*; pero aquí no distinguió, sino que de una vez para siempre aniquiló la concupiscencia. Y, sin embargo, una y otra pasión, ira y concupiscencia, las llevamos ingénitas y ambas se nos han dado por fines de utilidad. La ira, para castigar a los malvados y corregir a los que obran desordenadamente; la concupiscencia, para la procreación de los hijos y la conservación por sucesión del género humano.

QUÉ DISTINCIÓN PONE EL SEÑOR EN LA CONCUPISCENCIA

¿Por qué causa, pues, no puso también aquí el Señor distinción alguna? —Si atentamente lo miras, verás puesta aquí también una distinción muy importante. Porque no dijo absolutamente: El que codiciare... Aun habitando en las montañas, se puede sentir la codicia o concupiscencia; sino: El que mirare a mujer para codiciada. Es decir, el que busca excitar su deseo, el que sin necesidad ninguna mete a esta fiera en su alma, hasta entonces

tranquila. Esto ya no es obra de la naturaleza, sino efecto de la desidia y tibieza. Esto hasta la antigua ley lo reprueba de antiguo cuando dice: *No te quedes mirando la belleza ajena* (Ecltco 9,8).

Y no digas: — ¿Y qué si me detengo a mirar y no soy prendido? —No, también esa mirada la castiga el Señor, no sea que, fiándote de esa seguridad, vengas a caer en el pecado. ¿Y qué si miro — me dirás— y tengo, sí, deseo, pero nada malo hago? —Pues aun así, estás entre los adúlteros. Lo dijo el Legislador, y no hay que averiguar más. Mirando así una, dos y hasta tres veces, pudiera ser que te contengas; pero, si lo haces continuamente, y así enciendes el horno, absolutamente seguro que serás cogido, pues no estás tú por encima de la naturaleza humana. Nosotros, si vemos a un niño que juega con una espada, aun cuando no le veamos ya herido, le castigamos y le prohibimos que la vuelva a tocar más. Así también Dios, aun antes de la obra, nos prohíbe la mirada que pudiera conducirnos a la obra. Porque el que una vez ha encendido el fuego, aun en ausencia de la mujer que lascivamente ha mirado, se forja mil imágenes de cosas vergonzosas, y de la imagen pasa muchas veces a la obra. De ahí que Cristo elimina aun el abrazo que se da con solo el corazón. ¿Qué pueden, pues, decir los que tienen vírgenes consigo? Según esta ley, serían reos de adulterios infinitos, pues todos los días las miran con concupiscencia. Con razón el bienaventurado Job se impuso desde el principio la ley de poner muralla a sus ojos para no mirar a una doncella (Job 31,1). Realmente, el combate se hace más violento después de mirar y no gozar de la mujer amada, y no es tanto el placer que podamos disfrutar de la mirada cuanto el desastre que hemos de sufrir por haber encendido más y más la concupiscencia. Hemos aumentado las fuerzas de nuestro adversario; hemos dado más ancho campo al diablo, y, pues nos lo hemos metido en lo más íntimo y le hemos abierto de par en par las puertas de nuestra alma, ya no tenemos fuerzas para vencerlo. De ahí lo que nos viene a decir el Señor: "No adulteres con tus ojos y no adulterarás con tu pensamiento".

SE PUEDE MIRAR CASTAMENTE A UNA MUJER

Porque se puede también mirar a una mujer de otra manera como miran los hombres castos. De ahí que no prohibió el Señor

absolutamente el mirar, sino el mirar con concupiscencia. Si eso hubiera querido, hubiera dicho de manera absoluta: "El que mirare a una mujer". Pero realmente no lo dijo así, sino: *El que mirare a mujer para codiciarla, el que mirare para recrear su vista*. Realmente, no nos dio Dios los ojos para que por ellos se nos meta el adulterio en el alma, sino para contemplar sus criaturas y admirar por ellas al Creador. Ahora bien, como cabe airarse sin motivo, también se puede mirar sin motivo, y es cuando se mira para excitar la concupiscencia. Si quieres mirar para tu deleite, mira a tu propia mujer y ámala continuamente. No hay ley que te lo prohíba. Mas, si andas a la búsqueda de ajenas bellezas, ofendes primero a tu propia mujer, pues has llevado tus ojos a otra parte, y ofendes también a la que has mirado, pues la has tocado ilegítimamente. Si no la tocaste con la mano, sí con los ojos, y por eso tu mirada es reputada por adulterio. Mirada por cierto que, aun antes del castigo eterno, no es pequeño el tormento que ya ahora nos acarrea. Todo nuestro interior se llena de alboroto y turbación; se levanta en el alma tremenda tormenta, la punza un terrible dolor, y el que esto sufre, poco se diferencia de los prisioneros y encarcelados. Y muchas veces la que disparó el dardo, desapareció volando; pero la herida allí queda abierta. Aunque, por mejor decir, no fue la mujer la que te disparó el dardo, sino tú quien con tu mirada intemperante te diste a ti mismo golpe mortal. Esto digo, porque quiero absolver de toda culpa a las mujeres castas. Porque la que se adorna a sí misma para atraer las miradas de todos, aun cuando no hiera al que con ella se tropieza, no por eso dejará de sufrir el último suplicio. Ella por su parte preparó el veneno, llevaba a punto la cicuta, si bien no alargó el vaso a nadie; mejor dicho, también alargó el vaso, pero no halló a nadie que se lo bebiera. — ¿Por qué, pues, dirá alguno, no habla el Señor también con las mujeres? Porque Él pone leyes comunes en todas partes, aun cuando aparentemente sólo se dirija a los hombres. Hablando con la cabeza, la exhortación ha de recaer sobre el cuerpo entero. Hombre y mujer sabe Él que son un solo viviente, y en ninguna parte distingue el Señor de sexos.

"SI TU OJO DERECHO TE ESCANDALIZA..."

Pero si queréis oír más particularmente la reprensión de las mujeres, escuchad al profeta Isaías, que se extiende largamente

contra ellas. Ríese allá el profeta de su figura, de su mirar, de su andar, de sus mantos rozagantes, de los juegos de sus pies, de sus cuellos cimbreantes. Y después del profeta, escuchad también cuántas leyes les impone el bienaventurado Pablo: sobre sus vestidos, sobre sus adornos de oro, sobre los rizos de sus cabellos y sobre el lujo y tantas otras cosas, en que el Apóstol reprende con gran energía a este sexo. Y Cristo mismo, aunque veladamente, dio a entender lo mismo en lo que se sigue de su discurso; pues cuando nos manda arrancar y cortar al que nos escandaliza, bien dio muestras de su ira contra las mujeres. De ahí que prosiguiera diciendo: *Si tu ojo derecho te escandalizare, arráncatelo y échalo lejos de ti*. Y no digas: ¿Qué hacer, pues, si es parienta mía? ¿Qué si de otro modo me es allegada? Pues por eso justamente puso ese mandamiento. Y no habla ahí, no, de los miembros de nuestro cuerpo, ni mucho menos. Jamás echa el Señor la culpa a la carne. La culpa la tiene siempre la mala voluntad. Porque no es tu ojo el que ve, sino tu espíritu y tu pensamiento. La prueba está en que muchas veces, cuando nosotros estamos distraídos a otra cosa, nuestros ojos no ven a los que tienen delante. Luego no toda la acción de ver pertenece al ojo. Y, si el Señor hubiera hablado de los miembros del cuerpo, no se hubiera referido a un solo ojo, el derecho precisamente, sino a los dos. Porque el que es escandalizado por el derecho, es evidente que también lo será por el izquierdo. ¿Por qué, pues, puso por ejemplo al ojo derecho y aún añadió luego la mano? Para que te des cuenta que no habla de los miembros corporales, sino de las personas que nos están familiarmente allegadas. Si a alguno —dice—lo amas tanto que lo pones en lugar de tu ojo derecho y lo consideras tan útil para ti que hace veces de mano derecha, pero daña a tu alma, aun a ése, córtalo de ti.

MÁS VALE PERDER UN MIEMBRO QUE TODO EL CUERPO

Y mirad lo enérgico de la expresión. Porque no dijo: "Apártate". Más fuerte separación nos quiere significar: *Arráncalo* —dice— *y arrójalo lejos de ti*. Luego, para templar un poco lo duro del mandato, nos hace ver su provecho por doble aspecto: por los bienes y por los males, desenvolviendo la misma metáfora: *Porque más te conviene* —dice— *que se pierda uno solo de tus miembros*

que no que tu cuerpo entero sea arrojado al infierno. Como ese miembro, por una parte, no se salva a sí mismo y por añadidura te arrastra a ti en su perdición, ¿qué linaje de amor sería hundiros los dos, cuando, separados, puede por lo menos salvarse uno? —Entonces —me dirás—, ¿cómo es que Pablo quería ser anatema? —Lo quería no para no ganar nada, sino para salvar a los otros. Pero aquí el daño es de los dos. De ahí que no dijo el Señor sólo: *Arráncalo*, sino también: *échalo lejos de ti*, de modo que, mientras te siga escandalizando, no lo vuelvas a tomar. De este modo librarás al otro de mayor culpa, y a ti de la perdición. Y para que veas claramente el provecho de este precepto, examinemos lo que nos dice el Señor, por un ejemplo hipotético, en nuestro mismo cuerpo. Si te hallaras en la alternativa ineludible o de ser arrojado a un foso con tu ojo sano y salvo y allí perecer, o, sacándote un ojo, salvar la vida, ¿no es así que escogerías esto último? ¡Evidentemente! Porque ello no indicaría en modo alguno que se aborrece al ojo, sino que se ama al cuerpo entero. Pues aplica el ejemplo a hombre y mujer. Si el que te daña con su amistad sigue incurable en su mal, el cortarlo de ti te librará a ti de todo daño y le aligerará a él mismo la culpa, pues no tendrá que dar cuenta aparte sus propios males, también de tu perdición. ¡Mirad de cuánta mansedumbre y solicitud está llena esta ley y cómo lo que a la chusma pudiera parecer dureza no es sino una prueba de amor! Óiganlo los que corren tan afanosos al teatro y allí se hacen adúlteros todos los días. Porque, si la ley divina nos manda cortar al que nos es allegado y daña, ¿qué defensa tendrán los que día tras día, el tiempo que allí pasan, devoran con sus ojos a quienes no le son ni conocidos y se procuran a sí mismos ocasiones infinitas de perderse? Porque ya no nos prohíbe sólo la mirada deshonesta. Una vez que nos mostró el Señor el daño que de ahí se nos sigue, pasa más adelante y encarece la ley, mandándonos cortar y extirpar y arrojar lejos de nosotros lo que nos escandalice. ¡Y eso nos ordena el que mil veces nos ha hablado de su amor! Con lo que has de caer en la cuenta, por uno y otro lado, de su providencia y cómo en todo y por todo busca tu provecho.

EL SEÑOR PROHIBE EL DIVORCIO

Se dijo también: El que se divorcie de su mujer, déle libelo de repudio. Pero yo os digo: Todo el que se divorcie de su mujer,

fuera del motivo de adulterio, la hace adulterar; y el que se casare con la divorciada, comete también adulterio.

El Señor no pasa adelante hasta haber esclarecido muy bien lo primero. Porque he aquí que ahora nos presenta otra especie de adulterio. ¿Cuál es éste? La ley antigua, caso que uno por cualquier causa aborreciera a su mujer, no prohibía despedirla y tomar otra en su lugar. Sin embargo, la ley mandaba que no se hiciera esto sin más ni más, sino que antes había que dar a la mujer libelo de repudio, de modo que no tuviera derecho a volver al mismo marido. Así quedaba por lo menos la forma de matrimonio. Realmente, de no haber tomado esta precaución, sino que hubiera sido lícito despedir a una y tornar otra y luego volver a la primera, la confusión hubiera sido enorme, pues se hubieran tomado continuamente las mujeres unos a otros y el adulterio se hubiera convertido en cosa corriente. De ahí que no fue pequeña mitigación que se pensara en ese libelo de repudio. Pero la causa de todo esto tuvo otra raíz más profunda. Si la ley hubiera obligado a tener en casa a la mujer aborrecida, el marido hubiera terminado por pasarla a cuchillo. De ese talante efectivamente era el pueblo judío. Porque los que no perdonaban a sus propios hijos (Cf. Lev 18,21; 20, 2,4; Deut 12,31; 18,10), los que asesinaban a los profetas, los que derramaban la sangre como agua (Salmo 78,3), mucho menos hubieran perdonado a sus mujeres. De ahí que Dios permitió el mal menor para evitar el mayor. Porque que esta ley del divorcio no fue ley primitiva, oye cómo lo dice el Señor mismo: *Moisés dio esa ley por la dureza de vuestro corazón* (Mt 19,8). Para que no pasarais a cuchillo dentro de casa a vuestra mujer, os consintió que la despidierais. El Señor, sin embargo, ya que prohibió toda ira —no sólo el matar, sino el simple encolerizarse—, no tuvo dificultad ninguna en establecer esta ley. Y, si constantemente recuerda los mandatos de la ley antigua, es porque quiere hacer ver que sus palabras no son contrarias, sino que están de acuerdo con ella. Él legisla intensificando, no aboliendo; corrigiendo, no destruyendo. Notad también cómo siempre se dirige al varón: *El que se divorcia* —dice— *de su mujer, la hace cometer un adulterio*. *Y el que case con la divorciada, comete también adulterio*. El uno, aun, cuando no tome otra mujer, por el hecho de haber obligado a su mujer a cometer un adulterio, se hace culpable de él; y el otro, por el hecho de tomar la mujer ajena, se convierte en auténtico adúltero. Porque no me darás por excusa que el otro la despidió; pues, despedida y

todo, sigue siendo mujer del primero. Pero no todo había de recaer sobre el que despide a su mujer: ello pudiera hacer a ésta demasiado arrogante. De ahí que al decir: *El que se casare con la repudiada, comete adulterio*, le cierra las puertas de otro marido y la obliga a ser casta aun a la fuerza. Le queda en absoluto amurallada la entrada a otro hombre. No le consiente el Señor que se convierta en semillero de rencillas. Porque la mujer sabe que no le queda otro recurso que conservar el marido que le cupo en suerte o que, de salir de su casa, no hallará ya otro refugio ninguno, aun contra su voluntad, se esforzará en amar a su consorte. Y no es de maravillar que no hable el Señor directamente con ella. La mujer es un ser más débil. Por eso, dejándola a un lado, al amenazar al hombre, corrige también de rechazo la desidia de la mujer. Es como quien tuviera un hijo disoluto y, dejando a éste, sólo reprendiera a los que le habían pervertido y a éstos prohibiera que se acercaran jamás a él.

ESTE PRECEPTO DEL SEÑOR NO ES DIFÍCIL

Y si este precepto del Señor os parece pesado, acordaos, os ruego, de sus palabras pasadas, de las bienaventuranzas que Él ha proclamado, y veréis cómo es muy posible y fácil. El que es manso, y pacífico, y pobre de espíritu, y misericordioso, ¿cómo imaginar que eche de casa a su mujer? El que a otros pone en paz, ¿cómo estará él en discordia con su propia mujer? Y hay otro modo además con que el Señor aligera este precepto suyo, y es que todavía deja un caso —sólo uno— en que permite el divorcio, al decir: *Excepto en caso de de adulterio*. Lo que viene a parar a lo mismo que lo antes dicho. Porque, si hubiera el Señor mandado retener en casa a la mujer, aun después de haber tenido trato con muchos, hubiera sido autorizar otra vez el adulterio. Mirad cómo esto concuerda con lo anterior. Porque el que no mire con ojos impúdicos a mujer ajena, tampoco cometerá adulterio; y, no cometiendo adulterio, tampoco dará ocasión al hombre para que repudie a su mujer. De ahí que el Señor aprieta sin miedo los lazos de la ley y pone como una muralla de temor, haciéndole sentir al hombre su peligro si repudia a su mujer, pues le hace culpable del adulterio que ella pudiera cometer. No quería el Señor que al oírle decir: *Arráncate tu ojo*, pensaras lo decía por tu mujer. De ahí que

muy oportunamente puso esta corrección, permitiendo despedirla en un solo caso, y no en otro ninguno.

SE PROHIBE TODO JURAMENTO

También habéis oído que se dijo a los antiguos: No jurarás en falso. Cumplirás, sin embargo, tus juramentos al Señor. ¿Por qué razón no pasó inmediatamente al robo, sino al falso testimonio omitiendo el mandamiento de no robar? —La razón es porque el que roba, hay veces que también perjura; pero el que no sabe ni jurar ni mentir, mucho menos se dedicará al robo. Así, por un pecado destruyó el otro; pues la mentira procede del robo. — ¿Y qué quiere decir: *Cumplirás al Señor tus juramentos*? —Quiere decir: Dirás verdad al jurar. *Yo, sin embargo, os digo: No juréis en absoluto.*

Luego, a fin de retraerlos más y más de jurar por el nombre de Dios, prosigue: *Ni por el cielo, porque es el asiento de Dios, ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey*. El Señor entreteje todavía sus palabras de expresiones proféticas (Is 66,1; Sal 47,3; 109,2), demostrando una vez más no ser contrario a los antiguos. Realmente, por todas esas cosas tenían costumbre de jurar los judíos, como lo prueba el final del mismo evangelio. Pero considerad ahora, os ruego, la manera como el Señor exalta los elementos: no por su propia naturaleza, sino por la relación que tiene Dios con ellos, siquiera sólo por condescendencia se pueda hablar así. Era muy grande el imperio que entonces ejercía la idolatría, y no quería el Señor que se pensara exaltaba los elementos por ser en sí mismos preciosos. De ahí que puso la causa dicha y otra vez pasó a la gloria de Dios. Porque no dijo: "Porque el cielo es hermoso, ni porque la tierra nos es provechosa, sino porque el uno es *el asiento de Dios*, y la otra *el escabel de sus pies*. Así, por todos lados, nos empuja hacia el que es Dueño de cielo y tierra. *No jures tampoco* —dice— *ni por tu cabeza, porque no tienes poder para hacer blanco o negro uno solo de tus cabellos*. Tampoco aquí prohibió jurar por nuestra cabeza por admiración al hombre, pues en ese caso también habría que adorar al mismo hombre. No, aquí refiere también la gloria a Dios, y nos hace ver que no somos dueños de nosotros mismos, y, por tanto, tampoco de jurar por los cabellos de nuestra cabeza. Y es así que, como nadie hay que entregue a otro su

propio hijo, así tampoco nos va a entregar Dios su propia obra. Porque, sí, tu cabeza la tienes tú; pero es propiedad de otro. Y tan lejos estás de ser dueño de ella, que no puedes hacer en ella la más mínima cosa. Porque no dijo el Señor que no eres capaz de producir un cabello, pero ni de cambiar una cualidad suya. — ¿Y qué decir —me dirás— si se nos exige un juramento y nos fuerza la necesidad? —Que el temor de Dios ha de tener más fuerza que cualquier necesidad. En verdad, si vas a poner excusas como ésa, no guardarás ni uno solo de los preceptos del Señor. Así, respecto a tu mujer, dirás: ¿Qué voy a hacer con ella, si es pendenciera y derrochadora? Y de tu ojo derecho: ¿Qué saco de arrancármelo, si me sigo abrasando? Y sobre la mirada incontinente: ¿Es que me es posible no mirar? Sobre la ira contra tu hermano: ¿Qué voy a hacer, si soy impetuoso y no puedo reprimirme? Y así, uno por uno, irías pisoteando todos los preceptos del Señor. Seguramente que no te atreverás a poner esas excusas con las leyes humanas y decir: ¿Y qué si me ocurre esto o lo otro? Ahí, quieras que no quieras, tienes que aceptar lo que está mandado. Por lo demás, tampoco tendrás nunca que sufrir esa violencia. El que ha oído las anteriores bienaventuranzas, el que se porta tal como Cristo nos ha mandado, jamás sufrirá por parte de nadie semejante violencia; antes bien será respetado y hasta venerado de todo el mundo.

AHORA SE NOS EXIGE MAYOR PERFECCIÓN QUE EN LA ANTIGUA LEY

Vuestra palabra, sin embargo, sea el sí, sí, el no, no. Lo que pasa de ahí, proviene del maligno. — ¿Qué es, pues, lo que pasa del sí y del no? —El juramento, no el perjurio. Éste, en efecto, todo el mundo conviene y a nadie hace falta enseñarle que proviene del maligno. Por otra parte, no sólo pasa del sí o del no, sino que le es contrario. Lo que pasa es lo que se pone de más y por redundancia, como es el juramento. — ¿Cómo, pues, procedía del maligno? —me dirás—. Y si de él procedía, ¿cómo es que lo mandaba la ley? —Lo mismo podrías preguntar sobre el repudio de la mujer: ¿Cómo es que ahora se considera adulterio lo que antes estaba permitido? ¿Qué cabe responder a eso? Pues que lo que entonces Dios mandó a los hombres, respondía a la debilidad de los mismos que recibían sus leyes. También era indigno —y muy indigno— de Dios que se le diera culto con grasa de animales,

como es indigno de un filósofo, el balbucir. Así, pues, repudiar la mujer se reputa ahora adulterio; ahora se tiene por cosa del maligno el juramento, pero es porque nos exige mayor virtud. Pero si de suyo hubieran procedido del maligno aquellas leyes, no hubieran producido este buen resultado. Porque, en verdad, si la antigua ley no le hubiera precedido, no se hubiera aceptado con tanta facilidad la nueva. No busques, pues, la virtud de unas leyes en el momento en que ha pasado ya su utilidad. Búscala cuando el tiempo las exigía. O más bien, si te empeñas, también ahora. Porque también ahora se ve la virtud de ellas, y por el hecho señaladamente de ser ahora atacadas. Justamente su mayor elogio es que ahora parezcan imperfectas, pues, si ellas no nos hubieran criado muy bien a su pecho y nos hubieran preparado para recibir otras más altas, no nos parecerían ahora tales. Es como el pecho de la madre, que, una vez totalmente cumplida su función, cuando ya ha dispuesto al niño para más fuerte alimento, aparece inútil, y los mismos padres, que primero lo tenían por tan necesario para el niño, ahora lo apartan de él con mil burlas. Y muchos hay que no los apartan sólo con palabras, sino que lo untan con materias amargas. Así, si no bastan las palabras para quitarle al niño las ganas de volver al pecho, se las quite la experiencia misma.

LA LEY ANTIGUA NO PROVENÍA DEL DIABLO

De este modo también Cristo, al decir que lo que pasa del sí o del no procede del maligno, no quiso afirmar que la antigua ley provenga del diablo, sino que trata de arrancar a todo trance a sus oyentes de la antigua bajeza. Por lo demás, así habla el Señor con sus discípulos; mas a los judíos, insensibles y obstinados en mantener siempre los mismos usos, les untó su ciudad con la substancia amarga de la cautividad y así se la hizo inaccesible; pero como ni aun así los pudo contener, sino que deseaban volverla a ver nuevamente, como niños que vuelven afanosos al pecho de la madre; se la ocultó completamente destruyéndosela y llevando lejos a la mayor parte de sus moradores. Es lo que hacen muchos con sus novillos, que los cierran para que el tiempo les haga perder la vieja costumbre de mamar leche. Mas, si la antigua ley hubiera sido obra del diablo, no hubiera apartado al pueblo de la idolatría, antes le hubiera conducido y empujado hacia ella, pues

no otra cosa podía querer el diablo. La realidad fue todo lo contrario. Y aun eso mismo de permitirse en lo antiguo el juramento, fue para que no se jurara por los ídolos: *Juraréis* —dice el profeta— *por el Dios verdadero* (Jer 4,2). No han sido, por tanto, pequeños los méritos de la ley, sino muy grandes. Porque haber nosotros llegado a comer alimento tan sólido, obra suya ha sido. —¿Pues qué? —me dirás—. ¿No procede del maligno el jurar?— Ciertamente que sí: Del maligno absolutamente viene; pero eso ahora, después que se nos ha predicado tan alta filosofía. Entonces, no. — ¿Y cómo es —me replicarás— que la misma cosa es unas veces buena, otras mala? —Yo te diría lo contrario. ¿Cómo puede ser que no sea buena y mala, cuando a gritos nos lo dicen las cosas mismas: en las artes, en los frutos y en todo lo demás?

LAS COSAS, SEGÚN LOS TIEMPOS, SON BUENAS O MALAS

Mirad, por ejemplo, ante todo, cómo así sucede en nuestra propia naturaleza. El ser gestado es bueno en la primera edad; luego sería funesto. Tomar el alimento digerido por la madre, bueno es en los comienzos de nuestra vida, después parecería abominable. Nutrirse de la leche materna y acudir al pecho, al principio es útil y saludable; después sería funesto y perjudicial. ¿Veis cómo las mismas cosas se presentan como buenas o no buenas conforme al tiempo? Por el mismo caso, llevar un niño vestidos de niño está bien, llevarlos un hombre sería vergonzoso. ¿Queréis daros cuenta por lo contrario cómo tampoco al niño se le adaptan los del hombre? Ponedle a un niño traje de hombre, y veréis cuán grande es la risa y cuánto mayor el peligro en el andar, pues muchas veces dará el pobre chico consigo en el suelo. Haced que el niño se ocupe de los negocios políticos, del comercio, de sembrar y segar, y otra vez la risa será grande. Pero ¿a qué poner estos ejemplos? El asesinato, que por confesión de todos es invención del maligno, ejecutado en momento oportuno, mereció a Fineés, su autor, ser honrado con el sacerdocio. Ahora bien, que el asesinato sea obra del maligno, escuchad cómo lo dice el Señor mismo: *Vosotros queréis hacer las obras de vuestro padre, que es asesino desde el principio* (Juan 8,41-44). Pues asesino fue Fineés y le fue reputado a justicia —dice la Escritura— (Salmo 105,31). Y

Abrahán, por haber sido no sólo asesino, sino asesino de su propio hijo (lo que sin duda agrava el crimen), adquirió mayor renombre. Y dos muertes produjo Pedro, y, sin embargo, fue un hecho inspirado por el Espíritu (Hechos 5,1; muerte de Ananías y Safira). No examinemos, por tanto, los hechos en sí mismos. Hay que mirar también con mucho cuidado el tiempo, la causa, la intención, la diferencia de personas y tantas otras circunstancias como pueden concurrir en cada hecho. No hay otra manera de llegar a la verdad. Y esforcémonos, si queremos alcanzar el reino de los cielos, en hacer algo más de lo que fue mandado a los antiguos. Porque no hay otro modo de lograr los bienes celestes. Si no llegamos más que a la medida de los antiguos, no pasaremos de los umbrales del cielo. Porque: *Si vuestra justicia* —dice el Señor— *no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 5,20). Y, sin embargo, a despecho de esa amenaza, hay algunos que no sólo no sobrepasan esa justicia, sino que se quedan muy atrás de ella. No sólo no huyen el jurar, sino que caen en el perjurar. No sólo no evitan la mirada intemperante, sino que caen en la acción deshonesta, y por el estilo se atreven sin remordimiento con todo lo prohibido. Ya sólo les queda esperar el día del castigo, y entonces sufrirán la última pena que sus pecados merecen. Suerte, sin embargo, reservada a quienes acaban su vida en la maldad. De éstos hay ya que desesperar, y sólo les queda ya el suplicio por sus culpas. Porque quienes aún siguen en la vida, todavía pueden luchar y vencer y ser fácilmente coronados.

VENCER LA COSTUMBRE CON LA COSTUMBRE

No desesperes, pues, hombre, ni dejes tu buen propósito. No es pesado lo que se te manda. ¿Qué trabajo, dime, hay en huir del juramento? ¿Hay, por ventura, que gastar dinero? ¿Hay que sudar y fatigarse? Basta querer, y todo está hecho. Y, si me alegas la costumbre, yo te diré que ahí está precisamente la facilidad de la obra. Basta con que sustituyas una costumbre con otra y todo está conseguido. Considera, sino, los ejemplos de los gentiles. De ellos hubo quien, a fuerza de ejercicio, logró corregir la tartamudez, como si dijéramos, la cojera de la lengua, otro que tenía los hombros muy levantados y en continuo movimiento, se puso una espada encima para detenerlos. Y es que, como por los ejemplos

de las Escrituras no me hacéis caso, no tengo otro remedio que confundiros con los extraños. Eso hacía también Dios con los judíos cuando les decía: *Marchad a las islas de Cetim y despachad recado a Cedar y ved si las naciones cambiarán sus dioses, a pesar de no ser dioses* (Jer 2,10-11). Y hasta los envió con frecuencia a los animales, como cuando dice: *Anda a la hormiga, perezoso, y emula sus caminos, y marcha también a la abeja* (Prov 6,6). Eso, pues, os diré yo también ahora: Considerad a los filósofos gentiles y entonces os daréis cuenta de cuán grande castigo merezcan los que desobedecen las leyes divinas. Pues ellos, por puro buen parecer humano, se impusieron tantos trabajos; y vosotros, ni por los bienes del cielo ponéis el mismo esfuerzo. Y si después de esto me replicas que la costumbre tiene fuerza terrible para burlar aun a los muy esforzados, yo convengo también en ello. Sin embargo, digo que si tiene fuerza para engañar, también es fácil corregirla. Ponte en tu misma casa unos cuantos guardias, por ejemplo, a tu esclavo, a tu mujer, a tu amigo, y verás qué fácilmente, empujado y dirigido por todos, te apartarás de la mala costumbre. Si por diez días perseveras en este ejercicio, no necesitarás ya de más tiempo, y todo te resultará fácil, arraigado que estarás también en la costumbre, ahora buena. Ahora bien, si al comenzar tu buena obra todavía quebrantas la ley divina una, dos, tres veces y hasta veinte veces, no te desanimes. Levántate otra vez, renueva otra vez tu buen propósito y vencerás absolutamente. No es, no, mal como quiera el jurar. Y si el mero jurar viene del malo, ¿qué castigo no merecerá el perjurar?

EL PREDICADOR NO QUIERE LOS APLAUSOS, SINO LA CORRECCIÓN DE SUS OYENTES

¡Aplaudís mis palabras! Pero no son aplausos, no es alboroto y ruido lo que yo necesito. Sólo una cosa quiero: que me escuchéis con silencio y atención y cumpláis luego lo que os digo. Éste es mi mejor aplauso. Éste mi mejor elogio. Mas, si aplaudís lo que digo, pero no hacéis lo mismo que aplaudís, vuestro castigo será mayor, y mayor también mi vergüenza y ridiculez: No estáis aquí en ningún teatro, no os habéis sentado para ver representar una tragedia y contentaros con aplaudir. La iglesia es una escuela espiritual. De ahí que sólo una cosa hay que buscar con todo empeño: que se cumpla lo que se dice y que la obediencia se muestre por las

obras. Entonces, si lo habremos conseguido todo; porque, por lo que ahora pasa, yo me siento más bien desesperado. Lo mismo a quienes a mí acuden en particular que cuando os dirijo a todos la palabra, yo no he cesado de recomendaros estas cosas; y, sin embargo, no veo el fruto por ninguna parte, sino que estáis aún detenidos en los primeros rudimentos. Lo cual es más que bastante para llevar el desaliento al maestro. Mirad, si no, cómo se molesta el mismo Pablo que sus discípulos, después de tanto tiempo, aún se hallaban atascados en las primeras nociones de la vida cristiana. Porque: *Debiendo* —dice— *ser vosotros maestros en razón del tiempo, nuevamente necesitáis que se os enseñe cuáles son los elementos del principio de los oráculos de Dios* (Hebr 5,12). Ésa es también la causa por la que nosotros lloramos y nos lamentamos. De veros así obstinados, tendré que prohibiros pasar los umbrales de la iglesia y tomar parte en los sagrados misterios, lo mismo que a los fornicarios, adúlteros y asesinos declarados. En verdad, más vale elevar a Dios las acostumbradas preces con dos o tres que guardan sus leyes, que no arrastrar aquí a una muchedumbre que las infringe y corrompe a los demás. Y que ningún rico, que ningún poderoso, se me hinche aquí y me frunza el ceño. Porque todo eso de poder y riqueza son para mí fábula, sombra y sueño. Ninguno de cuantos aquí son ricos me defenderá delante del tribunal de Dios, cuando se me acuse y haga cargo de no haber vindicado con la conveniente energía las leyes de Dios. Porque esto fue, esto lo que perdió a aquel anciano, por lo demás admirable, a Helí me refiero, no obstante ser en su vida irreprochable. Pero por haber consentido que las leyes de Dios fueran conculcadas por sus hijos, juntamente con éstos fue castigado. Si, pues, donde el poder de la naturaleza es tan grande, el padre que no usó con sus hijos del conveniente rigor tan grave pena sufrió, ¿qué perdón tendremos nosotros, que nada tenemos que ver con aquel sentimiento de la naturaleza y que, no obstante, os corrompiéramos por nuestros miramientos?

EXHORTACIÓN FINAL: DEJAD LA COSTUMBRE DE JURAR

A fin, pues, que no os perdáis a vosotros y a mí juntamente, hacedme caso, os suplico, y poneos a vosotros mismos mil examinadores y jueces, y libraos así de la costumbre de jurar. De

este modo, avanzando poco a poco en el camino, llegaréis a practicar toda virtud y gozaréis de los bienes venideros. Los cuales ojala todos alcancemos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 18

Oísteis que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al malo. No. Si uno te da un bofetón en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. A quien te quiera entablar pleito y tomar tu túnica, déjale también tu manto (Mt 5,38ss).

LA LEY ANTIGUA PREPARÓ LA NUEVA

Por aquí se ve que no hablaba antes del ojo corporal cuando nos mandaba arrancarnos el ojo que nos escandalizara, sino de quien por su amistad nos dañara y nos pudiera precipitar al abismo de la perdición. Porque quien ahora llega a tal extremo que no nos permite arrancar el ojo ni al mismo que nos hubiera arrancado el nuestro, ¿cómo pudo poner ley de arrancarnos el propio? Mas, si alguno acusa a la antigua ley por mandar esta forma de vindicta, poco sabe, a mi parecer, de la sabiduría que conviene al legislador y mucho desconoce la fuerza de los tiempos y el provecho de la condescendencia. Porque, si consideramos quiénes eran y en qué disposiciones se hallaban los que esto oían y en qué tiempo recibieron esa ley, no podremos menos de alabar la sabiduría del legislador, y veremos que uno solo y mismo legislador es el que mandó lo antiguo y lo nuevo, y que lo uno y lo otro fue mandado muy útilmente y a su debido tiempo. En verdad, si desde el principio se hubieran introducido estos altos y difíciles preceptos del Evangelio, no se hubieran aceptado ni éstos ni aquéllos; pero lo cierto es que, al disponer cada cosa a su debido tiempo, el Señor ha enderezado por unos y otros la tierra entera. Por otra parte el fin de esta ley no es que andemos arrancándonos los ojos unos a otros, sino detener más bien nuestras manos, pues la amenaza de sufrir tenía que contener el ímpetu de la acción, Y de este modo, mandando que el dañado se vengara con daño igual, el Señor iba ciertamente sembrando casi furtivamente mucha filosofía. En verdad, mayor castigo merecía el que había empezado esta

maldad, y eso hubiera exigido la estricta razón de la justicia; mas como el legislador quería mezclar la benignidad a la justicia, condena al culpable a menos pena de la que merece, con lo que nos enseña a mostrar la mayor moderación en el sufrimiento.

LA INJURIA QUE SE NOS HACE VIENE DEL DEMONIO

Una vez, pues, que el Señor hubo citado la antigua ley y hasta la leyó en su texto, nos hace ver seguidamente que no es nuestro hermano quien nos ha hecho el agravio, sino el maligno. De ahí que prosiguiera: *Pero yo os digo: No resistir al maligno*. No dijo: "No resistir al hermano", sino: Al maligno. Con lo que nos dio el Señor a entender que, si nuestro hermano comete esa falta, es porque el demonio le instiga, y, al trasladar la culpa a otro, trata de mitigar y cortar la mayor parte de la ira contra el que materialmente ha obrado. — ¿Cómo? ¿Es que no hemos de resistir —me dices— al maligno? —Hemos, ciertamente, de resistirle; pero no de ese modo. Hemos de resistirle como Él nos lo mandó: entregándonos a padecer. De este modo, la victoria es infalible. El fuego no se extingue con fuego, sino con agua. Y para que te des cuenta que, aun en la antigua ley, el que sufre es el que mejor vence y a ése se le corona, examina bien el hecho mismo, y verás cómo de él es toda la ventaja. Porque el que movió primero sus manos inicuas, son dos ojos los que arranca, el de su prójimo y el suyo propio. De ahí que con justicia es de todos aborrecido y sobre él recaen todas las recriminaciones. Pero el que ha sido agraviado, aun cuando se vengue con pena igual, nada malo habrá hecho.& De ahí que tenga muchos que le compadezcan, puesto caso que, aun después de sacar el ojo al otro, está limpio de toda culpa. De modo que la desgracia es igual para quien agravia y para quien sufre el agravio; no así el honor ni delante de Dios ni delante de los hombres. De ahí que ya tampoco la desgracia es igual. Por lo demás, al comienzo de su sermón en la montaña, el Señor había dicho: *El que se irrite contra su hermano sin motivo y el que le llame necio, será reo de la gehenna del fuego*; mas aquí exige mayor filosofía, pues no manda sólo que quien sufre un mal guarde silencio, sino que aquí la perfección ha de ser mayor, volviendo a quien nos hiere la otra mejilla. Y esta ley no la sienta sólo sobre el golpe precisamente en la mejilla, sino sobre la paciencia que en todo lo

demás hemos de tener.

LA FUERZA DE LA PACIENCIA

En efecto, al modo que cuando dice: *El que llama a su hermano fatuo, será reo de la gehenna del fuego* (Mt 5,22), no habla sólo de esta palabra, sino de toda injuria, así aquí, indudablemente no nos pone solamente ley de sufrir pacientemente una bofetada, sino de no turbarnos por nada que hubiéremos de padecer. De aquí que en el caso anterior escogió como ejemplo la injuria mayor, y ahora escoge el golpe más ignominioso que se puede recibir, que es un bofetón en la mejilla. No hay insolencia más grande. Y, al mandar aquí la mansedumbre, el Señor tiene cuenta así del que da como del que sufre el golpe. Porque el agraviado, así preparado para obrar sabiamente, pensará no haber sufrido injuria alguna. Ni cuenta se dará de su ultraje, al pensar que está más bien luchando en el estadio que no recibiendo un golpe ultrajante. Y el que está cometiendo el agravio, avergonzado, no tendrá valor para repetir el golpe, así sea más feroz que una fiera; antes se condenará íntimamente a sí mismo por el primero. Nada, en efecto, contiene tanto a los que hacen mal, como la paciencia con que sus víctimas lo soportan. Y no sólo les contiene para que no pasen en su ímpetu adelante, sino que les hace arrepentirse de lo pasado. Admirando la moderación de sus víctimas, terminará por retirarse, y de enemigos mortales, pasan a ser más que amigos: familiares y esclavos de ellos. Como, al revés, la venganza produce contrarios efectos: a los dos contrincantes los cubre de ignominia, los hace peores y echa leña al incendio de la ira. Tan lejos puede llegar el mal, que se termine catastróficamente por una muerte. De ahí que Cristo nos manda no sólo que no nos irritemos al ser abofeteados, sino que le dejemos que sacie en nosotros su rabia, para que no parezca que ni el primer golpe lo sufrimos contra nuestra voluntad. De este modo, por desvergonzado que sea tu ofensor, le has asestado más duro golpe que si le hubieras respondido con tu mano, y de desvergonzado le harás modesto.

"DALE TAMBIÉN TU TÚNICA"

A quien quiera llevarte a juicio y tomar tu manto, dale también tu túnica.

No sólo en los golpes, sino también en el desprendimiento de los

bienes, quiere el Señor que mostremos heroica paciencia. Como antes nos manda vencer por el sufrimiento, así aquí, desprendiéndonos más de lo que nuestro contrario nos exige. Sin embargo, esto no lo puso de modo absoluto, sino con una añadidura. Porque no dijo: "Da tu manto a quien te lo pida", sino: *Al que quiera llevarte a juicio*, es decir, arrastrarte a un tribunal y formarte pleito. Antes había dicho que no llamáramos necio a nuestro hermano ni nos irritáramos sin motivo; luego, pasando más adelante, exigió algo más, y nos mandó que volviéramos la otra mejilla. Aquí, después de decir que nos pongamos de acuerdo con nuestro contrario, nuevamente encarece también el precepto, pues no sólo nos manda darle lo que quiera tomar, sino mostrar generosidad mayor que la que él espera. — ¿Cómo? —me dirás—. ¿Tendré entonces que ir yo desnudo? —Si con perfección cumplimos estos preceptos del Señor, no sólo no iremos desnudos, sino mejor vestidos que nadie del mundo. En primer lugar, porque no habrá nadie que con tan malas intenciones nos venga a atacar, y luego, porque, dado casi que hubiera alguien tan feroz y desalmado que a tanto llegara muchos más aparecerían que, a quien tan filosóficamente se portara, le cubrirían no sólo con sus vestidos, sino, de ser ella posible, con su propia carne.

LOS PRECEPTOS EVANGÉLICOS NO SON IMPOSIBLES

Pero aun cuando, por cumplir esta filosofía, hubiéramos de andar desnudos, no habría en ello deshonra alguna. Desnudo estaba Adán en el paraíso, y no se avergonzaba (Gen 2,25). Isaías iba desnudo y descalzo, y era el más ilustre de los judíos (Is 20,3), y José nunca fue tan glorioso como cuando se quedó sin manto (Gen 39,12). Porque no está el mal en ir así desnudos, sino en vestir como ahora nosotros, con trajes tan lujosos. Esto sí que es vergonzoso y ridículo. De ahí que a aquéllos los alabó Dios y a nosotros nos reprocha, no sólo por boca de los profetas, sino también de los apóstoles. No pensemos, pues, que los preceptos del Señor son imposibles. En realidad, como seamos vigilantes, no sólo son sobremanera fáciles, sino también provechosos; tanto, que no sólo nos aprovechan a nosotros, sino también, y en sumo grado, a los mismos que pretenden perjudicarnos. Y justamente, privilegio y excelencia suya es que, a la vez que a nosotros nos persuaden a

sufrir el mal pacientemente, por el mismo hecho enseñan a los que nos lo hacen a obrar filosóficamente. Éstos piensan ser magna hazaña quitar los bienes ajenos; tú les muestras que para ti es cosa ligera darles aún más de lo que piden, y, al oponer a su miseria tu generosidad y a su rapiña tu sabiduría, considera la lección que les das, no por palabras, sino por obras, sobre el desprecio de la maldad y el amor de la virtud. En verdad, Dios no quiere que seamos útiles sólo a nosotros mismos, sino también a nuestros prójimos todos. Ahora bien, si das para no ser juzgado, has buscado sólo tu utilidad; pero, si añades también lo otro, tu contrario se irá de tu lado mejorado. Tal es por su naturaleza la sal, que el Señor quiere seamos: se conserva a sí misma y conserva juntamente los cuerpos en que se esparce. Tal es también el ojo que mira para sí mismo y juntamente para los otros miembros. Ya, pues, que a ti te ha puesto el Señor en ese orden de la sal y del ojo, ilumina al que está entre tinieblas y hazle comprender que ni aun lo primero te lo quitó a la fuerza. Persuádele que no te ha perjudicado. De este modo, demostrándole que fue gracia que le hiciste y no rapiña que sufriste, tú mismo serás más digno de respeto y veneración. Haz, pues, por tu modestia, de lo que fue pecado suyo, acto de liberalidad tuya.

"VE CON ÉL DOS"

Mas, si esto te parece grande, espera y verás claramente que todavía no has llegado a la última perfección. Porque el Señor, que nos está dando las leyes de la paciencia, no se para aquí siquiera, sino que prosigue más adelante, diciendo: *Si alguien te engancha para una milla, anda con él dos*. ¡Mirad qué extremo de sabiduría! Porque si, aun después de darle el manto y la túnica, nuestro enemigo quiere valerse de nuestra propia persona, sin vestidos, para fatigas y trabajos, ni aun en ese caso hay que impedírselo —nos dice el Señor—. Todo quiere que lo poseamos en común; no sólo nuestras riquezas, sino también nuestros cuerpos, para poner las unas a disposición de los necesitados, y los otros, de quienes nos insultan. Lo uno es acto de misericordia; lo otro, de valor. De ahí que diga: *Si alguien te engancha para andar una milla, ve con él dos*. Lo cual es levantarnos más alto y mandarnos mostrar la misma liberalidad que antes. Ahora bien, si lo que al principio de su discurso dijo, con ser muy inferior a lo que nos manda ahora, tan

grandes bienaventuranzas merece, considerad la suerte que está reservada a quienes estas obras practican y, antes de la recompensa eterna, pensad qué tales han de ser quienes, en cuerpo humano y pasible, realizan la impasibilidad más completa. Considerad, en efecto, qué alma han de tener quienes no se dejan impresionar ni por las injurias y golpes ni por la pérdida de las riquezas, y que a nada semejante se rinden, sino que el agravio mismo los hace más generosos. De ahí que el Señor nos manda que hagamos aquí lo mismo que mandó en el caso de las injurias y de los bienes. Porque ¿qué digo —dice— si te injurian y quitan lo tuyo? Aun cuando de tu propio cuerpo quiera valerse para trabajos y fatigas, y eso contra toda justicia, véncele también en ello y pasa más allá de lo que te pide su injusto deseo. Porque eso quiere decir 'enganchar: arrastrar a uno injustamente y sin razón alguna y dañándole. Y, sin embargo, aun para eso has de estar preparado y sufrir aún más de lo que el otro quiera hacerte.

“A TODO EL QUE TE PIDA, DALE"

Al que te pida, dale, y no te apartes del que quiera tomar de ti prestado. El precepto parece inferior a los pasados; pero no te sorprendas, pues así suele hacerlo siempre el Señor, que mezcla lo grande con lo pequeño. Pero si este precepto es pequeño en comparación de los otros, escúchenlo los que toman lo ajeno y luego lo dilapidan con las rameras. Con lo que se encienden contra sí mismos doble hoguera: una, por su inicua ganancia; otra, por el pernicioso empleo que de ella hacen. Por lo demás, el préstamo que aquí se habla no es el contrato de usura, sino el uso simplemente de las cosas. Y en otro pasaje encarece más lo mismo, al decirnos que demos prestado a aquellos de quienes no esperemos recibir nada.

EL AMOR DE LOS ENEMIGOS

Oísteis que se dijo: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os calumnian y persiguen. Bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, a fin que seáis semejantes a vuestro Padre, que está en los cielos. Porque Él hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos*. ¡He aquí cómo pone el Señor el coronamiento de todos los bienes! Porque,

si nos enseña no sólo a sufrir pacientemente una bofetada, sino a volver la otra mejilla; no sólo a soltar el manto, sino a añadir la túnica; no sólo a andar la milla a que nos fuerzan, sino otra más por nuestra cuenta, todo ello es porque quiere que recibas como la cosa más fácil algo muy superior a todo eso. — ¿Y qué hay —me dices— superior a eso? —Que a quien todos esos desafueros cometa con nosotros, no le tengamos ni por enemigo. Y todavía algo más que eso. Porque no dijo: No le aborrecerás, sino: *Le amarás*. Ni dijo: No le hagas daño, sino: *Hazle bien*.

GRADOS DE LA PERFECCIÓN CRISTIANA: ORAR POR LOS ENEMIGOS

Mas, si atentamente examinamos las palabras del Señor, aún descubriremos algo más subido que todo lo dicho. Porque no nos mandó simplemente amar a quienes nos aborrecen, sino también rogar por ellos. ¡Mirad por cuántos escalones ha ido subiendo y cómo ha terminado por colocarnos en la cúspide de la virtud! Contémoslos de abajo arriba. El primer escalón es que no hagamos por nuestra cuenta mal a nadie. El segundo, que, si a nosotros se nos hace, no volvamos mal por mal. El tercero, no hacer a quien nos haya perjudicado lo mismo que a nosotros se nos hizo. El cuarto, ofrecerse uno mismo para sufrir. El quinto, dar más de lo que el ofensor pide de nosotros. El sexto, no aborrecer a quien todo eso hace. El séptimo, amarle. El octavo, hacerle beneficios. El noveno, rogar a Dios por él. ¡He aquí una cima de sabiduría! De ahí también el espléndido premio que se le promete. Como el precepto es tan grande y pide un alma tan generosa y un esfuerzo tan levantado, también el galardón es tal como a ninguno de sus anteriores mandatos lo propuso el Señor. Porque aquí ya no habla de poseer la tierra, como se promete a los mansos; no de alcanzar consuelo y misericordia, como los que lloran y los misericordiosos; ni siquiera se nos habla del reino de los cielos, sino de algo más sublime que todo eso y que bien puede hacernos estremecer: se nos promete ser semejantes a Dios, cuanto cabe que lo sean los hombres: *A fin* —dice— que *seáis semejantes a vuestro Padre, que está en los cielos*. Pero observad, os ruego, cómo ni aquí ni antes llama a Dios Padre propiamente suyo. Antes, cuando habló de los juramentos, nos habló del trono de Dios y de la ciudad del gran Rey; aquí nos habla de vuestro Padre. Al hablar

así, no hace sino reservar para el momento oportuno la doctrina sobre su propia filiación divina. Seguidamente, como quien explica en qué consiste nuestra semejanza con nuestro Padre de los cielos, dice: *Porque Él hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos*. Porque Él —dice— no sólo no aborrece, sino que, antes bien, ama a los mismos que le injurian. Y, sin embargo, en modo alguno pueden equipararse los casos de ofensa del hombre y ofensa de Dios, no sólo por la grandeza sin la vez de los beneficios, sino por la excelencia suma de la dignidad divina. Tú, al cabo, eres despreciado por quien es esclavo como tú; pero Dios lo es por su propio esclavo, y a quien ha dispensado infinitos beneficios. Tú, si ruegas por tu enemigo, no les das más que palabras; Dios, sin embargo, le ofrece grandes y admirables cosas: el sol que diariamente enciende y las lluvias que le envía todos los años. Y, sin embargo —te dice—, yo te concedo que seas igual que Dios, en cuanto cabe que lo sea un hombre. No aborrezcas, pues, a quien te hace mal, pues te acarrea tan grandes bienes y te levanta a tan alto honor. No maldigas a quien te calumnia. En caso contrario, sufrirás el trabajo y te privarás del premio. Te llevarás el daño y perderás la recompensa. Locura suma: haber sufrido lo más y no poder soportar lo menos.

EL EJEMPLO DEL SEÑOR HACE FÁCIL ESTE PRECEPTO

—Pero ¿cómo es posible —me dices— llegar a amar a nuestros enemigos y rogar por ellos? —Después de ver a Dios hecho hombre, después que tanto se ha Él abajado, después que tanto ha padecido por ti, ¿todavía preguntas y dudas si es posible que un esclavo perdone sus agravios a esclavos como él? ¿No oyes al Señor mismo, que dice desde la cruz: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*? (Lc 23,34) ¿No oyes a Pablo, que nos enseña: *El que subió al cielo y está sentado a la diestra del Padre, intercede por nosotros*? (Rom 8,34) ¿No ves cómo, después de sufrir la cruz y de subir al cielo, a los mismos judíos que le habían quitado la vida les envió sus apóstoles, que iban a llevarles infinitos bienes a sabiendas que habían de sufrir de parte de ellos infinitos males? ¡Pero tú has sufrido tan grandes injusticias! ¿Y qué has sufrido de tan grande que pueda compararse a lo que sufrió tu Señor, que fue maniatado, abofeteado, azotado, por viles criados

escupido, que después de haber hecho infinitos beneficios sufrió la muerte más ignominiosa de todas las muertes? Si has sufrido grandes injusticias, por eso principalmente has de hacer bien a quien te hizo mal, pues de ese modo te harás a ti más glorioso y librarás a tu hermano de la más grave enfermedad. Los médicos, cuando son acoceados e insultados por los enfermos frenéticos, entonces es cuando más los compadecen y con más arrestos se disponen a su curación, pues saben que la insolencia nace de la gravedad misma de la enfermedad. Pues piensa tú también así acerca de los que te arman sus asechanzas y pórtate así también con tus ofensores. Ellos son los verdaderos enfermos; ellos los que sufren todo linaje de violencia. Líbrale, pues, de este grave daño, ayúdale a que arroje toda su ira, haz que se vea suelto de ese terrible demonio que es la cólera. En verdad cuando vemos a un endemoniado, lo que hacemos es llorar, no empeñarnos también nosotros en estar endemoniados. Hagamos eso mismo ahora con los iracundos, pues a los endemoniados se asemejan y hasta son más miserables que ellos, como quienes se dan cuenta de su propio furor. De ahí también que sea imperdonable su locura,

AYUDEMOS AL QUE SE VE DOMINADO POR SU PASIÓN

No te arrojes, pues, sobre el que yace en tierra; compadécele más bien. Cuando vemos a un infeliz molestado por la bilis que le hace sentir vértigo y que pugna por arrojar de sí ese mal humor, le tendemos la mano, aguantamos sus espasmos y, aunque nos manche el vestido, no nos alejamos. Sólo una cosa buscamos, y es librar al pobre enfermo de aquella su terrible angustia. Hagamos eso mismo con esos otros enfermos del alma y soportemos sus vómitos y espasmos. No los abandonemos en tanto no hayan expelido toda su amargura. Luego, cuando el ataque haya pasado, verás cómo te dan las gracias; entonces se darán claramente cuenta de la grave perturbación de que los has librado. Pero ¿qué digo que te darán ellos las gracias? Dios mismo te coronará inmediatamente y te recompensará con bienes infinitos, por haber librado a tu hermano de tan grave enfermedad, y éste te honrará como a su señor, reverenciando en todo tiempo tu moderación. ¿No has visto cómo muerden las mujeres parturientas a las que las asisten y éstas no lo sienten? Mejor dicho, lo sienten ciertamente,

pero lo sufren pacientemente, y compadecen a las otras a quienes el dolor saca de sí mismas. A ésas debes imitar tú y no ser más flaco que una mujer. Cuando aquellas mujeres hayan dado a luz (pues esos hombres son más pusilánimes que mujeres), entonces verán en ti al hombre. Mas, si después de todo estos preceptos te parecen pesados, considera que para plantarlos en nuestras almas vino Cristo a la tierra, y hacernos así provechosos a enemigos y amigos. De unos y otros nos manda que nos cuidemos. De nuestros hermanos, cuando dice: *Si ofreces tu ofrenda en el altar...*; de los enemigos, cuando nos pone ley que los amemos y roguemos por ellos.

TAMBIÉN LOS PUBLICANOS HACEN ESO

Y no nos incita sólo por el ejemplo de Dios a amar a quienes nos aborrecen, sino también por el ejemplo contrario. *Porque si amáis* —dice— *a los que os aman, ¿qué galardón merecéis? ¿No hacen eso mismo también los publicanos?* Esto dice también Pablo: *Todavía no habéis resistido hasta la sangre luchando contra el pecado* (Hebr 12,4).

Así, pues, si amas a quienes no te aman, estás de la parte de Dios; si sólo amas a quien a ti te ama, con los publicanos. ¿Veis cómo no es tanta la grandeza de los preceptos, cuanta la diferencia de las personas? No miremos, pues, la dificultad del precepto, sino consideremos también su recompensa; consideremos a quién nos parecemos si lo cumplimos, y a quién si lo infringimos. Ahora bien, con nuestro hermano, el Señor nos manda que nos reconciliemos y no cejar en el empeño hasta que la enemistad quede anulada. Pero ahora que nos habla de todos, no nos somete a esa necesidad, sino que sólo nos exige lo que está de nuestra parte, con lo que hace más fácil el cumplimiento de esta ley. Como había dicho el Señor de los judíos: *De este modo persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros* (Mt 5,12); a fin que por este motivo no quedara en sus discípulos algún resentimiento contra ellos, mándales no sólo sufrir, sino amar también a quienes tales cosas hacen.

RECAPITULACIÓN DE LA ENSEÑANZA DE JESÚS

¿Veis cuán de raíz arranca el Señor la ira, la concupiscencia de

la carne, la codicia de las riquezas, la ambición de la gloria y el amor a la vida presente? Porque todo eso lo ha hecho desde el comienzo de su discurso, y eso hace ahora principalmente. En efecto, el pobre de espíritu, el manso y el que llora, están limpios de ira; el justo y misericordioso, de codicia de riquezas; el puro de corazón se libra del mal deseo; el perseguido, el que sufre las injurias, el que es maldecido, ejercita ya todo el desprecio de la presente vida y está limpio de todo orgullo y vanagloria. Ya había el Señor desatado a sus oyentes de estas cadenas y los había ungido para el combate; mas ahora arranca nuevamente estas pasiones, y más a fondo aún que antes. Y así empezó por la ira, y por todos lados le corta los nervios y dice: "El que se irrite contra su hermano y le llame necio y rata, que sea castigado. Y el que ofrece su ofrenda, no se acerque a la mesa divina antes de haber puesto término a la enemistad. Y el que tenga un contrario, hágaselo amigo antes de llegar al tribunal". Luego pasa a la concupiscencia. ¿Y qué dice? "El que mire con ojos intemperantes, sea castigado como adúltero. El que fuere escandalizado por una mujer deshonesta o por un hombre o por otro cualquiera de sus allegados, arránqueselos a todos ésos. El que tiene a la mujer por ley de matrimonio, jamás ha de repudiarla y buscar otra". Y por estos medios mató la raíz del mal deseo. Seguidamente, reprime el amor de las riquezas, mandándonos no jurar ni mentir ni sentir apego a la misma pobre túnica que vistamos, sino dar más bien el manto a quien nos lo quiera quitar y aun poner a su disposición nuestra persona. Modos radicales de suprimir todo amor a las riquezas.

ROGAR POR NUESTROS ENEMIGOS, CUMBRE DE LA PERFECCIÓN

En fin, después de todo esto, el Señor pone la más bella corona a todos sus preceptos, diciendo: *Rogad por los que os calumnian*, con lo que nos levanta a la más alta cima de la sabiduría. Más es, en efecto, sufrir pacientemente un bofetón que ser simplemente mansos; más es dejar manto y túnica juntamente que no ser misericordioso; más es sufrir al que comete con nosotros injusticia que no ser simplemente justo; más es seguir al que nos ha abofeteado y luego nos engancha, que no ser simplemente pacífico; más es, en fin, bendecir al que persigue que ser

simplemente perseguido. ¿Veis cómo poco a poco nos ha ido el Señor levantando hasta la cúpula misma de los cielos? ¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si cuando se nos manda tomar a Dios por dechado no llegamos quizá a igualar ni a los publicanos? Amar a quienes nos aman, cosa es de publicanos, de pecadores y de gentiles. ¿Qué castigo, pues, no sufriremos, si ni eso siquiera hacemos? Y no lo hacemos desde el momento que envidiamos la gloria de nuestros hermanos. Se nos ha mandado sobrepasar la justicia de escribas y fariseos, y nos quedamos por bajo de los publicanos. ¿Cómo, pues, decidme por favor, veremos el reino de los cielos? ¿Cómo pisaremos aquellos celestes umbrales, si en nada les ganamos a los publicanos? Esto, en efecto, quiso significar el Señor cuando dijo: ¿Acaso no hacen eso mismo los publicanos?

EL SEÑOR HABLA MÁS DE PREMIOS QUE DE CASTIGOS

Lo que señaladamente cabe admirar en la enseñanza del Señor es que en todas partes pone muy preferentemente los premios de los combates a que nos invita. Por ejemplo, ver a Dios, heredar el reino de los cielos, llegar a ser hijos de Dios y semejantes a Él, alcanzar misericordia, ser consolados, tener más grande paga en los cielos. Mas, si hay alguna vez que mentar cosas tristes, lo hace con mucha parsimonia. Así, sólo una vez en tan largos razonamientos aparece el nombre de la gehenna o infierno. De otros medios veladamente se vale, y siempre hablando más bien para confundir que para amenazar, para corregir a sus oyentes. Por ejemplo, cuando dice: *¿No hacen eso mismo los publicanos?* Y: *Si la sal se torna insípida*. Y: *Será llamado mínimo en el reino de los cielos*. No faltan veces en que pone el Señor por todo castigo el pecado mismo, haciéndoles comprender a sus oyentes la enorme carga que se echan encima. Por ejemplo, cuando dice: *Ya cometió un adulterio en su corazón*. Y: *El que repudia a su mujer, la hace adulterar*. Y: *Y todo lo que de aquí se sale, del maligno procede*. Para quienes tienen inteligencia, la grandeza misma del pecado, mejor que otro castigo, basta para hacerles entrar en razón. De ahí también que aquí ponga el Señor delante a los publicanos, pues quiere confundir a sus discípulos con la calidad de tales personas. Es lo mismo que hacía Pablo, cuando decía: *No os entristezcáis*

como los otros, que no tienen esperanza. Y: *A la manera de los gentiles, que no conocen a Dios* (1 Tesal. 4,2.5). Y para hacer ver que no pide nada extraordinario, sino poco más de lo acostumbrado, dice: *¿No hacen eso mismo hasta los gentiles?* Sin embargo, no detiene aquí su palabra, sino que termina también en la recompensa y en las buenas esperanzas, diciendo: *Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial*. El nombre del cielo está como sembrado por todo su discurso, y por el lugar mismo trata de levantar los pensamientos de sus oyentes. Es que sus disposiciones, por de pronto, eran muy débiles y groseras.

DEBEMOS PREVENIR A NUESTROS ENEMIGOS

Considerando todo lo dicho, mostremos grande amor aun para con nuestros enemigos y desterremos la ridícula costumbre de mucha gente insensata, que esperan siempre, al encontrarse con otros, que sean los otros quienes primero los saluden. Dichosos quienes tal necedad eviten; ridículos quienes la sigan. ¿Por qué, pues, no has de ser tú el primero en saludar? —Porque es lo que el otro está esperando —me contestas—. Pues por eso justamente debieras tú adelantarle, y ganarte así la corona. —No —me dices —, porque eso es lo que el otro pretende. — ¿Y puede haber insensatez mayor que ésta? Porque el otro —dices— tiene interés en que yo me lleve la recompensa, yo no me quiero aprovechar de tan bonita ocasión. Ahora bien, si el otro te saluda primero, ningún mérito tienes tú ya en contestarle; mas, si eres tú quien te adelantas, has hecho un negocio de su orgullo y has cosechado copioso fruto de su presunción. ¿Cómo no calificar, pues, de insensatez suma abandonar una ganancia que no ha de costarnos más que unas palabras, y condenar, por otra parte, en el prójimo lo mismo que tú estás haciendo? Tú acusas a tu contrario que espere que otro le salude primero. ¿Cómo, pues, imitas lo que reprendes, y lo que dices estar mal, tú pones tanto empeño en imitarlo como si estuviera bien? ¿Veis cómo no hay cosa más insensata que un hombre que vive en la maldad? Por eso yo os exhorto a huir de esa costumbre perniciosa y ridícula, pues ese vicio ha echado por tierra mil amistades y producido otras tantas enemistades. Por eso precisamente, adelantémonos nosotros a los demás. Porque quienes tenemos mandato de dejarnos abofetear y enganchar y

desnudar, ¿qué perdón mereceríamos si, en un simple saludo, mostráramos tanta terquedad? —Es que —me replicas—, si hacemos esa gracia a nuestro hombre, nos desprecia y vilipendia. — ¿Y porque no te desprecie un hombre, ofendes a Dios? ¿Y porque no te desprecie un loco esclavo como tú, desprecias tú a tu Señor, que te ha hecho tantos beneficios? Porque, si ya es absurdo que desprecies a un igual tuyo, mucho más que te atrevas a despreciar al Dios mismo que te ha criado. Y considera juntamente con ello que, con despreciarte lo que hace es procurarte mayor corona; pues por Dios, por la obediencia a sus leyes, sufres tales desprecios. ¿Qué honor y qué diademas no merecerán esos desprecios? Por mi parte, antes quisiera ser injuriado y despreciado por amor de Dios que no ser honrado de todos los reyes de la tierra. Porque nada, nada hay que iguale a esa gloria.

EXHORTACIÓN FINAL: DESPRECIAR TODO LO HUMANO

A esa gloria, pues, aspiremos, tal como el Señor nos lo ha mandado. No hagamos caso alguno de las cosas humanas y ordenemos nuestra vida, dando en todo pruebas de la más perfecta filosofía. En ese caso, ya desde ahora gozaremos de los bienes y coronas celestes, caminando como ángeles entre los libres de toda concupiscencia, ajenos a toda perturbación. Y hombres, estando sobre la tierra como potestades angélicas, juntamente con todo esto, recibiremos también los bienes inefables. Los cuales, así los alcancemos todos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria, el poder y la adoración, juntamente con el Padre sin principios y el santo y buen Espíritu, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 19

Mirad de no hacer vuestra limosna delante de los hombres„ con el fin de ser vistos por ellos (Mt 6,1ss).

LA VANAGLORIA, LA MÁS TIRÁNICA DE LAS PASIONES

Quiere ahora el Señor desterrar de nosotros la más tiránica de

las pasiones: aquella rabia y furor por la vanagloria que suele precisamente atacar a los que obran bien. Nada dijo al principio sobre este punto, pues fuera superfluo, antes de instruirnos sobre nuestros deberes, darnos lecciones sobre cómo habíamos de cumplirlos. Una vez, sin embargo, que nos introdujo en la filosofía, entonces, sí, era momento de limpiarla de esta peste que subrepticiamente se le infiltra. Porque esta enfermedad no nace así como así, sino después que hemos ya cumplido mucho de lo que se nos ha mandado. Tenía, pues, que plantar primero la virtud y destruir luego aquella pasión que suele corromper su fruto. Y advertid por dónde empieza el Señor: Por el ayuno, la oración y la limosna, pues en estas buenas obras es donde señaladamente suele anidar la vanagloria. Así, el fariseo que nos habla el Señor, de ahí tomó motivo de hinchazón: *Ayuno dos veces a la semana; pago el diezmo de cuanto poseo* (Lc 18,12). Y en la misma oración buscaba la vanagloria, pues la hacía por pura ostentación. Y es así que, como no había nadie presente, señalaba al pobre recaudador de impuestos, diciendo: *No soy como los demás hombres, ni como ese publicano*.

Y notad cómo empezó el Señor su aviso: como si se tratara de una fiera difícil de cazar y terrible, ella, para arrebatar a quien no esté muy alerta: *¡Mirad a vuestra limosna...!* De modo semejante a como dijo Pablo a los filipenses: *¡Mirad esos perros!* (Filp. 3,2). Es, en efecto, el perro animal que se desliza ocultamente, lo husmea todo sin ruido y, sin que nadie se dé cuenta, se lleva lo que hay dentro.

Como había, pues, hablado el Señor tan largamente de la limosna y nos había puesto no menos que el ejemplo de Dios mismo, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y por todas partes nos incitó a practicarla; como quería que este bello olivo creciera frondoso por nuestra liberalidad en el dar, ahora quiere arrancar cuanto pudiera dañarle. Por eso dice: *¡Cuidado con hacer vuestra limosna delante de los hombres!* Vuestra —dice—, porque la limosna aludida antes es limosna de Dios; y habiendo dicho: *No la hagáis delante de los hombres*, añadió: *Con el fin de ser vistos por ellos*.

LA INTENCIÓN, ALMA DE NUESTRAS ACCIONES

Aparentemente, el Señor dice dos veces lo mismo. Pero, si lo miramos atentamente, no es lo mismo lo que dice primero y lo que añade luego, sino que esto último encierra en sí mucha seguridad y una inefable providencia y condescendencia. Porque cabe hacer la limosna delante de los hombres y no hacerla para ser vistos por ellos; y cabe no hacerla delante y desear ser vistos. De ahí que Dios no castiga o premia simplemente lo que hacemos, sino la intención con que lo hacemos. Realmente, de no haber puesto el Señor esa distinción, muchos se hubieran vuelto remisos en dar limosna, pues no siempre es absolutamente posible darla ocultamente. Él te ha librado de tal necesidad, pues no señala el castigo o premio al término de la obra, sino a la intención del que obra. No puedes decirle al Señor: — ¿Qué tengo yo que ver con que el otro me vea? —No es eso —te contesta— lo que yo busco, sino la intención y el modo con que obras. Lo que Él quiere es formar tu alma y librarla de todo vicio.

Habiendo, pues, prohibido obrar por ostentación; habiendo enseñado el daño que de ello se sigue, que es obrar vana y neciamente, otra vez levanta el Señor los pensamientos de sus oyentes, recordándoles al Padre y al cielo, a fin que no sea sólo el castigo lo que los mueva, sino que los confunda también el recuerdo de quien les dio el ser: *Porque no tendréis* —les dice— *recompensa de vuestro Padre, que está en los cielos*.

EL HIPÓCRITA ES TAMBIÉN CRUEL

Pero tampoco aquí se paró el Señor, sino que pasó más adelante, y quiere por otros medios apartarnos a todo trance de este vicio. Porque a la manera que más arriba había hecho mención de alcabaleros y gentiles para confundir con la calidad de tales hombres a quienes los imitan, así puso aquí a los hipócritas: *Cuando, pues* —dice—, *das limosna, no hagas tocar delante de ti la trompeta, como los hipócritas*. No quiere con eso decir el Señor que los hipócritas tuvieran realmente trompetas, sino mostrarnos su gran locura. Con esta metáfora se burla de ellos y los pone al descubierto. Y con razón los llamo hipócritas, es decir, farsantes. Porque la máscara de su acción era de limosna; pero su intención, de crueldad e inhumanidad. No dan, efectivamente, limosna porque

se compadecen de su prójimo, sino porque buscan ellos la gloria de la limosna. Ahora bien, caso es de extrema crueldad que, mientras el otro se muere de hambre, no tanto busque yo socorrer su necesidad cuanto satisfacer mi vanidad. Lo que importa, pues, no es simplemente dar limosna, sino cómo hay que darla, y de ese modo darla.

"NO SEPA TU MANO IZQUIERDA..."

Habiendo, pues, puesto bastantemente en ridículo y reprendido a los hipócritas, para avergonzar también a sus oyentes, nuevamente cura el Señor al alma que sufre esa enfermedad, y pues ha dicho cómo no hay que obrar, ahora muestra cómo debe obrarse. ¿Cómo hay, pues, que obrar? *No sepa* —dice— *tu mano izquierda lo que hace tu derecha*. Tampoco aquí hay que entender materialmente las manos, sino que es una hipérbole de la que se vale el Señor. Es como si dijera: Si fuera posible que tú mismo ignoraras lo que haces, habrías de procurarlo y que no se enteraran que das limosna ni tus manos, de las que te sirves para alargarla. No, como algunos dicen, que se nos mande ocultarnos a los hombres malos o siniestros, pues en realidad se nos manda ocultar nuestra limosna a todos los hombres.

DIOS COMPENSARÁ CON CRECES NUESTRO OCULTAMIENTO

Considerad ahora cuán grande ha de ser la recompensa. Ha dicho ya el Señor el castigo de obrar ostentosamente; ahora nos muestra la gloria que se seguirá al ocultamiento, y por uno y otro lado nos empuja y levanta a las más altas enseñanzas. Nos hace, en efecto, saber que Dios está en todas partes, que no todo termina con la presente vida, sino que nos espera el más terrible tribunal, donde tendremos que dar cuenta de todo lo que hubiéremos hecho; que vendrán luego premios y castigos y que nada, chico ni grande, que hubiéremos hecho ha de quedar oculto, por más escondido que parezca ante los hombres. Todo eso nos quiso dar a entender cuando dijo: *Tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará en lo manifiesto*.

Grande y augusto teatro establece el Señor para el hombre y con creces le da lo que desea. ¿Qué deseas? —te dice—. ¿No es tener algunos espectadores de tus acciones? Pues ahí los tienes, y no

sólo a los ángeles y arcángeles, sino al mismo Dios del universo. Mas, si deseas que te contemplen también los hombres, tampoco, a su debido tiempo, quiere el Señor defraudarte de ese deseo; también ése te lo cumplirá sobradamente. Ahora, en realidad, si quieres mostrarte, no podrás hacerlo más que ante diez, veinte o, a lo sumo, cien hombres; mas, si ahora procuras vivir ocultamente, Dios mismo te proclamará entonces en presencia de toda la tierra. De suerte que cuanto más desees que los hombres contemplen tus buenas obras, más has de ocultarlas, para que con más honor las contemplen un día todos, como que será Dios mismo quien las manifieste y las exalte y las pregone delante de todo el mundo. Ahora en realidad, los que te vean, te condenarán como hombre vano; mas cuando te contemplen coronado por Dios, no sólo no te condenarán, sino que todos sin excepción te admirarán. Como esté, pues, en nuestra mano alcanzar recompensa y gozar de admiración mayor, con sólo que esperemos un poco, considerad cuán grande necedad sería perder una y otra cosa; y cuando pretendemos de Dios la recompensa y le tenemos a Él por espectador, llamar a los hombres para hacer ante ellos ostentación de nuestras acciones. Si ante alguien hubiera que hacer ostentación, sería antes que todo delante del Padre, en cuya mano está, más que en la de nadie, premiarnos o castigarnos. En verdad, aun sin castigo de por medio, no habríamos de dejar el teatro del Padre y cambiarlo, por pura ambición de gloria, por el de los hombres. ¿Quién habría, en efecto, tan miserable que, teniendo el emperador sumo interés en contemplar sus buenas obras, dejara al emperador y se buscara por espectadores a una panda de vagabundos y mendigos? Por eso justamente no nos manda sólo el Señor que no obremos por ostentación, sino que nos esforcemos por vivir ocultamente. Porque no es lo mismo no esforzarse por aparecer que esforzarse por pasar inadvertido.

CONTRA LA HIPOCRESÍA EN LA ORACIÓN

Y cuando orareis —prosigue el Señor—, *no seáis como los hipócritas, pues éstos gustan de orar de pie en las sinagogas y en los rincones de las plazas, a fin de ser vistos por los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su paga. Tú, sin embargo, cuando ores, entra en tu recámara y, cerrada tu puerta, ora a tu Padre, que mora en lo oculto*. También a éstos los llama hipócritas,

y con razón, pues aparentando hacer oración a Dios, miran en torno a los hombres, y no hacen figura de orantes, sino de gentes ridículas. Y es así que un suplicante, dando de mano a todos los demás, sólo mira a aquel en cuya mano está satisfacer su petición. Pero si, dejando precisamente a éste, te andas errante dando vueltas y llevas tus ojos de acá para allá, te marcharás con las manos vacías. Sin duda eso es lo que tú querías. De ahí que no dice el Señor que los tales no recibirán recompensa, sino que la han recibido ya, es decir, que la recibirán, sí, pero de quienes ellos esperaban recibirla. Realmente, Dios no quiere eso. Dios quiere darles su recompensa. Pero como ellos la buscan de los hombres, no fuera justo recibirla de manos de Aquel por quien no han hecho nada. Y considerad aquí, de paso, la bondad de Dios, que por aquellos mismos bienes que le pedimos, aún nos promete encima darnos una recompensa.

CÓMO DEBEMOS ORAR CON RECOGIMIENTO Y RECTA INTENCIÓN

Una vez, pues, que el Señor ha reprendido a los que no oran debidamente, ya por razón del lugar en que oran, ya por la disposición con que lo hacen, ya que nos ha mostrado cuán soberanamente ridículos son tales hombres, ahora nos enseña la manera mejor de orar y juntamente nos señala el premio, diciendo: *Tú, sin embargo, cuando ores, entra en tu recámara...*

—Pues ¿qué?—me diréis—. ¿No es en la iglesia donde hay que hacer oración? —Ciertamente que sí; pero con esta misma intención. Porque Dios mira siempre al blanco a que apuntamos en nuestras acciones. Bien pudiera, en efecto, darse el caso que entraras en tu recámara y echaras la llave, y toda eso lo hicieras por ostentación, y de nada te habrían aprovechado las puertas. Mira, si no, cómo también aquí puso el Señor la puntual distinción, diciendo: *Con el fin de ser vistos por los hombres*. De manera que bien está que cierres las puertas de tu recámara; pero otra cosa quiere Dios antes que eso: que cierres también las puertas de tu alma. Siempre, cierto, es cosa buena que estemos libres de vanagloria; pero más que nunca en la oración. Porque si aun sin esto nos distraemos y divagamos de acá para allá con el pensamiento, si con esta dolencia entramos en ella, ¿cuándo atenderemos a lo mismo que nosotros decimos? Y si nosotros, los

que rogamos y suplicamos, no nos atendemos a nosotros mismos, ¿con qué derecho pretenderemos que nos atienda Dios?

Sin embargo, a despecho de tantos y tan apremiantes preceptos, hay gentes que se portan tan indecorosamente en la oración, que, aun oculto su cuerpo, hacen sentir por sus voces su presencia a todo el mundo, gritando callejeramente y poniéndose a sí mismos en ridículo por su facha a la vez que por sus voces. ¿No ves que, aun en pública plaza, si un mendigo se acerca de ese modo y pide a gritos, molesta a quien le pide; mas, si lo hace tranquilamente y en la debida forma, se atrae mejor a quien puede concederle la limosna? No hagamos, pues, oración con gestos de nuestro cuerpo ni con gritos de la voz, sino con fervor de nuestra alma; no la hagamos con ruido y alboroto, ni por ostentación, hasta el punto de molestar a nuestros vecinos, sino con toda modestia, con contrición de espíritu y con lágrimas del corazón.

ORAR EN SILENCIO

¿Es que sientes dolor en tu alma y no puedes menos de romper en gritos? Antes bien, propio es de quien siente dolor vehemente orar y suplicar a Dios del modo que yo te digo. Dolor sentía Moisés, y así oraba y fue escuchado. De ahí que le dijera Dios: *¿Por qué gritas a mí?* (Ex 14,15) Y Ana, a su vez, orando sin que se percibiese su voz, alcanzó cuanto quiso, porque era su corazón el que gritaba (1 Reyes 1,13). Abel, no sólo callando, sino aun muriendo, oraba, y su sangre emitía una voz más clara que una trompeta. Gime, pues, también tú como aquel santo; no te lo prohíbo. Rasga, como manda el profeta (Joel 2,13), tu corazón y no tus vestidos. Llama a Dios desde lo profundo: *Desde lo profundo* —dice el salmista— *grito a ti, Señor* (Salmo 124,1). Saca de allá abajo, de tu corazón, tu voz y haz un secreto de tu oración.

¿No veis cómo en los palacios reales se evita todo alboroto y reina por todas partes profundo silencio? Tú, pues, que entras en un palacio, no de la tierra, sino del cielo, que ha de inspirarte mayor reverencia, pórtate allí con la mayor decencia. En verdad, entras en el coro de los ángeles, eres compañero de los arcángeles y cantas juntamente con los serafines. Ahora bien, todas estas muchedumbres guardan el mayor orden al entonar a Dios, rey del universo, con toda reverencia, aquel misterioso cántico y aquellos himnos sagrados. Mézclate, pues, con ellos en tu oración y emula

aquel su misterioso orden. No haces, en efecto, tu oración a los hombres, sino a Dios; a Dios, que está presente en todas partes, que te oye antes que abras tu boca, que sabe los secretos todos de tu corazón. Si así orares, recibirás una grande recompensa. *Porque tu Padre* —dice el Señor—, *que ve en lo escondido, te pagará en lo manifiesto*. No dijo: "Te gratificará", sino: *Te pagará*. Dios quiso hacerse deudor tuyo, y grande fue la honra que en esto te concedió. Y es que, como Él es invisible, invisible quiere también que sea tu oración.

LA PARLERÍA EN LA ORACIÓN

Luego nos habla el Señor de las palabras mismas de la oración: *Cuando orareis*—dice—, *no habléis demasiado, como hacen los gentiles*. Al hablarnos de la limosna, el Señor se contentó con alejar de nosotros la peste de la vanagloria y no añadió nada más, diciéndonos, por ejemplo, de qué bienes había que hacer la limosna, a saber, de las justas ganancias y no de la rapiña ni de la avaricia. Y es que, por una parte, todo el mundo estaba perfectamente de acuerdo sobre este punto, y, por otra, más arriba lo había ya aclarado al proclamar bienaventurados a los que tienen hambre y sed de la justicia. Al hablarnos, sin embargo, de la oración, añadió algo más, y es que no hablemos en demasía en ella; y como al tratar de la limosna puso en ridículo a los hipócritas, así ahora a los paganos, pues siempre gusta el Señor de confundir a sus oyentes con la vileza de tales personas. Pues como sea cierto que, por lo general, nada nos duele ni pica tanto como vernos comparados con gentes desechadas, de ahí toma el motivo para apartarnos de esa manera de orar, calificando de charlatanería toda esa palabrería inútil. Ahora bien, charlatanería es pedir a Dios lo que no se le debe pedir, como poder y honores, victorias sobre nuestros enemigos, abundancia de riquezas y, en una palabra, todo aquello que ningún provecho nos trae. *Porque sabe* —dice— *vuestro Padre de qué tenéis necesidad*.

NO ES LO MISMO CHARLATANERÍA QUE PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Juntamente con esto, creo yo que nos manda aquí Cristo que no hagamos largas oraciones; largas, digo, no en cuanto al tiempo, sino por la abundancia interminable de palabras. Porque, por lo

demás, hay que perseverar, pidiendo siempre lo mismo. *Perseverando* —dice el Apóstol— *en la oración* (Rom 12,13). Y el Señor mismo nos puso ejemplo de la viuda que, a fuerza de súplicas, doblegó al juez duro y cruel; y el otro del amigo que llegó a deshora de la noche e hizo levantarse de la cama a su amigo, no tanto por amistad, cuanto por importunidad (Lc 11,5). Por uno y otro nos pone la ley de rogarle insistentemente, no componiendo oraciones interminables, sino contándole sencillamente nuestras necesidades. Esto es lo que nos quiso dar a entender cuando dijo: *Porque se imaginan que, hablando mucho, serán escuchados. No os asemejéis, pues, a ellos*; porque sabe *vuestro Padre de qué tenéis necesidad aun antes que vosotros se lo pidáis*.

Pues si el Padre —dirá alguno— sabe ya de lo que tenemos necesidad, ¿qué falta hace hacer oración? No hace falta, ciertamente, para enterarle a Dios; sí, para moverle; sí, para que te acostumbres a la perseverancia en la oración; sí, para humillarte; sí, para que te acuerdes de tus pecados.

"PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS"

Vosotros, pues, oraréis de esta manera: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Mirad cómo de pronto levanta el Señor a sus oyentes y desde el preludio mismo de la oración nos trae a la memoria toda suerte de beneficios divinos. Porque quien da a Dios el nombre de Padre, por ese solo nombre confiesa ya que se le perdonan los pecados, que se le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta por hijo, que se le hace heredero, que se le admite a la hermandad con el Hijo unigénito, que se le da el Espíritu Santo. No es, en efecto, posible darle a Dios el nombre de Padre y no alcanzar todos esos bienes. De doble manera, pues, levanta el Señor los pensamientos de sus oyentes: por la dignidad del que es invocado y por la grandeza de los beneficios que de Él habían recibido.

Pero al decir: *En los cielos*, no pretende, como quien dice, encerrar a Dios en el cielo, sino arrancar de la tierra al que ora, y fijarle en aquellos elevados parajes, y hacerle a aquellos tratos de allá arriba. Enséñanos, además, a hacer común nuestra oración por nuestros hermanos. Porque no dice: "Padre mío, que estás en

los cielos", sino: *Padre nuestro*; con lo que extiende las súplicas a todo el cuerpo de la Iglesia y nos manda no poner la mira en nuestro propio interés, sino en el de nuestro prójimo. Y con este solo golpe, mata el Señor el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes; elimina la desigualdad de las cosas humanas y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo, como quiera que, en las cosas más grandes y necesarias, todos somos iguales. ¿Qué daño puede venirnos del parentesco terreno, cuando todos estamos unidos en el del cielo y nadie lleva a nadie ventaja en nada, ni el rico al pobre, ni el señor al esclavo, ni el que manda al que obedece, ni el emperador al soldado, ni el filósofo al bárbaro, ni el sabio al ignorante? A todos, en efecto, nos concedió Dios graciosamente la misma nobleza, al dignarse ser igualmente llamado Padre de todos.

"SANTIFICADO SEA TU NOMBRE"

Una vez, pues, que nos ha recordado el Señor esta nobleza, y el don que del cielo se nos ha hecho, y la igualdad con nuestros hermanos, y la caridad, y nos ha arrancado de la tierra, y nos ha elevado, como quien dice, a los cielos, veamos qué es lo que seguidamente nos manda pedir en nuestra oración. En verdad, esta sola palabra de Padre debiera bastar para enseñarnos toda virtud. Porque quien ha dado a Dios este nombre de Padre y le ha llamado Padre común de todos, justo fuera que se mostrara tal en su manera de vida, que no desdijera de tan alta nobleza y que su fervor corriera parejas con la grandeza del don recibido. Pero no se contentó el Señor con eso, sino que añade otra petición, diciendo: *Santificado sea tu nombre*. Petición digna de quien ha llamado a Dios Padre: no pedir nada antes que la gloria de Dios, tenerlo todo por secundario en comparación con su alabanza. Porque "santificado sea" vale tanto como "glorificado sea". Cierto que Dios tiene su propia gloria cumplida y que además permanece para siempre. Sin embargo, Cristo nos manda pedir en la oración que sea también glorificado por nuestra vida. Que es lo mismo que antes había dicho: *Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt 5,16). Y lo mismo los serafines, que le glorificaban, decían así: *Santo, santo, santo...* (Is 6,3) Es decir, que

"santificado" vale por "glorificado". Concédenos —viene a decir el Señor— que vivamos con tal pureza, que todos te glorifiquen por nosotros. Obra de consumada sabiduría: que nuestra vida sea tan intachable en todo, que cuantos la miren refieran la gloria de ello al Señor.

"VENGA A NOS EL TU REINO"

También ésta es palabra de hijo bien nacido, que no se apega a lo visible ni tiene por cosa grande nada de lo presente, sino que se apresura por llegar a su Padre y anhela los bienes venideros. Todo lo cual sólo puede venir de una buena conciencia y de un alma desprendida de las cosas de la tierra. Esto por lo menos es lo que día a día anhelaba Pablo, y por ello decía: *Y nosotros mismos, que poseemos las primicias del espíritu, gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo* (Rom 8,22). El que tiene, en efecto, este amor, ni se deja hinchar por los bienes de esta vida, ni abatir por los males, sino que, como si viviera ya en los cielos, está igualmente libre de uno y otro extremo.

"HÁGASE TU VOLUNTAD COMO EN EL CIELO, TAMBIÉN EN LA TIERRA"

Notad la más cabal ilación en las palabras del Señor. Nos ha mandado que deseemos los bienes por venir y que apresuremos el paso en nuestro viaje hacia el cielo; mas en tanto que el viaje no termina, aun viviendo en la tierra, quiere que nos esforcemos por llevar vida del cielo. "Es preciso —nos dice— que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis de la tierra cielo y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis y digáis como si ya estuvierais en el cielo." Y esto es lo que debemos suplicar al Señor en la oración. El vivir en la tierra no es obstáculo alguno para que podamos alcanzar la perfección de las potencias del cielo. Posible es, aun permaneciendo aquí, hacerlo todo como si ya estuviéramos allí. Lo que dice, pues, el Señor es esto: "A la manera como en el cielo todo se hace sin estorbo y no se da allí el caso que los ángeles obedezcan en unas cosas y desobedezcan en otras, sino que todo lo cumplen prestamente —*porque poderosos son en fuerza*, dice el salmista, *y cumplen su mandato* (Sal 102,20) —, así concédenos a nosotros los hombres no cumplir a medias tu voluntad, sino cumplirlo todo

como

tú quieres". Y notad cómo nos enseñó aquí el Señor la humildad, al ponernos de manifiesto que la virtud no es sólo obra de nuestro esfuerzo, sino también de la gracia divina. Y juntamente también aquí nos ordenó que, aun orando cada uno particularmente, hemos de extender nuestro interés a la tierra entera, pues no dijo: "Hágase tu voluntad en mí o en nosotros" sino en todo lo descubierto de la tierra: que por dondequiera sea destruido el error y florezca la verdad, y sea desterrada toda maldad, y vuelva la virtud, y que en cuanto a la virtud no haya ya diferencia entre el cielo y la tierra. Si esto sucediera —nos viene a decir el Señor—, ya no habría diferencia entre arriba y abajo, por muy distintos que por naturaleza sean, pues la tierra produciría como otros ángeles del cielo.

"EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY"

El pan nuestro de cada día dánosle hoy. ¿Qué quiere decir: El pan de cada día? El que basta para un día. Había dicho el Señor: *Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*; pero no se olvida que habla con hombres vestidos de carne y sometidos a la necesidad de la naturaleza y que no pueden tener la misma impasibilidad de los ángeles. Los mandamientos, sí que quiere que los cumplamos como los cumplen los ángeles; pero en lo demás condesciende con la flaqueza de nuestra naturaleza. Perfección de vida —nos dice—, os exijo la misma que a los ángeles; impasibilidad, no. Porque tampoco lo consiente la tiranía de la naturaleza, que necesita del alimento ineludible. Pero advertid, os ruego, cómo hasta en lo material pone el Señor mucho de espiritual, pues no nos manda pedir en nuestra oración ni dinero, ni placeres, ni lujosos vestidos, ni cosa semejante; sólo pan, y pan de cada día, de modo que ni siquiera nos preocupemos por el de mañana. Por eso añadió: *El pan nuestro de cada día*, es decir, suficiente para el día. Y todavía no se contentó con esa palabra, sino aun añadió otra, diciendo: *Dánosle hoy*. No fatigarse, pues, más allá del día de hoy con la preocupación del de mañana. ¿A qué sufrir la preocupación de un día que no sabes si lo verás amanecer? Es lo que nos encarecerá luego más expresamente cuando nos diga: *No os preocupéis por el día de mañana* (Mt 6,34). Y es que quiere que estemos de todo punto ligeros para la marcha

y con las almas prestas, no concediendo a la naturaleza más que aquello que de estricta necesidad nos exige.

"PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES"

Luego, como sea un hecho que, aun después del baño de la regeneración, pecamos, danos también aquí el Señor una grande prueba de su amor, mandándonos que vayamos a pedir perdón de nuestros pecados al Dios misericordioso y le digamos así: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. ¡Mirad el exceso de su amor! Después de librarnos de tamaños males, después de regalarnos un don de inefable grandeza, todavía se digna concedernos el perdón nuestros pecados. Porque que esta súplica convenga a los fieles, no sólo nos lo enseñan las leyes de la Iglesia, sino el preludio mismo de la oración. Un catecúmeno, en efecto, no podía llamar Padre a Dios. Si, pues, esta oración conviene a los fieles y éstos piden que se les perdonen sus pecados, es evidente que tampoco después del bautismo se nos quita el beneficio de la penitencia. Si no hubiera sido eso lo que quiso mostrarnos tampoco nos hubiera mandado pedir perdón en la oración. Pero cuando Él nos recuerda nuestros pecados, y nos manda pedir perdón de ellos, y nos enseña la manera de alcanzarlo, y nos allana el camino para ello, es evidente que, si nos puso ley de orar así, es porque sabía, y así nos lo mostraba, que, aun después del bautismo, podíamos lavarnos de nuestras culpas. Con el recuerdo de nuestros pecados, nos persuade la humildad; al mandarnos perdonar nosotros a los demás, nos libra de todo resentimiento; con la promesa de que, a cambio de ello, Dios nos perdonará a nosotros, dilata nuestra esperanza, a la vez que nos enseña a meditar sobre la bondad inefable de Dios.

EN NUESTRA MANO ESTÁ NUESTRO JUICIO

Una cosa es menester que notemos aquí señaladamente, a saber: en cada una de las anteriores palabras y peticiones de la oración, el Señor nos ha dado como un compendio de toda virtud y, por tanto, quedaba ya eliminado todo resentimiento. Así, santificar el nombre de Dios, obra es de consumada perfección; y lo mismo

significa el cumplir su voluntad; y poder llamar Padre a Dios, señal es de vida irreprochable. En todo ello se comprendía bastantemente nuestro deber de calmar nuestra ira contra quienes nos hubieran ofendido. Sin embargo, no se contentó el Señor con eso, sino que quiso mostrarnos cuánto interés tiene en ello, y lo puso particularmente, y después de la oración, no hay mandamiento que recuerde tan frecuentemente como éste, diciendo así: *Si perdonareis vosotros a los hombres sus pecados, también a vosotros os perdonará vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt 6,14). Así, pues, en nuestras manos está el principio y de nosotros depende nuestro propio juicio. Para que nadie, por estúpido que sea, pueda reprocharle nada, ni pequeño ni grande, al ser juzgado, a ti que eres el reo, te hace dueño de la sentencia. "Como tú— te dice— te juzgares a ti mismo, así te juzgaré yo. Si tú perdonares a tu compañero, la misma gracia obtendrás tú de mí", a pesar que no hay comparación de un caso a otro. Tú perdonas porque necesitas ser perdonado; Dios te perdona sin necesitar de nada. Tú perdonas a un consiervo tuyo; Dios, a un siervo suyo. Tú, reo de mil crímenes; Dios, absolutamente impecable. Y, sin embargo, también aquí te da una prueba de su amor. Podía Él, en efecto, perdonarte sin eso todas tus culpas; pero quiere además hacerte muchos beneficios, ofreciéndote ocasiones mil de mansedumbre y amor a tus hermanos, desterrando de ti toda ferocidad, apagando tu furor y uniéndote por todos los medios con quien es un miembro tuyo.

¿Qué puedes, en efecto, replicar? ¿Que has sufrido una injusticia de parte de tu prójimo? ¡Claro! Eso es precisamente el pecado, pues, si se hubiera portado contigo justamente, no habría pecado que perdonar. Pero tú también acudes a Dios para recibir perdón, y de pecados sin duda mayores. Y aun antes del perdón, se te hace una gracia no pequeña: se te enseña a tener alma humana, se te instruye en la práctica de mansedumbre. Y, sobre todo eso, se te reserva una gran recompensa en el cielo, y es que no se te pedirá cuenta alguna de tus propios pecados. ¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si teniendo la salvación en nuestras manos, la desechamos? ¿Cómo mereceremos que se nos escuche en nuestros otros asuntos cuando en los que dependen de nosotros no tenemos consideración con nosotros mismos?

"Y NO NOS LLEVES A LA TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MALO"

Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del malo. Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por los siglos. Amén.

Aquí nos instruye claramente el Señor sobre nuestra miseria y reprime nuestra hinchazón, enseñándonos que si no hemos de rehuir los combates, tampoco hemos de saltar espontáneamente a la arena. De este modo, en efecto, nuestra victoria será más brillante, y la derrota del diablo más vergonzosa. Arrastrados a la lucha, hemos de mantenernos firmes valerosamente; no provocados, estémonos quietos a la espera del momento del combate, con lo que mostraremos a la vez nuestra falta de ambición y nuestro valor. Llama aquí el Señor malo al diablo, mandándonos, por una parte, que le declaremos guerra sin cuartel, pero dándonos, por otra, a entender que no es tal por naturaleza. La maldad, en efecto, no procede de la naturaleza, sino de la libre voluntad. Pero el diablo se llama malo por excelencia por lo extremo de su maldad. Ningún agravio le hemos hecho nosotros, y, sin embargo, nos hace una guerra implacable; por eso no dijo el Señor: "Líbranos de los malos", sino: *Líbranos del malo*. Con ello nos enseña a no guardar resquemor contra nuestro prójimo por el mal que de su parte sufrimos; contra el diablo hemos de volver todo nuestro odio, como culpable que es de todos los males.

TUYA ES LA GLORIA Y EL PODER

Ya nos ha preparado el Señor para la guerra con el recuerdo de nuestro enemigo, ya ha eliminado de nosotros toda indolencia; ahora nos anima y nuevamente levanta nuestros pensamientos al recordarnos al rey bajo cuyas órdenes luchamos, y al mostrarnos que al es más potente que todos. *Porque tuyo es* —dice— *el reino y el poder y la gloria*[41]. Luego, si suyo es el reino, a nadie hay que temer, como quiera que nadie puede enfrentarse con Él ni entrar a la parte en el mando. Porque cuando dice: *Tuyo es el reino*, muéstranos que también el enemigo que nos hace la guerra le está sometido, por más que aparentemente se le enfrente, porque así lo permite Dios temporalmente. En realidad, también él es uno de sus

[41] El temprano uso litúrgico de la oración del Señor hizo que se considerara como formando parte de ella esta doxología, que aparece ya en la *Didaché* y que pasó a algunos manuscritos del Nuevo Testamento.

siervos, aunque de los deshonrados y reprobados, y no se atrevería él jamás a atacar a ninguno de los que son siervos como él, de no recibir para ello potestad de lo alto. ¿Y qué digo para atacar a los siervos de Dios? Ni a la piara de cerdos pudo hacer nada hasta que Cristo mismo se lo permitió; ni a los rebaños de reces, menores o mayores, de Job hasta que se le dio poder y fuerza de arriba. Luego, aun cuando seas infinitamente débil, es justo que te sientas animoso, pues tienes rey tal que puede fácilmente, aun por medio de ti, llevar a cabo las más altas hazañas. *Y la gloria por los siglos. Amén.*

Porque no sólo te libra Dios de los males que te amenazan, sino que puede hacerte glorioso e ilustre. Y, en efecto el modo de su poder es mucho, su gloria es inefable, y ni uno ni otro tienen término ni saben de fin alguno. Ya veis, pues cómo por todas partes unge el Señor a sus combatientes[42] y los prepara para que entren animosamente en la pelea.

PERDONEMOS PARA SER PERDONADOS

Luego, como ya he dicho, para mostrarnos que nada reprueba y aborrece Él tanto como el resentimiento, y nada, consiguientemente, acepta tanto como la virtud opuesta a esta maldad, nuevamente, después de la oración, nos recuerda esta obra buena del perdón y, ya sea por el castigo, ya sea por el premio, induce a sus oyentes a la obediencia de este mandamiento: *Porque, si vosotros* —dice— *perdonareis a los hombres, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros; mas, si no perdonareis vosotros, tampoco El os perdonará*. Y nuevamente hace aquí Cristo mención del cielo y del Padre a fin de confundir con ello a sus oyentes, caso que, siendo hijos de tal Padre, quisieran portarse como fieras, y, estando llamados para el cielo, aun fomentaran sentimientos terrenos. Porque no hemos de ser hijos de Dios sólo por la gracia, sino también por las obras. Ahora bien, nada nos asemeja tanto a Dios como estar siempre prontos al perdón de los malos y de los que nos ofenden. Así nos lo enseñó antes el mismo Cristo, cuando nos decía del Padre que hace salir su sol sobre buenos y malos. Justamente por esto, en cada una de las peticiones nos manda que sea nuestra oración común, diciendo: *Padre nuestro*; y: *Hágase tu*

[42] Como es bien sabido, los antiguos atletas se ungían con aceite antes de entrar en combate.

voluntad, *como en el cielo, así también en la tierra*; y: *Danos el pan*; y: *Perdónanos nuestras deudas;* y: *No nos lleves a la tentación*; y: *Líbranos del malo*. Constantemente nos manda usar del número plural a fin que no quede ni rastro de ira en nosotros contra nuestro prójimo.

LARGA INVECTIVA CONTRA LOS RENCOROSOS

¿Qué castigo, pues, no merecerán aquellos que después de todo esto, no sólo no perdonan ellos, sino que invocan a Dios para que les ayude a vengarse de sus enemigos? ¡Ellos traspasan diametralmente esta ley divina, cuando Dios no deja piedra por mover para mantenernos en concordia unos con otros! Porque como sea la caridad la raíz de todos los bienes, Él elimina cuanto la perjudica y por todos los medios trata de unirnos los unos con los otros. Porque no hay nadie, no hay absolutamente nadie: ni padre, ni madre, ni amigo, ni otro cualquiera, que nos haya amado como Dios, nuestro creador. Y ese amor, manifiesto está señaladamente no sólo por los beneficios que diariamente nos hace, sino por las cosas mismas que nos manda. Y no me objetéis las penas, los dolores y calamidades de la vida. Considerad cuánto le ofendéis cada día, y ya no os admiraréis que os vengan esos males y aun mayores, sino que os maravillaréis y espantaréis que todavía pueda sucederos algún bien. Pues la verdad es que sólo miramos a las calamidades que nos sobrevienen, pero no nos fijamos en las ofensas que día a día cometemos contra Él, y de ahí es nuestro refunfuño. Con sólo que calculáramos con alguna exactitud nuestros pecados de un día nada más, nos daríamos perfecta cuenta de cuántos castigos nos hemos hecho reos. Dejando aparte cuanto cada uno haya podido faltar particularmente, yo os voy ahora a decir los pecados que hoy habéis cometido. Realmente, yo no sé en qué haya pecado cada uno de vosotros; pero hay tanta abundancia de culpas, que, aun sin saber la cuenta exacta, se puede tomar de entre ellas buena cantidad. Así, pues, ¿quién no fue hoy tibio en la oración? ¿Quién no se dejó llevar de la soberbia? ¿Quién no cayó en la vanagloria? ¿Quién no habló mal de su hermano y no admitió un mal deseo? ¿Quién no miró con ojos desenvueltos? ¿Quién no se acordó con pasión de su enemigo y dejó que se le hinchara el corazón? Si, pues, estando en la iglesia y en tan breve tiempo, nos hemos hecho reos de tantas

culpas, ¿qué será cuando de aquí salgamos? Si en el puerto nos asaltan tantas olas, ¿qué será cuando salgamos al Euripo[43], a ese revuelto mar de pecados como son la plaza pública, los negocios políticos y las preocupaciones familiares? ¿Es que podremos al menos reconocernos a nosotros mismos? Sin embargo, para librarnos de tantos y tales pecados, Dios nos da un camino breve y fácil y que no ha de costarnos ningún trabajo. ¿Qué trabajo cuesta perdonar al que nos han ofendido? El trabajo está más bien en no perdonar y retener dentro de sí el odio. Porque verse uno libre de ese furor, produce una gran dilatación y es cosa bien hacedera para el que quiere.

MALDAD DE LOS QUE PIDEN A DIOS VENGANZA DE SUS ENEMIGOS

No hay, en efecto, que atravesar el alto mar, ni emprender un largo viaje, ni subirse a las cimas de los montes, ni gastar dinero, ni extenuar el cuerpo. Basta querer, y todos los pecados quedan deshechos.

Mas, si no sólo no perdonas por tu parte, sino que suplicas a Dios contra tu enemigo, ¿qué esperanza te queda ya de salvación? Porque cuando es momento de aplacar a Dios, le irritas más, y presentándote ante Él con gesto suplicante, lanzas aullidos de fiera. En todo eso no haces sino disparar contra ti mismo los dardos del maligno. Por eso, Pablo mismo, cuando recuerda la oración, nada encarece tanto como la guarda de este mandamiento: *Levantando* —dice— *unas manos santas, sin ira ni disensión* (1 Tim 2,8). Pues, si en el momento en que tú mismo necesitas misericordia no mitigas tu ira, sino que la enciendes más, y eso sabiendo conscientemente que a ti mismo te clavas la espada, ¿cuándo esperas llegar a ser hombre que ame a los hombres y a escupir el veneno de esa maldad del resentimiento?

Pero, si todavía no hubieras comprendido la grandeza de ese absurdo, imagina que la cosa sucede entre hombres, y verás la enormidad de tu insolencia. Suponte que se te acerca uno a ti —que al cabo eres un hombre— pidiéndote misericordia. Si cuando está aún postrado en tierra ve a su enemigo y, dejando de suplicarte, se pone a golpearle, ¿no es así que tu ira contra él

[43] El Euripo es el estrecho entre Eubea y Beocia, famoso por la agitación de sus olas, hasta el punto de venir a ser sinónimo de mar revuelto.

subiría de punto? Pues piensa que eso mismo sucede con Dios. Porque tú también estás suplicando a Dios, y de pronto dejando sus súplicas, te pones a golpear de palabra a tu enemigo y quebrantas insolentemente las leyes del mismo Dios, invocando contra los que te han ofendido al mismo que te puso la ley de desechar toda la ira contra ellos; es decir, que le pides que obre contra lo que Él mismo mandó. ¿No basta acaso para razón de castigo el que tú traspases la ley de Dios, que le ruegas que haga también Él lo mismo? ¿Es que se olvidó, por ventura, de sus órdenes? ¿Es que fue, acaso, un hombre quien esto nos dijo? No, fue Dios, que todo lo sabe y que quiere que todas sus leyes se guarden con toda puntualidad. Y está El tan lejos de hacer lo que le pides, que antes bien a ti, que eso dices y sólo porque lo dices, te rechaza y te aborrece y te ha de imponer supremo castigo. ¿Cómo, pues, pretendes alcanzar de Él aquello mismo que con tanto encarecimiento te manda apartarte?

Sin embargo, hay algunos que han llegado a punto tal de irracionalidad, que no sólo imprecan a sus enemigos, sino que maldicen a sus hijos y, si en su mano estuviera, quisieran comérselos vivos, y, a decir verdad, se los comen. Porque no me vengas con que no has clavado tus dientes en el cuerpo de tu ofensor, pues has hecho algo peor, por lo menos en cuanto de ti dependió: has pedido que descargara sobre él la ira del cielo, que fuera entregado a suplicio eterno, que pereciera juntamente con toda la familia. ¿Hay dentelladas más fieras que ésas? ¿Hay dardos más amargos? No fue, por cierto, Cristo quien te enseñó eso; no te mandó El que mancharas así tu boca en sangre. En verdad, esas lenguas son más horribles que las bocas mancilladas de sangre humana. ¿Y cómo, pues, vas a abrazar a tu hermano? ¿Cómo tomarás parte en el sacrificio?[44] ¿Cómo gustarás la sangre del Señor, llevando tal veneno dentro de tu alma? En efecto, cuando dices: "Hazle pedazos, trastorna su casa, destrúyeselo todo", en nada te diferencias de un asesino o, por mejor decir, de una fiera voraz.

LA REVERENCIA EN EL TEMPLO DE DIOS

Pongamos, pues, término a esta pestilencia y locura y mostremos

---

[44] Alusión al beso de paz y abrazo litúrgico que toda la comunidad cristiana se daba antes de la participación de Eucaristía.

para con aquellos que nos han ofendido aquella benevolencia que el Señor nos mandó para hacernos semejantes a nuestro Padre, que está en los cielos. Y lo pondremos, sin duda, con sólo que nos acordemos de nuestros propios pecados, con sólo que cuidadosamente examinemos cuanto nosotros hemos faltado, interior y exteriormente, en la pública plaza como en la iglesia. Porque, si no por otra causa, a lo menos por la poca reverencia que en la iglesia tenemos, ya merecíamos el último castigo. En efecto, mientras los profetas cantan, los apóstoles entonan himnos y Dios mismo nos habla, nosotros andamos errantes por allá fuera y nos traemos aquí todo el tumulto de los negocios seculares. Ni siquiera tributamos a las leyes de Dios tanta quietud, como silencio guardan los espectadores de los teatros, cuando en ellos se leen las letras del emperador. Cuando allí se leen esas letras, todos: cónsules, prefectos, senado y pueblo, se ponen en pie y escuchan la lectura en el más profundo silencio. Y si entonces, en medio de ese silencio profundo, saltara uno de pronto al medio y se pusiera a lanzar gritos, se le castigaría con la última pena come reo de lesa majestad. Aquí, sin embargo, donde se leen letras que nos han venido del cielo, no hay más que alboroto por todas partes. Y, sin embargo, quien nos ha mandado estas letras es mucho más que el emperador de la tierra y más augusto el teatro en que se leen. Pues no se compone sólo de hombres, sino también de ángeles. Los cantos, en fin, de victoria que esas letras anuncian son más solemnes que cuantos se entonan en la tierra. Por eso se nos manda entonarlos o corearlos no sólo a los hombres, sino también a los ángeles, y arcángeles, y a los ejércitos de los cielos y a cuantos moran en la tierra: *Bendecid al Señor* —dice la Escritura— *todas sus obras* (Salmo 102,22). Y ciertamente que no son pequeñas las obras que Él ha hecho, sino que sobrepasan todo razonamiento, y toda inteligencia, y toda mente humana. Y éstas son las que cada día pregonan los profetas celebrando, cada uno a su modo, este brillante trofeo. Uno dice: *Subiste a lo alto y te llevaste cautiva a la cautividad y recibiste dones entre los hombres* (Salmo 67,19; Ef 4,8). Y: *El Señor es fuerte y poderoso en la guerra* (Salmo 23,8). Otro dice: *Él repartirá los despojos de los fuertes* (Is 53,12). Porque Él vino para pregonar la libertad a los cautivos, y la recuperación de la vista a los ciegos. Y, entonando el himno de victoria sobre la muerte, dice Pablo: *¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿Dónde está, ¡oh infierno!, tu aguijón?* (1 Cor

15,55). Otro, a su vez, dando la buena nueva de la más profunda paz, decía: *Fundirán sus espadas para arados, y sus lanzas para hoces* (Is 2,4; Joel 3,10). Y otro clama a Jerusalén y le dice: *Regocíjate sobremanera, hija de Sión, porque mira que tu rey viene a ti manso, montado sobre animal de yugo, sobre un pollino joven* (Zac 9,9). Otro anuncia la segunda venida del Señor, diciendo así: *Vendrá el Señor, a quien vosotros buscáis. ¿Y quién resistirá el día de su entrada? Saltad como novilla los sueltos de las trabas* (Mal 3,1-2;4,2). Otro, finalmente, como espantado de tantas maravillas, decía: *Este es nuestro Dios; nadie podrá compararse con Él* (Bar 6,36).

CONCLUYE LA INVECTIVA CONTRA LOS RENCOROSOS

Y, sin embargo, mientras todo esto y mucho más se está diciendo, cuando debiéramos estremecernos y no considerarnos ya sobre la tierra, alborotamos como si estuviéramos en medio de la plaza, turbamos a los demás, charlamos de lo que no nos importa, y así se nos pasa el tiempo que nos reunimos en la iglesia. Ahora bien, si somos tan tibios en lo grande como en lo pequeño, en el oír como en el obrar, dentro como fuera de la iglesia; si encima de todo eso añadimos nuestra imprecación contra nuestros enemigos, ¿qué esperanza tendremos de salvación? ¡Nosotros, que a tamaños pecados añadimos otro más grave y que pesa por todos: la inicua oración contra los enemigos!

NO MARAVILLARNOS DE QUE NOS SUCEDAN DESGRACIAS

¿Es, pues, justo maravillarse que nos suceda algo inesperado y doloroso, cuando debiéramos maravillarnos que no nos suceda? Lo primero es lo natural; lo otro sale de toda razón y de cuanto pudiera esperarse. Fuera, en efecto, está de toda razón que quienes son enemigos de Dios y le ofenden continuamente, todavía gocen del sol y de las lluvias y de todo lo demás; unos hombres que vencen en crueldad a las fieras, que se levantan unos contra otros, que ensangrientan sus lenguas con dentelladas a sus prójimos, y todo ello después de tomar parte en la mesa espiritual, después de tantos beneficios, después de mandamientos incontables.

EXHORTACIÓN FINAL: VOMITEMOS EL VENENO DEL RENCOR

Considerando todo esto, vomitemos el veneno del rencor, acabemos con las enemistades y hagamos las oraciones que dicen con nosotros. En lugar de la fiereza de los demonios, revistámonos de la mansedumbre de los ángeles. Y en cualesquiera agravios que se nos hicieren, pensemos en nosotros mismos y en la paga que por el cumplimiento de este mandamiento nos espera, y mitiguemos así nuestra ira; reprimamos las olas de nuestro ánimo, con lo que no sólo atravesaremos sin sobresalto la presente vida, sino que, a la hora de salir de ella, hallaremos al Señor tal como nosotros hayamos sido con nuestros hermanos. Mas, si esto nos parece pesado y desagradable, hagámoslo ligero y agradable abriendo de par en par las puertas de nuestra confianza en Dios. Lo que no pudimos lograr apartándonos nosotros de los pecados, logrémoslo por la mansedumbre para con aquellos que pecaron contra nosotros. Esto no es ciertamente ni pesado ni desagradable; pues, a la vez que hacemos un beneficio a nuestros enemigos, nos preparamos de antemano para nosotros una gran misericordia. De este modo, todos nos amarán en la presente vida, y antes que todos nos amará Dios, y nos coronará, y nos hará merecedores de los bienes venideros, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 20

Pero cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas. Porque desfiguran sus rostros a fin que los hombres vean que ayunan (Mt 6,16ss).

HAY QUIENES DEJAN ATRÁS A LOS HIPÓCRITAS

Lugar fuera éste para lanzar grandes gemidos y lamentarse amargamente, pues no sólo imitamos a los hipócritas, sino que los dejamos muy atrás. Yo sé de muchos que no sólo ayunan y hacen ostentación de ello, sino de otros que no ayunan y lo aparentan. Y luego nos presentan una defensa de su conducta que es peor que su pecado: "Lo hago así —dicen— para no dar escándalo a los demás". ¿Qué dices? ¿Conque la ley divina manda el ayuno y tú

nos hablas de escándalo? ¿Conque piensas que das escándalo guardándola y que no hay escándalo alguno en quebrantarla? ¿Puede haber nada peor que semejante excusa? Cesa, por Dios, de ser peor que los mismos hipócritas, cesa de practicar una doble hipocresía. Y, considerando el exceso de esta maldad, ¿no te avergüenzas de la viveza con que el Señor la reprende? Porque no dijo simplemente que son hipócritas y que fingen, sino que para asestarles más fuerte golpe añade que desfiguran sus rostros, es decir, que se los destruyen, que se los echan a perder. Mas, si aparecer pálidos por vanagloria es un desfiguramiento del rostro, ¿qué diremos de las mujeres que a fuerza de afeites y coloretes desfiguran sus caras para perdición de jóvenes deshonestos? Pues aquéllos, al cabo, a sí solos se hacen daño; pero éstas, a sí mismas y a los que las miran. Por lo cual de uno y otro mal hay que huir a todo trance, pues el Señor no nos mandó sólo evitar la ostentación, sino esforzarnos en vivir ocultos. Lo mismo que Él había hecho antes. Y notad que, hablando de la limosna, no nos mandó absolutamente ocultarla. Nos dijo, sí: Mirad no hagáis vuestra limosna delante de los hombres; pero añadió: con el fin de ser vistos por ellos; mas en el ayuno y la oración no puso esa distinción. ¿Por qué? Porque la limosna no es posible ocultarla del todo, pero la oración y el ayuno, sí.

CÓMO HA DE ENTENDERSE LO DE UNGIRSE CON PERFUMES CUANDO SE AYUNA

Ahora bien, a la manera que al decir anteriormente: *No sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha*, no hablaba el Señor propiamente de las manos, sino del cuidado que hemos de poner en ocultarnos a todos; y cuando nos mandó entrar en nuestra recámara no nos puso ley que allí absolutamente, ni siquiera principalmente, debiéramos hacer oración, sino que vino a decir lo mismo de otro modo; así aquí, al mandarnos que nos unjamos o perfumemos la cabeza, no nos puso ley que de todo punto nos perfumemos materialmente, pues en ese caso todos nos encontraríamos entre los transgresores de la ley, y antes que nadie aquellos precisamente que más a pecho han tomado su cumplimiento: los ejércitos de solitarios que moran en los montes. No fue, por tanto, eso lo que Cristo ordenó, sino que, como era

costumbre de los antiguos perfumarse continuamente en ocasiones de alegría y regocijo —cosa que puede muy bien verse en David y Daniel—, dijo el Señor que nos ungiéramos y perfumáramos, no porque material y absolutamente lo hiciéramos, sino porque a todo trance tratáramos de ocultar ese tesoro. Para daros cuenta que así es, notad que lo mismo que nos enseñó de palabra, nos lo había antes mostrado de obra. Porque, habiendo ayunado por espacio de cuarenta días —un ayuno de perfecto ocultamiento—, no sabemos que se ungiera ni se lavara; y no por eso estuvo menos absolutamente ajeno a toda vanagloria. Que es estrictamente lo que a nosotros nos manda; y, si nos pone delante a los hipócritas, es que quiere apartarnos de ese vicio por doble precepto.

LA FARSA DEL HIPÓCRITA TERMINA PRONTO

Otra cosa además quiso darnos a entender el Señor al usar aquí de esta palabra de hipócritas, es decir, farsantes. Es que quiere apartarnos de este mal deseo, no sólo porque la cosa en sí es ridiculez pura; no sólo porque tiene aparejado castigo extremo, sino porque se trata de un engaño muy pasajero. El farsante, en efecto, sólo se nos presenta magnifico mientras dura la representación del teatro; o, por mejor decir, ni aun durante la representación puede engañar a todos, pues la mayor parte de los espectadores saben quién es el que representa cada papel. Pero en todo caso, terminada la función, la cosa aparece patente para todo el mundo. Lo mismo necesariamente ha de pasarles a los vanidosos. Ya en este mundo es patente para la mayor parte que no son lo que aparentan, sino que llevan solamente una careta; pero mucho más serán cogidos y quedarán convictos más tarde, cuando todo aparezca desnudo y descubierto.

IMITEMOS A LOS ATLETAS DEL ESTADIO

De otro modo quiere el Señor apartarnos de los hipócritas: mostrándonos cuán ligero es lo que nos manda. Porque no nos manda que prolonguemos el ayuno ni que aumentemos su rigor, sino que nos asegura la corona que por él hemos de merecer. De manera que lo que parece tener el ayuno de pesado, nos es común con los hipócritas, pues también éstos ayunan; en cambio, lo que

es más ligero, lo que es propio sólo de nosotros, es decir, que después de trabajar no perdamos la recompensa, eso es—parece decirnos el Señor— lo que yo os mando. Nada añade a los trabajos, sino que nos guarda la paga con toda seguridad y no consiente que salgamos sin corona del combate, como aquéllos. Los hipócritas no quieren imitar siquiera a los atletas de los juegos olímpicos. Estos, por más que los estén mirando tan ingente muchedumbre y muchos hombres principales, sólo a uno pretenden agradar: al juez que ha de decretarles la victoria, por inferior que sea a los otros en nobleza. Tú, sin embargo, que tienes doblado motivo para mostrarte sólo a Dios: primero, porque Él es el juez que ha de decretar tu victoria, y segundo, porque Él sobrepasa incomparablemente a todos los otros, espectadores del teatro, haces alarde de tus obras ante los otros, que no sólo no pueden en nada aprovecharte, sino que te acarrearán los mayores daños.

EL VANIDOSO NO PRACTICA LA VIRTUD POR LA VIRTUD

Sin embargo, dice el Señor, ni aun esto te lo quiero negar. Tú quieres mostrarte ante los hombres. Espera un poco, y también esto te lo procuraré yo con creces y con mucho provecho tuyo. Ahora esa ambición te aparta de la gloria que a mí se me debe, a la manera que el desprecio de toda vanagloria te une más estrechamente conmigo; luego, sin embargo, gozarás de todo eso sin temor alguno. Y aun en esta vida no será pequeño el fruto que saques: pisotearás toda opinión humana, te verás libre de la dura esclavitud de los hombres y serás auténtico obrador de la virtud. Así como ahora, con esa disposición de tu alma, con tu amor a la vanagloria, si vives en un yermo, yermo estarás tú de toda virtud, pues no tendrás espectadores de ella. Lo cual, por otra parte, es un agravio a la virtud, pues no la practicas por amor de ella misma, sino por un cordelero, por un herrero o por otro cualquiera del infinito vulgo rebañego. Practicas, en fin, la virtud para que te admiren los malvados y los que están a cien leguas de ella, y convocas a sus mismos enemigos a que en ti la miren y contemplen. Tanto valdría que uno se abrazara con la templanza o castidad, no por la belleza de la castidad misma, sino para ser admirado de los rufianes. Tú, pues, no hubieras abrazado la virtud, a no ser por los enemigos de la virtud. Cierto que es ella admirable, pues aun sus

enemigos no pueden menos de alabarla; pero hay que admirarla como se debe, no por motivo de otros, sino por ella misma; nosotros mismos, si somos amados no por razón de nosotros mismos, sino por otros, lo tomamos a agravio. Pues aplica eso mismo a la virtud y no la sigas por los otros. No obedezcas a Dios por amor a los hombres, sino a los hombres por amor a Dios. Porque, si haces lo contrario, aun cuando aparentemente practiques la virtud, le ofendes lo mismo que los que no la practican. Éstos le desobedecen por no hacer lo que les manda; tú por hacerlo de modo indebido.

AMOR A LA POBREZA Y DESPRECIO DE LA RIQUEZA

No atesoréis para vosotros tesoros sobre la tierra. Curada ya la enfermedad de la vanagloria, muy oportunamente habla ahora el Señor sobre la pobreza. Nada, en efecto, hace amar tanto el dinero como esta pasión de la vanagloria. Ésta es la que hace a los hombres soñar en los rebaños de esclavos, en los enjambres de eunucos, en los caballos de arreos de oro, en las mesas de plata y en mil otras cosas aún más ridículas, no para satisfacer una necesidad, ni siquiera para gozar de un placer, sino sólo para ostentación ante los demás.

Ahora bien, anteriormente sólo nos haba dicho el Señor que hay que dar limosna; aquí nos marca ya en qué cuantía haya que darla, diciendo: *No atesoréis...* Y es que, como no era posible hablar de golpe desde el principio sobre el desprecio de la riqueza, dada la tiranía de esta pasión, va repartiendo poco a poco su doctrina, y cuando ya los ha liberado de aquélla, la introduce en la mente de sus oyentes. Así les resulta más aceptable. De ahí que primeramente dijera: *Bienaventurados los misericordiosos*. Luego: *Procura avenirte con tu contrario*. Y después nuevamente: *Si alguno quiere contender contigo en juicio para quitarte la túnica, dale también el manto*. Aquí, sin embargo, nos dice algo más grande que todo esto. Porque antes nos vino a decir: Si ves que te amenaza pleito, haz eso, porque más vale no tener sin pleito que tener con pleito. Pero aquí ya no menciona ni al adversario, ni el juicio, ni cosa semejante, sino que nos enseña el desprecio de la riqueza de sí y ante sí, con lo que nos da a entender que pone la ley de la limosna no tanto en interés de quienes la reciben cuanto

de quien la da. Es decir, que, aun cuando nadie nos agravie ni nos lleve a los tribunales, aun así menospreciemos lo que tenemos y lo demos a los necesitados.

Pero ni aun aquí puso de golpe toda su enseñanza, sino que procedió poco a poco, a pesar que Él mismo había mostrado sobradamente en el desierto cómo hay que combatir estos combates. Sin embargo, no alude a ello ni lo saca a relucir, pues no era aún el momento de hacer esa revelación. Ahora se contenta con sondear sus pensamientos, y en lo que dice, más bien hace veces de consejero que de legislador. Habiendo dicho en efecto: *No atesoréis sobre la tierra*, añade ahora: *Donde la polilla y el orín los consumen, y donde los ladrones horadan y roban*. De momento se contenta el Señor con hacernos ver el daño de los tesoros de la tierra y la ventaja que les llevan los del cielo. Y no se para ahí. Otra enseñanza tiene aún que darnos y, ante todo, por lo mismo que temen los hombres el dar, por ahí los incita a que den. "¿Qué es lo que teméis, parece decirnos? ¿Que dando limosna vais a consumir toda vuestra hacienda? Pues dad limosna y nunca se consumirá. Y aun os digo más: No sólo no se consumirá, sino que se acrecentará, pues se le añadirán las riquezas del cielo". Pero de momento, nada de esto dice, sino que lo reserva para después.

De momento, sólo les aduce lo que podía señaladamente atraerlos, a saber, que sus tesoros permanecerían intactos, y por uno y otro lado trata de animarlos. Porque no dijo solamente: "Si dieres limosna, se te guarda lo que tienes", sino que amenazó con lo contrario: "Si no dieres, lo perderás". Y notad aquí la inefable sabiduría del Señor. Porque no dijo: "Lo dejas para otros", pues muchas veces también esto es grato a los hombres. Sin embargo, también por este lado trata de espantarlos, haciéndoles ver que ni aun esto han de conseguir. Porque, aun dado caso que los hombres no nos roben, no han de faltar en absoluto quienes consuman nuestros tesoros: la polilla y la herrumbre. Y, si bien parece que este mal tiene fácil remedio, en realidad no hay modo de combatirlo y atajarlo. — ¿Pues qué? —me diréis—. ¿Es que la polilla destruye el oro? —Si no lo destruye la polilla, lo roban los ladrones. — ¿Pues qué? ¿A todos les han robado? —Si no a todos, sí a la mayor parte.

“DONDE ESTÁ TU TESORO, ALLÍ ESTÁ TU CORAZÓN”

Por eso, como antes he dicho, añade el Señor otra razón, diciendo: *Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón*. Como si nos dijera: Aun cuando nada de lo dicho sucediere, no será menguado el daño que vas a sufrir, clavado que quedarás a lo terreno, hecho de libre esclavo, desterrado del cielo e incapaz de tener pensamientos elevados. Todo será dinero, interés, préstamos, ganancias y viles negocios. ¿Puede haber cosa más miserable? Un hombre así está sometido a una esclavitud más dura que la de todos los esclavos, y nada hay más triste que haber abdicado de la nobleza y libertad de hombre. Por más que se te hable, mientras tengas clavado tu pensamiento en el dinero, nada serás capaz de oír de lo que te conviene. Serás como un perro atado a un sepulcro[45]. Tu cadena —la más fuerte de las cadenas— será la tiránica pasión por el dinero: aullarás contra todos los que se te acerquen y no tendrás otro trabajo, y continuo trabajo, que el de guardar para otros lo que tienes. ¿Puede haber suerte más miserable?

Sin embargo, como esto era demasiado elevado para la inteligencia de sus oyentes y el vulgo no ve fácilmente ni el daño que de lo uno se sigue ni la ventaja que hay en lo otro —para comprender una y otra cosa hace falta sentido más filosófico—, de ahí que sólo después de aquellas sentencias evidentes puso también ésta: *Donde está el tesoro del hombre, allí está también su corazón*.

LA INTELIGENCIA, OJO DEL ALMA

Y aún aclara más el Señor su pensamiento cuando traslada su discurso de lo espiritual a lo sensible y nos dice: *La linterna de tu cuerpo es el ojo*. Con lo que nos quiere decir: "No escondas tu oro en la tierra ni otra alguna de tus riquezas, pues no haces sino amontonarlas para la polilla, el orín y los ladrones. Y, aun dado caso que logres escapar a estos daños, no escaparás a la esclavitud de tu corazón ni a quedar clavado en lo terreno. *Porque donde está tu tesoro, allí también está tu corazón*. Al modo que, si lo depositas en el cielo, no sólo tendrás un día el premio que por

[45] Se los ataba al sepulcro para guardarlo.

ello se te promete, sino ya aquí recibes la recompensa, pues vivirás como trasladado al cielo, tendrás pensamientos del cielo, te preocuparás por las cosas del cielo, pues donde pusiste tu tesoro es evidente que pusiste también tu pensamiento y tu inteligencia; así, si lo dejas en la tierra, te pasará todo lo contrario. Mas, si aún te resulta oscuro lo que te digo, oye lo que sigue: *La linterna de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará iluminado; mas, si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Ahora bien, si la luz que hay en ti son tinieblas, ¡cuánta será la oscuridad!*

Aquí traslada el Señor su discurso a cosas más sensibles. Y es que, como había hablado de la inteligencia que queda esclava y cautiva de las riquezas y esto no era fácil de comprender para muchos, pasa ahora su enseñanza a lo externo y a lo que tenían delante de los ojos a fin que por lo uno entendieran lo otro. Si no comprendéis —les dice— qué es daño de la inteligencia, entendedlo por el ejemplo de lo corporal. Porque lo que es el ojo para el cuerpo, eso es la inteligencia para el alma. Ahora bien, así como no querrías ir cargado de oro y vestir vestidos de seda a condición de estar ciego de tus ojos, sino que consideras la salud de tus ojos más preciosa que todo ese Fausto —y, en efecto, perdida la salud de los ojos, ¿de qué vale ya la vida?—; digo, pues, que así como cegados los ojos se pierde la mayor parte de la actividad de los otros miembros, pues se les ha apagado su luz; así, dañada nuestra inteligencia, nuestra vida se llenará de males infinitos. Por eso, como todo nuestro cuidado en el cuerpo es conservar sanos los ojos, así hemos de hacer en el alma con nuestra inteligencia. Mas, si ésta cegamos, que es la que da luz a los otros miembros, ¿cómo veremos en adelante? El que ciega la fuente, seca el río; así, el que destruye su inteligencia, deja en la oscuridad todas las acciones de su vida. De ahí que diga el Señor: Si la luz que hay en ti se convierte en tinieblas, ¡cuánta será la oscuridad! Si el piloto de la nave se ahoga, si la luz se apaga, si el capitán es hecho cautivo, ¿qué esperanza les queda a los que estaban a su mando?

LA PÉRDIDA DE LA INTELIGENCIA, MAL SUPREMO

Por eso deja ahora Cristo a un lado las insidias, las luchas, los

pleitos que trae consigo la riqueza (a ello, por lo demás, había anteriormente aludido cuando dijo: *Tu contrario te entregará al juez, y éste al verdugo*) (Mt 5,25). Y sólo nos habla, para apartarnos de esta desordenada codicia, de lo que absolutamente nos ha de suceder, y que es más grave que todo lo otro. Porque mucho más grave que morar en una cárcel es que sea nuestra inteligencia esclava de esta pasión. Y, por otra parte, no siempre al juicio se sigue la cárcel; mas la esclavitud de la razón es herencia forzosa de la codicia del dinero. Por eso pone esto después de aquello, como cosa más grave y que absolutamente sucede. Dios, en efecto, nos ha dado la inteligencia para que desterremos la ignorancia, nos formemos un recto juicio de las cosas y para que, armados con ella como de un escudo y de una luz contra las contrariedades y calamidades de la vida, nos mantengamos firmes en ellas; nosotros, sin embargo, traicionamos ese don de Dios por medio de cosas superfluas e insensatas. Porque ¿para qué sirven unos soldados adornados de oro cuando su general ha caído prisionero? ¿Para qué una nave muy bien engalanada cuando su piloto se ha ahogado? ¿Para qué un cuerpo muy bien compuesto cuando se le han arrancado los ojos de la cara? Tanto valdría que uno hiciera enfermar a un médico —que ha de estar él bueno para curar a los demás— y luego lo pusiera en un lecho de plata y en una habitación deslumbrante de oro. ¿Qué provecho sacaríamos de eso los enfermos? Por semejante manera, si corrompes tu razón, que es la que puede vencer tus pasiones, por más que la pongas luego junto a tus tesoros, no sólo no sacarás de ahí provecho alguno, sino que sufrirás los más graves daños, y se resentirá tu alma entera.

DIOS NOS DARÁ CON CRECES POR LA VIRTUD LO MISMO QUE BUSCAMOS POR EL VICIO

¿Veis como por lo mismo que particularmente desean los hombres el vicio, por ahí los aparta Dios de él y los conduce a la virtud? ¿Por qué —nos dice— deseáis las riquezas? ¿No es acaso por gozar del placer de la vida regalada? Pues eso es precisamente lo que no lograréis por ahí, sino todo lo contrario. Porque a la manera que, si nos sacaran los ojos, ya no gozaríamos de placer alguno ante tamaña desgracia, con mucha más razón

nos pasaría eso si se nos trastornara y cegara nuestra inteligencia. ¿Y por qué razón las escondéis bajo tierra? ¿Para tenerlas seguras? Pues también aquí vais a conseguir lo contrario —prosigue el Señor—. Recordad que también a los que ayunaban, daban limosna y hacían oración por vanagloria, trataba el Señor de llevarlos a la humildad por lo mismo que ellos pretendían con la vanagloria. ¿Por qué razón —les decía— oras así y así das limosna? ¿No es para alcanzar gloria de los hombres? Pues no ores así y la alcanzarás en el día que ha de venir. Así también aquí al avaro, por lo mismo que en tanto empeño procura, trata de apartarle de la avaricia. ¿Qué es lo que quieres —parece decirle— al guardar tu dinero? ¿Regalo, honra, placer? Todo eso te lo procuraré yo con creces si depositas tu oro donde te mando.

LA RIQUEZA HACE A LOS HOMBRES, ADEMÁS DE CIEGOS, COBARDES

En verdad, más claramente nos mostró el Señor el daño que de las riquezas viene a la inteligencia cuando más adelante las comparó con las espinas; sin embargo, no fue como quiera lo que ya aquí nos dio a entender al mostrarnos cómo vive entre tinieblas el que sufre esta locura. Ahora bien, a la manera que los que están entre tinieblas no distinguen nada con claridad, y una cuerda que vean se imaginan ser una serpiente; y, si ven montes o barrancos, se mueren de miedo; así estos locos del dinero sospechan de lo que ningún miedo infunde a los que miran con ojos sanos. Y, efectivamente, tiemblan de la pobreza; y no sólo de la pobreza, sino del más leve daño que sufran. Y es así que una ligera pérdida que tengan en su fortuna la sienten y lloran más que aquellos que no tienen ni con qué comer. El hecho es que muchos de estos ricos se han echado una soga al cuello por no ser capaces de sufrir una contrariedad de ésas. Y lo mismo digamos de una injuria, de una calumnia que se les levante. Todo se les hace tan insufrible, que muchos se han quitado también por ese motivo la vida. La riqueza, en efecto, los hizo débiles para todo, excepto para servirla a ella misma. Y es así que, cuando ésta manda que se la sirva, sus esclavos se atreven a todo: a asesinar, a azotar, a injuriar, a pasar por cualquier vergüenza. ¡Miseria suprema! ¡Mostrarse los más débiles del mundo en aquellos trances en que había que portarse como sabios, y los más desvergonzados, los más insolentes,

donde habría que tener más temor de Dios! Les pasa a éstos lo que pasaría a quien hubiera despilfarrado su fortuna en superfluidades. Ese tal, venido el momento de gastar en lo necesario, al no tener ya nada que disponer, se verá en irremediable miseria, por haber torpemente consumido cuanto tenía.

AVARO ES UN FUNÁMBULO

Son estos esclavos de la riqueza como esos funámbulos que en la escena ejercitan sus malas artes, y allí pasan por cosas extrañas y peligrosas; pero en los asuntos útiles y serios de la vida se muestran la gente más ridícula. Y así, los que tanto valor ostentan andando sobre cuerda tendida, cuando un trance necesario exige audacia y valor, no son capaces de imaginarse ni soportar nada semejante. Exactamente como los ricos: capaces de romper por todo por amor del dinero, nada, ni chico ni grande, soportan por vivir filosóficamente. Y como aquellos funámbulos llevan entre manos una cosa peligrosa y sin provecho, así estos ricachos se exponen a mil peligros y precipicios, sin llegar a término alguno provechoso. Dobles tinieblas más bien soportan: la ceguera en que viven por el trastorno de su inteligencia y la oscuridad que los envuelve por el engaño de sus preocupaciones. Por lo cual no es fácil que lleguen jamás a ver con claridad. Porque el que está simplemente a oscuras, apenas sale el sol, se ve libre de la oscuridad; pero el que ha perdido la vista, no ve ni cuando sale el sol. Justamente lo que a éstos acontece: ni aun brillando el sol de justicia ven, ni exhortándolos Dios mismo escuchan, pues la riqueza les ha cerrado los ojos. Son las dobles tinieblas que sufren: unas que vienen de ellos mismos; otras, de no atender a su maestro.

ATENDAMOS A CRISTO PARA LIBRARNOS DE LA CODICIA

Atendámosle, pues, cuidadosamente nosotros, para que, aunque sea tarde, recobremos la vista. — ¿Y cómo es posible que la recobremos? —Dándoos cuenta de cómo quedasteis ciegos. ¿Cómo, pues, quedasteis ciegos? Por la desordenada codicia. Como un humor malo que se hubiera derramado sobre la pupila, limpia antes, de tu ojo; así el amor del dinero esparció una densa nube sobre tu alma. Sin embargo, fácil es disipar y rasgar esa

nube, con tal que queramos recibir la luz de la enseñanza de Cristo, y queramos escucharle cuando nos exhorta y dice: *No atesoréis para vosotros tesoros sobre la tierra*. Pero ¿qué provecho saco —me dirás— de escucharle, si me hallo dominado por la codicia? Muy grande, ciertamente, pues el oírle continuamente puede matar la codicia misma. Mas, si todavía continúas dominado, considera que eso ya no puede ni llamarse codicia, Porque, ¿qué codicia se puede tener de vivir en dura servidumbre, estar sometido a una tiranía, andar por doquier cargado de cadenas, morar entre tinieblas, estar lleno de turbación, soportar trabajos sin provecho y guardar para otros el dinero, y muchas veces para tus mismos enemigos? ¿Merece todo eso que se lo codicie y no más bien que se huya de ello más que a la carrera? ¿Quién tendrá ganas de depositar un tesoro entre ladrones? Porque, si a pesar de todo codicias dinero, deposítalo donde realmente pueda estar seguro y sin menoscabo. Lo que ahora haces no es de quien busca dinero, sino esclavitud, y pérdida, y daño, y dolor continuo. Si un hombre te enseñara en la tierra un lugar absolutamente inviolable, prometiéndote seguridad para la guarda de tu dinero, aunque te condujera hasta el desierto, no vacilarías ni retrocederías, sino que le creerías y allí dejarías tu dinero; mas cuando es Dios, no un hombre, quien te lo promete y te propone no el desierto, sino el cielo, tú echas por el camino contrario. Sin embargo, por muy seguro que aquí abajo lo tengas, jamás podrás verte libre de preocupación. Aunque no lo pierdas, siempre estarás preocupado que lo puedes perder. Nada de eso sufrirás si lo pones en el cielo, y, lo que es más, que no sólo escondes tu oro, sino que lo plantas. Un tesoro es una semilla, y en dos aspectos, más que una semilla. Primero, porque una semilla no dura siempre; mas el tesoro permanece continuamente. Luego, porque el tesoro de la tierra no retoña, mas el del cielo produce frutos inmortales. Mas, si me objetas el tiempo y el largo plazo de la recompensa, yo puedo contestarte cuánto recibes ya en esta vida; mas, aparte de eso, por las mismas cosas temporales, trataré de demostrarte cuán vano es ese pretexto.

NO CABE OBJETAR EL LARGO PLAZO DE LA RECOMPENSA: EL FIN DEL MUNDO ESTÁ CERCA

Efectivamente, aun en la presente vida, preparáis muchas cosas que no habéis de gozar personalmente. Y, si alguien te lo echa en cara, con poner por delante a tus hijos y a los hijos de tus hijos, ya crees haber hallado consuelo bastante de tus superfluos trabajos. Así, cuando en vuestra extrema vejez os ponéis a construir espléndidas casas que ni habéis de ver terminadas; cuando plantáis árboles que sólo tras largos años han de dar fruto; cuando compráis fincas y heredades cuyo dominio sólo te ha de venir después de mucho tiempo; cuando, en fin, te entregas a mil afanes semejantes de cuyos frutos no has de gozar, ¿es que haces todo eso por amor de ti mismo o por los que después de ti han de venir? ¿Cómo no calificar, pues, de locura extrema que aquí no nos inquiete para nada la espera, siendo así que de ella se sigue la pérdida de toda la paga de nuestros trabajos? Para el cielo, sin embargo, esa espera nos detiene, cuando ella acrecienta nuestra ganancia y no guardamos los bienes para otros, sino que nos los llevamos con nosotros mismos.

Mas, aparte de esto, tampoco el plazo puede ser muy largo. La eternidad está llamando a nuestras puertas, y no sabemos si en nuestro tiempo terminarán todas las cosas y vendrá aquel día de espanto que nos pondrá delante el tribunal terrible e insobornable. En verdad, la mayor parte de los signos ya se han cumplido: el Evangelio se ha predicado ya por toda la tierra, ya han sucedido las guerras, hambres y terremotos, y no puede ser mucha la tardanza. ¿Me contestarás que tú no ves esos signos? Pues ése es el signo mayor. Tampoco los contemporáneos de Noé vieron los preludios de aquella ruina universal, sino que mientras se divertían, comían, se casaban y se entregaban a sus ordinarios menesteres fueron arrebatados por aquel espantoso castigo de Dios. Y lo mismo los habitantes de Sodoma: entre sus placeres, sin que sospecharan nada de lo que les sucedía, fueron abrasados por los rayos disparados desde el cielo.

EXHORTACIÓN FINAL: ESTEMOS PREPARADOS

Consideremos, pues, todo esto y tratemos de preparar nuestro viaje de este al otro mundo. Porque, aun suponiendo que el día de

la universal consumación no esté próximo todavía, el fin de cada uno, lo mismo si es viejo que joven, sí que está ya a la puerta. Y, una vez hayamos salido de este mundo, ya no hay modo de comprar aceite[46], ni obtener, por mucho que roguemos, el perdón, así intercedieran por nosotros Abrahán, Noé, Job y Daniel. Mientras tenemos, pues, tiempo, adquirámonos motivos de grande confianza, reunamos aceite abundante, traslademos todo lo nuestro al cielo, para que, en el momento oportuno y cuando más necesidad tengamos, podamos gozar de todo ello por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 21

Nadie puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y despreciará al otro (Mt 6,24ss).

EL AMOR DE LAS RIQUEZAS NOS APARTA DEL SERVICIO DE CRISTO

Mirad cómo paso a paso va Cristo apartándonos de las riquezas y todavía prosigue más ampliamente su discurso sobre la pobreza y quiere derribar hasta el suelo la tiranía de la avaricia. Porque no se contentó con lo que antes había dicho con ser ello tanto y tan grande, sino que añade ahora otras razones más espantosas. ¿Qué cosa, en efecto, de más espanto que lo que ahora se nos dice, a saber, que por las riquezas nos exponemos a dejar el servicio del mismo Cristo? ¿Y qué cosa más apetecible que alcanzar, si las despreciamos, una perfecta amistad y caridad para con Él? Y, en efecto, lo que siempre os estoy diciendo, eso mismo os repetiré ahora, y es que por dos medios incita el Señor a sus oyentes. Por el provecho y por el daño, imitando en ello al hábil médico, que le hace ver al enfermo cómo la desobediencia a sus mandatos le acarrea enfermedad, y la obediencia salud. Mirad, sino, cómo nuevamente nos pone ante los ojos este provecho y cómo nos insinúa la conveniencia de desprendernos de lo que pudiera serle contrario. Porque no os daña sólo la riqueza —parece decirnos—, porque arma a los ladrones contra vosotros; no sólo porque entenebrece de todo en todo vuestra inteligencia, sino

[46] Alusión a las vírgenes necias (Mt 25,1)

también porque os aparta del servicio de Dios y os hace esclavos de las cosas insensibles. De doble manera os perjudica: haciéndoos esclavos de lo que debierais ser señores y apartándoos del servicio de Dios, a quien por encima de todo es menester que sirváis. Lo mismo que anteriormente nos había el Señor indicado un doble daño: primero, poner nuestros tesoros donde la polilla los destruye, y luego no ponerlos donde la custodia sería inviolable; así nos señala también aquí el doble perjuicio que de la riqueza nos viene: apartarnos de Dios y someternos a Mammón.

"NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES"

Sin embargo, no lo plantea así de pronto, sino que va preparando el camino por medio de razonamientos generales, diciendo: *Nadie puede servir a dos señores*... Dos se entiende que manden lo contrario uno del otro, pues en otro caso ni siquiera pudieran llamarse dos. *Y es así que la muchedumbre de los creyentes tenían un solo corazón y una sola almas*. Las personas eran diversas; pero la concordia había hecho de muchos uno. Luego, explicando su pensamiento, prosigue: No sólo no le servirá, sino que le aborrecerá y se apartará de él: *Porque o aborrecerá al uno* —dice— *y amará al otro, o estimará al uno y despreciará al otro*. Parece como si aquí hubiera dicho el Señor dos veces la misma cosa. Sin embargo, no sin motivo unió así una y otra parte de su sentencia, sino para mostrarnos lo fácil que es la conversión en mejor. Para que no puedas decir: "Me hice esclavo una vez para siempre, me dominó la tiranía del dinero", Cristo te muestra que la conversión es posible, y como se pasa del amor al odio, así puede pasarse del odio al amor. Una vez, pues, que hubo hablado de modo general, a fin de persuadir a sus oyentes a que fueran jueces imparciales y dieran sus sentencias según la naturaleza de las cosas; cuando ya los creyó de acuerdo consigo, reveló el Señor todo su pensamiento, añadiendo: *No podéis servir a Dios y a Mammón*. Horroricémonos de lo que hemos hecho decir a Cristo, de haberle obligado a poner a Dios al mismo nivel del oro. Y, si decirlo es horroroso, mucho más horroroso es que así suceda en la realidad y que prefiramos la tiranía del oro al temor de Dios.

OBJECIÓN: SANTOS DE LA ANTIGUA LEY QUE SIRVIERON A DIOS Y A LA RIQUEZA

— ¿Pues qué? —me dirás—. ¿No fue esto posible entre los antiguos? —De ninguna manera. —Entonces —me replicarás—, ¿cómo alcanzaron tanto honor Abrahán y Job? — ¡No me menciones a ricos, sino a esclavos de la riqueza! Cierto que Job fue rico, pero no fue esclavo de Mammón; tenía riquezas, pero las dominaba; era su señor, no su siervo. Tenía cuanto poseía como simple administrador de bienes ajenos, y así no sólo no arrebataba lo ajeno, sino que de lo suyo propio repartía entre los necesitados. Y lo que es más: ni siquiera se alegraba de poseerlas, como él mismo nos lo declara cuando dice: *Si es que me alegré de poseer mucha riqueza...* (Job 31,25). Por eso tampoco sintió dolor al perderlas. No son así los ricos de ahora, sino que con ánimo más envilecido que un esclavo pagan sus tributos a un duro tirano. El amor del dinero se ha apoderado de sus almas como de una ciudadela, y desde allí, día a día les dicta sus órdenes, que rebosan de iniquidad y no hay uno que las desobedezca. No caviles, pues, inútilmente. De una vez para siempre afirmó Dios y dijo que no hay manera de armonizar uno y otro servicio. No digas tú, por tanto, que pueden armonizarse. Porque, siendo así que el uno te manda robar y el otro desprenderte de lo que tienes; el uno ser casto, el otro impúdico; el uno emborracharte y comer opíparamente, el otro reprimir tu vientre; el uno despreciar las cosas, el otro apegarte a lo presente; el uno admirar mármoles y paredes y artesonados y el otro despreciar todo eso y amar la sabiduría, ¿qué modo de armonía cabe entre uno y otro señor?

MAMMÓN NO ES VERDADERO SEÑOR

Notemos, sin embargo, que, si llamó aquí Cristo "señor" a Mammón, no es porque naturalmente le convenga ese título, sino por la miseria de los que se someten a su yugo. De manera semejante llama también Pablo "dios" al vientre (Flp 3,19), no por la dignidad de tal señor, sino por la desgracia de los que le sirven. Lo cual es ya peor que todo castigo y por sí solo, antes de llegar el propio castigo, basta para atormentar al infeliz esclavo suyo. ¿No son, en efecto, más desgraciados que cualesquiera condenados los que, teniendo a Dios por amo, se pasan, como tránsfugas, de su suave imperio a la más dura tiranía, y eso que aun en esta vida

se les ha de seguir de ahí tan grave daño? Daño efectivamente inexplicable se sigue de la servidumbre de la riqueza: pleitos, difamaciones, luchas, trabajos, ceguera del alma y, lo que es más grave de todo, pérdida de los bienes del cielo.

CONTRA LA PREOCUPACIÓN DEL COMER Y VESTIR

Una vez, pues, que por todos estos caminos nos ha mostrado el Señor la conveniencia de despreciar la riqueza —para la guarda de la riqueza misma, para la dicha del alma, para la adquisición de la sabiduría y para seguridad de la piedad—, pasa ahora a demostrarnos que es posible aquello mismo a que nos exhorta. Porque éste es señaladamente oficio del buen legislador: no sólo ordenar lo conveniente, sino hacerlo también posible. Por eso prosigue el Señor diciendo: *No os preocupéis por vuestra alma, sobre qué comeréis*. No quiso que nadie pudiera objetarle: "¡Muy bien! Si todo lo tiramos, ¿cómo podremos vivir?" Contra semejante reparo va ahora el Señor muy oportunamente. Realmente, si desde un principio hubiera dicho: "No os preocupéis", su lenguaje podía haber parecido duro; pero, una vez que ha mostrado el daño que se nos sigue de la avaricia, su exhortación de ahora resulta fácilmente aceptable. De ahí que tampoco dijo simplemente: "No os preocupéis", sino que al mandato añade la causa. En efecto, después de haber dicho: *No podéis servir a Dios y a Mammón*, añadió: *Por eso, yo os digo: No os preocupéis*. ¡Por eso! ¿Y qué es eso? El daño inexplicable que de ahí se os seguirá. Porque no sufriréis daño sólo en las riquezas mismas. El golpe alcanzará al punto más delicado: perderéis la salvación de vuestra alma, pues os aleja del Dios que os ha creado, que os ama y se cuida de vosotros. Por eso os digo: *No os preocupéis*. Es decir, que, una vez mostrado el daño incalculable, extiende aún más su mandamiento. Porque no sólo nos manda que tiremos lo que tenemos, sino que no nos preocupemos siquiera del necesario sustento: *No os preocupéis por vuestra alma, sobre qué comeréis*. No porque el alma necesite de alimento, pues es incorpórea, sino que el Señor habla aquí acomodándose al uso común. Pues, si es cierto que ella no necesita de alimento, no lo es menos que no puede permanecer en el cuerpo si éste no es alimentado. Y esto dicho, no se contenta con afirmarlo simplemente, sino que también aquí nos da las

razones: unas tomadas de lo que ya nosotros tenemos; otras, de otros ejemplos. Tomando pie de lo que ya tenemos, nos dice: *¿Acaso no es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido?* Pues el que os ha dado lo más, ¿no os dará lo menos? El que ha formado vuestra carne, que necesita alimentarse, ¿no os procurará también el alimento? Por eso no dijo simplemente: "No os preocupéis sobre qué comeréis y vestiréis", sino: *No os preocupéis por vuestra alma y por vuestro cuerpo, porque de éstos* —del alma y del cuerpo— iba Él a tomar sus demostraciones, procediendo por comparación en su razonamiento. Ahora bien, el alma nos la dio una vez para siempre y permanece tal como nos la dio; el cuerpo, sin embargo, admite crecimiento todos los días. A fin, pues, de mostrarnos una y otra cosa: la inmortalidad del alma y la caducidad del cuerpo, prosiguió diciendo: *¿Quién de vosotros puede añadir a su estatura un solo codo?* Y aquí calla sobre el alma, como quiera que no admite crecimiento, y sólo nos habla del cuerpo, declarando por lo uno también lo otro, a saber: que no es el alimento el que le hace crecer, sino la providencia de Dios. Lo mismo que declara también Pablo por otro ejemplo: *Ni el que planta ni el que riega es nada, sino Dios, que da el crecimiento* (1 Cor 3,7).

EL EJEMPLO DE LAS AVES DEL CIELO

De este modo, pues, nos exhortó el Señor por las cosas que ya tenemos; por ejemplos ajenos a nosotros, nos dice: *Mirad las aves del cielo*. Porque nadie le objetara que es útil andar preocupados, nos disuade de ello por un ejemplo mayor y por otro menor. El mayor lo toma de nuestro cuerpo y de nuestra alma; el menor, de las aves del cielo. Porque, si tanta cuenta tiene Dios —nos dice— de tan pobres animalillos, ¿cómo no la tendrá con nosotros? Así habló entonces a los judíos, que eran un pueblo muy numeroso, pero no así al diablo cuando le tentó. ¿Pues cómo? *No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt 4,4). Pero aquí hace mención de las aves del cielo con muy viva comparación; lo que es muy eficaz manera de exhortación. Sin embargo, ha habido impíos que han llegado a tanta necedad como la de poner inconveniente a esta comparación. Porque quien quería —dicen ellos— preparar a templar para la lucha a una voluntad libre, no debía aducir para ello ejemplos de ventajas de la

naturaleza. Porque vivir las aves sin necesidad ni trabajo, de la naturaleza les viene.

PODEMOS LOGRAR POR NUESTRO ESFUERZO LO QUE TIENEN LAS AVES POR NATURALEZA

¿Qué podemos responderles a eso? Pues que ese vivir sin cuidados, que a las aves les viene de la naturaleza, nosotros podemos conseguirlo por nuestra libre voluntad. Porque no dijo el Señor: "Mirad cómo vuelan las aves del cielo", pues eso es imposible para el hombre, sino: "Mirad cómo se alimentan sin preocupaciones". Lo cual, si queremos, también nosotros podemos conseguirlo fácilmente, como lo han demostrado aquellos que de hecho lo lograron. Y aquí hay señaladamente que admirar la sabiduría del legislador, que, teniendo a mano ejemplos de hombres, y pudiendo citar a un Elías, a un Moisés, a un Juan y tantos otros que vivieron sin preocupaciones de comida y vestido, menciona a los animales a fin de causarles mayor impresión. De haber nombrado a aquellos grandes santos, pudieran haberles replicado: “Todavía no hemos llegado a tanto como ellos”. En cambio, pasando en silencio a éstos y poniéndoles delante el ejemplo de las avecillas del cielo, les cortó toda posible excusa. Por lo demás, también aquí sigue Cristo el estilo de la antigua Ley, pues también el Antiguo Testamento nos remite a la abeja, a la hormiga, a la tórtola y a la golondrina (cf. Eccli 11,3; Prov 6,6; Jer 8,7). Y no es para nosotros pequeño honor que logremos por esfuerzo de nuestra voluntad lo que estos animales tienen de la naturaleza. En conclusión, si de lo que fue criado por amor nuestro tiene Dios tanta providencia, mucho mayor la tendrá de nosotros mismos; si así cuida de los criados, mucho más cuidará del señor. De ahí la palabra de Cristo: *Mirad a las aves del cielo*. Y no dijo: "Mirad que no dan a interés ni trafican con dinero". No, eso pertenece a lo prohibido; sino: *Que no siembran ni siegan*.

NO SE NOS PROHIBE EL TRABAJO, SINO LA PREOCUPACIÓN

—Entonces—me replicas—, ¿es que no hay que sembrar? —No dijo el Señor que no hay que sembrar, sino que no hay que andar preocupados; no que no haya que trabajar, sino que no hay que ser pusilánimes ni dejarse abatir por las inquietudes. Sí, nos mandó

que nos alimentáramos, pero no que anduviéramos angustiados por el alimento. David mismo se anticipó de antiguo a esta doctrina, cuando misteriosamente nos dijo: *Abres tú tu mano y llenas de tu bendición a todo viviente* (Salmo 114,16). Y otra vez: *El que da a las bestias su alimento, y a los polluelos de los grajos que le invocan* (Salmo 146,9).

— ¿Y quiénes fueron —me dirás— los que vivieron sin preocupación de comer y vestir? — ¿No has oído los muchos santos que antes te he citado? ¿No ves, entre ellos, a Jacob cómo sale de la casa paterna desnudo de todo? ¿No le oyes cómo ora diciendo: Si el Señor me diere pan para comer y vestido para vestirme? (Gen 28,20). Lo que no quiere decir que estuviera preocupado, sino que lo esperaba todo de Dios. Lo mismo hicieron los apóstoles, que, después que lo abandonaron todo, vivieron sin preocupación ninguna; lo mismo aquellos cinco mil y los otros tres mil primeros convertidos (Hechos 2,41; 4,5).

Mas, si ni aun oyendo tan grandes ejemplos te decides a romper esas pesadas cadenas de tus inquietudes, rómpelas por lo menos considerando la necedad que con ello cometes. Porque *¿quién de vosotros* —dice el Señor— *puede a fuerza de preocupación añadir a su estatura un solo codo?* Mirad cómo explica el Señor lo oscuro por lo claro. A la manera —nos viene a decir— como no podéis añadir a vuestro cuerpo, a fuerza de preocupación, la más mínima porción, así tampoco podéis reunir alimento, aunque vosotros lo penséis así. De donde resulta evidente que no es nuestro afán, sino la providencia de Dios, la que lo hace todo aun en aquellas cosas que aparentemente realizamos nosotros. Así, si Él nos abandona, ni nuestra inquietud, ni obligación de dar de lo que tenéis. Si esto hacéis, carísimos míos, pronto llegaréis también a lo otro.

EMPECEMOS POR LO MENOS PARA LLEGAR A LO MÁS

De momento, pues, desechemos el lujo superfluo, suframos la moderación y aprendamos a adquirir nuestros bienes por el justo trabajo. También el bienaventurado Juan, cuando hablaba con los cobradores de impuestos y soldados, les aconsejaba que se contentaran con sus sueldos (Lc 3,14). Quería él ciertamente llevarlos a más alta sabiduría; pero, como todavía no estaban preparados para ello, se contentaba con hablarles de lo menos. De

haberles hablado de lo más alto, a esto no hubieran prestado atención, y lo otro lo hubieren también perdido. Por la misma razón, nosotros tratamos de ejercitaros también en lo más sencillo. Por ahora, sabemos muy bien que la carga de la voluntaria pobreza es demasiado pesada para vuestros hombros, y que cuanto dista el cielo de la tierra, así dista de vosotros esa forma de pensar. Cumplamos, pues, siquiera los mandamientos menores, y no será ello pequeño consuelo para nosotros. En verdad, aun entre paganos, no faltaron quienes abrazaron la pobreza —aunque no lo hicieron con la debida intención— y se desprendieron de cuanto poseían. Sin embargo, con vosotros, nosotros nos contentamos con que deis limosna generosamente. Dado este primer paso hacia adelante, pronto llegaremos a aquella otra perfección. Pero, si ni esto hacemos, ¿qué excusa tendremos nosotros, que, teniendo mandato de sobrepujar a los santos del Antiguo Testamento, nos quedamos a la zaga de los mismos filósofos paganos? ¿Qué podemos alegar cuando, debiendo ser ángeles e hijos de Dios, no conservamos ni el ser de hombres? La rapiña y la avaricia, en efecto, no dicen con la mansedumbre de los hombres, sino con la ferocidad de las fieras; o, por mejor decir, peores que fieras son los que codician lo ajeno, pues a las fieras, al cabo, la rapacidad les viene de la naturaleza; mas nosotros, honrados por la razón, ¿qué excusa tendremos, si nos abatimos a la vileza de una bestia?

EXHORTACIÓN FINAL: LLEGUEMOS SIQUIERA AL MEDIO

Consideremos, pues, la meta de la filosofía que se nos propone y lleguemos siquiera al medio. Así nos libraremos del castigo venidero y, avanzando en el camino, alcanzaremos la cumbre de los bienes; bienes que a todos os deseo, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Considerad cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos (Mt 6,28ss).

CONTRA LA PREOCUPACIÓN POR EL VESTIDO

Ya nos ha hablado el Señor del sustento necesario, y nos ha mostrado que no hay que preocuparse absolutamente por él. Ahora pasa a punto más ligero, pues, efectivamente no es tan necesario el vestido como la comida. ¿Por qué, pues, no emplea aquí también la comparación de las aves y no nos habla del pavo real, del cisne o de la oveja? En verdad, muchos ejemplos tenía a mano del reino animal. Pero no toma de él su comparación, porque quiere mostrarnos por doble motivo la excelencia de su mandato: primero, por la insignificancia de unas flores a las que tal belleza se les concede; segundo, por la magnificencia misma del ornato concedido a los lirios. De ahí que, una vez conseguido su objeto, ya ni nombre les da de lirios, sino de *hierba del campo*, y todavía no se contenta con este nombre, sino que añade otra expresión de mayor menosprecio cuando dice: *Que hoy son*... Parece debiera haber terminado: "Y mañana no existen." No; todavía nuevamente los rebaja más: *Y mañana son arrojados al horno*. Y tampoco dijo simplemente: "Los viste", sino: *¡De ese modo los viste!* Mirad cómo gusta siempre el Señor de llegar a lo extremo y dar la máxima intensidad a su palabra. Lo cual hace Él para herir más vivamente a sus oyentes. Por ello justamente añadió: *¿No hará mucho más con vosotros?* En verdad, también estas palabras cusan profunda impresión. Porque ese "vosotros" no otra cosa está dando a entender sino cuánto más precioso y digno de cuidado sea el hombre. Como si dijera: "Con vosotros, a quienes dio un alma y os plasmó un cuerpo, por quienes creó todo lo visible, por cuyo amor envió los profetas y promulgó la ley y os hizo beneficios infinitos; por quienes entregó a su Hijo unigénito, y por éste os concedió gracias sin cuento. Y, una vez que puso bien en claro su doctrina, los reprende también, llamándolos *hombres de poca fe*. Oficio también del buen consejero, que no sólo exhorta, sino también reprocha, para excitar más a la obediencia de lo que dice.

CONTRA LA VANIDAD EN EL VESTIR

Con esto, no nos enseña solamente a no andar preocupados, sino también a no encandilarnos por el lujo de los vestidos, pues se trata de una magnificencia de pradera y de una hermosura de hierba; o, por mejor decir, más precioso es el ropaje de la hierba que el de nuestros vestidos. ¿A qué, pues, pavonearte de aquello en que una hierbecilla te lleva con creces ventaja? Y notad cómo desde el principio nos presenta el Señor su mandato como ligero, y cómo una vez más, por lo mismo que le es contrario y por lo mismo que sus oyentes temen, trata de apartar a éstos de infringirlo. Habiendo, efectivamente, dicho: *Considerad los lirios del campo*, añadió en seguida: *No trabajan*. Es decir, que lo que Él quiere al darnos este mandamiento, es librarnos de fatigas. No está, pues, el trabajo en no tener preocupaciones, sino en tenerlas. Y así como cuando dijo de las aves que *no siembran*, no prohibió la siembra, sino la inquietud, así, cuando dice de las flores que no trabajan ni hilan, no pretendió suprimir el trabajo, sino la preocupación

Ahora bien, Salomón fue vencido por la belleza de las flores, y no una ni dos veces, sino en todo su reinado. No vaya nadie a decir que una vez se vistió de un modo y otra de otro. No; ni un día solo pudo competir con la belleza de los lirios, pues eso dio a entender el Señor al decir: *En todo su reinado*. Tampoco puede decirse que por los lirios del campo fue vencido, pero con otra flor pudo competir, sino que se quedó atrás entre todas sin excepción. Es lo que indica la expresión: *Como una sola de ellas*. Y es así que cuanto va de la mentira a la verdad, tanto va de los vestidos de Salomón a la belleza de estas flores. Pues ya, si Salomón, que fue el más glorioso de cuantos reyes han existido jamás, tuvo que confesar su derrota, ¿cómo podrás vencerlas tú o aproximarte siquiera un tantico a la hermosura de las flores? De ahí nos enseña el Señor a que no deseemos en absoluto semejantes ornatos. Mira, sino, cuál es el término de la flor: después de tan gloriosa victoria, es arrojada al horno. Mas, en fin, si por seres tan insignificantes e indignos de toda consideración y que no nos reportan apenas utilidad ninguna, Dios muestra tan grande providencia, ¿cómo te ha de abandonar a ti, el más precioso de todos los vivientes?

POR QUÉ HIZO DIOS TAN BELLAS A LAS FLORES

—Entonces, ¿por qué las hizo Dios tan bellas? —Para hacer alarde de su sabiduría y de su poder y para que por todos los modos conozcamos su gloria. Porque no sólo *los cielos nos cuentan la gloria de Dios* (Salmo 18,2), sino también la tierra. Lo cual declara también David cuando dice: *Alabad al Señor los árboles fructíferos y todos los cedros* (Salmo 148,9). Porque unos árboles cantan la gloria del Creador por su fruto, otros por su grandeza y otros por su hermosura. Grande muestra es, en efecto, de la sabiduría y magnificencia de Dios que en cosas tan insignificantes — ¿y qué hay de más insignificante que unas flores que hoy son y mañana no son?— derrame tanta belleza. Ahora bien, si a la hierba del campo le dio Dios lo que no le hacía falta —pues ¿qué falta le hace a la hierba su hermosura, cuando tiene que ser pasto del fuego?—, ¿cómo ha de negarte a ti lo que te hace falta? Si tan espléndidamente adornó a lo que es más despreciable, y eso no por necesidad, sino por pura magnificencia, mucho más te honrará a ti en lo necesario; a ti, el más precioso de todos los seres.

JESÚS VELA SU PROPIA DIVINIDAD Y DA TODA LA GLORIA A SU PADRE

Ya nos ha mostrado, pues, Cristo cuán grande sea la providencia de Dios. Y ahora que tiene que reprender también a sus oyentes, lo hace aquí también con miramiento y no les echa en cara su falta de fe, sino su poca fe: *Porque si a la hierba del campo* —les dice— *así la viste Dios, mucho más a vosotros, hombres de poca fe*. En realidad, todo lo hace Cristo mismo, puesto que *todo fue hecho por Él y sin Él no fue hecha cosa* (Jn 1,3). Sin embargo, por ahora, jamás se acuerda de sí mismo Para mostrar su poder soberano, bastábale de momento ir añadiendo a cada mandamiento: *Oísteis que se dijo a los antiguos. Yo, sin embargo, os digo a vosotros* (Mt 35,27). No te sorprenda, pues, que también en lo que sigue se oculte a sí mismo o hable humildemente de su propia persona. Lo único que por de pronto le interesaba era que sus oyentes aceptaran de buen grado su doctrina, a la vez que por todos los medios les mostraba que Él no era contrario a Dios, sino que estaba en todo de acuerdo con el Padre. Eso es justamente lo que aquí hace, pues en tan largos razonamientos como los que aquí

desenvuelve, al Padre se refiere constantemente, admirando su sabiduría, su providencia y su solicitud, que se extiende lo mismo a lo grande que a lo pequeño. Y así, cuando habla de Jerusalén, la llama la ciudad del gran Rey; y cuando nombra el cielo, lo llama también trono de Dios. Cuando habló del gobierno del mundo, todo igualmente se lo atribuyó al Padre, diciendo: *Él hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos*. En fin, en la oración nos enseñó a decir: *Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria*[47]. Y ahora aquí, hablando de la providencia de Dios, para mostrarnos cómo Él es el mejor artífice aun en lo pequeño, nos dice que viste la hierba del campo. Y notad cómo nunca llama aquí a Dios Padre suyo, sino de ellos, a fin de impresionarles más con este honor y para que cuando le llame Padre suyo no se lo tomen a mal.

Ahora bien, si no hay que andar preocupados por las cosas sencillas y necesarias, ¿qué perdón pueden esperar los que se afanan por las lujosas? ¿Qué perdón, sobre todo, los que se privan hasta del sueño por arrebatar las ajenas?

SEAMOS MEJORES QUE LOS PAGANOS

No andéis, pues, preocupados, diciendo: ¿Qué comeremos y qué beberemos y de qué nos vestiremos? Porque todas estas cosas, las naciones del mundo son las que las buscan. Mirad cómo otra vez reprende el Señor más fuertemente a sus oyentes y de paso les pone de manifiesto que nada pesado ni molesto ordena. Y es así que a la manera como antes, cuando dijo: *Si amáis a los que os aman, nada grande hacéis, pues eso mismo hacen los gentiles* (Mt 5,46-47), con la mención de los gentiles los excitó a que fueran mejores que ellos; así los menciona también aquí, primero, para impresionarles más vivamente, y luego, para darles a entender que nos impone un deber ineludible. Porque, si tenemos que ser más que los escribas y fariseos, ¿qué no mereceríamos si no sólo no los superáramos a éstos, sino que nos quedáramos en la bajeza de los gentiles e imitáramos su pusilanimidad?

Pero no se paró el Señor en la reprensión. Los zahiere con el ejemplo de los gentiles, a la vez que los incita; los confunde hasta el extremo, pero juntamente los consuela diciendo: *Porque sabe vuestro Padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad*.

[47] Ver nota de la hom.19.

No dijo: "Porque Dios sabe", sino: *Porque sabe vuestro Padre*... Con lo que les infunde mayor confianza. Porque, si es Padre, y tal Padre, no podrá abandonar a sus hijos cuando se hallan en necesidad o males extremos. Ni los mismos hombres, cuando son padres, pasan por eso. Y otro motivo alega también junto con ése. ¿Qué motivo? *Que de todas esas cosas tenéis necesidad*. Como si dijera: "¿Es que se trata de cosas superfluas, para que Dios las desdeñe? Pues en la hierba del campo, ni lo superfluo desdeña. Pero aquí se trata de lo necesario. De suerte que lo que tú pudieras tomar por motivo de preocupación, eso mismo te digo yo que es bastante para apartarte de toda preocupación. Si tú me dijeras: Como son cosas necesarias no tengo otro remedio que preocuparme de ellas, yo te contestaría lo contrario: Justamente por tratarse de cosas necesarias, no tienes que preocuparte. Había de tratarse de cosas superfluas, y ni aun así habría que desalentarse, sino confiar en que Dios nos proveería; pero, pues son necesarias, ya no cabe ni la más ligera duda. Porque ¿qué padre fuera ése que no procurara a sus hijos ni lo necesario?" De modo que, justamente por eso, Dios nos las procurará absolutamente. Sólo Él, en efecto, es el creador de la naturaleza y sólo Él conoce exactamente las necesidades de la naturaleza. Porque no vas a decir que sí, padre es Dios, necesario es lo que buscamos, pero no sabe que lo necesitamos. El que conoce la naturaleza en su esencia, el que es creador de ella y la ha formado tal como es, es evidente que conoce sus necesidades mejor que tú mismo, que estás en necesidad. Y, en realidad, si la naturaleza tiene esas necesidades, es porque a Él mismo quiso que fuese así. No va, pues, Dios a contradecirse a sí mismo, dando por una parte esas necesidades a la naturaleza y negándole por otra los medios de satisfacerlas.

LA PREOCUPACIÓN ES, EN DEFINITIVA, INÚTIL

No nos inquietemos, pues, como quiera que no otra cosa conseguiremos con ello sino atormentarnos a nosotros mismos. Porque, si Dios ha de proveemos lo mismo nos preocupamos o no, y más aún si no nos preocupamos, ¿qué provecho sacamos de la inquietud, si no es imponernos una tortura inútil? Nadie se angustiará por la comida cuando está para asistir a un opíparo

banquete, ni se inquietará por la bebida, cuando va camino de una fuente. No nos acongojemos, no nos abatamos tampoco nosotros pusilánimemente, cuando tenemos a la providencia de Dios, que nos provee más copiosamente que todas las fuentes y que convites mil que tuviéramos preparados.

BUSQUEMOS PRIMERO EL REINO DE DIOS

Aparte lo dicho, otro motivo nos da todavía el Señor para que tengamos confianza en estas cosas, diciéndonos: *Buscad el reino de los cielos y todas estas cosas se os darán por añadidura*. Cuando ha librado al alma de su inquietud, Cristo le recuerda el cielo. Él había, en efecto, venido para destruir lo antiguo y llamarnos a una patria mejor. De ahí que no deje piedra por mover para librarnos de lo superfluo y desprendernos de nuestro amor a la tierra. De ahí también que hiciera mención de los gentiles, diciendo que son las naciones las que buscan estas cosas. Todo su afán, en efecto, se dirige a la presente vida, sin idea de lo venidero, sin un pensamiento jamás para el cielo. Para nosotros, sin embargo, no son estas cosas lo principal, sino otras. No hemos nacido para comer y beber y vestir lujosamente, sino para agradar a Dios y alcanzar los bienes eternos. Ahora bien, como esas cosas han de ser secundarias en nuestro empeño, también han de serlo en nuestra oración. Por eso nos dijo el Señor: *Buscad el reino de los cielos, y todas estas cosas se os darán por añadidura*. Y no dijo simplemente: Se os darán, sino: *Se os darán por añadidura*. Para que nos demos cuenta que lo que ahora se nos da, nada es comparado con la grandeza de los bienes por venir. De ahí que ni siquiera se nos manda que pidamos estas cosas, sino que pidamos las otras y tengamos confianza que también aquéllas se nos darán por añadidura. Buscad, pues, lo por venir, y recibiréis lo presente; no busquéis lo visible, e infaliblemente lo alcanzaréis. En verdad, cosa indigna es de vosotros que acudáis con estas súplicas al Señor. Porque quien tiene deber de poner todo su empeño y afán en aquellos bienes inefables de los cielos, profundamente se rebaja gastando todo su deseo en estas cosas que fluyen como el agua.

— ¿Cómo, pues —me objetaréis—, nos mandó el Señor que pidiéramos el pan? —Sí, pero el de cada día, y aun añadió: *Dánosle hoy*. Que es lo mismo que hace aquí. Porque no dijo absolutamente: "No andéis preocupados", sino: *No andéis pre-*

ocupados por el día de mañana. Con lo que nos da juntamente la libertad y fija nuestra alma en las cosas más necesarias. Y, si también nos mandó pedir las otras cosas, no fue porque Dios necesite que le recordemos nuestras necesidades, sino para que os demos cuenta que con su ayuda hacemos cuanto bien hacemos y para que nos familiaricemos con Él al pedírselo continuamente.

EL SEÑOR NOS DA CON CRECES LO MISMO DE QUE NOS MANDA DESPRENDERNOS

¿Veis cómo quiso también persuadirlos por la esperanza que también, infaliblemente, recibirán lo presente? Porque quien da lo más, con mayor razón dará lo menos. No os he mandado —nos dice— que no andéis preocupados ni pidáis todo eso en la oración porque quiera yo que viváis en la miseria y vayáis desnudos, sino para que tengáis abundancia de esas mismas cosas. Lo cual, ciertamente, era más que bastante para atraérselos. Cuando habló el Señor de la limosna, con lo que principalmente trató de disuadir a sus oyentes de hacerla por ostentación ante los hombres fue con la promesa que eso mismo se lo procuraría Dios con más honor: Porque vuestro Padre —les dijo—, que ve en lo oculto, os lo pagará en lo manifiesto. Así aquí, tratando de apartarlos de buscar las cosas terrenas, persuádelos principalmente por la promesa de que, si no las buscan, Él se las dará más copiosamente. Si os mando —parece decirnos— que no busquéis lo terreno, no es porque yo quiera que no lo recibáis, sino para que lo recibáis abundantemente: para que lo recibáis en la forma conveniente y con el provecho que dice con vosotros. No sea que, andando ahora afanados y divididos por la preocupación de lo material, os hagáis también indignos de lo espiritual y, sufriendo ahora una miseria inútil, perdáis también lo que os proponéis conseguir.

No os preocupéis, pues, por el día de mañana, pues a cada día le basta su malicia, es decir, su miseria y su fatiga (Gen 3,19). ¿No te basta comer tu pan con el sudor de tu frente? ¿A qué añadir otra miseria, nacida de tu preocupación, cuando pudieras verte libre aun de los anteriores trabajos?[48]

---

[48] Es decir, del trabajo de comer el pan con el sudor de tu frente, pues, buscando el reino de Dios, eso se te dará por añadidura.

BÁSTALE A CADA DÍA SU MALICIA

Pero notemos que la malicia que aquí habla el Señor no es lo mismo que la maldad moral, ¡ni mucho menos!, sino que hay que entenderla por miseria, trabajo y calamidades. Lo mismo que en otro pasaje dice la Escritura: *¿Hay malicia en la ciudad que no haya hecho el Señor?* (Am 3,6); y no quiere decir robos, actos de avaricia ni cosa semejante, sino los azotes que vienen del cielo. Y otra vez: *Yo soy el que hago la paz y creo los males* (Is 45,7); y tampoco aquí habla de la maldad, sino de hambres y pestes, que el vulgo tiene por males. Efectivamente, el vulgo acostumbra llamar males a estas cosas. Así, por ejemplo, los sacerdotes y adivinos de aquellas cinco satrapías, que mandaron uncir al carro con el arca a las vacas sin sus novillos y las echaron a andar, de "malicia" -calificaron aquellas plagas que les vinieron del cielo, lo mismo que la tristeza y dolor que de ellas les resultó (1 Reyes 6,9). Esto es, pues, lo que el Señor quiere indicar aquí, cuando dice: *Bástate a cada día su malicia*. Nada, en efecto, causa tanto dolor al alma como la preocupación y la inquietud. Así también Pablo, para animarnos a la guarda de la virginidad, nos aconseja diciendo: *Quiero que estéis sin inquietud* (1 Cor 7,32). Por lo demás, cuando dice el Señor que el día de mañana se preocupará de sí mismo, no quiere decir que el día efectivamente se preocupe, sino que, como hablaba al pueblo ignorante, personifica al tiempo, para dar más viveza a sus palabras, hablándoles conforme al uso común.

Notemos también que aquí se contenta con aconsejarnos; pero más adelante nos pone ley de ese desprendimiento de las cosas, diciendo: *No poseáis oro ni plata ni alforja para el camino* (Mt 10,9-10). Y es que, después que con su ejemplo mostró ese mismo desprendimiento, su ley de palabra había de tener más eficacia y su doctrina sería más aceptable, confirmada que estaba por sus obras. ¿Dónde, pues, la confirmó con sus obras? Óyele a Él mismo, que dice: *El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Lc 9,58; Mt 8,20). Y no se contentó sólo con su ejemplo, sino que la misma prueba de su doctrina nos ofrece en sus discípulos, a quienes primero dio Él esa forma de vida y luego no permitió que les faltara nada.

LA PREOCUPACIÓN POR EL DÍA DE MAÑANA ES SOBRECARGA INÚTIL

Mirad, por otra parte, su solicitud por nosotros: una solicitud que sobrepuja al cariño de todos los padres. Si eso os mando —nos dice—, no es por otro motivo sino porque quiero libraros de inútiles preocupaciones. Porque, si hoy estás preocupado por el mañana, no por eso dejarás de estarlo también mañana. ¿A qué, pues, esa superflua preocupación? ¿A qué le obligas al día a sufrir más miseria que la que le toca y, sobre sus propios trabajos, aun le echas la carga de los del día siguiente? Y menos mal si con esta sobrecarga al día de hoy aliviaras al de mañana; pero la verdad es que no haces con ello sino amontonar inútiles trabajos. Y para impresionarles más vivamente, les presenta al tiempo como persona viva, ofendida y que se les queja a voces que así inútilmente le sobrecargan. En verdad, has recibido el día para que te preocupes de él. ¿Qué necesidad hay de añadirle la preocupación de otro día? ¿No tiene bastante carga con su propia inquietud? ¿Por qué, pues, le echas aún mayor carga encima? Ahora bien, cuando es nuestro propio legislador y juez que nos ha de juzgar quien así habla, considerad cuán bellas esperanzas nos da para lo venidero cuando Él mismo nos atestigua que la presente vida es tan miserable y trabajosa que basta la inquietud de un solo día para atormentarnos y quebrantarnos.

NO HAGAMOS LO CONTRARIO DE LO QUE EL SEÑOR NOS MANDA: LLAMAMIENTO A LA PENITENCIA

Sin embargo, a despecho y pesar de tantas exhortaciones del Señor, nosotros seguimos preocupándonos por las cosas de la tierra y descuidando las del cielo. De este modo trastornamos el orden y por doble camino nos ponemos en pugna con sus palabras. Considerad si no. Él nos dice: No busquéis en absoluto lo presente. Nosotros lo buscamos continuamente. Él nos dice: Buscad las cosas del cielo. Nosotros no las buscamos ni por unos momentos. Cuanta es nuestra preocupación por lo temporal, tanta es, si no mayor, nuestra negligencia por lo espiritual. Pero no siempre ha de ser así, no siempre nos ha de consentir eso. Un día, veinte días, cien días, podemos desdeñar lo eterno. Pero ¿no es de necesidad absoluta que otro día salgamos de este mundo y caigamos en manos del juez supremo? Pero tiene también su

consuelo la dilación. — ¿Y qué linaje de consuelo es estar cada día esperando el castigo y suplicio? Si queréis, en efecto, tomar algún consuelo de este aplazamiento, tomad el de vuestra corrección, que es fruto de la penitencia y del arrepentimiento. En verdad, si tenéis por género de consuelo la dilación del castigo, mucho mayor consuelo es no caer en absoluto en castigo. Aprovechémonos, pues, de este plazo que se nos concede para librarnos absolutamente de los males que nos amenazan. Porque nada de cuanto se nos manda es pesado ni molesto. Todo es tan fácil y hacedero, que basta una auténtica resolución de nuestra voluntad para cumplirlo todo, así fuéramos reos de culpas innumerables. También Manases había cometido sacrilegios sin número: había extendido sus manos contra el santuario, introducido la abominación en el templo de Dios, inundado de sangre la ciudad y cometido muchos otros crímenes tan grandes que no merecían perdón (4 Reyes 21). Sin embargo, después de tamaña iniquidad, todo eso quedó lavado. ¿Cómo? Por el arrepentimiento y la enmienda.

NO HAY PECADO IMPERDONABLE

Porque no hay, no, un solo pecado que no ceda y se retire ante la fuerza de la penitencia o, por mejor decir, ante la gracia de Cristo. Y, en efecto, basta que nos convirtamos para tenerle al punto a nuestro lado. Ahora bien, si nosotros nos decidimos a ser buenos, nadie hay que nos lo pueda impedir. Mejor, hay uno que quisiera impedírnoslo, y es el diablo pero no lo consigue como tú te resuelvas a abrazar el bien y tengas de este modo a Dios por aliado tuyo en la lucha. Pero si tú no quieres, sino que te escapas, ¿cómo te ayudará Dios? Él no quiere salvarte a la fuerza y mal tu grado, sino cuando tú también lo quieras. Si tú mismo tuvieras un esclavo que te aborreciera y abominara de ti, que se te escapara y huyera continuamente, aun necesitando de su servicio, no querrías retenerlo contigo. Con mucha más razón, Dios, que todo lo hace por tu salvación y no por su necesidad, no te querrá retener consigo contra tu voluntad. En cambio, con sólo que tú le muestres tu buena voluntad, jamás al te abandonará por más que el diablo haga lo que haga.

FERVOR E INSISTENCIA EN LA ORACIÓN

En conclusión, sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra perdi-

ción. Porque ni nos acercamos a Dios ni le rogamos y suplicamos como debemos. Y, si nos acercamos, no vamos a Él como quien va a cobrar una deuda ni le rogamos con la fe conveniente y como quien reclama lo que se le debe. Todo lo hacemos como bostezando y con languidez. Sin embargo, Dios quiere que le reclamemos lo que nos debe y hasta nos lo agradece grandemente. Él es el único deudor que quiere se le pida lo que debe y nos da hasta lo que no le prestamos. Y, si ve que quien lo pide lo hace con gran fervor, aunque nada recibió de nosotros, nos paga Él su deuda; pero, si nos ve perezosos, también Él difiere el pago, no porque no quiera Él dar, sino porque gusta que le vayamos a reclamar. Por eso nos puso el Señor el ejemplo de aquel amigo que se presentó a deshora de la noche a pedir un pan (Lc 11,5-8), y el otro del juez que no temía a Dios ni se le importaba un bledo de los hombres (Lc 18,1-8). Y no fueron sólo ejemplos. Él mismo mostró con hechos la eficacia de la oración insistente al conceder tan alto favor a la mujer cananea. Por ésta, en efecto, nos mostró que a quienes piden con insistencia les da hasta lo que no se les debiera dar. *Porque no está bien* —le dijo— *quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perrillos* (Mt 15,26). Y, sin embargo, por haberlo pedido fervorosamente, a ella se lo echó. En los judíos, en cambio, nos puso el Señor de manifiesto que a los perezosos no se les da ni aun lo que les pertenece. Más: no sólo no recibieron nada, sino que perdieron lo que tenían. Mirad el contraste: aquéllos, por no pedir, no recibieron ni lo que era suyo; ésta, por haber pedido fervorosamente, logró para sí hasta lo ajeno. El perro se comió el pan de los hijos. Tan grande bien es la perseverancia. Y es que, aunque fueres un perro, si insistes en pedir, serás preferido al hijo perezoso. Lo que no consigue la amistad, lo logra la insistencia.

VANAS EXCUSAS PARA NO ORAR

No digas, pues: Dios es enemigo mío y no me escuchará. Si le insistes sin desfallecimiento, te contestará inmediatamente. Y, si no te escucha por amistad, lo hará al menos por tu importunidad. Aquí ni la enemistad ni lo inoportuno de la hora ni otra cosa alguna es impedimento ninguno. Tampoco has de decir: Yo no soy digno y por eso no hago oración. Tampoco la mujer cananea era digna y fue escuchada. No digas en fin: He cometido muchos pecados y no

puedo rogar al mismo que he irritado. No, Dios no mira los merecimientos, sino la intención. Si aquella viuda del evangelio logró doblar con sus ruegos al juez que no temía a Dios ni se le daba un bledo de los hombres, ¿cuánto más no nos atraerá a Dios la continua oración, a Dios, que es la bondad suma? De suerte que, aun cuando no fueras amigo suyo, aun cuando no tengas derecho a reclamarle una deuda, aun cuando hubieras consumido y despilfarrado tu herencia paterna y hubieras por mucho tiempo desaparecido de casa, aunque estés deshonrado y seas el deshecho del mundo, aun cuando le hayas ofendido e irritado, basta que quieras suplicarle y volverte a Él para que al punto lo recobres todo y aplaques su ira y anules la sentencia que contra ti pesaba.

—Pero he aquí —me dices— que yo hago oración y nada consigo. —Pues seguramente no la haces como estos que hablamos: como la cananea, como el amigo que acudió a deshora a su amigo, como la viuda que molestaba continuamente al juez, como el hijo que había malbaratado los bienes paternos. Porque, si así oraras, al punto conseguirías lo que pides. Porque Dios, aun ofendido, sigue siendo Padre nuestro; aun irritado, nos sigue amando como a hijos. Sólo una cosa busca: no tener que castigarnos por sus ofensas, ver que nos convertimos y le suplicamos.

LA ORACIÓN, RESPIRACIÓN DEL ALMA

¡Ojala nos encendiéramos de amor también nosotros como aquellas divinas entrañas arden de amor nuestro! Y este fuego sólo busca materia donde prender. Una centellita tuya que le presentes, al punto levanta un incendio entero de beneficios. Porque no se irrita Dios tanto de ser ofendido cuanto de ser tú justamente quien le ofendes y que te vuelves en eso como ebrio. Porque, si nosotros, que somos malos, cuando nuestros hijos nos ofenden lo sentimos por ellos, mucho más Dios, que en realidad no puede ser ofendido, lo sentirá por ti, que le ofendes. Si eso hacemos nosotros que amamos con amor de naturaleza, mucho más el que nos ama sobre toda naturaleza. *Porque aun cuando la mujer* —dice la Escritura— *se, olvidare del hijo de sus entrañas, yo no me olvidaré de ti, dice el Señor* (Is 49,15). Acudamos, pues, a Él y digámosle: *Sí, Señor, pues también los perrillos comen de las migajas que*

caen de las mesas de sus amos (Mt 15,27). Acudamos a hora y a deshora; o, por mejor decir, siempre es hora para acudir a Dios. La deshora es no acercarnos a Él continuamente. A quien siempre tiene ganas de dar, siempre es hora de irle a pedir. Como nunca es inoportuno respirar, así tampoco lo es el orar. Y es así que como necesitamos la respiración corporal, así nos es necesaria la ayuda de Dios. Y, si queremos, bien fácil es hacérnoslo propicio. Para declararnos esto el profeta y mostrarnos a la vez cuán dispuesto está Él para hacernos beneficios, decía: *Le encontraremos como madrugada preparada* (Oseas 6,3). Y es así que cuantas veces nos acerquemos a Él, veremos que está esperando nuestras súplicas. Y, si nada sacamos de la fuente de su virtud, nuestra es toda la culpa. Eso es lo que Él les echaba en cara a los judíos: *Mi misericordia es como nube matutina, y como rocío de la mañana que se evapora* (Os 6,3). Lo cual quiere decir: Yo, por mi parte, nada he dejado de daros; mas vosotros, como un sol ardiente, que ataca y evapora y disipa la nube y el rocío, habéis disipado con vuestra mucha maldad mi inefable liberalidad. Lo cual, por otra parte, es obra de su providencia. Porque cuando Dios nos ve indignos de recibir sus beneficios, Él se los retiene para que no nos volvamos tibios. Pero con un poco que nos convirtamos, tan pronto como reconocemos que hemos pecado, otra vez vuelve a brotar la fuente de sus gracias y otra vez derrama el piélago de sus beneficios. Y es el caso que cuanto tú más recibas, más se alegra Él y más dispuesto está a seguir dándote. Dios tiene por propia riqueza nuestra salvación. Y su gloria está en dar copiosamente a cuantos le piden. Que es lo que declaraba Pablo, cuando decía: *Rico para con todos y sobre todos los que le invocan* (Rom 10,12). Cuando Dios se irrita es cuando no le pedimos. Cuando no le pedimos, nos aparta su rostro. Él se hizo pobre para que nosotros fuéramos ricos. Para invitarnos a pedirle sufrió todos sus tormentos.

EXHORTACIÓN FINAL: NO DESESPEREMOS POR NUESTROS PECADOS

No desesperemos, pues. Teniendo tantos motivos de esperanza, aun cuando cada día pecáremos, acerquémonos a Él para rogarle y suplicarle, pidiéndole perdón de nuestras culpas. De este modo cada vez pecaremos menos, rechazaremos lejos de nosotros al

diablo y nos atraeremos la benevolencia de Dios y alcanzaremos los bienes venideros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 23

No juzguéis para que no seáis juzgados (Mt 7,1).

NO SE NOS PROHIBE JUZGAR A LOS QUE FALTAN

¿Pues qué? ¿No hay que acusar a los que pecan? En realidad, eso mismo es lo que dice Pablo, o, por mejor decir, también allí es Cristo quien habla por medio de Pablo: *¿Tú por qué juzgas a tu hermano?* (Rom 14,10) Y: *¿Tú quién eres para juzgar a un siervo ajeno?* (Rom14, 4) Y otra vez: *Así, pues, no juzguéis antes de tiempo hasta que venga el Señor* (1 Cor 4,5). Entonces, ¿cómo es que dice en otro lugar: *Arguye, reprende, consuela*? (2 Tim 4,2) Y otra vez: *A los que pecan, repréndelos delante de todos* (1 Tim 5,20). Y Cristo le dijo a Pedro: *Anda, repréndele entre ti y él solo. Si no te escuchare llama a otro contigo, y si ni aun así cediere, dilo a la Iglesia* (Mt 18,15-17) Y tantos como Cristo puso ahí para reprender, y no sólo para reprender, sino también para castigar. Porque al que a ninguno de ésos oyere, mandó que se le tuviera como gentil y publicano, Además, ¿cómo es que dio a los apóstoles las llaves? Porque, si no han de juzgar a nadie, no tendrán autoridad sobre nadie, y en vano habrían recibido el poder de atar y desatar.

Por otra parte, si se tomara de modo absoluto lo de no juzgar, vendría un trastorno completo, lo mismo en las iglesias que en las ciudades y familias. Porque, si el amo no puede juzgar a su criado ni la señora a su criada, ni el padre al hijo ni el amigo al amigo, el mal irá siempre en aumento. Pero ¿qué digo el amigo al amigo? Si no podemos juzgar a nuestros enemigos, jamás se pondrá término a la enemistad, y todo se trastornará de arriba abajo. Examinemos, pues, cuidadosamente qué es lo que en definitiva nos dice el Señor para que nadie se imagine que los remedios de paz y leyes de salvación lo son de trastorno y confusión. La fuerza de esta ley sobre el no juzgar la explicó el Señor mejor que nadie para quienes

tienen inteligencia, cuando dijo: ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no caes en la cuenta de la viga que llevas en el tuyo? (Mt 7,3). Mas, si todavía para muchos, más tardos de entendederas, les resulta oscuro lo que dice el Señor, trataré de explicarlo tomando el agua de más arriba. A mi parecer, no manda aquí el Señor de modo absoluto que no juzguemos pecado alguno, ni prohíbe tampoco de modo absoluto todo juicio; a quienes prohíbe juzgar es a quienes están ellos llenos de infinitos pecados, y reprenden luego a los demás por cualquier ligera falta. Yo creo que aquí alude concretamente a los judíos, que, acusando ásperamente a los demás por cosas menudas y sin importancia, se tragaban ellos, sin el menor remordimiento, los más grandes pecados. Es lo que Jesús les echaba en cara al fin de su vida: *Atáis cargas pesadas e insoportables, pero vosotros no queréis moverlas ni con la punta del dedo* (Mt 23,4). Y otra vez: *Pagáis el diezmo de la menta y del anís y habéis abandonado lo más grave de la ley: el juicio y la misericordia y la fidelidad* (Mt 23,23). Ahora bien, me parece que apunta también contra los judíos, reprendiéndoles de antemano lo que habían de echar en cara a sus discípulos; porque, si bien éstos ningún pecado cometían en sus actos, a los judíos se lo parecían muy grandes, por ejemplo, no guardar el sábado, comer sin lavarse las manos, sentarse a la mesa con cobradores de impuestos. Es lo que Cristo les echa en cara en otra ocasión: *Vosotros los que coláis un mosquito y os tragáis un camello* (Mt 23,24). Y, desde luego, aquí sí que sienta una ley general. Y el mismo Pablo no mandó simplemente a los corintios no juzgar, sino no juzgar a los que estaban por encima de ellos; no que no se haya de juzgar por motivo público y confesado, sino de lo oculto e incierto. No dijo, en fin, absolutamente el Apóstol que no hay que corregir a los que faltan. Es más, ni siquiera reprendió eso a todos indistintamente, sino sólo a los discípulos que se insolentaban contra sus maestros y a los que, cargados de pecados infinitos, calumnian a los inocentes. Es lo mismo que nos dio a entender aquí Cristo, y no sólo nos lo dio a entender, sino que nos infundió gran temor al amenazarnos con castigos inexorables: *Porque con el juicio* —dice— *con que juzguéis, seréis juzgados*. Como si dijera: No tanto le condenas a él, cuanto a ti mismo. A ti mismo te preparas un tribunal terrible y unas cuentas rigurosas. Como, en el caso del perdón de los pecados, el principio estaba en nuestra mano, así en este juicio, en nuestra mano nos pone el Señor la

medida de la sentencia. Porque no hay que injuriar ni insultar, sino amonestar; no acusar, sino aconsejar; no atacar con orgullo, sino corregir con amor. Porque no a tu prójimo, sino a ti mismo, te condenas a último suplicio si no le tratas con consideración, cuando tengas que dar sentencia sobre lo que él hubiere pecado.

LA PAJA EN EL OJO AJENO Y LA VIGA EN EL PROPIO

Mirad cómo estos dos mandamientos son no sólo ligeros, sino fuente de grandes bienes para quienes los siguen, así como, naturalmente, de grandes males para los que los desobedecen. Porque el que perdona a su prójimo, a sí mismo antes que a éste se absuelve de sus pecados, y eso sin trabajo ninguno; y el que con miramiento e indulgencia examina las faltas de los otros, para sí mismo se extendió también con su sentencia una cédula de perdón. —Pues ¿qué? —me dirás—. Si uno comete un acto deshonesto, ¿no voy a decir que la fornicación es un mal, ni podré corregir al lascivo? —Sí, corrígele enhorabuena, pero no como quien le declara la guerra, no como enemigo que le pide cuentas, sino como médico que prepara una medicina. Porque no te mandó Cristo que no apartes a tu hermano del pecado, sino que no lo juzgues, es decir, que no seas para él un juez duro. Por otra parte, como ya he dicho, no se trata de pecados grandes y manifiestos, sino de menudencias que ni parecen pecados. Por eso dijo: ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano? Que es lo que ahora hacen muchos. Apenas ven a un monje que tiene un vestido de más, al punto le echan en cara la ley del Señor, cuando ellos están cometiendo rapiñas sin cuento y pasan el día entero en tratos de avaricia. Si le ven tomar una comida un poco más abundante, se convierten en jueces ásperos, cuando ellos se emborrachan y pasan los días en el vicio y libertinaje. Y por otra parte no advierten que, aparte sus propios pecados, amontonan más fuego eterno con esos juicios y se cortan todo camino de defensa y excusa. Tú mismo, al juzgar así a tu prójimo, te has sido el primero en ponerte la ley de que se examinen también con todo rigor tus acciones. No tienes, pues, derecho a quejarte que a ti también se te pida cuenta muy estrecha.

"ARROJA LA VIGA DE TU PROPIO OJO"

Hipócrita, arroja primero la viga de tu propio ojo. Quiere darnos a entender el Señor la grande indignación que le producen los que obran de este modo. Y es así que siempre que quiere declararnos la grandeza de un pecado y la grande ira y castigo que merece, empieza su razonamiento por una imprecación. Así, al criado que reclamaba los cien denarios a su compañero, le hablaba, irritado: *Siervo malvado, yo te perdoné toda tu deuda* (Mt 18,32). Así aquí la imprecación de ¡hipócrita! Porque esos juicios no nacen de solicitud, sino de odio. Se pone, sí, el que juzga la máscara de humanidad; pero la obra está rebosando maldad. Lo que intenta es cubrir de oprobio con vanas acusaciones a su prójimo, y usurpa categoría de maestro el que no merece ni puesto de discípulo. De ahí que Cristo le llama hipócrita. Porque tú, que en lo de los otros eres tan riguroso que ves hasta los mínimos defectos, ¿cómo en lo tuyo te has hecho tan negligente que pasas de corrida aun por los más gordos? ¡Arroja primero la viga de tu ojo! ¿Veis cómo Cristo no prohíbe juzgar, sino que manda echar primero la viga de nuestro ojo y luego tratar de corregir lo de los otros? En verdad, todo el mundo sabe lo suyo mejor que lo ajeno, y ve mejor lo grande que lo pequeño, y se ama más a sí mismo que a su prójimo. De manera que, si corriges por solicitud, tenla antes de ti mismo, pues ahí está más patente y es mayor el pecado. Mas, si a ti mismo te descuidas, es evidente que no juzgas a tu hermano por su interés, sino porque le aborreces y quieres deshonrarle. Si hay que juzgar, que juzgue quien no tiene el mismo pecado, no tú. Cómo el Señor había sentado tan grandes y tan altos principios de filosofía, para que nadie pudiera echarle en cara que es fácil disertar sobre todo eso de palabra, Él, para mostrar su libertad y probarles que nada de lo que recriminaba en los otros le atañía a Él, sino que era en todo intachable, les puso esa comparación de la paja y de la viga. Porque, efectivamente, Él había luego de juzgar, cuando diría: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!* (Mt 23,14). Pero no se le podía a Él echar en cara lo mismo que había reprendido. Porque ni se trataba de sacar una paja del ojo ajeno ni tenía Él una viga en el propio. Él era puro de todo pecado y así tenía derecho a corregir los pecados de todos. Porque no puede juzgar a los demás —nos quiere decir Cristo— quien es reo de lo mismo que juzga. Y ¿qué tiene de maravilla que Cristo estableciera esta ley, cuando el

mismo ladrón la reconoció en la cruz, al decir a su compañero: *Ni tú siquiera temes a Dios, cuando nos hallamos en el mismo suplicio?* (Lc 23,40) Con lo que expresaba el mismo pensamiento que Cristo. Tú, sin embargo, no sólo no arrojas tu propia viga, sino que ni siquiera la ves; mas la paja de tu prójimo, no sólo la ves, sino que la juzgas y te pones ya a sacársela. Es el caso de quien estuviera atacado de grave hidropesía o de otra enfermedad incurable y, descuidando él su propia dolencia, reprochara a otro no hacer caso de cualquier tumorcillo. Porque, si es un mal no ver sus propios pecados, doble y triple lo es juzgar a los otros cuando uno mismo, sin sentirlas, lleva las vigas en sus propios ojos. En verdad, más pesado que una viga es un pecado.

CONCLUSIÓN: NO JUZGUE EL QUE ES REO

En conclusión, lo que el Señor nos quiso mandar al decirnos que no juzguemos es que quien es reo de pecados infinitos no tiene derecho a erigirse en duro juez de las faltas ajenas, más que más cuando se trata de menudencias. No es que quiera quitar la reprensión y corrección. Lo que nos prohíbe o intenta impedir es que, descuidándonos de lo nuestro, nos entremetamos en lo ajeno. Eso no hace sino acrecentar el mal y lleva consigo doble inconveniente. En efecto, el que se descuida de sus faltas, que pueden ser grandes, y se dedica a husmear las de los otros, por mínimas e insignificantes que sean, sufre por doble concepto: primero, por el mero hecho de descuidar lo suyo propio, y luego, porque se atraerá la enemistad y antipatía de todo el mundo, y, en fin, porque cada día irá creciendo en crueldad y falta de compasión. Todo eso, sí, lo quiso eliminar el Señor por medio de su bella ley de no juzgar.

NO ECHAR LO SANTO A LOS PERROS

Y seguidamente añadió otra diciendo: *No deis lo santo a los perros ni arrojéis vuestras piedras preciosas delante de los cerdos*. Y, sin embargo —me objetarás—, más adelante mandó a sus apóstoles diciendo: *Lo que oísteis a la oreja, pregonadlo por los tejados* (Mt 10,27). Con todo, no hay contradicción entre uno y otro mandamiento del Señor, pues tampoco ahí ordenó que se hablara a todos indistintamente, sino que nos dio a entender la libertad con que han de hablar los que hablan. Por lo demás, llama aquí perros

a los que viven en impiedad incurable y sin esperanza de conversión en mejor, y cerdos a los que llevan en todo momento vida intemperante, y a unos y a otros declara indignos de oír sus enseñanzas. Lo mismo manifestó Pablo cuando dijo: *Pero el hombre animal no recibe las cosas del espíritu, pues son para él necedad* (1 Cor 2,14). Y en otros ochos pasajes afirma el Apóstol que la corrupción de la vida es causa que no se reciban las enseñanzas de más perfección. De ahí que mande que no se les abran las puertas; pues, de conocerlas, se vuelven más desvergonzados. Estos dogmas, cuando se revelan a los bien dispuestos e inteligentes, aparecen más augustos; para los estúpidos, sin embargo, lo son más cuando no los conocen. Como quiera, pues, que por ley de su naturaleza no pueden comprenderlos, ocultádselos —nos manda el Señor—, para que, siquiera por ignorarlos, los respeten. Tampoco el cerdo sabe qué cosa sea una piedra preciosa, y, pues no lo sabe, que tampoco la vea, no sea que pisotee lo que no conoce. Y es así que con quienes en esas disposiciones oyen la doctrina divina, no otra cosa se consigue sino daño mayor. Porque, por una parte, desprecian, por no conocerlas, las cosas santas; y, por otra, se insolentan más ellos mismos y se arman contra nosotros. Es lo que significan las palabras: *No sea que las pisoteen y, volviéndose, os despedacen a vosotros mismos*.

Y no me objetes que las enseñanzas de Cristo debieran ser tan fuertes que, aun después de conocidas, siguieran inatacables y no dieran a los demás asidero contra nosotros, porque no son ellas las que lo dan, sino el ser cerdos los que las oyen. Una perla preciosa pisoteada, no es pisoteada por no tener valor, sino porque fue a caer entre una piara de cerdos. Y muy bien dijo el Señor: *No sea que, volviéndose, os despedacen*. Porque tal ralea de gentes fingen modestia hasta que se enteran; luego, ya enterados, vueltos en otros, se mofan, ríen y burlan de nosotros como de pobres ilusos. Por eso decía también Pablo a Timoteo: *Guárdate tú también de él, pues sobremanera se opuso a nuestras palabras* (2 Tim 4,16). Y nuevamente en otro pasaje: *Apártate de los tales* (Tim 3,5). Y: *Al hombre herético, después de una y dos amonestaciones, evítalo* (Tit 3,10). No es, pues, que los dogmas divinos les presten armas; son ellos los que, al conocerlos, se hacen más insensatos y se llenan de mayor orgullo. Por eso, no es pequeño provecho que sigan en su ignorancia, pues de ese modo

no desprecian lo que ignoran. Si, en cambio, se enteran, el daño es doble; pues, por una parte, ellos no sacan del conocimiento fruto ninguno, sino daño mayor; y, por otra, te han de ocasionar a ti molestias sin cuento. Óiganlo los que sin recato alguno se entremeten con todo el mundo y exponen a la irrisión los sagrados misterios. Por eso justamente los celebramos a puertas cerradas y no admitimos a los no iniciados, no porque nosotros nos hayamos percatado de algún punto flaco en nuestros ritos, sino porque el vulgo no está preparado para contemplarlos. También Cristo hablaba muchas veces a los judíos en parábolas, pues tenían ojos y no veían (Mt 13,13); y Pablo, por el mismo caso, nos mandó que sepamos cómo hay que responder a cada uno (Tit 1,9).

OTRA VEZ LA ORACIÓN Y LA PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Muchas y admirables cosas nos ha mandado el Señor. Quiere que estemos por encima de todas las pasiones. Nos ha levantado hasta el cielo mismo y nos ordena esforzarnos por asemejamos no ya sólo a los ángeles y arcángeles, sino, en lo que cabe, al Señor mismo de ellos. Y aun a sus discípulos, no sólo les mandó que practicaran ellos todo eso, sino que corrigieran a los otros y que distinguieran a los buenos y a los no buenos, a los perros de los que no lo son —y a fe que mucho hay de oculto en los hombres—. Ahora bien, para que nadie pudiera decir que estos mandamientos son difíciles e insoportables —más adelante, efectivamente, había de decir Pedro algo semejante: *¿Quién puede salvarse?* Y además: *Si así está el asunto del hombre con la mujer, no conviene casarse* (Mt 19,25.10)— Para que nadie, pues, pudiera decir también ahora lo mismo, ya antes ha demostrado que se trata de preceptos fáciles, alegando motivos muchos y continuos capaces de persuadirnos de ello; pero en este momento toca la cúspide de la facilidad, y no es un alivio cualquiera el que excogita para nuestros trabajos, sino la ayuda de la perseverante oración. Porque no basta —nos viene a decir el Señor— con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto, y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomará parte en nuestros combates y nos lo hará todo fácil. Por eso, no sólo nos mandó pedir, sino que nos garantizó que se nos dará lo que pidiéremos.

Ahora tampoco nos mandó simplemente pedir, sino pedir con grande perseverancia y fervor. Eso quiere decir el imperativo: *Buscad*. Y es así que el que busca, echando de su pensamiento todo lo otro, sólo piensa en lo que busca y no se da cuenta de nadie que esté a su lado. Bien saben lo que digo quienes andan buscando el oro y el esclavo que hayan perdido. Con la palabra "buscar", eso es lo que nos quiso dar el Señor a entender. Con las de "llamar a la puerta", con qué vehemencia y ardiente espíritu hemos de acercarnos a la oración. No te desalientes, pues, ¡oh hombre!, ni muestres menos empeño por la virtud que codicia por el dinero. El dinero, mil veces lo has buscado sin encontrarlo, y aun cuando sabes que no lo has de encontrar absolutamente, no dejas piedra por mover para dar con él. Aquí, sin embargo, cuando tienes promesa que recibirás con toda seguridad, no pones ni la mínima parte de aquel empeño que muestras por el dinero. Y, si no recibes inmediatamente, ni aun así has de desalentarte. Por eso justamente dijo el Señor: *Llamad*; pues queda darte a entender que, aun cuando de pronto no se abra la puerta, hay que seguir dando al picaporte.

DEBEMOS PEDIR LO QUE NOS CONVIENE

Y, si no crees a mi afirmación, cree, por lo menos, a la comparación que te puso el Señor: *Porque ¿qué padre hay* —dice— *entre vosotros que, si su hijo le pide pan, le dé una piedra?* Cierto que, si entre los hombres pides continuamente, se te tendrá por pesado y molesto; pero, tratándose de Dios, cuando le molestas, es cuando no le pides; y, si perseveras pidiendo, aun cuando inmediatamente no recibas, recibirás infaliblemente. Justamente si la puerta está cerrada es porque Dios quiere obligarte a que llames. Si no te escucha en seguida, es para que sigas pidiendo. Sigue, pues, pidiendo e infaliblemente recibirás. No puedes decir: ¿Qué voy a hacer, si pido y no recibo? No; ahí está, cerrándote el paso, la comparación que se vale el Señor, con la que no sólo te da razones de confianza por lo que sucede en lo humano, sino que juntamente te hace ver que no sólo hay que pedir, sino pedir lo que conviene: *Porque ¿qué padre hay* —dice— *entre vosotros que le pida su hijo pan y le dé una piedra?* De manera que, si no recibes, es porque pides una piedra. Porque, si es cierto que eres hijo, no basta eso para recibir; más bien la

cualidad de hijo es obstáculo para recibir si, siendo hijo, pides lo que no te conviene. No pidas, pues, nada mundano; pide todo espiritual, e infaliblemente recibirás. Salomón, por haber pedido lo que debía pedir, ya ves qué rápidamente lo recibió (3 Reyes 3,5-14). Dos condiciones, pues, ha de tener la oración: pedir fervorosamente y pedir lo que se debe. Porque también vosotros —nos viene a decir el Señor—, aunque sois padres, esperáis que os pidan vuestros hijos; y, si os piden algo inconveniente, se lo negáis; así como, naturalmente, les concedéis y procuráis lo conveniente.

Así, pues, considerando tú también todo esto, no te apartes hasta recibir; no te retires hasta encontrar; no cejes en tu empeño hasta que se te abra la puerta. Si con este espíritu te acercas a Dios y le dices: "Si no recibo, no me retiro", indefectiblemente recibirás. Eso sí, a condición que pidas lo que está bien te dé Aquel a quien se lo pides y que te convenga a ti que lo pides. ¿Qué cosas son ésas? El buscar todo lo espiritual; pedir perdón después de haber perdonado nosotros a quienes nos han ofendido; levantar a Dios nuestras manos santas, sin ira y sin disensiones (1 Tim 2,8). Si así pedimos, recibiremos. Porque la manera como ahora pedimos, más parece cosa de burla que de oración, más de hombres borrachos que sobrios. — ¿Por qué, pues, me objetas, pido lo espiritual y no lo recibo? —Porque no has llamado a la puerta con todo fervor, o te has hecho indigno de recibir, o te has ido demasiado aprisa.

¿Y por qué razón—me dirás—no nos dijo el Señor mismo lo que hay que pedir? —Pues sí, todo te lo ha dicho anteriormente, y bien claro te ha mostrado con qué asuntos has de presentarte a Dios.

LA BONDAD DE DIOS, MOTIVO SUMO DE CONFIANZA

No me repliques, pues, que ya te has presentado y nada has recibido. No es posible hablar de no recibir tratándose de Dios, que nos ama tanto que cuanto la bondad supera a la maldad, así su amor al de todos los padres. *Porque si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial?* Al hablar así no intentaba el Señor calumniar a la naturaleza humana — ¡Dios nos libre!— ni rebajar a nuestro linaje. Lo que quiso decir es que, puesto en parangón el amor de los padres de la tierra con la bondad de Dios, se la puede llamar maldad. Tal es el exceso de amor que Dios nos tiene. Ahí tienes un

argumento incontrastable, capaz de levantar las mejores esperanzas aun al más desalentado. Y aquí nos hace ver la bondad de Dios por la comparación con los padres terrenos, como antes por los dones mayores que nos ha hecho, que son el alma y el cuerpo. Y eso que Cristo no alega lo que es suma de todos los bienes, es decir, su propia venida al mundo. Porque quien se apresuró a entregar a su propio Hijo a la muerte por amor nuestro, ¿cómo no nos hará gracia de todo lo otro? Es que todavía no se había cumplido su sacrificio. Pablo, sin embargo, sí que lo alega cuando dice: *El que a su propio Hijo no perdonó, ¿cómo no hacernos gracia de todo lo otro?* (Rom 8,32). Pero Cristo mismo, por ahora, habla con los judíos tomando sus pruebas de lo que pasa en lo humano.

LA REGLA DE ORO: "CUANDO QUERÁIS QUE LOS HOMBRES..."

Luego, como quiere el Señor ponernos muy bien ante los ojos que no basta confiar en la oración, si descuidamos lo que está de nuestra parte; ni basta tampoco el propio esfuerzo por sí solo sin la ayuda divina, las dos cosas son menester: buscar la ayuda de lo alto y poner lo que debemos de nuestra parte; de ahí que Él pone constantemente lo uno junto a lo otro. Así, después de muchas exhortaciones a obrar, enseñó también cómo había que orar, y una vez que nos hubo enseñado a orar, nuevamente pasa a decirnos lo que hemos de obrar. Luego vuelve a la oración y nos recomienda que sea continua, diciéndonos: *Pedid, buscad, llamad a la puerta*; pero aquí le tenemos otra vez mandándonos que también nosotros nos esforcemos: *Así, pues* —dice—, *todo aquello que vosotros queréis que los hombres hagan con vosotros, hacédselo también vosotros a ellos*. Todo nos lo resume aquí compendiosamente, a la vez que nos hace ver que la virtud es cosa breve, fácil y conocida de todos. Y notad que no dijo simplemente: "Todo lo que queráis", sino: *Así, pues, todo lo que queráis*... Este *Así pues* no se añadió sin motivo, sino que algo se nos quiso dar a entender con ello. Es como si dijera: Si queréis ser oídos, juntamente con lo que ya os he dicho haced también esto. — ¿Qué? —*Todo lo que quisiereis que los hombres hagan con vosotros*. Mirad cómo también aquí nos mostró que hay que juntar a la oración la perfección en nuestra conducta. Y no dijo: Cuanto quieras que haga Dios contigo hazlo tú

con tu prójimo", sino: *Cuanto queráis que los hombres hagan con vosotros*... En el primer caso pudieras decir: "¿Cómo será eso posible? Dios es Dios y yo soy hombre". No, cuanto tú quieres que haga contigo quien es siervo como tú, hazlo tú también con tu prójimo. ¿Qué cosa más sencilla, qué cosa más justa que ésta? Y, aun antes del galardón, mirad el máximo elogio: *Porque ésta es la ley y los profetas*. De lo que resulta evidente que la virtud nos es natural, y naturalmente sabemos lo que debemos hacer, y no es posible el subterfugio de la ignorancia.

LA PUERTA ESTRECHA

Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la encuentran. La verdad es que más adelante dice el Señor: Mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11,30). Y en lo que poco antes nos ha dicho, nos dio a entender lo mismo. ¿Cómo habla, pues, aquí de puerta estrecha y de camino angosto? Pero aquí particularmente, si bien lo miramos, nos hace ver el Señor que su doctrina es ligera, fácil y hacedera. —Y ¿cómo —me dirás— puede ser fácil una puerta estrecha y un camino angosto? —Pues justamente porque son camino y puerta. Uno y otra, lo mismo si son anchos que estrechos, puerta son y camino. En definitiva, nada de esto es permanente; todo son cosas, lo mismo lo triste que lo alegre de la vida, por donde hay que pasar de largo. Y ya por esta sola consideración es fácil la virtud, y más fácil aún si se mira al fin a que conduce. No es el solo consuelo —y fuera suficiente consuelo— de los que luchamos el pasar de largo por los trabajos y sudores, sino el término feliz a que nos llevan, pues ese término es la vida eterna. Por una parte, pues, lo pasajero de los trabajos y, por otra, la eternidad de la corona, no menos que la consideración que aquéllos son los primeros y ésta la que les sigue, puede ser el mayor aliento en nuestros sufrimientos. De ahí es que Pablo mismo llamó ligera a la tribulación, no porque lo sea en sí misma, sino por la generosa voluntad de los que luchan y por la esperanza de los bienes futuros. *Porque una ligera tribulación* —dice— *nos produce un peso eterno de gloria sobre toda ponderación, corno no miremos nosotros a lo visible, sino a lo invisible* (2 Cor 4,17-18). Porque, si a los marineros se les hacen

ligeros y soportables las olas y el alta mar, a los soldados las matanzas y heridas, a los labradores los inviernos con sus hielos y a los púgiles los ásperos golpes por la esperanza de las recompensas, perecederas al fin y deleznables, ¿cuánta más razón hay para que no sintamos nosotros trabajo alguno, cuando se nos propone por premio el cielo, los bienes inefables y las recompensas inmortales?

LA ESTRECHEZ DEL CAMINO, MOTIVO PARA ANDARLO CON FERVOR

Pero si todavía hay quienes siguen creyendo que el camino es trabajoso, ello es sólo invención de su tibieza. Mirad, si no, cómo nos lo hace fácil por otro lado, al mandarnos que no nos mezclemos con los perros, ni nos entreguemos a los cerdos, ni nos fiemos de los falsos profetas. Por todas partes nos arma para el combate. Y hasta el hecho mismo de llamarlo estrecho, contribuye de modo especialísimo a hacerlo fácil, pues nos dispone a estar alerta. También Pablo nos dice que *nuestra lucha no es contra la carne y la sangre* (Ef 6,12). Pero no habla así porque quiera desanimar a sus soldados, sino justamente para levantar sus pensamientos. Así aquí el Señor llamó áspero al camino justamente para sacudir la soñolencia de los caminantes. Y no sólo de ese modo nos dispuso a estar alerta, sino añadiendo también que son muchos los que tratan de echarnos la zancadilla. Y lo peor es que no atacan abiertamente, sino con disimulo. Tal es la casta de los falsos profetas. Sin embargo —dice el Señor—, no miréis que el camino es áspero y estrecho, sino adónde va a parar; ni que el camino contrario es ancho y dilatado, sino adónde os despeña. Todo esto lo dice para despertar nuestro fervor, al modo que en otra ocasión dijo: *Los violentos arrebatan el reino de los cielos* (Mt 11,12). Porque, cuando el atleta ve que el presidente de los juegos admira lo trabajoso de los combates, cobra nuevo ánimo en la lucha. No nos desalentemos, pues, cuando de ahí nos resulten muchas molestias. Porque, si es estrecha la puerta y angosto el camino por donde vamos, pero no así la ciudad adonde vamos. No hemos de esperar aquí descanso; pero tampoco hay que temer allí tristeza.

NO MIREMOS A LOS MÁS, SINO A LOS MENOS

Por lo demás, al decir el Señor que pocos son los que lo encuentran, una vez más puso patente la desidia de la masa, a la vez que enseñó a sus oyentes a seguir no las comodidades de los más, sino los trabajos de los menos. Porque los más —nos dice— no sólo no caminan por ese camino, sino que no quieren caminar. Lo que es locura suma. Pero no hay que mirar a los más ni hay que dejarse impresionar por su número, sino imitar a los menos y, pertrechándonos bien por todas partes, emprender así decididamente la marcha. Porque, aparte ser camino estrecho, hay muchos que quieren echarnos la zancadilla para que no entremos por él.

ATENCIÓN A LOS FALSOS PROFETAS

Por eso añade el Señor: *¡Cuidado con los falsos profetas! Porque vendrán a vosotros, vestidos de piel de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces*. He aquí, además de los perros y de los cerdos, otro tipo de insidia y asechanza, éste más peligroso que el otro, pues los unos atacan franca y descubiertamente y los otros entre sombras. De ahí también que de los unos nos mandó simplemente apartarnos; mas a los otros quiere que los examinemos cuidadosamente, pues no es fácil verlos a la primera acometida. Por eso nos dice esa palabra de *¡cuidado!*, con la que quiere hacernos más diligentes en distinguirlos. Nos ha hablado el Señor de la puerta estrecha y del camino angosto, nos dice que tenemos que seguir senda contraria a la de los más, que nos guardemos de perros y cerdos, y, como si éstos fueran pocos, nos viene ahora otra casta peor, ésta de los lobos. Había quizá para desanimarse. Pues para que no se desanimaran sus oyentes con este cúmulo de dificultades —sobre andar por camino contrario al del vulgo habían también de ir preocupados por tanto animal dañino— les recordó lo que había ya acontecido en tiempos de sus padres, nombrándoles a los falsos profetas. Fue, en efecto, entonces cuando éste apareció. No os turbéis, pues —les dice—, puesto que no es cosa nueva ni maravillosa lo que ha de sucederos. En todo tiempo tuvo interés el diablo en suplantar la verdad por la mentira. A mi parecer, al nombrar aquí a los falsos profetas, no alude el Señor a los herejes, sino a quienes, siendo de vida corrompida, se ponen la

máscara de la virtud, y a quienes el vulgo da el nombre de impostores. Por eso prosiguió diciendo: *Por sus frutos los conoceréis*. Realmente, entre los herejes se hallan muchas veces gentes de vida recta; entre los que he dicho antes, jamás.

ES FÁCIL DESCUBRIR AL IMPOSTOR

—Y ¿qué hacer —me diréis—, si también éstos la fingen? —La pueden fingir, pero será más fácil cogerlos. Porque por su naturaleza misma, este camino que el Señor nos ha mandado andar es trabajoso y molesto, y el hipócrita, por nada del mundo quiere sufrir, sino sólo aparentarlo. De ahí que es fácil argüirle. El Señor nos ha dicho que son pocos los que encuentran el camino estrecho, con lo que distingue a los que realmente lo han encontrado de quienes, sin haberlo jamás pisado, fingen que van por él; con lo que nos manda también que no miremos a los que se ponen la máscara, sino a los que de verdad lo siguen. —Pero ¿por qué —me dirás— no nos los puso Cristo mismo de manifiesto, sino que nos echó a nosotros a su búsqueda? —Pues para que vigilemos y estemos siempre a punto para la lucha, pues tenemos que guardarnos no sólo de los enemigos manifiestos, sino también de los ocultos. Son los que nos dio también a entender Pablo cuando dijo: *Los que con la suavidad de sus palabras engañan los corazones de los inocentes* (Rom 16,18). No nos turbemos, pues, cuando aun ahora veamos a muchos como ésos, pues de antemano nos dijo Cristo que habían de venir.

Y admirad la mansedumbre del Señor. Porque no dijo: Castigadlos, sino: "Procurad que no os dañen, no caigáis incautamente en sus redes".

EL ÁRBOL BUENO DA FRUTOS LUENOS

Luego, para que no digas que es imposible reconocer a los falsos profetas, te pone el Señor un ejemplo tomado de lo humano y te dice: *¿Acaso se cosechan uvas de los espinos o higos de los zarzales? Así, todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo produce frutos malos. No puede un árbol bueno producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos*. Quiere decir: No hay mansedumbre, no hay dulzura alguna en los falsos profetas. De ovejas sólo tienen la piel. Por eso es fácil distinguirlos. Y para que no tengas ni la más ligera duda, te pone los ejemplos

de cosas que han de suceder por necesidad de la naturaleza. Lo mismo que decía Pablo: *El sentir de la carne es muerte, porque no se somete a la ley de Dios, pues ni siquiera le es posible* (Rom 8,6-7). Y, si repite dos veces lo mismo, no es repetición inútil. Que nadie diga: El árbol malo, unas veces produce frutos malos y otras buenos. Y, por ser doble el fruto, es difícil la discriminación del árbol. No —te contesta Cristo—. El árbol malo produce siempre frutos malos y no puede jamás producirlos buenos. Como, naturalmente, al revés. — ¿Pues qué? —me dirás—. ¿No puede haber un hombre bueno que se haga malo, y al revés? Llena está la vida de casos semejantes. Pero no es eso lo que dice Cristo. No dice que sea imposible que el malo cambie y que el bueno no pueda caer. El malo puede efectivamente convertirse a la virtud; pero, mientras permanezca en su maldad, no producirá fruto bueno. — ¿Cómo es, pues, que David, que era bueno, produjo fruto malo? —No lo produjo permaneciendo bueno, sino cambiado, pues de haber seguido en la virtud, no se hubiera atrevido a lo que se atrevió.

Pero también dijo eso el Señor para tapar la boca a los que calumnian sin motivo a los otros y poner un freno a las lenguas de los maldicientes. Porque, como hay muchos que sospechan de los buenos por los malos, el Señor mandó que a cada uno se le juzgue por sus frutos. Ya no puedes decir: —Me he engañado, y por eso he formado un falso juicio. —Pues por eso —te responde Cristo— te he dado un medio seguro de discernimiento y te he mandado que te guíes por las obras, no que todo lo confundas indiscretamente.

EL DESTINO DEL ÁRBOL MALO

Luego como realmente no mandó que se castigara a los falsos profetas, sino solamente que nos guardáramos de ellos, tratando a la vez de consolar a los por éstos perjudicados y de atemorizarlos y convertirlos a ellos mismos, les pone delante el castigo que Él les ha de dar, diciendo: *Todo árbol que no produce buen fruto es arrancado y se le echa al fuego*. Pero luego mitiga un poco su sentencia y dice: *Así, pues, por sus frutos los conoceréis*. Y para que no pareciera que para él la amenaza era lo principal, trata aquí de conmover su espíritu en forma de exhortación y de consejo. Aquí paréceme a mí que señala el Señor también a los judíos, que

efectivamente producían tales frutos, por lo que citó las palabras mismas de Juan, describiéndoles el castigo con expresiones semejantes. Porque también Juan les había hablado de ese modo, recordándoles la segur y el árbol cortado y el fuego inextinguible (Mt 3,10).

LA DOBLE PENA DEL INFIERNO: EL FUEGO Y LA PRIVACIÓN DE DIOS

Aparentemente, no hay aquí más que un solo castigo, que es el ser quemado por el fuego; sin embargo, si cuidadosamente lo examinamos, veremos que son dos, porque el que es quemado, es juntamente desterrado para siempre del reino de Dios. Y este castigo es más grave que el primero. Ya sé que muchos sólo temen el fuego del infierno; pero yo no vacilo en afirmar que la pérdida de la gloria eterna es más amarga que el fuego mismo. Ahora, que eso no lo podamos expresar con palabras, nada tiene de extraño, pues tampoco sabemos la bienaventuranza de los bienes eternos para podernos dar cabal cuenta de la desgracia que es vernos privados de ellos. Pablo, sin embargo, que se la daba perfecta, sabe que la pérdida de la gloria de Cristo es el más grande de todos los males (Cf. Rom 9,3). Y nosotros también lo sabremos cuando de ello tengamos experiencia.

NO GOZAR DE CRISTO, PENA SUPERIOR A MIL INFIERNOS

Pero concédenos, ¡oh Hijo unigénito del Padre!, que jamás hayamos de sufrir esos tormentos, que jamás probemos por experiencia ese castigo irremediable. Cierto, cuán grande mal sea la pérdida de los bienes eternos, no es posible expresarlo con palabras. Sin embargo, en cuanto yo alcance, intentaré y me esforzaré en declarároslo por un ejemplo. Supongamos, pues, un niño maravilloso que, aparte estar adornado de toda virtud, es rey de toda la tierra, y está además dotado de prendas tales que obliga a todo el mundo a que le tengan amor de padre. ¿Qué pensáis, pues, no estará dispuesto a sufrir alegremente el padre de ese niño, a trueque de no verse privado de su compañía? ¿Qué mal, grande o pequeño, no tolerará a cambio de verle y gozar de su presencia? Pues pensemos eso mismo acerca de la gloria eterna. No, no hay niño, por muchas gracias que posea, tan amable y

deseable para su padre como la posesión de aquellos eternos bienes, como el ser desatados y estar con Cristo. Cierto, insufrible es el infierno y el castigo que allí se padece. Sin embargo, aun cuando me pongas mil infiernos delante, nada me dirás comparable con la pérdida de aquella gloria bienaventurada, con la desgracia de ser aborrecido de Cristo, de tener que oír de su boca: *No te conozco*; que nos acuse que le vimos hambriento y no le dimos de comer (Mt 23,35). Cierto, más valiera que mil rayos nos abrasaran, que no ver que aquel manso rostro nos rechaza y que aquellos ojos serenos no pueden soportar el mirarnos. Porque si, cuando yo era enemigo suyo y le aborrecía y le rechazaba, de tal modo me amó que no se perdonó a sí mismo y se entregó a la muerte por mí, ¿con qué ojos podré mirarle si después de todos esos beneficios, cuando le vi hambriento, no le di un pedazo de pan?

AUN EN LA SENTENCIA DE CONDENACIÓN, MUESTRA EL SEÑOR SU BENIGNIDAD

Pero considerad aun aquí su mansedumbre, pues no nos hace la enumeración de sus beneficios ni nos echa en cara que, después de tantos recibidos, le hemos despreciado. No nos dice el Señor: “Yo soy el que te saqué del no ser al ser, yo te inspiré el alma, yo te constituí sobre todas las cosas de la naturaleza. Por ti hice la tierra y el cielo y el mar y el aire y cuanto existe, y tú me despreciaste y me tuviste en menos que al diablo. Y, sin embargo, ni aun así te abandoné, sino que, después de todo eso, inventé mil invenciones de amor y quise hacerme esclavo y fui abofeteado y escupido y crucificado, y morí con la más afrentosa de las muertes. Y por ti intercedo también en el cielo, y te hice gracia del Espíritu Santo, y te concedí por mi dignación mi propio reino, y quise ser cabeza tuya; tu esposo, y tu vestido, y tu casa, y tu raíz, y tu alimento, y tu bebida, y tu pastor, y tu rey, y tu hermano, y tu heredero, y coheredero, y te saqué de las tinieblas al poder de la luz”. Todo esto y muchas cosas más podía el Señor decir y nada de esto dijo. ¿Pues qué dijo? Escuetamente el pecado mismo. Y aun aquí muestra su amor y pone patente el deseo que tiene de tu salvación. Porque no dijo: “Id al fuego que está preparado para vosotros", sino: *Id al fuego que está preparado para Satanás*. Y aun antes dice las iniquidades de los así sentenciados y no las enumera todas, sino sólo unas cuantas. Y llama primero a los que obraron

bien a fin de mostrar por el contraste mismo que su condenación es justa.

Ahora bien, ¿qué castigo pudiera compararse con esas solas palabras? Nadie que viera a un bienhechor suyo hambriento le abandonaría; y, si le hubiera abandonado, preferiría que le tragara la tierra antes que oír que le echan en cara su mala acción en presencia de dos o tres amigos. Pues ¿qué sentiremos nosotros cuando oigamos en presencia de toda la tierra cosas que ni el Señor mismo nos diría de no tener Él necesidad de justificarse a sí mismo? Porque no, no dijo Él lo que dijo con intento de afrentarnos, sino de defenderse a sí mismo y demostrar que no sin motivo y porque sí pronunció contra los réprobos aquella sentencia: *Apartaos de mí*. Lo cual es evidente por sus inefables beneficios. De haber querido afrentarlos, pudiera haber dicho todo lo antes dicho; mas lo cierto es que sólo habló de las ofensas por Él sufridas.

TODO LO HUMANO ES UN JUEGO DE NIÑOS

Temamos, pues, carísimos, no tengamos que oír un día esas palabras. La vida no es un juego, o, por mejor decir, la presente vida sí que es un juego, pero no la eternidad. Pero tal vez ni siquiera pueda llamarse juego a la vida, sino cosa peor, pues no termina en risa, sino en daño inmenso para quienes no quieren ordenar ajustadamente su conducta. Porque, dime, por favor: ¿qué diferencia hay entre los niños, que juegan a construir casitas, y nosotros, que edificamos espléndidos edificios? ¿Qué diferencia hay entre ellos cuando toman su desayuno y nosotros banqueteamos? Ninguna, si no es la que nosotros merecemos castigo en nuestras acciones. Y, si todavía no nos damos cuenta de la ridiculez de lo que hacemos, nada tiene eso de extraño, como quiera que todavía no hemos llegado a hombres. Apenas lleguemos, veremos que todo aquello no pasaba de juego de niños. Cuando nos hacemos hombres, nos reímos de los niños; pero cuando éramos niños, aquello nos parecía la cosa más seria del mundo, y, al recoger nuestros tejones y barro, no nos sentíamos menos orgullosos que los que levantan las grandes murallas de las ciudades. Pronto, sin embargo, se deshacían y venían al suelo nuestras casitas de niños, y, aunque se mantuvieran en pie,

tampoco nos servían para nada. Exactamente como estos nuestros espléndidos edificios de hombres, pues no pueden albergar a un ciudadano del cielo, ni soportaría poner en ellos su morada el que tiene allá arriba su patria. Y como nosotros derribamos con el pie las casas de los niños, así el ciudadano del cielo echa por tierra a las nuestras con su pensamiento. Y como nosotros nos burlamos de los lloros de los niños al tirarles sus casas, así aquellos celestes ciudadanos, cuando nos ven lamentarnos de lo de acá, no tanto ríen como lloran, pues tienen entrañas de compasión y saben el gran daño que de ahí nos resulta. Hagámonos, pues, hombres ¿Hasta cuándo nos estaremos revolcando por el suelo y pondremos todo nuestro orgullo en piedras y pajuelas? ¿Hasta cuándo estaremos jugando? ¡Y ojala fuera sólo jugar! La verdad es que estamos traicionando nuestra salvación. Los niños, cuando pasan todo el tiempo en sus juegos y descuidan aprender sus lecciones, reciben sus buenos palos. Pues también nosotros, que consumimos todas nuestras energías en lo temporal, cuando un día se nos examine cómo hemos llevado a la práctica las enseñanzas espirituales y no tengamos qué responder, tendremos que sufrir el último suplicio. Y de ello nadie se exceptúa o exime: ni padre ni hermano ni otro cualquiera. Todas estas cosas han de pasar; mas el tormento que de ellas nos ha de venir permanece inmortal y nunca interrumpido. Algo así pasa con los niños. Llega un momento en que el padre, en castigo de su pereza, les hace trizas sus juguetes, y ellos se entregan a un llanto sin fin.

LA VIRTUD, LA MEJOR DE LAS RIQUEZAS

Para que te des cuenta que ello es como yo te digo, pongamos un ejemplo de la cosa que parece más apetecible de la vida: la riqueza; y pongamos frente a ella la virtud del alma que tú quieras, y verás entonces cuán poco vale a su lado la riqueza. Supongamos, pues, dos hombres, y no hablo por ahora de avaricia, sino de riqueza justa. De estos dos hombres, el uno acumule dinero, pase el mar, cultive la tierra, encuentre, en fin, muchos otros modos de granjería. No sé si de todos estos tratos y andanzas podrá salir sin menoscabo de la justicia; mas sea así y supongamos que todas sus ganancias son justas. Compre campos y esclavos y cosas semejantes, y no entre en todo ello injusticia

alguna. El otro supongámosle tan rico como el primero: venda sus campos, venda sus casas y sus vasos de oro y plata y distribuya su precio a los necesitados, socorra a los pobres, cure a los enfermos, ayude a los que están en necesidad, dé libertad a los encarcelados, libre a los condenados a las minas, rompa la cuerda de los que van a ahorcarse, libre a los cautivos de su castigo. Ahora bien, ¿de qué parte querríais ser? Y conste que no hablo todavía de lo por venir, sino sólo de lo presente. ¿De qué parte, pues, querríais ser? ¿Del que amontona oro o del que socorre desgracias? ¿Del que compra fincas y más fincas o del que se convierte en puerto de refugio de los hombres? ¿Del que va forrado de oro o del que lleva por corona las bendiciones de todo el mundo? ¿No es así que el uno de estos hombres se parece a un ángel bajado del cielo para socorro de los otros hombres, y el otro, no a un hombre, sino a un chiquillo que amontona sin ton ni son todo lo que encuentra a mano? Ahora bien, si el hacer dinero justamente es cosa tan ridícula y de insensatez suma, cuando a ello se añade la injusticia, ¿qué miseria podrá compararse con ésa? Pero si a lo ridículo se añade el infierno y la pérdida del reino de los cielos, ¿qué lágrimas serán bastantes para llorar la suerte de ese hombre tanto en vida como después de su muerte?

EL HOMBRE HUMILDE ES MÁS ADMIRABLE QUE EL GRANDE Y FASTUOSO

Pero tomemos, si te place, otro dominio de la virtud. Supongamos, pues, a otro hombre, constituido éste en dignidad, que manda sobre todos, que goza de grandes honores: lleva su heraldo, se ciñe espléndida faja, le acompañan lictores y todo un tren de servidores. ¿No te parece todo esto grande y digno de ser envidiado? Pues ya, pongamos nuevamente frente a éste, otro: paciente, manso, humilde y generoso. Sea éste injuriado y golpeado, y todo lo soporte con facilidad y hasta ruegue por quienes así le tratan. ¿Quién de los dos, dime, será más admirable: el hinchado y engreído o el humilde? ¿No es así que aquí también el uno se asemeja a las potencias celestes, que no sienten pasión alguna, y el otro a un fuelle hinchado o a un hidrópico con toda hinchazón? El uno a un médico espiritual y el otro a un ridículo muchacho que hincha de aire sus carrillos. Porque, ¿de qué te enorgulleces, oh hombre? ¿De que andas levantado del suelo

sobre un carro? ¿De que te lleva un tronco de mulos? ¿Y qué es eso? De la misma manera vemos que se transporta madera y piedra. ¿De que vas vestido de hermosas ropas? —Mira al que, en lugar de esas ropas, va adornado de virtud, y verás que tú te asemejas a heno podrido, y él a un árbol que da maravilloso fruto y alegra grandemente a los que lo contemplan. Tú no llevas en realidad contigo sino comida de gusanos y polilla, que, apenas te acometan, te han de dejar desnudo de todo ese ornato. ¡Vestidos, oro, plata! Los vestidos son tejidos de gusano; el oro y la plata son tierra y polvo, otra vez tierra y nada más. Pero el que va vestido de virtud, lleva ropas tales que no sólo no son atacadas de la polilla, sino que ni la muerte misma las puede destruir. Y es natural, porque no tienen su origen estas virtudes del alma en la tierra, sino que son fruto del Espíritu Santo. Por eso no pueden ser roídas de los dientes de los gusanos. Estos vestidos se tejen en el cielo, y allí no hay ni polillas, ni gusanos, ni cosa semejante.

EXHORTACIÓN FINAL: AMEMOS LAS COSAS, NO LOS NOMBRES

Dime, pues, qué es mejor: ser rico o ser pobre, estar en dignidad o en deshonor, tener abundancia o sufrir hambre. Evidentemente, mejor es la dignidad, la abundancia y la riqueza. Si, pues, amas las cosas y no sus nombres, deja la tierra y las cosas de la tierra y anda en el cielo tu nave; pues lo de acá es sombra y lo de allá es la realidad, lo inmutable, lo firme, lo que nadie nos pueda arrebatar. Abracémoslo, pues, con toda nuestra alma, a fin de librarnos del tumulto de las cosas de la tierra y abordar al puerto tranquilo de la eternidad cargados de ricas mercancías y con la riqueza inexplicable de la limosna. Concédanos el Señor presentarnos llenos de esa riqueza al terrible tribunal y alcanzar así el reino de los cielos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos (Mt 7,21ss).

NO BASTA DECIR: "SEÑOR, SEÑOR"

¿Por qué no dijo Cristo: "El que haga mi voluntad? —Porque por entonces bastaba que aceptaran lo que les dice, pues eso otro hubiera sido demasiado fuerte para la debilidad de sus oyentes. Por lo demás, por lo uno dio a entender lo otro, como quiera que el Hijo no tiene otra voluntad que la del Padre. Pero aquí me parece que trata el Señor de herir particularmente a los judíos, que todo lo hacían consistir en sus doctrinas y no se preocupaban para nada de la vida. Por la misma razón los recrimina Pablo, diciéndoles: *Sí, tú te llamas judío, y descansas en la ley, y te glorías en Dios, y conoces su voluntad*... (Rom 2,17-18). Pero ningún provecho sacas de ahí, cuando ando tu vida y obras de virtud no se ven por ninguna parte.

NI SIQUIERA HACER MILAGROS EN SU NOMBRE

Pero el Señor no se paró ahí, sino que dijo algo mucho más grande: *Porque muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre?"* Como si dijera: "No sólo es arrojado de los cielos el que tiene fe, pero ha descuidado su vida, sino hasta el que hubiere obrado con su fe muchos milagros, pero no hubiere practicado bien alguno, quedará también excluido de aquellas sagradas puertas. *Porque muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre?"* ¿Veis cómo ya ahora, que ha terminado todo su discurso, se introduce el Señor veladamente a sí mismo y les da a entender que Él es el juez? Pues que a los pecadores les espera castigo, ya lo había hecho ver anteriormente; mas quién ha de castigarlos, sólo ahora lo revela. Y no dijo abiertamente: "Yo soy el juez", sino: *Muchos me dirán...*; con lo que aquí nuevamente viene a conseguir lo mismo. Porque, si no hubiera de ser Él el juez, ¿cómo les hubiera podido decir: *Y entonces yo les contestaré: "Apartaos de mí: Jamás os he conocido"?* Como si dijera: "No sólo no os conozco ahora en el

momento del juicio, mas ni siquiera entonces os conocí, cuando hacíais milagros". Por eso les decía también a sus discípulos: *No tanto os alegréis que se os sometan los demonios cuanto que vuestros nombres estén escritos en los cielos* (Lc 10,20). Y en todas partes nos exhorta el Señor a que tengamos mucha cuenta con nuestra vida. Porque no es posible que un hombre que vive rectamente y se ha librado de todas sus pasiones, se vea jamás abandonado; y, si acaso alguna vez se extraviare del buen camino, pronto le volverá Dios mismo a la verdad.

Hay quienes piensan que éstos que así hablaban lo decían mintiendo y que por eso justamente no se salvaron. Pero en este caso el Señor prueba lo contrario de lo que intenta. Porque lo que aquí nos quiere hacer ver es que la fe sin las obras no vale para nada. Luego, encareciéndolo más, añadió los milagros, declarándonos que no sólo la fe, mas ni el hacer milagros aprovecha nada a quien los hace si no le acompaña la virtud: Mas, si aquéllos no los habían hecho, ¿cómo podía el Señor juntar aquí ambas cosas? Por otra parte, ni ellos mismos se hubieran atrevido a hablar así, mintiendo, en pleno juicio. En fin, la respuesta misma y antes la pregunta prueban que efectivamente habían hecho milagros. Y es que, como veían que el desenlace era tan contrario a lo que ellos esperaban —aquí habían sido objeto de la admiración de todo el mundo por sus milagros y ahora se veían ya con la pena encima—, preguntan espantados y maravillados: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre? ¿Cómo nos rechazas tú ahora? ¿Qué significa este desenlace tan extraño y sorprendente?" Mas, si ellos se maravillaron de verse condenados después de haber obrado milagros, tú no tienes por qué maravillarte. Porque esta gracia pertenece toda al que la da y ellos no añadieron cosa de su parte; y con toda justicia se los castiga, pues fueron desconocidos e ingratos para quien de tal manera los honró, que, aun siendo indignos de ella, les hizo gracia de obrar milagros. — ¿Pues qué —me dirás—, siendo unos inicuos, hicieron esos milagros? —A esto responden algunos que no fueron inicuos al tiempo de hacer los milagros, sino que cambiaron luego y entonces fue su iniquidad. Pero en este caso, tampoco establece aquí el Señor lo que pretende. Porque lo que el Señor nos está diciendo es que sin la vida buena, ni la fe ni los Milagros valen para nada. Exactamente lo que decía Pablo: *Si tuviere una fe capaz de trasladar las montañas y conociere todos misterios y poseyere toda*

la ciencia; pero no tuviere la caridad, nada soy (1 Cor 13,2). —¿Quiénes son, pues, estos? —me preguntarás—. Muchos de los que habían creído en el Señor recibieron carismas, por ejemplo, aquel que expulsaba los demonios y no estaba con Él (Mc 9,37). Ejemplo también Judas. Porque Judas también, con toda su maldad, había recibido el carisma de hacer milagros. Y en el Antiguo Testamento puede también verse cómo la gracia obra muchas veces en los indignos para beneficio de los otros. Y es que no todos eran aptos para todo. Unos eran de vida pura, pero no tenían tanta fe; otros, al contrario. De ahí que el Señor exhorta a los unos por los otros: a los de vida pura, a que tengan más fe; a los que hacen milagros, a que por esta misma gracia inefable se vuelvan mejores en su vida.

DIOS DA SUS CARISMAS HASTA A LOS INDIGNOS

Por eso repartía sus carismas con gran abundancia: *Hemos hecho* —le dicen— *muchos milagros*. *Pero yo les contestaré entonces: No os conozco*. Ahora creen que son amigos míos; pero entonces verán que no les hice esa gracia como amigos. Y no te maravilles que concediera sus carismas a hombres que, creyendo en Él no vivían de manera conforme a su fe, pues vemos que obra también maravillas en quienes no tenían ni lo uno ni lo otro. Así, Balaán ni tenía fe ni llevaba vida buena; y, sin embargo, en él obró la gracia para dispensación de otros. Y por el estilo era un Faraón; y, sin embargo, también a éste le mostró Dios lo por venir. Nadie más malvado que Nabucodonosor, y también a él le reveló Dios lo que había de suceder después de muchas generaciones; y a su hijo, que sobrepujaba en maldad a su padre, le mostró también lo futuro dispensando grandes y maravillosas cosas. Como quiera, pues,' que estaba entonces la predicación del Evangelio en sus comienzos y era menester que Dios hiciera un grande alarde de su poder, muchos, aun de los indignos, recibieron el don de hacer milagros. Sin embargo, ningún provecho sacaron de ellos, antes bien, merecieron mayor castigo. De ahí la terrible palabra que el Señor les dirige: *Jamás os he conocido*. Y es así que a muchos los aborrece el Señor ya desde esta vida y antes del juicio ya son condenados. Temamos, pues, carísimos, y pongamos todo cuidado en nuestra vida. No pensemos que perdemos nada porque ahora no hagamos

milagros. Como ahora no perdemos nada de no hacemos, tampoco en el juicio llevaríamos ventaja alguna por haberlos hecho. Lo que importa es que nos demos enteramente a la virtud. De los milagros, seríamos nosotros deudores a Dios; pero de la vida y obras buenas, Dios es deudor nuestro.

LA VIRTUD ES EL MAYOR BIEN AUN EN ESTA VIDA

Ya ha terminado, pues, el Señor, todo su discurso: Con toda puntualidad nos ha hablado de la virtud; nos ha puesto delante los varios linajes de gentes que la fingen, es decir, a los que ayunan y oran por sola ostentación, y los que se nos presentan vestidos de piel de oveja; y también a los que la destruyen, que son los que al llamó perros y cerdos. Ahora, para mostrarnos cuán grande ganancia sea la virtud, aun en esta vida, y cuán grande pérdida la maldad, nos dice: *Así, pues, todo el que oye estas palabras mías y las practica, se asemeja a un hombre prudente*... Los que no las practican, aun cuando hicieren milagros, ya habéis oído lo que han de sufrir; ahora es menester que sepáis qué ventajas tendrán aquellos que obedezcan a todo lo que yo mando, y eso no sólo en la vida venidera, sino ya en la presente: *Porque todo el que oye estas mis palabras y las practica, se asemeja a un hombre prudente*. Notad cómo matiza el Señor su discurso. Primero ha dicho: *No todo el que me diga: "Señor, Señor"*, en lo que se revela a sí mismo. Otra vez: *El que haga la voluntad de mi padre*. Y otra vez, presentándose a sí mismo como juez: *Muchos me dirán en aquel día: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre?" Y yo les contestaré: No os conozco*. Y aquí, finalmente, nuevamente se nos descubre a sí mismo como quien tiene poder sobre todas las cosas. Por eso dijo: *Todo el que oye estas palabras mías*...

Todo lo hasta ahora dicho por el Señor, lo había referido a lo por venir: el reino de los cielos, la recompensa inexplicable, el consuelo a los que lloran y todo lo demás; mas ahora nos quiere dar los frutos que aun acá hemos de cosechar, nos quiere mostrar cuán grande sea, aun para la presente vida, la fuerza de la virtud. —¿Cuál es, pues, la fuerza de la virtud? —El vivir con seguridad, el no ser presa fácil de ninguna desgracia, el estar por encima de cuanto pudiera dañarnos. ¿Puede haber bien comparable con ése? Ni el mismo que se ciñe la diadema puede adquirirlo para sí mismo.

Ése es privilegio del que practica la virtud. Sólo éste lo posee con creces; sólo él goza de calma en medio del Euripo y mar revuelto de las cosas humanas. Porque eso es justamente lo maravilloso, que no habiendo bonanza en el mar, sino tormenta deshecha y grande agitación y tentaciones sin cuento, nada puede turbar lo más mínimo al hombre virtuoso. *Porque cayeron las lluvias* —dice el Señor— *vinieron los ríos, soplaron los vientos y dieron contra la casa; pero no se derrumbó, porque está asentada sobre la roca*. Llama aquí el Señor figuradamente lluvias, ríos y vientos a las desgracias y calamidades humanas, como calumnias, insidias, tristezas, muertes, pérdidas en lo propio, daños de los extraños y todo, en fin, cuanto puede llamarse males de la vida presente. Pero un alma así —nos dice el Señor— a ninguno de estos males se abate; y la razón es porque está cimentada sobre la roca viva. Y roca viva llama a la firmeza de su doctrina. En verdad, más firmes que una roca son estos preceptos de Cristo, que nos levantan por encima de todos los oleajes humanos. El que con perfección los guarde, no sólo saldrá triunfador de los hombres que pretenden ofenderle, sino de los mismos demonios que le tiendan asechanzas.

SE CONFIRMA LO DICHO CON ALGUNOS EJEMPLOS

Y que todo esto no sea pura baladronada, nos lo puede atestiguar Job, que sufrió todos los ataques del diablo y permaneció inconmovible. Atestiguárnoslo pudieran también los apóstoles, contra quienes fueron a estrellarse todas las olas de la tierra, de los pueblos y de los tiranos, de propios y extraños, de los demonios y del mismo diablo; contra quienes no hubo traza que no se moviera, mientras ellos permanecían más firmes que una roca y terminaron venciéndolo todo. ¿Qué vida, por tanto, puede haber más afortunada que ésta? Esto no puede prometérnoslo ni la riqueza, ni la fuerza corporal, ni la gloria, ni el poder ni otra cosa alguna de este mundo, sino sola y únicamente la posesión de la virtud. Porque no es posible, no, hallar otra vida libre de todo mal, sino ésta únicamente. Y de ello, vosotros mismos sois testigos, los que conocéis las intrigas de los palacios y los alborotos y confusión de las casas de los ricos. Nada de esto en los apóstoles. —Pues ¿qué? —me diréis—. ¿Es que a los apóstoles no les avino nada de

eso ni tuvieron que sufrir nada de nadie? —No, no es eso. Lo admirable justamente es que tuvieron que sufrir muchas insidias y sobre ellos estallaron muchas tormentas; pero nada de eso logró abatir su alma ni sumirlos en el desaliento, sino que, luchando con cuerpos desnudos, vencieron y triunfaron.

NADA PUEDE DAÑAR AL HOMBRE DE VIRTUD

Pues también tú, como te decidas a guardar con perfección todos estos preceptos del Señor, harás burla de todas las cosas; y, si te pertrechas de la filosofía de estas exhortaciones suyas, nada habrá que pueda causarte pena. ¿En qué te podrá, efectivamente, dañar, el que quiera tenderte una asechanza? ¿Que te quitará tu dinero? Pero antes que tu enemigo te amenace con eso, ya tienes tú mandato de despreciarlo y de estar hasta punto tal desprendido de él, que ni a Dios has de pedirle nada semejante en tu oración. ¿Es que te va a echar a la cárcel? Pero antes que nadie te hable de cárcel, ya tienes tú mandamiento de vivir crucificado al mundo entero. ¿Es que te maldice tu enemigo? Pero también de este dolor te libró Cristo, al prometerte, sin trabajo alguno de tu parte, una gran recompensa por tu paciencia y al purificarte de tal modo de la irritación y tristeza que de ahí pudiera venirte, que hasta te mandó que rogaras por tus enemigos. Pero es que te acosa y te abruma de males infinitos. Con ello no hace sino labrarte más espléndida corona. En fin, te quita la vida, te asesina. Pero con eso justamente te hace el supremo beneficio, pues te procura el premio de los mártires, te envía por el camino más corto al puerto sin tormentas, te acrecienta el motivo de tu galardón y te da ganado el pleito de la cuenta común. Porque lo más maravilloso es que no sólo no nos dañan en nada nuestros enemigos, sino que con sus insidias y persecuciones acrecientan nuestra gloria. ¿Qué mejor, pues, que abrazar un linaje de vida, cual éste es únicamente? Y es que como nos había hablado el Señor del camino estrecho y áspero, para alentarnos en los trabajos, aun de tejas abajo, ahora nos pone delante la gran seguridad y hasta el gran placer que en él se halla; así como, por lo contrario, la gran corrupción y daño del otro. Porque como nos puso el Señor ante los ojos el premio de la virtud, aun en la presente vida, también nos mostró el castigo que lleva consigo la maldad. Y es que, como siempre lo estoy diciendo y

ahora lo repito, por dos medios procura el Señor la salvación de sus oyentes: por el amor de la virtud y por el aborrecimiento del vicio. Porque como había de haber algunos que admirarían, sí, sus palabras, pero no las pondrían por obra, el Señor les toma la delantera y los espanta, diciendo que, si sus palabras son bellas, no basta para nuestra seguridad sólo escucharlas, sino que es menester la obediencia de las obras, y en éstas consiste todo más que en otra cosa.

EL PECADO ES FUENTE DE SUFRIMIENTO

Y aquí termina Cristo su discurso, dejando en sus oyentes un saludable temor. Porque, así como al hablar de la virtud no sólo los animó a ella por la esperanza de los bienes venideros: el reino de los cielos, la recompensa inexplicable, el consuelo de los que lloran, bienes, en fin, incontables, sino también por los mismos bienes presentes, al hablar de la firmeza e inconmovilidad de la roca; así, tratándose de la maldad, no sólo quiere apartarlos de ella por los castigos que la esperan: el árbol que es arrojado al fuego inextinguible, la exclusión del reino de los cielos, aquella palabra suya: *No os conozco*, sino también por los daños presentes, quiero decir, por la ruina que viene a una casa. Por ello mismo hace más viva su palabra al adornarla de una comparación. Porque no es lo mismo decir simplemente: "El hombre virtuoso es invencible y fácil de vencer el malo", que presentar esa misma idea bajo las imágenes de la casa, los ríos, la lluvia y el viento y lo demás: *Y todo el que oye* —dice— *estas palabras mías y no las pone por obra, se asemeja a un hombre necio que edificó su casa sobre arena*. Con razón llama el Señor necio a tal hombre. Porque ¿puede haber nada más insensato que construir una casa sobre la arena y, después de trabajar, no sacar provecho alguno y sufrir encima un castigo? Porque, que también los que practican el mal tienen que trabajar cosa patente es para todo el mundo. El ladrón, el adúltero, el calumniador, todos tienen que pasar por muchos trabajos y desdichas para llevar a cabo sus fechorías. Pero no sólo no cosechan fruto alguno de estos trabajos, sino que sufren daño inmenso. Es lo que Pablo daba a entender cuando decía: *El que siembra en su carne, de su carne cosecha corrupción* (Gal 4,8). A éste se asemejan los que edifican sobre arena: sobre fornicación, sobre malicia, sobre embriaguez, sobre ira, sobre todo linaje de

vicios.

EN QUE SE CONFIRMA LO DICHO CON ALGUNOS EJEMPLOS

Tal fue Acab, pero no Elías. Y os pongo frente a frente virtud y maldad para que así veáis más claramente el contraste. El uno había edificado sobre roca; el otro, sobre arena. Por eso, el que era rey, temía y temblaba ante el profeta, que no tenía más que una piel de cabra. Tales fueron también los judíos, pero no los apóstoles. Por eso, aun siendo sólo dos y cargados de cadenas, se mostraron más firmes que una roca; los judíos, sin embargo, que eran muchos y estaban armados, mostraron la debilidad de la arena. Y así decían: *¿Qué vamos a hacer con estos hombres?* (Hechos 4,10) ¿Veis cómo están perplejos, no los cautivos y encadenados, sino quienes los arrestaron y encarcelaron? ¿Puede darse novedad mayor que ésta? ¿Tú que encarcelas estás perplejo? Y con mucha razón. Pues, como todo lo habían edificado sobre arena, eran más débiles que todo el mundo. De ahí que más adelante decían: *¿Qué estáis haciendo al querer echar sobre nosotros la sangre de ese hombre?* (Hechos 5,28) ¿Qué estás diciendo? ¿Tú azotas y tú temes? ¿Tú dañas y te espantas? ¿Tú juzgas y estás temblando? ¡Tan débil es la maldad! No así los apóstoles: *Nosotros no podemos menos de hablar de lo que hemos visto y oído* (Hechos 4,20). Ahí tenéis un sentir levantado; ahí tenéis la roca que desafía las olas, ahí la casa inconmovible. Y lo más de maravillar es que no sólo no se acobardaron los apóstoles por las asechanzas que se les tendían, sino que cobraron mayores ánimos y pusieron en mayor desconcierto a sus enemigos. Es como quien golpea a un diamante, que se golpea a sí mismo; o como quien da coces contra el aguijón, que sólo a sí mismo se produce graves heridas. Así, el que contra los hombres de virtud tiende sus trampas, sólo a sí mismo se pone en peligro. Porque la maldad, tanto se torna más débil, cuanto más abiertamente se enfrenta con la virtud. Y a la manera que quien intenta apagar el fuego con el vestido, no apaga el fuego y consume el vestido, así, quien intenta hacer daño a los hombres virtuosos, encarcelándolos y encadenándolos, a ellos los hace más gloriosos y a sí mismo se destruye. Y es así que cuanto más padezcamos por vivir virtuosamente, más fuertes nos hacemos; porque cuanto más nos

abrazamos con la filosofía, menos necesidades tenemos, y cuanto menos necesidades tenemos, más fuertes somos y por encima de todo nos levantamos.

EJEMPLO INSIGNE DE JUAN BAUTISTA

Tal era Juan Bautista. Por eso, a él nada podía causarle pesadumbre, mientras él era la pesadilla de Herodes. El que nada tenía, pudo levantarse contra el que dominaba; y el que se ceñía diadema, y se vestía de púrpura, y se rodeaba de tanto aparato, temía y temblaba ante el que estaba desnudo de todo. Ni aun su cabeza cortada pudo contemplar sin miedo. Y, efectivamente, que aun después de muerto Juan le tenía miedo Herodes, óyelo por lo que él mismo dice: *Éste es Juan Bautista, a quien yo mandé matar* (Lc 9,9). Y estas palabras de Yo le mandé matar no las dice en son de triunfo, sino para calmar su miedo y porque quería que su alma, turbada aún, recordara que fue él mismo quien le mandó degollar. Tal es la fuerza de la virtud, que aun después de la muerte es más poderosa que los mismos que viven. Por ello también, cuando Juan vivía, a él acudían los grandes ricos y le preguntaban: *¿Qué tenemos que hacer?* (Luc 3, 10,12) ¿Conque tenéis tanta riqueza y queréis aprender el camino de vuestra prosperidad de quien nada tiene? ¿Los ricos del pobre y los soldados de quien no tiene ni techo bajo que cobijarse? Tal era también Elías, y por eso hablaba al pueblo con la misma libertad. Juan les decía: *Raza de víboras* (Mt 3,7). Y Elías: *¿Hasta cuándo estaréis cojeando de los dos pies?* (3 Reyes 18,21). El mismo Elías decía a Acab: *Tú le mataste y tomaste su heredad* (3 Reyes 21,19). Y Juan a Herodes: No *te es lícito tomar la mujer de tu hermano Filipo* Mt 14,4). ¿Veis la roca? ¿Veis qué fácilmente cae la arena, cómo se desmorona ante las desgracias, cómo se desparrama, así se halle en la realeza, en la muchedumbre o en el poder? Y es que a cuantos sobre ella edifican, los convierte en absolutamente estúpidos.

DESASTRE DE LA CASA DERRUMBADA

Y no sólo se derrumba lo que se edifica sobre la arena, sino que el derrumbe va acompañado de gran desastre. *Y fue sobremanera grande la ruina de la casa aquella* —dice el Señor—. No se trata aquí, en efecto, de cosa de poco más o menos, sino de la salvación del alma, de la pérdida del cielo y de los bienes eternos. Más aún:

el que siga el mal, aun antes de estas pérdidas eternas, llevará acá la vida más miserable entre continuas congojas, miedos, preocupaciones y combates. Lo cual nos dio ya a entender aquel varón sabio que dijo: *El impío huye, sin que nadie le persiga* (3 Reyes 21,19). Son gentes que temen de su sombra, sospechan de amigos y enemigos, de sus esclavos, de conocidos y desconocidos. Antes del castigo eterno, ya sufren aquí suplicio extremo. Todo eso quiso significar Cristo al decir: *Y la ruina de aquella casa fue sobremanera grande*. Con lo que puso término conveniente a estos bellos preceptos suyos, persuadiendo aun a los más incrédulos a huir de la maldad, siquiera mirando a lo presente. Porque, si bien es cierto que la razón de lo por venir es más alta, la otra es más eficaz para contener a los duros de corazón y apartarlos del mal. De ahí que por ella concluyó, con el fin que se les quedara como presa su utilidad.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡NO NOS CANSEMOS SIN PROVECHO!

Considerando, pues, nosotros todo esto, lo presente y lo venidero, huyamos la maldad y practiquemos la virtud, a fin de no cansarnos sin fin ni motivo, sino que gocemos de seguridad en esta vida y tengamos parte en la gloria de la otra. Lo que a todos nos conceda Dios alcanzar por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 25

Y fue que, cuando Jesús hubo terminado todos estos razonamientos, las muchedumbres estaban maravilladas de su doctrina (Mt 7,28ss; 8,1ss).

JESÚS HABLABA CON AUTORIDAD

En verdad, lo natural era que la muchedumbre sintiera la carga de las palabras del Señor y desfalleciera ante la sublimidad de sus preceptos. Pero no. Era tanta la fuerza del Maestro, que no sólo convenció a muchos de sus oyentes y les causó la mayor admiración, sino que hizo que, por el placer de sus palabras, ni aun terminado su discurso, se apartaron ya de su lado. Y fue así que ni

aun después que hubo bajado del monte se alejaron de Él sus oyentes, sino que toda aquella concurrencia le fue acompañando. Tan grande amor a sus palabras supo el Señor infundirles. Pero lo que señaladamente admiraban era la autoridad con que hablaba. Porque Cristo, en efecto, no decía lo que decía refiriéndose a otro, como hicieron los profetas y el mismo Moisés, sino declarando, en todas partes, ser Él quien poseía la autoridad. Y es así que, al establecer sus leyes, añadía constantemente: *Yo, sin embargo, os digo*. Y cuando mencionó el día del juicio supremo, mostró que Él era el que había de juzgar y decretar lo mismo el premio que el castigo. Realmente, también esto debiera haber turbado a sus oyentes. Porque si los escribas, aun viéndole demostrar su autoridad por sus obras, trataban de apedrearle y le perseguían, ¿no era natural que se escandalizaran éstos cuando eran sólo palabras las que la afirmaban? Sobre todo, cuando así les hablaba en los comienzos de su predicación, sin haberles aún dado prueba de su propio poder. Y, sin embargo, nada de esto sucedió. Y es que, cuando el alma y la inteligencia están bien dispuestas, fácilmente se dejan persuadir por los razonamientos de la verdad. Por eso justamente, aquéllos, a pesar que sus milagros pregonaban su poder, se escandalizaban; éstos, que oían puro discurso, creían y le seguían. Algo de esto, sin duda, quiso dar a entender el evangelista al decir que *le seguían grandes muchedumbres*. Es decir, no de magistrados y escribas, sino de gentes que se hallaban libres de malicia y tenían alma insobornable. Por todo el evangelio veréis que éstos son los que se adhieren al Señor Cuando hablaba, éstos le oían en silencio, sin ponerle objeciones, sin cortarle el hilo de su razonamiento, sin ponerle a prueba, sin buscar asidero en sus palabras, como hacían los fariseos Ellos son ahora los que, después del discurso sobre el monte: le siguen llenos de admiración.

EL SEÑOR CONFIRMA SU AUTORIDAD POR SUS MILAGROS

Pero tú considera, te ruego, la prudencia del Señor y cómo sabe variar para utilidad de sus oyentes, pasando de los milagros a los discursos y de éstos nuevamente a los milagros. Porque fue así que, antes de subir al monte, había curado a muchos, como abriendo camino a sus palabras, y ahora, después de todo aquel

largo razonamiento, otra vez vuelve a los milagros, confirmando los dichos con los hechos. *Enseñaba Él como quien tiene autoridad* (Mt 7,29). Pues bien, para que nadie pudiera pensar que aquel modo de enseñanza era pura altanería y arrogancia, eso mismo hacía en sus obras, curando como quien tiene autoridad. Así, ya no tenían derecho a escandalizarse de oírle enseñar con autoridad, pues con autoridad también obra los milagros: *Bajado, en efecto, que hubo del monte, le fueron siguiendo grandes muchedumbres, y se acercó un leproso, diciéndole: Señor, si quieres, puedes limpiarme*. Grande es la prudencia, grande la fe de este leproso que se acerca al Señor. Porque no le interrumpió en su enseñanza, ni irrumpió por entre la concurrencia, sino que esperó el momento oportuno y se acercó al Señor cuando éste hubo bajado del monte.

LA FE DEL LEPROSO, CONFIRMADA POR EL SEÑOR MISMO

Y no le ruega como quiera, sino con gran fervor, postrado a sus pies, como cuenta otro evangelista (Mc 1,40), con verdadera fe y con la opinión que de él se debe tener. Porque no dijo: "Si se lo pides a Dios", ni: "Si haces oración", sino: *Si quieres, puedes limpiarme*. Tampoco dijo: "Señor, límpiame." No; todo se lo encomienda a Él: a Él hace señor de su curación; Él atestigua que tiene toda autoridad. — ¿Y qué —me dirás— si la opinión del leproso era equivocada? —En ese caso, hubiera debido el Señor deshacérsela, reprenderle y corregirle. Ahora bien, ¿fue eso lo que hizo? De ninguna manera. Todo lo contrario. Lo que hace es aceptar y confirmar lo que el leproso le había dicho. Por ello precisamente no le responde: "Queda limpio", sino: *Quiero, queda limpio*; con lo que el dogma ya no se fundaba en la mera suposición del leproso, sino en la sentencia misma del Señor. No obraron así los apóstoles. ¿Pues cómo? Cuando toda la muchedumbre los rodeaba llena de estupor, ellos decían: *¿Por qué nos miráis a nosotros, como si por propio poder o autoridad hubiéramos hecho andar a este hombre?* (Hechos 3,12). Pero el Señor, que muchas veces habló de sí humildemente y por bajo de lo que a su gloria corresponde, ¿qué dice aquí para confirmar el dogma, en el momento en que todos le admiraban por su autoridad? —*Quiero, sé limpio*. En verdad, con haber Él hecho tantos y tan grandes milagros, en ninguna parte aparece haya

repetido esta palabra.

A LA PALABRA SIGUE LA OBRA

Aquí, sin embargo, para confirmar la idea que tanto el pueblo entero como el leproso tenían de su autoridad, añadió este "quiero". Y no es que lo dijera y luego no lo hiciera: la obra siguió inmediatamente a la palabra. Ahora bien, de no haber hablado debidamente, de haber sido blasfema su palabra, la obra tenía que haber fallado. Pero la verdad es que la naturaleza obedeció a su mandato y obedeció con la debida rapidez, con más rapidez que la del evangelista en contarlo. Porque más cuesta pronunciar la palabra "inmediatamente", que no costó cumplirse el milagro.

POR QUÉ EL SEÑOR TOCÓ CON SU MANO AL LEPROSO

Pero no se contentó el. Señor con decir: *Quiero, queda limpio*, sino que, extendiendo su mano, tocó al leproso. Lo cual es muy digno de consideración. ¿Por qué, en efecto, a la vez que limpia al leproso con su solo querer y palabra, añade también el contacto de su mano? A mi parecer, no por otra causa sino porque quiso mostrar también aquí que Él no estaba bajo la ley, sino por encima de la ley, y que, en adelante, *para el limpio, todo había de ser limpio* (Tit 1,15). Por ese escrúpulo justamente, Eliseo no quiso ni mirar a Nahamán, sino que, no obstante ver que éste se escandalizaba que no saliera y le diera la mano, el profeta, por atenerse a la perfección de la ley, se queda en casa y se contenta con mandarle a que se lave en el Jordán. El Señor, sin embargo, da a entender que Él no cura como siervo, sino corno Señor, y no tiene inconveniente en tocar al leproso. Porque no fue la mano la que se manchó de lepra, sino el cuerpo leproso el que quedó limpio al contacto de la mano divina. Ahora bien, el Señor no vino sólo a curar los cuerpos, sino también a llevar a las almas a la santidad. Y como en adelante no había de haber inconveniente en comer sin lavarse las manos, pues Él sentaba la óptima ley de la indiferencia de los alimentos, así aquí, para darnos la lección que lo importante es cuidar del alma y, sin hacer caso de las purificaciones externas, tenerla a ella bien limpia y no temer otra lepra que la de la misma alma, que es el pecado: el ser corporalmente leproso no es obstáculo alguno para virtud; para enseñarnos, digo, todo eso, Él

es el primero que toca al leproso y nadie se lo reprocha. Es que aquel tribunal de la muchedumbre no estaba corrompido y sus espectadores no estaban dominados por la envidia. Por eso, no sólo no le atacaron, sino que estaban maravillados del milagro y se retiraron del lado del Señor después de adorar su poder invencible, demostrado en sus palabras y en sus obras.

EL SEÑOR NO BUSCA LA VANAGLORIA

Curado, pues, el leproso, le mandó el Señor que *no dijera nada a nadie, sino que se presentara al sacerdote y ofreciera el don que Moisés había ordenado en testimonio para ellos*. Hay quienes dicen que la razón de mandar el Señor al leproso que no dijera nada a nadie fue para que los sacerdotes no mostraran mala voluntad en la certificación de la curación de la lepra. Suposición absolutamente tonta, pues no limpió el Señor al leproso de modo que cupiera duda sobre su cabal curación. No, la razón de mandarle no decir nada a nadie fue para enseñarnos a no buscar la ostentación y vanagloria. Realmente, bien sabía al Señor que el leproso no le haría ningún caso y que pregonaría a gritos a su bienhechor; sin embargo, Él hizo lo que a Él le tocaba.

—Entonces—me dirás—, ¿cómo es que en otra ocasión manda que se publique el milagro? —No es que se contradiga a si mismo. Lo que entonces nos quiso enseñar es que seamos agradecidos (Cf. Lc 17,11). Porque tampoco en esa otra ocasión mandó que se le pregonara a sí mismo, sino que se diera gloria a Dios. Así, Por este leproso quiere el Señor hacernos humildes y sin vanagloria; por el otro, agradecidos y reconocidos; y en uno y otro caso nos enseña a que, de cuanto sucede, refiramos toda la gloria al Dueño soberano. Los hombres, por la mayor parte, se acuerdan de Dios en la enfermedad; pero, apenas se ven libres de ella, se vuelven tibios. De ahí que Cristo, al mandarnos que en todo momento, en salud como en enfermedad, atendamos a Dios, Dueño nuestro, nos dice: *Da gloria a Dios* (Juan 17,11).

POR QUÉ LE MANDA PRESENTARSE AL SACERDOTE

—Pero ¿por qué le mandó presentarse al sacerdote y ofrecer un don? —Porque también aquí quería cumplir con la ley. Porque ni siempre prescindía el Señor de las ordenaciones legales ni siempre

las guardaba, sino que unas veces hacía una cosa y otras otra. Con lo uno, preparaba el camino de la futura sabiduría; con lo otro, cerraba las bocas insolentes de los judíos, a la vez que condescendía con su flaqueza. Y no tienes por qué maravillarte que Él en los comienzos obrara así, cuando los apóstoles, después de recibir orden de marchar a las naciones y abrir las puertas de su doctrina a toda la tierra y excluir la ley, y renovar los mandamientos, y dar por caducado todo lo antiguo, vemos que unas veces se atienen a la ley y otras la pasan por alto. —Y ¿qué tendrá que ver —me dirás— con la guarda de la ley decirle el Señor al leproso: *Preséntate al sacerdote?* Pues no poco. Porque la ley antigua mandaba que el leproso curado de su lepra no podía extenderse a sí mismo certificado de limpieza, sino que tenía que comparecer ante el sacerdote y por vista de ojos de éste comprobarse la curación. Por sentencia, en fin, del sacerdote se le volvía a la convivencia con los limpios. De modo que, si el sacerdote no certificaba que el leproso estaba efectivamente limpio, tenía que seguir con los impuros fuera del campamento. Por eso le dice Jesús al leproso: *Preséntate al sacerdote y ofrece el don que ordenó Moisés*... No dijo: "El don que he ordenado yo", sino que por ahora le remite a la ley y cose por todos lados las bocas de los judíos. Para que no dijeran que usurpaba el honor de los sacerdotes, la obra la realiza Él, pero el examinarla se lo deja a ellos, con lo que los constituye jueces de sus propios milagros. Tan lejos estoy —parece decirles— de combatir a Moisés y a los sacerdotes, que, antes bien, exhorto a que les obedezcan los mismos a quienes yo hago un beneficio.

"EN TESTIMONIO PARA ELLOS"

— ¿Y qué significan las palabras: *En testimonio para ellos*? —Para prueba, para demostración, para acusación, si no obran como deben. Ellos habían de decir: "Nosotros le perseguimos como a impostor y seductor, como a enemigo de Dios y transgresor de la ley. —Pues tú—parece decirle Él al leproso—, tú me atestiguarás en aquel momento que yo no soy un transgresor de la ley; pues, habiéndote curado, te remito a la ley y al examen de los sacerdotes. Lo cual, a buen seguro propio es de hombre que honra la ley y admira a Moisés y no se opone a los antiguos preceptos. Y, si es cierto que nada había de conseguir con eso, por ahí

señaladamente puede verse el honor que tributa a la ley, pues, a sabiendas que nada había de conseguir, Él hace lo que tenía que hacer. Y, en efecto, eso lo sabía Él de antemano y de antemano lo predijo. Porque no dijo: "Para su corrección ni para su enseñanza", sino: *Para testimonio*, es decir, para acusación, para prueba, para testificación de que yo he cumplido contigo cuanto manda la ley. Y, no obstante prever que ellos habían de seguir incorregibles, nada dejó Él de hacer de lo que debía hacer. Ellos fueron los que se obstinaron en su malicia.

Por lo demás, eso mismo dice el Señor en otra parte: *Se predicará este evangelio en todo el mundo para testimonio de todas las naciones, y entonces vendrá el fin* (Mt 24,14). Para testimonio, dice, de las naciones que no le han obedecido, que no han querido creer. Que nadie diga: — ¿Por qué predicar a todos, pues no todos han de creer? —Para que se vea que he hecho todo lo que a mí me tocaba y nadie pueda reprocharme que no lo había oído. La predicación misma dará testimonio contra ellos y nadie después de eso podrá decir que no había oído. Porque hasta los confines de la tierra llegó la palabra de la religión (Salmo 18,5).

EXHORTACIÓN A LA ACCIÓN DE GRACIAS

Considerando, pues, también nosotros todas estas cosas, cumplamos todos nuestros deberes para con nuestros prójimos y demos en todo momento gracias a Dios. Absurdo es a la verdad que de hecho gocemos cada día de los beneficios de Dios y nosotros no le demos gracias ni de palabra, cuando por otra parte tan grande provecho se nos sigue de esa acción de gracias. Porque no es Dios quien ha menester nada de lo nuestro, sino nosotros quienes necesitamos de todo lo suyo. En realidad, nada le añade a Él la acción de gracias; a nosotros, sin embargo, nos familiariza más con Él. Porque si, recordando los beneficios de los hombres, nos encendemos más en su amor, con mayor razón, si a la continua recordamos los favores que el Señor nos ha hecho, seremos más fervorosos en la guarda de sus mandamientos. De ahí que también Pablo decía: *Sed agradecidos* (Col 3,15). La mejor guarda del beneficio es la memoria del mismo beneficio y la continua acción de gracias. Por eso justamente los tremendos misterios, llenos de gracia de salvación, que celebramos en toda

reunión de culto, reciben el nombre de Eucaristía, es decir, de acción de gracias, pues son memorial de muchos beneficios de Dios, nos ponen delante la manifestación capital dé la providencia y nos disponen a nosotros mismos a dar en todo momento gracias a Dios. Porque, sí ya el solo nacer de una virgen fue tan grande maravilla que el evangelista, atónito decía: *¡Todo esto sucedió!* (Mt 1,22), ¿dónde, dime, pondremos el beneficio de su muerte? Si el solo nacer se llama admirativamente *¡Todo esto!*, ¿cómo llamaremos al ser crucificado y al derramar su sangre por nuestro amor y al dársenos por comida y espiritual banquete? Démosle, pues, gracias continuamente, y a toda acción, a toda palabra nuestra precédale la acción de gracias. Y démosle gracias no sólo por nuestros propios bienes, sino también por los de los otros; medio excelente para aniquilar la envidia y afianzar la caridad y hacerla más sincera. Imposible que ya puedas envidiar a aquellos por quienes justamente haces gracias al Señor. De ahí ciertamente viene que el sacerdote, cuando va a ofrecerse aquel divino sacrificio, nos invita a dar gracias a Dios por los que antes fueron y por los que ahora son, por los que nos han precedido y por los que nos han de seguir. Esto es lo que nos arranca de la tierra y nos traslada hasta el cielo y de hombres nos hace ángeles. Porque también éstos, formando coro, dan gracias a Dios por los beneficios que nos hace, diciendo: *Gloria a Dios en lo más alto, y en la tierra, paz, y entre los hombres, concordia* (Lc 2,14). Pero — ¿qué tenemos nosotros que ver con eso, pues no estamos en la tierra, ni somos hombres? —Mucho tenemos que ver, pues de ahí hemos aprendido a amar a quienes son compañeros nuestros en el servicio de Dios y a tener sus bienes como nuestros propios.

LA ENCARNACIÓN, SUMO BENEFICIO DE DIOS

Por eso también Pablo da gracias en todas sus cartas por los beneficios de toda la tierra. Démoslas, pues, también continuamente nosotros por los beneficios propios y por los ajenos, por los pequeños y por los grandes. Porque, si bien el don es pequeño, se hace grande por el hecho de ser Dios quien nos lo da; o, por mejor decir, nada que Dios nos dé es pequeño, no sólo por venirnos de Él, sino por su misma naturaleza. Y, dejando ahora a un lado sus otros beneficios, que vencen por su muchedumbre las arenas del

mar, ¿qué beneficio habrá igual al de la Encarnación, cumplida por amor nuestro? Lo que Él tenía de más precioso, su Hijo unigénito, a ése nos lo dio a nosotros, que éramos sus enemigos. Y no sólo nos lo dio, sino que, después de dárnoslo, nos lo puso por banquete, haciéndolo Él todo por nosotros: el darnos a su Hijo y el agradecerle este mismo beneficio. Y es que, como el hombre, por la mayor parte, es ingrato, todo lo toma el Señor mismo a su cargo y hace Él lo que nos toca a nosotros. Lo que hizo con los judíos, que les recordaba sus beneficios por medio de lugares, tiempos y fiestas, eso mismo hizo aquí con nosotros: por la forma misma del sacrificio nos obliga a recordar el beneficio que nos hizo. Así nadie hay que tenga tanto empeño en que seamos gloriosos y grandes y en todo agradecidos como Dios mismo, que nos ha creado. De ahí que aun contra nuestra voluntad nos hace muchas veces beneficios y que la mayor parte los desconocemos.

IGNORAMOS A VECES LOS BENEFICIOS DE DIOS

Y, si te maravillas de lo que te digo, te voy a mostrar que así sucedió no en cualquiera, sino en el bienaventurado Pablo. Y fue así que, como aquel gran santo pasara por grandes tribulaciones y peligros, muchas veces le suplicaba a Dios que apartara de él las tentaciones. Sin embargo, Dios no atendió a su súplica, sino a su utilidad; y para dárselo a entender le decía: *Bástate mi gracia; pues mi poder se muestra en la flaqueza* (2 Cor 12,9). De manera que, aun antes de manifestarle la causa, ya le estaba haciendo un beneficio, sin que Pablo lo quisiera ni lo supiera. ¿Qué nos pide, pues, de grande el Señor al mandarnos que seamos agradecidos por tan grande providencia? Obedezcámosle, pues, y guardemos en todo momento este agradecimiento.

LA INGRATITUD HIELA AL ALMA

En verdad, nada perdió tanto a los judíos como su ingratitud, y ésta fue la que trajo sobre ellos todas aquellas numerosas y no interrumpidas calamidades; o, por mejor decir, antes de esas calamidades, la ingratitud había perdido y corrompido su alma. *Porque la esperanza del ingrato* —dice la Escritura— *es como una helada de invierno* (Sab 16,29). Porque como la helada a los cuerpos, así la ingratitud entumece y mata a las almas. De la

soberbia nace la ingratitud y que el hombre se tenga por merecedor de algo. El humilde, sin embargo, no sólo dará gracias a Dios por sus beneficios, sino también por lo aparentemente contrario a un beneficio, y, padezca lo que padeciere, jamás pensará que sufre nada inmerecido. Así nosotros, cuanto más adelantemos en virtud, más hemos de humillarnos. Ahí está el mejor quilate de la virtud. Porque a la manera que cuanto más aguda vista tenemos, mejor percibimos la distancia a que nos hallamos del cielo, así, cuanto más adelantamos en virtud, tanto mejor percibimos la distancia que hay de Dios a nosotros. Y no es pequeña parte de la filosofía que nos demos cuenta de nuestra propia valía. Ahora bien, el que mejor se conoce a sí mismo es el que piensa que no vale nada. De ahí que David y Abrahán, cuando hubieron alcanzado la cumbre de la perfección, en eso señaladamente lo demostraron; y así, el uno se llama a sí mismo *polvo y ceniza* (Gen 18,27), y el otro, *gusano* (Salmo 21,7). Y todos los santos, por el mismo estilo, se desprecian a sí mismos. De manera que el que jactanciosamente se exalta, ése es el que peor se conoce a sí mismo. De ahí que aun en el lenguaje corriente es costumbre entre nosotros decir de los soberbios: "No sabe quién es, no se conoce a sí mismo”. Ahora bien, quien a sí mismo se desconoce, ¿a quién conocerá? El que a sí mismo se conoce, conocerá también a todos los demás; por el mismo caso, quien a sí mismo se desconoce, tampoco conocerá a los demás. Tal era aquel que decía: *Encima de los cielos colocaré mi trono* (Is 14,13). Como a sí mismo se desconocía, desconocía también todo lo demás. No así Pablo, que se llama a sí mismo *un abortivo y el último de los santos* (I Cor 15,8-9; Ef 3,8) e indigno de ser llamado apóstol, después de tantos y tan grandes merecimientos.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS LA HUMILDAD DEL APÓSTOL

A éste, pues, hemos de emular e imitar nosotros. Y le taremos si nos desprendemos de la tierra y de las cosas de la tierra. Porque nada contribuye tanto a que el hombre no se conozca a sí mismo como el apego a las cosas de la tierra; como a su vez, nada contribuye tanto a que el hombre se pegue a las' cosas como el desconocerse a sí mismo. Una cosa depende de la otra. El que ama la gloria mundana y tiene por grande lo presente, por mucho

que se empeñe, no logrará conocerse a sí mismo; por el contrario, quien todo eso desprecia, fácilmente se conocerá a sí mismo. Y una vez se haya conocido a sí mismo, paso a paso irá caminando hacia todas las otras partes de la virtud.

Así, pues, a fin de aprender esa hermosa ciencia, desprendámonos de todas las cosas transitorias, que encienden en nosotros fan grande llamarada, y, dándonos cuenta de nuestra propia vileza, demos prueba de toda humildad y filosofía. De este modo alcanzaremos los bienes presentes y los futuros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre gloria, poder y honor, juntamente con el Espíritu Santo, bueno y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 26

Entrado que hubo en Cafarnaúm, se le acercó un centurión, suplicándole y diciendo: Mi criado está tendido en casa paralítico y sufre terriblemente (Mt 8,5ss).

LA SÚPLICA DEL CENTURIÓN

El leproso se acercó al Señor cuando éste hubo bajado del monte, y el centurión se le acerca ahora, cuando entra en Cafarnaúm. ¿Por qué, pues, ni uno ni otro subieron hasta el monte? Ciertamente que no fue por pereza, pues uno y otro tenían ardiente fe, sino para no interrumpir la instrucción del Señor. Como quiera, el centurión se le acerca y le dice: *Señor, mi criado está tendido en casa, paralítico, y sufre terriblemente*. Hay quienes dicen que aquí el centurión, para excusarse, le dice al Señor la causa de porqué no ha traído consigo a su criado, pues no era posible —dicen— traer a cuestas a quien de aquel modo sufría, paralítico, y se hallaba ya para expirar. Porque que efectivamente estaba para expirar, Lucas lo afirma expresamente al decir que *estaba a punto de morir* (Lc 7,2). Por mi parte, afirmo que eso fue señal de la grande fe del centurión, fe mayor que la de aquellos que bajaron por el techo al otro paralítico. Porque, como él sabía muy bien que bastaba un simple mandato para hacer levantarse al enfermo tendido en la cama, tuvo por cosa superflua presentárselo al Señor en persona. — ¿Qué hace pues, Jesús? —Lo que no vemos hiciera en ninguna otra ocasión. En todas partes le vemos

que sigue el deseo de los que le ruegan; pero aquí se adelanta Él mismo y no sólo promete la curación del enfermo, sino que se ofrece a ir personalmente a la casa. Mas, si Jesús obra así, es porque quiere que conozcamos la virtud del centurión; pues de no haber hecho ese ofrecimiento, sino haber sencillamente dicho: “Marcha y que tu criado quede sano", nada hubiéramos sabido de ella. Lo mismo hizo con la mujer cananea, si bien por camino contrario. Aquí, para darte a conocer la grande fe y profunda humildad del centurión, Él mismo, sin ser llamado, se invita a su casa; a la cananea, para el mismo fin, le niega lo que le pide y pone a prueba su perseverancia. Es que era el Señor médico sabio y hábil, que sabe obtener contrarios de contrarios; y la fe del centurión nos la revela por su espontáneo ofrecimiento a ir a su casa, y la de la mujer por la dilación y aun negación de lo que ésta le pedía. Lo mismo hace con Abrahán cuando le dice: *No se lo voy a ocultar a mi siervo Abrahán* (Gen 18,19). Con lo que nos da a entender el amor y solicitud del mismo Abrahán para con los habitantes de Sodoma. Y con Lot, los ángeles se niegan a entrar en su casa, para que así tuviéramos ocasión de conocer la grande hospitalidad de aquel justo.

EL CENTURIÓN TIENE FE EN LA DIGNIDAD DE JESÚS

¿Qué dice, pues, el centurión? *Señor, no soy digno que entres bajo mi techo*... Oigámosle cuantos hemos aún de recibir a Cristo, porque posible es recibirle también ahora. Oigámosle e imitémosle y recibamos al Señor con el mismo fervor que el centurión; porque cuando a un pobre recibes hambriento y desnudo, a Cristo recibes y alimentas. *Pero dilo tan sólo con tu palabra, y mi criado quedará sano*. Mira cómo este centurión, a par del leproso, tiene de Cristo la opinión conveniente. Porque tampoco el centurión dijo: "Suplícalo a Dios", ni: "Haz oración y ruega", sino: *Mándalo solamente*. Luego, temiendo que por modestia le negara el Señor la gracia, añade: *Porque yo también, que al cabo soy sólo un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo al uno: "Ve", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace*.

—Pero ¿qué tiene que ver —me dirás— que el centurión tuviera esa idea del Señor? Lo que hay que averiguar es si Cristo mismo lo afirmó y confirmó. —La observación está muy en su punto.

Examinémoslo, pues, y ciertamente hallaremos que sucedió aquí lo mismo que en el caso del leproso. El leproso dijo: *Si quieres*. Pero nosotros no afirmamos el poder de Cristo por el mero testimonio del leproso, sino por la voz misma de Cristo, pues no sólo no trató de deshacer la suposición del leproso, sino que la confirmó con más fuerza, añadiendo aquellas palabras de suyo superfluas: *Quiero, queda limpio*, que no tienen otro objeto que convalidar lo que el leproso pensaba. Justo es realmente que consideremos si algo semejante pasó en el caso del centurión y hallaremos que pasó exactamente lo mismo. Porque fue así que, habiendo dicho el centurión tan grandes cosas y atestiguado tan alto poder del Señor, no sólo no le reprendió, sino que aceptó su testimonio. Y aun hizo más que aceptarlo. Porque no dice simplemente el evangelista que Cristo alabó las palabras del centurión, sino que, para declararnos el extremo de su alabanza nos dice que hasta le admiró; y no le admiró como quiera, sino delante de todo el pueblo, poniéndoselo por dechado a quien habían de imitar. Advertid cómo todos los que dan testimonio de su poder son admirados por el Señor: *Y se maravillaban las muchedumbres sobre su doctrina, porque Él enseñaba como quien tiene autoridad* (Mt 7,28-29). Y no sólo no reprendió a las muchedumbres, sino que en su compaña bajó del monte, y, por medio de la curación del leproso, quiso ratificar lo que sobre El sentían. Luego dijo el leproso: *Si quieres, puedes limpiarme*; y no sólo no reprendió el Señor al leproso, sino que lo limpió del mismo modo como éste había pedido. Ahora aquí el centurión le dice: *Dilo sólo con una palabra y mi criado quedará sano*. Y el Señor, lleno de maravilla, le contesta: *Ni en Israel he hallado fe tan grande*.

UN EJEMPLO CONTRARIO: LA POCA FE DE MARTA

Lo mismo puedes ver por un ejemplo contrario. Porque fue así que como Marta no hablara como el centurión, sino que dijo: *Todo cuanto a Dios pidieres* (Juan 11,22), *te lo dará*, no sólo no fue alabada por el Señor, no obstante ser tan familiar y amada suya y de las que mucho se habían distinguido en su servicio y regalo, sino que fue reprendida y corregida por no haber hablado debidamente. Díjole, en efecto, el Señor: *¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?* (Jn 11,40) Palabras con que la reprende como si todavía no tuviera fe. Y otra vez, como Marta

dijera: *Cuanto pidieres a Dios te lo dará* (Jn 11,25), Jesús, para apartarla de esa idea y hacerle ver que no necesita recibir de nadie, sino que Él es la fuente de los bienes, le dice: *Yo soy la resurrección y la vida*. Como si dijera: "No necesito recibir la operación, sino que "todo lo obro de mío". De ahí que admire al centurión y le anteponga al pueblo entero y le honre con la dádiva del reino de los cielos y exhorte a los otros a su imitación. Y para que te des cuenta que así habló el Señor para enseñar a los otros a tener la misma fe del centurión, oye con qué precisión lo dio a entender el evangelista cuando dijo: *Y, volviéndose Jesús* —dice—, *dijo a los que le acompañaban: Ni en Israel he hallado fe tan grande*. Luego sentir altamente del Señor, eso es principalmente obra de la fe, eso nos merece el reino de los cielos y todos los otros bienes.

JESÚS CONCEDE LA GRACIA AL CENTURIÓN

Porque no se limitó la alabanza del Señor a solas palabras, sino que, en premio de su fe, le devolvió al centurión su criado sano, le tejió brillante corona de gloria y le prometió dones magníficos, diciendo: *Muchos vendrán de oriente y de occidente, y se sentarán con Abrahán e Isaac y Jacob; mas los hijos del reino serán arrojados fuera*. Como el Señor había ya hecho en presencia de los judíos muchos milagros, les habla ya con más libertad. Luego, para que nadie pensara que sus palabras eran de adulación, sino que todos más bien se dieran cuenta que tales eran los sentimientos del centurión, le dijo a éste: Anda y, como has creído, así te suceda. Y, en confirmación de las palabras, se siguió inmediatamente la obra: Y el criado quedó sano desde aquel momento. Lo mismo sucedió con la mujer cananea pues también a ésta le dijo: *¡Oh mujer!, grande es tu fe; que como quieres, te suceda. Y su hija quedó sana* (Mt 15,28).

ARMONÍA ENTRE MATEO Y LUCAS

Este milagro es contado también por Lucas; mas como intercala en su relato circunstancias que parecen discordar con el de Mateo, es menester que resolvamos esta dificultad. ¿Qué dice, pues, Lucas? *Envió algunos ancianos de los judíos, rogándole que viniera* (Lc 7,3). Mateo, en cambio, cuenta que fue el mismo centurión quien se acercó al Señor y le dijo: Señor, no soy digno...

Hay realmente quienes dicen que se trata de dos personas distintas, aunque tengan muchos puntos de parecido. Del primero, en efecto, dice el evangelista: *Y nos ha construido una sinagoga y ama a nuestra nación*. Del segundo dice Jesús mismo: *Ni en Israel he hallado fe tan grande*. Del primero ciertamente no dijo: "Muchos vendrán de oriente "; de donde puede concluirse que era judío. —¿Qué decir a todo esto? —Que esta solución es realmente fácil; lo que hay que averiguar es si es verdadera. A mi parecer, se trata de una sola persona. —Entonces —objetas—, ¿cómo es que Mateo dice que fue el centurión mismo el que dijo: *Señor, no soy digno que entres bajo mí techo*, y Lucas que le mandó recado que viniera? —A mi modo de ver, lo que Lucas nos quiso dar a entender fue la adulación de los judíos, y, por parte del centurión, cómo los que se hallan en la desgracia, por ser inconstantes, cambian fácilmente de propósito. Porque lo probable es que el centurión mismo hubiera querido presentarse al Señor; pero se lo impidieron, por adulación, los judíos, diciéndole: "No, nosotros iremos y te lo traeremos". Por lo menos, mirad cómo su recomendación está llena de adulación: *Porque es hombre* —le dicen— *que ama a nuestra nación y él, a su costa, nos ha construido la sinagoga*. Ni siquiera saben en qué han de alabar al centurión. Lo que debían haber dicho era: Quiso venir él personalmente a suplicarte, pero nosotros no se lo consentimos en atención a su desgracia y aquel pobre cuerpo tendido en su casa. Con esto hubieran puesto de relieve la grandeza de la fe del centurión; pero nada de eso dicen. Por envidia, no quisieron descubrir la fe de aquel hombre, sino que prefirieron dejar en la sombra la virtud de aquel por quien habían venido a interceder para que no pareciera demasiado grande Aquel a quien rogaban y que, pregonando la fe del centurión, fuera ésta, y no ellos, la que conseguía la gracia que pretendían. La envidia basta para cegar la inteligencia. Pero el que sabe lo secreto, aun a despecho de los judíos, pregonó la fe del centurión. Que este modo de ver sea exacto, óyelo por la interpretación que da Lucas mismo. Dice, en efecto, el evangelista: *Cuando Jesús no estaba ya lejos, le mandó el centurión recado diciendo: Señor, no te molestes. Porque no soy digno que entres bajo mi techo*... Cuando el centurión se ve libre de los judíos, entonces es cuando él manda su recado diciendo: "No pienses que por comodidad no he ido yo mismo, sino porque no me tengo por digno de recibirte en mi casa".

TERMINA LA SOLUCIÓN DE LA DESARMONÍA

Y si Mateo dijo que eso no lo dijo el centurión por medio de sus amigos, sino por sí mismo, nada tiene eso que ver. Porque lo que se trata de averiguar es si uno y otro evangelista han puesto de relieve el fervor del centurión y la conveniente opinión que tenía de Cristo. Ahora, lo probable es que después de mandar a sus amigos, fuera también él y entonces pronunciara aquellas palabras. Porque, si Lucas no dijo esto tampoco Mateo lo otro. Lo cual no es contradecirse, sino completar el uno lo omitido por el otro. Por otra parte, mirad cómo también Lucas, de otro modo, proclamó la fe del centurión al decirnos que su criado estaba a punto de muerte. Y, sin embargo, no por eso se desalentó ni desesperó el centurión, sino que, por encima de todo, tuvo confianza que su criado se salvaría. En fin, el hecho que Mateo nos cuente haber dicho Cristo: *Ni en Israel he hallado fe tan grande*, es manifiesta prueba que el centurión no era israelita; sin que a ello se oponga lo que cuenta Lucas de haberles edificado la sinagoga. Cabía, en efecto, que, sin ser judío, les hubiera edificado una sinagoga y fuera amigo de su pueblo.

SE PONDERA DESPACIO LA FE DEL CENTURIÓN

Pero no consideréis, os ruego, simplemente las palabras del centurión, sino tened también presente su puesto y entonces veréis la virtud de ese hombre. Porque grande suele ser el tufo de los que están en puestos de mando y ni en las desgracias suelen abajarse. Por lo menos, el cortesano que nos habla Juan (Jn 4,49), trata de arrastrar al Señor a su casa y le dice: *Baja, porque mi hijo está a punto de morir*. No así este centurión, cuya fe es mayor que la de aquellos mismos que bajaron al otro paralítico por el tejado. Porque no exige la presencia corporal ni lleva al enfermo a la vista del médico, lo que supone que no tenía bajos pensamientos sobre el Señor. No, el centurión pensaba lo que se debe pensar de Él, y así le dice: *Dilo con una palabra*. Y aun al principio ni siquiera dice: *Dilo sólo con una palabra*, sino que se contenta con exponerle la enfermedad, pues por su grande humildad no podía él sospechar que Cristo le había de conceder inmediatamente la gracia, y menos que quisiera visitarle en su casa. Por eso, cuando oye que Cristo

dice: *Yo mismo iré a curarle*, entonces es cuando él le replica: *Dilo sólo con una palabra*. Tampoco su accidente le perturba demasiado, sino que se mantiene filósofo en la misma desgracia, no mirando tanto a la curación de su criado cuanto a no parecer que hacía algo indiscreto. Y, a la verdad, no fue él quien obligó, sino que Cristo se invitó a sí mismo. Pero aun así temió pasar los límites de su propio merecimiento y atraerse un grave reproche. Habéis visto la prudencia del centurión. Considerad ahora la tontería de los judíos, que le dicen al Señor: *Es digno que le hagas este favor*. Porque, cuando debían haber apelado al amor de Jesús, le ponen delante los merecimientos del centurión y ni siquiera saben en qué están de verdad esos merecimientos. No así él, que se confesó totalmente indigno no sólo del beneficio, sino de recibir en su casa al Señor. Por eso, después de decir: *Mi criado está tendido en casa, paralítico*, no añadió: *Dilo con una palabra*, pues temía ser indigno de alcas zar aquella gracia. Se contentó con exponer su necesidad. Y hasta después que vio el interés que Cristo le mostraba, tampoco se precipitó, sino que siguió manteniendo la conveniente distancia.

CÓMO HONRA EL SEÑOR AL CENTURIÓN

Tal vez alguno diga por qué Cristo no honró a su vez al centurión. A lo que podemos responder que sí le honró y por eminente manera. Primero, en haber aprobado su sentir, lo que se vio sobre todo patente por el hecho mismo de no haber ido el Señor a su casa. Segundo, en haberle introducido en el reino de los cielos y haberle antepuesto a toda la nación judía. Porque fue así que, por haberse él tenido a sí mismo por indigno de recibir a Cristo en su casa, se hizo digno del reino de los cielos y de alcanzar los mismos bienes que gozó Abrahán. Entonces —me dirás— ¿cómo es que el leproso, que manifestó aún más alto sentir que el centurión, no fue alabado? Porque el leproso no dijo: "Dilo sólo con una palabra", sino—lo que es mucho más—: *Quiérelo sólo*. Justamente lo que de Dios Padre dice el profeta: *Todo cuanto quiso, lo hizo* (Salmo 113,11; 134,6). Pero también el leproso fue alabado. Porque cuando el Señor le dijo: *Ofrece el don que ordenó Moisés en testimonio para ellos*, fue como si le dijera: "Tú, por tu fe, los acusarás a ellos". Por lo demás no era lo mismo que creyera un judío o un extraño al pueblo judío. Ahora bien, que el centurión no

era judío, resulta evidente por su, cargo mismo de centurión y por las palabras del Señor: *Ni en Israel he hallado fe tan grande*.

SE PROSIGUE LA ALABANZA DE LA FE DEL CENTURIÓN

Realmente, cosa grande fue que un hombre que no entraba en el catálogo del pueblo judío alcanzara tan alta inteligencia. Porque, a lo que yo entiendo, debió él de contemplar los ejércitos del cielo, o que a Cristo le estaban sometidas las enfermedades, la muerte y todo lo demás, como le estaban a él sus soldados. Por eso dijo: *En verdad, yo soy un hombre sometido a la autoridad de otro*. Como si dijera: "Tú eres Dios, yo soy un hombre; yo estoy bajo autoridad, tú no dependes de nadie. Si, pues, yo, que soy un hombre y sometido a autoridad, tanto puedo, mucho más podrás tú, que eres Dios y no dependes de nadie. Es que quiere persuadir al Señor, aun con exceso, que, si pone ese ejemplo, no es porque sea igual uno y otro caso, sino que un poder supera con mucho al otro. Porque, si yo —viene a decir el centurión—, que al cabo soy por naturaleza igual que mis subordinados y me hallo bajo autoridad de otro, tanto puedo por la pequeña excelencia que me viene de mi cargo y nadie me contradice, sino que se cumple lo que yo mando, por muy diversas que sean las órdenes que doy—porque a uno le digo: "Marcha", y marcha; y a otro: "Ven", y viene—, mucho más podrás tú. Pero hay algunos que leen así este pasaje: *Porque si yo, que soy hombre*; aquí puntúan, y siguen: *y que tengo soldados a mis órdenes*... Como quiera, considerad, os ruego, cómo aquí mostró el centurión que el Señor domina a la muerte como a un esclavo y que puede Él mandarle como dueño. Porque cuando dice: "Ven", y viene; "Marcha", y marcha, es como si dijera: "Si tú mandas a la muerte que no venga sobre mi criado, no vendrá". ¿Veis qué fe tan grande? Lo que más adelante había de ser patente para todos, a saber, que el Señor tiene poder sobre la vida y sobre la muerte, que en su mano está llevar al hombre a las puertas del sepulcro o sacarle de él, eso estableció ya por sí mismo el centurión. Y no sólo habló de soldados, sino también de esclavos, lo que constituye grado superior de obediencia.

EL CENTURIÓN, PRIMICIA DE LA GENTILIDAD

Sin embargo, con tener tan grande fe, todavía se consideraba

indigno a sí mismo. Cristo, sin embargo, para mostrar que era digno que Él entrara en su casa, hizo mucho más que entrar: admirarle y proclamarle y darle más de lo que había venido a pedir. Porque había venido a pedir la salud corporal para su criado y se fue con el reino de Dios en las manos. Mirad cómo ya aquí se cumple lo de: *Buscad el reino de los cielos y todo eso se os dará por añadidura* (Mt 6,33). Pues por haber dado muestras de tan grande fe y humildad, no sólo le dio el Señor el cielo, sino la salud de su criado por añadidura. Y no sólo le honró de ese modo, sino mostrándole quiénes habían de ser excluidos para ser él admitido. Porque ya por el ejemplo de este centurión da a entender el Señor a todos que la salvación viene de la fe, no de las obras de la ley. Por lo que ese don no está sólo al alcance de los judíos, sino también de los gentiles, y hasta más al alcance de éstos que de aquéllos: "No penséis —dice Cristo— que eso se cumple sólo en este centurión, pues la misma cuenta ha de correr para toda la tierra". Esto decía el Señor profetizando para las naciones e inspirándoles las mejores esperanzas, pues seguramente había entre sus oyentes gentiles de aquella Galilea llamada de las naciones. No quería el Señor que los gentiles se desalentaran y, de paso, humillaba también la soberbia de los judíos. Sin embargo, para que sus palabras no chocaran a sus oyentes y para no darles asidero de ninguna clase, no trata como tema principal de la vocación de los gentiles, sino sólo de pasada, con ocasión del centurión, ni emplea tampoco el nombre desnudo de gentiles. Porque no dijo: "Muchos de los gentiles vendrán", sino: *Muchos vendrán de oriente y occidente*...; lo cual era alusión manifiesta a los gentiles; pero no chocaba tanto a los oyentes, como quiera que su sentido quedaba un poco en la penumbra. Y no sólo de ese modo suavizó el Señor la aparente novedad de su enseñanza, sino también por el hecho de hablarles del seno de Abrahán en lugar del reino de los cielos. Aquélla era para ellos expresión menos conocida y, por otra parte, la mención de Abrahán había de herirles más vivamente. Por eso mismo tampoco Juan, en su predicación, empezó hablándoles del infierno, sino de algo que a los judíos había de dolerles particularmente: *No vengáis diciendo: Tenemos por padre a Abrahán* (Mt 3,9). Con esto consigue el Señor otro fin, y es que no se le tuviera por contrario al Antiguo Testamento. Pues el que admiraba a los patriarcas y llamaba a su seno suerte o herencia de los buenos, más que sobradamente eliminaba toda

sospecha sobre ello. Nadie, pues, piense que se trata de una sola intimación. No, es doble, tanto en el castigo de los unos como en la alegría dé los otros. Doble castigo: no sólo porque perdieron, sino porque perdieron lo que era suyo propio. Doble alegría: no sólo porque alcanzaron, sino por alcanzar lo que no podían ni esperar. Y otra tercera todavía: recibir lo que era de aquéllos. Y llama *hijos del reino* a aquellos para quienes el reino estaba preparado. Lo cual había de herirles muy vivamente, porque, después de mostrarles que por anuncio y promesa les tocaba a ellos estar en el seno de los patriarcas, a renglón seguido los excluye de él. En fin, como al cabo su amenaza no pasaba por entonces de meras palabras, la con firma con el milagro, como el milagro quedará confirmado por el posterior cumplimiento de la profecía.

LA PROFECÍA Y EL MILAGRO SE APOYAN UNO A OTRA

Así, pues, el que no crea en la salud concedida entonces al criado, por la profecía que ahora se está cumpliendo, crea también en el milagro que se cumplió entonces. Porque también la profecía, aun antes de su cumplimiento, por el milagro entonces cumplido se hizo a todos patente. Por eso justamente hizo primero el Señor la profecía y luego hizo levantarse al paralítico, a fin de confirmar lo por venir por lo presente y lo menor por lo mayor. Porque, a la verdad, que los virtuosos gocen de bienes y los enemigos de la virtud hayan de sufrir calamidades, nada tiene de extraordinario; cosa es conforme a razón y a ley; pero poner derecho a un paralítico, resucitar a un muerto, cosa es que está por encima de la naturaleza. Sin embargo, no fue poco lo que el centurión contribuyó a esta obra grande y maravillosa, según lo significó Cristo mismo diciendo: *Marcha y conforme has creído te suceda*. ¡Mirad cómo la curación del esclavo proclamó el poder de Cristo y la fe del centurión, a la vez que confirmaba lo por venir! O, por decir mejor, todo pregonaba de consuno el poder de Cristo, porque no sólo enderezó el cuerpo del criado, sino que, por su milagro, atrajo también a la fe el alma del centurión. Pero no consideréis solamente que el centurión creyó y su criado fue curado; admirad también la rapidez con que fue curado. Esto es lo que el evangelista nos declara al decir: *Y el criado quedó sano en el momento mismo*. Lo mismo que había dicho en el caso del leproso: *Inmediatamente quedó limpio*. Y

es así que Cristo no mostraba sólo su poder por el hecho de curar, sino por hacerlo de manera maravillosa, es decir, en un momento. Ni solamente nos aprovechaba por el hecho material de sus milagros, sino constantemente tomaba pie de ellos para hablarnos del reino de los cielos y atraernos a todos a él. Y aun a los mismos a quienes amenazaba con expulsarlos de él, no les amenazaba porque realmente los quisiera expulsar, sino para infundirles miedo por sus palabras y así atraerlos. Ahora bien, si ni aun así conseguía nada, suya era toda la culpa, como lo es también de cuantos sufren la misma enfermedad que ellos.

TAMBIÉN AHORA TIENE LUGAR LA AMENAZA DE CRISTO

Porque la amenaza del Señor no se cumplió sólo en los judíos —bien fácil es de verlo—, sino también entre los creyentes. Hijo del reino era Judas, y a él se dijo como a los otros discípulos: *Vosotros os sentaréis sobre doce tronos* (Mt 19,28); pero vino a parar en hijo del infierno. El etíope, en cambio, que era un extranjero de aquellos que habían de venir de oriente y occidente, alcanzó la corona juntamente con Abrahán, Isaac y Jacob. Y lo mismo se cumple ahora entre nosotros. *Porque muchos* —dice el Señor— *que son primeros serán postreros, y muchos postreros serán primeros* (Mt 19,30). Y así lo dice para que ni los unos se desalienten, como si ya no pudieran convertirse, ni se engrían los otros, por estar en pie. Lo mismo había antes profetizado también Juan: *Puede Dios, de estas piedras, suscitar hijos a Abrahán* (Mt 3,9). Como realmente esto había de suceder, fue muy de antemano anunciado, a fin que nadie pudiera escandalizarse por la novedad de la cosa. Pero Juan lo presenta como posible, pues al cabo era hombre; Cristo, como absolutamente cumplidero, ofreciéndonos la prueba de los hechos.

SIEMPRE SON POSIBLE LA CAÍDA Y LA CONVERSIÓN

No nos engriamos, por tanto, los que estamos en pie, sitio digámonos a nosotros mismos: *El que está en pie, mire no caiga* (1 Cor 10,12). Y tampoco desesperemos sí estamos caídos, sino digámonos a nosotros mismos: *¿Acaso el que cae no se levantará?* (Jer 8,4) Y es así que muchos habían escalado ya la cima misma del cielo, habían dado pruebas de gran continencia, se

fueron al yermo y' ni por sueños habían mirado a una mujer; pero por haberse descuidado un poco, les echó el diablo la zancadilla y cayeron al abismo mismo de la maldad. Otros, en cambio, de ahí se levantaron hasta el cielo: abandonaron la escena y el teatro, se alistaron en la vida de los ángeles y dieron pruebas de tal virtud, que llegaron a expulsar los demonios y hacer otros prodigios semejantes. Llenas están las Escrituras de estos ejemplos, llena también nuestra propia vida. Hombres deshonestos y muelles tapan la boca a los maniqueos, que afirman ser el mal cosa inconmovible, doctrina con que se consagran al diablo, aflojan las manos de los que quieren esforzarse y trastornan la vida entera. Los que tales doctrinas propalan, no sólo dañan para la vida futura, sino que ya aquí abajo, en cuanto de ellos depende, lo trastornan todo de arriba abajo. Porque ¿quién de los que viven mal se preocupará jamás de la virtud, si tiene por imposible volver a ella, por imposible todo mejoramiento? Si aun ahora, que tenemos las leyes, nos amenazan los castigos, la gloria despierta a muchos, nos espera el infierno, se nos promete el cielo, se reprende a los malos y se alaba a los buenos; si con todo esto, digo, apenas hay quienes se abracen con los trabajos de la virtud, si todo esto quitamos, ¿qué dique habrá para que no se pierda y se corrompa todo?

CAMINEMOS CON TEMOR Y CONFIANZA

Démonos, pues, cuenta de la malicia diabólica de estas doctrinas y cómo tanto los maniqueos como los que tratan de introducir las teorías del hado se oponen por igual a los legisladores humanos como a los oráculos de Dios, a la razón natural y al común sentir de todos los hombres: bárbaros, escitas y tracios; a todos absolutamente. Vigilemos; por tanto, carísimos, y, dando un adiós a todo eso, caminemos por la senda estrecha a la vez con confianza y con temor. Con temor, por los precipicios que hay a uno y otro lado de la senda; con confianza, porque tenemos a Jesús por guía. Caminemos vigilantes y alerta, pues a poco que uno dormite, puede precipitarse en un abismo. No somos nosotros más perfectos que David, y por haberse un poco descuidado, se despeñó en la sima misma de la maldad. Se despeñó, pero se levantó inmediatamente. No miremos, pues, sólo que pecó, sino también que lavó su Pecado. Por eso justamente nos conservó la

Escritura aquella historia, no para que contemples al caído, sino para que admires al que se levanta y así aprendas, si tú caes, con qué rapidez hay que levantarse. Los médicos escogen las enfermedades más graves, y ésas son las que describen en sus libros y ésas enseñan ellos a curar, para que, ejercitados sus discípulos en las mayores, dominen luego fácilmente las menores. Así también Dios nos ha puesto delante los pecados mayores, con el fin que quienes los cometen menores, hallen más fácilmente, por aquéllos, la curación de éstos. Pues si los mayores tuvieron remedio, también, y con más razón, lo tendrán los menores.

EL EJEMPLO DE DAVID: SE PONDERA LA GRAVEDAD DE SU PECADO

Veamos, pues, cómo enfermó y veamos también cuán rápidamente se levantó aquel bienaventurado varón. ¿Qué manera, pues, de enfermedad tuvo David? ¡Cometió un adulterio y un asesinato! Porque no tengo inconveniente en pregonar sus pecados por sus propios nombres. Si el Espíritu Santo no tuvo por vergonzoso que toda esta historia quedara consignada en la Escritura, mucho menos hemos de dejarla nosotros en la sombra. Por mi parte, no sólo la pregono, sino que añado algo más. Quienes la ocultan, ésos particularmente dejan en la sombra la virtud de David. Como le arrebatarían su más brillante corona quienes callaran su combate con el gigante Goliat, así también quienes pasan de largo por toda esta historia. Pero ¿no parece hay una contradicción en lo que estoy diciendo? Tened un poco de paciencia y ya veréis cómo tengo razón en lo que digo. Si exagero el pecado y hablo paradójicamente, es porque tengo con creces medios de defensa. ¿Qué es, pues, lo que yo añado? La virtud misma de David, circunstancia que agrava su culpa. No en todos se juzgará todo por igual. *Los poderosos* —dice la Escritura— *serán poderosamente atormentados* (Sab 6,7). Y: El que conoce la voluntad de su señor y no la hace, recibirá muchos azotes 20. De manera que donde hay mayor conocimiento, hay también mayor motivo de castigo. De ahí que el obispo, aun cometiendo los mismos pecados que sus súbditos, no sufrirá el mismo castigo, sino mucho más grave que ellos. Tal vez, viendo cómo exagero la acusación, estáis temiendo y temblando, y os maravilláis como si me vierais andar por entre precipicios. Pero yo estoy tan seguro de

este justo, que aun quiero proseguir más adelante, pues cuanto más encarezca la culpa, más alta podré presentar la alabanza de David. — ¿Y qué más —me diréis— puede ya decirse contra él? — ¡Mucho más! Mirad el caso de Caín. Lo que éste hizo, no fue sólo un asesinato, sino algo peor que muchos asesinatos: no mató a un extraño, sino a su hermano, y hermano que para nada le había agraviado, sino que había sido más bien agraviado Por él; y fue Caín asesino no después de otros muchos asesinos, sino el primer asesino, el primero que inventó semejante abominación. Así aquí. La muerte perpetrada por orden de David no fue solamente un crimen, pues no fue un cualquiera el que la mandó perpetrar, sino un profeta. Y no mata a quien le hubiera agraviado, sino a quien había sido por él agraviado, pues le había el rey agraviado en cosa tan sensible como arrebatarle a su mujer, y, sin embargo, tras un crimen, añadió otro. Mirad cómo no tengo consideración alguna con el justo, cómo sin disimulo de ninguna especie os he ponderado sus crímenes. Y, sin embargo, después de haber cargado sobre él todo el peso del pecado, estoy tan seguro de la defensa, que quisiera se hallaran aquí presentes los maniqueos, que son quienes señaladamente hacen mofa de este caso, y también los que están atacados de la herejía de Marción, pues a todos les taparía más que sobradamente las bocas. Ellos dicen que cometió un adulterio y un asesinato; yo no sólo digo eso, sino que añado haber sido doble su asesinato: por razón del que fue asesinado y por la calidad de la persona que cometió ese crimen.

EJEMPLO DE DAVID: SE DESCRIBE SU ADMIRABLE PENITENCIA

Porque no es lo mismo que cometa esos crímenes un hombre que fue digno de recibir el Espíritu Santo, que fue colmado de beneficios, que alcanzó tan alto poder y se hallaba ya en aquella edad, que cometerlo otro a quien nada de eso le cupo en suerte. Pero justamente lo admirable de este noble varón está en que, hundido en el fondo mismo de la maldad, no se abatió, ni se desesperó, ni se quedó allí tendido boca arriba después de recibir del diablo tan mortífero golpe, sino que, rápidamente, mejor, inmediatamente y con mayor ímpetu, descargó sobre su enemigo más duro golpe que el que había él recibido. Imaginad que en la guerra, en pleno fragor del combate, un bárbaro le clava a un noble la lanza

en el costado, o un arquero su dardo sobre el pecho, y, añadiéndose una herida a otra herida, cae el noble bañado por todas partes en su sangre; mas, levantándose al punto, dispara su lanza contra el arquero y le deja muerto sobre el campo 21. Tal sucedió en este caso. Cuanto más ponderemos el golpe recibido, más admirable nos ha de parecer el alma del valiente que, tras recibir tan grave herida, aún tuvo fuerzas para levantarse, ponerse en primera fila y derribar al que le hiriera. Cuán grande hazaña sea ésta, lo saben particularmente aquellos que han caído en graves pecados. El que va por el camino recto, no necesita de alma tan generosa y esforzada para adelantar en él—pues lleva la esperanza por compañera y ésta le unge para el combate, ésta le despierta, le templa y anima—como el que, después de mil coronas, trofeos y victorias, sufre grave descalabro, la necesita para emprender nuevamente la misma carrera.

Para declararos mejor lo que os digo, voy a poneros otro ejemplo que no le va en zaga al primero. Imaginad, os ruego un piloto que, después de cruzar mares infinitos, después de navegar el mar entero, después de mil tormentas, escollos y olas, naufraga, con rico cargamento, en la boca misma del puerto y a duras penas se salva, desnudo, del terrible naufragio ¿Cómo mirará, posiblemente, este hombre el mar, la navegación y sus trabajos? De no poseer un alma de temple muy generoso, ¿querrá ese tal ver más una costa, una embarcación un puerto? Yo creo que no. Lo que hará será esconderse, tendrá el día por noche y renunciará a toda aventura. Antes pasará la vida mendigando que exponerse otra vez a los mismos peligros.

LA GLORIA DE DAVID DESPUÉS DE SU PECADO

No obró así aquel bienaventurado varón. Después de sufrir tan gran naufragio, después de tantos trabajos y sudores perdidos, no permaneció escondido, sino que nuevamente remolcó su nave al mar, desplegó las velas, empuñó el timón y arrostró los mismos trabajos y reunió más cuantiosa riqueza que de primero. Ahora bien, si mantenerse en pie es digno de admiración, y también no quedar del todo tendido el que cayera, ¿qué coronas no merecerá quien se levanta y obra tales hazañas? Y, a la verdad, muchas cosas pudieran haberle llevado a la desesperación: primero, la

grandeza misma de su pecado; luego, haber dado tan grave caída, no a los comienzos de su vida, cuando la esperanza tiene más brío, sino al acabamiento de ella. El navegante no siente el mismo dolor si sufre naufragio apenas salido del puerto que si después de infinitas travesías viene a chocar con un escollo; en tercer lugar, haber sufrido aquel desastre después que había reunido tan grandes riquezas. No era, en efecto, pequeña la carga que llevaba entonces su nave, por ejemplo, los hechos de su primera edad, cuando era sólo un pastorcillo; su combate con Goliat, cuando alcanzó tan brillante victoria; su filosofía para con Saúl. Aquí, en efecto, mostró paciencia evangélica, pues teniendo mil veces a su enemigo en su mano, le perdonó siempre la vida y prefirió antes perder él su patria, su libertad y su misma vida que matar a quien injustamente le perseguía. Ni fueron tampoco pequeños sus merecimientos después que subió al trono. Y, aparte de todo lo dicho, la opinión en que todos le tenían. Venirse a tierra de aquel modo toda aquella brillante gloria, no era cosa para producirle al rey menudo alboroto. Porque ya no podía adornarle tanto la púrpura cuanto le abochornaba la mancha de su pecado.

DAVID, DESPUÉS DE SU MUERTE, ES PROTECCIÓN DE LOS SUYOS

Ahora bien, vosotros sabéis perfectamente qué valor se requiere para consentir que nuestros pecados se pregonen a voz de trompeta, y qué grandeza de alma ha menester para no abatirse el que se ve acusado de todo el mundo y tiene tantos testigos de sus culpas. Pero aquel noble varón, arrancando de su alma todos esos dardos, de tal modo brilló después de su caída, tan perfectamente limpió su mancha, tan puro se volvió, que, aun después de muerto, vino a servir de protección contra los pecados de sus descendientes. Y lo que Dios dijo de Abrahán vemos que lo dijo también de David, o, por mejor decir, más de David que de Abrahán. Del patriarca, en efecto, dijo así, *Me he acordado del testamento que establecí con Abrahán* (Ex 2,24). Pero con David no habla Dios de testamento, sino ¿de qué? *Por amor de David, siervo mío, yo seré escudo de esta ciudad* (Is 37,35). Y por amor también a David no permitió Dios que Salomón, no obstante haber cometido tan grave pecado, perdiera su reino; y fue tanta la gloria de aquel hombre, que Pedro, dirigiendo, después de tantos años, la palabra a los

judíos, les decía: *Séame permitido deciros con libertad acerca de nuestro padre David, que murió y fue sepultado* (Hechos 2,29). El mismo Cristo, en fin, disputando con los judíos, les hace ver que David, aun después de su pecado, fue digno de recibir tanto espíritu, que nuevamente profetizó acerca de su divinidad y con palabras justamente de David hace Él enmudecer a sus enemigos: *¿Cómo, pues, David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha"?* (Mt 22,43) Además, lo que se cumplió en Moisés, se dio también en David. Pues fue así que Dios castigó a María, aun contra la voluntad de Moisés, por haber ofendido a su hermano —mostrando así Dios cuánto amaba a aquel santo—, y vengó a David de la injuria de su hijo, a pesar que él no quería la venganza. Ahora bien, también estos hechos son bastantes, o, por mejor decir, estos hechos, mejor que cualesquiera otros, son bastantes para demostrar la virtud de David, pues cuando Dios da su fallo, no cabe ya averiguación de ninguna clase. Y si más particularmente queréis conocer su filosofía, no tenéis más que recorrer su historia después de su pecado, y allí veréis su confianza y su amor para con Dios, su adelantamiento en la virtud y su perfección hasta su último aliento.

EXHORTACIÓN FINAL: APRENDAMOS DE DAVID

Teniendo, pues, ante los ojos esos ejemplos, vigilemos y esforcémonos por no caer, y, si alguna vez cayéremos, por no quedarnos en el suelo. Porque no os he contado los pecados de David para llevaros a la desidia, sino para infundiros un santo temor. Porque si él, que era justo, por haberse un tanto descuidado, tales golpes y heridas recibió, ¿qué no sufriremos nosotros si somos tibios todos los días? No miréis, pues, que cayó y justifiquéis con ello vuestra tibieza; mirad más bien cuántas y cuán grandes cosas hizo aun después de caído: cuántos gemidos exhaló, cuán grande penitencia practicó, juntando los días a las noches; qué fuentes de lágrimas derramó, regando con ellas su lecho; vestido, por añadidura, de saco. Ahora bien, si a David le fue necesaria tan grande conversión, ¿cuándo nos podremos salvar nosotros, que, después de cometer tantos pecados, permanecemos insensibles? Porque el que tiene grandes merecimientos, con ellos puede echar como una sombra sobre sus pecados; pero el que está desnudo,

dondequiera le diere un dardo, recibe golpe mortal. Para que así no suceda, amémonos de buenas obras, y, si algún pecado cometiéremos lavémoslo inmediatamente. Así, viviendo por Dios la presente vida, mereceremos gozar de la venidera. Dicha que os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 27

Y entrando Jesús en casa de Pedro, vio a la suegra de éste echada en cama y con fiebre, y la tomó de la mano, y la fiebre la abandonó y ella se puso a servirle (Mt 8,14ss).

LA CURACIÓN DE LA SUEGRA DE PEDRO

Marcos (Mc 1,29) usa de la palabra "inmediatamente" para señalar el tiempo; Mateo se contenta con narrar el milagro sin indicación de tiempo. Los otros evangelistas dicen (Mc 1,30; Lc 4,38) que la enferma misma rogó al Señor; Mateo se calla también esta circunstancia. Pero no hay en ello discordancia, sino que Mateo mira a la brevedad del relato; los otros, a una mayor precisión. —Pero ¿con qué fin entró en la casa de Pedro? —A mi parecer, con el fin de tomar algún alimento. Por lo menos eso da a entender el evangelista cuando dice: *Y ella se levantó y le servía*. Porque costumbre era del Señor hospedarse en casa de sus discípulos, como hizo con Mateo cuando le llamó, con lo que juntamente los honraba e incitaba su fervor. Pero considerad, os ruego, aquí también la reverencia de Pedro para con el Se-flor. Porque, teniendo en casa a su suegra enferma y con alta fiebre, no le forzó a que fuera a verla, sino que esperó a que terminara toda su instrucción y a que todos los otros fueran curados, y sólo entonces, dentro ya de casa, le ruega por ella. De esta manera aprendía Pedro, desde el principio, a poner los intereses de los otros por delante de los suyos propios. Así, pues, no fue él quien introdujo al Señor en su casa, sino que entró Él espontáneamente, después que el centurión había dicho: *Señor, no soy digno que entres bajo mi techo* (Mt 8,8). Con lo que mostraba el Señor cuán grande gracia hacía a su discípulo. Realmente, considerad qué tales habían de ser aquellos palacios de los pescadores. Y, sin embargo, no se desdeñaba el Señor de entrar en aquellas míseras

chozas, enseñándonos por todos los modos a pisotear el boato de los hombres. Por lo demás, unas veces cura el Señor con solas palabras, otras extiende también la mano, otras junta palabras y gestos para poner ante los ojos el milagro. Porque no siempre quería Él obrar milagros aparatosos, ya que por entonces le convenía estar oculto, y menos en presencia de sus discípulos, que, de pura alegría, los hubieran pregonado por todas partes. Lo cual es evidente por lo que le pasó después de bajar del monte de la transfiguración, que tuvo necesidad de mandarles que a nadie dijeran lo que habían visto Tocó, pues, el Señor ala enferma, y no sólo le calmó la fiebre, sino que le devolvió perfecta salud. Como se trataba de una enfermedad leve, aquí mostró más bien su poder en el modo de la curación. Lo cual no hubiera podido conseguir la medicina. Porque bien sabéis que, aun después que el enfermo se ve libre de la fiebre, necesita de mucho tiempo hasta restablecerse completamente en su primera salud. Pero en el caso presente, todo sucedió en el mismo punto. Y no sólo aquí, sino también en el otro de la tempestad calmada. Porque no sólo calmó el Señor los vientos y la tormenta, sino que instantáneamente apaciguó también el mar. Lo cual es también maravilloso, pues, aun cesando la tormenta, las aguas siguen por mucho tiempo agitadas. No así con Cristo, pues todo sucedió en el mismo punto: exactamente como aquí en el caso de la suegra de Pedro. Y eso es lo que quiere significar el evangelista, cuando dice: *Se levantó y se puso a servirle*. Lo cual no fue solamente señal del poder de Cristo, sino de la gratitud que la mujer sentía para con Él.

Otro punto podemos aún considerar en este milagro, y es cómo el Señor, por la fe de unos, concede la curación a otros. Aquí, en efecto, otros fueron los que rogaron, lo mismo que en el caso del criado del centurión; pero se la concede a condición que el enfermo no sea incrédulo y sólo por impedírselo la enfermedad no se presente ante Él, o por ignorancia y corta edad no sienta muy altamente de Él.

JESÚS CURA A MUCHEDUMBRE DE ENFERMOS

Venida la tarde, le presentaron a muchos endemoniados, y con su palabra expulsó de ellos los espíritus, y curó a todos os enfermos, a fin que se cumpliera lo que fue dicho por el profeta

Isaías (53,4): Él *tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias*. Mirad cómo ha crecido ya la fe de la muchedumbre. Porque no se resignaban a retirarse de su lado, no obstante lo urgente de la hora, ni tenían por intempestivo presentarle los enfermos por la tarde. Por otra parte, considerad, os ruego, la muchedumbre de curaciones que los evangelistas pasan por alto, sin contarnos menudamente sus circunstancias. Con una sola palabra atraviesan todo un piélago inmenso de milagros. Luego, el propio evangelista, previniendo a la incredulidad que pudiera ocasionar la grandeza misma del milagro, pues curó en un momento a tanta muchedumbre de gente y de tan varias enfermedades, nos aduce al profeta como testigo de los hechos —con lo que nos muestra de paso cuán eficaz es siempre la prueba tomada de las Escrituras, de no menos fuerza que los milagros mismos—, y así dice que ya Isaías los había predicho: *Él tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias*. No dijo: "destruyó", sino: *Cargó y tomó sobre sí*. Lo cual más bien me parece fue dicho por el profeta en relación con nuestros pecados, en consonancia con lo que había dicho también Juan Bautista: *He ahí el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29).

¿Cómo, pues, lo aplica aquí el evangelista a las enfermedades corporales? O porque leyó este testimonio en sentido histórico, o porque quiso darnos a entender que la mayor parte de las enfermedades del cuerpo proceden de pecados del alma. Porque si la muerte misma, que es cifra de todos los males, tuvo en el pecado su raíz y origen, mucho más lo tendrán la mayor parte de las enfermedades. El mismo hecho de ser nos" otros pasibles, de ahí nos ha venido.

EL SEÑOR NOS ENSEÑA A HUIR LA OSTENTACIÓN

Pero, viendo Jesús las grandes muchedumbres que le rodeaban, dio orden de pasar a la otra orilla. Mirad una vez más cuán ajeno es el Señor a toda ostentación. Los otros evangelistas nos cuentan haber intimado a los demonios que no dijeran que Él era el Cristo (Mc 1,34; Lc 4,41); Mateo, que despidió a las muchedumbres. Al obrar así, quería el Señor enseñarnos la moderación, a la vez que calmaba la ojeriza de los judíos, y nos daba, en fin, la lección de no

hacer nada por pura ostentación. Realmente, no había venido sólo para curar los cuerpos, sino principalmente para corregir al alma y enseñarle su divina sabiduría. En una y otra cosa se nos muestra a sí mismo: en la curación de las enfermedades y en no hacer nada por ostentación. Y era así que las gentes estaban como clavadas con Él de puro amor y admiración y quisieran estarle mirando en todo momento. Porque ¿quién se iba a apartar de quien tales maravillas obraba? ¿Quién no quisiera contemplar sencillamente aquella cara y aquella boca, que tales palabras hablaba?

LA BELLEZA CORPORAL DEL SEÑOR

Porque no era el Señor sólo admirable cuando obraba sus milagros, sino que su sola presencia estaba llena de hechizo, como ya lo había declarado el profeta, cuando dijo: *Hermoso por su belleza sobre los hijos de los hombres* (Salmo 44,3). Y si es cierto que Isaías dice: *No tenía forma ni hermosura* (Is 53,2), o hay que entenderlo en comparación de la gloria inefable e inexplicable de la divinidad, o nos habla el profeta de lo que sucedió en su pasión —la deshonra, por ejemplo, sufrida al tiempo de estar colgado en la cruz—, o, finalmente, de la humildad que mostró en todo durante su vida entera.

HECHIZO DEL SEÑOR SOBRE LAS GENTES

Sin embargo, no dio su orden de pasar a la otra orilla hasta que hubo terminado de curar, pues en otro caso tampoco se lo hubieran consentido. Porque si allá en el monte no permanecieron sólo a su lado mientras duró su discurso, sino que, aun cuando hubo callado, le fueron acompañando, así aquí no sólo estaban junto a Él mientras obraba sus milagros, sino también cuando hubo terminado, como quiera que de sólo mirar su rostro sacaban gran provecho. Y es así que si Moisés tenía transfigurado su rostro y el de Esteban parecía de un ángel, considerad cómo es razón que apareciera entonces la cara del que es Señor de Moisés y de Esteban. Tal vez tengáis ahora muchos deseo de ver aquella divina imagen; pero, si queremos, mucho más bella la contemplaremos. Porque, si terminamos con confianza la presente vida, recibiremos al Señor entre las nubes y le saldremos al encuentro con cuerpo inmortal e incorruptible. Y mirad cómo no despide sin más a las muchedum-

bres, a fin de no herirlas. Porque no dijo: “Retiraos”, sino que ordenó pasar al otro lado, dándoles esperanzas que Él, en todo caso, pasaría también allá.

CONDICIONES PARA EL SEGUIMIENTO DE CRISTO

De este modo, pues, le mostraban las muchedumbres, su grande amor y le seguían con entusiasmo; pero uno de entre ellos, esclavo de la riqueza y lleno de arrogancia, se le acercó y le dijo: *Maestro, yo te quiero seguir dondequiera que vayas*. ¡Mirad cuánta jactancia! No quería el hombre que se le contara entre la muchedumbre, y, para mostrar que estaba por encima de la turbamulta, se acercó al Señor de aquella manera. Tal es el carácter de los judíos: lleno de impertinente insolencia. Otro, por modo semejante, más adelante, cuando todos estaban en silencio, saltó y le dijo al Señor: *¿Cuál es el primer mandamiento?* (Mt 22,36) Sin embargo, no reprendió el Señor la impertinencia, enseñándonos así a soportar a tales gentes. Por eso, no arguye manifiestamente sus malos propósitos, sino que responde a sus pensamientos, dejándoles a ellos solos que se den cuenta de la reprensión; con lo que les hace doble beneficio. Primero, ponerles patente que Él sabe lo que hay en la conciencia, y luego —demostrado lo primero—, concederles seguir ocultos y ofrecerles, si querían, la gracia de corregirse. Tal, exactamente, hace con éste. Este, en efecto, viendo los muchos milagros que el Señor obraba y cómo se atraía las muchedumbres, se echó sus cuentas y creyó que aquellos milagros podían ser un buen negocio. De ahí su prisa por seguirle. — ¿Cómo puede probarse esto? —Por la respuesta que Cristo le da, que más bien apunta a la intención que no a las palabras de la pregunta. ¿Cómo?—le dice—. ¿De mi seguimiento esperas hacer dinero? Pero ¿no ves que yo no tengo dónde cobijarme y soy más pobre que los pájaros del aire? *Porque las zorras tienen sus madrigueras y los pájaros del aire sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde apoyar su cabeza*. Lo cual no era rechazarlo, sino reprender su mala intención, a la vez que, si quería, le ofrecía ocasión para seguirle con aquellas condiciones. Ahora, que la intención con que se acercó al Señor no fue buena, miradlo por lo que ahora hace, pues, oyendo la respuesta y reprensión del Señor, no le contestó: "Estoy dispuesto a seguirte".

CRISTO RESPONDE CON FRECUENCIA A LA INTENCIÓN DEL QUE LE HABLA

Por lo demás, se ve cómo en muchas otras ocasiones sigue Cristo el mismo procedimiento: no argüir abiertamente, sino por su respuesta poner al descubierto la intención de los que se le acercan. Así, a aquel que le dijo: *Maestro bueno*, y por esta adulación esperaba atraérselo a su parecer, le respondió diciendo: ¿Por qué me llamas bueno? *Sólo hay uno bueno: Dios* (Lc 18,18-19M Mt 19,16-17). Y cuando le dijeron: *Mira que tu madre y tus hermanos te vienen a buscar* (Mt 12,41), como venían movidos de sentimientos humanos y no con intención de oír nada de provecho —querían sin duda hacer alarde de su parentesco con Él y vanagloriarse de ello—, oye cómo les contesta: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* Y otra vez a sus mismos hermanos que le decían: *Manifiéstate a ti mismo ante el mundo*, les replicó: *Vuestro tiempo está siempre aparejado; pero el mío no ha llegado todavía* (Jn 7,4-6). También suele hacer lo mismo por modo contrario, como cuando le dice a Natanael: *He aquí a un verdadero israelita, en quien no se da falsía* (Jn 1,47). Y aquella otra vez que dijo: *Marchad y contad a Juan lo que estáis viendo y oyendo* (Lc 7,22). Porque tampoco en esta ocasión respondió a las palabras, sino a la intención de quien había enviado aquella embajada. Y con la conciencia del pueblo hablaba también cuando prosiguió diciendo: *¿Qué salisteis a ver en el desierto?* Como probablemente tenía la gente a Juan por hombre de carácter flojo y flexible, para rectificar semejante idea, les dice el Señor: *¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento o un hombre vestido de ropas muelles?* (Mt 11,7-8), con lo que les daba el Señor a entender que Juan no era de suyo flexible ni se dejaría ablandar por molicie de ninguna especie. De este modo, pues, también aquí dirige su respuesta a la intención del que le hablaba. Y mirad cómo aun en esto da pruebas de su moderación. Porque no dijo: "Sí, tengo, pero lo desprecio", sino sencillamente: "No tengo". ¡Mirad cuán grande perfección unida a no menor condescendencia! Lo mismo cuando bebe y come y cuando aparentemente obra de modo contrario a Juan. También eso lo hace por la salvación de los judíos o, mejor dicho, de la tierra entera, pues reduce, por una parte, a silencio a los herejes, y trata, por otra, de atraerse a los que le escuchan.

QUE LOS MUERTOS ENTIERREN A SUS MUERTOS

Otro —prosigue el evangelista— le dijo: *Señor, permíteme antes marchar a enterrar a mi padre*. ¿Veis la diferencia y cómo el uno habla descaradamente y le dice: *Yo te quiero seguir dondequiera que vayas*; y éste, no obstante pedirle una cosa santa, empieza por *Permíteme*? Y, sin embargo, no se lo permitió Pues ¿qué le responde el Señor? *Deja a los muertos que entierren a sus muertos; tú, sin embargo, sígueme*. Porque siempre atendía el Señor a la intención. — ¿Y por qué —me dirás— no se lo permitió? —No se lo permitió porque otros había que podían cumplir con ese menester y no por eso se iba a quedar el padre sin sepultura. Lo que no debía hacerse era apartar al hijo de cosas más necesarias. Ahora, al decir el Señor: *A sus muertos*, da a entender que éste no era muerto suyo. A mi parecer, el difunto aquel debía de ser algún incrédulo. Y si te maravillas que este joven pida permiso a Jesús para cosa tan necesaria y no fuera él por sí y ante sí al entierro de su padre, mucho más has de maravillarte de que, al prohibírselo, no se movió un paso. —Pero ¿no fue —objetarás— el colmo de la ingratitud no asistir al entierro de su padre? —De haberlo hecho por negligencia, sí, hubiera sido suma ingratitud; mas obrando así para no impedir otra obra más necesaria, la ingratitud, el colmo de la ingratitud, hubiera más bien estado en asistir.

PRIMACÍA DE LO ESPIRITUAL

Porque, si Jesús se lo prohibió, no es porque nos mande descuidar el honor debido a quienes nos engendraron, sino para darnos a entender que nada ha de haber para nosotros más necesario que entender en las cosas del cielo, que a ellas hemos de entregarnos con todo fervor y que ni un momento podemos diferirlas, por muy ineludible y urgente que sea lo que pudiera apartarnos de ellas. ¿Qué puede haber de más necesario que enterrar al propio padre? ¿Qué más fácil? Realmente, Poco tiempo había que gastar en ello. Ahora bien, si no hay que gastar ni el tiempo que se requiere para enterrar a su padre, si no es seguro alejarse de lo espiritual ni por tan breve espacio de tiempo, considerad el castigo que nosotros merecemos; nosotros, alejados todo el tiempo de nuestra vida de los asuntos que atañen a Cristo; nosotros, que anteponemos las cosas más viles a lo de verdad

necesario y que, sin que nada nos apremie, nos dejamos llevar de nuestra tibieza. Bien es también que admiremos la alteza de la filosofía que enseña el Señor, pues con tanta fuerza clavó a este discípulo a su palabra y le libró así de males infinitos: lamentaciones, duelos y todo lo que suele acompañarlos. Porque después del entierro hubiera tenido que ocuparse del testamento y del reparto de la hacienda y de tantos líos como de aquí suelen seguirse. Y así, sucediéndose unas olas a otras, cada vez le hubieran desviado más del puerto de la verdad. De ahí que el Señor le arrastra y le clava, como si dijéramos, consigo. Mas, si todavía os maravilláis y turbáis que no le consintiera asistir al entierro de su padre, considerad que hay muchos que no dejan que los enfermos se enteren de la muerte del padre o de la madre o de un hijo o de otros parientes, y menos que los acompañen a la sepultura, y no por eso se los tacha de crueldad e inhumanidad. Y con mucha razón. Lo contrario más bien: llevarlos en tal estado al entierro, habría que calificarlo de crueldad.

LOS MUERTOS POR EL PECADO

Ahora bien, si es un mal llorar a nuestros allegados y dejarse abatir por el dolor, mucho mayor lo es apartarse de los asuntos espirituales. Por eso justamente dijo el Señor en otra ocasión: *Nadie que ponga la mano en el arado y vuelva a mirar atrás, es apto para el reino de los cielos* (Lc 9,62). En verdad, más vale predicar el reino de los cielos y resucitar a otros de la muerte que no enterrar a un muerto, de quien nada se puede ya esperar. Sobre todo cuando hay otros que pueden muy bien cumplir todos esos menesteres. En resolución, ninguna otra lección sacamos de aquí sino el deber que tenemos de no perder un momento de tiempo, por muchas que sean las cosas que nos apremien, y de poner lo espiritual por encima de las más urgentes necesidades. Aprendamos también en qué está la vida y en qué la Muerte. Muchos hay, en efecto, que parece que están vivos y, viviendo como viven en la maldad, en nada se diferencian de los muertos; o, por decir mejor, su estado es peor que el de los muertos. *Porque el que ha muerto* —dice el Apóstol—, *justificado está del pecado* (Rom 6,7); éstos, en cambio, que hablamos, son esclavos del pecado. Porque no me vengas con que no son comidos de gusanos, ni yacen en una caja, ni han cerrado los ojos, ni se los ha envuelto en una mortaja. Cosas

más graves que un muerto sufre el que vive en pecado: no se lo comen los gusanos, pero lo desgarran pasiones más feroces que las fieras. Tiene abiertos los ojos, pero es peor que si los tuviera cerrados, porque los ojos de los muertos ya no pueden ver nada malo; pero los del pecador, por tenerlos abiertos, no hacen sino atraer a su alma infinitas enfermedades. El muerto yace en una caja, inmóvil ya para todo; mas el pecador está enterrado en un sepulcro de vicios sin cuento. ¿Dices que no ves su cuerpo putrefacto? ¿Y qué tiene que ver eso? Antes que su cuerpo, se le ha corrompido y perdido al pecador su alma, y su putrefacción es peor que la de un cadáver. Porque el cadáver huele mal durante diez días; pero el pecador despide mal olor durante su vida entera y su boca está más sucia que una cloaca. Si en algo difieren uno y otro, es que el muerto sufre una corrupción que es ley de la naturaleza; el pecador, sin embargo, junto con ésa, lleva también la corrupción de su disolución y está cada día inventando nuevos motivos de putrefacción. ¿Dirás que monta sobre un caballo? ¿Y qué tiene eso que ver? También al muerto se le lleva sobre un lecho. Y lo más grave es que al muerto en disolución y putrefacción no lo ve nadie, pues le cubre la caja mortuoria; mas el pecador, vivo y maloliente, se pasea por todas partes, llevando su alma muerta en el ataúd de su cuerpo. Y si nos fuera posible contemplar el alma de un hombre que vive en la disolución y en el pecado, veríamos que vale mucho más yacer en el sepulcro amortajados que no estar tan fuertemente atados por las sogas del pecado; vale más tener una losa encima que no el peso de la conciencia endurecida. Y puesto caso que estos muertos están tan insensibles, por eso señaladamente han de acudir sus allegados a rogar por ellos a Jesús, como en otro tiempo lo hiciera Marta por su hermano Lázaro. Y aun cuando hieda y esté de cuatro días muerto, no desesperéis, sino acercaos y empezad por levantar la piedra. Y entonces veréis cómo está tendido, como en un sepulcro, y atado con fajas. Y, si os place, voy a poneros un ejemplo de uno de esos hombres grandes e ilustres. Pero no temáis, pues pondré mi ejemplo sin nombrar a persona; o, por decir mejor, aun cuando yo dijera el nombre, tampoco habría que temer. Porque ¿quién temió jamás a un muerto? Haga lo que haga, el muerto siempre está muerto, y un muerto no puede dañar a un vivo ni poco ni mucho. Veamos, pues, cómo tiene ese muerto vendada su cabeza. Es el caso de sus continuas embriagueces; como tiene un cadáver toda

esa muchedumbre de velos y de fajas que sabemos, así ése tiene cerrados y atados todos sus sentidos. Pues pasemos ahora a sus manos y las veremos atadas a su vientre, como las de los difuntos, y muy fuertemente apretadas no por cintas, sino, lo que es mucho más grave, por las cadenas de la avaricia. Jamás las sueltan esos muertos para tenderlas a una limosna ni para otra obra buena ninguna. La avaricia ha hecho sus manos más inútiles que las de un cadáver. ¿Queréis ver también cómo están trabados los pies? Mirad cómo están también traspasados de preocupaciones y por ellas no son capaces de correr jamás a la casa de Dios. Ya habéis visto al muerto. Mirad ahora al enterrador. ¿Quién es, pues, el enterrador de estas gentes? El diablo, que las sabe atar tan cabalmente, que ya no les queda figura de hombres, sino de leño seco. Y, efectivamente, donde no queda ya ni ojos, ni manos, ni pies, ni miembro alguno vivo, ¿qué apariencia puede ya darse de hombre? Así es también como se ve que su alma está amortajada y que más bien es un ídolo que no un alma.

EXHORTACIÓN FINAL: ROGUEMOS A JESÚS POR ESTOS MUERTOS

Como quiera, pues, que estos muertos no se dan cuenta que lo están, acerquémonos por ellos a Jesús; supliquémosle que los resucite, levantemos la piedra del sepulcro, desatemos sus ligaduras. Si logramos levantar la piedra, es decir, su insensibilidad para el mal, muy pronto podremos sacarlos del sepulcro, y, una vez fuera, fácil nos será desatarlos de sus ligaduras. Entonces, cuando estés resucitado, te reconocerá Jesús; cuando estés desatado, te convidará a su convite. Cuantos sois, pues, amigos de Jesús, cuantos sois sus discípulos, cuantos amáis a ese pobre difunto, acercaos a Jesús y rogad por él. Cierto que despide hedor que apesta; mas no por eso hemos de abandonarlo sus allegados. Cuanto más avanzada esté la putrefacción, razón de más para acudir al Señor. Así lo hicieron otrora las hermanas de Lázaro. Y no cejemos en nuestras súplicas, en nuestra oración, en nuestras instancias, hasta que no lo recibamos vivo. Si de este modo atendemos a nuestra salvación y a la de nuestro prójimo, muy pronto alcanzaremos la vida venidera, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Y habiendo subido Él a la barca, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que se levantó una gran tormenta en el mar, hasta el punto que las olas cubrían la barca. Él, sin embargo, estaba durmiendo (Mt 8,23ss).

POR QUÉ PERMITE EL SEÑOR QUE SUS DISCÍPULOS SUFRAN LA TORMENTA

Lucas, no sintiéndose obligado a seguir el orden exacto del tiempo, dijo de modo general: *Y sucedió en uno de aquellos días que subió el Señor a una barca y con Él sus discípulos* (Lc 8,22). De modo semejante se expresa Marcos (Mc 4,35). No así Mateo, que guarda también aquí la continuación de tiempo. No todos, en efecto, lo escribieron todo del mismo modo. Observación que ya anteriormente hicimos, para que nadie, de una omisión, concluya una contradicción. Así, pues, despidió el Señor a las turbas y tomó consigo a sus discípulos. En esto están todos de acuerdo. Y a fe que no los tomó consigo sin causa ni motivo, sino porque quería, que fueran testigos del milagro que iba a realizar. Como buen maestro de atletas, los quiere adiestrar a doble ejercicio: a mantenerse imperturbables en los peligros y a ser moderados en los honores. Para que no se enorgullecieran de que, despedidas las turbas, los había retenido consigo a ellos, permite que sean juguete de la tormenta; con lo que no sólo les da esa lección de humildad, sino que a la vez los ejercita en sufrir generosamente las tentaciones. Grandes eran ciertamente los milagros que el Señor había ya realizado, mas éste llevaba consigo no pequeño ejercicio y tenía algún parentesco con el antiguo milagro del paso del mar por el pueblo de Israel. De ahí que sólo a sus discípulos lleva en su compañía. Cuando sólo se trata de contemplar sus milagros, el Señor permite que asista allí el pueblo; pero en momentos en que había que afrontar pruebas y temores, sólo toma consigo a sus discípulos, atleta que eran de toda la tierra y a quienes Él se propone ejercitar Por lo demás, Mateo cuenta simplemente que el Señor dormía; pero Lucas[49] añade que dormía sobre una almohada. Con lo que nos pone de manifiesto su humildad y nos

[49] En realidad es Marcos, 4.,38. Estos trueques no son infrecuentes en San Juan Crisóstomo, que cita de memoria.

da una lección de alta filosofía.

POR QUÉ SE DUERME JESÚS

Una vez, pues, que estalló la tormenta y se enfureciera el mar, los apóstoles despiertan al Señor diciendo: Señor, sálvanos; que perecemos. Pero el Señor los reprende a ellos antes que al mar. Porque, como antes he dicho, esta tormenta la permitió El para ejercitarlos y darles como un preludio de las pruebas que más tarde debían de sobrevenirles. Realmente, muchas veces habían de verse luego entre tempestades más fieras que aquélla, y Él dio largas a su socorro. De ahí es que Pablo decía: *No quiero que ignoréis, hermanos, que sobre toda ponderación fuimos agravados por encima de nuestras fuerzas, hasta el punto de sentir hastío de nuestra propia vida* (2 Cor 1,8). Y luego nuevamente: *Y de tamaños trances de muertes nos ha librado el Señor* (2 Cor 1,10). Así, pues, para hacerles ver que hay que tener buen ánimo, por muy grandes que se levanten las olas, y que Él lo dispone todo convenientemente, empieza el Señor por reprender a sus discípulos. Realmente su misma turbación fue cosa conveniente, para que el milagro apareciera mayor y su recuerdo se les grabara para siempre en el alma. Y es que siempre que quiere el Señor obrar algo maravilloso, lo prepara con una serie de circunstancias que lo fijen en la memoria y eviten así que, pasado el milagro, caiga totalmente en olvido. Tal aconteció con Moisés, que primero se espantó de la serpiente en que se convirtió su vara, y no sólo se espantó, sino que sintió angustia de muerte, y entonces fue justamente cuando vio el milagro que sabemos por la Escritura (Ex 4,2-5). Así también los apóstoles, cuando ya no esperaban sino la muerte, entonces se salvaron, para que, confesando la grandeza del peligro, reconocieran también la grandeza del milagro. De ahí el sueño de Cristo. Porque si la tempestad se hubiera desencadenado estando Él despierto, o no hubieran tenido miedo alguno, o no le hubieran rogado, o, tal vez, ni pensaran que tenía Él poder de hacer nada en aquel trance. De ahí el sueño del Señor, pues así daba tiempo a su acobardamiento y a que fuera más profunda la impresión de los hechos. No es lo mismo, efectivamente, ver las cosas en los otros y sentirlas en la propia carne. Habían visto los discípulos los beneficios que dispensaba el Señor a los otros; pero como a ellos no les había tocado nada, pues ni estaban paralíticos ni sufrían otra

enfermedad alguna, se sentían indiferentes. Sin embargo, como era menester que también ellos, por personal experiencia, gozaran de los beneficios del Señor, permitió Él la tempestad, para que, al sentirse libres de ella, tuvieran también el más claro sentimiento de un beneficio suyo. Por eso, no quiere tampoco hacer este milagro en presencia de las muchedumbres, para que no condenaran éstas a sus discípulos por hombres de poca fe, sino que los toma a solas consigo y a solas los corrige.

HOMBRES DE POCA FE

Antes de calmar la tempestad de las aguas apacigua la de sus almas al reprenderlos y decirles: *¿Por qué estáis acobardados, hombres de poca fe?* Con lo que justamente nos enseña que el temor no tanto nos lo producen las pruebas, cuanto la debilidad de nuestra alma. Mas, si se objeta que no suponía cobardía ni poquedad de fe que los discípulos se acercaran a despertar al Señor, yo respondería que ello era particularmente señal que no tenían de Él la idea que debían. Porque sin duda sabían que podía el Señor, despierto, intimar al mar; pero no creían aún que lo mismo pudiera hacer dormido. ¿Y qué maravilla es que no lo creyeran ahora, cuando vemos que, después de otros muchos milagros, se muestran aún más imperfectos? De ahí frecuentes reprensiones del Señor, como cuando les dice: *¿También vosotros estáis aún sin inteligencia?* (Mt 15,16) No nos sorprendamos, pues, si, cuando tan imperfectos se muestran los discípulos, no tenían las turbas idea alguna grande sobre el Señor, pues se admiraban y decían: *¿Qué hombre es éste, a quien obedecen los vientos y el mar?* Cristo, sin embargo, no les reprendió que le llamaran hombre, sino que esperó a demostrarles por sus milagros que su opinión era equivocada. Ahora, ¿de dónde deducían ellos que fuera hombre? De su apariencia, de su sueño, de tenerse que servir de una barca. De ahí su perplejidad y su pregunta: *¿Qué hombre es éste...?* Porque el sueño y la apariencia externa mostraban que era hombre; pero el mar y la calma de la tormenta lo proclamaban Dios.

COMPARACIÓN ENTRE JESÚS Y MOISÉS

También Moisés hizo en otro tiempo un milagro semejante; pero la superioridad del Señor es patente. Porque Moisés hacía los

milagros como siervo; pero Jesús como dueño soberano. Así, Él no tuvo necesidad de levantar la vara ni de extender su mano hacia el cielo, ni siquiera de hacer oración. No. Con la misma naturalidad con que un amo da una orden a su esclava, como manda el creador a su creatura, así, con sólo su mandato y su palabra, calmó y puso freno a la mar, y toda la tormenta se deshizo en un momento, y no quedó huella de la pasada turbación. Así lo significó el evangelista al decir: Y se produjo una calma grande. Lo que del Padre se dijo como grande maravilla, eso realizó con sus obras el Hijo. ¿Qué se dijo, pues, del Padre? *Dijo, y se paró el viento de tormenta.* Exactamente como aquí: *Dijo, y se produjo una calma grande* (Salmo 106,25). Por eso señaladamente le admiraban las muchedumbres; y no le hubieran admirado si hubiera hecho como Moisés.

LOS DEMONIOS CONFIESAN LA DIVINIDAD DE JESÚS

Apenas hubo Jesús desembarcado, al milagro pasado sucedió otro más temeroso. Y fue que unos endemoniados, como si fueran esclavos fugitivos y criminales que se topan con su amo, comenzaron a gritar: *¿Qué tenemos que ver contigo Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos ante de tiempo?* Como las turbas le habían confesado hombre, vienen ahora los demonios a proclamarle Dios; y los que no habían oído al mar embravecido y luego en calma, ahora oían a los demonios que gritaban lo mismo que había proclamado el mar con su calma. Luego, para que no se pensara que era cuestión de adulación, como quienes lo estaban muy bien experimentando, gritan y dicen: *¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?* Muy bien hacen confesando ante todo su enemistad con el Señor, pues así no caben sospechas en la súplica que le van a dirigir. En verdad, invisiblemente eran azotados y sufrían más fiera tormenta que la del mar, aguijoneados y abrasados, y aguantando suplicio insoportable por la presencia del Señor. Y es que, como nadie se había atrevido a presentarle estos endemoniados, fue Cristo mismo a buscarlos. Por lo demás, Mateo cuenta haber ellos dicho: ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo? Los otros evangelistas añaden que le suplicaban y conjuraban que no los arrojara al abismó. Pensaban, en efecto, que su castigo iba a ser inminente y temían como si hubiera ya de

caer sobre ellos el suplicio. Ahora, el hecho que Lucas diga tratarse de un solo endemoniado y Mateo de dos, no implica tampoco contradicción. Si realmente hubiera dicho que había uno solo y no había habido otro, parecería estar en pugna con Mateo; pero el hecho no significa pugna, sino modo distinto de contar. En realidad, por lo que a mí me parece, Lucas habla del más fiero de los demonios, y de ahí que su narración adquiere un tono más patético, por ejemplo, al decirnos que el endemoniado rompía las cadenas y andaba errante por el desierto. Y aun añade Marcos que se golpeaba con las piedras. Y aun las mismas palabras que pronuncian son bastantes a demostrar su crueldad y desvergüenza: *¿Has venido* —dicen— *a atormentarnos antes de tiempo?* No podían decir que no hubieran pecado; pero piden por lo menos que no se los castigue antes de tiempo. Como el Señor los había sorprendido cometiendo todos aquellos actos intolerables e inicuos y atormentando y torturando de todos los modos imaginables a quienes eran criaturas suyas, los demonios creían que, por la enormidad de sus crímenes, no esperaría el Señor el tiempo del castigo, y por eso rogaban y suplicaban. Y los que no soportaban ni las cadenas de hierro, se presentan ante Él como maniatados; y los que moraban en los montes, bajan por sí mismos a la llanura; y los que a otros les impedían seguir su camino, se detienen ante el mismo que a ellos les viene a cerrar el paso.

CONTRA VARIAS SUPERSTICIONES

—Pero ¿por qué razón gustan los demonios de morar en los sepulcros? —La razón es que quieren imponer al vulgo una creencia funesta, cual es la que las almas de los difuntos se convierten en demonios. Lo cual no quiera Dios que jamás nos pase por el pensamiento. — ¿Y qué decir —me objetarás— del hecho que muchos hechiceros se apoderan de niños y los matan con el fin de tener luego su alma como colaboradora de sus hechicerías? — ¿Y por dónde consta semejante colaboración? Que los hechiceros maten niños, es cosa muy decantada por el vulgo; pero que las almas de los así sacrificados estén con ellos, ¿cómo lo sabes, dime por favor? Porque —me contestas— los mismos endemoniados gritan: "Yo soy el alma de fulano". Pero todo eso es también fantasmagoría y embuste diabólico. Porque no es el alma del difunto la que eso grita, sino el diablo mismo, que representa

esa comedia con el fin de engañar a los que le oyen. Porque, si fuera posible que el alma pasara a la sustancia de un demonio, mucho mejor pasaría a la de su propio cuerpo. Por otra parte, está fuera de toda razón que el alma de un asesinado esté al servicio del mismo que lo asesinó; o que el hombre, cuando es ya potencia incorpórea, pueda pasar a otra sustancia. Porque si no hay medio de conseguirlo en los cuerpos y nadie sería capaz de hacer de un cuerpo humano un cuerpo de asno, con mayor razón ha de ser ello imposible tratándose del alma invisible y nadie sería capaz de hacerla pasar a la sustancia de un demonio.

LAS ALMAS NO ANDAN ERRANTES POR LA TIERRA

En resolución, todo eso no pasa de cuentos de viejas borrachas y de cocos de niños, pues no es posible tampoco que un alma, separada de su cuerpo, ande errante por el mundo. *Las almas de los justos están en la mano de Dios* (Sab 3,1). Y si lo están las de los justos, también las de los niños, pues éstas no son tampoco malas. Y las de los pecadores son inmediatamente arrebatadas de aquí, como se ve bien claro por la historia de Lázaro y del rico glotón. Y en otro lugar dice Cristo mismo: *Necio, hoy mismo te reclamarán tu alma* (Lc 12,12). No, no es posible que un alma que ha salido de su cuerpo ande luego errante por la tierra. Y se explica perfectamente. Porque si nosotros andando por tierra conocida y acostumbrada y revestidos de nuestro cuerpo, apenas entramos por un camino extraño, ya no sabemos qué dirección tomar, si no tenemos alguien que nos lleve como de la mano, ¿cómo sabrá el alma, separada de su cuerpo y de cuanto le había sido habitual, por dónde tiene que ir, de no haber quien la vaya guiando por el camino? Y por el estilo pudieran aducirse mil razones más, por las que puede verse no ser posible que el alma permanezca en este mundo. Así, Esteban dijo al morir: *Recibe mi espíritu* (Hechos 7,58). Y Pablo: *Lo mejor, con mucho, es ser desatado y estar con Cristo* (Filp 1,23). Y sobre el patriarca Abrahán nos dice la Escritura: *Y fue agregado a sus padres después de vivir en buena vejez* (Gen 25,8). Y que tampoco las almas de los pecadores puedan permanecer aquí bajo, óyeselo al rico glotón, que mucho suplicó se le concediera esa gracia y no la consiguió. De haber sido posible, él mismo hubiera venido, para contar a sus hermanos lo

que allí le pasaba. De todo lo cual resulta evidente que las almas, después de la peregrinación de este mundo, son llevadas a determinado lugar, sin que esté ya en su mano volver, y allí han de aguardar el día temeroso del último juicio.

POR QUÉ PERMITIÓ EL SEÑOR QUE LOS DEMONIOS ENTRARAN EN LOS CERDOS

Pero si alguno preguntara por qué accedió Cristo a la súplica que le hicieron los demonios y les consintió entrar en la piara de cerdos, le contestaríamos que no lo hizo ciertamente por benevolencia para con ellos, sino porque tenía Él en ello muy altos fines. Ante todo, hacer ver a los mismos a quienes había librado de aquellos perversos tiranos cuán grande era la maldad de aquellos traidores. Luego, para que todos se dieran cuenta que, de no habérselo Él permitido, los demonios no se hubieran atrevido ni con una piara de cerdos. En fin, para que vieran los mismos endemoniados que mucho peor que a los cerdos los hubieran tratado a ellos los demonios, de no haber gozado, aun dentro de su desgracia, de particular providencia de Dios. Porque, que a nosotros nos aborrecen los demonios más que a los animales, cosa es que a cualquiera se le alcanza. De suerte que los que no perdonaron a los cerdos, sino que en un abrir y cerrar de ojos se despeñaron con ellos en el mar; mucho más hubieran hecho eso con los hombres a quienes poseían y' traían y llevaban al desierto, si, aun en medio de su tiranía, no hubiera particularmente velado la providencia de Dios, sofrenándolos e impidiéndoles pasar adelante en su maltratamiento de aquellos desgraciados. De donde se sigue evidentemente que no hay nadie que no goce de la providencia de Dios. Y si no todos gozan de ella en la misma medida y del mismo modo, eso es justamente la prueba mejor de la providencia; pues conforme a la utilidad de cada uno, así se muestra también la acción de la providencia. Aparte lo dicho, otra lección aprendemos también de este hecho, y es que Dios no sólo tiene providencia de todos en particular, sino también de cada uno en particular. Es lo que el Señor declaró a sus discípulos cuando les dijo: *En cuanto a vosotros, los cabellos todos de vuestra cabeza están contados* (Mt 10,30). Y lo mismo puede evidente mente comprobarse por el caso de estos endemoniados. De no haber gozado de particular cuidado de lo alto, mucho tiempo antes hubieran sido ahogados por los

demonios.

OTRAS RAZONES DE LA PERMISIÓN DEL SEÑOR A LOS DEMONIOS

Otra razón que tuvo el Señor para permitir a los demonios entrar en la piara de cerdos, fue porque los habitantes de aquella comarca conocieran su poder. Porque es así que donde su nombre era ya muy conocido, no solía el Señor hacer señalado alarde de su poder; pero donde nadie le conocía, donde las gentes permanecían insensibles, allí hacía Él brillar la gloria de sus milagros, a fin de atraerlos al conocimiento de su divinidad. Y que entre los moradores de aquella ciudad había gentes estúpidas, bien claro se ve por el desenlace de todo este episodio. Porque, cuando debían habérsele postrado en adoración *y admirar su poder, le mandaron recado suplicándole que se retirara de sus términos*. —Y ¿por qué razón mataron los demonios a los cerdos? —No por otra razón sino porque el empeño de los demonios es siempre afligir a los hombres, y en la ruina de éstos está siempre su alegría. Eso fue, por ejemplo, lo que el diablo hizo con Job, aunque también aquí lo hizo por permisión de. Dios. Pero tampoco contra Job le dio Dios permiso al diablo por benevolencia para con éste, sino porque quería acrecentar la gloria de su servidor y cortarle al diablo todo pretexto de hablar desvergonzadamente contra Él. Y, en definitiva, sobre la cabeza del diablo rebotó cuanto él maquinara contra aquel varón justo. Realmente, también en el caso de estos endemoniados les salió la jugada al revés; pues, por una parte, quedó proclamado el poder de Cristo, y proclamada también, con más claridad aún, la maldad de ellos, de la que el Señor libró a los posesos; y, por otra, se demostró que, si el Dios de todas las cosas no se lo permite, no pueden ellos tocar ni a una piara de cerdos.

EXPLICACIÓN FIGURADA: EL LASCIVO Y EL AVARO

Pero si alguno quiere tomar todo este suceso en sentido figurado, no hay inconveniente en ello. El sentido histórico es el que queda expuesto. Pero hay que saber bien sabido que los hombres que viven a modo de cerdos son fácilmente atacables a la acción de los demonios. Si esa acción la sufren permaneciendo hombres, muchas veces pueden también salir vencedores; pero si los

hombres se convierten de todo punto en cerdos, no sólo son poseídos de los demonios, sino que se despeñan con ellos al abismo. Pero, por otra parte, tampoco hay que pensar que los hechos relatados aquí fueron pura fantasmagoría, sino que hay que creer firmemente que efectivamente fue expulsado el demonio, como lo prueba patentemente la muerte de los cerdos. Pero considerad, os ruego, cuán grande sea la mansedumbre del Señor aun en medio de todo su poder. Pues, como los habitantes de aquella comarca, aun después de recibir aquel beneficio, le arrojaron de sus confines, Él no se opuso a salir, sino que efectivamente se retiró y abandonó a aquellos que a sí mismos se habían declarado indignos de recibir su doctrina. Sin embargo, aun les dejó por maestros a los que habían sido librados del demonio y a los mismos porqueros, de quienes podían enterarse de todo lo sucedido. Él, sin embargo, se retiró, dejando a aquellas gentes un grande temor. Realmente, la grandeza del daño propagaba la fama del suceso y un hecho de aquella calidad había de impresionar su alma. De todas partes venían las voces que pregonaban lo maravilloso de aquel milagro: voces de los curados, de los cerdos ahogados, de los dueños de la piara y de sus pastores. Todo este episodio evangélico podemos verlo reproducido en la actualidad. ¡Cuántos endemoniados no vemos ahora que habitan en los sepulcros y a quien nada es capaz de sujetar en su furiosa locura: ni hierro, ni cadenas, ni muchedumbre de hombres, ni reprensión, ni exhortación, ni temor, ni amenaza ni cosa semejante! Y es así que un hombre incontinente que corre encandilado tras todo cuerpo, en nada se diferencia de un endemoniado. Como éste, el incontinente anda desnudo por todas partes, no porque no lleve ropa encima, sino porque va privado de la verdadera vestidura y está desnudo del honor que le corresponde. No se golpea con piedras, pero sí con pecados, que son peores que las mismas piedras. ¿Quién será, pues, capaz, de sujetar a ese tal y hacerle cesar en su lujuria y que no sienta su aguijón, fuera de su propia casa como está siempre, habitando que habita constantemente en los sepulcros? Porque sepulcros son los antros de las rameras, que apestan de mal olor y podredumbre infinita. Y ¿qué decir del avariento? ¿No está también endemoniado? Y ¿quién será capaz de sujetarlo? ¿No se le espanta y amenaza diariamente, no se le exhorta y aconseja? Pero todas esas cadenas las hace él añicos fácilmente. Y si alguien se le acerca con la piadosa intención de

librarle de sus ataduras, él le conjura que en modo alguno le libre, pues tiene por su mayor tormento no sufrir aquel tormento. ¿Puede darse nada más triste? Porque aquel otro demonio, si bien es cierto que menospreciaba a los hombres, pero cedió por lo menos al mandato de Cristo y salió in- mediatamente del cuerpo; pero éste de la avaricia no obedece ni al mandato de Cristo. Mirad, si no, cómo cada día está oyéndole al mismo Cristo, que dice: *No podéis servir a Dios y a Mammón* (Mt 6,26). Le oye amenazar con el infierno y con suplicios sin remedio, y no le obedece. Y no le obedece, no porque sea más fuerte que Cristo, sino porque Cristo no nos da la salud del alma contra nuestra voluntad. De ahí que esta ralea de gentes aun cuando vivan en medio de las ciudades, es como si habitaran en los desiertos. ¿Qué hombre sensato quisiera, en efecto de buena gana vivir con tales gentes? Por lo que a mí toca, antes preferiría vivir entre miles de endemoniados que con uno sólo de los atacados de aquella pestilencia. Y que al hablar así no me equivoco, resulta evidente examinando lo que unos y otros padecen. Efectivamente, los avaros tienen por enemigo a quien ningún daño les ha hecho, y pretenden convertir en esclavo al que es libre y le abruman de males sin número; los endemoniados, sin embargo, ninguna otra cosa hacen sino sufrir su propia enfermedad. Los avaros arruinan muchas casas, hacen que se blasfeme el nombre de Dios y son una peste para la ciudad y hasta para toda la tierra; mas los atormentados por el demonio, más bien son dignos de compasión y lágrimas. Éstos hacen la mayor parte de sus acciones en plena inconsciencia; pero los otros son locos con toda su razón, se entregan en plena ciudad a furores báquicos y sufren una nueva y extraña locura. Todos los endemoniados juntos no cometieron jamás crimen comparable con el de Judas, que perpetró la iniquidad extrema. Y todos los que a judas imitan son como fieras escapadas de sus jaulas, que aterrorizan las ciudades, sin que nadie sea capaz de sujetarlas. Cierto que por todas partes rodean cadenas al avaro: el temor de los tribunales, la amenaza de las leyes, la condenación por parte de todos. Sin embargo, todo eso lo hacen ellos pedazos y siguen trastornándolo todo de arriba abajo. Y si se llegara a quitarles totalmente esas cadenas, entonces se vería bien claro que el demonio que posee a los avaros es más feroz y furioso que el que salió de los endemoniados del Evangelio.

MONSTRUOSIDAD DE UN AVARO

Pero ya que esto no es posible en la realidad, vamos a imaginarlo con el pensamiento. Quitémosle al avariento todas sus ataduras y entonces veremos claramente su insigne locura. Pero no temáis la fiera que os voy a presentar; porque todo va a ser representación de la fantasía y no cosa de la realidad. Imaginemos, pues, a un hombre que arroja fuego por los ojos; ese hombre es negro completamente; de sus dos hombros, en vez de brazos, le cuelgan serpientes. En su boca, en vez de dientes, tiene clavadas afiladas espadas; en vez de lengua, le brota una fuente de veneno mortífero. Su vientre, más voraz que un horno, consume cuanto dentro se echa. Sus pies son alados y más rápidos que la llama. Su rostro es una mezcla de perro y lobo. Este monstruo no sabe decir palabra humana, sino todo ronco, desapacible y espantoso. En su mano lleva también una llama. Tal vez la descripción os resulte horrible; sin embargo, todavía no lo he descrito como cumple. Sobre todo lo dicho, aun hay que añadir otros rasgos: que degüella a cuantos se topa, que los devora y se alimenta de sus carnes. Pues bien, mucho más terrible que ese monstruo es el avaro, que a todos acomete, como el sepulcro, que todo lo devora, que por todas partes anda como enemigo universal del humano linaje. Él querría, en efecto, que no quedara ni un hombre sobre la tierra, a fin de apoderarse él solo de todo. Y ni siquiera se para ahí: después de aniquilar con su deseo a todos los hombres, desearía también destruir la sustancia misma de la tierra y verla convertida en oro. Y no sólo la tierra: los montes también, los valles, las fuentes, todo, en una palabra, cuanto miran sus ojos. Y para que os deis cuenta que todavía no os he pintado tal como es la locura del avaro, supongamos que no hubiera nadie que le acusara ni infundiera miedo. Quitemos por un momento con la imaginación el temor de las leyes, y veréis cómo empuña la espada y arremete contra todo el mundo, sin perdonar a nadie: ni amigos, ni parientes, ni hermanos, ni a su propio padre. Mejor dicho, no hace falta que supongamos nada. Preguntémosle a -él mismo si no es cierto que fomenta dentro de sí continuamente tales fantasías y si con su pensamiento no ataca a todo el mundo, matando a amigos, parientes y a los mismos que le dieron el ser. Y, en fin, tampoco hace falta que le preguntemos nada; pues todos saben que los atacados de esta enfermedad de la avaricia, llevan pesadamente la

vejez de sus padres, y que lo que todo el mundo tiene por dulce y deseable, como es tener hijos, para ellos es cosa pesada y aborrecible. Lo cierto es que muchos han comprado por eso el no tener hijos y han mutilado la naturaleza, no sólo quitando la vida a los recién nacidos, sino no dejando en absoluto que nacieran.

CÓMO LIBRAR DEL DEMONIO AL AVARIENTO

No os maravilléis, pues, que haya pintado al avariento con esos colores, pues aun es él peor de lo que yo he dicho. Pero veamos cómo le podemos librar de su demonio. — ¿Cómo librarle, pues? —Si le hacemos comprender claramente que la avaricia es justamente el mayor obstáculo para lo mismo que pretende, que es hacer dinero. Siempre sucede, en efecto, que quienes quieren ganar aun en lo poco, pierden hasta en lo mucho. El hecho ha pasado ya a proverbio. Muchos, por ejemplo, muchas veces, queriendo prestar a muy alto interés, por no examinar, en su afán de lucro, a los mismos a quienes prestaban, han venido a perder interés y capital. Otros, otras veces, hallándose en peligros, no han querido desprenderse de una pequeña parte de su riqueza y han venido a perder la vida y las riquezas juntamente. Otros, teniendo ocasión de comprar pingües dignidades o cosas semejantes, por poquedad de alma, lo perdieron todo. Como no saben sembrar, sino que piensan sólo en recoger, pierden también la cosecha. Nadie puede recoger siempre, como no puede nadie ganar siempre. Y como no quieren gastar, tampoco saben ganar. Lo mismo les pasa cuando tratan de tomar mujer. Porque o son engañados y cogen una pare en lugar de una rica o, si la cogen rica, está llena de infinitos defectos y les acarrea aún mayor desastre. Porque no es la opulencia sino la virtud la que nos hace verdaderamente ricos. ¿Para qué vale la riqueza, si la mujer es derrochadora y disoluta y lo lleva todo por delante con más ímpetu que el huracán? ¿Qué decir si es impúdica y arrastra tras sí a una legión de amantes? ¿Qué si borracha? ¿No es así que muy pronto convertirá en un mendigo a su marido? Y no sólo al casarse, en sus mismas compras fracasan los avaros, comprando, por ejemplo, llevados de su codicia, no los esclavos buenos, sino yendo a buscar los más baratos.

EXHORTACIÓN FINAL: HUID DE LA AVARICIA

Considerando, pues, todo esto —ya que no seáis todavía capaces de oír hablar sobre el infierno y el reino de los cielos—, considerando, digo, los daños que muchas veces os ha causado vuestro mismo amor al dinero en los préstamos, en las compras, en vuestros casamientos, en las clientelas y en todo lo demás, apartaos de la codicia del dinero. De este modo podréis pasar con seguridad la presente vida y, a poco que adelantéis, podréis también escuchar las palabras de la filosofía y, a poco que vuestros ojos se aclaren, mirar también al mismo sol de justicia y alcanzar los bienes que al nos ha prometido. Los que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 29

Habiendo Jesús montado en la barca, pasó al otro lado y vino a su propia ciudad. Y he aquí que le presentaron un paralítico echado sobre un lecho. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te sean perdonados (Mt 9, I y sig.).

LOS DOS PARALÍTICOS DEL EVANGELIO

Llama aquí el evangelista a Cafarnaúm la ciudad propia de Jesús. Porque en Belén nació, en Nazaret se crió y en Cafarnaúm tenía ahora su morada. Respecto del paralítico, no es éste el mismo que nos habla Juan. El de Juan estaba tendido junto a la piscina; éste en Cafarnaúm. El de Juan lleva treinta y ocho años enfermo; del de Mateo no se nos dice tal circunstancia. El de la piscina no tenía- a nadie que se cuidara de él; este de Cafarnaúm tiene quienes le cuidan y le llevan a presencia de Jesús. Al uno le dice el Señor: *Hijo, tus pecados te sean perdonados*. Al otro le preguntó sencillamente: *¿Quieres ser curado?* (Jn 5,6) A éste le curó el Señor en día de sábado, a aquél no en sábado. De haber sido en sábado, también de esto le hubieran recriminado los judíos. Pero así como en el otro caso le persiguieron por eso con saña, aquí no chistaron. No sin razón digo todo esto; pues, suponiendo que se tratara de uno solo y el mismo paralítico, alguien pudiera

imaginar una discrepancia entre los dos evangelistas. Pero considerad ahora, os ruego, la' mansedumbre y modestia del Señor. Efectivamente, ya antes haba despedido a la muchedumbre; luego, expulsado por los gadarenos, no opuso resistencia, sino que se retiró, aunque no lejos ciertamente. Ahora monta en la barca para pasar el lago, cuando Él podía muy bien atravesarlo andando sobre las olas. Es que no quería estar constantemente haciendo milagros para no perjudicar a la razón misma de su Encarnación.

Por lo demás, Mateo cuenta simplemente que le llevaron al Señor el paralítico; los otros evangelistas añaden que abrieron un boquete por el techo y por él lo bajaron y lo pusieron delante de Cristo, sin decir palabra, pues todo lo dejaban en manos del Señor. Al comienzo de su misión era el Señor mismo el que iba de una parte a otra y no exigía tanta fe a los que se le acercaban; pero aquí fueron ellos los que se le acercaron y se les exigió fe: *Porque, viendo la fe de ellos* —dice el evangelista—, es decir, la fe de los que lo descolgaron por el tejado. No siempre, en efecto, pedía fe exclusivamente a los enfermos, por ejemplo, si estaban locos o de otra manera imposibilitados por la enfermedad. Mas, a decir verdad, también aquí hubo fe por parte del enfermo; pues, de no haber creído, no se hubiera dejado bajar por el boquete del techo.

CÓMO DEMUESTRA EL SEÑOR SU DIVINIDAD

Como todos, pues, daban tan grandes pruebas de fe, el Señor la dio de su poder perdonando con absoluta autoridad los pecados y demostrando una vez más su igualdad con el Padre. Pero notadlo bien: antes la había demostrado por el modo como enseñaba, pues lo hacía *como quien tiene autoridad*; en el caso del leproso, diciendo: *Quiero, queda limpio*; en el del centurión, porque habiendo éste dicho: *Mándalo con una sola palabra y mi criado quedará sano*, Él le admiró y le proclamó por encima de todos los otros; en el mar, porque lo sofrenó con una sola palabra; con los demonios, porque éstos le confesaron por su juez y Él los expulsó con autoridad. Aquí, sin embargo, por Modo más eminente, obliga a sus propios enemigos a que confiesen su igualdad con el Padre, y por boca de ellos hace Él que esta verdad quede patente. Por lo que a Él le tocaba, bien claro mostraba lo poco que le importaba el

honor de los hombres—y era así que le rodeaba tan enorme muchedumbre que amurallaban toda entrada y acceso a Él, y ello obligó a bajar al enfermo por el tejado, y, sin embargo, cuando lo tuvo ya delante, no se apresuró a curar su cuerpo. A la curación de éste fueron más bien sus enemigos los que le dieron ocasión. Él, ante todo, curó lo que no se ve, es decir, el alma, perdonándole los pecados. Lo cual, al enfermo le dio la salvación; pero a Él no le procuró muy grande gloria. Fueron, digo, sus enemigos quienes, molestándole llevados de su envidia y tratando de atacarle, lograron, aun contra su voluntad, que brillara más la gloria del milagro. Y es que, como el Señor era hábil, se valió de la envidia misma de sus émulos para manifestación del milagro.

SÓLO DIOS PUEDE PERDONAR LOS PECADOS

El caso fue que éstos se alborotaron y dijeron: *Éste está blasfemando. ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?* Veamos qué hace entonces el Señor. ¿Acaso les quitó esa idea? Sin embargo, si Él no era igual al Padre, su deber era haber dicho: "¿A qué me atribuís una idea que no me conviene? ¡Yo estoy muy lejos de tener ese poder!" Pero la verdad es que nada de esto dijo, sino que afirmó y confirmó todo lo contrario, primero por voz misma de sus enemigos y luego por su propio milagro. Como tal vez hubiera chocado a sus oyentes si Él hubiera dicho ciertas cosas de sí mismo, Él se limita a confirmar lo que de Él dicen los otros. Y lo de verdad maravilloso, lo que es el colmo de su sabiduría, es que no lo hace sólo por medio de sus amigos, sino también por medio de sus enemigos. Por medio de sus amigos, por ejemplo, cuando dijo: *Quiero, queda limpio*; o con ocasión del centurión: *Ni en Israel he hallado fe tan grande*. Y por medio de sus enemigos ahora. Éstos dijeron: *¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?* Y Él les replicó: *Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar pecados sobre la tierra: Levántate* —dice al paralítico—, *toma tu camilla y márchate a tu casa*. Y no procedió así sólo en esta ocasión. Como otra vez le dijeran: *No te apedreamos por obra alguna buena, sino porque, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios*: Él no rectificó tampoco entonces esa opinión, sino que más bien la confirmó diciendo: *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, si a mí no me*

creéis, creed por lo menos a mis obras (Jn 10,33).

NUEVA PRUEBA QUE DA AQUÍ EL SEÑOR DE SU DIVINIDAD

Pero otra prueba —y no pequeña— da aquí el Señor de su divinidad y de su igualdad con el Padre. Sus émulos decían que sólo a Dios toca perdonar los pecados; pero Jesús no sólo perdona los pecados, sino que, antes de ello, hace otra cosa que también le toca exclusivamente a Dios: descubrir los íntimos secretos del corazón. Porque ellos ya se guardaron bien de manifestar lo que pensaban: *He aquí* —dice el evangelista— *que algunos de los escribas decían dentro de sí: Éste está blasfemando. Y, conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué estáis pensando mal en vuestros corazones.* Ahora bien, que conocer los íntimos secretos del corazón pertenezca sólo a Dios, oídlo cómo lo dice el profeta: *Tú solo, absolutamente solo, conoces los corazones* (2 Par 6,30). Y otra vez: *Dios escudriña los corazones y los riñones* (Salmo 7,10). Y Jeremías dice: *Profundo es, sobre todas las cosas, el corazón del hombre; un hombre es, ¿y quién lo conocerá?* (Jer 17,9 Y: *El hombre mira a la cara, pero Dios penetra en el corazón* (1 Reyes 16,7). Y así pudieran aducirse muchos otros testimonios para probar que sólo de Dios es conocer lo que hay en nuestro pensamiento. Para mostrar, pues, Cristo que es Dios e igual a su Padre, les descubre y pone delante de todos lo que ellos dentro de sí pensaban —pues ellos mismos, por miedo a la muchedumbre, no se atrevían a manifestar su sentir—, siquiera aun esto lo haga con mucha mansedumbre: *¿Por qué* —les dice— *pensáis mal en vuestros corazones?* Realmente, si alguno tenía motivo de molestarse era justamente el enfermo que podía sentirse poco menos que burlado y decir: ¿Conque venido a curarme de una cosa y me curas de otra? ¿Y cómo me constará a mí que se me han perdonado mis pecados? Pero lo cierto es que el enfermo nada semejante dice, sino que se entrega totalmente en manos de su médico divino; mas las otras gentes curiosas y envidiosas, no hacen sino poner tropiezos los beneficios de los demás. De ahí la reprensión de Cristo, siquiera se la haga con mucha moderación: "Si no creéis —dice— a mis anteriores palabras y las tenéis por pura baladronada, ahora voy a añadir otra cosa, que es revelaros vuestros íntimos pensamientos, y a ésta todavía otra. — ¿Qué

otra? —El dar firmeza al cuerpo del paralítico. Y notemos que al hablar al paralítico no mostró con mucha claridad su propia autoridad, pues no dijo: "Yo te perdono tus pecados", sino: *Tus pecados sean perdonados*. Pero una vez que a ello le forzaron sus enemigos, entonces manifiesta con toda evidencia su propia autoridad, diciendo: *Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar pecados sobre la tierra*... Mirad cuán lejos está el Señor de no querer que se le tenga por igual al Padre; pues no dijo que el Hijo del hombre necesita de otro, ni que otro le dio a Él poder, sino que *tiene poder*. Pero ni aun eso lo dice por ambición de gloria, sino porque quiero persuadiros —dice— que no blasfemo cuando me hago a mí mismo igual al Padre. Siempre muestra el Señor interés en presentar pruebas claras e irrefutables. Por ejemplo, cuando le dice al paralítico: *Anda y preséntate al sacerdote*; o cuando vemos a la suegra de Pedro que le sirve, o cuando permitió que la piara de puercos se despeñara al lago. Exactamente así procede también aquí: la prueba del perdón de los pecados es la curación del paralítico, y la prueba de la curación, haber cargado con su propia camilla a cuestas. Nadie, pues, podía imaginar que se trataba allí de pura fantasmagoría. Pero el Señor no hace el milagro antes de preguntarles: *¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te sean perdonados, o decir: Toma tu camilla y márchate a tu casa?* Como si dijera: ¿Qué os parece más fácil a vosotros: fortalecer un cuerpo sin vigor o absolver los pecados del alma? Evidentemente más fácil es fortalecer el cuerpo que perdonar al alma. La diferencia que va del alma al cuerpo, ésa va de perdonar a curar. Pero el perdón es invisible, y la curación visible; yo, pues, antepongo lo menos a lo más, a fin que lo más e invisible quede demostrado por lo menos y visible. Con lo que anticipadamente y por vía de hecho revelaba el Señor lo que de Él había dicho Juan: *Éste es el que quita los pecados del mundo* (Jn 1,29).

CRISTO, CREADOR DEL ALMA Y DEL CUERPO

Una vez, pues, que el Señor hizo levantarse al paralítico, le mandó a su casa; con lo que demostraba cuán ajeno era Él a todo orgullo y que la curación del enfermo no era tampoco pura fantasía, como que hace testigos de ella a los mismos que lo habían sido de la enfermedad. Yo por mi parte, parece decir el Señor, bien hubiera

querido curar por medio de tu mal a los que parecen estar sanos, pero que están realmente enfermos del alma; pero como éstos rehúsan la salud, vete a tu casa y cura a los que hay en ella. Mirad cómo el Señor se manifiesta creador del alma y del cuerpo, pues cura a una y otra naturaleza y nos hace patente lo oscuro por lo claro, lo invisible por lo visible.

LAS TURBAS NO COMPRENDEN LA DIVINIDAD DE JESÚS

Las turbas, sin embargo, siguen aún arrastrándose por el suelo. *Porque glorificaban a Dios*—dice el evangelista—, *que había dado tal poder a los hombres*. Es que la carne se les ponía delante. Pero el Señor no les reprende, sino que continúa en su empeño de despertarlos y levantar sus pensamientos por medio de sus milagros. Por de pronto, no era poco que le consideraran como el mayor de los hombres y que había venido de Dios. Realmente, si hubieran mantenido con firmeza esta idea, poco a poco y por sus pasos contados hubieran reconocido también que Jesús era Hijo de Dios. Pero no supieron mantenerla con claridad y por ello no pudieron tampoco pasar adelante hasta el reconocimiento de la filiación divina de Cristo. Decían en efecto: *Este hombre no viene de Dios. ¿Cómo puede venir de Dios este hombre?* (Jn 9,16) Y así daban continuamente vueltas a lo mismo, haciendo de sus vacilaciones capa de sus propias pasiones. Exactamente como lo hacen ahora algunos que, pretendiendo vengar a Dios, lo que hacen es satisfacer sus propias pasiones. Nuestro deber es tratar todas las cosas con moderación y modestia.

MANSEDUMBRE CON QUE HAY QUE CORREGIR A LOS QUE PECAN

Sí, todo hemos de tratarlo con mansedumbre, pues el que es Dios del universo y que puede disparar su rayo contra quienes blasfeman contra Él, hace precisamente salir su sol sobre ellos y les envía sus lluvias y les procura copiosamente todos los otros beneficios. A Dios debemos imitar nosotros, y, por tanto, suplicar, exhortar y corregir con toda mansedumbre, no con ira y furor. A Dios, ningún daño le viene de la blasfemia, para que tú te irrites; el blasfemo mismo es el que recibe una herida mortal. Gime, pues, por él, laméntate por su daño, pues realmente bien merece que se

lo llore. Y, por otra parte, nada como la mansedumbre puede curar al pobre herido, pues la mansedumbre es más fuerte que la violencia. Mirad, si no, cómo el mismo Dios, que es injuriado, nos habla tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En el Antiguo nos dice: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho?* (Miqueas 6,3) Y en el Nuevo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (Hechos 9,4) Y también Pablo nos manda corregir con mansedumbre a los que resisten a la verdad (2 Tim 2,25). El Señor mismo, en ocasión que se le acercaron sus discípulos, pidiéndole que bajara fuego del cielo, los reprendió fuertemente diciéndoles: *No sabéis a qué espíritu pertenecéis* (Lc 9,54). Y en la ocasión presente no exclamó tampoco: "¡Oh hombres abominables y hechiceros! ¡Oh envidiosos y enemigos de la salud de los hombres!", sino que dijo sencillamente: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?* Hay, por tanto, que curar la enfermedad con mansedumbre. Porque el que se convierte puramente por temor humano, pronto volverá otra vez al mal. De ahí que mandara el Señor dejar la cizaña, dando tiempo para la penitencia. Muchos, en efecto, que eran antes malos, hicieron así penitencia y se convirtieron en buenos, como Pablo, el publicano y el ladrón. Los que antes eran cizaña, vinieron a ser así trigo maduro. Esto no es posible en las semillas; pero en la libertad es cosa fácil y hacedera, puesto que nuestra voluntad no está ligada por los límites de la naturaleza, sino dotada gloriosamente de libre albedrío.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS A LOS BUENOS MÉDICOS, QUE APLICAN VARIEDAD DE REMEDIOS

Cuando veas, pues, a un enemigo de la verdad, procura curarlo, cuídale, trata de volverle a la virtud, dale ejemplo con tu vida intachable, preséntale un razonamiento irrefutable, procúrale protección y ayuda, no dejes piedra por mover para su corrección. Imita en esto a los buenos médicos, que no curan de un sólo modo. Cuando ven que el mal no cede al primer remedio, aplican otro, y tras éste otro, y unas veces cortan y otras vendan. Sed, pues, también vosotros médicos de las almas y emplead todos los procedimientos de curación, conforme a las leyes de Cristo. De este modo recibiréis galardón de vuestra propia salud y también de la de los otros; y, haciéndolo todo para gloria de Dios, por ahí

seréis también vosotros glorificados. *Porque a los que me glorifican, yo los glorificaré* —dice el Señor—, *y los que me desprecian, serán despreciados* (1 Reyes 2,30). Hagámoslo, pues, todo para gloria de Dios, a fin de alcanzar aquella bienaventurada herencia, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 30

Y saliendo Jesús de allí, vio a un hombre, por nombre Mateo, sentado al mostrador, y le dijo: Sígueme. Y levantándose él, le siguió (Mt 9,9ss).

MARAVILLOSA VOCACIÓN DE MATEO

Una vez hecho el milagro de la curación del paralítico, no se detuvo allí el Señor, para no encender más y más con su presencia la envidia de los judíos. En gracia de ellos se retira, con deseo que se calmara su pasión. Así hemos de hacerlo también nosotros. No desafiemos a nuestros enemigos; calmemos más bien sus heridas, cediendo generosamente y tratando de aflojar la tensión. —Pero ¿por qué razón no llamó el Señor a Mateo al mismo tiempo que a Pedro y Juan y a los demás discípulos? —Porque, así como se presentó a éstos en el momento en que sabía que los hallaría dóciles a su llamamiento, así también llama a Mateo en el momento en que sabe le ha de obedecer. Por la misma razón pescó a Pablo después de la resurrección. El que conoce los corazones y sabe los íntimos secretos del alma de cada uno, sabía también el momento en que cada uno le había de obedecer. De ahí que tampoco le llamó a Mateo en los comienzos, cuando estaba aún mal dispuesto, sino después de tantos milagros realizados, después que su fama corría por todas partes y sabía Él que estaba mejor preparad para obedecerle. Digna es también de admirar la filosofía del apóstol, que no oculta su antigua manera de vida y se llama por su propio nombre, cuando los otros evangelistas se lo sustituyen por otro (Cf. Mc 2,14; Lc 5,27). Mas, ¿por qué cuenta de sí Mateo que estaba sentado al mostrador? —Para demostrar la virtud del que le llama, pues no esperó a que abandonara aquel oficio sospechoso, sino que el Señor le arrebató de en medio

mismo de aquellos malos tratos. Por el mismo estilo convirtió al bienaventurado Pablo, cuando aún respiraba furor y rabia y echaba fuego contra los cristianos; y, contándolo él como prueba del poder del que le había llamado, les dice a los gálatas: *Habéis oído sin duda mi conducta de otro tiempo en el judaísmo y cómo por todo extremo perseguía a la Iglesia de Dios* (Gal 1,13). A los mismos pescadores los llamó el Señor en plena faena de su oficio; si bien aquí no se trata de profesión sospechosa o mal mirada, sino de gentes de gustos más groseros, incultas y sencillas. El oficio, en cambio, de alcabalero requería mucha desvergüenza y descaro; en él toda ocasión era buena para el negocio; era un comercio sin rubor, una rapiña con capa de legalidad. De nada de esto, sin embargo, se avergonzó el que llamó a Mateo. Y ¿qué mucho no se avergonzara de llamar a un alcabalero, cuando no se avergonzó, no ya de llamar, sino de permitir que una mala mujer le besara los pies y se los bañara con sus lágrimas? (Lc 7,36-50) Y es que el Señor no había venido sólo a curar los cuerpos, sino a curar principalmente las almas. Tal hizo en el caso del paralítico. Y sólo después de haber patentemente demostrado que tenía poder de perdonar los pecados, viene el Señor a llamar a Mateo, a fin que nadie pudiera escandalizarse de ver a un publicano contado en el coro de los apóstoles. Porque quien tiene poder de perdonar los pecados todos, ¿qué maravilla es que de un alcabalero haga un apóstol? Pero ya que habéis visto el poder del que llama, considerad también la obediencia del llamado. Porque Mateo no opuso ni un momento de resistencia ni dijo dudando: "¿Qué es esto? ¿No será una ilusión que me llame a mí, que soy hombre tal?" Humildad, por cierto, que hubiera sido totalmente intempestiva. No; Mateo obedeció inmediatamente y ni siquiera pidió al Señor le permitiera ir a su casa y dar la noticia a los suyos, como, por lo demás, tampoco lo hicieron los pescadores. Éstos dejaron redes, barca y padre, y Mateo su oficio de alcabalero y su negocio, para seguir al Señor. Y al mostrar una decisión Pronta para todo y desprenderse a sí de golpe de todas las cosas de la vida, atestiguaba muy bien, por su perfecta obediencia, que le había el Señor llamado en el momento oportuno.

POR QUÉ NO SE NOS CUENTA LA VOCACIÓN DE TODOS LOS APÓSTOLES

— ¿Y por qué —me dirás— no nos cuentan los evangelistas cómo fueron llamados los otros apóstoles, y sólo nos hablan de Pedro, de Santiago, y de Juan, y Felipe? De los otros no sabemos palabra. —La razón es que sólo éstos ejercían profesiones humildes y hasta inconvenientes, pues nada hay peor que la profesión de alcabalero ni más miserable que la pesca. Ahora, que Felipe pertenecía a clase oscura, es evidente por su misma patria 4. Si a éstos, pues, nos los pregonan los evangelistas con sus propios oficios, es porque quieren hacernos patente que también hay que prestarles fe cuando nos cuentan hechos brillantes. Los que se proponen no omitir nada de lo que tiene visos de oprobio; los que todo eso nos cuentan al dedillo antes que lo demás, lo mismo si se trata del maestro que de los discípulos, ¿qué motivo hay para tenerlos por sospechosos cuando nos hablan de casos gloriosos? Sobre todo cuando se pasan por alto muchos milagros y maravillas del Señor, y se detienen, en cambio, morosamente en los al parecer oprobios de la cruz, y proclaman las bajas ocupaciones y defectos de los discípulos, y con clara voz revelan aquellos antepasados del maestro, famosos juntamente por su maldad y baja extracción. De donde resulta evidente que los evangelistas tuvieron mucha cuenta con la verdad y que nada escribieron por captarse favor ni por ostentación.

JESÚS COME CON LOS PUBLICANOS

Después que Jesús hubo llamado a Mateo, le honró además con el más alto honor, como fue sentarse luego con él a la mesa. De este modo quería el Señor aumentar en él la confianza y su buen ánimo para lo por venir. La curación, efectivamente, de su mal estado no había necesitado de mucho tiempo, sino que había sido obra de un momento. Pero no se sienta a la mesa sólo con Mateo, sino con otros muchos publicanos, no obstante se le echa también en cara que no apartaba de sí a los pecadores. Los evangelistas, por su parte, tampoco ocultan que sus enemigos buscaban de qué acusarle en sus acciones. Acuden, pues, los publicanos a casa de Mateo, como compañero de oficio que era, pues él, orgulloso del hospedaje de Cristo, los había convidado a todos. A todo linaje de medicina solía apelar Cristo; y no sólo hablando, no sólo haciendo

milagros y confundiendo a sus enemigos, sino hasta comiendo, procuraba la salud de los que mal se hallaban. Con lo que nos enseña que no hay tiempo, no hay obra que no pueda procurarnos alguna utilidad. Realmente, lo que en aquella mesa se le había de servir era fruto de la injusticia y de la avaricia. Sin embargo, Cristo no lo rechazó, atendiendo al gran provecho que de allí había de resultar, y no se desdeñó de estar bajo el mismo techo y sentarse a la misma mesa con quienes en tales negocios entendían. Tal tiene que ser el médico: si no es capaz de soportar el mal olor de la podredumbre, tampoco será capaz de librar a los pacientes de su enfermedad. Y, realmente, de ahí le vino al Señor mala fama: por comer con Mateo, por comer en su casa y por acompañarse de muchos otros publicanos. Mirad cómo se lo echan en cara: *He ahí un tragón y bebedor y amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11,19). Que escuchen esto los que tanto anhelan rodearse de grande gloria por sus ayunos y consideren que nuestro Señor fue llamado *tragón y bebedor* y no se avergonzó de ello. Todo lo despreció, a trueque de conseguir lo que se había propuesto, como, en efecto, lo consiguió. Porque, efectivamente, el publicano se convirtió, y por tratar con el Señor se hizo mejor. Y para que os deis cuenta que a este mejoramiento contribuyó grandemente haberse sentado con el Señor a la misma mesa, oíd lo que dice Zaqueo, que fue también alcabalero. A Zaqueo le dijo el Señor: *Hoy tengo que hospedarme en tu casa*. Y él, como si de puro placer le hubieran nacido alas en el alma: *La mitad de mi hacienda* —le dice al Señor— *se la quiero dar a los pobres, y si a alguno he defraudado en algo, le voy a restituir cuatro tantos*. Y Jesús le replicó: *Hoy ha venido la salvación a esta casa* (Lc 19,5). Así que por todos los medios se puede corregir a los otros. —Entonces —me diréis—, ¿cómo es que Pablo manda: *Si alguno, que lleva nombre de hermano, es deshonesto o avaro, con ese tal, ni sentarse a la mesa?* (1 Cor 5,11) —Lo primero, que no consta que eso lo mande a los maestros y no sólo a los simples hermanos. En segundo lugar, que estos que habla Pablo no eran aún de los perfectos y de los que en realidad eran ya hermanos. En fin, Pablo manda apartarse aun de los que ya son hermanos, caso que se obstinen en el mal; pero estos publicanos ya habían repudiado su profesión y estaban convertidos.

LOS FARISEOS SE ESCANDALIZAN

Nada de esto, sin embargo, conmueve a los fariseos, y se ponen a acusar a los discípulos de Jesús, diciéndoles: *¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?* Otra vez que creyeron ser los discípulos quienes pecaban, se dirigen al Señor diciéndole: *Mira que tus discípulos están haciendo lo que no es lícito hacer en sábado* (Mt 12,2). Pero aquí acusan al maestro ante sus discípulos. Conducta de gentes astutas y que pretendían poner escisión entre discípulos y maestro. ¿Qué les responde la sabiduría infinita? *No tienen necesidad* —les dice— *de médico los sanos, sino los enfermos*. Mirad cómo el Señor vuelve del revés su razonamiento. Sus enemigos le acusaban que trataba con aquellas gentes, mas Él les hace ver que lo indigno de Él y de su amor hubiera sido precisamente, rehuir su trato. Curar a aquellos hombres no sólo estaba fuera de toda culpa, sino que era parte principal y necesaria de su misión y merecía infinitas alabanzas. Luego, como podía parecer que avergonzaba un poco a los que había llamado enfermos, reprende el Señor a sus émulos diciéndoles: *Andad y enteraos qué quiere decir aquello de: "Misericordia quiero y no sacrificio"* (Os 6,6). Al hablar así, les echaba en cara su ignorancia de las Escrituras. De ahí que su palabra es ciertamente enérgica; pero Él no se irrita, ni mucho menos. Lo que pretende es que no queden aquéllos confusos. Realmente, podía muy bien haberles dicho: ¿No habéis visto cómo he perdonado los pecados al paralítico y he enderezado su cuerpo? Pero nada de eso dice, sino que primero les pone un razonamiento de sentido común y luego otro de las Escrituras. Porque habiendo dicho: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*, con lo que Él mismo veladamente se daba por médico, prosiguió diciendo: *Andad y enteraos qué quiere decir aquello de "Misericordia quiero y no sacrificio"*. De modo semejante procede también Pablo. Primero establece su razonamiento por ejemplos de sentido común, y dice: *¿Quién apacienta un rebaño y no bebe de su leche?* Seguidamente cita las Escrituras, diciendo: *Porque en la ley de Moisés está escrito: "No pondrás bozal al buey que trilla"*. Y concluye: *Así también el Señor ordenó que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio* (1 Cor 9,7; Deut 25,4). A sus discípulos, sin embargo, no les habla así el Señor. A éstos les recuerda sus milagros, diciéndoles: *¿Ya no os acordáis de los cinco panes de los cinco mil*

hombres y cuántos canastos recogisteis? (Mt 16,9)

"MISERICORDIA QUIERO Y NO SACRIFICIO"

Con sus enemigos presentes no usó el Señor ese tono, sino que empieza recordándoles la común flaqueza y luego les hace ver que también ellos entraban en el número de los enfermos, pues ni sabían las Escrituras ni se preocupaban de la verdadera virtud. Todo se les iba en sacrificios. Dándoselo bien claramente a entender, les presenta como una síntesis de todo lo que habían dicho los profetas en aquellas palabras: *Entended qué quiere decir: "Misericordia quiero y no sacrificio"*. Así les hace ver que no es Él el que está fuera de la ley, sino ellos. Como si dijera: ¿Por, qué razón me recrimináis que corrija a los pecadores? Luego también a mi Padre se lo podéis recriminar. La misma argumentación que se valió en otra ocasión, diciendo: *Mi Padre trabaja hasta ahora y yo también trabajo* (Jn 5,17). Exactamente como aquí: *Marchad y enteraos qué quiere decir: "Misericordia quiero y no sacrificio"*. Como mi Padre —viene a decir el Señor— quiere la misericordia, también la quiero yo. Mirad cómo los sacrificios son superfluos, y la misericordia necesaria. Porque no dijo: "Quiero la misericordia y el sacrificio", sino: *Misericordia quiero y no sacrificio*. Acepta la misericordia y rechaza el sacrificio. Con lo que demostró a sus enemigos que la obra que le acusaban, no sólo no estaba prohibida, sino que era muy conforme a la ley y más que los mismos sacrificios. La prueba estaba en el Antiguo Testamento, que hablaba y legislaba perfectamente de acuerdo con lo que Él hacía.

"NO VINE A LLAMAR A LOS JUSTOS"

Habiendo, pues, confundido el Señor a los fariseos, tanto por ejemplos corrientes como por el testimonio de las Escrituras, prosigue diciendo: *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia*. Así les habla el Señor irónicamente, como cuando dice la Escritura: *¡He aquí que Adán ha venido a ser como uno de nosotros!* (Gen 3,22) Y en el salmo: *Sí tuviera hambre, no te lo diría a ti* (Salmo 49,12). Porque, que no había ni un solo justo sobre la tierra, bien claro lo manifiesta Pablo cuando dice: *Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios* (Rom 3,23). Esto hubo de ser un consuelo para los que Él había llamado. Tan lejos

estoy —viene a decir Cristo— de abominar de los pecadores, que por ellos solos he venido al mundo. Luego, para no abatir demasiado a los que había llamado pecadores, no calló ahí, sino que prosiguió: *A penitencia*. No he venido para que sigan siendo pecadores, sino para que se conviertan hagan mejores.

EL AYUNO DE LOS AMIGOS DEL ESPOSO

Quedaban, pues, por todas partes reducidos al silencio los fariseos: por testimonio de la Escritura y por la lógica misma de las cosas. Nada podían ya replicar al Señor, sino que eran más bien ellos los que aparecían como culpables de lo mismo que a Él le reprochaban, es decir, contrarios a la ley y al Antiguo Testamento. Lo dejan, pues, a Jesús y vuelven sus acusaciones contra sus discípulos. Realmente, Lucas afirma que fueron los fariseos quienes hicieron los reparos que siguen; Mateo, en cambio, se los atribuye a los discípulos de Juan. Lo probable es que fueran unos y otros. Es probable, decimos, que, confundidos los fariseos, tomaron como auxiliares a los discípulos de Juan, como tomaron más adelante a los herodianos. A decir verdad, siempre tuvieron sus celillos con el Señor los discípulos de Juan y no se recataban de llevarle la contraria. Sólo se humillaron cuando, al principio de la misión de Jesús, Juan fue metido en la cárcel. Por lo menos, entonces vinieron a darle a Jesús la noticia, si bien posteriormente vuelven otra vez a sus envidietas. ¿Qué dicen éstos? *¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y tus discípulos no ayunan?* Es la misma enfermedad que antes había tratado el Señor de desterrar, cuando dijo: *Cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara* (Mt 6,17). ¡Bien sabía Él los males que de ella se seguían! Sin embargo, tampoco a éstos les reprende ni increpa: ¡Oh vanidosos y superfluos! No; con toda mansedumbre, se pone a conversar con ellos y les dice: *Los hijos de la cámara nupcial*, es decir, los compañeros del esposo, *no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos*. Cuando se trataba de defender a otros, quiero decir, a los publicanos, el Señor procuraba consolar el alma herida de aquéllos y reprendía enérgicamente a quienes les insultaban: mas aquí, que le reprochaban directamente a Él y a sus discípulos, se defiende con toda moderación. Ahora bien, lo que los discípulos de Juan quisieron decirle es esto: "Pase que tú, como médico, hagas eso; pero ¿qué razón hay para que también tus discípulos

frecuenten esas mesas y descuiden el ayuno?" Y para hacer más grave la acusación se ponen a sí mismos por delante y luego a los fariseos, pues querían por la comparación aumentar la culpa de los apóstoles. *Porque nosotros* —dicen— *y los fariseos ayunamos muy a menudo*. Y realmente ayunaban: los unos, por haberlo aprendido de Juan; los otros, por seguir la ley. Así es como decía el otro fariseo del evangelio: *Ayuno dos veces por semana* (Lc 18,12). ¿Qué les responde, pues, Jesús? *¿Acaso pueden ayunar los hijos de la cámara nupcial mientras está con ellos el esposo?* Antes se había llamado el Señor a sí mismo médico, y ahora se da nombre de esposo: nombres ambos con que nos revela inefables misterios. Y a fe que podía haberles respondido mucho más ásperamente. Podía, por ejemplo, haberles dicho: "No sois vosotros quiénes para poner esas leyes. Porque, ¿de qué vale el ayuno, si el alma está chorreando maldad? ¿De qué, si acusáis y condenáis a los demás, si lleváis la viga en vuestros ojos y todo lo hacéis por ostentación? Lo primero que debierais hacer era arrojar de vosotros toda vanagloria y practicar luego las virtudes de la caridad, la mansedumbre y el amor del prójimo". Pero, realmente nada de esto les dice, sino que con toda modestia les replica. *No pueden ayunar los hijos de la cámara nupcial mientras esté con ellos el esposo*. Con lo que les recuerda las palabras que el mismo Juan había pronunciado: *El que tiene la esposa es el esposo; el amigo' del esposo, el que está de pie junto a él; y oyéndole, con alegría 'se alegra por la voz del esposo* (Jn 3,29). Ahora bien, lo que el Señor quiere decir es esto: El tiempo presente lo es de alegría y regocijo. No vengáis, pues, con cosas tristes. Y, en realidad, cosa triste es el ayuno, no por su naturaleza, sino por la disposición aún demasiado flaca de quienes lo practican. Porque para quienes quieren de verdad vivir santamente, no hay cosa más dulce y apetecible. Porque así como de la salud del cuerpo se nos sigue satisfacción y alegría, síguese placer de la buena disposición del alma. Pero el Señor habla al hilo de lo que aquéllos suponían; y así también Isaías, hablando del ayuno, lo llama humillación del alma, y así también Moisés (Is 58,3; Lev 16,29).

LA PRIMERA ALUSIÓN DE LA PASIÓN

Pero no sólo por este medio cierra el Señor la boca a sus enemigos, sino también con lo que seguidamente les dice: *Días*

vendrán en que les será arrebatado el esposo, y entonces ayunarán. Con estas palabras les hace ver el Señor que, si sus discípulos no ayunaban, no era por glotonería, sino por una admirable dispensación suya. Pero juntamente ya anticipa aquí Jesús un anuncio sobre su pasión, adoctrinando a sus discípulos en las disputas mismas con sus contrarios y ejercitándolos ya en la meditación de cosas al parecer tristes. Haberles hecho ya a ellos, directamente, ese anuncio, hubiera resultado pesado y molesto, como quiera que, aun posteriormente, les turbó sobremanera; dicho, en cambio, a los otros, se hacía algo más llevadero. Y como era natural que los discípulos de Juan estuvieran orgullosos de la pasión de su maestro, también ese orgullo se lo reprime el Señor; pero todavía no adelanta palabra alguna sobre su resurrección, seguramente por no ser aún momento oportuno. Porque, que quien era reputado por puro hombre hubiera de morir, era la cosa más natural del mundo; pero que también hubiera de resucitar, era cosa por encima de la naturaleza. Además, lo mismo que antes hizo, repítelo también ahora. Antes habían intentado demostrarle que cometía una falta comiendo con pecadores; mas Él demostró lo contrario: No sólo no era falta lo que hacía, sino obra merecedora de alabanza. Así aquí: a los que pretendían hacer ver que no sabía formar a sus discípulos, Él les demuestra que hablar así era propio de quienes no sabían gobernar a los que les seguían, sino que se ocupaban únicamente en acusar por acusar.

EL RETAZO NUEVO EN EL VESTIDO VIEJO

Porque nadie —les dice— *echa un retazo nuevo sobre un vestido viejo*. Nuevamente apoya el Señor su razonamiento en ejemplos de la vida corriente. El sentido de sus palabras es éste: "Mis discípulos no son todavía fuertes, sino que necesitan de mucha indulgencia. Todavía no han sido renovados por el Espíritu Santo. Y a quienes en tales disposiciones se hallan, no hay que imponerles demasiada carga de mandamientos”. Al hablar así, sentaba el Señor una ley y regla a sus propios discípulos para que, cuando ellos a su vez se atrajeran discípulos, de toda la tierra, se portaran con ellos con grande mansedumbre.

EL VINO NUEVO, EN ODRES NUEVOS

Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos. Los ejemplos se

parecen a los del Antiguo Testamento; éstos, digo, del vestido y de los odres. Efectivamente, también Jeremías llama cinturón al pueblo, y otra vez habla de odres y vino (Jer 13,1-12). Como allí se discutía sobre gula y cosas de mesa, de ello toma el Señor sus ejemplos. Lucas aun añade otra cosa, y es que lo nuevo, si se echa a lo viejo, se rompe. Por donde se ve que no sólo no se saca provecho ninguno, sino que se hace mayor el daño. Ahora, que el Señor habla de lo presente; pero en realidad está profetizando lo por venir. Es decir, que sus discípulos serán nuevos en adelante; mas en tanto que esta novedad llega, no había que imponerles mandato alguno duro ni pesado. Porque quien busca —dice— imponer antes del tiempo conveniente enseñanzas muy altas, ni aun llegado el tiempo encontrará ya dispuestos a sus discípulos, por haberlos él mismo antes inutilizado. Lo cual no es culpa del vino y de los odres que lo reciben, sino de la inoportunidad de quienes lo trasiegan. Por aquí nos quiso el Señor enseñar la causa de las humildes palabras que constantemente hablaba con sus discípulos. En atención, efectivamente, a su flaqueza, les tenía que decir muchas cosas, que estaban muy por bajo de su propia dignidad. Es lo que nos significa Juan cuando dice haber dicho Jesús mismo: *Muchas cosas me quedan todavía por deciros; pero no podéis llevarlas por ahora* (Jn 16,12). No quería Él que se imaginaran que no había más que lo que oían, sino que pensaran en otras más grandes aún; por lo cual les promete que, en el momento en que fueran fuertes, les diría también éstas. Que es justamente lo que aquí dice: *Vendrán días en que les será arrebatado el esposo, y entonces ayunarán*.

A ejemplo del Señor, no pidamos tampoco nosotros todo de todos desde el principio; contentémonos con lo posible y pronto llegaremos a lo demás. Pero si apremias y tienes prisa, precisamente por tener prisa no apremies. Y si lo que te digo te parece un enigma, compruébalo en la realidad misma de las cosas, y allí comprenderás la fuerza de mis palabras. No te dejes conmover por los que inoportunamente te recriminan, pues aquí también eran los fariseos los que recriminaban y los discípulos los recriminados.

CÓMO HAY QUE IR CORRIGIENDO DE SUS VICIOS A UNA MUJER

Sin embargo, nada de esto fue parte para que Cristo cambiara de

opinión y dijera: Realmente, es vergonzoso que unos ayunen y otros no. No; como un buen piloto no atiende a las olas alborotadas, sino a lo que cumple a su arte, así hizo entonces Cristo. Lo vergonzoso realmente no era que sus discípulos no ayunaran, sino que el ayuno fuera para otros ocasión de mortales heridas, de disensión y desgarramiento. Consideremos, pues, también nosotros este ejemplo del Señor y tratemos también de ese modo a nuestros familiares. Supongamos que tienes una mujer amiga de adornarse, que se perece y vuela a sus potes de pinturas, no quiere sino nadar en deleites, charlatana, en fin, e insensata. Claro que no todos estos defectos se darán a la vez en una sola mujer; pero no hay inconveniente en que lo imaginemos. — ¿Y por qué imaginar —me dirás— a una mujer y no a un hombre? —Reconozco que hay hombres peores que la mujer que hemos pintado; mas como, al fin y al cabo al hombre le toca mandar, de ahí que de momento imaginemos una mujer, sin que ello quiera decir que es la mujer peor que el hombre. La verdad es que hay crímenes en los hombres que apenas si se dan en las mujeres. Tales el homicidio, la violación de las tumbas y otros por el estilo. No piense, pues, nadie que intento rebajar el sexo femenino al obrar así; no. Ni por semejas. Se trata sencillamente de una imagen que de momento nos resulta útil. Supongamos, por tanto, una mujer como la descrita y supongamos también que su marido se esfuerza a todo trance en corregirla. El punto, pues, está en cómo la corregirá su marido. No imponiéndole todo de golpe, sino primero lo más ligero y a que no esté ella tan pegada. Si desde el principio te precipitas a corregirlo todo, lo que harás será perderlo todo. No le quites, pues, de repente sus, adornos de oro; consiéntele que los lleve aún un tiempo, pues esto parece menor mal que los afeites y pinturas. Por aquí tienes, por tanto, que empezar; y aun esto no por temor ni por amenazas, sino por persuasión y cariño, por la condenación de los otros y también por tu voto y opinión. Repítele a cada momento que un rostro tan afectado, ni a ti mismo te agrada, sino que más bien te es en alto grado repulsivo. Trata de persuadirla que eso es lo que a ti particularmente te molesta. Juntamente con tu voto, adúcele la opinión de otros y dile, para apartarla de su pasión, que eso es señaladamente lo que destruye a las mujeres hermosas. Por de pronto, no sueltes palabra sobre cielo ni infierno, pues serían palabras al aire. Trata más bien de persuadirla que tú prefieres

contemplar en su desnudez la obra de Dios, y que la mujer que tortura su rostro, que lo distiende y empolva, ni aun a los ojos del vulgo parece bella y bien parecida. Hay que desterrar primero la enfermedad por medio de razones comunes y con las autoridades de todo el mundo, y cuando con éstas se haya ablandado algo, se podrán añadir aquellas otras del cielo y del infierno. Si ya se lo has dicho una vez, y dos, y tres, y mil, y no la has persuadido, no por eso te canses: sigue sacando y agotando las mismas exhortaciones, y nunca con aspereza; siempre con amabilidad y gracia. Unas veces cede, otras halaga y acaricia. ¿No ves con qué cuidado los pintores ora borran, ora retocan, cuando tratan de reproducir un bello rostro? No te dejes tú ganar de los pintores. Porque si tanto cuidado ponen éstos en la pintura de una imagen corporal, mucho más razón es que nosotros, que tratamos de formar la imagen de un alma, no dejemos piedra por mover a fin de sacarla perfecta. Efectivamente, si logras formar bien esta cara del alma, ya no verás un rostro que desfigura y deshonra al cuerpo, ni unos labios ensangrentados, ni una boca que recuerda por su color sanguíneo a la de un oso, ni unas cejas enhollinadas como de un puchero, ni unas mejillas empolvadas como las paredes de una sepultura. Todo eso no es sino hollín, ceniza y polvo. Todo señales de suprema corrupción.

LA DULZURA, MEDIO SUPREMO DE CORRECCIÓN

La verdad es que no sé cómo he parado en esta arenga y, mientras estoy exhortando a los otros a corregir con modestia, me he dejado yo mismo arrebatar de la ira. Volvamos, pues, a nuestra exhortación de tono más suave, y soportemos todos los defectos de las mujeres, a fin de conseguir lo que pretendemos. ¿No veis cómo aguantamos los lloros de los niños cuando queremos apartarlos del pecho? Todo lo soportamos, a trueque de hacerles olvidar aquel su primer alimento. Obremos así también aquí: soportándolo todo, a trueque de salir con nuestro intento. Si lo ya dicho consigues, verás cómo lo demás vendrá por sus mismos pasos, y podrás ya pasar a los adornos de oro. Y aquí procederás y hablarás del mismo modo que antes. Y así, configurando poco a poco a tu mujer, serás un pintor excelente, un siervo fiel, un labrador óptimo. Juntamente con esto, recuérdale aquellas

famosas mujeres del Antiguo Testamento: una Sara, una Rebeca, las hermosas y las no hermosas, y hazle ver cómo todas por igual fueron modestas. Así Lía, la mujer de Jacob, a pesar de no ser hermosa, no tuvo necesidad de apelar a esos afeites. Era fea, no la quería mucho su marido, y, sin embargo, nada de eso excogitó, ni desfiguró su rostro, sino que dejó intactos sus rasgos primeros, y eso que se había criado entre gentiles. Y tú que eres cristiana, que tienes a Cristo por cabeza tuya, ¿tú nos vienes con esas satánicas invenciones? ¿Ya no te acuerdas del agua que corrió por tu cara, del sacrificio que adornó tus labios y de la sangre divina que enrojeció tu lengua? Si todo esto meditaras, por muy locamente que ames tu adorno, no te atreverías ni soportarías tocar esos polvos y esa ceniza. Date cuenta que te desposaste con Cristo y apártate de esa indecencia. Él no se complace en esos colores; otra belleza busca, de otra belleza está sobremanera enamorado: de la belleza de tu alma. Ésa es la que el profeta te mandó que cultivaras, y añadió: *Y el rey codiciará tu belleza* (Salmo 44,12).

NO HAY QUE CORREGIR LA OBRA DE DIOS

No andemos, pues, superfluamente indecentes. Ninguna obra de Dios es imperfecta y ninguna necesita que tú la corrijas. Si a una estatua del emperador que acabara de erigirse fuera alguien a añadirle lo que bien le viniera, a fe que su empresa no sería nada segura, sino expuesta al mayor peligro. Pues si lo que un hombre hace, tú no te atreves a tocarlo, ¿cómo quieres corregir lo que ha hecho Dios? ¿Y no consideras el fuego del infierno? ¿No consideras el abandono de tu alma? Y la tienes precisamente abandonada, porque todo tu cuidado se te desagua por el cuerpo. Y ¿qué digo tu alma? Para tu cuerpo mismo el resultado es contrario a lo que tú con tanto empeño pretendes. Mira si no. ¿Tú quieres aparecer hermosa? Pues tus afeites te vuelven fea. ¿Pretendes agradar a tu marido? Pues eso precisamente le molesta, y no sólo eso, sino que haces que aun los extraños te condenen. ¿Quieres aparecer joven? Pues eso te envejece más rápidamente. ¿Quieres lucir tus adornos? Pues eso precisamente es tu vergüenza. Una mujer así no sólo avergüenza a las de su clase, sino a sus mismas esclavas, que están en el secreto, y a sus esclavos, que todo lo saben. Pero, antes que a nadie, a ella misma.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡EVITAR LA OFENSA DE DIOS!

Pero ¿qué necesidad hay de decir todo esto? La verdad es que ahora he omitido lo más grave, a saber: que de ese modo ofendes a Dios, entierras la castidad, enciendes la hoguera de los celos y compites con las mujeres perdidas del prostíbulo. Considerando todo esto, despreciad la pompa satánica y esos artificios del diablo, abandonad esos adornos, o, por mejor decir, fealdades, y buscad la belleza de vuestras almas; esa que a los ángeles agrada, que Dios mismo codicia y que es dulce a vuestros esposos. De este modo alcanzaréis la gloria presente y la futura, que a todos os deseo por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 31

Cuando estaba Él así hablando, he aquí que se presentó un presidente de sinagoga, que le adoró, diciendo: "Mi hija acaba de morir; pero ven, pon la mano sobre ella y vivirá". Y, levantándose Jesús, le fue siguiendo, y con Él sus discípulos (Mt 9,18ss).

PRELUDIOS A LA ESCENA

A las palabras se siguió la obra, con lo que los fariseos quedarían aún mejor reducidos a silencio, pues el que se le presentó al Señor era presidente de sinagoga y su duelo era terrible. Tratábase, en efecto, de su hija única, de edad de doce años —la flor misma de los años—. De ahí la prisa que se dio el Señor en resucitarla. Ahora bien, Lucas cuenta que vinieron algunos a decir al padre de la niña: *No molestes al maestro, pues ha muerto ya;* él, en cambio, le había dicho al Señor: *Mi hija acaba de morir*. A esto puede responderse que eso de acaba de morir, lo dijo sin duda calculando el tiempo gastado en el camino, o tal vez para exagerar su desgracia. Costumbre es, en efecto, de los que ruegan ponderar mucho sus propios males, a fin de atraerse mejor la ayuda de sus protectores. Pero considerad ahora la rudeza de este príncipe de sinagoga. Porque dos cosas le pide a Cristo: que vaya Él mismo a su casa y que imponga las manos a la niña. Lo que prueba que la había dejado aún con aliento. Es lo que le pedía al profeta aquel sirio Naamán que se iba diciendo para sí: *Saldrá él mismo e*

impondrá sus manos sobre mí (4 Reyes 5,11). Y es que las gentes particularmente rudas necesitan de la vista y de las cosas sensibles. Por lo demás, Marcos, y, de acuerdo con él, Lucas, dice que tomó consigo el Señor a tres de sus discípulos. Mateo, en cambio, habla sencillamente de los discípulos. ¿Por qué, pues, no tomó consigo al mismo Mateo, que hacía poco se le había adherido? Para hacérselo desear más y porque todavía era imperfecto. Porque, si honra el Señor particularmente a aquellos tres, es para que los demás traten de hacerse semejantes a ellos. En cuanto a Mateo, bastábale por entonces contemplar el milagro de la hemorroísa y haber tenido el honor de sentarse a la mesa con Cristo. Apenas, pues, se levanta el Señor, toda una muchedumbre le va acompañando, parte por ver un milagro tan grande, parte por la autoridad de la persona que había venido y, razón general, porque toda aquélla era gente ruda, más preocupados de la salud del cuerpo que de la del alma. Era como una riada que confluía hacia el Señor, unos empujados por sus propias enfermedades, otros con ganas de ser espectadores de la curación de los otros. Pocos eran, sin embargo, los que por entonces se acercaban a Jesús por amor de sus palabras y enseñanza. El Señor, sin embargo, no permitió que la turba entrara en casa; sólo se lo consintió a sus discípulos, y aun no a todos; nueva lección que nos da que rechacemos la gloria del vulgo.

CURACIÓN DE LA MUJER HEMORROISA

Y he aquí que una mujer —prosigue el evangelista— *que sufría hacía doce años flujo de sangre, se le acercó por detrás y le tocó la orla de su vestido. Pues se decía dentro de sí misma: Con sólo que tocare su vestido, quedaré sana*. — ¿Por qué no se acercó con libertad al Señor? —Sin duda por vergüenza de su enfermedad, pues era considerada como impura. Porque si la mujer, en su menstruación normal, no era tenida por pura, mucho menos la que durante tanto tiempo sufría esa enfermedad, que, efectivamente, se tenía en la ley por impura. De ahí el ocultarse y esconderse. Por otra parte, tampoco esta mujer tenía aún del Señor la idea conveniente y perfecta, pues en otro caso no hubiera pensado en ocultarse. Ésta es también la primera mujer que públicamente se le acerca al Señor, sin duda porque había oído que también curaba a las mujeres y le veía ir a resucitar a la niña muerta. Convidarle a su

casa, aun siendo mujer rica, no se atrevía; es más, ni siquiera se le presentó abiertamente, sino que, por detrás, aunque con grande fe, le tocó sus vestidos. No dudó, en efecto, la mujer un momento ni se dijo dentro de sí misma: ¿Me veré libre, no me veré libre de mi enfermedad? No; ella se acercó al Señor con plena confianza que curaría. *Porque se decía* —dice el evangelista—*dentro de sí: "Con sólo que tocare su vestido, quedaré sana"*. Realmente veía la mujer de qué casa salía Jesús: de casa de unos publicanos; y qué séquito le acompañaba: publicanos y pecadores. Todo esto tenía que infundirle confianza. ¿Qué hace, pues, Cristo? Por muchas razones, Cristo no consiente que la mujer siga oculta, sino que la saca al medio y la descubre a los ojos de todos. A decir verdad, no faltan estúpidos que afirman haber el Señor obrado así por ambición de gloria. — ¿Por qué, sino —dicen ellos—, no la dejó que siguiera oculta? — ¿Qué me dices, hombre execrable y entre todos execrable? El que manda callar a los que cura, el que pasó por alto milagros incontables, ¿ése puede sentir ambición de gloria? ¿Qué razón tuvo, pues, para sacarla al medio? En primer lugar, para librar a la mujer de todo escrúpulo, pues aguijoneada por la conciencia de haber como hurtado su salud, podía luego vivir en angustia Luego, para corregir una falsa idea de ella, pues se imaginaba que se le había ocultado. En tercer lugar, porque quería manifestar la fe de la mujer y ponerla por modelo a todos los demás. Y, a la verdad, mostrar que Él lo sabe todo, no fue menor milagro que el mismo detener el flujo de la sangre. En fin, cuando el príncipe de la sinagoga estaba para perder la fe, con lo que todo se hubiera malogrado, el Señor le corrige por medio de esa mujer. Habían, en efecto, venido algunos con recado de decirle: *No molestes más al maestro, porque la muchachita es ya muerta* (Lc 8,49). Los de casa se le rieron luego al Señor cuando dijo que la niña dormía; y es muy probable que lo mismo sintiera el padre.

POR QUÉ DESCUBRE EL SEÑOR A LA HEMORROÍSA

Por esta razón, después de curar la enfermedad, saca a la mujer al medio. Porque que el príncipe de la sinagoga pertenecía al número de los muy rudos, entiéndese por lo que le dice el Señor: *No temas; basta que tú creas y se salvará*. Precisamente esperó Él adrede que sobreviniera la muerte y entonces presentarse, a fin

que la prueba de la resurrección quedara bien patente. De ahí que camine tan lentamente y se entretenga en hablar largamente con la mujer: era dar tiempo a que la niña muriera y vinieran al presidente de la sinagoga con el recado: *No molestes más al maestro*. Es sin duda lo que nos quiere dar a entender el evangelista cuando intencionadamente dice: *Cuando aún estaba Él hablando, vinieron los de casa, diciendo: Tu hija es ya muerta. No molestes más al maestro*. Quería, pues, Jesús que la muerte quedara bien atestiguada, para que no se tuviera luego sospecha alguna de la verdad de la resurrección. Y lo mismo hace en otras ocasiones. Así, cuando la enfermedad de Lázaro, esperó uno, dos y hasta tres días. Todas estas razones tiene, pues, para descubrir a la mujer, a la que dice: *Ten buen ánimo, hija mía*. Lo mismo que había dicho al paralítico: *Ten buen ánimo, hijo mío*. Realmente, la mujer estaba llena de miedo, y por eso le dice Jesús que tenga buen ánimo y le da seguidamente nombre de hija. Hija suya, efectivamente, la había hecho la fe. Luego viene la alabanza: *Tu fe te ha salvado*. Lucas, por su parte, añade otras circunstancias acerca de esta mujer. Cuéntanos, en efecto, que, después que se acercó al Señor y recibió la salud, no la llamó Cristo inmediatamente, sino que antes dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? Pedro y sus compañeros le dijeron entonces: *Maestro, te están apretando y estrujando estas muchedumbres, y tú preguntas: ¿Quién me ha tocado?* Lo cual era la mejor prueba de estar Él revestido de carne y juntamente de cómo ponía bajo sus pies todo orgullo. Porque no le seguía la gente de lejos, sino que le venían apretando y estrujando. *Pero Él* —dice el evangelista— *prosiguió diciendo: No, alguien me ha tocado, pues yo me he dado cuenta que salía virtud de mí*. Lo que era responder a la ruda idea que tenían sus oyentes. Pero también habló así con el fin de persuadir a la mujer a que lo confesara todo por sí misma. Por eso no la interrogó tampoco inmediatamente, pues quería hacerla ver que Él lo sabía todo perfectamente y moverla así a que ella, espontáneamente, lo contara todo. Quería en fin, que fuera la mujer la que proclamara el milagro y evitar así que sospechara nadie si lo hubiera contado Él mismo ¿Veis cómo la mujer es superior al presidente de la sinagoga? Ella no detuvo al Señor ni se asió a Él fuertemente. Se contentó sólo con tocarle con la punta de los dedos y, habiendo llegado la segunda, se fue, curada, la primera. El presidente se llevó, como si dijéramos, al médico entero a casa; pero a la mujer

le bastó el simple contacto; y si por su enfermedad se hallaba atada, por su fe se sentía con alas. Considerad ahora cómo la consuela el Señor, diciéndole: *Tu fe te ha salvado*. En verdad, si Jesús la hubiera hecho salir al medio por alarde de su propia gloria, no hubiera añadido esas palabras; pero la verdad es que las dijo para animar la fe del príncipe de la sinagoga a la vez que para proclamar la virtud de la mujer, y no fue menor el placer y provecho que con estas palabras le hizo que con la misma curación de su cuerpo. Otra prueba por la que el Señor obró así, para glorificar a la mujer e instruir a los otros y no por propia ostentación es la siguiente: aun sin eso, Él había de ser igualmente admirado, pues sus milagros le fluían más copiosos que los copos de la nieve y ya había hecho y aun había de hacer muchos otros mayores que aquél; la mujer, sin embargo, de no haberla descubierto el Señor, hubiera pasado inadvertida y se hubiera visto privada de aquellas grandes alabanzas. De ahí que, haciéndola el Señor salir al público, proclamó su fe y le quitó todo temor —se le acercó temblando, dice el evangelista— y la animó a tener confianza. Por fin, juntamente con la salud corporal, le dio otro viático con sus palabras: *Vete en paz* (Lc 8,48).

RESURRECCIÓN DE LA NIÑA MUERTA

Pero llegando Jesús a la casa del príncipe de la sinagoga y viendo a los tañedores de flauta y a la turba alborotada, dijo: Retiraos, porque la niña no ha muerto, sino que está durmiendo. Y hacían mofa de él. Buenas señas de príncipes de sinagoga, todo aquel aparato de flautas y címbalos para excitar el lamento después de la muerte. ¿Y qué hace Cristo? Hizo salir de allí a todo el mundo y sólo dejó dentro a los padres de la niña para que no se pudiera decir que había sido otro el que la había curado. Y aun antes de resucitar a la niña, los resucita a ellos con sus palabras, diciéndoles: *La niña no ha muerto, sino que está durmiendo*. Del mismo modo procede en otras muchas ocasiones. Y como en la tormenta del mar, antes que al mar increpó a sus discípulos, así también aquí echa ante todo fuera el alboroto de las almas de los allí presentes, a la vez que da a entender —con el símil del sueño — que, para Él, resucitar a los muertos era la cosa más sencilla del mundo. Exactamente como lo hizo en el caso de Lázaro, al decir: *Lázaro, nuestro amigo, está dormido* (Jn 11,11). Por ese mismo

símil nos enseña juntamente a no temer la muerte, pues deja ya de ser muerte y se convierte en adelante en sueño. Y es que, como Él mismo había de morir, va de antemano preparando a sus discípulos en persona de otros a que tengan buen ánimo y sepan llevar pacientemente el acabamiento de la vida. Porque, en efecto después de su venida, la muerte no había de ser ya más que un sueño. Y, sin embargo, hacían mofa de Él. Él, sin embargo, no se enfadó que no se le creyera, pues bien pronto iba a realizar el milagro en lo mismo que se le reían. Tampoco reprendió la risa, pues ésta misma, las flautas y címbalos y todo lo demás eran buena demostración de la muerte de la niña.

SE REALIZA EL MILAGRO

Y es que, como, por la mayor parte, los hombres niegan fe a los milagros después de haber sucedido, el Señor les toma la delantera con sus propias respuestas, como es de ver en los casos de Moisés y de Lázaro. A Moisés le dice: *¿Qué es lo que tienes en tu mano?* (Ex 4,2) De este modo, cuando viera la vara convertida en serpiente, no podría olvidarse que antes era vara, sino, acordándose de su propia respuesta, tendría que admirar el prodigio cumplido. Y en el caso de Lázaro, dijo: *¿Dónde le habéis puesto?* Respondiéronle: *Ven y míralo*. Y luego: *Señor, que huele, pues lleva ya cuatro días muerto*. Los que tales respuestas le dieron no podían ya dudar de, que realmente había resucitado a un muerto. Viendo, pues, a flautistas, cimbaleros y chusma, hizo salir a todo el mundo afuera, y sólo en presencia de los padres hizo el Señor el milagro de la resurrección de la niña. Y no la resucitó introduciendo en su cuerpo un alma nueva, sino haciendo volver a la que había salido de él y despertándola en cierto modo de su sueño. Por lo demás, tomó a la niña de la mano, dando plena certeza a los presentes y preparando por los ojos mismos, el camino de la fe en la resurrección. El padre le había antes suplicado: Pon sobre ella tu mano. Y Él hace más de lo que le pidiera, pues no se la impuso, sino que tomó la de ella y así la hizo levantar: modo de hacerles ver que para Él todo era fácil y hacedero. Y no sólo la hace levantarse, sino que manda que se le dé de comer, a fin que no imaginaran que lo sucedido era caso fantástico. Sin embargo, no es Él quien da de comer a la niña, sino que se lo encarga a sus padres. Así también en el caso de Lázaro

dijo: *Desatadlo y dejadle que ande* (Jn 11,44). Luego se sentó también con él a la mesa. Dos cosas procuraba, en efecto, siempre el Señor: sentar bien primero la prueba de la muerte y luego no dejar lugar alguno a duda sobre la resurrección.

LECCIÓN MORAL: NO IMITEMOS EL DUELO DE LOS PAGANOS

Pero considerad, os ruego, no sólo la resurrección, sino el mandato que da el Señor de no decir nada a nadie. Y aprendamos siempre la lección que nos da de humildad y de modestia. Después de esto, pensemos también que el Señor echó fuera a toda aquella chusma del duelo y los declaró indignos de presenciar el milagro de la resurrección de la niña. Por vuestra parte, no os salgáis con los tañedores de flauta, sino quedaos dentro juntamente con Pedro, con Juan y con Santiago. Porque si entonces arrojó afuera a aquéllos, mucho más los arrojará ahora. Entonces no era aún claro que la muerte fuera sólo un sueño; mas ahora esta verdad es más clara que el sol. Pero ¿me objetas que el Señor no ha resucitado ahora a tu hija? Pero la resucitará con absoluta certeza y con más gloria que ahora. La hija del presidente de la sinagoga, después de resucitar, volvió otra vez a morir; mas la tuya, cuando resucite' permanecerá inmortal para siempre. Nadie, pues, haga ya duelo, nadie se lamente y rebaje así la gloria de Cristo. Porque Cristo ha vencido a la muerte. ¿A qué, pues, lamentarse inútilmente? La muerte se ha convertido en un sueño. ¿A qué vienen pues, esos gemidos y lágrimas? Cuando eso lo hacen los gentiles, son dignos de risa; ¿qué defensa tendrá, pues, un cristiano que a sí mismo se deshonra de ese modo? ¿Qué perdón tendrán quienes cometen tales insensateces, y eso después de tanto tiempo, en que se han dado pruebas tan patentes de la resurrección? Pero vosotros, como empeñados en aumentar vuestra culpa, aún lleváis a vuestra casa plañideras gentiles, con lo que no hacéis sino enconar vuestro dolor, prender nuevo fuego al horno de vuestra desgracia. ¿No oís a Pablo, que dice: *¿Qué acuerdo puede haber entre Cristo y Belial? ¿Qué parte tiene el fiel con el infiel?* (2 Cor 6,15). Y aun los gentiles mismos, que nada saben de resurrección, encuentran sus razones de consuelo y dicen: -"Súfrelo generosamente, pues lo hecho no tiene remedio y con las lágrimas nada se consigue". Y tú que has oído más alta y más útil filosofía que ésa, ¿no te

avergüenzas de hacer en tales casos cosas más indecorosas que los mismos gentiles? Porque nosotros' no decimos: "Súfrelo generosamente, pues la cosa no tiene remedio", sino: "Súfrelo generosamente, pues ha de resucitar con absoluta certeza. La niña está dormida, no muerta; está descansando, no perdida". A la muerte, en efecto, seguirá la resurrección, y a ésta la vida eterna y la inmortalidad y la herencia con los ángeles. ¿No has oído el salmo que dice: *Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha hecho un beneficio*? (Salmo 114,7) Dios mismo llama a la muerte beneficio, y ¿tú te lamentas? ¿Qué más hicieras, de ser enemigo mortal de quien ha muerto? Si hay que lamentarse, el diablo es el que tiene que lamentarse. Él haga duelo, él llore y gima, de ver que nosotros caminamos a mayores bienes. Ese gemido es digno, sí, de su maldad; pero no dice contigo, que vas a ser coronado y a gozar de descanso. La muerte, en efecto, es un puerto de paz. Considerad, si no, de cuántos males está llena la vida presente. Considerad las veces que vosotros mismos habréis maldecido la existencia presente. Las cosas, en efecto, van siempre avanzando de mal en peor, y ya desde el principio nos cupo en herencia una no pequeña maldición. *En dolores* —dijo Dios a la mujer— *parirás tus hijos*. Y al hombre: *Con el sudor de tu frente comerás tu pan* (Gen 3,16-17). Y el Señor, luego a sus discípulos: *En el mundo tendréis tribulación* (Jn 16,33). Nada, sin embargo, semejante, sino todo lo contrario, se dice de la vida venidera: *Huyó el dolor, la tristeza y el gemido* (Is 35,10). Y en el evangelio: *Vendrán de oriente y occidente y descansarán en el seno de Abrahán, de Isaac y de Jacob* (Mt 8,11). La otra vida —se nos dice también— es una espiritual cámara nupcial y unas espléndidas lámparas y una eterna morada en el cielo.

NO DICE CON LA FE CRISTIANA LLORAR DEMASIADO A LOS MUERTOS

— ¿Por qué, pues, deshonras al difunto? ¿Por qué haces que los otros tiemblen y se espanten ante la muerte? ¿Por qué haces que muchos acusen a Dios, como si al fuera autor de grandes males? O, mejor aún, ¿por qué después de todo eso llamas a los pobres y solicitas las oraciones de los sacerdotes? —Para que el difunto —me contestas— llegue al lugar del descanso, para que halle propicio a su juez. ¿Y por eso lloras tú y te lamentas? ¿No ves que

luchas contra ti mismo, a ti mismo te haces la guerra, pues por el hecho de llegar el otro al puerto, tú levantas tormentas contra ti? —Y ¿qué le voy a hacer? —me contestas—. ¡Es ley de la naturaleza! —No, no tiene la culpa la naturaleza ni ello es consecuencia ineludible de las cosas. La culpa la tenemos nosotros, que somos quienes lo trastornamos todo de arriba abajo, que nos hemos enmollecido, que hemos traicionado nuestra propia nobleza, que con nuestra conducta hacemos peores a los infieles. ¿Cómo tendremos, en efecto, valor para discutir con ellos sobre la inmortalidad del alma? ¿Cómo convenceremos de ella a un gentil, cuando nosotros temblamos y nos estremecemos más que él mismo ante la muerte? Por lo menos, muchos gentiles, aun sin conocimiento ninguno de la resurrección, se coronaron de flores al morir sus hijos [12] y se presentaron en público vestidos de blanco, con el solo intento de adquirirse gloria presente; tú, sin embargo, ni aun por amor a la venidera das vado a todas esas lamentaciones mujeriles. Pero me dirás que no te queda heredero que te suceda en tu fortuna. Entonces, ¿qué preferirías: que tu hijo sea heredero de tus bienes o heredero de los del cielo? ¿Qué desearías: que te sucediera en bienes perecederos que, en todo caso, tendría que dejar poco después, o en los bienes permanentes e inmovibles? Tú no le has tenido por heredero; pero le ha tenido Dios en lugar tuyo. No ha entrado a la parte con sus hermanos, pero ha entrado a la parte con Cristo. —Y ¿a quién —insistes— dejamos nuestros vestidos y nuestras casas y nuestros esclavos y nuestros campos? —Pues a él también y con más seguridad que si viviera. No hay inconveniente ninguno. Porque si las gentes bárbaras queman con sus difuntos lo que en vida les perteneciera, mucho más justo es que tú también mandes con el difunto lo que fue suyo, no para que se convierta en ceniza, como entre los bárbaros, sino para que le gane mayor gloria. Si murió en pecado, para que sea absuelto de él; y sí murió justo, para que ello se le convierta en acrecentamiento de galardón y recompensa. ¿Me dices que tienes ganas de verlo? Púes vive la vida que él vivió, y bien pronto podrás contemplar aquel rostro bienaventurado. Juntamente con todo esto, has de considerar otra cosa, y es que, si ahora no quieres escucharme, con el tiempo no tendrás otro remedio que creerme; mas entonces, ningún mérito tendrás, pues toda tu resignación se la deberás a la misma muchedumbre de los días. Pero si ahora te decides a obrar como filósofo, de ello te vendrán dos ventajas muy grandes: la

primera, que te librarás a ti mismo de los males presentes; y luego, que recibirás de Dios una espléndida corona. Porque, a la verdad, llevar resignadamente una desgracia, mérito mayor es que hacer limosna y muchas otras cosas.

EL RECUERDO DE LA MUERTE DEL SEÑOR

Considera que también el Hijo de Dios murió, y Él murió por amor tuyo; tú, sin embargo, mueres por culpa tuya. Y si es cierto que Él dijo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz* (Mt 26,39); si es cierto que estuvo triste y sufrió agonía de muerte, sin embargo, no esquivó la muerte, sino que la afrontó con la más espantosa tragedia. Porque no sufrió sencillamente la muerte, sino la más ignominiosa de las muertes. Antes de la muerte fue azotado, y antes de ser azotado fue burlado, escarnecido, e insultado. ¡Gran lección para que nosotros lo soportemos todo valerosamente! Sin embargo, después de haber muerto y depuesto su cuerpo, otra vez lo recuperó con mayor gloria. Con lo que nos da también las más magníficas esperanzas. Si todo esto no es para ti una fábula, no te lamentes; si todo esto lo tienes por digno de fe, no llores. Y si lloras, ¿cómo podrás convencer a los gentiles que crees?

No HAY RAZÓN PARA LLORAR AL QUE YA ESTÁ LIBRE DE MALES

Pero con todo eso, ¿te parece todavía insoportable tu desgracia? Pues por eso justamente no has de llorar al difunto, puesto caso que está él ya libre de desgracias como la tuya. No te muestres, pues, con él envidioso, no le tengas ojeriza. Porque propio parece de un envidioso, propio de una malquerencia, desearse a sí mismo la muerte y llorarle al otro porque no vive, porque, consiguientemente, no ha de sufrir muchos males corno el que tú sufres. No pienses que no ha de volver más a tu casa; piensa más bien que muy pronto irás tú donde él está. No pienses que ya no volverá a ver lo de acá, sino que tampoco esto que acá se ve ha de permanecer en un ser, sino que todo se ha de transformar. Porque es así que el cielo, la tierra, el mar y el universo todo, todo se ha de cambiar, y entonces todo esto pertenecerá a tu hijo con mayor gloria. Y si salió de este mundo en pecado, ya ha terminado de pecar; pues si Dios hubiera previsto que había de convertirse, no le hubiera arrebatado la vida antes de hacer penitencia; y si murió

justo, ya posee el bien con entera seguridad. De donde resulta evidente que tus lágrimas no proceden de cariño, sino de pasión irracional. Porque si de verdad amaras al difunto, tendrías que alegrarte y regocijarte, pues está ya libre de los oleajes de este mundo. Porque, ¿qué ventaja, dime por favor, le llevamos nosotros? ¿Qué hay en el mundo de peregrino y nuevo? ¿No vemos que todo se repite diariamente en incesante giro? Al día sucede la noche, a la noche el día; al invierno el verano, y al verano el invierno. Y nada más. Todo es siempre lo mismo. Lo único peregrino y nuevo son los males. ¿Luego estos males querías tú que el difunto hubiera ido agotando día a día, y permanecer aquí para sufrir enfermedades, y llorar, y temer, y temblar, y lo que no sufriera de hecho, estar siempre temblando que lo puede sufrir? Porque no me dirás que, de haber tenido que hacer la travesía de este ancho océano de la vida, le hubiera sido posible realizarla sin saber de una tristeza, ni preocupación ninguna, ni males semejantes. Aparte de todo esto, considera también que no diste a luz un hijo inmortal, y que si no hubiera muerto ahora, hubiera tenido que morir poco después. ¿Me dirás que no te saciaste de su vista? Ya te saciarás absolutamente en el cielo. ¿Me replicas que quieres verle también aquí? ¿Qué inconveniente hay en ello? También aquí es ello posible, con sólo que vivas vigilante. La esperanza, en efecto, de lo venidero es más clara que la vista misma. Si tu hijo estuviera en el palacio real, con saber que era feliz, ya no tendrías deseo de verle; ahora sabes que ha ido a gozar de bienes mayores, sabes que es cuestión de poco tiempo, y ¿con todo eso te desanimas, cuando por añadidura te queda, en vez del hijo, el marido? ¿Me dices que no tienes marido? Pero no me dirás que no tienes por consuelo al Padre de los huérfanos y Juez de las viudas. Escucha cómo proclama Pablo bienaventurada esa viudez y dice: *Pero la que es de verdad viuda y está sola, confía en el Señor* (1 Tim 5,5). Ésta aparecerá, en efecto, más gloriosa, pues ha dado pruebas de mayor resignación.

EXHORTACIÓN FINAL: NO LLORAR AL QUE ESTÁ YA LIBRE DE TODO CAMBIO

No llores, pues, al que ha de merecerte tu corona, al que será prenda de tu galardón. Has devuelto el depósito que guardabas, has presentado lo que se te había confiado. Ya no has de

preocuparte más, desde el momento que has dejado tu riqueza en lugar inaccesible a los salteadores. Si supieras qué tal es la vida presente, qué tal la futura, cómo la presente vida no es más que una tela de araña y una sombra, y la futura, inmutable e inmortal, todos los otros motivos estarían de más. Porque ahora tu hijo está ya libre de toda vicisitud; mas, de haber seguido aquí abajo, tal vez hubiera permanecido bueno, tal vez no. ¿No ves cuántos padres tienen que rechazar a sus propios hijos? ¿No ves cuántos se ven forzados a tener consigo a los que son peores que los mismos rechazados? Considerando, pues, todas estas cosas, portémonos como filósofos, pues de esta manera no sólo seremos gratos al difunto mismo, sino que obtendremos grandes alabanzas de los hombres y magníficas recompensas de Dios por nuestra resignación y, finalmente, alcanzaremos los bienes eternos, que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 32

Al partir Jesús de allí, le fueron siguiendo dos ciegos, que gritaban y decían: Compadécete de nosotros, hijo de David. Y cuando hubo Él llegado a casa, se le acercaron los dos ciegos, y Jesús les dijo: ¿Creéis que yo puedo hacer eso? Le responden: Sí, Señor. Entonces tocó lo ojos de ellos diciendo: Conforme a vuestra fe, así os suceda. Y se les abrieron los ojos (Mt. 9,27ss; 10,1ss).

SE PONDERA LA FE DE LOS DOS CIEGOS

— ¿Por qué razón arrastra el Señor en pos de sí a estos ciegos gritando? —Porque quiere una vez más enseñarnos a rechazar la gloria del vulgo. Porque, como quiera que la casa estaba próxima, allí los lleva el Señor para curarlos secretamente. No es pequeña acusación contra los judíos el hecho que estos ciegos, sin ojos, por sólo el oído, reciban la fe; mientras aquéllos, que contemplaban los milagros de Jesús y tenían por testigos de sus hechos no menos que a sus propios ojos, hacían todo lo contrario. Pero mirad también el fervor de estos ciegos, que se echa de ver no sólo por sus gritos, sino por la misma súplica que le dirigen al Señor. Porque no fue sólo acercarse a Él: se le acercaron entre grandes gritos y ninguna otra palabra pronuncian sino: *Compadécete*. Y le

llamaban hijo de David, pues les parecía un título de honor. Y es así que aun los profetas llamaban también así a los reyes que querían honrar y presentar como grandes Una vez, pues, que los hubo llevado a su casa, les dirige el Señor una segunda pregunta. Muchas veces, en efecto, quería el Señor ser rogado para curar, y esto por muchas razones: Primero, para que no se pensase que se precipitaba al a obrar estos milagros por pura vanagloria. Luego, porque quería se viera que quienes le rogaban merecían la curación. Y otra razón: para que no se dijera que, pues curaba por pura compasión, tenía que curar a todo el mundo. No; también su misma compasión tenía alguna cuenta con la fe de los curados. Aparte esas razones, aquí exige el Señor fe a estos ciegos, porque, ya que le habían llamado hijo de David, quiere levantarlos a más alto pensamiento y enseñarles qué es lo que realmente deben imaginarse de Él. Y así les dice: *¿Creéis que puedo yo hacer eso?* No les dijo: "¿Creéis que puedo pedirlo a mi Padre, creéis que lo puedo alcanzar por la oración?". No. *¿Creéis* —les dice— *que puedo yo hacer eso?* ¿Y qué responden ellos? *Sí, Señor*. Ya no le llaman hijo de David; ya remontan más el vuelo y confiesan su soberanía. Y entonces fue cuando el Señor les impuso su mano, diciendo: *Conforme a vuestra fe, así os suceda*. Y así lo hace el Señor, primero para fortificar la misma fe de los ciegos; luego, para hacer ver que también ellos habían tenido alguna parte en la obra y, en fin, para atestiguar que sus palabras no habían nacido de adulación. No dijo: "Queden abiertos vuestros ojos", sirio: *Conforme a vuestra fe, así os suceda*. Es lo que dice a muchos de los que a Él acuden, pues tiene el Señor interés, antes de curar sus cuerpos, en proclamar la fe de sus almas, con lo que a ellos los hacía más gloriosos y acrecentaba el fervor de los otros. Así lo hizo también con el paralítico, pues antes de fortalecer su cuerpo, levantó su alma, que yacía en el suelo, diciéndole: *Ten buen ánimo, hijo*. *Que tus pecados te sean perdonados*. Y a la niña de doce años, después de resucitarla, la tomó de la mano y, por la orden que dio que se le diera de comer, le hizo ver que Él era su bienhechor. Y lo mismo con el centurión, a cuya fe atribuyó el Señor todo el milagro. Y cuando a sus discípulos los libró de la tormenta del mar, antes quiso librarlos de su poca fe. Así puntualmente procede con estos ciegos. Antes que ellos hablaran, sabía Él muy bien los secretos de su alma; sin embargo, para que todos los pudieran imitar, Él los descubre delante de todos y por su

definitiva curación proclama su oculta fe. Después de la curación, les mandó el Señor que a nadie dijeran nada, y no se lo mandó como quiera, sino con extraordinaria vehemencia. *Jesús* —dice el evangelista— *les intimó diciendo: ¡Cuidado con que nadie lo sepa! Pero ellos, apenas salieron, divulgaron su fama por toda aquella tierra*. Es que no se pudieron contener, y se convirtieron en heraldos y evangelistas del Señor. Cierto que éste les había mandado que guardaran secreto sobre el milagro, pero ellos no pudieron contenerse. Ahora bien, si vemos que en otra ocasión dice el Señor: *Anda y publica la gloria de Dios* (Lc 8,39), no hay en ello contradicción con su conducta con estos ciegos, sino que más bien hay perfecta armonía. Porque lo que Él Dos quiere enseñar es que jamás hablemos de nosotros mismos tú consintamos que otros nos elogien; mas, si la gloria ha de referirse a Dios, no sólo no hemos de impedirlo, sino que podemos mandarlo.

CURACIÓN DE UN MUDO

Apenas hubieron salido los dos ciegos, le presentaron un hombre mudo poseído del demonio. No se trataba, en efecto, de una enfermedad natural, sino de una insidia del demonio. De ahí la necesidad que otros le llevaran ante el Señor. Por sí mismo no podía presentar su súplica, pues estaba mudo; y a los otros tampoco podía rogarles, pues el demonio había trabado su lengua, y juntamente con su lengua le tenía también atada el alma. Por esta razón, tampoco el Señor le exige fe, sino que le cura inmediatamente de su enfermedad. Y, en efecto, *expulsado el demonio* —dice el evangelista—, *habló el mudo. Y las muchedumbres se maravillaban, diciendo: Jamás se vio cosa semejante en Israel*. Era lo que señaladamente molestaba a los fariseos: que le tuvieran por superior a todos, no sólo de cuantos entonces existían, sino de cuantos jamás habían existido. Y por tal le tenían las muchedumbres al Señor, no sólo porque curaba, sino porque lo hacía con tanta facilidad y en un momento, y curaba enfermedades innumerables, y hasta las que se tenían por incurables. Así hablaba el pueblo.

LOS FARISEOS SE CONTRADICEN A SÍ MISMOS

Todo lo contrario los fariseos. No sólo hablan mal del milagro,

sino que no tienen rubor de contradecirse a sí mismos. Tal es por naturaleza la maldad. ¿Que es, efectivamente, lo que dicen? *Por virtud del príncipe de los demonios arroja éste los demonios*. ¡Qué enorme insensatez! Si algo hay imposible de todo punto, como más adelante les dice el Señor mismo, es que el demonio expulse a los demonios. El demonio lo que quiere es mantener su imperio, no destruirlo. El Señor, sin embargo, no sólo arrojó a los demonios, sino que limpió leprosos, resucitó muertos, sofrenó el mar, perdonó pecados, predicó el reino de los cielos y llevó las almas al Padre. Cosas todas que jamás querría ni aun podría hacer el demonio. La obra de los demonios es llevar a los hombres ante los ídolos, apartarlos de Dios y arrebatarles la fe en la vida venidera. El demonio, insultado, no devuelve un beneficio por el insulto; más bien, sin que se le insulte, a los mismos que le sirven y le honran, trata él de hacerles daño. Todo lo contrario el Señor. Después de estos insultos e injurias: *Iba recorriendo* —dice el evangelista— *todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas, y predicando el evangelio del reino, y curando toda enfermedad y toda flaqueza*.

CÓMO HAY QUE RESPONDER A LAS CALUMNIAS

Y no sólo no castigó a aquellos estúpidos, mas ni siquiera les reprendió, primero para dar una prueba más de mansedumbre y confundir así aquella misma calumnia, y luego, porque quería demostrarles más ampliamente su misión por los milagros que habían de seguir y presentarles también entonces la demostración por sus palabras. Iba, pues, el Señor recorriendo sus ciudades y sus pueblos y predicando en sus sinagogas, con lo que nos enseña cómo hemos de responder a las calumnias e injurias no con otras injurias y calumnias, sino con mayores beneficios. Y es así que, si hacemos favores a quienes son, como nosotros, servidores de Dios, no con miras humanas, sino puramente por Dios, hagan ellos lo que hagan, nosotros no hemos de dejar de hacerles el favor, pues así será mayor nuestra recompensa. Porque el que después de recibir una injuria cesa ya de hacer beneficios, da con ello prueba que practicaba esa virtud no por Dios, sino por alabanza de los hombres. De ahí que Cristo, para enseñarnos que 21 hacía sus beneficios por sola bondad suya, no esperó a que los enfermos acudieran a Él, sino que 21 mismo se apresuraba a ir a ellos,

llevándoles a la vez dos bienes máximos: uno, el evangelio del reino de los cielos; otro, la curación de todas sus enfermedades. No desdeñó una ciudad, no pasó por alto una aldea; a todo lugar acudía el Señor.

LA MIES ES MUCHA, LOS OBREROS POCOS

Pero no para aquí el Señor, sino que da pruebas de una nueva solicitud. *Porque viendo* —dice el evangelista— *a las muchedumbres, tuvo lástima de ellas, pues se hallaban fatigadas y tendidas, como ovejas sin pastor, dijo a sus discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies*. Mirad una vez más cuán ajeno es el Señor a la vanagloria, pues para no atraerlos Él a todos en pos de sí, envió a sus discípulos. Aunque no es ésa la única razón para que los envía. Él quiere que se ejerciten en la Palestina, como en una palestra, y así se preparen para sus combates por todo lo ancho de la tierra. De ahí que cada vez les va ofreciendo más ancho campo a sus combates, en cuanto su virtud lo permitía, con el fin que luego se les hicieran más fáciles los que les esperaban. Era como sacar sus polluelos aún tiernos para ejercitarlos en el vuelo. Y por de pronto los constituye médicos de los cuerpos, y más adelante les confiará también la curación, más importante, de las almas. Y considerad cómo les presenta su misión a la vez fácil y necesaria. Porque, ¿qué es lo que dice? *La mies es mucha, pero los obreros pocos.* No os envío —parece decirles— a sembrar, sino a segar. Algo así les había dicho en Juan: *Otros han trabajado, y vosotros habéis entrado en su trabajo* (Jn 4,38). Ahora bien, al hablarles así, quería el Señor reprimir su orgullo a la vez que infundirles confianza, pues les hacía ver que el trabajo mayor estaba ya hecho. Pero mirad también aquí cómo el Señor empieza por su propio amor y no por recompensa de ninguna clase: *Porque se compadeció de las muchedumbres, que estaban fatigadas y tendidas, como ovejas sin pastor*. Con estas palabras apuntaba a los príncipes de los judíos; pues, habiendo de ser pastores, se mostraban lobos. Porque no sólo no corregían a la muchedumbre, sino que ellos eran el mayor obstáculo a su adelantamiento. Y era así que cuando el pueblo se maravillaba y decía: *Jamás se ha visto cosa igual en Israel, ellos decían lo contrario y replicaban: En virtud del príncipe de los demonios, expulsa éste a los demonios*. —Pero

¿a quiénes designa aquí el Señor como trabajadores? —Indudablemente, a sus doce discípulos. —Ahora bien, después de decir que los obreros eran pocos, ¿añadió alguno más? —De ninguna manera. Lo que hizo fue enviarlos a trabajar. — ¿Por qué, pues, decía: *Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies*, y Él no les envió ninguno? Porque, aun siendo sólo doce, Él los multiplicó más adelante, no por su número, sino por la virtud que les hizo gracia.

JESÚS, DUEÑO DE LA MIES

Luego, para mostrarles cuán grande era la dádiva que les hacía: *Rogad* —les dice— *al Señor de la mies*. Con lo que, veladamente, manifiesta ser Él quien poseía aquel dominio. En efecto, apenas les hubo dicho: *Rogad al Señor de la mies*, sin que ellos le hubieran rogado nada, sin que hubiera precedido una oración de su parte, Él los escoge inmediatamente, a la vez que les recuerda las expresiones mismas de Juan sobre la era y el bieldo, la paja y el trigo. Por donde se ve claro ser Él el labrador, Él el amo de la mies, Él el dueño soberano de los profetas. Porque si ahora mandaba a segar a sus discípulos, claro está que no los mandaba a campo ajeno, sino a lo que Él mismo había sembrado por medio de los profetas.

LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES

Pero no se contenta el Señor con animar a sus discípulos por el hecho de llamar *cosecha* a su ministerio, sino haciéndolos aptos para ese mismo ministerio. Y así, *llamando a sí* —dice el evangelista— *a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus para que los arrojaran, y curar toda enfermedad y toda flaqueza*. Y, sin embargo, todavía no había sido dado el Espíritu Santo: *Todavía no había* —dice Juan— *Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado* (Jn 7,39). — ¿Cómo expulsaban, pues, los apóstoles a los espíritus? —Por el mandato y la autoridad del Señor. Pero considerad ahora, os ruego, la oportunidad del momento de su misión. Porque no los envió desde el principio, no. Cuando ya habían por bastante tiempo gozado de su compañía, cuando habían ya visto resucitado a un muerto, apaciguado por su intimación el mar, arrojados los demonios, curado un paralítico y perdonados sus pecados; cuando ya el poder

del Señor estaba suficientemente demostrado por obras y palabras, entonces es cuando los envía. Y, aun entonces, no a misiones peligrosas, pues por de pronto ningún peligro les amenazaba en Palestina. Sólo la maledicencia tendrían desde luego que afrontar. Y aun así, ya de antemano les habla de peligros, preparándolos antes de tiempo para el combate y aprestándolos para él con la constante alusión a los peligros que les esperaban.

LA LISTA DE LOS APÓSTOLES

Hasta ahora, sólo dos parejas de apóstoles nos ha nombrado el evangelista, la de Pedro y Andrés y la de Santiago y Juan. Luego nos contó Mateo su propio llamamiento, pero nada nos ha dicho aún de la vocación y nombre de los otros apóstoles. De ahí que tenía forzosamente que traernos aquí la lista de ellos y decirnos sus nombres, como lo hace seguidamente. *Los nombres de los doce apóstoles son éstos: el primero Simón, por sobrenombre Pedro*... Porque había otro Simón, llamado el Cananeo; como había dos Judas: Judas Iscariote y Judas el de Santiago; y dos Santiagos: Santiago hijo de Alfeo y Santiago hijo de Zebedeo. Ahora bien, Marcos (Mc 3,16) los pone por orden de dignidad, y sólo después de nombrar a los dos corifeos cuenta también a Andrés. No así Mateo, sino de modo diferente. Más aún: a Tomás mismo, que sin duda le era inferior, Mateo le pone antes que a sí mismo. Pero volvamos otra vez a su lista: *El primero Simón, por sobrenombre Pedro, y Andrés, su hermano*. No les tributa el evangelista pequeño elogio, pues al uno le alaba por su firmeza de roca y al otro por lo noble de su carácter. *Luego Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano*. ¿Veis cómo no los pone según su dignidad? Porque, a mi parecer, Juan no sólo es superior a todos los demás, sino a su mismo hermano. Luego, nombrado *Felipe y Bartolomé*, pasa a *Tomás y Mateo, el publicano*. No procede así Lucas, sino que, por lo contrario, antepone Mateo a Tomás. Luego viene *Santiago, hijo de Alfeo*; pues, como hemos ya dicho, había otro Santiago, el hijo de Zebedeo. Luego, nombrados *Lebeo*, por otro nombre Tadeo, y Simón el Celotes, a quien llama también *Cananeo*, llega al traidor. Pero habla de él no como enemigo a quien hace la guerra, sino con la indiferencia de quien escribe la historia. No dijo: "Judas, el abominable entre todo lo abominable", sino que le calificó sencillamente por el nombre de su ciudad,

llamándole *Judas el Iscariotes*. Había, efectivamente, otro Judas, por sobrenombre Lebeo, y también *Tadeo*, que Lucas hace hijo de Santiago, diciendo: *Judas de Santiago* (Lc 6,16). Para distinguir, pues, de éste al traidor, dice Mateo: *Judas el Iscariotes, que fue también el que le traicionó*. Y no tiene empacho en decir: *Que fue también el que le traicionó*. De este modo, los evangelistas no ocultan jamás nada ni aun de lo que parece ser ignominioso. Así, el que figura primero y es el corifeo de todo el coro de los apóstoles, es un hombre sin letras e ignorante.

A QUIÉN ENVIÓ JESÚS SUS APÓSTOLES

Pero veamos ya a dónde y a quiénes envía Jesús sus apóstoles. *A estos doce* —dice el evangelista— *los envió Jesús*. ¿Quiénes son éstos? Unos pescadores y publicanos. Cuatro, en efecto, de ellos eran pescadores; dos publicanos: Mateo y Santiago; y uno, hasta traidor. ¿Y qué es lo que les dice? Inmediatamente les dio órdenes, diciendo: *No vayáis por camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos. Marchad más bien a las ovejas que se han perdido de la casa de Israel*. No penséis, no —les viene a decir el Señor—, que, porque me injurian y me llaman endemoniado, yo los aborrezco y los aparto de mí. Justamente a ellos tengo interés y empeño en curarlos primero, y, apartándoos a vosotros de los demás, os envío a ellos como maestros y médicos. Y no sólo os prohíbo que prediquéis a otros antes que a éstos, sino que no os consiento que toquéis en los caminos que llevan a la gentilidad ni que entréis en ciudad alguna de samaritanos.

Realmente, los samaritanos eran enemigos de los judíos; sin embargo, la misión hubiera resultado más fácil con ellos, que estaban mucho más dispuestos para recibir la fe. La misión entre los judíos era más difícil; y, sin embargo, el Señor los envía al campo difícil, primero para mostrar su solicitud por los judíos y taparles juntamente la boca. De este modo abría el camino a la enseñanza de los apóstoles, a fin que no los acusaran que habían entrado en casa de asirios incircuncisos, con lo que tendrían una causa aparentemente justa para huir de ellos y rechazarlos. Por otra parte, llámalos el Señor ovejas perdidas, no que ellas de suyo se hubieran escapado; con lo que por todas partes les ofrece el perdón y trata de atraérselos a sí.

PODERES Y CONSEJOS A SUS APÓSTOLES

Marchad, pues —les dice—, *y pregonad que el reino de los cielos está cerca*. Mirad la grandeza del ministerio, Mirad la dignidad de los apóstoles. No se les manda que hablen de cosas sensibles, ni como hablaron antaño Moisés y los profetas. Su predicación había de ser nueva y sorprendente. Moisés y los profetas predicaban de la tierra y de los bienes de la tierra; los apóstoles, del reino de los cielos y de cuanto a él atañe. Pero no sólo por este respecto son los apóstoles superiores a Moisés y a los profetas, sino también por su obediencia. Ellos no se arredran de su misión ni vacilan como los antiguos. A pesar que oyen que se les habla de peligros, de guerras y de males incomportables, como heraldos que son del reino de los cielos, aceptan lo que se les manda con absoluta obediencia. —Y ¿qué maravilla —me dirás— que obedecieran fácilmente, cuando nada triste ni difícil tenían que anunciar? —¿Qué dices que nada difícil se les manda? ¿No oyes hablar de cárceles, de conducción al suplicio, de guerras intestinas, del odio universal que había de seguirles, todo lo cual les dijo el Señor que había de acontecerles poco después? Porque a los otros, sí, los enviaba como heraldos y mensajeros de bienes infinitos; pero a ellos sólo les anunciaba y profetizaba males insufribles.

Luego, para conferir autoridad a su predicación, les dice: *Curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios. Lo que de balde recibisteis, dadlo de balde*. Mirad cómo se preocupa el Señor de las costumbres de sus apóstoles no menos que de los milagros, dándoles a entender que éstos sin aquéllas nada valen. Así vemos cómo reprime su posible orgullo, diciéndoles: *Lo que de balde recibisteis, dadlo de balde*. Con lo que juntamente los quiere limpiar de toda avaricia. No quería que pensaran que los milagros eran obra de ellos y se exaltaran orgullosamente al realizarlos. De ahí su palabra: *De balde habéis recibido*. Ninguna gracia hacéis a los que os reciben, pues no habéis recibido vuestros poderes como una paga ni como fruto de vuestro trabajo. Todo es gracia mía. De este modo, pues, dad también vosotros a aquéllos. Porque, por otra parte, tampoco es posible hallar precio digno de lo que vuestros dones merecen.

DESPRENDIMIENTO QUE PIDE EL SEÑOR A SUS APÓSTOLES

Seguidamente, trata el Señor de arrancar la raíz misma de los males, y dice: *No poseáis oro ni plata ni moneda menuda en vuestros cinturones; no toméis alforja para el camino ni dos túnicas ni zapatos ni bastón*. No les dijo: 'No toméis con vosotros. No: aun cuando pudierais tomarlo de otra parte, huid de esta mala pestilencia". En verdad, grandes bienes lograba el Señor con este precepto. Primero, librar de toda sospecha a sus discípulos. Segundo, desembarazarlos a ellos mismos de toda preocupación, y poder así dedicar todo su tiempo a la predicación de la palabra. Tercero, darles una lección sobre su propio poder. Por lo menos, así se lo dijo más adelante: *¿Acaso os faltó algo cuando os envié desnudos y descalzos?* (Lc 22,35) Pero no dice inmediatamente: "No poseáis". Primero les dice: *Limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios*, y ahora viene lo de: *No poseáis*. Y luego prosiguió: *Lo que de balde habéis recibido, dadlo de balde*. Con lo cual les procura el Señor a sus discípulos lo que les era útil, decente y posible, para andar por el mundo.

—Pero tal vez —observe alguien— que, sí, todo lo demás que el Señor manda está muy en su punto; mas ¿por qué mandar a sus apóstoles que no tomaran alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni bastón, ni zapatos? —Porque quería ejercitarlos en la más estrecha perfección, como ya anteriormente les había prohibido que se preocuparan del día de mañana. En verdad, Él los iba a mandar como maestros a toda la tierra. Por eso, hasta cierto punto los hace de hombres ángeles, librándolos de toda preocupación terrena, de suerte que una sola preocupación los domine en adelante: la de la enseñanza. Más aún: de esta misma los libra cuando les dice: *No os preocupéis de cómo o qué hablaréis* (Mt 10, 19). De este modo, lo que aparentemente es pesado y molesto, el Señor se lo presenta como muy fácil y hacedero. Nada le hace, efectivamente, tan animoso a un hombre como verse libre de cuidados y preocupaciones, sobre todo cuando, no obstante esa ausencia de preocupación, logra que nada le falte, por tener a Dios consigo y ser Dios para él todas las cosas. Pero no quería tampoco el Señor que los suyos le dijeran: Entonces, ¿cómo o de dónde tendremos el necesario sustento? A lo que podía haberles contestado: Ya habéis oído lo que anteriormente os dije: *Mirad las*

aves del cielo (Mt 6,26). No estaban, sin embargo, preparados todavía para reducir este precepto a la práctica; de ahí que les dice algo más modesto: Digno es el trabajador de su alimento. Con lo que les da a entender que ellos, maestros, habían de comer de sus discípulos. De este modo, ni los maestros habían de sentir orgullo respecto a sus discípulos, como si todo lo dieran y nada recibieran; ni los discípulos tendrían motivo, por este desdén, para separarse de sus maestros.

EL TRABAJADOR MERECE SU SALARIO

No quería el Señor que le dijeran: "¿Es que nos mandas, pues, vivir de limosna?" Cosa que pudieran ellos avergonzarse. No; por el hecho de llamarlos trabajadores y paga a lo que se les da, quiere ponerles de manifiesto que, al dárseles su alimento, no hace sino pagarles una deuda. Porque no penséis —parece decirles— que porque vuestro trabajo consista en palabras, es pequeño el beneficio que de vosotros reciben. También el hablar supone mucho trabajo. Y, por tanto, lo que os dan vuestros discípulos, no es favor que os hacen, sino deuda que os pagan: *Porque digno es el trabajador de su salario*. Y esto lo dijo el Señor, no para que pretendiera tasar el valor de los trabajos apostólicos. ¡Dios nos libre de idea semejante! No; lo que quiso fue poner ante todo ley a sus apóstoles de no buscar nada más fuera de su sustento y persuadir también a los que se lo procuraban que no es ello honor que les hacen, sino estricto deber que cumplen.

LAS LEYES DE LA HOSPITALIDAD

Pero en cualquier ciudad o pueblo en que entrareis, preguntad qué persona digna haya en ella y allí permaneced hasta vuestra partida. Como si dijera: "No porque os haya dicho que *el trabajador merece su salario*, ya por eso os he abierto todas las puertas. No. También aquí os mando que procedáis con la mayor cautela. Ello contribuirá a vuestra propia gloria y hasta a vuestro sustento corporal. Porque si vuestro huésped es persona digna, no dejará por nada del mundo de proveer a vuestro sustento, sobre todo si vosotros no pedís más que lo necesario". Pero no sólo manda el Señor a sus discípulos que busquen para su hospedaje personas dignas, sino que les prohíbe andar de casa en casa. Primero, para no ofender a quien los recibiera en la suya; y luego, para que no

cobren fama de glotones y amigos de pasarlo bien. Es lo que quiso darles a entender al decirles: *Permaneced allí hasta vuestra partida*. Y lo mismo es de ver por los otros evangelistas (Mc 6,10; Lc 10,7). ¿Veis cómo de este modo atendió el Señor al prestigio de sus apóstoles y cómo animó a quienes los recibieran? A éstos, en efecto, les hace ver que ellos son quienes más ganan, no sólo en honra, sino también en provecho. Lo mismo explica el Señor seguidamente, diciendo: *Al entrar en la casa, saludadla, y si la casa fuere digna, que vuestra paz venga sobre ella; mas si no fuere digna, que vuestra paz se vuelva a vosotros*. Mirad hasta qué pormenores se digna descender el Señor en sus preceptos. Y con trincha razón, pues los estaba preparando para atletas y heraldos de la religión en toda la tierra, y de este modo los quiere hacer no sólo modestos, sino también amables. Y así, prosigue: *Pero si no os recibieren ni quisieren oír vuestras palabras, salid de la casa o ciudad aquella y sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que en el día del juicio se tratará más blandamente a Sodoma y Gomorra que no a la ciudad aquella*. "No porque seáis los maestros —les viene a decir el Señor— esperéis a que los otros os saluden. No; adelantaos vosotros a darles muestra de honor". Luego, para hacerles ver que no se trata en ellos de un simple saludo, sino de una bendición: *Si la casa* —les dice— *fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella*; mas si fuere insolente, su primer castigo será no gozar de vuestra paz; y el segundo, que correrá peor suerte que la misma Sodoma. — ¿Y qué tenemos nosotros que ver con su castigo?—pudieran haberle replicado—. —Pues que habitaréis en las casas de personas dignas. Pero ¿qué significa lo de: *Sacudid el polvo de vuestros pies*? —O demostrarles que nada se llevaban de ellos, o darles un testimonio del largo camino que por ellos habían emprendido. Pero mirad, os ruego, cómo todavía no se lo da todo el Señor, pues por entonces no les concede la gracia de la presciencia, de modo que pudieran saber de antemano quién fuera digno y quién no. Eso les manda que lo averigüen ellos mismos y que se atengan a la experiencia. Entonces, ¿cómo es que mismo se hospedó en casa de un alcabalero? —Porque por su conversión se hizo digno. Pero considerad también, os ruego, cómo, a la vez que los despoja de todo, se lo da todo pues les permite permanecer en las casas de sus discípulos y' entrar en ellas sin tener nada. De este modo los libraba, por una parte, de toda preocupación y, por otra, podían

ellos persuadir a los otros que sólo por su salvación habían venido Primero, porque no llevaban nada; segundo, porque nada tampoco pedían fuera de lo necesario, y, en fin, porque no a todos indiferentemente pedían hospedaje. Es que no quería el Señor que sus apóstoles brillaran sólo por sus milagros, no; antes que por éstos habían de brillar por su virtud. Ahora bien, nada marca mejor la virtud que la ausencia de lo superfluo y no tener, en cuanto cabe, necesidad ninguna. Los mismos falsos apóstoles lo sabían eso; por lo que Pablo mismo decía: *Porque quieren, en aquello que se glorían, aparecer como nosotros* (Cor 11,12). Ahora bien, si los que están en tierra extraña y en casa ajena no han de pedir nada más que el necesario sustento, mucho menos habrán de exigir otra cosa los que están en su propia casa.

LA IGLESIA, CASA DE TODOS, DONDE SE DA LA PAZ

No nos contentemos con sólo oír estas enseñanzas; tratemos también de imitarlas. En realidad, no se dijeron sólo para los apóstoles, sino para todos los santos que habían de sucederles. Porque esta paz viene o se va conforme a la disposición de los que reciben a los enviados de Dios. No todo depende de la santidad de los maestros, sino también de los méritos de sus discípulos. Y no pensemos que es pequeño daño no gozar de esta paz. Ésta es la que de antiguo predijo el profeta, diciendo: *¡Qué hermosos son los pies de los que llevan la buena nueva de la paz!* Luego, interpretando él mismo el valor de esta paz, prosigue: *Los pies de los que llevan la buena nueva del bien* (Is 52,7). Ésta declaró Cristo mismo ser dádiva grande, diciendo: *Mi paz os dejo, mi paz os doy* (Jn 14,27). Y todo hemos de hacerlo a trueque de gozar de esta paz, tanto en nuestra casa como en la iglesia. En verdad, también el que preside en la iglesia da la paz y él es como la figura del Señor. Y al Señor hay que recibirle con todo fervor, con la disposición del alma antes que en la mesa del altar. Porque si ya es cosa grave no participar de la mesa del Señor, ¿no lo será más rechazarle cuando nos habla? Por ti se sienta el sacerdote, por ti está de pie el diácono o predicador con molestia y cansancio. ¿Qué excusa, pues, tendrás, si no le concedes el homenaje de oír siquiera su palabra? En verdad, la iglesia es la casa común de todos, y cuando vosotros habéis entrado, entramos nosotros, que

representamos a los apóstoles. Por eso, apenas entramos, conforme a la ley que nos diera el Señor, os deseamos la paz a todos en común. Que nadie, pues, sea tibio, nadie esté distraído, cuando entran los sacerdotes y os hablan, pues el castigo que esta tibieza y distracción merece no es pequeño. Por mi parte, yo preferiría mil veces entrar en una casa de cualquiera de vosotros y verme allí desairado, que no hablar aquí sin que nadie me escuchara. Esto me sería más molesto que lo otro, pues esta casa es también más importante que cualquier otra. Aquí tenemos realmente nuestras grandes riquezas. Aquí están todas nuestras esperanzas. ¿Qué hay aquí que no sea grande e infunda reverencia? Esta mesa es mucho más preciosa y más dulce que las vuestras. Estas lámparas son mejores que las de vuestras casas. Bien lo saben todos aquellos que, ungidos con fe y a debido tiempo con el óleo santo, se vieron libres de sus enfermedades[50]. Y esta arqueta es también mejor y más necesaria que las vuestras, pues no guarda vestidos, sino limosnas, aunque pocos son los que aquí guardan su riqueza. Aquí hay un lecho también mejor que el vuestro, pues no hay descanso comparable al que nos procuran las Escrituras divinas. Y si hubiéramos alcanzado la perfecta concordia, no tendríamos otra casa que ésta. Y que no digo algo extraordinario, lo atestiguan aquellos tres mil y cinco mil creyentes primeros, que sólo tenían una casa, una mesa y un alma; *porque la muchedumbre de los creyentes* —dice el texto sagrado— *tenían un solo corazón y alma sola* (Hechos 4,32). Pero ya que estamos tan distantes de la virtud de aquellos primeros creyentes y estamos separados viviendo cada uno en su propia casa, por lo menos, cuando aquí nos reunimos, hagámoslo con fervor. Por, que si en lo demás somos pobres y miserables, en esto somos ricos. Por eso, aquí siquiera, recibidnos con amor cuando ve., vimos a vosotros. Y cuando yo os digo: *La paz sea con vosotros*, y vosotros respondéis: Y con tu espíritu, no lo respondáis sólo con la palabra, sino también con el alma; no sólo con la boca, sino también con el corazón. Ahora bien, si aquí me dices: La paz sea con tu espíritu, y luego fuera me haces la guerra, escupiéndome y maldiciéndome y echándome a tus solas una rociada de improperios, ¿qué linaje de

[50] Este pasaje fue explicado como si se atribuyese virtud curativa al aceite de las lámparas de la iglesia. Probablemente, sin embargo, sólo significa que el óleo sacramental de los enfermos se guardaba en una de las lámparas que pendían en la iglesia.

paz es aquélla? Yo, por mi parte, aunque tú mil veces me maldigas, te seguiré dando la paz con limpio corazón y sincera intención y nada malo puedo decir contra ti, porque tengo entrañas de padre. Y si alguna vez te reprendo, es porque estoy solícito por ti. Tú, sin embargo, mordiéndome a escondidas' y no queriéndome recibir en la casa del Señor, mucho me temo que acrecientes mi tristeza y 'desánimo, no porque me hayas insultado ni me hayas echado de tu casa, sino porque has rechazado la paz y te has atraído el castigo terrible con que amenazó el Señor. Yo no me sacudiré el polvo de mis pies; yo no me apartaré de vosotros; mas no por eso deja de seguir en pie su amenaza. Por mi parte, yo os desearé muchas veces la paz y jamás cesaré de deseárosla. Aun cuando vosotros me recibáis con injurias, yo no sacudiré por ello el polvo de mis pies; no porque no quiera obedecer el mandato del Señor, sino porque es muy vehemente el amor que os tengo. Cierto que tampoco he sufrido grandes trabajos por causa vuestra; no he emprendido un largo viaje; no he venido a vosotros con el atuendo y la pobreza de los apóstoles —sin sandalias y sin otra túnica— (y por ello me recrimino ante todo a mí mismo), y tal vez ésa sea la causa para que vosotros abandonáis también vuestro deber. Sin embargo, tampoco basta eso para vuestra defensa. Cierto, mi juicio será más riguroso; pero ello no os procurará a vosotros perdón.

CONTRASTE ENTRE LOS PRIMEROS TIEMPOS Y LOS PRESENTES

Entonces las casas eran iglesias, ahora la iglesia se ha convertido en una casa. Entonces no se oía en la casa una palabra de mundo, ahora no es posible decir en la iglesia una palabra espiritual, pues hasta aquí metéis vuestras preocupaciones de la plaza. Y mientras Dios os habla, en vez de escucharle en silencio, le rechazáis por estar cargados de cosa contrarias a Dios. Y ojala se tratara por lo menos de vuestros asuntos, pero la verdad es que decís y oís cosas que ni os vas ni os vienen. Por esto lloro, por esto no cesaré jamás de llorar. Porque no está en mi mano, no, abandonar esta casa y marcharme a otra. Aquí tengo que permanecer hasta que salga de esta vida. Hacedme, pues, un lugar en vosotros, como os ha mandado Pablo (2 Cor 7,2). No habla allí el Apóstol de una mesa donde haya de admitírsele, sino de la disposición del alma. Esto es también lo que yo busco de vosotros:

el amor, la amistad ardiente y sincera. Mas, si ni aun eso me queréis dar, amaos por lo menos a vosotros mismos y dejad esa flojedad de espíritu que ahora os domina. Para mi consuelo, basta con ver vuestra gloria por haberos hecho mejores. Entonces, yo os daría aún mayores pruebas de amor, aun cuando tanto menos fuera de vosotros amado. En verdad, muchas son las cosas que mutuamente nos unen: una misma mesa se nos pone a todos delante, un Padre único nos ha engendrado; del mismo seno materno salimos todos; una misma bebida se nos da a todos. O, por mejor decir, no sólo bebemos una sola bebida, sino que la bebemos también de un solo cáliz. El Padre, que quería unirnos a todos en caridad, excogitó, entre tantos otros, este medio de hacernos beber a todos el mismo cáliz. Lo cual es prueba de intenso amor. ¿Me objetaréis que no estamos nosotros a la altura de los apóstoles? También yo lo confieso y jamás tendré valor para negarlo. No sólo no estamos a su altura, sino que no somos ni la sombra de los apóstoles. Pero esto no os exime a vosotros de cumplir vuestro deber. Por otra parte, ello no debe avergonzaros, sino acrecentar más bien vuestro merecimiento, porque si con quienes son indignos mostráis tal amor y obediencia, recibiréis luego mayor recompensa. Porque nosotros no os decimos nuestras propias doctrinas, pues tampoco tenemos maestro alguno sobre la tierra. Lo que hemos recibido, eso os damos, y al dároslo no os pedimos otra recompensa sino vuestro amor. Pero si aun de esto somos indignos, por lo menos lo mereceremos por el mero hecho de amaros. En verdad, tenemos mandato de amar no sólo a los que nos aman, sino también a nuestros enemigos. ¿Quién será, pues, tan inclemente, quién será tan salvaje que, habiendo recibido semejante mandato, rechace y aborrezca a los mismos que le aman, aun cuando estén llenos de infinitos vicios? Hemos participado de la mesa espiritual; participemos también de la espiritual caridad. Los mismos bandoleros, cuando comen el mismo pan, se olvidan de su carácter y costumbres; pues ¿qué excusa tendremos nosotros, que participamos constantemente del cuerpo del Señor y no imitamos ni la mansedumbre de unos bandoleros? En realidad, no sólo la comunidad de la mesa: el hecho solo de ser de una misma ciudad les basta a muchos para hacerse amigos. Nosotros tenemos la misma ciudad, la misma casa, la misma mesa; el camino, la puerta, la raíz, la vida, la cabeza, el pastor, y rey y maestro y juez y creador y Padre, todo, en una palabra, nos

es común. ¿Qué perdón, pues, mereceríamos si estuviéramos divididos los unos de los otros?

POR QUÉ DIOS HA DEJADO AHORA DE HACER MILAGROS

¿Es que echáis de menos los milagros que los apóstoles hacían al entrar en casas y ciudades: los leprosos limpios, los demonios expulsados y los muertos resucitados? Pero justamente la prueba mayor de vuestra generosidad y de vuestra caridad es que creéis en Dios sin esos apoyos exteriores. Esa es, entre otras, la razón para que Dios haya dejado ahora de hacer milagros. Y he aquí otra: aun sin el don ya de milagros, los que se han visto por Dios favorecidos con otras ventajas, por ejemplo, la sabiduría de la palabra o la extraordinaria piedad, se llenan de vanagloria, se exaltan y se escinden unos de otros: ¿Adónde llegarían las escisiones si por añadidura tuvieran poder de hacer milagros? Y que no hablo en esto a humo de pajas, lo atestiguan los corintios, que por ahí justamente vinieron a dar en tantas banderías. No busquéis, pues, milagros, sino la salud de vuestra alma. No busquéis ver a un muerto resucitado, cuando sabéis que el mundo entero ha de resucitar. No busquéis ver recuperar la vista un ciego; mirad más bien como ahora todos han recuperado una vista más clara y más provechosa; y, sobre todo, aprended vosotros mismos a mirar castamente y a corregir vuestros propios ojos. En verdad, si todos viviéramos como debemos, los gentiles nos admirarían más que los que hacen milagros. Porque, muchas veces, los milagros se pueden atribuir a pura fantasía o llevan consigo alguna otra mala sospecha, aun cuando nada de esto pueda decirse de los nuestros; mas una vida pura no admite sospecha alguna semejante. La verdadera virtud echa una mordaza a todas las bocas.

LA VIRTUD, EL MAYOR DE LOS MILAGROS

Cuidemos, por tanto, de adquirir la virtud. Ésa es la mejor riqueza. Ése es el mayor de los milagros. Ella es la que nos da la libertad verdadera, la libertad que cabe contemplar aun en la misma esclavitud. La virtud no romperá materialmente las cadenas del esclavo; pero hace que, aun siguiendo esclavo, nos parezca más digno de respeto que el libre, lo que es mayor hazaña que dar

la libertad misma. No le hace al pobre materialmente rico; pero sí que, aun siguiendo en su pobreza, sea más rico que el rico. Pero si tantas ganas tienes de hacer milagros, apártate del pecado y has hecho el mayor de los milagros. En verdad, gran demonio es el pecado, carísimo mío. Si éste expulsas de ti mismo, has hecho hazaña mayor que los que expulsan a una legión de demonios. Oye cómo habla Pablo y cómo pone la virtud por encima de los milagros: *Emulad* —dice— *los carismas del espíritu. Y aún os quiero mostrar un camino de todo punto excelente* (1 Cor 12,31). Y cuando viene a describirnos ese camino, no nos habla ni de resurrección de muertos, ni de curación de leprosos, ni de cosa semejante. En lugar de todo eso, pone el Apóstol la caridad. Oye también lo que dice Cristo: *No os alegréis que se os someten los demonios, sino que vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc 10,20). Y antes había dicho: *Muchos me dirán en aquel día: ¿No profetizamos en tu nombre y expulsamos a los demonios e hicimos muchos prodigios? Y entonces yo les contestaré: No os conozco* (Mt 7, 22,23). Y cuando iba a morir en la cruz, reunido con sus discípulos, les decía: *En esto conocerán todos que sois discípulos míos, no en que expulséis demonios, sino en que os améis los unos a los otros* (Jn 13,35). Y otra vez: *En esto conocerán todos que tú me has enviado, no en que éstos resucitan a los muertos, sino que sean una sola cosa* (Jn 17,23). Los milagros aprovechan a los otros, pero muchas veces dañan al mismo que los hace, pues le llevan a la soberbia y vanagloria o a otros inconvenientes. Nada de eso puede sospecharse de las obras de virtud, que aprovechan al que las practica y a muchos otros con él. Éstas, por tanto, son las que hemos de practicar con toda diligencia. Si de tu inhumanidad pasas a ser compasivo y das limosnas, has dado movimiento a tu mano que tenías seca. Si te apartas del teatro para venir a la iglesia, has curado el pie que tenías cojo. Si desvías tus ojos de la mala mujer y de la ajena belleza, los has abierto, ciegos antes, a la luz. Si en lugar de los cantos satánicos aprendes himnos espirituales, has recuperado, mudo antes, el habla. Éstos son los mejores milagros. Éstos sí que son prodigios sorprendentes.

EXHORTACIÓN FINAL: HAGAMOS EL MILAGRO DE LA VIRTUD

Si estos milagros hacemos durante toda nuestra vida, por ellos seremos grandes y admirables, atraeremos a los malos hacia la virtud y gozaremos de la vida venidera. Dicha que a todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 33

Mirad que yo os envío como corderos entre lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas (Mt 10,16ss).

CORDEROS ENTRE LOBOS

Ya les ha infundido el Señor confianza a sus discípulos acerca del necesario sustento; les ha abierto todas las puertas y les ha señalado una forma digna de entrar: no como vagabundos y mendigos, sino como superiores a los mismos que los habían de recibir. Eso les quiso mostrar al decirles: *Digno es el trabajador que se le pague su salario*; eso al ordenarles preguntar quién fuera en cada lugar persona digna y en casa de ella hospedarse, eso al mandarles saludar con la paz a quienes los recibieran, y eso, en fin, por los castigos con que amenazó a quienes los rechazaran; de este modo los ha librado ya de toda preocupación; los ha armado con el poder de hacer milagros, y, al apartarlos de todo lo terreno y librarlos de todo cuidado temporal, les ha hecho como de hierro y de diamante. Ahora es venido el momento de decirles los males que a ellos mismos- habían de venirles, no sólo los que poco después habían de suceder, sino también los de tiempo muy posterior, con lo que muy de antemano los preparaba para la guerra contra el diablo. Muchas cosas conseguía el Señor de este modo. Primero, que conocieran la fuerza de su presciencia. Segundo, que nadie pudiera sospechar que por flaqueza del maestro acontecía todo aquello a sus discípulos. Tercero, que los que habían de sufrirlo no se espantaran como de cosa inesperada y fuera de lo normal. Cuarto, que al oír esto, al tiempo mismo de la cruz, no se turbaran. En verdad, eso fue lo que les pasó entonces, como se lo reprende Él mismo diciéndoles: *Porque os he dicho*

estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón, y nadie de vosotros me pregunta: ¿Dónde vas? (Jn 16,5-6) Y, sin embargo, nada les dice aún sobre sí mismo: que había de ser prendido y azotado y muerto, pues no quería con tales cosas turbar sus almas. De momento sólo les predice lo que ello mismos tendrían que sufrir. Quiéreles seguidamente hacer ver que esta guerra es nueva, y peregrino el modo de combatir, pues los envía por el mundo desnudos de todo, con una so túnica, sin sandalias, sin bastón ni dinero en el cinturón y alforjas, con orden de alimentarse en casa de quienes los reciban. Pero ni aquí detiene el Señor su discurso; para hacer alarde de su poder inefable, prosigue diciéndoles: "Y yendo así por el mundo, habéis de dar muestras de mansedumbre de ovejas, y de ovejas que van a ir a lobos, y no ir como quiera, sino estar en medio de los lobos". Y no sólo manda el Señor a sus discípulos que tengan mansedumbre de ovejas, sino también sencillez de paloma. Porque yo —parece decirles— quiero señaladamente hacer muestra de mi poder en que las ovejas venzan a los lobos; en que, estando ellas en medio de los lobos, y no obstante sus infinitas dentelladas, no sólo no acaben con ellas, sino que sean ellas más bien las que conviertan a los lobos. Más maravilloso, mayor hazaña que matarlos, es hacerles cambiar de sentir, transformar enteramente su alma. Y eso que los apóstoles no eran más de doce y los lobos llenaban la tierra entera.

Avergoncémonos los que hacemos lo contrario, los que atacamos como lobos a nuestros enemigos. Porque mientras somos ovejas, vencemos; aun cuando nos rodeen por todas partes manadas de lobos, los superamos y dominamos. Pero si nos hacemos lobos, quedamos derrotados, pues nos falta al punto mismo la ayuda del pastor. Como quiera que Él apacienta ovejas y no lobos, te abandona y se aleja de ti, pues no le permites que muestre su poder. Si, cuando se te hace un daño, tú muestras mansedumbre, a Él se atribuye todo el triunfo; pero si tú también acometes y descargas puñetazos, echas una sombra sobre la victoria. Pero considerad, por otra parte, os ruego, quiénes son estos a quienes se dirigen estos mandatos duros y trabajosos. Gentes cobardes y vulgares, hombres iletrados e ignorantes, totalmente desconocidos, que jamás entendieron de leyes del mundo, que jamás fueron capaces de salir a pública plaza; pescadores, en fin, y publicanos, llenos de defectos infinitos. Y tales mandamientos son bastantes a turbar aun a las almas grandes y elevadas, ¿cómo no habían de

derribar y espantar n quienes no tenían experiencia de ninguna clase y que jamás habían soñado en acción alguna noble? Y, sin embargo, no los derribaron. Y con mucha razón —dirá tal vez alguno—, pues les había el Señor dado poder de limpiar a los leprosos y expulsar a los demonios. Pero yo respondería que justamente lo que más podía turbarlos era que quienes tenían poder de resucitar a los muertos hubieran de sufrir tamaños males, como tribunales, cárceles y suplicios, guerras de todas partes, odio de toda la tierra. Todo eso les esperaba a quienes tenían poder de hacer milagros. ¿Cuál era, pues, el verdadero consuelo en medio de todos estos trabajos? El poder de quien les enviaba. De ahí que el Señor mismo, eso puso delante de todo: *He aquí que yo os envío*. Esto basta para vuestro consuelo, esto basta para que tengáis confianza y no temáis a los que os atacan.

LA PRUDENCIA DE LA SERPIENTE

¡Mirad qué autoridad, mirad qué poder, mirad qué potencia invencible del Señor! Como si dijera: "No os turbéis si os envío como ovejas entre lobos y si os mando que seáis sencillos como palomas. Hubiera podido ciertamente hacer lo contrario y no permitir que sufrierais mal alguno; hubiera podido hacer que no estuvierais bajo los lobos, sino que fuerais más espantables que leones. Sin embargo, os conviene que así sea. Esto os hará a vosotros más gloriosos y pregonará mejor mi poder. Es lo que el Señor le decía a Pablo: *Te basta mi gracia, pues mi poder se muestra en la flaqueza* (2 Cor 12,9). Yo soy, pues, quien he hecho que así seáis". Eso es lo que quiere dar a entender cuando dice: *Yo os envío como ovejas*. No os desalentéis, pues; porque yo sé, yo sé muy bien que de este modo habéis de ser inatacables. Luego, para que también ellos pusieran algo de su parte y no pareciera que todo había de ser obra de la gracia; para que no pensaran, en fin, que se les iba a coronar sin más ni más, prosigue diciendo: *Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*. —Pero ¿de qué va a servir —parecen responderle— toda nuestra prudencia en medio de tantos peligros? Y hasta: ¿Cómo podemos en absoluto ser prudentes, agitados que estemos por tamañas oleadas? Por muy prudente que sea la oveja en medio de lobos, y de tantos lobos, ¿qué conseguirá con toda su prudencia? Por muy sencilla que sea la paloma, ¿qué aprovechará

su sencillez cuando se le echen encima tantos gavilanes? —Tratándose de animales irracionales, ni prudencia ni sencillez sirven para nada; pero en vosotros, de mucho. Pero veamos qué prudencia es la que aquí pide el Señor. *Prudentes como la serpiente* —nos dice—. Como la serpiente lo abandona todo, y aun cuando le hagan pedazos el cuerpo, no hace mucho caso de ello, con tal de guardar indemne la cabeza, así vosotros —parece decir el Señor— entregadlo todo antes que la fe, aun cuando fuera menester perder las riquezas, el cuerpo, la vida misma. La fe es la cabeza y la raíz. Si ésa se conserva indemne, aun cuando todo lo pierdas, todo lo recuperarás más espléndidamente. De ahí que no nos mandó el Señor que seamos sólo sencillos e ingenuos, ni sólo prudentes. Para que haya virtud, quiso que una y otra cosa fueran a la par. Para que no recibamos golpe en los puntos mortales tomó de la serpiente la prudencia; la sencillez, de la paloma, para que no nos venguemos de los que nos agravian, ni busquemos daño a quienes nos arman sus asechanzas. —Si esta sencillez no se le añade, ¿para qué sirve la prudencia? ¿Qué puede entonces haber más duro que estos preceptos? ¿No era bastante tener que sufrir? —No, responde el Señor. Yo no os permito ni que os irritéis, pues tal es la naturaleza de la paloma. Es como si uno mandara echar una caña seca en el fuego y mandara que no se quemara la caña, sino que apagara ella el fuego. Sin embargo, no nos alborotemos. Lo que el Señor predijo sucedió; lo que mandó, fue cumplido y se mostró en las obras mismas. Los apóstoles fueron prudentes como las serpientes y. sencillos como las palomas, y ciertamente que no eran de naturaleza diferente, sino de la misma que nosotros. Nadie tenga pues, por imposibles estos mandamientos. Mejor que nadie sabe el Señor mismo la naturaleza de las cosas, y Él sabe perfectamente que la insolencia es fuego que no se extingue con otra insolencia, sino con la mansedumbre. Y si queréis ver cómo así se cumple en la práctica, no tenéis sino leer el libro de los Hechos de los Apóstoles, y allí veréis cuántas veces el pueblo de los judíos se levantaba contra los apóstoles y afilaban sus dientes contra ellos; y cómo éstos, imitando a la paloma, les respondían con la debida modestia, y así apaciguaban su furor y calmaban su furia, y deshacían todos sus ataques. Así, cuando les dijeron: *¿No os mandamos por mandato que no hablarais palabra en ese nombre?*, aun cuando podían ellos haber hecho entonces mil milagros, no dijeron ni hicieron cosa alguna áspera, sino con toda

mansedumbre se defendieron diciendo: *Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros a vosotros antes que a Dios* (Hechos 5,28; 4,19). Ya habéis visto la sencillez de la paloma; mirad ahora la prudencia de la serpiente: *Porque nosotros no podemos menos de hablar de lo que hemos visto y oído*. ¿Veis cómo por todas partes es menester que seamos perfectos, de suerte que ni los peligros nos abatan ni la ira nos arrebate?

DE LAS PRUEBAS QUE ESPERAN A LOS APÓSTOLES

De ahí que prosiga el Señor: *Precaveos contra los hombres, porque ellos os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. Y seréis conducidos ante gobernadores y reyes por causa mía, en testimonio para ellos y para las naciones*. Nuevamente les obliga el Señor a estar vigilantes, pues por todas partes les ofrece sufrimientos, y a ellos, en cambio, no les permite hacer mal alguno. Por donde hemos de aprender que en el sufrir está la victoria y de ahí hemos de levantar nuestros trofeos. Porque no dijo: "Luchad también vosotros y resistid a los que os quieren hacer daño". No. Lo único que dijo fue que los suyos tendrían que sufrir los últimos suplicios.

¡Oh! ¡Cuán grande es el poder de quien así habla! ¡Cuán grande la filosofía de los que escuchan! En verdad, muy de admirar es cómo, oyendo tales palabras, no se echaron a correr de allí; ellos, hombres tímidos, que en su vida habían pasado más allá del lago en que pescaban sus peces. Maravilla es también cómo no pensaron y se dijeron a sí mismos: "¿Y, adónde vamos a huir ahora? Contra nosotros están los tribunales, contra nosotros los reyes y los gobernadores, las sinagogas de los judíos, los pueblos de los gentiles, los gobernantes y los gobernados". Porque con aquellas palabras no sólo les señaló el Señor la Palestina y lo que en ella tendrían que sufrir, sino que de antemano les puso delante las luchas que les habrían de venir de la tierra entera. *Seréis conducidos* —les dice— *ante los gobernadores y reyes*. Con lo que les da a entender que más tarde los había de enviar como heraldos suyos a las naciones. La tierra entera, pues, has hecho enemiga nuestra; contra nosotros has armado a todos sus habitantes: pueblos, tiranos y reyes. Porque aún es más espantoso lo que sigue, si es que por causa nuestra han de ser los hombres

fratricidas, filicidas y parricidas. *Porque entregará* —dice— *el hermano a la hermana a la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán la muerte*. ¿Cómo, pues—pudieran haber dicho los apóstoles—, cómo van a creer los demás, si ven que por causa nuestra los hijos son asesinados por los padres, y los hermanos por los hermanos, y que está el mundo todo lleno de abominaciones? ¿No nos arrojarán de todas partes como a genios maléficos, como a malditos y corruptores de la tierra, si veis que está el mundo empapado en sangre de parientes por tales crímenes? ¡Absolutamente! Porque si las llenamos de muertes tales, ¡bonita la paz que vamos a dar a las casas adonde entremos! Por otra parte, si fuéramos más de doce, si no fuéramos unos pobres, vulgares e ignorantes, sino sabios y oradores elocuentes, y, mejor aún, si fuéramos reyes que cuentan con sus grandes ejércitos y sus grandes riquezas... Pero así, ¿cómo persuadir a nadie, si, por añadidura, encendemos guerras intestinas, y peores aún que intestinas? Aun cuando despreciáramos nuestra propia vida, ¿quién de los otros se nos adherirá? Nada de esto, sin embargo, pensaron ni dijeron los apóstoles, ni pidieron tampoco razón al Señor de lo que les mandaba. A ellos sólo les tocaba obedecer y callar. Lo cual no se debía sólo a su virtud, sino principalmente a la sabiduría de su maestro.

CONSUELOS EN LAS PRUEBAS

Porque habéis de mirar cómo a cada uno de sus sufrimientos juntó también el consuelo. Así, contra quienes no los recibieran, decía: *Con más blandura será tratada, en el día del juicio la tierra de Sodoma y Gomorra que la ciudad aquella* (Mt 10,15). Y lo mismo aquí, después de decir: *Ante gobernadores y reyes seréis llevados*, añadió luego: *Por causa mía, en testimonio para ellos y para las naciones*. Y no es pequeño consuelo padecer todo por amor de Cristo y para confusión de judíos y gentiles. Porque Dios, aun cuando nadie atienda a ello, cumple siempre sus designios. Ahora que esto consolaba a los apóstoles, no porque desearan el castigo de sus perseguidores. No. El motivo de su confianza era porque tenían siempre consigo al que todo eso les había predicho y de antemano lo sabía, y porque no sufren como malvados y malhechores. Juntamente con esto, no es pequeño el consuelo que

añade cuando les dice: Y *cuando os entregaren, no os preocupéis sobre cómo y qué hablaréis, porque en aquel momento se os dará lo que habréis de hablar. Porque no seréis vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros*. No quería el Señor que le dijeran: ¿Cómo podremos convencer a nadie, si tales cosas nos suceden? De ahí mandarles que tuvieran confianza en su defensa. En otra parte les dice: *Yo os daré palabra y sabiduría* (Lc 21,15). Y aquí: *El Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros*. Con lo que el Señor eleva a sus apóstoles a dignidad de profetas. Por eso, una vez que les hubo dicho la fuerza que les daba, habló también de los males que habían de venir, de las muertes y sangre derramada. *Porque el hermano* —dice— *entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los entregarán a la muerte*. Y ni aun aquí se detuvo el Señor, sino que añadió algo más horrible todavía, capaz de conmover a una roca: *Y seréis aborrecidos por todos*. Pero también aquí está el consuelo a la puerta. *Todo eso* — les dice— *lo sufriréis por causa de mi nombre.* Y otro motivo seguidamente: *Pero el que resistiere hasta el fin, ése se salvará*. Otro motivo para levantar el ánimo de los apóstoles encerraban todas estas palabras del Señor, a saber, que había de ser tan alta la fuerza de la predicación, que despreciaría la naturaleza, rechazaría el parentesco y pondrían por encima de todo aquella palabra divina que todo lo arrastraba con su poder. Porque si la tiranía de la naturaleza no es capaz de resistir a vuestra palabra, sino que queda vencida y pisoteada, ¿qué otra cosa podrá ya venteros? Sin embargo, no porque así haya de ser ha de deslizarse vuestra vida en suave tranquilidad, sino que tendréis por enemigos a todos los habitantes de la tierra.

CONTRASTE ENTRE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS Y LOS APÓSTOLES

¿Dónde está ahora Platón? ¿Dónde Pitágoras? ¿Dónde la turbamulta de los estoicos? Platón, después de gozar tan alto honor, hasta punto tal fue despreciado que vino a ser vendido por esclavo y no fue capaz de realizar una sola de sus teorías ni en la corte de un solo tirano; y Pitágoras, después de traicionar a sus discípulos, terminó miserablemente su vida. Y todas las basuras de los cínicos pasaron como un sueño y una sombra. Y, sin embargo,

nada tuvieron que sufrir los filósofos que pueda compararse a los sufrimientos de los apóstoles, sino que su filosofía profana los hacía aparecer como hombres ilustres, y los atenienses mostraban públicamente las cartas que Dión había escrito a Platón. Los filósofos pasaban cómodamente toda su vida y amontonaban no pequeñas riquezas. Así, por ejemplo, Aristipo se compraba las más caras heteras; otro dejaba por testamento una pingüe herencia; otro andaba por encima de sus discípulos, que formaban un puente con sus dorsos. De Diógenes de Sínope cuentan que en pública plaza hacía sus indecencias. Tales son las glorias de los filósofos. Aquí, sin embargo, nada semejante puede verse; todo es aquí la más pura templanza y la más perfecta modestia; guerra, sí, contra todo el mundo por la verdad y la piedad, un morir o dejarse matar día a día; pero después de esto, levantar los más gloriosos trofeos de victoria.

LOS APÓSTOLES, SUPERIORES A LOS GRANDES HOMBRES PAGANOS

Pero tienen —me dirás— los gentiles algunos grandes generales, como Pendes y Temístocles. Pero también las hazañas de éstos son puro juego comparadas con las de los pescadores. ¿Qué puedes, en efecto, contar de Temístocles? ¿Que aconsejó a los atenienses embarcarse en las naves cuando Jerjes invadió a Grecia? Pero aquí no es un Jerjes, sino el diablo, quien invade, y con él, la tierra entera, y con la tierra, otras incontables legiones de demonios, y atacan a estos doce pescadores, y, sin embargo, fueron vencidos y dominados, no en una ocasión solamente, sino cuanto a los apóstoles duró la vida. Y lo más admirable es que no vencían matando a sus adversarios, sino convirtiéndolos y transformándolos. Porque hay que tener siempre muy presente esta observación: que los apóstoles no mataban ni aniquilaban a quienes les hacían la guerra, sino que, tomándolos semejantes a demonios, les hacían luego competir con los ángeles. Su hazaña consistía en librar a la naturaleza humana de la perversa tiranía de los demonios, expulsando a estos maléficos y perturbadores espíritus de en medio de las plazas y casas y hasta del desierto mismo. Testigos son los coros de los monjes que los apóstoles esparcieron por dondequiera, purificando así no sólo la tierra habitada, sino también la inhabitable. Y lo de verdad admirable es

que su victoria no vena de luchar con fuerzas iguales; toda su fuerza venía del sufrimiento. Allí los tenían, en efecto, a su disposición a aquellos doce hombres ignorantes y vulgares, a quienes encarcelaban, y azotaban, y traían y llevaban, pero no podían jamás cerrarles la boca. Como es imposible atar un rayo de sol, tan imposible fue atar la lengua de los apóstoles. La causa de ello estaba en que no eran ellos, sino la fuerza del Espíritu Santo la que hablaba. De este modo, por ejemplo, Pablo venció al rey Agripa y hasta al mismo Nerón, el que por su maldad venció a todos los hombres: *Porque el Señor* —dice— *me asistió y me fortaleció, y me arrancó de la boca del león* (2Tm 4,17). Pero lo que vosotros habéis de admirar es cómo oyendo los apóstoles decir al Señor: *No os preocupéis*, ellos le creyeron y aceptaron su palabra y no hubo mal que los amedrentara. Y si me respondierais que bastante consuelo les dio el Señor con decirles: *El Espíritu de vuestro Padre es el que habla en vosotros*; yo los admiro más que nada porque no dudaron de ello ni pidieron se los librara de tantos males; males que no habían de sufrir durante uno o dos años, sino durante su vida entera. Eso, efectivamente, les da a entender el Señor cuando les dice: *El que resistiere hasta el fin, ése se salvará*. Y es que no quiere el Señor que todo dependa de Él solo, sino que tengan también ellos su merecimiento. Mirad, i no, volviendo atrás, cómo parte viene del Señor, parte les toca a los discípulos. El hacer milagros viene del Señor; el no poseer nada toca a los apóstoles. Igualmente, tener abiertas todas las casas es obra de la gracia celeste; pero el no exigir nada más que lo necesario toca a la filosofía de los apóstoles: *Porque digno es el trabajador que se le pague su salario*. Dar la paz es dádiva de Dios; mas el buscar a los dignos y no entrar en todas las casas indiferentemente, toca a la continencia de los apóstoles. Castigar a los que no los reciban, pertenece a Dios; pero apartarse de ellos con modestia, sin insultarlos ni maldecirlos, toca a la mansedumbre de los apóstoles. Dar el Espíritu Santo y librarlos de toda solicitud, es gracia de quien los envía; pero convertirse en ovejas y palomas y sufrirlo todo generosamente, es obra de la firmeza y prudencia de los apóstoles. Ser odiados y no desfallecer y resistir, les pertenece a ellos; pero el salvar a los que resisten es obra de quien los envía. De ahí que les dijera: *El que resistiere hasta el fin, ése se salvará*.

CONSTANCIA Y SOBREHUMANO VALOR DE LOS APÓSTOLES

Como haya muchos que son muy fervorosos en sus comienzos y luego desfallecen, de ahí que diga aquí el Señor que lo que Él busca es el fin. ¿Para qué valen, en efecto, unas plantas que a los comienzos florecen y poco después se marchitan? No; el Señor exige de los suyos una resistencia constante. No quería se pudiera decir que todo lo había hecho Él y que no era maravilla ninguna que los apóstoles fueran lo que fueron, cuando nada duro tuvieron que sufrir. De ahí que les diga que la perseverancia les era necesaria. Porque si es cierto —parece decirles— que os libro de los primeros peligros, porque os reservo para otros más graves, y a éstos suceder otros, y, mientras alentareis, jamás cesaréis de ser perseguidos. Eso fue, en efecto, lo que quiso darles a entender al decirles: *El que resistiere hasta el fin, ése se salvará*. Y justamente por eso, habiendo aquí dicho: *No os preocupéis de lo que habéis de hablar,* en otra parte dice: *Estad preparados para la defensa ante todo el que os pida razón de vuestra esperanza* (1 Pedro 3,15). Cuando la lucha es entre amigos, nos manda que nosotr4 también estemos preocupados; mas cuando se trata de un tribunal espantoso, de turbas enfurecidas y de terror por todas partes, entonces nos ofrece su propio apoyo para que tengamos buen ánimo y hablemos sin acobardarnos ni traicionar jamás la justicia. Realmente, grande espectáculo hubo de ser ver a unos hombres que habían pasado su vida junto a un lago, entre pieles o en un, mostrador de alcabalero, entrar solos, encadenados y con los ojos bajos, ante los tiranos sentados en su trono, rodeados de sátrapas y guardia armada, desnudas las espadas y con todo el pueblo en pie, y que aun tuvieran aquellos hombres valor para abrir la boca. Porque no les daban lugar a hablar ni a defender sus doctrinas, sino que intentaban hacerlos morir a palos como a comunes corruptores de toda la tierra. *Éstos son* —se decía— *y aquí están los que trastornan toda la tierra*. Y otra vez: *Éstos predican contra los decretos del César y dicen que Cristo es Rey* (Hechos 17,6-7). Los tribunales estaban en todas partes prevenidos con tales sospechas, y mucha ayuda de lo alto era menester para poner en claro estas dos cosas: primero, que las doctrinas que ellos predicaban eran verdaderas; y segundo, que no se oponían a las leyes comunes. Ni su fervor en predicar su doctrina tenía que hacer

sospechosos a los apóstoles de intentar una subversión de las leyes estatuidas, ni su empeño por no mostrarse contrarios a éstas corromper la pureza de la doctrina misma. Todo lo cual es de ver en Pablo y en Pedro, y en los demás apóstoles, que a uno y a otro punto atendieron con la conveniente prudencia. La verdad es que por todo lo descubierto de la tierra se los acusaba de sediciosos, revolucionarios e innovadores. Sin embargo, ellos lograron no sólo rechazar tales sospechas, sino que se los proclamara luego por todo lo contrario: por salvadores, por protectores y bienhechores del mundo entero. Y todo esto lo lograron a fuerza de paciencia. De ahí que Pablo decía: *Cada día me estoy muriendo* (1 Cor 15,31). Y de hecho, toda su vida la pasó entre peligros de muerte.

INVECTIVA CONTRA LA ACTUAL TIBIEZA

¿Qué mereceremos, pues, nosotros cuando, teniendo tan altos ejemplos, aun en la paz somos muelles y caemos? Sin que nadie nos haga la guerra, somos pasados a cuchillo; sin que nadie nos persiga, vivimos abatidos; en la paz se nos manda salvarnos, y ni aun eso conseguimos. Los apóstoles, cuando la tierra ardía y la hoguera se propagaba por el mundo entero, se arrojaban a las llamas mismas y de allí arrebataban a los que se estaban abrasando; nosotros, sin embargo, no somos capaces ni de preservarnos a nosotros mismos. ¿Qué confianza, pues, qué perdón podemos tener? No nos amenazan ahora azotes ni cárceles, ni gobernadores, ni sinagogas, ni peligro alguno semejan te; todo lo contrario: somos nosotros los que mandamos y dominamos. Y, en efecto, los emperadores son cristianos; tenemos preeminencias, gloria, descanso, y ni aun así vencemos. Aquéllos, conducidos diariamente al suplicio, marcados sus cuerpos de cardenales y con llagas por todas partes, sentían placer semejante o mayor que los moradores mismos del paraíso; nosotros, sin embargo, que ni por sueños hemos soportado nada semejante, somos más blandos que la cera. Pero aquéllos —me dirás— hacían milagros. ¿Acaso por eso no los azotaban? ¿Acaso porque hacían milagros no se los perseguía? Y lo admirable es que muchas veces tenían que sufrir todo eso de parte de los mismos a quienes habían hecho sus beneficios, sin turbarse que se les devolviera mal por bien: tú, sin embargo, por el más pequeño favor que hagas, si luego tienes que sufrir una molestia de parte de tu

favorecido, te alborotas y te turbas y te arrepientes del bien que hiciste.

HAY QUE ADIESTRARSE ANTES DE LA LUCHA: EJEMPLO DE JOB

Ahora bien, si otra vez— lo que Dios no permita que jamás suceda— se declarara la guerra a la Iglesia y estallara la persecución, considerad cómo haríamos el ridículo y cuán grande sería nuestra ignominia. Y con mucha razón. Porque si un atleta no se adiestra en la palestra, ¿cómo puede brillar en los combates? ¿Qué atleta que no haya conocido entrenador alguno podrá hacer nada grande y noble contra su adversario llegado el momento de los juegos olímpicos? ¿Es que nosotros no debiéramos cada día ejercitamos en la lucha, en el pugilato y en la carrera? ¿No habéis visto cómo los atletas del pentatlo, cuando no tienen a mano un adversario, cuelgan un saco lleno de arena y contra él ejercitan toda su fuerza? Los que son algo más jóvenes, en los cuerpos de sus compañeros se entrenan contra los que serán luego sus enemigos. Imitad vosotros a todos éstos y ejercitaos en las luchas de la filosofía. Realmente muchos hay que tratan de provocaros a ira o de incitar vuestra concupiscencia y encender en vuestra alma toda una hoguera de deseos. Resistid, pues, firmemente contra las pasiones, sufrid generosamente los dolores del espíritu para que podáis soportar también los del cuerpo. Ahí tenéis al santo Job; si no se hubiera ejercitado muy bien antes del combate, no hubiera brillado tan gloriosamente en el combate mismo. Si no hubiera trabajado por sentirse ajeno a todo dolor, seguramente hubiera pronunciado alguna palabra atrevida al saber la muerte de sus hijos. Pero la verdad es que se mantuvo firme en todas las arremetidas del enemigo: la pérdida de su riqueza y desaparición de toda aquella opulencia, la muerte de sus hijos, la compasión de su mujer, las llagas de su cuerpo, los insultos de sus amigos, las injurias de sus mismos esclavos. ¿Queréis saber cómo se ejercitaba? Oíd lo que nos dice sobre su desprecio de la riqueza: *Si me alegré* —dice— *cuando me venía abundancia de riqueza, si no puse el oro en el mismo orden que el polvo, si puse mi confianza en la piedra preciosa*... (Job 31,24-25). Por eso, como no puso en la riqueza su codicia cuando la tenía, tampoco se turbó cuando le fue arrebatada. Oíd cómo gobernaba a sus hijos, no con excesiva

blandura, como nosotros, sino exigiéndoles la más rigurosa perfección. Porque quien por los ocultos pecados de ellos ofrecía sacrificios, considerad cuán riguroso juez sería de los manifiestos. Y si quieres oír sus combates sobre la castidad, escucha lo que dice: *Concerté convenio con mis ojos de no mirar jamás a doncella* (Job 31,1). Por eso tampoco su mujer pudo derribarle; la amaba antes ciertamente, pero no más allá de la medida, sino como es razonable se ame a la propia mujer. De ahí que yo me maraville de que, sabiendo el diablo cómo se había Job ejercitado, se le ocurriera la idea que podía vencerle en el combate. ¿Cómo pudo, pues, ocurrírsele la idea? Porque es una fiera perversa y no desespera jamás, lo cual es justamente grave acusación contra nosotros que el diablo jamás desespere de nuestra perdición y nosotros desconfiemos de nuestra salvación. Pero mirad también cómo meditó Job en la mutilación y penas del cuerpo. Personalmente nada tuvo que sufrir él de tales penalidades, pues vivió siempre en riqueza, bienestar y opulencia; pero sí que diariamente consideraba las ajenas desgracias. Así lo pone de manifiesto cuando dice: *El miedo que yo temía me ha venido; y lo que yo barruntaba, me ha acontecido* (Job 3,25). Y otra vez: *Yo he llorado sobre todo impotente y he gemido sobre todo el que he visto necesitado* (Job 30,25). De ahí que, cuando sobre él cayeron todos aquellos grandes incomportables males que sabemos, nada fue parte para turbarle. Porque no habéis de mirar solamente la pérdida de sus riquezas, la muerte de sus hijos, aquella úlcera incurable de su carne, las insidias de su mujer. Hay cosas más duras aún que todo eso. ¿Y qué cosa más dura —me dirás— pudo sufrir el santo Job? Por su historia nada más sabemos. No sabemos nada más porque estamos dormidos, pues el que lo mira con cuidado, el que busca y rebusca bien la piedra preciosa, halla mucho más que todo eso. Lo más grave, en efecto, lo que era bastante a causarle la más profunda turbación, eran otras cosas. En primer lugar, no saber nada con claridad acerca del reino de los cielos y de la resurrección de los muertos[51]. Que es lo que él mismo, llorando, decía: *Porque no viviré eternamente para que pueda tener paciencia* (Job 7,16). Segundo, la conciencia que tenía de sus muchas buenas obras. Tercero, no tener conciencia de mal

[51] San Juan Crisóstomo no entendió de la resurrección el famoso pasaje de Job 19,24ss. Desde luego en los LXX no está tan claro como en la Vulgata. Falta, como se sabe, en el texto hebreo la idea de resurrección.

alguno. Cuarto, pensar que todos aquellos sufrimientos le venían de Dios; y si le venían del diablo, también esto era parte para escandalizarle. Quinto, oír a sus amigos, que falsamente le acusaban de maldad: *No es aún tan grande tu azote—le decían—como tus pecados lo merecen* (Job 11,6). Sexto, ver la prosperidad en que vivían los malvados y cómo le insultaban a él. Séptimo, no poder mirar a otro que hubiera jamás sufrido como él.

SE PROSIGUE EL ELOGIO DE JOB

Pero si queréis daros cuenta de cuán grande sea el mérito de Job, considerad lo que ahora sucede. Ahora, cuando esperamos el reino de los cielos y la resurrección de los muertos y bienes inefables, no obstante nuestra conciencia de males infinitos, no obstante los ejemplos que se nos proponen y la filosofía que se nos enseña, cuando perdemos un puñado de oro, fruto muchas veces de nuestra rapiña, la vida nos parece insoportable. Y, sin embargo, ni la mujer nos ataca, ni se nos quita a los hijos, ni nos reprochan los amigos, ni nos insultan los esclavos, antes bien, muchos hay que nos consuelan, unos de palabra y otros de obra. ¿Qué coronas, pues, no merecerá Job, que vio dispersos en un momento, y sin más ni más, bienes que eran fruto de su justo trabajo, que sufrió luego toda aquella tormenta de calamidades, sobre él caídas como una granizada? Y, sin embargo, permaneció en todas inmóvil y en todas le rindió al Dueño soberano el conveniente tributo de la acción de gracias. Porque, aun cuando todo lo demás lo pasáramos en silencio, las palabras solas de su mujer bastaban para conmover a las peñas. Mirad, si no, la astucia con que procede. No le recuerda las riquezas, no le recuerda los camellos, ni los rebaños de ovejas y de bueyes, pues sabía ella muy bien la filosofía de su marido sobre todo aquello; sólo le recuerda lo que había de ser mucho más doloroso, es decir, la pérdida de los hijos, y aquí se extiende ella con trágico acento y añade luego lo que quiere por su cuenta. Ahora bien, muchos en plena prosperidad, sin tener que sufrir molestia alguna, se dejaron muchas veces persuadir de sus mujeres. Pues considerad cuán brava, hubo de ser aquella alma que rechazó a la mujer que le acometía con tales armas y logró pasar por encima de las más avasalladoras pasiones, como son el amor y la compasión. En verdad, muchos que fueron capaces de dominar el amor fueron

rendidos por la compasión. Así, aquel valeroso José, que dominó el más tiránico de los placeres y rechazó a la mujer bárbara, no obstante todas sus maquinaciones para derribarle, no fue luego capaz de contener las lágrimas, y al ver a sus hermanos—los mismos que le habían ofendido—, se conmovió profundamente, y arrojando la máscara reveló todo el drama por él mismo preparado. Pues suponed ahora que sea la propia mujer la que venga a decir cosas lastimeras, que tenga por añadidura la ocasión por aliada, las heridas, los golpes y todo el oleaje de calamidades, ¿cómo no tener por más dura que el diamante al alma que no se deja impresionar poco ni mucho por esa tormenta? Dejadme hablar con libertad: si el santo Job no fue superior, por lo menos no fue inferior a los apóstoles.

JOB, SUPERIOR A LOS MISMOS APÓSTOLES

A los apóstoles los consolaba ciertamente el sufrir por Cristo, y este solo pensamiento era parte para levantarlos diariamente; y bien se ve cómo el Señor lo pone en todas partes al decir: *por causa mía, por mí; o: si a mí, que soy el dueño de la casa, me han llamado Belcebú* (Mt 10,25); Job, sin embargo, nada supo de este consuelo, nada del de los milagros, nada del de la gracia, que no tuvo, efectivamente, tanta fuerza del Espíritu Santo. Y lo más importante de todo es ciertamente la circunstancia de haber sufrido lo que sufrió después de una vida de prosperidad, después de gozar tan alto honor, y no, como los apóstoles, salidos de su oficio de pescador o alcabalero y de una vida miserable. Y lo que nos parece más duro de sufrir en los apóstoles, eso mismo lo sufrió Job, a saber: ser odiado por sus amigos, por sus familiares, por sus enemigos, lo mismo que por quienes habían sido por él favorecidos, sin que le fuera dado ver aquella áncora y aquel puerto sin tormentas que es la palabra dicha a los apóstoles: *Por causa mía*.

COMPARACIÓN CON LOS JÓVENES DE BABILONIA

Yo admiro también a los tres jóvenes del horno de Babilonia porque desafiaron al horno y se rebelaron contra el tirano. Pero oíd cómo hablan: *A tus dioses no les servimos, y la estatua que has levantado no la adoramos* (Dan 3,18). Ése fue su mayor consuelo:

saber que cuanto sufrían, por Dios lo sufrían. Pero Job no sabía que sus sufrimientos eran pruebas y lucha, pues de haberlo sabido, no los hubiera sentido. Por lo menos cuando oyó que Dios le decía: *¿Acaso crees que te he hablado por otro motivo que para que aparecieras justo?* (Job 40,3, según los LXX), hay que ver cómo respiró por esa simple palabra, cómo se humilló a sí mismo, cómo pensó no haber sufrido nada de lo que había sufrido. Y así dice: *¿Por qué soy todavía juzgado, cuando es el Señor mismo el que me corrige y arguye, aun cuando yo no soy nada? Y otra vez: Antes te había oído con oído de mi oreja; pero ahora mi ojo te ha visto. Por eso me he despreciado a mí mismo, y me he derretido, y me tengo a mí mismo por polvo y ceniza* (Job 42,5-6).

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS EL VALOR DEL SANTO JOB

Imitemos también nosotros este valor y esta modestia; nosotros, los que hemos venido después de la ley y de la gracia, al que vivió antes de la ley y de la gracia, a fin que podamos tener parte en los tabernáculos eternos, a los que ojala lleguemos todos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 34

Cuando se os expulse de una ciudad, huid a otra. En verdad os digo: No terminaréis las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre (Mt 10,23).

MOTIVOS DE ALIENTO QUE DA EL SEÑOR A SUS DISCÍPULOS

Después de hablarles de todos aquellos horrores y calamidades capaces de quebrantar un diamante, es decir, de lo que había de acontecerles después de su resurrección y ascensión a los cielos, vuelve el Señor su razonamiento a cosas más suaves y concede unos momentos de respiro a sus atletas, a la vez que les infunde la más completa confianza. Porque no les mandó que al ser perseguidos atacaran también ellos de frente, sino que huyeran. Y es que, como estaban sus discípulos aún en los comienzos, usa el Señor con ellos de palabra más condescendiente. Así no les habló

de las persecuciones que luego sufrirían, sino de las que habían de preceder a la cruz y a la pasión. Es lo que les puso de manifiesto al decirles: *No terminaréis las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre*. Para que no le objetaran: "¿Y qué haremos si huimos al ser perseguidos y luego nos expulsan también de donde fuimos a refugiarnos?" El Señor les quita este temor, diciéndoles: "No habréis dado la vuelta a la Palestina antes que yo venga a recogeros". Y observad aquí cómo no trata el Señor de eliminar los trabajos, sino que promete su asistencia en los peligros. Porque no dijo: "Yo os arrebataré y desharé la persecución". ¿Pues qué dijo? *No habréis terminado las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre*. Y es que con sólo verle a Él bastaba para su consuelo. Pero considerad también, os ruego, cómo no siempre lo deja el Señor todo a la gracia, sino que manda que contribuyan también ellos de su parte. Si teméis —les dice—, huid, y no temáis. Y no les manda que sean ellos los primeros en emprender la fuga, sino que si se los hostiga, se retiren. Y tampoco es muy larga la distancia que les señala, sino la que supone ir recorriendo las ciudades de Israel.

EL SEÑOR LOS PREPARA CONTRA LA MALEDICENCIA

Seguidamente prepara el Señor a sus discípulos para otra parte de filosofía. Primero había expulsado de ellos toda ansiedad por el sustento, luego les quitó el miedo a los peligros; ahora se lo quita también a la maledicencia. De la ansiedad por el sustento los libró cuando les dijo: *Digno es el trabajador que se le pague su salario*, a la vez que les hizo ver cómo muchos estarían prontos a darles acogimiento. Del temor a los peligros: *No os preocupéis de cómo y qué hablaréis*. Y: *El que resistiere hasta el fin, ése se salvará*. Pero como, naturalmente, los discípulos habían de sufrir posteriormente de la maledicencia, cosa que a muchos se les hace más dura qué cualquiera otra, mirad de qué manera los consuela también aquí en eso, no menos que con su propio ejemplo y lo que contra Él se había dicho. Que era el mejor consuelo que les podía dar. Porque a la manera que antes les había dicho: *Seréis aborrecidos de todos*, pero añadió en seguida: *Por causa de mi nombre*; así también los consuela aquí, si bien añade algo más a lo ya dicho. ¿Qué es lo que añade? *No está el discípulo* —dice— *por encima de su*

maestro, ni el esclavo por encima de su amo. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al esclavo como su amo. Si al amo de casa le han llamado Belcebú, ¿cuánto más no llamarán a sus criados? Así, pues, no los temáis. Mirad cómo aquí se nos revela Cristo Dueño soberano de todas las cosas, como Dios y creador. *¿Pues qué? No está el discípulo por encima de su maestro, ni el esclavo por encima de su amo*. Mientras uno es discípulo o esclavo, no puede, efectivamente, igualarse en honor a su maestro o amo. Porque no me vendrás aquí con algunas raras excepciones; el razonamiento del Señor hay que tomarlo por lo general. Y observad que no dice: "¡Cuánto más a sus esclavos!", *sino a sus criados*, con lo que les da una grande prueba de consideración, como les decía en otra ocasión: *Ya no os llamo esclavos. Vosotros sois mis amigos* (Jn 15,15), Tampoco dijo de modo general: "Si al amo de casa le han injuriado y calumniado", sino que pone también la especie de injuria: *Si al amo le han llamado Belcebú*.

NADA HAY OCULTO QUE NO SE REVELE

Otro consuelo da seguidamente el Señor a sus discípulos no menor que el pasado. En realidad, éste era el más grande; pero como no estaban aún ellos muy hechos a su filosofía divina, necesitaban de otro que pudiera reanimarlos, y éste es el que les propone ahora. Aparentemente, lo que va a decir el Señor tiene un carácter general; sin embargo, no habla ahí de todas las cosas en general, sino sólo del asunto que entonces trataba. ¿Qué dice en efecto? *No los temáis, porque nada hay oculto que no haya de revelarse; nada hay escondido que no haya de conocerse*. Como si dijera: Para vuestro consuelo, basta que yo, que soy vuestro maestro y señor, haya recibido las mismas injurias que vosotros; mas, si todavía os duele oírlas, considerad también una cosa, y es que poco tiempo ha de pasar sin que os veáis libres de tales sospechas. ¿De qué os doléis, efectivamente? ¿De que os llamen hechiceros y embaucadores? Pues aguardad un poco, y todos a una voz os proclamarán por salvadores y bienhechores de toda la tierra. El tiempo saca a la luz cuanto se oculta en las sombras y él demostrará la calumnia de vuestros enemigos y hará patente vuestra virtud. Porque cuando los hechos mismos demuestren que vosotros habéis sido los luminares y bienhechores del mundo y que practicasteis todas las virtudes, los hombres no atenderán a las

palabras de vuestros enemigos, sino a la verdad de los hechos. Y entonces ellos aparecerán como sicofantas, embusteros y maldicientes, y vosotros más brillantes que el sol. El largo tiempo será el que os descubra y os proclame, él el que dará en favor vuestro una voz más clara que la de una trompeta y el que hará a todos los hombres testigos de vuestra virtud. No os abatáis, pues, por lo que ahora digan contra vosotros; levantaos más bien la esperanza de los bienes por venir. Porque es imposible que vuestra virtud quede para siempre escondida.

LIBERTAD CON QUE HABÍAN DE PREDICAR LOS APÓSTOLES

Una vez, pues, que hubo el Señor librado a sus apóstoles de toda angustia, de todo temor y preocupación; una vez que los hubo hecho superiores a toda injuria, creyó venido el momento de hablarles de la libertad con que habían de predicar su doctrina: *Lo que yo os digo* —dice— *en las sombras, decidlo vosotros en la luz; y lo que oís al oído, pregonadlo por los tejados*. Realmente, ni había sombras cuando el Señor les hablaba ni tampoco conversaba con ellos al oído. Se trata de una hipérbole de lenguaje. Como conversaba con ellos solos y allá en un rincón de Palestina, de ahí que pudiera ahora hablar de cosas dichas entre sombras y al oído. Era comparar el modo como entonces los instruía con la libertad de palabra que luego habían de tener y que Él mismo les daría. Porque vosotros —les dice— no predicaréis a una, a dos o a tres ciudades, sino al mundo entero, recorriendo tierra y mar, lo habitado y lo inhabitado, hablando a cara descubierta y con toda, libertad, a tiranos y pueblos, a filósofos y a oradores. Por eso, dijo: *Sobre los tejados*. Y: *En la luz*, sin disimulo ninguno, con toda libertad. Y ¿por qué no dijo solo: *Pregonadlo sobre los tejados y decidlo en la luz*, sino que puso antes que *Él les hablaba entre sombras y ellos oían al oído?* Porque de este modo quería levantar sus pensamientos. Como les decía en otra ocasión: *El que cree en mí, las obras que yo hago también las hará, él, y aun mayores que éstas hará* (Jn 14,12); así también aquí les quiere dar a entender que todo lo ha de hacer por medio de ellos, y hasta más que por sí mismo. Los principios —les dice— y como los preludios los he puesto yo, pero lo más importante lo que quiero llevar a cabo por medio vuestro. Este lenguaje no es ya solo de uno

que manda, sino de profeta que predice lo por venir y que infunde aliento con sus palabras y les hace ver a los suyos que en todo habían de salir vencedores. Y esto era también enterrar definitivamente toda su angustia por la maledicencia. Porque así como esta predicación, oculta al principio, había luego de invadirlo todo; así, por lo contrario, las calumnias de los judíos se desvanecerían rápidamente.

NO TEMER A QUIENES NO PUEDEN MATAR EL ALMA

Ya, pues, que ha animado el Señor y levantado a sus apóstoles, nuevamente les profetiza los peligros por los que habrían de pasar, y nuevamente también presta alas a sus almas y los levanta por encima de todas las cosas. Pues ¿qué les dice? *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma*. ¡Mirad cómo los pone por encima de todo! Porque no les persuade a despreciar sólo toda solicitud y la maledicencia, y los peligros, y las insidias, sino a la muerte misma, que parece ser lo más espantoso de todo. Y no sólo la muerte en general, sino hasta la muerte violenta. Y no les dijo simplemente: "Se os matará", sino que todo lo expresó con la magnificencia que dice con Él mismo: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Temed más bien al que puede echar alma y cuerpo en el infierno*. Como lo hace siempre, también aquí lleva su razonamiento al extremo opuesto. Porque ¿qué es lo que viene a decir? ¿Teméis la muerte, y por eso vaciláis en predicar? Justamente porque teméis la muerte, tenéis que predicar, pues la predicación os librará de la verdadera muerte. Porque, aun cuando os hayan de quitar la vida, contra lo que es principal en vosotros, nada han de poder, por más que se empeñen y porfíen. De ahí que no dijo: "No temáis a los que no matan", sino: *a los que no pueden matar el alma*. Es decir, que, aun cuando quieran, no han de lograrlo. De suerte que, si temes el suplicio, teme el que es mucho más grave que la muerte del cuerpo. Mirad cómo tampoco aquí les promete el Señor librarlos de la muerte. No, permite que mueran; pero les hace merced mayor que si no lo hubiera permitido. Porque mucho más que librarlos de la muerte es persuadirlos que desprecien la muerte. Así, pues, no los arroja temerariamente a los peligros, pero los hace superiores a todo peligro. Y notad cómo con una breve palabra fija el Señor en sus

almas el dogma de la inmortalidad del alma y cómo, plantada en ella esa saludable doctrina, pasa a animarlos por otros razonamientos.

LA CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA DEL PADRE

Y, en efecto, para que no pensasen que, si morían y se los pasaba a cuchillo, se debía a estar abandonados de Dios, nuevamente habla el Señor de su providencia, diciendo: *¿No es así que dos pajarillos se venden por un as? Y, sin embargo, ni uno de ellos caerá en el lazo sin permisión de vuestro Padre, que está en los cielos. En cuanto a vosotros, aun los cabellos de vuestra cabeza están contados todos*. Como si dijera: ¿Qué cosa de menos valor que unos pajarillos? Y, sin embargo, ni ésos serán cogidos en el lazo sin conocimiento de vuestro Padre. No dice que sea Dios quien los haga caer en el lazo, pues ello sería indigno de Dios, sino que nada de cuanto acontece le pasa inadvertido. Si, pues, Dios no ignora nada de cuanto acontece y a vosotros os ama con más sincero amor que el de un padre, y hasta tal punto os ama que tiene contados los cabellos de vuestra cabeza, no hay motivo para que temáis. Pero tampoco quiso decir que Dios cuente realmente uno por uno nuestros cabellos. Con esas palabras quiso el Señor ponerles de manifiesto el cabal conocimiento y la grande providencia que de ellos tenía. Si, pues, Él sabe todo lo que os pasa y puede y quiere salvaros, sufráis lo que sufráis, no penséis que lo sufrís por estar de Él abandonados. Realmente, no quiere el Señor librar a los suyos de sufrir, sino enseñarles a menospreciar el sufrimiento, pues ésta es sin duda la más cabal liberación del sufrimiento. *No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos*. ¿Veis cómo ya el miedo se había apoderado de los apóstoles? Bien conocía el Señor los secretos de su alma. De ahí que prosiguiera: No los temáis, pues. Aun cuando lleguen a dominaros, sólo dominarán lo que hay de inferior en vosotros, es decir, vuestro cuerpo. Y éste, aun cuando no lo mataran vuestros enemigos, la naturaleza vendrá sin remedio a arrebatároslo.

EXHORTACIÓN AL TEMOR DE DIOS

De manera que ni aun en eso tienen vuestros enemigos verdadero poder, sino que se lo deben a la naturaleza. Y si eso

temes, mucho más es razón que temas lo que es más que eso; que temas al que puede echar alma y cuerpo en el infierno. No dice claramente el Señor ser Él quien tiene ese poder de echar cuerpo y alma en el infierno; pero por lo que anteriormente ha afirmado, bien claramente da a entender que ni es el juez. Pero ahora sucede todo lo contrario: al que puede perder, es decir, castigar nuestra alma, no le tememos; en cambio, temblamos ante quienes tienen poder de matar el cuerpo. Y, sin embargo, Dios castiga juntamente alma y cuerpo; mas los hombres, no ya al alma, al cuerpo mismo, no son capaces de castigarle. Le podrán infligir mil suplicios; pero con eso sólo conseguirán aumentar su gloria. ¿Veis cómo el Señor les hace fáciles los combates? Sin duda, el espectro de la muerte había abatido a los discípulos—una muerte que todavía respiraba fiereza—, pues no había aún sido domada, y los que luego habían de despreciarla, no habían aún recibido la gracia del Espíritu Santo.

CONFESAR A JESÚS ANTE LOS HOMBRES

Ahora, pues, que el Señor ha expulsado del alma de sus discípulos el miedo y la angustia que la agitaba, nuevamente los anima por lo que sigue, expulsando un temor por otro temor, si bien no sólo por temor, sino también por la esperanza de grandes bienes. Así, con gran autoridad les amenaza, y por uno y otro lado, por el temor y la esperanza, los incita a la libertad con que han de decir la verdad y les dice: *Todo aquel que confesare por mí delante de los hombres, yo también le confesaré a él delante de mi Padre, que está en los cielos*. No los exhorta, pues, solamente con la perspectiva del premio, sino también con la contraria, y de hecho termina por lo triste. Y notad la precisión de sus palabras, pues no dijo: "El que me confesare a mí", sino: *El que confesare por mí*, con lo que dio a entender que el que confiesa, no confiesa por propia virtud, sino porque es ayudado de lo alto. En cambio, hablando del que le niega, ya no dijo: "El que negare por mí, sino: *El que me negare a mí*, porque el que niega, por estar abandonado de la gracia niega. —Entonces —dirás— ¿qué culpa tiene el que niega, si niega por haber sido abandonado? —Tiene culpa, porque el haber sido abandonado dependió del mismo que fue abandonado. —Pero ¿por qué razón no basta la fe interior, sino que nos exige también el Señor que le confesemos con la boca? —Es que quiere prepararnos para la libertad de palabra, para mayor amor y

prontitud, para mayor elevación de nuestra alma. De ahí que ahora habla con todos sin excepción y no sólo personalmente a los apóstoles. No sólo a sus discípulos, sino también a los discípulos de éstos, trata el Señor de hacerlos generosos. Y es así que quien se penetre de esta palabra del Señor, no sólo enseñará con libertad, sino que todo lo sufrirá fácil y animosamente. De hecho, el haber creído esa palabra atrajo a muchos hacia los apóstoles. Y, en efecto, la dilación del castigo aumenta el suplicio; pero la dilación del premio aumenta la recompensa. Y es que, como con el tiempo gana el que hace bien, y el pecador cree también ganar por el aplazamiento del castigo, el Señor vino a introducir un como equilibrio o, por mejor decir, una mayor ventaja, cual es el aumento de las recompensas. ¿Has ganado ya —parece decirte— por el hecho de haberme confesado primero en el mundo? Pues aún te haré ganar yo más al darte mayor recompensa, e inefablemente mayor, pues yo te confesaré en el cielo. ¿Veis cómo bienes y males están reservados para la eternidad? ¿A qué, pues, corres y te apresuras? ¿A qué buscar aquí recompensa, cuando es la esperanza la que te salva? No, si haces algún bien y no recibes el galardón en esta vida, no te turbes, pues te espera en la otra una recompensa con creces. Y si haces algún mal y no sufres el castigo, no por eso seas negligente, pues si no te conviertes y corriges, te espera el castigo en la eternidad, Si no lo crees, conjetura lo por venir por lo presente. En efecto, si en el tiempo de los combates, tan gloriosos son los que confiesan a Cristo, considera cómo serán en la hora de las coronas. Y si ahora aplauden hasta los enemigos, ¿cómo no te admirará y proclamará el que te ama con amor mayor que el de todos los padres? Allí, allí están las recompensas de nuestras buenas obras; allí también los castigos de las malas. Aunque, a decir verdad, los que niegan a Cristo, sufren en ésta y en la otra vida: en ésta, porque viven con el torcedor de su mala conciencia, y, aunque de pronto no mueran, han de morir sin remedio; y en la otra, porque se los condenará a eterno suplicio. Los que Fe confiesan, en cambio, ganan aquí y en la eternidad. Aquí, porque mueren, y su muerte los hace más gloriosos que los mismos que viven, y en la eternidad, porque gozarán de bienes inefables. Porque Dios no está dispuesto sólo a castigar, sino también premiar, y más se inclina al premio que al castigo. Pero ¿por qué razón el premio sólo una vez lo puso el Señor, y el castigo dos? Porque sabía que sus oyentes se

corregían mejor de ese modo. Por eso, después de haber dicho: *Temed al que puede arrojar cuerpo y alma al infierno*, todavía añadió: *Yo también le negaré*. Así hacía también Pablo, que recuerda continuamente el infierno.

CONVIENE QUE LOS CUERPOS SE CORROMPAN

De todos estos modos ha preparado, pues, el Señor, a sus discípulos: les ha abierto los cielos, les ha puesto delante el espantoso tribunal, les ha dado por espectadores a los ángeles, pues ante ellos Él los proclamará vencedores y por todos estos medios ha allanado grandemente el camino a la palabra de la religión. Ahora, para que su cobardía no fuera un obstáculo a la predicación, les manda que estén preparados hasta para el derramamiento de su sangre, y de este modo les hace saber que quienes permanecieran en el error pagarían también haber tramado contra ellos esas asechanzas. Despreciemos, pues, la muerte, aunque no estemos ahora en momentos en que se nos exija morir, puesto que hemos de resucitar a mejor vida. ¿Me objetáis que nuestro cuerpo se corrompe? Pues justamente es motivo de alegría que se corrompa la muerte, que perezca la mortalidad y no la sustancia misma del cuerpo. Si vierais fundir una estatua, no lo tendríais por una pérdida, sino por mejor empleo de la materia. Pensad, pues, lo mismo acerca del cuerpo y no lloréis. De lo que habría que llorar sería que permaneciera siempre en el castigo. —Pero los cuerpos—insistís—tendrían que pasar a la incorrupción final sin corromperse y permaneciendo siempre íntegros. — ¿Y qué provecho sacarían de ahí los vivos y aun los muertos? ¿Hasta dónde llevaréis el amor al cuerpo? ¿Hasta cuándo, pegados a la tierra, correréis desalados tras las sombras? ¿Qué ventaja habría en ello? O, por mejor decir, ¿qué daño no se seguiría de ahí? Si los cuerpos no se corrompieran, en primer lugar, la soberbia, que es el mayor de los males, se afianzaría más en muchos hombres. Porque si, aun corrompiéndose y convirtiéndose en manantial de gusanos, ha habido tantos que han querido se los tuviera por dioses, ¿qué hubiera sido de permanecer los cuerpos intactos? En segundo lugar, nadie creería que los cuerpos proceden de la tierra; pues si, aun atestiguándolo así su último paradero, hay quienes lo ponen en duda, ¿qué se imaginarían de no verlo con sus ojos? En tercer lugar, se tendría

vehemente amor a los cuerpos, y la mayor parte de las gentes se harían, aún más carnales y más groseras de lo que son. Porque si aun ahora, desaparecidos los cuerpos, hay quienes se abrazan a los sepulcros y a los ataúdes, ¿qué no harían si tuvieran delante la imagen intacta de los mismos? En cuarto lugar, se disminuiría el deseo de los bienes venideros. Quinto, los que afirman que el mundo es eterno, tendrían ahí un argumento para confirmarlo y negarían que Dios sea su creador. Sexto, no se reconocería la virtud del alma y cómo, con su presencia, es alma del cuerpo. Séptimo, muchos de los que han perdido a sus familiares, dejando las ciudades, se irían a morar en los sepulcros o cementerios y se enajenarían en conversación perpetua con los muertos. Porque si ahora, por un simple retrato que forman, ya que no pueden retener el cuerpo —imposible intento, como quiera que éste se desvanece y huye a despecho de todos—; si ahora, digo, hay quienes se están clavados en los cuadros, ¿qué absurdos no excogitarían en el otro caso? Yo creo que el vulgo llegaría a construir templos a tales cuerpos, y los que son hábiles en estos embustes tratarían de convencernos que los demonios hablaban por ellos, pues aun ahora, cuando los cuerpos se han convertido en polvo y ceniza, se empeñan todavía en persuadírnoslo, ésos que se dan a la ignorancia e inventan cosas aún más absurdas. ¿Y cuántas idolatrías no se seguirían de todo eso? De ahí que Dios, para cortar todos estos inconvenientes y juntamente enseñarnos a desprendernos de todo lo terreno, hace desaparecer el cuerpo de nuestros ojos. Así el amador de la carne, y que locamente se enamora de una bella muchacha, si por razón no quiere disuadirse de lo frágil de la materia, tendrá que verlo por sus propios ojos. Muchas, en efecto, de la misma edad de la que él ama, y muchas veces más brillantes de hermosura que ella misma, un día y dos después de muertas, ya despedían hedor intolerable y manaban corrupción y gusanos. Considera, pues, la belleza que amas, considera la bella forma que te enamoras. Si los cuerpos, sin embargo, no se corrompieran, no pudiera tan claramente aprenderse esta verdad, sino que como los demonios corren a los sepulcros, así los amantes esos irían a sentarse junto a las tumbas de sus amadas, sin moverse de allí, y, apoderándose los demonios mismos de su alma, morirían rápidamente, víctimas de esta grave locura. Ahora, sin embargo, entre los otros consuelos que tiene el alma, uno es no ver la imagen del objeto amado, con lo que va olvidándose de su pasión.

EL ALMA, FUENTE DE TODA BELLEZA

De no ser así, no habría sepulturas, sino que veríamos las ciudades llenas de cadáveres en lugar de estatuas, pues todos desearían contemplar a sus propios muertos. La confusión que de ahí resultaría sería enorme, y nadie del vulgo se cm. daría para nada de su alma ni consentiría que le viniera el pensamiento de la inmortalidad. En fin, muchos otros inconvenientes se seguirían que no es bien ni hablar de ellos. El cuerpo se pudre inmediatamente, para que podáis ver al desnudo la belleza del alma. Pues si el alma es la causa de toda aquella belleza y vida, mucho más bella y viva será ella en sí misma. Si de tal manera transfigura un objeto tan repugnante y feo, mucho más se transfigurará a sí misma. Porque lo bello no es el cuerpo en sí mismo, sino su configuración, y aquella flor que el alma tiñe su sustancia. Pero ¿qué digo después de la muerte? En la vida misma quiero mostrarte cómo toda la belleza depende del alma. Cuando el alma goza, un color de rosa se esparce por las mejillas; si el alma sufre, desaparece la belleza de la rosa y un manto negro lo recubre todo. Si el alma vive en perpetua alegría, el cuerpo no conoce padecimiento ninguno; mas si el alma sufre, el cuerpo se vuelve más tenue y más débil que una tela de araña. Si el alma se irrita, hace también al cuerpo repelente y feo; mas, si la mirada es serena; también el cuerpo se agracia y embellece. Si la envidia domina al alma, una palidez y podredumbre se derrama por el cuerpo; mas si la domina el amor, la cara recobra su bello parecer. De este modo, por lo menos, muchas mujeres que no eran muy bellas de rostro, lo suplieron con la belleza extraordinaria de su alma; otras, en cambio, espléndidas de juventud y belleza, echaron a perder su hermosura, porque tuvieron alma fea y sin gracia. Mirad cómo se enrojece un rostro blanco y qué placer produce la variedad de los colores cuando los produce la vergüenza y el pudor; y cómo, por lo contrario, un alma desvergonzada presenta un rostro que nos repele más que el de una bestia. De ahí que la mujer modesta nos ofrece una cara suave y bella, porque nada hay más bello, nada más grato que el alma misma. El deseo que se dirige a los cuerpos va acompañado de dolor; el que descansa en las almas es un placer puro y sin tormentas.

EXHORTACIÓN FINAL: AMEMOS LA BELLEZA DEL ALMA

¿Por qué, pues, dejando al rey, te enamoras de su heraldo? ¿Por qué, abandonando al filósofo, te quedas embobado ante su intérprete? Si ves un ojo hermoso, considera el ojo interior. Y si éste no es hermoso, desprecia también al otro. Si se te presentara una mujer fea cubierta de una hermosa máscara, no por eso te sentirías inclinado a ella; como, al revés, no consentirías que una mujer bella se escondiera bajo una máscara, sino que querrías contemplarla a cara descubierta en su belleza. Pues haz eso mismo con el alma y considérala a ella lo primero. El cuerpo es como una máscara que la recubre. De ahí que siempre sea el mismo; el alma, sin embargo, si es fea, puede en un momento volverse hermosa. Si su ojo es informe, áspero y duro, puede luego convertirse en bello, suave, sereno, apacible y benigno. Esta belleza es la que debemos buscar, así es como hemos de hermosear nuestra cara, a fin que Dios también, enamorado de nuestra propia hermosura, nos dé parte en los bienes eternos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 35

No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la madre de su hija, y a la nuera de su suegra. Y los enemigos del hombre, los de su propia casa (Mt 10,34ss).

NO VINE A TRAER PAZ, SINO ESPADA

Nuevamente presenta el Señor cosas duras, y con mucha energía por cierto, saliendo al paso de la objeción que se le podía poner. Podían, en efecto, haberle dicho sus oyentes.; ¿Luego tú has venido para matarnos a nosotros y a quienes nos sigan y llenar de guerra al mundo? Pero es Él quien les dice p4 mero: *No he venido a traer paz a la tierra*. Entonces, ¿cómo es que les manda que al entrar en cualquier casa saluden con saludo de paz? ¿Cómo es también que los ángeles cantaron: *Gloria a Dios en lo más alto y en la tierra paz?* (Lc 2,14) ¿Cómo, es, en fin, que todos los profetas la anunciaron como noticia buena? Porque la paz principalmente

consiste en cortar lo enfermo y en separar lo rebelde. Sólo a este precio se puede unir el cielo con la tierra. De este modo, cortando lo ya incurable, el médico salva el resto del cuerpo, y apartando los elementos de discordia, salva el general al ejército. Tal sucedió también en la torre famosa. Una paz mala la deshizo una saludable discordia, y de ahí vino la verdadera paz (Gen 11,1-9). De este modo también Pablo trató de disociar a los que estaban muy de acuerdo contra él (Hechos 23,6-10). En el caso de Naboth, la concordia entre Acab y Jezabel fue peor que cualquier guerra (1 Reyes 2,1-14). No siempre la concordia es buena; pues muy concordes entre sí andan también los bandoleros. La guerra, pues, no es obra que el Señor intente, sino que viene de la disposición de los hombres. Él ciertamente querría que todos los hombres tuvieran un sentir único en orden a la religión; mas como los sentimientos están en desacuerdo, de ahí la guerra. Sin embargo, no se lo dijo así. ¿Qué les dijo, pues? *No he venido a traer la paz*. Era un modo de consolarlos. No penséis —viene a decirles— que tenéis vosotros la culpa de esta guerra; soy yo quien la preparo, por estar los hombres en tales disposiciones. No os turbéis, pues, como si aconteciera algo inesperado. Yo he venido justamente para traer la guerra. Ésta es mi voluntad. No os turbéis, pues, que la tierra arda en guerras e insidias. Cuando lo malo quede separado, entonces se unirá el cielo con lo bueno. Todo esto les decía, preparándolos contra la mala sospecha que el vulgo les haría blanco. Y notad que no usó la palabra "guerra", sino otra más enérgica: *la espada*. Y si esto suena con dureza y desagradablemente, no hay por qué maravillarse. El Señor quería ejercitar el oído de sus discípulos con la aspereza de las palabras, para que, puestos en la dificultad de las cosas, no se volvieran atrás, y conforme a eso modela sus sentencias. Que no viniera luego nadie diciendo que los había con vencido a fuerza de halagos y echando un velo sobre lo difícil. De ahí que lo mismo que podía haberles dicho de otro modo, se lo explica de éste, más desagradable y espantoso. Más valía, en efecto, que la realidad se mostrara un poco más blanda que no las palabras respecto a la realidad.

QUÉ GUERRA TRAE EL SEÑOR

De ahí que ni aun con eso se contentara, sino que, desenvolviendo más particularmente qué clase de guerra venía a traer, les

hace ver que era más dura que una guerra civil, y así les dice: *He venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra*. No sólo los amigos —dice—, no sólo los ciudadanos, los parientes mismos, se levantarán unos contra otros y la naturaleza misma se escindirá contra sí misma. *Porque yo he venido* —dice— *a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra*. Porque no es ya que la guerra sea entre domésticos, sino, que se enciende entre los más queridos y allegados. Ahí tenéis una buena prueba del poder del Señor, pues oyéndole decir tales cosas, las aceptaron sus discípulos, y éstos persuadieron a otros a que también las aceptaran. Sin embargo, no era Él autor de ellas, sino la propia maldad de los hombres. Ahora, que Él diga ser quien lo hace, es modo ordinario de hablar de la Escritura. Así dice en otra parte: *Dios les dio ojos para que no vieran* (Is 6-9). De modo semejante se expresa aquí el Señor. Es que quería, como antes he dicho, que, meditando sus discípulos en sus palabras, no se turbaran cuando fueran insultados y maltratados. Ahora bien, si hay quienes piensan que estas palabras son demasiado duras, acuérdense de la historia antigua. En los pasados tiempos acontecieron hechos que demuestran perfectamente el parentesco entre uno y otro Testamento y cómo el que ahora dice esto es el mismo que antaño mandara lo otro. Porque fue así que en la historia del pueblo judío hubo ocasiones en que sólo cuando cada uno hubo dado muerte a su vecino, sólo entonces se calmó la cólera divina; por ejemplo, cuando fundieron el becerro de oro y cuando se iniciaron en los ritos de Beelphegor (Cf. Ex 32,26-30; Num 25). ¿Dónde están, pues, ahora los que sueñan con que el Dios del Antiguo Testamento es malo, y el del Nuevo bueno? ¡Bueno, cuando ha llenado el mundo de sangre de parientes! Sin embargo, nosotros afirmamos que aun esto es obra de su amor a los hombres. De ahí justamente que para hacer ver que es el mismo que el que ordenó lo antiguo, recuerda el Señor una profecía, que, si bien no se dijo a este propósito, viene, sin embargo, a expresar lo mismo. ¿Qué profecía es ésa? *Los enemigos del hombre, los de su propia casa* (Miqueas 7,5-6). Porque también entre los judíos aconteció algo semejante a lo que aquí dice el Señor. Había entre ellos profetas y pseudo-profetas. El pueblo andaba dividido y las familias estaban escindidas. Unos se adherían a unos y otros a otros. De ahí la exhortación del profeta: *No creáis a los amigos, no os fiéis de*

vuestros guías. Guárdate de la propia compañera de tu lecho y no le confíes secreto alguno, pues los enemigos del hombre son sus propios parientes. Así hablaba el Señor, porque quería que el que había de recibir su palabra estuviera por encima de todas las cosas. Porque lo malo no es el morir, sino el mal morir. Por eso dijo también: *Fuego he venido a traer a la tierra* (Lc 12,49). Palabras con que nos significa la vehemencia y ardor del amor que nos exige. Como Él nos ha amado tanto, así quiere también ser amado de nosotros. Estas palabras tenían que templarlos para la lucha y levantarlos por encima de todo. Porque si los otros —les viene a decir— tendrán que menospreciar parientes, hijos y padres, considerad qué tales habremos de ser nosotros maestros de ellos. Porque las cosas arduas de mi doctrina no han de terminar en vosotros, sino que pasarán también a los que después de vosotros vinieren. Porque, como yo he venido a traer grandes bienes, también exijo grande obediencia y resolución.

AMOR SOBRE TODO AMOR

El que ama a su padre o a su madre por encima de mía, no es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija por en cima de mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y viene en pos de mí, no es digno de mí. Mirad la dignidad del Maestro. Mirad cómo se muestra a sí mismo hijo legítimo del Padre, pues manda que todo se abandone y todo se posponga a su amor Y ¿qué digo? —dice— no sólo no debéis amar a los amigos y a los parientes por encima de mí; si anteponéis la propia vida a mi amor, estáis ya lejos de ser mis discípulos. — ¿Pues qué? ¿No está todo esto en contradicción con el Antiguo Testamento? — ¡De ninguna manera! Su concordia es absoluta. Allí, en efecto, no sólo aborrece Dios a los idólatras, sino que manda que se los apedree; y en el Deuteronomio, admirando a los que así obran, dice Moisés: *El que dice a su padre y a su madre: No os he visto; el que no conoce a sus hermanos y no sabe quiénes son sus hijos, ése es el que guarda tus mandamientos* (Deut 33,9). Y si es cierto que Pablo ordena muchas cosas acerca de los padres y manda que se les obedezca en todo, no hay que maravillarse de ello, pues sólo manda que se les obedezca en aquello que no va contra la piedad para con Dios. Y, a la verdad, fuera de eso, cosa santa es que se les tribute todo honor. Mas, cuando exijan algo más del honor debido, no se les

debe obedecer. De ahí que diga Lucas: *El que viene a mí y no aborrece a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hijos, y a sus hermanos, más aún, a su propia vida, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,26). Sin embargo, no nos manda el Señor que los aborrezcamos de modo absoluto, pues ello sería sobremanera inicuo. Si quieren —dice— ser amados por encima de mí, entonces, sí, aborrécelos en eso. Pues eso sería la perdición tanto del que es amado como del que ama.

HAY QUE ABORRECER LA PROPIA VIDA

Con este modo de hablar quería el Señor templar el valor de los hijos y amansar también a los padres que tal vez hubieran de oponerse al llamamiento de sus hijos. Porque, viendo que su fuerza y poder era tan grande que podía separar de ellos a sus hijos, desistieran de oponérseles, como quienes intentaban una empresa imposible. Luego para que los padres mismos no se irritaran ni protestaran, mirad cómo prosigue el Señor su razonamiento. Después que dijo: *El que no aborrece a su padre y a su madre*, añadió: *Y hasta a su propia vida*. ¿A qué me hablas—dice—de padres y hermanos y hermanas y mujer? Nada hay más íntimo al hombre que su propia vida. Pues bien, si aun a tu propia vida no aborreces, sufrirás todo lo contrario del que ama, será como si no me amaras. Y no nos manda simplemente que la aborrezcamos, sino que lleguemos hasta entre, garla a la guerra, a las batallas, a la espada y a la sangre. *Porque el que no lleva* —dice— *su cruz y sigue en pos de mí, no puede ser mi discípulo*. Porque no dijo simplemente que hay que estar preparado para la muerte, sino para la muerte violenta, y no sólo para la muerte violenta, sino también para la ignominia. Nada, sin embargo, les dice todavía de su propia pasión, pues quería que, bien afianzados antes en estas enseñanzas, se les hiciera luego más fácil de aceptar lo que sobre ella había de decirles. Ahora bien, ¿no es cosa de admirarse y pasmarse que, oyendo todo esto, no se les saliera a los apóstoles el alma de su cuerpo? Porque lo duro por todas partes se les venía a las manos; el premio, sin embargo, estaba todo en esperanza. —¿Cómo es, pues, que no se les salió? —Porque era mucha la virtud del que hablaba y mucho también el amor de los quo oían. De ahí que ellos, que oían cosas más duras y molestas que las que se mandaron a aquellos grandes varones, Moisés y Jeremías,

permanecieran fieles al Señor y no le contradijeron.

EL QUE PIERDE SU VIDA, LA GANA

El que hallare —dice— *su vida, la penderá, y el que perdiere su vida por causa mía la encontrará*. ¿Veis cuán grande es el daño de los que aman de modo inconveniente? ¿Veis cuán grande la ganancia de los que aborrecen? Realmente, los mandatos del Señor eran duros. Les mandaba declarar la guerra a padres, hijos, naturaleza, parentesco, a la tierra entera y hasta a la propia vida. De ahí que tiene que ponerles delante el provecho de tal guerra, que es máximo. Porque no sólo —viene a decirles— no os ha de venir daño alguno de ahí, sino más bien provecho muy grande. Lo contrario, sin embargo, sí que os dañaría. Es el procedimiento ordinario del Señor: por lo mismo que deseamos, nos lleva a lo que Él pretende. ¿Por qué no quieres despreciar tu vida? Sin duda porque la quieres mucho. Pues por eso mismo debes despreciarla, ya que así le harás el mayor bien y le mostrarás el verdadero amor. Y considerad aquí la inefable sabiduría del Señor. No habla sólo a sus discípulos de los padres, ni sólo de los hijos, sino de lo que más íntimamente nos pertenece, que es la propia vida, y de lo uno resulta indubitable lo otro. Es decir, que quiere que se den cuenta cómo odiándolos les harán el mayor bien que pueden hacerles, pues así acontece también con tu vida, que es lo más necesario que tenemos.

PREMIOS A LA HOSPITALIDAD CON LOS ENVIADOS DEL SEÑOR

Todo esto, ciertamente, eran motivos suficientes para persuadir a ejercitar la hospitalidad con quienes venían a traer la salud a los mismos que los acogieran. Porque ¿quién no había de recibir con la mejor voluntad a tan generosos y valientes luchadores, a los que recorrían la tierra entera como leones, a quienes todo lo suyo desdeñaban a trueque de llevar la salud a los demás? Sin embargo, aun pone el Señor otra recompensa, haciendo ver que en esto se preocupa Él más de los que reciben que de quienes son recibidos. Y ante todo les concede el más alto honor, diciendo: *El que a vosotros os recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado*. ¿Puede haber honor mayor que recibir juntamente al Padre y al Hijo? Pues aún promete el Señor

otra recompensa juntamente con la dicha: *Porque el que recibe* —dice— *a un profeta en nombre de profeta, recibirá galardón de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá galardón de justo*. Antes había amenazado con el castigo a quienes las negaran hospitalidad; ahora señala los bienes que les hace conceder. Y para que os deis cuenta que se preocupa más de quienes reciben que de sus propios apóstoles, notad que no dijo simplemente: *El que recibe a un profeta*; o: *El que recibe a un justo*, sino que añadió: *En nombre de profeta*, o: *En nombre de justo*. Es decir, si no le recibe por alguna preeminencia mundana ni por otro motivo perecedero, sino porque es profeta justo, recibirá galardón de profeta o galardón de justo. Lo que se ha de entender o que recibirá galardón de quien reciba a un profeta y a un justo, o el que corresponde al mismo profeta o justo. Es exactamente lo que decía Pablo: *Que vuestra abundancia ayude a la necesidad de ellos, a fin que también la abundancia de ellos ayude a vuestra necesidad* (2 Cor 8,14).

Luego, para que nadie pudiera alegar su pobreza, prosigue el Señor: *El que diere un simple vaso de agua fría a uno de estos pequeños míos sólo porque son mis discípulos, yo os aseguro que no perderá su galardón*. Un simple vaso de agua fría que des, que nada ha de costarte, aun de tan sencilla obra tienes señalada recompensa. Porque por vosotros, que acogéis a mis enviados, yo estoy dispuesto a hacerlo todo.

RECAPITULACIÓN

Mirad por cuántos medios los persuadió y cómo les abrió las puertas de toda la tierra. Y es así que de todas maneras les mostró que los demás son deudores suyos. Primero al decirles: *Digno es el trabajador que se le pague su jornal*. Segundo, por enviarlos sin tener nada. Tercero, por mandarlos a la guerra y al combate en favor mismo de quienes los recibieran. Cuarto, por el hecho de haberles dado poder de hacer milagros. Quinto, por llevar la paz, fuente de todos los bienes, por boca de sus apóstoles, a las casas de los que los acogieran. Sexto, por amenazar con castigos más duros que los de Sodoma a quienes no los recibieran. Séptimo, mostrándoles que quienes los acogían, a Él mismo y al Padre acogían. Octavo, prometiendo el galardón de un profeta o de un justo. Noveno, prometiendo grandes recompensas por un simple

vaso de agua fría.

MOTIVOS DE LA HOSPITALIDAD Y DE LA CARIDAD

Cada uno de estos motivos, por sí solo era bastante para mover a todos a la hospitalidad para con los apóstoles. Quién, en efecto, decidme, no recibiría y abriría de par en par las puertas de su casa a un general al que viera cubierto de heridas y ensangrentado, que vuelve de la guerra y del combate, después de haber levantado muchos trofeos de victoria? —Y ¿quién es ese general? —me dirás —. —Pues justamente, añadió el Señor: *En nombre de discípulo o de justo*, para que adviertas que pone Él su recompensa no tanto en razón de la dignidad del que recibe hospedaje cuanto en razón de la intención del que hospeda. Aquí, a la verdad, habla de profetas, de discípulos y de justos; pero en otro lugar nos manda acoger a los más despreciados y castiga a quienes no los reciban: *En cuanto no lo hicisteis con uno solo de estos muy pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis Y nuevamente dice lo contrario sobre los mismos* (Mt 25,45). Pues aun cuando el necesitado no tenga ninguno de esos títulos, basta que es un hombre que habita el mismo mundo que tú, contempla el mismo sol, tiene la misma alma y el mismo Señor, toma parte en los mismos sacramentos que tú, está llamado al mismo cielo y tiene un grande título, su pobreza y necesidad, para recibir el necesario sustento. Pero es lo cierto que a quienes les quitan el sueño durante el invierno con sus flautas y zampoñas y te molestan sin razón ni motivo, tú los despachas con una buena porción de regalos. Igualmente los que andan vendiendo golondrinas, los que se embadurnan de hollín y maldicen a todo el mundo, reciben también paga de sus truhanerías. Pero si se te acerca un pobre a pedirte un pedazo de pan, allí son las malas palabras y reprensiones, allí culparle de holgazán, injuriarle, insultarle y hacer burla de su miseria. Y no consideras dentro de ti mismo que tú también eres un holgazán, y, no obstante, Dios te concede sus dones. Y no me vengas con que tú estás ocupado en algo, sino intenta demostrarme que lo que haces y llevas entre manos es realmente cosa necesaria. Y si me dices que te dedicas, a la economía y al comercio, al cuidado y acrecentamiento de tu hacienda, yo te respondo que ésos no son propiamente trabajos. Los verdaderos trabajos son la limosna y la oración y la protección de los oprimidos y tantas cosas semejantes,

respecto a las cuales nuestra ociosidad es perpetua. Y, sin embargo, jamás nos ha dicho Dios a nosotros: Puesto que vives ocioso, no te voy a encender el sol; como realmente no te dedicas a nada necesario, voy a apagar la luna, a esterilizar el seno de la tierra, a secar los lagos, las fuentes y los ríos; a destruir el aire y a retener las lluvias de todos los años. No, nada de esto nos dice, sino que todo nos lo procura generosamente. Y de todos estos bienes suyos permite gozar, no sólo a los ociosos, sino a los mismos que obran mal. Así, pues, cuando veas a un pobre y estés tentado de decirle: Me sofoca que este hombre, que es joven y está sano y no tiene nada, quiera comer sin trabajar, que a lo mejor es un esclavo fugitivo que ha abandonado a su señor. Todo esto, dítelo a ti mismo, o, mejor aún, déjale al pobre que te lo diga libremente, y tendrá más razón que cuando se lo dices tú a él: Me sofoca que, estando tú sano, vivas ocioso, sin hacer nada de lo que Dios te ha mandado; eres un fugitivo de los mandamientos de tu Dueño y andas de acá para allá a la maldad: Tú te embriagas y arruinas las casas ajenas. Tú me acusas a mí de mi ociosidad; pero yo a ti de tus malas obras: de tus insidias, de tus juramentos, de tus mentiras, de tus rapiñas y de otras infinitas cosas semejantes.

NADA NOS EXCUSA DE DAR LIMOSNA AL POBRE

Al hablar así, no pretendo sentar como ley la ociosidad. ¡Dios me libre! Yo quiero muy de veras que todo el mundo trabaje, pues la ociosidad es maestra de todos los vicios. A lo que os exhorto es a que no seáis duros y crueles con el pobre. También Pablo dirige mil reprensiones a los ociosos y él fue quien dijo: *El que no quiera trabajar, que tampoco coma* (2 Tesal 3,10); pero no se detuvo ahí, sino que prosiguió: Pero vosotros no os canséis de hacer bien (2 Tesal 3,13). —Una verdadera contradicción. Porque si has mandado que no coman, ¿cómo nos exhortas a darles? —Sí, contesta Pablo, yo he mandado que se aleje todo el mundo de ellos, que no se trate con ellos, pero también dije: *No los tengáis por enemigos, sino corregidlos* (Tesal 3,15). Con lo cual no pongo leyes contradictorias, sino perfectamente armónicas. Porque si tú estás pronto para la limosna, el pobre se librará muy pronto de la ociosidad y tú de la crueldad. —Pero es que miente y se inventa mil

excusas —me dirás—. —Motivo de más para tenerle compasión, pues ha venido a parar a la necesidad de cometer tales desvergüenzas. Pero nosotros no sólo no le tenemos compasión, sino que por añadidura le decimos cruelmente: ¿No te han dado ya una y dos veces? — ¿Y qué? Por haber comido una vez, ¿no tiene ya que comer más? ¿Por qué no impones esas leyes a tu propio vientre y le dices: Ya te hartaste ayer y anteayer? No pidas ahora más. A tu vientre, sin embargo, le haces reventar sobre medida, y al pobre que te pide lo estrictamente necesario, lo rechazas, cuando debiera ser motivo de compadecerle el hecho que tenga que venir a pedir todos los días. Realmente, si otra cosa no te conmueve, eso por lo menos debiera conmoverte, pues a eso le fuerza la necesidad de la pobreza. Ésta es la que le hace importuno. Tú no le compadeces, porque oyendo tus improperios no siente vergüenza. Es que la necesidad es más poderosa que tus improperios. Y no sólo no le compadeces, sino que le expones a pública ignominia. Y cuando Dios te manda hacer la limosna calladamente, tú te paras a hacer más notorio al que te pide y a insultarle por lo mismo que debieras compadecerle. Si no le quieres dar, ¿por qué encima le culpas y atribulas a un alma ya de suyo miserable y desgraciada? El pobre se acercó a ti buscando tus manos como un puerto a su miseria; ¿qué necesidad hay que le levantes nuevas olas y hagas más dura la tormenta? ¿Por qué le echas en cara su vileza? Si hubiera barruntado que le ibas a hablar así, ¿acaso se hubiera acercado? Y si, aun previéndolo, se te acercó, motivo es ése que a él le compadezcas y que tú te horrorices de tu crueldad, pues ni aun a la vista de esa necesidad inexorable te vuelves un poco más blando. Tú no crees que baste para excusar su importunidad la necesidad en que le pone el hambre, y le culpas de importunidad; mas tú has sido muchas veces más desvergonzado que ese pobre, aun en cosas muy graves. Aquí, en verdad, se puede perdonar el descaro; pero nosotros lo tenemos al hacer acciones dignas de castigo; y cuando debiéramos ser humildes considerando esas mismas acciones nuestras, llegamos a insultar a esos desgraciados; y a quienes nos piden medicina, les abrimos una llaga. Si no le quieres dar, ¿por qué encima le hieres? Si no tienes intención de socorrerle, ¿por qué encima le injurias? ¡Es que no hay otra manera de echárselo de encima? Pues obra como mandó aquel sabio que dijo: *Respóndele con mansedumbre palabras de paz* (Eccli 4,8). Porque a buen seguro que no es

importuno por el gusto de serlo. No hay hombre, no hay absolutamente un hombre que tenga gusto en pedir importunamente. No. Por más que se empeñaran en convencerme de ello, jamás podré yo creer que quien tiene abundantemente para vivir se entregue de buena gana a la mendicidad. Que nadie, pues, nos engañe. Si es cierto que Pablo dice: *El que no quiera, trabajar, que tampoco coma*, se lo dice a los perezosos, no a nosotros. A nosotros nos dice lo contrario: *No os canséis de hacer bien*. Así lo hacemos nosotros mismos en casa. Cuando hay dos que riñen, los tomamos aparte a cada uno, y a cada uno le decimos lo contrario. Así lo hicieron también Dios y Moisés. A Dios mismo le decía Moisés: *Si les quieres perdonar su pecado, perdónaselo; si no, bórrame a mí del libro de los vivos* (Ex 32,32). Al pueblo, sin embargo, mandó que se acuchillaran los unos a los otros, sin respetar parentesco de ninguna clase. Realmente, lo uno era contrario a lo otro; todo, sin embargo, apuntaba a un mismo fin. Dios a su vez, oyéndolo los judíos, le decía a Moisés: *Déjame, que quiero aniquilar a este pueblo* (Ex 32,10). Porque si bien el pueblo no estaba presente cuando Dios le dijo eso a Moisés, luego, sin embargo, habían de enterarse de ello. Privadamente, en cambio, Dios le exhorta a Moisés a lo contrario. Lo mismo se vio forzado Moisés a expresar más adelante: *¿Es que los he concebido yo en mi seno para que me digas: Llévalos como una nodriza lleva al niño que mama a sus pechos?* (Ex 32,10) Es lo mismo que sucede en una casa. Muchas veces el padre, al maestro que trata duramente al niño, le reprende particularmente diciéndole: No sea áspero y duro. Al muchacho, en cambio, le dice lo contrario: Aun cuando te maltrate sin razón, has de sufrirlo. Por caminos contrarios llega al mismo término: el bien de su hijo. Así también Pablo, a los que estando buenos se daban a la mendicidad, les decía: *El que no quiera trabajar, que tampoco coma*. Era obligarlos a trabajar. Pero a los que podían dar limosna, los exhorta: *Pero vosotros no os canséis de hacer bien*. Que era llevarlos a dar limosna. E igualmente, en la carta a los romanos, cuando exhortaba a los de las naciones a no sentir orgullo contra los judíos y les puso el ejemplo del olivo silvestre, se ve también que dice unas cosas a un bando y otras a otro. No caigamos, pues, en crueldad, sino oigamos la exhortación de Pablo mismo: *No os canséis de obrar bien*. Oigamos también al Señor, que nos dice: *A todo el que te pidiere, dale* (Mt 5,42). Y: *Sed misericordiosos, como*

vuestro Padre (Lc 6,36). En verdad, ¡cuántas cosas dijo el Señor y, no obstante, en ninguna otra ocasión, fuera de la misericordia, nos puso por blanco a su propio Padre! Es que nada nos hace tan semejantes a Dios como hacer beneficios a los otros.

SOMOS MÁS DESVERGONZADOS QUE LOS POBRES

—Pero nada hay —me replicas— mas desvergonzado que un pobre. — ¿Por qué razón?, dime por favor. —Porque viene detrás gritando? ¡Muy bien! ¿Quieres que te demuestre que nosotros somos más desvergonzados y que tenemos menos consideración que el pobre? Acuérdate, te ruego ahora, cuántas veces en tiempo de ayuno, que la comida se sirve por la tarde, has llamado al esclavo y por acudir algo despacio lo has echado todo a rodar, coceando, maldiciendo, insultando, todo por unos momentos de dilación, y sabiendo muy bien que, si no inmediatamente, de todos modos no te había de faltar comida. Tú, pues, que por una nonada te enfureces, no te calificas a ti mismo de impudente; al pobre, sin embargo, que teme y tiembla por motivos mucho más importantes, pues no se trata en él que tarde más o menos la comida, sino de comer o no comer en absoluto; al pobre, digo, le llamas impudente, descarado y sinvergüenza, con toda la tiramira de improperios que te vienen a la boca. ¿No es eso justamente la suma desvergüenza? Pero como no reflexionamos sobre ello, de ahí que tengamos a los pobres por gente molesta.

EXAMINÉMONOS A NOSOTROS MISMOS

Si examináramos nuestros defectos y los comparáramos con los de ellos, no los tendríamos por pesados. No seas, pues, juez amargo. Aun cuando estuvieras libre de todo pecado, ni aun en ese caso te permitiría la ley de Dios ser tan riguroso examinador de los pecados ajenos. Por ahí se perdió el fariseo. ¿Y pensamos tener nosotros excusa alguna? Si a los que obran bien no les permite el Señor juzgar ásperamente la conducta de los demás, mucho menos a los que son pecadores.

No SEAMOS SOBERBIOS Y CRUELES

No seamos, pues, crueles, inclementes, inexorables y sin amor; no seamos peores que las mismas fieras. Y a la verdad, yo sé de

muchos que han llegado a punto tal de fiereza que, por no hacer un mínimo esfuerzo, dejan que otros se mueran de hambre y se excusan con razones como éstas: No tengo aquí ahora esclavo ninguno; estamos lejos de casa; no hay cambista conocido mío por aquí. ¡Qué crueldad! ¡Qué soberbia! ¿Has hecho lo más y no vas a poder con lo menos? ¿Por no dar tú unos pasos, el otro se va a morir de hambre? ¡Qué insolencia, qué soberbia! Aun Guando tuvieras que andar diez estadios, no debieras vacilar. ¿No caes en la cuenta que de este modo se te acrecienta tu galardón? Porque si sólo das, sólo por tu limosna se te recompensará; pero si además andas unos pasos, aun de eso sé te reserva galardón. Precisamente por eso admiramos al patriarca Abrahán: él mismo corrió al rebaño de vacas y tomó un novillo, a pesar que tenía trescientos dieciocho criados nacidos en su casa (Gen 14,14; 18,7). Ahora, sin embargo, hay algunos tan llenos de soberbia, que eso lo hacen por medio de sus esclavos y no se avergüenzan de ello. —¿Quieres entonces —me replicas— que lo haga por mí mismo? ¿Y no tendrá eso visos de vanagloria? —Sin embargo, también ahora te dejas llevar de otra vanagloria, pues tienes rubor que te vean hablando con un pobre. Pero no quiero en esto llevar las cosas tan por los cabos. Basta que des, ora por ti mismo, ora por otros, y que no recrimines, no hieras, no insultes al pobre. El que a ti se acerca, necesita de medicinas, no de heridas; de compasión, no que le claves la espada.

LA BUENA PALABRA ES MEJOR QUE LA LIMOSNA

Dime, en efecto: si un herido por una pedrada, con una herida en la cabeza, pasando de largo a todos los demás, viniera a postrarse, chorreando sangre, a tus rodillas, ¿acaso le darías tú con otra piedra, añadiendo herida a herida? No puedo pensarlo. No; lo que harías es intentar inmediatamente de curarlo. ¿Cómo es, pues, que con los pobres haces lo contrario? ¿No sabes qué fuerza tiene una palabra, lo mismo para levantar que para abatir? *Mejor es* —dice la Escritura— *la palabra que el don* (Eccli 18,16). ¿No adviertes que te clavas la espada a ti mismo y eres tú el que recibes más grave herida cuando el pobre se retira injuriado, secretamente gimiendo y derramando muchas lágrimas? En verdad, Dios es quien te envía al pobre. Considera, pues, si le insultas, a quién diriges tu insulto,

puesto caso que Dios te lo envía y manda que le socorras, y tú no sólo no le das, sino que le injurias al venir a ti. Si todavía no comprendes lo extremadamente absurdo de tu conducta, mírala en un caso humano, y entonces verás con toda claridad lo enorme de tu pecado. Si tú mismo mandaras a un esclavo tuyo a cobrar de otro esclavo tu dinero y no sólo se volviera con las manos vacías, sino también injuriado, ¿qué no harías con el injuriador? ¿Qué castigo no le impondrías, dado caso que el injuriado eres tú mismo? Pues aplica el ejemplo a Dios. Él es el que nos manda los pobres y, si algo damos, de lo de Dios damos. Ahora bien, si, encima de no dar, los despachamos cubiertos de ignominia, considera con qué rayos se habrá de castigar semejante acción.

EXHORTACIÓN FINAL: UNAMOS A LA LIMOSNA LAS BUENAS PALABRAS

Considerando, pues, todo esto, pongamos freno a la lengua; echemos de nosotros toda inhumanidad; tendamos la mano para la limosna, y no sólo con dinero, sino con palabras también, tratemos, de aliviar a los necesitados. De este modo escaparemos al castigo de la injuria y, por la bendición y la limosna, heredaremos el reino de los cielos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 36

Y fue que, en terminando Jesús de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, pasó de allí para enseñar y predicar en las ciudades de ellos (Mt 11).

JUAN NO DUDÓ PERSONALMENTE DE CRISTO

Como había el Señor enviado a sus discípulos, se retiró Él por un tiempo, con objeto de darles lugar y ocasión de realizar lo que les había ordenado. Porque de estar Él presente y curar por sí mismo, nadie hubiera querido acudir a sus discípulos. *Pero oyendo Juan en la cárcel las obras de Cristo, envió a dos de sus discípulos y le preguntó diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?* Lucas cuenta que fueron los mismos discípulos quienes le refirieron a Juan los milagros de Cristo y que entonces fue cuando los envió

(Lc 7,18). Lo cual no ofrece dificultad. Lo único que cabe considerar es la envidia hacia el Señor, que este pormenor pone también de manifiesto. El problema de verdad grave es lo que sigue. — ¿En qué concretamente? —En las palabras de Juan: *¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?* Y es así que él, que conocía al Señor antes que obrara milagros, que había sido instruido por el Espíritu Santo, que había oído la voz del Padre, que le había predicado delante de todo el pueblo, ahora envía a enterarse por Él mismo si era o no era Él el Mesías. La verdad es que, si tú no sabes a ciencia cierta quién es Cristo, ¿cómo piensas que se te pueda dar fe, afirmando lo que no sabes? El que viene a dar testimonio sobre otro, lo primero que necesita es que sea digno de crédito. Ahora bien, ¿no dijiste tú: *No soy digno de desatar la correa de su sandalia?* (Lc 3,16) ¿No dijiste tú: *Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, ése fue quien me dijo: Sobre quien vieres bajar el Espíritu Santo y reposar sobre Él, ése es el que bautiza en Espíritu Santo?* (Jn 1,33) ¿Acaso no oíste la voz del Padre? ¿No trataste tú de impedir que se bautizara, diciéndole: *Yo soy el que tengo necesidad de ser bautizado por ti ¿y tú vienes a mí?* (Mt 3,14) ¿No les decías tú a tus discípulos: *Es menester que Él crezca y yo mengüe?* (Jn 3,30) ¿No le enseñabas tú al pueblo entero que Él es el que bautiza en Espíritu Santo y en fuego, y que Él es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo? ¿No predicaste tú todo eso antes de los milagros y prodigios? ¿Cómo, pues, ahora, cuando es Él conocido de todo el mundo, cuando su fama ha corrido por todas partes, cuando ha resucitado muertos, y expulsado demonios, y obrado tantos otros prodigios, cómo es, digo, que ahora mandas una embajada para preguntarle a Él mismo? ¿Qué es lo que ha pasado?

Todas tus anteriores palabras, ¿fueron acaso embuste, comedia y fábula? ¿Y quién, en su sana razón, pudiera decir tal cosa? No digo ya Juan, el que dio saltos en el seno de su madre, el que predicó a Cristo antes de nacer, el morador del desierto, el que llevó vida de ángeles; el hombre más vulgar y abyecto no hubiera dudado de Cristo después de tantos testimonios, los que Él había dado y los que de Él dieron otros. De donde evidentemente se concluye que no envió Juan su embajada porque dudara ni dirigió al Señor su pregunta porque ignorara quién era.

JUAN NO OBRÓ TAMPOCO POR COBARDÍA

Porque tampoco puede decirse que, sí, Juan sabía muy bien quién era Cristo, pero que la prisión le había vuelto más cobarde. No. Juan no esperaba librarse de la cárcel, y si lo esperaba, no hubiera sido al precio de traicionar su piedad, estando como estaba preparado para mil muertes. De no haber estado así preparado, no hubiera mostrado tanto valor delante de un pueblo dispuesto siempre a derramar sangre de profetas, ni hubiera confundido con tanta libertad a aquel cruel tirano, en medio de la ciudad y de la plaza, reprendiéndole duramente en presencia de todo el mundo, como si fuera un chiquillo pequeño. Y si se dice que la prisión le hizo cobarde, ¿cómo no tuvo vergüenza de sus discípulos, ante los cuales había dada tan alto testimonio de Cristo, y por medio de ellos, cuando debía haberlo hecho por otros, dirigió al Señor su pregunta? No. La verdad es que Juan sabía muy bien que sus discípulos envidiaban al Señor y deseaban hallar algún asidero contra Él. ¿Y cómo no se sonrojó ante el pueblo judío, ante el que había predicado tantas cosas? ¿Y qué tenía que ver su embajada a Cristo con su liberación de la prisión? No habían metido a Juan en la cárcel por causa de Cristo ni porque hubiera pregonado su poder, sino por haber reprendido la unión ilegítima de Herodes. En otro caso, Juan hubiera merecido la calificación de niño insensato y de hombre sin juicio.

LOS DISCÍPULOS DE JUAN, ENVIDIOSOS DEL SEÑOR

¿Qué intentó, pues, Juan, con su embajada? Que él no dudaba, como no podía dudar nadie por insensato y loco que lo supongamos, resulta evidente de cuanto llevamos dicho. Hay que buscar, pues, la solución por otro lado. — ¿Por qué, pues, envió a preguntar? —Porque sus discípulos eran desafectos al Señor —cosa evidente sin duda para todo el mundo— y sentían siempre celos de su gloria. Lo cual es también evidente por lo que decían a su propio maestro: *Aquel* —le decían— *que estaba contigo al otro lado del Jordán, mira, ése bautiza y todos acuden a Él* (Jn 3,26). Y en otra ocasión hubo una discusión entre los judíos y los discípulos de Juan acerca de la purificación, y, acercándose también entonces al Señor, le dijeron: *¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y tus discípulos no ayunan?* (Mt 9,14)

Es que todavía no sabían quién era Jesús, sino que, teniéndole a éste por puro hombre y a Juan por más que hombre, les dolía ver que Jesús se hacía famoso, y Juan, en cambio, conforme a lo que él mismo dijera, iba disminuyendo. Esto les impedía acercarse a Él, pues la envidia les cerraba el paso. Ahora bien, mientras Juan estuvo entre ellos, jamás cesó de exhortarlos y enseñarlos, aunque no logró persuadirlos. Pero ahora que se siente próximo a su fin, pone en ello mayor empeño, pues temía no les dejara motivo para una falsa idea y se mantuvieran indefinidamente alejados de Cristo. Porque personalmente todo su interés desde el principio era llevar a Cristo a todos los suyos; mas ya que antes no lo había conseguido, pone más empeño ahora que ya va a morir. Si les hubiera dicho: "Pasaos a Jesús, pues no es mejor que yo, dada la inseparable adhesión con que le seguían, no los hubiera persuadido. Más bien hubieran pensado que hablaba así por modestia, y aún se le hubieran adherido más íntimamente. De callar, por otra parte, tampoco hubiera sacado nada. ¿Qué es, pues, lo que hace? Esperar a que sean sus discípulos mismos quienes le cuenten que Jesús hace milagros. Pero ni aun entonces les dirige exhortación particular ni envía indistintamente a todos. No, escoge sólo a dos, sin duda a los que sabía eran más dóciles que los demás, con lo que la pregunta no tendría sospecha alguna, y les manda a que se enteren por los hechos mismos de la diferencia que iba de Jesús a él. Y así les dice: Marchad y decidle: *¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?* Cristo, sin embargo, que conocía la mente de Juan, no contestó sin más: Sí, yo lo soy; pues esto hubiera también chocado a sus oyentes, a pesar que ésa era la respuesta más natural, sino que los dejó que sacaran ellos mismos la consecuencia de los hechos. Dice, en efecto, el evangelio, que al acercársele los discípulos de Juan, entonces fue cuando curó a muchos. A decir verdad, ¿qué ilación hay entre la pregunta que se le hace: *Eres tú el que ha de venir*, a la que no responde palabra, y ponerse inmediatamente a curar a los enfermos, si es que no intentaba probar lo que yo he dicho? En verdad, el Señor tenía por más fidedigno y menos sospechoso el testimonio de los hechos que no el de las palabras. Conociendo, pues, como Dios que era, el pensamiento con que Juan los había enviado, púsose inmediatamente a curar a ciegos, cojos y otros muchos, no para dar una lección a Juan, que estaba perfectamente convencido, sino a sus discípulos, que dudaban. Y, una vez

realizadas las curaciones, les dijo: *Marchad y contad a Juan lo que estáis oyendo y viendo: los ciegos recobran la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y los pobres reciben la buena nueva*. Y añadió: *Y bienaventurado aquel para quien yo no sea ocasión de tropiezo*. Con lo que les daba a entender que conocía sus íntimos pensamientos. Si les hubiera rotundamente contestado: "Sí, yo soy", aparte que esto, como ya he dicho, les hubiera chocado, sin duda hubieran pensado, aun sin decirlo, lo que los judíos decían al Señor: *Tú atestiguas sobre ti mismo* (Jn 8,13). De ahí que el Señor no les contesta eso, sino que los deja que saquen ellos la consecuencia de los milagros, con lo que quita toda sospecha a su enseñanza y la hace más clara. De ahí que también a ellos los arguya veladamente. Como realmente se escandalizaban en el Señor les pone de manifiesto su enfermedad, si bien se la deja sólo para su conciencia, y a nadie hace testigo de su reprensión, sino a ellos mismos, que sabían de qué se trataba. Con ello se los atraía mejor hacia sí mismo, diciéndoles: *Bienaventurado aquel para quien yo no fuere ocasión de tropiezo*. A los discípulos de Juan apuntaba, en efecto, el Señor con estas palabras.

OTRA EXPLICACIÓN DE LA CONDUCTA DE JUAN

Pero no quiero exponeros sólo mi propia explicación: quiero también que conozcáis la que dan otros, para que, comparando la una con la otra, quede la verdad más esclarecida. Es, pues, menester que la citemos. ¿Qué explicación dan, pues, otros a este pasaje? Hay quienes dicen que la causa de la embajada no fue la que yo he dicho, sino que Juan ignoraba, aunque no lo ignoraba todo. Que Jesús era el Cristo, lo sabía muy bien Juan; lo que ignoraba era que hubiera también de morir por los hombres. De ahí su pregunta: *¿Eres tú el que ha de venir?* Es decir: "¿Eres tú el que ha de bajar al infierno?" Esta explicación no puede tener razón alguna, puesto que tampoco eso lo ignoraba Juan. Eso fue justamente lo que él pregonó antes que nada; sobre eso dio su primer testimonio: *He aquí* —dice— *el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29). Llamar cordero al Señor era predicar la cruz; y decir que Él quita el pecado del mundo es significar claramente lo mismo. No por otro medio, en efecto, que

por la cruz había el Señor de quitar el pecado. Así lo dice también Pablo: *Y la escritura que nos era contraria, la quitó también de en medio, clavándola en la cruz* (Col 2,14). En fin, decir que Él bautizaría en Espíritu Santo era profetizar lo que había de suceder después de la resurrección del Señor. Es que Juan —replican— sabía que el Señor había de resucitar y dar el Espíritu Santo, pero no que hubiera de ser crucificado. ¿Cómo había entonces de resucitar, sin haber sufrido ni sido crucificado? ¿Y cómo podía ser Juan más que profeta, si no sabía ni lo que dijeron los profetas?

JUAN NO PUDO IGNORAR LA PASIÓN, CONOCIDA DE LOS PROFETAS

Ahora bien, que Juan fue más que profeta, el mismo Cristo lo atestiguó (Lc 7,28). Y que los profetas conocieron la pasión del Señor, es cosa patente para todo el mundo. Así, Isaías dice: *Como oveja fue conducido al matadero y Él está mudo como cordero en manos del que le trasquila* (Is 53,7). Y antes de este testimonio había dicho: *Y será la raíz de Jessé y el que se levanta para dominar sobre los pueblos; en Él pondrán los pueblos su esperanza* (Is 11,10). Luego, hablando de la pasión y de la gloria que había de seguirle, prosigue diciendo: *Y será su descanso gloria*. Y no sólo predijo Isaías que Cristo había de ser crucificado, sino con quiénes: *Y fue contado* —dice— *entre los inicuos*. Y no sólo eso, sino también cómo Él no había de defenderse: *Él* —dice — *no abre su boca*. Y que había de ser injustamente condenado: *En su humillación* —dice— *fue quitado su juicio*. Y antes que Isaías había dicho también esto David, que describe el tribunal: *¿Por qué* —dice— *han bramado las naciones y los pueblos han tramado designios vanos? Presentáronse los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno en contra del Señor y de su Ungido* (Salmo 2,1-2). Y en otro salmo, habla David de la forma de su muerte en cruz: *Taladraron mis manos y mis pies*. Y luego describe con toda puntualidad los desmanes de los soldados: *Se repartieron* —dice— *mis vestidos entre sí y sobre mis vestiduras echaron suertes* (Salmo 21,17.19). En otro llega a decir cómo le ofrecieron al Señor vinagre: *Me dieron* —dice— *por bebida hiel y en mi sed me abrevaron con vinagre* (Salmo 68,22). Ahora bien, los profetas hablan con tantos años de anticipación del tribunal, de la condenación a muerte, de los que habían de ser con El crucifica-

dos, de la partición de los vestidos y de la suerte echada sobre ellos y de tantas otras cosas —pues no vamos a citarlas todas, haciendo interminable el discurso—; y Juan, que era mayor que todos los profetas, ¿iba a ignorar todo eso? ¿Qué sentido habría en ello? Pues ¿por qué no dijo: *eres tú el que ha de venir al infierno*, sino simplemente: *eres tú el que ha de venir*? La respuesta que a esto dan es más ridícula que todo lo pasado. Dicen, en efecto, que Juan hablaba así porque quería, salido de este mundo, predicar en el infierno. Sería el momento, de decir a estos intérpretes: *Hermanos, no os hagáis niños de entendimiento, sino sed niños en la malicia* (1 Cor 14,20).

No, el tiempo de la buena o mala conducta es la vida presente; después de la muerte, ya no queda sino el juicio y el castigo. *Porque en el infierno* —dice el profeta—, *¿quién te confesará?* ¿Cómo fueron, pues, rotas las puertas de bronce y hechos pedazos los cerrojos de hierro? ¡Por el cuerpo del Señor! Entonces por vez primera apareció un cuerpo inmortal y capar de deshacer el imperio de la muerte. Por otra parte, esto sólo quiere decir que quedó destruida la fuerza de la muerte, pera no que se perdonaran los pecados de los que habían muerta antes del advenimiento de Cristo. De no ser así, de admitir que Cristo libró del infierno a todos los que allí había antes de su venida, ¿cómo es que dice: *Se tratará más benignamente a la tierra de Sodoma y de Gomorra?* (Lc 10,12). Porque esto quiere decir que Sodoma y Gomorra serán castigadas; con más benignidad, sin duda; pero castigadas desde luego. Y en verdad, ya en este mundo sufrieron el más terrible castigo, pero ni aun eso las eximirá del otro. Pues si éstas han de ser castigadas, mucho más quienes nada sufrieron en el mundo.

LA SUERTE DE LOS QUE VIVIERON ANTES DE CRISTO

Entonces—me dirás— ¿no se comete una injusticia con los que vivieron antes de Cristo? —De ninguna manera, pues entonces era posible salvarse sin necesidad de confesar a Cristo. Porque no se les exigía eso, sino solamente no idolatrar y conocer al verdadero Dios: *El Señor Dios tuyo* —dice la Escritura— *es un Señor solo* (Deum 6,4). Los macabeos fueron admirados, porque sufrieron cuanto sufrieron por la guarda de la ley, y como ellos los tres jóvenes del horno de Babilonia y otros muchos de entre los judíos

que llevaron vida irreprochable, y a quienes, por haberse mantenido en la medida de ese conocimiento de Dios, no se les exigió nada más. Porque entonces, como ya he dicho, bastaba para la salvación el solo conocimiento de Dios; ahora ya no basta solo, sino que es menester conocer también a Cristo. De ahí que Él mismo dijera (Jn 15,22): *Si no hubiera yo venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; ahora, sin embargo, no tienen excusa de su pecado*. Lo mismo acontece en orden a la conducta. Entonces sólo el homicidio perdía al que lo cometía; ahora se pierde hasta el que se irrita.

Entonces, sólo el adulterio y la unión con la mujer ajena acarreaba castigo; ahora, el mero mirar con ojos impúdicos. De suerte que en la misma medida del conocimiento, la conducta ha de ser ahora más perfecta. Por otra parte, si después de la muerte han de salvarse los incrédulos por medio de la fe, nadie se condenaría jamás; pues ha de venir un momento en que todos se arrepentirán y adorarán al Señor. Y que esto sea verdad, oye cómo lo dice Pablo: *Toda lengua confesará y toda rodilla se doblará en el cielo, en la tierra y en los infiernos* (Filp 2,11) Y: *El último enemigo aniquilado será la muerte* (1Cor 15,26). Ningún provecho sacarán, sin embargo, los condenados de esta sumisión, pues no procederá de una voluntad libre y reconocida, sino, como si dijéramos, de la necesidad misma de las cosas.

PREMIO O CASTIGO, INEXORABLE, PARA QUIENES OBREN EL BIEN O EL MAL

No introduzcamos, pues, en adelante esas doctrinas de viejas y fábulas judaicas. Oye desde luego lo que sobre eso dice Pablo: *Cuantos sin ley pecaron, sin ley también perecerán*. Aquí habla de los que vivieron antes de la ley. *Y cuantos en la ley pecaron, por medio de la ley serán juzgados*. Aquí se refiere a todos los que vinieren después de Moisés. Y: *Porque la ira de Dios se revela desde el cielo sobre toda impiedad e injusticia de los hombres*. Y: *Indignación, ira, tribulación y angustia sobre toda alma de hombre que obra el mal, del judío primeramente y también del griego* (Rom 2,13; 1,18; 3,8-9) Y en verdad, infinitos fueron los males que entonces sufrieron los gentiles, como nos lo ponen bien de manifiesto las historias profanas, a la vez de nuestras Escrituras sagradas. ¿Quién podrá, en efecto, contar las catástrofes de los

babilonios y de los egipcios? Ahora, que quienes no conocieron a Cristo antes de su advenimiento en carne, pero se apartaron de la idolatría y llevaron vida irreprochable, gozarán de toda suerte de bienes. Oye cómo lo dice también el Apóstol: *Gloria, honor y paz a todo el que obra el bien, al judío primero y también al griego* (Rom 2,10). Ya veis, pues, cómo también a los gentiles se les reservan grandes recompensas, así como castigos y suplicios a quienes hacen lo contrario.

LOS QUE NO CREEN EN EL INFIERNO

¿Dónde están, pues, los que no creen en el infierno? Porque si quienes vivieron antes del advenimiento de Cristo, no obstante no haber oído ni el nombre del infierno ni el de la resurrección, no obstante los castigos que ya sufrieron en esta vida, serán también castigados en la otra, ¿cuánto más no lo seremos nosotros, que hemos sido instruidos en doctrinas de tan alta sabiduría? —Pero ¿no será contra razón —objetarás— que quienes no oyeron ni hablar del infierno vayan a caer en él? Porque siempre le podrán decir a Dios: Si nos hubieras amenazado con el infierno, hubiéramos sido más temerosos y nos hubiéramos contenido mejor. —Seguramente que sí, y no como nosotros, que, a pesar que oímos hablar del infierno diariamente, ni aun así atendemos a nuestra vida. Mas, aparte de esto, hay que decir también que el que no se contiene por los castigos inmediatos, tampoco se contendrá con los que son sólo amenaza para la eternidad. Pues es así que a quienes hacen menos uso de su razón y son de más groseras disposiciones, más los suele sofrenar lo que tienen delante y ha de suceder inmediatamente que lo que se les amenaza para mucho tiempo después. Pero a nosotros —insistes — se nos infunde mayor miedo. ¿No se les hace en ello injuria a los anteriores a Cristo? —En modo alguno. Porque en primer lugar no habían aquéllos de librar combates iguales a los nuestros, sino que los nuestros son mucho mayores. Ahora bien, los que han de realizar mayores trabajos, necesitan también mayor ayuda. Y ayuda es, no pequeña, el acrecentamiento del temor. Y si nosotros les llevamos ventaja en conocer mejor la vida futura, ellos nos la llevaron en que sufrían inmediatamente los más graves castigos.

NO ES CONTRA JUSTICIA QUE EL PECADO SE CASTIGUE EN ESTA VIDA Y EN LA OTRA VIDA

Otra objeción pone también a esto el vulgo. — ¿Dónde está — dicen— la justicia de Dios, si a quien sólo en esta vida pecó se le castiga en ésta y en la otra? — ¿Queréis, pues, que os, recuerde cómo habláis vosotros mismos, para que no me deis a mí trabajo con vuestras objeciones, sino que deis la solución de vuestra propia cosecha? Yo he oído a muchos de nuestros hombres cómo, al saber la ejecución en la cárcel de un criminal, se indignaban y hablaban así: Ese infame, ese abominable asesino ha cometido treinta o más muertes, y él ha sufrido una sola. ¿Dónde está la justicia? De suerte que vosotros mismos confesáis que no basta una sola muerte por castigo. ¿Cómo es, pues, que aquí sentenciáis en contra? Porque no juzgáis a otros, sino a vosotros mismos. Tan grave obstáculo es el amor propio para no ver la justicia. De ahí que, cuando juzgamos a los otros, todo lo examinamos con minuciosidad; pero si somos jueces en causa propia, andamos entre sombras. Si examináramos la cosa en nosotros como en los demás, daríamos fallo imparcial. Porque también nosotros hemos cometido pecados que merecen no dos ni tres, sino innumerables muertes. Dejando a un lado otros pecados, recordemos cuántos participan indignamente de la Eucaristía. Ahora bien, esos tales *son reos del cuerpo y de la sangre del Señor* (1 Cor 11,27). Así, cuando hables de un asesino, considérate a ti mismo. El asesino mató a un hombre, tú eres reo de haber pasado a cuchillo al Señor. Aquél, sin haber participado de la Eucaristía; nosotros, gozando de la mesa sagrada. ¿Y qué decir de los que muerden y devoran por la envidia a sus hermanos (Gal 5,16) y sobre ellos derraman su veneno? ¿Qué de los que arrebatan el sustento de los pobres? Porque si ya el que no da de lo suyo es criminal, ¿qué será el que toma de lo ajeno? ¡Los avaros son peores que una banda de salteadores! ¡Los rapaces son peores que muchos asesinos y profanadores de sepulcros!

¡Cuántos después de despojar a su prójimo desean también beber su propia sangre! — ¡Dios nos libre! ¡Ni hablar de esa atrocidad! —Sí, ahora gritas: ¡Dios nos libre! Di cuando tienes un enemigo: ¡Dios nos libre!, y acuérdate entonces de mis palabras y lleva vida ajustada a la más estricta perfección, no sea que también

a nosotros nos espere la suerte de Sodoma y no padezcamos lo que Gomorra y no corramos la suerte de Lirios y sidonios. O, por decir mejor, para no ofender a Cristo, que es el grave y más espantoso de los males. Cierto que a muchos les parece espantoso el infierno; pero yo no cesaré de gritar continuamente que ofender a Cristo es más grave y espantoso que el mismo infierno. Así os exhorto a que sintáis también vosotros, pues así nos libraremos del mismo infierno y gozaremos de la gloria de Cristo. La cual ojala todos alcancemos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 37

Cuando éstos se marcharon, empezó Jesús a hablar a las turbas acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Pues qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? Mirad que los que llevan ropas delicadas viven en los palacios de los reyes ¿Pues qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo aseguro, y más que un profeta (Mt 11,7ss).

LAS TURBAS SOSPECHARON DE JUAN

El asunto de los discípulos de Juan se había resuelto bien, y se retiraron de la presencia de Jesús confirmados por los milagros que allí mismo le habían visto realizar. Ahora había que corregir también la opinión del pueblo. Los discípulos de Juan nada malo podían sospechar de su maestro; pero aquella muchedumbre ingente pudo sacar las más absurdas consecuencias de la pregunta que a Jesús le dirigieron, pues ignoraban la intención con que Juan los había enviado, y es muy probable que cuchichearan entre sí diciendo: ¿El que dio tan solemnes testimonios ha cambiado ahora de opinión, y está en dudas de si es éste el que ha de venir o hay que esperar a otro? ¿No dirá esto por estar en desacuerdo con Jesús? ¿No se habrá vuelto cobarde a fuerza de cárcel? ¿No serían vanas y sin sentido todas sus palabras anteriores? Como era, pues, muy natural que la gente se forjara sospechas por el estilo, mirad cómo corrige el Señor su flaqueza y elimina todas esas sospechas. Porque, cuando se marcharon ellos,

empezó Jesús a hablar de Juan a las muchedumbres. ¿Por qué cuando aquéllos se marcharon? Para no dar la impresión que adulaba a Juan. Pero al corregir al pueblo, no saca a relucir lo que éste sospechaba, sino que se contenta con dar la solución a los pensamientos que internamente los agitaban, con lo que les hacía ver que sabía El los íntimos secretos de todos. Tampoco les dice como a los judíos: *¿Por qué pensáis mal?* (Mt 4,9) Porque si es cierto que pensaban mal, no lo pensaban por malicia, sino por ignorancia del sentido de las palabras de Juan. De ahí que tampoco el Señor les habla ásperamente, sino que se contenta con corregir su modo de pensar, hace la apología de Juan y demuestra a las turbas que no había éste abandonado su opinión primera ni se había arrepentido.

JUAN NO ERA UN INCONSTANTE

Porque no era Juan un hombre ligero y versátil, sino muy asentado y firme; no era Juan tal que traicionara la misión que se le había confiado. E intentando el Señor asentar esta verdad, no la prueba de pronto por su propia afirmación, sino, ante todo, por el testimonio mismo del pueblo. Y así no sólo por lo que dijeron, sino también por lo que hicieron, los pone a ellos mismos por testigos de esa firmeza de Juan. De ahí que les diga: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? Como si dijera: ¿Por qué abandonasteis ciudades y casas y os juntasteis como un solo hombre en el desierto? ¿Acaso para ver a un hombre miserable y ligero? Eso no tendría sentido. No es eso lo que de- muestra aquel afán, aquel correr todos a una hacia el desierto. Un pueblo tan enorme, tantas ciudades no se hubieran derramado entonces con tanto fervor por el desierto y a lo largo del Jordán, si no hubieran llevado la ilusión de contemplar a un hombre extraordinario, maravilloso y más firme que una roca. No salisteis ciertamente a contemplar una caña agitada por el viento. A una caña, en efecto, se parecen perfectamente los hombres ligeros, los que son fácilmente llevados de acá para allá, los que dicen ahora una cosa y luego otra y no están firmes en nada. Y notad cómo, dejando a un lado el Señor todo otro defecto, sólo les habla de la ligereza que entonces particularmente les hacía a ellos sospechar y cómo les quita todo motivo de suponerla en Juan. *¿Pues qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido de ropas delicadas? Mirad que los que llevan vestidos delicados viven en los*

palacios de los reyes. Con lo que quiere decir que Juan no era naturalmente versátil. Y esto —viene a decir el Señor— vosotros lo pusisteis de manifiesto con vuestro fervor por ir a verlo. Pero tampoco se puede decir que, sí, Juan era de suyo firme, pero que, habiéndose entregado al placer, se volvió flojo. Los hombres son lo que son, unos por naturaleza, otros porque se hacen. Por ejemplo, hay quienes son naturalmente iracundos; otros adquieren esa enfermedad de su alma a consecuencia justamente de otra larga enfermedad corporal. Unos, igualmente, son ligeros y fáciles por naturaleza; otros se hacen tales por entregarse al placer y a la molicie. Pero Juan —les dice el Señor— ni es tal por naturaleza, pues no salisteis a ver una caña; ni por haberse entregado al placer, perdió la ventaja que le dio la naturaleza. Que no fue esclavo del placer, bien lo demuestra su vestido, el desierto y la cárcel. Porque, si hubiera querido vestir ropas blandas, no se hubiera ido a morar en el desierto ni se hubiera metido en la cárcel, sino que habría buscado los palacios. Y es así que, con sólo haber callado, hubiera podido gozar de infinitos honores. Porque si aun después que le reprendió; si aun estando en la cárcel, aun le temía Herodes, mucho menos le hubiera castigado de haber él guardado silencio. Si, pues, Juan dio prueba de su firmeza y constancia con sus obras, ¿cómo podía ser justa sospecha alguna en esas virtudes?

LA GRANDEZA DE JUAN BAUTISTA

Así, pues, habiendo el Señor caracterizado a Juan por el lugar en que viviera, por el vestido y por el mismo concurso del pueblo hacia él, ahora alega también al profeta. Y en efecto, después de decir: *¿Que salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo aseguro, más que un profeta, prosigue: Porque éste es de quien está escrito: Mira que yo envío a mi mensajero delante de ti, para que prepare tu camino delante de ti*. Primero alega el Señor el testimonio de los judíos, y luego acomoda también el del profeta; o, por mejor decir, primero pone el voto de los judíos, que es la mejor demostración, por ser testimonio dado por enemigos; en segundo lugar, la vida de Juan; tercero, su propio juicio; cuarto, al profeta, y por todos los lados cierra la boca de quienes pudieran sospechar del Precursor. Tampoco pudieran decir que, si, Juan era naturalmente firme, pero que luego había cambiado, pues ahí estaba su modo de vestir y la

cárcel y, después de todo esto, el testimonio del profeta. Y ya que el Señor llamó a Juan mayor que un profeta, ahora les hace ver en qué es mayor que un profeta. ¿En qué es, pues, mayor? En que es el que está más cerca del que había venido. *Porque yo te enviaré* —dice— *a mi mensajero ante tu faz*, es decir, muy cerca de ti. Así como en una comitiva regia, los que van más cerca del coche real son los más ilustres entre todos; así Juan, que aparece momentos antes del advenimiento del Señor. Notad cómo de ahí declaró la excelencia del Precursor, y ni ahí se detuvo, sino que añadió su propio voto diciendo: *En verdad os digo, no se ha levantado entre los nacidos de mujer nadie mayor que Juan Bautista*. Que es como decir: No parió mujer a nadie mayor que Juan. Realmente, la afirmación de Jesús basta para declarar esta grandeza; mas si queréis saberlo por la realidad misma, considerad su mesa, su manera de vida y la alteza de sus pensamientos. Juan vivía en la tierra como si morara ya en el cielo; estaba por encima de las necesidades de la naturaleza, seguía un camino maravilloso, gastaba su tiempo entero en himnos y oraciones, sin hablar con hombre alguno, y conversando, en cambio, continuamente con Dios. A nadie conocía, por nadie fue jamás visitado. No se alimentaba de leche ni gozaba de lecho, ni de techo, ni de pública plaza, ni de ninguna otra de las comodidades humanas. Sin embargo, Juan sabía unir la mansedumbre a la firmeza. Mirad, si no, con qué moderación habla con sus discípulos, con qué valor al pueblo judío y con qué libertad al mismo rey. De ahí que dijera el Señor: *Entre los nacidos de mujer, no se ha levantado nadie mayor que Juan Bautista*.

JUAN NO PUEDE SER COMPARADO A JESÚS

Sin embargo, como la hipérbole misma de la alabanza podía engendrar alguna falsa idea, y estimaran los judíos a Juan más alto que a Jesús, mirad cómo también esto lo corrige el Señor. Y es así que, como de lo mismo que los discípulos de Juan se edificaron, pudo resultar daño para las turbas, teniéndole a Juan por hombre ligero, así ahora, de lo mismo que era corrección de las turbas, podía también resultarles mayor daño, si concebían de Juan más alta idea que de Cristo mismo, fundados en lo que de aquél se les decía. De ahí que el Señor los corrige, sin dejar lugar a sospecha

alguna, diciendo: *Pero el que es más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él*. Más pequeño por la edad y también en la opinión del vulgo, pues le llamaban comedor y bebedor y solían decir: *¿No es éste el hijo del carpintero?* (Mt 13,55) Y por todas partes le despreciaban. — ¿Pues qué—objetarás—, sólo por comparación con Juan es mayor el Señor? — ¡De ninguna manera! Porque ni el mismo Juan intenta establecer comparación, cuando dice: *Él es más fuerte que yo* (Mt 3,11), ni tampoco la establece Pablo cuando, haciendo mención de Moisés, escribe: *De mayor gloria que Moisés fue tenido Cristo por digno* (Hebr 3,3). Y, en fin, el Señor mismo no se compara con Salomón cuando dice: *Y aquí está quien es más que Salomón* (Mt 12,24). Pero aunque diéramos de barato que aquí habló comparativamente, ello fue pura dispensación del Señor, atendiendo a la flaqueza de sus oyentes. En realidad, la gente estaba muy embobada con Juan, y entonces justamente la cárcel y la libertad con que había reprendido al rey había hecho más gloriosa su figura. Ya era, pues, bastante que, por entonces, aceptaran la comparación con Jesús. En verdad, también el Antiguo Testamento conoce este modo de corregir las almas de los que yerran, comparando lo que no admite comparación. Por ejemplo, cuando dice: *No hay semejante a ti entre los dioses, Señor* (Salmo 85,8). Y otra vez: *No hay Dios como nuestro Dios* (Salmo 85,8; 74,14). Hay, sin embargo, intérpretes que afirman haber dicho Cristo esas palabras refiriéndose a los apóstoles, otros a los ángeles. Falsa interpretación. Y es que, cuando algunos se apartan de la verdad, los errores no tienen término. ¿Qué sentido lógico tendría decir eso de los apóstoles o de los ángeles? Por otra parte, si hablaba de los apóstoles, ¿qué inconveniente había en establecer la comparación nominalmente? En cambio, refiriéndose a sí mismo, es natural que ocultara su persona en atención a la sospecha dominante en el vulgo y para que no pareciese que decía algo grande de sí mismo; conducta que le vemos observar en muchas otras ocasiones. — ¿Y qué quiere decir: en el reino de los cielos? —En lo espiritual y en todo lo que atañe al cielo. Además, decir: *Entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie mayor que Juan Bautista*, era oponerse Él mismo a Juan y contarse de este modo como la excepción. Porque si es cierto que también Él había nacido de mujer, no, sin embargo, del mismo modo que Juan. Porque Jesús no era puro hombre ni nació como otro cualquier hombre, sino de modo singular y

maravilloso.

EL REINO DE LOS CIELOS SUFRE VIOLENCIA

Desde los días de Juan hasta ahora —prosigue Jesús—, *el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan*. — ¿Qué ilación hay entre esta sentencia del Señor y lo antes dicho? — Mucha ciertamente y muy armónica. Desde este momento, efectivamente, los empuja y da prisa, aun por ese motivo, a que abracen la fe en Él, a la vez que corrobora lo que Juan había preguntado. Porque si hasta Juan —viene a decir— todo está cumplido, yo soy el que ha de venir. *Porque todos los profetas —y la ley— hasta Juan han profetizado*. Porque no hubieran cesado los profetas si yo no hubiera venido. No esperéis, por tanto, nada más, no aguardéis a otro. Porque que yo soy, es evidente no sólo por el hecho de haber cesado los profetas, sino también por los muchos que cada día arrebatan la fe en mí. Porque es ella tan patente y clara que muchos la arrebatan. — ¿Y quiénes —dime— la arrebataron? —Todos los que con fervor se acercaron al Señor.

JUAN Y ELÍAS

Seguidamente, dales el Señor otra prueba diciendo: *Si queréis recibirla, él es Elías, que ha de venir. Porque yo os enviaré* —dice el profeta— *a Elías Tesbita, que convertirá el corazón del padre hacia sus hijos* (Mal 4,5). Éste es, pues, Elías, les dice, como queráis atenderlo con cuidado. *Porque yo enviaré* —dice la Escritura— *a mi mensajero delante de tu faz* (Mal 3,1). Y muy bien dijo: Si queréis recibirlo, con lo que les hacía ver que no quería imponérselo por la violencia. Yo no os obligo a ello—dice—. Así hablaba el Señor, porque pedía un alma bien dispuesta y quería declararles que Juan era Elías y Elías Juan. Uno y otro, en efecto, recibieron el mismo ministerio; uno y otro fueron precursores.. De ahí que no dijo el Señor simplemente: *Éste es Elías*, sino: *Si queréis recibirlo, éste es Elías*, es decir, si con espíritu bien dispuesto queréis atender a los acontecimientos.

EL SEÑOR EXCITA LA CURIOSIDAD DE SUS OYENTES

Pero no se detuvo aquí, sino que quiso hacerles también, ver que

era menester inteligencia. De ahí que habiéndoles dicho: *Éste es Elías, el que ha de venir, añadió: El que tenga oídos para oír que oiga*. Ahora bien, si el Señor les hablaba ad de enigmáticamente, es que quería excitarlos a que le preguntaran. Y si ni aun así se despertaron ellos de su sueño, mucha? menos lo hicieran si todo se lo dijera clara y manifiestamente. Porque no va nadie a decir que no se atrevían a preguntarle y que era el Señor inaccesible. Bien le preguntaban y tentaban sobre lo que les ocurría, y mil veces enmudecidos, mil veces volvían a la carga. De haber tenido ganas de saber, ¿no le hubieran preguntado sobre cosas necesarias? Sobre la ley le preguntaron cuál era el primer mandamiento, y como ésa otras muchas cosas que no había necesidad alguna de preguntar. ¿Cómo, pues, no le preguntaron sobre lo mismo que Él decía y a lo que estaba más obligado a responder? Más que más, cuando Él mismo los convidaba e incitaba a que preguntaran. Sus sentencias, en efecto, sobre que *el reino de los cielos sufre violencia y los violentos son los que lo arrebatan*, y que el que tenga oídos para oír que oiga, a excitar ese deseo iban dirigidas.

"VINO JUAN BAUTISTA, QUE NO COMÍA NI BEBÍA"

¿Y con quién compararé —prosigue el Señor— *a esta generación? Semejante es a unos chiquillos que se sientan en la plaza y dicen: Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos entonado un canto de duelo, y no os habéis golpeado el pecho.* También esto parece ser independiente de lo anteriormente dicho; y, sin embargo, está muy lógicamente enlazado. Aún está el Señor en el mismo capítulo y trata de demostrarles primero que Juan obraba perfectamente de acuerdo con Él, aun cuando los hechos parecían contrarios, como en el caso de la pregunta que le dirigió por sus discípulos, y juntamente que nada omitió de cuanto debía hacer por su salvación. Es lo que el profeta decía respecto a la viña: *¿Qué otra cosa tenía que hacer con esta viña, que no lo haya hecho?* (Is 5,4) *¿Y con quién* —dice aquí el Señor— *compararé esta generación? Semejante es a unos chiquillos sentados en la plaza, que dicen: Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos entonado un canto de duelo, y no os habéis golpeado el pecho. Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dijeron: Está*

endemoniado. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Ése es un hombre tragón y borracho, amigo de publicanos y pecadores. Que es como si dijera: Yo y Juan seguimos distinto camino, pero los dos llegamos al mismo término. Somos dos cazadores que acosan a un animal difícil de coger y que puede caer en la trampa por dos caminos. Cada cazador toma el suyo, contrario al de su compañero, de modo que por uno u otro lado caiga en el lazo sin remedio. Mirad, si no, cómo todo el género humano admira la maravilla de una vida de ayuno, de austeridad y filosofía. Por eso dispuso la providencia de Dios que Juan se criara desde el principio en ese género de vida, a fin que ello fuera una razón más de dar crédito a sus palabras. —Entonces—dirás—, ¿por qué no entró también Jesús por ese camino? —También, también Él entró, puesto que ayunó durante cuarenta días y corría pueblos y ciudades enseñando, sin tener dónde reclinar su cabeza, Sin embargo, Él conseguía lo mismo también de otro modo y por otro camino obtenía el mismo provecho. Porque lo mismo que entrar Él por aquel camino, y aún mucho mejor, era ser atestiguado por quien lo había seguido. Por otra parte, Juan no podía presentar otra cosa que la austeridad de su vida y conducta, puesto que no hizo jamás milagro alguno; Jesús, sin embargo, tenía justamente el testimonio de sus milagros y el de su vida maravillosa. Dejando, pues, a Juan la gloria del ayuno, el Señor siguió camino contrario, y no tuvo escrúpulo de sentarse a la mesa y comer y beber con publicanos.

LOS JUDÍOS NO CREYERON NI A JUAN NI A JESÚS

Preguntemos, pues, a los judíos: ¿Es cosa buena y admirable el ayuno? Entonces teníais que haber creído a Juan, aceptar su misión y seguir su enseñanza. De este modo, las palabras de Juan debían llevaros a Jesús. ¿El ayuno es cosa insoportable y molesta? Luego tenían que haber creído a Jesús, que seguía camino contrario a Juan. Por uno u otro camino teníais que haber venido a parar en el reino de los cielos. Sin embargo, como fiera indomable, los judíos maltrataron a Juan y a Jesús: No fue la culpa, pues, de los que no fueron creídos, sino de quienes no quisieron creer. Nadie, en efecto, maltrata, como tampoco alaba, a la vez a dos contrarios. Por ejemplo, el que gusta de un hombre alegre y

suave de carácter, no gustará de otro triste y bárbaro; el que alaba al ceñudo no alabará al alegre. Es imposible sentenciar a la vez en favor de uno y otro. De ahí que diga el Señor mismo: *Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado*. Es decir, yo he llevado una vida suave y no me habéis hecho caso. Y: *Os hemos entonado un canto de duelo, y no os habéis golpeado el pecho*. Es decir, Juan llevó vida áspera y dura, y no le prestasteis atención. Y no dijo: "Él llevó una vida y yo otra", sino que como la intención de ambos era una sola, aun cuando sus géneros de vida contrarios, de ahí que todo lo pone en común. Y, en verdad, aun el hecho de haber seguido camino contrario procedía de la más perfecta armonía y tendía al mismo y único fin. ¿Qué defensa, pues, os queda en adelante? De ahí que el Señor añadiera: *Y quedó justificada la sabiduría por sus propios hijos*. Es decir, aun cuando vosotros no creáis, tampoco podréis acusarme de nada en adelante. Que es lo que el profeta dice del Padre: *Para que quedes justificado en tus palabras* (Salmo 50,6). Y es así que Dios, aun cuando nada consiga de su solicitud para con nosotros, cumple cuanto es de su parte, y así no deja ni sombra de pretexto de ingratitud a los que de buena gana se descararían contra al. Ahora, si los ejemplos que se vale el Señor son viles y malsonantes, no te maravilles de ello, pues al hablaba conforme a la debilidad de sus oyentes. También Ezequiel emplea muchos símiles acomodados a sus oyentes, pero que realmente son indignos de la grandeza de Dios. Pero eso mismo es señaladamente signo de su solicitud para con nosotros. Pero considerad también cómo caen los judíos por otro lado en contradicción consigo mismos. Porque después de llamar a Juan endemoniado, no se pararon ahí, sino que le colgaron también al Señor el sambenito, no obstante ir por camino contrario al de Juan. Así venían a parar siempre a opiniones contradictorias. Lucas, por su parte, aún añade otro motivo más grave de acusación contra los judíos, poniendo en boca del Señor estas palabras: *Porque los publicanos justificaron a Dios, por haber aceptado el bautismo de Juan* (Lc 7,29).

MALDICIÓN A LAS CIUDADES INGRATAS

Entonces, cuando la sabiduría quedó justificada, cuando les hubo mostrado que todo se había cumplido, púsose el Señor a reprender a las ciudades. Ya que no las pudo convencer,:as declara

malhadadas, que es más que infundirles miedo. En verdad, ya les había dado su enseñanza, ya había en ellas realizado sus milagros. Pero ya que se obstinaban en su incredulidad, ya no le quedaba sino maldecirlas. *Y entonces* —dice el evangelista— *empezó Jesús a maldecir a las ciudades en que se habían cumplido la mayor parte de sus milagros, por no haber hecho penitencia, y dijo: ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida!* Para que nos demos cuenta que los moradores de aquellas ciudades no eran malos por naturaleza, pone justamente el Señor el nombre de esta ciudad, de la que habían salido cinco apóstoles. Y es así que de Betsaida eran Felipe y las dos parejas de los que eran corifeos del coro de los doce [52]. *Porque si en Tiro y Sidón* —prosigue el Señor — *se hubieran realizado los milagros que en vosotras se han realizado, hace tiempo que hubieran hecho penitencia en saco y ceniza. Ahora bien, yo os aseguro que Tiro y Sidón serán tratadas más benignamente en el día del juicio que no vosotras. Y tú, Cafarnaúm, que te has levantado hasta el cielo, tú serás precipitada hasta el infierno. Porque si en Sodoma se hubieran cumplido los milagros que se han cumplido en ti, Sodoma seguiría en pie hasta hoy. Ahora bien: Yo os aseguro que Sodoma será tratada más benignamente que tú en el día del juicio*. Y no sin razón les pone el ejemplo de Sodoma, pues quiere con él encarecer su culpa. Prueba, en efecto, máxima de maldad es que, por lo visto, aquellos habitantes de Cafarnaúm no sólo eran peores que los que entonces vivían, sino más malvados que cuantos malvados habían jamás existido. Por modo semejante, establece el Señor otra vez comparación y condena a los judíos con el ejemplo de los ninivitas y de la reina del Sur. Sólo que allí se trata de quienes obraron bien; aquí, sin embargo, la comparación es con quienes pecaron, lo que aumenta la gravedad. También Ezequiel conoce este modo de condenación, y así le decía a Jerusalén: *Con todos tus pecados, tú has justificado a tus hermanas* (Ex 16,51). De este modo solía el Señor mostrar en todas partes su predilección con el Antiguo Testamento. Pero ni aun ahí paró su razonamiento, sino que les infunde mayor temor, diciéndoles que tendrán que sufrir más duro castigo que los habitantes de Sodoma y de Tiro. Así, por todos lados, trata de atraérselos; lo mismo por sus ayes de maldición que por él miedo que les infunde.

[52] Es decir, Pedro y Andrés, Santiago y Juan

LA INHOSPITALIDAD DE LOS CRISTIANOS TAMBIÉN SERÁ CASTIGADA

Escuchemos también nosotros estas palabras del Señor. Porque no sólo contra los incrédulos, contra nosotros mismos, señaló el Señor castigo más duro que el de los habitantes de Sodoma si no acogemos a los huéspedes que acuden a nosotros, pues Él les mandó que sacudieran hasta el polvo de sus pies. Y con mucha razón. Porque si es cierto que aquéllos cometieron actos inicuos, pero, al cabo, ello fue antes de la ley y de la gracia. Pero nosotros, que hemos sido objeto de tan extraordinaria providencia, ¿qué perdón merecemos al mostrar tanto horror al huésped y cerrar las puertas a los necesitados, y antes que las puertas, los oídos? O, por mejor decir, no sólo los cerramos a los pobres, sino a los mismos apóstoles. Y, en realidad, por cerrárselos a los apóstoles, se los cerramos a los pobres. Porque si, cuando se lee a Pablo, tú no atiendes; si, cuando Juan predica su evangelio, tú no escuchas, ¿cómo recibirás al pobre, si no has recibido al apóstol? Ahora, pues, a fin que nuestras puertas estén continuamente abiertas a los pobres y nuestros oídos a los apóstoles, limpiemos la suciedad de las orejas del alma.

CONTRA LOS CANTOS OBSCENOS DEL TEATRO

Y es así que a la manera como la suciedad y el barro obstruyen los oídos corporales, así los cantos obscenos, las conversaciones mundanas, sobre deudas, sobre asuntos de préstamos y usuras, taponan peor que cualquier suciedad el oído del alma. Y no sólo lo taponan, sino que lo hacen impuro. Y, a la verdad, los que hablan de esas cosas, no otra cosa que estiércol nos echan en los oídos. Lo que aquel bárbaro amenazaba: *Comeréis vuestros propios excrementos* (Is 36,12)—, etc., eso nos hacen sufrir esas gentes, no de palabra, sino de hecho. Y, a decir verdad, más gravemente todavía, pues más repugnantes que aquéllos son esos cantos obscenos. Y lo más grave es que, lejos de molestaron al oírlos, los celebráis con vuestra risa, cuando fuera deber vuestro abominarlos y salir huyendo. Y si esas cosas no son abominables, anda, baja tú a la escena e imita eso mismo que aplaudes. O, mejor, anda sólo en compañía de quien de ese modo te hace reír. ¡No lo soportarías! Entonces, ¿por qué le tributas tanto honor? Las mismas leyes

promulgadas por los paganos decretan que esas gentes sean tenidas por bajas. Tú, en cambio, los recibes con la ciudad entera, como si se tratara de embajadores o generales victoriosos, y a todos los invitas a que se llenen las orejas de excrementos. Si un esclavo tuyo pronuncia una palabra indecente, y tú la oyes, recibe su buena tunda de azotes. Si eso lo hace tu mujer, un hijo tuyo o cualquier otro, tú lo tienes por una indecencia. En cambio, si unos hombres viles, que no valen tres óbolos, te invitan a que vayas a oír sus palabras indecentes, no sólo no te irritas, sino que te alegras y los aplaudes. ¿Puede darse mayor inconsecuencia? ¿Me dices que tú no pronuncias esas palabras indecentes? ¿Y qué adelantamos con eso? O, mejor dicho, ¿cómo se demuestra que tú no las dices? Si no las dijeras, no te reirías al oírlas, ni correrías con tanto afán a escuchar unas voces que te deshonran. Si no, dime: ¿te alegras cuando oyes una blasfemia? ¿No te estremeces más bien y te tapas los oídos? Yo por lo menos así lo supongo. ¿Qué se sigue de ahí? Que tú tampoco blasfemas. Hazlo así también con las palabras torpes. Y si quieres demostrar con evidencia que tú 'tampoco gustas de pronunciarlas, no aguantes ni el oírlas. ¿Cuándo, en efecto, esperas llegar a ser hombre bueno, si de tales audiciones te alimentas? ¿Cuándo soportarás los combates por la castidad, si te vas dejando arrastrar poco a poco por esa risa, por esos cantos y palabras obscenas? Ya sería bastante que, con un alma limpia de todo eso, pudieras llegar a ser puro y casto, no digamos si de tales audiciones la alimentas. ¿Es que no sabéis que toda nuestra inclinación se va hacia el mal? Pues si ya de él hacemos un arte y un oficio, ¿cómo podremos huir del horno del infierno? ¿No habéis oído la palabra de Pablo: *Alegraos en el Señor*? (Filp 4,4) ¡En el Señor, no en el diablo!

TERRIBLE INVECTIVA CONTRA EL TEATRO

¿Cuándo, pues, estarás en disposición de oír a Pablo? ¿Cuándo tendrás conciencia de tus pecados, puesto que esos espectáculos te producen borrachera continua, de la que nunca despiertas? Porque que hayas venido aquí, a la iglesia, no es cosa grande ni maravillosa, o, por mejor decir, sí que es cosa maravillosa. Pues aquí vienes porque sí, por mero cumplimiento; al teatro, en cambio, te diriges con fervor, a la carrera y con entusiasmo sin límites. Y bien se ve por lo que a casa llevas, cuando de allí vuelves. Porque

es así que todo el cieno que allí se os ha echado encima por medio de palabras, de canciones y de risas, cada uno lo recoge para llevárselo a casa, o, por mejor decir, no tanto os lo lleváis materialmente a casa, cuanto os lo metéis en la propia alma. De lo que no es abominable, os apartáis con horror; lo de verdad abominable, sin embargo, no sólo no lo aborrecéis, sino que lo amáis. Así, muchos se lavan citando vuelven del cementerio; mas cuando vuelven del teatro, no se les ocurre gemir ni derramar fuentes de lágrima mas. Y, sin embargo, un muerto no es cosa impura; el pecado, sin embargo, deja tan grande mancha, que mil fuentes de agua no son capaces de lavarla; sí, las lágrimas y la confesión. Pero nadie se da cuenta de esta mancha. Y es que como tememos lo que no debemos temer, nos espantamos de lo que no debiéramos espantarnos. Pero ¿qué estruendo es ése, qué alboroto, qué voces infernales, qué diabólicas figuras? ¡Ah! Es un joven, que, no obstante su sexo, se echa atrás una larga cabellera y, afeminada su naturaleza, por su mirada, por su figura, por sus vestidos, por todo, en una palabra, se esfuerza por remedar la imagen de una tierna muchacha. Allí, por lo contrario, aparece un viejo con el cabello rasurado a navaja, con los lomos ceñidos, que antes de cortarse el pelo se cortó también el pudor, y allí está dispuesto a que le abofeteen y a hacer y decir por su cuenta todo lo que bien le venga. En cuanto a las mujeres, allí están también, con la cabeza descubierta, hablando desvergonzadas con el pueblo, muy bien estudiado su papel de impudicicia y derramando en las almas de los oyentes todo desenfreno y toda disolución. Solo un empeño tienen: arrancar de raíz todo sentido de castidad, deshonrar la naturaleza, satisfacer el deseo del maligno demonio. Y es así que allí las palabras son torpes, ridículas las figuras, ridículo el peinado, y, por el estilo, el -paso, el vestido, la voz, las contorsiones de los miembros, las desviaciones de los ojos, y las siringes, y las flautas, y los dramas, y los temas. Todo, en una palabra, rebosa de la más absoluta disolución. ¿Cómo, pues, dime por tu vida, podrás ser sobrio, cuando el diablo te ofrece ese vino puro de disolución y te brinda con tantas copas de torpeza? Allí, en efecto, los adulterios, allí la violación de los casamientos, mujeres de rompe y rasga, hombres pervertidos, jóvenes afeminados, todo, en fin, rebosante de iniquidad, monstruosidad y torpeza. No debían, pues, reír los espectadores, sino llorar y gemir amargamente. —¿Pues qué? —me gritas—. ¿Vamos a cerrar la escena y por tu

palabra va a trastornarse todo? — ¡No! Ahora es ciertamente cuando todo está trastornado. ¿De dónde, dime por favor, proceden las asechanzas contra los matrimonios, sino de esa escena? ¿De dónde salen los que taladran las cámaras nupciales, sino del teatro? ¿No vienen de ahí los hombres que se muestran duros con sus mujeres? ¿No vienen de ahí las mujeres que son despreciadas por sus maridos? ¿No vienen de ahí la mayoría de los adulterios? De suerte que quien lo trastorna todo es justamente el que va al teatro; ése es el que ha introducido esta terrible tiranía de la disolución. —No —me contestas—, todo esto está ordenado por las leyes. — ¡Entonces —te respondo yo— el raptar a las mujeres, el corromper a los muchachos, el trastornar a las familias es obra de los que ocupan las ciudadelas, obra de los que mandan! — ¿Y quién —me dices— se ha hecho adúltero a consecuencia de estos espectáculos? — ¿Y - quién no se ha hecho?—te respondo yo. Si fuera lícito citar aquí nombres, yo te demostraría a cuántos maridos han separado de sus mujeres, a cuántos cogieron cautivos aquellas rameras de la escena, a unos arrancándolos del mismo lecho nupcial, a otros no dejándoles siquiera pensar en el matrimonio. ¿Pues qué? —dime—, ¿vamos a trastornar las leyes todas? — ¡No! Derribando esos teatros, lo único que se trastorna es una iniquidad. Porque de ahí proceden los que son pestilencia de las ciudades; de ahí, por lo menos, las sediciones y los tumultos. Porque quienes viven de la escena y venden su voz a su vientre; los que tienen por profesión la grita y cometer cualquier extravagancia, ésos son los que mejor encandilan a la chusma y los que producen los tumultos en las ciudades. Y es así que una juventud entregada a la ociosidad y nutrida en tales males, se vuelve más salvaje que todas las fieras.

HAY HONESTAS DIVERSIONES FUERA DEL TEATRO

¿De dónde, dime, proceden los hechiceros? ¿No proceden acaso de querer excitar a la chusma vana y ociosa, de querer aprovecharse los farsantes de los frecuentes tumultos y de enfrentar a las mujeres perdidas con las honradas? Porque llevan sus embustes a extremo tal, que no vacilan en turbar la paz de los huesos de los difuntos. ¿No proceden también de verse forzados a gastar enormes sumas en esos abominables coros del diablo? ¿Y

de dónde viene la disolución, con toda su infinita secuela de males? ¿Ves cómo eres tú el que trastornas la vida al abogar por el teatro? Yo, sin embargo, que pido su destrucción, más bien la sostengo. — ¡Derribemos, pues, el teatro!, me contestas. — ¡Ojala fuera posible derribarlo! O, mejor, con sólo que queráis, por lo que a nosotros toca, ya está derribado, ya está por el suelo. Sin embargo, yo no pido siquiera tanto. Queden en pie los teatros; pero no los frecuentéis, lo que es mérito mayor que derribarlos. Y si no a otros, imitad en esto a los bárbaros, que están limpios de semejantes espectáculos. ¿Qué excusa podremos ya poner nosotros —nosotros ciudadanos de los cielos—, que entramos en los coros de los querubines y somos compañeros de los ángeles, si en esto nos hacemos peores que los bárbaros? ¡Y eso cuando tantos modos mejores tenemos de divertirnos! Si quieres, en efecto, recrearte, pasea por los jardines, por la orilla del río y de los lagos. Contempla los parques, escucha el canto de las cigarras, visita las tumbas de los mártires. Allí, juntamente con la salud de tu cuerpo, hallarás provecho para tu alma; allí no hay daño alguno, allí el placer no va seguido del remordimiento, como en los teatros. Tienes mujer y tienes hijos. ¿Qué placer puede compararse con ése? Tienes tu casa, tienes amigos. Éstos, sí, son placeres, en que el provecho es perfectamente compatible con la castidad. ¿Qué hay, dime por tu vida, para quien vive castamente, más dulce que la mujer y los hijos? Por lo menos se cuenta de unos bárbaros haber dicho una palabra llena de filosofía. Como oyeran hablar de estos teatros de iniquidad y del placer indecente que procuraban: "¡Cualquiera diría —dijeron— que los romanos han inventado semejantes pasatiempos por no tener mujeres ni hijos!" Con lo que daban a entender que, si se quiere vivir honestamente, no hay nada más dulce que la mujer y los hijos.

SIN ESPECTADORES NO HABRÍA TEATRO

— ¿Y qué —objetas— si yo te demuestro que hay quienes ningún daño reciben de la frecuentación del teatro? —A lo que yo te contestaré que ya es muy grande daño pasar allí inútilmente el tiempo y ser escándalo para los otros. Aun cuando tú personalmente no sufras daño, con tu presencia aficionas más al otro al espectáculo. Pero ¿cómo podrá decirse que tú no sufres daño, cuando contribuyes a los que se producen? Porque el hechicero, y

el joven pervertido, y la mujer perdida, y todos aquellos coros del diablo, sobre tu cabeza harán caer la culpa de todo lo que allí se hace. Porque, si no hubiera espectadores, tampoco habría quienes se dedicaran a esas infamias; pero como los hay, también ellos tendrán parte en el fuego que ha de castigar lo que-allí se hace. En conclusión, aun suponiendo que tu castidad no tuviera que sufrir nada allí, lo cual es imposible, aún tendrás, sin embargo, que dar grave cuenta de la perdición de los otros: de los que contemplan el espectáculo y de los que atraen a los espectadores. Y, a la verdad, mucho hubiera ganado tu castidad si no hubieras acudido allí. Porque si aun ahora te mantienes casto, más casto serías de no haber frecuentado tales vistas.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡BASTA DE VANAS EXCUSAS!

No porfiemos, pues, vanamente. No excogitemos defensas insensatas. Sólo tenemos una defensa: huir del horno de Babilonia, estar muy lejos de la ramera egipcia, aun cuando tuviéramos que escapar desnudos de sus manos. De este modo gozaremos del placer más puro, pues no nos acusará nuestra conciencia, viviremos con castidad la presente vida y alcanzaremos los bienes venideros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 38

En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Yo te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelaste a los pequeñuelos. Sí, ¡oh Padre!, porque así fue beneplácito delante de ti (Mt 11,25ss).

POR CUÁNTOS MEDIOS NOS ATRAE EL SEÑOR A SU FE

Mirad por cuántos medios trata el Señor de atraer a sus oyentes a la fe en Él. En primer lugar, por las alabanzas tributadas a Juan Bautista, pues por el hecho de demostrarles que había sido varón grande y maravilloso afirmaba que eran dignas de crédito las cosas por aquél dichas, por las que justamente el Precursor había tratado

de llevarlos a su conocimiento. Segundo, por su propia sentencia que *el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos son los que lo arrebatan* (Mt 11,12). Palabras con que el Señor quería incitarlos y aun empujarlos. Tercero, por el hecho de mostrarles que todos los profetas habían ya terminado, puesto que ello ponía bien de manifiesto que 11 era el que aquéllos habían de antemano anunciado. Cuarto, haciéndoles ver que cuanto 21 tenía que hacer, todo lo había hecho; que es lo que quiso significar por la comparación de los chiquillos que juegan en la plaza. Quinto, por medio de las maldiciones contra los que no creían, contra los que había dirigido tan terribles amenazas. Sexto, dando gracias, ahora, a su Padre, por los que creen. Porque aquí: *Te confieso, Padre*, tanto vale como: *Te doy gracias, Padre: Te doy gracias, Padre* —dice— *porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes*.

EL SEÑOR NO SE ALEGRA DE LA CEGUERA DE LOS SABIOS

— ¿Cómo? ¿Es que el Señor se alegra que se pierdan los sabios y prudentes y que no conozcan estas cosas? — ¡De ninguna manera! No. Es que el mejor camino de salvación era no forzar a los que le rechazaban y no querían aceptar su enseñanza. De este modo, ya que por el llamamiento no habían querido convertirse, sino que lo rechazaron y menospreciaron, por el hecho de sentirse reprobados vinieran a desear su salvación. De este modo también, los que le habían atendido vendrían a ser más fervorosos. Porque el habérseles a éstos revelado estas cosas era motivo de alegría; mas el habérseles ocultado a los otros, no ya de alegría, sino de lágrimas. Y también éstas derramó el Señor cuando lloró sobre Jerusalén. No se alegra pues, por eso, sino porque lo que no conocieron los sabios, lo conocieron los pequeñuelos. Como cuando dice Pablo: *Doy gracias a Dios, porque erais esclavos del pecado, pero obedecisteis de corazón a la forma de doctrina a que fuisteis entregados* (Rom 6,17). No se alegra, pues, Pablo que hubieran sido esclavos del pecado, sino de que, no obstante haberlo sido, gozaron luego tan altos dones de Dios.

QUIÉNES SON LOS SABIOS QUE RECHAZA EL SEÑOR

Llama aquí el Señor sabios a los escribas y fariseos, y lo hace

así para incitar el fervor de sus discípulos, al ponerles delante qué bienes se concedieron a los pescadores y perdieron todos aquellos sabios. Mas, al llamarlos sabios, no habla el Señor de la verdadera sabiduría, que merece toda alabanza, sino de la que aquéllos se imaginaban poseer por su propia habilidad. De ahí que tampoco dijo: "Se les ha revelado a los necios", sino: A los pequeños, es decir, a los no fingidos, a los sencillos. Y hace ver el Señor que no inmerecidamente, sino con toda razón, fueron privados aquellos presuntos sabios de gozar de estos bienes. Es una nueva lección que nos da para que nos apartemos de toda soberbia y sigamos la sencillez. La misma que Pablo nos reitera, con más energía, cuando escribe: *Si alguno entre vosotros cree ser sabio en este siglo, hágase necio para llegar á ser sabio* (1 Cor 3,18). Porque así se muestra la gracia de Dios.

POR QUÉ DIRIGE JESÚS SU ACCIÓN DE GRACIAS AL PADRE

—Pero ¿por qué dirige el Señor su acción de gracias al Padre, cuando fue Él mismo quien hizo eso? —Por la misma razón porque en otras ocasiones ruega y suplica a su Padre. Es una manera de mostrarnos el infinito amor que nos tiene, y lo mismo hace aquí. Porque también aquí nos da pruebas de su infinito amor. Por otra parte, les da a entender a aquellos sabios y prudentes que no sólo le habían perdido a Él, sino también a su Padre. Porque lo mismo que Él había mandado a sus discípulos: *No arrojéis lo santo a los perros* (Mt 7,6), lo cumplía Él anticipadamente. Además, de ahí demuestra el Señor que ello era obra principalmente de su propia voluntad y de la del Padre. De la suya propia, porque se alegra y da gracias por el hecho; de la de su Padre, pues tampoco éste lo hizo porque se le hubiera suplicado, sino porque de suyo se movió a ello. Porque así —dice— fue tu beneplácito. Es decir, porque a ti te plugo. Ahora, por qué les fue esto oculto a escribas y fariseos, oye cómo lo dice Pablo: *Porque, buscando establecer su propia justicia, no se sometieron a la justicia de Dios* (Rom 10,3). Considerad, pues, qué sentirían naturalmente los discípulos al oír al Señor hablar así. Lo que los sabios no habían conocido, lo habían conocido ellos, y lo habían conocido por permanecer pequeñuelos, y lo habían conocido por revelación de Dios. Lucas, por su parte, cuenta que en el mismo momento en que llegaron los

setenta y dos discípulos y le refirieron al Señor lo que les había pasado con los demonios, entonces fue cuando Él se regocijó y dijo estas palabras, que, a la vez que habían de incitar más su fervor, eran también un aviso a la humildad (Lc 10,17-21). Y es que, como naturalmente habían de sentir algún orgullo de haber expulsado a los demonios, también por allí trata el Señor de reprimirlos. Lo que había sucedido, obra era de revelación divina, no fruto de su propio esfuerzo.

ADMONICIÓN CONTRA EL ORGULLO

Justamente, si escribas y fariseos, que se tenían por sabios, habían perdido aquella gracia, a su propio orgullo se lo debían. Luego, si por su orgullo les fue ocultado este conocimiento, temed también vosotros —les dice— y manteneos pequeñuelos. Vuestra pequeñez fue causa que vosotros gozarais de la revelación, como su orgullo los privó a ellos de ese conocimiento. Porque es de notar que cuando el Señor dice: *Se lo escondiste*, no por ello afirma que Dios lo hiciera todo; al modo que cuando dice Pablo: *Dios los entregó a su sentido reprobado y cegó sus pensamientos* (Rom 1,28), no habla ahí de Dios como quien obró todo eso. No, fueron ellos los que tuvieron la culpa. Así hay que entender aquí lo de ocultar y revelar.

LA DIGNIDAD ÚNICA DEL Hijo

Ya que el Señor había dicho: *Te confieso*, *Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos*; para que nadie pensara que hablaba así por no tener Él mismo aquel poder y no ser capaz de hacer lo mismo que el Padre, prosigue diciendo: *Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre*. Era como decirles a los discípulos, que se alegraban de haber expulsado a los demonios: "¿Por qué os maravilláis que os obedezcan los demonios? Todo es mío, todo me ha sido entregado". Mas, ya que oyes la palabra entregado, no por ello te imagines una entrega a la manera humana. Si el Señor la emplea aquí es porque quiere que no nos imaginemos a dos dioses ingénitos. Porque, que Él es engendrado y a la vez dueño soberano de todas las cosas, por otros muchos testimonios nos lo pone Él de manifiesto. Seguidamente, y para esclarecer aún más tu inteligencia, aún dice el Señor algo más grande: *Y nadie conoce al*

Hijo sino el Padre; ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo. Los ignorantes pudieran pensar que no hay enlace entre esta sentencia del Señor y lo anteriormente dicho; sin embargo, lo hay y muy estrecho. Y, en efecto, como Él había dicho: *Todo me ha sido entregado por mi Padre*, prosigue: "¿Y qué maravilla es que sea dueño soberano de todas las cosas, cuando tengo algo más grande que esa soberanía, pues conozco al Padre y soy de su misma sustancia?" Porque, veladamente, también esto lo da a entender el Señor por el hecho de ser Él solo quien de este modo conoce al Padre. Decir en efecto: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*, eso es lo que quiere decir. Y notad el momento en que el Señor dice esto: cuando ya sus discípulos habían recibido en las obras una prueba de su poder, no sólo por haberle visto a Él hacer milagros, sino porque ellos mismos los habían hecho tan grandes en nombre suyo. Además, como había dicho: *Lo has revelado a los pequeñuelos*, ahora hace ver que también esta revelación es obra suya: *Porque nadie —dice — conoce perfectamente al Padre sino el Hijo y a quien el Hijo se lo quiere revelar*. A quien Él quisiere, no a quien se le ordene o se le mande. Ahora bien, si revela al Padre, también se revela a sí mismo. Esto, sin embargo, por evidente, lo pasó por alto, y sólo habló de la revelación del Padre, que es lo que hace en todas partes, como cuando dice: *Nadie puede venir al Padre sino por mí* (Jn 14,6). Mas, con esto, otra cosa pretendía también demostrar el Señor, a saber, su perfecta armonía y acuerdo de sentir con el Padre. Tan lejos estoy —parece decir a sus enemigos— de estar en pugna con el Padre, ni de hacerle la guerra, que ni posible es que nadie vaya a Él si no es por mí. Como quiera que lo que señaladamente escandalizaba a los judíos era que, a su parecer, se mostraba contrario a Dios, esa imaginación trata el Señor de quitarles por todos los medios, y no se preocupa de ello menos, sino más, que de los mismos milagros. Notemos, sin embargo, que al decir: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo*, no quiere decir que todos en absoluto le desconocieran, sino que el conocimiento que Él tenía del Padre no lo había alcanzado nadie. Lo cual puede igualmente decirse del Hijo. No hablaba aquí el Señor de un Dios desconocido, del que nadie hubiera tenido noticia, como opinara Marción, sino que aludía al cabal conocimiento que solo Él poseía. Y en este sentido, tampoco al Hijo lo conocemos como se le debe conocer. Es lo mismo que declara Pablo, cuando dice: *En parte conocemos y en parte profetizamos*

(1 Cor 13,9).

"VENID A Mí TODOS LOS QUE TRABAJÁIS

Ahora, cuando con estas palabras ha excitado su deseo y les ha demostrado su inefable poder, convídalos a Sí, diciendo: *Venid a mí todos los que estáis cansados y vais cargados, y yo os aliviaré*. No éste o aquél, sino todos los que tenéis preocupaciones, sentís tristeza o estáis en pecado. Venid, no porque yo os quiera pedir cuentas, sino para perdonaros vuestros pecados. Venid, no porque yo necesite de vuestra gloria, sino porque anhelo vuestra salvación. *Porque yo* —dice— *os aliviaré*. No dijo solamente: os salvaré, sino lo que es mucho más: os pondré en seguridad absoluta.

EL YUGO SUAVE Y LA CARGA LIGERA

Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera. No os espantéis —parece decirnos el Señor— al oír hablar de yugo, pues es suave; no tengáis miedo que os hable de carga, pues es ligera. —Pues ¿cómo nos habló anteriormente de *la puerta estrecha y del camino angosto*? (Mt 7,14) —Eso es cuando somos tibios, cuando andamos espiritualmente decaídos; porque si cumplimos sus palabras, su carga es realmente ligera. — ¿Y cómo se cumplen sus palabras? —Siendo humildes, mansos y modestos, Esta virtud de la humildad es, en efecto, madre de toda filosofía. Por eso, cuando el Señor promulgó aquellas sus divinas leyes al comienzo de su misión, por la humildad empezó. Y lo mismo hace aquí ahora, a la vez que señala para ella el más alto premio. Porque no sólo —dice — serás útil a los otros, sino que tú mismo, antes que nadie, encontrarás descanso para tu alma. *Encontraréis* —dice el Señor— *descanso para vuestras almas*. Ya antes de la vida venidera te da el Señor el galardón, ya aquí te ofrece la corona del combate, y de este modo, a la vez que poniéndosete Él mismo por dechado, te hace más fácil de aceptar su doctrina.

EXHORTACIÓN A LA HUMILDAD

Porque ¿qué es lo que tú temes—parece decirte el So Sor?— ¿Quedar rebajado por la humildad? Mírame a mí, considera los ejemplos que yo os he dado y entonces verás con evidencia la

grandeza de esta virtud. ¿Veis cómo por todos loe medios los conduce a la humildad? Por lo mismo que Él hizo: *Aprended de mí, porque yo soy manso y humilde de corazón*. Por el provecho que de ello habían ellos mismos de sacas: *Porque encontraréis* —les dice— *el descanso para vuestras almas.* Por las gracias que Él mismo les concede: *Porque también yo os aliviaré*. Porque nos la hace fácil: *Mi yugo es suave y ni carga ligera*. Por modo semejante trata Pablo de persuadirnos diciendo: *La presente momentánea tribulación nos produce, sobre toda ponderación, un eterno peso de gloria* (2 Cor 4,17). Pero ¿cómo puede llamar el Señor ligera su carga, cuando nos dice: *El que no aborrece a su padre y a su madre*; y: *El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí*; y: *El que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,26.27.33); cuando nos manda desprendernos hasta de la propia vida? Que te responda Pablo, cuando dice: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la estrechez, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada?* Y aquello otro: *No merecen los sufrimientos de este siglo entrar en parangón con la gloria venidera que ha de revelarse en nosotros* (Rom 8,35.18). Te respondan los apóstoles, que salen del sanedrín de ser azotados, e *iban alegres, porque habían merecido ser deshonrados por el nombre de Jesús* (Hechos 5,41). Y si tú tiemblas y te estremeces de sólo oír "yugo" y "carga", tu miedo no viene de la naturaleza misma de la cosa, sino de tu tibieza. Porque, si fueras decidido y fervoroso, todo se te haría fácil y ligero. De ahí que Cristo, para darnos a entender que también de nuestra parte hemos de trabajar algo, no habló sólo de lo fácil y se calló, ni tampoco sólo de lo pesado, sino que juntó lo uno y lo otro. Nos habló de yugo, pero lo llamó suave; nos habló de la carga, pero la calificó de ligera. Así, ni por excesivamente trabajoso, lo huyeras; ni por excesivamente ligero, lo desdeñaras.

LA VIRTUD ES MENOS PESADA QUE EL VICIO

Mas, en fin, si, aun con todo eso, todavía te parece la virtud cosa difícil, considera que aún es más difícil el vicio. Y eso justamente da a entender el Señor por el hecho que no dijo primero: "Tomad mi yugo", sino ante todo: *Venid a mí los que estáis cansados y vais cargados*; lo que valía tanto como decir que el pecado produce fatiga y es carga pesada e incomportable. Porque no habló el

Señor sólo de "cansados", sino también de "cargados". Lo mismo decía también el profeta al describir la naturaleza del mismo pecado: *Como carga pesada me cargaron sobre mí* (Salmo 37,5). Y describiendo igualmente Zacarías el pecado, lo llama *talento de plomo* (Zac 5,7). Y así lo demuestra la experiencia misma. Nada, en efecto, pesa tanto el alma, nada ciega tanto la inteligencia y la abate hasta el suelo, como la conciencia del pecado. Nada, en cambio, presta tan ligeras alas al alma, nada la levanta tanto al cielo, como la posesión de la justicia y virtud. Si no, mira. ¿Qué más pesado, dime, que no poseer nada, volver la otra mejilla, no poder volver golpe por, golpe, morir de muerte violenta? Sin embargo, si abrazamos la divina filosofía, todo eso se nos hará fácil y ligero y hasta se convertirá en una fuente de placer. Pero no os alborotéis. Vamos a examinar, puntualmente, cada una de esas cosas y, si os place, empezaremos por lo que a muchos se les antoja por extremo trabajoso. Ahora bien, ¿qué os parece, decidme, más pesado y molesto? ¿No tenerse que preocupar más que de un vientre o llevar ansiosamente la carga de infinitos otros? ¿No tener más que un vestido que ponerse y no buscar nada más o tener las arcas llenas de ropas, y atormentarse día y noche, temiendo y temblando por su custodia, sufriendo y angustiándose por su deterioro, si los atacará la polilla, si algún esclavo los robará y se irá con ellos? Sin embargo, cuanto yo diga, no tendrá tanta eficacia para demostrar mi tesis como la experiencia misma de las cosas. Por eso yo quisiera que se nos presentara aquí alguno de los que ya han alcanzado esas cumbres de la filosofía. Y entonces verías claramente el placer que en sí encierra la pobreza. Yo os aseguro que ninguno de los que se han enamorado de la pobreza querrían hacerse ricos, aunque infinitos se lo ofrecieran. —Pero ¿acaso —me replicarás— querrían los ricos ser pobres y dejar esas preocupaciones que tienen? — ¿Y qué prueba eso? Eso sólo prueba su locura y la grave enfermedad que sufren, no que la riqueza sea cosa tan suave como tú te imaginas.

ALEGRÍA DEL SEGUIMIENTO DE CRISTO

Bien pudieran atestiguamos esto mismo aquellos que diariamente se lamentan de tantas preocupaciones y tienen la vida por insoportable. No así los seguidores de Cristo, que ríen y viven jubilosos y se glorían de su pobreza más que los reyes de su

diadema. Así, también, si atentamente se mira, volver la otra mejilla es más fácil que volver golpe por golpe. Lo uno es empezar la guerra; lo otro, ponerle fin. Con lo uno se enciende más el fuego del enemigo; con lo otro apagamos hasta el ardor propio. Ahora bien, que no quemarse sea más agradable que abrasarse, es cosa que se le alcanza a todo el mundo. Y si tal sucede con el cuerpo, con mucha más razón en el alma. ¿Qué es más fácil: combatir o recibir la corona, luchar en el pugilato o tener ya en la mano el premio, ser traído y llevado por las olas o arribar al puerto? Luego también el morir es mejor que el vivir. El morir nos saca de las olas y peligros, el vivir, sin embargo, nos pone en medio de ellos y nos expone a mil asechanzas y necesidades, por las que tú mismo has tenido la vida por in-comportable. Y si niegas fe a las palabras, oye a los que contemplaron los rostros de los mártires en tiempo de las persecuciones cómo, azotados y aserrados, estaban radiantes de alegría, y, tendidos sobre sus parrillas, se sentían más gozosos y jubilosos que los que están echados sobre lecho de rosas. De ahí que dijera también Pablo cuando estaba para salir de este mundo, y salir por muerte violenta: *Me alegro y me congratulo con todos vosotros; y vosotros, igualmente, alegraos y congratulaos conmigo* (Filp 2,17-18). ¡Mirad con qué extremos convida a la tierra entera a que tome parte en su alegría! Tan grande bien sabía él que era el viaje de este mundo al otro; tan apetecible, tan amable, tan digna de ser pedida se le aparecía la muerte misma, ella tan espantable para otros.

TORMENTO DEL ESCLAVO DE LA PASIÓN

Por muchas otras consideraciones pudiera todavía demostrarse evidentemente que el yugo de la virtud es suave y ligero. Pero consideremos ya, si os place, las cargas que lleva consigo el pecado. Tomemos como ejemplo a los avaros, a esos vendedores y revendedores de desvergonzadas escrituras de pago, títulos y obligaciones. ¿Puede haber carga más pesada que ese negocio? ¡Cuántas angustias, cuántas preocupaciones, cuántos choques, cuántos peligros y asechanzas y guerras no engendran diariamente tales ganancias! ¡Cuántos alborotos y tumultos! Como no es posible contemplar el mar absolutamente en calma, así tampoco es posible que un alma de ésas se halle sin preocupaciones, sin tristezas, sin temores y sin turbación. Unas olas se suceden a

otras, y a éstas otras, y antes que unas terminen ya se han levantado otras. Pero ¿quieres contemplar el alma de los maldicientes y de los iracundos? ¿Y qué tortura habrá peor que ésta? ¿Qué herida más dolorosa que las que éstos llevan dentro? ¿Qué habrá peor que ese horno que siempre arde y que esa llama que nunca se apaga? ¿Qué decir de los que aman los cuerpos y viven apegados a la presente vida? ¿Hay esclavitud más dura que ésa? Ellos viven la vida del mismo Caín, temiendo siempre y temblando; y si uno de los que ellos aman viene a fenecer, lloran en ellos su propia muerte más que si fueran sus mismos allegados. ¿Y qué hay más alborotado y más loco que un soberbio? *Aprended de mí* —dice el Señor—, *porque yo soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas*. La paciencia, en efecto, es la madre de todos los bienes.

EXHORTACIÓN FINAL: TOMEMOS SIN MIEDO EL YUGO DEL SEÑOR

No temas, por tanto, ni huyas de un yugo que te libra de todos estos males; ponte más bien debajo de él con todo fervor y entonces verás claramente su suavidad. Ese yugo no oprime tu cuello, sino que sólo se te impone por razón de disciplina, para enseñarte a caminar derechamente, para conducirte por el camino real, para preservarte de los abismos a uno y otro lado, para hacerte recorrer con facilidad la senda estrecha. Ahora, pues, ya que tanta es su seguridad, tantos los bienes que nos procura, tanta la alegría, llevemos ese yugo con toda nuestra alma, con todo el fervor de nuestro corazón. De ese modo, hallaremos aquí el descanso para nuestras almas, y alcanzaremos luego los bienes venideros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

En aquel tiempo caminaba Jesús un día de sábado por entre unos sembrados, y coma sus discípulos tenían hambre, se pusieron a arrancar unas espigas y a comérselas. Al verlo los fariseos le dijeron: "Mira que tus discípulos están haciendo lo que no es lícito hacer en día de sábado". Y Él les respondió: "¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban: Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no le estaba permitido comer a él, sino a solos los sacerdotes?" (Mt 12,1ss).

EL SEÑOR QUERÍA ABOLIR EL SÁBADO

Lucas, por su parte, emplea la expresión "sábado primero-segundo". ¿Qué quiere decir primero-segundo? Así se dice cuando se da una doble fiesta: un sábado del Señor y otra que le sigue, pues los judíos llaman sábado a cualquier festividad —Pero ¿por qué el Señor llevó por allí a sus discípulos, al que todo lo preveía, si es que no quería que se quebrantara el sábado? —Lo queda ciertamente, pero no sin motivo. Realmente, nunca lo quebranta sin motivo, sino que siempre presenta razonables pretextos, con lo que por una parte deroga la ley, y, por otra, no hiere demasiado a los judíos. Hay, sin embargo, casos en que lo quebranta por principio, sin circunstancia alguna que le excuse; por ejemplo, cuando untó con barro los ojos del ciego o cuando dijo: *Mi Padre está trabajando hasta el presente y yo también trabajo* (Jn 5,7). El Señor obra de uno y otro modo, según pretenda o glorificar a su Padre o guardar algún miramiento a la flaqueza de los judíos. Que es justamente lo que aquí hace al alegarles la necesidad natural. En verdad, de haberse tratado de un pecado evidente, ninguna defensa hubiera sido posible. Porque el asesino no puede alegar como excusa su ira, ni el adúltero su pasión; o, por decir mejor, para esos pecados no puede alegarse excusa de ningún linaje. Pero aquí el Señor, con solo el motivo del hambre, absolvió a sus discípulos de toda culpabilidad. Pero admirad aquí a los discípulos del Señor, tan modestos y humildes, que no hacen caso alguno de las necesidades corporales, que tienen por cosa accesoria la comida material y que, continuamente aguijados por el hambre, no por eso se apartaban de su maestro. Porque es así que, de no

haberse sentido forzados por el hambre, no hubieran arrancado y comido unas espigas. ¿Qué hacen, pues, los fariseos? *Como los vieran* —dice el evangelista— *los fariseos, le dijeron a Jesús: Mira que tus discípulos están haciendo lo que no es lícito en día de sábado*. No se muestran aquí muy vehementes, a pesar que ello hubiera sido natural. Sin embargo, no se irritan demasiado. Se contentan con plantear sencillamente la acusación. En cambio, cuando el Señor curó al hombre de la mano seca, se enfurecieron de tal manera, que ya empezaron a deliberar sobre quitarle violentamente la vida. Cuando nada grande ni extraordinario se realiza, los fariseos se estaban quietos; pero donde ven que se da la salud a los enfermos, allí de su furor y alboroto, allí su pesadez insoportable. Tan enemigos eran de la salvación de los hombres.

JESÚS DEFIENDE A SUS DISCÍPULOS

¿Cómo defiende, pues, Jesús a sus discípulos? *¿No habéis leído* —les dice— *lo que hizo David en el templo, cuando tuvo hambre, él y los que le acompañaban: cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no le estaba permitido comer a él ni a sus acompañantes, sino a solos los sacerdotes?* Notemos que cuando el Señor trata de defender a sus discípulos alega el ejemplo de David; pero cuando se defiende a sí mismo, el de su propio Padre. Y mirad con qué energía 1 hace: *¿No habéis leído lo que hizo David?* Grande era, en efecto, la gloria de este profeta, de modo que el mismo Pedro más adelante, cuando hubo también de defenderse ante el pueblo judío, dijo: *Lícito me es hablaros con libertad de nuestro padre David y deciros que murió y fue sepultado* (Hechos 2,29).—Pero ¿por qué el Señor no le nombra ni aquí ni más adelante con su dignidad? —Tal vez por descender Él mismo de David. Ahora bien, si el Señor tratara entonces con gentes comprensivas sin duda les hubiera dado por razón la necesidad del hambre: pero como eran perversos e inhumanos los remite a la historia. Marcos, por su parte, cuenta que el hecho bíblico sucedió bajo el sumo sacerdote Abiathar. Lo cual no contradice a la historia y sólo prueba que el sumo sacerdote llevaba doble nombre. Y añade que fue él mismo quien dio los panes a David, con lo que la defensa se hace más fuerte, como culera que el sumo sacerdote mismo lo permitió, y no sólo lo permitió, sino que él mismo se los sirvió. Porque no me digáis que

David fue profeta. Pues ni aun así le estaba permitido comer de aquellos panes. Ello era privilegio de los sacerdotes, como lo indicó bien el Señor: Sino a solos los sacerdotes. Por muy profeta que David fuera, nunca se podrá decir que fue sacerdote. Y, en todo caso, aun cuando él fuera profeta no lo eran sus acompañantes, y también a éstos dio de los panes de la proposición. — ¿Entonces —me dirás—, eran los apóstoles de la dignidad de David? — ¿Y a qué me hablas de dignidad cuando se trata de una aparente infracción de la ley y de una necesidad de la naturaleza? Justamente de ese modo justifica el Señor la conducta de sus discípulos, pues se ve que otro mayor que ellos hizo lo mismo que ellos.

OTRA OBJECIÓN: DAVID NO VIOLÓ EL SÁBADO

—Pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión presente? —me dirás—. Porque David no violó el sábado. —Con ello me das más fuerte argumento, y ello pone señaladamente de manifiesto la sabiduría de Cristo; pues, dejando a un lado el sábado, acude a otro ejemplo más importante que el sábado. Porque no era lo mismo violar un día de la semana que tocar aquella sagrada mesa, que a nadie era lícito tocar. Porque el sábado muchas veces había sido quebrantado o, por mejor decir, se estaba continuamente quebrantando, no sólo en la circuncisión, sino en muchas otras operaciones (Mc 2,26). Lo mismo puede verse haber acontecido en Jericó. En cambio, la violación por parte de los discípulos sólo en aquella ocasión tuvo lugar. La victoria, pues, o argumento es *a fortiori*. ¿Cómo entonces nadie acusó a David, siendo así que de su conducta se tomó ocasión luego para asesinar a los sacerdotes? Pero el Señor se calló esta circunstancia y se atuvo sólo a la cuestión propuesta.

NUEVO ARGUMENTO DE JESÚS: LOS SACERDOTES VIOLAN EL SÁBADO EN EL MISMO TEMPLO

Seguidamente, el Señor aduce otro argumento para resolver la cuestión. Al principio les puso el ejemplo de David, pues la autoridad de su persona bastaba para reprimir su orgullo; y ahora que los ha hecho enmudecer y ha derribado su arrogancia, ahora es cuando aduce la solución más importante. ¿Qué solución es

ésa? *¿No sabéis que en el templo profanan los sacerdotes el sábado y no tienen culpa?* En el caso de David —viene a decir el Señor— la solución estaba en la circunstancia; mas en el de los sacerdotes no hay circunstancia ninguna. Sin embargo, no dio el Señor inmediatamente esta solución, sino que primero procedió por condescendencia y luego pasó al ataque. Porque ahora tenía que alegar el argumento más fuerte, si bien ya el primero tenia también su fuerza. Y no me digáis que no se libra a uno de pecado por alegar el ejemplo de otro que comete el mismo pecado. No, cuando el que obra la cosa está exento de culpa, el hecho viene a convertirse en ley de defensa. Pero no se contentó el Señor con eso, sino que añadió lo que es más importante, al afirmar que el hecho no suponía pecado alguno: brillante victoria, realmente, haber demostrado que la ley se derogaba a sí misma, y eso por doble modo: por razón del lugar y por razón del día. O, por decir mejor, de triple modo, por doblar en ese día el trabajo; más aún, por la circunstancia de hacerse por los sacerdotes; y otra cosa mayor, que en ello no había culpa alguna: Y, *sin embargo* —dice—, *no tienen culpa*. Ya veis qué de argumentos acumuló. El lugar, pues se trata del templo; la persona, pues trabajan los sacerdotes; el tiempo, pues trabajan en día de sábado; la obra misma, pues lo profanan; porque no dijo el Señor simplemente que lo quebrantan, sino que lo profanan; en fin, que no sólo no tienen que dar cuenta de ello, sino que están exentos de toda culpa. *Porque no tienen culpa* —dice—. Y no penséis que este caso es semejante al primero. Aquello sucedió una sola vez y no por sacerdotes y por apremio de la necesidad; de ahí que David y los suyos merecían indulgencia; mas esto sucede todos los sábados y lo hacen los sacerdotes y en el templo y conforme a la ley. De ahí que no sólo por indulgencia, sino por imperio mismo de la ley están exentos de culpa. Porque no he dicho esto —parece decir el Señor— porque pretenda acusar a los sacerdotes ni para absolverlos por indulgencia de toda culpabilidad, sino por razón de estricta justicia. Aparentemente, parece tomar el Señor la defensa de los sacerdotes que trabajan en el templo; pero en realidad a quienes absuelve de toda culpa es a sus apóstoles. Porque si aquéllos —dice— no tienen culpa, mucho menos la tendrán éstos. —Pero no eran sacerdotes. —Eran más que sacerdotes, pues con ellos estaba el Dueño del templo; no la figura, sino la verdad. De ahí que les dijera también: *Y yo os digo que aquí está el que es más*

grande que el templo. Y, sin embargo, no obstante oír tan grave palabra, nada le replicaron. Es que no se trataba ahora de la salvación de los hombres. Luego, como lo del templo podía resultar molesto a los oyentes, rápidamente quedó disimulado y pasó el Señor nuevamente al motivo de la indulgencia, y ello con tono de reproche, diciéndoles así: *Si os hubierais dado cuenta qué quiere decir: Misericordia quiero y no sacrificio* (Os 6,6), no hubierais condenado a inocentes. Mirad cómo por una parte lleva el Señor nuevamente su razonamiento a la indulgencia y cómo, por otra, presenta a sus discípulos por encima de toda indulgencia: *Porque no hubierais* —dice— *condenado a inocentes*. Primero alegó el ejemplo de los sacerdotes con estas mismas palabras: *Porque son inocentes o no tienen culpa*; mas ahora habla por su cuenta o, por mejor decir, por cuenta también de la ley, puesto que alega el dicho de un profeta.

EL HIJO DEL HOMBRE, SEÑOR DEL SÁBADO

Seguidamente alega otra razón, diciendo: *Porque el Hijo del hombre es señor del sábado*. Y habla de sí mismo. Marcos, sin embargo, nos cuenta que también se refirió el Señor a la común naturaleza humana, y así dijo: *El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado* (Mc 2,27). —Entonces, ¿por qué fue castigado de muerte aquel que recogía leña en día de sábado? (Num 15,33) —Porque si desde el principio se hubiera tolerado el desprecio de la ley, mucho menos se hubiera observado posteriormente. Y a la verdad, muchos y grandes provechos vino a traer en los comienzos la guarda del sábado. El sábado, por ejemplo, hacía que los judíos fueran más blandos y humanos para con sus propios familiares, les enseñaba a conocer la providencia y la obra de Dios, como dice Ezequiel (Ez 20, 12,20), y los iba instruyendo para que, poco a poco, se apartaran de la maldad, y les obligaba, en fin, a prestar alguna atención a las cosas del espíritu. Si Dios, al promulgar la ley del sábado, les hubiera dicho: "El día del sábado haced el bien, pero no os entreguéis al mal", no se habrían contenido. De ahí que se lo prohibió todo por igual: *No hagáis absolutamente nada*. Y ni aun así le obedecieron. Sin embargo, el mismo que les da la ley del sábado, aun dentro de aquella generalidad, deja entender que sólo quiere que se

abstengan de toda obra mala. *Porque no haréis nada* —dice— *fuera de lo que haga el alma* (Ex 12,16). Y todo aquello se hacía en el templo y se hacía con duplicado fervor y multiplicada faena. De este modo, por la sombra misma, les revelaba el Señor a sus contrarios la verdad.

EL SÁBADO CRISTIANO, SUPERIOR AL ANTIGUO

—Luego ¿todos esos provechos vino a destruirlos Cristo? —Ni mucho menos. Lo que hizo fue darle mayor intensidad. Ya era, en efecto, venido el momento de dar a los hombres más altas enseñanzas, y no había por qué tener atadas las manos de quienes se sentían libres del mal y dispuestos a volar hacia todo bien. Tampoco hacía ya falta un día especial para conocer que Dios lo había hecho todo, ni para ser particularmente mansos aquellos que están llamados a imitar la caridad misma de Dios. *Sed* —dice el Señor— *misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso* (Lc 6,36); ni celebrar un solo día de fiesta quienes tienen mandamiento de pasar en fiesta la vida entera. *Celebremos fiesta* — dice el Apóstol —, *no con la antigua levadura de maldad e iniquidad, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad*. Tampoco tienen por qué estar unos momentos junto al arca y al altar de oro aquellos que llevan en la propia morada de su alma al Dueño del universo, que en todo momento conversan con Él por la oración, por la oblación, por las Escrituras, por la limosna y por aquella misma íntima presencia. ¿Qué necesidad, pues, tiene del sábado el que vive en fiesta perpetua, el que es ciudadano del cielo? Vivamos, por tanto, también nosotros en fiesta no interrumpida y no hagamos mal alguno, pues ésta es la verdadera fiesta. Intensifiquemos lo espiritual y ceda terreno lo material. Practiquemos una espiritual ociosidad, apartando nuestras manos de la avaricia y liberando a nuestro cuerpo de inútiles e insensatas fatigas, como aquellas a que estuvo sometido en Egipto el pueblo hebreo. Realmente, los que nos dedicamos a amontonar oro y más oro, nada nos llevamos con aquellos hebreos que estaban pegados al barro y fabricaban ladrillos y recogían paja y, encima, todavía recibían tundas de azotes. También ahora, también manda el diablo fabricar ladrillos, como antaño Faraón. Porque ¿qué otra cosa es oro sino barro? ¿Qué otra cosa es plata sino paja? Como

la paja, por lo menos, enciende la plata la llama de la codicia; y como el barro, el oro mancha las manos de quien lo toca. Por eso Dios nos envió, no a Moisés, que vino del desierto de Egipto, sino a su propio Hijo, que vino del cielo. Ahora bien, si después de venido el Hijo de Dios te quedas en Egipto, sufrirás la suerte de los egipcios; pero si, dejando a Egipto, subes con el Israel espiritual, contemplarás todas las maravillas que obrará el Señor.

CAMINEMOS HACIA LA TIERRA DE PROMISIÓN

Sin embargo, tampoco eso es bastante para la salvación. Porque después de liberarnos de Egipto es menester también entrar en la tierra de promisión. También los judíos, como dice Pablo, atravesaron el mar Rojo, y comieron el maná, y bebieron una bebida espiritual y, sin embargo, todos perecieron. Así, pues, si no queremos nosotros correr su misma suerte, no seamos perezosos ni retrocedamos. Cuando ahora también oigamos a exploradores cobardes que nos hablan mal del camino estrecho y áspero y que repiten lo que dijeron aquellos otros de la tierra de promisión, no nos pongamos del lado de la turba inmensa, antes imitemos a Josué y a Caleb, hijo de Jefone (Num 13,18-14,10; Jos 14 y 15). Y no cejemos en nuestro empeño hasta conquistar la tierra prometida y llegar al cielo mismo. Y no os parezca que el camino es difícil. *Porque si, cuando éramos enemigos, nos reconciliamos con Dios, con más razón, una vez reconciliados, nos salvaremos* (Rom 5,10). —Pero este camino —me dices— es estrecho y áspero. —Pues el que seguías antes, no sólo era estrecho y áspero, sino también intransitable y lleno de fieras salvajes; y así como no hubiera sido posible pasar el mar Rojo si no hubiera Dios hecho el milagro que sabemos, así, de haber seguido en la vida que antes llevábamos, no hubiera sido posible subir al cielo. Sólo el bautismo nos lo ha hecho posible. Ahora, pues, si lo imposible se hizo posible, con mayor razón se hará fácil lo difícil. —Pero aquello—me dirás—fue obra de la sola gracia. — Pues eso es precisamente lo que más ha de excitar nuestra confianza. Porque si en lo que fue pura gracia, Dios nos ayudó, mucho más nos ayudará en lo que también nosotros ponemos el trabajo de nuestra parte. Si cuando nada hacías te salvó, ¿no te ayudará con más razón cuando trabajes? Ya te lo acabo de decir: de lo imposible has de sacar confianza

para lo difícil; pero lo que ahora digo es que, si vivimos vigilantes, ni siquiera habrá nada difícil. Porque mirad: la muerte ha sido pisoteada, el diablo derrocado, la ley del pecado abolida, dada la gracia del Espíritu Santo, la vida se ha reducido a un momento y lo pesado se ha acortado. Y para que te des cuenta de ello por la realidad misma, mira cuántos apuntan más lejos que los preceptos mismos de Cristo. ¿Y tú te espantas aun de llegar a la medida? ¿Qué excusa tendrás, cuando otros pasan más allá de la meta y tú no tienes valor ni para lo ordinario y corriente? A ti te exhortamos a que des limosna de lo que tienes; otros se han desprendido de todo lo que tenían. A ti te pedimos que vivas honestamente con tu mujer; otros han llegado a renunciar al matrimonio. A ti te exhortamos a que no seas envidioso; otros han llegado hasta dar su vida por el prójimo. A ti te rogamos que te muestres fácil con quienes te ofenden; otros, al ser abofeteados, han vuelto la otra mejilla. ¿Qué diremos, pues, decidme por favor; cómo nos defenderemos, si ni eso hacemos, cuando otros se nos adelantan en tan largo trecho? Ahora bien, no se nos adelantarían si no hubiera una grande facilidad en lo que hacen. Porque ¿quién es el que se consume: el que envidia los bienes ajenos o se goza y alegra de ellos como si fueran propios? ¿Quién es el que de todo sospecha y de todo tiembla: el casto o el adúltero? ¿Quién tiene mejores esperanzas: el que se da a la rapiña o el que hace limosna y reparte de lo suyo con el necesitado?

EXHORTACIÓN FINAL: CORRAMOS CON FERVOR

Considerando, pues, todas estas cosas, no desfallezcamos en la carrera de la virtud; aprestémonos más bien con todo fervor para estos bellos combates, trabajemos por un poco de tiempo y así nos ganaremos las coronas eternas e inmarcesibles. Las cuales así todos alcancemos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Y marchándose de allí, entró en la sinagoga. Y allí había un hombre que tenía la mano seca (Mt 12,9. 12ss).

EL HOMBRE DE LA MANO SECA

Nuevamente cura el Señor en sábado, con lo que nuevamente justifica la conducta de sus discípulos. Ahora bien, los otros evangelistas nos cuentan que mandó salir al hombre al medio y preguntó Él a los fariseos: *¿Es lícito hacer bien en día de sábado?* (Mc 3,1; Lc 6,6-11) Mirad la misericordia del Señor. Manda salir al medio al enfermo, a ver si logra conmoverlos con su vista; a ver si, compadecidos con el espectáculo, daban de mano a su malicia, y, por consideración, en fin, a aquel desgraciado, ponían término a su fiereza. Pero aquellos hombres, salvajes e inhumanos, prefieren que sufra la reputación de Cristo, que no ver curado a aquel pobre hombre. Con lo cual ponen al descubierto doblemente su malicia: primero, con su guerra declarada a Cristo, y luego, porque se la hacen con tal encarnizamiento que no vacilan en perjudicar a la salud de los demás. Ahora bien, los otros evangelistas nos cuentan que fue el Señor quien les preguntó; Mateo, sin embargo, que le preguntaron a Él: *Y le preguntaron* —dice— *diciendo: ¿Es lícito curar en sábado?* Con intento de acusarle. Lo probable es que hubiera las dos cosas. Porque como eran gentes perversas y sabían que, desde luego, el Señor había entrado en la sinagoga para real, zar la curación, se dieron prisa a adelantársele con su pregunta, a ver si lograban de ese modo impedirla. De ahí que le preguntaban: *¿Es lícito curar en día de sábado?*, no porque tuvieran el menor interés en saberlo, sino con intento de acusarle. En verdad, si tantas ganas tenían de acusarle, con la obra les bastaba; pero ellos buscan también asidero en las palabras, porque se van -de antemano preparando abundancia de motivos contra Jesús. Pero el Señor, amoroso siempre, no sólo realiza la obra, sino que responde de palabra, enseñándonos la modestia y mansedumbre; eso sí, haciendo que todo se volviera contra ellos y poniendo al descubierto su inhumanidad. Y así manda salir al medio al hombre, no porque temiera a sus adversarios, sino porque tenía empeño en hacerles bien y moverlos a compasión. Pero como ni así logró doblegarlos, entonces dice el evangelista que sintió tristeza e ira

(Mc 3,5) por la dureza de su corazón y les dijo: *¿Qué hombre hay entre vosotros que tenga una oveja y se le caiga en día de sábado a un pozo y no vaya a cogerla y sacarla de allí? ¡Pues cuánto más que una oveja vale un hombre! Luego lícito es en día de sábado hacer un beneficio*. No quería el Señor que pudieran replicarle ni le acusaran de transgresión por la curación; de ahí que argumenta contra ellos por medio de esta comparación. Pero considerad, os ruego, cuán varia y sucesivamente alega a cada momento sus explicaciones sobre la violación del sábado. En la curación del ciego ni se defiende siquiera ante sus émulos de haber hecho aquel poco de barro; sin embargo, también entonces le acusaban; la simple manera, sin embargo, como había obrado el milagro bastaba para demostrar que Él era el Señor de la ley. En el caso del paralítico que cargó con su camilla a cuestas y también le acusaron, parte se defiende como Dios, parte como hombre. Como hombre primeramente, cuando dice: *Si el hombre recibe la circuncisión en sábado, a fin que no se quebrante la ley* (notad que no dice: "A fin que se haga un beneficio al hombre"); *¿contra mí os irritáis porque he sanado en sábado al hombre entero?* (Jn 7,23) Como Dios, cuando dice: *Mí Padre trabaja hasta el presente y yo también trabajo* (Jn 5,17). Acusado, en cambio, con ocasión de sus discípulos, replicó: *¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que le acompañaban, cómo entró en la casa de Dios y comió /os panes de la proposición?* (Mt 12,3-4) Y luego les aduce el ejemplo de sus sacerdotes. Aquí, igualmente, les pregunta: *¿Es lícito hacer bien o hacer mal en día de sábado? ¿Quién de vosotros tiene una oveja...?* Conocía muy bien el Señor su avaricia y que amaban más a una oveja que a un hombre. Otro evangelista nos cuenta que al hacer esta pregunta dio una mirada en torno, a ver si con sus ojos se los atraía; pero ni así pensaron en corregirse. Aquí el Señor se contenta con hablar; pero en muchas otras ocasiones extiende también su mano para obrar la curación. Nada, sin embargo, calmó la furia de sus enemigos: el hombre quedó curado; pero ellos, por la salud de éste, se volvieron peores. El Señor, por su parte, antes que al enfermo hubiera querido curar a sus propios adversarios, y muchos medios de curación intentó con ellos por sus obras a la vez que por sus palabras; pero como su dolencia no admita ya remedio, pasó a la obra buena con el de la mano seca: *Entonces dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió y se restableció sana, como la otra*. ¿Qué hacen entonces

los enemigos del Señor? *Se salieron fuera* —dice el evangelista— *y celebran su consejo sobre quitar la vida a Jesús*. *Porque los fariseos* —dice—, *saliendo afuera, tomaron consejo contra Él a fin de perderle*. Sin que hubieran recibido agravio alguno, ya tramaban quitarle la vida.

NI LOS MILAGROS RINDEN A UN ALMA INGRATA

Tan grande mal es la envidia, pues no sólo hace la guerra a los extraños, sino también a los de su propia casa.- Marcos, por su parte, nos refiere que el consejo de matar a Jesús lo tomaron los fariseos juntamente con los herodianos. ¿Qué hace entonces el manso y dulce Señor? Al tener noticia de ello se retiró. *Jesús, sin embargo* —dice el evangelista—, *conociendo los pensamientos de ellos, se retiró de allí*. ¿Dónde están, pues, los que aun ahora están pidiendo milagros? Porque bien nos demostró el Señor por medio de estos fariseos que el alma ingrata no se deja convencer ni por los milagros. Bien patente nos mostró también cuán sin razón acusaban a sus discípulos. Es de notar, sin embargo, cómo lo que particularmente enfurece a los fariseos es ver los beneficios que el Señor prodiga a los demás. Apenas ven a uno libre de una enfermedad o del pecado, se enfurecen y le acusan. Así le calumniaron cuando quiso salvar a la mujer de mala vida; así cuando comió con alcabaleros; así ahora, cuando vieron restablecida la mano seca. Considerad, sin embargo, os ruego, cómo, a despecho de su ojeriza, el Señor no ceja en su solicitud por los enfermos, a la vez que trata de calmar su envidia: y *le siguieron muchedumbres ingentes, y Él los curó a todos*, *e intimó a los que fueron curados que no le descubrieran a nadie*. Así, pues, las muchedumbres le admiran y siguen por todas partes; sus enemigos, en cambio, no ponen tregua en su maldad.

LA MANSEDUMBRE DE JESÚS, PROFETIZADA POR ISAÍAS

Seguidamente, para que no te turbes de estos hechos y de la extraña locura de los enemigos del Señor, el evangelista aduce el testimonio del profeta, que había ya predicho todo esto. Tal era, en efecto, la puntualidad de los profetas, que ni aun estos pormenores de la vida del Señor se les escaparon. Sus andanzas, sus idas y

venidas, la intención misma con que hacía todo esto, todo nos lo profetizaron puntualmente: prueba que todo lo hablaban por inspiración del Espíritu Santo. Porque si ya de suyo es imposible conocer los íntimos secretos del hombre, mucho menos pudiera nadie conocer las intenciones de Cristo, de no mediar revelación del Espíritu Santo. El evangelista, pues, añadió el testimonio del profeta diciendo: *Para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías, que dice: He aquí a mi siervo, a quien yo he escogido, y a mi amado, en quien se ha complacido mi alma. Yo pondré sobre Él mi espíritu y Él anunciará el juicio a las naciones. No disputará, ni gritará, ni oirá nadie su voz por las plazas. No romperá la caña ya cascada ni apagará la mecha que aun humea hasta que lleve el juicio a la victoria. Y en su nombre pondrán los pueblos su confianza* (Is 42,1-3). Con estas palabras canta el profeta la inefable mansedumbre y poder de Cristo, a la vez que abre una puerta grande y patente a las naciones, y predice los males que habían de alcanzar a los judíos. Y ante todo, bien manifiesta pone la armonía de Jesús con su Padre: *Porque he aquí* —dice— *a mi siervo, a quien he escogido, y a mi amado, en quien se ha complacido mi alma*. Si, pues, si le escogió, no quebranta la ley como si quisiera enfrentarse con Él ni como si fuera enemigo del legislador, sino que todo lo hace en perfecto acuerdo con Él. Luego, predicando su mansedumbre, dice: *No disputará ni gritará*. Personalmente el Señor hubiera querido curarlos a ellos; pero, ya que le rechazaban, tampoco quiso contender sobre ello. Y para dar a entender el profeta por una parte la fuerza del Señor y por otra la flaqueza de sus adversarios, prosigue: *No romperá la caña ya cascada*. Realmente bien fácil le hubiera sido quebrarlos como a una caña, y no simplemente caña, sino cascada ya. *Ni apagará la mecha que aun humea*. Aquí nos representa el profeta la cólera encendida de los enemigos del Señor, a la vez que la fuerza de éste, que era bastante a destruir todo aquel furor y apagarlo con la mayor facilidad. Con lo que nos pone delante su inmensa modestia. ¿Pues qué? ¿Siempre habrá de ser así? ¿Soportará hasta el fin a quienes tan locamente le tendían sus asechanzas? ¡De ninguna manera! Cuando Él haya hecho lo que tenía que hacer, cumplirá también lo otro. Porque eso declaró el profeta, diciendo: *Hasta que lleve el juicio a la victoria, y en su nombre esperarán las naciones*. Como dice Pablo: *Estando preparados para vengar toda desobediencia cuando esté cumplida vuestra obediencia* (1 Cor

10,6). ¿Y qué significa: cuando lleve el juicio a la victoria? Cuando haya cumplido —quiere decir— todo lo que a Él le toca, entonces tomará venganza, y venganza perfecta. Cuando Él haya levantado un brillante trofeo de victoria; cuando su razón venza absolutamente y no quede a sus enemigos ni pretexto para una impudente defensa, entonces sufrirán éstos terribles castigos. Porque el profeta entiende aquí juicio por justicia. Sin embargo, los designios divinos no pueden reducirse al castigo de los incrédulos, sino que el Señor se atraerá hacia sí la tierra entera. De ahí que añadiera el profeta: *Y en su nombre pondrán su confianza las naciones*. Luego, para que nos demos cuenta que éstos son también los designios del Padre, el profeta nos dio la garantía al comienzo de su oráculo, diciendo: *Éste es mi amado, en quien se ha complacido mi alma*. Luego, si es amado, es evidente que obra conforme a los designios de quien le ama.

JESÚS COMPARADO CON BELCEBÚ, PRÍNCIPE DE LOS DEMONIOS

Entonces le presentaron un poseso ciego y sordo, y.81 le curó, de modo que el antes ciego y sordo veía y oía. ¡Oh malicia del demonio! Las dos puertas por donde podía entrarle la fe, la vista y el oído, se las había cerrado a este desgraciado; las dos, sin embargo, se las abrió el Señor. *Y las muchedumbres estaban fuera de sí, diciendo: ¿No será éste el hijo de David? Pero los fariseos replicaron: Éste no expulsa los demonios sino en virtud de Belcebú, príncipe de los demonios*. En verdad, ¿qué habían dicho de extraordinario las muchedumbres? Pues ni aun eso aguantaron los fariseos. Hasta tal punto, como ante he dicho, les molestaban los beneficios que Cristo hacía. Nada les apenaba tanto como la salud de los hombres. Cierto que ya antes se había retirado el Señor y había dado tiempo a que se calmara su pasión; mas ahora se encendió otra vez, puesto que otra vez había hecho un beneficio, y a fe que en este caso se enfurecieron más que el mismo demonio; porque éste salió del cuerpo, huyó y se escapó sin chistar palabra; pero los fariseos antes habían intentado quitarle la vida y ahora le calumniaban. Como la conjura contra su vida no les dio resultado, quisieron por lo menos manchar su reputación.

LA ENVIDIA, LA PEOR DE LAS PASIONES

Tal es por naturaleza la envidia. No puede darse maldad comparable con ella. El adúltero, por lo menos, goza de algún placer y comete su pecado en breve tiempo; mas el envidioso, antes que a su prójimo, se atormenta y castiga a sí mismo y no cesa jamás en su pecado. Es pecado que se comete continuamente. Como el cerdo se revuelca en el barro y los demonios se complacen en nuestro propio daño, así el envidioso se goza de los males de su prójimo. Si a éste le sucede algo desagradable, entonces es cuando él descansa, entonces respira, pues tiene las ajenas desgracias por dichas propias, y por sus propios males los ajenos bienes. El envidioso no mira lo que de agradable suceda a él mismo, sino lo que de penoso le venga a su prójimo. ¿No fuera razón destruir y aniquilar a palos a esta casta de gente como a perros rabiosos, como a demonios perversos, como a las mismas furias del infierno? Como los escarabajos, que se alimentan de excrementos, así los envidiosos, como enemigos y adversarios declarados de la naturaleza, se nutren de las calamidades de los demás. Hay quienes sienten compasión de ver degollar a un animal, y tú, que ves cómo se le hace un beneficio a un hombre, ¿por ello te enfureces y tiemblas y te pones pálido? ¿Puede haber nada peor que semejante locura? De ahí que las rameras y los alcabaleros pudieran entrar en el reino de los cielos y que los envidiosos que estaban dentro fueran arrojados afuera. Porque los hijos del reino —dice el Señor— serán arrojados fuera. De este modo, aquéllos, abandonando la maldad en que se hallaban, alcanzaron bienes que jamás hubieran esperado; éstos; sin embargo, perdieron aun los bienes que poseían. Y con toda justicia. Porque la envidia, de hombre, hace diablo, y de diablo, demonio furioso. Por ella se cometió en el mundo el primer homicidio; por ella se desconoció la naturaleza; por ella se mancilló la tierra; por ella, más adelante, abrió la tierra misma la boca y se tragó e hizo perecer a Datán, Coré y Abirón y a todo aquel pueblo entero.

EL ENVIDIOSO NO DEBIERA ENTRAR EN LA IGLESIA

Pero quizá objete alguno que hablar contra la envidia es cosa fácil, cuando lo que interesaría es saber la manera com4 librarnos

de ese vicio. ¿Cómo nos libraremos, pues, de esa mal; dad? Si consideramos que, lo mismo que al adúltero y deshonesto, al envidioso no le está permitido entrar en la iglesia. Y col más razón debiera prohibírselo al envidioso que al deshonesto. Ahora, en realidad, este pecado parece indiferente, y de a14 que nadie hace caso de él; pero si comprendemos claramente su malicia, fácilmente nos apartaremos de él. Llora, pues, gime, laméntate y suplica a Dios. Date cuenta que te hallas en pecado grave y arrepiéntete. Si en estas disposiciones te mantienes, rápidamente te verás libre de tu enfermedad. — ¿Y quién ignora —me dirás— que la envidia es cosa mala? —Como ignorarlo, no lo ignora nadie, pero nadie tampoco considera esta pasión tan grave como la fornicación y el adulterio. ¿Cuándo, si no, se condenó nadie ásperamente a sí mismo por haber tenido envidia? ¿Cuándo rogó nadie a Dios que le fuera propicio por este vicio? ¡Jamás! Unos días que el hombre ayune, unas monedas que dé al pobre, aunque mil veces se deje llevar de la envidia, no cree haber hecho cosa mala, no obstante estar dominado por la más abominable de las pasiones. ¿De dónde, si no, Caín se hizo Caín? ¿De dónde Esaú? ¿De dónde los hijos de Labán, y los de Jacob, y Coré, Datán y Abirón, y María y Aarón? ¿De dónde el diablo mismo?

EL ENVIDIOSO SE DAÑA A SÍ MISMO MÁS QUE A LOS OTROS

Considera además una cosa, y es que no tanto dañas al que envidias cuanto te clavas a ti mismo la espada. ¿En qué le dañó Caín a Abel? Lo que hizo fue mandarle más rápidamente al cielo, aun contra su voluntad, mientras a sí mismo se precipitó en males sin cuento. ¿En qué le dañó Esaú a Jacob? ¿No es así que éste se hizo rico y gozó de incontables bienes, mientras que Esaú tuvo que salir de la casa paterna y andar errante por tierra extraña después del atentado contra su hermano? ¿Y qué decir de los hijos del mismo Jacob? ¿Acaso hicieron peor la suerte de José, a pesar que no hubieran retrocedido ni ante la efusión de su sangre? ¿No es así que ellos hubieron de sufrir el hambre y se expusieron a mil peligros; José, en cambio, vino a ser el dueño de todo Egipto? Porque cuanto mayor es la envidia, tanto mayores son los bienes que produce al que es blanco de ella. Porque Dios es el que ve todo esto. Ahora bien: cuando Él ve que se comete una iniquidad

contra quien no ha hecho agravio a nadie, Él se cuida de levantar al oprimido y cubrirle de gloria y de castigar al envidioso. Aun a los que se alegran del mal de sus enemigos, no los deja Él impunes, pues dice la Escritura: *No te alegres de la caída de tu enemigo, no sea que lo vea Dios y le desagrade* (Prov 24,17-18). Pues mucho más castigará a los que envidian a un inocente. Extirpemos, pues, ese monstruo de mil cabezas —pues muchas son las formas de la envidia—. Porque si quien sólo ama a quien le ama no lleva ventaja alguna a un publicano; ¿dónde se pondrá el que aborrece a quien ningún agravio le ha hecho? ¿Cómo podrá escapar al infierno, si es peor que los gentiles?

TAMBIÉN EN LA IGLESIA DOMINA LA ENVIDIA

Por eso yo siento profundo dolor, pues los que debieran imitar a los ángeles, digo mal, al Señor mismo de los ángeles sólo imitamos al diablo. Porque, sí, también en la Iglesia reina mucho la envidia, y más en los que mandamos que en los súbditos. Hablemos, pues, también con nosotros mismos. ¿Por qua razón, dime por favor, envidias a tu prójimo? ¿Porque lo vas que goza de honra y fama? ¿Y no consideras cuánto daño acarrean tales honras a los que no están muy sobre sí? Ellas conducen a la vanagloria y al orgullo, a la arrogancia y a la tibieza; y, por colofón de todos estos males, se desvanecen en un momento. Porque esto es lo peor del caso, que los males que nos traen son eternos y el placer que nos procuran lo mismo es aparecer que desaparecer. ¿Y por semejante cosa, dime por tu vida, andas envidioso? —Es que el que está en dignidad goza de grande valimiento con el que manda, lo trae y lo lleva todo donde le da la gana, puede fastidiar a sus adversarios y favorecer a sus aduladores; su poder, en fin, es muy grande. —Todo ese lenguaje es propio de personas mundanas, propio de hombres pegados a la tierra. Porque al hombre espiritual nada hay que pueda molestarle. ¿Qué es, en efecto, lo que se le puede hacer? ¿Deponerle de su dignidad? ¿Y qué tiene eso que ver? Si se le depone justamente, aun se le hará un beneficio, pues nada irrita tanto a Dios como ejercer indignamente el sacerdocio. Si injustamente, la culpa tampoco recaerá sobre él, sino sobre el superior que le deponga. El que sufre injustamente y lo lleva con paciencia, adquiere así mayor merecimiento delante de Dios. No

pongamos, pues, nuestra mira en las dignidades, en los honores y en las autoridades, sino en cómo llevemos vida virtuosa y filosófica. La autoridad, en efecto, lleva a hacer muchas cosas que no agradan a Dios, y alma de verdad generosa es menester para usar debidamente de la autoridad. El que nada sabe de autoridad, quiera o no quiera, vive filosóficamente; pero el que goza de autoridad es como el que tuviera que vivir en compañía de una muchacha joven y hermosa con orden de no mirarla jamás con ojos lascivos. Tal es la autoridad. Por eso a muchos, aun contra su voluntad, los ha precipitado a la soberbia, los ha incitado a la ira, les ha hecho soltar el freno de la lengua, les ha abierto la puerta de la boca, les ha arrebatado el alma como un huracán y ha sumergido su barquilla en el abismo de los mayores males. ¿Y a quien en tamaño peligro se halla, tú le admiras y le tienes por digno de envidia? ¡Qué insensatez!

LA GLORIA POPULAR, LA PEOR DE LAS TIRANÍAS

Considera, si no, aparte lo dicho, cuántos enemigos, acusadores y aduladores tienen como sitiado al hombre de autoridad. ¿Y esto, dime, te parece digno de envidiarse? ¿Y quién dirá cosa semejante? —Pero en el pueblo —me replicas— goza de mucho prestigio. — ¿Y qué tiene eso que ver? No es el pueblo, sino Dios, a quien tendrá que dar cuenta. Pero es que, además, hablar de pueblo es hablar de nuevas rocas y escollos y arrecifes y bajíos. Porque el aura popular, cuando más le encumbra a uno, más peligros, más preocupaciones y más amarguras le acarrea. El hombre popular tiene un amo tan tiránico que no le deja parar ni respirar. ¿Y qué digo parar ni respirar? Por muchos merecimientos eme tenga, difícilmente entrará en el reino de los cielos. Nada, en efecto, arruina tanto a los hombres como la gloria del vulgo, que los hace cobardes, viles, aduladores e hipócritas. Pues ¿por Qué los fariseos decían de Cristo que estaba endemoniado? ¿Acaso no era por ambición de la gloria popular? ¿Por qué, en cambio, el pueblo solía juzgar rectamente sobre el Señor? ¿No era acaso por no estar dominados por esa pasión? Nada hay, en efecto, nada hay que haga a los hombres en tanto grado malvados e in, sensatos como el correr desalentados tras el aura popular; nada los hace más gloriosos y más de temple diamantino que despreciarla.

De ahí que sea menester alma muy generosa a quien haya de resistir esa fuerza e ímpetu del viento. Porque en la prosperidad se prefiere y antepone a todos los demás; si la adversidad le abate, quisiera hundirse bajo tierra. Dominado por esta pasión, ella es para él a la vez cielo e infierno.

¿Todo esto, pues, dime, es digno de envidia? ¿No lo será más bien de lágrimas y gemidos? ¡Evidentemente! Envidiando al que goza de semejante popularidad, tú vienes a ser como el que, viendo a un pobre preso, azotado y arrastrado por una manada de fieras, le tuviera envidia de sus heridas y azotes. Y a la verdad, cuantos hombres forman el pueblo, tantas son las cadenas que lleva su ídolo, tantos son sus señores. Y lo más grave es que cada uno de ellos tiene su parecer diferente y cada uno juzga como bien le viene del que es esclavo suyo, sin examen ni prueba de ninguna clase. Lo que se le antoje a fulano o zutano, eso dan por válido todos los demás. ¿Pues qué olas, qué tormentos puede haber más horribles que todo eso? El esclavo de la gloria popular, unas veces se hincha repentinamente de placer, otras se deja fácilmente abatir por la tristeza; en inquietud siempre, jamás en paz. Antes de verse ante la concurrencia, antes de la lucha dé las palabras, ya es presa de temblor y angustia. Y después de aparecer ante el pueblo, o se muere de tristeza o se alegra a su vez desmesuradamente. Lo que es peor aún que la tristeza.

EL PLACER DESMEDIDO, PEOR QUE LA TRISTEZA

Porque que el placer no es menor mal que la tristeza, es evidente por los efectos que produce en el alma. El placer, en efecto, la hace ligera, versátil y alada. Bien nos lo demuestran los ejemplos de los hombres de antaño. ¿Cuándo fue, pues, David bueno: cuando estaba alegre o cuando se hallaba en aprieto? ¿Cuándo lo fue el pueblo judío: cuando gemían e invocaban a Dios o cuando se entregaban a la alegría en el desierto y adoraban al becerro de oro? De ahí que Salomón, que sabía como nadie en el mundo lo que es el placer, dijo: *Más vale ir a una casa de luto que no a una casa de risa* (Eccli 7,3). Y Cristo pone por bienaventuranza: Bienaventurados los que lloran; y por maldición: *¡Ay de vosotros los que reís, porque lloraréis!* (Mt 5,5; Lc 6,25) Y con razón. Porque entre delicias, el alma se vuelve más floja y blanda; en el llanto, sin

embargo, se siente compungida y sobria, se ve libre del enjambre de sus pasiones y se eleva y fortalece.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS LA GLORIA POPULAR

Considerando, pues, todo esto, huyamos de la gloria popular y del placer que de ella pueda venir, a fin que podamos alcanzar la verdadera gloria, que permanece y dura para siempre. Ésa es la que para todos os deseo por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 41

Pero conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y ninguna ciudad o causa dividida contra sí misma se mantendrá en pie. Pues si Satanás expulsa a Satanás, es que está dividido contra sí mismo. ¿Cómo, pues, se mantendrá en pie su reino? (Mt 12,25ss).

MANSEDUMBRE DE JESÚS FRENTE A SUS ENEMIGOS

Ya antes habían acusado al Señor los fariseos que expulsaba a los demonios por virtud de Belcebú. Pero entonces no quiso reprenderlos, sino que más bien les ofreció ocasión para que conocieran por sus otros milagros su poder, y por su doctrina su magnificencia. Pero ya que ellos se obstinaban en la misma acusación, ahora, en fin, los reprende. Y, ante todo, les demuestra su divinidad por el hecho de sacar a luz sus íntimos pensamientos; y luego, por la facilidad misma con que Él expulsaba a los demonios. A decir verdad, la acusación no podía ser más desvergonzada. Y es que, como antes hice notar, la envidia no mira lo que dice, sino decir simplemente. Sin embargo, ni aun así los despreció Cristo, sino que se defendió con la modestia a su persona conveniente, dándonos a nosotros una lección de mansedumbre con nuestros enemigos. Aun cuando digan de nosotros que no tenemos conciencia alguna, cosas que no tengan en sí mismas ningún sentido, no por eso nos turbemos ni alborotemos, sino démosles nuestras explicaciones con toda

mansedumbre. Eso fue lo que particularmente hizo entonces el Señor, dando a sus enemigos la mejor prueba que todo lo que contra Él decían era mentira pura. Un endemoniado no hubiera mostrado tanta modestia; un endemoniado no hubiera descubierto sus íntimos pensamientos. Porque, a la verdad, la sospecha de los fariseos era tan impudente que, por miedo a la propia muchedumbre, no tuvieron valor de hacerla a cara descubierta y sólo la estaban revolviendo en sus cabezas. El Señor, sin embargo, para demostrarles que también eso lo sabía, no saca a relucir la acusación ni pone en la picota su malicia, sino que se contenta con dar la solución dejando la confusión a la conciencia de quienes sabían adónde apuntaba. Y es que el Señor sólo tenía un interés: corregir a los que pecaban, no sacarlos a la pública vergüenza. Y es así que, si Él hubiera querido dirigirles un largo discurso y dejarlos en ridículo y, después de ello, imponerles el más severo castigo, nadie se lo hubiera impedido. Sin embargo, dejando todo eso a un lado, el Señor no tuvo otra mira que la de no exasperarlos más, sino llamarlos a la moderación y prepararlos así mejor para la corrección.

LA ESCISIÓN. CAUSA DE RUINA

¿Cómo se defiende, pues, el Señor? No les alega pasaje alguno de la Escritura, porque o no le hubieran prestado atención alguna, o hubieran torcido su sentido, sino que argumenta con ellos de los sucesos ordinarios. *Porque todo reino* —dice— *dividido contra sí mismo, será devastado; y toda ciudad y casa escindida pronto se deshace*. No son, efectivamente, tan perniciosas las guerras exteriores como las intestinas. El hecho se da también en los cuerpos; el hecho, en realidad, se da en todas las cosas; mas el Señor, por de pronto, pone sus ejemplos de lo más conocido. Realmente, ¿qué hay más fuerte en la tierra que un imperio? Nada. Y, sin embargo, la escisión lo lleva a la ruina. Pero si en el caso de un imperio quisiera alguien achacar su ruina a la mole misma de su organización, que se resquebraja por sí misma, ¿qué decir de una ciudad o de una casa? No, lo mismo da cosa pequeña que grande: Todo lo que está en discordia consigo mismo, perece. Luego si yo, endemoniado y todo, expulso a los demonios en virtud de otros demonios, es que hay lucha y discordia entre ellos, y unos se levantan contra otros. Y si unos se levantan contra otros, ha

terminado su poder y se ha arruinado su imperio. *Porque si Satanás* —dice— *expulsa a Satanás*...; no dijo: “Expulsa a los demonios"; con lo que da a entender la mucha armonía que entre ellos reinaba..., *es que está dividido contra sí mismo*. Y, si está dividido, se ha hecho más débil y está perdido. Y si está perdido, ¿cómo puede expulsar a otro? ¡Mirad cuánta ridiculez hay en la acusación, cuánta necedad, cuán íntima contradicción! Porque contradicción, hay en decir primero que Satanás está firme y expulsa los demonios y luego que justamente está firme por lo que debía perecer.

NUEVA REFUTACIÓN DE LA CALUMNIA: "¿EN NOMBRE DE QUIÉN LOS ARROJAN VUESTROS HIJOS?"

Tal fue la primera solución que les dio el Señor; la segunda atañe a los discípulos. Porque no suele el Señor responder de un sola forma a las contradicciones de sus enemigos, sino de dos y aun de tres, pues quiere cerrar plena y aun sobrada: mente la boca de su desvergüenza. Así lo hizo en el caso del sábado, pues les citó a David, a sus propios sacerdotes, el pasaje de la Escritura: *Misericordia quiero y no sacrificio* (Os 6,6), y alegó la causa misma de la institución del sábado: *El sábado* —les dijo— *se hizo para el hombre* (Mc 2,27). De modo semejante procede también aquí el Señor. Después de la primera solución, pasa a la segunda, más clara aún que la primera: *Porque si yo* —les dice— *arrojo los demonios en virtud de Belcebú, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos?* —Admirad también aquí la moderación del Señor. Porque no dijo: "Mis discípulos o mis apóstoles", sino: *vuestros hijos*. Así, si los fariseos querían volver a la misma nobleza o dignidad de sus propios hijos, ahí les ofrecía muy buena ocasión; mas si se mostraban ingratos y se obstinaban en su enemiga, no pudieran tener en adelante ni la más desvergonzada excusa. Lo que quiere decirles es esto: Los apóstoles, ¿en virtud de quién expulsan a los demonios? En verdad, ya habían expulsado a algunos, pues habían recibido potestad de Él, y no les habían puesto tacha ninguna. Es que no combatían la cosa, sino la persona. Queriendo, pues, demostrarles que cuanto contra Él decían era puro efecto de su envidia, les pone delante a los apóstoles. Porque si yo los expulso así, mucho más ellos, que han

recibido poder de mí. Sin embargo, nada semejante habéis dicho contra ellos. ¿Cómo, pues, me acusáis a mí, que soy autor de lo que ellos han hecho, y a ellos los absolvéis de toda culpa? A fe que esto no os ha de librar del castigo, sino que agravará vuestra condenación. De ahí que añadiera Jesús: Ellos serán vuestros jueces. Porque si siendo de entre vosotros y tratando en ese asunto creen en mí y me obedecen, es evidente que condenarán a quienes hacen y dicen lo contrario que ellos.

EL REINO DE DIOS HA LLEGADO

Pero si expulso los demonios en virtud del Espíritu de Dios, luego el reino de Dios ha llegado a vosotros. ¿Qué quiere decir el reino? Quiere decir: "Mi advenimiento". Mirad cómo nuevamente trata de atraérselos y curarlos; cómo los convida a su propio conocimiento y les muestra que hacen la guerra a su propio interés, que porfían contra su propia salvación. Cuando debierais —dice— alegraros y regocijaros porque he venido a daros todos aquellos grandes e inefables bienes que fueron de antiguo predichos por los profetas y porque éste es el momento de vuestra prosperidad, vosotros hacéis todo lo contrario, y no sólo no aceptáis el bien que os ofrezco, sino que me calumniáis y os inventáis culpas que no existen. Ahora bien, Mateo dice: *Si yo arrojo los demonios en virtud del Espíritu de Dios*, y Lucas: *Si yo arrojo los demonios en el dedo de Dios* (Lc 11,20). Con lo que da a entender que arrojar los demonios es obra de la máxima potencia y no de una gracia corriente. De todo ello quiere el Señor argumentar y concluir: "Si eso es así, luego el Hijo de Dios ha venido". Sin embargo, no lo dice. Veladamente, sí, como cosa que había de serles molesta, lo da a entender diciendo: *Luego ha llegado a vosotros el reino de Dios*. Admirad su infinita sabiduría. Por lo mismo que le acusaban les hace ver brillantemente su advenimiento. Luego, para atraérselos, no dice simplemente: "Ha llegado el reino de Dios", sino: *Ha llegado a vosotros*. Como si dijera: Para vosotros han venido los bienes. ¿Por qué, pues, os mostráis displicentes de vuestros propios bienes? ¿Por qué lucháis contra vuestra propia salvación? Éste es el tiempo que de antiguo predijeron los profetas. Y la señal del advenimiento por ellos cantado es justamente que estos milagros se realicen por virtud divina. Porque que los milagros se están realizando, lo sabéis muy bien vosotros mismos;

y que se realizan por virtud divina lo proclaman a gritos las cosas mismas. Porque no es posible que Satanás sea ahora más fuerte, sino que es de toda necesidad necesario que sea más débil; ahora bien, no es posible que un débil, como si fuera fuerte, expulse a un demonio fuerte. Todo esto lo decía el Señor para hacer ver la fuerza de la caridad y la debilidad de la disensión. De ahí que Él mismo no cesaba de encarecérsela arriba y abajo a sus discípulos y hacerles ver cómo el diablo no deja piedra por mover para destruirla.

TERCER ARGUMENTO DEL SEÑOR: EL FUERTE ARMADO

Así, pues, ya que el Señor hubo dado la segunda solución, añade la tercera diciendo: *¿Cómo puede nadie entrar en la casa del fuerte y arrebatarle sus instrumentos si primero no ata al fuerte, para arrebatarle luego los instrumentos?* Que Satanás no es posible que arroje a Satanás, es evidente por lo que queda dicho; y que tampoco de modo absoluto es posible arrojarle, si primero no se le domina, también es cosa reconocida por todo el mundo. ¿Qué se sigue de aquí? Lo mismo que de lo antes dicho, si bien con más evidencia. Tan lejos estoy —viene a decir el Señor— de tener por aliado al diablo, que, más bien, le hago la guerra y le encadeno. Prueba de ello es que le arrebato sus instrumentos. Mirad cómo el Señor demuestra lo contrario de lo que sus enemigos intentaban asentar. Ellos querían hacer ver que no expulsaba a los demonios por su propia virtud; pero Él les demuestra que no sólo a los demonios, sino a su mismo capitán le tenía Él atado con absoluta autoridad y que a éste, antes que a los otros, había Él dominado con su propio poder. Cosa que los hechos mismos ponían en evidencia. Porque si él es el que manda y los otros son sus súbditos, ¿cómo es posible que sin estar él derrotado ni haber bajado la cabeza le hayan sido arrebatados los otros? Aquí, por otra parte, paréceme a mí que las palabras del Señor encierran un sentido profético. Porque instrumentos del diablo son no sólo los demonios, sino también los hombres que secundan sus intentos. Esas palabras, por tanto, del Señor nos declaran que no sólo expulsaba entonces a los demonios, sino que más adelante había de desterrar todo error de la tierra, destruir todas las astucias del diablo y reducir a la nada su imperio. Y no dijo simplemente: "Le

quitará", sino: *Le arrebatará*, para dar a entender que ello sucederá con absoluta autoridad.

"EL QUE NO ESTÁ CONMIGO, ESTÁ CONTRA MI"

Ahora bien, si el Señor llama fuerte al diablo, no es porque lo sea por naturaleza. ¡Dios nos libre de pensarlo! El Señor nos declara así su antigua tiranía, que tiene su origen en nuestra propia tibieza. *El que no está conmigo, está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama*. Es la cuarta solución. ¿Qué es lo que yo quiero? —viene a decir el Señor—. Llevar las almas a Dios, enseñar la virtud, anunciar el reino de los cielos. ¿Y qué es lo que quiere el diablo y los demonios? Todo lo contrario. ¿Cómo es posible, pues, que el que no recoge conmigo ni está a mi lado venga a colaborar conmigo? ¿Y qué digo colaborar? Todo lo contrario: su deseo es esparcir también lo mío. Ahora bien, el que no sólo no colabora conmigo, sino que disipa lo mío, ¿cómo ha de dar muestras de tal concordia conmigo que arroje como yo los demonios? Esto se puede razonablemente suponer que no lo dijo sólo del diablo, sino también de sí mismo, como enemigo que es Él del diablo y quien mejor disipa lo que a éste pertenece. Y ¿cómo—me dirás—: *El que no está conmigo está contra mí?* Contra Él se está por el mero hecho de no recoger. Y si esto es verdad, mucho más el que está contra Él. Si el que no colabora con Él es un enemigo, mucho más el que le hace la guerra. Ahora bien, con todo esto nos quería dar el Señor a entender que su enemiga contra el diablo es muy grande e inexplicable. Porque dime: Si tuvieras tú que hacer la guerra contra alguien, ¿no es así que a todo el que no quisiera ayudarte lo tendrías por el mero hecho por enemigo? Y si es cierto que en otra parte dice el Señor: *El que no está contra vosotros, está a vuestro favor* (Lc 9,50), no es que haya contradicción entre uno y otro pasaje. Porque en el caso primero les señalaba a quien estaba francamente contra ellos, y en el segundo, a quien en parte ya estaba con ellos: *Porque en nombre tuyo* —dicen— *expulsan los demonios* (Mt 7,22). Lo que a mi me parece es que aquí alude el Señor a los judíos, poniéndolos de la parte del diablo, pues ellos también estaban contra Él y trataban de derramar lo que Él había recogido.

LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

Ahora bien, que a ellos también aluda el Señor, se ve claro por lo que sigue diciendo: *Por eso os digo que todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres*... Una vez, pues, que se había defendido y deshecho la contradicción de los fariseos, una vez puesto en evidencia que no tenían motivo ninguno para su desvergüenza contra Él; ahora les infunde también temor. En verdad, no es pequeña parte del consejo y de la corrección, no sólo defenderse y tratar de convencer, sino también amenazar. Así lo hace el Señor en muchas ocasiones cuando nos da sus leyes y consejos. Realmente, la última sentencia parece encerrar extraordinaria oscuridad; pero si la miramos atentamente, hallaremos una solución sencilla. Bien será, pues, que ante todo oigamos el tenor de sus palabras: *Todo pecado* —dice— *y toda blasfemia se perdonará a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se les perdonará. Y a todo el que dijere palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro*. ¿Qué quiere, pues, decir el Señor? Muchas cosas habéis dicho contra mí; por ejemplo, que soy un impostor y enemigo de Dios. Todo os lo perdono, con tal que os arrepintáis; de nada de eso os quiero pedir cuenta; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se os perdonará, ni aun cuando os arrepintiereis. Ahora bien, ¿puede esto tener sentido? Porque, en realidad, también esta blasfemia se ha perdonado a quienes se han arrepentido. Muchos, por lo menos, que habían hablado contra el Espíritu Santo, creyeron luego y todo les fue perdonado. ¿Qué quiere, pues, decir, al afirmar que este pecado es más imperdonable que todos los otros? ¿Cuál es, en definitiva, el sentido de las palabras del Señor? Que Él ignoraban realmente los judíos quién era; pero del Espíritu Santo tenían suficiente conocimiento. Y, en efecto, por inspiración suya habían hablado los profetas cuanto hablado habían y todos los que vivieron en la economía del Antiguo Testamento tenían perfecta idea del Espíritu Santo. Según esto, el sentido de las palabras del Señor es éste: Pase que tropecéis en mí a causa de la carne de la que estoy revestido, pero ¿acaso podéis también decir que no sabéis quién es el Espíritu Santo? Por eso justamente vuestra blasfemia contra Él es imperdonable y por ella seréis

castigados en este y en el otro mundo. Muchos, en efecto, han sido castigados sólo en este mundo, como el incestuoso y los que indignamente participaron de la Eucaristía en Corinto. Pero vosotros —les dice el Señor— lo seréis en este y en el otro mundo. Sí, yo os perdono cuanto contra mí habéis blasfemado antes de hacerme morir en cruz; y hasta el mismo crimen de la cruz. Tampoco seréis condenados por la sola incredulidad, pues tampoco los que vivieron antes de la cruz tenían fe completa, y el Señor en muchas ocasiones, antes de su pasión, solía mandar que no se le descubriera a nadie. En cuanto a su misma muerte, en la cruz rogó para que se les perdonara aquel pecado. Pero lo que habéis dicho contra el Espíritu Santo, eso no tendrá perdón. Y que hable sobre lo que contra Él dijeron antes de la cruz, se ve por lo que sigue: *El que dijere palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará*. ¿Por qué? Porque el Espíritu Santo es conocido de vosotros y os revolvéis impudentemente contra la evidencia. Porque, si podéis decir que a mí no me conocéis, no podéis, sin embargo, afirmar que también a Él le desconocéis y arrojar los demonios y realizar curaciones no es obra del Espíritu Santo. No me injuriáis, pues, a mí solo, sino también al Espíritu Santo. De ahí que vuestro castigo es inexorable en este y en el otro mundo. De los hombres, en efecto, unos son castigados aquí y allá; otros, aquí sólo; otros, allá sólo; otros, ni aquí ni allá. Aquí y allá fueron castigados estos mismos blasfemos judíos: aquí, cuando sufrieron aquellos terribles males al ser tomada su ciudad; allá, aún sufrirán más graves tormentos, como los habitantes de Sodoma y como otros muchos. En el otro mundo sólo, el rico glotón, que se abrasaba en el infierno y no pudo alcanzar una gota de agua. Aquí sólo, como el ya citado incestuoso de Corinto. N„i aquí ni allá, como los apóstoles, los profetas y el santo Job; pues lo que padecieron no fueron castigos, sino combates y pruebas.

JUZGUÉMONOS Y ACUSÉMONOS A NOSOTROS MISMOS

Esforcémonos, pues, por estar de la parte de los apóstoles y profetas; y si no de éstos, por lo menos de los que purgan sus pecados en este mundo. Porque terrible es aquel tribunal, inexorable el castigo e insoportable el suplicio. Pero si quieres no

tener que rendir cuenta ni siquiera aquí, júzgate tú a ti mismo, exígete a ti mismo rigurosa cuenta. Oye lo que te dice Pablo: *Si a nosotros mismos nos juzgáramos, no seríamos juzgados* (1 Cor 11,31). — ¿Y cómo—me dirás—nos juzgaremos y exigiremos cuenta a nosotros mismos? —Llorando y gimiendo amargamente, humillándonos a nosotros mismos, mortificándonos, recordando cada uno de nuestros pecados. No es éste pequeño tormento del alma. El que una vez ha sentido verdadera compunción, sabe que no hay tortura del alma comparable a ésta. El que una vez ha recordado de veras sus pecados, sabe el dolor que este recuerdo produce. De ahí que Dios ponga la justicia por premio de ese arrepentimiento, diciendo: *Confiesa tú primero tus pecados para que quedes justificado* (Is 43,26). No, no es pequeña parte para nuestra corrección recapitular todos nuestros pecados y revolverlos y considerarlos continuamente. El que esto hace, alcanza tanta compunción que se considera indigno aun de la vida. Y no me hables sólo de torpezas y adulterios y demás que todo el mundo conviene en que son pecados patentemente graves; recapitula también las ocultas insidias, las acusaciones, las maledicencias, la vanagloria, la envidia, y tantas cosas como ésas. Tampoco es menguado castigo el que todo eso lleva aparejado. El maldiciente caerá en el infierno, el borracho no tendrá parte en el reino de los cielos, y el que no ama a su prójimo de tal manera ofende a Dios, que ni el martirio le aprovecha; el que se descuida de los suyos ha renegado de la fe (1 Tim 5,8), y el que desprecia a los pobres caerá en el fuego eterno. No pienses, pues, que son ésos pecados pequeños, sino reúnelos todos y escríbelos como en un libro. Si tú los escribes, Dios los borrará, como, por lo contrario, si no los escribes tú, Dios se los apuntará y te pedirá estrecha cuenta de ellos. Más vale, pues, que los apuntemos nosotros y se borren en el cielo, que no lo contrario: olvidarlos nosotros y que Dios luego nos los ponga ante los ojos en aquel terrible día.

EXAMEN DE CONCIENCIA...

Ahora, pues, para evitar que tal nos acontezca, examinémoslo todo diligentemente y nos hallaremos reos de muchos pecados. Porque ¿quién está limpio de toda avaricia? No te me excuses con que te mantienes en la medida; considera más bien que el mismo castigo sufriremos en lo grande que en lo pequeño, y arrepiéntete.

¿Quién está libre de toda injuria? Pues eso basta para arrojarnos al infierno. ¿Quién no ha maldecido secretamente a su prójimo? Pues esto nos priva del reino de los cielos. ¿Quién no ha sido soberbio? Pues el soberbio es el más impuro de todos. ¿Quién no ha mirado alguna vez con ojos intemperantes? Pues ello vale por adulterio consumado. ¿Quién no se ha irritado sin motivo contra su hermano? Pues ése es responsable ante el consejo. ¿Quién no ha jurado alguna vez? Pues el juramento viene del maligno. ¿Quién no ha perjurado? Pues éste es peor que el maligno. ¿Quién no sirvió a Mammón? Pues ése ha abandonado el verdadero servicio de Cristo. Muchos otros pecados, más graves aún que éstos, pudiera decir; pero basta con éstos, y suficientes son para mover a compunción a quien no sea de piedra y esté totalmente insensible. Porque si cada uno de por sí basta para arrojar un alma al infierno, ¿qué no harán todos juntos?

EXHORTACIÓN FINAL: ¿CÓMO NOS SALVAREMOS?

— ¿Cómo es posible, pues, que nos salvemos? —me preguntas. —Aplicando las medicinas contrarias a cada pecado: la limosna, la oración, la compunción, la penitencia, la humildad, la contrición de corazón, el desprecio de las cosas presentes. Como nos decidamos a prestarle atención, Dios nos ha abierto infinitos caminos de salvación. Atendámosle, pues, y tratemos por todos los medios de curar nuestras heridas: haciendo limosna, perdonando a los que nos han ofendido, dando gracias a Dios por todas las cosas, ayunando conforme a nuestras fuerzas, orando fervorosamente, procurándonos amigos de la riqueza de iniquidad. De este modo alcanzaremos perdón de nuestros pecados y llegaremos a los bienes que nos han sido prometidos. De los que ojala todos seamos dignos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 4 2

O haced bueno a un árbol y haréis su fruto bueno, o haced a un árbol malo y haréis malo su fruto. Porque por el fruto se conoce el árbol (Mt 12,33ss).

"POR EL FRUTO SE CONOCE EL ÁRBOL"

No se contenta el Señor con los argumentos pasados, sino que ahora confunde por otros más a sus enemigos. Esto, sin embargo, lo hace ahora, no porque necesite defenderse de sus acusaciones, pues con lo anterior bastaba, sino porque quiere corregirlos a ellos. Lo que quiere decir es lo siguiente: Ninguno de vosotros pudo echar en cara a los por mí curados que no estuvieran realmente curados ni pudo decir que sea cosa mala librar a un hombre del demonio. Realmente, por muy sinvergüenzas que fueran, esto no lo pudieron decir. Si, pues, en las obras no podían poner tacha y calumniaban al que las realizaba, el Señor les demuestra que su acusación rompía con todas las leyes del buen discurso y con toda la lógica misma de las cosas. Era ya el colmo de la desvergüenza, pues que no sólo obraban maliciosamente, sino que se inventaban tales cosas que pugnaban con el común sentir humano. Y mirad cuán ajeno es el Señor a toda porfía. Porque no dijo: "Haced al árbol bueno, puesto que el fruto es bueno"; no, tapándoles más que sobradamente la boca, a la vez que pone de manifiesto su propia modestia y la desvergüenza de ellos, dice: "Si queréis atacar a mis obras, yo no os lo prohíbo; sólo quiere que vuestras acusaciones no se contradigan en sí mismas y pugnen contra toda lógica". De este modo, en efecto, contradiciendo impudentemente la misma evidencia, había de ser más fácil cogerlos. En vano —parece decirles el Señor— obráis maliciosamente y decís cosas contradictorias en sí mismas. Porque el árbol se distingue por el fruto, no el fruto por el árbol. Pero vosotros hacéis lo contrario. Porque, si bien es cierto que el árbol produce el fruto, pero el fruto es el que distingue al árbol. Lo lógico fuera que, pues me calumniáis a mí, condenarais también mis obras; o, puesto que alabáis mis obras, me absolvierais de toda culpa a mí, que soy autor de ellas. Pero lo cierto es que vosotros hacéis lo contrario. Sobre mis obras, que son el fruto, no tenéis tacha alguna que poner; contra el árbol, sin embargo, pronunciáis sentencia condenatoria, pues me llamáis a

mí endemoniado". Lógica, en verdad, de extrema demencia. En realidad, aquí repite el Señor lo mismo que anteriormente había dicho: un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni al revés. En conclusión, las acusaciones contra el Señor pugnaban con toda lógica y con la naturaleza misma.

RAZA DE VÍBORAS

Pero como, en definitiva, no habla ahora el Señor en su propia defensa, sino en la del Espíritu Santo, su acusación toma ahora tono particularmente enérgico y les dice: Raza de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo como sois malos? Palabras con que, a par que los acusa, de ellos mismos toma la prueba de su anterior afirmación. Mirad cómo vosotros—viene a decirles—, que sois árboles malos, no podéis dar fruto bueno. No me maravillo, por ende, que habléis de esa manera, pues os criasteis mal, venís de antepasados malos y tenéis un alma mala. Y notad con qué precisión y sin asidero posible lanza el Señor sus acusaciones contra ellos. Porque no dijo: "¿Cómo podéis hablar bien, siendo como sois casta de víboras?" Pues no hay ilación alguna de lo uno a lo otro; sino: ¿Cómo podéis hablar bien, siendo como sois malos? Casta de víboras, empero, se lo llama por su orgullo de sus antepasados. Al mostrarles, pues, que ningún provecho les venía de ahí, por una parte los priva de su parentesco con Abrahán, y les da, por otra, antepasados que digan con sus costumbres. Con lo que se desvanece toda su gloria por sus antepasados.

DE LA ABUNDANCIA DEL CORAZÓN HABLA LA LENGUA

Porque de la abundancia del corazón habla la lengua. Nuevamente hace ver aquí el Señor su divinidad, que conoce los íntimos pensamientos. De paso nos enseña también que no sólo de las obras, sino también de los pensamientos, tendremos que dar cuenta, y que Dios los conoce. También dice, sin embargo, el Señor que saber eso está al alcance de los hombres, puesto que el hecho de que, rebosando por dentro la maldad, se derrame fuera por las palabras de la boca, es la cosa más natural del mundo. Así, cuando oigáis que un hombre habla mal, no penséis que su maldad es simplemente la que delatan sus palabras, sino conjeturad que la

fuente es mucho más abundante, puesto que lo que por fuera se dice es sólo lo sobrante del corazón. Mirad qué duro golpe asestó el Señor a sus enemigos. Porque si ya lo que sonaba de fuera era tan perverso y procedía de la intención misma del diablo, pensad qué tal sería la raíz y fuente de las palabras. Y es natural que así suceda. Porque la lengua, aunque muchas veces es desvergonzada, no derrama de golpe toda su malicia; mas el corazón, que no tiene a hombre alguno por testigo, al no sentirse cohibido por medio alguno, engendra los males que le da la gana. Porque de Dios bien poca es la cuenta que tiene. Así, pues, como las palabras pueden ser examinadas y se pronuncian ante todo el mundo, el corazón, sin embargo, se queda allá en la sombra; de ahí que los pecados de la lengua sean menos que los del corazón. Mas, cuando la maldad de dentro se hace muy grande, estalla estruendosamente lo que hasta entonces estaba escondido. Y a la manera de los que están para vomitar, que de pronto detienen a la fuerza los humores que quieren irrumpir; pero, al ser vencidos, arrojan con violencia toda aquella porquería; tal son los que están llenos de malos pensamientos y quieren maldecir a su prójimo. *El hombre bueno* —dice el Señor—, *del tesoro bueno de su corazón saca cosas buenas, y el hombre malo, del tesoro malo de su corazón saca cosas malas*.

POR TUS PALABRAS SE TE CONDENARÁ

Porque no vayáis, no, a pensar —dice el Señor— que eso sucede sólo tratándose del mal; lo mismo acontece en el bien, y aquí también la virtud de dentro es mayor que las palabras de fuera. Con lo que daba a entender que había que tenerlos a ellos por peores de lo que sus palabras indicaban, y a al por mejor de lo que sus palabras le manifestaban. Por lo demás habla aquí de tesoro, para indicar muchedumbre. Seguidamente, trata otra vez de infundirles temor. Porque no penséis, no —dice—, que el asunto termina en eso y en que todo el mundo condene tal conducta. No, todos los que obran con esa malicia tendrán que sufrir el extremo castigo. Y no dijo: "Lo tendréis que sufrir vosotros", sino que habló de modo general; primero, para que su lección alcanzara a todo el linaje humano; y luego, para templar un poco el rigor de sus palabras: *Y yo os digo que de toda palabra vana que los hombres hablaren tendrán que dar cuenta en el día del juicio*. Ahora bien,

palabra vana es la que va contra la realidad, la palabra mentirosa, la palabra de calumnia. Según algunos, también toda palabra ociosa, por ejemplo, la que mueve a risa destemplada, o la palabra torpe, indecente y baja. *Porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado*. ¡Mirad qué tribunal más benigno, mirad qué cuentas tan suaves! Porque el juez no dictará sentencia por lo que otros digan contra ti, sino por lo que tú mismo hubieres hablado. Lo que es absolutamente justo, pues en tu mano estaba el hablar o no hablar. No son, consiguientemente, los calumniados los que han de angustiarse y temblar, sino los que calumnian, pues aquéllos no tendrán que defenderse de lo que contra ellos se dijo, sino éstos de lo que hablaron calumniosamente. A éstos amenaza todo peligro. Luego los que sufren la maledicencia han de estar completamente sin cuidado; pues no han de dar ellos cuenta de lo que otros dijeron contra ellos; en cambio, sí que han de angustiarse y temblar los que mal hablaron, pues ellos serán arrastrados al tribunal divino para dar cuenta de su maledicencia. En verdad, ésta es un lazo del diablo, y pecado que no lleva consigo placer ninguno, sino puro daño. Mal tesoro, en efecto, deposita en su alma el maldiciente. Ahora bien, si el que lleva dentro un humor malo, él mismo es el primero que contrae la enfermedad, mucho más el que va acumulando dentro de sí esta maldad, más amarga que todas las hieles, sufrirá terrible daño, contrayendo una grave enfermedad. Y bien se ve por lo que echa por la boca. Porque si sus palabras tanto dañan a los otros, mucho más dañarán a su alma, que las engendra. Y es así que el insidioso, a sí mismo se mata primero, como el que enciende el fuego, a sí mismo se quema, y el que da golpes a un diamante, a sí mismo se daña, y el que cocea contra el aguijón, a si mismo se hiere. Algo semejante, en efecto, es el que sabe sufrir la injusticia y la soporta generosamente. Es como un diamante, como un aguijón, como un fuego. El que se dedica, empero, a hacer daño, es más débil que el barro mismo. No está, pues, el mal en sufrir la injusticia, sino en hacerla, o en no saberla sufrir cuando se nos hace. ¡Cuántas injusticias no sufrió David! ¡Cuántas no le hizo Saúl! Ahora bien, ¿quién de los dos vino a ser más fuerte y afortunado? ¿Quién el más infeliz y miserable? ¿No lo fue acaso el que cometió las injusticias? Mirad si no.

EL QUE SUFRE, MÁS FUERTE QUE EL QUE DAÑA. EJEMPLO DE DAVID Y SAÚL

Saúl le había prometido que, si mataba al filisteo, le haría yerno suyo, pues le daría a su hija con muchas otras gracias. Mató David al filisteo, pero Saúl le faltó a su palabra, y no sólo no le dio a su hija, sino que intentó quitarle la vida. Ahora bien, ¿quién de los dos fue más glorioso? ¿No es así que Saúl se ahogaba de tristeza y del perverso espíritu, mientras David brillaba más que el sol por sus victorias y por el favor que Dios le dispensaba? ¿No es cierto también que, cuando las mujeres cantaban en coros, Saúl se consumía de envidia, y David, que todo lo sufría en silencio, se los atrajo y ganó a todos para sí? Y cuando David tuvo a Saúl en sus manos y le perdonó, ¿quién era también el feliz, quién el desgraciado? ¿Quién el débil y quién el fuerte? ¿No lo era el que, aun con derecho para atacar, no quiso hacerlo? Y con mucha razón. Porque el uno estaba rodeado de soldados: el otro tenía por aliada y ayudadora a la justicia, que es más fuerte que incontables escuadrones. Por ello, precisamente, perseguido él injustamente, no quiso, ni aun justamente, quitarle la vida. Porque sabía muy bien, por su anterior experiencia, que lo que hace a los hombres más fuertes no es cometer el mal, sino sufrirlo. Es ley que se cumple en los cuerpos, lo mismo que en los árboles. ¿Qué decir de Jacob? ¿No hubo de sufrir injusticias y malos tratos por parte de Labán? Ahora bien, ¿quién fue más fuerte: el que tenía a Jacob entre sus manos y no se atrevió a tocarle, sino que temía y temblaba en su presencia, o Jacob mismo, que, sin armas ni soldados, le infundió más temor que mil reyes juntos?

LA INJUSTICIA HACE DÉBIL AL FUERTE: EJEMPLO DE DAVID

Quiero daros otra prueba mayor aún de mis palabras, y la voy a tomar de David mismo, pero al revés. Y es que el que por haber sufrido la injusticia fue primero fuerte, por haberla él cometido luego, se hizo más débil. Así, cuando cometió su crimen con Urjas, se cambiaron los papeles, y la debilidad pasó al inicuo y la fuerza al que sufrió la iniquidad. Y el uno, que era rey y vivía, nada pudo; el otro, simple soldado y muerto, trastornó de arriba abajo la vida de David. ¿Queréis que os ponga aún más claro lo que digo? Examinemos el caso de los que se defendieron aun justamente.

Aun justamente digo, porque los que lo hacen injustamente es evidente para todo el mundo que cometen la mayor vileza y hacen la guerra a su propia alma. —Pero ¿quién —me diréis—, por haberse defendido justamente, pudo ser causa de un incendio de males y venir él mismo a desgracias y dolores infinitos? —El mismo general de David. Éste, en efecto, hizo estallar una guerra terrible y sufrió infinitos males, ninguno de los cuales hubiera sucedido si él hubiera sabido portarse filosóficamente. Huyamos, pues, de este pecado y ni de palabra ni de obra seamos injustos con nuestro prójimo. Porque no dijo: Si le calumnias y le llevas ante el tribunal, sino absolutamente: Si hablas mal aun dentro de ti mismo, con sólo eso sufrirás el último suplicio. Y aun cuando sea verdad lo que digas y tú lo digas absolutamente convencido, aun así serás castigado. Porque Dios no dará la sentencia por lo que el otro hizo, sino por lo que tú dijiste: *Porque por tus palabras* —dice el Señor— *serás justificado*. ¿No oyes cómo también el fariseo decía la verdad, y cosas patentes a todo el mundo, sin que revelara nada oculto? Sin embargo, sufrió el último castigo. Ahora bien, si no hay que acusar ni aun de lo cierto, mucho menos de lo dudoso. El que peca, su juez tiene. No le arrebates, pues, tú su dignidad al Unigénito. A Él está reservada la silla de juez.

SI QUIERES JUICIO, JÚZGATE A TI MISMO

Pero ¿es que a todo trance quieres juicio? ¡Muy bien! Ahí tienes un tribunal, muy provechoso y sin culpa alguna. Sienta a tu razón como juez en el tribunal de tu conciencia y haz que vayan pasando por delante todos tus pecados. Examina los pecados de tu alma y pídele cuenta con todo rigor y dile: ¿Por qué has cometido este y este pecado? Pero si trata de evadirse y se pone a mirar los de los demás, dile tú entonces: No te juzgo sobre lo de los demás, no has entrado aquí para defenderte de eso. ¿Qué te importa a ti que fulano sea malo? Tú, tú, ¿por qué cometiste este o el otro pecado? Defiéndete y no acuses. Mírate a ti misma y no a los demás. Y a esta angustia la has de someter continuamente. Luego, si nada tiene que responder, sino que trata de escaparse, dale una buena tunda de azotes, como a una esclava cerrera y deshonesta. Cada día ha de celebrar sesión este tribunal, y allí has de describir a tu alma el río de fuego, el gusano venenoso y todos los otros suplicios. Y no le consientas ya poner más por excusa al diablo ni

le dejes que te replique impudentemente diciendo: al es el que viene a mí y me tiende sus asechanzas y me tienta. Contéstale tú entonces: Si tú no quieres, todo eso es completamente vano. Si tu alma vuelve a excusarse y te dice: Estoy envuelta en un cuerpo, estoy vestida de carne, habito el mundo y vivo en la tierra; tú replícale inmediatamente: Todo eso son pretextos y subterfugios. Porque también otros han estado envueltos en carne y han habitado el mundo y han vivido en la tierra, y, sin embargo, brillaron por su virtud; y tú misma, siempre que practicas una obra buena, revestida de carne la practicas. Y si le duele oír estas verdades, no por eso levantes la mano; pues por muy firme que le golpees, no por ello ha de morir. Así más bien la libras de la muerte. Y si de nuevo te dice: Es que me irritó el otro, contéstale tú: Pero en tu mano está no irritarte. Por lo menos, muchas veces, has reprimido tu ira. Si te dice: La hermosura de tal mujer me arrebató, tú le replicarás: Pero podías contenerte. Preséntale a los que vencieron; preséntale a la primera mujer, que se excusó diciendo: *La serpiente me engañó* (Gen 3,13); mas no por eso se libró de culpa.

LA SOLEDAD, PROPICIA PARA ESTE JUICIO

Mas, cuando tú sometas a tu alma a este interrogatorio, no debe haber nadie presente, nadie que pueda estorbarte. Los jueces deliberan detrás de una cortina; así, tú, en lugar de cortina, busca tiempo y lugar tranquilo. Cuando te levantas de la mesa y te retiras a descansar, entonces has de celebrar el juicio; ése es el tiempo más a propósito. El lugar será tu lecho y tu cámara. Esto es lo que nos mandó el profeta cuando dijo: *De lo que decís en vuestros corazones, en vuestro lecho compungíos* (Salmo 4,5). Y pide estrecha cuenta aun de las cosas pequeñas, pues de este modo estarás más lejos de cometer las grandes. Si esto hicieres diariamente, ¡con cuánta confianza te presentarás ante el otro terrible tribunal! Así se hizo Pablo tan puro. De ahí que dijera: *Si a nosotros mismos nos juzgáramos, no seríamos juzgados* (1 Cor 11,31). Así purificaba Job a sus hijos; pues el que por los pecados ocultos de ellos ofrecía sacrificios, con mayor razón les pediría estrecha cuenta de los que él conociera (Job 1,5).

No ABRAMOS LA PUERTA DEL ALMA A TODO PENSAMIENTO

Pero nosotros no lo hacemos así, sino todo lo contrario. Apenas nos acostamos, sólo pensamientos mundanos revolvemos en nuestra cabeza. Unos se entretienen con pensamientos impuros, otros dan vueltas a sus préstamos, contratos y preocupaciones pasajeras y terrenas. Los que tienen una hija doncella, ¡con qué cuidado la guardan! Pero nosotros, que tenemos un alma más preciosa que una hija, la dejamos que sé deshonre y se mancille, metiendo en ella todo un tropel de malos pensamientos. Y si allí pretende entrar el amor de la avaricia, o la molicie, o la lujuria, o la ira u otro cualquiera, le abrimos de par en par las puertas y hasta lo convidamos y empujamos, y le permitimos que tenga tranquilamente impuro trato con nuestra alma. ¿Qué barbarie puede darse mayor que la de consentir que nuestra alma, la cosa más preciosa que poseemos, sea ultrajada por tantos adúlteros y que con ellos viva unida hasta que hayan saciado su pasión? ¡Y su pasión no se saciará jamás! De ahí justamente que no la abandonen hasta que de ella se apodera el sueño, o, por mejor decir, ni aun entonces tampoco; puesto que los sueños y fantasías le presentan nuevamente las mismas imágenes. Por eso, venido el día, el alma que tales fantasías ha tenido, viene muchas veces a ponerlas luego por obra. Y tú, que no consientes que te entre en la pupila de tu ojo ni una mota de polvo, ¿no se te da nada que tu alma vaya arrastrando la inmundicia de tantos pecados?

EXHORTACIÓN AL FERVOR EN LA VIRTUD

¿Cuándo, pues, podremos echar fuera todo ese estiércol que vamos acumulando día a día? ¿Cuándo arrancaremos las espinas? ¿Cuándo echaremos la buena semilla? ¿No sabéis que ha llegado ya el tiempo de la siega? ¡Y nosotros no hemos aún labrado siquiera los barbechos! Si, pues, viniere el amo de la tierra y nos reprendiere, ¿qué podremos contestarle? ¿Cómo nos defenderemos? ¿Que no nos dio nadie semilla? ¡Pero si ésta se está sembrando todos los días! ¿Que nadie cortó las espinas? ¡Pero si estamos afilando cada día la podadera! ¿Que las necesidades de la vida nos arrastran? ¿Y por qué no te has crucificado al mundo? Porque si el que sólo devolvió el talento fue declarado

siervo malo por no haberlo duplicado, ¿qué tendrá que oír el que también lo lapidó? Si aquél fue atado y arrojado a donde hay crujir de dientes, ¿qué tendremos que sufrir nosotros, cuando tenemos tantos motivos que nos empujan a la virtud y que, no obstante, nos retraemos y somos perezosos? Y, en efecto, ¿qué hay que no fuera bastante para llevarte a ella? ¿No ves lo despreciable de la existencia? ¿No percibes lo incierto de tu propia vida? ¿No sientes el trabajo y fatiga de lo presente? ¿Acaso porque haya que practicar la virtud con esfuerzo no lo exige también el vicio? Pues si uno y otra exigen esfuerzo, ¿por qué no preferir la práctica de la virtud, que tanta ganancia nos acarrea? Y, a decir verdad, virtudes hay que no exigen trabajo ninguno. ¿Qué trabajo exige, por ejemplo, no jurar o perdonar al prójimo? Lo contrario, más bien, es trabajoso y lleva consigo mil preocupaciones.

EXHORTACIÓN FINAL: EVITEMOS EL MAL Y HAGAMOS EL BIEN

¿Qué excusa, pues, tendremos, o que perdón mereceremos, si ni eso más sencillo practicamos? Pues con ello ponemos de manifiesto que, si no practicamos lo más difícil, sólo a nuestra tibieza y negligencia hay que achacarlo. Considerando, pues, todo esto, huyamos el mal y abracémonos con la virtud: a fin de alcanzar a la vez los bienes presentes y los por venir por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 43

Entonces, tomando la palabra algunos de los escribas y fariseos, le dijeron: Maestro, queremos ver un signo hecho por ti. Pero Él les respondió diciendo: Esta generación mala y adúltera busca un signe, y no se le dará otro que el signo de Jonás profeta (Mt 12,38ss).

GENERACIÓN MALA Y ADÚLTERA

¿Puede darse nada más insensato, nada más impío que estos escribas y fariseos? Después de tantas y tan grandes señales, como si ninguna hubiera aún hecho, le dicen al Señor: *Maestro, queremos ver una señal hecha por ti*. Ahora bien, ¿por qué le dicen

eso? Porque querían nuevamente tenderle un lazo. Y es que, como por las palabras los había hecho enmudecer una, dos y muchas veces; como por ahí les había sofrenado su lengua sinvergüenza, ahora quieren tentar fortuna por las obras: es lo que lleno de maravilla decía el mismo evangelista: *Entonces, algunos de entre los escribas y fariseos tomaron la palabra para pedirle una señal*. *¡Entonces!* ¿Cuándo? Cuando tenían que haber bajado la cabeza y admirarse y pasmarse y rendirse, entonces se obstinaban ellos en su malicia. Y notad con qué palabras llenas de adulación y fingimiento se dirigen al Señor. Sin duda se imaginaban que con ellas iban a ganárselo. Y es de ver cómo unas veces le injurian y otras le adulan; tan pronto le denuestan por endemoniado como le saludan por maestro. Todo, sin embargo, aun siendo contradictorio, procedía de la misma dañada intención. De ahí que el Señor los ataca con vehemencia. Y es de notar que, cuando sus émulos le preguntaban ásperamente y aun le ultrajaban, Él les respondía modestamente; pero cuando trataban de adularlo, entonces es Él quien los denuesta y ataca con toda vehemencia. Con lo que les hace ver que está igualmente por encima de la ira y de la bajeza, pues ni por sus insultos se deja arrebatar de la ira ni por su adulación se ablanda ahora. Considerad, pues, cómo los insulta ahora el Señor y cómo en el insulto mismo pone patente la maldad de sus enemigos. ¿Qué les dice, pues? Esta generación mala y adúltera busca una señal... Que es como si dijera: ¿Qué maravilla que esto hagáis conmigo, a quien por ahora no conocéis, si lo mismo habéis hecho con mi Padre, a quien tan de cerca conocíais? Porque, abandonándole a Él, corríais a los demonios, buscándoos perversos amadores. Es el reproche que continuamente les dirigía también Ezequiel (Ez 16,15). Al hablar así el Señor les hacía ver su concordia con el Padre, mientras ellos nada nuevo hacían. Les descubría también sus secretos pensamientos, pues le pedían aquella señal fingidamente y como enemigos suyos. Los llamó *generación mala*, porque habían sido siempre ingratos para con sus bienhechores y, lo que es el colmo de la maldad, con los mismos beneficios se habían hecho peores; y generación también adúltera, por su antigua y presente incredulidad; con lo que de nuevo se muestra igual al Padre, dado caso que el no creer en Él es lo que la hace adúltera.

LA SEÑAL DE JONÁS PROFETA

Ya que así los ha denostado, ¿qué les dice el Señor? *No se les dará otra señal que la señal de Jonás profeta*. Ya preludie aquí el Señor el anuncio de su resurrección y la hace creíble por una figura de ella. ¿Pues qué?, me dirás. ¿Les fue en definitiva dada una señal? —Sí, pero no a los que la pedían, pues el Señor no hacía sus milagros para convertir a escribas y fariseos, cuyo endurecimiento de corazón Él conocía, sino para instruir a los otros. Así, pues, o hay que dar esta solución o hay que decir que no recibirán señal como aquélla. Una señal, en efecto, les fue dada cuando, por su propio castigo, hubieron de reconocer el poder de Cristo. Aquí, por tanto, les habla amenazándoles y señalándoles verdaderamente ese castigo, como si dijera: "Yo os he hecho infinitos beneficios y con ninguno he logrado atraeros ni habéis querido adorar mi poder. Ahora bien, día vendrá en que tendréis que reconocerlo, por lo contrario que beneficios, el día en que veréis derribada por tierra vuestra ciudad, arrasadas sus murallas, el templo convertido en montón de escombros y, privados vosotros de vuestra ciudadanía y libertad primera, tengáis qué andar errantes y sin techo por todas partes. Todo esto, en efecto, se cumplió después de su muerte en la cruz. Eso, pues, termina el Señor, os servirá a vosotros de grandes señales. Y, a la verdad, señal tremenda es que los males del pueblo judío sigan inmobles, y que, no obstante haberlo intentado tantos, nadie haya logrado anular la sentencia que un día fue pronunciada contra ellos. El Señor, sin embargo, no dice nada de esto, sino que deja al tiempo por venir que se encargue de revelárselo; por ahora se contenta con hablarles de su resurrección, la que tendrían que reconocer por lo mismo que más adelante habían de sufrir. *Porque como estuvo Jonás* —les dice— *tres días y tres noches en el vientre del monstruo marino, así estará también el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra*. Que había de resucitar, no se lo dice aquí con toda claridad, pues se lo hubieran tomado a burla; sin embargo, se lo dio suficientemente a entender, de modo que pudieran creer que Él lo sabía de antemano. Y que ellos lo entendieron así lo prueban sus palabras a Pilatos: *Señor* —le dijeron—, *aquel impostor dijo aún vivo: Después de tres días resucitaré* (Mt 27,63). Y si los discípulos no lo sabían, es que al principio eran más lerdos que los mismos escribas y fariseos.

Estos, sin embargo, por sus mismas palabras fueron condenados.

EL SIGNO DE LA CRUZ PRECEDE A LA RESURRECCIÓN

Y notad con qué precisión expresa el Señor su pensamiento. Porque no dijo: "En la tierra", sino: *En el corazón de la tierra*, que era una clara alusión a su sepulcro, a fin que nadie pudiera imaginar que se trataba de una pura apariencia. De ahí también que puso plazo de tres días, a fin que fuera creída su muerte. No sólo quiere confirmarla con la cruz y por el hecho de haber sucedido a los ojos de todo el mundo, sino también con el tiempo de tres días. Y es que a la resurrección, todo el tiempo por venir le había de rendir testimonio; pero la muerte de cruz, de no haber tenido entonces mismo muchos signos que la confirmaron, no hubiera sido creída. Y si la muerte no se creía, tampoco se hubiera creído la resurrección. Por eso la llama señal; pero si no hubiera sido crucificado, la señal no se hubiera dado. De ahí también que haga mención de la figura, a fin que fuera creída la realidad. ¿Por ventura, decidme, fue una fantasía que Jonás estuvo en el vientre del monstruo marino? No lo puedes decir. Luego tampoco lo fue haber estado Cristo en el corazón de la tierra. Porque no vamos a decir que la figura fue realidad y que la realidad fue fantasía. De ahí que en todas partes anunciamos la muerte del Señor: en la Eucaristía, en el bautismo y en todos los actos del culto. De ahí también que con clara voz grita Pablo: *Lejos de mí gloriarme fuera de la cruz de nuestro Señor Jesucristo* (Gal 6,14). De donde resulta evidente que son hijos del diablo aquellos que, infestados de la herejía de Marción, tratan de borrar aquello mismo que Cristo hizo cuanto cabe hacer para que no se borrara, y el diablo tuvo empeño infinito en que se borrara, es decir, la pasión y la cruz. De ahí que en otra ocasión dijera: *Destruid este templo, y yo lo levantaré en tres días* (Jn 2,19); y: *Días vendrán en que les será arrebatado el esposo* (Mt 9,15). Y aquí: *No se les dará otra señal que la señal de Jonás profeta*. Con lo que les declara que moriría por ellos, pero que ningún provecho sacarían de su muerte. Porque así se lo declaró más tarde. Sin embargo, no obstante saberlo, murió. Tan grande era su solicitud por ellos. Y, en efecto, para que nadie pensara que el desenlace en los judíos había de ser el mismo que el de los ninivitas y se convertirían; y que, como a éstos les

conservó su ciudad, amenazada de ruina, y, bárbaros y todo, los convirtió, así habían de convertirse también los judíos después de la resurrección, oye cómo el Señor declara todo lo contrario. Porque que ningún fruto habían de sacar para su propio beneficio de la pasión, sino que tendrían que sufrir males sin remedio, se lo declaró seguidamente por el ejemplo del demonio. Por de pronto, Él se defiende de los males que el pueblo judío había luego de sufrir, haciendo ver que los sufrirán con toda justicia. Las calamidades y la desolación de su ciudad se las pone delante por medio del ejemplo dicho; por ahora les demuestra que todo lo sufrirán por estricta justicia. Es lo mismo que solía Dios hacer en el Antiguo Testamento. Así, cuando se disponía a destruir a Sodoma, se justificó antes delante de Abrahán, haciéndole ver lo escasa y rara que era entre ellos la virtud, pues en tan populosas ciudades no se habían hallado siquiera diez hombres que vivieran templada o castamente. Y después a Lot le mostró igualmente el odio al extranjero y los torpes amores de aquellas gentes, y entonces es cuando lanza el fuego sobre ellas. Lo mismo hizo cuando el diluvio, en que, por las mismas obras de los hombres, se sincera ante Noé. Y a Ezequiel igualmente, estando en Babilonia, le hizo ver los males de Jerusalén (Ez 5,1). Y cuando a Jeremías le dijo: No me ruegues por ellos, como quien se sincerara, le añadió: *¿Es que no ves lo que éstos están haciendo?* (Jer 7,16-17). En todas partes hace lo mismo, y así también en la ocasión presente.

EL QUE ES MÁS QUE JONÁS

Porque ¿qué es lo que les dice? *Los hombres de Nínive resucitarán y condenarán a esta generación, porque ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y aquí está quien es más que Jonás*. Porque Jonás fue siervo, y yo soy el amo; Jonás predicó la ruina de Nínive, y yo he venido a dar la buena nueva del reino de los cielos. Y los ninivitas creyeron sin haber visto milagro alguno, y yo he obrado muchos milagros; ellos no oyeron sino las palabras de amenaza del profeta, y yo no he omitido forma alguna de filosofía. Jonás fue a Nínive a cumplir como ministro su misión; pero yo, señor y dueño soberano de todas las cosas, he venido, no para amenazar, no para pedir cuentas, sino para traer el perdón. Los ninivitas eran bárbaros, éstos, sin embargo, fueron educados por innumerables profetas. Nadie predijo la venida de Jonás; de mí,

sin embargo, predijeron todos los profetas, y las obras han concordado con sus palabras. Jonás huyó cuando iba a cumplir su misión por temor de quedar en ridículo; pero yo he venido, aun sabiendo que ha de ser burlado y crucificado. Jonás no quiso soportar el más leve oprobio por la salvación de Nínive; yo, sin embargo, soportaré la misma muerte ignominiosa, y aun después de eso os enviaré a mis apóstoles. Jonás era en Nínive extranjero, extraño y desconocido; pero yo soy pariente vuestro según la carne y vengo de vuestros mismos antepasados. Y tantos más contrastes como, a poco que se busque, pudieran todavía acumularse.

"AQUÍ ESTÁ EL QUE ES MÁS QUE SALOMÓN"

Pero no se detiene ahí el Señor, sino que pone otro ejemplo y les dice: *La reina del mediodía se levantará juntamente con esta generación el día del juicio y los condenará, porque ella vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Y aquí está quien es más que Salomón*. Esto es ya más que lo anterior. Porque Jonás fue a los ninivitas; mas la reina del mediodía no esperó a que Salomón viniera a ella, sino que vino ella a Salomón, a despecho de ser mujer y bárbara, a despecho de la enorme distancia que la separaba; y no porque pesara sobre ella amenaza alguna, no porque temiera la muerte, sino por puro deseo de oír las palabras de un rey sabio. Y, sin embargo, aquí está quien es más que Salomón. Porque a Salomón le vino a ver una mujer; a vosotros, sin embargo, he venido yo. Aquélla vino de los confines de la tierra; yo, sin embargo, ando recorriendo vuestras aldeas y ciudades. Salomón hablaba de árboles y maderas, cosas que poco provecho habían de acarrear a su visitante; yo, sin embargo, hablo de cosas inefables y de tremendos misterios.

EL ESPÍRITU INMUNDO VUELVE A SU MORADA

Así, pues, una vez que el Señor hubo condenado a escribas y fariseos, haciéndoles sobradamente ver que su pecado no tenía perdón y que su desobediencia no procedía de insuficiencia del maestro, sino de su propia ingratitud; una vez que así se lo demostró, entre otros muchos argumentos, por el ejemplo de los ninivitas y de la reina de Sabá, entonces es cuando les anuncia

también el castigo que había de caer sobre ellos. De manera, ciertamente, enigmática; pero se lo anuncia al cabo, y con palabras que habían de infundirles gran temor. Porque *cuando el espíritu inmundo* —dice— *sale de un hombre, anda errante por lugares secos buscando descanso; y, como no lo encuentra, se dice a sí mismo: Voy a volver a mi casa, de donde he salido. Y venido que viene, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces se va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí, y las postrimerías de aquel hombre resultan peores que sus comienzos. Así ha de suceder con esta generación*. Con estas palabras les hace ver el Señor que tendrán que sufrir los más graves castigos, no sólo en el otro mundo, sino también en éste. Y es que, como les había dicho: *Los hombres de Nínive se levantarán el día del juicio y condenarán a esta generación*, para que la dilación del tiempo nos los llevara a despreciar su amenaza y se hicieran aún más negligentes, les pone ahora delante las desgracias que les esperan. Es lo que el profeta Oseas les amenazaba al decirles que serán *como el profeta que sale fuera de sí, como el hombre que es agitado del espíritu* (Os 9,7), es decir, como los falsos profetas, enloquecidos y furiosos por la acción de los malos espíritus. Porque aquí llama profeta fuera de sí al falso profeta, como son los adivinos. Y, declarando esto mismo Cristo, les anuncia que habrán de sufrir los últimos males. Mirad cómo por todos los medios los incita el Señor a que atiendan a sus palabras: por lo presente y por lo venidero; por los que obraron bien, como los ninivitas y la reina de Sabá, y por los que obraron mal, como los de Tiro y de Sodoma. Lo mismo que hacían los profetas, poniéndoles delante a los hijos de Recab (Jer 35,2-19) y a la novia, que no se olvida de su adorno y del broche de su pecho, y al buey, que conoce a su dueño, y al asno, que sabe su pesebre. Así aquí el Señor, después que por la comparación ha demostrado la ingratitud de los judíos, les anuncia también el castigo que les espera. ¿Qué es, pues, lo que les ha dicho? Así como los posesos —les dice— si, una vez libres de su enfermedad, se dejan llevar de su tibieza, se atraen una posesión más grave que la primera, lo mismo ha de suceder con vosotros. En verdad, ya antes erais presa del demonio, cuando, dando pruebas de la mayor locura, adorabais a los ídolos y sacrificabais vuestros hijos a los mismos demonios; sin embargo, yo no os abandoné entonces, sino que expulsé aquel demonio por medio de mis profetas y ahora he

venido con intento de purificaros más y más por mí mismo. Así, pues, como no queréis prestarme atención, sino que habéis venido a parar a maldad mayor que la primera (porque mayor crimen que matar a los profetas fue haberle asesinado a Él mismo), así también habéis de sufrir males mayores que los primeros; mayores, digo, que los sufridos en Egipto, en Babilonia y bajo el primer Antíoco. Y, en efecto, los que les acontecieron bajo Vespasiano y Tito fueron mucho mayores que todos los pasados. De ahí que el mismo Señor dijera: *Será tribulación grande, como no fue jamás ni después será* (Mt 24,21). Pero el ejemplo puesto por el Señor no da a entender eso solo, sino también que quedarían privados absolutamente de toda virtud y que serían más fácil presa de la acción del demonio que no lo fueran antes. Porque entonces, si es cierto que pecaban, había por lo menos entre ellos quienes los corregían; tenían la providencia de Dios y la gracia del Espíritu, que se cuidaba de ellos y los enderezaba y hacía cuanto de ella dependía; mas ahora —les dice— quedaréis totalmente privados de esta solicitud por parte de Dios, y será más rara la virtud y mayores las desgracias y más tiránica la acción de los demonios. Sabéis, en efecto, cómo en nuestros mismos días, cuando Juliano, que en impiedad venció a todos los impíos, llegó a aquellos extremos de locura, los judíos hicieron frente común con los paganos, y cómo secundaron los planes del emperador. Y si ahora parecen mostrarse más moderados, sólo por miedo a los emperadores se están quietos; pues de no ser así cometerían, sin duda, crímenes mayores que los pasados. Porque, por una parte, en todo lo que son obras malas, vencen a sus antecesores, y ahí están sus magias, hechicerías y disolución, que practican con exceso indecible; y, por otra, no obstante el fuerte freno que los retiene, muchas veces se han rebelado ya contra el imperio, atrayendo sobre sí las más duras represalias.

SIN LA BUENA INTENCIÓN, DE NADA SIRVE EL MILAGRO

¿Dónde están ahora los que buscan milagros? Lo que hace falta —óiganlo bien—es un alma recta, sin la cual los milagros no sirven para nada. Ahí están, si no, los ninivitas, que creyeron sin ver milagro alguno, y ahí están escribas y fariseos, que después de tantos milagros se hicieron peores, se convirtieron en morada de

infinitos demonios y se atrajeron calamidades sin cuento. Y muy justamente. Para que cuando, una vez libre el hombre de sus males, no lleve una vida templada, tendrá que sufrir males más graves que los primeros. De ahí que dijera el Señor que *el demonio no halla descanso*, con lo que nos dio a entender que ese tal, absolutamente y de toda necesidad, será víctima de las asechanzas de los demonios. En verdad, dos razones tenían para vivir moderadamente; primera, por lo que antes habían padecido, y luego, por hallarse entonces libres; y aun habría que añadir la tercera, que es la amenaza de mayores sufrimientos. Sin embargo, ninguna bastó para que se hicieran mejores.

Pero no pensemos que esto tenga sólo aplicación para los judíos, no. También se dijo para nosotros, que, después de haber sido iluminados, después de haber sido librados de los males anteriores, nuevamente volvemos a la misma maldad. Y, consiguientemente, también será más grave el castigo de los pecados que después de iluminados hayamos cometido. De ahí que Cristo dijera al paralítico: *Mira, ya estás sano. En adelante no vuelvas a pecar, no sea que te suceda algo peor* (Jn 5,14), ¡Y esto se dijo a un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo! — ¿Qué le podía pasar peor? —me dirás—. —Algo mucho peor y más grave. Dios nos libre, en efecto, que hayamos de sufrir todo lo que somos capaces de sufrir. A Dios, ciertamente, no han de faltarle castigos que enviarnos, pues si inmensa es su misericordia, inmensa es también su justicia. Esto es también lo que le echa en cara a Jerusalén por boca de Ezequiel: *Yo te vi* —dice— *manchada en sangre, y te lavé y te ungí, y te adquiriste nombre por tu belleza; pero tú fornicaste con tus vecinos* (Ez 16,6-26). Por eso, si pecas, te amenaza con más graves males. Pero no pensemos sólo en los castigos, sino también en la infinita misericordia de Dios. Muchas veces, en efecto, hemos vuelto a los mismos pecados y Él ha tenido paciencia con nosotros. No por eso, sin embargo, nos descuidemos, sino temamos. Porque si Faraón hubiera aprendido en la primera plaga, no hubiera tenido que sufrir las posteriores ni se hubiera finalmente hundido, juntamente con su ejército, en el mar Rojo. Y digo esto porque sé que hay ahora muchos que dicen como Faraón: "No conozco a Dios". Y someten a sus súbditos a trabajar en el barro y los ladrillos. ¡Cuántos hay que, mandando Dios renunciar a toda amenaza, no consienten ni aflojar un punto de la pena! — ¡Es que ya no tenemos que atravesar el mar Rojo!

—Pero hay que atravesar un mar de fuego, un mar, no como aquél, sino mucho mayor y más bravío, cuyas olas son de fuego—de un fuego extraño y espantoso—. Allí hay un abismo del más terrible incendio. Allí es de ver cómo el fuego da vueltas por todas partes, como si fuera una fiera salvaje. Porque si aun en la tierra este fuego sensible y material, saltando fuera del horno de Babilonia, como una fiera, arrebató a los ministros encargados de arrojar a los tres jóvenes hebreos, ¿qué no hará aquel fuego del infierno con quienes en él cayeren? Escuchad lo que sobre aquél día dicen los profetas: *Día del Señor irremediable, lleno de furor y de ira (Is 13,9)*. Porque nadie habrá que nos asista, nadie que nos libre. Por ninguna parte veremos el rostro blando y sereno de Cristo. Como los que son condenados a las minas son entregados a hombres duros y no ven a nadie de su familia, sino sólo a aquellos fieros cómitres, así será también entonces; o, por mejor decir, ni siquiera será así, sino mucho peor. Porque aquí, por lo menos, cabe acudir al emperador y rogarle por la libertad de algún condenado, mas allí no cabe súplica alguna. Allí no hay libertad posible, sino que continuarán abrasándose, con dolor que no es posible ni explicar. Porque si no hay palabras capaces de expresar los amargos dolores de los que aquí mueren quemados, mucho menos los que allí sufren los condenados. Porque aquí, por lo menos, todo se pasa en un momento; pero allí el condenado es ciertamente quemado, pero no consumido.

CONDENARSE CON OTROS NO ES CONSUELO DEL INFIERNO

¿Qué haremos, pues, allí? Porque ya veis que hablo también de mí mismo. —Pues si tú —me dirás— hablas así de ti mismo, que eres maestro, ya no tengo yo que preocuparme de nada. Porque ¿qué tendrá de extraño que yo me condene? —No, os suplico, no busque nadie semejante consuelo, pues realmente no lo es. Porque, decidme: ¿No era el diablo una potencia incorpórea? ¿No era superior a los hombres? Y, sin embargo, cayó. Ahora bien, ¿habrá nadie que tenga por consuelo el estar condenado en compañía del diablo? ¡De ninguna manera! ¿Qué decir del pueblo egipcio entero? ¿Acaso no vieron castigados a todos sus magistrados y que no había casa que no estuviera de duelo? ¿Es que por eso se consolaron y resignaron? Ciertamente que no. Y

bien se vio por lo que después de eso hicieron; pues, como aguijados por una llama, se presentaron en masa delante del rey y le obligaron a dejar salir al pueblo hebreo. Realmente, frío razonamiento es pensar que es un consuelo ser condenados con todos y decir: "Soy uno de tantos". Porque ¿qué falta hace hablar del infierno? Considerad, por favor, a los que sufren de la gota. Cuando se sienten taladrados por el agudo dolor, ya podéis hablar de infinitos que sufren más graves dolores que ellos: ni os entenderán lo que les decís. Porque la intensidad del dolor no les deja lugar alguno para pensar en los demás y hallar en los dolores ajenos algún alivio para los propios. No nos alimentemos, pues, de tan frías esperanzas. Consolarse con los males del prójimo sólo cabe en los sufrimientos moderados; mas cuando la tortura sobrepuja a todo, y la tormenta invade todo nuestro interior, y el alma no puede ya ni conocerse a sí misma, ¿de donde entonces tomará consuelo?

HAY QUE HABLAR DEL INFIERNO PARA NO CAER EN ÉL

En conclusión, todo eso que decís es pura ridiculez y cuentos de niños tontos. Tal vez suceda eso en una tristeza, y aun en tristeza ordinaria, en que nos dicen que a fulano le pasó lo mismo que a nosotros, pues hay casos en que, ni tratándose de tristeza, tiene valor ninguno semejante consuelo. Y si aquí no vale para nada, ¿qué valdrá en aquel dolor y angustia inexplicables, que se manifestará por el crujir de dientes? Ya sé que con este lenguaje os soy molesto y os causo tristeza. Pero ¿qué queréis que haga? Tampoco yo querría decir esto, sino tener la certeza que tanto yo como vosotros practicamos la virtud; pero, como la mayor parte de nosotros vivimos en pecado, ¡ojala me fuera dado entristeceros de verdad y heriros en lo íntimo de vuestra alma! Entonces, sí, tendría yo descanso. Ahora, sin embargo, mucho me temo que haya quienes desprecien mis, palabras, y este desprecio justamente les acarree mayor castigo. Si un amo amenaza a su esclavo y éste desprecia su amenaza, no por despreciarla escapará al castigo, sino que el desprecio mismo será motivo de más grave pena. Por eso, os lo suplico, compunjámonos al oír hablar del infierno. Nada hay más dulce que hablar del infierno, puesto que nada hay más amargo que la realidad del mismo infierno. Y ¿cómo —me dirás—

puede ser dulce oír hablar del infierno? Pues porque es amargo caer en él, cosa que justamente nos preservan esas aparentemente molestas palabras. Y, aun antes de eso, otro placer nos procura esa plática sobre el infierno: recoge nuestras almas y las hace más cautas, eleva nuestro espíritu, da alas a nuestro pensamiento, levanta el asedio de nuestros malos deseos y nos sirve de universal medicina. Permitidme, por tanto, que, después de haberos hablado del castigo, os diga la vergüenza que nos espera. Porque si a los judíos los condenarán entonces los ninivitas, a nosotros nos condenarán muchos de los que ahora parecen inferiores a nosotros. Consideremos, pues, cuán grande será entonces nuestra confusión, cuán dura nuestra condenación. Considerémoslo y empecemos desde este momento, abramos ahora mismo la puerta al arrepentimiento. Conmigo mismo hablo, a mí mismo antes que a nadie dirijo esta exhortación, y nadie ha de irritarse como si yo intentara condenarle. Entremos por el camino estrecho. ¿Hasta cuándo la vida de placer? ¿Hasta cuándo la relajación? ¿No estamos aún hartos de tibieza, de disipación y de aplazamientos? ¿No será otra vez lo mismo: mesas, hartura, lujo, riquezas, posesiones y edificios? ¿Y cuál es el fin de todo eso? ¡La muerte! ¿Cuál es el fin? Polvo y ceniza, ataúd y gusanos.

LA VIDA SANTA, LA MEJOR PREDICACIÓN PARA LOS PAGANOS

Emprendamos, por tanto, nueva vida; hagamos de la tierra cielo y mostremos así a los gentiles de cuán grandes bienes están privados. Porque, cuando vean nuestra conducta ejemplar, contemplarán el espectáculo mismo del reino de los cielos. Cuando nos vean modestos, puros de ira, de mal deseo, de envidia y avaricia; cuando nos vean practicar todas las virtudes, no podrán menos de decir: "Si ya aquí los cristianos son ángeles, ¿qué serán cuando salgan de este mundo? Si donde son extranjeros así brillan, ¿qué será cuando lleguen a su patria?" De este modo los gentiles se convertirán y se propagará la doctrina de la religión, no menos que en los días de los apóstoles. Doce eran éstos, y convirtieron pueblos y ciudades enteras; pues considerad cómo se levantaría nuestra religión si todos nos hiciéramos maestros de ella por la perfección de nuestra vida. Porque no tanto atrae a un pagano ver a un muerto resucitado, como a un hombre que vive

filosóficamente. Aquello le producirá admiración; esto, provecho. Aquello fue y pasó; esto permanece y edifica continuamente su alma. Vigilemos, pues, sobre nosotros mismos y así les aprovecharemos también a ellos. Nada pesado os digo. No os digo: No os caséis. No os digo: Abandonad la ciudad y apartaos de los negocios ciudadanos. No. Permaneced donde estáis, pero practicad la virtud. A decir verdad, más quisiera que brillaran por su virtud los que viven en medio de las ciudades, que no los que se han ido a vivir en los montes. ¿Por qué? Porque de ello se seguiría un bien inmenso, puesto que *nadie enciende una luz y la pone debajo del celemín* (Mt 5,15). De ahí que yo quisiera que todas las luces estuvieran sobre los candeleros, a fin que la claridad fuera mayor. Encendamos, pues, el fuego, hagamos que los que están sentados en las tinieblas se vean libres del error. Y no me vengas con que "Tengo hijos, tengo mujer, tengo que atender a la casa y no puedo cumplir lo que me dices". Si nada de eso tuvieras y fueras tibio, todo estaba perdido; aun cuando todo eso te rodee, si eres fervoroso, practicarás la virtud. Sólo una cosa se requiere: una generosa disposición. Si eso hay, ni edad, ni pobreza, ni riqueza, ni negocios, ni otra cosa alguna puede constituir obstáculo a la virtud. Y, a la verdad, viejos y jóvenes, casados y padres de familia, artesanos y soldados, han cumplido ya cuanto por el Señor fue mandado. Joven era David; José, esclavo. Aquilas ejercía una profesión manual, la vendedora de púrpura estaba al frente de un taller, otro era guardián de una prisión, otro centurión, como Cornelio; otro estaba enfermo, como Timoteo; otro era un esclavo fugitivo, como Onésimo, y, sin embargo, nada de eso fue obstáculo para ninguno de ellos y todos brillaron por su virtud: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, esclavos y libres, soldados y paisanos.

EXHORTACIÓN FINAL: "¡FUERA VANAS EXCUSAS!"

No busquemos, pues, vanos pretextos, sino procuremos la mejor voluntad posible y, seamos lo que seamos, abracémonos con la virtud a todo trance, y así alcanzaremos los bienes futuros por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea, junto con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria y el poder y el honor ahora y siempre y por los siglos. Amén.

HOMILIA 44

Estando aún hablando a la muchedumbre, he aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera, buscando modo de hablarle. Y alguien le dijo: Mira que tu madre y tus hermanos están ahí fuera, buscando modo de hablarte. Pero Él, tomando la palabra, le respondió al que se lo decía: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo: Ésta es mi madre y éstos mis hermanos (Mt 12,46ss).

EL VERDADERO PARENTESCO CON JESÚS

Lo que el día pasado dije, a saber, que sin la virtud es superfluo todo lo demás, ahora se nos demuestra muy sobradamente. Yo os decía que, sin buena intención, ni la edad, ni el sexo, ni habitar en el desierto, ni cosa alguna semejante valen para nada; pero hoy nos enteramos de algo más grande todavía, y es que, sin la virtud, tampoco hubiera valido nada haber concebido a Cristo, haberlo llevado en el seno y haberle dado a luz de la maravillosa manera que sabemos. Y he aquí la prueba de ello: *Estando aún Él hablando a la muchedumbre* —dice el evangelista—, *alguien le dijo: Mira que tu madre y tus hermanos te buscan*. Y Él responde: *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* Al hablar así el Señor, no es que se avergonzara de su madre ni que renegara de la que le había dado a luz. De haberse avergonzado de ella, no hubiera entrado en su seno. Lo que el Señor quería manifestar es que, de no haber ella hecho cuanto debía hacer, de nada le hubiera servido su maternidad carnal. Y, a la verdad, lo que la madre de Jesús intentó entonces procedía de ambición superflua, pues quería hacer alarde ante el pueblo de cómo mandaba ella y tenía autoridad sobre su Hijo, del que tampoco tenía todavía muy alta idea. De ahí la inoportunidad con que se presentó. Mirad, si no, la inoportunidad de su madre y hermanos. Porque, cuando debían haber entrado y escuchar juntamente con la muchedumbre, y, si eso no querían, esperar a que terminara el Señor su discurso, y, terminado, acercársele, ellos le llaman desde fuera, y esto lo hacen en presencia de todos, haciendo alarde de una superflua vanagloria y queriendo demostrar que mandaban sobre Él con entera autoridad. Lo cual, en tono de reproche, nos lo descubre el mismo evangelista. Eso, en efecto, da a entender cuando dice:

Cuando estaba aún hablando a las muchedumbres... Como si dijera: ¿Es que no había tiempo mejor? ¿Es que no podían haberle hablado particularmente? ¿Y a qué fin le querían hablar? Porque, si iban a hablarle de la doctrina de la verdad, tenían que haberlo propuesto públicamente y en presencia de todos, a fin que el provecho hubiera sido también de todos; y si de asuntos que sólo a ellos interesaban, no había por qué darle aquellas prisas. Porque, si no permitió el Señor al otro enterrar a su padre, a fin de no poner dilación en su seguimiento, mucho menos había que interrumpir su enseñanza con asuntos que nada tenían que ver con ella. De lo que resulta evidente que dieron aquel paso por pura vanagloria. Es lo que Juan puso de manifiesto al decir: *Porque ni sus mismos hermanos creían en Él* (Jn 7,5). Y antes nos refiere las mismas palabras de ellos, llenas de insensatez, al contarnos cómo le empujaban para que subiera a Jerusalén, no por otro motivo sino porque ambicionaban la gloria que pudiera resultarles de sus milagros: *Porque si esto haces* —le dicen—, *muéstrate a ti mismo al mundo, puesto que nadie hace algo a escondidas y busca ser él mismo conocido* (Jn 7,4). Que fue cuando el Señor los reprendió, echándoles en cara su sentido puramente carnal. Y es que, como los judíos trataban de rebajar al Señor y decían: *¿No es éste el hijo del carpintero, cuyo padre y madre conocemos nosotros? Y sus hermanos, ¿no andan entre nosotros?* (Mt 13,55-56), sus parientes, para rechazar esta nota de bajeza, invitaban a Jesús a que hiciera ostentación de sus milagros. Pero por eso los rechaza Él, pues quería curarlos de aquella pasión. Porque si hubiera querido renegar de su madre, lo hubiera hecho cuando sus enemigos trataban de rebajarle por ser hijo de ella. Pero lo cierto es que tiene tanta providencia de su madre que, en la misma cruz, se la encomienda al discípulo a quien más amaba, y le muestra la más viva solicitud. Pero ahora no lo hace así por interés de ella y de sus hermanos. Porque, como quiera que le miraban como a puro hombre, y se dejaban llevar de la vanagloria, lo que el Señor quiere es arrojar de ellos esa enfermedad, no afrentándolos, sino corrigiéndolos. Pero considerad, os ruego, no sólo las palabras del Señor con el reproche, moderado desde luego, que contienen, sino también la inconveniencia de sus hermanos y el atrevimiento que cometen. Considerad igualmente quién era el que los reprendía, que no era un hombre ordinario, sino el Unigénito mismo de Dios, y con qué fin lo hizo. Porque no quería el Señor confundir en modo

alguno a su madre, sino librarla de la más tiránica de las pasiones, llevarla poco a poco a concebir de Él la idea conveniente y persuadirla que no sólo era su hijo, sino también su Señor. Si así lo consideramos, veremos que la reprensión decía perfectamente con él Señor, era muy provechosa para su madre, y, por otra parte, estaba llena de mansedumbre. Porque no dijo: "Anda y dile a mi madre que no es madre mía". No. Se dirige al que le hablaba y le dice: ¿Quién es mi madre? Con lo cual, aparte lo dicho, aún nos da otra enseñanza. ¿Qué enseñanza es ésa? Que ni ellos ni otro alguno, por confiar en el parentesco, debían descuidar la virtud. Porque si a su madre nada le hubiera valido ser madre suya de no haber practicado la virtud, mucho menos se salvará nadie por mero título de parentesco. Porque no hay más que un parentesco legítimo, que es hacer la voluntad de Dios. Y este modo de parentesco es mejor y más importante que el de la carne.

LA GLORIA DE LOS ANTEPASADOS, SIN VIRTUD PERSONAL, ES VANA E INÚTIL

Sabiendo, pues, esto bien sabido, no nos enorgullezcamos de nuestros hijos gloriosos, si no tenemos su virtud; ni nos gloriemos de nuestros nobles padres, si no seguimos sus mismas costumbres. Porque cabe muy bien que quien ha engendrado a un hijo no sea su padre, y quien no lo ha engendrado, lo sea. De ahí justamente que, cuando en otra ocasión, una mujer gritaba: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste* (Lc 11,27), no respondió el Señor: "A mí no me ha llevado vientre alguno"; ni: "Yo no he mamado pecho alguno", sino: *Bienaventurados más bien los que hacen la voluntad de mi Padre*. Ya veis cómo no es que el Señor niegue en modo alguno el parentesco de la naturaleza; lo que hace es anteponerle el parentesco de la virtud. En este sentido, cuando el Precursor decía: Raz*a de víboras, no andéis diciendo: Tenemos por padre a Abrahán* (Mt 3,7-9), no es que negara que realmente descendían `de Abrahán, sino que queda darles a entender que de nada había de valerles aquella descendencia si no tenían también el parentesco de las costumbres. Lo mismo que Cristo declaró, diciendo: *Si fuerais hijos de Abrahán, practicaríais las obras de Abrahán* (Jn 8,39). Con lo que no pretendía negar su parentesco

con Abrahán según la carne, sino enseñarles a buscar otro mejor y más importante. Es exactamente lo que aquí pretende, siquiera más suave y moderadamente, pues se trataba de su propia madre. Así, no dijo: "Ni ésa es mi madre ni ésos mis hermanos, puesto que no hacen mi voluntad". No. Ni sentenció ni condenó. Dueños los deja de hacer la voluntad del Padre, hablando con la modestia que a Él convenía: *Porque el que hace* —dice— *la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre*. De suerte que, si ellos querían serlo, no tenían sino entrar por aquel camino. Y cuando aquella mujer gritó y le dijo: *Bienaventurado el vientre que te llevó*, no dijo: "Yo no tengo madre", sino: "Si mi madre quiere ser bienaventurada, que cumpla la voluntad de mi Padre. Porque ése, ése es mi hermano y mi hermana y hasta mi madre". ¡Oh honor, oh fuerza de la virtud! ¡A cuán alta cumbre levanta a los que la practican! ¡Cuántas mujeres han proclamado bienaventurada a aquella santa virgen y su vientre, y hubieran deseado ser madres como ella y por ello lo hubieran dado todo! ¿Y qué inconveniente hay en ello? Mirad el ancho camino que el Señor nos ha abierto. No sólo a las mujeres, sino a los mismos hombres, les permite llegar a esa dignidad, o, por mejor decir, a más alta dignidad que aquélla. Porque el cumplimiento de la voluntad de su Padre nos hace madre suya mucho mejor que haberle dado a luz carnalmente. De suerte que si esto es bienaventuranza, mucho mayor, cuanto más importante, lo es lo otro. No os contentéis, pues, con desearlo. Entrad también con todo fervor por el camino que lleva el cumplimiento de vuestro deseo.

CONDESCENDENCIA DEL SEÑOR

Habiendo Jesús dicho aquellas palabras, salió de la casa. Ya veis cómo, por una parte, los reprendió y, por otra, hizo lo que deseaban. Lo mismo aconteció en las bodas de Cana. Allí también, a la vez que reprende a su madre por su petición inoportuna, accedió a ella; por lo primero, corrigió su flaqueza, y por lo segundo, le mostró su amor de hijo. Así también aquí, por una parte, le curó de su enfermedad de vanagloria, y, por otra, no obstante lo intempestivo de su súplica, rindió el honor que se le debía a su madre. *Porque, en aquel día* —prosigue el evangelista —, *saliendo Jesús de casa, se sentó junto al mar.* Si queréis,

parece decirles, ver y oír, ya veis que salgo de casa y voy a hablar[53].

POR QUÉ SE SIENTA JESÚS JUNTO AL MAR

Después que había obrado el Señor muchos milagros, nuevamente les ofrece el provecho de la enseñanza; y se sienta junto al mar, como quien trata de pescar y coger en sus redes a los hombres que estaban en tierra. Y no sin motivo se sentó junto al mar —motivo que, veladamente, dio a entender el evangelista—. Pues para significar que Cristo lo hizo así porque quería un anfiteatro completo y que no quedara nadie a sus espaldas, sino que estuvieran todos frente a sí, dice: *Y se le juntaron ingentes muchedumbres, de suerte que, subido a una barca, se sentó, y toda la muchedumbre estaba de pie en la ribera*. Sentado, pues, en la barca, les habla por comparaciones: *Y les habló muchas cosas* —dice el evangelista— *en parábolas*. Realmente, no lo hizo así sobre la montaña, ni entretejió con tantas parábolas su discurso, sin duda porque allí no había más que turbas y pueblo informe; aquí, en cambio, le escuchaban escribas y fariseos. Pero considerad, os ruego, cuál es la primera parábola y cuán lógicamente las va poniendo Mateo. ¿Cuál es, pues, la primera que dice el Señor? La que realmente tenía que pronunciar la primera, la que había de excitar más la atención del auditorio. Y es que, como les iba a hablar enigmáticamente, empieza por despertar la curiosidad de sus oyentes por medio de esta parábola. De ahí que otro evangelista nos cuente que los reprendió por no entender, diciendo: *¿Cómo es, pues, que no habéis entendido la parábola?* (Mc 4,13) Sin embargo, no es ésta la única razón para que les habla en parábolas. El Señor quiere también hacer más vivo su discurso, grabárselo más fuertemente en la memoria y ponerles, como si dijéramos, las cosas ante los ojos. Así lo hacen también los profetas.

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR

— ¿Cuál es, pues, la parábola? —*Salió* —dice— *el sembrador a sembrar*. ¿De dónde salió o cómo salió el que está en todas partes y todo lo llena? No por Lugar, sino por hábito y dispensación para

[53] No parece aquí muy afortunado San Juan Crisóstomo en la exégesis del difícil pasaje, pues apenas distingue a la Virgen de los “hermanos” del Señor.

con nosotros, haciéndose más cercano nuestro por haberse revestido de carne. Porque, como nosotros no podíamos entrar donde Él estaba, porque nuestros pecados nos amurallaban la entrada, salió Él en busca nuestra. — ¿Y a qué salió? ¿Acaso a destruir la tierra, que estaba llena de espinas? ¿Acaso a castigar a los labradores? —De ninguna manera. Salió a cultivarla y cuidarla por sí mismo y a sembrar la palabra de la religión. Porque siembra llama aquí a la enseñanza de su doctrina, y tierra de sembradura a las almas de los hombres, y sembrador a sí mismo. ¿Qué se hace, pues, de esta semilla? Tres cuartas partes se pierden y sólo se salva una: *Y sembrando que siembra* —dice—, *una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron*. No dijo que la arrojó Él, sino que cayó ella. *Otra parte cayó sobre terreno rocoso, donde no había mucha tierra, e inmediatamente brotó por no tener profundidad de tierra. Mas, apenas salido el sol, se calentó, y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó sobre espinas, y crecieron las espinas y la ahogaron. Y otra, sobre tierra buena y dio fruto: una de cien, otra de sesenta y otra de treinta. El que tenga oídos para oír, que oiga*. Sólo, pues, se salvó la cuarta parte, y aun ésta no de modo igual, sino con mucha diferencia. Con esta parábola quiso declarar el Señor que Él hablaba a todos con mucha generosidad. Porque así como el sembrador no distingue la tierra que va pisando con sus pies, sino que arroja sencilla e indistintamente su semilla, así el Señor no distingue tampoco al pobre del rico, al sabio del ignorante, al tibio del fervoroso, al valiente del cobarde. A todos indistintamente se dirige, cumpliendo lo que a Él tocaba, a pesar que sabía lo que había de suceder. Así, sin embargo, podría luego decir: *¿Qué debí hacer que no lo haya hecho?* (Is 5,4) Notemos también que los profetas hablan del pueblo bajo la semejanza de la viña: *Una viña* —dice— *tuvo mi amado* (Is). Y el salmista: *Transplantó su viña de Egipto* (Salmo 79,9). Jesús, sin embargo, emplea la comparación de la siembra. ¿Qué quiere decir con eso? Que ahora será más rápida y más fácil la obediencia y que la tierra dará inmediatamente su fruto. Por lo demás, no porque diga el Señor: *Salió el sembrador a sembrar*, ha de pensarse haya en ello tautología, pues el sembrador sale muchas veces a otras faenas, por ejemplo, a labrar el barbecho, a escardar las malas yerbas, o a arrancar las espinas, o a otra faena semejante. Pero RI salió a sembrar.

POR QUÉ SE PERDIÓ TANTA SEMILLA

¿De qué provino, pues, decidme, que se perdiera la mayor parte de la siembra? Ciertamente que no fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que recibió la semilla; es decir, por culpa del alma, que no quiso atender a la palabra. — ¿Y por qué no dijo que una parte la recibieron los tibios y la dejaron perderse, otra los ricos y la ahogaron, otra los vanos y la abandonaron? —Es que no quería herirles demasiado directamente, para no llevarlos a la desesperación, sino que deja la aplicación a la conciencia de sus mismos oyentes. Pero no pasó esto solamente con la siembra, sino también con la pesca; pues también allí la red sacó muchos peces inútiles. Sin embargo, el Señor pone esta parábola para animar a sus discípulos y enseñarles que, aun cuando la mayor parte de los que reciben la palabra divina hayan de perderse, no por eso han de desalentarse. Porque también al Señor le aconteció eso, y, no obstante saber Él de antemano que así había de suceder, no por eso desistió de sembrar. —Pero ¿en qué cabeza cabe—me dirás—sembrar sobre espinas y sobre roca y sobre camino? —Tratándose de semillas que han de sembrarse en la tierra, eso no tendría sentido; mas, tratándose de las almas y de la siembra de la doctrina, la cosa es digna de mucha alabanza. El sembrador que hiciera como el de la parábola, merecería ser justamente reprendido; pues no es posible que la roca se convierta en tierra, ni que el camino deje de ser camino, y las espinas, espinas. No así en el orden espiritual. Aquí sí que es posible que la roca se transforme y se convierta en tierra grasa; y que el camino deje de ser pisado y se convierta también en tierra feraz, y que las espinas desaparezcan y dejen crecer exuberantes las semillas. De no haber sido así, el Señor no hubiera sembrado. Y si no en todos se dio la transformación, no fue ciertamente por culpa del sembrador, sino de aquellos que no quisieron transformarse. Él hizo cuanto estaba de su parte; si ellos no cumplieron su deber, no fue ciertamente culpa de quien tanto amor les mostrara.

HAY MUCHOS CAMINOS DE PERDICIÓN

Pero considerad, os ruego, cómo no es uno solo el camino de la perdición, sino varios y distantes los unos de los otros. Porque entre los que reciben la palabra de Dios, unos se parecen al camino, y son negligentes, tibios y desdeñosos; mas los de la roca

son solamente débiles: *La semilla* —dice— *sembrada sobre terreno rocoso es el que oye la palabra, y de pronto la recibe con gozo; pero no tiene raíz dentro de sí mismo, sino que es momentáneo y, viniendo tribulación o persecución por causa de la palabra, al punto se escandaliza. Todo aquel* —dice antes— *que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y le arrebata lo sembrado en su corazón. Éste es el sembrado junto al camino*. Ahora bien, no es lo mismo que se marchite la enseñanza de la verdad cuando nadie nos molesta ni persigue que cuando se nos echan encima las tentaciones. Y menos dignos aún de perdón que éstos son los que se parecen a las espinas.

Ahora bien, para que nada de esto nos suceda, cubramos con el fervor y la memoria continua la palabra divina. Porque si es cierto que el diablo intenta arrebatárnosla, también está en nuestra mano que no nos la arrebate. Si es cierto que las semillas se secan, no es por culpa del calor. No dijo, en efecto, el Señor que se secaron por causa del calor, sino por no tener raíces. Si la palabra divina puede ahogarse, no es por culpa de las espinas, sino por culpa de quienes las dejaron crecer. Porque con sólo que tú quieras, posible es no dejar brotar esa mala planta y usar como es debido de la riqueza. De ahí que no dijo el Señor: "El siglo", sino: *La solicitud del siglo*; ni: "La riqueza", sino: *El engaño de la riqueza*. No les echemos, pues, la culpa a las cosas, sino a nuestra dañada intención. Porque posible es ser rico y no dejarse engañar por la riqueza; y vivir en este siglo, y no dejarse ahogar por las solicitudes del siglo. En verdad, dos defectos contrarios tiene la riqueza: uno, que nos atormenta y ofusca, y es la solicitud; otro, que nos enmollece, y es el placer. Y muy bien dijo el Señor: El engaño de la riqueza. Pues es un puro nombre, no realidad de las cosas. Y lo mismo el placer y la gloria y el lujo y todo lo otro: todo es apariencia pura, no verdad y realidad.

POR QUÉ LA TIERRA BUENA DA FRUTO DISTINTO

Habiendo, pues, dicho el Señor los modos de perdición, pone finalmente la tierra buena, pues no quiere que desesperemos, y nos da esperanza de penitencia, haciéndonos ver que de camino y rocas y espinas puede el hombre pasar a ser tierra buena. Sin embargo, si la tierra era buena y el sembrador el mismo y las

semillas las mismas, ¿cómo es que una dio ciento, otra sesenta y otra treinta? Aquí también la diferencia depende de la naturaleza de la tierra, pues aun donde la tierra es buena, hay mucha diferencia de un corro a otro. Ya veis que no tiene la culpa el labrador ni la semilla, sino la tierra que la recibe, y no por causa de la naturaleza, sino de la intención y disposición. Pero también aquí se ve la benignidad de Dios, que no pide una medida única de virtud, sino que recibe a los primeros, no rechaza a los segundos y da también lugar a los terceros. Pero si así habla el Señor, es para que no piensen los que le siguen que basta con oír para salvarse. — ¿Y por qué —me dices— no puso también los otros vicios, por ejemplo, la lujuria y la vanagloria? —Porque con decir: *la solicitud del siglo y el engaño de las riquezas*, ya lo puso todo. Y, a la verdad, la vanagloria y todo lo demás, de este siglo y del engaño de las riquezas proceden. Tal el placer y la gula y la envidia y la vanagloria y cuanto es por el estilo. Ahora que añadió lo del camino y el terreno rocoso para darnos a entender que no basta apartarnos de las riquezas, sino que es menester practicar también las demás virtudes. Porque ¿de qué te vale estar libre de riqueza si eres afeminado y muelle? ¿Y qué, si no eres afeminado, pero sí tibio y negligente en oír la palabra divina? Porque no nos basta una sola parte para la salvación. Primero hay que escuchar con diligencia y pensar constantemente en lo que oímos, luego hace falta valor, luego desprecio de las riquezas y desprendimiento de todo lo mundano. De ahí que ponga el Señor lo primero el oír, porque, en efecto, es lo primero que se necesita. *¿Cómo creerán si no oyen* —dice— *el Apóstol?* (Rom 10,14) Lo mismo que nosotros, si no prestamos atención a lo que se nos dice, no podremos ni enterarnos de lo que tenemos que hacer. Luego pone el valor y el desprecio de las cosas presentes.

Oyendo, pues, estas enseñanzas, fortifiquémonos por todas partes, atendiendo a la palabra divina, echando profundas raíces y purificándonos de lo mundano. Porque de nada nos servirá hacer unas cosas y omitir otras. En tal caso, si no nos perdemos de una manera, nos perderemos de otra. ¿Qué más nos da que no nos perdamos por la riqueza y sí por la negligencia; o, no por la negligencia, sí por la cobardía? El labrador llora lo mismo si pierde la cosecha por una causa o por otra. No intentemos, por tanto, buscar consuelo en el hecho de no perecer por todos los modos posibles, sino lloremos más bien por cualquier modo que

perezcamos. Abrasemos las espinas, pues ellas son las que ahogan la palabra divina. Bien lo saben los ricos, que no sólo son inútiles para la tierra, sino también para el cielo. Y en efecto, esclavos y prisioneros de los placeres, aun para los asuntos políticos son gente baldía; y si lo son para ésos, ¡cuánto más no lo serán para los del cielo! De doble fuente deriva el daño para su espíritu: de la vida de placer y de las preocupaciones. Cualquiera de las dos cosas por sí sola basta para hundir el esquife de un alma. Considerad, pues, qué naufragio no les espera cuando concurren las dos juntas.

LOS PLACERES SON ESPINAS

Y no os maravilléis que el Señor llamara espinas a los placeres. Si vosotros no los reconocéis por tales, es que estáis embriagados por la pasión; pero los que están sanos saben muy bien que el placer punza más que una espina, que el goce consume más al alma que los mismos cuidados y acarrea más graves dolores al cuerpo y al alma. Y es así que más duro golpe da un hartazgo que una preocupación. Porque cuando al intemperante le cercan los insomnios y las tensiones de las sienes y los dolores de cabeza y las punzadas de las entrañas, considerad si todo eso no es más doloroso que cualesquiera espinas. Y al modo como las espinas, por dondequiera que se toquen, ensangrientan las manos que dan con ellas, así la gula ataca pies y manos y cabeza y ojos y cuerpo entero. Como las espinas, la gula es seca e infecunda, y es más que ellas fuente de dolor y nos hiere en puntos más vitales. Ella acarrea la vejez prematura, embota los sentidos, entenebrece el entendimiento, ciega la aguda vista de la razón, hace al cuerpo muelle, aumentando su secreción de excremento, trayendo un montón de enfermedades, aumentando su peso y acumulando masa en excesiva cantidad. De lo que se originan ruinas continuas y frecuentes naufragios. ¿Qué fin tiene, te ruego, cebar de ese modo tu cuerpo? ¿Es que te tenemos que sacrificar en el matadero? ¿Es, que te vamos a servir a la mesa? Bien que cebes las aves; o, por decir mejor, ni siquiera eso está bien, pues cuando engordan con exceso no son aptas para un alimento sano. Es tan grande mal la gula, que hasta a los animales les resulta pernicioso. Y, en efecto, si a las aves las regalamos con exceso, las hacemos inútiles para sí y para nosotros, pues las superfluidades indigestas

y la corrupción húmeda o diarrea, de toda aquella gordura procede. Los animales, sin embargo, no sometidos a esta alimentación de placer, sino que, como si dijéramos, viven también sobriamente y siguen un régimen moderado y les obligamos al trabajo y la fatiga, ésos son los más útiles para sí mismos y para nosotros, ora para nuestro alimento, ora para todo lo demás. Por lo menos los que de éstos se alimentan viven más sanos; los que comen, en cambio, a los cebados, se vuelven semejantes a ellos, perezosos y expuestos a enfermedades y que a sí mismos se atan la más dura cadena. Nada hace, en efecto, tan fiera guerra al cuerpo, nada le es tan dañoso como el placer; nada le rompe, nada le abruma, nada le corrompe en tanto grado como la disolución. Realmente hay para pasmarse de la insensatez de estos hombres intemperantes y disolutos, que no quieren tener consigo mismos ni aquella mínima consideración que los vinateros tienen con sus odres. No hay, efectivamente, vendedor de vino que consienta echar en un boto más vino del que conviene, por el peligro de rasgarlo; pero esos glotones no se dignan conceder a su vientre infeliz esta mínima providencia. No. Cuando ya se han hartado hasta reventar, lo llenan de vino hasta las orejas, hasta las narices, hasta la garganta; con lo que procuran doble angustia y ahogan al aliento y a la fuerza que dirige nuestra vida. ¿Acaso te fue dada la garganta para que la llenes hasta rebosarte por la boca de vino corrompido y de toda la otra corrupción? ¡No, hombre, no te fue dada para eso! Para lo que principalmente te fue dada es para que cantes a Dios, para que eleves a Él las sagradas canciones, para que leas 14 las divinas leyes, para que aconsejes debidamente a tu prójimo. Pero tú, como si sólo para tu intemperancia la hubieras recibido, no le dejas un momento de vagar para que cumpla aquella función divina y la sometes durante tu vida entera a esta ignominiosa servidumbre. Es como si un bárbaro tomara en sus manos una cítara de cuerdas de oro perfectamente templada y, en lugar de sacar de ella la más cabal melodía, la envolviera entre fiemo y barro. Y llamo fiemo no al comer, sino al placer; al placer, sobre todo, de aquella intemperancia sin límites. Porque lo que pasa de la medida, ya no es alimento, sino pestilencia pura. Sólo el vientre fue hecho para la mera recepción de los alimentos; pero la boca, la garganta y la lengua fueron también hechos para otras funciones más importantes que ésa; o, por mejor decir, ni siquiera el vientre fue hecho para la recepción sin más de los alimentos, sino sólo de los

alimentos moderados. Y esto él mismo lo declara cuando de mil modos protesta que le dañemos con tales excesos; y no sólo protesta, sino que, en justa venganza del agravio que le hacemos, nos impone los más severos castigos. Y lo primero que castiga son los pies, que son los que nos llevan y conducen a aquellos abominables convites; luego ata las manos, por haberle servido tales y tantos manjares; y muchos hay que han sufrido de la boca, de los ojos y de la cabeza. Y a la manera como un esclavo, si se le manda algo que está sobre sus fuerzas, muchas veces, fuera de sí, maldice a quien se lo mandó, así el vientre, aparte dañar a esos miembros, muchas veces, por la violencia sufrida, ataca y corrompe al cerebro mismo. Sabia providencia de Dios, que de tal desmesura se sigan esos daños; así, ya que no quieras de tu voluntad vivir filosóficamente, por lo menos, aun contra tu voluntad, el miedo a tu propio daño te enseñe a ser moderado.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS LA INTEMPERANCIA

Sabiendo, pues, estas cosas, huyamos la gula, procuremos la moderación, y así gozaremos de la salud del cuerpo y libraremos de toda enfermedad a nuestra alma y alcanzaremos los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 45

Y acercándosele sus discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Y Él, por respuesta, les dijo: A vosotros se os ha dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero a ellos no se les ha dado (Mt 13,10ss).

POR QUÉ HABLA EL SEÑOR EN PARÁBOLAS

Bien es que admiremos ante todo cómo los discípulos, no obstante su deseo de saber, saben escoger el momento en que han de preguntar al Señor. Porque no le preguntan delante de todos; lo que dio a entender Mateo diciendo: *Y acercándosele sus discípulos*. Y que esto no es pura conjetura, lo manifiesta más

claramente Marcos (Mc 4,10) al contarnos que se le acercaron en particular. Es lo que debieran haber hecho sus hermanos y su madre, y no llamarle desde fuera, y hacer así un acto de ostentación. Considerad también la caridad de los discípulos y cuánta cuenta tienen de los demás. Antes, en efecto, buscan el interés de los otros que el suyo propio. *¿Por qué* —dicen— *les hablas en, parábolas?* No dijeron: “¿Por qué nos hablas a nosotros en parábolas?" En verdad, en muchas otras ocasiones se ve en ellos este mismo espíritu de amor para con todos, como cuando le dicen al Señor: *Despide a las muchedumbres* (Mt 14,15); y, hablando de los fariseos: *¿Sabes que se han escandalizado?* (Mt 15,12; Lc 9,12) ¿Qué contesta, pues, Cristo? *A vosotros se os ha dado* —les dice— *conocer los secretos del reino de los cielos; pero a ellos no se les ha dado*. Al hablar así, no trata el Señor de sentar una necesidad ni una suerte o destino que se cumple sin razón ni motivo. No. Por runa parte da a entender que son ellos los que tienen la culpa de todos sus males y, por otra, quiere dejar bien asentado que el conocimiento de los secretos del reino de los cielos es puro don de Dios y gracia concedida de lo alto. Sin embargo, no por ser don de Dios se suprime el libre albedrío, como se nos pone seguidamente de manifiesto. Mirad, si no, cómo, para que ni el pueblo se separara ni los discípulos, al oír decir que es don de Dios, se descuidaran, a unos y otros hace ver el Señor que el principio depende de nosotros: *Porque a todo el que tiene, se le dará y tendrá con más abundancia: mas al que no tiene, aun lo que parece que tiene, se le quitará.*

AL QUE TIENE SE LE DARÁ

Esta sentencia del Señor está llena de oscuridad; sin embargo, en ella se nos muestra una inefable justicia. Lo que, en efecto, quiere decir es esto: Al que es diligente y fervoroso, se le dará también todo lo que depende de Dios; mas al que no tiene diligencia y fervor ni hace lo que de él depende, tampoco se le dará lo que depende de Dios. *Porque aun lo que parece tener* —dice el Señor—, *se le quitará*; no porque Dios se lo quite, sino porque ya no le tiene por digno de sus gracias. Es lo mismo que hacemos nosotros: si vemos que se nos escucha flojamente y, por mucho que roguemos que se nos preste atención, no lo conseguimos, optamos por guardar silencio, puesto que, de obstinamos en

hablar, sólo lograríamos aumentar la inatención. Pero cuando hay quien tiene interés en saber, a ése, sí, nos le atraemos y sobre él derramamos cuanto tenemos. Y muy bien dijo el Señor: *Lo que parece tener*, puesto que ni siquiera eso lo tiene de verdad. Seguidamente, aún pone más claro qué quiere decir que al que tiene se le dará, diciendo: *Pero al que no tiene, aun lo que parece tener, se le quitará*. Si les hablo en parábolas —quiere decir el Señor— es porque, *mirando, no ven*. —Luego, si no veían —me objetarás—, lo que había quehacer era abrirles los ojos. —Si la ceguera hubiera sido natural, habría habido que abrirles los ojos; mas como aquí se trata de ceguera voluntaria y querida, no dice el Señor simplemente: "No ven", sino: *Mirando no ven*. Luego de su malicia les viene la ceguera. Vieron, en efecto, expulsados los demonios y dijeron: *Por virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa éste á los demonios* (Mt 9,34). Le habían oído cómo los llevaba a Dios y cómo se mostraba en acuerdo absoluto con Él, y dijeron: *Este no viene de Dios* (Jn 9,16). Como quiera, pues, que afirmaban lo contrario de lo que veían y oían, de ahí —dice el Señor— que les voy a quitar la vista y el oído; porque ningún provecho sacan de ver y oír, sino más grave condenación. No sólo no creían, sino que injuriaban al Señor, le acusaban y tendían asechanzas. Sin embargo, a nada de esto alude ahora, pues no quiere acusarlos demasiado duramente. Al comienzo, desde luego, no les hablaba así, sino con mucha claridad. Pero ya que ellos mismos se desviaron, el Señor les habla en adelante por parábolas.

Luego, para que no pensaran que sus palabras eran pura acusación; para que no pudieran decir: "Este es un enemigo nuestro, no quiere sino acusarnos y calumniamos", adúceles el Señor el testimonio del profeta, que pronuncia contra ellos la misma sentencia. *Porque en ellos se cumple* —dice— *la profecía de Isaías, que dice: Con oído oiréis y no entenderéis; y con ojos miraréis y no veréis*. ¡Mirad con qué precisión los acusa el profeta! Porque tampoco éste dijo: "No veis", sino: *Miraréis y no veréis*; ni: "No oiréis", sino: *Oiréis y no entenderéis*. Ellos fueron, pues, los que primero se quitaron vista y oído, tapándose las orejas y cegándose los ojos y endureciendo su corazón. Porque no sólo no oían, sino que oían mal. Y así lo hicieron —prosigue el Señor— *por temor que se conviertan y yo los cure*; con lo que significa su extrema malicia y cómo muy de propósito se apartaban de Dios (Is

6,9).

EL SEÑOR QUIERE LA CONVERSIÓN

Pero si el Señor habla de este modo es porque quiere atraérselos, y a ello los incitó, haciéndoles ver que, si se convertían, Él los curaría. Es como se dice: "No me quiso venir a ver y se lo agradezco; pues de haber venido, yo estaba dispuesto a ceder inmediatamente". Es un modo de decir cómo se hubiera llegado a la reconciliación. Es exactamente lo que aquí dice el Señor: *No sea que se conviertan y yo los cure*; que es darles a entender la posibilidad de la conversión y que todo el que se arrepiente se salva. Que se dieran, en fin, cuenta que Él lo hacía todo, no por su propia gloria, sino para salvarlos a ellos. Y es así que, de no haber querido oírlos y salvarlos, tenía que haber guardado silencio y no hablarles en parábolas. Pero lo cierto es que con el mismo lenguaje parabólico, con ese mismo dejar entre penumbra su pensamiento, trata de excitar su curiosidad. Porque Dios *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez 18,23).

EL PECADO NO SE COMETE POR NECESIDAD

Porque que el pecado no viene de la naturaleza ni se comete por fuerza y necesidad, oye cómo lo dice a los apóstoles: *Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen*; en que no tanto se refiere a la vista y al oído del cuerpo, cuanto a los del espíritu. Porque también ellos eran judíos y se habían educado en las mismas leyes que el resto del pueblo; y, sin- embargo, no les alcanzaba en absoluto el daño predicho por Isaías, pues conservaban sana la raíz de todos los bienes, es decir, la voluntad y la intención. ¿Veis cómo decir: *se os ha dado*, no es lo mismo que hablar de necesidad? Porque de no haber habido en ello merecimiento alguno de parte de los apóstoles, no los hubiera el Señor proclamado bienaventurados. No me vengas, en efecto, con que el Señor hablaba oscuramente, pues podían todos acercársele y preguntarle como sus discípulos; pero no lo hicieron por ser desidiosos e indiferentes. Pero ¿qué digo que no quisieron preguntarle? Se declararon además contrarios suyos. Porque no sólo no creían, no sólo no le oían, sino que le hacían la guerra y se molestaban gravemente de sus palabras; cosa que les acusa el profeta cuando dice que oían de mala gana 8. No así los apóstoles,

que fueron por eso proclamados bienaventurados.

MUCHOS JUSTOS Y PROFETAS DESEARON VER

De otro modo confirma ahora el Señor a los suyos, diciéndoles: *Porque en verdad os digo: Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís y no lo oyeron*. Ver mi venida —quiere decir—, contemplar mis milagros y oír mi voz y mi enseñanza. Porque aquí no pone el Señor a sus discípulos por encima sólo de aquellos corrompidos escribas y fariseos, sino por encima de los mismos que practicaron la virtud, puesto que afirma haber sido más bienaventurados que ellos. ¿Por qué? Porque no sólo veían lo que no veían los judíos, sino lo que aquellos antiguos justos y profetas habían deseado ver. Porque éstos sólo pudieron verlo por la fe; los discípulos, sin embargo, lo contemplaron con sus ojos y con entera claridad. Mirad cómo nuevamente enlaza el Señor el Antiguo y el Nuevo Testamento, pues no sólo manifiesta que aquellos justos y profetas vieron lo por venir, sino que ardientemente lo desearon ver; y no lo hubieran deseado si se hubiera tratado de un dios extraño y contrario a su propio Dios.

EXPLICACIÓN DE LA PARÁBOLA

Vosotros, pues —prosigue el Señor—, *escuchad la parábola del sembrador*. Y ahora les explica el Señor lo que ya hemos comentado sobre la tibieza y el fervor, sobre la cobardía y el valor, sobre las riquezas y la pobreza, haciéndoles ver el daño de lo uno y el provecho de lo otro. Luego les expone los diferentes modos de virtud. Porque, misericordioso como es, no nos abrió un solo camino ni nos intimó: "El que no produzca ciento por uno, está perdido". No, también el que produzca sesenta se salva; y no sólo el de sesenta, sino también el de treinta. Así lo dispuso el Señor para hacernos fácil la salvación. ¿Es que tú no puedes guardar la virginidad? Cásate honestamente. ¿No tienes fuerza para hacerte pobre? Da por lo menos limosna de lo que tienes. ¿No puedes con la carga de la pobreza? Reparte por lo menos tus bienes con Cristo. ¿No quieres desprenderte por Él de todo? Dale por lo menos la mitad, dale la tercera parte. Hermano y coheredero tuyo es. Hazle también aquí tu coheredero. Cuanto a Él le dieres, a ti

mismo te lo das. ¿No oyes lo que dice el profeta: *No desprecies a los que son de tu mismo linaje?* (Is 58,7) Pues si no es lícito despreciar a los parientes, mucho menos a quien, aparte ser Señor tuyo, tiene también contigo el título de parentesco y muchos otros que se juntan al de su soberanía. Y es así que Él te hizo entrar a la parte de tus bienes sin haber recibido nada de ti, sino empezando Él por hacerte ese inefable beneficio. ¿No será, pues, el colmo de la ingratitud que ni con ese regalo suyo te hagas misericordioso ni le pagues esa gracia, siquiera le devuelvas poco por mucho? Él te ha hecho heredero de los cielos, y ¿tú no le das parte ni de tus bienes de la tierra? Él, sin mérito alguno tuyo, antes bien cuando eras enemigo suyo, te reconcilió consigo, y ¿tú no correspondes al que es tu amigo y bienhechor, cuando antes que por el reino de los cielos, antes que por todos sus otros beneficios, tenías justamente que darle gracias por el mero hecho de dignarse darte a ti nada? Y es así que, cuando un criado convida a su señor a su mesa, no cree hacer, sino recibir un favor; mas aquí sucede lo contrario. Porque no fue el criado, sino el Señor, quien convidó primero a su mesa, ¿y ni aun así le convidas tú a Él? Él te introdujo primero bajo su techo, ¿y tú no le recibes ni segundo? Él te vistió cuando estabas desnudo; ¿y tú ni aun después de eso le recibes contigo cuando es forastero? Él te dio primero a beber de su cáliz, ¿y tú no le das a Él ni una gota de agua fría? Él te dio a beber de su Espíritu Santo, ¿y tú no le alivias a Él ni su sed corporal? Te dio a beber de su Espíritu, cuando eras digno de castigo, ¿y tú no le miras cuando Él está sediento? ¡Y todo eso cuando sólo le puedas dar de lo que es suyo!

EXHORTACIÓN A LAS OBRAS DE MISERICORDIA

¿No tienes por alto honor ofrecer el vaso que ha de beber Cristo mismo y llevárselo a la boca? ¿No ves que sólo al sacerdote es lícito presentar el cáliz de la sangre del Señor? Yo, sin embargo, parece decirte Él, no hago demasiado escrúpulo sobre eso. Aun cuando seas tú mismo el que me lo ofrezcas, lo acepto; aun cuando seas laico, no lo rechazo y, desde luego, no pido tanto como lo que doy. No pido sangre, sino unas gotas de agua fría. Considera a quién das de beber y estremécete. Considera que te conviertes en sacerdote de Cristo al ofrecer por tu propia mano no carne, sino pan; no sangre, sino un vaso de agua fría. Él te vistió

vestido de salud (Is 61,10), y te vistió por su propia mano; tú vístele a Él al menos por mano de ese siervo suyo. Él te ha hecho glorioso en el cielo; tú líbrale por lo menos del frío, de la desnudez y de la vergüenza. Él te ha hecho ciudadano de los ángeles; tú dale por lo menos parte de tu techo y, siquiera como a tu esclavo, dale casa donde cobijarse. No rechazaré —te dice— ese cobijo, aun cuando yo te he abierto a ti el cielo entero. Yo te he librado de la más dura cárcel, pero no te pido a ti otro tanto ni te digo: "Líbrame tú también a mí". No, para mi consuelo bástame con que vengas a verme cuando estoy entre cadenas. Estando tú muerto, yo te he resucitado; yo no te pido a ti tanto, sino que te digo solamente: "Visítame cuando esté enfermo". Si, pues, tan grande es lo que se nos da y tan ligero lo que se nos pide, ¿qué infierno no mereceremos si ni aun eso hacemos? Con mucha razón, puesto que somos más insensibles que las rocas, se nos arrojará al fuego aparejado para el diablo y sus ángeles. ¿Qué mayor insensibilidad, decidme, que haber- recibido tanto, haber de recibir mucho más y ser aún esclavos de unas riquezas que, mal que nos pese, hemos de abandonar dentro de poco? Otros han dado su vida y derramado su sangre, y ¿tú no te desprenderás ni aun de lo superfluo a trueque de ganar el cielo y ceñir tan gloriosas coronas? ¿Y qué perdón puedes merecer, qué defensa alegar, cuando con tanto gusto echas tu semilla a la tierra y no perdonas nada por dar prestado a los hombres; para alimentar, sin embargo, a tu Señor por medio de los necesitados eres cruel e inhumano?

EXHORTACIÓN FINAL: SEAMOS MANSOS Y HUMANOS

Considerando, pues, todo esto y pensando en lo que hemos recibido, y en lo que todavía hemos de recibir, y en lo que se nos pide, no consumamos todo nuestro empeño en lo terreno. Seamos por fin mansos y misericordiosos, a fin de no atraer sobre nosotros un castigo incomportable. ¿Qué hay, en efecto, que no sea bastante a condenarnos? Gozamos de tantos y tan grandes gracias, que no se nos pide nada extraordinario; se nos pide lo que, mal que nos pese, hemos de abandonar un día, y ponemos tanto ahínco y afán en las cosas terrenas. Cada cosa de éstas, por sí sola, es bastante para condenarnos; pues, si se juntan todas en una, ¿qué esperanza nos queda de salvación? A fin, pues, de

evitar toda esta larga condenación, mostrémonos generosos con los necesitados. De este modo gozaremos de los bienes de la tierra y de los del cielo, que así todos alcancemos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 46

Otra parábola les puso, diciendo: *Semejante es el reino de los cielos a un hombre que siembra semilla buena en su campo. Pero mientras sus hombres dormían, vino un enemigo suyo, sembró cizaña en medio del trigo y se fue. Cuando nació el trigo y echó grano, entonces apareció también la cizaña. Acercáronse, pues, los criados del amo de casa y le dijeron: Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿De dónde, pues, ha salido la cizaña? Y él les respondió: Algún enemigo mío ha hecho eso. Y los criados le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la recojamos? Mas él les contestó: No, no sea que al recoger la cizaña arranquéis con ella el trigo. Dejadlos, pues, que crezcan juntos hasta la siega y entonces diré yo a los segadores: Recoged primero la cizaña...* (Mt 13,24 y sig.).

DIFERENCIA ENTRE LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR Y LA DE LA CIZAÑA

¿Qué diferencia hay entre ésta y la anterior parábola? En la parábola del sembrador habla el Señor de quienes no le atendieron siquiera, sino que se apartaron de Él y rechazaron su semilla; aquí, en cambio, se refiere a los herejes y a sus artificios. Porque, como no quería que tampoco esto turbara a sus discípulos, después de explicarles por qué hablaba al pueblo en parábolas, les predice también el advenimiento de los herejes. La primera parábola significa que a Él no le recibieron; ésta nos dice que recibieron a corruptores. En verdad, señal suele ser del diablo mezclar siempre el error en verdad, coloreándolo muy bien con apariencia de ella a fin de engañar fácilmente a los ingenuos. De ahí que el Señor no habla de otra semilla, sino que la llama cizaña, pues ésta, a primera vista, se asemeja al trigo. Seguidamente explica la manera como procede el Diablo en su asechanza: *Mientras sus hombres*

dormían—dice—. No es pequeño el peligro que aquí amenaza a los superiores, a quienes está encomendada la guarda del campo; y no sólo a los superiores, sino también a los súbditos. Y da a entender el Señor que el error viene después de la verdad, cosa que comprueban los hechos mismos. Después de los profetas vinieron los falsos profetas; después de los apóstoles, los falsos apóstoles, y después de Cristo, el anticristo. Y es que el diablo, si no ve algo que imitar ni a quienes tender sus lazos, ni lo intenta ni lo sabe. Así, entonces, como vio que parte de la semilla había dado ciento por uno, parte sesenta y parte treinta, él se echa por otro camino. Ya que no había podido arrancar lo que había echado raíces, ni ahogarlo ni quemarlo, tiende sus asechanzas por medio de otra trampa, que es sembrar su propia semilla. —Y ¿qué diferencia va—me dirás— entre los que aquí duermen y en la parábola del sembrador se asemejan al camino? —La diferencia está aquí en que allí arrebató la semilla inmediatamente, pero aquí necesitó de más artificio. Como quiera, al hablarnos así Cristo, lo que pretende es enseñarnos que estemos siempre vigilantes. Porque, aun cuando logres —dice — escapar *a* los daños que puede allí sufrir la semilla, todavía quedan otros. Y es así que como en la otra parábola se perdió la semilla por el camino, o por la roca, o por las espinas, así aquí puede perderse por el sueño. De suerte que es menester vigilar continuamente. Por eso dijo también: *El que perseverare hasta el fin, ése se salvará* (Mt 10,22).

LA CIZAÑA REPRESENTA A LOS HEREJES

Algo así sucedió también a los comienzos de la Iglesia. Porque muchos prelados, introduciendo en las iglesias hombres perversos, heresiarcas solapados, facilitaron enormemente estas insidias del diablo, pues una vez plantados estos hombres en medio de los fieles, poco trabajo le queda ya al diablo. —Y ¿cómo es posible no dormir? —me dirás—. —En cuanto al sueño natural, no es posible; pero, en cuanto al de la voluntad, sí lo es. De ahí que también Pablo nos diga: *Vigilad, manteneos firmes en la fe* (1 Cor 16,13). También nos da a entender el Señor que la obra del diablo sobre el campo del padre de familia, no sólo es dañosa, sino superflua, pues el diablo va a sembrar encima después que el campo está perfectamente cultivado y no necesita

ya de nada más. Exactamente como hacen los herejes, que, sólo por vanagloria y no por otro algún motivo, derraman su veneno. Y no sólo por ahí, sino también por lo que sigue, describe muy puntualmente el Señor toda la comedia que el Diablo representa: *Porque cuando brotó* —dice— *la hierba y echó grano, entonces apareció también la cizaña*. Que es lo que hacen también los herejes. Al principio, en efecto, se ocultan entre las sombras; pero apenas cobran ellos confianza y hay quien les permita hablar, entonces es cuando derraman su veneno. Mas ¿por qué motivo introduce el Señor a los criados que van a contarle al amo lo sucedido? Para decirles que no hay que matarlos. Ahora bien, llama al diablo *hombre enemigo* por el daño que hace a los hombres. El daño, ciertamente, es para nosotros; pero el principio de donde procede no tanto es el odio que a nosotros nos tiene, cuanto el que siente contra Dios. De donde se sigue evidentemente que Dios nos ama más que nosotros a nosotros mismos. Pero mirad, por otra parte, la malicia del diablo. No se fue a sembrar antes en el campo, pues no había nada que echar a perder; cuando todas las labores estaban ya completas, entonces es cuando él va a dañar todo el trabajo y afán del labrador. Tan íntima enemistad contra éste le movía a hacerlo todo. Pero mirad también la solicitud de los criados; pues, por ellos, inmediatamente hubieran ido a arrancar la cizaña, siquiera en esto no obraran discretamente. Lo que demuestra su cuidado por la siembra y que sólo miraban una cosa: no que se castigara al enemigo, sino que no se perdiera lo sembrado, pues el castigo del otro no era tan urgente. De ahí que, por de pronto, lo que miran es la manera de extirpar aquella maleza. Y aun esto no lo buscan al tuntún, pues no se arrogan a sí mismos ese derecho, sino que esperan la orden del amo, a quien le dicen: *¿Quieres que vayamos?* ¿Qué hace, pues, el amo? El amo se lo prohíbe diciendo: *No, no sea que juntamente con la cizaña arranquéis el trigo*. Al hablar así, el Señor prohíbe que haya guerras, derramamientos de sangre y matanzas. Porque no se debe matar al hereje; pues sería como desencadenar una guerra sin cuartel sobre la tierra entera.

EL SEÑOR SE RESERVA EL CASTIGO DE LOS HEREJES

Por dos razones, pues, retiene el amo a sus criados:

primera, para evitar que dañen al trigo; segunda, porque el castigo ha de alcanzar irremediablemente a los que sufren de esa enfermedad incurable. De suerte que, si queréis que sean castigados, y lo sean sin daño del trigo, esperad al tiempo conveniente. Lo de: No *sea que arranquéis juntamente el trigo con la cizaña,* quiere decir una de estas dos cosas: o que de mover armas y matar a los herejes, habría por fuerza que envolver también en la matanza a muchos de los santos, o, que es probable que muchos de los que de momento son cizaña se conviertan todavía en trigo. Si, pues, la arrancáis antes de tiempo, dañáis a los que podían convertirse en trigo, matando a quienes todavía cabe que se conviertan y se hagan mejores. No prohíbe, pues, el Señor que se reprima a los herejes, que se los reduzca a silencio, que se corte su libertad de palabra, y no se les consienta reunirse y confabularse entre sí; pero sí que se los mate y pase a cuchillo. Mas considerad también la mansedumbre del Señor, que no sólo afirma y manda, sino que da también razones. ¿Qué tiene que ver que la cizaña permanezca en el campo hasta el fin? *Entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en fajos, para pegarle fuego.* Nuevamente les trae a la memoria las palabras de Juan cuando éste le presentaba como juez y dice: "Mientras los herejes estén junto al trigo hay que perdonarlos, pues cabe aún que se conviertan en trigo; mas una vez que hayan salido de este mundo sin provecho alguno de tal proximidad, entonces necesariamente les alcanzará el castigo inexorable. *Porque entonces* —dice— *diré a los segadores: Recoged primero la cizaña*. ¿Por qué primero? Para que no teman mis criados, como si con la cizaña hubieran de llevarse también el trigo. Y *atadla en fajos para pegarle fuego; mas el trigo, recogedlo en el granero.*

EL GRANO DE MOSTAZA Y LA LEVADURA

Otra parábola les puso diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza. Habíales dicho el Señor que tres cuartas partes de la siembra se perdían y sólo una se lograba, y aun en esta que se lograba, todavía cabía tanto daño, que podían muy bien decirle sus discípulos: ¿Quiénes, pues, y cuántos serán los que crean? A fin, pues, de quitarles este temor, incítalos a la fe por medio de esta parábola del grano de mostaza y les hace ver

que, de todos modos, se propagaría la predicación del Evangelio. De ahí que les ponga delante la imagen de una legumbre muy propia para el objeto que el Señor se proponía. *Ese grano*—dice—*es de las más pequeñas de las simientes*; *pero cuando crece, se hace una de las mayores legumbres y hasta se convierte en un árbol, de suerte que vienen las aves del cielo y hacen nido entre sus ramas.* Quiso el Señor con esto dar una prueba de su grandeza. Pues así exactamente —dice—sucederá con la predicación del reino de Dios. Y, en verdad, los más débiles, los más pequeños entre los hombres, eran los discípulos del Señor; mas como había en ellos una fuerza grande, desplegose ésta y se difundió por todo el mundo. Seguidamente, a la imagen del grano de mostaza, añade el Señor *la* de la levadura, diciendo: *Semejante es el reino de los cielos a la levadura que toma una mujer y la esconde en tres medidas de harina, hasta que fermenta toda la casa.* Como la levadura trasfunde su propia virtud en una gran masa de harina, así vosotros habéis de transformar al mundo entero. Y mirad la sabiduría del Señor. Pone, en efecto, ejemplos de la naturaleza para hacernos ver que como es imposible que aquello no se realice, así también esto. Porque no me digáis—parece decir a sus discípulos—: ¿Qué vamos a poder doce hombres perdidos entre tanta muchedumbre? Pues eso es precisamente lo que más hace brillar vuestra fuerza: que, siendo tan pocos y perdidos entre tanta muchedumbre, no huyáis. Lo mismo que la levadura entonces hace fermentar la masa, cuando está cerca de la harina —y no sólo cerca, sino envuelta con ella, pues no dijo simplemente que la mujer puso la levadura, sino que la escondió entre la masa—; así también vosotros, cuando estéis como pegados e identificados con los mismos que os hacen la guerra, entonces es cuando los venceréis. Y al modo como la levadura queda ciertamente sepultada, pero no desaparece, sino que poco a poco lo va transformando todo en su propia calidad, de modo exactamente igual sucederá con la predicación del Evangelio. Así, pues, no temáis porque os haya dicho que tendréis que sufrir muchos asaltos, pues de este modo brillaréis más y terminaréis venciéndolos a todos. Y aquí habló de tres medidas de harina para significar muchedumbre; pues sabía el Señor que este número se emplea con esa significación. Por lo demás, no os sorprenda que, hablando el Señor del reino de los cielos, se valga de

comparaciones como el grano de mostaza y la levadura, pues hablaba con hombres rudos e ignorantes que necesitaban de tales cosas para ser instruidos. Eran, en efecto, tan simples que, aun después de esto, tenía el Señor que explicárselo todo con mucho pormenor. ¿Dónde están, pues, los hijos de los gentiles? Reconozcan el poder de Cristo, contemplando la realidad misma de los hechos, y adórenle por doble motivo: por haber de antemano predicho cosa tan grande y por haberla llevado Él mismo a acabamiento. Porque, en verdad, Él dio esa virtud a la levadura. Y también a nosotros, creyentes suyos, nos ha mezclado con la muchedumbre, a fin de que hagamos a los demás partícipes de nuestra misma fe. Que nadie, pues, eche la culpa al corto número; porque mucha es la fuerza de la predicación evangélica, y lo que una vez ha fermentado, se convierte en levadura para lo demás. Una chispa de fuego prende un incendio y el incendio prendido abrasa lo demás. Así, puntualmente, sucede con el Evangelio. Sin embargo, no habló aquí el Señor de fuego, sino de levadura. ¿Por qué? Sin duda porque en un incendio no todo depende de la chispa de fuego, sino también de la materia en que prende; aquí, sin embargo, todo lo hace la levadura por sí misma. Ahora bien, si doce hombres hicieron fermentar toda la tierra, considerad qué grande no es nuestra maldad cuando, siendo tantos, no somos capaces de corregir a los que quedan, siendo así que debiéramos bastar y convertirnos en levadura de mil mundos.

LOS MILAGROS NO SON NECESARIOS

—Mas ellos—me dirás—eran apóstoles. — ¿Y qué quiere decir eso? ¿Es que no eran de tu propia naturaleza? ¿No se criaron en ciudades? ¿No gozaron de lo que tú gozas? ¿No tuvieron sus oficios? ¿Eran acaso ángeles? ¿Bajaron acaso del cielo? —Pero hacían milagros—me replicas. —Mas no fueron los milagros los que los hicieron admirables. ¿Hasta cuándo nos valdremos de tales milagros como capa de nuestra tibieza? Mirad cómo el coro de los santos no brilla precisamente por sus milagros. Porque muchos que llegaron hasta expulsar a los demonios, por haber también practicado la iniquidad, no sólo no fueron admirables, sino que fueron castigados. —Entonces —me dirás—, ¿qué es lo que hizo admirables a los apóstoles? —El despreciar las riquezas, el desdeñar la gloria, el desprendimiento de todo lo terreno. De no

haber tenido estas virtudes; de haber sido esclavos de sus pasiones, aun cuando hubieran resucitado infinitos muertos, no sólo no les hubiera valido de nada, sino que se los hubiera tenido por unos impostores. Su vida, su vida es la que brilla por dondequiera; su vida es la que les atrae la gracia del Espíritu Santo. ¿Qué milagros hizo Juan para tener colgadas de sí a ciudades enteras? Porque que no hizo milagro alguno, oye cómo lo dice el propio evangelista: *Porque Juan no hizo milagro alguno* (Juan 10,41). ¿Por qué fue admirable Elías? ¿No lo fue acaso por su libertad en hablar al rey? ¿No lo fue por su celo de la gloria de Dios, por su pobreza, por aquella piel de oveja de que iba vestido, por la cueva y los montes donde moraba?

Porque después de todo esto fue cuando obró todos sus milagros. Y a Job, ¿qué milagro le vio hacer el diablo cuando se quedó atónito delante de él? Milagro, ninguno, pero sí llevar una vida brillante de virtud y mostrar una paciencia más dura que un diamante. ¿Qué milagro hizo David, cuando era aún un muchacho, para que Dios dijera de él: *He hallado a David, hijo de Jessé, varón conforme a mi corazón?* (Hechos 13,22) Y Abrahán e Isaac y Jacob, ¿qué muerto resucitaron, qué leproso limpiaron? ¿No sabéis que los milagros, si no vigilamos por nuestra parte, antes bien dañan muchas veces? De este modo se escindieron entre sí muchos de los corintios; de este modo se ensoberbecieron muchos de los romanos; de este modo fue expulsado de la iglesia Simón Mago. Así fue reprobado aquel que quiso en la ocasión que sabemos seguir a Cristo, pero que le oyó decir: *Las zorras tienen sus madrigueras, y las aves del cielo nidos* (Lc 9,58; Mt 8,20). Cada uno de éstos se perdió y abandonaron a Cristo por una codicia: el uno de riquezas, el otro de la gloria que esperaba del poder de hacer milagros. Mas el cuidado de nuestra propia vida y el amor a la virtud no sólo no engendran tales codicias, sino que, de existir, las matan. Y el Señor mismo, cuando daba sus leyes a sus discípulos, ¿qué es lo que decía? ¿Haced milagros para que los hombres los contemplen? ¡De ninguna manera! ¿Qué decía, pues?: *Brille vuestra luz delante de los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.* Y a Pedro no le dijo: "Si me amas, haz milagros", sino: *Si me amas,* apacienta *mis ovejas* (Jn 21,15-17). Si a Pedro, juntamente con Juan y con Santiago, vemos que los prefería a los demás, ¿por qué motivo los prefería? ¿Acaso por los

milagros? La verdad es que todos igualmente limpiaban leprosos y resucitaban muertos, y a todos les había dado igual poder. ¿Por qué, pues, tenían éstos la preferencia del Señor? Por la virtud de sus almas. ¿Veis cómo por todas partes hay necesidad de buena vida y de buenas obras? *Por sus frutos* —dice el Señor— */os conoceréis* (Mt 7,20).

LA SANTIDAD, PREFERIBLE A LOS MILAGROS

Ahora bien, ¿qué es lo que recomienda nuestra vida? ¿Por ventura los milagros o la perfección de una conducta intachable? Esto último evidentemente. Los milagros, sin embargo, de ahí toman su principio y ahí tienden como a fin. Y es así que quien lleva esa conducta intachable es el que se atrae de Dios esta gracia de obrar milagros, y el que esa gracia recibe, para corregir la vida de los demás la recibe. Cristo mismo hizo sus milagros para que así le dieran crédito y, atrayéndose a sí mismo a los hombres, conducirlos a una vida de virtud. De ahí que por esa misma vida de virtud es por lo que Él muestra mayor empeño. No se contenta, en efecto, con hacer milagros, sino que amenaza también con el infierno, y promete el reino de los cielos, y promulga aquellas leyes suyas maravillosas y, en fin, no deja piedra por mover para hacernos semejantes a los ángeles. Mas ¿qué digo que Cristo lo hace todo por este fin? Si a ti mismo, dime, se te diera a escoger entre resucitar muertos en su nombre o morir por su nombre, ¿qué escogerías? ¿No está claro que lo segundo? Y, sin embargo, lo uno es milagro y lo otro trabajo. ¿Y qué si se te propusiera convertir la hierba en oro o tener tanta virtud que despreciaras el oro como hierba, no escogerías también esto último? Y con mucha razón, pues esto es lo que mejor conquistaría a los hombres. De ver éstos la hierba convertida en oro, también ellos desearían recibir ese poder, como aconteció con Simón Mago, y aumentaría en ellos la codicia de dinero; si nos vieran, en cambio, despreciar todo el oro como hierba, tiempo ha que estarían libres de aquella pasión. ¿Veis cómo la vida es lo que más nos puede aprovechar? Y vida llamo ahora no simplemente practicar unos ayunos ni echarse sobre saco y ceniza, sino que despreciéis las riquezas, como deben

despreciarse, que tengáis verdadera caridad, que deis al necesitado de vuestro pan, que dominéis la ira, que desterréis la vanagloria, que eliminéis y matéis la envidia. Así nos lo enseñó el Señor mismo: *Aprended—dice—de mí, porque* yo *soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29). Y no dijo: "Porque ayuné", a pesar de que podía habernos recordado sus cuarenta días de ayuno. Mas no fue eso lo que nos recordó, sino: *Porque* yo *soy manso y humilde de corazón.* Y por el mismo estilo, cuando envió a sus apóstoles, no les dijo precisamente: "Ayunad", sino: Comed *de todo* lo *que se os pusiere delante* (Lc 10,8). En cambio, respecto a las riquezas exigió desde el primer momento la más estricta perfección: No *poseáis* oro, *ni plata, ni moneda de cobre en vuestros ceñidores* (Mt 10,9). Mas si hablo así no es porque intente rebajar el ayuno. ¡Dios me libre! ¡Yo lo alabo sobremanera! Lo que me apena es que, descuidándoos de lo demás, creéis que basta para vuestra salvación una obra que ocupa el último lugar en el coro de las virtudes. Lo más importante es la caridad, la modestia y la limosna, virtud esta que sobrepasa a la misma virginidad. Así, si quieres llegar a ser igual a los apóstoles, nada hay que te lo impida. Basta con que practiques esa virtud y en nada eres inferior a ellos. Que nadie, pues, se escude en los milagros. Le duele ciertamente al demonio verse expulsado de un cuerpo; pero mucho más cuando ve a un alma libre de pecado. Porque el pecado es su gran fuerza. Por el pecado —para destruirlo— murió Cristo, pues el pecado es el que introdujo la muerte en el mundo; él es el que lo ha trastornado todo de arriba abajo. Si éste, pues, extirpas, le cortas sus nervios al diablo, le aplastas la cabeza, destruyes todo su imperio, disipas su ejército y haces el mayor de todos los milagros. No es mía esta doctrina, sino del bienaventurado Pablo. Habiendo, en efecto, dicho: *Emulad los carismas mejores,* y: *Aún tengo que mostraros un camino sobre toda ponderación* (1 Cor 12,31), no habla seguidamente de milagros, sino de la caridad, raíz que es de todos los bienes. Si ésta, por tanto, ejercitamos, y con ella toda la filosofía que de ella se deriva, para nada necesitaremos de milagros; como, por lo contrario, si no tenemos caridad, de nada nos sirven los milagros.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS A LOS APÓSTOLES EN LO QUE FUERON DE VERDAD ADMIRABLES

Considerando, pues, todo esto, imitemos a los apóstoles en aquello en que fueron de verdad grandes. ¿En qué fueron, pues, grandes los apóstoles? Oíd lo que dice Pedro: *He aquí que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué habrá, pues, para nosotros?* Y escuchad también lo que Cristo les contesta: *Vosotros os sentaréis sobre doce tronos.* Y: *Todo el que dejare casas, o hermanos, o padre, o madre, recibirá el ciento por uno en este siglo y heredará la vida eterna.* Desprendámonos, pues, de todo lo terreno y consagrémonos a Cristo, a fin de hacernos iguales a los apóstoles, según la sentencia del mismo Cristo, y gozar de la vida eterna por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 47

Todo esto les habló Jesús en parábolas a la muchedumbre, y sin parábola no les hablaba nada. Para que se cumpliera la palabra del profeta, cuando dice: Abriré en parábolas mi boca y proclamaré lo escondido desde el origen del mundo (Mt 13,34 y sig.).

TERMINA LA ENSEÑANZA PARABÓLICA

Marcos, por su parte, dice: Conforme *podían oír, les hablaba la palabra* en *parábolas* (Mc 4,33), Seguidamente, para hacernos ver que Cristo no introducía en ello novedad alguna, nos aduce el evangelista al profeta, que predice este modo de enseñanza; y, para darnos a conocer la intención de Cristo, que así hablaba a la muchedumbre, no para mantenerla en la ignorancia, sino para incitarlos a preguntarle, prosigue: Y *sin parábola no les hablaba nada.* Realmente, muchas cosas les había hablado sin parábolas; pero entonces, nada. Sin embargo, nadie se movió a preguntarle. A los profetas solían sus contemporáneos preguntarles muchas cosas, por ejemplo, a Ezequiel y a otros muchos; no así éstos a Jesús. En verdad, lo que el Señor había dicho, bien podía haberles producido un poco de angustia y

despertarlos a preguntar, pues las parábolas encerraban un sentido de muy grande amenaza. Mas ni aun así se movieron.

De ahí que, dejándolos, se fue Jesús a su casa: *Entonces—dice* el evangelista—, *dejando a las muchedumbres, se fue Jesús a su casa.* No le sigue ninguno de los escribas; de donde resulta evidente que el único motivo que tenían de seguirle era su afán de cogerle en algo. Mas como no le entendieron lo que les había hablado, el Señor los abandonó en adelante.

EXPLICACIÓN DE LA PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

Entonces se le acercaron sus discípulos a preguntarle el sentido de la parábola de la cizaña. Hay ocasiones en que los discípulos, aun con todo á¯u deseo de saber, temen preguntarle al Señor. ¿De dónde, pues, les viene ahora su confianza? Es que le habían oído decir: *A vosotros se os ha dado conocer los secretos del reino de los cielos,* y eso les animó. De ahí que le preguntan en particular, no por malquerencia a la muchedumbre, sino para guardar la ley misma del Señor, que había dicho: *Mas a ellos no se les ha dado* (Mt 13,11-12). Mas ¿por qué razón, dejando las parábolas de la levadura y del grano de mostaza, preguntan sólo por el sentido de la de la cizaña? Sin duda, aquéllas las dejaron por más claras; ésta, en cambio, que tenía cierto parentesco con la del sembrador, pero encerraba algo más que ella, tuvieron los discípulos particular interés en conocerla en su significación. Realmente, lo que desean no es oírla recitar nuevamente a Jesús, pues bien veían que contenía en sí una grande amenaza. De ahí que el Señor no los reprende, sino que les completa lo que había dicho. Y lo que yo siempre he dicho: Que no hay que explicar al pie de la letra las parábolas, pues de tal literalidad se siguen muchos inconvenientes; eso mismo nos enseña aquí el Señor al interpretar por sí mismo la parábola de la cizaña, Así, nada dice sobre quiénes son los criados que se acercan al amo del campo. Es que sólo por cierta lógica interna, y para completar la imagen o cuadro de la parábola, los había introducido en su relato; de ahí que, pasándolos por alto, explica lo que de verdad importaba y apremiaba, es decir, poner de manifiesto cómo Él es juez y Señor de todo y de todos. Y *tomando la palabra —dice* el evangelista—, *respondioles: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. El campo es el mundo. La*

buena semilla son los hijos del reino. La cizaña son los *hijos del maligno y el enemigo que los siembra es el diablo. La siega es la consumación del tiempo. Los segadores son los ángeles. Ahora bien, al modo como se recoge la cizaña y se le pega fuego, así será en la consumación de este tiempo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los que obran la iniquidad y los arrojarán al horno de fuego. Allí habrá llanto y crujir de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre.* Ahora bien, puesto que Él es el que siembra, y siembra su propio campo y de su propio reino recoge, síguese evidentemente que también el mundo presente es suyo. Mas considerad, por otra parte, su inefable benignidad y su inclinación a hacer bien y su repugnancia a castigar. Cuando se trata, en efecto, de sembrar, siembra Él por sí mismo; cuando de castigar, se lo encomienda a los ángeles. *Entonces los justos brillarán* como *el sol en el reino de su Padre.* No que hayan de brillar solamente como el sol. El Señor emplea estos ejemplos conocidos, pues, en efecto, no sabemos de astro más brillante para nosotros que el sol. En cuanto a la siega, en otra ocasión dice que su tiempo había ya llegado, como cuando hablaba de los samaritanos: *Levantad vuestros* ojos *y mirad los campos cómo blanquean ya para la siega* (Juan 4,35). Y otra vez: *La mies es mucha, pero los obreros pocos* Lc 10,2). ¿Cómo dijo, pues, entonces que la siega había ya llegado, y aquí da a entender que está todavía por venir? Porque se entiende en diverso sentido. Y ¿cómo es que en otra ocasión dijo: *Uno es el que siembra y otro el que siega?* (Juan4, 37). Aquí dice ser Él mismo el que siembra. Porque allí no se contrapone Él a sus apóstoles, sino a éstos con los profetas, y se trataba de los judíos y samaritanos. Y es así que también Él sembró por medio de los profetas. Y aun hay ocasiones en que a lo mismo lo llama siega y siembra, dando diverso nombre según el diverso fin que se propone. —2. Así, cuando quiere significar la docilidad y obediencia de los que oyen, habla de siega, como quien ha cumplido toda su labor; cuando busca el fruto de la audición, de siembra; y entonces la siega es la consumación del mundo. Y ¿cómo es que en otra ocasión dice la Escritura que los justos serán arrebatados los primeros? (Cf. 1 Tesal. 4,17 y sig.). Sí, serán arrebatados los primeros al advenimiento de Cristo. Entonces los impíos serán entregados al suplicio y los justos marcharán al reino de los cielos. Porque en el cielo es donde ellos han de morar; Cristo, sin

embargo, vendrá a la tierra, y aquí juzgará a todos los hombres y sobre todos pronunciará su sentencia; y luego, como un rey que se levanta con sus amigos, conducirá a los suyos a aquella bienaventurada herencia. Mirad, pues, cómo hay un doble castigo para los impíos: el ser condenados al fuego y el privárseles de la gloria bienaventurada.

EL SEÑOR PROPONE NUEVAS PARÁBOLAS

—Mas ¿por qué razón ahora, cuando se han retirado de la muchedumbre, habla el Señor nuevamente en parábolas a sus discípulos? —Es que sus palabras los habían hecho más inteligentes, de modo que ya le entendían. Por lo menos, el Señor les preguntó después de terminadas las parábolas: *¿Habéis entendido todo esto?* Y ellos le responden: *Sí, Señor.* Así, entre otros bienes, las parábolas habían producido el de aumentar en ellos la penetración de su visión. ¿Qué dice, pues, ahora el Señor? *Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo. Un hombre lo halló y lo escondió de nuevo y, de puro gozo, vende cuanto tiene y compra aquel campo. Además, semejante es el reino de los cielos a un mercader que busca piedras preciosas. El cual, hallando que halló una muy preciosa, fue, vendió cuanto tenía y la compró*.

LAS PARÁBOLAS DEL TESORO ESCONDIDO Y LA PIEDRA PRECIOSA

Al modo como las anteriores parábolas del grano de mostaza y de la levadura no se diferenciaban mucho entre sí, así tampoco las del tesoro escondido y las piedras preciosas. En verdad, lo que una y otra nos dan a entender es que debemos estimar el Evangelio por encima de todo: las parábolas de la levadura y del grano de mostaza se refieren particularmente a la oculta fuerza del mismo Evangelio, que había de vencer absolutamente a la tierra entera; éstas nos ponen más bien de manifiesto su valor y precio. Se propaga, en efecto, como la mostaza, lo invade todo como la levadura; pero es precioso como una perla y nos procura magnificencia infinita como un tesoro. Mas no sólo hemos de aprender de esas parábolas a desnudarnos de todo lo demás para abrazarnos con el Evangelio,

sino que hay que hacerlo con alegría. Sepa el que renuncia a sus bienes, que no ha sufrido una pérdida, sino que ha hecho un negocio. ¡Mirad cómo el Evangelio es tesoro escondido en el mundo y cómo en el Evangelio están escondidos los bienes! Si no vendemos cuanto tenemos, no lo compramos; y si no tenemos un alma que con todo afán se dé a la búsqueda, no lo encontramos. Dos condiciones, pues, es menester que tengamos: desprendimiento de todo lo terreno y una suma vigilancia: *Semejante es el reino de los cielos—dice* el Señor—a *un mercader que busca piedras preciosas; y hallando que halló una muy preciosa,* lo *vendió todo y la compró.* Una sola, en efecto, es la verdad, y no es posible dividirla en muchas partes. Y así como quien es dueño de una perla sabe que es rico; pero muchas veces su riqueza, que le cabe en la mano—pues no se trata de peso corporal—, es desconocida para los demás; así, puntualmente, acontece con el Evangelio: los que lo poseemos, sabemos que con él somos ricos; mas los infieles, que desconocen esté tesoro, desconocen también nuestra riqueza.

LA PARÁBOLA DE LA RED ECHADA AL MAR

Pero para que no pongamos toda nuestra confianza en la mera predicación evangélica ni nos imaginemos que basta la fe sola para la salvación, nos pone el Señor otra parábola espantosa. ¿Qué parábola? La de la red echada al mar: *Porque semejante es el reino de los cielos a una red echada al mar* y *que recoge todo género de cosas. Sacándola luego los pescadores* a *la orilla, se sientan y recogen lo bueno en vasos y tiran afuera lo malo.* ¿Qué diferencia hay de esta parábola a la de la cizaña En realidad también allí unos se salvan y otros se pierden; pero en la de la cizaña es por seguir doctrinas malas y, aun ante de esto, por no atender siquiera a la palabra divina; éstos, sin embargo, de la red se pierden por la maldad de su vida y son lo más desgraciados de todos, pues alcanzado ya el conocimiento de la verdad, pescados ya en las redes del Señor, ni aun así fueron capaces de salvarse. Por lo demás, en otra parte dice que Él mismo, como pastor, separará a los buenos de los malos; mas aquí, lo mismo que en la parábola de la cizaña, es función incumbe a los ángeles ¿Qué decir a esto? En un caso les habla

de modo más rudo y en otro más elevado. Y notemos que esta parábola la interpretó el Señor espontáneamente sin que nadie se lo pidiera, siquiera sólo la declara en parte para aumentar el temor. Al oír, en efecto, que los pescadores se contentaban con tirar fuera lo malo, pudiera pensarse que aquella perdición no tenía peligro alguno. De ahí que, en la interpretación, el Señor señala el verdadero castigo, diciendo: *Los arrojarán al horno de fuego,* y nos recordó el rechinar d dientes y nos dio a entender que el dolor es inexplicable. ¡Y veis cuántos son los caminos de la perdición! La perdición nos puede venir de la roca, de las espinas, del camino, de la cizaña, de la red ahora. No sin razón dijo, pues, el Señor: *Ancho es el camino que lleva a la perdición y muchos son los que andan por él* (Mt 7,13). Habiendo, pues, dicho todo esto, cerrado su razonamiento con el temor y habiéndoles sin duda mostrado más cosas, pues con ellos habló más tiempo que con el pueblo, terminó diciéndoles: *¿Habéis entendido todo esto?* Y *ellos le respondieron: Sí, Señor.* Luego, ya que le habían entendido, los alabó diciendo: *Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un amo de casa que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.* De ahí que en otra parte les dice: Yo os *enviaré sabios y escribas* (Mt 23,34).

EL QUE NO CONOCE LAS ESCRITURAS NO ES AMO DE CASA

Mirad cómo no excluye el Señor el Antiguo Testamento, sino que lo alaba y públicamente lo llama un tesoro. De suerte que quienes ignoran las Escrituras, no pueden ser amos de casa; esos que ni de suyo tienen nada ni de los otros lo reciben, sino que a sí mismos se consienten morir de hambre. Y no sólo éstos. Tampoco los herejes gozan de esta bienaventuranza, pues no pueden sacar de su tesoro lo nuevo y lo viejo. Lo viejo no lo poseen y, por tanto, tampoco lo nuevo; como los que no tienen lo nuevo, tampoco lo viejo. Lo uno está íntimamente ligado a lo otro. Oigamos, pues, cuantos nos descuidamos de la lección de las Escrituras, cuán grande daño, cuán grande pobreza sufrimos. ¿Cuándo, en efecto, pondremos manos a la obra de nuestra vida, si no sabemos las leyes mismas por las que ha de regirse nuestra vida? Los ricos, los que sufren locura de las riquezas, continuamente están sacudiendo sus vestidos para que

no los ataque la polilla; y ¿tú, que ves cómo el olvido, peor que la polilla, ataca tu alma, no lees los libros santos, no arrojas de ti esta polilla, no quieres embellecer tu alma, no quieres contemplar continuamente la imagen de la virtud, y saber qué miembros tiene y qué cabeza? Porque, sí, la virtud tiene cabeza y tiene miembros, más magníficos que el más hermoso y mejor configurado de los cuerpos.

LA CABEZA Y LOS MIEMBROS DE LA VIRTUD

— ¿Cuál es pues—me preguntas— la cabeza de la virtud? —La cabeza de la virtud es la humildad. De ahí que Cristo empezara por ella sus bienaventuranzas, diciendo: *Bienaventurados los pobres de espíritu* (Mt 5,3). Esta cabeza no tiene ciertamente cabellera ni trenzas; pero sí tal belleza que enamora al mismo Dios. Porque *¿sobre quién fijaré mi* mirada —dice—, *sino sobre el manso y humilde, sobre el que tiembla de mis palabras?* (Is 66,2) Y: *Los ojos del Señor sobre los mansos de la tierra* (Salmo 75,10). Y: *Cerca está el Señor de los contritos de corazón* (Salmo 100,6). Esta cabeza, en lugar de cabellos y cabellera, ofrece a Dios sacrificios agradables. Ella es altar de oro y propiciatorio espiritual: Por*que sacrificio es para Dios un espíritu contrito* (Salmo 50,19). La humildad es la madre de la sabiduría. El que ésta tenga, tendrá todo lo demás. He ahí una cabeza cual jamás la habíais contemplado. ¿Queréis contemplar ahora, o mejor, saber cómo es su rostro?

Conoced, pues, ahora su color sonrosado y la flor de la belleza y la mucha gracia que respira, y sabed de dónde le viene. ¿De dónde, pues, le viene? De su pudor y su vergüenza. Por eso alguien dijo: *Delante del pudoroso caminará la gracia (Eccli 32,9)*. Y este pudor, ¡cuánta belleza no derrama sobre los otros miembros! Aun cuando combinarais cien colores, no lograrías cuadro tan bello. Si queréis también contemplar los ojos, miradlos suavemente pintados de modestia y castidad. De ahí que sean tan bellos y penetrantes, que son capaces de ver al Señor mismo: *Bienaventurados —dice— los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). Su boca es la sabiduría y la prudencia y el conocimiento de los himnos espirituales. Su corazón es la familiaridad con las Escrituras, la observación de las doctrinas

exactas, la caridad y la bondad. Y así como no es posible vivir sin cabeza corporal, así tampoco es posible alcanzar la salvación sin la cabeza espiritual. De ella, en efecto, proceden todos los bienes. Tiene también la virtud sus pies y sus manos, que son las buenas obras; tiene un alma, que es la piedad; tiene un pecho de oro y más duro que el diamante, que es la fortaleza. Todo es fácil vencerlo antes que romper este pecho. El espíritu, en fin, que reside en el cerebro y en el corazón, es la caridad.

EL EVANGELISTA MISMO, IMAGEN VIVA DE LA VIRTUD

¿Queréis que os muestre ahora esa imagen en la realidad misma? Considerad al mismo evangelista Mateo. Cierto que no nos consta de todos los hechos de su vida; sin embargo, por lo poco que sabemos, podemos contemplar una imagen brillante de virtud. Para saber que fue humilde y contrito de corazón, basta que le oigamos cómo, en su propio evangelio, se llama a sí mismo publicano. Que fue misericordioso, lo prueba el hecho de haberse desprendido de todo y seguido a Jesús. Piadoso, bien se ve que lo fue por su doctrina. Su inteligencia, no menos que su caridad, fácil es verla por el mismo evangelio que escribió, pues por él quiso hacer un beneficio a la tierra entera. Sus buenas obras se prueban por el trono en que ha de sentarse; su valor por haber salido gozoso del sanhedrín (Cf. Hechos 5,41).

LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA, VIRTUDES NECESARIAS PARA SALVARSE

Imitemos, pues, esta virtud, y señaladamente la humildad y la misericordia, sin las cuales no es posible la salvación. Así nos lo ponen de manifiesto las cinco vírgenes fatuas, y no menos que ellas el fariseo. Sin la virginidad, es posible ver el reino de los cielos; sin misericordia, es imposible. La misericordia pertenece a las cosas necesarias, a las que lo sustentan todo. No sin razón, pues, la llamamos corazón de la virtud. Ahora bien, el mismo corazón corporal, si no suministra aliento a todos los otros miembros, rápidamente se extingue; una fuente, si no se derivan de ella constantes arroyuelos, rápidamente se

corrompe; del mismo modo, los ricos, si para sí solos retienen lo que poseen. De ahí que aun en el lenguaje corriente solemos decir: ¡Qué corrupción de riqueza tiene fulano! Y no decimos: ¡Qué abundancia, qué tesoros de riqueza! Y en verdad, de corrupción se trata, no sólo de los que las poseen, sino de las mismas riquezas. Así, los vestidos amontonados se apolillan, se toma de orín el oro, y el trigo es comido de gusanos. En cuanto al alma de quien todo eso posee, tomada es de orín; corrompida es también por las preocupaciones más que los mismos bienes que posee. Si pudiéramos sacar a la luz el alma de un avaro, como un vestido roído por infinitos gusanos, al que no le queda parte sana, tal la hallaríamos a aquélla, agujereada por todas partes a fuerza de preocupaciones, corrompida y tomada de orín por sus pecados.

LA GLORIA DEL ALMA DEL POBRE

No así, ciertamente, el alma del pobre; del pobre, digo, voluntario; sino que resplandece como el oro, brilla como una perla y florece como una rosa. No hay en ella polilla, no hay salteador, no hay preocupación mundana. No, la vida de estos pobres es vida de ángeles. ¿Queréis contemplar la belleza de esta alma? ¿Queréis saber la riqueza de la pobreza? No impera sobre los hombres; pero impera sobre los demonios. No asiste ante el emperador; pero asiste ante Dios. No sale a campaña con hombres; pero sale con ángeles. No tiene un arca, ni dos, ni tres, ni veinte; pero tiene tal opulencia que reputa por nada al mundo entero. No tiene un tesoro; pero tiene el cielo. No necesita de esclavos, o, por mejor decir, tiene por esclavas a sus pasiones; tiene por esclavos a los pensamientos, que esclavizan a los mismos emperadores. Esos pensamientos que mandan sobre los que se visten de púrpura, tiemblan ante el pobre y no se atreven a mirarle a la cara. El pobre se ríe de la realeza y del oro y todas las cosas semejantes, como de juguetes de chiquillos, y todo eso lo tiene por tan despreciable como los aros y las tabas y las bolas y las pelotas de los niños. El tiene un adorno que no son capaces ni de ver los que se entretienen en aquellos juegos. ¿Qué puede, pues, darse de mejor que un pobre de éstos? El pavimento que pisa es el cielo. Y si tal es el pavimento, ¿qué tal será el techo? —Pero el pobre no tiene—me dices—ni coche ni

caballos. — ¿Y qué, falta le hacen a quien ha de ser llevado sobre las nubes y estar con Cristo?

Considerando, pues, todo esto, hombres y mujeres, busquemos aquella riqueza, busquemos la opulencia que no puede ser consumida, a fin de alcanzar el reino de los cielos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 48

Y fue que, cuando Jesús hubo terminado estas parábolas, se marchó de allí... (Mt 13,53 y sig.).

JESÚS EN NAZARET: SU FRACASO ENTRE SUS PAISANOS

— ¿Por qué razón dice el evangelista *estas parábolas?* —Porque aun tenía que decir otras más. — ¿Por qué el Señor cambia de lugar? —Porque quería sembrar por todas partes su doctrina. Y, *viniendo a su propia patria, les enseñaba en la sinagoga.* — ¿A qué pueblo llama ahora el evangelista patria de Jesús? —A mi parecer, a Nazaret, pues allí—dice—no *hizo muchos milagros,* y en Cafarnaún sí que los hizo. De ahí que Él mismo dijera: Y *tú, Cafarnaún, que te has levantado hasta el cielo, tú serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que en ti se han realizado, Sodoma estaría en pie hasta el día de hoy* (Mt 11,23). Viniendo, pues, allí, se abstuvo de obrar milagros, a fin de no encender más la envidia y tenerlos que condenar más duramente por su incredulidad, que así hubiera aumentado. Sí, en cambio, les expone su doctrina, que no era menos maravillosa que sus milagros. Porque aquellos insensatos—unos completos insensatos—, cuando debieran admirarle y pasmarse de la virtud de sus palabras, hacen lo contrario, que es vilipendiarle por la humildad del que pasaba por padre suyo. Y. sin embargo, muchos ejemplos tenían en lo antiguo de hijos ilustres nacidos de padres oscuros. Así, David, hijo fue de Jessé, que no pasaba de humilde labrador, y Amós lo fue de un cabrero, y cabrero él mismo; y Moisés, el famoso legislador, tuvo un padre muy inferior a lo que él mismo era. Más bien, pues, debieran haber admirado al Señor de que, siendo de quienes se imaginaban,

hablaba tan maravillosamente, pues era evidente que ello no podía ser obra de diligencia humana, sino de la gracia de Dios. Mas, por lo que debieran admirarle, ellos le desprecian. Por otra parte, el Señor frecuenta su sinagoga, pues de haber vivido constantemente en el desierto, hubieran tenido pretexto para acusarle como a solitario y enemigo del trato humano. Sorprendidos, pues, y perplejos, decían sus paisanos: *¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esas virtudes?* Virtudes llaman aquí o a sus milagros o a su misma sabiduría. ¿No *es éste el hijo del carpintero?* Luego mayor es la maravilla y mayor debiera ser vuestra admiración. *¿No se llama María su madre?* ¿Y *sus hermanos no se llaman Santiago y José y Simón* y *Judas?* Y *sus hermanas,* ¿no *están todas entre nosotros? ¿De dónde le viene a éste eso?* Y *se escandalizaban en Él.* ¿Veis cómo es Nazaret en donde hablaba? ¿No son—dicen—hermanos suyos fulano y zutano? ¿Y qué tiene eso que ver? Ésa debiera ser • para vosotros la mejor razón para creer en Él. Pero no. La envidia es cosa mala y muchas veces se contradice a sí misma. Lo que era sorprendente y maravilloso, lo mismo que debiera haber bastado a arrastrarlos al Señor, eso les escandalizaba. ¿Qué les contesta, pues, Cristo? *Un profeta—les* dice—no *es despreciado sino en su propia patria y en su propia casa.* Y no hizo—prosigue el evangelista—muchos *milagros entre ellos* por *causa de su incredulidad. No hizo allí muchos milagros.* —Y, sin embargo dirás—, era natural que los hubiera hecho. Porque *si* todavía tenía éxito para ser admirado (y, en efecto, también entonces se le admiraba), ¿por qué razón no los hizo? —Porque no miraba a su propia ostentación, sino al provecho de ellos. Ahora bien, como éste no se daba, prescindió también el Señor de su propia manifestación, a fin de no aumentar el castigo de sus paisanos. Y, sin embargo, mirad después de cuánto tiempo, después de cuántos milagros, volvió a ellos. Y ni aun así le soportaron, sino que se encendió más vivamente su envidia. Mas ¿por qué, si no muchos, todavía hizo algunos milagros? —Por que no le dijeran: *Médico, cúrate* a ti mismo (Lc 4,23). Para que no dijeran tampoco: Es nuestro enemigo, nos tiene declarada la guerra, y desprecia a los de su propia casa". Por que, en fin, no pudieran decir: "Si hubiera hecho entre nosotros milagros, también nosotros hubiéramos creído". De ahí que los hizo y se detuvo entre ellos: por una parte, para cumplir lo que a

Él le tocaba; por otra, para no condenarlos a ellos con más razón. Mas considerad la fuerza de sus palabras, cuando, aun dominados por la envidia, todavía le admiraban. Sin embargo, así como en sus milagros no ponen tacha en cuanto a los hechos, pero se inventan causas fantásticas, diciendo, por ejemplo: *En virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa los demonios* (Lc 11,14); así ahora, no pudiendo poner tacha en su doctrina, le desprecian por lo humilde de su origen. Mas considerad, os ruego, la modestia del maestro, que no los vitupera, sino que con toda mansedumbre les responde: *Un profeta no es despreciado sino en su propia patria.* Y no se detuvo aquí, sino que prosiguió: Y *en su propia casa.* Con lo que, a mi parecer, aludía a sus propios hermanos.

Por lo demás, en el evangelio de Lucas el Señor aduce ejemplos semejantes y les dice que tampoco Elías fue a los suyos, sino a una viuda extranjera; ni fue otro leproso alguno curado por Eliseo, sino el extranjero Naamán. No fueron, pues, los israelitas quienes recibieron los beneficios y quienes a ellos correspondieron, sino los extraños. Al hablarles así no hace sino revelar su mala costumbre de siempre y que no era nuevo lo que con Él hacían.

HERODES SE CONMUEVE

Por aquel tiempo llegó hasta Herodes, el tetrarca, la fama de Jesús. Del tetrarca se trata, pues el rey Herodes, padre del actual, aquel que ordenó la matanza de los niños, había muerto ya. Y no sin motivo indica el evangelista el tiempo, sino para que nos demos cuenta del orgullo y desdén de Herodes. No se enteró, en efecto, en los comienzos de las cosas de Jesús, sino después de infinito tiempo. Tales son los que están en el poder y se rodean de mucho fausto. Sólo tardíamente se enteran de estas cosas, pues es poco el caso que hacen de ellas. Mas considerad, os ruego, cuán grande cosa sea la virtud, pues Herodes teme a Juan aun después de muerto y el miedo le obliga a filosofar sobre la resurrección. *Porque* dijo—nos cuenta el evangelista— *a sus servidores: Éste es Juan, a quien yo mandé matar. Juan ha resucitado de entre los muertos, y por eso obran en él los poderes milagrosos*. ¿Veis el miedo exagerado? Porque entonces no se atrevió a decirlo a los de fuera, sino que empezó por hablar así con sus servidores. Sin embargo, su opinión

era soldadesca y absurda, pues muchos habían resucitado de entre los muertos y ninguno había hecho lo que hacía Jesús. A mi parecer, hay en las palabras de Herodes tanto de puntillo de honor como de miedo. Tales son, en efecto, las almas que no se guían por la razón, en las que muchas veces se da la extraña mezcolanza de pasiones contradictorias. Lucas, por su parte, nos dice que las gentes decían: Éste es Elías, o Jeremías, o uno de los profetas antiguos (Lc 9,7 y sig.); mas Herodes, queriendo decir algo más discreto que los otros, dijo lo que dijo. Lo probable es que Herodes primero negara los dichos de las gentes sobre que Jesús era Juan—muchos, en efecto, lo afirmaban—, y que él, por punto de honor y como una gloria, replicara: "A Juan le mandé yo matar". El caso es que lo mismo Marcos (Mc 6,16) que Lucas nos cuentan que Herodes solía decir: Yo hice decapitar a Juan. Mas una vez que la voz se propagó, Herodes acaba por decir lo mismo que el valgo.

LA MUERTE DE JUAN BAUTISTA

Seguidamente nos relata el evangelista la historia de la muerte de Juan. — ¿Y por qué no la introduce anteriormente? —Porque todo su interés se centra en narrarnos la historia de Cristo, y, de no contribuir a esta misma historia, los evangelistas no se permitían digresión alguna. Y, aun ahora, no hubieran hecho tampoco mención de la muerte de Juan, de no ser por motivo de Cristo mismo y por haber dicho Herodes que Juan había resucitado. Marcos, por su parte, nos cuenta que Herodes le estimaba mucho, no obstante sus reprensiones. Tal es la fuerza de la virtud. Narrando ya los hechos, dice así el evangelista: Y *fue así que Herodes, después de prender a Juan, le mandó encadenar y meter en la cárcel* por *motivo de Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Decíale, en efecto, Juan: No te es lícito tenerla.* Y *hubiera querido matarle, pero temió al pueblo, que tenía a Juan* por un *profeta.* Y ¿por qué no habla Juan con la mujer, sino con Herodes? Porque él tenía más culpa. Pero mirad cuán suave es la acusación de Juan, que más bien parece exposición de un hecho que no acusación. *Venido,* pues, *el natalicio de Herodes—prosigue* el evangelista —, *salió al medio a danzar la hija de Herodías y agradó a Herodes.* ¡Oh convite diabólico! ¡Oh espectáculo satánico! ¡Oh

danza inicua y más inicuo galardón de aquella danza! Allí se comete el asesinato más sacrílego de todos los asesinatos; allí se degolló al que era digno de ser coronado y proclamado y sobre la misma mesa se alzó el trofeo de los demonios. El modo de la victoria fue digno del triunfo mismo: *Salió al* medio —dice—a *bailar la hija de Herodías y agradó a Herodes. Por lo que le juró con juramento que le daría cuanto le pidiese.* Y *ella, instruida* por *su madre: Dame aquí—le* dijo—, *sobre esta fuente, la cabeza de Juan Bautista.* Doble culpa: haber bailado y haberle agradado, y haberle en tanto grado agradado, que recibió por recompensa un homicidio. ¡Mirad qué cruel, qué insensible, qué insensato! ¡Se obliga a sí mismo con juramento y pone en manos de la chicuela la petición! Y luego que vio el mal que de ahí resultó: Se *entristeció* —dice el evangelista—. Él fue, sin embargo, quien desde el principio se había obligado. ¿Por qué, pues, se entristece? ¡Tal es la fuerza de la virtud, que aun para los malvados es digna de admiración y de alabanzas! Mas ¡oh mujer furiosa de locura! Cuando debía haber admirado, cuando debía haberse postrado en adoración ante Juan Bautista, porque él la había vengado de su ultraje, ella es la que urde la tragedia; ella le tiende el lazo, ella es la que hace la satánica petición. Y *Herodes—dice* el evangelista—temió por *razón del juramento y de los comensales.* Y ¿por qué no temiste de lo que era más grave? Porque si temías tener testigos de tu perjurio, mucho más era razón que hubieras temido tenerlos en tanto número de un crimen, de una muerte tan inicua.

LA LEY DEL LEVIRATO

Como me figuro que muchos de vosotros ignoráis el fundamento de la culpa de donde se siguió la muerte de Juan, paréceme necesario explicaros también ese punto, a fin de que comprendáis la prudencia del legislador. ¿Cuál fue, pues, la antigua ley que pisoteó Herodes y que Juan intentó vindicar? La ley por la que, muerto uno sin hijos, la viuda debía ser entregada al hermano del difunto (Deut 25,5). Y es que, como la muerte era un mal sin consuelo y todo se hacía por amor de la presente vida, se puso ley que el hermano vivo se desposara con la mujer del muerto y el nombre de éste se pusiera al hijo que naciera, con el fin de que no desapareciera la familia del que

murió sin hijos. Porque al no haber dejado hijos el difunto, que es el mayor de los consuelos en la muerte, el duelo tenía que ser intolerable. De ahí que el legislador excogitó este consuelo para quienes por la naturaleza estaban privados de hijos y mandó que el nacido de la viuda se considerara como del difunto. Ahora bien, habiendo un hijo, ya no era permitido este matrimonio. — ¿Y por qué razón?—me dirás. Porque, si se permitía a un extraño, mucho más había de permitírsele al hermano. —De ninguna manera, puesto que la ley quería que el parentesco se extendiera lo más posible y hubiera entre unos y otros muchos lazos de afinidad. — ¿Por qué, pues, al morir uno sin hijos, no podía tomar la viuda un extraño? —Porque de este modo no se hubiera considerado al hijo como del difunto. En cambio, siendo un hermano quien le engendraba, la atribución resultaba creíble. Por otra parte, un extraño no sentía la necesidad de mantener la memoria del difunto; un hermano, en cambio, tenía para ello el título del parentesco. Ahora bien, como Herodes había tomado la mujer de su hermano, no obstante tener una hija, de ahí la reprensión de Juan. Moderada reprensión por lo demás, pues en ella se une la franqueza con la modestia[54].

ODIOSAS CIRCUNSTANCIAS DEL CRIMEN

Mas yo os ruego que consideréis cómo aquel espectáculo fue totalmente satánico. En primer lugar estaba compuesto de embriaguez y gula, de donde no era posible resultara nada bueno. En segundo lugar, todos los espectadores eran corrompidos, y más corrompido que todos el que ofrecía el banquete. En tercer lugar, el placer a que se entregaban era contra razón. Cuarto, una muchacha, aquella por la que el matrimonio resultaba ilegítimo, y que más bien debiera haberse ocultado, pues ella era la deshonra de su madre, ésa es la que entra a bailar y, doncella como era, dejaba atrás a todas las rameras. El tiempo mismo no contribuye poco a agravar la culpa de esta iniquidad; pues cuando Herodes tenía que haber dado gracias a Dios porque en aquel día le había hecho ver la luz, entonces fue justamente

[54] Los modernos no opinan como San Juan Crisóstomo. El crimen de Herodes Antipas consistió en haber tomado la mujer de su hermano cuando éste aún vivía, no sin haber antes repudiado a su propia mujer, hija del rey nabateo Aretas.

cuando se abalanzó a cometer aquella iniquidad. Cuando era momento de haber dado libertad al encadenado, entonces fue cuando a las cadenas añadió el asesinato. Escuchad aquellas de entre las doncellas, o, más bien, escuchad también aquellas de entre las casadas que con vuestros bailes y saltos y deshonrando muestro común sexo hacéis que tales crímenes se cometan en los matrimonios ajenos. Escuchad también los hombres que frecuentáis esos convites espléndidos y llenos de embriaguez, y temed el abismo que os abre el diablo. Porque con tanta fuerza se apoderó entonces del desgraciado Herodes que llegó éste a jurar dar a la bailarina hasta la mitad de su reino. Así lo dice expresamente Marcos: *Le juró: Todo lo que pidieres te lo daré, aun cuando fuere la mitad de mi reino* (Mc 6,23). Tal era la estima que hacía de su imperio, tan cautivo se hizo de su pasión, que estaba dispuesto a renunciar a él por un simple baile de una chiquilla.

DONDE ESTÁ EL BAILE ESTÁ EL DIABLO

Mas ¿qué maravilla sucediera eso entonces, cuando ahora, después de tan alta filosofía como se nos ha enseñado, por el baile de esos jóvenes afeminados, muchos entregan sus almas, sin que a ellos les fuerce juramento ninguno? Hechos prisioneros del placer, son conducidos como rebaños a donde el lobo quiere. Tal sucedió entonces a aquel loco de Herodes. Dos locuras ignominiosísimas cometió el infeliz: primero, hacer dueña de su voluntad a una mujer furiosa y borracha de pasión, que no había de detenerse en nada, y luego atarse a sí mismo con la fuerza de un juramento. Sin embargo, por muy criminal que fuera Herodes, la mujer era más criminal que todos juntos, más que la muchacha y más que el rey. Ella fue la artífice de todos aquellos males, ella urdió toda la tragedia —ella que debía más que nadie estar agradecida al profeta—. Y es así que, si la niña se descocó y bailó y pidió la cabeza de Juan, todo fue sugestión de la madre, y en las redes de ésta estaba prendido Herodes. Mirad con cuánta razón decía Cristo: *El que ama a su padre* o *a* su madre más que a mí, no es digno de mí (Mt 10,37). *Si la niña hubie*ra guardado esta ley, no hubiera transgredido tantas otras ni hubiera cometido tan enorme crimen. Porque ¿qué fiereza mayor pudiera darse que pedir a

guisa de gracia la muerte de un hombre: muerte inicua, muerte ejecutada en medio de un convite, muerte cometida públicamente y sin rubor alguno? Porque no se acercó secretamente al tirano para hablarle sobre ello; no, públicamente, a cara descubierta, arrojada la máscara, tomando al diablo mismo por abogado, habla lo que habla. El diablo digo, porque éste fue quien hizo que la muchacha se luciera entonces en sus danzas y que Herodes quedara cogido entonces. Es que donde está el baile, está el diablo. Porque no nos dio Dios los pies para cometer indecencias, sino para caminar debidamente; no para que saltemos como camellos (porque también éstos saltan desagradablemente, y no sólo las mujeres), sino para que entremos en los coros de los ángeles. Porque si el cuerpo es feo, cuando con él se cometan tales indecencias, ¿cuánto más no lo será el alma? Tales danzas los demonios las ejecutan; tales diversiones propias son de los ministros de los demonios.

MÁS CIRCUNSTANCIAS ODIOSAS DEL CRIMEN

Mas yo os ruego que consideréis la petición misma: *Dame—dice —aquí, sobre esta fuente, la cabeza de Juan Bautista.* ¡Oh mujer desvergonzada, oh mujer totalmente presa del diablo! Recuerda la dignidad de Juan y ni aun así se ruboriza; antes bien, como si se tratara de un manjar más de la mesa, pide que se ponga sobre una fuente aquella sagrada y bienaventurada cabeza. Y no alega causa ninguna, pues ninguna hubiera podido alegar, sino que pretende, sin más, ser ella honrada con la ajena desgracia. Y no dijo: "Tráele aquí y ejecútalo en mi presencia", pues no hubiera podido sufrir la libertad de palabra del que iba a morir. Temía, en efecto, la voz terrible aun de Juan ejecutado, quien, a buen seguro, aun en el momento de ser degollado, no hubiera guardado silencio. Por eso dice: *Dámela aquí, en este plato,* porque tengo ganas de ver muda su lengua. Porque la mujer no quería sólo verse libre de sus reproches, sino insultar también y ultrajar al caído.

POR QUÉ DIOS PERMITE LA MUERTE DE JUAN

Y Dios lo permitió y ni disparó un rayo desde el cielo que abrasara aquella impúdica cara, ni mandó que se abriera la tierra y se

tragara todo aquel convite de malvados. Es que quería coronar más gloriosamente a aquel justo y dejar juntamente un gran consuelo a quienes después de él habían también de sufrir injustamente. Oigámoslo, pues, cuantos por vivir virtuosamente tenemos que sufrir de parte de los hombres malvados, pues también entonces permitió Dios que Juan, el morador del desierto, el que llevaba ceñidor de piel y un cilicio por vestido, el que era profeta y el más grande de los profetas, el que fue proclamado como el más grande entre los nacidos de mujer, no sólo fuera degollado, sino que lo fuera por complacer a una muchachuela intemperante y a una ramera corrompida, y lo fuera cuando él defendía las leyes divinas. Con esta consideración, bien podemos soportar generosamente cuanto tengamos que sufrir. Entonces, en verdad, esta mujer criminal y malvada logró tomar cuanta venganza anhelaba de quien la había avergonzado y sació toda su furia, y Dios se lo consintió. Y, sin embargo, Juan no le había dicho a ella una palabra ni la había acusado, sino que su reprensión había sido toda para el hombre. Pero su conciencia era su más duro acusador. Por eso, dolida y herida, se abalanzó, como una furia, a mayores males y deshonró a todos juntamente: a sí misma, a su hija, al marido difunto y al adúltero con quien vivía. Y a los crímenes pasados aun quiso añadir otros nuevos. ¿Te dueles—parece decirle a Juan—de que Herodes sea adúltero? Pues yo le voy a hacer asesino, yo haré que degüelle al mismo que le recrimina su adulterio.

FIEREZA DE LA MALA MUJER

Escuchad los que estáis, más de lo debido, sujetos a vuestras mujeres. Escuchad los que hacéis juramentos sobre cosas inciertas y ponéis vuestra perdición en manos de los demás y os abrís una sima para vosotros mismos. Porque así, efectivamente, se perdió Herodes. Él pensó, sin duda, que la muchacha pediría algo para sí y propio de un convite. En una fiesta, en un convite, en aquella magna reunión, ella, una muchachita, sin duda le pediría una gracia espléndida y grata, no la cabeza de un encarcelado. Así lo pensó y se equivocó. No es que esto le puede servir de defensa ninguna. No. Si la mujer tenía alma de gladiador, no por eso debía él haberse dejado sorprender ni someterse tan mansamente a tan tiránicos mandatos. Porque, en primer lugar,

¿quién no había de horrorizarse al contemplar aquella sacra cabeza, chorreando sangre, presentada ante un banquete? Mas no se horrorizó el criminal Herodes, y menos aquella mujer sacrílega. Tales son las mujeres perdidas: su desvergüenza y crueldad no tienen rival posible. Porque si nosotros de sólo oír el relato nos estremecemos, ¿qué impresión no hubo naturalmente de producir entonces la vista misma? ¿Qué no hubieron de sentir aquellos comensales al contemplar en medio del banquete una cabeza recién degollada y chorreando sangre? Mas aquella mujer sanguinaria y más furiosa que las Erinies no se conmovió lo más mínimo ante aquel espectáculo, sino que blasonó más bien de su hazaña; sin embargo, si no por otra razón, por aquella sola vista debiera haberse calmado ya su furia. Mas nada de eso sintió aquella mujer criminal, sedienta de la sangre de los profetas. Tal es por naturaleza la lujuria: a quienes domina, no sólo los hace disolutos, sino asesinos. Por lo menos, las mujeres que anhelan el adulterio no se detienen ante el asesinato del marido a quien van a deshonrar. Y no uno ni dos, mil asesinatos estarían dispuestas a perpetrar. ¡Cuántos testigos no podrían presentarse de tales tragedias! Tal fue lo que entonces hizo Herodías, con la esperanza, sin duda, de que su crimen quedaría oculto en adelante. Lo contrario justamente de lo sucedido; pues, aun degollado, Juan alzó su voz con más fuerza que nunca.

LA MALDAD SÓLO MIRA AL MOMENTO

Pero la maldad sólo mira a lo presente, lo mismo que los febricitantes cuando piden inoportunamente agua fría. En verdad, de no haber degollado Herodes a su acusador, su crimen no se hubiera revelado tan ampliamente. Lo cierto es que los discípulos de Juan nada dijeron cuando lo metió en la cárcel; mas ya que le hubo quitado la vida, no tuvieron otro remedio que decir la verdadera causa de la muerte de su maestro. Por su parte, bien hubieran querido dejar en la sombra a la adúltera, y ninguna gana tenían de sacar a pública vergüenza las desgracias del prójimo; mas como se vieron forzados a contar lo sucedido, entonces tuvieron también que revelar todo el crimen. No podían ellos consentir que se atribuyera a causa mala la muerte de Juan, como la de Teudas y Judas (Cf. Hechos 5,36-

37); de ahí que por fuerza hubieron de revelar la verdadera causa de su, asesinato. De suerte que cuanto más se pretende de este modo ocultar un pecado, tanto más se publica. Un pecado no se oculta con otro pecado, sino con la penitencia y la confesión. Mirad, por otra parte, cómo el evangelista lo cuenta todo sin animosidad y, en cuanto le es posible, trata de excusar a los autores del crimen. En favor de Herodes dice que obró por *respeto al juramento y a los comensales,* y hasta que *se puso triste.* Por la muchacha, que *fue instruida* por *su madre y que a su madre le presentó la cabeza de Juan.* Como si dijera: "La niña no hizo sino cumplir lo que le mandara su madre". Los justos todos, en efecto, no tanto se duelen por los que injustamente padecen, cuanto por los que injustamente obran, pues éstos son los que más padecen. No fue, no, Juan el que sufrió, sino los que perpetraron el crimen contra él. Imitemos también nosotros a esos justos y no nos ensañemos en los pecados de nuestros prójimos, sino, cuando sea menester, echemos un velo sobre ellos. Mostremos un alma filosófica. Pues, en verdad, el mismo evangelista, aun hablando de una mujer perdida y sanguinaria, se mostró lo más suave que le fue posible. No dijo, en efecto, que la niña había sido previamente instruida por aquella mujer criminal y sacrílega, sino por su madre, dándole el nombre más suave que era posible. Tú, sin embargo, no te cansas de insultar y acusar a tu prójimo, y a un hermano que te haya ofendido no eres capaz de recordarle con la mansedumbre con que el evangelista hace mención de una ramera. No. Tú, con la mayor ferocidad y entre rociadas de los peores insultos, le llamas traidor y malvado y criminal e insensato, y aun cosas más graves que éstas. Porque aun nos enfurecemos más y hablamos de él como de hombre de otra raza, maldiciéndole, injuriándole *e* insultándole. No obran ciertamente así los santos. Ellos más bien lloran que no maldicen a los que pecan. Esto es lo que nosotros hemos de hacer también: llorar a Herodías y a tantos como la imitan.

CONTRA LOS BANQUETES SUNTUOSOS

Porque muchos banquetes como el de Herodes se celebran ahora, y si en ellos no se mata a Juan, sí, y de modo más grave, a los miembros de Cristo. Los que ahora bailan, no piden sobre

un plato la cabeza de Juan Bautista, sino el alma de los comensales. Y es así que, al hacerlos esclavos y excitarlos a ilegítimos amores y echarlos en brazos de rameras, no les cortan la cabeza, pero sí les degüellan el alma, haciéndolos adúlteros, afeminados y disolutos. Porque no me vas a decir, que, cargado de vino y ya borracho, y viendo a una mujer bailar y decir indecencias, no sientes el menor atractivo hacia ella y que, vencido por el placer, no te dejarás llevar a la disolución. Y entonces se cumple en ti la terrible palabra del Apóstol: *Que haces de los miembros de Cristo miembros de una ramera* (1 Cor 6,16). Porque si ahora no asiste la hija de Herodías; mas el diablo, que bailó entonces por medio de ella, baila también ahora por medio de estos que ahora bailan, y por su medio se va con todo el botín de las almas de los comensales. Y aun cuando vosotros podáis manteneros al margen de la embriaguez, no por eso os hacéis menos partícipes y culpables de otro pecado gravísimo: tales convites, en efecto, están llenos de rapiñas. No mires sólo las carnes y los platos que se te sirven: considera también de dónde proceden, y hallarás que proceden de injusticia y avaricia, de violencia y de rapiña. —Pero mis banquetes—me dices no son de ese jaez. ¡Dios me libre, pues tampoco yo los quiero así! —Sin embargo, aun suponiéndolos libres de esas máculas, no por eso carecen de culpa los banquetes suntuosos. Escucha, si no, cómo, aun sin nada de eso, los reprende el profeta diciendo: *¡Ay de los que beben vino colado y se ungen de ungüentos primos!* (Am 6,6) ¿Ves cómo aquí reprende simplemente el placer? No los culpa aquí de avaricia, sino sólo de disolución.

CONTRASTE ENTRE NOSOTROS Y CRISTO

Y mientras tú comes hasta el exceso, Cristo no tiene ni lo necesario; mientras tú escoges entre los platos que te placen, Cristo no tiene ni un pedazo de pan seco. Tú te regalas con vino de Taso[55], y a Cristo no le das ni un vaso de agua fría para calmar su sed. Tú duermes sobre lecho blando y precioso, y Cristo se muere tiritando de frío. Por eso, aun cuando esos banquetes no sean fruto de la avaricia, no por eso son menos execrables, pues

[55] Taso, isla griega del mar Egeo, afamada por sus vinos.

tú gozas de todo más allá de la necesidad y a Cristo no le das ni lo necesario. Y eso que con lo suyo tú te regalas. Si fueras tutor de un niño y, tomándole sus bienes, nada se te diera de verle a él en la miseria, a miles se levantarían los acusadores contra ti y las mismas leyes te harían pagar tu merecido. Y, alzándote con los bienes de Cristo y derrochándolos tan vanamente, ¿crees tú que no tendrás que rendir estrecha cuenta?

CONNTRA LOS PARÁSITOS

Al hablar así, no me refiero a los que meten a las rameras n sus convites. Tan lejos estoy de hablar con éstos como con tos perros. Tampoco a los avaros que hartan a otros a costa de ro que han robado. Con éstos tengo yo tanto de común como con los puercos y los lobos. Me refiero a los que gozan, sí, de su propia hacienda, pero no dan parte de sus bienes a su prójimo; me refiero a los que gastan sin más ni más su patrimonio. Porque tampoco éstos están sin culpa. ¿Cómo, dime por tu vida, puedes tenerte por sin culpa, cuando se están hartando el parásito y el perro que tienes a tu lado y Cristo no te merece la atención que el perro y el parásito? Al uno le pagas así sus bufonadas; a Cristo, sin embargo, ni por el reino de los cielos le das un bocado. El uno se ha ido harto de tu casa por haber dicho sus gracias; Cristo, sin embargo, que nos ha enseñado doctrinas cuya ignorancia nos pone al nivel de los perros, no te merece lo que no niegas al parásito. ¿Tiemblas al oír esto? Pues tiembla también de hacerlo. Arroja de tu lado a los parásitos y haz que se siente Cristo a tu mesa. Si le das parte de tu sal y de tu mesa, Él será benigno cuando te juzgue. Él sabe respetar la mesa. Porque si lo saben los bandidos, mucho más el Señor. Considera, si no, cómo desde la mesa justificó a la mujer pecadora, y reprendió, en cambio, a Simón, diciéndole: *Beso de paz no me diste* (Lc 7,45). Porque si, aun sin hacer esto, Al te alimenta, mucho más te recompensará si lo haces. No mires que el pobre se te acerca sucio y maloliente; considera más bien que Cristo entra por su medio en tu casa, y cesa en tu crueldad; no digas esas palabras con que rocías infaliblemente a cuantos se te acercan, llamándolos importunos y holgazanes y cosas todavía más duras. Cuando así hablas, considera qué grandes obras realizan los parásitos y en qué han sido de provecho para

tu casa. ¿Es que, después de todo, hacen más agradable tu convite? ¿Y qué agrado hay en verlos cómo se dejan abofetear y oírlos decir chocarrerías? ¿Hay cosa más desagradable que golpear al que fue hecho a la imagen de Dios y que tomes tú por recreación el ultraje de tu prójimo, que hagas de tu casa un teatro y llenes tus convites de farsantes, y que tú, en fin, hombre noble y libre, te rebajes a imitar a los que han sido trasquilados como esclavos sobre la escena? [56] Allí, en verdad, están en su lugar la risa y las bofetadas. ¿Y a esto, dime, llamas tú placer: a lo que es digno de ser llorado y lamentado y gemido largamente? Guando debieras tú llevarlos a una vida seria y exhortarlos a la decencia, tú eres el que los incitas a sus perjurios y palabras indecentes, y a eso le das tú nombre de placer. Lo que conduce al infierno, ¿eso lo tienes tú por motivo de placer? Porque es así que, cuando esos desgraciados agotan su repertorio de chistes, todo se resuelve en juramentos y perjurios. ¿Merece, pues, esto risa o lágrimas y lamentos? Ningún hombre sensato puede decir que eso merezca risa.

ALIMÉNTESE A LOS PARÁSITOS, PERO POR OTRO MOTIVÓ

Al hablar así, no es que yo prohíba que se les dé de comer. Lo que quiero decir es que no se les dé por ese motivo. Sea motivo la caridad, no la crueldad; la compasión, no el insulto. Aliméntalos porque son pobres; aliméntalos porque en ellos mentas a Cristo, no porque pronuncian palabras satánicas y deshonran su propia vida. No los mires sólo cómo ríen por fuera; examina también su conciencia y entonces verás cómo se maldicen mil veces a sí mismos, cómo gimen y se lamentan. Si no lo dejan traslucir, ello es por respeto a ti. Sean, pues, hombres pobres y libres los que contigo se sienten a tu mesa, no juros ni farsantes. Y si quieres pedirles pago de la comida que les das, mándales que, si ven algo inconveniente, lo reprendan, que exhorten a corregirlo, que tomen contigo parte en el cuidado de tu casa, que se pongan al frente de tu servidumbre. ¿Tienes hijos? Sean contigo padres suyos, participen contigo en la dirección de tus negocios, tráigante ganancias agradables a Dios. Ponlos en un espiritual comercio. Si ves alguien que necesita protección,

[56] El corte de pelo era señal de esclavitud.

ordénales que le ayuden, mándales que le presten sus servicios. Por medio de éstos puedes recoger a los peregrinos; por su medio vestir a los desnudos, visitar las cárceles, socorrer las ajenas necesidades. Éste sea el pago que te den por darles tú de comer —pago que a ellos y a ti es provechoso y que no merece reproche alguno—. Por estos medios se estrecha también más la amistad. Porque ahora, aun cuando parezca que se los ama; ellos, sin embargo, están avergonzados, pues están viviendo sin razón a costa tuya. Si te prestan, sin embargo, esos servicios, ellos mismos se sentirán más a gusto y tú les darás de comer de mejor gana, pues ya no gastarás inútilmente. Entonces, ellos te asistirán con confianza y con la conveniente libertad, tu casa se convertirá, en vez de teatro, en fina iglesia y huirá el diablo, y en ella entrará Cristo, y con Cristo, los coros de los ángeles Porque donde está Cristo, allí están los ángeles, y donde está Cristo y los ángeles, allí está también el cielo, allí brilla una luz más esplendente que la del mismo sol.

LA LECTURA DE LOS LIBROS SANTOS, BUENA OCUPACIÓN DE LOS PARÁSITOS

Y si quieres recoger de tus parásitos otro fruto de consuelo, mándales, cuando te halles desocupado, que tomen los Libros santos y te lean la divina ley. Este servicio te lo prestarán con más gusto que el de sus chocarrerías, pues esto os hará mejores a ti y a ellos, así como lo otro os deshonra a todos juntamente. A ti, por insolente y loco; y a ellos, por miserables y glotones. Alimentarlos para insultarlos es peor que si les quitaras la vida; alimentarlos, en cambio, para común utilidad y provecho es mejor que si, al ser conducidos al suplicio, tú los salvaras de la muerte. En el primer caso, los rebajas por bajo de tus mismos esclavos y, de hecho, éstos gozan de más franqueza y más conciencia libre que no tus parásitos; en el otro, los haces semejantes a los ángeles. Libérate, pues, a ti mismo y a ellos. Suprime ese nombre de parásito y llámalos tus comensales; destierra también el nombre de aduladores y sustitúyelo por el de amigos. Al unir Dios a los hombres por la amistad, no lo hizo para daño de los que quieren y de los que son queridos, sino para bien y provecho de unos y otros. Esotras amistades, sin embargo, de aduladores y parásitos son más funestas que la misma ene-

mistad. De los enemigos, en efecto, si queremos, aun podemos sacar algún provecho; de ésos, en cambio, no puede venirnos, irremediable y necesariamente, sino daño. No mantengas, pues, anos amigos maestros en el arte de dañar; no mantengas unos amigos que aman más tu mesa que tu persona. Toda esa ralea de gentes, apenas se termina el banquete, se acabó también la amistad. Mas los que se te unen por amor de la virtud, ésos permanecen constantes y resisten todas las vicisitudes. Mas esa casta de los parásitos muchas veces serán capaces de atacarte y hasta te cubrirán de baldón e ignominia. Por lo menos, yo sé de muchos hombres libres que han sufrido las peores sospechas. A unos se los ha calumniado de magia, a otros de adulterio, a otros de corrupción de muchachos. Y es que, como son gentes que no tienen nada que hacer, sino que viven a la ventura, la gente cree que su único oficio es ponerse al servicio de todos para tales infamias.

EXHORTACIÓN FINAL: ACABEMOS CON ESA DIABÓLICA COSTUMBRE DE LOS PARÁSITOS

Para librarnos, pues, de toda mala fama, y, ante todo, del infierno venidero, y para cumplir la voluntad de Dios, acabemos con la diabólica costumbre de los parásitos; y así, ora comamos, ora bebamos, todo lo haremos a gloria de Dios y un día gozaremos de su propia gloria. La cual quiera Él que alcancemos todos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 49

Jesús que lo hubo oído, se retiró de allí en una barca a un lugar desierto, solo; y, oyéndolo las turbas, le siguieron a pie desde las ciudades (Mt 14,13ss).

PRELUDIOS DE LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

Mirad cómo en todo momento se retira el Señor: cuando Juan fue prendido, cuando se le mató, cuando los judíos oyeron decir que

hacía muchos discípulos. Es que a la mayor parte de sus acciones les daba Él un sesgo más bien humano, pues todavía no era llegado el momento de revelar a plena luz su divinidad. De ahí que soliera mandar a sus discípulos que a nadie dijeran ser Él el Cristo o Mesías, pues esto lo quería revelar señaladamente después de su resurrección. De ahí también que no se mostrara muy duro con los judíos que, por de pronto, no creían en Él, sino que fácilmente los excusaba y perdonaba. Al retirarse, sin embargo, no se dirige a una ciudad, sino al desierto, y monta en una barca, con el fin de que no le siguiera nadie. Mas considerad, os ruego, cómo los discípulos de Juan se adhieren ahora más estrechamente a Jesús, pues ellos fueron los que le vinieron a dar la noticia de lo sucedido y, dejándolo todo, en Él buscaron un refugio para adelante. Así, no era poco lo que habían logrado tanto la desgracia del maestro como la respuesta que antes les diera Jesús mismo. —Mas ¿por qué razón no se retiró antes de que ellos le dijeran la noticia, cuando Él lo sabía todo antes de que vinieran a decirle nada? —Porque quería mostrar por todos medios la verdad de su encarnación, y no quería que quedara probada sólo por la vista, sino también por sus obras. Sabía Él muy bien la astucia del diablo y cómo no había de dejar piedra por mover para destruir esa fe en la verdad de su encarnación. Ahora bien, si Él se retira por esa razón que decimos, las muchedumbres ni aun así quisieron apartarse de su lado, sino que obstinadamente le fueron siguiendo, sin que el mismo drama de Juan los amedrentara. Tanto puede el amor, tanto puede la caridad, que lo vence todo y rompe por todos los obstáculos. Por eso, inmediatamente recibieron su recompensa. *Porque, en saliendo —dice* el evangelista— Jesús *de la barca, vio una inmensa muchedumbre y hubo lástima de ellos y curó a sus enfermos.* Cierto, pues, que era grande la adhesión de la muchedumbre; pero lo que Jesús hace sobrepasa la paga del más ardiente fervor. De ahí que el evangelista ponga por causa de estas curaciones la misericordia del Señor—una extrema misericordia—: Y *los curó a todos.* Aquí no exige el Señor fe a los enfermos. En verdad, el acercarse a Él, el abandonar sus ciudades, el irle buscando con tanta diligencia, el perseverar, no obstante el apremio del hambre, bastantemente ponía de manifiesto la fe que todos tenían en Él. También les ha de dar de comer; pero no quiere hacerlo por propio impulso, sino que espera a que se

lo supliquen; pues, como alguna vez he dicho, guarda siempre el Señor la norma de no adelantarse a los milagros, sino esperar a que se los pidan. —Y ¿por qué no se le acercó nadie de la muchedumbre a hablarle en favor de los demás? —Porque le tenían extraordinario respeto y, por otra parte, el deseo de estar a su lado no les dejaba sentir el-hambre. Es más, ni los mismos discípulos, que se le acercaron, le dijeron: "Dales de comer", pues sus disposiciones eran aún demasiado imperfectas. ¿Qué le dicen, pues? Venida la tarde —prosigue el evangelista—, acercáronsele sus discípulos para decirle: *El lugar es desierto y la hora de comer ha pasado ya. Despacha a la muchedumbre, a fin de que vayan a comprarse qué comer*. Porque, si aun después de cumplido el milagro, si aun después de los doce canastos de sobras, se olvidaron de él y cuando el Señor llamó levadura a la doctrina de los fariseos pensaron que les hablaba del pan ordinario, mucho menos podían esperar prodigio semejante antes de tener experiencia de lo que podía el Señor. Cierto que antes había curado a muchos enfermos; sin embargo, ni aun así pudieron barruntar el milagro de la multiplicación de los panes. Tan imperfectos eran por entonces. Es que todavía le miraban como a un hombre.

JESÚS HACE EL PRODIGIO

Mas vosotros, os ruego, considerad la sabiduría del maestro y qué discretamente los va conduciendo a la fe. Porque no les dijo de pronto: "Yo les voy a dar de comer", pues no les hubiera parecido creíble. *Mas* Jesús —dice el evangelista— les *dijo.* ¿Y qué les dijo? *No tienen necesidad de irse: Dadles vosotros de comer.* No dijo: "Yo les daré de comer", sino: *Dadles vosotros de comer.* Y de hecho, ni aun así caen en la cuenta, sino que como con un hombre siguen hablando con Él y le contestan: *No tenemos más que cinco panes y dos peces.* De ahí que Marcos advierta que los discípulos no entendieron lo que el Señor les dijo, *pues su corazón estaba endurecido* (Mc 6,5). Como ellos, pues, se arrastraban de aquel modo por la tierra, entonces es cuando el Señor interviene decididamente y les dice: *Traedme aquí esos panes.* Porque si el lugar es desierto, aquí está el que alimenta a la tierra entera. Si la hora de comer ha pasado ya, ahora os habla el

que no está sujeto a hora ninguna. Juan, por su parte (Juan 6,1), nos cuenta que los panes eran de cebada, pormenor que el evangelista añade no sin motivo, pues por él nos quiere enseñar a que pisoteemos el fausto de las comidas suntuosas. Tal era también la mesa de los profetas. Habiendo, pues, tomado el Señor los cinco panes y los dos peces, *mandó* dice el evangelista—*que se sentara la gente sobre la hierba y, levantando sus ojos al cielo, los bendijo. Luego, partidos, se los dio a sus discípulos,* y *los discípulos a la muchedumbre, y comieron todos y se hartaron, y recogieron lo sobrante: doce cestos llenos de pedazos.* Y *los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y niños.*

CONSIDERACIONES SOBRE EL MILAGRO

¿Por qué levantó el Señor los ojos al cielo y echó la bendición? Porque era menester que se creyera que había Él venido del Padre y que era igual al Padre. Ahora bien, las pruebas de una y otra verdad parecían pugnar entre sí. Porque su igualdad con el Padre se manifestaba en la autoridad personal con que lo hacía todo; su dependencia, en cambio, del mismo Padre no podían creerla sino por la humildad con que obraba y todo lo refería a Él y le invocaba al realizar sus prodigios. De ahí justamente que no apela a un solo procedimiento, a fin de que ambas verdades queden bien asentadas. Y así, ora realiza sus prodigios por su propia autoridad, ora invocando a su Padre. Mas, para que no parezca que hay contradicción entre lo uno y lo otro, es de notar cómo en los casos menores levanta sus ojos al cielo y en los mayores obra Él por su cuenta, con lo que nos quiere enseñar que, si en los menores ora y levanta sus ojos, no es porque la fuerza le haya de venir de otra parte, sino porque quiere Él glorificar a su Padre. Así, cuando perdonó los pecados, y abrió el paraíso e introdujo en él al buen ladrón, y derogó con absoluta autoridad la antigua ley, y resucitó innumerables muertos, y le puso freno al mar, y descubrió los íntimos secretos de los hombres, y fabricó un ojo, hazañas que sólo a Dios y a nadie más que a Dios pertenecen, no se ve en ninguna parte que necesitara hacer oración; aquí, sin embargo, cuando se dispone a multiplicar los panes, que era mucho menos que todo lo antes dicho, vemos que ora y levanta sus ojos al cielo. Y no hay duda que eso es lo que quiere demostrar, pero juntamente enseñarnos a no tocar el alimento antes de dar gra-

cias al Señor, que nos lo procura. Y ¿por qué no crea el Señor los panes de la nada? Porque quiere tapar las bocas de Marción y de Maniqueo, que le niegan la creación, y enseñarnos así por los hechos mismos que también las cosas visibles todas son obra y creación suya, y que el que da ahora los frutos de la tierra es el mismo que dijo al principio: *Produzca la tierra hierba del campo y produzcan las aguas alma de animales que reptan* (Gen 1,11.20). Porque no es una obra menor que la otra. Si es cierto que aquellos animales venían de la nada, por lo menos los producían las aguas. Y hacer de cinco tantos miles de panes, y lo mismo de los peces, no es menor hazaña que sacar de la tierra sus frutos, y de las aguas, animales vivientes. Lo cual era señal de ser Él dueño soberano de la tierra y del mar. Había hasta entonces hecho siempre el Señor sus milagros sobre los enfermos; mas ahora quiere dispensar un beneficio universal, a fin de que las gentes no fueran sólo espectadoras de lo que sucedía a los otros, sino que todos a la vez gozasen de su don. Y aquel milagro justamente que a los judíos en el desierto les parecía el colmo de las maravillas, pues decían ellos de Dios: *¿Acaso nos podrá dar pan y poner aquí una mesa en el desierto?* (Salmo 77,20), ése es el que entonces realizó el Señor. Por eso sin duda los condujo al desierto, pues así el milagro estaría libre de la más leve sospecha y nadie podría pensar que la mesa se había provisto de alguna aldea cercana. Por eso también el evangelista hace mención no sólo del lugar, sino de la hora.

POBREZA Y DESPRENDIMIENTO DE LOS APÓSTOLES

Otra lección aprendemos también aquí, y es la filosofía de los discípulos en las necesidades de la vida y cómo despreciaban todo regalo. Doce eran, y sólo llevaban cinco panes y dos peces. Tan secundario era para ellos lo corporal y tan por entero estaban entregados a lo espiritual. Y aun a lo poco que tenían no sentían apego alguno, sino que apenas se lo piden lo entregan. De ahí podemos aprender que, por poco que tengamos, aun eso debemos darlo a los necesitados. Los discípulos, por lo menos, apenas el Señor les manda que le traigan los panes, se los presentan, y no le dicen: "¿Y de dónde comeremos nosotros? ¿Cómo matar nosotros nuestro propio hombre?" No. Su obediencia fue inmediata.

Mas aparte todo lo dicho, otra razón, a mi parecer, de multiplicar los panes que allí había y no crearlos de la nada, fue porque quería el Señor llevar a sus discípulos a la fe, que era todavía en ellos demasiado débil. De ahí también que levante sus ojos al cielo. De otros milagros tenían, en efecto, muchos ejemplos; mas de milagro como éste, no. Tomando, pues, los panes, los partió y los distribuyó por mano de sus discípulos, con lo que les concedía un alto honor. Si bien no pretendía sólo honrarlos con ello. Quería también que, al realizarse el milagro, no le negaran fe ni, después de pasado, lo olvidaran, pues sus manos mismas habían de atestiguárselo. Por eso permite primero que las muchedumbres sientan hambre, y espera a que sus discípulos se le acerquen y le pregunten, y por su medio hace que la gente se siente sobre la hierba, y por sus manos les distribuye el pan, pues quiere prevenir a unos y otros por sus mismas confesiones y acciones. De sus manos, en fin, toma los panes, a fin de que haya muchos testimonios del hecho y tengan también muchos recuerdos del milagro. Porque si con todas estas precauciones se olvidaron, ¿qué hubiera sido sin ellas? Y manda a la gente que se sienten sobre la hierba, con lo que les quiere dar una lección de filosofía. No quería el Señor sólo alimentar los cuerpos, sino instruir también las almas.

OTRAS ENSEÑANZAS DEL MILAGRO DE LOS PANES

Por el lugar, pues, en que se hallaban, por el hecho de no darles de comer sino pan y peces, y dárseles a todos en igual medida y en común y que a nadie se le procurara mayor porción que a otro, el Señor daba a las muchedumbres lecciones varias de humildad, de templanza, de caridad, de aquella igualdad que había de imperar entre todos y de la comunidad de bienes en que habían de vivir. Y, *después de partirlos, se los dio a sus discípulos, y éstos a las muchedumbres.* El les dio, partidos, los cinco panes, y éstos se multiplicaban en manos de los discípulos. Y no acaba aquí el prodigio, sino que el Señor hace que sobren, y que sobren no sólo panes, sino también fragmentos. Éstos mostraban que eran restos- de aquellos panes, y los ausentes podían fácilmente comprobar el

milagro. Y si permitió que la gente sintiera hambre, fue para que no se pensara que se trataba de una fantasmagoría. Y si hizo que sobraran doce canastos de pedazos, fue porque quería que hasta Judas se llevara el suyo. Podía muy bien el Señor haber hecho que las gentes no sintieran el hambre; pero sus discípulos no se hubieran dado cuenta de su poder, pues eso mismo había sucedido con Elías (3 Reyes 17,9-16). El hecho fue que los judíos quedaron tan maravillados de este milagro, que intentaron proclamarle rey, cosa que no hicieron en ninguno de los otros prodigios del Señor. ¿Qué palabra, pues, pudiera explicar cómo se multiplicaban aquellos cinco panes, cómo corrían como un río por el desierto, cómo fueron bastantes para tan ingente muchedumbre? Eran, en efecto, cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Máxima alabanza de aquel pueblo, pues seguían al Señor a la vez hombres y mujeres. ¿Cómo se formaron los fragmentos? Porque éste es otro milagro no menor que el primero. Y hubo tantos, que se llenaron doce canastos, en número igual, ni más ni menos, al de los discípulos. Tomando, pues, los fragmentos, los dio el Señor no a las muchedumbres, sino a los discípulos, pues las gentes eran aún más imperfectas que los discípulos.

EL SEÑOR NOS ENSEÑA A HUIR A VECES Y A BUSCAR OTRAS LA MUCHEDUMBRE

Después de obrar el milagro de la multiplicación de los panes *forzó inmediatamente el Señor a sus discípulos a que subieran a una barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras Él despachaba a las muchedumbres.* Si, presente Él allí, aun podía parecer que se trataba de un hecho fantástico y no de una realidad palpable, no así estando ya ausente. De ahí que, mirando por la más estricta prueba de la realidad del milagro, mandó que se alejaran de su lado sus discípulos, quienes, por otra parte, ya llevaban bastantes recuerdos y demostración de sus milagros. Por lo demás, siempre que el Señor obraba algo grande, era costumbre en Él apartarse de las turbas y aun de sus discípulos; buena lección para que no busquemos nosotros nunca la gloria de la gente ni tratemos de arrastrar en pos nuestro a la muchedumbre. Con la expresión *los forzó* nos da bien a entender el

evangelista la íntima adhesión de los discípulos al Señor. Y los despidió con pretexto de las muchedumbres; en realidad, porque quería Él subir al monte. Y así obraba el Señor para darnos una nueva lección, la de que ni constantemente andemos entre las gentes ni huyamos tampoco siempre de la muchedumbre. Una y otra cosa ha de hacerse provechosamente y alternarse conforme a la conveniencia.

UNÁMONOS A JESÚS, PERO NO POR MOTIVOS SENSIBLES

Aprendamos, pues, también nosotros a permanecer junto a Jesús, pero no porque hayamos de recibir dones sensibles, pues en ese caso mereceríamos el reproche que Él mismo dirigió a los judíos. *Porque me buscáis —les* dice— no *porque habéis visto milagros, sino porque comisteis de los panes y os hartasteis* (Juan 6,26). De ahí que no hace continuamente ese milagro, sino sólo dos veces, con lo que quiere enseñarles a que no sean esclavos de su vientre, sino que busquen continuamente lo espiritual. Lo espiritual, pues, hemos también de buscar nosotros, del pan celestial hemos de tener hambre, y, recibido éste, desechar de nosotros toda preocupación mundana y terrena. Porque si aquellas muchedumbres abandonaron casas y ciudades y parientes, todo en una palabra, y siguieron al Señor hasta el desierto y, a despecho de la fuerza del hambre, no se apartaron de Él; cuánta mayor filosofía hemos de mostrar nosotros, que nos acercamos a una mesa divina, y cómo hemos de amar lo espiritual y sólo después de lo espiritual buscar lo sensible. Porque en realidad tampoco los judíos fueron por el Señor reprendidos de que le buscaran por el pan material, sino porque le buscaban sólo principalmente por ese pan. El que desprecia los grandes dones y se pega a los pequeños, pierde no sólo los que el dador quiere que desprecie, sino los que el otro no busca ni ama. Como al revés: si amamos los grandes bienes del espíritu, nos da también los otros por añadidura. En verdad, añadidura son los bienes temporales en parangón con los espirituales, y tan viles son y tan pequeños, por muy grandes que sean. No pongamos, pues, nuestro principal empeño y afán en los bienes temporales; pensemos más bien que su posesión o su ausencia es cosa

indiferente. Así, Job, ni cuando los tuvo se pegó a ellos ni cuando se los quitaron los fue a buscar. Las riquezas llevan ese nombre de Chremata o "utilidades", no para que las enterremos, sino para servirnos de ellas útilmente. Cada artesano sabe al dedillo su oficio. ¿Y el rico? El rico no sabe ni trabajar el hierro, ni construir una nave, ni tejer, ni edificar, ni cosa alguna semejante. Que aprenda, pues, el oficio de emplear debidamente su riqueza y a dar limosna a los necesitados, y sabrá un arte mejor que el de todos los otros artesanos.

EL ARTE DE LA LIMOSNA, LA MÁS EXCELENTE DE LAS ARTES

En verdad, ésta es la más elevada de todas las artes. Su taller está construido en el cielo. Sus instrumentos no son de hierro y bronce, sino de bondad y recta intención. Maestros de ella son Cristo y su Padre. *Sed —dice— misericordiosos,* como *vuestro Padre celestial es misericordioso* (Lc 6,36). Y lo de verdad maravilloso es que, siendo arte tan superior a todas las otras, para llevar a cabo sus obras, no hace falta ni de trabajo ni de tiempo. Basta con querer y todo está cumplido. Pues veamos también cuál es el fin de este arte. ¿Cuál es, pues, ese fin? El fin es el cielo y los bienes del cielo: aquella gloria inefable, aquellos espirituales lechos, aquellas lámparas espléndidas, aquella vida para siempre en compañía del Esposo, y todo lo demás que ni la palabra ni la inteligencia pueden representar. He ahí una diferencia inmensa entre ésta y las demás artes. La mayoría, efectivamente, de las otras artes sólo nos son de provecho para la presente vida; ésta lo es también para la vida venidera. Y si tanta es la diferencia con artes que, al cabo, son necesarias para lo presente, tales el arte de la medicina, de la edificación y tantas otras, ¿qué decir de aquellas que, bien miradas, ni nombre merecían de artes? Yo, por mi parte, no llamaría así a las artes superfluas. ¿Qué utilidad, en efecto, reportamos de las artes de la cocina y de los condimentos? Ninguna. Antes bien, son artes inútiles y dañosas, que corrompen por igual cuerpo y alma, pues todo su afán —que es mucho— es procurarnos el placer, fuente que es de todas las enfermedades y sufrimientos. Y no sólo a éstas, a las mismas artes de la pintura y decoración les negaría yo ese nombre de artes, pues sólo nos

procuran gastos inútiles. Las artes tienen por función procurarnos o fabricarnos las cosas necesarias y que sostienen nuestra vida. Dios nos dio la sabiduría para inventar medios como podamos conservar la vida; pero pintar unos monstruos en las paredes o en los vestidos, ¿qué utilidad puede tener, decidme? Por esta razón, justamente, mucho habría que cercenar del arte de los zapateros y de los tejedores, pues la mayor parte de su trabajo ha venido a parar en lo superfluo, corrompiendo lo necesario y mezclando con el arte bueno sus detestables artificios. Lo mismo ha acontecido a la arquitectura. Y como a ésta no le negaré yo nombre de arte si edifica casas y no teatros, y nos da en ellas lo necesario y no lo superfluo; así llamo también arte el del tejedor mientras nos fabrique vestidos y mantas, pero no Guando imita a la araña, no si toda su obra termina en risa sin término y malicia inexplicable. Y a la zapatería, mientras fabrique zapatos, no le negaré el nombre de arte; pero si obliga a los hombres a adoptar formas de las mujeres y los calzados son fuente de afeminamiento y molicie, la pondremos entre las cosas dañosas y superfluas y nos guardaremos bien de llamarla arte. Ya sé, ya sé que a muchos les parecerá que hablo de menudencias al tratar de estas cosas. Pero no por ello quiero desistir. La causa justamente de todos los males es pensar que estos pecados son menudencias y por ello descuidarlos. — ¿Y qué pecado más leve —me dirás— puede darse que llevar unos zapatos adornados y brillantes, bien ajustados al pie, si es que ello puede tenerse por pecado? — ¿Queréis, pues, que suelte también mi lengua contra eso y os ponga de manifiesto la inconveniencia que hay en ello, y no os enfadaréis? O, mejor dicho, aun cuando os enfadéis, no me importa gran cosa, pues vosotros tenéis la culpa de esta insensatez mía: vosotros, que, al no tener siquiera por pecado esas cosas, me obligáis a que ataque esa disolución.

INVECTIVA CONTRA EL LUJO DEL CALZADO

Vamos, pues, a examinar el caso y veamos el mal que hay en ello. Ahora bien, ¿no es insolencia, no es ridiculez suma, que atéis a vuestros zapatos tejidos de seda que no fuera bien llevar ni en los mismos vestidos? Y si despreciáis mi voto, escuchad la vehemencia con que lo prohíbe Pablo, y entonces os daréis

cuenta de vuestra ridiculez. ¿Qué dice, pues, el Apóstol? *No en trenzas, ni en oro o piedras preciosas, ni en lujosos vestidos* (1 Tim 2,9). ¿Qué perdón, pues, merecerás cuando Pablo no permite a tu mujer llevar vestidos lujosos, y tú introduces la molicie aun en tus zapatos y preparas mil aprestos para esta ridícula insolencia? ¡Y ya se ve! Se arma una nave, se contratan remeros, un piloto manda la proa, otro la popa, se tienden las velas, se cruza la alta mar, el mercader abandona mujer, hijos y patria; expone su vida a las olas, llega a tierra de bárbaros, sufre peligros infinitos hasta hacerse con esos tejidos de seda, para que tomándolos tú los ates a tus zapatos y con ellos adornes un pedazo de cuero. ¿Qué insensatez mayor que ésa? No eran así los antiguos calzados, sino cual decía con los hombres. De ahí me atrevo yo a conjeturar que, andando el tiempo, vuestros jóvenes adoptarán los zapatos de las mujeres y no sentirán el menor rubor por ello. Y lo más grave es que los padres, que esto ven, no se enfadan lo más mínimo, sino que la cosa les parece perfectamente indiferente. ¿Y queréis que diga lo que es más grave de todo? Que todo esto sucede cuando hay tanta muchedumbre de pobres. ¿Queréis que os presente a Cristo hambriento y desnudo, errante por doquiera, condenado y encarcelado? ¿Qué rayos del cielo no mereceríais cuando le abandonáis a Él, privado que está del necesario sustento y todo vuestro afán se cifra en adornar muy bien unos trozos de cuero? Cuando Él dio sus leyes a sus discípulos no les permitió ni tener calzados; nosotros, sin embargo, no sólo no soportamos el andar descalzos, mas ni aun el calzarnos como debemos ir calzados. ¿Qué cosa, pues, peor que esta indecencia, que esta ridiculez? En verdad, cosa es ésa de alma muelle, de alma inhumana y cruel, frívola y vana. ¿Cuándo será capaz de prestar atención a nada necesario el que en tales futilidades pasa su tiempo? ¿Cuándo un joven así será capaz de preocuparse de su alma o de pensar siquiera que tiene un alma? En verdad, el que se ve forzado a admirar esas cosas será un hombre ligero, y el que por ellas descuida a los pobres, un cruel, y vacío totalmente de virtud el que en eso consume todos sus afanes. El que se extasía de la belleza de unos tejidos y de la flor de unos colores y de las hiedras que imitan unas telas, ¿cuándo podrá ese tal mirar al cielo? ¿Cuándo admirará la belleza del cielo el que se pasma de la belleza de unos cueros y anda siempre inclinado hacia la tierra? Dios extendió los cielos

y encendió el sol para levantar a lo alto nuestras miradas; tú, sin embargo, te obligas a ti mismo a mirar hacia abajo, como los cerdos, y obedeces en eso al diablo. Porque este perverso demonio es el que inventó tal indecencia para apartarte de la belleza del cielo. De ahí que te arrastre a la tierra, y vale para ti menos Dios, que te muestra el cielo, que no el demonio, que te muestra unos cueros, o, por decir mejor, ni siquiera unos cueros, que son al cabo obra de Dios, sino molicie y artificio pésimo. Y por ahí anda mirando al suelo ese joven a quien se le ha mandado que tenga su pensamiento en el cielo, más ufano de sus bonitos calzados que si hubiera hecho las mayores hazañas. Y ahí le tenéis andando de puntillas por la plaza, hecho todo penas y angustias necias, para no manchar de barro en el invierno sus zapatos o que se le cubran de polvo en el verano. ¿Qué dices, hombre? Has arrojado tu alma entera al barro por esa disolución, no se te da nada verla arrastrada por el suelo, ¿y tanta angustia sientes por tus zapatos? Aprende para qué sirven éstos y avergüénzate de pensar tanto sobre ellos. El calzado se ha hecho para pisar el barro y cuanta suciedad pueda haber por el suelo; y, si a ello no te resignas, cógelos y cuélgatelos al cuello o póntelos en torno a la cabeza.

LA JUVENTUD DEBE SER EDUCADA AUSTERAMENTE

Ya veo que vosotros os reís al oír esto; pero a mí me vienen ganas de llorar al ver la locura de estos jóvenes y el afán que en eso ponen. Y es así que con más gusto consentirían que se manchara de barro su cuerpo que no esos cueros que son sus zapatos. Tales jóvenes se convierten, por una parte, en frívolos y, por otra, en obsesionados por el dinero. Porque quien se acostumbra a tales locuras y en ellas pone su afán y empeño, necesita de mucho gasto, de ingresos muy cuantiosos, para sus vestidos y para todos sus otros lujos. Si ese tal da con un padre amigo de la ostentación, el infeliz se hace aún más esclavo de su pasión, pues da cada vez más alas a este absurdo deseo; si el padre, por lo contrario, es escaso, a trueque de reunir dinero para estos despilfarros, el infeliz se ve forzado a cometer otras indecencias. De ahí procede que muchos jóvenes han prostituido su propia hermosura, se han hecho parásitos de los ricos y se han

sometido a otras servidumbres de esclavos, a trueque de satisfacer tales deseos. Ahora bien, que ese tal será avaro y tacaño y ocioso como nadie para lo necesario; que se verá forzado a cometer muchos pecados, de todo lo dicho resulta evidente; que será también cruel y vanidoso, nadie habrá tampoco que lo pueda negar. Cruel primeramente, pues al ver a un pobre, llevado de su deseo de lujo, no se dignará ni mirarle siquiera; él, sí, se adornará de oro sus zapatos, pero al pobre lo dejará morirse de hambre. Vanidoso también, pues se le enseña a ir a caza de la gloria de los que le miran, aun en esas cosas pequeñas. A decir verdad, yo no creo que un general esté tan orgulloso entre sus ejércitos y trofeos de victoria como uno de esos mozos disolutos con los adornos de sus zapatos, sus vestidos rozagantes y los rizos de su cabellera. Y, sin embargo, todo eso es obra de artistas extraños. Y si en lo extraño su vanidad no tiene término, ¿qué término podrá tener en lo propio? ¿Queréis que siga diciendo cosas aún más graves o tenéis bastante con lo ya dicho? Sí, tengo que terminar aquí mi discurso, pues aun esto mismo sólo lo he dicho por los que se obstinan en afirmar que la cosa no tiene inconveniente ninguno. Sé muy bien que muchos jóvenes, borrachos como están por su pasión, no atenderán siquiera a mis palabras; mas no por eso había yo de callar. Los padres, sin embargo, que tienen mejor inteligencia y están libres de pasiones, han de forzarlos, aun contra su voluntad, a que se porten con la conveniente decencia. No digáis, pues: "Eso no tiene importancia; lo otro no la tiene tampoco". Porque esto, esto es lo que lo echa todo a perder. En esas cosas justamente había que educarlos, y en lo mismo que parece pequeño, hacerles practicar la modestia y gravedad, enseñarles a ser magnánimos y estar por encima de las apariencias. De este modo veríamos cómo también en lo grande se portarían virtuosa y dignamente. ¿Qué cosa más pobre que la enseñanza de las letras? Sin embargo, por ahí han tenido que empezar rétores, sofistas y filósofos. Si aquéllas se desconocen, jamás se llegará a nada.

LAS MUCHACHAS TAMBIÉN DEBEN APLICARSE LO DICHO PARA LOS JÓVENES

Mas todo esto no lo decimos sólo para los jóvenes, sino también para las mujeres y las muchachas. En verdad, también éstas son culpables de tales excesos, y tanto más culpables cuanto la modestia es más propia de una doncella. Considerad, pues, que va para vosotras cuanto para ellos acabo de decir, a fin de que no tenga que repetir lo mismo. Pero hora es ya de terminar mi discurso con una oración. Rogad, pues, todos a Dios conmigo que los jóvenes, señaladamente los que pertenecen a la Iglesia, puedan vivir ordenada y castamente, y llegar así a la vejez que les conviene. Porque los que no viven así, no es bien ni que lleguen a la vejez; mas los que ya en la juventud se han portado como viejos, por ésos, sí, hago votos que alcancen la más avanzada edad, que sean padres de hijos gloriosos, que alegren a los que los engendraron y, ante todo, a Dios mismo, que los creó, y que lancen de sí toda pasión, no sólo la del Lujo por calzado y vestidos, sino toda otra absolutamente. En verdad, una juventud abandonada es como un terreno inculto, que no produce sino espinas. Encendamos, pues, el fuego del Espíritu Santo y abrasemos todos esos malos deseos, y labremos las tierras y preparémoslas para recibir la semilla y hagamos que nuestros jóvenes compitan en templanza con los mismos viejos. En verdad, lo maravilloso es que la templanza brille en la juventud, pues el que en la vejez es casto, no es mucha la recompensa que merece, pues la edad misma le pone a cubierto de la tentación. Lo maravilloso es gozar de calma en medio de la tormenta, no abrasarse dentro del horno y no vivir deshonestamente en la juventud.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS EL EJEMPLO DE JOSÉ

Considerando, pues, todo esto, imitemos a aquel bienaventurado José, que brilló por todas estas virtudes, a fin de alcanzar también sus mismas coronas. Las cuales así merezcamos ceñírnoslas todos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Amén.

HOMILIA 50

Y habiendo Jesús despedido a las muchedumbres, subió solo al monte para orar. Venida la tarde, estaba solo allí. La barca, sin embargo, estaba ya en medio del mar, sacudida por las olas, pues el viento era contrario (Mt 14,23 y sig.).

LA SOLEDAD, MADRE DE LA TRANQUILIDAD

¿Por qué sube el Señor al monte? Para enseñarnos que nada hay como el desierto y la soledad cuando tenemos que suplicar a Dios. De ahí la frecuencia con que se retira a lugares solitarios y allí se pasa las noches en oración, para enseñarnos que, para la oración, hemos de buscar la tranquilidad del tiempo y del lugar. El desierto es, en efecto, padre de la tranquilidad, un puerto de calma que nos libra de todos los alborotos. Por eso, pues, se sube Él al monte; sus discípulos, sin embargo, nuevamente son juguete de las olas y sufren otra tormenta como la primera. Mas entonces le tenían por lo menos a Él consigo; ahora se hallan solos y abandonados a sus propias fuerzas. Es que quiere el Señor irlos conduciendo suavemente y por sus pasos contados a mayores cosas, y particularmente a que sepan soportarlo todo generosamente. Por eso justamente, cuando estaban para correr el primer peligro, allí estaba Él con ellos, siquiera estuviera durmiendo, pronto para socorrerlos en cualquier momento; ahora, sin embargo, para conducirlos a mayor paciencia, ni siquiera está Él allí, sino que se ausenta y permite que la tempestad los sorprenda en medio del mar, sin esperanza de salvación por parte alguna, y allí los deja la noche entera juguete de las olas, sin duda, a lo que se me alcanza, con intento de despertar sus corazones endurecidos. Tal es, en verdad, el efecto del miedo, al que no menos que la tormenta contribuía el tiempo. Pero juntamente con ese sentimiento de compunción quería el Señor excitar en sus discípulos un mayor deseo y un continuo recuerdo de Él mismo. De ahí que no se presentara inmediatamente a ellos: A la cuarta vigilia de la noche—dice el evangelista—vino a ellos caminando sobre las aguas. Con lo que quería darles la lección de no buscar demasiado aprisa la solución

de las dificultades, sino soportar generosamente los acontecimientos. El caso fue que, cuando esperaban verse libres del peligro, entonces fue cuando aumentó el miedo: Porque los discípulos—dice el evangelista—, al verle caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo que era un fantasma, y de miedo rompieron en gritos. Tal es el modo ordinario de obrar de Dios: cuando Él está a punto de resolver las dificultades, entonces es cuando nos pone otras más graves y espantosas. Así sucede en este momento; pues, como si fuera poco la tormenta, la aparición vino también a alborotarlos, no menos que la tormenta misma. Por eso ni deshizo la oscuridad ni de pronto se manifestó claramente a Sí mismo. Es que quería, como acabo de decir, templarlos entre aquellos temores y enseñarles a ser pacientes y constantes. Lo mismo hizo también con Job: cuando estaba para poner fin a sus pruebas y temores, entonces fue cuando permitió que el fin fuera más grave que los comienzos. Ya no se trataba entonces de la muerte de los hijos ni de las palabras de su mujer, sino de los improperios de sus mismos criados y amigos. Y, por modo semejante, cuando estaba Dios a punto de sacar a Jacob de toda la miseria sufrida en tierra extranjera, entonces fue cuando permitió que se levantara mayor alboroto, porque fue así que su suegro, apoderándose de él, le amenazó de muerte, y después del suegro viene el hermano, que le pone también en el último peligro. Es que, como los justos no pueden ser tentados por largo tiempo y a la vez con grande fuerza; como Dios quiere, por otra parte, aumentarles sus merecimientos, de ahí el intensificarles también las pruebas justamente cuando están para dar fin a sus combates. Así lo hizo Dios también con Abrahán, a quien por última prueba le puso el sacrificio de su hijo. Y es que de este modo lo insoportable se hace soportable, pues llega ya cuando estamos a la puerta, cuando la liberación está ya al alcance de la mano. Tal hizo también ahora Cristo con sus apóstoles, a quienes no se manifiesta hasta que rompen en gritos; porque, cuanto más íntima e intensa fuera su angustia, con más gozo acogerían su presencia. Luego, después de lanzar los gritos, prosigue el evangelista: Inmediatamente les habló Jesús diciendo: Tened confianza. Soy yo, no temáis. Esta palabra disipó todo su miedo y les infundió confianza. Y es que, como no le habían conocido por la vista, pues lo extraño de caminar sobre las aguas y el tiempo mismo se lo impedía, el Señor se les da a conocer por la voz.

PEDRO CAMINA SOBRE LAS AGUAS

¿Qué hace, pues, entonces Pedro, que siempre fue ardiente de carácter y se adelantaba a los otros? Señor —le dice—, *si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas.* No dijo: "Ruega y suplica", sino: *Manda.* ¡Mirad qué ardor y qué fe tan grande! Sin embargo, por eso justamente se expone muchas veces Pedro a peligro, pues tiende a ir más allá de la medida. En verdad, también aquí pidió cosa grande, si bien a ello le impulsó sólo la caridad y no la vanagloria. Porque no dijo: "Manda que yo camine sobre las aguas". Pues ¿qué dijo? *Manda que vaya yo a ti sobre las aguas.* Nadie, en efecto, amaba como él a Jesús. Lo mismo hizo después de la resurrección. "El no pudo aguantar el ir con los otros al sepulcro, sino que se adelantó. Aquí, sin embargo, no sólo da pruebas de amor, sino también de fe. Porque no sólo creyó que podía el Señor caminar sobre el mar, sino que podía conceder la misma gracia a los otros. Y de este modo desea Pedro llegar cuanto antes a su lado. Y *Él le dijo: Ven.* Y *bajando Pedro de la barca, caminó sobre las aguas y llegó a Jesús. Pero, viendo el fuerte viento, tuvo miedo y, empezando ya a hundirse, gritó diciendo: Señor, sálvame.* Y en *seguida Jesús, tendiéndole la mano, le cogió y le dijo: Hombre de* poca *fe,* ¿por *qué has dudado?* He aquí un milagro más maravilloso que el de la tempestad calmada. Por eso también sucede después del primero. Y, en efecto, una vez que hubo mostrado ser El señor del mar, ahora realiza otro más maravilloso milagro. Entonces sólo increpó a los vientos; mas ahora es El mismo quien camina sobre el mar y hasta le concede a otro hacer lo mismo. Cosa que, de habérselo mandado al principio, no le hubiera Pedro obedecido tan prontamente, pues todavía no tenía tanta fe.

CONSIDERACIONES SOBRE LA FE DE PEDRO

— ¿Por qué, pues, se lo permitió Cristo? —Porque de haberle dicho: "No puedes", él, ardiente como era, le hubiera contradecido. De ahí que quiere el Señor enseñarle por vía de hecho, para que otra vez sea más moderado. Mas ni aun así se contiene. Bajado,

pues, que hubo de la barca, empezó a hundirse, por haber tenido miedo. El hundirse dependía de las olas; pero el miedo se lo infundía el viento. Juan, por su parte, cuenta: *Quisieron recibirle en la barca, e inmediatamente la barca llegó al punto de la costa a donde se dirigían* (Juan 6,21). Que viene a decir lo mismo, es decir, que, cuando estaban para llegar a tierra, montó el Señor en la barca. Bajado, pues, que hubo Pedro de la barca, caminaba hacia Jesús, alegre no tanto de ir andando sobre las aguas cuanto de llegar a Él. Y es lo bueno que, vencido el peligro mayor, iba a sufrir apuros en el menor; por la fuerza del viento, quiero decir, no por el mar. Tal es, en efecto, la humana naturaleza. Muchas veces, triunfadora en lo grande, queda derrotada en lo pequeño. Así le aconteció a Elías con Jezabel; así a Moisés con el egipcio; así a David con Bersabé. Así le pasa aquí a Pedro. Cuando todos estaban llenos de miedo, él tuvo valor de echarse al agua; en cambio, ya no pudo resistir la embestida del viento, no obstante hallarse cerca de Cristo. Lo que prueba que de nada vale estar materialmente cerca de Cristo si no lo estamos también por la fe. Esto, sin embargo, sirvió para hacer patente la diferencia entre el maestro y el discípulo y para calmar un poco a los otros. Porque si se irritaron en otra ocasión de las pretensiones de los dos hermanos Santiago y Juan (Mt 20,24), con mucha más razón se irritarían aquí. Porque todavía no se les había concedido la gracia del Espíritu Santo. Después de recibido éste, no aparecen así. Entonces, en todo momento, dan la primacía a Pedro y a él diputan para hablar públicamente, no obstante ser el más rudo de todos. —Mas ¿por qué no mandó el Señor a los vientos que se calmaran, sino que, tendiendo Él su mano, le cogió a Pedro? —Porque hacía falta la fe del propio Pedro. Cuando falta nuestra cooperación cesa también la ayuda de Dios. Para dar, pues, a entender el Señor que no era la fuerza del viento, sino la poca fe del discípulo la que producía el peligro, le dice a Pedro mismo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Así, de no haber flaqueado en la fe, fácilmente hubiera resistido también el empuje del viento. La prueba es que aun después que el Señor lo hubo tomado de la mano, dejó que siguiera soplando el viento; lo que era dar a entender que, estando la fe bien firme, el viento no puede hacer daño alguno. Y como al polluelo que antes de tiempo se sale del nido y está para caer al suelo, la madre lo sostiene con sus alas y lo vuelve al nido, así hizo Cristo con Pedro.

EFECTO DEL MILAGRO EN LOS DISCÍPULOS

Y apenas hubieron subido ellos a la barca, se calmó el viento. En el milagro de la tempestad calmada habían dicho: ¿Quién *es éste, para que los vientos y el mar le obedezcan?* (Mt 8,27) No así ahora. *Porque los que estaban en la* barca —prosigue el evangelista—, *acercándose, le adoraron, diciendo: Verdaderamente tú eres Hijo de Dios.* Mirad cómo poco a poco va el Señor levantándolos a todos más alto. La fe, en efecto, era ya muy grande por haberle visto caminar sobre el mar, por haber concedido a Pedro hacer lo mismo y por haberle salvado del peligro. En la otra ocasión había intimado al mar; ahora no le intima, pero demuestra de otro modo mejor aún su poder. De ahí que dijeran: *Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios.*

CURACIÓN DE ENFERMOS EN MASA

Ahora bien, ¿por ventura les reprendió el Señor de decir eso? Más bien todo lo contrario. Lo que hizo fue confirmar su confesión curando con absoluta autoridad, mayor si cabe que de primero, a cuantos se le acercaron. Y *atravesado el Lago* —dice el evangelista—, *llegaron a tierra de Genesaret. Y, al reconocerle los hombres de aquel lugar, enviaron recado por todo el contorno, y le presentaron todos los enfermos, y le suplicaban les permitiera tocar el borde de su vestido, y cuantos le tocaron se curaron.* Ya no se le acercan como de primero: no le obligan a que vaya a sus propias casas ni a que imponga las manos a los enfermos ni que lo mande de palabra. Ahora se ganan la curación de modo más elevado, más filosóficamente, por medio de una fe mayor. La mujer del flujo de sangre les había enseñado a todos esta filosofía. Por lo demás, el mismo evangelista nos da a entender que, de mucho tiempo atrás, había estado el Señor en aquellas partes, cuando dice: Y, al reconocerle los hombres de aquel lugar, enviaron recado por todo e/ contorno y le presentaron a todos los enfermos. Sin embargo, no sólo no había el tiempo destruido la fe de aquella gente en el Señor; no sólo la había mantenido viva, sino que la había aumentado. Toquemos también nosotros la orla de su vestido o, más bien, si queremos, con nosotros le tenemos entero. En verdad, su cuerpo mismo está ahora puesto delante de nosotros. No sólo su vestido, sino su cuerpo. No sólo para tocarle, sino para comerle

y hartarnos de su carne. Acerquémonos, pues, a Él con viva fe, llevando cada uno nuestra enfermedad. Porque si aquellos que sólo tocaron la orla de su vestido tamaña virtud atrajeron, ¡cuánto más los que le tengan a Él entero! Ahora bien, acercarse con fe viva no significa tomar simplemente lo que nos ofrece, sino también tocarle con corazón puro, acercarnos con tales disposiciones como de quienes se llegan a Cristo en persona. ¿Qué tiene que ver que no oigas su voz? Pero le contemplas puesto sobre el altar. O, por mejor decir, también su voz la oyes, puesto que Él te habla por medio de los evangelistas.

HERMOSA PROFESIÓN DE FE EUCARÍSTICA

Creed, pues, firmemente que ésta es aquella misma cena a que estuvo Él mismo sentado. No hay diferencia alguna entre la del cenáculo y la del altar. Y no puede decirse que ésta la hace un hombre y aquélla la hizo Cristo, sino Cristo también ésta. Cuando veas, pues, al sacerdote que te da el pan consagrado, no pienses que es el sacerdote quien te lo da, sino mira la mano de Cristo mismo tendida hacia ti. Porque al modo que, cuando te bautiza, no es el sacerdote quien te bautiza, sino Dios mismo quien con poder invisible sostiene tu cabeza, y ni un ángel ni un arcángel ni otro alguno se atrevería a acercarse y tocarla, así es también aquí. Siendo, pues, Dios el único que regenera, don suyo únicamente es el bautismo. ¿No veis cómo, aun en el mundo, los que adoptan a un hijo no encomiendan el asunto a sus esclavos, sino que ellos personalmente se presentan al tribunal? Así tampoco Dios encomendó este don a los ángeles. No. Él mismo se presenta y nos manda: *No llaméis a nadie padre sobre la tierra* (Mt 23,9). No porque hayamos de desestimar a los que nos han dado el ser, sino para que a todos ellos prefiramos al que nos ha creado y nos ha inscrito entre sus hijos. Ahora bien, el que nos ha dado lo más, es decir, entregarse a sí mismo, mucho menos se desdeñará de darnos su cuerpo. Oigamos, pues, sacerdotes a la vez que fieles, el don que se nos ha otorgado. Oigamos y temblemos. El Señor nos ha concedido hartarnos de su carne divina, se nos ha dado a sí mismo en sacrificio. ¿Qué excusa, pues, tendremos si, así alimentados, así pecamos; si, comiéndonos un cordero, nos volvemos lobos; si,

alimentados de una oveja, arrebatamos como leones? Porque este sacramento no sólo nos exige estar en todo momento puros de toda rapiña, sino de la más sencilla enemistad. Este sacramento es un sacramento de paz. No nos consiente codiciar las riquezas. Porque si Él, por amor nuestro, no se perdonó a sí mismo, ¿qué mereceríamos nosotros si, por miramiento a nuestras riquezas, no miramos por nuestra alma, por la que Él no se perdonó a sí mismo? Entre los judíos, Dios instituyó las fiestas de cada año para recuerdo de sus propios beneficios; mas a nosotros nos los recuerda, por así decir, todos los días por medio de este sacramento. No te avergüences, pues, de la cruz. Porque éstas son nuestras cosas sagradas, éstos son nuestros misterios, con este don nos adornamos, con él nos embellecemos. Si os digo que Él tendió los cielos y la tierra, que desplegó el mar y nos envió a los profetas y a los ángeles, nada digo que iguale a este beneficio. Porque la suma de todos los bienes está en que Él no perdonó a su propio Hijo, a fin de salvar a los esclavos que se le habían escapado. Que ningún Judas, pues, que ningún Simón Mago, se acerque a esta mesa, pues estos dos perecieron por su amor al dinero. Huyamos, por tanto, de ese abismo. Y no pensemos que basta para nuestra salvación presentar al altar un cáliz de oro y pedrería después de haber despojado a viudas y huérfanos. Si quieres honrar este sacrificio, presenta tu alma, por la que fue ofrecido. Ésta es la que has de hacer de oro. Mas si ella sigue siendo peor que el plomo o que una teja, ¿qué vale entonces el vaso de oro? No miremos, pues, solamente de presentar vasos de oro, sino veamos si proceden de justo trabajo. Porque más precioso que el oro es lo que nada tiene que ver con la avaricia. La iglesia no es un museo de oro y plata, sino una reunión de ángeles. Almas son lo que necesitamos, pues por las almas quiere Dios los vasos sagrados. No era de plata, en la cena última, la mesa aquella, ni el cáliz en que el Señor dio a sus discípulos su propia sangre. En cambio, ¡qué precioso era todo aquello y qué venerable, como lleno que estaba del Espíritu Santo! ¿Queréis de verdad honrar el cuerpo de Cristo? No consintáis que esté desnudo. No le honréis aquí con vestidos de seda y fuera le dejéis perecer de frío y desnudez. Porque el mismo que dijo: *Este es mi cuerpo,* y con su palabra afirmó nuestra fe, ése dijo también: *Me visteis hambriento y no me disteis de comer.* Y: *En cuanto no lo hicisteis*

con uno de esos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis (Mt 26, 26; 25, 42-45). El sacramento no necesita preciosos manteles, sino un alma pura; los pobres, sin embargo, sí requieren mucho cuidado. Aprendamos, pues, a pensar discretamente y a honrar a Cristo como Él quiere ser honrado. Porque para quien es honrado, la honra más grata es la que Él mismo quiere, no la que nosotros nos imaginamos. Pedro se imaginaba honrar al Señor no consintiéndole que le lavara los pies, y eso no era honra, sino todo lo contrario. Tribútale el honor que Él mismo mandó por ley, empleando tu riqueza en socorrer a los pobres. Porque Dios no tiene necesidad de vasos de oro, sino de almas de oro.

EL SOCORRO DE LOS POBRES, DEBER ANTERIOR AL DE ADORNAR LAS IGLESIAS

Al hablar así, no es mi intención prohibir que se hagan semejantes ofrendas. Lo que pido es que, juntamente con ellas, y aun antes que ellas, se haga limosna. El Señor acepta ciertamente las ofrendas, pero mucho más la limosna. En un caso, sólo se aprovecha el que da; en el otro, el que da y el que recibe. En las ofrendas puede tratarse sólo de asunto de ostentación; en la limosna la caridad lo es todo. ¿Qué le aprovecha al Señor que su mesa esté llena toda de vasos de oro, si Él se consume de hambre? Saciad primero su hambre y luego, de lo que os sobre, adornad también su mesa. ¿Haces un vaso de oro y no le das un vaso de agua fría? Y ¿qué provecho hay en que recubráis su altar de paños recamados de oro, si a Él no le procuráis ni el necesario abrigo? ¿Y qué ganancia hay en esto? Dime, en efecto: si, viendo a un desgraciado falto del necesario sustento, le dejaras a él que consumiera su hambre y tú te dedicaras a recubrir de oro la mesa, ¿es que te agradecería el beneficio o se irritaría más, bien contra ti? Pues ¿qué si, viéndole vestido de harapos y aterido de frío, no le alargaras un vestido, y te entretuvieras, en cambio, en levantar unas columnas de oro, diciéndole que todo aquello se hacía en honor suyo? ¿No diría que le estabas tomando el pelo y lo tendría todo por supremo insulto? Pues piensa todo eso sobre Cristo. £1 anda errante y peregrino, necesitado de techo; y tú, que no le acoges a Él, te entretienes en adornar el pavimento, las paredes y los capiteles de las

columnas, y en colgar lámparas con cadenas de oro. A Él, sin embargo, no quieres ni verle entre cadenas en las cárceles. Al hablar así, repito, no es que prohíba que también en el ornato de la iglesia se ponga empeño; a lo que exhorto es a que juntamente con eso, o, más bien, antes que eso, se procure el socorro de los pobres. De no haber hecho lo primero, a nadie se le culpó jamás; por lo otro, sin embargo, se nos amenaza con el infierno, con el fuego inextinguible y con el castigo entre los demonios. Mientras adornas, pues, la casa, no abandones a tu hermano en la tribulación, pues él es templo más precioso que el otro. Además, todos esos tesoros se los pueden llevar los reyes infieles, los tiranos y los salteadores; mas cuanto hagas por tu hermano hambriento, peregrino o desnudo, tú el diablo mismo te lo podrá arrebatar, pues lo guardas en tesoro seguro. —Entonces, ¿cómo es que Él mismo dice: *A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis*? (Mt 26,11; Mc 14,7) —Porque justamente la razón por la que hemos de hacer más limosna es porque no siempre le hemos de tener a Él hambriento, sino en la presente vida. Por lo demás, si queréis saber el sentido exacto de estas palabras del Señor, escuchadme. Estas palabras, aunque así lo parezca, no fueron dichas por los discípulos, sino por la flaqueza de la mujer que ungió al Señor. Y es que, como era aún imperfecta y los discípulos la molestaban, con el fin de ganarla, dijo el Señor lo que dijo. Porque que así se habló para consolarla, lo prueba lo que luego añade: ¿A qué fin molestáis a esa mujer? Y que Él está siempre con nosotros lo afirma Él mismo: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt 28,20). De todo lo Cual se sigue evidentemente que no por otro motivo dijo el Señor aquellas palabras sino porque quería que la reprensión de sus discípulos no marchitara la fe de aquella mujer, que estaba entonces brotando.

¡FUERA PRETEXTOS PARA NO HACER LIMOSNA!

No saquemos, pues, a relucir lo que fue dicho por particular dispensación del Señor; leamos más bien las leyes todas que sobre la limosna se nos han dado tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento y pongamos el mayor ahínco en su cumplimiento. La limosna llega hasta purificarnos de los peca-

dos: *Dad limosna* —dice el Señor— y *todo será para vosotros puro* (Lc 11,41). La limosna es superior al sacrificio: *Misericordia quiero, no sacrificio* (Os 6,6). Ella nos abre los cielos: *Porque tus* oraciones *y tus limosnas fueron recordadas en el acatamiento de Dios* (Hechos 10,14). La limosna es más necesaria que la virginidad, pues así fueron las vírgenes fatuas echadas de la sala de bodas y así fueron admitidas las prudentes. Sabiendo, pues, todo esto, sembremos generosamente, a fin de cosechar con mayor abundancia y alcanzar los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos. Amén.

HOMILIA 51

Entonces se le acercan a Jesús los escribas y fariseos de Jerusalén y le dicen: ¿Por qué...? Etcétera (Mt 15,1 y sig.).

LAS TRADICIONES Y LA LEY

Entonces... ¿Cuándo? Cuando había hecho ya el Señor innumerables milagros, cuando había curado a los enfermos al solo contacto de la orla de su vestido. La razón justamente porque el evangelista, señala el tiempo es para mostrar la malicia indecible de escribas y fariseos, que ante nada se rendía. Pero ¿qué significa: *Los escribas y fariseos de Jerusalén*? Escribas y fariseos estaban esparcidos por todas las tribus y, por tanto, divididos en doce partes; pero los que habitaban la capital, como quienes gozaban de más alto honor y tenían más orgullo, eran los peores de todos. Pero mirad cómo por su misma pregunta quedan cogidos. Porque no le dicen al Señor: "¿Por qué tus discípulos quebrantan la ley de Moisés?", sino: *¿Por qué traspasan la tradición de los ancianos?* De donde resulta que los sacerdotes habían innovado muchas cosas, no obstante haber intimado Moisés con grande temor y fuertes amenazas que nada se añadiera ni quitara de la ley: *No añadiréis a la palabra que yo os mando ni quitaréis de ella* (Deut 4,2). Mas no por eso dejaron de introducir innovaciones, como esa de no comer sin lavarse las Vinos, lavar el vaso y los utensilios de bronce y darse ellos abluciones. Justamente cuando debían, avanzado ya el tiempo, librarse de tales observancias, entonces fue cuando más estre-

chamente se ataron con ellas, sin duda por temor de que se les quitara el poder que ejercían sobre el pueblo, y también para infundirle a éste más respeto, al presentarse también ellos como legisladores. Ahora bien, la cosa llegó a punto tal de iniquidad, que se guardaban los mandamientos de escribas y fariseos y se conculcaban los de Dios; y era tanto su poder, que ya nadie los acusaba de ello. Su culpa, pues, era doble: primero, el innovar; y segundo, defender con tanto ahínco sus innovaciones, sin hacer caso alguno de Dios. Ahora, dejando a un lado los cazos y los utensilios de bronce, por ser demasiado ridículos, je presentan al Señor la cuestión que a su parecer era más importante, con intento, a mi parecer, de incitarle de este modo a ira. Y le hacen también mención de los ancianos, a ver si, por despreciar su autoridad, les procura algún asidero para acusarle. Mas lo primero que nosotros hemos de examinar es por qué los discípulos del Señor comían sin lavarse las manos. Y hay que responder que nada tenían por norma, sino que despreciaban lo superfluo para atender a lo necesario. Ni el lavarse ni el no lavarse era ley para ellos, haciendo lo uno o lo otro según venía al caso. Y es así que quienes no se preocupaban ni del necesario sustento, ¿cómo iban a poner todo su empeño en tales minucias? Ahora bien, como con frecuencia se presentaba de suyo el caso de comer sin lavarse las manos, por ejemplo, cuan. do comían en el desierto o cuando arrancaron el puñado de espigas, escribas y fariseos se lo echan en cara como una culpa —ellos, que, pasando por alto lo grande, tenían mucha cuenta con lo superfluo—. ¿Qué responde, pues, Cristo? El Señor no se para en esa minucia, ni trata de defender de tal acusación a sus discípulos, sino que pasa inmediatamente a la ofensiva, reprimiendo así su audacia y haciéndoles ver que quien peca en lo grande, no tiene derecho a ir con menudas exigencias a los demás. Vosotros —viene a decirles el Señor— debierais acusaros, no acusar a los demás. Mas observad cómo, siempre que el Señor quiere derogar alguna de las observancias legales, lo hace por modo de defensa. Así lo hizo ciertamente en esta ocasión. Porque no entra inmediatamente en el asunto de la transgresión, ni tampoco dice: "Eso no tiene importancia ninguna". Con ello sólo hubiera conseguido aumentar la audacia de escribas y fariseos. No. Lo primero asesta un golpe a esa misma audacia, descubriéndoles una culpa suya mucho mayor y haciendo que su, acusación rebote sobre su propia cabeza. Y así, ni afirma que

obren bien sus discípulos al transgredir las tradiciones, para no dar asidero a sus contrarios; ni afea tampoco el hecho, pues no quiere dar así firmeza a la ley; ni, en fin, acusa a los ancianos de transgresores y abominables, pues en este caso le hubieran rechazado por maldiciente e insolente. No. Todo eso lo deja a un lado y Él echa por otro camino. Y a primera vista, solo reprende a los que tenía delante; pero, en realidad, su golpe alcanza también a los que tales leyes sentaron. No se acuerda para nada de los ancianos; pero, al acusar a escribas y fariseos, también a aquéllos los echa por tierra, y deja entender que el pecado es ahí doble: no obedecer a Dios y cumplir lo otro por respeto a los hombres. Como si dijera: "Esto, esto justamente es lo que os ha perdido: el que en todo obedecéis a vuestros ancianos". Y si no lo dice así expresamente, lo da a entender al responderles de esta manera: *¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por causa de vuestra tradición? Porque, Dios mandó: Honra a tu padre y a tu madre* (Ex 20,12; 21,17)*;* y: *El que maldijere a su padre o a su madre, muera de muerte. Vosotros, sin embargo, decís: El que dijere a su padre o a su madre: "Es una ofrenda aquello de que tú pudieras ayudarte", ya no tiene que honrar a su padre o a su madre. Y, por causa de vuestra tradición, habéis anulado el mandamiento de Dios.*

NO ES LEY LO QUE LOS HOMBRES ORDENAN

No dice el Señor: "Por causa de la tradición de los ancianos", sino: *Por vuestra tradición.* Como también: Vosotros *decís,* no: "Los ancianos dicen". Con lo que da un tono más suave a sus palabras. Como escribas y fariseos quisieron presentar a los discípulos como transgresores de la ley, Él les demuestra ser ellos los verdaderos transgresores, mientras sus discípulos están exentos de toda culpa. Porque no es ley lo que los hombres ordenan. De ahí que Él la llama tradición, y tradición de hombres particularmente transgresores de la ley, Y como el mandar lavarse las manos no era realmente contrario a la ley, les saca a relucir otra tradición francamente opuesta a ella. Y lo que en resumen dice es que, bajo apariencia de religión, enseñaban a los jóvenes a despreciar a sus padres. ¿Cómo y de qué manera? Si un padre le decía a su hijo: "Dame esa oveja

o ese novillo que tienes", o cosa semejante, el hijo respondía: "Es ofrenda a Dios eso de que quieres ayudarte de mi parte y no puedes tomarlo". De donde se seguía doble mal: primero, que a Dios no le ofrecían nada, y segundo que, so capa de ofrendas, dejaban a sus padres privados de asistencia. Por Dios injuriaban a los padres, y por los padres a Dios. Sin embargo, no es esto lo que dice inmediatamente, sino que antes lee la ley, con lo que nos descubre su vehemente voluntad de que sean honrados los padres. *Honra —dice— a tu padre y a tu madre para que seas de larga vida sobre la tierra.* Y: *El que maldijere a su padre y a su madre, muera de muerte.* El Señor, sin embargo, omite la primera parte, quiero decir, el premio señalado a los que honran a sus padres, y sólo hace mención de lo más temeroso, es decir, del castigo con que Dios amenaza a quienes los deshonran. Con ello intenta, sin duda, infundirles miedo y atraerse a los más discretos de entre ellos; y por ahí juntamente les demuestra que son dignos de muerte. Porque si se castiga de muerte a quien deshonra de palabra a sus padres, mucho más la merecéis vosotros, que los deshonráis de obra, y, no sólo los deshonráis vosotros, sino que enseñáis a otros a deshonrados. Ahora bien, los que ni vivir debierais, ¿cómo podéis acusar a los demás? Y ¿qué maravilla es que tales injurias me hagáis a mí, que por ahora soy para vosotros un desconocido, cuando se ve que lo mismo hacéis con mi Padre? Y en todas partes dice y demuestra el Señor que de ahí tuvo principio esa insensatez. Otros interpretan de otro modo lo de: *Don es lo que de mí puedes aprovecharte.* Es decir, no te debo el honor; si te honro, es gracia que te hago. Pero Cristo no hubiera ni mentado semejante insolencia. Por otra parte, Marcos lo declara más, cuando dice: *Corbán es eso de que pudieras de mi parte aprovecharte* (Mc 7,11). Y *corbán* no significa don o cosa gratuitamente dada, sino ofrenda propiamente dicha.

ISAÍAS CONDENA TAMBIÉN A ESCRIBAS Y FARISEOS

Habiendo, pues, demostrado el Señor a escribas y fariseos que no tenían derecho a acusar de transgredir la tradición de los ancianos—ellos que pisoteaban la ley de Dios—, les demuestra ahora lo mismo por el testimonio del profeta. Como ya les había Sacudido fuertemente, ahora prosigue adelante. Es lo que hace

siempre, aduciendo también el testimonio de las Escrituras, y demostrando de este modo su perfecto acuerdo con Dios. ¿Y qué es lo que dice el profeta? *Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí. En* vano *me dan culto, enseñando enseñanzas, mandamientos de los hombres* (Is 29,13). ¡Mirad con qué precisión conviene la profecía con las palabras del Señor y cómo de antiguo anuncia la maldad de escribas y fariseos! Porque lo mismo de que ahora los acusa Cristo, es decir, de que menospreciaban los preceptos de Dios, los había ya acusado Isaías: *En vano* —dice— *me dan culto;* de los suyos, en cambio, tienen mucha cuenta: *Enseñando enseñanzas, mandatos de hombres.* Luego con razón no las guardan los discípulos del Señor.

EN QUÉ ESTÁ LA VERDADERA PUREZA O IMPUREZA

Ya, pues, que el Señor ha asestado a escribas y fariseos ese golpe mortal, acusándolos cada vez con más fuerza por las divinas Letras, por su propia sentencia y por el testimonio del profeta, ya en adelante no habla con ellos, por tenerlos por incurables, y dirige, en cambio, su razonamiento a las muchedumbres, a fin de introducir una doctrina sublime, doctrina grande y llena de la más alta filosofía. Tomando pie de aquella cuestión minúscula, el Señor trata de otra más importante, y deroga la observancia de los alimentos. Pero mirad cuándo: cuando ya había limpiado a un leproso y suprimido el sábado y habíase mostrado rey de la tierra y del mar; cuando había promulgado sus propias leyes y había perdonado pecados y resucitado muertos y les había dado mil pruebas de su divinidad, entonces es cuando viene a tratar de los alimentos.

Es que, en verdad, todo el judaísmo estriba en eso. Si eso se quita, todo se ha quitado. Porque de ahí se demuestra que también había que suprimir la circuncisión. Sin embargo, el Señor no plantea por sí mismo y de modo principal la cuestión de la circuncisión, sin duda por ser el más antiguo de los mandamientos y el que más respeto infundía. Su supresión había de ser obra de sus discípulos. Era, en efecto, cosa tan grande, que sus mismos discípulos, después de tanto tiempo, aun cuando quieren suprimirla, por de pronto la toleran, y sólo de este modo la van derogando. Y mirad ahora cómo introduce el Señor la nueva ley:

Habiendo llamado a las muchedumbres, les dijo: Escuchad y entended. El Señor no trata de sentar sin más sus afirmaciones, sino que primero hace aceptable su palabra por medio del honor e interés que muestra con las gentes (eso, en efecto, quiere significar el evangelista con la expresión habiendo llamado), y también por el momento en que les habla. Y, en efecto, después de confundir a escribas y fariseos, después de triunfar plenamente sobre ellos y acusarlos con las palabras del profeta, entonces empieza Él a promulgar su ley; entonces, cuando mejor podían recibir sus palabras. Y no solamente los llama, sino que excita también su atención, pues les dice: *Escuchad y entended*. Es decir, considerad, estad alerta, pues tal es la importancia de la ley que voy a promulgar. Pues si a estos que destruyeron la ley, y la destruyeron fuera de tiempo, por motivo de su tradición, aun así los habéis escuchado, mucho más debéis escucharme a mí, que en el momento debido os quiero levantar a más alta filosofía. Y no dijo: "La observancia de los alimentos no tiene importancia ninguna"; ni tampoco: "Moisés hizo mal en mandarla o la mandó sólo por condescendencia". No, el Señor toma el tono de exhortación y consejo y, fundando su razonamiento en la naturaleza misma de las cosas, dice: *No lo que entra en la boca mancha al hombre, sino lo que sale de la boca.* Tanto en lo que afirma como en lo que legisla, el Señor busca su apoyo en la naturaleza misma. Al oír esto, nada le replican sus enemigos. No le dicen: "¿Qué es lo que dices? ¿Conque Dios nos manda infinitas cosas acerca de la observancia de los alimentos y tú nos vienes con esa ley? Y es que como el Señor los había hecho enmudecer tan completamente no sólo por sus argumentos, sino por haber hecho patente su embuste y haber sacado a pública vergüenza lo que ellos ocultamente habían hecho y haber, en fin, revelado los íntimos secretos de su alma, ellos, sin chistar, tomaron las de Villadiego. Mas considerad aquí, os ruego, cómo todavía no se atreve el Señor a romper abiertamente con la ley de los alimentos. Por eso no dijo: "Los alimentos", sino: *No lo que entra en la boca mancha al nombre.* Lo que era natural se entendiera también acerca de no lavarse las manos. Él habla ciertamente de los alimentos; pero seguramente que se entendería también acerca de lo otro. Porque era tan estricta la observancia de aquella ley, que, aun después de la resurrección del Señor, Pedro dijo: *No, Señor, porque nunca he comido nada común o*

impuro (Hechos 10,14). Porque, aun suponiendo que Pedro hablara así por miramiento a los otros y para tener él mismo un medio de justificación ante los que le habían de acusar, pues podría alegar su resistencia y no haber logrado nada con ella, el hecho, desde luego, demuestra la mucha veneración en que tal observancia era tenida. De ahí justamente que tampoco el Señor habló claramente desde el principio sobre alimentos, sino que dijo: No *lo que entra en la boca.* Y luego, cuando parece hablar más claramente, otra vez al final echa como una sombra en sus palabras al decir: *Mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre;* como si quisiera recordar que tal fue la cuestión inicial y que de ella se trataba por entonces. De ahí que, como si sólo hablara de lo de las manos, no dijo: "Mas los alimentos no manchan al hombre", sino que habla como si se tratara del lavatorio de las manos, a fin de que nadie pudiera contradecirle.

E. ESCÁNDALO DE LOS FARISEOS

Al oír, pues, esto —dice el evangelista—, *los fariseos se escandalizaron.* Los fariseos, no las muchedumbres. *Porque, acercándosele —dice— sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al escuchar tus palabras, se han escandalizado?* Y, sin embargo, nada se había dicho contra ellos. ¿Qué hace, pues, Cristo? Cristo no se preocupó de deshacer el escándalo de los fariseos, sino que los recriminó diciendo: *Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz.* Sabe muy bien el Señor cuándo hay que despreciar el escándalo y cuándo no debe despreciarse. Así, en otra ocasión le dice a Pedro: *A fin de* no *escandalizarlos, echa tu anzuelo al mar* (Mt 17,26). Aquí, sin embargo, contesta: *Dejadlos, son ciegos y guías de ciegos.* Y si un *ciego guía* á otro *ciego, ambos caerán en la hoya.* Mas al hablar así, los discípulos no sentían sólo pena por los fariseos, sino que también ellos se hallaban un poco turbados, y como no se atrevían a proponer su caso en propia persona, tratan de hallar la solución contando el de los otros. Y que ello sea así, oye cómo luego Pedro, siempre ardiente y que se adelanta a los demás, se le acerca y le dice: *Explícanos esta parábola.* Pedro oculta en realidad la turbación de su propia alma y no tiene valor para declarar al Señor que también él está escandalizado, y lo que busca es salir de su

turbación por medio de una explicación. De ahí justamente que fuera reprendido. ¿Qué dice, pues, Cristo? *Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz.* Los infectados de herejía maniquea afirman haber dicho Cristo eso aludiendo a la ley; pero las palabras anteriores bastan para cerrarles la boca. Porque si ahora habla contra la ley, ¿cómo es que antes la defiende y combate por ella, diciendo: *¿Por qué transgredís el mandamiento de Dios por motivo de vuestra tradición?* ¿Cómo es que aduce también el profeta que dice: *Este pueblo me honra con los labios, etc.?* No, las palabras del Señor se refieren a los fariseos y a sus tradiciones. Porque si Dios dijo: *Honra a tu padre y a tu madre,* ¿cómo no va a ser planta de Dios lo que fue dicho por Dios?

CIEGOS Y GUÍAS DE CIEGOS

Lo que sigue demuestra también que el Señor habla de los fariseos y de sus tradiciones. Pues añadió: *Son guías ciegos de ciegos.* Si esto lo hubiera dicho de la ley, hubiera puesto: "Es guía ciega de ciegos". Pero no lo dijo así, sino: Son *guías ciegos de ciegos.* La ley para el Señor no tiene culpa alguna. La culpa cae toda sobre aquéllos. Seguidamente, tratando de apartar de tales guías a la muchedumbre, por el peligro de que por culpa de ellos caiga al abismo, prosigue: Y *si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la hoya.* Ya es ciertamente gran desgracia ser uno ciego; mas que el ciego no tenga guía y pretenda él constituirse tal, eso duplica y triplica la responsabilidad. Si ya es peligroso que un ciego no tenga guía, mucho más lo es que pretenda él serlo de otro ciego. ¿Qué hace, pues, Pedro? No dice: "¿Pues qué? ¿A qué propósito dices eso?" No, él pregunta como si la cuestión estuviera aún llena de oscuridad. Tampoco dice: "¿Cómo has hablado contra la ley?" Pues temía pensara el Señor que estaba él también escandalizado. No, Pedro habla como si sólo se tratara de oscuridad. Pero es evidente que no era cuestión de oscuridad, sino de escándalo, pues oscuridad no había ninguna. De ahí que el Señor los reprenda, diciendo: *¿También vosotros sois todavía insensatos?* Porque posiblemente las muchedumbres no se enteraron de lo que dijo. Los escandalizados habían sido ellos. De ahí que, desde el principio, como si preguntaran por los fariseos, querían saber la solución;

mas como le oyeron que gravemente les amenazaba y decía: *Toda planta que no haya plantado mi Padre será arrancada de raíz;* y: *Son guías ciegos de los ciegos,* se contuvieron. Mas Pedro, que es siempre el más ardiente, ni aun así se resigna a callar y dice: *Explícanos esta parábola.* ¿Qué hace, pues, Cristo? El Señor le responde muy enérgicamente: *¿Todavía sois también vosotros insensatos?* ¿Todavía no entendéis? Esta reprensión tenía por fin quitarles totalmente su preocupación; pero no se detuvo ahí, sino que prosiguió diciendo: *Todo lo que entra en la boca va a parar al vientre y luego se segrega para el retrete. Mas lo que sale de la boca, procede del corazón, y esto es* lo *que mancha al hombre. Porque del corazón proceden los malos pensamientos, muertes, adulterios, fornicaciones, robos, blasfemias, falsos testimonios.* Y *estas cosas son las que manchan al hombre; mas el comer con las manos sin lavar no mancha al hombre.* Ya veis con qué vehemencia los reprende. Luego, para curarlos, trata de demostrarles sus palabras por lo que acontece en la común naturaleza. Porque cuando les dice que *lo* que *entra por la boca va a parar al vientre y luego se segrega para el retrete,* todavía les responde el Señor a estilo de la bajeza judaica. Porque quiere decirles que nada de eso permanece dentro, sino que se arroja todo. En realidad, aun cuando permaneciera, tampoco impurificaría al hombre. Pero todavía no eran capaces de oír esto. Por esto también Moisés, el legislador, los deja por todo el tiempo que permanece dentro; no así cuando es tiempo de que salgan afuera. Así, por la tarde manda que todos se laven y estén limpios, calculando el tiempo de la digestión y de la evacuación. Las cosas, sin embargo, del corazón —dice—permanecen dentro y manchan, no sólo cuando están dentro, sino también cuando salen fuera. Y lo primero que pone son los malos pensamientos, cosa muy judaica. Pero ya no toma su argumentación de la naturaleza de las cosas, sino de lo que engendran el vientre y el corazón y del hecho de que lo uno permanece y lo otro no. Porque lo que de fuera viene, afuera se arroja nuevamente; mas lo que se engendra dentro, al salir impurifica, y más precisamente cuando sale. Es que, como antes he dicho, no eran aún capaces de oír esto con la conveniente elevación de ideas. Marcos, por su parte, nos cuenta que al hablar así quería purificar los alimentos (Mc 7,19). Sin embargo, no afirmó ni dijo: "El comer tales y tales alimentos no impurifica al hombre". Porque no le hubieran

aguantado oírselo con tanta claridad. De ahí que concluyera: Mas el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre.

APRENDAMOS EN QUÉ ESTÁ LA VERDADERA IMPUREZA

Aprendamos, pues, qué es lo que verdaderamente mancha al hombre. Aprendámoslo y huyámoslo. Porque también en la iglesia vemos que domina costumbre semejante entre el vulgo. Todo su empeño es entrar en ella con vestidos limpios, todo se cifra en lavarse bien las manos; pero presentarle a Dios un alma limpia, eso no les merece consideración alguna. Al decir esto, no es que no nos lavemos las manos y la boca; lo que pretendo es que nos lavemos como conviene, no sólo con agua, sino también, en lugar de agua, con virtudes. Porque la suciedad de la boca es la maledicencia, la blasfemia, la injuria, las palabras iracundas, la torpeza, la risa, la chocarrería. Si tienes, pues, conciencia de no haber tocado nada de eso, si ninguna palabra de ésas has pronunciado, si no estás sucio de tales Manchas, acércate con confianza; mas si has admitido en ti miles y miles de esas manchas, ¿a qué vanamente trabajas en enjuagarte con agua la lengua, mientras llevas en ella por todas partes aquella suciedad de tus palabras, la de verdad funesta y dañosa?

HAY QUE ORAR CON ALMA LIMPIA

Porque, dime: si tuvieras tus manos manchadas de excremento y barro, ¿te atreverías a hacer oración? ¡De ninguna manera! Y, sin embargo, tal suciedad no supone daño alguno; la otra es la perdición. ¿Cómo, pues, eres tan escrupuloso en lo indiferente y tan tibio en lo prohibido? — ¿Pues qué? —me dirás —. ¿Es que no hay que orar? —Sí hay, ciertamente, que orar, pero no sucios, no con el barro entre las manos. — ¿Y qué hacer, si me veo sorprendido? —Purificarte. — ¿Cómo y de qué manera? —Llora, suspira, haz limosna, dale explicación al que ofendiste, reconcíliate con él por estos medios, trae bien tu lengua, a fin de que no irrites aún más a Dios. En verdad, si un suplicante se te abrazara a los pies con las manos sucias de excrementos, no sólo no le escucharías, sino le darías un puntapié. ¿Cómo, pues, te atreves tú a acercarte a Dios de esa manera? La lengua

es la mano de los que oran y por ella nos abrazamos a las rodillas de Dios. No la manches, pues, no sea que también a ti te diga el Señor: *Aun cuando multipliquéis vuestras súplicas, no os escucharé* (Is 1,15). Porque: *En mano de la lengua está la vida y la muerte* (Prov 18,21). Y: *Por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado* (Mt 12,37). Vigila sobre tu lengua más que sobre la niña de tus ojos. La lengua es un regio corcel. Si le pones freno, si le enseñas a caminar a buen paso, sobre ella montará y se sentará el rey; pero si la dejas que corra sin freno y que retoce a su placer, entonces se convierte en vehículo del diablo y los demonios. Después de tener comercio sexual con tu mujer, no te atreves a tener oración, cuando ninguna culpa hay en ello; y ¿tiendes, en cambio, tus manos a Dios antes de haberte bien purificado, después de desatarte en injurias e insultos, cosa que conduce al infierno? ¿Y cómo, dime por favor, no te estremeces? ¿No oyes que Pablo dice: *Honroso es el matrimonio y el lecho sin mácula*? (Hebr 13, 4) Si, pues, al levantarte de un lecho sin mácula no te atreves a acercarte a la oración, ¿cómo saliendo de un lecho diabólico invocas aquel nombre terrible y espantoso? En verdad, lecho diabólico es desatarse en injurias e insultos. Y la ira, como un perverso adúltero, se une con nosotros con gran placer, y derrama en nosotros gérmenes funestos, y nos hace engendrar la diabólica enemistad, y produce, en fin, todo lo contrario del matrimonio. Éste, en efecto, hace que dos vengan a ser una sola carne; mas la ira, aun a los unidos, separa en varias partes y escinde y corta el alma misma. A fin, pues, de que puedas acercarte a Dios con confianza, no consientas que la ira se introduzca en tu alma ni se una adúlteramente con ella. Arrójala de ti como a un perro rabioso. Porque así nos lo mandó Pablo: *Levantando* —dice— *manos santas, sin ira ni murmuraciones* (1 Tim 2,8). No deshonres tu lengua. Porque, ¿cómo rogará por ti, si pierde su propia libertad? Adórnala más bien con la modestia y la humildad. Hazla digna del Dios a quien invoca. Llénala de bendición, llénala de limosna. Porque también por las palabras puede hacerse limosna: *Porque mejor es la palabra que el don*. Y: *Responde al pobre, con mansedumbre, palabras de paz* (Eccli 18,16; 4,8). Y aun el resto del tiempo, embellécela hablando de las leyes divinas. Porque *toda tu conversación sea sobre la ley del Altísimo* (Eccli 9,23). Después de habernos así adornado a nosotros mismos, acerquémonos al

rey y postrémonos de rodillas, no sólo con el cuerpo, sino también con el alma. Consideremos a quién nos llegamos y por qué motivos y qué pretendemos alcanzar. Nos acercamos a Dios mismo, ante cuyo acatamiento los serafines cubren su rostro, por no poder soportar su resplandor; al que, viéndole la tierra, se estremece. Nos llegamos a Dios, que habita una luz inaccesible, y nos acercamos a suplicarle que nos libre del infierno, que nos perdone nuestros pecados, que no nos haga sufrir aquellos castigos insoportables y nos conceda alcanzar el cielo y los bienes que allí nos esperan.

EN QUÉ ESTÁ NUESTRO VERDADERO DAÑO

Postrémonos, pues, delante de Dios, no sólo, repito, con el cuerpo, sino también con el alma, a fin de que, al vernos postrados, Él nos levante. Hablemos con Él con toda modestia y mansedumbre. — ¿Y quién —me dirás— será tan miserable y desgraciado que no sea modesto en la oración? —El que ora entre maldiciones, el que está rebosante de ira, el que ladra contra sus enemigos. Si quieres, acúsate a ti mismo. Si quieres afilar y aguzar tu lengua, sea contra tus propios pecados. No digas qué mal te ha hecho otro, sino el que tú te has hecho a ti mismo. Éste es el verdadero mal. Porque, si tú no te haces daño a ti mismo, nadie podrá hacerte daño alguno. De suerte que, si quieres atacar a quienes te han perjudicado, empieza por arremeter contra ti mismo. No hay en ello inconveniente. Porque si a otro atacas, saldrás tú con mayor daño todavía. Y, en definitiva, ¿qué injusticia puedes tú sacar a cuento? ¿Que fulano te insultó, te despojó de tus bienes, te hizo pasar graves peligros? Mas todo eso no supone verdadero daño y, a poco que vigilemos, hasta podemos sacar de ello el mayor provecho. Porque el de verdad dañado no es el que sufre esas injusticias, sino el que las hace. La causa realmente de todos nuestros males es que no sepamos quién es el de verdad dañado y quién el que daña. Porque, si esto lo supiéramos bien sabido, jamás nos dañaríamos a nosotros mismos, jamás maldeciríamos a nuestro prójimo, pues sabríamos que es imposible sufrir mal alguno de parte de otro. El mal no está en que nos roben, sino en robar nosotros. Si has robado, acúsate a ti mismo; pero si te han robado a ti, ruega por el que ha robado, pues no ha podido hacerte bien mayor. Tal vez no fue ésa la intención del que lo hizo; pero tú, si lo llevas generosamente, has sacado de ello el mayor

provecho. Al ladrón, las leyes humanas y divinas le declaran desgradado; mas a ti, que has sufrido la injusticia, te coronan y te proclaman. Si un enfermo enfebrecido arrebata un vaso lleno de agua y sacia con ella su dañoso deseo, ¿quién diremos que Sufre un daño: el enfermo o el amo del vaso? ¡El enfermo, que no hizo sino aumentar su fiebre y agravar su enfermedad! Pues aplica ese razonamiento al avaro y amador del dinero. En verdad, más ardiente sed sufre el avaro que el enfermo, y con su robo no logra tampoco otra cosa que encender más y más su ardor. Y sí un loco furioso le arrebata a cualquiera una espada y se atraviesa con ella, ¿quién es aquí igualmente el perjudicado: el que arrebata la espada o a quien se la arrebatan? Evidentemente, el que la arrebata. Pues juzguemos de modo semejante en el caso de despojarnos de nuestras riquezas. Lo que la espada para el loco, eso es la riqueza para el avaro, o, mejor, más grave que la misma espada. Porque el loco que coge la espada y se atraviesa con ella, se libra definitivamente de su locura y no puede ya darse otro golpe; mas el avaro, aunque diariamente se haga mil heridas más graves que la de la espada, no por eso se libra de su locura, sino que se la agrava cada vez más. Cuanto más heridas recibe, tanto más espacio deja para recibir otros golpes más graves.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS DE LA AVARICIA

Considerando, pues, esto, huyamos de esa espada, huyamos de esa locura y, siquiera tarde, vivamos sobriamente. En verdad, sobriedad y templanza habría que llamar también a esta virtud, no menos que a la castidad, que así se llama por todos. En ésta, la lucha se entabla contra la tiranía de un solo deseo, pero aquí hay que dominar a muchos deseos y de la más varia especie. Nada más insensato que un esclavo de la riqueza. Cree dominar y es dominado; cree ser amo y es esclavo. Se echa cadenas a sí mismo, y se alegra; hace cada vez más feroz a una bestia, y se regocija; se ha hecho prisionero, y salta de júbilo; ve a un perro rabioso que se arroja sobre su alma, y, en vez de atarlo y matarlo de hambre, le da comida abundante para que se le arroje con más fuerza y sea más temible. Considerando, pues, todo esto, rompamos las cadenas, matemos a la fiera, arrojemos esta peste, desechemos esa locura, a fin de gozar de tranquilidad y de pura salud y, tras abordar con mucho placer al puerto de bonanza, alcancemos los bienes eternos. Los que ojalá consigamos todos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre por los siglos de los

siglos. Amén.

HOMILIA 52

Y saliendo Jesús de allí, se retiró a las partes de Tiro y de Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, salido que hubo de aquellos términos, le daba gritos diciendo: Compadécete de mí, Señor, hijo de David. Mi hija es atormentada duramente por el demonio (Mt 15,21 y sig.)

JESÚS EN TIERRA DE GENTILES

Marcos nos cuenta que, llegado que hubo a la casa, no le fue posible permanecer oculto. Y ¿por qué, en concreto, se dirigió Jesús a aquellas partes? Cuando hubo librado a los judíos de la observancia de los alimentos, entonces es cuando, adelantando en el camino, abre también la puerta a los gentiles: como Pedro, que recibe la orden de derogar aquella ley y seguidamente es enviado al centurión Cornelio. Mas si alguien preguntara por qué habiéndoles Él dicho a sus discípulos: *No vayáis por el camino de los gentiles* (Mt 10,5), ése es el que toma Él ahora, le responderíamos, en primer lugar, que no estaba el Señor obligado a lo mismo que mandaba a sus discípulos. Y, en segundo, que tampoco Él fue allí con intento de predicarles. Marcos lo da a entender cuando dice que trató de esconderse y permanecer oculto (Mc 7,24). Porque, así como no correr primero hacia aquellas gentes era lo que pedía el orden natural de las cosas, así rechazar a los que a Él se acercaban hubiera sido indigno de su bondad. Pues si era bien seguir a los que huían, mucho más de razón era no huir de los que le buscaban. Mirad, si no, cuán merecedora del beneficio era la mujer cananea, pues ni siquiera se había atrevido a ir a Jerusalén, por temor que sentía y por tenerse a sí misma por indigna. Porque, que, de no haber sido por eso, allí se hubiera presentado, puede muy bien deducirse de su fervor presente y del hecho de haber salido de sus propios términos. Hay quienes explican alegóricamente el pasaje y dicen que cuando Cristo hubo salido de la Judea, entonces fue cuando la Iglesia se atrevió a acercársele, salido que había también ella de sus propios términos, conforme a la palabra del profeta: *Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre* (Salmo 44,11). La verdad es que Cristo había

salido de sus términos y la mujer de los suyos, y de este modo pudieron encontrarse uno con otro. *Porque he aquí* —dice el evangelista— *que una mujer cananea, salido que hubo de sus términos...* Comienza el evangelista por acusar a la mujer, a fin de poner más de relieve la maravilla y proclamarla luego con más gloria. Al oír ese nombre de "cananea", acordaos de aquellas naciones inicuas que fundamentalmente trastornaron aun las mismas leyes de la naturaleza. Y con ese recuerdo, considerad el poder de la presencia de Cristo. Porque los que habían sido expulsados de la tierra para que no extraviaran a los judíos, esos mismos se muestran ahora tanto más aptos que los judíos, que salen de sus propios términos para acercarse a Cristo, mientras aquéllos le arrojan de los suyos, cuando va a ellos.

FE DE LA MUJER CANANEA

Acercándose, pues, a Jesús, la mujer cananea se contenta con decirle: *Compadécete de mí*, y tal eran sus gritos que reúne en torno a sí todo un corro de espectadores. En verdad, tenía que ser en espectáculo lastimoso ver a una mujer gritando con aquella compasión, y una mujer que era madre, que suplicaba en favor de su hija, y de una hija tan gravemente atormentada por el demonio. Porque ni siquiera se había atrevido a traer la enferma a presencia del Señor, sino que, dejándola en casa, ella dirige la súplica, y sólo le expone la enfermedad y nada más añade. No trata la mujer de arrastrar a su propia casa al médico, como aquel otro cortesano regio que le dijo: *Ven e imponle tu mano y baja antes de que muera mi hijo* (Juan 4,49). No, la cananea, después de contar su desgracia y lo grave de la enfermedad, sólo apela a la compasión del Señor y la reclama a grandes gritos. Y notemos que no dice: "Compadécete de mi hija", sino: *Compadécete de mí*. Mi hija en realidad no se da cuenta de lo que sufre. Yo soy la que sufro tormentos infinitos, la que sufro dándome cuenta; la que, por darme cuenta, me vuelvo loca de dolor. *Mas el Señor no le respondió palabra*. ¿Qué novedad, qué extrañeza es ésta? A los judíos, aun ingratos, los dirige; aun blasfemándole, los exhorta; aun tentándole, no los abandona. A esta pobre mujer, sin embargo, que corre hacia Él, que le ruega y suplica, que no se había educado en la ley ni en los profetas, y que, sin embargo, da tales pruebas de reverencia y piedad; a ésta, digo, no se digna el Señor ni responderle. ¿A quién

no le hubiera escandalizado tal conducta, tan contraria a la fama que corría del Señor? Y es así que todos habían oído que recorría sus pueblos y aldeas, curándolos a todos; y a ésta que se le acerca, la rechaza. ¿Y a quién no hubiera conmovido su dolor y aquella súplica que le dirige en favor de su hija, tan gravemente enferma? Porque no se acercó al Señor por tenerse por digna de la gracia, ni como quien exige una deuda; no. Sólo pide que se le tenga compasión, sólo cuenta con trágicos acentos su desgracia. ¡Y ni respuesta se le concede! Tal vez muchos de los que la oyeron se escandalizaron; pero ella no se escandalizó. ¿Y qué digo los que la oyeron? Yo creo que los mismos discípulos del Señor tuvieron alguna compasión de la desgracia de la mujer y hasta se turbaron y entristecieron un poco. Y, sin embargo, ni aun turbados, se atrevieron a decirle al Señor: "Concédele esta gracia". No. *Acercándosele sus discípulos, le rogaban diciendo: Despáchala, pues viene gritando detrás de nosotros*. Y es así que aun nosotros, cuando queremos persuadir a uno, muchas veces empezamos por proponerle lo contrario. Pero Cristo les respondió: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*.

CONSTANCIA EN LA ORACIÓN DE LA MUJER CANANEA

¿Qué hace, pues, la mujer? ¿Se calló por ventura al oír esa respuesta? ¿Se retiró? ¿Aflojó en su fervor? ¡De ninguna manera! Lo que hizo fue insistir con más ahínco. Realmente no es eso lo que nosotros hacemos. Apenas vemos que no alcanzamos lo que pedimos, desistirnos de nuestras súplicas, cuando, por eso mismo, más debiéramos insistir. En verdad, ¿a quién no hubiera desanimado la palabra del Señor? El silencio mismo pudiera haberla hecho desesperar de su intento; mucho más aquella respuesta. Porque ver que sus intercesores eran como ella rechazados y oír que el asunto era imposible, había de haberla llevado a un total desconcierto. Y, sin embargo, la mujer no se desconcertó. Ella que vio que sus intercesores nada podían, se desvergonzó con la más bella desvergüenza. Antes, en efecto, no se había atrevido ni a presentarse a la vista de Jesús. *Viene gritando* —le dicen los discípulos— *detrás de nosotros*. Pero cuando parecía natural que, desalentada, había de alejarse más, entonces es cuando se le acerca y le adora

diciéndole: *Señor, ayúdame.* ¿Qué es esto?, ¡oh mujer! ¿Es que tienes tú más confianza que los apóstoles? ¿O acaso más fuerza que ellos? Confianza y fuerza, no tengo ninguna. No. Yo estoy llena de vergüenza. Sin embargo, mi misma desvergüenza será mi súplica. Él tendrá consideración a mi confianza. ¿Y qué tendrá eso que ver? ¿No le has oído decir: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel?* Lo he oído —contesta la cananea—; pero Él es el Señor. Por eso justamente no le dijo ella: "Ruega y suplica", sino: *Ayúdame.* ¿Qué hace, pues, Cristo? Ni con eso se contentó, sino que hace más rotunda su negativa, diciendo: *No está bien tomar el pan de los hijos y dárselo a los perrillos.* Cuando el Señor se digna hablar a la mujer, la desconcierta aún más que con su silencio. Y ahora, ya no refiere a otro la causa de su negativa; no dice: "No he sido enviado". No. Cuanto más la mujer intensifica su súplica, con más fuerza también Él se la rechaza. Ya no llama ovejas a los israelitas, sino hijos; a ella, en cambio, sólo la llama perrillo, ¿Qué hace entonces la mujer? De las palabras mismas del Señor, sabe ella componer su defensa. Si soy un perrillo —parece decirse— ya no soy extraña a la casa. Con razón decía Cristo: Yo no *he venido para juicio* (Juan 9,39). Esta mujer piensa como es debido y muestra una constancia y una fe a toda prueba, y eso que se la desatiende e insulta; los judíos, sin embargo, mimados y honrados, le pagan al Señor con moneda contraria. *Que el alimento* —prosigue la mujer— es necesario a los hijos, también yo lo sé muy bien; pero, puesto ya que soy un perrillo, tampoco a mí se me debe negar. Porque si no es lícito tomarlo, tampoco lo será tener alguna parte en las migajas. Mas si se puede participar siquiera un poco, tampoco a mí, aun cuando sea perrillo, se me debe prohibir esa participación. Antes bien, el ser perrillo es mi mejor razón para entrar a la parte. He ahí por qué difirió Cristo la gracia: Él sabía lo que la mujer había de contestar. Para mostrarnos su admirable filosofía, le había, hasta entonces, negado el don de la salud de la hija. Porque si no hubiera tenido intención de dársela, tampoco después de esto se la hubiera dado ni le hubiera por segunda vez replicado. Obra el Señor con esta cananea como lo había hecho ya en otros casos. Si al centurión le dijo: Yo *iré y curaré a tu criado*, fue porque quería que nos enteráramos de la reverencia de aquél y oyéramos sus palabras: *No soy digno de que entres bajo mi*

techo. Si nos dice igualmente en el caso de la hemorroísa: Yo *sé que ha salido virtud* de mí, es que quiere poner de manifiesto la fe de aquélla. Lo mismo la samaritana, que, aun reprendida por Él, no se aparta de su lado. Así puntualmente con esta cananea. No quería el Señor que quedara oculta virtud tan grande de esta mujer. De modo que sus palabras no procedían de ánimo de insultarla, sino de convidarla, de deseo de descubrir aquel tesoro escondido en su alma. Mas, juntamente con la fe, considerad, os ruego, la humildad de esta cananea. El Señor había llamado hijos a los judíos; ella no se contentó con eso, y les dio nombre de señores. Tan lejos estaba de sentirse de las alabanzas de los otros: *Porque también los perrillos* —dice— *comen de las migajas que* caen *de las mesas de sus señores.* Mirad la discreción de aquella mujer, mirad cómo no se atrevió a replicarle al Señor ni se sintió de las alabanzas de los demás; mirad su perseverancia. El Señor le dijo: *No está bien…;* y ella le respondió: *Es cierto, Señor. Él* había hablado de hijos; ella, de señores. Él la había llamado *perrillo;* ella añade también lo que hace el perrillo. Ya veis la humildad de esta mujer. Escuchad ahora la arrogancia de los judíos: *Nosotros somos descendencia de Abrahán y de nadie hemos sido esclavos jamás. Nosotros hemos nacido de Dios* (Juan 8,33 y 41). No así la cananea. Ella se llama a sí misma perrillo y a ellos les da nombre de señores. Y por ello justamente se convirtió en hija. Porque ¿qué le responde Cristo? *¡Oh mujer, grande es tu fe!* He ahí explicadas todas las dilaciones: quería el Señor pronunciar esa palabra quería coronar a la mujer. Como si dijera: Tu fe es capaz de lograr cosas mayores que ésa: pues *hágase como tú quieres* Parienta es esa palabra de aquella otra: *Hágase el cielo,* y el *cielo fue hecho* (Gen 1,1). Y *a partir de aquel momento quedó* sana *su hija.* Mirad cuán grande parte tuvo la mujer en la curación de su hija. Porque por eso no le dijo Cristo: "Quede curada tu hija", sino: *Grande es tu fe. Hágase como tú quieres.* Con lo que nos da a entender que sus palabras no se decían sin motivo, ni para adular a la mujer, sino para indicarnos la fuerza de la fe. Y la prueba y demostración de esa fuerza dejola el Señor al resultado mismo de las cosas: *Desde aquel* momento —dice el evangelista— su *hija quedó sana.*

EL PODER DE LA PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Mas considerad también, os ruego, cómo, vencidos los apóstoles y fracasados en su intento, la mujer consiguió su pretensión. Tanto puede la perseverancia en la oración. En verdad, Dios prefiere que seamos nosotros quienes le pidamos en nuestros asuntos, que no los demás por nosotros. Cierto que los apóstoles tenían más confianza con el Señor; pero la mujer demostró más constancia. Y por el resultado de su oración, el Señor se justificó también ante sus discípulos de todas sus dilaciones y les hizo ver que con razón no hizo caso de sus pretensiones.

NUMEROSAS CURACIONES OBRADAS POR EL SEÑOR

Y, *trasladándose Jesús de allí, vino junto al mar de Galilea.* Y, *habiéndose subido al monte, se sentó allí.* Y, *acercándose a Él grandes muchedumbres que traían consigo cojos, ciegos, tullidos y mudos, los arrojaron a sus pies.* Y *Él los* curó, *de suerte que las muchedumbres se quedaron pasmadas de ver* cómo *los ciegos veían,* y *los mudos hablaban, y los tullidos estaban sanos, y los cojos andaban,* y *los leprosos quedaban limpios, y glorificaban al Dios de Israel.* Unas veces va el Señor de una parte a otra, otras se sienta en espera de los enfermos, y hasta los cojos suben al monte para verle. Y en este momento ya no le tocan la orla de su vestido. Ya se han levantado un poco más alto. Ahora se contentan con arrojarse a sus pies, con lo que le dan doble prueba de fe. Primero, porque, aun estando cojos, suben al monte; y segundo, por no desear ni pedir otra cosa que arrojarse ante sus pies. Y, en verdad, grande y maravilloso había de ser el espectáculo de ver andar por sí mismos a los que habían tenido que ser llevados por otros y ver normalmente los ciegos sin necesidad ya de quienes los guiasen. La muchedumbre de los curados y la facilidad con que operaba el Señor sus curaciones los llenó a todos de estupor. ¿Veis cómo a la mujer cananea la curó el Señor con tantas dilaciones y a éstos inmediatamente? Y no es que éstos fueran mejores que la mujer, sino porque ésta tenía más fe que ellos. De ahí que, porque quería el Señor poner de manifiesto su constancia, a la mujer cananea le da largas y más largas; mas a éstos les concede la gracia inmediatamente para

tapar la boca de los incrédulos judíos y no dejarles modo de defensa. Porque, cuanto uno recibe mayores beneficios, de tanto mayor castigo se ha culpable si es ingrato, pues ni por el honor y beneficio se hizo mejor.

NECESIDAD DE LA LIMOSNA

De ahí justamente que los ricos, si son malos, serán más duramente castigados que los pobres, pues ni siquiera en la prosperidad se hicieron mejores. Y no me digáis que dieron limosna; porque si no la dieron según la cuantía de su fortuna, ni aun así escaparán al castigo. Porque la limosna no se juzga por la medida de lo que se da, sino por la generosidad de la intención. Y si estos que aun dan algo son castigados, mucho más lo serán los que se guardan lo superfluo, los que edifican casas de tres y cuatro pisos, y desprecian, en cambio, a los que pasan hambre; los que ponen todo su afán en su avaricia de dinero, y ninguno en dar una limosna. Mas ya que he venido ahora a parar en el tema de la limosna, permitidme que vuelva a tomar hoy el discurso que hace tres días empecé acerca de la caridad y beneficencia, y que dejé entonces sin terminar g. Recordad que anteayer os hablaba del lujo de los calzados y de esa vanidad y molicie de los jóvenes, y fue porque de la limosna vinimos a parar a esas culpas. ¿Qué era, pues, lo que entonces propiamente tratábamos? Decíamos que la limosna es un arte que tiene su taller en el cielo y a Dios por maestro. Luego, tratando de averiguar qué es arte y qué no es arte, vinimos a parar a las vanas y falsas artes, entre las cuales hicimos mención del arte ese de los zapatos. ¿Lo recordáis? Vamos, pues, hoy a tomar el hilo de lo entonces dicho y hagamos ver cómo la limosna es un arte, y hasta el mejor de todas las artes. Porque si lo propio de un arte es que termine en algo útil, y nada hay más útil que la limosna, es evidente que no sólo es arte, sino la mejor entre todas las artes. Ella no nos fabrica calzados, ni teje vestidos, ni nos construye casas de barro; pero nos procura la vida eterna, y nos arranca de las manos de la muerte, y nos hace gloriosos en éste y en el otro mundo, y nos construye las mansiones en el cielo, aquellos eternos tabernáculos de arriba. Ésta es la que no deja que nuestras lámparas se apaguen ni que nos presentemos con vestidos sucios al banquete de bodas. No. Ella nos lava y nos deja más puros que la nieve. *Porque, aun cuando sean vuestros*

pecados como la púrpura —dice la Escritura—, yo *los dejaré blancos como la nieve* (Is 1,18). La limosna no nos deja caer donde cayó aquel rico glotón ni oír las terribles palabras que él oyó, sino que nos conduce al seno de Abrahán (Lc 16,26). A decir verdad, cada una de las artes humanas no realiza sino un objeto solo. La agricultura, por ejemplo, nos alimenta; el arte textil nos viste. O, por mejor decir, ni siquiera basta un arte sola para realizar su propio objeto.

CADA ARTE NECESITA DEL CONCURSO DE OTRAS MUCHAS

Si os place, examinemos la primera la agricultura. Sin el arte del herrero, que le presta la azada y el carro, la hoz y el hacha, y tantas herramientas más; sin el del carpintero, que le construye el arado y le prepara el yugo y el trillo para trillar las mieses; sin el del guarnicionero, que le fabrica las correas; sin el del albañil, que le construye establos para los bueyes que aran y casa a los mismos labradores que siembran; sin el del leñador, que corta los árboles; y, después de los dichos, sin el panadero, que nos cuece el pan, la agricultura no aparecería por ninguna parte. Por modo semejante, el arte textil, si algo hace, es con el concurso de otras muchas artes que contribuyen a su propio objeto. Si ésas no acuden y le tienden la mano, también ella se para por faltarle aquella ayuda. Cuando se trata, sin embargo, de hacer limosna, de ninguna otra necesitamos, sino de buena voluntad. Y si me dices que se necesita dinero, y casas, y vestidos, y calzados, lee aquellas palabras que Cristo dijo sobre la viuda y cesará toda tu angustia. Por muy pobre que seas, aun cuando seas más pobre que los mendigos, con dos cornadillos que eches, ya lo has hecho todo (Mc 12,42; Lc 21,3). Aun cuando sólo des ese pedazo de pan—el único que tienes—, has llegado a lo sumo de esta arte. Aceptemos, pues, esta ciencia y esta arte y practiquémosla. Saberla vale realmente más que ser emperador y ceñirse diadema.

VENTAJAS Y EXCELENCIAS DE LA LIMOSNA

Y no es ésa sola su ventaja, la de no necesitar de otra cosa

alguna, sino que ella por sí lleva a cabo las obras más numerosas y varias. Ella nos edifica casas que permanecen para siempre en el cielo; ella enseña a los que la practican cómo pueden escapar de la muerte inmortal. Ella nos regala tesoros que no se consumen, que no conocen menoscabo alguno ni por parte de los ladrones, ni de los gusanos, ni de la polilla, ni del tiempo. En verdad, si sólo en cuanto a la guarda del grano te enseñara alguien eso, ¿qué no darías por poder guardar durante muchos años intacto tu trigo? Pues he aquí que esta arte te enseña no sólo cómo guardes intacto tu trigo, sino todo lo que tienes: tus bienes, tu alma y tu cuerpo. ¿Y qué necesidad hay de ir enumerando una a una todas las obras de esta arte? Porque ella nos enseña cómo podemos llegar a ser semejantes a Dios, que es la suma de todos los bienes. ¿Veis cómo esta arte no realiza una sola obra, sino muchas? Sin necesitar de otra arte alguna, ella sola edifica casas, teje vestidos, prepara tesoros imperecederos, nos hace triunfar de la muerte, domina al diablo, nos vuelve semejantes a Dios. ¿Qué puede haber, pues, serás provechoso que esta arte? Porque todas las demás, aparte lo dicho, terminan juntamente con la presente vida; basta que tos artífices estén enfermos para que ellas también desaparezcan; sus obras no pueden ser duraderas y necesitan de mucho trabajo y de mucho tiempo y de infinitas cosas más. El arte, sin embargo, de la limosna, cuando el mundo pase, entonces brillará más espléndidamente; cuando nosotros muramos, ella aparecerá más gloriosa y hará más bella ostentación de sus obras. Ella no necesita de tiempo ni de trabajo ni de otro esfuerzo de ninguna especie. Aun cuando estés enfermo, aun cuando seas viejo, ella sigue trabajando, ella te acompaña en el viaje hacia la vida venidera y no te abandona jamás. Ésta te hace más poderoso que los sofistas y oradores. Los que alcanzan renombre en estas artes de la sofística y la oratoria, llevan tras sí a una muchedumbre de envidiosos; mas los que brillan en el arte de la limosna, tienen a muchos que ruegan por ellos. Aquéllos intervienen en los tribunales humanos para defender a los agraviados y muchas veces también a los que agravian; la limosna, sin embargo, asiste al tribunal mismo de Cristo, no sólo para ahogar ella, sino para persuadir al mismo juez que abogue por el que es juzgado y dé sentencia a su favor. Y aun cuando hayas cometido infinitos pecados, ella te corona y te proclama. Porque: Dad —dice el *Señor —limosna, y todo será puro* para *vosotros* (Lc 11,41). ¿Y qué digo en la

vida venidera? Si aun ahora se preguntara a los hombres qué preferirían: que haya muchedumbre de sofistas y oradores o de hombres misericordiosos y caritativos, veríamos que preferirían los segundos a los primeros. Y con mucha razón. Suprimida la elocuencia, ningún daño vendría a la vida, puesto que mucho tiempo existió, sin ella; pero si se suprime la caridad, todo perece y se pierde. Como no es posible navegar por el mar si no hay puertos y fondeaderos, así tampoco es posible que tenga consistencia la vida presente, si de ella se elimina la compasión, el perdón y la caridad.

LA COMPASIÓN, LEY DE LA NATURALEZA

De ahí que Dios no encomendó esas virtudes a la sola razón, sino que mucha parte de ellas las imprimió en la ley misma de la naturaleza. Así los padres, así las madres, se compadecen de sus hijos, y los hijos de sus padres. El hecho no se da sólo entre los hombres, sino también entre los animales todos. Así $e compadecen hermanos a hermanos, parientes a parientes y hombre a hombre. Y es que, por ley de la naturaleza misma, sentimos cierta inclinación a la compasión y misericordia. De ahí que nos irritemos ante una injusticia, y al ver ejecutar a un criminal nos conmovemos, y lloramos a la vista de los que lloran· Y es que como Dios quería tan ardientemente que se practicara esta compasión, puso ley a la naturaleza que contribuyera en mucha parte a ello, con lo que nos demostraba el empeño que Él ponía en su cumplimiento. Considerando, pues, todo esto, vayamos nosotros mismos, y llevemos también a nuestros hijos y allegados a la escuela de la misericordia, y esto es lo que primero ha de aprender el hombre, pues en esto está el ser hombre: *Porque grande cosa es el hombre, preciosa cosa es el* varón *compasivo* (Prov 20,6). El que eso no tiene, ha dejado también de ser hombre. La compasión nos hace sabios. ¿Y qué maravilla es que eso sea el hombre? Dios mismo es eso. Porque: *Sed* —dice el Señor— *misericordiosos, como vuestro Padre* (Lc 6,36). Aprendamos, pues, a ser misericordiosos por todas las razones que para serlo tenemos; pero, sobre todo, porque también nosotros necesitamos de mucha misericordia. Y no pensemos haber vivido todo el

tiempo que no hayamos sido compasivos.

LA LIMOSNA LIMPIA DE AVARICIA

Pero aquí hablo de la limosna limpia de toda avaricia. Porque si el que se guarda lo suyo y no da parte a nadie no es compasivo, ¿cómo lo será el que toma lo ajeno, por mucho que dé? Si es inhumanidad gozar uno solo de sus propios bienes, mucho más lo es despojar a los otros de los suyos. Si los que ninguna injusticia han cometido serán castigados por no dar, mucho más los que, encima de no dar, quitaron. No digas, por tanto, que a uno se le quitó y a otro se le dio. Porque ahí está el mal, pues debía haber sido el mismo a quien quitaste y a quien le diste. Pero es el caso que hieres a unos y te vas a curar a otros, cuando tenías que curar a quien heriste o, por decir mejor, no tenías que haberle herido. Porque no es caritativo el que hiere y cura, sino el que cura a los que han sido por otros heridos. Cura, pues, tus propios males antes de los ajenos. O, más bien, no hieras a nadie, no derribes a nadie (ello sería un juego), sino levanta a los que han sido derribados. Por lo demás, tampoco es posible reparar con la misma medida de limosna el mal que se ha hecho por la avaricia. Si por avaricia has robado un óbolo, no basta con que des otro de limosna para cerrar la herida hecha por la rapiña, sino un talento. Por eso al ladrón convicto se le obliga a pagar el cuádruplo (Ex 22,1). Pues peor que el ladrón es el que explota y defrauda. Si, pues, al ladrón, se le obliga a pagar el cuádruplo de lo cíe robó, al explotador y defraudador hay que obligarle al décuplo y más. Y contento podrá estar que así pueda reparar la injusticia, ya que el premio de la limosna ni así lo recibirá. De ahí que Zaqueo dijera: *Volveré el cuádruplo de lo que he defraudado y la mitad de mis bienes la daré a los pobres* (Lc 19,8). Pues, si en la ley hay que devolver el cuádruplo, mucho más en la gracia. Si así ha de hacerlo el ladrón, mucho más el defraudador; pues aquí al daño se junta también- la mayor insolencia. De suerte que, aun cuando dieres el céntuplo, no lo has dado todo. ¿Ves cómo no sin razón decía yo que, si has defraudado un óbolo, aun cuando des un talento, apenas si has remediado el mal hecho? Pues, si así lo remedias apenas, ¿Qué defensa tendrás si inviertes los términos: que arrebatas

fortunas enteras y das luego una miseria, y ni siquiera la das a quienes dañaste, sino a otros en su lugar? ¿Qué perdón, qué esperanza te queda de salvación? ¿Quieres saber qué mal haces con semejante compasión y limosna? Escucha la Escritura que dice: Como *el que mata a un hijo delante de* su *padre, así es el que ofrece sacrificio de los bienes de los pobres* (Eccli 34,24). No nos vayamos de la iglesia sin haber antes grabado esta amenaza en nuestra propia alma. Escribámosla en las paredes, en nuestras manos, en nuestra conciencia, en todas partes. Por lo menos este temor, vivo siempre en nuestra alma, retenga nuestras manos y no se manchen diariamente en sangre. Porque más grave que la muerte es la rapiña, que va consumiendo lentamente al pobre.

EXHORTACIÓN FINAL: LIBRÉMONOS DE LA AVARICIA

Meditemos, pues, estas verdades, ora nosotros solos, ora con los demás, a fin de estar puros de este vicio. De este modo estaremos mejor dispuestos para la misericordia, y recibiremos el galardón a ésta prometido, y alcanzaremos finalmente los bienes eternos, por la gracia y misericordia de nuestro Sellos Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 53

Y Jesús, habiendo convocado a sus discípulos, les dijo: Me da lástima esta muchedumbre, pues llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino (Mt 16,32 y sig.).

PRELUDIOS DE LA SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

También la vez primera, cuando se disponía a realizar este mismo milagro, empezó por curar a los enfermos. Así lo hace también ahora. De la curación de ciegos y lisiados pasa a la multiplicación de los panes. Pero ¿cómo es que entonces los discípulos dicen: *Despide a las muchedumbres* (Mt 14,15), y ahora no se lo dicen a pesar de que habían

pasado ya tres días? La razón puede ser o que los discípulos se habían ya vuelto mejores o ver la gente no sentía tanto el hambre, puesto que *glorificaban al Dios de Israel por los milagros de Jesús.* Pero mirad cómo tampoco ahora pasa el Señor sin más a realizar el milagro, sino que llama también para ello a sus discípulos. Las turbas, como sólo habían venido para curarse, no se atrevían a pedirle panes; mas Él, bueno y próvido como es, se los va a dar aun sin pedírselos, y así, dice a sus discípulos: *Me da lástima esta muchedumbre y no quiero despedirlos ayunos.* Y para que no pudiera decirse que se habían ellos traído sus provisiones de camino, prosigue: *Tres días llevan ya a mi lado.* De modo que, aunque algo hubieran traído, todo estaba ya consumido· Por eso mismo, tampoco al quiso hacer el milagro el primero o segundo día, sino cuando toda provisión se había ya agotado. De este modo, sintiendo primero la necesidad, recibirían con más gusto el milagro. Por eso dice también: *A fin de que no desfallezcan en el camino.* Con lo que da a entender que estaban muy lejos de poblado y no les había ya quedado nada. —Y si no quieres despedirlos ayunos, ¿por qué no haces inmediatamente el milagro? —Porque con esta pregunta y con la respuesta quiere excitar la atención de sus discípulos, poniendo de manifiesto su fe, a ver si se le acercaban y le decían: "Multiplica los panes". Mas ni aun así entendieron la causa de preguntarles; por lo que más tarde, según Marcos, les dice: *¿De ese modo están todavía endurecidos vuestros corazones, que, teniendo ojos, no veis, y, teniendo oídos, no oís?* (Mc 8,17-18) Porque, de no haber sido por eso, ¿por qué motivo habla a sus discípulos y les muestra cuán merecido tenían aquellas muchedumbres el beneficio, y aún añade la compasión que a Él mismo le inspiran? Mateo, por su parte, nos cuenta que más adelante les reprendió diciendo: *Hombres de poca fe, ¿todavía no entendéis ni os acordáis de los cinco panes para cinco mil personas, y cuántos canastos recogisteis; ni de los siete panes para las cuatro mil personas, y cuántas espuertas sobraron?* (Mt 16,8-9) De tan maravilloso modo concuerdan entre sí los evangelistas. ¿Qué hacen, pues, los discípulos? Los discípulos siguen todavía arrastrándose por el suelo. Realmente, muchas precauciones había tomado el Señor para que se acordaran del primer milagro de la multiplicación de los

panes: les había preguntado, le respondieron ellos; les había encomendado la distribución, habían sobrado aquellos doce cestos. Pero ellos eran todavía muy imperfectos. De ahí que le respondan: *¿De dónde sacar nosotros tantos panes en el desierto?* Lo mismo antes que ahora, los apóstoles hacen mención del desierto. Ellos hablan así sin duda por la flaqueza de su inteligencia; pero con ello también ponen el milagro a cubierto de toda sospecha. Como antes he indicado, nadie podía decir que se habrían provisto en alguna aldea cercana. De ahí que, para acreditar plenamente el milagro, se hace constar el lugar en que se cumple. De ahí que tanto el otro como éste los realiza el Señor en pleno desierto y a buena distancia de todo poblado. Los discípulos, sin comprender nada de esto, decían: *¿De dónde sacar nosotros tantos panes en el desierto?* Sin duda pensaban que el Señor les había dicho aquello como si quisiera ordenarles que ellos mismos dieran de comer a toda aquella gente. Muy necio pensamiento. Porque si días antes les había dicho: *Dadles vosotros mismos de comer,* fue porque quiso ofrecerles ocasión de que le pidieran a Él el milagro. Y ahora ni siquiera les dice: "Dadles de comer", sino que: *Me da lástima esta muchedumbre y no quiero despedirlos ayunos.* Lo cual era llevarlos más cerca e incitarles más y obligarlos a mirar de pedirle a Él que lo hiciera. En verdad, sus palabras daban bien a entender que Él podía no despedirlos en ayunas y bien afirmaban su autoridad y poder. En efecto, ese *No quiero,* eso es lo que daba a entender. Más que más cuando los discípulos habían hecho mención de la muchedumbre y del lugar y del desierto. Porque: *¿de dónde —dicen— sacar nosotros tantos panes en el desierto para hartar a tan enorme muchedumbre?* Y ni aun así entendieron lo que les había dicho; de ahí que el Señor interviene decididamente de su parte y les dice: *¿Cuántos panes tenéis?* Y *ellos le responden: Siete panes y unos pocos pececillos.* Y ya no dicen, como habían dicho antes: pero *¿qué es esto para tanta gente?* De este modo, aun cuando no todo lo comprendían todavía, sin embargo, poco a poco se iban levantando en sus pensamientos. Y en verdad, el Señor mismo lo que intenta es despertar por estos medios su espíritu; de ahí sus preguntas, ahora como antes, a fin de traerles, por el modo mismo de su pregunta, el recuerdo de lo ya sucedido. Mas ya que habéis visto

por estos hechos la imperfección de los apóstoles, considerad también su filosófica actitud y admirad su amor en verdad. Ellos mismos son los que escriben y, sin embargo, no ocultan sus propios defectos, por grandes que sean. Y no era ciertamente culpa leve haber sucedido unos días antes tan grande prodigio y haberlo olvidado inmediatamente. De ahí que sean también reprendidos.

JESÚS MULTIPLICA NUEVAMENTE LOS PANES

Mas, juntamente con eso, considerad cuán por encimo estaban de las necesidades del vientre y qué bien enseñados a no hacer mucho caso de la mesa. Allí estaban en pleno desierto allí llevaban ya tres días, y sólo tenían siete panes. Ahora bien, en cuanto al milagro mismo, todo se desenvuelve de modo semejante a la primera multiplicación de los panes. Así, el Señor manda que la gente se tienda por el suelo, y en manos de sus discípulos hace que se vayan multiplicando los panes, *Porque mandó —dice* el evangelista— que *las muchedumbres se echaran por el suelo.* Y *tomando Él los siete panes* y *los peces, después de dar gracias, los partió y los dio a sus discípulos, y éstos a la muchedumbre.* El final, sin embargo, no es el mismo: *Porque comieron* todos —dice el evangelista— y *se hartaron, y recogieron de las sobras siete espuertas llenas de pedazos.* Y los *que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar mujeres* y *niños.* Mas ¿por qué en la primera multiplicación, en que eran cinco mil hombres, sobraron doce canastos, y aquí, que sólo con cuatro mil, sólo se recogen siete espuertas? ¿Por qué razón, pues, y motivo, fueron menos las sobras, no habiendo sido tantos los comensales? La explicación puede ser doble: o que las espuertas eran mayores que los canastos o, si ésa no gusta, para que la demasiada igualdad del milagro no contribuyera a que lo olvidaran. La diferencia había de servir para excitar su memoria, y por el contraste se acordaran del uno y del otro. Por eso justamente, en el primer milagro hace el Señor que el número de canastos coincida con el de los apóstoles; y ahora, el de las espuertas con el de los panes. Y también en esto demuestra su inefable poder y la facilidad de su acción, pues lo mismo podía obrar el milagro de una manera

acción, que de otra. Porque no suponía pequeño poder guardar el número tanto entonces como ahora: entonces de los cinco mil, y ahora, de los cuatro mil, y no dejar que ni entonces los canastos ni ahora las espuertas tuvieran ni más ni menos de fragmentos, no obstante la diferencia de los comensales. Y también el final del episodio es aquí semejante al primero. Entonces, como ahora, después de despachar a las muchedumbres, el Señor se retiró sobre una barca. El mismo Juan lo dice así 4. No había milagro que así hiciera a las turbas seguir a Jesús como este de la multiplicación de los panes. Y no era sólo seguirle, sino que pretendían proclamarle rey. El Señor, pues, para huir toda sospecha de ambición al imperio, después de hecho el milagro, se retira; y ni siquiera se retira a pie, sino que monta en una barca, a fin de que la gente no le siguiera. *Y, despedido que hubo* —dice el evangelista— *a las muchedumbres, subió a la barca y se fue a los términos de Magdala*.

CUESTIÓN CON FARISEOS Y SADUCEOS: EL SIGNO DEL CIELO

Y, acercándosele los fariseos y saduceos, le pidieron que les mostrara alguna señal del cielo. Mas Él les contestó: Llegada la tarde decía: Buen tiempo, pues el cielo está rojo vivo. Y por la mañana: Hoy hay tormenta, pues el cielo está rojo oscuro. ¿Conque sabéis, distinguir la faz del cielo y no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos? Una generación perversa y adúltera requiere una señal, y señal no se le dará si no es la señal de Jonás profeta. Y, dejándolos plantados, se marchó.

Marcos, por su parte, nos cuenta que se le acercaron y discutieron con Él, y que Jesús, *suspirando en su espíritu, dijo: ¿por qué esta generación reclama un signo?* (Mc 8,12). En verdad, la pregunta y ruego de fariseos y saduceos era para irritarse y molestarse; mas el Señor, amoroso y compasivo que era, no se irrita, sino que los compadece y los mira como a pobres desgraciados, enfermos sin remedio, pues venían a tentarle después de tantas manifestaciones de su poder. Porque no le preguntaban para creer, sino para cogerle. De habérsele acercado con deseos de creer, el Señor les hubiera dado el signo que le pedían. Porque si a la cananea le dijo: *No está bien tomar el pan de los hijos y darlo a los perros,* y, sin embargo, se lo

dio, mucho más les hubiera a éstos mostrado el signo. Mas como no buscaban la fe, el Señor los llama en otra ocasión hipócritas, pues decían una cosa y sentían otra. Porque, de haber creído, ni se lo hubieran siquiera pedido. Y otra prueba hay de que no creían. Reprendidos y confundidos por el Señor, ya no insistieron, ni menos dijeron: "Es que no sabemos y queremos aprender". ¿Y qué signo del cielo le pedían? Sin duda que parara al sol, o que pusiera freno a la luna, o que hiciera bajar rayos del cielo, o que trastornara la atmósfera, u otros por el estilo. ¿Qué les contesta, pues, el Señor? *¿Conque sabéis distinguir la faz del cielo y no sois* capaces *de distinguir los signos de los tiempos?* ¡Mirad su mansedumbre y su modestia! Ya no se limita, como antes, a negar rotundamente y decir: *No se le dará señal alguna* (Mt 12,39), sino que añade la causa por la que no se la da, a pesar de que aquéllos no preguntaban con deseo alguno de saber. ¿Cuál es, pues, la causa? Así como en el cielo —les viene a decir— uno es el signo de la tormenta y otro el del buen tiempo, y nadie, al ver signo de tormenta, espera o busca buen tiempo, ni, al revés, en la calma del buen tiempo, tormenta; así hay que pensar también de mí. Uno es el tiempo de mi primera venida y otro será el de la otra. Ahora son menester signos en la tierra como estos que estoy haciendo; los del cielo se reservan para el otro tiempo. Ahora he venido como médico; entonces vendré como juez; ahora, para buscar lo perdido; entonces, para pedir a todos cuentas. Por eso he venido ahora a ocultas; entonces vendré con toda majestad, plegando el cielo, ocultando el sol y no dejando que la luna dé su luz. Entonces se conmoverán hasta las potencias del cielo, y mi aparición será semejante al relámpago, que brilla de pronto a los ojos de todos. Pero no es ahora tiempo de tales signos. Ahora he venido a morir y a sufrir las mayores ignominias. ¿No habéis oído lo que dice el profeta: *No discutirá ni gritará ni se oirá fuera su voz?* (Is 42,2) ¿Y al otro igualmente: *Descenderá como lluvia sobre el vellón?* (Salmo 71,6).

TERMINA EL INCIDENTE CON FARISEOS Y SADUCEOS

Y si sus enemigos podían alegar las señales en tiempo de Faraón, se les puede responder que entonces se trataba de librarse de un enemigo y con razón se dieron aquellas señales;

pero el que venía como amigo a sus amigos, no tenía necesidad de ellas. Por lo demás, ¿cómo voy a dar los grandes signos si no son creídos los pequeños? Pequeños, digo, en cuanto a lo poco que tienen de ostentación; porque en cuanto a manifestación de poder, éstos son mayores que aquéllos. Porque ¿qué puede haber igual a perdonar los pecados, resucitar a un muerto, expulsar los demonios, restablecer un cuerpo y curar todas las otras enfermedades? Mas considerad vosotros el endurecimiento de corazón de aquellos fariseos y saduceos; cómo, oyendo decir al Señor: *No se le dará otra señal que la señal de Jonás profeta, nada le preguntan.* Sin embargo, conociendo como conocían la historia del profeta y cuanto le había acontecido y oyendo que por segunda vez se refería el Señor a ella, aquél era el momento de preguntarle y enterarse del sentido de sus palabras. Pero ya he advertido que no era deseo alguno de saber lo que les había llevado a hablarle. De ahí que el Señor, *dejándolos plantados, se marchó.*

LA LEVADURA DE LOS FARISEOS

Y llegados que fueron sus discípulos —prosigue el evangelista— *a la otra orilla, se olvidaron de tomar panes. Y Jesús les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos*. — ¿Por qué no les dijo: "Guardaos de su doctrina"? —Evidentemente, porque quiere recordarles los milagros obrados, pues Él sabía que los habían ya olvidado. Pero reprenderlos sin más ni más no parecía razonable; hacerlo, en cambio, tomando ocasión de ellos mismos, hacía más llevadera la reprimenda. — ¿Y por qué no los reprendió cuando dijeron: *¿De dónde sacar nosotros tantos panes en el desierto?* Realmente, ésta hubiera sido buena ocasión para decirles lo que ahora les dice. —Porque no quería dar la impresión que tenía prisa por hacer el milagro. Por otra parte, no quería reprenderlos delante de la muchedumbre ni honrarse Él a costa de sus discípulos. Ahora, sin embargo, la reprensión era más razonable; pues, aun después de dos milagros, se mostraban ellos tan rudos. De ahí que los reprenda después de haber hecho otro milagro, pues empieza por descubrir lo que iban ellos pensando. ¿Y qué es lo que pensaban? *Es que no hemos cogido panes.* Todavía seguían embaucados con las purificaciones judaicas y las observancias de alimentos. Por todas estas razones, el

Señor los ataca con más vehemencia que de costumbre y les dice: ¿A *qué pensáis dentro de vosotros mismos, hombres de* poca *re, que no habéis cogido panes? ¿Todavía no entendéis ni comprendéis? Endurecido tenéis el corazón. Tenéis ojos* y *no veis, oídos y no oís. ¿No os acordáis de los cinco panes para los cinco mil hombres, y cuántos canastos recogisteis? ¿Ni de los siete panes* para *los, cuatro mil, y cuántas espuertas recogisteis?* ¿Veis cuán por extremo irritado está el Señor? Realmente no se ve en otra parte alguna que así reprendiera a sus discípulos. — ¿Por qué razón, pues, lo hace así? —Porque quiere quitarles la preocupación por los alimentos. Por esta razón, en la otra ocasión, sólo les dijo: *¿Todavía no entendéis ni comprendéis?* (Mt 15,16). Aquí, sin embargo, aparte lo vehemente de la reprensión, los llama también hombres de poca fe. Porque no siempre es conveniente la blandura; y lo mismo que les permite confianza, los reprende; y, con esta variedad, mira Él próvidamente por la salvación de ellos. Pero mirad que, si la reprensión es fuerte, la moderación del Señor es también muy grande. No parece sino que el Señor quiere defenderse de reprenderlos con tanta vehemencia, y les dice: *¿Conque todavía no caéis en la cuenta de los cinco panes para aquellos cinco mil, y cuántos canastos recogisteis; ni de los siete panes para los cuatro mil, y cuántas espuertas* recogisteis? Si les recuerda el número de los que comieron y de las sobras, es porque quiere justamente traerles a la memoria los milagros pasados y hacerlos un poco más atentos para lo por venir. Y para que os deis cuenta del poder que tuvo su reprensión y cuán vivamente despertó su inteligencia adormecida, oíd lo que cuenta el evangelista. Nada les había indicado Jesús; sólo les había reprendido, y sólo añade ahora: ¿Cómo *no comprendéis que no os he dicho que os guardéis de los panes, sino de la levadura de los fariseos y saduceos?* Mas el evangelista prosigue diciendo: *Entonces comprendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de fariseos y saduceos.* Y, sin embargo, el Señor no se lo había interpretado. Mirad, pues, cuántos bienes produjo la reprensión: los apartó de las observancias judaicas, de flojos los hizo diligentes, los libró de su pusilanimidad y poca fe, de suerte que no temieran y temblaran, si acaso se hallaban con pocos panes, ni se preocuparan del hambre, sino que supieran despreciar todas esas

cosas.

LA VIDA HUMANA ES CONTINUA VICISITUD

Así, pues, ni nosotros adulemos en todo a nuestros súbditos ni queramos que siempre nos halaguen los que nos mandan. El alma humana necesita de uno y otro remedio. Así gobierna Dios el universo entero, y unas veces hace lo uno y otras lo otro, y ni permite que la prosperidad sea duradera, ni que la adversidad domine a su talante. Al modo como ora es de día, ora de noche, y hay estación de verano y estación de invierno, tal sucede también en nosotros: a veces estamos tristes, a veces alegres, tan pronto gozarnos de salud como nos postra la enfermedad. No nos sorprendamos, pues, cuando estamos enfermos, pues lo mismo habríamos de sorprendernos de estar sanos. No nos turbemos en la tristeza, pues también habríamos de turbarnos en la alegría. Todo esto sucede por ley de la naturaleza y por lógica de las cosas.

EN QUE SE PRUEBA LO DICHO CON ALGUNOS EJEMPLOS

¿Y qué maravilla es que esto te suceda a ti, cuando vemos que lo mismo sucedió a aquellos antiguos santos? Y para que te des cuenta de ello, ¿quieres que examinemos aquella vida, que a tu parecer estuvo más llena de placer y ajena de molestia? ¿Quieres que examinemos la vida de Abrahán desde sus comienzos? ¿Qué tuvo, pues, que oír Abrahán desde el primer momento? *Sal de tu tierra y de tu parentela* (Gen 12,1). Ahí tienes una cosa pesada que se le ordena. Pero mira cómo a lo pesado sucede lo agradable: *Y ve a la tierra que yo te mostraré, y te haré nación grande.* ¿Pues qué? Llegado que hubo a aquella tierra, tocado que hubo el puerto, ¿terminaron las cosas tristes? De ninguna manera. Pronto a las primeras sucedieron otras más graves, como fueron el hambre, la emigración y el rapto de su mujer. Y a estas calamidades sucedieron nuevas prosperidades: el castigo de Faraón, la libertad de su mujer, el honor y aquellos dones que el rey le concede y, en fin, la vuelta a su casa. Y todo el resto de su vida, no otra cosa fue que una cuerda tejida a la vez de prosperidades y desgracias. Lo mismo sucedió a los apóstoles.

De ahí que dijera Pablo: *El que a nosotros nos consuela en toda tribulación, a fin de poder también nosotros consolar a los que están en toda tribulación* (2 Cor 1,4). — ¿Y qué tendrá todo eso —me dirás— que ver conmigo, que estoy siempre en adversidades? —No seas desconocido, no seas ingrato, pues no es, no, posible que nadie esté en adversidad continua. La misma naturaleza no lo resistiría. Lo que pasa es que, como queremos estar siempre alegres, nos imaginamos que estamos siempre tristes. Y no es esa sola la razón. De los bienes y prosperidades nos olvidamos en seguida; pero de las adversidades nos acordamos continuamente. De ahí que siempre creemos estar entre adversidades. Pero no es posible que un hombre esté en continua adversidad.

NI LA PROSPERIDAD NI LA ADVERSIDAD SON NUNCA COMPLETAS

Si os place, examinemos una vida entre delicias, una vida delicada, rebosante de todo, y otra pesada, molesta y dolorosa. Y yo me comprometo a demostraros que la primera tiene también sus tristezas, y la segunda sus gustos. Pero no os alborotéis. Salga aquí en medio un pobre prisionero y juntamente un rey joven, que acaba de perder a su padre y ha heredado una gran fortuna. Salga también un jornalero, que tiene que trabajar todo el día, y otro que está entre constantes placeres. ¿Queréis, pues, que enumeremos primero todo lo que tendrá que sufrir este que decimos vivir entre delicias? Considerad, pues, que tormentas no han de agitar su alma cuando aspira a honores que están por encima de su posibilidad, cuando es despreciado por sus familiares o injuriado por sus inferiores, cuando por todas partes surgen sus acusadores, que censuran su lujo. Otras calamidades que naturalmente tienen que suceder en semejante riqueza no cabe ni explicarlas. ¡Cuántas enemistades, cuántos choques, acusaciones y daños; cuántas asechanzas por parte de mil envidiosos, los cuales, ya que no puedan arrebatarle para sí sus riquezas, arrastran y desgarran por todas partes al joven rico y levantan contra él mil tempestades! ¿Queréis, en cambio, que os hable del placer del jornalero? En primer lugar, de todo lo ahora dicho se halla él libre. Si le injurian, no le duele, pues no se tiene por superior a nadie. No teme por sus riquezas, come con gusto y duerme con alegría. Los que beben el

vino de Taso no sienten tanto placer como él cuando va a una fuente y goza de sus puras corrientes. No así el rico. Pero, si no basta con lo dicho, comparemos, para que mi victoria sea más completa, al prisionero con el rey. Al prisionero le veréis muchas veces que está alegre y juega y salta; al rey, sin embargo, con toda su diadema y su púrpura, le veréis triste, lleno de mil preocupaciones y muerto de miedo. No, no es posible, hallar una vida sin alguna pena y tristeza, ni tampoco exenta absolutamente de algún placer, porque, como antes he dicho, nuestra naturaleza no lo resistiría. Y si uno se alegre más y otro se entristece más, eso depende del mismo que se entristece, por ser pusilánime, no de la naturaleza de las cosas.

LA VIRTUD, FUENTE DE CONTINUA ALEGRÍA

Porque, si quisiéramos estar continuamente alegres, muchos motivos tenemos para ello. Basta con que nos abracemos con la virtud y nada podrá turbarnos. Porque la virtud ofrece a quienes la poseen las mejores esperanzas; ella nos hace agra» dables a Dios, gloriosos ante los hombres y es una fuente de placer inefable. Porque si bien es cierto que su práctica exige esfuerzo, sin embargo, ella llena nuestra conciencia de alegría y nos infunde tan íntimo placer, como no hay lengua que lo pueda explicar. Porque, ¿qué es lo que en esta vida te parece más dulce? ¿Una mesa opípara, la salud corporal, la gloria, la riqueza? Mas todos esos placeres, comparados con el placer de la virtud, son verdaderas amarguras. Porque nada hay más agradable que una buena conciencia y una dulce esperanza.

EN LA HORA DE LA MUERTE SÓLO NOS CONSOLARÁ EL RECUERDO DE NUESTRAS BUENAS OBRAS

Y si queréis cercioraros mejor de esta verdad, vayamos junto al lecho de uno que está para salir de este mundo o de un viejo acabado, y, recordándole la opípara mesa de que gozó, la gloria y los honores, por una parte, y por otra, las buenas obras que un día hiciera, preguntémosle de cuáles se alegra más, y veremos que de lo primero se avergüenza y se tapa la cara, y que al recuerdo de sus buenas obras le salen alas y salta de júbilo. Así, cuando

Ezequías estuvo enfermo, no hizo mención de su mesa opípara, ni de su gloria, ni de su realeza, sino de su justicia. *Acuérdate—dice —, Señor, que he caminado delante de ti por camino recto* (4 Reyes 20,3; Is 38,3). Mirad cómo el mismo Pablo por eso es por lo que se regocija, y dice: *He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe* (2 Tim 4,7). ¿Y qué otra cosa pudiera haber dicho Pablo?—me dirás. —Pues muchas cosas más: los honores con que fue honrado, la escolta de que gozó, el cuidado que se le prodigó. ¿Es que no habéis oído lo que él mismo dice: Como *a un ángel de Dios me recibisteis, como a Cristo Jesús?* Y: *De haber sido posible, os hubierais arrancado los* ojos *y me los hubierais dado* (Gal 4,14.15). *Por él* —dice en otra *parte— hubieran puesto el cuello a la espada* (Rom 16,4). Sin embargo, nada de eso saca a relucir, sino sólo sus trabajos y peligros y las coronas que por ellos había conquistado. Y con mucha razón, pues todo lo ál ha de quedarse en la tierra; nuestras buenas obras, sin embargo nos acompañan a la eternidad. De lo demás tendremos que dar cuenta; de nuestras buenas obras podremos exigir recompensa. ¿No sabéis cómo turban el alma los pecados en el último día y cómo remueven hasta lo más profundo el corazón? Entonces, pues, cuando así se turban alma y corazón, el recuerdo de las buenas obras viene a calmarlos, como la serenidad en medio de la tormenta. Si vivimos vigilantes, aun en la vida tendremos siempre delante este temor; mas ya que ahora estamos insensibles, cuando estemos para ser arrojados de este mundo, se nos echará irremediablemente encima. El encarcelado entonces sobre todo siente pena, cuando le sacan a comparecer ante el tribunal; entonces sobre todo tiembla, cuando está cerca del estrado, cuando tiene ya que rendir cuentas. De ahí todos esos terrores que oírnos contar de los que mueren, las espantosas visiones que no pueden soportar los moribundos, y que les hacen agitar con gran violencia el mismo lecho en que están tendidos, y las espantosas miradas que dirigen a los circunstantes, cuando el alma se agita internamente y se niega a separarse del cuerpo y no puede sufrir la vista de los ángeles que vienen por ella. Porque si temblamos a la vista de hombres feroces, ¿qué nos pasará cuando veamos a los ángeles amenazadores y a las potestades crueles vengadoras de los pecados, cuando el alma se nos arranque del cuerpo y se nos la lleven arrastrando entre mil vanos e inútiles

lamentos? También el rico glotón lloró mucho después de salir de este mundo; pero de nada le sirvió.

EXHORTACIÓN FINAL: TEMAMOS TAMBIÉN NOSOTROS

Grabemos, pues, en nosotros mismos estas verdades y revolvámosla por la meditación, a fin de que no nos suceda lo mismo; conservemos vivo el temor de lo venidero, a fin de huir el suplicio del infierno y alcanzar los bienes eternos. Los que ojalá todos logremos gozar por la gracia y amor de nuestro señor Jesucristo, con quien sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu vivificante, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 54

Llegado que fue Jesús a las partes de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? (Mt 16,13 y sig.).

PRELUDIOS A LA CONFESIÓN DE PEDRO

— ¿Por qué razón nombra al fundador de la ciudad? —Porque hay otra Cesarea, la llamada de Estratón, y no fue en ésta, sino en aquélla, donde el Señor preguntó a sus discípulos. Allí los llevó lejos de los judíos, a fin de que, libres de toda angustia, pudieran decir con entera libertad cuanto íntimamente sentían. — ¿Y por qué no les preguntó inmediatamente lo que ellos sentían, sino que quiso antes saber la opinión del vulgo? —Porque quería que, expresada ésta y volviéndoles a preguntar a ellos: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*, el tono mismo de la pregunta los levantara a más alta opinión acerca de Él y no cayeran en la bajeza de sentir de la muchedumbre. Por eso justamente tampoco les interroga al comienzo de su predicación. Cuando ya había hecho muchos milagros y les había enseñado muchas y levantadas doctrinas, cuando les había dado tantas pruebas de su divinidad y de su concordia con el Padre, entonces es cuando les plantea esta pregunta. Y no les dijo: "¿Quién dicen los escribas y fariseos que soy yo?", a pesar de que éstos se le acercaban muchas veces y conversaban con Él, sino *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo*

del hombre? Con lo que buscaba el Señor el sentir incorruptible del pueblo. Porque si bien ese sentir se quedaba más bajo de lo conveniente por lo menos estaba exento de malicia; mas el de escribas y fariseos se inspiraba en pura maldad.

Y para dar a entender el Señor cuán ardientemente deseaba que se confesara y reconociera su encarnación, se llama a sí mismo *Hijo del hombre,* designando así su divinidad, tomo lo hace en muchas otras partes. Por ejemplo, cuando dice: *Nadie ha subido al cielo sino el Hijo del hombre, que está en el cielo* (Juan 3,13). Y otra vez: *¿Qué será cuando viereis al Hijo del hombre que sube a donde estaba primero?* (Juan 6,63) Luego le respondieron: *Unos que Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías o alguno de los profetas.* Y, expuesta así esta errada opinión, prosiguió entonces el Señor: Y *vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Lo que era invitarlos a que concibieran más altos pensamientos sobre Él y mostrarles que la primera sentencia se quedaba muy por bajo de su auténtica dignidad. De ahí que requiera otra de ellos y les plantee nueva pregunta, a fin de que no cayeran juntamente con el vulgo. Y es que la gente, como le habían visto hacer al Señor milagros muy por encima del poder humano, por un lado le tenían por hombre, pero, por otro, les parecía un hombre aparecido por resurrección, como decía el mismo Herodes. Mas con el fin de apartar a sus discípulos de semejante idea, el Señor les vuelve a preguntar: *Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?* Vosotros, es decir, los que estáis siempre conmigo, los que me veis hacer milagros, los que por virtud mía habéis hecho también muchos.

PEDRO, BOCA DE LOS APÓSTOLES

¿Qué hace, pues, Pedro, boca que es de los apóstoles? El, siempre ardiente; él, director del coro de los apóstoles, aun cuando todos son interrogados, responde solo. Y es de notar que cuando el Señor preguntó por la opinión del vulgo, todos contestaron a su pregunta; pero cuando les pregunta la de ellos directamente, entonces es Pedro quien se adelanta y toma la mano y dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* ¿Qué le responde Cristo?: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado.* Ahora

bien, si Pedro no hubiera confesado a Jesús por Hijo natural de Dios y nacido del Padre mismo, su confesión no hubiera sido obra de una revelación. De haberle tenido por uno de tantos, sus palabras no hubieran merecido la bienaventuranza. La verdad es que antes de esto, los hombres que estaban en la barca, después de la tormenta de que fueron testigos, exclamaron: *Verdaderamente es éste Hijo de Dios* (Mt 14,33). Y, sin embargo, a pesar de su aseveración de *verdaderamente,* no fueron proclamados bienaventurados. Porque no confesaron una filiación divina, como la que aquí confiesa Pedro. Aquellos pescadores Creían sin duda que Jesús, uno de tantos, era verdaderamente Hijo de Dios, escogido ciertamente entre todos, pero no de la misma sustancia o naturaleza de Dios Padre.

LA CONFESIÓN DE PEDRO, REVELACIÓN DEL PADRE

También Natanael había dicho: *Maestro, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel.* Y no sólo no se le proclama bienaventurado, sino que es reprendido por el Señor por haber hablado muy por bajo de la verdad. Lo cierto es que el Señor añadió: *¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees?* Cosas *mayores has de ver* (Juan 1,50). ¿Por qué, pues, Pedro es proclamado bienaventurado? Porque le confesó Hijo natural de Dios. De ahí que en los otros casos nada semejante dijo el Señor; mas en éste nos hace ver también quién fue el que lo reveló. Tal vez pudiera pensar la gente que, siendo Pedro tan ardiente amador de Cristo, sus palabras nacían de amistad y adulación y de ganas que tenía de congraciarse con su maestro. Pues para que nadie pudiera pensar así, Jesús nos descubre quién fue el que habló antes al alma de Pedro, y nos demos así cuenta que, si Pedro fue quien habló, el Padre fue quien le dictó las palabras —palabras que ya no podemos mirar como opinión humana, sino creerlas como dogma divino—. —Mas ¿por qué no lo afirma el Señor mismo y dice: "Yo soy el Cristo", sino que lo va preparando por sus preguntas, llevando a sus discípulos a confesarlo? —Porque así era entonces para Él más conveniente y necesario y de esta manera se atraía mejor a sus discípulos a la fe de aquella misma confesión por ellos

hecha. ¿Veis cómo el Padre revela al Hijo, y el Hijo al Padre? *Porque tampoco al Padre le conoce nadie—dice* Él mismo—, *sino el Hijo y aquel a quien a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Lc 10,22; Mt 11,27). Luego no es posible conocer al Hijo sino por el Padre, ni conocer por otro al Padre sino por el Hijo. De suerte que aun por aquí se demuestra patentemente la igualdad y consustancialidad del Hijo con el padre.

LA PROMESA DE JESÚS A PEDRO

— ¿Qué le contesta, pues, Cristo? *Tú eres Simón, hijo de Jonás. Tú te llamarás Cefas* (Juan 1,42). Como tú has proclamado a mi Padre—le dice—, así también yo pronuncio el nombre de quien te ha engendrado. Que era poco menos que decir: Como tú eres hijo de Jonás, así lo soy yo de mi Padre. Porque, por lo demás, superfluo era llamarle hijo de Jonás. Mas como Pedro le había llamado Hijo de Dios, Él añade el nombre del padre de Pedro, para dar a entender que lo mismo que Pedro era hijo de Jonás, así era Él Hijo de Dios, es decir, de la misma sustancia de su Padre. Y yo te digo: *Tú eres Piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*, es decir, sobre la fe de tu confesión. Por aquí hace ver ya que habían de ser muchos los que creerían, y así levanta el pensamiento de Pedro y le constituye pastor de su Iglesia. *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. Y si contra ella no prevalecerán, mucho menos contra mí. No te turbes, pues, cuando luego oigas que he de ser entregado y crucificado. Y seguidamente le concede otro honor: *Y yo te daré las llaves del reino de los cielos*. ¿Qué quiere decir: *Yo te daré las llaves*? Como mi Padre te ha dado que me conocieras, yo te daré las llaves del reino de los cielos. Y no dijo: "Yo rogaré a mi Padre"; a pesar de ser tan grande autoridad que demostraba, a pesar de la grandeza inefable del don. Pues con todo eso, Él dijo: *Yo te daré. — ¿Y qué le vas a dar, dime? —Yo te daré las llaves del reino de los cielos;* y *cuanto tú desatares sobre la tierra, desatado quedará en los cielos.* ¿Cómo, pues, no ha de ser cosa suya conceder sentarse a su derecha o a su izquierda, cuando ahora dice: Yo *te daré?* ¿Veis cómo Él mismo, levanta a Pedro a más alta idea de Él y se revela a sí mismo y demuestra ser Hijo de Dios por estas dos promesas que aquí le hace? Porque cosas que atañen sólo al poder de Dios, como son perdonar los pecados,

hacer inconmovible a su Iglesia aun en medio del embate de tantas olas y dar a un pobre pescador la firmeza de una roca aun en medio de la guerra de toda la tierra, eso es lo que aquí promete el Señor que le ha de dar a Pedro. Es lo que el Padre mismo decía hablando con Jeremías: Que *le haría como una columna de bronce o como una muralla* (Jer 1,18). Sólo que a Jeremías le hace tal para una sola nación, y a Pedro para la, tierra entera. Aquí preguntaría yo con gusto a quienes se empeñan en rebajar la dignidad del Hijo: ¿Qué dones son mayores: los que dio el Padre o los que dio el Hijo a Pedro? El Padre le hizo a Pedro la gracia de revelarle al Hijo; pero el Hijo propagó por el mundo entero la revelación del Padre y la suya propia, y a un pobre mortal le puso en las manos la potestad de todo lo que hay en el cielo, pues le entregó sus llaves -Él, que extendió su Iglesia por todo lo descubierto de la tierra y la hizo más firme que el cielo mismo: Porque *el cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará* (Mt 24,35). El que tales dones da, el que tales hazañas realizó, ¿cómo puede ser inferior? Y al hablar así, no pretendo dividir las obras del Padre y del Hijo: *Porque todo fue hecho por Él, y sin Él nada fue hecho*. No, lo que yo quiero es hacer callar la lengua desvergonzada de quienes a tales afirmaciones se desmandan.

JESÚS PROHIBE SE REVELE SU MESIANIDAD

Mirad, pues, por todas partes la autoridad del Señor: *Yo te digo: Tú eres Piedra. Yo edificaré mi Iglesia. Yo te daré las llaves de los cielos. Y entonces* —después de dicho esto— *les intimó que a nadie dijeran que Él era el Cristo*. —A ¿qué fin semejante intimación? —Es que ante todo quería el Señor que desapareciera todo lo que podía escandalizarlos, que se consumara el misterio de la cruz y de cuanto Él tenía que padecer, que no hubiera ya nada que pudiera impedir ni nublar la fe de las gentes en Él, y entonces, sí, clara e inconmovible, grabar en el alma de sus oyentes la conveniente idea que de Él habían de tener. Porque todavía no había brillado con entera claridad su poder. De ahí que Él quería ser predicado por los apóstoles, cuando la verdad de las cosas y la fuerza de los hechos vendrían a corroborar lo que ellos dirían sobre su persona. Porque no era lo mismo verle en Palestina tan pronto haciendo- milagros como ultrajado y perseguido —más que más,

cuando a los milagros tenía que suceder la cruz— y verle adorado y creído por toda la tierra, sin tener ya que sufrir nada de cuanto antes había sufrido. De ahí su orden ahora de que a nadie dijeran nada. Porque lo que una vez arraigó y luego se arranca, difícilmente hubiera vuelto a echar nuevamente raíces plantado en el alma de las gentes; en cambio, lo que una vez fijo sigue allí inconmovible, sin que de parte alguna se le haga daño, eso es lo que brota fácilmente y crece a mayor altura. Y es así que si quienes habían presenciado tantos milagros y a quienes se les habían revelado tan inefables misterios se escandalizaron de solo oír hablar de la cruz, y no sólo ellos en general, sino el mismo director de coro, que era Pedro, considerad qué hubiera naturalmente pasado a la muchedumbre si por un lado se les decía que Jesús era Hijo de Dios y por otro le veían crucificado y escupido, cuando nada sabían aún de estos misterios inefables ni habían recibido la gracia del Espíritu Santo. Porque si a sus mismos discípulos hubo de decirles el Señor: *Muchas cosas tengo aún que deciros, pero no las podéis comprender ahora* (Juan 16,12), mucho menos lo hubiera comprendido el pueblo si antes del tiempo conveniente se le hubiera revelado el más alto de todos los misterios. De ahí la prohibición del Señor de que nada dijeran sobre su filiación divina. Y para que os deis cuenta de cuán conveniente era que sólo después —pasado ya cuanto podía escandalizarlos— se les diera la plena enseñanza de tan alta verdad, miradlo por el mismo Pedro, príncipe de los apóstoles. Porque ese mismo Pedro que después de tantos milagros se mostró tan débil que negó a su maestro y tembló de una vil criadilla, una vez que la cruz fue delante y tuvo pruebas claras de la resurrección y nada había ya que pudiera escandalizarle ni turbarle; Pedro, digo, tan inconmoviblemente mantuvo la enseñanza del Espíritu Santo, que con más vehemencia que un león saltó en medio del pueblo judío, a despecho de los peligros infinitos de muerte que le amenazaban. *Porque muchas cosas* —les dice— *tengo aún que deciros; pero no podéis comprenderlas ahora*. Y es así que los apóstoles no comprendieron muchas cosas que el Señor les había dicho, y que no se les aclararon antes de la cruz. Cuando hubo resucitado, cayeron en la cuenta de algunas de ellas. Con razón, pues, les mandó que no las dijeran antes de la cruz a la muchedumbre, pues a ellos mismos, que las habían de enseñar, no se atrevió a

encomendárselas todas antes de la cruz.

LA PRIMERA PREDICCIÓN DE LA PASIÓN

Desde entonces empezó Jesús a manifestar a sus discípulos que era menester que sufriera... Desde entonces. ¿Cuándo? Cuando había impreso en ellos el dogma de su filiación divina, cuando había introducido en la Iglesia las primicias de las naciones. Mas ni aun así entendieron su palabra. *Era* —dice otro evangelista— *esta palabra escondida para ellos* (Lc 18,34). Y se hallaban como en tinieblas, no sabiendo que tenía Él que resucitar. De ahí que el Señor se detiene en lo desagradable y explana su discurso, a ver si logra abrirles la inteligencia y comprenden, en fin, lo que les quiere decir. Pero ellos no le entendieron, sino que aquella palabra era para ellos cosa oculta. Por añadidura, tenían miedo a preguntarle, no si había de morir, sino cómo y de qué manera moriría. ¿Qué misterio, pues, es éste? Que no sabían ni qué cosa fuera resucitar, y ellos creían que era mucho mejor no morir. De ahí nuevamente, cuando todos están turbados y perplejos, Pedro, ardiente siempre, es el único que se atreve a hablar de ello. Mas ni éste se atreve a hacer en público, sino tomando a Jesús aparte, es decir, separándose de sus compañeros. Entonces le dice: *Dios te libre, Señor, de que tal cosa te suceda*. ¿Qué es esto? El que había gozado de una revelación, el que había sido proclamado bienaventurado ¿cae tan rápidamente y se espanta de la pasión? ¿Y qué mara: villa es que tal le sucediera a quien en esto no había recibido revelación alguna? Para que os deis cuenta cómo en la confesión del Señor no habló Pedro de su cosecha, mirad cómo en esto que no se le ha revelado se turba y sufre vértigo, y mil veces que oiga lo mismo, no sabe de qué se trata. Que Jesús era Hijo de Dios, lo supo: pero el misterio de la cruz y de la resurrección todavía no le había sido manifestado. *Era ésta* —dice el evangelista— *palabra escondida para ellos.* ¿Veis con cuánta razón mandó el Señor que no fuera manifestado a los otros? Porque si a quienes tenían necesidad de saberlo, de tal modo los perturbó, ¿qué les hubiera pasado a los demás? El Señor, sin embargo, para hacer ver cuán lejos estaba de ir a la pasión contra su voluntad, no sólo reprendió a Pedro, sino que le llamó Satanás.

NO NOS AVERGONCEMOS DE LA CRUZ DEL SEÑOR

Oigan esto cuantos se avergüenzan de la pasión y de la cruz de Cristo. Porque si el Príncipe de los Apóstoles, aun antes de entender claramente este misterio, fue llamado Satanás por haberse avergonzado de él, ¿qué perdón pueden tener aquellos que, después de tan manifiesta demostración, niegan la economía de la cruz? Porque si el que así fue proclamado bienaventurado, si el que tan gloriosa confesión hizo, tal palabra hubo de oír, considerad lo que habrán de sufrir los que, después de todo eso, destruyen y anulan el misterio de la cruz. Y no le dijo el Señor a Pedro: "Satanás ha hablado por tu boca", sino: *Vete detrás de mí, Satanás*. En verdad, el deseo de Satanás era que Cristo no sufriera. De ahí la viveza con que el Señor reprende a Pedro, pues sabía muy bien que eso era lo que él y los otros más temían y la dificultad que tendrían en aceptarlo. De ahí también que descubra lo que su discípulo pensaba dentro de su alma, diciendo: *No sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres*.

¿Qué quiere decir: *No sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres*? Quiere decir que Pedro, examinando con razonamiento humano y terreno el asunto, juzgaba vergonzoso e indecoroso que Cristo padeciera. Mas el Señor, atacándole derechamente, le dice: "No es para mí indecoroso padecer. Eres tú más bien el que juzgas de ello con ideas carnales. Porque si hubieras oído mis palabras con sentido de Dios, libre de todo pensamiento carnal, hubieras comprendido que eso es para mí lo más decoroso. Tú piensas que el padecer es indigno de mí; pero yo te digo que es intención diabólica que yo no padezca". Así, con razones contrarias, trata el Señor de quitar a Pedro toda aquella angustia. A Juan, que tenía por indigno del Señor recibir de sus manos el bautismo, éste le persuadió que le bautizara, diciéndole: *Así es conveniente para nosotros* (Mt 3,15). Y al mismo Pedro, que se oponía a que le lavara los pies, le dijo: *Si te lavare los pies,* no *tienes parte conmigo* (Juan 13,8). Así también ahora le contiene con razones contrarias, y con la viveza de la reprensión suprime todo el miedo que le inspiraba el padecer. Que nadie, pues, se avergüence de los símbolos sagrados de nuestra salvación, de la suma de todos los bienes, de aquello a que debemos la vida y el ser; llevemos más bien por todas partes, como una corona, la

cruz de Cristo. Todo, en efecto, se consulta entre nosotros por la cruz. Cuando hemos de regenerarnos, al está presente la cruz; cuando nos alimentamos de la mística comida; cuando se nos consagra ministros del altar; cuando quiera se cumple otro misterio alguno, allí está siempre esta símbolo de victoria. De ahí el fervor con que lo inscribimos y dibujamos sobre nuestras casas, sobre las paredes, sobre las ventanas, sobre nuestra frente y sobre el corazón. Porque éste es el signo de nuestra salvación, el signo de la libertad del género humano, el signo de la bondad del Señor para con nosotros: *Porque como oveja fue llevado al matadero* (Is 53,7; Hechos 8,32). Cuando te signes, pues, considera todo el misterio de la cruz y apaga en ti la ira y todas las demás pasiones. Cuando te signes, llena tu frente de grande confianza, haz libre tu alma. Sabéis muy bien qué es lo que nos procura la libertad. De ahí que Pablo, para llevarnos a ello, quiero decir, a la libertad que a nosotros con, viene, nos llevó por el recuerdo de la cruz y de la sangre del Señor: Por *precio —dice— fuisteis comprados. No os hagáis esclavos de los hombres.* Considerad —quiere decir— el precio que se pagó por vosotros y no os haréis esclavos de ningún hombre. Y precio llama el Apóstol a la cruz. No basta hacer simplemente con el dedo la señal de la cruz, antes hay que grabarla con mucha fe en nuestro corazón. Si de este modo la grabas en tu frente, ninguno de los impuros demonios podrá permanecer cerca de ti, contemplando el cuchillo con que fue herido, contemplando la espada que le infligió golpe mortal. Porque si a nosotros nos estremece la vista de los lugares en que se ejecuta a los criminales, considerad qué sentirán el diablo y sus demonios al contemplar el arma con que Cristo desbarató todo su poderío y cortó la cabeza del dragón. No os avergoncéis de bien tan grande, no sea que también Cristo se avergüence de vosotros cuando venga en su gloria y vaya delante el signo de la cruz más brillante que los rayos del sol. Porque, sí, entonces aparecerá la cruz, y su vista será como una voz que defenderá la causa del Señor y probará que nada dejó El por hacer de cuanto a Él le tocaba. Este signo, en tiempo de nuestros antepasados, como ahora, abrió las puertas cerradas, neutralizó los venenos mortíferos, anuló la fuerza de la cicuta, curó las mordeduras de las serpientes venenosas. Mas si él abrió las puertas del infierno y desplegó la bóveda del cielo y renovó la entrada del paraíso y cortó los nervios al diablo, ¿qué maravilla es

que triunfe de los venenos mortíferos y de las fieras y de todo lo demás?

TERMINA EL PANEGÍRICO DE LA CRUZ

Grabemos, pues, este signo en nuestro corazón y abracemos lo que constituye la salvación de nuestras almas. La cruz salvó y convirtió a la tierra entera, desterró el error, hizo volver la verdad, hizo de la tierra cielo y de los hombres ángeles. Por ella los demonios no son ya temibles, sino despreciables; ni la muerte es muerte, sino sueño. Por ella yace por tierra y es pisoteado cuanto primero nos hacía la guerra. Si alguien, pues, te dijere: "¿Al crucificado adoras?", contéstale con voz clara y alegre rostro: "No sólo le adoro, sino que jamás cesaré de adorarle". Y si él se te ríe, llórale tú a él, pues está loco. Demos gracias al Señor de que nos ha hecho tales beneficios, que ni comprendidos pueden ser sin una revelación de lo alto. Porque si ese pobre gentil se ríe, es justamente porque *el hombre animal no comprende las cosas del espíritu* (1 Cor 2,14). Lo mismo les pasa a los niños cuando ven algo grande y maravilloso. A los más sagrados misterios que lleves a un niño, se reirá. A tales niños se parecen los gentiles, o, por mejor decir, aún son ellos más necios, y por ello también más desgraciados, pues sin hallarse ya en la primera edad, sino en edad perfecta, sufren lo que es de niños pequeños. De ahí que tampoco son dignos de perdón. Mas nosotros, con clara voz, levantando fuerte y alto nuestro grito, y con más libertad y franqueza si nos escuchan gentiles, digamos y proclamemos que toda nuestra gloria es la cruz, que ella es la suma de todos los bienes, nuestra confianza y nuestra corona toda. Quisiera yo también poder decir con Pablo que por ella *el mundo ha sido crucificado para mí, y yo para el mundo* (Gal 6,14); pero no puedo decirlo, dominado como me veo por tan varias pasiones. Por eso yo os exhorto a vosotros, y, antes que a vosotros, a mí mismo, a crucificarnos para el mundo, a no tener nada de común con la tierra, sino a amar nuestra patria de arriba y la gloria y los bienes que allí nos esperan.

SOMOS SOLDADOS DE CRISTO

En verdad, soldados somos del rey del cielo, y las armas espirituales nos hemos vestido. ¿A qué, pues, llevar una vida de

tenderos o mendigantes o, por mejor decir, de viles gusanillos? Donde está el rey, allí debe también estar su soldado. Porque, sí, soldados somos, no de los que están lejos, sino de los que están cerca. Un rey de la tierra no puede hacer que todos sus soldados estén en su palacio ni a su lado; pero el rey del cielo quiere que todos los suyos estén junto a su trono real. — ¿Y cómo es posible —me dirás— que, estando aún en la tierra, estemos junto al trono de Dios? —Porque también Pablo, aun estando en la tierra, estaba donde están los serafines y querubines y más cerca de Cristo que la escolta lo está del emperador. Los guardias muchas veces vuelven la vista a una y otra parte; pero al Apóstol nada le distraía, nada le apartaba, sino que todo su pensamiento lo tenía constantemente fijo en su rey Cristo. De suerte que, si queremos, también para nosotros es eso posible. Si el Señor estuviera en un lugar remoto, con razón tendrías dificultad; mas como Él asiste en todo momento al alma fervorosa y atenta, cerca está de nos, otros. De ahí que dijera el profeta: *No temeré mal alguno porque tú estás conmigo* (Salmo 22,4). Y Dios mismo, a su vez: *Yo soy un Dios cercano y* no *lejano* (Jer 23,23). Así, pues, a la manera que los pecados nos alejan de Dios, así la justicia nos acerca a Él. *Cuando tú estés aún hablando —dice—, yo diré: Heme* aquí (Is 58,9) ¿Qué padre puede así escuchar jamás a sus hijos? ¿Qué madre está tan apercibida y siempre a punto, a ver si la llaman sus hijos? Nadie en absoluto: ni padre ni madre; sólo Dios está siempre esperando a ver si le invoca alguno de los suyos, y jamás, si le invocamos como debemos, deja de escucharnos. Por eso dice: *Cuando aún estés hablando.* No espero a que termines tu oración. Inmediatamente te escucho. Invoquémosle, pues, como Él quiere ser invocado. ¿Y cómo quiere ser invocado? *Desata —dice— toda atadura de iniquidad; rompe las cuerdas de los contratos violentos, rasga toda escritura inicua. Rompe tu pan con el hambriento, y a los mendigos sin techo mételos en tu casa. Si ves a un desnudo, vístele, y no mires con desdén a los que son de tu propia sangre. Entonces romperá matinal tu luz y tus curaciones brotarán rápidamente, y tu justicia caminará delante de ti, y la gloria de Dios te vestirá. Entonces, tú me invocarás y yo te escucharé. Cuando tú estés aún hablando,* yo *diré: Heme aquí* (Is 58,6-9). — ¿Y quién —me dices— podrá hacer todo eso? — ¿Y quién —te respondo— no lo puede? ¿Qué hay

de difícil, qué hay de trabajoso en todo lo dicho? ¿Qué hay que no sea fácil? Es no sólo posible, sino tan fácil, que muchos hay que han pasado más allá de la meta, y no sólo rasgan toda escritura inicua, sino se desprenden hasta de sus propios bienes; no sólo admiten a su mesa y bajo su techo a los pobres, sino que les dan su propio sudor y trabajan para que ellos coman; y no sólo hacen beneficios a sus familiares, sino a sus mismos enemigos.

LAS RECOMPENSAS QUE SE NOS PROMETEN HACEN FÁCIL LO QUE SE NOS MANDA

¿Qué hay en absoluto difícil en las palabras citadas? No os dice el profeta: "Traspasa las montañas, atraviesa el mar, cava tantas y tantas yugadas de tierra, permanece sin comer, vístete de saco". No. Lo que nos manda es que demos a nuestros familiares, que repartamos nuestro pan, que rompamos las escrituras injustamente hechas. ¿Hay algo, dime, más fácil que todo eso? Mas si aun así te parece difícil, considera, te ruego, los premios que se nos prometen, y todo se te hará fácil. Porque al modo como los emperadores, en las carreras de caballos, ponen delante de los que van a competir coronas, premios y vestidos, así también Cristo nos pone en medio del estadio sus premios, que Él extiende como con muchas manos, por medio de las palabras del profeta.

Ahora bien, los emperadores, por muy emperadores que sean, como hombres, al fin, cuya riqueza se consume y cuya liberalidad se acaba, tienen interés en que lo poco aparezca como mucho; de ahí que, poniendo sendos premios en manos de cada uno de sus servidores, los sacan así a la pública vista. Todo lo contrario nuestro emperador. Como es infinitamente rico y nada hace por ostentación, todo lo reúne juntamente y así lo presenta al público; bienes que, extendidos, no tendrían límite alguno y necesitarían de muchas manos para retenerlos. Y para que te des cuenta de ello, examina con diligencia cada uno de esos bienes: *Entonces romperá matinal tu luz*. ¿No es así que, a primera vista, no hay aquí más que un don único? Pues no es único, sino dentro de sí lleva muchas otras recompensas, coronas y premios. Y, si os place, vamos a desplegar y mostrar, en cuanto cabe, toda la riqueza que en sí encierra. Sólo quisiera que no os cansarais. Y, ante todo, sepamos qué quiero decir: *Romperá*. Porque no dijo "parecerá", sino: *Romperá.* Es que quería el Señor dar a entender

la rapidez y abundancia con que brotará la luz, y cuán ardientemente desea Él nuestra salvación, y cómo los mismos bienes sienten como dolor de parto y se dan prisa para salir, sin que haya nada capaz de detener su ímpetu inefable Por todos estos modos nos da Él a entender su generosidad y la abundancia sin límites de su riqueza. ¿Y qué quiere decir *matinal*? Quiere decir que esos bienes no nos llegan después de haber pasado nosotros por las pruebas y tentaciones, no después de la acometida de los males, sino adelantándose a todo eso. Como un fruto que madura antes de tiempo, así sucede aquí, dándonos nuevamente a entender la rapidez, como anteriormente dijo: *Cuando aún estés tú hablando, yo diré: Heme aquí*. ¿Y de qué luz nos habla? ¿Qué especie de luz es ésa? No de esta sensible, sino de otra mucho mejor, la luz que nos hace ver el cielo y los ángeles y los arcángeles y los querubines y serafines, los principados, las potestades, los tronos, las dominaciones, todo el ejército entero, los regios palacios las tiendas eternas. Si de aquella luz te hicieres digno, no sólo verás todo esto, sino que te librarás del infierno, y del gusano venenoso, y del rechinar de dientes y de las cadenas irrompibles, y de la angustia y de la tribulación y de las tinieblas sin luz y de ser partido por medio, y de los ríos de fuego y de la maldición y de los parajes del dolor. En cambio, irás a otros de donde huyó el dolor y la tristeza; donde reina alegría y paz inmensa y caridad y gozo y placer; donde la vida es eterna y la gloria inefable y la belleza inexplicable. Allí los eternos tabernáculos, allí la gloria inefable del rey y aquellos bienes que *ni ojo vio ni oído oyó ni a corazón de hombre llegaron* (1 Cor 2,9). Allí la espiritual cámara nupcial, los tálamos de los cielos, las vírgenes con sus lámparas encendidas y los convidados con su ropa de bodas. Allí las riquezas infinitas del Señor y sus tesoros regios. ¿Ves cuán grandes premios nos quiso mostrar en una sola palabra y cómo todo lo amontonó en uno? Por modo semejante, desplegando cada una de las otras expresiones, hallaríamos riqueza inmensa y un océano sin fondo.

EXHORTACIÓN FINAL: PASEMOS POR TODO A TRUEQUE DE ALCANZAR TAN GRANDES BIENES

¿Todavía, pues, daremos largas; todavía, decidme, vacilaremos en socorrer a los necesitados? No, yo os lo suplico. Aun cuando

hubiéramos de perderlo todo, aun cuando tuviéramos que arrojarnos al fuego y romper por entre espadas y saltar por encima de cuchillos y sufrir cualquier otra cosa, soportémoslo todo fácilmente, a fin de alcanzar la vestidura del reino de los cielos y su gloria inefable. La cual ojalá todos logremos por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 55

Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame (Mt 16,24).

LA NEGACIÓN DE SÍ, CONDICIÓN DEL SEGUIMIENTO DE JESÚS

Entonces... ¿Cuándo? Cuando Pedro le hubo dicho: *Séate Dios propicio, Señor, que tal cosa no te suceda.* Y el Señor le contestó: *Vete detrás de mí, Satanás.* Porque no se contentó con la reprensión solamente, sino que, queriendo ponernos delante lo absurdo de las palabras de Pedro y las ventajas del sufrimiento, prosigue: "Tú me dices: Dios te sea propicio y no permita que tal te suceda. Pues bien, yo te digo a ti que no sólo el oponerte a mi pasión y molestarte de ella es cosa para ti dañosa y funesta, sino que ni salvarte podrás si tú mismo no estás dispuesto para morir en cualquier momento". Para que no pensaran que el padecer era cosa indigna de Él, no sólo por lo que precede, sino por lo que sigue también, los instruye sobre la excelencia del sufrimiento. Ahora bien, en Juan dice: *Si el grano de trigo no cae a la tierra y muere, se queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto* (Juan 12,24; 24-25); mas aquí, tratando el tema más ampliamente, no sólo refiere sus palabras a la necesidad que tiene Él mismo de morir, sino también cuantos le quieran seguir. Tanta es —parece decir— la ganancia que hay en ello, que, aun en vosotros, el no querer morir es un mal; mas el estar dispuestos a la muerte, un bien. Mas esto lo pone de manifiesto en lo que sigue; por ahora, sólo trata de una parte. Y mirad cómo no pone necesidad en sus palabras, Porque no dijo: "Queráis o no queráis, tenéis que pasar por ello". ¿Pues qué dijo? *Si alguno*

quiere venir en pos de mí. Yo no fuerzo ni obligo a nadie. Libre dejo a cada uno de su propia determinación. Por eso digo: *Si alguno quiere*. A bienes os llamo, no a males y molestias, no a castigo y suplicios, para que tenga que forzaros. La naturaleza misma de la cosa es bastante para atraeros. Al hablar así el Señor, aun los atraía más, pues sabemos que muchas veces el que quiere forzar, más bien retrae; mas el que deja al oyente dueño de su decisión, se lo gana mejor. La dulzura es más fuerte que la violencia. De ahí que el Señor dijera: *Si alguno quiere*. Porque grandes son —parece decirnos— los bienes que os ofrezco, y tales que habríais de correr voluntariamente a ellos. Si uno te ofreciera una cantidad de oro o te pusiera delante un tesoro, no tendría por qué llamarte a la fuerza. Pues si al oro y al tesoro no tenéis que correr a la fuerza, mucho menos a los bienes del cielo. Porque sí la cosa misma no te invita a correr hacia ella, tampoco eres digno de recibirla; ni, aunque la recibas, te darás cuenta cabal de su valor. Por eso Cristo no nos fuerza, sino que nos exhorta, por miramiento a nosotros mismos. Como notaba que sus discípulos cuchicheaban mucho entre sí, turbados que estaban por sus palabras, Él les dice: No hay por qué turbaros y alborotaros. Si no creéis que lo que yo os digo es causa de bienes infinitos, cumplido no sólo en mí, sino también en vosotros, yo no os fuerzo: *Si alguno quiere* venir en *pos de mí,* a éste llamo. Porque no vayáis a pensar que eso que ahora hacéis siguiéndome, ése es mí verdadero seguimiento. Muchos trabajos, muchos peligros tenéis que pasar si habéis de venir en pos de mí. Porque, cierto, Pedro, no porque me hayas confesado por Hijo de Dios, debes por eso solo esperar la corona, y pensar que ello te basta para tu salvación y que puedes ya en adelante estar tranquilo, como si ya lo hubieses hecho todo. Yo puedo, ciertamente, como Hijo que soy de Dios, no dejar que tengas tú que experimentar trabajo alguno; pero no lo quiero, precisamente en interés tuyo, a fin de que tú también pongas algo de tu parte y tu gloria sea mayor, Si un agonoteta o presidente de los juegos olímpicos tuviera un atleta amigo suyo, no querría coronarle por pura gracia, sino que sus trabajos merecieran su corona, y eso por la principal razón de ser amigo suyo. Así también Cristo: a quienes Él particularmente ama, éstos particularmente quiere que se distingan por su propio esfuerzo y no sólo por la ayuda que Él les presta. Pero mirad,

por otra parte, cómo suaviza el Señor sus palabras. Porque los trabajos no los circunscribe exclusivamente a los apóstoles. No, el Señor sienta una doctrina como para la tierra entera cuando dice: "Si alguno quiere, mujer o varón, gobernante o gobernado, por este camino tiene que entrar". Por lo demás, parece decir una sola cosa en su sentencia, y en realidad dice tres: negarse a sí mismo, tomar la cruz y el final: Y *sígame*. Las dos primeras se traban entre si; pero la última la pone independiente y por sí.

QUÉ SIGNIFICA NEGARSE A SÍ MISMO

Pues veamos primeramente qué quiere decir negarse a sí mismo. Sepamos ante todo qué es negar a otro, y entonces veremos claramente qué significa negarse a sí. ¿Qué es, pues, negar a otro? El que niega a otro, por ejemplo, a un hermano, a un esclavo o a cualquier otra persona, aun cuando lo vea azotado, encadenado o conducido al suplicio, o que sufre cualquier otra desgracia, ni le asiste ni le ayuda ni le llora, ni le tiene compasión alguna, una vez que le considera como extraño. De este modo, pues, quiere el Señor que no tengamos consideración alguna con nuestro cuerpo. Aun cuando nos lo azoten, aun cuando nos lo destierren, o lo quemen, o le hagan sufrir otro cualquier tormento, no le tengamos consideración ninguna. Y ésta es justamente la mejor consideración que le podemos tener. Los padres, cuando mejor consideración tienen con sus hijos es cuando, al entregárselos a los maestros, les mandan que no les tengan consideración ninguna. Así también Cristo. No dijo que no nos tengamos miramiento alguno a nosotros mismos, sino con más intensidad todavía, que nos neguemos a nosotros mismos. Es decir, no tengamos nada que ver con nosotros mismos, sino entreguémonos a los peligros y combates y pongámonos en la misma disposición de ánimo que si fuera un extraño quien sufre todo eso. Y notemos que originariamente no dijo sólo: *Niéguese*, sino: *Reniéguese*, dando a entender, por esta leve adición, el extremo a que hay que llevar nuestra propia negación. Porque no hay duda que más es renegar que negar.

TOMAR LA CRUZ, OTRA CONDICIÓN DEL SEGUIMIENTO DEL SEÑOR

Y *tome su cruz*. Lo uno se sigue de lo otro. No pensemos que la

negación de nosotros mismos ha de llegar sólo a las palabras, injurias y agravios. No. El Señor nos señala hasta dónde hemos de negarnos a nosotros mismos: hasta la muerte, y hasta la muerte más ignominiosa. De ahí que no dijo: "Niéguese a sí mismo hasta la muerte", sino: *Tome su cruz*, que era señalarnos la más ignominiosa de las muertes y que esto no hay que hacerlo una ni dos veces, sino durante la vida entera. Lleva —nos viene a decir— por todas partes la muerte y está preparado cada día para derramar tu sangre. Muchos han despreciado las riquezas, el placer y la gloria; pero no llegaron a despreciar la muerte y arrostrar sin miedo sus peligros. Pero yo —nos dice el Señor— quiero que mis seguidores, mis atletas, luchen hasta el derramamiento de su sangre, que bajen a la arena dispuestos al degüello. De suerte que, aun cuando haya que arrostrar la muerte y muerte ignominiosa y muerte maldecida y por mala sospecha, todo hay que soportarlo generosamente y hasta regocijarse por ello.

Y *sígame*. Cabe padecer y, sin embargo, no seguir al Señor, cuando no se padece por causa suya, como los bandidos, los violadores de sepulcros y hechiceros, que sufren, si se los coge, muchos y duros suplicios. Para que nadie, pues, pensara que basta simplemente sufrir, el Señor añade la causa por la que hay que sufrir. ¿Qué causa es ésa? Que todo se haga y se sufra por seguirle; que todo se soporte por amor suyo; que juntamente con el sufrimiento se practiquen las virtudes. Realmente, eso es lo que nos declara la palabra *Sígueme*. No basta mostrar valor en los trabajos, sino que hay que practicar también la castidad, la modestia y toda la otra filosofía de la vida. Porque seguir al Señor como se le debe seguir es no sólo sufrirlo todo por su amor, sino aplicarse también a la práctica de las otras virtudes. Porque hay quienes, siguiendo al diablo, padecen lo mismo que nosotros y por amor del diablo entregan hasta sus vidas; pero nosotros lo sufrimos por amor de Cristo, si bien fuera mejor decir que por amor de nosotros mismos. Los seguidores del diablo sufren para su daño, en esta y en la otra vida; nosotros, para ganarnos esta y la otra vida. ¿No sería, pues, cobardía extrema que no diéramos nosotros pruebas de un valor parejo al de esos que se pierden, cuando tan gloriosas coronas esperamos? Aparte que a nosotros nos viene a ayudar Cristo y a aquéllos no les ayuda nadie. Notemos, por otra parte, que ya antes había el Señor dado este precepto cuando, al enviar a sus apóstoles, les dijo: *No vayáis por el camino de los*

gentiles. Yo os envío como ovejas en medio de lobos... Y: *Seréis conducidos delante de los gobernadores y de los reyes*... (Mt 10,5; 16,17). Mas ahora lo encarece de modo más eficaz y serio. Porque entonces sólo habló de muerte; pero aquí hace mención de la cruz, y de cruz continua: *Tome* —dice— su cruz; es decir, llévela **y** sopórtela sobre sí mismo. Es lo que suele hacer el Señor siempre: para no espantar a sus oyentes, sus mandatos mayores no los presenta desde el principio ni de golpe, sino suavemente y por sus pasos contados.

LA SALVACIÓN DEL ALMA, PREMIO DEL SEGUIMIENTO DEL SEÑOR

Ahora, como al parecer había algo de dureza en sus palabras, mirad cómo las suaviza en lo que sigue y pone premio muy por encima del trabajo. Y no sólo señala los premios de la virtud, sino también los castigos de la maldad. La verdad es que insiste más en éstos que en aquéllos, pues al vulgo no le detienen tanto los bienes que se le prometen como el castigo con que se le amenaza. Mirad, pues, cómo por aquí empieza y aquí termina: *Porque todo el que quiera salvan su vida, la perderá; mas el que por amor mío perdiere su propia vida, la salvará. Porque ¿qué le aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si sufre daño en su vida?* ¿Y *qué compensación* dará *el hombre a cambio de su vida?* Que es como si dijera: Si yo os mando tomar la cruz y negaros a vosotros mismos, no es porque no mire por vosotros, sino más bien porque miro de modo muy señalado. El padre que tiene contemplaciones con su hijo, lo echa a perder; pero el que no se las tiene, ése lo salva. Allá lo dijo también un sabio: *Si le pegas* a *tu hijo con la vara, no lo matarás; en cambio, librarás su alma de la muerte* (Prov 23,14). Y otro: *El que mima a su hijo, le atará las heridas* (Eccli 30,1). Lo mismo sucede en un ejército: si el general, por contemplación con los soldados, les permite estar continuamente dentro de las casas, echa a perder a los de casa y a los soldados. Así, pues —prosigue el Señor—, para que no os acontezca también a vosotros eso, es menester que estéis preparados para morir a cada momento. En verdad, también ahora va a encenderse una dura guerra. No os quedéis, pues, dentro de casa, sino salid a campaña y pelead. Y si caes en

el combate, entonces es cuando vives. Porque si, en las guerras materiales, el soldado que está pronto siempre a morir es más glorioso que los otros, se le hiere menos y siembra el terror entre los contrarios —y eso que, si muere, el emperador por quien ha luchado no tiene poder de devolverle la vida—, mucho más en estas guerras del espíritu, en que tantas esperanzas tenemos de la resurrección, el que exponga su vida a la muerte, ése será el que la salve. Primero, porque no será fácil que sea herido; segundo, porque, si cayere, alcanzará vida más alta.

¿QUÉ DARÁ EL HOMBRE A CAMBIO DE SU ALMA?

Ha dicho el Señor: *El que quiera salvar su alma, la perderá. Mas el que la pierda, la salvará*. En uno y otro miembro de la sentencia del Señor se habla de salvación y perdición; pero no por eso pensemos que no va diferencia de una a otra salvación y de una a otra perdición. En realidad va tanto como de la misma salvación a la perdición. Y así lo establece de una vez, argumentando por lo contrario: *Porque ¿qué le aprovecha al hombre* —dice— *ganar el mundo entero, si daña a su propia alma*? Mirad cómo la salvación del alma por modo no debido es pérdida, y pérdida peor que todas las pérdidas, pues no tiene remedio y nada hay con que rescatar el alma. Porque no me digas que quien ha logrado escapar a tales peligros ha salvado ya su alma. Pon con su alma la tierra entera. ¿Qué provecho sacará de ello, si su alma se ha perdido eternamente? Dime, si vieras a tus esclavos entre delicias y tú estuvieras entre terribles suplicios, ¿es que te valdría de algo tu titulo de señor? Pues aplica a tu alma ese mismo razonamiento. ¿De qué le sirve al alma que la carne goce de placeres y riquezas, si le espera a ella la perdición eterna? *¿Qué dará el hombre por compensación o a cambio de su alma?* Que es insistir todavía en lo mismo. ¿Es que tienes acaso otra alma para darla a cambio de la que perdiste? Si pierdes dinero, puedes dar a cambio dinero; y lo mismo se diga de una casa, de un esclavo o de cualquiera otro de los bienes de fortuna. Pero si pierdes tu alma, ya no puedes dar otra por ella. Aun cuando seas dueño del mundo entero, aun cuando seas rey de toda la tierra y pagues por precio cuanto hay en la tierra entera, no serás capaz de comprar una sola alma. ¿Y qué maravilla que así suceda en el alma, cuando lo mismo

podemos ver que acontece con el cuerpo? Aun cuando te ciñeras mil diademas, si tienes un cuerpo naturalmente enfermizo o atacado de mal incurable, aunque dieras tu reino entero, no podrás curar ese cuerpo, así añadas mil cuerpos más, ciudades y riquezas. Aplica, pues, el mismo razonamiento a tu alma, y con más razón a tu alma que a tu cuerpo, y, dando de mano a todo lo demás, pon todo tu empeño en procurar su salvación.

LOS QUE NO MIRAN POR SU ALMA SON COMO LOS CONDENADOS A LAS MINAS

Mira, pues, que, preocupándote de lo ajeno, no te descuides de lo tuyo. Que es lo que hacen ahora todos, semejantes a los que trabajan en las minas. Éstos ningún provecho sacan de todo aquel trabajo y riqueza. Antes bien mucho daño, pues se exponen sin motivo al peligro y se exponen en interés de otros, y nada sacan de todos sus sudores y peligros de muerte. ¡Cuántos hay que ahora imitan a estos desgraciados, que se afanan explotando riquezas para otros! O, por decir mejor, éstos son más desgraciados que los infelices condenados a las minas, ya que después de tantos trabajos les espera el infierno. Por lo menos, para aquéllos, la muerte pone fin a todos sus sudores; para éstos, en cambio, la muerte será comienzo de infinitos males. Y si me dices que, en medio de tu riqueza, gozas de tus propios trabajos, muéstrame que goza también tu alma, y entonces te creeré. Porque el alma es lo principal en nosotros. Y si el cuerpo se engorda, mientras el alma se consume, nada tiene que ver contigo semejante prosperidad y bienandanza. Si la esclava retoza de alegría y el ama está para morirse, poco le aprovecha a la señora la prosperidad de su criada, Y si el cuerpo está enfermo, poco le importa tampoco el adorno del vestido. Cristo te dirá nuevamente: ¿Qué dará el hombre por compensación o a cambio de su alma? Que es mandarte que pienses en ella en todo momento y sólo de ella hagas cuenta.

LA PERSPECTIVA DEL ÚLTIMO JUICIO

Habiéndoles, pues, infundido miedo de ese modo, los consuela también con la perspectiva de los bienes que les esperan: *Porque el Hijo del hombre* —dice— *ha de venir en la gloria de su Padre con los santos ángeles, y entonces dará a cada uno conforme a*

sus obras. Mirad cómo una sola es la gloria del Padre y del Hijo. Y si una sola es la gloria, es evidente que una sola es la sustancia. Si es cierto que en una misma sustancia cabe diferencia de gloria—*porque una es la gloria del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas: una estrella difiere de otra en claridad* (1 Cor 15,41), no obstante ser una sola la sustancia—, ¿cómo puede concebirse diferencia en la sustancia, siendo una sola la gloria? Porque no dijo que vendrían en gloria semejante a la del Padre, con lo que pudiera sospecharse alguna diferencia entre las dos, sino, dando pruebas de escrupulosa precisión, dijo que vendría en la misma gloria, de suerte que hay que suponerla una sola y la misma. ¿Por qué, pues, Pedro, temes al oírme hablar de muerte? Entonces me verás en la gloria de mi Padre. Y sí yo estoy en gloria, también vosotros. Porque vuestro destino no termina con la presente vida, sino que a ésta ha de suceder una suerte mejor. Sin embargo, hablado que hubo de lo bueno, no se detuvo en ello, sino que mezcló también lo espantoso, aludiendo en sus palabras al tribunal aquel terrible, a la cuenta inexorable, a la sentencia incorruptible y al juicio sin apelación. Pero ni aun así quiso que sus palabras presentaran un aspecto totalmente triste, sino que aun mezcló con ellas las buenas esperanzas. Porque no dijo que el Hijo del hombre castigaría a los pecadores, sino que daría a cada uno según sus obras. Ahora bien, con esas palabras no sólo se recuerda el castigo de los pecadores, sino también los premios y coronas de los que han obrado rectamente. Pero, si es cierto que el Señor dijo esas palabras para alentar a los hombres buenos, yo, sin embargo, me estremezco siempre que las oigo, pues no me cuento entre los que merecen ser coronados. Y pienso que otros habrá que participen de mi mismo temor y angustia. Porque ¿a quién que entre dentro de su conciencia no será capaz de conmoverle esa palabra y hacerle estremecer y convencerle de la necesidad de vestirnos de saco y de practicar más duro ayuno que los ninivitas? Porque no se trata aquí de la ruina de la ciudad y de la muerte común, sino del castigo eterno y del fuego Inextinguible.

UN HERMOSO RECUERDO DE LOS MONJES DEL YERMO

De ahí que yo no puedo menos de alabar y admirar a los que se han ido a vivir a los desiertos, entre otras cosas por el modo como

recuerdan esta sentencia del Señor. Aquellos santos monjes, en efecto, después del almuerzo —digo mal, después de la cena, pues ellos no conocen el almuerzo, ya que saben que esta vida es tiempo de dolor y de ayuno—; después, digo, de la cena entonan ciertos himnos de acción de gracias a Dios, y en ellos intercalan esa sentencia del Señor. Y si queréis escuchar el himno de acción de gracias de los monjes, porque también vosotros lo podáis recitar continuamente, os voy ahora a decir íntegramente ese sagrado cántico. Sus palabras son del tenor siguiente: "Bendito sea Dios, que me alimenta desde mi juventud, que da alimento a toda carne. Llena de alegría y de júbilo nuestros corazones, a fin de que, teniendo en todo momento lo suficiente, abundemos en toda obra buena en Cristo Jesús, Señor nuestro, con el cual sea a ti la gloria, el honor y el poder juntamente con el Espíritu Santa por los siglos. Amén. Gloria a ti, Señor; gloria a ti, Santo; gloria a ti, Rey, porque nos has dado alimentos para nuestra alegría. Llénanos del Espíritu Santo, a fin de que seamos hallados gratos en tu presencia y no seamos confundidos cuando des a cada uno según sus obras". Todo es digno de admirarse en este himno, pero sobre todo su final. La mesa y la comida se prestan particularmente a la disipación y agravamiento del espíritu; de ahí que los monjes ponen una especie de freno a su alma con esta sentencia del Señor, recordando, en el momento propicio a la relajación, el momento del juicio futuro. Es que sabían muy bien lo que le había pasado a Israel por su opípara mesa: *Comió* —dice la Escritura— *el amado, y se engordó y recalcitró* (Deut 32,15). De ahí también la recomendación de Moisés: *Después de haber comido y bebido, después de haberte hartado, acuérdate del Señor, Dios tuyo* (Deut 6,11). Es que los hebreos, después de aquel banquete de que nos habla la Escritura, cometieron aquel gran pecado de idolatría (Ex 32,1-6). Mirad, pues, también vosotros, no os acontezca algo semejante. Porque, si bien no sacrificáis a la piedra y al oro ovejas y novillos, mirad no sacrifiquéis vuestra alma a la ira, y vuestra salvación a la fornicación ni a otra pasión semejante. De ahí que los monjes, por temor a esos abismos, después de gozar de la mesa o, mejor, de su ayuno, porque hasta su comida es ayuno, traen a su memoria aquel tribunal y aquel día espantoso. Ahora bien, si los que ayunan y duermen sobre el suelo y pasan la noche en vela y se visten de saco y de otros mil modos más se mortifican, necesitan todavía de ese recuerdo, ¿cuándo podremos vivir

nosotros moderadamente; nosotros, que ponemos mesas que nos llevan a infinitos naufragios y no oramos absolutamente, ni al principio ni al fin de la comida? Para evitar, pues, esos naufragios, pongamos ahora delante ese himno maravilloso de los monjes, despleguémoslo enteramente, veamos los provechos que podemos sacar de él y cantémoslo continuamente nosotros en nuestra mesa, a fin de reprimir así los excesos de la gula e introducir en nuestras casas las leyes y costumbres de aquellos ángeles. Allí debierais ir vosotros y sacar ese fruto de vuestra visita; pero ya que eso no queréis, oíd por lo menos, por medio de mis palabras, ese cántico espiritual y repetidlo cada uno de vosotros después de vuestras comidas, empezando así: *Bendito sea Dios*. Ya aquí empiezan cumpliendo la ley apostólica, que nos manda: *Cualquier cosa que hiciereis, de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesucristo, dando gracias a Dios Padre por medio de Él* (Col 3,17). Y esta acción de gracias de los monjes no se limita a solo aquel día, sino que se extiende a toda la vida: *El que me alimenta —dicen— desde mi juventud*. Enseñanza también de alta filosofía. Porque si Dios nos alimenta, no hay por qué preocuparse. Si el emperador te prometiera que él te iba a procurar el diario sustento de su propia despensa, estarías tranquilo en adelante; pues con mayor razón debemos librarnos de toda solicitud, cuando es Dios mismo quien nos lo procura y hace que todo fluya para nosotros como de una fuente. Y los mismos monjes, al decir esas palabras, lo que quieren es persuadirse a sí mismos y a sus discípulos a desprenderse de toda preocupación terrena. Mas no pensemos que dirigen a Dios esta acción de gracias por ellos solos. No. Al añadir las palabras: *El que da alimento a toda carne,* los monjes dan gracias a Dios por el mundo entero. Como si fueran los padres de toda la tierra, ellos elevan sus bendiciones por todos, con lo que se forman también a sí mismos en la auténtica fraternidad. Imposible, en efecto, que ellos odien a aquellos por cuya alimentación dan gracias a Dios. ¡Mirad cómo la acción de gracias introduce la caridad y expulsa todo cuidado mundano, y vedlo por lo que antes dice el himno y por lo dicho ahora! Porque si Dios alimenta a toda carne, mucho más a los que se han consagrado a Él; si a los que están envueltos en mundanas solicitudes, mucho más a los que están exentos de ellas. Tratando Cristo mismo de probar eso, decía: *¡Cuánto más*

valéis vosotros que no unos pájaros! (Lc 12,7; Mt 10,31) Al hablar así, quería el Señor enseñarnos a no poner nuestra confianza en la riqueza ni en la tierra ni en los frutos de la tierra, porque no son esas cosas las que nos alimentan, sino la palabra de Dios. Por aquí se puede cerrar la boca a los maniqueos y valentinianos y a cuantos piensan como ellos. Porque no puede ciertamente ser malo el que pone lo suyo a disposición de todos, aun de aquellos mismos que le blasfeman. Luego viene esta petición: *Llena de alegría y de júbilo nuestros corazones*. ¿De qué alegría hablan aquí los monjes? ¿Por ventura de la mundana? ¡De ninguna manera! De buscar esa alegría, no se hubieran ido a vivir a las cimas de los montes y a las soledades de los desiertos, ni se hubieran vestido de saco. No. La alegría que piden es aquella que nada tiene que ver con la presente vida, la alegría de los ángeles, la alegría del cielo; y no se contentan con pedirla simplemente, sino con grande encarecimiento. Porque no dicen: "Danos", sino: *Llena*, y no: "Llénanos a nosotros", sino: Llena nuestros corazones. Porque del corazón es señaladamente esta alegría. *El fruto del Espíritu —dice el Apóstol— es caridad, gozo, paz* (Gal 5,22). El pecado fue el que introdujo la tristeza; de ahí que pedir los monjes la alegría, tanto vale como pedir que Dios plante la justicia en sus corazones, ya que de otro modo, no pudiera haber en ellos alegría. *A fin de que*, *teniendo siempre todo lo suficiente, abundemos en toda obra buena*. Mirad cómo está aquí cumplida la sentencia evangélica que dice: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy* (Lc 11,3; Mt 6,11). Y éste lo buscan por motivo de lo espiritual: *A fin —dice— de que abundemos en toda obra buena*. No dicen: "Para que cumplamos lo que debemos, sino más de lo que se nos ha mandado". Porque ése es el sentido de las palabras: *A fin de que abundemos*. A Dios le piden lo suficiente para sus necesidades; ellos, sin embargo, en obediencia a Dios, no se contentan con lo suficiente, sino que aspiran en todas las cosas a la generosidad. Propio es de siervos agradecidos, propio de verdaderos filósofos, el ir siempre y en todo más allá de lo debido. Luego, recordando nuevamente su propia debilidad y cómo sin la ayuda de arriba nada generoso puede hacerse, ya que han dicho: *A fin de que abundemos en toda obra buena*, añaden: *En Cristo Jesús, Señor nuestro, con el cual sea a ti gloria, poder y honor por los siglos. Amén*. Principio y fin del himno están igualmente entretejidos de acción de gracias.

DEMOS GRACIAS A DIOS POR LOS BENEFICIOS PEQUEÑOS Y POR LOS GRANDES

Luego parece como si volvieran al principio; pero, en realidad, prosiguen la misma oración. Así lo hace también Pablo, que termina el exordio de una epístola con la doxología, y después de decir: *Conforme a la voluntad del que es Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos, amen* (Gal 1,4-5), vuelve a reanudar el asunto sobre que escribía. E igualmente en otra ocasión, después de haber dicho: *Dieron culto y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendecido por los siglos, amen* (Rom 1,25), no termina ahí su discurso, sino que lo reanuda nuevamente. No reprochemos, pues, a estos ángeles de que proceden con desorden por el hecho de que, terminada su oración en doxología, nuevamente empiezan los sagrados himnos. En eso no hacen sino seguir las huellas del Apóstol, empezando por una doxología y terminando en otra y preludiando después de ella nuevos himnos. De ahí que digan: *Gloria a ti, Señor; gloria a ti, Santo; gloria a ti, Rey, porque nos has dado alimento para nuestra alegría*. Porque no hay que dar gracias solamente por los grandes beneficios, sino también por los pequeños. Al darlas los monjes por estas cosas, con eso solo confunden la herejía de los maniqueos y de cuantos afirman que la vida presente es mala. No. No porque los monjes practiquen la más alta filosofía y desprecien el vientre, cabe sospechar de ellos, como de esos que se ahorcan a sí mismos, que abominan de los alimentos. Por su oración nos enseñan suficientemente que, si se abstienen de la mayor parte de las cosas, no es porque abominen de las criaturas de Dios, sino porque aspiran a más alta perfección. Y mirad ahora cómo, de la acción de gracias por los bienes recibidos, se levantan a suplicar bienes mayores, y no se detienen en lo temporal, sino que se remontan más allá de los cielos, diciendo: Llénanos del Espíritu Santo. Porque no es posible que quien no está lleno de esa gracia del Espíritu, se porte gloriosamente como es debido, como tampoco que realice nada generoso quien no goce de la ayuda de Cristo. Ahora bien, como después de haber dicho: A fin de que abundemos en toda obra buena, añadieron aquellos santos monjes: *En Cristo Jesús, Señor nuestro*, así dicen ahora: *Llénanos del Espíritu Santo, a fin de que seamos hallados gratos en tu acatamiento*. Mirad cómo de las cosas terrenas nada piden, sino

que sólo dan gracias; mas de las espirituales piden a la vez que dan gracias. Porque: *Buscad* —dice el Señor— *el reino de los cielos, y todo eso se os dará por añadidura* (Mt 6,33). Mas considerad otra lección de su filosofía: A fin —dicen— *de que seamos hallados gratos en tu acatamiento y no seamos confundidos...* Nada se nos importa —parecen decir— de la vergüenza y confusión ante la gente. Digan los hombres lo que quieran, ríanse de nosotros e injúriennos, que no hemos de volver ni la cabeza para mirarlos. Nuestro combate entero está en que no seamos confundidos en el último día. Al hablar así, no sólo nos recuerdan el terrible río de fuego, sino también los premios y galardones de la virtud. Porque no piden ser castigados, sino no ser confundidos. Porque para nosotros, más espantoso que el infierno mismo es quedar convictos de haber ofendido al Señor. Mas como quiera que esto no suele espantar al populacho, grosero siempre, añaden: *Cuando des a cada uno según sus obras.* ¡Mirad cuánto provecho nos traen estos extranjeros y caminantes, estos ciudadanos del desierto, o, por mejor decir, estos ciudadanos de los cielos! Nosotros somos más bien los extranjeros del cielo y ciudadanos de la tierra; los monjes, al revés. Después de este himno, llenos de mucha compunción y de ardientes y copiosas lágrimas, así se retiran a dormir, y sólo duermen el tiempo indispensable para un breve descanso. Luego, nuevamente hacen de la noche día, pasándola entre acciones de gracias y cantos de los salmos. Y esta filosofía no sólo la practican hombres, sino también mujeres, que saben vencer con la decisión de su voluntad la flaqueza de su sexo.

TAMBIÉN EN LAS CIUDADES SE PUEDE IMITAR A LOS SOLITARIOS

Avergoncémonos, pues, nosotros —hombres— ante la constancia y firmeza de esas mujeres, y cesemos ya de apegamos a lo presente, a la sombra, al suelo, al humo. En verdad, la mayor parte de nuestra vida la pasamos en inconsciencia. La primera edad está llena de insensatez; luego, la que va caminando hacia la vejez, nos va también marchitando el sentimiento y la conciencia. Queda un corto espacio intermedio, en que podemos gozar conscientemente del placer, o, por mejor decir, ni aun ese espacio se goza

puramente, pues nos asedian cuidados y trabajos infinitos que lo turban. Por eso, yo os exhorto a buscar los bienes inmutables y eternos y aquella vida que no conoce vejez alguna. Porque, aun viviendo en una ciudad, es posible imitar la filosofía de los solitarios. Aun teniendo mujer, aun en medio de los afanes de la familia, es posible orar y ayunar y compungirse. Al principio, los que fueron instruidos por los apóstoles, las ciudades habitaban; pero mostraban la piedad de los moradores de las montañas; y hasta había entre ellos quienes estaban al frente de talleres, como Priscila y Aquilas. Hasta los profetas mismos tuvieron todos sus mujeres y sus casas, y ningún daño sufrió por ello su virtud. Tal Isaías, tal Ezequiel, tal el gran Moisés. Imitemos nosotros a estos grandes varones, demos gracias a Dios en todo tiempo, entonemos himnos en su alabanza en todo momento, practiquemos la templanza y las otras virtudes y llevemos a las ciudades la filosofía de los desiertos. De este modo seremos gratos a Dios y gloriosos ante los hombres y alcanzaremos los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con el cual y por el cual sea al Padre la gloria, poder y honor, juntamente con el Espíritu, santo y vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 56

En verdad, en verdad os digo que hay algunos de los que aquí están que no gustarán de la muerte, hasta que vean al Hijo del hombre que viene en su reino (Mt 16,28; 17,1-9).

JESÚS ANIMA A LOS SUYOS CON EL ANUNCIO DE SU GLORIA

Había hablado el Señor de peligros y de muerte, de su propia pasión y de la sangre que sus discípulos habrían de derramar y les había dado aquellos severos mandatos de tomar la cruz y negarse a sí mismos. Por otra parte, todo esto atañía a la vida presente; los bienes, sin embargo, quedaban sólo en esperanzas y expectación; por ejemplo, que quienes perdieran su alma la salvarían, que había Él de venir en la gloria de su Padre y que les daría la recompensa merecida. Ahora quiere también satisfacer la vista de sus discípulos y, en la medida de lo

posible, mostrarles cómo era aquella gloria en que había Él de venir. Y así, aun en esta presente vida, se la muestra y revela, a fin de que no sientan ya pena ni por su propia muerte ni por la de su Maestro, especialmente a Pedro, que tanto lo sentía. Y mirad cómo obra el Señor, después de hablar del infierno y del reino de los cielos. El había dicho: *El que halle su alma, la perderá, y el que la pierda por causa mía, la encontrará* (Juan 12,25). Además: *El Hijo del hombre dará a cada uno según su conducta* (Mt 16,27); y en una y otra sentencia alude al cielo y al infierno. Sin embargo, no obstante haber hablado de los dos, el reino de los cielos lo muestra a los ojos de los discípulos; pero el infierno, no. ¿Por qué? De haber sido ellos otros, gentes, por ejemplo, muy rudas, también esto hubiera sido necesario; pero como eran de alma noble y bien dispuesta, trata más bien de atraerlos y dirigirlos con la perspectiva del premio. Y no es ésta la sola razón, sino porque ello era también lo que mejor decía con Él. Sin embargo, no siempre pasa por alto la otra parte, pues hay veces que nos pone poco menos que delante de los ojos el infierno; por ejemplo, cuando nos cuenta la parábola de Lázaro, o nos recuerda al siervo que reclamó de su compañero los cien denarios, y al convidado de bodas con vestidos sucios, y en otros muchos casos.

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

Y después de seis días, tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a Juan... Otro evangelista (Lc 9,28) dice haber sido después de ocho días, en lo que no hay contradicción, sino perfecta armonía. Lucas, en efecto, cuenta el día en que el Señor les habló y el en que los subió al monte; Mateo, en cambio, sólo tiene en cuenta los intermedios. Mas considerad, os ruego, por otra parte, que sabiamente obra Mateo, al no callar los nombres de los que fueron preferidos a él mismo. Lo mismo hace también Juan en muchas ocasiones al contar con la mayor verdad las extraordinarias alabanzas que se tributan a Pedro. Es que aquel coro de santos estaba totalmente limpio de envidia y de vanagloria. Tomando, pues, consigo a los principales, *los condujo aparte, a un monte elevado, y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y les aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con Él*. — ¿Por qué toma el Señor a sólo

éstos consigo? —Porque ellos eran los que descollaban sobre los otros. Pedro sobresalía por el ardiente amor que tenía a su Maestro; Juan era por éste particularmente amado, y Santiago le había dado, juntamente con su hermano, aquella generosa respuesta: *Sí, podemos beber el cáliz* (Mt 20,22). Y no fue solo responder, sino que las obras probaron lo que había dicho. Era, en efecto, tan vehemente y tan duro para los judíos, que el mismo Herodes pensó que no podía hacerles mejor gracia que quitarlo de en medio. —Mas ¿por qué no los subió inmediatamente al monte? Porque los otros discípulos no sintieran algún celillo humano. De ahí que ni siquiera les dice los nombres de los que habían de subir. Y en verdad, todos habrían deseado ardientemente acompañarle, pues iban a ver un trasunto de la gloria celeste, y se hubieran dolido de haber sido preteridos. Porque si bien el Señor mostró su gloria de un modo muy corporal, la cosa, sin embargo, era para excitar el mayor deseo. —Entonces, ¿por qué se lo anuncia de antemano? —A fin de que, por habérselo dicho antes, estuvieran más dispuestos para la visión y, llenos de más vehemente deseo durante los ocho días de plazo, llegaran por fin al monte con alma vigilante y cuidadosa. — ¿Y por qué hace que se presenten allí Moisés y Elías? —Muchas causas cabría alegar de ello. Sea la primera la siguiente: puesto que las gentes decían que el Señor era Elías o Jeremías o uno de los antiguos profetas, Él trae allí a los dos más grandes de ellos, a fin de que vieran con sus propios ojos la distancia y diferencia que iba del Señor a los siervos y cuán justamente había sido alabado Pedro por haberle confesado por hijo de Dios. Luego, bien sabemos que le acusaban constantemente de que transgredía la ley y que le tenían por un blasfemo, al atribuirse una gloria que no le pertenecía, no menos que la gloria del Padre. Así decían: *Éste no viene de Dios, puesto que no guarda el sábado* (Juan 9,16). Y otra vez: *No te apedreamos por obra alguna buena, sino porque blasfemas, ya que, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios* (Juan 10,33). Ahora, pues, para mostrar a sus enemigos que ambas acusaciones procedían de envidia y Él era totalmente inocente en ellas, pues ni sus actos eran transgresión de la ley ni se apropiaba una gloria que no se le debiera al proclamarse igual al Padre, saca allí al medio a los dos hombres que más habían brillado en la guarda de la ley y en el celo de la gloria de Dios. Moisés, en efecto, era el que había dado la ley, y los judíos podían calcular que

Moisés no hubiera tolerado al que, como ellos pensaban, la conculcaba ni hubiera rendido pleitesía a un enemigo declarado del propio legislador. En cuanto a Elías, nadie como él tenía tanto celo por la gloria de Dios, y si el Señor hubiera sido contrario a Dios, si se hubiera proclamado Dios, haciéndose igual al Padre, sin ser lo que decía ni convenirle aquella gloria, Elías no se hubiera presentado a su lado ni le hubiera obedecido.

OTRAS CAUSAS DE LA APARICIÓN DE MOISÉS Y ELÍAS

Otra causa cabe alegar juntamente con las ya dichas. —¿Cuál es ésta? —Hacerles entender que Él tenía poder sobre la vida y la muerte y que lo mismo domina en el cielo que en el infierno. De ahí que haga presentarse allí tanto a Moisés, que ya había muerto, como a Elías, que no había aún pasado por la muerte. La quinta causa (porque cinco van ya con ésta), nos la revela el mismo evangelista. ¿Y cuál es ésta? Mostrarles la gloria de la cruz, consolar a Pedro y a los otros, que temían la pasión, y levantar así sus pensamientos. Porque fue así que, llegados allí Moisés y Elías, no se estuvieron callados, sino que *hablaban* —dice el evangelista— *de la gloria que había de cumplir en* Jerusalén (Lc 9,31). Es decir, de la cruz y de la pasión, a la que llaman siempre "gloria". Y no era ése el único modo como el Señor entrenaba a sus discípulos, sino también con la virtud de aquellos dos grandes varones, que Él más requería de ellos. Él les había dicho: *Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24); de ahí que ahora les pone delante aquellos dos hombres que mil veces se habían expuesto a la muerte por cumplir la voluntad de Dios y por amor del pueblo que les había sido encomendado. Los dos, por haber perdido su alma, la hallaron. Los dos valientemente se enfrentaron a tiranos: Moisés al de Egipto, Elías a Acab, y eso en favor de hombres ingratos y rebeldes. Porque los dos se vieron en extremo peligro por culpa justamente de los mismos a quienes habían salvado. Los dos trataron de librar al pueblo de la idolatría, y los dos eran hombres con muchas limitaciones. El uno era tartamudo y de escasa voz; el otro de trato rudo. Los dos, seguidores de la suma perfección de la pobreza, puesto que ni Moisés poseía nada, ni menos Elías. ¿Qué tenía éste fuera de su

piel de oveja? Y todo esto en el Antiguo Testamento y sin haber recibido tan grande gracia de milagros. Porque si es cierto que Moisés dividió en dos el mar, Pedro anduvo sobre las aguas y era capaz de trasladar montañas, y curó toda clase de enfermedades corporales, y expulsó a fieros demonios, y con la sombra de su cuerpo hizo aquellos grandes prodigios, y convirtió a toda la tierra. Y si Elías resucitó a un muerto, los apóstoles resucitaron infinitos, y eso que no habían aún recibido el Espíritu Santo. He ahí, pues, una nueva razón de ponerles delante a Moisés y a Elías: quería el Señor que sus discípulos imitaran el amor al pueblo, la constancia e inflexibilidad de aquellos dos grandes profetas y que fueran mansos como Moisés y celosos como Elías y, como los dos, solícitos por la salvación del pueblo. El uno, en efecto, soportó el hambre durante tres años por amor del pueblo judío. El otro decía: *Si les perdonas este pecado, perdónaselo; si no, bórrame también a mí del libro que has escrito* (Ex 32,32). Todo eso quería el Señor recordarles por medio de la visión. En realidad, si el Señor hizo aparecer a Moisés y Elías en su gloria, no fue para que sus discípulos se detuvieran en ellos, sino para que los sobrepasaran en la lucha por la virtud. Así, cuando más adelante le dijeran: *¿Quieres que hagamos bajar fuego del cielo?,* y le recuerdan a Elías, que lo había hecho, el Señor les dice: No *sabéis a qué espíritu pertenecéis* (Lc 9,54-55)*,* alentándolos a la paciencia por la diferencia del don que habían recibido. Y nadie piense que al decir esto pretendemos condenar por imperfecto a Elías. No, no decimos eso. En verdad, él era muy perfecto. Pero en sus tiempos, cuando la mente de los hombres era más infantil, necesitaba de aquella pedagogía. Según eso, también Moisés era perfecto y, sin embargo, a los apóstoles se les exige más que a Moisés. Porque, *si vuestra justicia no aventaja a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los* cielos (Mt 5,20). Porque los apóstoles no tenían que entrar sólo en Egipto, sino en el mundo entero, que estaba peor dispuesto que Egipto; ni iban tampoco a hablar con Faraón, sino a luchar con el mismo diablo, tirano de la maldad. En verdad, su combate había de consistir en atar al tirano y arrebatarle luego todos sus instrumentos, y esto lo hicieron no rompiendo el mar, sino hiriendo el abismo de la impiedad por medio de la vara de Jesé —aquel abismo de ondas más agitadas que las del mar—. Mira, sino, cuántos motivos de

espanto tenían los apóstoles: la muerte, la pobreza, la ignominia, los sufrimientos sin término. Y más temían ellos todo esto que antaño los judíos el mar Rojo. Y, sin embargo, el Señor les persuadió a que rompieran con todo eso y que con toda tranquilidad atravesaran aquel mar como si caminaran por encima de tierra firme. Queriendo, pues, el Señor prepararlos para todo eso, les llevó allí sobre el monte a los que habían más gloriosamente brillado en el Antiguo Testamento.

INTERVIENE PEDRO

¿Qué hace, pues, el ardiente Pedro? *Bueno es* —dice— *estarnos aquí*. Como había oído que Jesús tenía que ir a Jerusalén y allí padecer, temiendo aún y temblando por la suerte de su Maestro, después de la reprimenda recibida, no se atreve ciertamente a acercársele y decirle lo mismo, aquello de Dios te sea propicio...; sin embargo, dominado del miedo, viene a decir lo mismo por otras palabras. Y era así que, como veía el monte, el retiro y la soledad, pensó sin duda que aquel paraje les ofrecía la mayor seguridad; y no sólo el paraje, sino el hecho que el Señor no volvería más a Jerusalén. Porque su plan era quedarse allí definitivamente, y ésa es la razón por la que hace mención de tiendas. Si esto lográramos —parece decirse Pedro—, ya no subiremos más a Jerusalén; y si allí no subimos, el Maestro no morirá, pues allí dijo Él que habían de acometerle escribas y fariseos. Claro que Pedro no se atrevió a decirlo en estos términos, pero esto es lo que él intentaba conseguir cuando, curándose en salud, decía: *Bueno es que nos quedemos aquí*, donde tenemos con nosotros a Moisés y Elías— Elías, el que hizo bajar fuego sobre el monte, y Moisés, que entró en la oscuridad para hablar con Dios—. Y no habrá nadie que sepa ni dónde estamos.

EL ARDIENTE AMOR DE PEDRO A SU MAESTRO

¡He ahí el ardiente amador de Cristo! Porque no hay que buscar tanto la oportunidad del consejo que Pedro daba a su Maestro cuanto lo ardiente de su amor. Y que no hablaba así porque temiera por sí mismo, pruébalo la respuesta que le dio a Cristo cuando éste anunció su propia muerte y sufrimientos: *Yo daré mi vida por ti. Aun cuando fuere preciso morir contigo, yo no te*

he de negar (Mc 14,31). Y mirad cómo, puesto en medía de los peligros, se desentendió también de sí mismo. Pues fue así que, no obstante rodearle toda aquella chusma, no sólo no huyó, sino que, desenvainando su puñal, cortó la oreja al criado del sumo sacerdote. Así es que no miraba por sí mismo, sino que todo su temor era por su Maestro. Luego, como había hablado muy afirmativamente, vuelve sobre sí y, considerando no fuera nuevamente reprendido, dice: *Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.* ¿Qué dices, oh Pedro? ¿No separabas hace bien poco al Maestro de sus esclavos? ¿Cómo es que ahora le cuentas otra vez entre ellos? ¡Ya veis cuán imperfectos eran los apóstoles antes de la cruz! A Pedro le había hecho el Padre una revelación, pero Pedro no la recuerda continuamente, sino que se deja perturbar por la angustia, y no sólo por la que he dicho, sino por la misma que les producía aquella visión. Por lo menos los otros evangelistas, queriéndonos dar a entender esto, a la vez que la confusión de la mente con que Pedro había hablado y cómo todo procedía de aquella angustia, dicen: Marcos, que *Pedro no sabía lo que se decía, pues habían quedado aterrados* (Mc 9,6)*; y Lucas, a las palabras de Pedro: Hagamos aquí tres tiendas*, les pone esta apostilla: *Sin saber lo que decía* (Lc 9,33). Luego, declarándonos cómo estaban poseídos de miedo, tanto Pedro como sus compañeros Santiago y Juan, prosigue el mismo Lucas: *Estaban rendidos de sueño y, despertándose, vieron la gloría de Él;* llamando sueño a la misma extraordinaria pesadez de cabeza que les producía la visión misma. Porque así como los ojos quedan cegados por el exceso de resplandor, algo así les pasó entonces a los apóstoles. Porque no era de noche, sino de día, y fue el exceso de resplandor lo que agravó la debilidad de sus ojos.

LA VOZ DEL PADRE

¿Qué pasa, pues, entonces? El Señor no habla nada, como tampoco Moisés ni Elías. Mas el Padre, que es mayor que todos y está por encima de todos, el Padre es el que emite una voz desde la nube. ¿Por qué desde la nube? Porque de este modo suele aparecerse siempre Dios: *Nube y obscuridad en torno suyo* (Salmo 96,2); y otra vez: *El que hace de las nubes trono suyo* (Salmo 103,3); y otra: *El Señor se sienta sobre ligera nube* (Is 19,1). Y:

Una nube lo escondió de los ojos de ellos (Hechos 1,9). Y: *Como un hijo de hombre que viene sobre las nubes* (Dan 7,13). Así, pues, a fin de que creyeran que la voz venía de Dios, salió también entonces de la nube, y la nube era luminosa: Porque, *cuando Pedro estaba aún hablando, una nube luminosa los cubrió* con *su sombra; y he aquí una voz que salía de la nube diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien* me *complazco. Escuchadle*. Cuando Dios viene para amenazar, hace aparecer una nube obscura, como en el Sinaí. *Porque entró* —dice la Escritura— *Moisés en la nube y en la oscuridad, y el humo se levantaba como vapor* (Ex 24,18). Y el profeta, hablando de la amenaza de Dios dice: *Agua tenebrosa en las nubes del aire* (Salmo 17,12). Mas aquí, que no quería Dios espantar, sino enseñar, la nube es luminosa. Pedro había dicho: *Hagamos tres tiendas,* pero el Padre muestra una tienda que no había sido hecha por mano de hombre. Por eso, allí, humo y vapor de horno; aquí, luz inefable y voz. Luego, para hacer ver que no hablaba de ninguno de los otros dos sino solamente de Cristo, apenas se oyó la voz, desaparecieron Moisés y Elías. Si de uno de ellos se hubiera dicho la voz, no hubiera quedado Cristo solo, por haberse apartado los otros dos, ¿Por qué, pues, no cubrió la nube a Cristo solo, sino que los cobijó a todos? —Porque si sólo a Cristo hubiera cubierto, pudiera pensarse haber sido Él mismo el que emitió la voz. De ahí que el mismo evangelista, queriendo dejar este punto bien asegurado, dice que la voz salió de la nube, es decir, de Dios. — ¿Y qué dijo aquella voz? *Éste es mi Hijo amado*. Si, pues, amado, no tienes, Pedro, por qué temer. Ya era tiempo de que conocieras su poder y tuvieras plena certeza de la resurrección; pero, puesto que aún la desconoces que la voz por lo menos del Padre te infunda confianza. Porque si el Padre es poderoso, como efectivamente lo es, es evidente que el Hijo lo es igualmente. No temas, pues, los sufrimientos. Mas si todavía no aceptas esto, reflexiona por lo menos que es Hijo y que es amado. Porque: *Este es* —dice— *mi Hijo amado*. Ahora bien, si es amado, no temas, puesto que nadie traiciona a aquel a quien ama. No te turbes, por tanto. Porque por mucho que tú le ames, no le amas tanto como su Padre. *En quien me he complacido*. Porque no le ama sólo por haberle engendrado, sino también porque es en todo igual a Él y no tiene otro sentir que Él. De suerte que doble, por mejor decir, triple, es el motivo de su amor: por Hijo, por amado y por tener en Él sus complacencias. Y

¿qué quiere decir: *En quien me he complacido*? Es como si dijera: "En quien tengo mi descanso, en quien hallo mis delicias". Y eso porque tengo en todo y con toda perfección era igual a Él, porque sólo había en Él una voluntad con la del Padre, porque, aun siguiendo Hijo, era en todo una sola cosa con el que le había engendrado. *Escuchadle*. De suerte que aun cuando Él quiera ser crucificado, no te opongas tú a ello. *Y oyendo que oyeron la voz, cayeron sobre su rostro y quedaron por extremo espantados, y, acercándose a ellos Jesús, les tocó y les dijo: Levantaos y no temáis. Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo*.

POR QUÉ TEMEN LOS APÓSTOLES EN EL MONTE

¿Cómo es que al oír la voz quedaron de ese modo aterrados? Realmente, antes de ahora se había oído una voz semejante sobre el Jordán, y allí había una muchedumbre de gente y a nadie le pasó nada semejante. Y otra vez, después de ahora, cuando decían haberse oído un trueno (Juan 12, 28-29), y tampoco entonces le pasó nada a nadie. ¿Cómo es, pues, que en el monte cayeron por tierra? Es que la soledad, la altura, el silencio grande, la transfiguración del Señor, llena de tanto estremecimiento; aquella luz purísima, aquella nube que los cubría, todo hubo de influir para infundirles un grande terror. De todas partes se sentían sobrecogidos, y cayeron al suelo a la vez aterrados y en adoración. Sin embargo, para que el terror, de prolongarse mucho, no les quitara la memoria de lo acontecido, el Señor les disipó inmediatamente toda su angustia, y se les muestra Él solo y les manda que a nadie dijeran nada de lo que habían visto, hasta que Él resucitara de entre los muertos. Porque: *Bajando que iban —dice* el evangelista— *del monte, les mandó que a nadie hablaran de la visión hasta que Él resucitara de entre los muertos.* Y es que cuanto mayores cosas se decían de Él entonces, más difícilmente las aceptaba entonces el vulgo, y con ello no se lograba sino acrecentar el escándalo de la cruz. De ahí que les mande callar, y no sin motivo, pues nuevamente les recuerda la pasión, con lo que veladamente les da a entender la causa por la que les mandaba callar. Porque, ciertamente, no les mandó que callaran siempre, sino hasta que Él resucitara de entre los muertos. Y notemos cómo callando lo difícil, sólo hace mención

de lo agradable. — ¿Pues qué? ¿Es que después de esto no había la gente de escandalizarse? —De ninguna manera. El problema era el tiempo anterior a la cruz. Después vendría la gracia del Espíritu Santo, la fuerza de los milagros corroboraría las palabras de la predicación y todo cuanto dijeran sería fácilmente aceptado, pues los hechos mismos pregonarían el poder del Señor con voz más clara que la de una trompeta, y no habría ya un escándalo como el de la cruz que se interpusiera entre ellos. Bienaventurados, pues, los apóstoles, y señaladamente aquellos tres que merecieron, cubiertos por la nube, estar bajo el mismo techo del Señor.

LA VENIDA GLORIOSA DEL SEÑOR

Mas, si queremos, también nosotros veremos a Cristo; no como lo vieron entonces los tres apóstoles sobre el monte, sino mucho más resplandeciente todavía. No vendrá luego así. Porque entonces, por miramiento a sus discípulos, el Señor no les descubrió más resplandor de su gloria que el que ellos podían soportar; mas, en el último día, vendrá en la gloria misma del Padre, no sólo en compañía de Moisés y Elías, sino escoltado de todo el ejército incontable de los ángeles, con los arcángeles y serafines y con las muchedumbres infinitas de los cielos. Entonces no se observará una nube sobre su cabeza, sino el cielo entero sobre ella contraído. Como a los jueces, cuando públicamente dictan sentencia, les descorren sus asistentes las cortinas y quedan a la vista de todos, así entonces, todos los hombres verán al Señor sentado en su trono y todo el género humano se presentará ante Él y Él pronunciará por sí mismo sobre cada uno la sentencia. A unos les dirá: *Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer* (Mt 25,34). A otros: *Enhorabuena, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho* (Mt 25,23). Mas con sentencia contraria, a unos los condenará diciendo: *Id al fuego, que está aparejado para* Satanás *y sus ángeles* (Mt 25,41). Y a otros: *Siervo malo y perezoso* (Mt 25,26). Y a unos los partirá por medio y los entregará a los verdugos, y a otro, atados de pies y manos, los mandará arrojar en las tiniebla, exteriores. Y al hacha sucederá el horno, y allí será arrojado cuanto se tiró de lo recogido por la red. *Entonces los justos brillarán como el sol* (Mt 4,13). O, por mejor

decir, más que el mismo sol. Si así lo dijo el Señor, no es porque la Luz de los santos haya de ser sólo como la del sol, no. Es que como no hay astro para nosotros más brillante que el sol, quiso el Señor representar por un ejemplo conocido el resplandor de los santos. En el monte mismo, si el evangelista dijo que *brilló como el sol,* por esta misma causa lo dijo, pues que su resplandor fuera mayor que el que se toma por comparación, bien lo demostraron los discípulos con su caída. Si la luz no hubiera sido tan pura, sino a la medida de la del sol, no hubieran caído, sino que la hubieran fácilmente soportado. Los justos, pues, brillarán entonces como el sol y más que el sol; mas los pecadores sufrirán los últimos tormentos. Entonces no habrá necesidad ni de documentos, ni de pruebas, ni de testigos, pues el juez mismo lo es todo: testigo, prueba y juez. Él lo sabe todo perfectamente. Porque *todo está descubierto y desnudo ante sus ojos* (Hebr 4,13). Allí no habrá ni rico ni pobre, ni poderoso ni débil, ni sabio ni ignorante, ni esclavo ni libre. No. Todas esas caretas se harán entonces pedazos y sólo se examinarán las obras. Aun en nuestros mismos tribunales, cuando se acusa a alguien de tiranía o asesinato, sea el reo lo que sea, prefecto, cónsul o cualquier otra cosa, todas esas dignidades se deshacen en el aire, y el que es convicto, sufre la última pena. Pues mucho más sucederá así en aquel tribunal.

FACILIDAD DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS

A fin, pues, de que esto no nos suceda, depongamos los vestidos sucios y revistámonos las armas de la luz, y la gloria de Dios nos cubrirá. Porque ¿cuál de los mandamientos es pesado? ¿Cuál no es fácil? Escucha si no lo que dice el profeta, y entonces verás la facilidad: *Aun cuando dobles tu cuello como un aro y te tiendas sobre saco y ceniza, ni aun así lo llamarás ayuno aceptable; desata más bien todo lazo de iniquidad, rompe las ataduras de los contratos violentos* (Is 58,5-6). Mira la sabiduría del profeta. Habiendo puesto primero lo pesado y habiéndolo eliminado, pide luego que nos salvemos por lo fácil, haciéndonos ver que Dios no necesita de nuestros trabajos, sino de nuestra obediencia. Seguidamente, para hacernos ver que la virtud es fácil y el vicio difícil, por los mismos nombres nos lo demuestra. A la maldad, en

efecto, la llama lazo y atadura; a la virtud, sin embargo, liberación y soltura de todo eso. Rasga toda escritura injusta. Así llama a las escrituras usureras, a las letras de préstamos. *Pon en libertad a los quebrantados*, es decir, a los miserables. Tal es el mísero deudor: cuando ve a su acreedor, se le quebranta el alma y le teme más que a una fiera. *Y a los pobres sin techo, mételos en tu casa. Si ves a un desnudo, vístele, y de los de tu propia sangre no apartes desdeñosamente tus* ojos. En la pasada homilía, al hablaros de los premios, os hice ver la riqueza que hay en las palabras del profeta. Veamos ahora si hay algo difícil en lo que se nos manda. ¡Algo que sobrepase nuestra naturaleza! Pero nada hallaren tal, sino todo lo contrario. Todo eso son cosas de absoluta facilidad. Lo que exige sudores es la maldad. ¿Qué cosa, en efecto, más molesta que el prestar, andar constantemente preocupado de intereses y contratos, pedir fiadores y estar siempre temiendo y temblando por las prendas recibidas, por el capital, por las escrituras, por los intereses, por las fianzas? Tales son los negocios mundanos. Porque esta aparente e imaginada seguridad es de lo más frágil e incierto. La limosna en cambio, es más fácil y nos libra de toda preocupación.

DIATRIBA CONTRA LA USURA

No especulemos, pues, con la ajena desgracia ni hagamos negocio de la caridad. Sé muy bien que muchos oyen con desagrado estas palabras; pero ¿qué adelantamos con callar? Si yo me callo, si no os molesto con mis palabras; imposible que con mi silencio os podáis librar del castigo. Todo lo contrario. Ello acrecentaría el suplicio. Ese silencio os acarrearía castigo no sólo a vosotros, sino también a mí. ¿A qué, pues, el deleite de las palabras, cuando no se ayuda en las obras, sino que se daña? ¿Qué provecho hay en alegrar con el discurso y dar pena en la realidad, halagar al oído y condenar al alma? Por eso es necesario causaros aquí pena, a fin de no causaros después castigo. Porque terrible, carísimos, terrible es la enfermedad que ha invadido a la Iglesia; terrible y que reclama mucho cuidado. Porque quienes tienen mandamiento de no atesorar ni aun de sus justas ganancias, sino abrir sus puertas a los necesitados, esos mismos son los que sacan ganancia de la

pobreza de los demás y se inventan una rapiña de buen parecer, una avaricia de bellos pretextos. Y no me vengas con las leyes profanas. El publicano cumple la ley profana y, sin embargo, es castigado. Y también lo seremos nosotros, si no ponemos término a la opresión de los pobres, si seguimos tomando ocasión de su necesidad y de su necesario sustento para el más desvergonzado negocio. Si tienes riquezas, es justamente para que socorras la pobreza, no para que trafiques con ella. Tú, sin embargo, con apariencias de que socorres, haces más grave la miseria y vendes a buen precio la caridad. Vende tu dinero, no te lo prohíbo; pero véndelo por el reino de los cielos. No recibas por paga de tan buena obra el interés de la centésima [57]. No. Aspira a la paga de la vida eterna. ¿Por qué eres tan pobre y miserable? ¿Por qué eres tan mezquino, vendiendo lo grande por vil precio, por unas riquezas perecederas, cuando pudieras venderlo a precio del reino de los cielos, que no perece? ¿Por qué dejas a Dios y buscas ganancias humanas? ¿Por que te pasas de largo al verdaderamente rico y vas a molestar al que no tiene y, dejando al que te puede devolver, hablas y tratas con quien no te lo ha de agradecer? Aquél está deseoso de devolverte tu dinero; ese otro se te enfada al devolverlo. El uno a duras penas te da la centésima parte; el otro, el ciento por uno y la vida eterna. El uno te paga entre insultos e injurias; el otro, con alabanzas y bendiciones. El uno te levanta envidias, el otro te entreteje coronas. El uno con trabajo te pagará en esta vida; el otro en ésta y en la otra. Ahora bien, ¿no será el colmo de la insensatez el no saber ni cómo se gana? ¡Cuántos por sus usuras perdieron hasta el capital! ¡Cuántos por ellas cayeron en peligros! ¡Cuántos, por una desmedida avaricia, se redujeron a sí mismos y a los demás a la extrema miseria!

LA USURA ES UN DESHONOR ANTE LA LEY PROFANA

Porque no me digas que tu deudor recibe con gusto el dinero que le prestas y que hasta te da las gracias por ello. Es un agradecimiento a tu crueldad. Cuando Abrahán entregó su mujer a los bárbaros, él mismo preparó una traza para que el asunto

---

[57] Era una forma de usura en que el deudor pagaba al prestamista la centésima parte del capital o prima cada mes.

saliera bien; pero no lo hizo por el gusto de entregarla, sino por miedo al Faraón (Gen 12,13). Así el pobre contigo: como ni de ese dinero que le prestas le consideras tú digno, no tiene otro remedio que darte las gracias por tu crueldad. Tú, a lo que a mí se me alcanza, si por fortuna le libraras de un peligro de muerte, le irías a exigir paga por haberle librado. — ¡Dios me libre! —no respondes—. ¡Jamás por jamás! ¿Qué dices? ¿No quieres exigirle dinero por librarle de un peligro inferior, y muestras esa inhumanidad en otro mayor? ¿No ves el castigo que semejante conducta merece? ¿No has oído que, aun en la antigua ley, estaba eso prohibido? Mas ¿qué es lo que la gente replica a esto? —Sí, yo tomo el interés; pero se lo doy a los pobres. ¡No blasfemes, hombre! Dios no quiere semejantes sacrificios. No intentes burlar la ley. Más vale no dar al pobre que darle de ese dinero, porque el dinero que fue fruto de justo trabajo, tú lo conviertes muchas veces en inicuo al hacerle producir usurariamente, que es como si a un vientre bueno le obligas a producir escorpiones. Mas ¿qué digo la ley de Dios? ¿Acaso vosotros mismos no llamáis a eso negocio sucio? Pues si así juzgáis los que ganáis, considera cuál será la sentencia que Dios dará sobre vosotros. Y aun si consultas las leyes profanas, verás que, aun para éstas, dedicarse a la usura es prueba de la mayor vileza. Por lo menos a los dignatarios del Imperio que han llegado al supremo consejo que es el Senado, no les está permitido deshonrarse con tales ganancias, sino que hay una ley que expresamente se lo prohíbe. ¿Cómo, pues, no horrorizarse de que no concedas a la constitución y ley del cielo ni siquiera el honor que los legisladores conceden al Senado romano, sino que tienes en menos el cielo que la tierra y no sientes ni vergüenza de tráfico tan insensato? ¿Qué hay, en efecto, más insensato que empeñarse en sembrar sin tierra, sin lluvia y sin arado? De ahí que quienes excogitan idean tan perversa agricultura sólo recogen cizaña para echarla al fuego. ¿Es que no hay otros negocios justos: el campo, la ganadería con sus rebaños mayores y menores, el trabajo manual, el cuidado de la propia hacienda? ¿Qué locura, qué insensatez es esa de empeñarse en cultivar espinas? Es que los frutos del campo están expuestos a muchos percances: el granizo, el gorgojo, las lluvias torrenciales. Pero nunca a tantos como los intereses de la usura. Porque en el campo, suceda lo que suceda, el daño sólo puede afectar al rédito; pero el capital, que es

el campo mismo, permanece intacto. En el préstamo, en cambio, muchas veces han sufrido naufragio en el mismo capital. Y aun antes de sufrir daño alguno, los usureros están en constante angustia. El usurero no goza jamás de sus bienes ni siente alegría por ellos. Cuando cobra el interés no se alegra de ver un ingreso, sino que tiene pena de que no se haya todavía igualado al capital. Y ya antes de que ese mal engendro haya nacido totalmente, le obliga también a producir, capitalizando el interés, y lo fuerza a dar a luz esos prematuros y abortivos engendros de víboras de que antes hablábamos. Porque tales intereses, con más furor que esas fieras, devoran y despedazan las almas de los desgraciados usureros. Ésta es la atadura de iniquidad, éstos son los lazos de los contratos violentos. Yo te doy—dice el usurero—no para que recibas, sino para que me devuelvas más de lo que te he dado. Dios nos manda que no recibamos ni lo que hemos dado; *Dad* —dice el Evangelio— *a aquellos de quienes* no esperáis *recibir* (Lc 6,35). Tú, sin embargo, reclamas más de lo que has dado, y obligas al que recibió a que pague como una deuda lo que tú no le diste. Con ello piensas tú que acrecientas tu caudal, y lo que haces es encender más el fuego inextinguible.

EXHORTACIÓN FINAL: BUSQUEMOS LAS VERDADERAS GANANCIAS

A fin, pues, de que no nos acaezca tal desgracia, arranquemos esas perversas entrañas de donde nacen los intereses, cortemos esos partos inicuos, sequemos ese vientre funesto y busquemos solamente las verdaderas y grandes ganancias. ¿Qué ganancias son éstas? Oye a Pablo, que dice: *Sí, es verdad que la piedad reporta grandes ganancias, pero solamente si va unida al desinterés* (1 Tim 6,6). Sólo aspiremos, pues, a esta riqueza, a fin de gozar aquí de seguridad y alcanzar luego los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Y sus discípulos le preguntaron diciendo: ¿Cómo dicen, pues, los escribas, que antes ha de venir Elías? (Mt 17, 10 y sig.)

LA DOBLE VENIDA DE CRISTO Y SUS DOS PRECURSORES

Luego no sabían eso por las Escrituras, sino que fueron los escribas quienes se lo habían explicado. Y es así que esa tradición corría así por entre el pueblo infinito, tanto acerca de Elías como del Mesías. De ahí que la samaritana decía: *Sí, va a venir el Mesías, y cuando venga, Él nos lo anunciará todo* (Juan 4,5). Y los judíos mismos le fueron a preguntar a Juan: *¿Eres tú Elías o el profeta?* (Juan 1,21) Porque era general, como he dicho la tradición, tanto acerca del Cristo como de Elías; pero no había sido debidamente entendida por ellos. Las Escrituras, en efecto, nos hablan de una doble venida de Cristo: ésta, que ya se ha cumplido, y la venidera.

Ambas tiene presente Pablo cuando dice: *Apareció para todos los hombres la gracia salvadora de Dios, para enseñarnos, a fin de que, renunciando a la impiedad y a las mundanas concupiscencias, vivamos sobria, justa y piadosamente*. He aquí la primera venida. Escuchad ahora cómo nos declara también la segunda. Añade, en efecto, seguidamente: *Esperando la bienhadada esperanza y la aparición del Dios grande y salvador nuestro Jesucristo* (Tit 2,11-13). También los profetas hacen mención de una y otra; pero sólo de una, es decir, de la segunda, dicen que ha de ser precursor Elías. Porque de la primera lo fue Juan, a quien Cristo llamó Elías, no porque lo fuera personalmente, sino porque desempeñó su mismo ministerio. Porque como Elías será precursor de la segunda venida, así Juan lo fue de la primera. Mas los escribas, confundiéndolo todo y extraviando al pueblo, sólo se acordaban de la segunda venida en sus predicaciones al pueblo, y así decían: "Si éste fuera el Mesías, antes tenía que haber venido Elías". De ahí la pregunta de los discípulos: *¿Cómo dicen los escribas que ha de venir primero Elías?* De ahí también la embajada que los fariseos mandaron a Juan para preguntarle: *¿Eres tú Elías?* (Juan 1,21), sin hacer para nada mención del primer advenimiento. ¿Cuál fue, pues, la solución que Cristo adujo? Que Elías vendrá entonces, a

su segundo advenimiento, y también que ya ha venido Elías, designando a Juan por este nombre: *Éste vino como Elías*. Mas si preguntas por el Tesbita, también vendrá. De ahí sus palabras: *Elías vendrá y lo restablecerá todo*. ¿Qué todo? Lo que había dicho el profeta Malaquías: *Porque os enviaré a Elías Tesbita, el cual restablecerá el corazón del padre hacia el hijo, a fin de no tener que herir yo, cuando venga, la tierra desde sus cimientos* (Mal 4,5). Notad la precisión del lenguaje profético. Como Cristo había llamado a Juan Elías por la semejanza de su ministerio, para que no pudiera pensarse que lo mismo decía ahora el profeta, añadió éste la patria de Elías al llamarle “Tesbita". Ahora bien, Juan no era Tesbita. Juntamente con esto, aun pone otro carácter distintivo al decir: *No sea que tenga yo que herir, cuando venga, la tierra desde sus cimientos*, con lo que señala claramente la segunda venida de Cristo, que será de espanto. Porque en la primera no vino para herir a la tierra: *No he venido* —dice— *para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo* (Juan 12,47). Luego es evidente que el profeta habló de la venida del Tesbita como precursor del advenimiento segundo de Cristo para juzgar al mundo. Y juntamente nos enseña la causa de su venida. — ¿Cuál será, pues, esa causa? —Para persuadir, con su misma venida, a los judíos a que crean en Cristo y no perezcan todos, sin remedio, a su segundo advenimiento. De ahí que el Señor mismo, trayéndoles a la memoria esta misma profecía, les dice: *Y lo restablecerá todo*, es decir, corregirá la incredulidad de los judíos que entonces vivieren. De ahí la exactitud con que habló el profeta. Porque no dijo: "Restablecerá el corazón del hijo hacia el padre", sino: *El corazón del padre hacia el hijo*. Padres de los apóstoles fueron los judíos; de ahí que diga que restablecerá el corazón de los padres a las doctrinas de los hijos, es decir, el alma del linaje de los judíos a las enseñanzas de los apóstoles.

ELÍAS HA VENIDO YA

Pero yo os digo que Elías ya ha venido y no le conocieron, sino que hicieron con él lo que quisieron. Así también el Hijo del hombre tiene que padecer de parte de ellos. Entonces entendieron que les había hablado de Juan. Sin embargo, ni los escribas ni las Escrituras decían eso. Mas como los discípulos se iban haciendo cada vez más penetrantes y más atentos a lo que se les decía, lo

entendieron rápidamente. Pero ¿cómo o por dónde conocieron eso los discípulos? Antes les había dicho: *Él es Elías que ha de venir*. Aquí, sin embargo, ya ha venido. Y luego: *Elías vendrá y lo restablecerá todo*. Mas no te turbes ni pienses que se trata de lenguaje errante al hablar unas veces de que ya ha venido Elías y otras de que aún está por venir. Todo ello es verdad. Cuando el Señor dice: *Elías, sí, vendrá y lo restablecerá todo*, habla del mismo Elías y de la conversión de los judíos que se cumplirá a su venida. Cuando dice: *Él es Elías que ha de venir*, llama Elías a Juan por la naturaleza de su ministerio. Por modo semejante los profetas solían llamar David a todo rey glorioso, y a los judíos príncipes de Sodoma e hijos de etíopes, por sus costumbres. Porque, como Elías será precursor de su segundo advenimiento, así Juan lo fue del primero.

ÚTIMAS VARIACIONES SOBRE EL TEMA DE JUAN Y ELÍAS

Y no es ésta la única razón por la que el Señor llama en todas partes Elías a Juan, sino que quiere en gran manera mostrarse de acuerdo con el Antiguo Testamento y que ésta primera venida suya se había hecho también según una profecía. De ahí que añada seguidamente: *Víno y no le conocieron, sino que hicieron con él todo cuanto quisieron*. ¿Qué significa *todo cuanto quisieron*? Le metieron en la cárcel, le injuriaron, le mataron y llevaron su cabeza sobre un plato. *Así también el Hijo del hombre tiene que sufrir por parte de ellos*. Mirad qué oportunamente les recuerda aquí su pasión, tratando de consolarlos por la pasión de Juan. Y no es éste el único modo como los consuela, sino por el hecho de ponerse inmediatamente a hacer grandes milagros. En verdad, cuando les habla de su pasión, antes y después de sus palabras sobre ella, suele el Señor hacer milagros. En muchas partes se ve cómo el Señor guarda esta norma. Así: *Entonces* —dice— *empezó a mostrarles que tenía Él que ir a Jerusalén y ser muerto y sufrir mucho* (Mt 16,21). Entonces. ¿Cuándo? Cuando fue confesado por Cristo e Hijo de Dios. Luego, sobre el monte, cuando les mostró aquella maravillosa visión, y los profetas hablaron acerca de su gloria, también recordó a sus discípulos la pasión. Ahora, después de contar la historia de Juan, les dijo: *Así también el Hijo del hombre tiene que padecer por parte de ellos.* Y

también poco después, cuando arrojó aquel demonio que no pudieron expulsar sus discípulos. Porque también entonces, cuando volvían a Galilea, nos dice el evangelista que dijo Jesús a sus discípulos; *El hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores y le matarán y al tercer día resucitará* (Mt 17,21-22). Así obraba el Señor porque con la grandeza de los milagros quería templar la tristeza de sus discípulos. Por todos los modos busca su consuelo, como se lo procura ahora no pequeño con el recuerdo de la muerte de Juan. Mas si alguno dijera: ¿Por qué no resucitó entonces a Elías y se lo mandó a los judíos, puesto que tan grandes bienes atestigua Él había de traer su venida? A esto responderemos que también entonces de Cristo pensaban que era Elías y, sin embargo, no le creían. Porque: *Unos —dice* el evangelista— te *llaman Elías, otros Jeremías* (Mt 16,4). Y de Juan a Elías no había más diferencia que el tiempo. — ¿Cómo, pues, le creerán al fin del mundo?—me dirás—. —Porque entonces lo restablecerá todo, no sólo por ser él conocido, sino porque hasta aquel día no habrá cesado de extenderse la gloria de Cristo y entonces resplandecerá más brillante que el sol. Como será, pues, tanta la expectación que precederá a la venida de Elías, cuando llegue y predique lo mismo que Juan y anuncie también a Jesús, sus palabras serán más fácilmente recibidas. Al decir: *No le conocieron,* excusa hasta cierto punto su conducta con Juan. Pero no es éste el único modo como consuela a sus discípulos, sino también mostrándoles que sufre injustamente cuanto sufre y encerrando estos tristes augurios entre dos milagros: el de la transfiguración en el monte y el que ahora va a realizar.

Oído esto, no le preguntan al Señor sus discípulos cuándo ¡ba a venir Elías, ya bien porque se sintieran oprimidos por la tristeza de la pasión, ya bien porque temieran preguntarle nada más. La verdad es que en muchas ocasiones, cuando ven que el Señor no quiere explicar algo con claridad, ellos optan por callarse. Así, cuando, estando ya en Galilea, les dijo: *El Hijo del hombre va a ser entregado y le matarán,* añadió el evangelista: Y *se entristecieron sobremanera.* A ello aluden también los otros evangelistas; y así Marcos dice: *Desconocían la palabra y temían preguntarle* (Mc 9,32). Y Lucas: *Era para ellos cosa oculta, para no darse cuenta de*

ella, y temían preguntarle acerca de su palabra (Lc 9,45).

LA CURACIÓN DEL LUNÁTICO EPILÉPTICO

Llegando ellos a la muchedumbre, se le acercó un hombre que, postrándose ante le dijo: Señor, compadécete de mi hijo, porque es lunático y lo pasa mal. Porque muchas veces cae al fuego y otras muchas al agua; y lo he llevado a tus discípulos y no han podido curarlo. La Escritura nos muestra que éste hombre era muy débil en la fe. Muchas circunstancias nos patentizan esta debilidad de fe: el haberle dicho Cristo: *Para el que cree, todo es posible* (Mc 9,22-23); la respuesta misma del hombre a Cristo: *Señor, ayuda a mi incredulidad;* el haber mandado Cristo al demonio que no volviera a entrar en el enfermo. Y otra prueba de poca fe: haber dicho el hombre a Cristo: si *puedes...* —Mas si la falta de fe del padre —me dirás — fue la causa de que el demonio no saliera del enfermo, ¿cómo es que el Señor reprende a sus discípulos? —Porque quiere hacerles ver que podían ellos mismos, sin contar con los que se les acercaban, curar en muchas ocasiones con sola su fe. Porque así como muchas veces ha bastado la fe del suplicante para recibir la gracia aun de taumaturgos inferiores, así otras muchas ha bastado la fuerza del taumaturgo, aun sin la fe de los que se les llegaban, para obrar el milagro. De uno y otro caso se muestran ejemplos en las Escrituras. Así, los de la familia de Cornelio, por su propia fe, se atrajeron la gracia del Espíritu Santo; en cambio, en tiempo de Eliseo, sin que nadie tuviera fe, resucitó un muerto. Porque los que arrojaron el cadáver no lo arrojaron por fe, sino por cobardía, sin más ni más, y como bien les vino, y por temor a posible interrogatorio, se dieron a la fuga. Y el que fue arrojado estaba muerto; y así, por virtud únicamente del santo cuerpo del profeta, pudo resucitar el muerto[13]. Lo cual demuestra que aquí tenían los discípulos una fe débil, aunque no todos, pues entre ellos no estaban entonces los que eran columnas.

TODO ES POSIBLE AL QUE CREE

Mirad por otra parte el desconocimiento de este hombre que habla a Jesús delante de la muchedumbre contra sus discípulos, diciéndole: Lo *he presentado a tus discípulos y no*

lo han podido curar. Mas el Señor quita ante el pueblo la culpa a sus discípulos y se la echa al hombre casi toda. Porque: *¡Oh generación —dice— incrédula y extraviada!, ¿hasta cuándo estaré con vosotros?* Palabras que no se dirigen sólo al pobre suplicante, para desalentarle demasiado, sino a todos los judíos. Porque es natural que muchos de los allí presentes se hubieran escandalizado y no se hubieran formado sobre los discípulos la idea conveniente. Al decirles: *¿Hasta cuándo estaré entre vosotros?,* les da a entender que la muerte era para Él cosa apetecible, objeto de sus deseos el sufrir, y salir de este mundo, un anhelo. Lo pesado no era para Él ser crucificado, sino el estar entre tales gentes. No se detuvo, sin embargo, el Señor, en las reprensiones. Pues ¿qué dice? *Traédmele aquí.* Luego le pregunta el Señor al padre cuánto tiempo hacía que su hijo estaba malo, con lo que quiere defender a sus discípulos, a la vez que infundirle a él buena esperanza y animarle a creer que pronto se vería libre del mal. Y en aquel momento permite que el demonio desgarre al hijo, no ciertamente por ostentación, pues al aglomerarse la muchedumbre, la reprendió, sino por causa del padre mismo, a fin de que, viendo la turbación del demonio por el solo hecho de nombrarlo el Señor, tuviera fe en el milagro que iba a realizarse. Respondiole el hombre que su hijo sufría desde niño y le añadió al Señor: *Si puedes, ayúdame.* A lo que le replicó el Señor: *Para el que cree, todo es posible* (Mc 9,20-22), con lo que de nuevo le echa la culpa al padre. Cuando el leproso le dijo: *Si quieres, puedes limpiarme,* dando testimonio de su autoridad soberana, el Señor le alaba y confirma sus palabras al contestarle: *Quiero, queda limpio* Éste, sin embargo, al no decir nada que correspondiera al poder del Señor: *Si puedes, ayúdame,* mirad cómo recibe el correctivo por no haber hablado convenientemente. ¿Qué le dice, pues? *Si tú puedes creer, todo es posible al creyente.* Que es como si hubiera dicho: "Tal es la grandeza de mi poder, que aun otros puedo yo hacer que realicen esos milagros. De suerte que, si tú creyeras como se debe creer, tú mismo podrías —le dice— curar a tu hijo y a otros muchos". Y esto dicho, curó al endemoniado.

LA PROVIDENCIA DE DIOS, QUE BRILLA AUN EN LA DESGRACIA

Mas considerad la providencia y beneficio del Señor, no por el solo hecho de la curación, sino miradla desde el tiempo en que permitió al demonio estar dentro del pobre poseso. En verdad, de no haber gozado aquel hombre aun entonces de particular

providencia de Dios, mucho tiempo hubiera hecho ya que hubiera perecido. Porque —cuenta el padre— muchas *veces le arroja al fuego y también al agua.* Ahora bien, el que a tales cosas se atrevía, indudablemente le hubiera también quitado la vida si, aun en tan grande locura, no le hubiera puesto Dios un fuerte freno. Lo mismo que a aquellos otros posesos que corrían desnudos por parajes desiertos y se golpeaban a sí mismos con piedras. Por lo demás, no hay por qué turbarse de que llame el evangelista lunático al endemoniado, pues se trata de la opinión del padre. — ¿Cómo, pues, dice el evangelista que curó el Señor a muchos lunáticos? —Por llamarlos así, siguiendo la opinión del vulgo. Porque el demonio, para descrédito de la luna, ataca y deja tranquilos a los posesos conforme al curso de aquélla, pero no es que ella tenga influencia alguna sobre los enfermos. Ni mucho menos. No. Es el diablo quien ha inventado esa malicia para calumniar a ese astro. De ahí la equivocada idea que ha prevalecido entre los necios, que así llaman, engañados, a estos demonios. Engañados, pues no hay en ello verdad alguna.

LA FE QUE TRANSPORTA LAS MONTAÑAS

Entonces, acercándose en particular sus discípulos, le preguntaron por qué razón no habían podido ellos expulsar aquel demonio. A mi parecer, andaban preocupados y temerosos de que hubieran perdido la gracia que se les había confiado. Habían, en efecto, recibido poder contra los espíritus impuros. De ahí que le preguntan al Señor, siquiera se le acerquen en particular, sin vergüenza ahora, pues se trataba de asunto misterioso e importante. Porque como el hecho se había dado y habían podido ser confundidos, era ya superfluo tener vergüenza de confesarlo de palabra. ¿Qué les responde, pues, Cristo? A causa de vuestra incredulidad —les contesta—. *Porque si tuviereis fe tan grande como un grano de mostaza, diréis a este monte: Retírate de aquí, y se retirará, y nada será imposible para vosotros*. — ¿Y dónde —me dirás— se ve que los apóstoles hicieran retirarse de su sitio una montaña? —A eso te respondo que hicieron cosas más grandes que ésa, pues resucitaron a infinitos muertos. Porque no es lo mismo trasladar una montaña que arrancar la muerte de un cuerpo. Por lo demás, en tiempos posteriores se dice de algunos

santos muy inferiores a los apóstoles que, al exigirlo la necesidad, llegaron hasta trasladar montañas [58]. De donde resulta evidente que también ellos las hubieran trasladado de haberlo exigido la necesidad. Mas si entonces no hubo necesidad, no los acuses a ellos. Por otra parte, el Señor no dijo que las trasladarían en absoluto, sino que hasta serían capaces de hacerlo. Luego si los apóstoles no trasladaron montes, no fue porque no pudieran (¿cómo no, si podían cosas mayores?), sino porque no quisieron, al no requerirlo la necesidad. Y aun es probable que lo hicieran y no quedara escrito, pues no todos sus milagros se escribieron. Sin embargo, entonces eran mucho más imperfectos. — ¿Cómo? ¿No tenían entonces ni la fe de un grano de mostaza? —No la tenían, puesto que no siempre fueron los mismos. Ahí está Pedro, que unas veces es proclamado bienaventurado y otras es reprendido; y los demás son tratados de insensatos cuando no comprendieron lo que el Señor les dijo sobre la levadura de los fariseos. Sucedió, pues, que entonces también los discípulos habían sido débiles en la fe. Así eran, en efecto, antes de la cruz. Por lo demás, aquí habla el Señor de la fe que obra milagros, y la compara a un grano de mostaza, para significarnos la inefable virtud de ella. Porque si en volumen parece pequeña la mostaza, por su virtud es más enérgica que cualquier otro grano. Para mostrar, pues, el Señor que la más pequeña porción de fe auténtica puede realizar cosas grandes, hizo mención de la mostaza. Mas no se detuvo ahí, sino que añadió los montes y aun pasó más adelante. Porque: *Nada* —dice—*será para vosotros imposible*.

LA VIRTUD DEL AYUNO Y LA ORACIÓN

Mas admirad también aquí la filosofía de los apóstoles y la fuerza del Espíritu Santo. Su filosofía, porque no ocultaron sus propios defectos; y la fuerza del Espíritu Santo, porque a quienes no tenían la fe del tamaño de un grano de mostaza, de tal manera los fue levantando poco a poco, que en ellos hizo brotar como ríos y fuentes de fe. *Ahora bien, esta casta de demonios* —añadió el Señor— *no sale sino por la oración y el ayuno* (Mc 9,28). Lo cual decía de toda especie de demonios y no sólo de los lunáticos. Mirad cómo ya de antemano les pone el fundamento de la doctrina del ayuno. Y no me aleguéis los raros casos de algunos que han

[58] Así se cuenta de San Gregorio Taumaturgo.

arrojado demonios sin necesidad de ayuno. Esto tal vez pueda decirse de uno que otro de los propios exorcistas; mas imposible que el paciente se libre de su locura entregado a la gula. Nada, en efecto, tan necesario como el ayuno para quien sufre tal enfermedad. —Mas si la fe —me dirás—es necesaria, ¿qué falta hace también el ayuno? —Hace falta, porque, juntamente con la fe, el ayuno produce no pequeña fuerza. El ayuno infunde una gran sabiduría, hace de los hombres ángeles y es capaz de luchar con las potencias incorpóreas; mas todo eso no por sí mismo. Es menester también de la oración, y, ante todo, de la oración. Mirad, sino, cuántos bienes se siguen de una y otro. El que ora como debe y ayuna, no necesita de muchas cosas; el que no necesita de muchas cosas, no se dejará llevar del amor al dinero; el que no se deja llevar del amor al dinero, está mejor dispuesto para la limosna. El que ayuna se siente ligero y con alas, ora más vigilante, apaga las malas concupiscencias, se hace a Dios propicio y humilla al alma orgullosa. De ahí que los apóstoles ayunaban casi siempre. El que junta la oración al ayuno, siente duplicársele las alas de su alma, y alas más ligeras que los mismos vientos. No bosteza, no se estira, no se siente entorpecido en la oración, como les pasa al vulgo de las gentes, sino que siente ardor más vehemente que el del fuego y se levanta pus encima de la tierra. De ahí que nadie como él sea enemigo y expugnador de los demonios. Nada hay, en efecto, más poderoso que un hombre que ora debidamente. Porque si aquella mujer del Evangelio (Lc 18,1) logró, a fuerza de ruegos, doblegar al juez que no temía a Dios ni se le importaba un bledo de los hombres, cuánto más se ganará a Dios el que le insta continuamente, domina su vientre y echa de sí la gula. Mas ¿tu cuerpo está tan débil que no puedas ayunar continuamente? Por lo menos para la oración no puedes alegar debilidad, ni falta de fuerzas para despreciar el vientre. Porque si no puedes ayunar, sí que puedes evitar la glotonería. No es esto poco y no está tampoco muy lejos del ayuno. Esto solo basta para reprimir la locura del diablo. En verdad, nada tan grato para éste como la glotonería y la embriaguez, como que ellas son fuente y madre de todos los males. Por lo menos, por la glotonería llevó él en otro tiempo a los israelitas a la idolatría y por ella encendió entre los sodomitas los más perversos amores. *Porque éste fue* —dice el profeta— *el crimen de Sodoma: el haberse solazado en soberbia,*

en hartura de panes y en voluptuosidades (Ez 16,49). Por ella, en fin, ha perdido a infinitos y los ha arrojado al infierno. Porque ¿qué mal no produce la gula? Ella hace de los hombres puercos, y hasta peores que puercos. Éstos se revuelcan en el cieno y se alimentan de excrementos; mas el goloso se sienta a más abominables mesas, pensando en uniones ilegítimas y en perversos amores.

DIATRIBA CONTRA LOS GLOTONES

Ninguna diferencia va de ese tal a un endemoniado, pues con el mismo impudor, con la misma locura obra que un endemoniado. Y al menos el endemoniado nos inspira lástima; mas al glotón disoluto le abominamos y aborrecemos. ¿Por qué razón? Porque él se busca una locura voluntaria y hace de su boca, de sus ojos, de sus narices, de su cuerpo entero en una palabra, sumidero de cloaca e inmundicias. Y si pudiéramos mirar a su interior, allí veríamos a su alma agitada como en una tormenta, helada y entumecida por frío glacial, sin fuerza alguna para impeler su propio esquife por lo violento de la tormenta. Vergüenza me daría explicar por menudo los males que la intemperancia en el comer y beber acarrea a hombres y mujeres. Yo se lo dejo a su propia conciencia, que lo sabe todo más puntualmente. ¿Qué cosa más repelente que una mujer borracha o simplemente haciendo eses? Porque cuanto más frágil es la nave, tanto mayor es el naufragio, lo mismo si se trata de una mujer libre que de una esclava. Si es libre, se deshonra en medio del corro de sus esclavos; y si esclava se deshonra igualmente entre los esclavos. Y una y otra hace que se blasfeme de los dones de Dios por parte de gentes sensatas. Por lo menos, yo oigo a muchos que, al suceder tales cosas, exclaman: "¡Ojalá no existiera el vino!" ¡Qué insensatez, qué locura! ¿Conque del pecado de los otros echas la culpa a los dones de Dios? ¡Qué aberración! ¿Acaso, amigo, fue el vino quien cometió ese pecado? No fue el vino, sino la intemperancia de los que usaron mal de él. Di por tanto: ¡Ojalá no existiera la embriaguez, ojalá no existiera la glotonería! Porque sí dices que no exista el vino, avanzando poco a poco, dirás que no exista el hierro, por los asesinos; que no exista la noche, por los ladrones; que no exista la luz, por los calumniadores; que no exista la mujer, por los adúlteros. En fin, terminarás por querer no exista nada.

NO ES MALO EL VINO, SINO LA EMBRIAGUEZ

Pero no lo hagas así, pues ello supondría intención satánica. No hables mal del vino, sino de la embriaguez. No. Tómale al borracho en momento de lucidez y descríbele toda su deshonra y dile poco más o menos: El vino se nos ha dado para alegrarnos, no para perder todo decoro; para reír, no para que se nos rían; para conservar la salud, no para arruinarla; para templar la flaqueza de nuestro cuerpo, no para echar por tierra el vigor de nuestra alma. Dios te ha honrado con un regalo suyo; ¿cómo tú te deshonras con tu desmesura? Escucha lo que dice Pablo: *Usa de un poco de vino por razón de tu estómago y tus frecuentes enfermedades* (1 Tim 5,23). Ahora bien, si aquel santo varón, Timoteo, aquejado por la enfermedad y sufriendo una tras otra sus flaquezas corporales, no probó el vino hasta que su maestro se lo consintió, ¿qué perdón tendremos nosotros, cuando en plena salud nos embriagamos? A Timoteo le dijo Pablo: *Usa de un poco de vino por razón de tu estómago y tus frecuentes enfermedades*; mas a cada uno de los que os embriagáis os diría el Apóstol: "Usa de poco vino por razón de los adulterios, de las frecuentes palabras torpes y de los otros malos deseos que suele engendrar la embriaguez". Mas si no queréis absteneros del vino excesivo por estas razones, absteneos por lo menos por las concupiscencias y molestias que de él se originan. Porque el vino nos ha sido dado para nuestra alegría. *El vino* —dice el salmista— *alegra el corazón del hombre* (Salmo 103,15). Mas vosotros destruís esa virtud del vino. ¿Qué alegría, en efecto, puede haber en no estar en sí mismos, en sufrir dolores infinitos, ver cómo todo gira en torno a los ojos, sufrir vértigo y tener necesidad, como los que tienen fiebre alta, nos unten la cabeza con aceite? No por todos, naturalmente, digo esto; o, por mejor decir, por todos lo digo. No porque todos os deis a ese vicio de la embriaguez, ¡Dios nos libre!, sino porque los que no os dais no os preocupáis de los que se dan. Por eso a vosotros, los sobrios, os dirijo ahora mis palabras como el médico que, dejando al enfermo, da sus instrucciones a los que le rodean. A vosotros, pues, me dirijo, primero, para exhortaros a que jamás os dejéis llevar de esa pasión, y luego, para que retraigáis a los que se dejan dominar y evitar que parezcan peores que los irracionales. Éstos, en efecto, no buscan más de lo necesario; los borrachos, sin embargo, son más irracionales que los irracionales, pues traspasan límites de la

moderación. ¡Cuánto mejor que ellos no es un asno, cuánto mejor no es un perro! Cualquiera de estos animales y, en general, cualquiera de los animales todos, ya hayan de comer, ya de beber, reconocen por límites la necesidad y jamás pasan más allá de lo necesario. Ya se los puede forzar: jamás se logrará que lleguen a la desmesura. Luego en esto sois peores que los irracionales, y lo sois no sólo a juicio de los sanos, sino a vuestros propios ojos, porque que os juzgáis a vosotros mismos por menos dignos de respeto que a los perros y asnos, resulta evidente por el hecho de que a estos animales no les obligáis a comer más allá de la medida. Y si se os pregunta por qué, responderéis que por no causarles daño. Para ti mismo, sin embargo, no pones ese cuidado. Hasta tal punto te tienes por más despreciable que el perro y el asno y hasta tal punto que no te importa nada de verte a ti mismo constantemente atormentado. Porque el daño de la embriaguez no lo sufres sólo el día mismo que te emborrachas, sino también después. Pasada la fiebre, siguen luego sintiéndose sus consecuencias. Así, pasada la embriaguez, la borrasca que produjo sigue agitándose luego en el cuerpo y en el alma. El pobre cuerpo yace inerte, como una nave después del naufragio; y el alma, más miserable que el mismo cuerpo, aun deshecho éste, vuelve ella a levantar la tormenta y a encender el deseo, y cuando parece haber vuelto en sí, entonces se enloquece más, soñando en vinos, toneles, copas y ánforas; y al modo como en la tormenta, aun calmadas las olas, sigue el daño producido por la borrasca, así sucede aquí ciertamente porque como en el naufragio se arrojan al mar todas las mercancías, así aquí arroja el alma sus bienes todos. Lo mismo si da con la templanza o castidad que con el pudor o la prudencia o la modestia o la humildad, todo lo arroja la embriaguez al piélago de la iniquidad. Pero con una enorme diferencia. En el naufragio, después de arrojar la mercancía, la nave queda más ligera; aquí, en cambio, se agrava más y más el alma, pues en lugar de toda aquella riqueza echada al mar, el alma se carga ahora de arena y agua salobre y todo el aluvión de la embriaguez, que viene al punto a cubrir totalmente la nave juntamente con la tripulación y el piloto.

EXHORTACIÓN FINAL: HUÍD DE LA EMBRIAGUEZ

A fin, pues, que tal desgracia no nos acontezca, librémonos de esa tormenta. No es posible con embriaguez ver el reino de los cielos. Porque: *No os engañéis* —dice el Apóstol—*: ni los ebrios ni los maldicientes heredarán el reino de los cielos* (1 Cor 6,9-10). Mas ¿qué digo el reino de los cielos? Con embriaguez, ni las cosas presentes es posible ver. Porque la embriaguez nos hace de los días noches, y de la luz tinieblas. Un borracho, aun con los ojos abiertos, no ve lo que tiene delante de los pies. Y no es ése el único mal. Junto con eso, aún tiene que sufrir otro gravísimo castigo. ¡Cuántas tristezas sin razón, locuras, enfermedades, burlas y constante ignominia! ¿Qué perdón, pues, merecen quienes a sí mismos se arrojan a esos males? Ninguno absolutamente. Huyamos, pues, de este vicio para alcanzar los bienes presentes y también los bienes futuros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria y el poder, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 58

Una vez, hallándose en Galilea, les dijo Jesús: El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y le matarán y al tercer día resucitará. Y ellos se entristecieron profundamente (Mt 17 ,22 y sig.; 18,1-6).

NUEVA CONVERSACIÓN SOBRE LA PASIÓN

A fin de que sus discípulos no le dijeran: "¿Por qué estamos aquí, en Galilea, continuamente?", el Señor les habla nuevamente de su pasión, pues con sólo oír eso no querían ni ver Jerusalén. Mirad, si no, cómo, aun después de reprendido Pedro, aun después que Moisés y Elías habían hablado sobra ella y la habían calificado de "gloria", a despecho de la voz del Padre, emitida desde la nube, y de tantos milagros y de la resurrección inmediata (pues no les dijo que había de durar mucho tiempo en la muerte, sino que al tercer día resucitaría), a despecho de todo esto, no pudieron soportar el nuevo anuncio de la pasión, sino que se entristecieron, y no como quiera, sino profundamente. Tristeza que procedía de ignorar la

fuerza de las palabras del Señor. Así lo dan a entender Marcos y Lucas al decirnos: Marcos, que *ignoraban la palabra y tenían miedo de preguntarle* (Mc 8,31); y Lucas, que *aquella palabra era para ellos oculta, para no comprender su sentido, y temían preguntarle sobre ella* (Lc 8,45). —Pero si lo ignoraban, ¿cómo se entristecieron? —Porque no todo lo ignoraban. Que había de morir, lo sabían perfectamente, pues se lo estaban oyendo continuamente; mas qué muerte había de ser aquélla y cómo había de terminar rápidamente y los bienes inmensos que había de producir, todo eso sí que no lo sabían aún a ciencia cierta, como ignoraban en absoluto qué cosa fuera, en fin, la resurrección. De ahí su tristeza, pues no hay duda que amaban profundamente a su Maestro.

EL TRIBUTO DEL DIDRACMA

Llegados que fueron a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los cobradores del didracma y le dijeron: Vuestro maestro, ¿no paga el didracma? ¿De qué didracma se trata aquí? Cuando Dios mató a los primogénitos de Egipto, tomó en lugar de ellos a la tribu de Leví. Luego, como el número de la tribu de Leví era inferior al de los primogénitos de los judíos, en lugar de los que faltaban para completar el número, se mandó pagar la contribución de un siclo, y desde entonces prevaleció la costumbre de que los primogénitos pagaran este tributo. Ahora bien, como Cristo era evidentemente primogénito y Pedro parecía ser el primero entre los discípulos, a éste se acercan los cobradores. Seguramente, a lo que a mí se me alcanza, este tributo se exigía por ciudades. De ahí que se les acercaran estando en Cafarnaún, pues ésta pasaba por ciudad propia del Señor. Ahora, que al Señor mismo no se atrevieron a acercársele, sí a Pedro. Mas ni aun a éste lo hacen con demasiada violencia, sino más bien modestamente. Porque no le recriminan, sino que le preguntan: *Vuestro maestro, ¿no paga el didracma?* Realmente, todavía no tenían aquellas pobres gentes la idea conveniente sobre el Señor, sino que le trataban como a puro hombre; sin embargo, por los milagros que habían precedido, le tributaban alguna consideración y honor. ¿Qué responde, pues, Pedro? Sí, les dice. A los cobradores, así se lo dijo, pero no al Señor mismo, tal vez por vergüenza de ir a hablar con Él de tales asuntos. De ahí que el Señor, siempre

blando y que todo lo sabía perfectamente, se adelanta a decirle a Pedro: *¿Qué te parece, Simón? De quiénes cobran tributos o censo los reyes de la tierra: ¿De sus hijos o de los extraños?* Respondió Pedro: *De los extraños.* Y Jesús le dijo: *Luego los hijos están exentos.* No quería el Señor que pensara Pedro se había Él enterado del asunto del didracma por los cobradores; de ahí que se le adelanta, no sólo para decirle eso, sino también para animarle a hablarle del pago, cosa en que de primero vacilaba el apóstol. He aquí lo que quiere decir el Señor: "Yo estoy ciertamente libre de pagar el censo. Porque si los reyes de la tierra no lo cobran de sus propios hijos, sino de los extraños, con mucha más razón he de estar yo libre de esa exigencia, hijo que soy no de un rey terreno, sino del rey de los cielos y rey también por naturaleza". Mirad cómo distingue los hijos y los que no son hijos. Mas si no era Hijo, el ejemplo de los reyes no hubiera tenido sentido. —Sí—me replicarás—; era Hijo, pero no natural. —Luego no era en absoluto Hijo; y si no era Hijo, tampoco natural ni suyo, sino extraño. Y si era extraño, el ejemplo perdía toda fuerza. Porque no habla aquí el Señor de los hijos en general, sino de los hijos naturales y propios, de los que juntamente con sus padres participan de la realeza. De ahí la contraposición que estableció con los extraños, nombre con que designa a los no nacidos de los reyes. Los propios, sin embargo, son aquellos que ellos mismos han engendrado. Mas considerad también, os ruego, cómo aquí confirma la verdad que le fue revelada a Pedro. Y ni siquiera se detuvo ahí el Señor, sino que lo mismo viene a declarar por la condescendencia con que obra —lo que era prueba de gran sabiduría—. *Después de dicho eso, prosiguió efectivamente: Sin embargo, para no escandalizarlos, anda y echa tu anzuelo al mar, y al primer pez que suba, cógelo, y dentro de él hallarás un estater* [59]. Tómalo y dáselo por ti y por mí. Mirad cómo ni rechaza el tributo ni manda darlo sin más. No. Ante todo hace constar que Él está exento; pero luego lo da. Lo uno, para que no se escandalicen sus discípulos; lo otro, para que no se escandalicen los cobradores. Porque no lo da como si lo debiera, sino para corregir la debilidad de aquéllos.

---

[59] El estater equivalía a dos marcos sesenta peiques, es decir, a unas cuatro pesetas.

EL MAR OBEDECE AL SEÑOR

En otras ocasiones, por ejemplo, cuando habló sobre los alimentos, el Señor desdeñó el escándalo. De este modo nos enseña a conocer las ocasiones en que será bien no desdeñar o en que será bien desdeñar a los que se escandalizan. Notemos, por otra parte, cómo en el modo mismo de pagar el tributo se muestra como quien es. —Pues ¿por qué no manda que se pague de las reservas que tienen? —Para mostrar, como he dicho, aun en esto que Él es Dios de todas las cosas y soberano del mar. Ya lo había ciertamente demostrado cuando le intimó y lo puso en calma y cuando mandó a Pedro mismo que caminara sobre sus olas; pero ahora lo demuestra de otro modo, no menos digno de admiración. No era ciertamente poco predecir de aquellos abismos que el primer pez que cayera había de ser el que pagara el tributo; no era poco que, echando Pedro el anzuelo por mandato de su Maestro a aquel fondo, sacara el estater para pagar el tributo. No. Sólo una potencia divina y misteriosa podía hacer que el mar así le diera escolta y le mostrara en todo momento su sumisión, lo mismo cuando, enfurecido, le mandó callar que cuando, alborotado, hubo de recibir sobre sus espaldas a otro siervo del Señor. Y ahora nuevamente, cuando es el mar quien paga por Él a los cobradores del tributo.

LA PREEMINENCIA DE PEDRO

Y *dáselo —dice— por mí y por ti.* ¿Veis la preeminencia del honor concedido a Pedro? Pues mirad ahora la filosofía de su alma. Porque este capítulo, que redundaba en tanto honor suyo, no lo escribe Marcos, su discípulo; en cambio, Marcos escribió sus negaciones. Ahora bien, si Marcos calló lo que podía acrecentar la gloria de Pedro, sin duda fue porque éste, su maestro, no quería que se dijeran sobre él cosas grandes. Por *mí y ti,* le dijo Jesús, pues también Pedro era primogénito. Mas como admiramos el poder de Cristo, admiremos también la fe del discípulo, que así obedeció en cosa tan incierta. Realmente, era naturalmente muy incierta. De ahí que, en recompensa de su fe, el Señor le junta consigo en el pago del tributo.

CELOS ENTRE LOS APÓSTOLES

En aquel momento, se acercaron a Jesús sus discípulos y le dijeron: ¿Quién es, pues, el mayor en el reino de los cielos? Sin duda los discípulos habían experimentado algún sentimiento demasiado humano, que es lo que viene a significar el evangelista al decir: *En aquel momento,* es decir, cuando el Señor había honrado preferentemente a Pedro. Realmente, de Santiago y Juan, uno tenía que ser primogénito, y, sin embargo, nada semejante había hecho con ellos. Luego, por vergüenza de confesar la pasión de que eran víctimas, no le dicen claramente al Señor: "¿Por qué razón has preferido a Pedro a nosotros? ¿Es que es mayor que nosotros?" El pudor les impedía plantear así la pregunta, y lo hacen de modo indeterminado: *¿Quién es, pues, el mayor?* Cuando vieron preferidos a los tres —Pedro, Santiago y Juan—, no debieron de sentir nada de eso; pero cuando ven que el honor se concentra en uno solo, entonces es cuando les duele. Y no fue eso solo, sino que sin duda se juntaron muchos otros motivos para encender su pasión. A Pedro, en efecto, le había dicho el Señor: *A ti te daré las llaves...* Y: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás.* Y ahora: *Dáselo por mí y por ti.* Y lo mismo había de picarles ver tanta confianza como tenía con el Señor. Y si Marcos cuenta que no le preguntaron, sino que lo pensaron dentro de sí, no hay en ello contradicción con lo que aquí cuenta Mateo. Lo probable es que se diera lo uno y lo otro. Y es probable también que esos celillos los sintieran ya antes en otra ocasión, una o dos veces; pero ahora lo manifestaron y lo andaban revolviendo dentro de sí mismos. Vosotros, sin embargo, os ruego que no miréis solamente la culpa de los apóstoles, sino considerad también estos dos puntos: primero, que nada terreno buscan, y, segundo, que aun esta pasión la dejaron más adelante y unos a otros se daban la preferencia. Nosotros, en cambio, no llegamos ni a los defectos de los apóstoles, y no preguntamos quién sea el mayor en el reino de los cielos, sino quién sea el mayor, quién el más rico, quién el más poderoso en el reino de la tierra.

LECCIÓN DE HUMILDAD

¿Qué les responde, pues, Cristo? El Señor les descubre su conciencia, y no tanto responde a sus palabras cuanto a su pasión. Porque: *Llamando a* sí—dice el evangelista—a *un niño*

pequeño, les dijo: Si no os cambiáis y os hacéis como este niño pequeño, no entraréis en *el reino de los cielos.* Vosotros me preguntáis quién es el mayor y andáis porfiando sobre primacías; pero yo os digo que quien no se hiciere el más pequeño de todos, no merece ni entrar en el reino de los cielos. Y a fe que pone un hermoso ejemplo; y no es sólo ejemplo lo que pone, sino que hace salir al medio al niño mismo, a fin de confundirlos con su misma vista y persuadirles así a ser humildes y sencillos. En verdad, puro está el niño de envidia, y de vanagloria, y de ambición de primeros puestos. El niño posee la mayor de las virtudes: la sencillez, la sinceridad, la humildad. No necesitamos, pues, sólo la fortaleza, ni sólo la prudencia: también es menester esta otra virtud, la sencillez, digo, y la humildad. En verdad, si estas virtudes nos faltan, nuestra salvación anda coja también en lo más importante. Un niño, ya se le injurie, ya se le alabe, ya se le pegue, ya se le honre, ni por lo uno se irrita ni por lo otro se exalta.

LA NATURALEZA NO ES DE SUYO MALA

Mirad cómo nuevamente nos convida el Señor a las virtudes naturales, haciéndonos ver que lo que es natural puede también hacerse por voluntad y cerrando de paso la boca a la rabia perversa de los maniqueos. Porque si la naturaleza fuera cosa mala, ¿cómo es que de ella saca el Señor los ejemplos de la sabiduría? A mi parecer, allí les puso en medio un niño muy pequeñuelo, exento que está de todas las pasiones. Un niño así está exento de orgullo, de ambición de gloria, de envidia, de terquedad y de todas las pasiones semejantes; y, teniendo muchas virtudes: la sencillez, la humildad, la indiferencia de las cosas, por ninguna de ellas se exalta. Doble filosofía: poseer las virtudes y no engreírse por ellas. De ahí que lo tomara el Señor y lo pusiera en medio. Y no cerró ahí su discurso, sino que lleva más adelante su exhortación, diciéndoles: Y *quienquiera recibiere a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.* No sólo —les dice— recibiréis recompensa grande si os hacéis vosotros mismos como niños, sino también si honráis a otros que tales sean por amor de mí. Por el honor que a ellos les rindáis, os señalo también por recompensa el reino de los cielos. O, por mejor decir, cosa aún mayor pone al decir: *A mí me recibe.* Tanto es el

amor que yo tengo a la humildad y a la sencillez. Porque por niño entiende aquí el Señor a los que como niños son sencillos y humildes, a los que son desechados y despreciados por el vulgo.

EL ESCÁNDALO DE LOS PEQUEÑUELOS

Luego, con el fin de dar más energía a su palabra, no sólo la encarece por el premio que promete, sino también por el castigo que amenaza, y así prosigue diciendo: Y *el que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en mí, más* le *valiera que le colgaran al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno y ser hundido en lo profundo del mar.* Así como los que honran a los niños —dice— por amor mío tienen el cielo y hasta una distinción mayor que el mismo reino de los cielos, así los que los deshonran (porque esto es escandalizados) tendrán que sufrir el último suplicio. Y no es de maravillarse que llame escándalo a la deshonra, pues muchos pusilánimes se han escandalizado, y no como quiera, al verse despreciados y deshonrados. Queriendo, pues, el Señor hacer resaltar y encarecer esta culpa, les pone delante el daño que de ella se sigue. Ese daño, sin embargo, no nos lo declara ya por los mismos términos que el premio, sino que, tomando pie de hechos para nosotros conocidos, nos hace ver lo insoportable del castigo con que amenaza a los escandalizadores de los pequeños. Y es así que siempre que el Señor quiere impresionar más vivamente a gentes rudas, se vale de ejemplos sensibles. Así aquí, queriéndonos poner ante los ojos el grande castigo que habrán de sufrir quienes desprecien a los niños, y herir también la soberbia de esos despreciadores, nos presenta un suplicio sensible: el de la muela de molino para hundir al culpable en el mar. En realidad, la ilación de las ideas hubiera sido: "El que no recibiere a uno de estos pequeños, tampoco a mí me recibe". Lo cual ciertamente era peor que el más duro de los suplicios. Mas como esto, con ser tan espantoso, no había de conmover tanto a sus discípulos, tan insensibles y rudos, les pone la imagen de la piedra de molino y de la sumersión en el mar. Y no dijo que se le colgaría una piedra de molino al cuello, sino: *Más le valiera que se le colgara*, con lo que da a entender que el castigo que le espera es más grave que eso. Y si eso es ya

incomportable, mucho más lo otro. Mirad cómo por uno y otro lado presenta el Señor lo terrible de su amenaza. Primero, haciéndonosla más patente por la comparación con un hecho para nosotros conocido, y luego, por la ponderación que sigue, haciéndonos pensar que su castigo ha de ser mucho mayor que el otro visible. Mirad también cómo arranca de raíz todo pensamiento de orgullo, cómo cura todo tumor de vanagloria, cómo nos enseña a no ambicionar jamás los primeros puestos y cómo, en fin, a quienes los ambicionan les persuade a que busquen el último de todos.

LAS RIDICULECES DEL ORGULLO

Nada hay, en efecto, peor que el orgullo. Éste hace al hombre perder su razón natural y le pone fama de loco; o, más bien, él hace al hombre totalmente insensato. Si viéramos a un enano de tres codos que se empeñara en pasar con su talla las montañas y hasta se imaginara que las pasaba y se estirara como si efectivamente sobrepujara ya sus más altas cimas, no tendríamos por qué buscar otra prueba de que el pobre hombre estaba loco. Pues del mismo modo, cuando veamos a un hombre que se hincha de orgullo, que se tiene a sí mismo por mejor que los demás y que considera como agravio tener que vivir entre las gentes, no busquemos ya tampoco nueva demostración de que ese hombre es un insensato. Y hasta es mucho más ridículo que los naturalmente necios, pues él se fabrica voluntariamente para sí esa enfermedad. Y no sólo por esa razón es miserable, sino también porque estúpidamente se precipita en el abismo mismo de la maldad. Porque ¿cuándo ese orgulloso reconocerá como debe sus pecados? ¿Cuándo tendrá conciencia de sus culpas? En verdad, el diablo se apodera de él y se lo lleva cautivo como a un vil esclavo, y le trae y le lleva, abofeteándole por todas partes, y le cubre de ignominias sin cuento. Y es así que en adelante lo conduce a punto tal de locura, que le persuade a engreírse contra su mujer, sus hijos y sus propios antepasados. A otros, por lo contrario, les hace que se ensoberbezcan del lustre de sus abuelos. Ahora bien, ¿qué insensatez mayor que engreírse igualmente por causas contrarias? Unos, porque han tenido padres, abuelos y bisabuelos despreciables; otros, porque los han tenido ilustres y gloriosos. ¿Cómo, pues, humillar la hinchazón de unos y otros? A

unos les diremos: Ve subiendo por tus abuelos y bisabuelos, y hallarás tal vez entre tus antepasados muchos que fueron cocineros, arrieros y tenderos. A los otros, a los que se hinchan de haber tenido padres viles, les diremos lo contrario: Sube más arriba por entre tus antepasados, y hallarás quiénes fueron más ilustres que tú.

TODOS SOMOS IGUALES ANTE LAS LEYES DE LA NATURALEZA

Porque que ése sea el curso de la naturaleza, permíteme que te lo demuestre por algunos ejemplos de las Escrituras. Salomón era hijo de un rey y rey glorioso; pero su padre venía de gentes viles y oscuras, y lo mismo su abuelo materno, pues de no ser así no hubiera entregado su hija a un simple soldado (Cf. 2 Reyes 11). Y al revés, si fuéramos subiendo más arriba desde estos oscuros progenitores, llegaríamos a familias más gloriosas y regias. Lo mismo pudiéramos ver que sucedió con Saúl, lo mismo con otros muchos. No hay, pues, por qué engreírse de la familia. Porque ¿qué es, decidme, la familia? Nada, un puro nombre, desprovisto de realidad. Lo cual veremos muy bien en el último día. Mas como ese día no ha llegado todavía, yo os voy a convencer aun por lo presente que no hay ventaja alguna por razón de la familia. En efecto, si nos coge una guerra, o nos invade el hambre, o sobreviene otra cualquiera calamidad, todas esas hinchazones de la nobleza de familia se desvanecen. Una enfermedad, una peste que estalle, no sabe distinguir entre el pobre y el rico, ni entre el glorioso y el vulgar, entre el noble y el plebeyo. Lo mismo la muerte, lo mismo las otras vicisitudes de las cosas: todo alcanza a todos por igual. Y si se nos permite decir algo extraño, a los ricos más que a nadie. Porque cuanto más descuidados están de estas cosas, tanto más perecen al caer sobre ellos. El miedo, por ejemplo, es mayor en los ricos que en los pobres. El rico tiene que temer a los que mandan, y al pueblo, no menos, sino mucho más, que a los que mandan. El hecho es que muchas casas de gentes opulentas las trastornaron de común acuerdo el furor del pueblo o la amenaza de los gobernantes. El pobre, sin embargo, de unas y otras olas está libre. Déjate, pues, de esa nobleza y, si quieres demostrarme que eres noble, muéstrame una libertad de alma como la que tenía aquel bienaventurado, aquel santo que, no

obstante ser pobre, le decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano Felipe (Mc 6,18); o como la que el otro antes de él, y que vendrá después de él, el que le decía al rey Acate: No soy yo quien extravío a Israel., sino tú y la casa de tu padre (3 Reyes 18,18). Una libertad, en fin, como la que tuvieron los profetas y los apóstoles todos.

ESCLAVITUD DE LOS RICOS Y PODEROSOS

Pero no son así las almas de los esclavos de la riqueza. No. Ellos, como si estuvieran bajo infinitos amos y verdugos, no se atreven ni a levantar los ojos del suelo ni a hablar libremente en favor de la virtud. El amor al dinero, la ambición de gloria, la codicia de las otras cosas, clavando sobre ellos sus ojos de espanto, los hacen serviles y aduladores. Nada mata la libertad como enredarse en negocios mundanos y rodearse de todo ese aparente brillo de la vida. Ese tal no tiene un amo o dos, sino innumerables. ¿Queréis contar esos amos? Representémonos a uno de esos que brillan en los palacios. Supongámosle con muchísimo dinero, posea gran poder, una patria ilustre, unos antepasados gloriosos y sea entre todos notable. Veamos, pues, si éste no es más esclavo que nadie. Y opongámosle no un simple esclavo, sino el esclavo de un esclavo. Porque sabemos que muchos esclavos tienen otros a sus órdenes. Ahora bien, este esclavo de un esclavo no tiene más que un señor. ¿Qué importa que su señor no sea libre? Por lo menos es uno solo y no tiene que mirar más que a los gustos de uno. Porque si bien el amo de su amo manda aparentemente también sobre él, lo cierto es que por de pronto sólo a uno tiene que obedecer, y con que se lleve regularmente con ése, puede pasarse su vida entera en la mayor tranquilidad. El palaciego, en cambio, no tiene uno ni dos, sino muchos y mucho más duros señores. En primer lugar, tiene que andar preocupado por el emperador. Y no es lo mismo tener por amo a un infeliz que al emperador mismo, cuyas orejas se llenan de los chismes de tantos y tantos y que reparte su favor unas veces a unos, otras a otros. El cortesano, aun cuando nada le remuerda su conciencia, tiene que sospechar de todos: de los que luchan a su lado y de los que están bajo sus órdenes, de los amigos y de los enemigos. —Mas también el otro —me replicas— tiene que temer a su amo. —Sí, pero ¡qué diferencia va de temer a

uno solo o a muchos! O, por mejor decir, si se mira cuidadosamente, se verá que el otro no tiene que temer ni a uno solo. — ¿Cómo y de qué manera? —Porque el esclavo no tiene a nadie que quiera echarle de su esclavitud y meterse él en su lugar, y, por lo tanto, tampoco tiene quien le tienda sus asechanzas e insidias. En palacio, sin embargo, todo el empeño está en cómo desplazar al que priva y es más amado por el que manda. De ahí la necesidad de halagarlos a todos: superiores, iguales, amigos. Porque donde hay envidia y ambición de gloria, no puede haber fuerza de sincera amistad. Porque así como no pueden quererse entre sí sincera y auténticamente los de la misma profesión, así tampoco los de igual honor y que tienen las mismas ambiciones en las cosas de la vida. De ahí la guerra intestina. ¡Mirad qué enjambre de amos y amos muy duros! ¿Queréis que os muestre otros más claros todavía? Pues mirad a todos los que están detrás de él, empeñados en pasar delante, y los que están delante, empeñados en impedirle llegar cerca de ellos y pasarlos.

LOS AMBICIOSOS, ENEMIGOS ENTRE Sí

Mas ¡oh maravilla! Yo os había prometido mostraros amos, y el discurso, avanzando y luchando por su cuenta, ha hecho más de lo prometido, y os ha mostrado enemigos en vez de amos o, por mejor decir, amos y enemigos en una pieza. Porque, sí hay que halagarlos como amos; pero son temibles como enemigos y nos arman sus asechanzas como gentes hostiles. Ahora bien: ¿qué desgracia mayor puede haber que tener uno a los mismos por amos y por enemigos? Porque el esclavo, si es cierto que se le manda, mas también se le cuida y hasta se le quiere por parte de sus amos. Los ambiciosos, sin embargo, se dan órdenes y se hacen la guerra. Los unos se ponen frente a los otros, y es guerra tanto más dura que la de los campos de batalla, cuanto que aquí se ataca a escondidas y bajo máscara de amistad se oculta un enemigo, y muchas veces de la desgracia ajena se busca la propia gloria. No es ésa ciertamente nuestra enseñanza. Entre nosotros, si uno padece, muchos se compadecen; si uno prospera, muchos se congratulan, conforme al Apóstol: *Porque si un miembro padece, con él sufren todos los otros miembros; y si un miembro es glorificado, con él se alegran todos los otros miembros* (1 Cor 12,26). Y el mismo que así os

exhorta, unas veces decía: *¿Quién es mi esperanza y mi alegría sino vosotros?* Y otras: *Ahora vivimos, si es que vosotros estáis firmes en el Señor* (1 Tesal. 2,19;3,8). Otras: *Con gran tribulación y estrechamiento de corazón os he escrito*. Y: *¿Quién está enfermo y no me pongo yo enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (2 Cor 2,4; 11,29)

BUSQUEMOS LOS VERDADEROS BIENES: VANIDAD DE LA GLORIA MUNDANA

¿Por qué, pues, estamos aún soportando la tormenta y las olas del mundo y no corremos a este puerto de bonanza? Dejemos los bienes de puro nombre y vayamos a las cosas mismas. La gloria y el poder, la riqueza y la alabanza y todo lo demás entre los mundanos son puros nombres; la realidad sólo nosotros la tenemos. Como, por lo contrario, las cosas tristes: la muerte y la deshonra, la pobreza y todo lo demás, para nosotros son puros nombres, mientras para ellos son realidad. Si os place, examinemos ante todo esa gloria para ellos tan apetecida y tan buscada. No os voy a decir que es pasajera y que se desvanece en un instante. No; presentádmela en todo su esplendor. No le quitéis a esa ramera sus perfumes y maquillajes; sacadla al medio y mostradla con todo su adorno, y yo os descubriré entonces su fealdad. Tú me hablarás, pues, de la figura del hombre encumbrado, de la muchedumbre de lictores que le acompaña, de la voz del heraldo, de la sumisión de las gentes, del silencio del vulgo, de cómo se estrujan unos a otros los que salen a verle y de aquel fijarse en él las miradas de todo el mundo. ¿No son éstos los gajes de la gloria? Ea, pues: examinemos si todo ello no es superfluo y pura fantasía de insensatos. Con todos estos honores, ¿en qué se mejora el que los recibe ni en su cuerpo ni en su alma? Porque esto: cuerpo y alma, es el hombre. ¿Se hará por ellos más alto de talla, más fuerte, más sano, más veloz? ¿Poseerá sentidos más agudos y penetrantes? ¡Nadie podrá afirmar tal cosa! Pasemos, pues, al alma, a ver si en ella hallamos alguna ganancia que venga de semejante gloria. ¿Saldrá, pues, el hombre de tales pompas más casto, más modesto, más prudente? ¡De ninguna manera! Saldrá todo lo contrario. Porque para el alma no corre aquí la misma cuenta que para el cuerpo. Éste nada añade a su propia virtud por los honores; mas, respecto del alma, el mal no está sólo

en no sacar fruto ninguno de ellos, sino en que recibe mucho mal. Pues por ahí se precipita al orgullo, a la vanagloria, a la necedad y a la ira y a otros infinitos pecados. —Pero también goza el hombre con todo eso —me dirás— y es feliz y se luce magníficamente. —Me estás justamente diciendo lo que es colofón de todos los males y lo que marca lo irremediable de la enfermedad. Porque quien en eso halla su felicidad, no es fácil que quiera librarse de lo que es raíz de los males, y el placer será como una muralla que cerrará el camino a toda cura. De manera que el más grave mal es justamente que se alegra y no llora de ver cómo se le agravan las enfermedades. Porque no siempre la alegría es buena. También los salteadores se alegran cuando roban, y el adúltero cuando mancha el lecho de su prójimo, y el avaro en sus rapiñas, y el asesino cuando mata. No miremos, pues, si el ambicioso se alegra, sino si se alegra de algo provechoso, pues, si lo miramos a fondo, tal vez hallemos que su alegría es como la del salteador o del adúltero. Dime, en efecto, ¿por qué se alegra? ¿Por la gloria que le tributa el vulgo, porque puede él engreírse y estar ante las miradas de todos? ¿Y qué puede haber peor que ese deseo y ese absurdo amor? Mas si ese deseo no es malo, no os burléis más de los vanidosos ni les echéis vuestras interminables rociadas de denuestos; no maldigáis más a los soberbios y altaneros. Pero no podréis menos de burlaros de unos y maldecir de otros. Luego señal es que merecen mil reproches aun cuando vayan escoltados de mil lictores. Y aun esto vaya por los magistrados que todavía pueden ser soportados, pues la mayoría de ellos, por no usar como deben de su poder, hallaremos que son más criminales que los bandidos, los asesinos, los adúlteros y los violadores de sepulcros. Ellos roban con más descaro que los bandidos, y asesinan con más crueldad, y se entregan a la disolución con más desenfreno, y taladran no una pared, sino haciendas y casas sin cuento, pues su autoridad les procura toda la apetecida comodidad. Ésos son los que sufren la más dura de las esclavitudes, los que se inclinan vilmente a sus pasiones, los que maltratan sin miramiento alguno a sus súbditos, siervos de Dios como ellos; los que tiemblan de miedo ante sus cómplices. Porque el único libre, el único que manda y es más rey que los reyes es el que está libre de sus pasiones.

EXHORTACIÓN FINAL: BUSQUEMOS LA VERDDERA LIBERTAD

Sabiendo como sabernos todo esto, busquemos la verdadera libertad y librémonos a nosotros mismos de esa perversa esclavitud. No tengamos por envidiable ni el fausto del mando ni la tiranía de la riqueza ni cosa alguna semejante, sino sola la virtud. De este modo no sólo gozaremos de seguridad en esta vida, sino que alcanzaremos los bienes eternos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y al poder con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 59

¡Ay del mundo por los escándalos! Porque forzoso es que vengan escándalos. Sin embargo, ¡ay del hombre por quien los escándalos vienen! (Mt 18,7).

CÓMO HAY QUE ENTENDER LA NECESIDAD DE QUE HAYA ESCÁNDALOS

—Y si es forzoso que vengan escándalos, ¿por qué maldice Cristo al mundo —nos pudiera decir alguno de nuestros contrarios—, cuando debiera ayudarle y tenderle la mano? Eso seria obra de médico y bienhechor; lo otro está al alcance de cualquiera. — ¿Qué podemos responder a una lengua tan desvergonzada? ¿Y qué remedio buscas tú comparable al que ha procurado Él al mundo? Siendo Dios, se hizo hombre por ti, tomó la forma de siervo, sufrió las mayores ignominias y nada omitió de cuanto a Él le tocaba hacer. Mas ya que nada consigue con esos ingratos, los maldice, pues después de tantos cuidados se quedaron en su enfermedad. Es como si un médico, después de prodigar a un enfermo toda suerte de cuidados y que no ha querido someterse a las leyes de la medicina, dijera lamentándose: ¡Infeliz de fulano por su enfermedad, que él mismo ha agravado por su negligencia! Ahora, que el médico nada conseguiría con sus lamentos; mas aquí, el lamentarse mismo, el predecir lo que ha de suceder y hasta las maldiciones son una especie de medicamento. Muchos, en efecto, que no hicieron caso alguno a los consejos, lo han hecho a las lágrimas. Ésa es la razón principal del ¡ay! del

Señor. Lo que Él quiere es despertarlos, incitarlos a la lucha, hacerlos vigilantes.

Juntamente con ello, muéstranos su benevolencia para con ellos mismos y su propia mansedumbre, pues llora por quienes le contradicen, y no sólo porque está disgustado, sino también porque quiere corregirlos con su llanto y con su predicción a fin de volvérselos a ganar. — ¿Y cómo es eso posible? —me dirás—. Porque si es forzoso que vengan escándalos, ¿cómo será posible evitarlos? —Lo es ciertamente. Porque si es forzoso que vengan escándalos, no es forzoso absolutamente que hayamos de perdernos. Es como si un médico dijera (no hay inconveniente en valernos nuevamente del mismo ejemplo): Es forzoso que venga tal enfermedad; pero, con cuidado, no es absolutamente forzoso morir de ella. Al hablar así el Señor, entre otros fines, como ya he dicho, tenía el de despertar a sus discípulos. No quería que vivieran dormitando, como si los enviara a un mundo en paz y tranquilo; de ahí el mostrarles las muchas guerras, de fuera y de dentro, que les esperaban. Que es lo que Pablo declaraba al decir: *De fuera, luchas; de dentro, temores. Peligros de parte de los falsos hermanos* (2 Cor 7,5; 11,26). Y dirigiendo la palabra a los milesios, les decía: *Se levantarán algunos de entre vosotros hablando cosas extraviadas* (Hechos 20,30). Y Cristo mismo decía: *Los enemigos del hombre son los de su propia casa* (Mt 10,36). Por lo demás, al hablar de necesidad, no quita lo espontáneo de nuestra voluntad ni la libertad de nuestra determinación. No, no dice el Señor que la vida esté sometida a una especie de fatalidad de las cosas, sino que predice simplemente lo que de todos modos ha de suceder. Es lo que Lucas expresa con otra expresión, cuando dice: *Inevitable es que no vengan escándalos* (Lc 17,1). ¿Y qué son los escándalos? Los tropiezos que se ponen en el camino recto. Así llaman en el teatro a los que son particularmente hábiles en armar a otros una zancadilla. No es, pues, la profecía del Señor la que trae los escándalos. ¡Dios nos libre de tal pensamiento! Ni suceden aquéllos porque Él los predijo. No. Él los predijo porque de todos modos habían de suceder. Porque si quienes los producen no quisieran obstinarse en su maldad, ni siquiera vendrían escándalos; y de no haber de venir escándalos, tampoco los hubiera el Señor predicho. Mas como aquellos hombres se obstinaron en su

maldad y su enfermedad se hizo incurable, los escándalos vinieron y el Señor predijo los que habían de venir. —Y si aquéllos —me dices— se hubieran corregido y no hubiera nadie que produjera un escándalo, ¿no quedaría convicta de mentira esta palabra del Señor? — ¡De ninguna manera! Porque en tal caso no se hubiera dicho. Si todos habían, de corregirse, no hubiera dicho: *Es forzoso que vengan escándalos*. Pero como Él sabía que de su cosecha eran incorregibles, de ahí que dijera que absolutamente vendrían escándalos. — ¿Y por qué no los quitó Él mismo? —me dirás—. — ¿Y por qué razón los había de quitar? ¿Por razón de los que reciben daño del escándalo? Mas los que se pierden no es por daño que del escándalo reciban, sino por su propia negligencia. La prueba está en los que practican la virtud, que no sólo no reciben de ahí daño alguno, sino que sacan los mayores provechos. Tal Job, tal José, así todos los justos y apóstoles. Y si muchos han perecido, la culpa ha sido de su sueño. De no ser así, de depender la perdición exclusivamente de los escándalos, todos tendríamos que perdernos. Pero puesto que hay quienes los huyen, el que no los huye, échese a sí mismo la culpa. Porque los escándalos, como ya he dicho, nos despiertan, nos hacen más penetrantes, nos afinan; lo que se aplica no sólo al que se guarda de ellos, sino al que, después de caer, se levanta rápidamente, pues le hacen andar con más cuidado y es más difícil que le sorprendan nuevamente. De manera que, si andamos vigilantes, no es pequeño el provecho que de ahí reportaremos: el estar constantemente alerta. Porque si aun en medio de los enemigos, cuando tantas tentaciones nos asedian, estamos dormidos, ¿qué haríamos en una vida de completa seguridad? Contemplad, si os place, al primer hombre. Muy poco tiempo, quizá ni un día entero, estuvo en el paraíso y gozó de sus delicias, y vino a dar en tanta maldad, que soñó en hacerse igual a Dios y tuvo por bienhechor al embustero, y no soportó ni un solo mandamiento. ¿Qué hubiera hecho si el resto de su vida lo hubiera pasado sin trabajo alguno?

EL MAL PROCEDE DE LA LIBRE VOLUNTAD

Mas apenas resuelta esta dificultad, nos ponen otra, preguntándonos: — ¿Y por qué Dios hizo así al hombre? — No hizo Dios así al hombre, ni mucho menos. En tal caso, no le

hubiera castigado. Porque si nosotros no acusamos a nuestros esclavos de aquello en que tenemos la culpa nosotros mismos, mucho menos el Dios del universo. —Entonces —me replicas—, ¿de dónde le vino ser tal? —De sí mismo y de su negligencia. — ¿Qué quiere decir de sí mismo? —Eso pregúntatelo a ti mismo. Porque si los malos no son malos de sí mismos, no castigues a tu esclavo ni reprendas a tu mujer en lo que peca, ni le pegues a tu hijo, ni te quejes de tu amigo, ni aborrezcas a tu enemigo que te ha hecho daño. Todos éstos, al no pecar de su cosecha, más bien son dignos de compasión que de castigo. — ¡Yo no estoy para filosofías! —me contestas—. —Sin embargo, cuando te das cuenta que la culpa no es de ellos, sino que viene de extraña necesidad, sí que puedes filosofar. Así, cuando tu esclavo no cumple lo que le mandas por estar aquejado de enfermedad, no sólo no le culpas, sino que le tienes lástima y le perdonas. De esta manera, tú mismo eres testigo de que unas cosas dependen de él, y otras no. Luego también en el primer caso, si tú supieras que es malo por haber nacido así de naturaleza, no le culparías, sino que le perdonarías. Porque de haber nacido así desde el principio, no iba a ser la enfermedad motivo suficiente para perdonarle y no lo sería también la obra misma de Dios. Por otro camino se les puede también cerrar la boca a los que así opinan. La verdad es rica en argumentos. — ¿Por qué jamás has echado en cara a tu esclavo que no sea hermoso de rostro, que no sea alto de talla, que no tenga alas? —Porque todo eso es obra de la naturaleza. Luego no tiene él la culpa de lo que es cosa de la naturaleza, y no habrá quien esto contradiga. Luego cuando tú le acusas, por allí demuestras que no se trata de un pecado de la naturaleza, sino de la libre voluntad. Porque si lo que no reprendemos atestiguamos por el mero hecho pertenecer enteramente a la naturaleza, es evidente que, cuando reprendemos, demostramos que es culpa de la libre voluntad. No me vengas, pues, con torcidos razonamientos, con sofismas y complicaciones más débiles que una tela de araña. Respóndeme más bien a esta pregunta: — ¿Ha creado Dios a todos los hombres? — ¡Evidentemente! Entonces, ¿cómo es que no todos son iguales respecto a la virtud y al vicio? ¿De dónde viene que unos son buenos, rectos y moderados, y otros malos y perversos? Si ello no depende de la voluntad, sino que es obra de la naturaleza, ¿cómo es que unos son una cosa y otros otra?

Porque si todos son malos por naturaleza, es imposible que haya nadie bueno; y si todos por naturaleza son buenos, nadie puede ser malo. La naturaleza de todos los hombres es única; luego también en esto habían de ser todos únicos, ya en el sentido del bien, ya en el del mal. Y si quisiéramos decir que unos son naturalmente malos y otros naturalmente buenos —lo que ya hemos demostrado que no tiene sentido—, tendrían que ser también en ello inmutables, pues inmutables son las obras de la naturaleza. Mirad en efecto. Todos somos mortales y pasibles, y nadie, por mucho que se empeñe, es impasible e inmortal. Mas lo cierto es que vemos cómo muchos pasan de buenos a malos y de malos a buenos; los primeros, por su negligencia; los segundos, por su esfuerzo. Lo que es la prueba máxima de que eso no es obra de la naturaleza. Las cosas naturales ni se transforman ni necesitan para cumplirse del esfuerzo humano. Así como para ver y oír no necesitamos de trabajo, así tampoco tendríamos que sudar en la virtud si ésta fuera suerte y herencia de la naturaleza. —Mas ¿por qué razón hizo Dios malos, cuando pudo haberlos hecho a todos buenos? —Dios no hizo a nadie malo. — ¿De dónde, pues, viene el mal? —me replicas—. —Eso pregúntatelo a ti mismo. A mí lo que me tocaba demostrar era que no viene de la naturaleza ni de Dios. —Luego ¿viene automáticamente o por sí mismo? — ¡De ninguna manera! —Luego ¿es eterno? —No blasfemes, hombre, y deja esa locura que te lleva a honrar con el mismo atributo —y el más alto de los atributos— a Dios y al mal. Porque si el mal es eterno, será fuerte, y no será posible ni arrancarlo y obligarle a que vuelva otra vez a la nada. Porque para todo el mundo es evidente que lo eterno es indestructible.

EL PECADO ES LA DESOBEDIENCIA A DIOS

Si el mal tuviera tanta fuerza, ¿de dónde vienen tantos buenos como aun hay? ¿Cómo los temporales han resultado más fuertes que el eterno? —Pero Dios —dices— destruirá un día el mal. — Mas ¿cómo destruirá lo que es igual a Él, tiene la misma fuerza que Él y hasta, como si dijéramos, su misma edad? ¡Oh malicia del diablo! ¡Qué grande mal ha inventado! ¡Qué blasfemia ha obligado a lanzar contra Dios! ¡Cómo, so capa de piedad, ha ideado otra doctrina impía! Porque, queriendo esos teorizantes demostrar que el mal no viene de Dios, han introducido otro dogma perverso, al

afirmar que el mal es eterno. — ¿De dónde viene, pues, el mal? —me dices—. —El mal viene del querer y del no querer. —Y el mismo querer y no querer, ¿de dónde? —De nosotros mismos. Al preguntarme de este modo, estás haciendo lo mismo que si me preguntaras: ¿De dónde viene el ver y no ver? Y yo te respondiera: Del abrir y cerrar de los ojos. Y luego volvieras a preguntar: Y el mismo abrir y cerrar de los ojos, ¿de dónde? Y yo te respondiera: De nosotros mismos y de nuestra voluntad. Y tú buscaras todavía otra causa. No, el mal no es otra cosa que la desobediencia a Dios. — ¿En dónde, pues —me dirás—, halló eso el hombre? — ¿Es que tan difícil era hallar eso, dime por tu vida? —No digo yo que eso fuera o no difícil. Lo que pregunto es de dónde quiso el hombre desobedecer a Dios. —De su negligencia. Porque, siendo dueño de hacer una u otra cosa, se inclinó más bien a la desobediencia. Ahora bien, si todavía estás dudoso y hasta sientes vértigo oyendo todo esto, yo te voy a hacer una pregunta nada difícil ni complicada, sino muy sencilla y diáfana: ¿Has sido alguna vez malo? ¿Has sido también alguna vez bueno? Lo que quiero decir es esto: ¿No es así que unas veces dominaste una pasión y otras veces te dejaste vencer por ella? ¿Que unas veces caíste en la embriaguez y otras veces la dominaste? ¿Que un día te irritaste y otro día no te irritaste? ¿Que despreciaste a un pobre y luego le atendiste? ¿Que cometiste una impureza y luego fuiste casto?... ¿De dónde viene todo esto, dime, de dónde? Aun cuando tú no lo digas, lo diré yo: de que una vez pusiste empeño y te esforzaste; y luego decaíste y te descuidaste. Porque con los ya desesperados, que están totalmente hundidos en el vicio, insensibles y ya locos; que no quieren ni oír hablar de corregirse, con ésos no quiero yo ni hablar de filosofía. Con vosotros, sin embargo, que ya estáis del lado de la virtud, ya del vicio, sí que quiero hablar de buena gana. Una vez te llevaste lo que no te pertenecía; luego, movido a compasión, aun de lo tuyo diste al necesitado. ¿De dónde semejante transformación? ¿No es así que de tu libre voluntad y de tu libre determinación? ¡Evidentemente! Y nadie hay que pueda contradecirlo. Por eso yo os exhorto a que os esforcéis y os abracéis a la virtud y no tendréis necesidad alguna de semejantes cuestiones. Porque, si queremos, el mal se reducirá para nosotros a puro nombre. No discutas, pues, y andes caviloso sobre el origen del mal. Ya has averiguado que viene de tu negligencia; pues a evitarlo. Y si alguno te dice que eso no depende de nosotros,

cuando le veas que se irrita con su esclavo o se enfada con su mujer, o que reprende a su hijo, o que condena a los criminales, ve entonces y le dices: ¿No decías tú que el mal no depende de nosotros? Si no depende de nosotros, ¿a qué echas la culpa a nadie? Dile también: ¿Viene de ti que injuries e insultes? Si no viene de ti, no tiene nadie por qué enfadarse contigo al injuriarle; mas si viene de ti, luego de ti y de tu negligencia, viene el mal. Dime ahora: ¿Crees que hay algún hombre bueno? Si no hay ninguno, ¿qué origen tiene ese nombre? ¿Qué razón de ser las alabanzas que a los buenos se tributan? Mas si hay buenos, es evidente que reprenderán a los malos. Peo si nadie es voluntariamente malo ni el serlo depende de él, los buenos serán injustos en reprender a los malos y en esto serán entonces ellos malos. Porque ¿qué puede haber peor que culpar a un inocente? Pero si los buenos siguen siendo buenos aun reprendiendo a los malos, y ésta es aun para los muy necios la mejor prueba de su bondad, se sigue de ahí también con evidencia que nadie jamás es malo por necesidad.

DE DÓNDE VIENE EFECTIVAMENTE EL MAL

Mas si, después de todo esto, aún sigues preguntando de dónde viene el mal, yo te respondo que de la negligencia, de la pereza, del trato con los malos, del desprecio de la virtud. De ahí viene el mal y de ahí también que algunos se pregunten de dónde viene el mal. Ninguno de los que practican la virtud, ninguno de los que se han decidido a vivir modesta y castamente, mueve semejantes cuestiones. No, eso se queda para los que se atreven a cometer el mal y que quieren por tales razonamientos justificar una negligencia sin provecho y tejen para ello sus telas de araña. Nosotros, sin embargo, las desgarraremos, no sólo de palabra, sino de obra. No, no viene el mal de la necesidad. Si de la necesidad viniera, no hubiera dicho el Señor: *¡Ay del hombre por quien viene el escándalo!* Pues aquí sólo se lamenta de los que son por propia voluntad malvados. Y no te sorprenda esa expresión: *por quien*. Porque no quiere decir que otro introduce el escándalo por medio de él, sino que es uno solo y el mismo quien lo hace todo. En la Escritura, la expresión por quien viene a ser lo mismo que "por acción de quien". Por ejemplo, cuando dice: *He tenido un hombre*

por Dios (Gen 4,1), donde no se trata de la causa segunda, sino de la primera. Y en otro pasaje: ¿La interpretación de estos sueños no se ha hecho por Dios? (Gen 40,8). *Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión con su Hijo* (1 Cor 1,9).

"SI TU MANO O TU PIE TE ESCANDALIZAN..."

En fin, para que comprendáis que el escándalo no viene por necesidad, escuchad lo que sigue. Después de lanzar el Señor sus ayes, prosigue así: *Si tu mano o tu pie te escandalizan, córtatelos y arrójalos de ti; porque mejor es que entres* en la *vida cojo y manco que no, con tus dos pies y tus dos manos, ser arrojado al fuego eterno.* Y *si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y échalo de ti; pues mejor es que entres con un solo ojo en la vida que no, con tus dos ojos, ser arrojado* al *horno de fuego.* En todo esto no habla el Señor de los miembros del cuerpo, ni mucho menos. A quienes se refiere es a los amigos, a los allegados, que nos pudieran ser tan necesarios como un miembro de nuestro cuerpo. Lo mismo que antes había dicho, lo repite ahora. Nada hay, en efecto, más pernicioso que una mala compañía. Lo que no puede la violencia, muchas veces lo consigue la amistad, lo mismo para bien que para mal. De ahí la energía con que nos manda el Señor cortar de raíz a quienes nos dañan, dándonos bien a entender que ésos son los que nos traen los escándalos. Mirad, pues, cómo por el hecho de predecir que forzosamente han de venir escándalos, el Señor trató de prevenir el daño que podían producir. De este modo a nadie habían de sorprender en su tibieza. Puesto que hay que contar con ellos, hay que estar vigilantes, pues Él nos mostró cuán grandes males eran. Porque no dijo simplemente: *¡Ay del mundo por los escándalo!*, sino que mostró también grave daño que de ellos se sigue. Además, por el hecho de lamentarse con un ¡ay! de aquel que da los escándalos, aun nos pone más patente cuán desastrosos son para las almas. Porque decir: *Sin embargo, ¡ay de aquel hombre!…*, bien claro da a entender el grande castigo que le espera. Y no es eso solo. Luego viene el ejemplo de la muela movida por un asno, que es otro modo de aumentar el temor. Mas ni aun con eso se contenta el Señor, sino que nos muestra la manera como hay que huir de los escándalos. ¿Qué manera es ésa? "Corta —nos dice— toda amistad con los malos, por muy queridos que pudieran serte". Y nos presenta un razonamiento irrefutable. Porque si sigues en su amistad, a ellos no los ganarás, y, sobre perderse ellos, tú también te perderás. Pero si cortas la amistad, por lo menos aseguras tu propia salvación. En conclusión, si alguien con su amistad te daña, córtalo de ti. Porque si muchas veces cortamos uno de nuestros miembros por no tener el remedio y dañar, en cambio, a los otros, mucho más hay que hacer eso con los amigos. Ahora bien, si el mal fuera cosa natural, toda esta exhortación estaría de más; de más que el Señor nos aconseje y que nos ponga en guardia por medio de todo lo anteriormente dicho. Pero si nada de eso está de más, como realmente no lo está, síguese evidentemente que el mal depende de la voluntad.

NO DESPRECIAR A LOS PEQUEÑUELOS

Mirad no despreciéis a uno solo de estos pequeños. Porque yo os digo que los ángeles de ellos ven continuamente la faz de mi Padre, que está en los cielos. Pequeños llama no a los que realmente lo son, sino a los que son tenidos por tales entre la gente: a los pobres, a los despreciados, a los que nadie conoce. Porque ¿cómo pudiera ser pequeño el que vale por el mundo entero? ¿Cómo pudiera ser pequeño quien es amigo de Dios? No; aquí llama así el Señor a los que son tenidos por pequeños en opinión de la gente. Y habla no de menospreciar a muchos, sino de no despreciar ni a uno solo, lo que era poner otra muralla contra el daño de los escándalos. Porque al modo que huir de los malos es provecho muy grande, así lo es también honrar a los buenos; y aun en esto, si lo miramos bien, hallaremos doble ventaja: primera, cortar la amistad de los que nos escandalizan; y segunda, tributar el debido culto y honor a esos santos. Otro motivo pone seguidamente el Señor para hacernos respetuosos con los pequeños, a saber: *Que los ángeles de ellos están constantemente contemplando la faz de mi Padre, que está en los cielos*. De donde evidentemente se sigue que los santos tienen cada uno su ángel en el cielo. Y, en efecto, el Apóstol dice acerca de la mujer que debe tener cubierta su cabeza por respeto a los ángeles (1 Cor 11,10). Y Moisés: *Señaló los términos de las naciones conforme al número de los ángeles de Dios* (Deut 32,8). Pero aquí no habla sólo de ángeles, sino de los más eminentes entre los ángeles. Y al decir: La faz de mi Padre, no otra cosa quiere decir sino su particular confianza y preeminente honor.

LA OVEJA PERDIDA

Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que se habla perdido. Ahora les pone una razón más fuerte que la primera y entrelaza a su razón una parábola por la que nos presenta a su Padre que tiene esa misma voluntad. Porque: *¿Qué os parece?* —dice—. *Si un hombre tiene cien ovejas y se le extravía una sola de ellas, ¿no es así que deja las noventa y nueve por los montes y se va a buscar la extraviada? Y al hallarla, se alegra más por ella que por las noventa y nueve que no se le habían perdido. Así no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños*. Mirad por cuántos modos nos induce el Señor al cui-

dado de estos hermanos nuestros despreciables. No digas, pues: Fulano es un herrero, un zapatero, un labrador, un tonto, y por ello lo desprecies. Pues para que no fomentes tales sentimientos, mira por cuántos modos te persuade el Señor a que seas humilde y te induce a que mires por esos pequeñuelos. Puso delante de sus discípulos a un niño pequeño y dijo: *Haceos como los niños pequeños*. Y: *El que recibiere a un niñito como éste, a mí me recibe*. Y: *El que lo escandalizare, sufrirá el último suplicio*. Y no se contentó con el ejemplo de la piedra de molino, sino que añadió aquel ¡ay!, y nos mandó cortar a quienes nos escandalizan, así hagan para nosotros oficio de manos y de ojos. Luego hace respetables a estos hermanos nuestros despreciados por la mención de los ángeles que los tienen encomendados, por su propia voluntad, por su pasión; pues al decir: *Vino el Hijo del hombre a buscar lo que se había perdido*, a su cruz apunta, lo mismo que Pablo cuando nos habla del hermano por quien Cristo murió (Rom 14,15). Y por la voluntad de su Padre, que tampoco quiere que perezca ninguno de esos pequeños. En fin, así lo confirma por el común obrar humano, pues el pastor deja lo que tiene a salvo y se va a buscar la oveja perdida, y hallado que la halla, se alegra sobremanera por haberla hallado por haberla salvado.

CELO ARDIENTE POR LAS ALMAS

Ahora bien, si Dios así se alegra de encontrar a uno de esos pequeños, ¿cómo tú desprecias a los que son objeto de la solicitud de Dios, cuando debieras dar tu propia vida por la salvación de uno solo de ellos? —Pero es débil y despreciable. —Pues he aquí justamente la principal razón por la que hay que hacerlo todo por su salvación. Porque también el Señor dejó las noventa y nueve ovejas y se fue en busca de la perdida, y la salvación de tan gran número no fue parte para consolarle de la pérdida de una sola. Lucas, por su parte, nos cuenta que hasta se la cargó sobre sus hombros, y que mayor alegría hay por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan (Lc 15,7). Así, de dos modos nos mostró su gran solicitud por la oveja perdida: por el hecho de abandonar por ella a las noventa y nueve, y por haberse alegrado más por su hallazgo que por todas las otras. No nos descuidemos, pues, nosotros de esas almas. En

verdad, a este fin se dirige todo lo anteriormente dicho. Porque la amenaza de que no entrará en absoluto en el reino de los cielos el que no se haga como un niño y la comparación de la piedra molino, a reprimir iba el orgullo de los arrogantes, pues nada hay tan contrario a la caridad como el orgullo. Al decir: *Es forzoso que vengan escándalos*, nos avisó que estemos alerta y añadiendo: *¡Ay del hombre por quien viene el escándalo!*, no previno que no sea por ninguno de nosotros. Al mandarnos cortar de raíz a quienes nos escandalizan, nos quiso hacer fácil nuestra salvación. Al mandarnos no despreciar a los pequeñuelos, y no mandárnoslo de cualquier manera, sino con grande energía: *Mirad* —dice— *no despreciéis a uno solo de estos pequeños*; al decirnos que *los ángeles de ellos ven la cara de su Padre*, y: *para eso he venido yo... y que así lo quiere el Padre celestial*, todo eso son modos de excitar el celo de quienes tienen obligación de mirar por ellos. ¡Mirad qué grande muralla tendió en torno a los pequeños, mirad qué grande solicitud tiene por estos despreciados y por los que se pierden! Amenaza con males irremediables a quienes sean ocasión de su caída, promete grandes bienes a quienes los cuiden y miren por ellos y nos pone delante su propio ejemplo y el de su Padre. Imitemos, pues, también nosotros al Señor y nada rehusemos, por humilde y trabajoso que parezca, aun cuando hayamos de ponernos a su servicio, por pequeño, por despreciable que sea aquel a quien hayamos de servir, por trabajoso que sea lo que se nos pide. Aun cuando hubiéremos de atravesar por montañas y precipicios, todo ha de hacérsenos tolerable por la salvación de nuestro hermano. Porque es cosa tan preciosa delante de Dios un alma, que por ella no perdonó a su propio Hijo. De ahí que yo os exhorto a que, en haciéndose de día, apenas pasemos los umbrales de nuestra casa, sólo tengamos una mira, sólo en una cosa cifremos nuestro empeño: librar a los que se hallan en peligro. No habló sólo de peligro sensible, pues éste ni nombre merece de peligro. Hablo del peligro del alma, del peligro en que el diablo pone a los hombres. En verdad, para aumentar su fortuna, el mercader no vacila en atravesar el mar; el artesano, por añadir a su peculio, no deja tampoco piedra por mover. Pues tampoco nosotros nos contentemos con sola nuestra salvación, pues ello sería justamente ponerla en peligro. En la guerra y en el campo de batalla, el soldado que sólo mira cómo salvarse por medio de la fuga, se pierde

a sí mismo y a los demás. El valiente, en cambio, que lucha por salvar a los demás, se salva también a sí mismo. Ahora bien, puesto que nuestra religión es una guerra, y la más dura de todas las guerras, y lucha y batalla, formemos la línea de combate tal coma nuestro rey nos ha mandado, dispuestos siempre a derramar nuestra sangre, mirando por la salvación de todos, alentada a los que están firmes y levantando a los caídos. En verdad, muchos de nuestros hermanos yacen por el suelo en esta batalla, acribillados de heridas y chorreando sangre, y nadie hay que se cuide de ellos: nadie, ni del pueblo, ni sacerdote, ni otro alguno; ni protector, ni amigo, ni hermano. Cada uno miramos por nosotros mismos. De ahí justamente la mezquindad en que vivimos. Porque la mayor libertad, la mayor gloria, nos la da el no mirar por nosotros mismos. Si somos flacos, si tan fácilmente somos derribados por los hombres y por el diablo, ello se debe precisamente a que nos buscamos a nosotros mismos, que no nos protegemos escudo con escudo unos a otros, que no nos rodeamos, como de una cerca, de la caridad de Dios, sino que buscamos otros motivos de amistad: unos, el parentesco; otros, la comunicación y trato; otros, la mera vecindad. Cualquier motivo nos sirve para trabar amistad, menos el de la religión, cuando había de ser ésta sola la que nos uniera unos con otros. Ahora sucede todo lo contrario: antes somos amigos de judíos y paganos que de hijos de la Iglesia.

EL CELO POR LA CORRECCIÓN DE NUESTROS HERMANOS NO HA DE DESFALLECER JAMÁS

—Es verdad —me dices—. Pero es que mi hermano en la fe es un malvado, y el otro, judío o gentil, es bueno y modesto. — ¿Qué dices? ¿Malvado llamas a tu hermano, tú, que tienes mandado no llamarle ni "raca", es decir, tonto? ¿No te avergüenzas, no te ruborizas de infamar públicamente a tu hermano, el que es miembro tuyo, que salió del mismo seno, que participa de la misma mesa? Si tienes un hermano carnal, por muchos males que haga, todo tu empeño es defenderle y tienes por tuya su deshonra. A tu hermano espiritual, en cambio, a quien habrías de defender de la calumnia, eres tú el que le abrumas de acusaciones sin término y le calificas no menos que de malvado. —Es que realmente es un malvado y no hay quien lo soporte. —Pues hazte justamente amigo

suyo para que deje de ser como es, para convertirle, para llevarle a la virtud. —Es que no me hace caso —me dices— ni aguanta un consejo. — ¿Cómo lo sabes? ¿Le has exhortado e intentado corregirle? —Le he exhortado muchas veces —me contestas—. — ¿Cuántas? —Muchas; una y otra vez. — ¡Caramba! ¿Eso muchas veces? Aun cuando lo hubieras hecho durante toda tu vida, no habías de cansarte ni desesperarte. ¿No ves cómo Dios nos exhorta durante toda la vida por medio de los profetas, de los apóstoles y de los evangelistas? Pues bien, ¿es que lo cumplimos todo y le hacernos caso en todo? ¡Ni mucho menos! ¿Ha dejado Él por eso de exhortarnos? ¿Ha guardado silencio? ¿Acaso no sigue diciéndonos diariamente: *No podéis servir a Dios y a Mammón?* (Mt 6,24; Lc 16,13) Y, sin embargo, en muchos aumenta diariamente la avaricia y tiranía del dinero. ¿No clama Él diariamente: *Perdonad y se os perdonará* (Mt 6,14; Lc 6,37), y nosotros somos cada día más feroces? ¿No nos exhorta constantemente a dominar la concupiscencia y a vencer el placer deshonesto, y muchos se revuelcan peor que cerdos en este pecado? Él, sin embargo, no por eso cesa de hablarnos. ¿Por qué, pues, no considerar y decirnos a nosotros mismos que también Dios nos habla continuamente y no porque en muchas cosas le desobedezcamos deja de hablarnos? Por eso decía el Señor: *Pocos son los que se salvan* (Lc 13,23). Porque si no basta para la salvación nuestra propia virtud, sino que hemos de salir del mundo después de ganar también a otros, ¿qué nos pasará si no nos salvamos ni a nosotros mismos ni a los demás? ¿Qué esperanza tendremos ya de salvación?

NOS PREOCUPAMOS DE LO AJENO A NOSOTROS MISMOS

Mas ¿a qué acusarnos del descuido por los extraños, cuando no hacemos siquiera caso de nuestra misma familia, de la mujer, de los hijos y de los esclavos? A modo de borrachos, nos ocupamos en unas cosas en vez de otras: nuestros esclavos, que sean lo más numerosos posible y nos sirvan con el mayor cuidado; los hijos, a ver cómo les dejaremos más pingüe herencia; la mujer, que tenga oro, vestidos lujosos y perlas. No nos preocupamos de nosotros mismos, sino de las cosas de nosotros mismos, como tampoco miramos ni proveemos por la mujer, sino por las cosas de la mujer;

ni por los hijos, sino por las cosas de los hijos. Hacemos como el otro que, teniendo una casa en ruinas, con las paredes que se tambalean, no se preocupa de levantarlas o reforzarlas, sino que construye una gran cerca alrededor de la casa. O como el que, teniendo su cuerpo enfermo, no se preocupara de curarlo, sino que se entretuviera en tejerle vestidos de oro. O el que, teniendo a la señora enferma, anduviera muy afanado en atender a las sirvientas, a los telares, a los utensilios de casa y a todo lo demás, y dejara a aquélla tendida y entre gemidos. Tal es lo que nos acontece ahora. Tenemos el alma enferma y en lamentable estado, la domina la ira, se desata en injurias, se consume de torpes deseos, la lleva la vanagloria y la disensión, se arrastra por el suelo, la desgarran manadas de fieras, y nosotros, dejando a un lado el arrojar a todas esas fieras, nos preocupamos de la casa y de los criados de la casa. Si un oso, burlando la vigilancia, se escapa de la jaula, al punto cerramos las puertas, corremos por las calles por miedo de caer en las garras de la fiera; ahora, sin embargo, que no es una sola fiera, sino pensamientos mil como fieras los que desgarran nuestra alma, ni nos damos cuenta de ello. En las ciudades se pone mucho cuidado de tener las fieras en lugar apartado y encerradas en sus jaulas, y no se las deja en las cercanías del consejo de la ciudad, ni de los tribunales, ni del palacio imperial. Allá se las tiene, bien atadas, lejos de todos esos lugares. En el alma, sin embargo, las fieras suben donde está el consejo, donde el tribunal, donde el palacio real mismo, y junto a la razón misma, junto al mismo trono del rey, están bramando y alborotando. De ahí que todo está trastornado de arriba abajo, todo lleno de turbación: lo de fuera a la vez de lo de dentro, y poco nos diferenciamos, cualquiera de nosotros, de una ciudad saqueada por los bárbaros. No parece sino que una serpiente se ha metido en un nido de pájaros, y todos chillan y vuelan aterrados y llenos de turbación, sin hallar refugio a su angustia.

CONTRA EL DESENFRENO DE LA JUVENTUD

Por eso yo os exhorto: matemos a esa serpiente, encerremos las fieras, ahoguémoslas, degollémoslas, atravesemos esos malos pensamientos con la espada del espíritu, a fin de que no nos

amenace a nosotros el profeta como amenazó a la tierra de Judea: *Allí saltarán onocentauros* y *erizos y dragones* (Is 13,22). Porque hay, hay, sí, entre nosotros hombres peores que esos onocentauros, que viven como en desierto y tiran coces; y tal es la mayor parte de nuestra juventud. Y, en efecto, dominados por salvaje concupiscencia, como ellos saltan, como ellos cocean y corren sin freno, sin la más leve idea de sus deberes. Y los culpables son sus padres. Éstos obligan a sus caballerizos a que rijan con mucho cuidado sus caballos y no consienten que éstos adelanten mucho en edad sin someterlos a doma, y desde el principio les ponen freno y demás arreos. A sus hijos jóvenes, sin embargo, los dejan por mucho tiempo ir sin freno por todas partes, perdida la castidad, deshonrándose en deshonestidades y juegos y perdiendo el tiempo en esos teatros de iniquidad. Su deber sería, antes de que se dieran a la fornicación, entregarlos a una esposa casta y prudente, que apartaría al hombre de todo trato ilícito y sería como un freno para ese potro de la juventud. Las fornicaciones, los adulterios, no tienen otro origen sino el andar suelta la juventud. Porque, de tener una mujer prudente, se preocuparía de su casa, por su honor y por su reputación. —Pero mi hijo es aún joven —me dices—. —Lo sé también yo perfectamente. Pero si Isaac tomó esposa a los cuarenta años de edad y todo ese tiempo guardó castidad, con mucha más razón debieran ejercitar esa filosofía los jóvenes que viven bajo la gracia. Pero ¿qué queréis que diga? Vosotros no consentís en vigilar y cuidar su castidad, sino que permitís que se deshonren y se manchen y se cubran de ignominia, y no caéis en la cuenta que el bien del matrimonio es guardar puro el cuerpo. Si eso se le quita, el matrimonio no tiene razón de ser. Vosotros, sin embargo, hacéis todo lo contrario. Cuando los jóvenes están llenos de manchas de deshonor, entonces es cuando los lleváis al matrimonio, sin razón ya ni motivo. —Es que hay que esperar —me dices— a que adquiera nombre y brille las cosas políticas. —Sí; pero de su alma no hacéis cuenta alguna, sino que consentís que se arrastre por el suelo. Por eso justamente, porque el alma se tiene por cosa accesoria, porque se descuida lo necesario y todo el afán y providencia se va por lo despreciable, todo está lleno de confusión, de turbación y de desorden. ¿No sabes que no puedes hacer a tu hijo favor comparable al de guardar su cuerpo limpio de la impureza de la fornicación? Nada hay, en efecto, tan precioso

como el alma. ¿Qué le aprovecha al hombre —dice el Señor— ganar todo el mundo, si sufre daño en su alma? Pero todo lo ha trastornado, todo lo ha echado por tierra el amor del dinero, que ha desterrado el verdadero temor de Dios y se ha apoderado de las almas de los hombres, como un tirano de una ciudadela. Ésa es la razón, ésa, por la que descuidamos la salvación de nuestros hijos y la nuestra propia, sin otra mira que enriquecernos más y más y dejar a otros la riqueza, para que éstos se la dejen a otros, y éstos a otros, con lo que no parece sino que somos meros transmisores, no dueños, de nuestros bienes. De ahí la inmensa insensatez; de ahí que los hombres libres estén más vilipendiados que míseros esclavos. Porque por lo menos a los esclavos, si no por interés de ellos, sí por el nuestro, los reprendemos de sus faltas; pero los hombres libres no gozan de esta providencia, sino que se los tiene en menos que a los mismos esclavos.

SE TIENE MAS CUIDADO DE LAS BESTIAS QUE DE LOS HIJOS

Pero ¿qué digo de los esclavos? Las bestias están más apreciadas que los hijos, y más nos cuidamos de nuestros asnos y caballos que de nuestros hijos. El que tiene una mula, se preocupa mucho de hallar un buen arriero que no sea un tonto ni ladrón ni borracho, sino que conozca bien su oficio. En cambio, cuando se trata de poner un maestro para el alma del niño, echamos mano, sin ton ni son, del primero que se nos presenta, y, sin embargo, no hay arte superior a ésta. Porque ¿qué hay comparable a formar un alma y a plasmar la inteligencia y el espíritu de un joven? El que profesa esta ciencia, con más escrúpulo ha de proceder que cualquier pintor o escultor en su obra. Pero nosotros ningún caso hacemos de eso. Sólo a una cosa miramos: a que se instruya en la lengua. Y aun, si en eso ponemos empeño, es con miras al dinero. Porque el joven no aprende a hablar para poder hablar bien, sino para ganar dinero; porque si fuera posible ganarlo sin eso, se nos importaría un bledo del bien hablar. Mirad qué enorme tiranía la del dinero, cómo lo ha ocupado todo, y a todos, atados como esclavos o rebaños, nos lleva donde le da la gana. Y ¿qué provecho sacamos de todas estas invectivas contra el dinero? Nosotros tratamos de herirle con palabras, pero él nos domina con hechos. Sin embargo, no por eso hemos de dejar de dispararle los dardos

de nuestra lengua. Si conseguimos algo, habremos ganado nosotros y vosotros; si os obstináis en vuestra codicia, yo por lo menos habré cumplido con mi deber. Pero ¡ojalá Dios os libre a vosotros de esta enfermedad, a mí me conceda gloriarme de vosotros, y a Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén.

HOMILIA 60

Si tu hermano pecare contra ti, anda y corrígele entre ti y el solo. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano; pero si no te escucha, etc. (Mt 17, 15 y sig.).

LA CORRECCIÓN FRATERNA

Como había el Señor dirigido tan duras palabras contra los escandalizadores y los había por todas partes aterrado, para que los escandalizados no se volvieran por ello negligentes y pensaran que todo se había dicho por los otros y, halagados, vinieran a dar en otra maldad y, queriéndolo corregir todo, terminaran en orgullo, mira cómo también a éstos los reprime ahora y les manda que la corrección se haga entre el ofendido y el ofensor solos. De este modo, el mayor número de testigos no haría más grave la acusación y se evitaría el riesgo de que el otro, haciéndose más descarado, quedara incorregible. De ahí que diga: *Corrígele entre ti y él solo.* Y *si te escucha, habrás ganado a tu hermano.* ¿Qué quiere decir: *Si te escucha?* Si se condena a sí mismo, si reconoce que ha pecado. *Habrás ganado a tu hermano.* No dijo: "Te has vengado suficientemente", sino: *Habrás ganado a tu hermano*. Con lo que da a entender que el daño de la enemistad era mutuo. Porque no dijo que sólo el otro se ganó a sí mismo, sino que tú también le ganaste; con lo que demuestra el Señor que uno y otro habían antes sufrido daño: el uno en su hermano, el otro en su propia salvación. Es la misma enseñanza que nos había dado el Señor antes, sentado sobre el monte. Porque entonces, una vez había remitido al ofensor en busca del ofendido, y así dijo: Si, estando junto al altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, anda y reconcíliate con tu hermano (Mt 5, 23-24). Otra, manda que el ofendido perdone a su prójimo,

pues nos enseñó a decir al padre: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt 6,12). Aquí, sin embargo, concibe otro modo, pues no es el ofensor, sino el ofendido, quien ha de buscar la reconciliación. Como el ofensor no sería fácil que fuera a dar explicación, de pura vergüenza y sonrojo, de ahí que manda al ofendido que dé ese paso, y no sin más, sino con el fin de corregir lo sucedido. Y notad que no dice: "Acúsale", ni: "Repréndele", ni: "Pídele cuenta y razón", sino: *Corrígele*. Él está detenido en una especie de pesadez de borrachera, por la ira y por la vergüenza; eres tú, pues, que estás sano, quien ha de ir al enfermo y constituir un tribunal privado y hacer suave y llevadera la curación. Porque decir: *Corrígele*, es como si dijera: Recuérdale su pecado, dile el daño que has recibido de él. Lo cual es ya, si se hace como es debido, un modo de excusarle y de invitarle a la reconciliación. ¿Y qué hacer si no hace caso de la corrección y se obstina en su pecado? *Toma todavía contigo uno o dos, a fin de que todo asunto se apoye en la boca de dos testigos.* Cuanto más desvergonzado e insolente se muestre el pecador tanto más empeño hemos de poner nosotros en su curación, no en nuestra ira y enfado. Cuando el médico ve que la enfermedad se agrava, no por ello ceja en su empeño ni se enfada, sino que entonces es cuando redobla sus esfuerzos. Es lo que el Señor nos manda hacer aquí. Puesto que tú sólo has sido demasiado débil, acrecienta tu fuerza tomando a otros contigo. En verdad, con dos basta para reprender o corregir al pecador. Mirad cómo el Señor no mira sólo al interés del ofendido sino también al del ofensor. Porque, realmente, el que ha sufrido daño es el que se dejó dominar de la pasión. Éste es el enfermo, éste el débil, éste el que sufre. De ahí las veces que el Señor le manda al ofendido que le vaya a visitar: primero solo, luego con otros; y, si todavía se obstina, con la Iglesia entera. *Dilo entonces —dice— a la Iglesia.* Si el Señor hubiera mirado sólo al ofendido, no hubiera mandado perdonar setenta veces siete veces al ofensor que se arrepiente ni le hubiera procurado tantos correctores de su pasión por tantas veces enviados. Al primer encuentro que hubiera seguido sin enmendarse, lo hubiera abandonado. Pero lo cierto es que manda que se le cure una, dos y tres veces: una vez a solas, otra con dos, otra con más. Por ello justamente nada semejante dice de los de fuera: *Si uno —dice— te da un bofetón en la*

mejilla derecha, vuélvele también la otra (Mt 5, 38) . No así aquí. Que es lo mismo que dice Pablo: *¿Qué tengo yo que ver con el juicio de los de fuera?* (1 Cor 5,12). A los hermanos, sin embargo, manda que se los corrija y se los aparte del mal y, caso de no someterse, cortarlos de la comunidad, a fin de que se confundan. Lo mismo hace aquí el Señor, pues está legislando sobre los hermanos. Y al que ha pecado le señala tres maestros y tres jueces que le hagan ver lo que hizo en el momento de su embriaguez. Porque si bien es el pecador el que habló y obró todas aquellas torpezas, necesita que otros le expliquen lo que hizo. Exactamente como al borracho, pues no hay embriaguez que así saque al hombre de sí y que disponga al alma en tan gran locura como la ira y el pecado. ¿Quién, por ejemplo, más discreto que David? Y, sin embargo, no se dio cuenta de que había gravísimamente pecado, pues el deseo se había apoderado de todos sus pensamientos, y había, como un sopor, aletargado totalmente su alma. De ahí que necesitara de la luz del profeta y de que con sus palabras le hiciera caer en la cuenta de lo que había hecho. De ahí también que el Señor quiera que vayan al pecador quienes le hablen de lo mismo que ha hecho.

SI NO OYERE A LA IGLESIA, SEA PARA TI COMO UN GENTIL O PUBLICANO

Mas ¿por qué manda el Señor que sea el ofendido quien reprenda y no otro? Porque el ofensor soportará mejor la reprensión del mismo a quien él agravió, ofendió y perjudicó. No se soporta, efectivamente, de igual modo la reprensión que nos viene de un tercero en favor del ofendido que la que nos pueda dar el ofendido mismo, sobre todo cuando nos la viene a dar a solas. Cuando el culpable ve que quien debía exigir castigo contra él, ése es justamente quien se interesa por su salvación, ése será también quien mejor podrá reprenderle, pues ve que no lo hace con espíritu de venganza, sino con deseo de corrección. De ahí que tampoco manda el Señor que se tomen inmediatamente los dos testigos, sino sólo después que uno mismo haya fracasado; y aun entonces no le pone delante una muchedumbre, sino sólo dos y hasta uno solo. Sólo cuando a éstas desprecie, lo conduce delante de la Iglesia. Tanto interés tiene el Señor en que no se publiquen los pecados de nuestro prójimo. Realmente, podía haber mandado que

la reprensión se hiciera desde el principio ante la Iglesia; sin embargo, para evitar esa exposición pública, no lo mandó. Sólo después de la primera y segunda exhortación puso la ley de denunciarlo ante la Iglesia, Y ¿qué quiere decir: *Sobre la boca de dos o tres testigos se apoyará toda palabra*? Con ello —quiere decir— tienes suficiente testimonio de que has hecho cuanto de ti dependía, que nada has omitido de lo que a ti te tocaba. *Pero si también a los testigos desoye, díselo a la Iglesia*, es decir, a los que presiden en la Iglesia. M*as si también a la Iglesia desoye, sea para ti como un gentil o publicano*. Porque la enfermedad de ese tal es ya incurable. Considerad, os ruego, cómo en todas partes pone el Señor como ejemplo de máxima maldad al publicano. Antes, efectivamente, había dicho: *¿No hacen eso mismo los publicanos?* Y otra vez más adelante: *Los publicanos y las rameras se os adelantarán en el reino de los cielos*; es decir, las gentes más viles y condenadas. Óiganlo los que se arrojan a negocios inicuos y amontonan intereses e intereses. ¿Y por qué puso el Señor al pecador obstinado entre los publicanos? —Para consolar al ofendido y espantar al pecador mismo. —Luego ¿no habrá más castigo que ése? — ¡En modo alguno! Escuchad más bien lo que sigue: *Cuanto atareis sobre la tierra, atado quedara sobre los cielos*. Y no dijo al presidente de la Iglesia: "Ata al que así pecare", sino: *Cuanto atareis*. Lo que era dejarlo todo en manos del ofendido. Y las ataduras permanecen irrompibles. Luego el pecador habrá de sufrir los últimos castigos; pero de ello no tiene la culpa el que lo denunció, sino el que no quiso someterse. Ya veis cómo el Señor condenó al pecador a doble necesidad: al castigo de aquí y al suplicio de allá. Pero si amenaza con el castigo de aquí es para que no llegue el suplicio de allá, sino que se ablande más bien el obstinado por el temor de la amenaza, por la expulsión de la Iglesia, por el peligro de ser atado en la tierra y quedar también ligado en los cielos. Sabiendo esto, si no al principio, por lo menos al pasar por tantos tribunales, es natural que el hombre deponga su ira. De ahí haber establecido el Señor uno, dos y hasta tres juicios, y no expulsar inmediatamente al culpable, pues si desoye al primer tribunal, puede ceder al segundo; si también rechaza al segundo, aun le queda el tercero. Si también a éste rechaza, aun puede espantarle el castigo venidero y la sentencia y justicia de Dios.

LA ORACIÓN EN COMÚN; CONDICIONES PARA SER OÍDO

Yo os digo, además que si dos de entre vosotros estuvieren de acuerdo sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren les será concedida por mi Padre, que está en los cielos. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Mirad cómo deshace por otro lado las enemistades y elimina las pequeñeces de alma y nos une los unos con los otros. Pero ahora no por el castigo con que nos amenaza, sino por los bienes que nos vienen de la caridad. Y es así que después de aquellas graves amenazas a la terquedad, aquí nos presenta los grandes premios de la concordia, como que entre sí unidos son capaces de alcanzar del Padre cuanto le pidieres y tienen en medio de sí a Cristo mismo. —Ahora bien, ¿es que no hay dos que estén entre sí de acuerdo? —Ciertamente que sí, en muchas partes y quizá en todas partes. — ¿Cómo es, pues, que no consiguen todo lo que piden? —Porque hay muchas causas que les impiden conseguirlo. En primer lugar, muchas veces piden cosas inconvenientes. ¿Y qué maravilla que otros las pidan, cuando lo mismo aconteció al mismo Pablo, a quien hubo de decirle el Señor: *Te basta mi gracia, pues mi fuerza se acaba en la flaqueza?* (2 Cor 12,9). Otros no están a la altura de quienes oyeron esas palabras del Señor y no hacen lo que está de su parte, cuando Él busca a los que son semejantes a los apóstoles mismos. De ahí que diga: *Si dos* o *más de entre vosotros,* es decir, de entre los que practican la virtud, de los que llevan vida verdaderamente evangélica. Otros ruegan contra quienes les han ofendido, reclamando castigo y venganza, lo cual nos está prohibido. Porque *rogad* —dice el Señor— *por vuestros enemigos* (Mt 5,44). Otros, en fin, piden misericordia sin arrepentirse de sus pecados, y entonces es imposible recibirla, ya la pidan ellos, ya la suplique en favor de ellos otro que tenga valimiento para con Dios. Así Jeremías, orando por los judíos, hubo de decir: *No me ruegues por este pueblo, porque no quiero escucharte* (Jer 11,14) 7. Mas si se dan todas las condiciones debidas: pedir lo que conviene, hacer todo lo que está de tu parte, llevar vida apostólica, guardar la concordia y el amor con tu prójimo, no hay duda que alcanzarás lo que pidieres, pues misericordioso es el Señor.

LA CARIDAD, LAZO DE UNIÓN EN CRISTO

Después de decir el Señor: *Les será concedido de parte de mi Padre*, para mostrarnos que también Él y no sólo el Padre concede la gracia que se pide, añade: *Porque donde hubiere dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos*. —Ahora bien, ¿es que no hay dos o tres reunidos en su nombre? —Los hay, pero raras veces. Porque no habla el Señor simplemente de unión ni es eso lo único que Él requiere, sino principalmente, como ya antes he dicho, que se acompañe de las demás virtudes. Luego esto mismo nos lo exige con mucho rigor. Porque lo que aquí quiere decir es lo siguiente: "Si alguno me tiene a mí por causa principal de su amistad con el prójimo, yo estaré con él, a condición de que tenga también las otras virtudes". Pero la verdad es que la mayor parte vemos que tienen muy otros motivos de amistad. Uno ama porque a él le aman; otro, porque le han honrado; otro, porque alguien le fue útil en algún negocio mundano; otro, por cualquier otro motivo semejante. Por Cristo, sin embargo, es difícil hallar quien ame auténticamente y como es debido a su prójimo que le ama. La mayor parte se unen entre sí por razón de negocios humanos. No amaba así, ciertamente, Pablo. Para Pablo el motivo del amor era Cristo. De ahí que, aun cuando a él no se le amara como él amaba, no por eso se menoscababa su caridad, pues eran muy hondas las raíces de su amor. Bien diferente de lo que ahora vemos. Si examináramos uno por uno todos los casos, hallaríamos que en la mayoría cualquier motivo hace la amistad antes que éste del amor de Cristo. Y si ahora se me permitiera llevar a cabo ese examen en tan grande muchedumbre, yo os demostraría que la mayoría de los hombres se unen entre sí por puros motivos terrenos. Lo cual se demuestra por las mismas causas que producen la enemistad. Como quiera que se unen entre sí por motivos pasajeros, su amor no puede ser ni ardiente ni constante. Una desatención, un perjuicio en los intereses, la envidia, la vanagloria, cualquier otro accidente semejante que ocurra, basta para deshacer la amistad. Es que esa amistad no dio con la raíz espiritual. De ser así, nada terreno, nada material hubiera podido destruir lo espiritual. El amor que tiene por motivo a Cristo es firme, inquebrantable e indestructible. Nada, ni las calumnias, ni los peligros, ni la muerte, ni cosa semejante, será capaz de arrancarlo del alma. El que así ama, aun cuando tenga que sufrir cuanto se quiera, mirando al

motivo por el que ama, no dejará jamás de amar. El que ama por ser amado, apenas sufra algo desagradable, terminará con su amor; mas el que se liga con la caridad de Cristo, jamás se apartará de esa caridad. De ahí que Pablo dijera: *La caridad jamás desfallece* (1 Cor 13,8).

NO HAY RAZÓN ALGUNA PARA DEJAR LA CARIDAD

¿Qué razón, en efecto, tienes que alegar? ¿Que el otro respondió a tus consideraciones con injurias? ¿Que quiso derramar tu sangre en agradecimiento de tus beneficios? Mas si amas por Cristo, ésas son razones que te han de mover a amar aún más. Porque lo que destruye las amistades del mundo, eso es lo que afianza la caridad por Cristo. ¿Cómo? En primer lugar, porque ese ingrato es para ti causa de mayor galardón. En segundo lugar, porque ése justamente necesita de más ayuda y de más intenso cuidado. Por eso, el que de esta manera ama, no mira el linaje, ni la patria, ni la riqueza, ni el amor que a él se le tenga, ni otra cosa alguna semejante. Aun cuando a él se le odie, aun cuando se le insulte, aun cuando se le quite la vida, él sigue amando, pues le basta, para motivo de amar, Cristo. De ahí que, mirando a Cristo, permanece fijo, firme e inmutable. Porque así amó también Cristo a sus enemigos, a los ingratos, a los que le insultaban y blasfemaban, a los que le aborrecían, a los que no querían ni verle, a los que lo posponían a leños y piedras, y los amó con el más alto amor, aquel después del cual no es posible ya hallar otro. *Porque nadie* —dice Él mismo— *puede tener amor más grande que dar la vida por sus amigos* (Is 15,13). A los mismos que le crucificaron, a los mismos que tantos oprobios le hicieron sufrir, mirad cómo no cesa de amarlos. Pues es así que ruega por ellos a su Padre, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Y luego, a esos mismos les envió sus discípulos.

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS LA CARIDAD DE CRISTO

Imitemos también nosotros esa caridad, miremos a ella como a dechado, a fin de que, hechos imitadores de Cristo, alcancemos los bienes presentes y los venideros, por la gracia y amor de nuestro

Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 61

Entonces, acercándosele Pedro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete? Respondiole Jesús: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete (Mt 18,21 y sig.).

EL PERDÓN NO TIENE LÍMITES

Sin duda creía Pedro que decía algo grande; de ahí que, con cierto tono de suficiencia, añadió: ¿Hasta siete? Eso que nos has mandado hacer, ¿cuántas veces lo tengo que hacer? Si mi hermano sigue pecando y, corregido, sigue arrepintiéndose, ¿cuántas veces nos mandas aguantar eso? Porque para el que no se arrepiente ni se condena a sí mismo, ya has puesto límite al decir: *Sea para ti como gentil y publicano*. No así a éste que se arrepiente, sino que nos mandaste soportarlo. ¿Cuántas veces, pues, debo sufrirlo, si, reprendido, se arrepiente? ¿Bastará con siete? ¿Qué responde, pues, Cristo, el benigno y bondadoso Señor? *No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete*. Con lo que no intenta fijar un número, sino dar a entender que hay que perdonar ilimitadamente, continuamente y siempre. Al modo que al decir nosotros mil veces, queremos decir muchas veces, así aquí. Como, por ejemplo, cuando dice la Escritura: *La estéril dio a luz siete hijos* (1 Reyes 2, 5), quiere decir muchos. De modo que no encerró el Señor el perdón en un número determinado, sino que dio a entender que hay que perdonar continuamente y siempre. Eso por lo menos declaró por la parábola puesta seguidamente. No quería que pensara nadie que algo extraordinario y pesado lo que mandaba de perdonar hasta setenta veces siete. De ahí añadir esta parábola, con la que intenta justamente llevarnos al cumplimiento de su mandato, reprimir un poco el orgullo de Pedro y demostrar que el perdón no es cosa difícil, sino extraordinariamente fácil. En ella nos puso delante su propia benignidad a fin de que nos demos cuenta, por contraste, de que, aun cuando perdonemos setenta veces siete veces, aun cuando perdonemos continuamente todos los pecados absolutamente de nuestro prójimo, nuestra

misericordia, al lado de la suya, es como una gota de agua junto al océano infinito. O, por mejor decir, mucho más atrás se queda nuestra misericordia junto a la bondad infinita de Dios, de la que, por otra parte, nos hallamos necesitados, puesto que tenemos que ser juzgados y rendirle cuentas.

PARÁBOLA DE LOS DOS DEUDORES

De ahí que prosiguiera el Señor diciendo: *Semejante es el reino de los cielos a un rey que quiso tomar pedir cuenta a sus servidores. Empezado que hubo a tomarla, se le presentó uno que le debía diez mil talentos. No teniendo con qué pagar, mandó el rey que fuera vendido él, su mujer, sus hijos y todo cuanto tenía*. Luego, como éste alcanzara del rey misericordia, salió afuera y por poco ahogó a un compañero suyo que le debía cien denarios. Irritado por ello el rey, mandó que fuera nuevamente arrojado a la cárcel hasta que pagara toda la deuda. ¡Mirad la diferencia que va de los pecados contra los hombres y los pecados contra Dios! La misma diferencia, y aun mucho mayor, que entre diez mil talentos y cien denarios. Lo cual procede no solamente de la diferencia de las personas, sino también de la frecuencia de los pecados. Porque a la vista de un hombre, nos retraemos y vacilamos en pecar; estando, sin embargo, mirándonos Dios todos los días, no tenemos rubor ninguno, sino que hacemos y decimos tranquilamente cuanto se nos antoja. Pero no es ése solo el motivo que agrava nuestros pecados: otros son los beneficios de Dios y el honor que nos ha concedido. Y si queréis saber de qué modo nuestros pecados contra Dios son diez mil talentos, y más, yo intentaré demostrároslo brevemente. Algo me temo dar con mis palabras más seguridad para pecar a quienes de suyo se inclinan a la maldad y gustan de pecar continuamente, o llevar a la desesperación a los más tímidos, que pudieran decir lo de los discípulos: *¿Quién podrá salvarse?* Sin embargo, aun así quiero hablar, a fin de que quienes me presten atención se hagan más cautos y más moderados. Porque los que sufren de enfermedad incurable y están ya totalmente insensibles, aun sin estos discursos seguirán en su maldad y negligencia; y si de mis palabras toman ocasión para mayor descuido, no será por culpa de ellas, sino de su insensibilidad. Porque lo que os diga, bien podrá de suyo reprimir y compungir a quienes me presten atención. Y los mejor dispuestos,

al ver, por una parte, la gravedad de los pecados y, por otra, la fuerza de la penitencia, se abrazarán más y más con ésta. Por eso hay indudablemente que hablar. Voy, pues, a poneros delante los pecados que cometemos tanto contra Dios como contra los hombres; pero no los personales, sino los comunes; los personales cada uno ha de conocerlos luego por su conciencia. Mas antes quiero enumeraros los beneficios de Dios.

LOS BENEFICIOS DIVINOS

¿Cuáles son, pues, los beneficios de Dios? Él nos ha creado de la nada y ha hecho por nosotros todo lo visible: el cielo, el mar, la tierra, el aire y cuanto en ellos hay: los animales, las plantas, las semillas... Porque hay que acortar toda enumeración ante el océano sin límites de las obras de Dios. Él nos inspiró un alma inmortal, a nosotros solos de cuantos seres hay en la tierra; plantó el paraíso, dio al hombre por ayuda a la mujer, lo puso al frente de los animales y lo coronó de gloria y honor. Después de todo esto, cuando se mostró ingrato para con su bienhechor, aun le concedió un don mayor.

¡OH FELIZ CULPA, QUE NOS MERECIÓ AL REDENTOR!

Porque no hay que considerar sólo que Dios expulsó al hombre del paraíso, sino miremos también el provecho y ganancia que de ahí resultó. Después de expulsarle del paraíso, después de haberle hecho todos aquellos infinitos bienes y haber llevado a cabo tan varias dispensaciones, Dios envió por fin a su propio Hijo, por aquellos mismos que habían respondido con el odio a los beneficios, y nos abrió nuevamente el cielo, y quedaron de par en par las puertas del paraíso, y a los que fuimos enemigos e ingratos nos hizo no menos que hijos suyos. Por eso, también es el momento de que digamos ahora: *¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!* (Rom 11,33) Y nos dio también el bautismo de la remisión de los pecados, y nos libró del castigo, y nos hizo herederos del reino de los cielos, y nos prometió bienes infinitos si practicamos el bien, y Él mismo nos tendió su mano y derramó su Espíritu dentro de nuestros corazones. Ahora bien, ¿qué hemos hecho nosotros después de tales y tantos beneficios?

¿Cómo debíamos habernos portado con nuestro bienhechor? ¿No es así que, aun cuando diariamente hubiéramos dado la vida por quien así nos había amado, no le hubiéramos pagado dignamente o, más bien, no le hubiéramos pagado la mínima parte de nuestra deuda? ¡De ninguna manera! Más que más que aun esto hubiera resultado en ganancia nuestra. Así debiéramos portarnos. Ahora bien, ¿cómo nos portamos? ¡Sublevándonos cada día contra sus leyes divinas!

EXAMEN GENERAL DE CONCIENCIA; LOS SOLDADOS

No os molestéis que suelte la lengua contra los que pecan, pues no voy a acusaros sólo a vosotros, sino también a mí mismo. ¿Por dónde, pues, voy a empezar? ¿Por los militares o por los paisanos? ¿Por los que gobiernan o por los gobernados? ¿Por las mujeres o por los hombres? ¿Por los viejos o por los jóvenes? ¿Por qué edad, por qué linaje, por qué dignidad, por qué profesión? ¿Queréis que dé comienzo por los soldados? ¿Qué pecado, pues, no cometen los soldados diariamente? Insultando, injuriando, furiosos de locura, haciendo lucro, semejantes a lobos, de las ajenas desgracias, los soldados no están jamás limpios de pecados, a no ser que digamos que el mar está libre de olas. ¿Qué pasión no los domina? ¿Qué vicio no tiene sitiada su alma? Se carcomen de emulación con sus iguales y son envidiosos y vanidosos. Explotan avaramente a sus subordinados; y cuando se les pide justicia y se acude a ellos como a un puerto, se da con enemigos y perjuros. ¡Qué de rapiñas, qué de fraudes, qué de calumnias y sucios negocios! ¡Cuántas serviles adulaciones! Pues ya, apliquémosles en particular la ley de Cristo: *El que dijere a su hermano "raca" o "necio", será reo del fuego del infierno. El que mirare a una mujer para desearla, ya ha cometido con ella en su corazón un adulterio. El que no se humillare a sí mismo como un niño pequeño, no entrará en el reino de los cielos* (Mt 5, 22-28). Los soldados, en cambio, son todo soberbia para con sus subordinados, más feroces que una fiera para los que tienen encadenados, que temen y tiemblan ante ellos. Nada hacen por amor de Cristo: todo por amor de su vientre, del dinero y de la vanagloria. ¿Acaso será posible enumerar por palabras lo que ellos pecan por obras? ¿Quién podrá decir sus burlas, su risa, sus

conversaciones intempestivas, sus torpezas en el hablar? De su avaricia no es posible ni hablar. Los monjes que viven en los montes ignoran hasta lo que es la avaricia. Éstos también lo ignoran, pero por razón completamente contraria. Porque los monjes lo ignoran por estar tan absolutamente lejos de ella: éstos, sin embargo, están tan emborrachados de esa pasión, que ni se dan cuenta del grave mal que padecen. Hasta tal punto esta maldad desterró de ellos la virtud y de tal modo los tiraniza, que no tienen, en su locura, por culpa grave la avaricia.

PECADOS EN QUE PUEDEN CAER LOS ARTESANOS

Mas dejemos, si os place, a éstos y pasemos a otros más moderados. Ea, pues, vamos a examinar el gremio y casta de los artesanos y obreros manuales. Éstos, al parecer, son los que, más que nadie, viven de sus justos trabajos y de su propio sudor. Mas también ellos, como no vigilen sobre sí mismos, pueden cargarse de muchos pecados en su profesión. Porque al producto de sus justos trabajos pueden añadir la injusticia en los tratos de compra y venta, y muchas veces a la avaricia la acompañan juramentos, perjurios y mentiras. No se preocupan más que de sus negocios mundanos, viven como clavados en la tierra y todo lo encaminan al único fin de ganar dinero. Afanosos sólo de aumentar su fortuna, poco empeño tienen en dar a los necesitados. ¿Quién podrá contar sus maldiciones en todos estos negocios, sus insolencias, sus préstamos y usuras, sus contratos llenos de vil ganancia, sus tráficos sin pudor ninguno?

INIQUIDADES DE LOS TERRATENIENTES

Mas dejemos, si os place, a éstos y pasemos a otros que son, al parecer, más justos. ¿Quiénes son, pues, éstos? Los que poseen los campos y sacan de la tierra su riqueza. ¿Y puede haber nada más inicuo que esos hombres? Si se examina cómo tratan a los míseros y trabajados labradores, se verá que son más crueles que unos bárbaros. A los que están consumidos de hambre y se pasan la vida trabajando, les imponen exacciones continuas e insoportables y les obligan a los más penosos trabajos. Sus cuerpos son como de asnos o de mulos o, por mejor decir, como de piedra, sin concederles un momento de respiro. Produzca o no

produzca la tierra, los oprimen lo mismo, sin perdonarlos por ningún concepto. ¡Miserable espectáculo! Después de trabajar todo el invierno, después de consumirse al hielo y a las lluvias y a las vigilias, tienen que retirarse con las manos vacías y encima cargados de deudas. Y más que por este hambre, más que por este naufragio, temen y tiemblan los infortunados ante las torturas de los administradores, las comparicioness ante los tribunales, las cuentas que se les piden, los suplicios a que se los conduce, las cargas inexorables que se les imponen. ¿Quién dirá los negocios que con ellos se emprenden, los viles tráficos a que se los somete, llenando sus amos lagares y graneros a costa del trabajo y sudor de aquellos infelices, mientras a ellos no se les consiente llevar a su casa ni una mínima parte? Todo el fruto tiene que ir a llenar sus toneles de iniquidad, y sólo unas míseras monedas le tiran por ello al trabajador. Luego inventan nuevos géneros de usura, no permitidos ni por leyes de los gentiles, y componen letras de préstamos que son una pura maldición. Porque ya no se contentan con la centésima mensual (= 12 por 100) sino que los fuerzan a pagar un interés del 50 por 100. Y eso cuando el infeliz de quien lo exigen tiene mujer y ha de alimentar a sus hijos, y es hombre pobre, y con su propio trabajo les ha llenado eras y lagares. Mas ellos nada de esto consideran. Por eso, éste sería el momento de citar al profeta y exclamar: *¡Pásmate, cielo, y estremécete, tierra!* (Jer 2,12), al contemplar hasta dónde ha llegado en su furia la ferocidad del linaje humano. Mas al hablar así, yo no trato de desacreditar las artes, ni la agricultura, ni la vida militar, ni los campos. Los que nos desacreditamos somos nosotros mismos. Porque centurión era Cornelio, y Pablo guarnicionero, y hasta después de recibir el misterio de la predicación siguió ejerciendo su oficio. Y David fue rey y Job fue dueño de inmensas riquezas y percibió rentas, sin cuento, y, sin embargo, ninguna de estas cosas fue impedimento para que todos éstos practicaran la virtud.

SE PROSIGUE LA PARÁBOLA

Considerando, pues, todas estas cosas y reflexionando sobre aquellos diez mil talentos, siquiera por eso, movámonos a perdonar a nuestro prójimo esos viles denarios que acaso nos deba. En verdad, también a nosotros se nos pedirá cuenta de los mandamientos que se nos han dado, y, por más que hagamos, no

tendremos con qué pagar. Por eso Dios nos ha dado un camino llano y fácil para pagar, un medio sencillo con que saldar toda nuestra deuda: no guardar rencor contra nuestro prójimo. Para que mejor nos demos cuenta de ello, escuchemos, camino andando, la parábola entera. Porque *se le presentó uno* —dice— *que le debía diez mil talentos. Mas no teniendo con qué pagar, mandó el rey que fuera vendido él, su mujer y sus hijos...* — ¿Por qué, dime, manda vender a la mujer? —No ciertamente por crueldad ni inhumanidad —pues el daño hubiera sido para él, como quiera que la mujer era esclava suya—, sino por una inefable solicitud. Lo que el rey pretende con esa amenaza es impresionar al deudor para llevarle a que le suplique, no que haya de ser vendido. Porque, si hubiera realmente intentado venderlo, no hubiera accedido a su súplica ni le hubiera concedido gracia. ¿Por qué, pues, no lo hizo antes de pedirle cuentas y le perdonó toda la deuda? —Es que quería enseñarle las enormes culpas de que le libraba, para que siquiera así fuera más blando con su compañero. Porque si aun después de sabida la gravedad de su culpa y la grandeza del perdón otorgado, se empeñaba en ahogar a su compañero, ¿qué crueldad no hubiera cometido de no recibir aquella enseñanza previa de su amo? ¿Qué hace, pues, el siervo? *—Ten paciencia conmigo* —dice— *y todo te lo pagaré*. *Y el Señor, compadecido, le dio libertad y le perdonó todo el préstamo*. Mirad nuevamente el exceso de benignidad. El siervo no había pedido más que un plazo y dilación de pago, y el rey le concedió más de lo que pidió: el perdón y saldo de la deuda entera. Sin duda desde el principio quería hacer esa gracia; pero quería que no fuera sólo don suyo, sino también de la súplica del siervo, a fin de que éste no se fuera sin corona. Porque en realidad era todo gracia suya, bien lo pone de manifiesto la causa del perdón: *Compadecido* —dice el evangelista—, *se lo perdonó todo.* Y, sin embargo, aun quiso que el otro pusiera, aparentemente al menos, algo de su parte, a fin de que no se fuera del todo avergonzado, y, enseñado en sus propias desgracias, estuviera también dispuesto a perdonar a su compañero.

CONDUCTA INDIGNA DEL DEUDOR PERDONADO

Hasta aquí el hombre se mostró bueno y decente: confesó su

deuda y prometió pagarla, se postró a los pies del rey y le rogó, condenó su propio pecado y reconoció la grandeza de su deuda. Mas luego su conducta no correspondió a la al anterior. Porque, apenas salido —no mucho tiempo después, sino apenas salido de la presencia del rey, cuando el beneficio era aún reciente—, el mal siervo abusó de la gracia y de la libertad que le había sido otorgada por su amo. *Porque, hallando a uno de sus compañeros que le debía a él cien denarios, le ahogaba diciendo: Págame lo que me debes*. Ya visteis la benignidad del amo; mirad ahí la crueldad del esclavo. Oídlo los que hacéis eso mismo por amor al dinero. Porque, si no es lícito hacerlo contra el que peca, mucho menos por razón del dinero. ¿Qué responde, pues, el compañero? *Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo*. Mas el otro no respetó ni siguiera aquellos motivos que le habían salvado a él, pues eso mismo dijo él y se vio libre de la deuda de los diez mil talentos. No reconoció el puerto donde él escapó del naufragio; la figura del suplicante no le trajo a la memoria la benignidad de su amo para con él mismo. No. Todo lo echó de sí por su avaricia, por su crueldad y su rencor, y más salvaje que una fiera, trataba de ahogar a su compañero. ¿Qué estás haciendo, hombre? ¿No te das cuenta que te engañas a ti mismo, que a ti mismo te clavas la espada, revocando la sentencia y la gracia del rey? Pero nada de esto consideró, ni pensó en su propio caso, ni cedió un punto en su rabia. Y, sin embargo, no era igual la súplica de uno y otro. Porque él había pedido plazo por diez mil talentos y su compañero se lo pedía por cien denarios. Este rogaba a otro siervo; él había rogado a su señor. El uno había obtenido perdón completo de la deuda; el otro sólo le pedía un plazo. Mas él no le concedió ni siquiera plazo, pues le hizo meter en la cárcel.

PERDONAR PARA SER PERDONADOS

Viendo eso los compañeros suyos, le acusaron ante el rey, es decir, informaron de todo al amo. El caso no había sido del agrado ni aun de los hombres, cuanto menos del de Dios. Se irritaron, pues, aun los que no debían. ¿Qué dice, pues, entonces el amo? *Siervo malo, yo te perdoné toda aquella enorme deuda, porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, bien que tú también hubieras tenido lástima de tu compañero, como yo la tuve de ti?* Mirad aun aquí la mansedumbre del amo. Está como excusándose y defendiéndose

ante su esclavo, cuando tiene que revocar la gracia que le hizo. Aunque, en verdad, no fue el amo quien la revocó, sino el mismo que la recibiera. Por eso dice: *Yo te perdoné toda aquella deuda porque tú me lo suplicaste. ¿No era, pues, bien que tú también hubieras tenido lástima de tu compañero?* Aun cuando la cosa te hubiera parecido dura, tenías que haber mirado a la ganancia que ya habías obtenido y a la que luego había de seguirse. Aun cuando el mandato sea molesto, hay que mirar a la recompensa. No consideres que te ofendió tu prójimo; sino que tú irritaste a Dios, con quien te reconciliaste por una simple súplica. Mas, si aun así se te hace pesado ser amigo de quien te ofendió, mucho más pesado es caer en el infierno. Si comparas esto con aquello, sin duda reconocerás que más ligero es perdonar. Y notemos que, cuando el siervo le debía diez mil talentos, no le llamó su amo: *Siervo malo*, ni le increpó, sino que le tuvo lástima; mas cuando se mostró duro con su compañero, entonces fue cuando le dijo: *Siervo malo*... Escuchadlo, avaros, pues a vosotros va esa palabra. Escuchadlo los inmisericordes y crueles, pues no sois crueles con los otros, sino con vosotros mismos. Cuando, pues, os sintáis tentado de rencor, considerad, considerad que sois rencorosos con vosotros mismos, no con los otros; que atáis fuertemente vuestros propios pecados, no los de los otros. Porque tú, hagas con él lo que hicieres, siempre se lo harás como hombre y sólo en la presente vida. No así Dios, que te castigará más duramente, con castigo eterno y de la otra vida. *Porque le entregó* —dice el evangelista— *a los atormentadores hasta que pagara todo lo que debía*. Es decir, para siempre, pues jamás había de pagar. Ya que no te hiciste mejor con el beneficio, el castigo se encargará de corregirte. Cierto que *los beneficios y dones de Dios son sin arrepentimiento* (Rom 11,19); pero tuvo entonces tanta fuerza la maldad, que se infringió esta ley. ¿Qué puede, pues, haber peor que el resentimiento, cuando se ve que revoca tal y tan dadiva divina? Y no le entregó simplemente a los atormentadores, sino que lo hizo irritado. Cuando dio orden de que fuera vendido, no se percibe tono de ira en sus palabras. La prueba es que no lo hizo y todo fue pretexto para la mayor benignidad. Mas ahora la sentencia del rey respira indignación, castigo, y suplicio. ¿Cuál es, pues, el sentido final de la parábola? *Así hará también con vosotros mi Padre* —dice— *si no perdonáis cada uno de corazón las ofensas de los otros*. No dice: “Vuestro Padre”, sino: *Mi Padre*. Porque no

merece llamar a Dios Padre suyo un hombre tan malvado y sin entrañas.

LAS VENTAJAS DE PERDONAR A NUESTROS ENEMIGOS

Dos cosas, pues, son las que de nosotros quiere aquí el Señor: que condenemos nuestros propios pecados y que perdonemos los de nuestro prójimo. Y el condenar por el perdonar, para que lo uno haga más fácil lo otro; pues aquel que considera sus propios pecados, estará más pronto al perdón de su compañero. Y no perdonar simplemente de boca, sino de corazón, pues de lo contrario, manteniendo el rencor, no hacemos sino clavarnos la espada a nosotros mismos. Porque ¿qué es lo que pudo haberte hecho tu ofensor comparado con que tú te haces a ti mismo cuando enciendes tu ira y te atraes contra ti la sentencia condenatoria de Dios? Porque, si estás alerta y sabes obrar filosóficamente, todo el mal recaerá sobre la cabeza del ofensor y él será quien lo pague todo. Mas, si te obstinas en tu malhumor y enfado, entonces el daño será para ti, no el que te hace tu enemigo, sino el te haces tú a ti mismo. No digas, pues, que te injurió y te calumnió y te hizo males sin cuento, pues cuanto más digas, más demuestras que es un bienhechor tuyo. Porque él te ha dado ocasión de expiar tus pecados. Si más te hubiera agraviado, de mayor perdón hubiera sido causa. En verdad, como nosotros queramos, nadie será capaz de agraviarnos ni dañarnos. Nuestros mismos enemigos nos harán los mayores favores. Y no digo sólo los hombres. ¿Puede haber nada más perverso que el diablo? Y, sin embargo, hasta el diablo puede ser para nosotros ocasión de la mayor gloria, como lo demuestra la historia de Job. Si, pues, el diablo puede ser para ti ocasión de corona, ¿a qué temes a un hombre enemigo? Mira, si no, cuánto ganas sufriendo con mansedumbre los ataques de tus enemigos. En primer lugar, y es la mayor ganancia, te libras de tus pecados; en segundo lugar, adquieres constancia y paciencia; y en tercer lugar, ganas mansedumbre y misericordia. Porque quién no sabe irritarse contra quienes le ofenden y dañan, con más razón será suave con los que le quieren. En cuarto lugar, te limpias definitivamente de la ira. ¿Y puede haber bien comparable a éste? Porque el que está puro de ira, evidentemente también estará libre de la tristeza, de que es

fuente la ira, y no consumirá su vida en vanos afanes y dolores. El que no sabe irritarse, no sabe tampoco estar triste, sino que gozará de placer y de bienes infinitos. En conclusión, cuando a los otros aborrecemos, a nosotros mismos nos castigamos; y al revés, a nosotros mismos nos hacemos beneficio cuando a los otros amamos. Sobre todo esto, tus mismos enemigos, aun cuando fueren demonios, te respetarán; o, por mejor decir, con esta actitud tuya, ni enemigos tendrás en adelante. En fin, lo que vale más que todo y es lo primero de todo: así te ganarás la benevolencia de Dios; y, si has pecado, alcanzarás perdón; si has practicado el bien, añadirás nuevo motivo de confianza.

NO ODIEMOS A NADIE, PARA QUE DIOS NOS AME

Esforcémonos, pues, por no odiar a nadie, a fin de que Dios nos ame. Así, aun cuando le debamos diez mil talentos, se compadecerá de nosotros y nos perdonará. ¿Pero dices que te perjudicó tu enemigo? Pues tenle compasión, no le aborrezcas; llórale, no le rechaces. Porque no eres tú el que ha ofendido a Dios, sino él; tú más bien has adquirido gloria, si lo sabes llevar pacientemente. Considera que, cuando Cristo iba a ser crucificado, se alegró por sí y lloró por los que le crucificaban. Tal ha de ser también nuestra disposición de alma: cuanto más se nos agravie y perjudique, tanto más hemos de llorar a quienes nos agravian y perjudican. Porque a nosotros, sólo bien puede venirnos de ello; mas a ellos, todo lo contrario. — ¡Mas es que me insultó, es que me hirió en presencia de todo el mundo! —Luego en presencia de todo el mundo se cubrió de ignominia y deshonor y abrió la boca de infinitos acusadores y tejió para ti más numerosas coronas y juntó mayor coro de heraldos de tu paciencia. — ¡Pero es que me calumnió delante de los otros! — ¿Y qué tiene eso que ver, cuando ha de ser Dios el que te ha de pedir cuentas y no esos que oyeran a tu calumniador? A sí mismo fue a quien se añadió materia de castigo, pues no sólo tendrá que dar cuenta de sus propios actos sino también de lo que dijo contra ti. Él te desacreditó a ti delante de los hombres, pero él quedó desacreditado delante de Dios. Mas, si no te bastan estas consideraciones, considera que también tu Señor fue calumniado, no sólo por Satanás, sino también por los hombres, y calumniado ante quienes más Él amaba. Y como el

Padre, así también su Unigénito. De ahí que éste dijera: *Si al amo de casa le han llamado Belcebú, mucho más se lo llamarán a sus familiares* (Mt 10,25). Y no sólo calumnió al Señor aquel maligno demonio, sino que se le dio crédito, y no le calumnió en cosas de poco más o menos, sino de infamias y culpas gravísimas. En efecto, de Él hizo correr que era un endemoniado, impostor y enemigo de Dios. Mas ¿es que después de hacer beneficio se te ha pagado con malos tratos? Pues por eso justamente has de llorar por quien te los ha dado y alegrarte por ti, pues has venido a ser semejante a Dios, que *hace salir su sol sobre buenos y malos* (Mt 5,45).

EXHORTACIÓN FINAL: EJEMPLOS ILUSTRES DE PERDÓN

Acaso te parezca por encima de tus fuerzas el imitar a Dios. En verdad, para quien vive vigilante, ello no es difícil. Pero, en fin, si te parece superior a tus fuerzas, yo te pondré ejemplos de hombres como tú. Ahí está José, que, después de sufrir tanto de parte de ellos, fue el bienhechor de sus hermanos; allí Moisés, que, después de tanta insidia de parte de su pueblo, ruega a Dios por él; ahí Pablo, que, no obstante no poder ni contar cuanto sufrió de parte de los judíos, aún pedía ser *anatema por su salvación* (Rom 9,3); ahí Esteban, que apedreado, rogaba al Señor no les imputara aquel pecado. Considerando también estos ejemplos, desechemos de nosotros toda ira, a fin de que también a nosotros nos perdone Dios nuestros pecados, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre y al Espíritu Santo gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 62

Y sucedió: Cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, marchó de Galilea y se fue a los límites de Judea, al otro lado del Jordán (Mt 19,1ss)

JESÚS ALTERNA LOS MILAGROS Y LA ENSEÑANZA

Vemos constantemente cómo el Señor abandona la Judea por la envidia de sus adversarios; ahora, en cambio, se establece en ella, sin duda porque debía de estar próxima su pasión. Sin embargo,

no sube por de pronto a Jerusalén, sino que se queda por los confines de la Judea. Y llegando allá, *le siguieron grandes muchedumbres y las curó*. Notemos que el Señor ni se ocupa constantemente en la enseñanza ni obra tampoco constantemente milagros, sino que a tiempos hace lo uno, a tiempos lo otro. Así pone variedad de medios en la salvación de los que le siguen y permanecen a su lado, y por los milagros aparece como maestro digno de crédito, y por la enseñanza de su doctrina prolonga e intensifica el fruto de los milagros. Y este fruto era llevarlos como de la mano al conocimiento de Dios. Pero considerad aquí, os ruego, cómo los discípulos abarcan toda una muchedumbre en una sola palabra y no nos cuentan el nombre de cada uno de los que fueron curados. Porque no dijo el evangelista que fue curado éste o el otro, sino que lo fueron muchos. Buena lección contra la ostentación. Y los curó Cristo haciendo un beneficio a los enfermos primero y por éstos, a otros después. Porque la curación de la enfermedad era luego para otros motivo de conocer a Dios.

LA CUESTIÓN DEL DIVORCIO

No entraban ciertamente en este número los fariseos, a quienes los milagros enfurecen más y más y los impulsan a acercarse a Él para tentarle. Y es que, como en los hechos no tenían dónde agarrarse, tratan de cogerle planteándole problemas. Así, pues, acercándose al Señor y tentándole, le dicen: *¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa?* ¡Oh insensatez! Pretendían cerrarle la boca por medio de sus cuestiones, cuando ellos tenían ya buena experiencia del poder del Señor en refutárselas. Así, cuando tuvieron la larga discusión sobre el sábado, cuando dijeron que blasfemaba al perdonar los pecados, cuando le llamaron endemoniado, cuando acusaron a sus discípulos de que andaban por entre los sembrados, cuando se trató la cuestión de lavarse las manos, siempre es Él quien les cose la boca y pone freno a la desvergüenza de su lengua, y así los despide de su lado. Sin embargo, ni aun así cejan ellos en su empeño. Tal es naturalmente la malicia, tal la envidia descarada e insolente. Y mil veces que se le tape la boca, mil veces vuelve al ataque. Pero considerad, os ruego, aun por el solo modo de su pregunta, la astucia de aquellos fariseos. Porque no le dijeron: Has mandado que no se abandone a la mujer. La cuestión,

efectivamente, había quedado ya resuelta; sin embargo, no recordaron aquellas palabras del Señor. Partieron ciertamente de ahí; pero, creyendo armarle mayor emboscada e intentando llevarle a una contradicción forzosa con la ley, no le dicen: ¿Por qué has dado ésta o la otra ley? No. Como si nada se hubiera todavía dicho sobre la cuestión, le preguntan: *Si es lícito*, imaginando sin duda que Él se habría olvidado de lo que dijo. Su plan era que, si respondía que sí, que era lícito abandonar a la mujer por cualquier motivo, le opondrían sus propias palabras y le dirían: Entonces, ¿cómo has dicho tú lo contrario? Y, si ahora les contestaba con lo mismo que antes había ya dicho, le opondrían la ley de Moisés. ¿Qué contesta, pues, el Señor? No les dijo: *¿Por qué me tentáis, hipócritas?* (Mt 22,18). Más adelante, sí que les responde así; pero aquí no lo hace. ¿Por qué? Porque juntamente con su poder quiere también demostrar su mansedumbre. Así, ni siempre calla, para que no piensen que ignora sus intentos; ni siempre los arguye, para enseñarnos a nosotros a sufrirlo todo con mansedumbre. ¿Cómo, pues, les responde? *¿No habéis leído que quien al principio creó a los primeros hombres, varón y mujer los creó?* Y dijo: *Por esto abandonará el hombre a su padre y a su madre y se unirá con su mujer, y serán los dos en una sola carne* (Gen 2,24). *Luego ya no son dos, sino una sola carne*. *Ahora, pues, lo que Dios unió, el hombre no lo separe*. Mirad la sabiduría del maestro. Preguntado si es lícito abandonar a la mujer, no responde a bocajarro: "No, no es lícito", con lo que podían alborotarse y turbarse los que le preguntaban. No; ante de pronunciar su sentencia, pone la cuestión en evidencia por el hecho mismo de la creación, haciendo así ver que el mandato venía también de su Padre, y que, si Él mandaba aquello, no era por oponerse a Moisés. Pero mirad cómo no lo afirma sólo por el hecho de la creación, sino por el mandamiento mismo del Padre. Porque no sólo dijo que Dios hizo un solo hombre y una sola mujer, sino que mandó también que uno solo se uniera con una sola. Si Dios, en cambio, hubiera querido que el hombre pudiera dejar a una y tomar a otra, después de hacer un solo varón hubiera formado muchas mujeres. Pero la verdad es que tanto por el modo de la creación como por los términos de su ley, Dios demostró que sólo uno ha de convivir con una sola para siempre y que jamás puede romperse la unión. Y considerad ahora sus mismas palabras: *El que al principio creó a los primeros hombres, varón y mujer los creó*? Es decir, de una sola raíz salieron

y en un solo cuerpo se unieron. *Porque serán los dos* —dice— *una sola carne*. Seguidamente, para temiesen quienes pretendieran censurar está ordenación y para afianzar más y más la ley divina, no dijo “No los dividáis, pues, ni los separéis”. ¿Pues qué dijo? *Lo que Dios unió, el hombre no lo separe*. Y si me alegáis a Moisés, yo os alego al que es Señor de Moisés, a la vez que lo confirmo también con el tiempo. Porque Dios, al principio, varón y mujer creó a los hombres. Y más antigua es esta ley, aun cuando parece que soy yo quien la introduzco ahora, y con grande empeño fue puesta. Porque Dios no presentó simplemente al hombre la mujer, sino que le mandó que por ella abandonara a su padre y a su madre. Y no puso simplemente ley de que el hombre fuera a su mujer, sino que se uniera y como se pegara con ella, dando bien a entender por el mismo modo de la expresión la inseparabilidad de uno y otro. Ni aun con eso se contentó, sino que añadió otro más íntimo enlace. *Porque serán* —dice— *los dos en una sola carne*.

EL SEÑOR CONFIRMA LA INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Ya que hubo el Señor leído esta antigua ley, primitivamente promulgada por hechos y por palabras; una vez que hubo mostrado el respeto que merecía por razón de quien la diera, ahora es al mismo quien autorizadamente interpreta y legisla diciendo: *De suerte que ya no son dos, sino una sola carne*. Ahora bien, así como es criminal cortar la carne humana, así lo es separar del hombre a la mujer. Y no se detuvo ahí el Señor, sino que apeló también a la autoridad divina, diciendo: *Luego ya no son dos, sino una sola carne*. Ahora bien, como es sacrílego cortar la carne, así es contra ley separar del hombre la mujer. Y aún alegó a Dios, diciendo: *Luego lo que Dios unió, el hombre no lo separe*. Con lo que demuestra que tal separación iba contra la naturaleza y contra la ley; contra la naturaleza, porque se corta lo que es una sola carne; contra la ley, porque, habiendo Dios hecho la unión y mandado que no se separara lo que Él había unido, ellos se abalanzan a hacerlo.

“AL PRINCIPIO NO FUE ASÍ”

¿Qué debieran haber hecho después de esta respuesta del Señor? ¿No es así que les tocaba guardar silencio y alabar la

sabiduría del Señor y quedar atónitos de su armonía y acuerdo con el Padre? Pero nada de eso hicieron aquellos fariseos, sino, muy empeñados en seguir discutiendo, le replican: *Entonces, ¿cómo es que Moisés nos mandó dar libelo de repudio y así despedirla?* En verdad, no les tocaba a ellos hacerle al Señor ese reparo, sino hacérselo el Señor a ellos. Sin embargo, no los reprende ni les responde desenfadadamente: "¿Y qué tengo yo que ver con eso?" Más bien, aun esa dificultad les resuelve. Realmente, de haber sido extraño Él al Antiguo Testamento, no hubiera aquí defendido a Moisés, ni hubiera confirmado una ley divina por los hechos primitivos, ni hubiera tenido tanto empeño en hacer ver el acuerdo de su doctrina con la antigua. En verdad, muchas otras cosas había mandado Moisés; por ejemplo, acerca de los alimentos y del sábado. ¿Por qué, pues, no se lo ponen delante al Señor en ninguna otra ocasión, como ahora? Sin duda porque ahora quieren enfrentar contra el Señor a la muchedumbre de los varones. Porque en la realidad la cuestión les tenía sin cuidado a los judíos y nadie tenía escrúpulo alguno en el repudio de la mujer. Por eso, de tantas cosas como el Señor había dicho sobre el monte, sólo traen ahora a colación ese mandamiento. Sin embargo, la inefable sabiduría del Señor aun eso defiende y les dice: *Moisés dio esa ley mirando a la dureza de vuestro corazón*. Ni a Moisés le deja el Señor bajo la acusación de los fariseos, pues, al cabo, Él mismo le había inspirado aquella ley. No. Moisés queda exento de culpa, y el golpe viene a parar a la cabeza de los mismos fariseos. Que es lo que suele hacer siempre el Señor. Así, cuando acusaron a sus discípulos de arrancar unas espigas, Él les demuestra que ellos eran los culpables; cuando les echaron en cara la transgresión de comer sin lavarse las manos, les hace que ellos eran los verdaderos transgresores. Lo mismo en la cuestión del sábado, lo mismo en todas partes y lo mismo ahora aquí. Luego, como realmente sus palabras habían sido duras y los podía cubrir del mayor descrédito, rápidamente lleva otra vez el Señor su discurso a la ley primitiva y repite lo que antes había dicho: *Pero al principio no fue así*. Como si dijera: Al principio, por los hechos mismos, os puso Dios la ley contraria. Para que no pudieran replicarle: ¿Cómo se prueba que Moisés nos mandó eso por razón de la dureza de nuestro corazón?, por ahí nuevamente les obliga el Señor a enmudecer. Porque si esa ley del repudio hubiera sido primitiva y conveniente, no se hubiera dado la otra desde el principio, ni hubiera hecho Dios

a los primeros hombres como los hizo, ni hubiera dicho el Señor lo que dijo sobre el monte: *Pero yo os digo que quienquiera repudiare a su mujer* —excepto en el caso de fornicación— y se casare con otra, comete un adulterio. Y es que, una vez que les ha tapado la boca, Él legisla ya por propia autoridad, como lo hizo en el caso de los alimentos, como en el caso del sábado. En el caso de los alimentos, cuando hubo derrotado a sus adversarios, entonces fue cuando habló a las muchedumbres y les dijo: *No lo que entra en el hombre mancha al hombre* (Mt 15,11). Y en la cuestión del sábado, después de reducirlos a silencio, dijo: *Luego lícito es hacer bien en día de sábado* (Mt 12,12). Y lo mismo aquí. Pero lo que entonces sucedió, se repite también ahora. Porque, así como entonces, reducidos a silencio los judíos, sus discípulos se turbaron y hubieron de acercársele a preguntarle por boca de Pedro: *Explícanos esta parábola* (Mt 15,15), así también ahora se escandalizan y le dicen: *Si tal es la condición del hombre respeto a su mujer, más vale no casarse*. Realmente, ahora han entendido mejor que antes las palabras del Señor. De ahí que entonces se callaran; pero ahora, ya que han oído objeción y respuesta, la dificultad y su solución, y la ley ha aparecido más clara, le preguntan. Realmente, no se atreven a contradecirle abiertamente; pero sí que le presentan lo que, a su juicio, hay de molesto y pesado en la solución, y así le dicen: *Si tal es la situación del hombre respecto a su mujer, no conviene casarse*. En verdad, muy duro les parecía tener de por vida en casa y soportar a una mujer llena de maldad, que es como estar encerrado para siempre dentro de la misma jaula de una fiera salvaje.

EL CONSEJO DE LA VIRGINIDAD

Para que os deis cuenta de cómo la palabra del Señor había turbado a los discípulos, basta notar que Marcos, declarando lo mismo, dice que le hablaron en particular ¿Y qué quiere decir: *Si tal es la situación del hombre respecto a la mujer*? Como si le hubieran dicho al Señor: Si se ha unido con su mujer para ser los dos una misma cosa; si, por ello, en todos esos casos ha de tener culpa el marido y se pone fuera de la ley divina siempre que la despide, más fácil es luchar contra el deseo de la naturaleza y contra sí mismo que no contra una mala mujer. ¿Qué responde, pues, Cristo? No les dijo: "Sí, más fácil es". Y así lo hace, para que

no pensaran que se trataba de una ley, sino que prosiguió: *No todos lo comprenden, sino aquellos a quienes se les concede*. Lo cual era realzar la cosa, mostrarles su grandeza, y de este modo invitarlos y arrastrarlos hacia ella. Pero mirad aquí una contradicción. El Señor dice que no casarse es algo grande; los discípulos, que es más fácil que casarse. En verdad, una y otra cosa había que decir: el Señor tenia que declarar que era algo grande a fin de incitar su ánimo; y ellos, mostrar que era más fácil —por lo anteriormente dicho—, a fin de que aun por este motivo se abrazaran con la virginidad y la continencia. Porque, como proclamar la virginidad hubiera podido parecer molesto, el Señor los impulsa a desearla por la necesidad de la ley del matrimonio.

LA POSIBILIDAD DE LA VIRGINIDAD

Luego, para demostrar su posibilidad, prosigue: *Hay eunucos que nacieron ya así del vientre de sus madres, y hay eunucos que fueron castrados por los hombres, y hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos*. Palabras con que veladamente los invita a escoger la virginidad y con que a la vez demuestra la posibilidad de esta virtud. Era poco menos que decirles: Si fueras así por naturaleza o hubieras tenido que sufrir ese agravio de parte de los hombres, ¿qué hubieras hecho, privado del placer y sin opción a la recompensa? Luego bien es que des ahora gracias a Dios, pues sufres con galardón y coronas lo que aquéllos sin coronas. O, por mejor decir, ni siquiera sufres tanto como ellos, pues te sostiene la esperanza, te anima la conciencia de una buena obra y no sientes tan impetuosamente el deseo. Todo ello hace más ligero tu sacrificio. Porque no es tanto la mutilación corporal como el freno de la razón el que sabe calmar las olas del deseo y nos da la tranquilidad, o, por mejor decir, sólo nos la da la razón. Si, pues, adujo el Señor el ejemplo de los eunucos, fue sin duda para animar a sus discípulos. Pues de no ser para ese fin, ¿a qué venía hablar de los otros eunucos? Por lo demás, al decir: *Que se castraron a sí mismos*, no se refiere, ni mucho menos, a la mutilación corporal, sino a la eliminación de los malos pensamientos. Porque quien se mutila sus órganos sexuales, es reo de maldición, como dice Pablo: *¡Ojalá se mutilaran aquellos que os perturban!* (Gal 5,12). Y con mucha razón, pues ese tal comete una acción propia de asesinos y da la

razón a los que calumnian la creación de Dios y abre la boca a los maniqueos. Comete, en fin, la misma iniquidad que los gentiles, que se mutilan a sí mismos. El cortarse los órganos sexuales fue desde el principio obra de acción demoníaca e inspiración satánica. Con ello se pretende calumniar la obra de Dios, dañar a un ser viviente de Dios, atribuirlo todo no a la libertad del hombre, sino a la naturaleza de los miembros, y así, como irresponsables, pecan ya tranquilamente. Doble daño para el ser viviente: sufrir la mutilación de sus miembros e impedirle el fervor de su libre voluntad por el bien. Eso no pudo ser sino ley del diablo, que por ahí quería introducir otro dogma perverso: el del hado y la necesidad; y, avanzando más en su doctrina, destruir en todo la libertad que nos ha sido dada por Dios, y persuadir que el mal es cosa de la naturaleza, y sembrar, en fin, otros perversos dogmas, aunque no a cara descubierta. Tales son, en efecto, los venenos del diablo. Por eso yo os exhorto a que huyáis de semejante iniquidad. Porque, arte de todo lo dicho, tampoco la concupiscencia se calma por la mutilación, sino que más bien se recrudece. Otras fuentes tiene el semen que llevamos dentro y de otros lados surge la tormenta. Unos dicen que el aguijón de la concupiscencia nace del cerebro; otros, que de los riñones. Por mi parte, yo diría que nace de un alma intemperante y de un espíritu descuidado. Si el alma es casta, ningún daño pueden hacernos los movimientos de la naturaleza. Habiendo, pues, hablado el Señor de los eunucos, de aquellos que en vano y sin provecho son eunucos, si no son también ellos castos de alma, y de los que abrazan la virginidad por amor del reino de los cielos, añadió nuevamente: *El que pueda entender, que entienda*. Con lo que les quería infundir nuevos ánimos al mostrarles la excelencia de aquella virtud, a la vez que no permitía que el abrazarla quedara encerrado dentro de una ley, con lo que nos mostraba su inefable benignidad. Y al decir esto, una vez más les hacía ver su posibilidad, a fin de que fuera mayor el empeño de su libre determinación.

NECESIDAD DE LA GRACIA PARA GUARDAR LA VIRGINIDAD

—Mas si la virginidad —me dirás— es obra de libre determinación, ¿cómo dijo el Señor al principio: *No todos comprenden esta palabra, sino aquellos a quienes se les concede*?

—Para que nos demos cuenta que se trata de un gran combate y no de una suerte impuesta por la necesidad. Porque sólo se da a los que quieren. Al hablar así nos quiso significar el Señor que a quienes bajan a esta palestra les es necesaria extraordinaria ayuda de lo alto, de la que, en todo caso, gozará todo el que quiera. Es, en efecto, costumbre del Señor valerse de esta expresión siempre que se trata de una obra grande, como cuando dice: *A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de Dios* (Lc 8,10). Y que esto es verdad, se prueba evidentemente por el caso presente. En efecto, si la virginidad fuera sólo don de lo alto y nada tuvieran que poner de su parte los que la abrazan, demás estaba prometerles el reino da los cielos y distinguirlos de los otros eunucos. Mas considerad, os ruego, por otra parte, cómo en lo mismo que unos muestra su malicia, otros hallan su provecho. Porque los judíos se apartaron del Señor sin haber aprendido nada, puesto que tampoco le preguntaron para aprender; los discípulos, sin embargo, de ahí sacaron su ganancia.

"DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ"

Entonces le fueron presentados unos niños para que les pusiera sus manos y orara sobre ellos. Pero los discípulos los reprendían. Y Él les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, porque de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo impuesto sobre ellos sus manos, prosiguió su camino. — ¿Por que razón apartaban los discípulos de Él a los niños? —Por razón de la dignidad del Señor. ¿Y qué hace Él? Para enseñarles a ser humildes y a pisotear todo fausto mundano, no sólo los acoge, sino que los abraza, y a los que son como ellos promete el reino de los cielos. Que es lo mismo que había dicho antes. Pues también nosotros, si queremos heredar el reino de los cielos, adquiramos con la mayor diligencia esa virtud. Porque la meta de la filosofía es ésta: sencillez con discreción. Ésta as la vida de los ángeles. En verdad, limpia está de todas las pasiones el alma del niño. No guardan rencor a quien les ha ofendido, sino que se le acercan como a amigos, como si nada hubiera pasado. Y por mucho que su madre le azote, a ella va a buscar y a ella prefiere sobre todos. Aun cuando se le presente la reina n su diadema, no la prefiere a su madre vestida de harapos, sino que más gusto siente en mirar con ellos a su madre que no a la reina con todo su ornato. Porque el niño sabe distinguir lo propio

de lo ajeno no por la riqueza o la pobreza, sino por el amor. Nada busca fuera de lo necesario, y apenas se harta del pecho, se retira de él. El niño no siente pena por las cosas como la sentimos nosotros, por ejemplo, por la pérdida del dinero y cosas semejantes; ni tampoco se alegra por esas cosas pasajeras en que ponemos nosotros nuestra dicha. No se extasía, en fin, ante la belleza de los cuerpos. De ahí que el Señor dijera: *De los tales es el reino de los cielos*, a fin de que nosotros hagamos por libre voluntad lo mismo que el niño tiene por don de la naturaleza. Y es que como los fariseos no tenían otro móvil en cuanto hacían sino la malicia y el orgullo, el Señor repite a sus discípulos, por arriba y por abajo, su mandato de ser sencillos. Los aludidos son los fariseos, pero quienes se instruyen son los discípulos. En verdad, nada como el mando y la preeminencia lleva a los hombres a la arrogancia. Ahora bien, como los discípulos hablan de gozar de tanto honor por todo el mundo, el Señor previene su espíritu y no les consiente que admitan sentimiento alguno humano, que busquen los honores de la muchedumbre ni se den en espectáculo ante ella. Porque si bien estas cosas parecen pequeñas, ellas son, sin embargo, causa de grandes males. Así, formados los fariseos desde niños en esa escuela, llegaron a la cúspide del mal, reclamando para sí saludos, preeminencias y el puesto del medio al pasear; de ahí pasaron a la más loca ambición de gloria y acabaron finalmente en la impiedad. De ahí que ellos se retiraron del lado del Señor sin haber conseguido más que ser maldecidos por su intento de tentarle; los niños, sin embargo, como libres de todos los vicios farisaicos, obtuvieron la bendición de Jesús.

SEAMOS COMO NIÑOS EN LA MALICIA

Hagámonos, pues, también nosotros como niños y seamos tales en la malicia. Porque no hay, no, otro modo de ver el cielo. No; el astuto y el malvado caerán sin remedio en el infierno. Y, antes de caer en el infierno, también aquí sufrirán los más terribles males. *Porque, si eres malo* —dice la Escritura—, *para ti solo recogerás el mal; pero si eres bueno, lo serás para ti y para tu prójimo* (Prov 9,12). Mirad, si no, cómo eso se cumplió también en lo antiguo. Nadie fue más perverso que Saúl y nadie tampoco más sencillo e ingenuo que David. Ahora bien, ¿quién fue más fuerte de los dos? ¿No es así que David tuvo por dos veces en sus manos a Saúl y,

pudiendo haberle quitado la vida, no lo hizo? ¿No lo tuvo como metido en una red o en un calabozo y le perdonó? Y eso que otros le azuzaban y él tenía tantos motivos de queja. Y, sin embargo, le dejó marchar sano y salvo. El uno le perseguía con todo su ejército; el otro, con un puñado de fugitivos desesperados, iba errante, sin rumbo, cambiando de un lugar a otro. Y, sin embargo, el fugitivo venció al rey. Es que uno llevaba por armas la maldad, y el otro la sencillez. ¿Qué pudiera, en efecto, darse de peor que Saúl al intentar quitarle la vida a quien había acaudillado sus tropas, que le había llevado a buen término todas las guerras, que había soportado los trabajos de la victoria y los trofeos y le había a él ofrecido las coronas?

ENVIDIA DE SAÚL, GENEROSIDAD DE DAVID

Tal es por naturaleza la envidia, que atenta siempre contra su propio bien, consume a los que se dejan dominar por ella y los envuelve en desastres infinitos. Así, aquel infortunado de Saúl, hasta que David no se apartó de su lado, no tuvo por qué lanzar aquellas palabras lastimeras que, entre lamentos, pronunciara un día: *Me hallo sobremanera atribulado: los extranjeros me hacen la guerra y el Señor se ha retirado de mí* (1 Reyes 28,15). Hasta que David no se apartó de él, no cayó en el campo de batalla, sino que vivió en seguridad y gloria, pues sobre el rey redundaba la gloria de su general. Porque David no era hombre tiránico ni aspiraba a derribarle del trono, sino que por su servicio realizaba sus hazañas y le estaba profundamente adicto. Lo que se puso patente por su conducta posterior. Porque mientras estuvo bajo las órdenes de Saúl, quien no examine a fondo las cosas, tal vez pueda pensar que todo se debía a la necesidad misma de la sumisión; mas una vez que se halló fuera de su reino, ¿qué había ya que pudiera contenerle y disuadirle de declarar la guerra a Saúl? O, más bien, ¿qué había que no le impulsara a quitarle la vida? ¿No había sido con él un malvado una, dos y muchas veces? ¿No lo había sido después de recibir beneficios y sin tener cosa que reprocharle? ¿No era para David un peligro que reinara y hasta que viviera Saúl? ¿No tenía que andar errante y fugitivo y temer por su vida mientras Saúl viviera y mandara? Y, sin embargo, nada de esto fue parte para que ensangrentara en él su espada. Un día le halló

David dormido y atado y solo; le rodeó con su gente, le tocó con su mano la cabeza, y, no obstante excitarle muchos, no obstante decirle que aquella oportunidad era la sentencia de Dios, él reprendió a quienes le incitaban, se abstuvo de matarle y le dejó marchar sano y salvo. Y como si fuera antes bien su guardia de cuerpo y escudero que su enemigo, increpó al ejército de Saúl por aquella traición contra su rey. ¿Dónde hallar alma semejante a ésta? ¿Dónde mansedumbre como ésta? Por lo dicho se puede muy bien ver su grandeza; pero mucho más si lo comparamos con lo que ahora sucede. Si comprendemos, en efecto, nuestra miseria, entonces comprenderemos más exactamente la virtud de aquellos santos.

LA AMBICION DE GLORIA, CONTRARIA A LA MISMA GLORIA

Por eso yo os exhorto a que corráis a su imitación. En verdad, si amas la gloria y por alcanzarla armas asechanzas a tu prójimo, sábete que entonces gozarás de más alta gloria cuando, despreciándola, dejes las asechanzas. Porque a la manera que no hacer dinero es lo contrario a la avaricia, así, para alcanzar la gloria, lo contrario es ambicionarla. Examinémoslo, si os place, punto por punto. Como quiera que no tenemos temor alguno del infierno, y del reino de los cielos tampoco hacemos mucho caso, vamos por lo menos a persuadiros por las cosas presentes. ¿Quiénes son, en efecto, los hombres dignos de risa, decidme? ¿Acaso no lo son los que hacen algo por alcanzar esa gloria de la gente? ¿Y quiénes son los dignos de alabanza? ¿Acaso no son los que desprecian la alabanza de la gente? Luego si amar la vanagloria es vituperable y es imposible que el vanidoso oculte su amor a ella, vituperable será él irremediablemente, y su misma ambición de gloria se le convierte en causa de deshonor. Y no sólo se deshonra de ese modo, sino porque se ve forzado a hacer mil cosas feas y llenas de la mayor vileza. De modo semejante, los que buscan locamente y en todo momento la ganancia, suelen terminar todos perdiendo, justamente por ese vicio de su miserable avaricia. De ahí por lo menos les viene sufrir mil engaños, y ganancias menudas son origen de grandes daños. El hecho ha venido a ser ya proverbio común. De modo también semejante, al lujurioso, su misma pasión le impide gozar del placer. Por lo menos a estos

hombres, bajos por todo extremo y mujeriegos, son a los que con más gusto llevan las mujeres de acá para allá como a viles esclavos y jamás consentirían tratar con ellos como con hombres. Para ellos son los bofetones, el desprecio, las malandanzas de una parte a otra, mientras ellas se quedan con los halagos y no piensan sino en dictarles sus órdenes. Así también, nada hay más bajo, nada con menos gloria que un orgulloso que perece por alcanzarla y que aparentemente está elevado. En verdad, puntilloso es el género humano, y contra nadie se revuelve tan decididamente como contra el arrogante, el altanero y esclavo de la gloria. Y el ambicioso mismo, a trueque de conservar la apariencia de su soberbia, tiene que obrar como un esclavo ante la gente, prodigando adulaciones y halagos y sometiéndose a una servidumbre más dura que cualquiera de los infelices que se compran en el mercado.

EXHORTACIÓN FINAL: AMEMOS LA VIRTUD

Sabiendo, pues, todas estas cosas, desechemos todas esas pasiones, no sea que, tras pagarlo ya aquí, tengamos luego que sufrir tormentos sin término. Seamos amantes de la virtud, pues de ese modo, aun antes de ganar el reino de los cielos, cosecharemos aquí los mayores bienes, y, salidos de este mundo, tendremos allí parte en los goces eternos. Los cuales así todos alcancemos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 63

Y he aquí que, acercándosele uno, le dijo: Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna? (Mt 19,16 y sig.).

EL JOVEN QUE SE ACERCA A JESÚS

Hay quienes hablan mal de este joven, como si hubiera sido un taimado y perverso que se acercó a Jesús para tentarle. Por mi parte, no tendría inconveniente en decir que fue avaro y estaba dominado por el dinero, puesto que Cristo mismo demostró que así era; pero en manera alguna taimado. Primero, porque no es cosa segura lanzarse a juzgar de lo incierto, mayormente tratándose de

culpas; y, segundo, porque Marcos nos quita totalmente esa sospecha. Marcos dice, en efecto, que, *corriendo hacia Jesús, se le postró y le suplicaba*. Y que luego, *dirigiéndole Jesús una mirada, le amó* (Mc 10,17-21). Pero es muy grande la tiranía de la riqueza, y bien se ve por el hecho de que, aun siendo en todo lo demás virtuosos, ella sola lo echa todo a perder. Con razón, pues, la llamaba también Pablo la raíz le todos los males. Porque: *Raíz* —dice— *de todos los males es la avaricia* (I Tm 6,10). Ahora bien, ¿por qué le respondió Cristo, diciendo: *Nadie hay bueno*? Porque como el otro le miraba como a puro hombre, como a uno de tantos, como a simple maestro judío, también el Señor habla con él como hombre. En realidad, en muchas ocasiones vemos que Jesús responde de acuerdo con las ideas de sus interlocutores, como cuando dice: *Nosotros adoramos lo que sabemos* (Jn 4,22). Y: *Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero* (Jn 5, 31). Así, pues, al decir ahora: *Nadie es bueno*, no se excluye a sí mismo de ser bueno, ni mucho menos. Porque no dijo: "¿A qué me llaman bueno? Yo no soy bueno", sino: *Nadie es bueno*, es decir, nadie entre los hombres. Y aun, al decir esto, no pretende negar absolutamente la bondad de los hombres, sino sólo en comparación con la bondad de Dios. De ahí lo que añade: *Sino sólo uno: Dios*. Y no dijo: "Sino sólo mi Padre", para que nos demos cuenta que no se quiso revelar a este joven. De modo semejante había anteriormente llamado malos a los hombres, diciendo: *Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos...* (Mt 7,11). Y tampoco en este pasaje llamó malos a los hombres porque quisiera condenar la maldad de toda la naturaleza humana (dice "vosotros", no todos los hombres), sino que, en comparación de la bondad de Díos, bien pudo llamar malos a los hombres. De ahí que también aquí añadió: *¡Cuánto más vuestro Padre dará bienes a quienes se los pidan!* Pero ¿qué interés, qué utilidad tenía —me dirás— en responder así a aquel joven? —Es que quería levantarlo poco a poco y enseñarle a huir de toda adulación y desprenderle de la tierra y unirlo a Dios; quería, en fin, persuadirle a buscar lo venidero y saber quién es verdaderamente bueno y raíz y fuente de todos los bienes y que a Él refiriera todo el honor. Lo mismo cuando dice: *No laméis llaméis a nadie maestro sobre la tierra* (Mt 23,10), lo dice en comparación con Él y para que se den cuenta quién es el principio primero de e todos los seres.

EL JOVEN SE ACERCA AL SEÑOR CON NOBLE INTENCIÓN

Por lo demás, no dio aquel joven pruebas de pequeño fervor, siquiera de momento, por el solo hecho de tener aquel deseo. Cuando de los otros, unos iban a tentar al Señor, otros sólo le pedían curaciones o de sus propias enfermedades o de las de sus familiares, sólo él se le acercó a preguntarle sobre la vida eterna. La tierra era realmente blanda y fértil, pero la muchedumbre de espinas ahogaba la semilla. Considerad, sino, qué bien preparado se presentaba de pronto para obedecer a lo que se le mandara. Porque: *¿Qué tengo que hacer* —dice— *para heredar la vida eterna?* Tan animoso se sentía pera cumplir lo que se le dijera. Ahora bien, si se hubiera acercado para tentar al Señor, nos lo hubiera manifestado el evangelista, como lo hace en otras ocasiones, por ejemplo, cuando el doctor de la ley. Y aun cuando el evangelista lo hubiera callado, Cristo no le hubiera consentido al joven obrar a escondidas, sino que le habría claramente confundido o, por lo menos, aludido a sus intentos, para que no se figurara que engañaba y no se le descubría, lo que hubiera redundado en su propio daño. Por otra parte, si hubiera ido a tentarle, no se habría retirado triste al oír la respuesta del Señor. Por lo menos, no sabemos de fariseo ninguno que sintiera tristeza semejante. Todos, al tapárseles la boca, se retiraban enfurecidos. No así éste, que se va triste. Lo cual no es pequeña señal de que no se acercó al Señor con mala intención, sí con alma débil. Desea, cierto, la vida eterna, pero se siente dominado por otra pasión más fuerte. Como quiera, Cristo le respondió: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*. Y el joven le dice: *¿Qué mandamientos?* Con lo que no intenta tentarle, ni mucho menos. Lo que pasa es que se imagina han de ser otros, distintos de los de la ley, los mandamientos que han de conducirle a la vida. Señal de que su deseo era muy ardiente. Luego le recitó Jesús los mandamientos de la ley, a lo que el otro le dijo: *Todo eso lo he guardado desde mi juventud*. Y ni siquiera ahí se detuvo, sino que siguió preguntando: *¿Qué me falta todavía?* Lo cual era otra señal de su vehemente deseo. Y no era poco pensar que aún le faltaba algo y no creer que bastaba lo dicho para alcanzar lo que deseaba. ¿Qué responde ahora Cristo? Como iba a mandarle algo grande, pone por delante los premios y dice: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que*

tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme.

LOS PREMIOS QUE EL SEÑOR PROMETE AL JOVEN QUE LE QUIERE SEGUIR

Mirad cuántos premios, cuántas coronas propone el Señor para este estadio. Ahora bien, si el joven hubiera querido tentarle, Jesús no le hubiera dicho eso. Pero lo cierto es que se lo dice; y, con el fin de atraérselo, no sólo le muestra la grande recompensa que le espera, sino que lo deja todo a su libre determinación, dejando por todos esos modos en la penumbra lo que de pesado parecía contener su invitación. De ahí que antes de hablarle del trabajo y combate, ya le señala el premio, diciéndole: *Si quieres ser perfecto*. Y entonces es cuando añade: *Vende tus bienes y dalos a los pobres*. E inmediatamente vuelve a los premios: *Y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme*. En verdad, también el seguirle era alta grande recompensa. *Y tendrás un tesoro en el cielo*. Como la cuestión giraba en torno a las riquezas y le mandaba desprenderse de todas, para hacerle ver que no se le quitaba lo que tenía, sino que más bien se le acrecentaba, el Señor le dio mas de lo que le mandaba dejar. Y no sólo más, sino cosas tanto mayores cuanto va del cielo a la tierra, y aún más. Y lo llamó tesoro para significar la abundancia de la recompensa y, a la vez, lo seguro, lo inviolable que estaba, en cuanto todo ello podía declararse a su joven oyente por comparación con lo humano.

EL JOVEN SE RETIRA TRISTE

No basta, pues, con despreciar las riquezas, sino que hay también que alimentar a los pobres, y principalmente hay que seguir a Cristo, es decir, hacer cuanto Él nos ha mandado: estar dispuestos a derramar la sangre y soportar la muerte cotidiana. Porque: *Si alguno* —dice— *quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24). Este mandamiento, el de estar siempre preparados a derramar nuestra sangre, es mayor que el otro de tirar nuestras riquezas. Sin embargo, el desprendimiento de ellas no contribuye poco a estar dispuestos a derramar también la sangre. Mas, oído que lo oyó el joven, se marchó triste. Y el evangelista, como si quisiera explicarnos que nada había en ello de sorprendente, dice: *Porque tenía muchos*

bienes. Y, en efecto, no se sienten de igual modo dominados por la riqueza los que poco tienen que los nadan en la opulencia. En este caso el amor al dinero es más tiránico. Es lo que yo no me canso de repetir: el acrecentamiento de los ingresos no hace sino encender más el fuego, y cuanto mayor es la riqueza, más pobre es el que la posee, pues más vivamente ansía lo que le falta. Mirad, por ejemplo, en este caso la fuerza que demostró esa pasión. El que con tanta alegría y fervor se había acercado a Cristo, apenas oyó que éste le mandaba dejar sus riquezas, de tal modo le hundió su amor a ellas y tanto pesaron sobre él, que no le dejaron fuerzas ni para responder sobre ello al Señor. Silencioso, cabizbajo y, triste, se alejó de su presencia.

EL CAMELLO POR EL OJO DE LA AGUJA

¿Qué dice a esto Cristo? *¡Qué difícilmente entrarán los ricos en el reino de los cielos!* Lo cual no es hablar contra las riquezas, sino contra los que se dejan dominar por ellas. Ahora bien, si los ricos entrarán con dificultad en el reino de los cielos, con mayor dificultad entrarán los avaros. Porque, si no dar de lo propio es obstáculo para entrar en el reino de los cielos, considerad el fuego que amontona quien, encima toma lo ajeno. —Mas ¿qué razón tenía el Señor para decirles a sus discípulos que difícilmente entraría un rico en el reino de los cielos, cuando ellos eran todos pobres y nada poseían? —Es que quería enseñarles a no avergonzarse de la pobreza y casi, casi justificarse Él mismo de no permitirles poseer nada. Ahora, pues, ya que dijo que era difícil entrar un rico en el reino de los cielos, sigue más adelante y hace ver que es imposible, y no como quiera imposible, sino por todo extremo imposible, como bien lo puso de manifiesto por el ejemplo de que se vale, es decir, el del camello y la aguja. Porque: *Más fácil es* —dice— *que un camello entre por el ojo de una aguja que no que un rico entre en el reino de los cielos*. De donde se sigue que no será como quiera el premio de aquellos ricos que han sido capaces de vivir sabiamente. Por eso dijo el Señor que eso era obra de Dios, que es decir la gran gracia de que necesita quien haya de llevar a cabo esa hazaña. Y es así que, como los discípulos se sintieran turbados por sus palabras, dijo: *Para los hombres, eso es imposible; pero para Dios, todas las cosas son posibles*. — ¿Y por qué se turban los discípulos, si ellos eran pobres y por extremo

pobres? ¿A qué inquietarse ellos? —Se duelen por la salvación de los otros: primero, porque ya tienen grande amor para con todos, y luego, porque se sienten ya con entrañas de maestros. Lo cierto es que de tal modo temían y temblaban por la tierra entera ante esta sentencia del Señor, que realmente necesitaban de particular consuelo. Por eso, después de dirigirles su mirada, les dijo Jesús: *Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios*. Después de consolarlos con su blanda y mansa mirada y disipar su angustia —eso quiere decir el evangelista al escribir: *Después de haberlos mirado*—, los levanta también con sus palabras, aduciéndoles la omnipotencia de Dios, y volviéndoles así la confianza. Ahora, si queréis saber el modo como eso es posible, seguid escuchándome. Porque si dijo el Señor: *Lo imposible para los hombres es posible para Dios*, no fue para que os desalentarais y, como de empresa imposible, os alejarais de ello, sino para que, considerando la grandeza de la obra, saltarais más fácilmente a ella y, con la invocación de la ayuda de Dios, alcancéis tan altos premios y la vida eterna.

EL PREMIO A LA POBREZA

— ¿Cómo puede, pues, ser eso posible? —Desprendiéndose de lo que se tiene, renunciando al dinero, apartándose de toda codicia mala. No todo en esta obra ha de atribuirse a Dios, y si el Señor habló así, fue para hacernos ver la grandeza de la hazaña a que nos invita. Escuchad en prueba de ello lo que sigue. Como Pedro le hubiera dicho muy resueltamente: *Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*, y le preguntara: *¿Qué habrá, pues, para nosotros?*, el Señor, después de señalarles su paga, prosiguió: *Y todo el que dejare casas, o campos, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, recibirá ciento por uno en este tiempo y heredará la vida eterna.* De este modo lo imposible se hace posible. —Pero ¿cómo —me dirás— puede realizarse el abandono mismo de la riqueza? ¿Cómo es posible que quien una vez se ha visto envuelto en esa codicia lo soporte? —Empezando por desprenderse de lo que tiene, y en esto, empezando a su vez por cortar lo superfluo. De este modo, irá adelantando más y más y correrá con más facilidad lo restante. No pretendas hacer todo de un golpe, no. Si de golpe te parece difícil, sube poco a poco esta escalera que ha de conducirte al cielo. Los que sufren alta fiebre o

tienen dentro abundante bilis amarga, si ingieren alimento o bebida, no sólo no apagan su sed, sino que encienden más y más su ardor. Así los que aman el dinero, si sobre esta mala codicia, más amarga que las bilis del enfermo, arrojan más dinero, no hacen sino encender más y más su codicia. Para calmarla, no hay como abstenerse por un tiempo de toda ganancia, como para calmar la bilis amarga no hay como comer poco y evacuar de vientre. Mas esto mismo, ¿cómo conseguirlo? Considerando que, siendo rico, jamás se calmará tu sed de riquezas, siempre estarás consumido por la codicia de tener más; mas si te desprendes de lo que tienes, podrás detener también esta enfermedad. No amontones, pues, más y más, no sea que vayas corriendo tras lo inasequible, y tu enfermedad se haga incurable y, sufriendo de esa rabia, seas el hombre más miserable. Respóndeme, en efecto: ¿Quién diríamos que es atormentado y sufre: el que desea ardientemente comidas y bebidas preciosas y no puede gozar de ellas como quiere, o el que no conozca semejante deseo? Es evidente que el que desea y no puede tener lo que desea. Es, efectivamente, tan doloroso desear y no gozar de lo que se desea, tener sed y no beber, que, queriendo Cristo describirnos el infierno, nos lo describe por ese tormento y nos presenta al rico glotón abrasado de ese modo. Su tormento era justamente desear una gota de agua y no lograrla. Luego el que desprecia las riquezas, calma su pasión; pero el que busca enriquecerse y acrecentar más y más lo que tiene, no hace sino encenderla más y jamás se detiene. Si gana mil talentos, desea otros tantos; si éstos consigue, luego codiciará dos veces más; y, avanzando más y más, querrá que los montes, la tierra y el mar y todas las cosas se le conviertan en oro. ¡Nueva y aterradora locura y que ya no hay medio de detener! Comprende que, no añadiendo, sino quitando, es posible contener ese mal. Si te viniera el absurdo deseo de volar y andarte por esos aires, ¿cómo extinguirías ese absurdo deseo: entreteniéndote en fabricarte alas y preparar otros aprestos de vuelo, o persuadiendo a tu razón que su deseo es imposible y que no hay que tentar empresas semejantes? Evidentemente, persuadiendo de ello a tu razón. —Pero es que aquí —me dices— se trata de algo imposible. —Pues más imposible todavía resulta poner un límite a la codicia. Porque más fácil es que los hombres vuelen que no, añadiendo dinero, matar el amor al dinero. Cuando se desea algo posible, posible es calmar el deseo cuando se logra; mas cuando se desea lo imposible, no hay

otro remedio que apartarnos de semejante deseo, pues no cabe recuperar de otro modo nuestra alma. No suframos, pues, inútiles dolores; dejemos ese amor a las riquezas que nos pone en rabia continua y no sufre calmarse ni un momento; anclemos el corazón en otro amor capaz de hacernos felices y que es además por extremó fácil: deseemos los tesoros del cielo. Aquí no es tan grande el trabajo, la ganancia es indecible y, por poco que vigilemos y estemos alerta y despreciemos lo presente, no cabe que los perdamos; así como quien es esclavo de los tesoros de la tierra y se dejó una vez encadenar por ellos es de toda necesidad forzoso que un día los pierda.

CODICIA, FUENTE DE MALES Y PECADOS

Considerando todo esto, desecha de ti la perversa codicia de riquezas. Porque ni siquiera puedes decir que, si te priva de los bienes venideros, por lo menos te procura los presentes. En verdad, si así fuera, ello sería el supremo castigo y suplicio. Mas lo cierto es que ni eso se cumple. No. Aparte del infierno, y aun antes del infierno, aquí también te lleva al más duro suplicio. ¡Cuántas casas, en efecto, no ha trastornado la codicia, cuántas guerras no ha encendido, a cuántos no ha obligado a poner término violento a su vida! Y aun antes de esos peligros, la codicia destruye toda nobleza de alma y hace muchas veces, a quien ella domina, esclavo, cobarde, atrevido, embustero, calumniador, ladrón, tacaño y cuanto de más bajo pueda imaginarse. Mas tal vez te quedas como hechizado al contemplar el brillo de la plata, la muchedumbre de los esclavos, la hermosura de los edificios, la pleitesía que se rinde a los sicos en plena ágora. — ¿Qué remedio, pues, cabe para una herida tan grave como ésa? —Que consideres cómo dejan esas cosas a tu alma: qué tenebrosa, qué solitaria, qué fea, qué deforme. Que reflexiones a costa de cuántos males adquiriste todo eso; con cuántos trabajos, con cuántos peligros lo guardas. Y, a decir verdad, ni siquiera lo guardas hasta el fin. Porque, si logras burlar los asaltos de todo el mundo, viene por fin la muerte, y muchas veces tus riquezas pasarán a manos de tus mismos enemigos, y a ti se te llevará solo, sin que lleves otra cosa contigo sino las heridas que se hizo tu alma justamente con aquellas riquezas. Cuando veas, pues, a alguien que brilla extremadamente por sus

vestidos y por su numerosa escolta, despliega su conciencia, y la verás por dentro llena de telas de araña, llena de mucho polvo. Piensa en Pedro y Pablo. Piensa en Juan y Elías. Piensa más bien en el Hijo mismo de Dios, que *no tenía dónde reclinar su cabeza*. Imítale a Él, imita a los que fueron siervos suyos y represéntate la inefable riqueza que éstos consiguieron. Mas si, después de recobrar un poco tu vista por estas consideraciones, nuevamente te ves entre tinieblas, como en un naufragio al estallar violenta tormenta, escucha entonces la sentencia de Cristo, que dice *ser imposible que un rico entre en el reino de los cielos*. Junto a esta sentencia del Señor, pon las montañas, la tierra y el mar; haz, si te place, que todo eso se te convierta por el pensamiento en oro, y nada hallarás comparable al daño que de ello se había de seguir. Tú me hablarás de tantos y tantos barbechos de tierra, de diez, de veinte, de más de veinte casas, de otros tantos baños, de mil esclavos, de dos mil si te place; de coches forrados de oro y plata; yo por mi parte te digo que si, dejando toda esa miseria —pues miseria es para lo que voy a decir—, cada uno de vosotros, los ricos, poseyerais el mundo entero; si fuerais señores de tantos hombres como ahora hay en la tierra, en el mar, en el universo entero; si fuera vuestra la tierra y el mar y tuvierais en todas partes edificios y ciudades y provincias, y de todas partes os manara oro en lugar del agua de las fuentes; si con todo eso perdíais el reino de los cielos, yo no daría tres óbolos por toda vuestra riqueza. Porque si ahora los que codician esas riquezas perecederas así son atormentados cuando no las consiguen, ¿qué consuelo tendrán cuando se den cuenta de haber perdido aquellos bienes inefables? Ninguno absolutamente. No me hables, pues, de la abundancia de riquezas. Considera más bien el daño que sufren los amadores de ellas, pues por ellas pierden el cielo. Es como si uno que ha perdido un máximo honor en el palacio imperial, luego se enorgulleciera de poseer un montón de estiércol. No es ciertamente mejor un montón de dinero, o, por mejor decir, más vale el estiércol que dinero. El estiércol vale por lo menos para calentar los baños, y para otras cosas por el estilo; mas el oro escondido bajo tierra, para nada de eso vale. ¡Y ojalá fuera sólo inútil! Pero lo cierto es que enciende muchos hornos contra el que lo posee, si no usa de él como es debido, y de él nacen infinitos males. De ahí que los escritores profanos llamaron a la codicia la ciudadela; y el bienaventurado Pablo, mejor y más expresivamente,

la raíz de todos los males (1 Tm 6,10).

EXHORTACIÓN FINAL: EMULEMOS LO DIGNO DE EMULACIÓN

Considerando, pues, todas estas cosas, sepamos emular lo digno de emulación: no los espléndidos edificios, no los pingües campos, sino a los hombres que ganaron inmenso crédito delante de Dios, a los que son ricos en el cielo, a los que son dueños de aquellos tesoros, a los que son verdaderamente ricos, los pobres por amor de Cristo. Así alcanzaremos los bienes eternos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre y al Espíritu Santo gloria, poder, honor y adoración ahora y siempre y por los siglos de siglos. Amén.

HOMILIA 64

Entonces, tomando Pedro la palabra, dijo: Pues mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué habrá, pues, para nosotros? (Mt 19,27 y sig.).

LO HEMOS DEJADO TODO

— ¿Qué todo es ése, bienaventurado Pedro? ¿La caña, la red, la barca, el oficio? ¿Eso es lo que nos quieres decir con la palabra todo? —Sí, nos contesta. Pero no lo digo por vanagloria, sino que en mi pregunta quiero meter a toda la muchedumbre de los pobres. Había, en efecto, dicho el Señor: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo* (Mt 19,21). Ahora bien, para que ningún pobre pudiera decir: ¿Luego si no tengo nada que vender no puedo ser perfecto?, pregunta Pedro al Señor, para que así te des cuenta, pobre, que nada pierdes por eso; pregunta Pedro, para que no dudes sabiéndolo de boca de Pedro, que al cabo era imperfecto y no había aún recibido el Espíritu Santo, sino que tengas confianza al recibir la sentencia del Maestro del mismo Pedro. Es lo mismo que hacemos nosotros cuando, tomando por nuestra cuenta negocios de otros, hablamos en su nombre. Así hizo aquí el Apóstol al dirigirle al Señor su pregunta en favor de la tierra entera. Porque lo que a él le atañía, bien claramente lo sabía, como resulta evidente por lo anteriormente dicho; pues quien ya desde esta vida había recibido las

llaves del reino de los cielos, mucha mayor confianza había de tener por lo que a la otra se refería. Pero mirad también cuán puntualmente responde, Pedro a lo que Cristo había pedido. Dos cosas, en efecto, le había pedido el Señor al joven rico: dar lo que tenía a los pobres y seguirle. De ahí que Pedro ponga esas dos mismas cosas: haberlo dejado todo y haberle seguido. Porque: *Mira* —le dice— *que nosotros lo hemos lodo todo y te hemos seguido*. El haberlo dejado todo fue por seguirle, y el seguimiento se hizo más fácil por haberlo dejado todo, y lo uno y lo otro fue motivo de gozo y confianza.

LA RESPUESTA DE JESÚS A PEDRO

¿Qué responde, pues, Cristo? *En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, también vosotros os sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*. —Entonces —me dirás—, ¿también Judas se sentará? —De ninguna manera. — ¿Cómo, pues, dice: *También vosotros os sentaréis sobre doce tronos*? ¿Cómo se cumplirá su promesa? —Escucha cómo se cumplirá. Hay una ley puesta por Dios y promulgada a los judíos por boca de Jeremías y que dice así: *Definitivamente hablaré a nación y reino para de destruir y matar. Y si aquella nación se convirtiere de sus males, yo también me arrepentiré de los males que había pensado hacerles. Y definitivamente hablaré a nación y reino para edificar y plantar; y si hicieren el mal en mi presencia y no oyeren mi voz, también yo me arrepentiré de los bienes que había prometido hacerles* (Jer 18,7-10). Porque la misma regla —dice— guardo en el bien. Y aun cuando yo dijere: *Para edificar*, si ellos se hacen indignos de mi promesa, ya no lo haré. Así se cumplió en la creación del hombre: *El temblor y temor de vosotros* —dice— *caerá sobre las fieras* (Gen 9,2). Lo que no sucedió porque el hombre se mostró indigno de este mando sobre las fieras. Lo mismo aquí con Judas. Había que evitar que con las amenazas desesperasen algunos, y ello les llevara a mayor endurecimiento, y que con las promesas absolutas se volvieran otros más tibios, y a uno y otro mal pone Dios remedio por las palabras citadas, que vienen a decir: "Aun cuando yo amenace, no te desesperes, puesto que puedes arrepentirte y anular mi sentencia, como hicieron los ninivitas; y aun cuando yo

prometa algún bien, no sea mi promesa ocasión de volverte perezoso, pues si te haces indigno, de nada te servirá habértelo yo prometido, si no es para acrecentar tu castigo. Porque yo prometo al que es digno". De ahí que, aun en esta ocasión, hablando con sus discípulos, no hizo la promesa de modo absoluto. Porque no dijo sin más: *Vosotros*, sino que añadió: *Que me habéis seguido*. Lo cual era excluir a Judas e incluir a los por venir. Porque las palabras del Señor ni se refieren sólo a los apóstoles allí presentes ni dicen ya con Judas, que se había hecho indigno. Ahora bien, a sus discípulos les prometió recompensa venidera, diciendo: *Os sentaréis sobre doce tronos*, pues estaban ya espiritualmente más elevados y nada de lo presente pretendían. A los otros, sin embargo, les promete también lo presente. Porque: *Todo aquel* —dice— *que dejare hermano o hermanas o padre o madre o mujer o hijos o campos o casa por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno en este siglo y heredará la vida eterna*. Al oír aquel rotundo *vosotros*, pudiera pensarse que ello era privilegio de los discípulos, quiero decir el gozar de los mayores premios y primacías en lo venidero; de aquí que el Señor extendió su discurso y desplegó su promesa sobre toda la tierra y por lo presente confirmó lo por venir. También a sus discípulos en sus comienzos, cuando eran más imperfectos, les hablaba tomando pie de lo presente. Por ejemplo, cuando los sacó del mar y los apartó de su oficio de pescadores y les mandó dejar la barca, no les mentó para nada cielos ni tronos, sino cosas de este mundo: *Yo os haré pescadores de hombres* (Mt 4,19). Mas ya que Él mismo los había ido elevando, les habla también de cosas del cielo.

EN QUÉ CONSISTE EL PRIVILEGIO DE LOS APÓSTOLES

— ¿Y qué significa: *Para juzgar a las doce tribus de Israel*? — Quiere decir: para condenarlas. Porque, ciertamente, ellos no se sentarán como jueces. No. Al modo que había dicho el Señor que *la reina del mediodía condenará a aquella generación* y que *los ninivitas se levantarán igualmente a condenarlas* (Mt 12,41-42) así también ciertamente los apóstoles. De ahí que no dijo: Para juzgar a las naciones y a la tierra entera, sino: *A las doce tribus de Israel*. Y es así que, como judíos y apóstoles se habían educado en las mismas leyes, costumbres y constitución política, cuando aquéllos

digan: "Nosotros no pudimos creer en Cristo porque la ley nos prohibía aceptar sus mandamientos entonces, poniendo el Señor delante a sus apóstoles, que recibieron la misma ley y, sin embargo, creyeron, condenará a todos aquéllos. Que es lo que ya había dicho: *Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces* (Mt 12,27). —Entonces—me dirás—, ¿qué tenían para ellos de extraordinario las promesas del Señor, si no habían de tener sino lo mismo que tendrán los ninivitas y la reina del mediodía? —En primer lugar, ya antes les había prometido muchas otras cosas y después les sigue prometiendo otras; y tampoco éste es el único galardón. Por otra parte, aun en este pasaje dio el Señor a entender algo que no tienen los otros. De los otros, en efecto, había dicho simplemente: *Los hombres de Nínive se levantarán y condenarán a esta generación*. Y: *La reina del mediodía los condenará también* (Lc 11, 31-32). Mas acerca de los apóstoles no habló tan vagamente. Pues ¿cómo? *Cuando se siente el Hijo del hombre sobre el trono de su gloria, entonces también vosotros os sentaréis sobre doce tronos* —dice—. Es decir, que reinarán juntamente con Él y tendrán parte en aquella misma gloria. Porque: *Si con Él sufrimos* —dice el Apóstol—, *con Él también reinaremos* (2 Tm 2,12). Porque tampoco los tronos significan asiento. El único que se sentará y juzgará será el Señor mismo. Con los tronos quiso manifestar un honor y una gloria inexplicable. Esto, pues, se dijo a los apóstoles; a los demás se les prometió la vida eterna y el ciento por uno ya en este mundo. Ahora bien, si eso se prometió a los demás, con mayor razón a los apóstoles, y eso ya aquí, ya en este mundo. Y así se cumplió puntualmente. Porque, habiendo dejado una caña y unas redes, ellos eran dueños de las haciendas de todos y a su disposición estaba el precio de las casas y de los campos (alusión a Hechos 5,1ss), y hasta las personas mismas de los creyentes, y aun la vida hubieran dado muchas veces por ellos, como lo atestigua Pablo de muchos, cuando dice: *De haber sido posible, vuestros mismos ojos os hubierais arrancado para dármelos a mí* (Gal 4,15). Notemos, por lo demás, que cuando el Señor dice: *Todo el que dejare mujer*..., no quiere decir que se hayan sin más de disolver los matrimonios. No. Como hablando del alma dijo: *El que la perdiere por amor mío, la encontrará* (Mt 16,25), no lo dijo porque hayamos de matarnos a nosotros mismos y hayamos desde ahora de separarla del cuerpo, sino porque hemos de poner la religión por encima de todo; en este mismo

sentido habla aquí de la mujer y de los hermanos. Y, a mi parecer, aludió aquí también a las persecuciones. Y es así que como en ellas había muchos padres que arrastraban a la impiedad a sus hijos, y mujeres a sus maridos, cuando eso os manden —quiere decir el Señor— no sean ya para vosotros ni padres ni mujeres. Que es lo mismo que había dicho también Pablo: *Mas si el infiel se separa, que se separe* (1 Cor 7,15). Habiendo, pues, de este modo levantado sus pensamientos y persuadido que tuvieran confianza por sí mismos y por el mundo entero, añadió el Señor: *Y muchos primeros serán postreros u muchos postreros primeros*. Lo cual fue dicho de modo indeterminado, refiriéndose el Señor a muchos y a otros que los apóstoles: pero también se dijo por los apóstoles, en contraste con los fariseos e incrédulos como anteriormente había también dicho: *Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob, mas los hijos del reino serán arrojados fuera* (1 Cor 7,15).

LOS TRABAJADORES DE LA VIÑA

Seguidamente, les propone el Señor una parábola con el fin de animar a más fervor a los que eran deficientes. Porque: *Semejante es* —dice— *el reino de los cielos a un amo que salió muy de mañana a contratar trabajadores para su viña y habiéndose convenido con ellos en un denario por día, los envió a su viña. Y a la hora tercia vio a otros que estaban sin hacer nada y también les dijo: Marchad vosotros también a mi viña y yo os daré lo que sea justo. Y hacia la hora sexta y nona hizo lo mismo. Y a la hora undécima vio a otros que estaban sin hacer nada, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Nadie nos ha contratado. Díjoles el amo: Marchad vosotros también a mi viña y recibiréis lo que sea justo. Venida la tarde, dijo el dueño de la viña a su administrador: Llama a los trabajadores y dales su salario, empezando por los últimos hasta los primeros. Y llegando los de la hora undécima, cobraron cada uno un denario. Y llegando los primeros pensaban que recibirían más; pero también ellos cobraron cada uno un denario. Y, según lo cobraban, iban murmurando contra el amo, diciendo: Estos últimos no han trabajado más que una hora y tú los has equiparado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas el amo respondió a uno de ellos y le dijo: Amigo, no te agravio en nada.*

¿No te conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y márchate. ¿O es que no puedo yo hacer de lo mío lo que me dé la gana? ¿O porque yo soy bueno has de ser tú envidioso? De este modo, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos.

DISQUISICIONES SOBRE EL SENTIDO DE LA PARÁBOLA

¿Qué nos quiere decir el Señor con esta parábola? Porque lo que se dice al principio no concuerda con lo que se dice al fin, sino que más bien se afirma lo contrario. La parábola nos presenta a todos los trabajadores recibiendo el mismo jornal, y no que se rechace a unos y se admita a otros. El Señor, sin embargo, lo mismo antes de la parábola que después de ella, dice lo contrario, a saber, que *los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros*. Es decir, primeros que los mismos primeros, que no seguirán ya siendo los primeros, sino que habrán pasado a ser los últimos. Y que esto quiera significar, se ve por lo que añadió: *Porque muchos son llamados, y pocos escogidos*. De suerte que por doble modo hiere a los unos y consuela y anima a los otros. Mas la parábola no dice eso, sino que los últimos serán iguales a los que mucho se distinguieron y trabajaron. Porque: *Los has hecho* —dice— *iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor*.

¿Qué es, pues, lo que dice la parábola? Esto es lo que ante todo es menester poner en claro para resolver luego la otra dificultad. Ahora bien, viña llama a las ordenaciones y mandamientos de Dios; tiempo de trabajo es la presente vida; obreros, a los que de diversos modos son llamados a la guarda de los mandamientos de Dios; horas de la mañana, de tercia, sexta, nona y undécima, a los que en diversas edades se vuelven a Dios y se distinguen por su virtud. Ahora el problema consiste en si los que han venido primero y se han distinguido brillantemente y han agradado a Dios y han brillado por sus trabajos el día entero, al fin se dejan dominar de aquella pasión, suma de la maldad, cual es la envidia y malquerencia. Porque, viendo a los otros que reciben la misma paga que ellos, dicen: *Estos últimos no han trabajado más que una hora y los has equiparado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor*. Sin que a ellos hubiera de seguírseles daño

alguno, sin que su paga se disminuyera un ápice, se enfadan y apenan por el bien de los otros, lo que constituye la esencia misma de la envidia y malquerencia. Y hay más, y es que el mismo amo, justificándose a sí mismo y defendiéndose ante el que así había hablado, le condena por su maldad y extrema envidia: *¿No te conviniste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo y márchate, porque yo quiero dar a este último lo mismo que a ti. ¿Porque yo soy bueno, has de ser tú envidioso?* ¿Qué se trata, pues, de demostrar con esto? En verdad, lo mismo cabe observar en otras parábolas. Así, con ese mismo sentimiento de envidia se nos presenta el hijo virtuoso al ver el honor que se daba a su hermano, el hijo disoluto, a quien se honraba más que a él mismo. Porque cono estos trabajadores gozaron de la preferencia de cobrar los primeros, así el pródigo era más honrado que su hermano por la multitud de agasajos que le hace su padre. Y bien lo atestigua el hijo virtuoso. ¿Qué hay, pues, que decir a todo esto? Ante todo, que no hay nadie en el reino de los cielos que necesite justificarse echando a nadie en cara tales vicios. ¡Dios nos libre de pensarlo! Limpio está aquel lugar de toda envidia y malevolencia. Porque si aun estando en la tierra dan los santos sus vidas por los pecadores, con cuánta más razón no se alegrarán viéndolos gozar en el cielo de los bienes que allí les están reservados, y que ellos consideran como propios. — ¿Por qué, pues, dio el Señor esta forma a la parábola? —Porque se trata justamente de una parábola, y en las parábolas no hay que llevar la averiguación de sus últimos pormenores a la letra, sino mirar el fin para que fue compuesta y, éste comprendido, no llevar la curiosidad más adelante.

CUÁL ES EL VERDADERO SENTIDO DE LA PARÁBOLA

— ¿Por qué fin, pues, fue compuesta esta parábola y qué es lo que trata de conseguir? Lo que la parábola intenta es animar más y más a los que en su última edad se han convertido a Dios y han corregido su vida y no consentirles que se tengan por inferiores. Y ésta es justamente la razón por la que nos presenta a los otros malhumorados por los bienes de aquellos rezagados, no porque realmente se consuman y mueran de envidia, ni mucho menos. Lo que con eso se nos quiere hacer ver es que gozan aquéllos de tan

grande honor que pudiera hasta causar envidia. Es lo mismo que hacemos nosotros muchas veces, cuando decimos: "Fulano me reprendió de que te haya hecho tanto honor”. Con lo que no queremos decir que realmente hayamos sido reprendidos ni intentamos desacreditar al otro, sino mostrar la grandeza del regalo que hicimos al amigo. —Mas ¿por qué no los contrató a todos al principio? —En cuanto del amo dependía, a todos los contrató; pero si no todos le obedecieron al mismo tiempo, la diferencia dependió de la distinta disposición de los que fueron llamados. De ahí que unos son llamados de mañana, otros a la hora tercia, sexta y nona, y hasta a la undécima, cada uno en el momento que ha de obedecer al llamamiento. Esto es lo que declara también Pablo cuando dice: *Mas cuando le plugo al Dios que me separó del vientre de mi madre*... (Gal 1,15) ¿Y cuándo le plugo? Cuando había de obedecerle. Por parte de Dios, desde el principio lo hubiera querido; mas como Pablo no hubiera querido, entonces le plugo a Dios, cuando él había de rendirse. De este modo llamó también al ladrón, a quien indudablemente podía haber llamado antes. Pero no le hubiera obedecido. Porque si Pablo no le hubiera respondido antes, mucho menos el ladrón. Ahora bien, si los obreros mismos dicen aquí que nadie los había contratado, en primer lugar, como ya queda dicho, no todo se ha de averiguar menudamente en las parábolas, y luego, que no es el amo, sino los trabajadores, quienes aquí dicen eso. El, sin embargo, no los reprende, pues pudieran desalentarse, y lo que quiere es atraérselos. Por lo demás, que, por lo que a El tocaba, los había llamado a todos desde el principio, la parábola misma lo da a entender al decir que salió a contratarlos desde por la mañana.

NECESIDAD DEL FERVOR EN LA PRÁCTICA DE LA VIRTUD

Por todas partes, pues, resulta evidente que la parábola se dirige a los que desde la primera edad, por un lado, y a los que en la vejez y más tardíamente, por otro, se dan a la virtud: a aquéllos, para que no se engrían ni insulten a los de la hora undécima; a éstos, para que sepan que pueden en breve tiempo recuperarlo todo. Y es así que, como antes había hablado acerca del fervor, del abandono de las riquezas y desprecio de cuanto se tiene, y esto requería un gran esfuerzo y un aliento juvenil, para encender en

ellos la llama de la caridad y darles temple de voluntad, les hace ver la posibilidad, aun habiendo llegado tarde, de recibir paga de todo el día. Pero esto no se lo dice por el peligro de que también éstos se desvanezcan, sino que les muestra que todo es obra de su benignidad, y que, gracias a ella, tampoco ellos serán preteridos, sino que gozarán de bienes inefables. Y esto es lo que señaladamente quiere el Señor dejar bien asentado por medio de esta parábola. Y no es de maravillarse si luego añade. *De este modo serán los últimos primeros, y los primeros últimos*. Y: *Porque muchos son llamados y pocos escogidos*. Porque eso no lo dice como deducido de la parábola, sino que quiere sólo dar a entender que como sucedió lo uno, sucederá lo otro. Porque aquí no fueron los primeros últimos, sino que todos, contra lo que podían esperar y barruntar, recibieron el mismo pago. Ahora bien, al modo como esto sucedió, contra toda esperanza y suposición, y los últimos vinieron a ser iguales que los primeros, así también sucederá lo que es más extraño que eso, a saber, que se pongan los últimos delante de los primeros y los primeros vengan detrás de los últimos. De suerte que una cosa es lo uno y otra lo otro. Y, a mi parecer eso de los últimos y primeros lo dice el Señor, de una parte, por alusión a los judíos, y también a aquellos cristianos que brillaron al principio por su virtud, pero se descuidaron luego y se quedaron atrás; de otra, por aquellos que, convertidos de la maldad, sobrepujaron luego a muchos por su virtud. Vemos, en efecto, que tales transformaciones se dan tanto en el terreno de la fe como en el de la conducta.

CONCUERDE NUESTRA VIDA CON NUESTRA FE

Por eso, yo os exhorto a que pongáis el mayor empeño no sólo en manteneros en la recta fe, sino también en llevar uno vida irreprochable. Porque, si nuestra vida no corresponde a nuestra fe, sufriremos el último suplicio. Esto nos quiso dar a entender el bienaventurado Pablo, tomando pie de los antiguos ejemplos, cuando decía: *Todos comieron la misma comida espiritual y todos bebieron la misma espiritual bebida, y añade seguidamente que no todos se salvaron: Porque quedaron tendí., dos en el desierto (*1 *Cor* 10,3-5*)*. Y nos lo dio también a entender Cristo en el Evangelio, al presentarnos algunos que, después de haber expulsado

demonios y haber profetizado, fueron conducidos á suplicio. Por otra parte, todas sus parábolas, por ejemplo, la de les vírgenes, la de la red, la de las espinas, la del árbol infructuoso, requieren la virtud demostrada por las obras. En verdad, sobre doctrinas, raras veces habla el Señor, pues es cosa que no exige grande esfuerzo. De la vida, sin embargo, habla muchas veces, o por mejor decir, siempre, pues aquí la guerra es continua, y donde hay guerra hay trabajo. Y no hablemos de la conducta entera; una parte de ella que se omita nos trae grandes males. Así, la omisión de la limosna conduce al infierno a quienes en ella faltan. Y ciertamente la limosna no es toda la virtud, sino una parte de ella. Mas por no haberla tenido fueron castigadas las vírgenes fatuas y por lo mismo se abrasaba el rico glotón en el infierno, y los que no dan aquí de comer al hambriento son condenados juntamente con el diablo. Por modo semejante, no injuriar al prójimo es parte mínima de la virtud, y, sin embargo, ello solo basta para expulsar del cielo a quienes no la practiquen: *Porque el que dijere "necio" a su hermano* —dice el evangelio— *será reo del fuego del infierno* (Mt 5,22). La castidad misma es también una parte, y, sin embargo, sin ella nadie verá al Señor: *Seguid* —dice el Apóstol— *la paz y la castidad, sin la cual nadie verá al Señor* (Hebr 12,14). Y la humildad es también una parte de la virtud, y, sin embargo, por más que uno lleve a cabo otros actos de bien, pero no practica la humildad, es impuro delante de Dios, como lo demuestra el caso del fariseo, que, no obstante abundar en tantos bienes, por falta de humildad los perdió todos. Mas, por mi parte, yo me apresuro a decir algo más que todo eso. No sólo nos cierra el cielo la omisión de una parte de ésas, sino que aun dado el caso que la practiquemos, pero no con la intensidad y perfección convenientes, el efecto es el mismo. Porque: *Si vuestra justicia* —nos dice el Señor— *no fuere más copiosa que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt 5,20). Así, aun cuando des limosna, si no das más que los escribas y fariseos, no entrarás en el reino de los cielos. —¿Y cuánta limosna —me dirás— daban ellos? —Eso es lo que yo quiero decir ahora, a fin de que, quienes no dan, se animen a dar, y los que ya dan, no se engrían por ello, sino que más bien la acrecienten. ¿Qué daban, pues, los fariseos? Ante todo, el diezmo de todo lo que poseían; luego, otro diezmo, y aun sobre éste, un tercero. De modo que aproximadamente daban un tercio de su hacienda, pues ello viene a resultar de los tres diezmos juntos. Y

juntamente con eso, aun quedaban las primicias, los primogénitos y muchas otras donaciones; por ejemplo, por los pecados, por las purificaciones, las de las fiestas, las del jubileo, las del saldo de las deudas, las de la libertad de los esclavos y de los préstamos sin interés. Ahora bien, si el que da este tercio de su hacienda, o más bien la mitad, puesto que junto todo lo dicho viene a resultar la mitad, no hace nada extraordinario, ¿qué merecerá el que no da ni la décima parte? Con razón, pues, decía el Señor que son pocos los que se salvan.

LA LIMOSNA, MEDICINA DE SALVACIÓN

No tengamos, pues, en poco el cuidado de nuestra vida. Porque si una sola parte de ella que descuidemos nos acarrea tamaña perdición, ¿cómo huir el castigo, qué pena no pagaremos, si por todos lados nos hacemos reos de la sentencia de condenación? —Entonces —me dirás—, ¿qué esperanza nos queda de salvación, si la omisión de cada una de las cosas enumeradas es una amenaza del infierno? —Lo mismo os digo yo. Sin embargo, si ponemos atención, posible es todavía salvarnos preparando la medicina de la limosna y curando con ella nuestras heridas. Porque no así fortalece el aceite al cuerpo, como la misericordia al alma; la fortalece y la hace inasible a todos e inatacable al diablo. Porque por dondequiera intente él asirla, el aceite le hace resbalar y no le deja que sus garras se claven en nuestras espaldas. Unjámonos, pues, constantemente con este aceite, pues él nos procura salud, nos suministra luz y es una fuente de esplendor. —Pero fulano —me dices— posee tantos y tantos talentos de oro y, sin embargo, no suelta un céntimo. — ¿Y eso a ti qué te importa? Porque si tú eres más generoso de tu misma pobreza, así aparecerás tanto más admirable. De este modo admiró Pablo a los macedonios, no precisamente porque dieron, sino porque dieron de su misma pobreza. No mires, pues, a ésos, sino al que es Señor común de todos y no tenía dónde reclinar su cabeza.

No JUZGUEMOS NI MIREMOS A LOS OTROS

—Mas ¿por qué —me dices— fulano y zutano no hacen eso? —No juzgues a los otros, sino procura que no se te pueda acusar a ti de ello. En verdad, al acusar a los otros y no hacer tú, al juzgar a

los demás y ser tú reo del mismo delito, lo que haces es aumentar tu castigo. Porque si ni aun a los que obran bien les consiente el Señor juzgar a los demás, mucho menos a los que pecan. No juzguemos, pues, a nadie ni pongamos los ojos en los tibios. No. Miremos, más bien, al Señor Jesucristo y de Él tomemos el ejemplo. ¿Acaso soy yo vuestro bienhechor? ¿Acaso soy yo quien os he redimido para que me miréis a mí? Otro es el que os ha dado todo eso. ¿Por qué dejas al Señor y miras a quien es un esclavo como tú? ¿Acaso no has oído lo que Él mismo dice: *Aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón*? (Mt 19,29). Y otra vez: *El que entre vosotros quiera ser el primero, hágase el servidor de todos* (Mt 20,26). Y además: *El Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir* (Mt 20,28). Y más adelante, a fin de que por el mal ejemplo de los tibios no permanezcas tú también en la indiferencia, para apartarte de ellos, te dice: *Yo me he dado a mí mismo por ejemplo vuestro, a fin de que, como yo he hecho, hagáis también vosotros* (Lc 13,15). Pero me dices que no tienes entre los hombres con quienes tratas a nadie que sea tu maestro en la virtud y que te conduzca a practicar estas cosas. Pues mayor alabanza, mayor gloria para ti, ya que, sin tener maestros, has llegado por ti mismo a ganarte la admiración de los demás. En verdad, la cosa no es imposible; más bien, con sólo que queramos, ello es sobremanera fácil, como se comprueba en los primeros que esas virtudes practicaron. Tales Abrahán, Melquisedec, Job y todos los hombres que después de ellos vinieron. A estos grandes santos es menester mirar diariamente y no a esos a quienes vosotros no os cansáis jamás de envidiar, y cuyos nombres traéis y lleváis en vuestros corrillos y charlas. Realmente, yo no oigo por todas partes sino palabras como éstas: "Fulano posee tantas y tantas yugadas de tierra: fulano es rico, fulano construye". ¿A qué te quedas, hombre, embobado por lo de fuera? ¿A qué miras a los otros? Ya que quieras mirar a los otros, mira a los que practican la virtud, a los que cumplen toda la ley divina con perfección, no a los que la infringen y viven en la abyección. Si a éstos miras, sólo males has de sacar de ahí: caerás en la tibieza, en el orgullo y en el vicio de condenar a los demás. Mas, si haces el recuento de los que obran bien, te sentirás suavemente llevado a la humildad, al fervor, a la compunción y a otros bienes innumerables. Escucha lo que le pasó al fariseo por haber olvidado a los virtuosos y mirado al pecador: escúchalo y teme. Mira cuán admirable vino a ser David, por haber

puesto los ojos en sus antepasados virtuosos. *Peregrino soy yo* —dice— *y pasajero, como todos mis padres* (Salmo 38,13). Éste, como todos los a éste semejantes, dejando a un lado a los pecadores, sólo a los virtuosos consideraban. Haz también tú lo mismo. Porque, en definitiva, no eres tú quien ha de sentarse como juez de los pecados de los otros ni como examinador de las faltas ajenas. A ti mismo se te ha mandado que juzgues, no a los otros: *Porque si a nosotros mismos nos juzgáramos* —dice el Apóstol—, *no seríamos juzgados. Mas juzgados por el Señor, somos instruidos* (1 Cor 11,31-32). Mas tú has trastornado el orden, pues a ti mismo no te pides cuenta ni de grandes ni de pequeños pecados y a los otros se la llevas hasta de una minucia.

EXHORTACIÓN FINAL: SEAMOS JUECES DE NOSOTROS MISMOS

Mas no lo hagamos así en adelante. Dejando este desorden, establezcamos más bien un tribunal dentro de nosotros mismos contra nuestros propios pecados y seamos nuestros acusadores, nuestros jueces y verdugos. Mas, si tanto deseas curiosear en las vidas ajenas, averigua las virtudes, no los pecados. De este modo, por el recuerdo de nuestras propias faltas, y por el deseo de imitar las buenas obras de los demás, y por la consideración del tribunal divino inexorable; aguijoneados diariamente como por un punzón por nuestra propia conciencia, tratemos de llegar a una mayor humildad y fervor, a fin de alcanzar los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

H O M I L I A 6 5

Y al subir Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos a solas en el camino y les dijo: Mirad que subimos a Jerusalén y el hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y escribas y le condenarán a muerte. Y le entregarán a los gentiles para que se burlen de él, le azotan y le crucifiquen. Y al tercer día resucitará. (Mt 20,17 y sig.).

EL TERCER ANUNCIO DE LA PASIÓN

No sube el Señor de repente a Jerusalén al venir de Galilea, sino que antes hizo milagros, cerró la boca a los fariseos y habló con sus discípulos sobre virtudes varias. Sobre la pobreza: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres*. Sobre la virginidad: *El que pueda entender, que entienda*. Sobre la humildad: *Si no os volviereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*. De la remuneración en esta vida: *El que dejare casas o hermanos o hermanas, recibirá el ciento, por uno en esta vida*...; y de las recompensas venideras: *Y heredará la vida eterna* (Mt 19,21). Entonces, por fin, se dirige a la ciudad y, estando ya para subir, habla nuevamente de su pasión. Era muy natural que sus discípulos, como suceso que no querían, se olvidaran de ella; de ahí que el Señor se la recuerde continuamente, y con la frecuencia del recuerdo quiere ejercitar su espíritu, a la vez que los consuela de su tristeza. Tenía, sin embargo, que hablarles forzosamente a solas, pues no convenía que esa noticia se divulgara entre la muchedumbre, ni tampoco que se dijera con demasiada claridad. Ningún provecho hubiera sacado de tal divulgación. Porque si los discípulos se turbaron al oírla, mucho más se hubiera alborotado la muchedumbre del pueblo. — ¿Es que la pasión no fue también predicha al pueblo? —Lo fue ciertamente, pero no con tanta claridad como a los discípulos. Porque: *Destruid* —dice el Señor— *este templo, y en tres días lo levantaré* (Jn 2,19) Y: *Esta generación pide signo, y signo no se le dará sino el signo de Jonás profeta* (Mt 12,39). Y otra vez: *Todavía estoy con vosotros un poco de tiempo y me buscaréis y no me hallaréis* (Jn 7,33-34). No así a sus discípulos. Como todo se lo decía a ellos con más claridad, así también esto. —Mas si la muchedumbre no había de entender la fuerza de las palabras del Señor, ¿qué objeto tenía el decirlo? —Tenía el objeto de que luego cayeran en la cuenta de que Él había

ido a su pasión voluntariamente, no por ignorancia ni a la fuerza. A los discípulos, sin embargo, no era esa sola la razón por la que les predecía su pasión, sino, como ya he dicho, con el fin de ejercitarlos con su expectación, y así la soportaran luego más fácilmente. De sobrevenir de pronto, sin haber antes pensado en ella, los hubiera extraordinariamente perturbado. De ahí que a los comienzos sólo les hablaba de su muerte; mas cuando ya habían pensado en ella y se habían ejercitado, les añade también todas las otras circunstancias: que le entregarían a los gentiles, que le escarnecerían, azotarían y crucificarían. Y otro fin tenía también: que cuando vieran cómo esas lúgubres predicciones se cumplían, por ahí esperaran también la resurrección. Porque quien no había ocultado lo triste y había predicho lo que parecía más ignominioso, razón era se le creyera también en lo bueno. Considerad también, os ruego, cómo la ocasión en que les habla está prudentemente escogida. Porque no les habló de su pasión al principio, en que hubiera podido perturbarlos, ni en el momento mismo de cumplirse, pues también eso los hubiera alborotado. No. Cuando tenían ellos experiencia suficiente de su poder, cuando les había ya hecho tan grandes promesas sobre la vida eterna, entonces es cuando el Señor entra de lleno en el tema de su pasión una, dos y muchas veces y lo entreteje con sus milagros y enseñanzas. Otro evangelista dice que les adujo por testigo a los profetas (Lc 18,31); otro añade que tampoco ellos comprendían lo que les decía, que esta palabra era para ellos oculta y que le iban siguiendo llenos de estupor (Mc 10,32). —Luego —me dirás— se acabó el fruto de la predicción. Porque si no entendían lo que oían, mal podían esperarlo; y si no lo esperaban, tampoco se ejercitaban con la esperanza. —Pues aun voy a decir yo algo más embarazoso: si no entendían lo que les decía, ¿cómo se ponían tristes? Porque, efectivamente, otro evangelista afirma que se pusieron tristes. Si, pues, no lo entendían, ¿cómo se pusieron tristes? ¿Cómo fue Pedro a decirle: *¡Dios te sea propicio! Eso no te puede suceder, Señor?* (Mt 16, 22). ¿Qué hay, pues, que decir a todo esto? Hay que decir que los apóstoles habían comprendido muy bien que el Señor tenía que morir, aunque no sabían con claridad el misterio de la dispensación divina, como tampoco comprendían claramente la resurrección ni los gloriosos efectos que de ella habían de seguirse. Y esto es lo que para ellos estaba oculto y ésta es la razón de su tristeza. No hay duda que habían visto que unos

resucitaban por obra de otros; pero que alguien se resucitara a sí mismo y de tal modo resucitara que ya no volviera a morir, eso no lo habían visto jamás. Esto es lo que no entendían por más que se les repitiera muchas veces. Es más, qué clase de muerte iba a ser la del Señor y qué desenlace había de tener, tampoco lo veían con claridad. De ahí que le siguieran estupefactos, aunque no por esa sola razón. A mi parecer, la conversación del Señor sobre su pasión los había dejado consternados.

LAS PRETENSIONES DE LOS DOS HERMANOS

Sin embargo, nada de esto podía infundirles confianza, a pesar de que estaban constantemente oyendo hablar de resurrección. Y es que, juntamente con la muerte, lo que más los turbaba era oírle hablar de escarnios, de azotes y cosas semejantes. Ahora bien, cuando consideraban los milagros que el Señor había hecho, los endemoniados que había liberado, los muertos que había resucitado y los otros prodigios que había obrado, y le oían luego todo eso de insultos, azotes y muerte, se quedaban perplejos de que quien tales prodigios hacía, tales ignominias hubiera de sufrir. De ahí que pararan en verdadera confusión, y unas veces lo creían y otras se negaban a creerlo y no podían comprender lo que se les decía. Y hasta punto tal había llegado su confusión, que a raíz mismo de haberles hablado el Señor de su pasión, los hijos de Zebedeo se le acercaron a hablarle a Él de los primeros puestos. Porque: *Queremos* —le dicen— *que uno de nosotros se siente a tu derecha y otro a tu izquierda* (Mc 10,35). — ¿Cómo, pues, dice el evangelista que comentamos, fue la madre quien se acercó al Señor a pedirlo para sus hijos? —Es natural que se dieran ambas cosas. Los discípulos tomaron consigo a su madre para dar más eficacia a su pretensión y mover así más fácilmente a Cristo. Pero que en realidad, como he dicho, la pretensión venía de ellos y que sólo por vergüenza echan por delante a su madre, pruébalo el hecho de que a ellos dirige Cristo su respuesta. Pero sepamos antes qué es lo que le vienen a pedir estos dos discípulos, con qué intención se lo piden y cómo pudieron tener ese pensamiento. —¿Cómo, pues, vinieron en ello? —Es que se veían más honrados que los demás, y de ahí nació su confianza de que habían de salir con aquella pretensión. —Pero ¿qué es en definitiva lo que piden?

—Escuchad con qué claridad nos lo descubre otro evangelista. *Como estaban* —dice— *cerca de Jerusalén y la aparición del reino de Dios parecía inminente* (M c 1033), de ahí la súplica de los dos discípulos. Imaginábanse éstos, en efecto, que el reino de Dios estaba ya llamando a las puertas y que era, naturalmente, un reino terreno, y que, de alcanzar lo que pedían, no habían de sufrir molestias en su vida. Porque tampoco buscaban el reino por el reino, sino con intención de huir de las dificultades de la vida. De ahí también que el primer cuidado de Cristo es apartarlos de tales pensamientos, mandándoles estar dispuestos a sufrir la muerte violenta, los peligros y los más duros suplicios. Porque, *¿Podéis* —les dice— *beber el cáliz que yo voy a beber?* Mas se escandalice de ver tan imperfectos a los apóstoles. Todavía no se había consumado el misterio de la cruz, todavía no les había dado la gracia del Espíritu Santo. No. Si queréis conocer su virtud, mirad lo que fueron después, y los veréis por encima de toda pasión. Y si el evangelista descubre sus defectos, es justamente para que conozcáis qué tales fueron después de recibida la gracia. Porque que nada espiritual buscaban antes y que no tenían ni idea del reino del cielo, bien patente queda en esta ocasión. Mas veamos cómo se acercan al Señor y que le piden: *Queremos* —dicen— *que nos concedas lo que te vamos a pedir*. Y Cristo a ellos: *¿Qué queréis?* —les pregunta—. No porque ignorara lo que querían, sino para obligarles a contestar, a descubrir su propia llaga, y aplicarles así la medicina. Mas ellos confusos y avergonzados por haber dado aquel paso llevados de pasión humana, tomaron al Señor aparte de los otros discípulos y así le presentaron su demanda. Porque *se adelantaron* —dice el evangelista—, sin duda para no ser vistos de los otros, y le manifestaron lo que querían. Y querían, según yo creo, la preeminencia, por haber oído decir al Señor: *Os sentaréis sobé doce tronos*; querían, digo, la preferencia entre aquellos doce asientos. Que la tenían ya sobre los otros, no les cabía duda, pero temían a Pedro. Y así dicen: *Di que uno de nosotros se siente a tu derecha y otro a tu izquierda*. Y le apremian con ese imperativo: *Di*. ¿Qué responde el Señor? Queriéndoles declarar que nada espiritual pedían, y que, de haber sabido lo que pedían, no se hubieran atrevido a pedir tamaña gracia, les dice: *No sabéis lo que pedís*. No sabéis cuán grande, cuán admirable, cuán por encima mismo de as potestades celestes está lo que pedís. Y fuego añade: *¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber y bañaros*

en el baño en que yo he de bañarme? Mirad cómo inmediata-tente los aparta de sus imaginaciones, hablándoles justamente de lo contrario que ellos buscaban. Porque vosotros —parece decirles— me venís a hablar de honores y coronas, pero yo os hablo a vosotros de combates y sudores. No es éste aún el momento de los premios ni mi gloria celeste ha de manifestarse por ahora. Ahora es tiempo de derramar la sangre, de luchar y de pasar peligros. Y mirad por otra parte cómo, por el modo mismo de preguntarles, los incita y atrae. Porque no dijo: " ¿Estáis dispuestos a dejaros pasar a cuchillo? ¿Sois capaces de derramar vuestra sangre?", sino ¿cómo? *¿Podéis beber el cáliz?* Y luego, para animarlos: *Que yo voy a beber* Pues el tener parte con Él había de hacerlos más animosos. Y llama nuevamente baño a su pasión para dar a entender la grande purificación que por ella había de venir al mundo entero. Seguidamente le contestan: *Podemos*. Su fervor les impulsa a prometérselo inmediatamente, sin saber tampoco ahora lo que decían, pero con la esperanza de que recibirían lo que pedían. ¿Qué les dice, pues, Cristo? *Mi cáliz, sí, lo beberéis, y con el baño que he de bañarme yo, os bañaréis también vosotros*. Grandes bienes les profetiza. Como si les dijera: Seréis dignos de sufrir el martirio, sufriréis lo mismo que yo he de sufrir, terminaréis vuestra vida de muerte violenta, y en eso tendréis parte conmigo. *Mas el sentaros a mi derecha o a mi izquierda, no me toca a mí dároslo, sino a quienes está preparado por mi Padre*.

SI PUEDE ALGUIEN SENTARSE A LA DERECHA DEL SEÑOR

Habiendo, pues, levantado el Señor las almas de sus dos discípulos, y ya que los hubo hecho inatacables a la tristeza, pasa luego a corregir su petición. Pero ¿qué es en definitiva lo que aquí les dice? En verdad, dos son los problemas que aquí se plantean muchos: uno, si está reservado para algunos sentarse a la derecha de Dios; y otro, si quien es Señor de todo no tiene poder de darlo a quienes les está reservado. ¿Cuál es, pues, el sentido de sus palabras? Si resolvemos el primer problema, el segundo quedará de suyo claro. ¿Qué hay, pues, que decir a la primera cuestión? Hay que decir que nadie ha de sentarse ni a la derecha ni a la izquierda de Dios. Aquel trono es inaccesible a todos. Y no digo a los hombres, a los santos y apóstoles, sino a los mismos ángeles y

arcángeles y a todas las potestades de arriba. Por lo menos como privilegio del Unigénito lo pone Pablo cuando dice: *¿A quién de los ángeles dijo nunca: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies? Y a los ángeles dice: El que hace mensajeros suyos a los vientos. Mas al Hijo: Tu trono, ¡oh Dios! por los siglos de los siglos* (Hebr 1, 7.8.13). ¿Cómo dice, pues, Jesús: *El sentarse a la derecha o a la izquierda no me toca a mí darlo*? ¿Es que pensaba que algunos habían de sentarse? —No pensaba que hubiera de sentarse nadie; nada de eso. Lo que hacía era responder conforme a la idea que tenían sus preguntantes y condescender con su flaqueza. ¿Qué sabían sus discípulos de aquel altísimo trono ni de sentarse a la diestra del Padre, cuando desconocían cosas muy inferiores a ésta y que estaban oyendo diariamente? Lo que ellos buscaban era conseguir los primeros puestos, estar delante de los otros, no tener delante de sí a nadie al lado del Señor. Ya lo he indicado antes: Como habían oído hablar de aquellos doce tronos, sin saber lo que tales tronos significaban, buscaron ellos la preferencia de asientos.

Lo que Cristo, pues, les quiere decir es esto: "Morir, ciertamente moriréis por mí, derramaréis vuestra sangre por el Evangelio y tendréis parte en mi pasión. Pero esto no basta para que alcancéis la preeminencia en los asientos y ocupéis los primeros puestos. Porque, si viniere otro que, juntamente con el martirio, posea todas las otras virtudes en grado superior a vosotros, no porque ahora os amo a vosotros y os prefiero a los demás, voy a rechazar al que pregonan sus obras y daros a vosotros la primacía". Claro que el Señor no les habló en estos términos para no contristarlos; pero veladamente les vino a dar a entender eso mismo al decirles: *Mi cáliz, sí, lo beberéis, y con el baño que he de bañarme yo, también os bañaréis vosotros; mas sentarse a mi derecha o mi izquierda, no me toca a mí darlo, sino que pertenece a quienes está preparado por mi Padre*. — ¿Y para quiénes está preparado? —Para quienes por sus obras han sido capaces de hacerse gloriosos. Por eso no dijo: "No me toca a mí darlo, sino a mi Padre", pues pudieran echarle en cara debilidad e impotencia para recompensar a sus servidores. — ¿Pues cómo dijo? —No es cosa mía, sino de aquellos para quienes está preparado. A fin de que resulte más claro mi pensamiento, pongamos un ejemplo y supongamos un agonoteta y luego un buen número de valientes atletas que bajan a la palestra. Dos de ellos, íntimos amigos del agonoteta, se le

acercan y le dicen, confiando precisamente en su amistad y benevolencia: "Haz que a todo trance se nos corone y proclame campeones". El agonoteta les contestaría: "No me toca a dar eso, sino que pertenece a quienes se lo ganen por sus fuerzas y sudores". ¿Tendríamos en este caso por débil el agonoteta? ¡De ninguna manera! Más bien le alabaríamos por su espíritu de justicia y su imparcialidad. Ahora bien, como a éste no le tendríamos por impotente para dar la corona, sino por hombre que no quiere infringir la ley de los combates ni turbar el orden de la justicia; por semejante manera diría yo que Cristo dio esa respuesta a sus dos discípulos para impulsarlos por todos lados a que, después de la gracia de Dios, pusieran la confianza de su salvación y de su gloria en sus propias buenas obras. De ahí que diga: *Para quienes está preparado*. Porque ¿y si aparecen otros mejores que vosotros? ¿Y si han llevado a cabo obras mayores que las vuestras? ¿Por ventura porque seáis mis discípulos, es ello bastante razón para que consigáis los primeros puestos, si vosotros no os mostráis dignos de la elección? Porque que Él sea señor de todo, es evidente por el hecho de que Él posee todo el juicio. Y es así que a Pedro le dijo: *Yo te daré las llaves del reino de los cielos* (Mt 16,19). Y lo mismo declara Pablo cuando dice: *Ya sólo me falta la corona de justicia, que me dará el Señor, justo juez, en aquel día. Y no sólo a mí, sino a todos los que aman su aparición* (2 Tm 4,8). Y aparición de Cristo se llama su presente advenimiento. Ahora bien, que nadie ha de estar delante de Pablo, cosa evidente es para todo el mundo. Por lo demás, si Cristo dijo todo esto con alguna oscuridad, no hay por qué maravillarse. Quería Él despachar prudentemente a sus dos discípulos para que no le molestaran más sin razón ni motivo sobre primacías, ya que todo el asunto procedía de pasión humana, y no quería, por otra parte, contristarlos demasiado. Una y otra cosa consigue por aquella relativa oscuridad.

LOS APÓSTOLES SE ENFADAN

Entonces se irritaron los diez contra los dos. Entonces. ¿Cuándo? Cuando el Señor los hubo reprendido. Porque mientras la preferencia había sido decretada por Cristo, no se irritaron, y, por muy honrados que los vieran, lo aceptaban y callaban por respeto y consideración a su maestro. Quizá allá en sus adentros lo sentían,

pero nada se atrevían a sacar a pública plaza, y cuando también de Pedro sintieron algún celillo humano, con ocasión de pagar el didracma, no se enfadaron, sino que se contentaron con preguntarle al Señor: *Luego, ¿quién es el mayor en el reino de los cielos?* (Mt 18,1). Mas como ahora la petición había partido de los dos discípulos, de ahí la irritación de los demás. Y ni aun ahora se irritan inmediatamente, es decir, en el momento de presentar aquéllos su petición, sino cuando Cristo los reprendió y les dijo que no habían de alcanzar los primeros puestos si no se hacían merecedores de ellos.

LA IMPERFECCIÓN DE LOS APÓSTOLES

Ya veis cuán imperfectos eran todos, lo mismo estos dos, que intentaban levantarse sobre los diez, que los diez, que envidiaban a los dos. Mas, como anteriormente dije mostrádmelos después, y veréis cuán libres están de todas estas pasiones. Escuchad, por ejemplo, cómo este mismo Juan que ahora se presenta al Señor con esas pretensiones, luego cede siempre el primer lugar a Pedro, tanto para dirigir la palabra al pueblo como para obrar milagros. Testigo el libro de los Hechos de los Apóstoles Y no oculta sus merecimientos, sino que nos relata la confesión que hizo cuando los otros se callaron y cómo más adelante entró en el sepulcro, y en todo momento lo antepone a sí mismo Porque, como uno y otro asistieron a la pasión del Señor, Juan abrevia su propio elogio, diciendo simplemente: *Aquel discípulo era conocido del pontífice* (Jn 18,16). En cuanto a Santiago, no sobrevivió mucho tiempo, sino que, desde los comienzos, fue tal su fervor y, dejando atrás todo lo humano, se levantó en su carrera a tan inefable altura, que fue inmediatamente degollado. Por semejante manera, todos los otros se elevaron después a la cúspide de la virtud. Mas entonces se enfadaron. ¿Qué hace, pues, Cristo? Llamándolos a sí, les dice: *Los gobernantes de las naciones dominan sobre ellas*. Como los diez se habían alborotado y turbado, el Señor trata de calmarlos por el hecho mismo de llamarlos antes de hablar y por su benignidad al tenerlos A su lado. Porque, en cuanto a los otros dos, que se habían arrancado del corro de los diez, allí estaban hablando a solas con el Señor. De ahí que llame a los otros cerca de sí, y por este gesto de su bondad, por el hecho de desacreditar

la pretensión de los dos y exponerla ante los demás, trata de calmar la pasión de unos y de otros.

LECCIÓN DE HUMILDAD

Mas en el caso presente no reprime el Señor el orgullo de los discípulos del modo que lo hiciera antes. Antes les había puesto en medio un niño chiquito y les mandó imitar su sencillez y humildad. Ahora su reprensión es más enérgica, y, poniéndoles delante lo contrario de lo que deben ellos hacer, les dice: *Los gobernantes de las naciones dominan sobre ellas y los grandes les hacen sentir su autoridad. Mas entre vosotros no ha de ser así, sino quien quiera entre vosotros ser grande, ése ha de ser el servidor de todos, y el que quiera ser el primero, sea el último de todos*. Lo cual era darles bien claro a entender que pretender primacías era cosa de gentiles. Realmente, la pasión es muy tiránica y molesta aun a los grandes varones. De ahí la necesidad de asestarle más duro golpe. De ahí también que el Señor los hiera más en lo vivo, confundiendo la hinchazón de su alma por la comparación con los gentiles, y así corta la envidia de los unos y la ambición de los otros poco menos que diciéndoles: No os molestéis como injuriados. A sí mismos más que a nadie se dañan y deshonran los que andan ambicionando primeros puestos, ya que por ello se ponen entre los últimos. Porque no pasa entre nosotros como entre los gentiles. Los gobernantes de los gentiles, sí, dominan sobre ellos; pero conmigo, el que se haga el último, ése es el primero. Y que esto no lo digo sin razón, en lo que hago y sufro tenéis la prueba. Porque yo he hecho algo más. Siendo rey de las potestades de arriba, quise hacerme hombre y acepté ser despreciado e injuriado; y no me contenté con esto, sino que llegué hasta la muerte. Que es lo que ahora dice: *Porque el Hijo del hombre no venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate de muchos*. Porque no me detuve —parece decir— en eso, sino que di también mi vida en rescate... — ¿De quiénes? — ¡De mis enemigos! Si tú te humillas, por ti mismo te humillas; pero si me humillo yo, me humillo por ti. No temas, pues, como si te quitaran tu honra. Por mucho que te humilles, jamás podrás llegar tan bajo como llegó tu Señor. Sin embargo, este abajamiento fue la exaltación de todos, a la vez que hizo brillar la propia gloria del Señor. En efecto, antes de hacerse hombre sólo era conocido de los ángeles; mas después que se

hizo hombre, no sólo no disminuyó aquella gloria, sino que añadió otra, la que le vino del conocimiento de toda la tierra. No temas, pues, como si al humillarte se te quitara la honra, pues con ello no haces sino levantar más tu gloria, con ello no haces sino acrecentarla. La humildad es la puerta del reino de los cielos. No echemos, pues, por el camino contrario, no nos hagamos la guerra a nosotros mismos. Porque, si queremos aparecer como grandes, no seremos grandes, sino los más despreciados de todos. ¿Veis cómo siempre los exhorta por lo contrario, dándoles lo que desean? En muchos casos hemos mostrado anteriormente este modo de proceder del Señor; así lo hizo con los amantes del dinero y los vanidosos. Porque ¿qué razón te mueve a dar limosna delante de los hombres? ¿Para conseguir gloria? Pues no lo hagas y la conseguirás absolutamente. ¿Y por qué razón atesoras? ¿Para enriquecerte? Pues no atesores y te enriquecerás absolutamente. Así procede también aquí. ¿Por qué ambicionas los primeros puestos? ¿Para estar por encima de los demás? Pues escoge el último lugar, y entonces obtendrás el primero. En conclusión, si quieres ser grande, no busques ser grande, y entonces serás grande. Porque lo otro es ser pequeño.

EL ORGULLO ABAJA, LA HUMILDAD EXALTA

Mirad cómo los apartó de su vicio, queriéndoles mostrar que por la soberbia iban al fracaso, y por la humildad al triunfo, a fin de que huyeran de la una y siguieran la otra. Y si les hizo mención de los gentiles, fue para mostrarles de ese modo cuán reprobable y abominable era la ambición de preeminencias y de mando. Porque forzoso es que el orgulloso esté bajo, y, por lo contrario, el humilde, alto. Y esta altura del humilde es la verdadera y legítima, ya que no se cifra en un puro nombre y palabras. La elevación mundana procede de necesidad y miedo; la nuestra, sin embargo, se asemeja a la elevación misma de Dios. El humilde, aun cuando de nadie sea admirado, permanece elevado; el soberbio, sin embargo, por más que todos le halaguen, sigue más bajo que nadie. Además, el honor tributado al orgulloso procede de fuerza; de ahí la facilidad con que se desvanece; mas el del humilde es libre y, por tanto, también firme. Así admiramos a los santos; pues, siendo superiores a todos, se humillaron más que todos. De ahí que hasta

hoy permanecen elevados y ni la muerte los pudo hacer bajar de su altura. Mas, si os place, examinemos esto mismo por razonamiento. Alto se dice uno cuando lo es o por su talla o cuando se halla colocado sobre un lugar prominente; y bajo, en los casos contrarios. Veamos, pues, quién es lo uno o lo otro, el arrogante o el modesto, a fin de que caigas en la cuenta de cómo nada hay tan alto como la humildad, ni más a ras de tierra que la arrogancia. Ahora bien, el arrogante quiere ser más que todos los otros, no tiene a nadie por digno de sí mismo; cuantos más honores alcanza, más ambiciona y pretende, y piensa no haber alcanzado ninguno, desprecia a los hombres y se desvive por sus honras. ¿Puede haber nada más insensato? La cosa parece realmente un enigma. A los mismos que tiene por nada, de ésos pretende ser glorificado ¿Veis cómo el que quiere exaltarse cae y se arrastra por tierra? Porque, que el arrogante tiene a todos los hombres por nada comparados consigo mismo, él mismo lo afirma y en eso cabalmente consiste la arrogancia. ¿A qué corres entonces tras el que no es nada? ¿A qué buscas honor de él? ¿A qué andas rodeado de tanta muchedumbre de gentes? ¿Veis cómo el soberbio es bajo y está en lo bajo? Pues, ea, examinemos al humilde, al de verdad alto. Éste sabe lo que es el hombre, cuán grande cosa es el hombre. Y como a sí mismo se tiene por el último de todos, de ahí que cualquier honor que se le tribute lo tiene por cosa grande. De suerte que sólo el humilde es consecuente consigo mismo, y está elevado, y no cambia de parecer. Puesto que tiene a los hombres por grandes, cree que sus honras, por pequeñas que sean, son también grandes, desde el momento que considera a aquéllos por grandes. El arrogante, en cambio, tiene por nada a quienes le honran, pero sentencia que sus honras son grandes. Además, el humilde no es presa de pasión alguna: ni la ira, ni la vanagloria, ni la envidia, ni los celos podrán molestarle. ¿Y qué puede haber más elevado que un alma exenta de estas pasiones? El soberbio, sin embargo, por todas estas pasiones se ve dominado, como un vil gusano que se revuelve entre el barro. Y, en efecto los celos, la envidia, la ira, están constantemente atormentando a su alma. ¿Quién está, pues, más alto: el que está por encima de sus pasiones o el que es esclavo de ellas? ¿El que teme y tiembla ante ellas o el que es a ellas inatacable y jamás puede ser por ellas dominado? ¿Qué ave diríamos que vuela más alta: la que va muy por encima de las

manos y trampas del cazador o la que cae en manos de éste sin necesidad de trampa alguna, por no poder volar ni remontarse por los aires? Tal es el orgulloso. Cualquier lazo le coge fácilmente, pues va siempre arrastrándose por el suelo.

PROSIGUE EL ATAQUE CONTRA EL SOBERBIO

Mas, si os place, examinad lo que decimos por aquel malvado demonio. ¿Qué puede, en efecto, haber de más bajo que el diablo después que quiso exaltarse? ¿Qué de más alto que el hombre apenas quiere humillarse? El diablo se arrastra por el suelo, puesto debajo de nuestro talón. Porque: *Caminad* —dice el Señor— *por encima de serpientes y escorpiones* (Lc 10,19). El hombre humilde, en cambio, está arriba entre los ángeles. Mas si eso mismo lo queréis saber por los hombres soberbios, considerad aquel bárbaro que trajo consigo tan enorme ejército y que no sabía lo que es evidente a todo el mundo, por ejemplo, que una piedra es sólo una piedra, y los ídolos, ídolos. De ahí que se hallaba más bajo que piedras e ídolos. Mas los piadosos y creyentes se lanzan más allá del mismo sol. ¿Cabe elevación mayor? Pues ellos pasan todavía las bóvedas del cielo y, dejando atrás a los ángeles, se presentan ante el mismo trono regio de Dios. Por otro lado, podéis daros cuenta del poco valor de un soberbio. ¿Quién es natural que esté bajo: aquel a quien Dios ayuda o aquel a quien Dios hace la guerra? Pues oíd ahora lo que dice la Escritura acerca de los humildes y soberbios: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* (Santiago 4,6). Y todavía quiero haceros otra pregunta: ¿Quién estará más alto: el que ofrece sacrificio y ofrenda a Dios o el que está lejos de toda confianza en Él? — ¿Y qué sacrificio —me dirás— ofrece el humilde? —Oye a David, que dice: *Sacrificio es para Dios un espíritu contrito. Dios no despreciará un corazón contrito y humillado* (Sal 50,19). ¿Veis la pureza del humilde? Pues mirad también la impureza del soberbio. Porque: *Impuro es* —dice la Escritura— *delante de Dios todo altanero de corazón* (Prov 16,5). Aparte de eso, sobre el humilde descansa Dios: *¿Sobre quién fijaré mi mirada sino sobre el manso y tranquilo y que tiembla de mis palabras?* (Is 66,2). Mas el orgulloso es arrastrado juntamente con el diablo, cuyos tormentos tendrá también que sufrir. De ahí que el mismo Pablo dijera: *No sea que,*

hinchado de orgullo, caiga en la condenación del diablo (1 Tm 3,6). Por otra parte, al soberbio le sucede lo contrario de lo que quiere. Quiere, en efecto, ser orgulloso para ser honrado, y con ello no consigue sino hacerse el más vilipendiado de todos. Porque nadie tan ridículo como el soberbio, nadie tan aborrecido y enemigo de todo el mundo, tan fácil presa de sus contrarios, tan pronto para la ira, tan impuro delante de Dios. ¿Qué puede, pues, haber peor que eso? Ése es, en efecto, el límite del mal. Mas ¿qué hay más agradable, qué cosa hay más feliz que un hombre humilde? Los humildes son los queridos y predilectos de Dios, ellos gozan del honor de los hombres, a ellos los estiman como a padres, los saludan como a hermanos y los aman como a miembros propios.

EXORTACIÓN FINAL: SEAMOS HUMILDES PARA SER EXALTADOS

Seamos, pues, humildes para ser exaltados. En verdad, nada hay que tan profundamente nos abaje como la soberbia. Ésta fue la que hundió a Faraón. Porque: *No sé* —dice— *quién es el Señor* (Ex 5,2). Y, por haber hablado así, vino a ser más vil que las moscas, las ranas y las orugas, y, después de eso, fue hundido en el mar con sus carros y caballos. Lo contrario de Faraón fue Abrahán: *Yo soy* —dice— *polvo y ceniza* (Gen 18,27); y por esa humildad venció a infinitos bárbaros y, después de caer en medio de Egipto, logró salir de allí con más brillante trofeo de victoria que antes y, abrazado siempre con esa virtud, cada día se hizo más glorioso. Por eso es su nombre celebrado por todas partes, por eso se le corona y proclama; el Faraón, en cambio, sólo es ya polvo y ceniza o cualquier cosa más vil que el polvo y la ceniza. Porque nada aborrece Dios tanto como la soberbia. De ahí que desde el principio no dejó Él piedra por mover para arrancar y destruir esta pasión. Por ella nacimos mortales, entre dolores y lamentos. Por ella nos hallamos en trabajo, en sudor y en fatiga continua y desastrada. Porque por soberbia pecó el primer hombre, al pretender hacerse igual a Dios. Por eso no conservó ni lo que tenía, sino aun eso lo perdió. Tal es, en efecto, la soberbia. No sólo no añade nada bueno a nuestra vida; sino que nos daña en lo que tenemos. Al revés de la humildad que no sólo no nos daña en lo que tenemos, sino que nos añade lo que no teníamos. La humildad, pues, emulemos, la humildad sigamos, a fin de gozar de

la presente vida y alcalizar la eterna gloria, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre gloria y poder, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 66

Y al salir ellos de Jericó, le fue siguiendo una gran muchedumbre, y he aquí que dos ciegos, sentados junto al camino, al oír que Jesús pasaba, rompieron en gritos diciendo: Compadécete de nosotros, Señor, hijo de David (Mt 20,29 y sig.).

LOS DOS CIEGOS DE JERICÓ

Mirad desde dónde se dirige a Jerusalén y dónde había pasado antes el tiempo. Es un punto, a mi parecer, muy digno de averiguarse. ¿Y por qué anteriormente no fue desde allí a Galilea sino pasando por Samaria? Mas esto lo dejaremos para los curiosos de saber, y el que quiera puntualmente investigarlo, en Juan hallará que se explica muy bien y allí pone el evangelista la causa (Jn 4,1). Nosotros atengámonos a nuestro propósito y escuchemos a estos ciegos, mejores indudablemente que muchos que gozan de buena vista. Porque fue así que, sin guía que los llevara al Señor y sin poderle ver cuando lo tenían delante, ellos se empeñaron en llegar hasta Él y empezaron a gritar a voz en cuello. Y cuando se les mandaba callar, ellos levantaban más la voz. Tal es, en efecto, un alma constante: las mismas dificultades la exaltan. Cristo, por su parte, consintió que se les mandara callar, a fin de que así apareciera mejor su fervor y vieran todos que eran dignos de la curación. De ahí que ni siquiera les pregunta si tienen fe, como solía hacer otras veces, pues sus gritos y su romper por entre la gente ponían bien de manifiesto su fe a los ojos de todos. Aprende de ahí, carísimo, que, por despreciables y desechados que seamos, si con fervor nos acercamos a Dios, aun por nosotros mismos podremos alcanzar cuanto le pidamos. Mira, si no, cómo estos ciegos, sin tener por abogado a ningún apóstol, teniendo más bien a muchos que les mandaban callar, lograron superar todas las dificultades y llegar a la presencia de Jesús mismo. Realmente, el evangelista no atestigua que por su vida tuvieran estos ciegos motivo especial de confianza con el Señor. Todo lo suplió su fervor.

Buen modelo para nuestra imitación. Aun cuando Dios dilate el escucharnos, aun cuando hubiere muchos que traten de apartarnos de orar, no abandonemos nosotros la oración, pues así señaladamente nos atraeremos a Dios. Mira, si no, cómo en el caso presente ni la pobreza, ni la ceguera, ni que el Señor no los oyera, ni las reprensiones de la gente, ni otra cosa alguna pudo contener el impetuoso fervor de estos ciegos. Tal es por naturaleza el alma ardiente y esforzada. ¿Qué hace, pues, Cristo? Llámalos a sí y les dice: *¿Qué queréis que haga con vosotros?* y ellos le responden: *Señor, que se abran nuestros ojos*. ¿Por qué les pregunta el Señor? Para que nadie pensara que querían ellos una cosa y Él les daba otra. Y es que el Señor tiene siempre costumbre de poner antes patente y descubrir a todos la virtud de los que va a curar, y sólo entonces realiza la curación. Lo uno, para mover a los otros a que los imiten; y luego, para que vean todos que merecen la gracia que les hace. Así por lo menos lo hizo con la mujer cananea, así con el centurión, así con la hemorroísa: o, mejor dicho, esta admirable mujer se adelantó a la pregunta del Señor. Y, sin embargo, tampoco a ésta la pasó de largo, sino que, aun después de la curación, la descubrió a todos. Así se ve el interés que tenía siempre el Señor en proclamar los méritos de quienes se acercaban á Él. Que es puntualmente lo que aquí hace. Seguidamente, ya que le habían dicho lo que querían, movido a compasión, los tocó. Porque ésta —la compasión— es la causa única de la curación; la misma, por cierto, por la que vino al mundo. Sin embargo, aun cuando todo era compasión y gracia, Él busca a los que son dignos. Y que estos ciegos eran dignos de la curación, bien lo mostraron, primero, por sus gritos y porque, después de recibida la gracia, no se apartaron del Señor, que es lo que hacen muchos, ingratos después de recibir los beneficios. No así estos ciegos. Ellos antes de la dádiva se muestran constantes, y después de la dádiva, agradecidos, pues fueron siguiendo al Señor.

PRELUDIO DE LA ENTRADA EN JERUSALÉN

Y cuando estaba próximo a Jerusalén y llegaron a Betfage, junto al monte de los Olivos, entonces Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: Marchad a la aldea que tenéis enfrente y hallaréis un asna atada juntamente con su pollino. Desatadla y

traédmela. Y si alguno os dijere algo, le diréis: El Señor tiene necesidad de ellos y los devolverá en seguida. Y todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta Zacarías: Decid a la hija de Sión: Mira que tu rey viene a ti manso, montado sobre un asno, sobre el pollino del animal de yugo. En verdad, muchas veces había antes el Señor entrado en Jerusalén, pero nunca con tanta solemnidad como ahora. ¿Qué causa hubo para ello? En las anteriores entradas estaba aún en los comienzos de su ministerio y ni él era muy conocido todavía ni tampoco estaba cerca el tiempo de su pasión. De ahí que tratara con ellos de modo más corriente y buscando más bien ocultarse. Porque, de haber hecho entonces una manifestación como ésta, no sólo no hubiese sido admirado, sino que hubiera encendido más la ira de sus émulos. Mas ahora, cuando ha dado ya pruebas bastantes de su poder y la cruz era inminente, no tiene inconveniente en brillar más y hacer con mayor solemnidad aquellas mismas cosas que más habían de irritarlos. No hay duda que también había podido hacer todo eso desde el principio; pero no hubiera resultado provecho ni utilidad alguna. Pero considerad, os ruego, cuántos prodigios se realizan y cuántas profecías se cumplen en este momento. Él dijo a sus dos apóstoles que encontrarían un asna y les predijo que nadie se lo estorbaría, sino que, oído el motivo, se callarían. Lo cual no es pequeña condenación de los judíos. Los aldeanos aquellos, en efecto, aun sin conocerle, aun sin haberle visto jamás, le obedecen, y sin replicar ponen las bestias a su disposición; los judíos, sin embargo, ni aun presentes a los milagros que hace por medio de sus discípulos, le quisieron hacer caso alguno.

DEVOCIÓN DE LOS BETFAGINOS

No consideréis, no, sin importancia el hecho. Porqué ¿quién persuadió a aquellos aldeanos, que sin duda serían pobre labradores, a no resistir cuando les llevaban sus animales? Mas ¿qué digo a no resistir? A no decir una palabra, y, si la dijeron; a callarse luego y ceder. En verdad, tan admirable fue, si nada dijeron, cuando se les llevaron las bestias, como si dijeron y luego callaron ante la explicación de los apóstoles de que: *El Señor tiene necesidad de ellas*, y se las dejaron sin resistencia. Y eso que no veían al Señor, sino a sus discípulos. Por este hecho enseñaba Él a sus apóstoles que también a los judíos podía haberles

absolutamente impedido, a despecho de su mala voluntad, que le atacaran y reducirlos a silencio, y que, si no lo hizo, fue porque no quiso. Y todavía les daba ahí otra enseñanza a sus discípulos: que habían de estar prontos a darle cuanto Él les pidiera, y aun cuando les exigiera entregar la vida misma, aun la vida habían de entregar por Él sin resistir. Porque si unos desconocidos le cedieron sus bestias, con cuánta más razón habían de desprenderse ellos de todo.

VOCACIÓN DE LOS GENTILES

Aparte lo dicho, el Señor cumple en esta ocasión una doble profecía: una por obra y otra por palabra. La de obra fue haberse sentado sobre el asna; y la de las palabras, la misma del Profeta Zacarías, pues éste había dicho que el rey se sentaría sobre un asna. Y el haberse Él sentado y haber dado cumplimiento a las palabras del profeta, fue principio de una nueva profecía, pues lo que el Señor hacía era prefiguración de lo porvenir. ¿Cómo y de qué manera? Anunciando la vocación de las impuras naciones, en las que Él había de descansar y que vendrían a Él y le seguirían. De este modo, a una profecía sucedía otra profecía. Ahora, que a mí no me parece fuera ésa la única causa por la que el Señor montó sobre la burra, sino para procurarnos también una norma de filosofía. Porque, sin duda que no se contentaba el Señor con cumplir las profecías ni con sembrar la doctrina de la verdad. No. Su vida tenía también por fin corregir por estos mismos medios nuestra propia vida, señalándonos en todas partes las normas del necesario uso y rectificando por todos los modos nuestra conducta. De ahí que cuando quiso nacer no buscó un espléndido palacio, ni una madre rica e ilustre, sino pobre y esposa de un artesano. Y nace, en efecto, en una cueva y es reclinado en un pesebre. Y al escoger a sus discípulos, no escoge oradores y sabios, ni opulentos y nobles, sino pobres y de pobres nacidos y por todos conceptos oscuros. Y cuando se pone a la mesa, unas veces se le sirven panes de cebada; otra, en el momento mismo, manda a sus discípulos a comprar comida a la pública plaza. Y si ha de hacer un lecho, lo hace de heno. Si ha de vestirse, sus ropas pobres y que en nada se diferencian del común de las gentes. Casa, ni la tenía siquiera. Si ha de trasladarse de un lugar a otro, lo hace a pie, y de tal manera a pie, que se fatiga. Si ha de sentarse, no necesita

sillones ni almohadones, sino que lo hace sobre el suelo, unas veces en el monte, otra sobre el brocal de un pozo. Y no ya sólo junto al pozo, sino que allí está solo y allí conversa con la samaritana. Hasta para señalarnos la medida en el dolor, cuando Él llora, lo hace moderadamente, marcándonos, como antes he dicho, normas y límites en todo, hasta dónde nos es lícito llegar, pero no pasar más allá. Por eso, sin duda, también ahora, ya que por su flaqueza había de haber algunos que necesitarían de cabalgaduras, también aquí señala la medida, mostrándonos que no se debe ir a caballo sobre tronco de mulos, sino sobre un asno y no pasar más allá. Que la necesidad, en fin, sea siempre nuestra norma.

DOBLE PROFECÍA AL ENTRAR JESÚS EN JERUSALÉN

Mas veamos también la doble profecía, la de palabras y la de obras. ¿Qué dice, pues, la profecía? *Mira que tu rey viene a ti manso, montado sobre animal de carga y sobre pollino joven*, no conduciendo carros, como los otros reyes; no exigiendo tributos, no espantando, no rodeado de escolta de lanzas, sino mostrando, aun en su triunfal entrada, la mayor modestia. Pregunta, pues, a los judíos: ¿Qué rey entró jamás en Jerusalén montado en un asno? Y sólo te podrán contestar que Jesús. Y como ya lo he dicho, esta entrada del Señor era anuncio de la por venir. Porque en esa asnilla está representada la Iglesia y el pueblo nuevo, que antes era impuro, pero que después de sentarse Jesús sobre Él quedó purificado. Y mirad cuán puntualmente se guarda la imagen. Porque los discípulos desatan las bestias; y es así que tanto los judíos como nosotros, por ministerio de los apóstoles, fuimos llamados a la fe; por medio de los apóstoles fuimos conducidos a Cristo. Y como quiera que nuestra gloria excitó la emulación de los judíos, de ahí que el asna aparezca siguiendo a su pollino. Porque después que Cristo se hubiere sentado sobre los gentiles, entonces vendrán también a Él los judíos, movidos de emulación. Que es lo que Pablo declara cuando dice: *La ceguedad ha venido en parte sobre Israel hasta que entre la plenitud de las naciones, y así se salvará todo Israel* (Rom 11,25-26). Porque que se trata de una profecía, es evidente por lo que llevamos dicho; de no ser así, no hubiera tenido tanto empeño el profeta en señalarnos tan puntualmente la edad del asno. Mas no es eso sólo lo que por todo

este relato se nos declara, sino también la facilidad con que los apóstoles conducirían hacia Cristo a los gentiles. Porque como aquí, en el caso del asna y su pollino, nadie se opuso ni los retuvo, así, en el caso de las naciones, nadie de los que antes las tenían pudo impedir su conversión a Cristo. Y notemos que el Señor no monta a pelo sobre el pollino, sino sobre los vestidos de los apóstoles. Es que, después que tomaron el pollino, a todo renuncian ya en adelante, conforme a lo que Pablo también decía: *Por mi parte, yo me gastaré con mucho gusto y aun me daré a mí mismo por amor de vuestras almas* (2 Cor 12,15). Pero mirad también la buena condición del pollino, que, aun sin domar, aun sin experiencia alguna de cabestro, no brinca ni cocea, sino que se deja conducir mansamente. Lo cual era también profecía de lo por venir, que declaraba la obediencia de los gentiles y la prontitud con que pasarían al buen orden. En verdad, todo lo hizo la palabra que dijo: *Desatadla y traédmela acá*. Ella hizo de lo desordenado ordenado, y de lo impuro puro.

GROSERÍA DE LOS JUDÍOS

Pero mirad la bajeza de los judíos. Tantos milagros como había hecho el Señor, y nunca le admiraron como ahora. Ahora que ven las muchedumbres que se agolpan es cuando se admiran. *Porque se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? Y las muchedumbres contestaban: Éste es Jesús, el profeta de Nazaret, de Galilea*. Sin duda se imaginaban decir algo extraordinario, y ya veis cuán a ras de tierra, cuán baja y arrastrada es la idea que se forman del Señor. Por lo demás, esta triunfal entrada la dispuso el Señor no por alarde de ostentación, sino, como ya he dicho, para cumplir la profecía y darnos una lección de filosofía, y a la vez para consolar a sus discípulos, tristes por la perspectiva de la pasión, ya que así les hacía ver cómo todo lo había de sufrir porque quería. Por vuestra parte, en fin, admirad la puntualidad con que lo predijo todo el profeta. Y una parte la predijo David, y otra Zacarías.

APLICACIÓN MORAL: IMITEMOS A LOS QUE ACOMPAÑARON A JESÚS EN SU ENTRADA TRIUNFAL

Y la muchedumbre, copiosísima, tendía sus vestidos en el camino, otros cortaban ramos de los árboles y los echaban también

por el camino, y la gente, así la que iba delante como la que le acompañaba, gritaban diciendo: ¡Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en lo más alto! Hagámoslo así también nosotros y entonemos himnos al Señor y echemos nuestros vestidos a quienes a El le llevan. Porque ¿qué mereceríamos, si, cuando los que le acompañaban entonces, unos cubrieron al pollino en que iba montado, otros echaban a sus pies sus vestiduras, nosotros, viéndole desnudo, sin que se nos mande desnudarnos también a nosotros, sino sólo dar algo de lo que nos sobra, ni aun así fuéramos generosos? ¿Qué mereceremos, repito, cuando aquéllos le acompañaban por delante y por detrás, y nosotros, cuando El mismo nos sale al encuentro, le despedimos, le rechazamos y hasta le insultamos? ¿Qué castigo, qué suplicio, no merece esa conducta? Se te acerca a ti el Señor para pedirte, y no te dignas ni escuchar su súplica. Más bien le culpas y reprendes, y eso después que tales palabras has oído. Pues si para dar un pedazo de pan y un poco de dinero eres tan tacaño, tan escaso y tan moroso, ¿qué sería si tuvieras que desprenderte de todo? ¿No ves a los ostentosos del teatro qué de cantidades arrojan a las rameras? Tú, sin embargo, no das ni la mitad que ellos, y muchas veces ni la mínima parte. El diablo te manda que des a cualquiera y te conduce al infierno, y tú das; Cristo te manda que des a los necesitados, te promete el reino de los cielos, y no sólo no les das, sino que los insultas. Y prefieres obedecer al diablo, para ser castigado, que no a Cristo, para salvarte. ¿Puede haber locura de peor linaje que ésa? El uno os conduce al infierno; el otro, al reino de los cielos. Y, sin embargo, dejáis a Cristo y seguís al diablo. Al uno, que os sale al encuentro, le rechazáis, al otro, que está lejos, le llamáis. Es como si un rey vestido de púrpura y ceñido de diadema no lograra persuadiros, y os persuadiera un bandido blandiendo su puñal y amenazándoos muerte.

FÉRVIDA EXHORTACIÓN A LA LIMOSNA

Consideremos, carísimos, estas cosas y abramos los ojos, y vigilemos, aunque sea tarde. En verdad, yo me avergüenzo ya hablar de la limosna; pues, habiendo tantas veces tratado de este tema, nada he conseguido para lo que os he exhortado. Algo ciertamente se ha conseguido, pero no tanto como yo quisiera. Veo, sí, que sembráis, pero no veo que lo hagáis con mano

generosa. Por eso temo también que sólo cosechéis escasamente. Para prueba de que sembramos escasamente examinemos, si os place, quiénes son más en la ciudad: los pobres o los ricos; y quiénes no son ni pobres ni ricos, sino término medio. Quiero decir, que hay un diez por ciento de ricos, otro diez por ciento de pobres, y el resto clase media. Dividamos, pues, entre los necesitados toda la muchedumbre de la ciudad, y veremos cuán grande es nuestra vergüenza. Porque, sí, los extraordinariamente ricos son pocos; pero los que a éstos siguen en riqueza son muchos, y los pobres, a su vez, muy inferiores en número a éstos. Y, sin embargo, a pesar de que hay tantos que pudieran alimentar a los hambrientos, muchos se acuestan con hambre, no porque los que tienen no pudieran con facilidad socorrerlos, sino por la gran crueldad e inhumanidad de los mismos. Porque si los muy ricos y los que a éstos siguen se repartieran entre sí a los que necesitan un pedazo de pan y vestidos, apenas si a cada cincuenta y aun a cada cien ricos le tocaría un solo pobre, y, sin embargo, aun con tanta abundancia de quienes pudieran ayudarles, ellos tienen que lamentarse todos los días. Y para que comprendáis la inhumanidad de los ricos, considerad que la Iglesia, cuyas rentas no llegan a las de uno de esos grandes opulentos, ni aun de los no muy ricos, socorre diariamente a tantas viudas y vírgenes, como que su lista ha alcanzado la cifra de los tres mil. Y juntamente con viudas y vírgenes, ella socorre a los que están en las cárceles, a los que sufren en el hospital, a los que convalecen, a los caminantes, a los mutilados, a los que asisten al altar para ganarse el sustento y el vestido, y a todos los que en general acuden diariamente a su caridad. Y, sin embargo, sus fondos no disminuyen en nada. Con diez personas que se decidieran a gastar como la Iglesia, no quedaba un pobre en toda la ciudad.

OBJECIONES CONTRA LA LIMOSNA

— ¿Y qué iban entonces —me dices— a heredar mis hijos? — Siempre les quedaría el capital, y aun la misma renta se haría mayor al estar sus riquezas depositadas en el cielo. Pero ¿no lo queréis así? Pues dad por lo menos la mitad, una tercera, una cuarta, una quinta, una décima parte. Por la gracia de Dios, nuestra ciudad sería capaz de alimentar a los pobres de diez ciudades. Hagamos, si queréis, un cálculo; pero no, no hay necesidad de

cálculo alguno. La facilidad de este asunto es evidente por este solo hecho. Vosotros veis los enormes gastos que, sin vacilar, hace muchas veces una sola casa para los servicios del Estado, y apenas si se nota el dispendio. Si cada uno de los ricos se decidiera a hacer un gasto semejante en servicio de los pobres, en un abrir y cerrar de ojos arrebataría el cielo. ¿Qué perdón, pues, qué sombra de defensa tendremos, si de lo mismo de que absolutamente nos hemos de desprender al salir de este mundo, ni aun de eso damos parte a los necesitados con la generosidad con que otros dan en el teatro? ¡Y eso cuando tanto fruto habíamos de sacar de ello! Ya sería un deber, aun cuando hubiéramos de permanecer eternamente en la tierra, no ser escasos en este bello dispendio; pues como sea cierto que a no tardar hemos de salir de aquí y se nos arrastrará desnudos de todo, ¿qué excusa tendremos si no damos, ni aun de las rentas, a los necesitados y ahogados por la miseria? Porque no quiero obligarte a que disminuyas tu capital, no porque realmente no lo desee, sino porque te veo tan recalcitrante. No, digo, pues, eso. No. Gasta sólo de los réditos, no los amontones también éstos. Basta que tus rentas sigan manando como de fuentes; haz de ellas partícipes a los pobres y sé buen administrador de los bienes que Dios te ha dado.

—Pero ya pago tributos —me dirás. — ¿Y porque aquí nadie te exige por la fuerza, es ello motivo de despreciar el mandato de la limosna? Al recaudador que te cobra y atormenta tanto si la tierra ha producido como si no, no te atreves a resistirle; mas a quien tan manso se te acerca y que sólo te exige cuando la tierra te ha dado, no te dignas ni contestarle. ¿Y quién te librará de los suplicios aquellos insoportables? Nadie absolutamente. Aquí, como el castigo más duro le sigue sin remedio al que no da, te muestras tan diligente en el pago; pues considera que más duro es el castigo de allí, que no consiste en ser atado y que te metan en la cárcel, sino caer en el fuego eterno. Por todo ello, pues, sean éstos los primeros tributos que paguemos. Porque, cierto, grande es su facilidad, mayor su recompensa y mayor el negocio y más duro también el castigo para quienes incumplan ese deber. El castigo, en efecto, que seguirá, no tendrá fin. Y si me alegas los soldados que hacen por ti la guerra a los bárbaros, también aquí hay un ejército de pobres, también por ti hacen la guerra los necesitados. Porque cuando reciben, ellos ruegan por ti a Dios para hacértelo propicio, y al hacer propicio a Dios, rechazan no sólo las

incursiones de los bárbaros, sino las asechanzas de los demonios. Por ellos el maligno no es tan vehemente ni nos ataca tan continuamente. Ellos son los que enervan su fuerza.

DAR AL POBRE ES PRESTAR A DIOS

Viendo, pues, cómo estos soldados luchan diariamente por ti contra el diablo con las armas de sus súplicas y oraciones, paga este bello tributo, que es darles de comer. En verdad, benigno como es este rey nuestro, no te quiso poner recaudadores forzosos, sino que quiere que tú lo des espontáneamente. Y, por poco que pagues, lo acepta; y si por tus apuros no puedes pagar en mucho tiempo, Él no apremia jamás al que no tiene. No despreciemos, pues, su longanimidad y atesoremos para nosotros mismos no ira, sino salvación; no muerte, sino vida; no castigo y suplicio, sino honor y coronas. No hay aquí que pagar transporte de lo recaudado; no hay aquí que fatigarse para convertirlo en dinero. Apenas tú lo pagas, el Señor mismo lo transporta hasta el cielo; Él mismo te prepara el negocio más pingüe. No hay aquí que buscar transmisor de lo cobrado, tú págalo, y ello solo sube inmediatamente al cielo, no por que se alimenten otros soldados, sino para tenerlo allí guardado con gran ganancia. Porque aquí, lo que das, ya no lo puedes volver a tomar; mas allí lo recobrarás con grande honra y ganarás mayores y más espirituales ganancias. Aquí lo que das es una exigencia que se te impone; allí es una utilidad, un préstamo, una deuda. En verdad, Dios mismo te ha dado una letra de pago: *El que da limosna al pobre* —dice la Escritura— *le presta a Dios* (Prov 19,17). Te dio también —y eso que es Dios— prendas y fiadores. ¿Qué prendas, qué fiadores? Cuanto hay en la presente vida, lo sensible y lo espiritual, preludio que es de los bienes por venir. ¿A qué, pues, das largas y vacilas, cuando tanto has ya recibido y tanto esperas recibir? He aquí lo que ya has recibido: Él plasmó tu cuerpo, te infundió el alma, te honró con la razón, a ti solo, de entre todos los seres de la tierra, te dio el uso de todo lo visible, te hizo la gracia de su propio conocimiento, entregó por ti a su Hijo, te regaló el bautismo, fuente de tantos bienes; te dio la mesa sagrada, te ha prometido el reino de los cielos y los bienes inefables. Habiendo, pues, recibido tantas cosas y esperando tantas otras (porque quiero repetir lo mismo), ¿aun eres tacaño en riquezas perecederas? ¿Y qué perdón vas a

tener? ¿Es que no puedes menos de mirar a tus hijos y por ellos te retraes de la limosna? Pues enséñales también a ellos a negociar esos negocios. En verdad, si tuvieras dinero dado en préstamo y que produce buen interés y tu deudor fuera de confianza, preferirías mil veces dejar a tu hijo la escritura y no el dinero, pues le produciría buen interés y no tendría que andar buscando otros a quien prestarlo. Dales, pues, ahora a tus hijos esa escritura y déjales a Dios por deudor. Pero tú, que no vendes tus campos y das el precio a tus hijos, sino que se los dejas intactos a fin de que sigan produciendo rentas, y así se acreciente más y más la riqueza, ¿tú dudas en dejarles la escritura de Dios, mas provechosa que los campos y rentas, y que tan pingües intereses produce? ¡Qué necedad, qué locura tan grande! Y eso que sabes que, aunque se la dejes a ellos, tú también te la llevas al salir de este mundo. Así son efectivamente los bienes espirituales: son todo generosidad.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡No SEAMOS MISERABLES!

No seamos realmente miserables, no seamos tan inhumanos y crueles con nosotros mismos. Negociemos este buen negocio, a fin de llevarnos nosotros la ganancia al salir de este mundo y dejársela juntamente a nuestros hijos, y alcanzar en fin los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre, en unión del Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 67

Y, habiendo entrado Jesús en el templo, expulsó de allí a todos los que vendían y compraban, echó por tierra las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas y les dijo: Escrito esta: Mi casa será llamada casa de oración y vosotros la habéis convertido en cueva de bandidos (Mt 21,12 y sig.).

INCIDENTES EN EL TEMPLO

La expulsión de los vendedores del templo la cuenta también Juan; mas éste la pone al comienzo del evangelio, y Mateo al fin. De ahí la probabilidad que se trate de dos hechos distintos y

acaecidos también en ocasiones distintas. La prueba la tenemos en los tiempos y en la respuesta que da el Señor a los judíos. La expulsión contada por Juan aconteció en la misma Pascua; ésta de Mateo, mucho antes de la Pascua. Allí le dicen los judíos al Señor: ¿Qué signo nos muestras para obrar así? Aquí, en cambio, se callan, no obstante haberlos reprendido, sin duda porque Cristo era ya admirado por todos. Él hecho es mayor acusación de los judíos, pues, no obstante haber expulsado el Señor una y dos veces a los traficantes del templo, ellos continuaron en el mismo tráfico y tuvieron a Cristo por enemigo de Dios, cuando por ahí debieran haber reconocido el honor que rendía a Dios y la propia fuerza de Él. Porque allí estaban sus milagros y allí estaban sus palabras perfectamente de acuerdo con la realidad. Mas ni aun así le creyeron, sino se irritaron, a despecho de oír cómo clamaba el profeta y a despecho de los niños, o que, fuera de lo que pedía su edad, le aclamaban. De ahí que Él les oponga, para acusarlos, a Isaías y les diga: *Mi casa será llamada casa de oración* (Is 56,7). Y no es éste el Único modo como manifiesta su autoridad, sino también curando diferentes enfermedades. Porque: *Se acercaron a Él cojos y ciegos y los curó*. Con lo que puso de manifiesto su poder y autoridad. Mas ni aun así se convencen sus contrarios, sino que oyendo, aparte haber contemplado otros milagros, cómo los niños le aclamaban, se sienten sofocados y le dicen: *¿No oyes lo que éstos dicen?* En verdad, Cristo era quien debía decirles: ¿No oís lo que éstos dicen? Porque los niños le cantaban como a Dios. ¿Qué les dice, pues, el Señor? Como resistían a la misma evidencia, su reprensión toma tono más enérgico y les dice: *¿Nunca habéis leído: De la boca de los pequeñuelos y de los que maman al pecho te procuraste alabanza?* (Salmo 8,3) Y muy bien dijo: *De la boca*. Porque lo que los niños decían no venía de su inteligencia, sino del poder del mismo Cristo, que movía sus lenguas aún tiernas. Por lo demás, ello era figura de las naciones, entonces balbucientes, y que de pronto habían de decir grandezas con inteligencia y fe, lo que no había de ser pequeño consuelo para los apóstoles. Por que, en efecto, no pudieran ellos dudar de cómo, siendo ignorantes, podían predicar el Evangelio, los niños se adelantan a quitarles esa angustia y les infunden confianza de que también a ellos les daría palabras el mismo que a los niños les hacía entonar himnos en su honor. Y no es eso solo. Este milagro de los niños ponía de manifiesto que el Señor era el autor de la

naturaleza. Ahora bien, mientras los niños, no obstante lo temprano de su edad, hablan cosas bellas y concordes con lo celeste, los hombres las dicen llenas de insensatez y de locura. Porque tal es de suyo la maldad. Ya, pues, que eran tantas las cosas que exacerbaban a sus contrarios —entusiasmo de las muchedumbres, la expulsión de los mercaderes, los milagros obrados, las aclamaciones de los niños—, el Señor opta por abandonarlos nuevamente, dando lugar a que se calmara su pasión y no queriendo comenzar en aquellas circunstancias su enseñanza. Hirviendo como estaban de envidia, no hubiera logrado sino irritarlos más con sus palabras.

LA HIGUERA INFRUCTUOSA

A la mañana siguiente, al volver a la ciudad, tuvo hambre. ¿Cómo tiene hambre por la mañana? Pues había condescendido con la carne, es natural que diera muestras de una pasión de la carne. *Y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, y no halló nada más que hojas*. Otro evangelista añade *que no era aún tiempo de higos*. Mas, si no era tiempo de higos, ¿cómo dice que se acercó a ver si hallaba fruto en ella? (Mc 17,13) De donde resulta evidente que ello fue pura suposición de los discípulos, entonces aún muy imperfectos. En realidad, sabemos cómo los evangelistas escriben muchas veces las ideas de los discípulos. Y como ellos supusieron que se acercó a la higuera en busca de fruto, idea suya fue también que la causa de maldecirla fue no tenerlo. ¿Por qué causa, pues, fue maldecida la higuera? Para infundirles confianza a los mismos discípulos. Había el Señor pasado haciendo beneficios por todas partes y jamás había castigado a nadie; pero convenía también darles alguna prueba de su poder vengativo, a fin de que discípulos y judíos se enteraran de que tenía poder para aniquilar a quienes le crucificaban, y que, si no lo hizo, fue porque no quiso. Sin embargo, esa prueba de su poder vengativo no quiso darla sobre los hombres, sino sobre un árbol. Ahora bien, cuando algo semejante sucede en lugares o en plantas o en animales, no hay por qué sutilizar demasiado y preguntarse: ¿Fue justo que se secara la higuera, si no era tiempo de higos? Pregunta de lo más estúpida. Mira más bien el milagro y admira a quien lo hizo. También en el caso de los cerdos ahogados en el mar hay quienes sacan a colación la justicia, y tampoco a

éstos hay que prestarles la menor atención. Allí se trataba de animales sin razón, como aquí de una planta sin sentido. —Entonces, ¿por qué se le da esta forma al asunto y se supone esta ocasión de la maldición? —Ya lo he indicado: todo esto fue suposición de los discípulos. Por lo demás, si no era tiempo de fruto, vanamente afirman algunos que por la higuera se significaba la ley. En verdad, el fruto de la ley es la fe y entonces era tiempo de ese fruto, y ése, por lo menos, lo había dado la ley. Porque: *Ya están los campos blancos para la siega* —dice el Señor—. Y: *Yo os he mandado a segar lo que no trabajasteis* (Jn 4,35-38).

EL PODER DE LA FE Y DE LA ORACIÓN

Nada, pues, concerniente a la ley se da aquí a entender sino lo que he dicho: aquí nos da el Señor una prueba de su poder justiciero, y eso nos lo demuestra el evangelista por el hecho de decir que no era todavía temporada de higos. Es decir, que si el Señor se acercó a la higuera, no fue principalmente por razón del hambre, sino por sus discípulos, que, efectivamente no obstante los muchos y mayores milagros que el Señor había ya hecho, este de la higuera seca los dejó sobremanera maravillados. Es que, como he dicho, esto era sorprendente, pues era la primera vez que daba muestras de su poder justiciero. Por eso escogió el árbol más húmedo para hacer este milagro, de modo que esa circunstancia acrecentara la maravilla. Y como prueba de que efectivamente lo hizo para templar la confianza de sus discípulos, oye lo que seguidamente les dice. ¿Y qué les dice? En resumen: también vosotros haréis cosas mayores con solo que queráis creer y tener confianza en la oración. ¿Veis cómo todo el hecho sucedió por ellos, a fin de que no temieran y temblaran por asechanza alguna? De ahí que les diga eso por segunda vez, como si quisiera clavarlos a la oración y a la fe. Porque no haréis sólo ese prodigio —les dice—, sino que trasladaréis las mismas montañas y muchas otras cosas más, si tenéis confianza en la oración y en la fe.

LA AUTORIDAD DE JESÚS

Mas los judíos, arrogantes y orgullosos, con intento de interrumpir su enseñanza, se le acercaron y preguntaron: ¿Con qué autoridad haces esto? Como no les era posible atacar sus milagros, le echan en cara la corrección de los mercaderes en el

templo. Esto también vemos que se lo preguntan en Juan, si no con las mismas palabras, si con la misma intención. Allí, en efecto, le dicen: *¿Qué signo nos muestras para hacer eso?* Mas allí el Señor les responde derechamente: *Destruid este templo y yo lo levantaré en tres días* (Jn 2,18-19). Aquí, en cambio, los pone en aprieto con sus preguntas. De donde resulta claro que lo de Juan sucedió al principio y era el comienzo de sus milagros, y éste es el fin. Lo que aquí le quieren decir es esto: “¿Has recibido la cátedra de la enseñanza? ¿Has sido elegido sacerdote para que des muestras de tanta autoridad?” Y, sin embargo, nada arbitrario había hecho. Sólo había mirado por el buen orden del templo. Mas como sus contrarios nada tenían que decir contra Él, se agarran a lo del templo. Y notemos que nada le dijeron en el momento mismo de la expulsión. Allí estaban sus milagros para hacerles callar. Cuando apareció de nuevo, entonces se lo echan en cara. ¿Qué responde, pues, el Señor? No les responde directamente; lo cual era decirles que, si querían, poco había de costarles ver su autoridad. No. Él les pregunta a su vez, diciendo: ¿De dónde es el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres? —¿Y qué conexión —me dices— hay de lo uno a lo otro? —La mayor, ciertamente. Porque si hubieran dicho: Del cielo. Él les hubiera replicado: ¿Por qué, pues no le creísteis? Pues de haberle creído, no le hubieran dirigido a él aquella pregunta. De Él, en efecto, había dicho Juan: *Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia*. Y: *He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*. Y: *Él es el Hijo de Dios*. Y: *El que viene de arriba, está encima de todos*. Y: *Su bieldo está ya en su mano y Él purificará su era* (Lc 3,16). De modo que, si hubieran creído a Juan, nada había de costarles ver con qué autoridad hacía Cristo aquello. Pero, como procedían arteramente, le contestaron: *No lo sabemos.* A lo cual Cristo no dijo: "Pues tampoco yo lo sé". Mas ¿qué dijo? *Pues tampoco yo os digo a vosotros con qué autoridad hago todo esto*. Si se hubiera tratado de ignorancia, hubiera tenido que instruirlos; pero, como procedían por malicia, con razón no les contesta. Mas ¿cómo es que no respondieron ellos que el bautismo de Juan venía de los hombres? *Porque temían a la muchedumbre*, dice el evangelista. ¡Mirad su pervertido corazón! Desprecian siempre a Dios y todo lo hacen por respeto humano. Así, a Juan le temían por los hombres. No porque tuvieran respeto a aquel gran varón, sino por consideración de la gente. Y por respeto humano no querían

tampoco creer en Cristo. Y tal era la fuente de todos sus males.

PARÁBOLA DE LOS DOS HIJOS

Luego les habló así Jesús: *¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos y le dijo al mayor: Anda, trabaja hoy en la viña. Y él le contestó diciendo: No me da la gana. Pero luego, arrepentido, fue a la viña. Y llegándose al segundo, le dijo igualmente. Y él le contestó diciendo: Voy, y no fue. ¿Quién de los dos, pues, hizo la voluntad de su padre? Respondiéronle ellos: El primero*. Nuevamente les arguye el Señor por medio de parábolas, para darles a entender, por un lado, la ingratitud de ellos y, por otro, la docilidad de aquellos mismos que tan absolutamente condenaban. Porque estos dos hijos ponen bien de manifiesto lo que sucedió con los judíos y con los gentiles. Porque fue así que los gentiles, que no habían prometido obedecer y no habían oído jamás la ley, en sus obras mostraron su obediencia; y los judíos, que habían dicho: *Todo cuanto dijere el Señor lo haremos y obedeceremos* (Ex 19,8), en sus obras le desobedecieron. Justamente por que no pensaran que la ley había de servirles para algo, Él les hace ver que ella había de ser motivo de mayor condenación. Que es lo mismo que Pablo afirma cuando dice: *No los que oyen la ley son justos delante de Dios, sino los que cumplen la ley serán justificados* (Rom 2,13). Y notemos que, para que sean ellos mismos quienes se condenen, les obliga el Señor a responder a su pregunta, que era como pronunciar su propia sentencia. Lo mismo hace luego en la parábola siguiente de la viña.

PUBLICANOS Y RAMERAS VAN DELANTE

Para conseguirlo, pone la culpa en otra persona. Como directamente no lo hubieran querido confesar, los va llevando a donde quiere por medio de la parábola. Mas ya que ellos mismos, sin entender lo que decían, pronuncian su sentencia, el Señor pasa a revelarles lo que estaba como en la penumbra y les dice: *Los publicanos y las rameras se adelantan a vosotros camino del reino de los cielos. Porque vino Juan a vosotros en camino de justicia, y no le creísteis, pero los publicanos y las rameras le creyeron. Y vosotros, a pesar de verlos, no os arrepentisteis luego para creer en él*. Si les hubiera, sin más, dicho: "Las rameras se os adelantarán", su palabra hubiera parecido dura; ahora, en cambio,

cuando han sido ellos mismos los que han dado su sentencia, aquella dureza desaparece. De ahí, añade también la causa. — ¿Y qué causa era ésa? —*Vino Juan* —dice— *a vosotros, y no a ellos*. Más aún: *Vino en camino de justicia*. Porque no vais a acusar a Juan de haber sido un hombre negligente e inútil. No, su vida fue irreprochable, y su celo extraordinario; y, sin embargo, no le prestasteis atención, y junto con ésta, otra culpa: que los publicanos se la prestaron. Y otra más todavía: que ni aun después de ellos creísteis vosotros. Porque su deber era haber creído antes; mas el no haber creído ni aun después, es pecado que no tiene ya perdón posible. Grande alabanza de los publicanos y mayor condenación de los fariseos: "A vosotros vino y no le atendisteis; a los publicanos no vino y lo recibieron. Y ni aun a éstos queréis por maestros". Mirad por cuántos modos alaba a los unos y condena a los otros: "A vosotros vino, no a ellos. Vosotros no creísteis, y esto no les escandalizó a ellos. Ellos creyeron, y esto no os aprovechó a vosotros". Por lo demás, decir: *Os preceden*, no quiere decir que ellos sigan, sino que, si quieren, tienen esperanza de seguirlos. Nada, en efecto, como la emulación despierta a la gente grosera. De ahí que el Señor repita a cada paso: *Los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos*. Y por eso, para excitar su emulación, les pone delante a publicanos y rameras. En realidad, éstos son los dos extremos del pecado; los dos engendrados de un mal amor: la concupiscencia de la carne y la codicia de la riqueza. Pero con ello les prueba también que creer a Juan es, sobre todo, obedecer a la ley de Dios. El que las rameras, pues, entraran en el reino de los cielos no fue obra de sola gracia, sino también de justicia. Porque no entraron siguiendo en su mala vida, sino obedientes y creyentes, purificadas y transformadas. Ya veis, pues, cómo con la parábola y luego con el ejemplo de las rameras quitó dureza, a la vez que añadió viveza a su palabra. Porque no les dijo a bocajarro: "¿Por qué no creísteis a Juan Bautista?" Su procedimiento es más enérgico. Primero les pone el ejemplo de las rameras y luego añade lo de la fe, convenciéndolos por la evidencia misma de los hechos de lo imperdonable de su conducta y haciéndoles ver de paso cómo todo lo hacían por temor a los hombres y por vanagloria. Porque si no confesaban a Cristo, era por temor de ser excomulgados de la sinagoga; y si de Juan no se atrevían a hablar mal, no era por respeto a su santidad, sino por temor al pueblo. De todo lo cual los arguyó con lo dicho, y todavía

les asestó mas duro golpe diciendo: *Y vosotros, a pesar de saberlo, no os arrepentisteis después para creer en él*. Malo es ya no decidirse por el bien desde el principio, pero mucho peor no cambiar tampoco después. Esto es lo que señaladamente hace perversos a muchos y esto es lo que veo pasarles ahora a algunos por su extremo endurecimiento.

EXHORTACIÓN A LA CONFIANZA: UNA CONVERSIÓN NOTABLE

Pero que nadie sea de ésos. Aun cuando hubiereis caído en lo más hondo de la maldad, nadie desespere de poderse convertir y mejorar. ¿No habéis oído la historia de la célebre pecadora pública, que dejó primero atrás a todos en disolución y a todos también oscureció luego por su piedad? No me refiero a la pecadora de que nos habla el Evangelio, sino a la de nuestros mismos días, procedente de una de las más corrompidas ciudades de Fenicia[60]. El caso es que esta mala mujer se hallaba entre nosotros; era la primera actriz del teatro, su nombre corría de boca en boca por todas partes, no sólo en nuestra ciudad, sino también en la Cilicia y Capadocia. ¡Cuántas fortunas hizo dilapidar, a cuántos huérfanos quitó la vida! Muchos la acusaban hasta de magia, de modo que tendía sus redes no sólo con la belleza de su cuerpo, sino también con sus maleficios. Entre sus redes llegó a prender esta mala mujer no menos que al hermano de la emperatriz. Tal era la tiranía de su belleza. Mas de pronto, no se sabe cómo, o, mejor dicho, yo lo sé perfectamente: con decidida voluntad, por su cambio de vida y por la gracia de Dios, que a sí se atrajera, despreció cuanto antes había amado, tiró por tierra todos los embustes del diablo y emprendió su carrera hacia el cielo. Realmente, nadie le había ganado en torpeza cuando actuaba en el teatro; y, sin embargo, a muchas sobrepujó luego por su castidad más rigurosa, vestida de saco, y sin dejar ya en toda su vida este atuendo. Se acudió por causa de ella al prefecto de la ciudad, fueron soldados bien armados, y no fueron capaces de hacerla volver a la escena ni sacarla de entre las vírgenes que la habían recogido. Ella se hizo merecedora de los misterios inefables, mostró un fervor digno de la gracia que se le había concedió, y así terminó su vida, después de

---

[60] Santa Pelagia de Antioquía o de Jerusalén (su fiesta es el 8 de octubre). (Baur)

haber lavado por la gracia todos sus pecados y haber practicado después del bautismo la más alta filosofía. Porque, después de encerrarse a sí misma y viviendo todo el resto de su vida como en una cárcel, no consintió ni la más leve mirada a sus antiguos amantes que a ello venían. Así se cumplió aquí que los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Tan necesaria nos es en todo momento un alma inflamada de fervor, y nada hay entonces que nos impida llegar a ser grandes y admirables.

EL QUE ESTÁ EN PIE PUEDE CAER, Y EL QUE HA CAÍDO, LEVANTARSE

Nadie, por tanto, de los que se hallan en pecado, desespere; nadie tampoco, de los que practican la virtud, se adormezca ni se fíe de su virtud, pues muchas veces le pasará delante una ramera. Ni tampoco el pecador desespere, pues muy posible es que también él pase delante a los primeros. Escuchad lo que dice Dios a Jerusalén: *Díjele después de cometer todas estas impurezas: Conviértete, y no se convirtió* (Jer 3, 7). Lo que quiere decir que, por lo menos cuando nos volvemos al ardiente amor de Dios, Dios no nos echa ya en cara lo pasado. No es Dios como los hombres. Dios, si nos arrepentimos, no nos reprocha lo pasado ni nos dice: ¿Cómo te descuidaste durante tanto tiempo? Si nos volvemos a Él, nos ama. Lo que cumple es que nos volvamos debidamente. Unámonos, pues, con Él ardientemente, clavemos nuestros corazones con su temor. Conversiones así no sólo se han dado en el Antiguo, sino también en el Nuevo Testamento. ¿Quién fue peor que Manases? Y, sin embargo, pudo hacerse a Dios propicio. ¿Quién más afortunado que Salomón? Y, sin embargo, por haberse adormecido, cayó. Mas aún, en una sola persona «puedo hacer ver lo uno y lo otro: en el padre mismo de Salomón. Porque David fue en ocasiones bueno y en ocasional malo. ¿Quién más feliz que Judas? Y, sin embargo, vino a parar en traidor. ¿Quién más miserable que Pablo? Y, sin embargo se convirtió en apóstol. ¿Quién peor que Mateo? Y vino a ser evangelista. ¿Quién más envidiable que Simón? Y también éste vino a ser el más miserable de todos[61]. ¡Cuántas otras transformaciones semejantes no cabe citar, ora de antiguo sucedidas, ya de las que aun ahora suceden diariamente! De ahí que os repito: ni el que está en el teatro

[61] Se habla aquí de Simón Mago y no de San Pedro

desconfíe ni el que está en la iglesia tenga temeraria confianza. A éste se le dice: *El que crea estar en pie, tema no caiga* (1 Cor 10,12); y a aquél: *¿El que cae, no se levanta?* (Jer 8,4) Y: *Enderezad las manos flojas y las rodillas desatadas* (Is 35,3). Nuevamente a los unos les dice: *Vigilad*. Y a los otros: *Levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos* (Ef 5, 14). Los unos han de vigilar por guardar lo que tienen; los otros esforzarse por ser lo que no son. Aquéllos han de guardar la salud; éstos, librarse de su enfermedad. Porque están ciertamente muy enfermos; y, sin embargo, muchos enfermos se curan, y muchos sanos, si son negligentes, enferman. A los unos se les dice: *Mira que ya estás curado. No peques más, no sea te suceda algo peor* (Jn 5, 14). Y a los otros: *¿Quieres curarte? Pues toma tu camastro, y echa a andar y vete a tu casa* (Jn 6-8). Porque terrible, terrible parálisis es el pecado, o, por mejor decir, no sólo parálisis, sino algo más grave. Porque el pecador no sólo es impotente para el bien, sino muy activo para el mal. Y, sin embargo, aun cuando tal sea tu situación, con un poco que quieras levantarte, todos tus males pueden desaparecer. Aun cuando lleves treinta y ocho años enfermo, con un poco de empeño que pongas en curarte, nadie te lo podrá impedir. También ahora se presenta delante de ti, Cristo y te dice: *Toma tu camilla*. Basta que quieras: levántate. No desesperes. No tienes hombre, pero tienes a Dios. No tienes quien te arroje en la piscina, pero tienes quien hará que no tengas necesidad alguna de piscina. No tienes quien te meta en ella, pero tienes quien te manda que tomes tu camilla y camines. Aquí no cabe decir: Mientras yo bajo, otro se me adelanta. Porque, si tu quieres bajar, nadie hay que te lo estorbe. Es ésta una gracia que no se gasta ni consume, una fuente que mana perennemente, y de su plenitud nos curamos todos en el cuerpo y en el alma. Acerquémonos, pues, también ahora. Rahab, mala mujer era, y se salvó. El ladrón, asesino sería, y se convirtió en ciudadano del paraíso. Judas, que estuvo con el Maestro, se hizo traidor; y el ladrón, estando en la cruz, se hizo discípulo. Tales son las sorpresas de Dios. De este modo fueron los Magos gloriosos; así el publicano se convirtió en evangelista; así el blasfemo en apóstol.

EL TRABAJO ES BREVE; EL PREMIO, ETERNO

Mira estos ejemplos y no desesperes jamás. Anímate más bien y levántate a ti mismo. Basta sólo con que entres por el camino que allí lleva y adelantarás rápidamente. No te cierres las puertas, no obstruyas la entrada. Breve es el tiempo presento y escaso el trabajo. Mas aun cuando fuera mucho, ni aun así habría que desalentarse. Porque, aun cuando no tuvieres este trabajo, el más bello trabajo que existe, de la penitencia y la virtud, en el mundo, irremediablemente, tendrás de otro modo trabajos también y fatigas. Si, pues, en uno y otro caso hay trabajo, ¿por qué no escoger el que lleva aparejado tan gran fruto y recompensa? Y, a decir verdad, tampoco es igual uno y otro trabajo. Porque, en los negocios terrenos, los peligros son continuos, los daños se suceden unos a otros, la esperanza es incierta, la servidumbre mucha, y el gasto de dinero, de cuerpo y de alma, constante. Y luego, el fruto y recompensa está siempre muy por bajo de la esperanza, si es que llegan; pues no siempre dan fruto tantas fatigas en las cosas de la vida. Mas aun cuando los negocios no fracasen, sino que den mucho fruto, ése permanece poco tiempo. Allá cuando viejo, cuando tu capacidad de gozar será poco menos que nula, te rendirá provecho tu trabajo. Y es de advertir que el trabajo lo pones en todo el vigor de tu cuerpo; el fruto, en cambio, y el goce te llega cuando tu cuerpo está ya viejo y agotado, cuando el tiempo ha marchitado tu sensibilidad y, aun cuando no la hubiere marchitado, la perspectiva de la muerte no te ha de dejar gozar. No así en la virtud. El trabajo es en el tiempo de la corrupción y en el cuerpo mortal; la corona, sin embargo, en cuerpo inmortal y exento de vejez y que no ha de tener fin. El trabajo es lo primero y breve; la recompensa, posterior y sin término, a fin de que puedas ya descansar tranquilamente, sin perspectiva de molestia alguna. Porque allí no hay que temer ya cambio ni decadencia, como aquí. ¿Qué bienes, pues, son éstos, que no son ni seguros, que son breves y de barro, que antes de aparecer desaparecen, y que se ganan a costa de tantas fatigas? ¿Y qué bienes hay semejantes a aquéllos, que no se cambian, que no envejecen, que no nos producen fatiga alguna, y que en el momento mismo de los combates te traen la corona? Porque el que desprecia las riquezas, aquí mismo recibe ya su recompensa, libre que se ve de

preocupaciones, de envidias, de denuncias, de insidias y de malquerencia. El que vive casta y moderadamente, aun antes de salir de este mundo, es también coronado y vive entre delicias, libre igualmente que está de toda indecencia, ridiculez, peligros, acusaciones y de tantos otros inconvenientes, y, por modo semejante, todas las otras virtudes nos dan ya desde aquí su recompensa.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS DEL MAL, SIGAMOS LA VIRTUD

A fin, pues, de alcanzar los bienes presentes y venideros, huyamos la maldad y abracémonos con la virtud. Porque de este modo no sólo viviremos felices en este mundo, sino que alcanzaremos los bienes eternos, que os deseo a todos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 68

Escuchad otra parábola. Hubo un señor que plantó una viña y le puso en torno una cerca, y cavó en ella un lagar y construyó una torre. Y la arrendó a unos labradores y él se ausentó. Llegado que fue el tiempo de la vendimia, despachó sus criados a los labradores para cobrar la renta de la viña. Y, apoderándose los labradores de los criados, a uno lo azotaron, a otro lo mataron y a otro lo apedrearon. Nuevamente despachó a otros criados, en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Finalmente les envió a su propio hijo, diciéndose: Quizá respetarán a mi hijo. Mas los labradores que vieron al hijo, dijéronse unos a otros: Este es el heredero, vamos a matarlo y nos quedamos con la herencia. Y, echándole mano, lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron. Ahora, pues, cuando venga el amo de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores? Respondiéronle ellos: Miserablemente hará perecer a aquellos miserables y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen sus rentas a debido tiempo. Díjoles Jesús: ¿Nunca habéis leído en las Escrituras: La piedra que rechazaron los constructores, ésa se convirtió en piedra angular? (Mt 21,33 y sig...).

EXPLICACIÓN DE LA PARÁBOLA

¡Cuántas cosas nos da el Señor a entender por esta parábola! La providencia de Dios para con los judíos, tan de antiguo demostrada; su instinto de asesinos, que les viene también desde el principio; cómo nada omitió Él de cuanto atañía a la solicitud por ellos; cómo, aun después de asesinados los profetas, no los rechazó, sino que les envió a su propio Hijo. Allí vemos también cómo uno solo es el Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento, las grandes cosas que llevaría a cabo la muerte de Cristo, el terrible castigo que los judíos habían de sufrir por su crimen de crucificarle, la vocación, en fin, de los gentiles y la reprobación de los mismos judíos. De ahí que el Señor pusiera esta parábola después de la anteriormente comentada, pues con ella demuestra la mayor culpa de ellos y lo absolutamente imperdonable de su pecado. — ¿Cómo y de qué manera? —Porque después de ser objeto de tanta solicitud por parte de Dios, ellos se dejaron adelantar — ¡y en qué medida! — por publicanos y rameras. Y mirad, por otra parte, la grande providencia de Dios y la inexplicable indolencia de ellos. En

verdad, lo que tocaba a los labradores lo hizo Él mismo: poner la cerca en torno, plantar la viña y todo lo demás. Sólo les dejó a ellos un cuidado mínimo: guardar lo que ya tenían, cuidar de lo que se les había dado. Nada se había omitido, todo estaba acabado. Mas ni aun así supieron aprovecharse, no obstante los grandes dones de Él recibidos. Porque fue así que al salir de Egipto les dio la ley, les levantó una ciudad, les preparó un altar, les construyó un templo, y *Él se ausentó*. Es decir, tuvo paciencia con ellos, no castigándolos siempre inmediatamente por sus pecados. Porque esta ausencia, la inmensa longanimidad de Dios quiere decir. *Y les despachó sus criados*, es decir, a los profetas. Para percibir el fruto, es decir, la obediencia que debían mostrar por sus obras. Mas ellos también aquí mostraron su maldad, no sólo en no dar fruto después de ser objeto de tanta solicitud, propio efecto de su indolencia, sino también en enfadarse de que vinieran. Porque, ya que no tenían para dar y, sin embargo, eran deudores, lo que debían hacer no era irritarse, sino suplicar. Mas ellos no sólo se irritaron, sino que mancharon sus manos de sangre. Reos de castigo, lo infligieron ellos. De ahí que Dios les mandó por segunda y aun tercera vez a otros, lo que era poner en evidencia la maldad de los labradores, por un lado, y la benignidad del amo que los enviaba, por otro. —Y ¿por qué no envió inmediatamente a su propio hijo? —A fin de que, reconociendo lo que habían hecho con los criados y, calmado su furor, respetasen al hijo cuando llegara. No faltan otras explicaciones; pero de momento pasemos a lo que sigue. — ¿Qué quiere decir lo de: *Tal vez lo respetarán*? —No que el amo ignorara lo que iba a pasar, ni mucho menos; lo que quería era mostrar el enorme pecado de sus colonos, que no habían ya de tener perdón ninguno. Él sabía que lo habían de matar, y, sin embargo, se lo envió; pero dice: *Respetarán a mi hijo*, anunciando lo que debiera haber sucedido. Porque, en efecto, debieran haberlo respetado. Es lo que en otra ocasión dice: *Por sí caso me escuchan* (Ez 2, 5); donde tampoco ignora lo que va a pasar. Mas para que no digan algunos insensatos que la predicción fuerza la desobediencia, el Señor se vale de esas expresiones: “tal vez", “acaso". Porque ya que con los criados se mostraron ingratos aquellos labradores, de esperar era que respetaran la dignidad del hijo. ¿Qué hacen, pues, ellos? Cuando debían haber corrido a su encuentro, cuando debían haberle pedido perdón de sus pasados crímenes, ellos se abalanzan a cometer otros mayores, añadiendo

abominación a abominación, dejando constantemente atrás lo pasado con lo presente. Es lo que el Señor mismo les declaraba, diciendo: *Llenad la medida de vuestros padres* (Mt 23,32). Y lo mismo les echaban de antiguo en cara los profetas: *Vuestras manos están chorreando sangre* (Is 1, 15). Y: *La sangre se mezcla a la sangre* (Os 4, 2). Y: *Los que edifican a Sión sobre sangre* (Miq 3, 10). Pero no entraban en razón. Y, sin embargo, el primer mandamiento que se les había dado fue: *No matarás* (Ex 20,13). Y con miras a él se les mandaba abstenerse de muchas otras cosas, y de este modo y por otros muy variados se los inducía a la guarda de este mandamiento. Y, sin embargo, no abandonaron su mala costumbre. Mas ¿qué dicen al ver al hijo? *¡Ea! Vamos a matarle*. ¿Por qué y para qué? ¿De qué crimen, grande ni pequeño, teníais que culparle? ¿De que os honró y, siendo como era Dios, se hizo hombre por vosotros y entre vosotros obró todas aquellas maravillas? ¿Porque os perdonaba vuestros pecados y os convidaba al reino de los cielos? ¡Mirad, juntamente con la impiedad, la grande insensatez de estos asesinos y la locura de la causa que alegan para matar al hijo! Porque: *Matémosle* —dicen— *y la herencia será para nosotros* (Lc 20, 14). ¿Y dónde deciden matarle? —Fuera de la viña.

SE PROSIGUE LA EXPLICACIÓN DE LA PARÁBÓLA

Mirad cómo el Señor profetiza hasta el lugar en que había de morir: *Y, echándole fuera, le mataron*. Lucas nos cuenta haber sido el Señor mismo quien dijo lo que ellos habían de sufrir, a lo que habrían replicado: *¡Dios nos libre!* Y que fue entonces cuando alegó el testimonio del profeta. Porque: *Dirigiéndoles su mirada, les dijo: ¿Qué quiere, pues, decir lo que está escrito: La piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser la piedra angular?* (Sal 117, 22) Y: *Todo el que cayere sobre ella, se hará pedazos*. Pero, según Mateo, fueron ellos mismos los que pronunciaron su sentencia. Sin embargo, no se trata de una contradicción. En realidad sucedieron las dos cosas. Ellos pronunciaron sentencia contra sí mismos, y luego, dándose cuenta de lo que decían, exclamarían: ¡Dios nos libre! Y entonces fue cuando el Señor les opuso el testimonio del profeta para convencerlos de que así sería irremediablemente. Ni aun así, sin embargo, les reveló claramente

el destino de las naciones, para no darles asidero ninguno. Sólo aludió a él diciendo: *Dará en arriendo su viña a otros*. Y justamente, si les propuso una parábola, fue porque quería que ellos mismos pronunciaran su sentencia. Lo mismo que sucedió con David, cuando él mismo sentenció en la parábola del profeta Natán (2 Reyes 12, 5). Mas considerad, os ruego cuán justa es la sentencia aun por el solo hecho de que los mismos que han de ser castigados se condenan a sí mismos. Luego, para hacerles ver que no sólo la justicia pedía su castigo, sino que de antiguo lo había predicho la gracia del Espíritu Santo, y era, por tanto, sentencia de Dios mismo, el Señor les alega la profecía y vivamente los reprende diciendo: *¿Nunca habéis leído que la piedra que los constructores rechazaron, ésa vino a ser la piedra angular? De parte del Señor fue hecho eso, y ello es admirable a nuestros ojos*. Modos todos de manifestarles que ellos, por su incredulidad, habían de ser rechazados e introducidas en su lugar las naciones. Esto les dio a entender por medio de la cananea, esto por la asnilla en su entrada en Jerusalén, esto por el centurión, esto por otras muchas parábolas, y esto también ahora. De ahí que añadiera: *De parte del Señor fue hecho esto, y ello es admirable a nuestros ojos*. Con lo que de antemano les declaraba que los gentiles creyentes y cuantos creyeran también de entre los mismos judíos, vendrían a ser una misma cosa, no obstante ser tan grande la distancia que antes los separaba. Y para que cayeran en la cuenta que ninguno de aquellos hechos había de ser contrario a Dios, sino muy acepto a Él y muy maravilloso, capaz de impresionar a cuantos habían de verlo —y en verdad era milagro inefable—, prosiguió diciendo: *De parte del Señor fue hecho esto, y ello es admirable a nuestros ojos*. Por lo demás, llámase a sí mismo piedra, y constructores a los maestros de los judíos. Lo mismo que dice Ezequiel: *Los que construyen la pared y la untan sin orden ni concierto* (Ez 13, 10). Y ¿cómo rechazaron, Señor los constructores? Diciendo: *Éste no viene de Dios. Éste extravía al pueblo*. Y otra vez: *Eres un samaritano y estás endemoniado* (Jn 7, 12). Mas para que se dieran cuenta que su daño no había de consistir sólo en ser echados fuera, añade también los castigos, diciendo: *Todo el que cayere sobre esta piedra, quedará hecho pedazos, y aquel sobre quien cayere ella, será aplastado*. Con lo que les indica dos modos de ruina y perdición: uno, tropezar y escandalizarse en la piedra, que es lo que quiere decir: *El que cayere sobre esta piedra*. Otro, el

que había de venirles de la toma de su ciudad, de su desastre y ruina general, que claramente les anuncia de antemano al decirles: *Lo aplastará*. Y también aquí anuncia su propia resurrección.

LOS JUDÍOS PRONUNCIAN SU SENTENCIA

Ahora bien, el profeta Isaías nos dice haber sido Dios mismo quien acusa a su viña; mas aquí condena también el Señor a los príncipes del pueblo. Allí dice: *¿Qué debí hacer yo por mi viña que no lo hiciera?* (Is 5, 4). Y otra vez por otro profeta: *¿Qué te he hecho y qué falta hallaron en mí vuestros padres?* (Jer 2,5). Y otra vez: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿O en qué te he contristado?* (Miq 6, 3). Palabras todas que descubren la ingratitud de sus almas y cómo, gozando de todo, correspondieron a Dios con ingratitud. Mas aquí hace el Señor resaltar eso con más fuerza. Porque no es al mismo quien sentencia, diciendo: *¿Qué debí hacer yo, que no haya hecho?*, sino que los introduce a ellos mismos sentenciando no haber quedado nada por hacer, y ellos son los que se condenan a sí mismos. Porque cuando dicen: *A esos miserables, miserablemente los hará perecer y arrendará su viña a otros labradores*, no otra cosa hacen sino pronunciar más que abundantemente su propia sentencia. Esto fue lo que Esteban les echó en cara —y ello fue lo que les hirió más en lo vivo—: que, habiendo gozado de particular providencia divina, ellos correspondieron ingratamente a su bienhechor. Lo cual era la mejor prueba de que su castigo no era culpa de quien se lo infligía, sino de los mismos que se lo habían atraído y merecido. Y esto es también lo que aquí pone de manifiesto el Señor, tanto por medio de la parábola como con la profecía. Porque no se contentó con la parábola, sino que añadió una doble profecía: la de David y la suya propia. Ahora bien, ¿qué debieran haber hecho los judíos al oír todo esto? ¿Por ventura no era su deber adorar al Señor y admirar su solicitud, la de antes y la de ahora? Mas, si nada de esto los movía a corregirse, por lo menos el temor al castigo debía haberlos hecho entrar en razón. Pero no fue así. — ¿Qué hacen, pues, seguidamente? —*Oído que oyeron la parábola* —dice el evangelista—, *comprendieron que iba para ellos. Y queriendo echarle mano, temieron a las muchedumbres, pues le tenían por un profeta*. Es que se habían ya dado cuenta que a ellos aludía el Señor. Ahora bien, hay veces que, queriéndole detener, pasa por

medio de ellos y no es visto; otras, ante sus mismos ojos contiene la impetuosa pasión de sus contrarios. Lo que la gente, maravillada, decía: *¿No es éste Jesús? Mirad cómo habla públicamente y nadie le dice nada* (Jn 7, 25-26). Mas aquí, como el miedo a las muchedumbres los contenía suficientemente, el Señor se contenta con eso, y no hace, como en ocasiones anteriores, milagro alguno, pasando por entre medio de ellos sin ser visto. Porque no en todo quería Él obrar de modo sobrehumano, pues también quería que se diera fe a la Encarnación. Mas ellos ni por la muchedumbre ni por lo que oyeron quisieron entrar en razón. No respetaron el testimonio del profeta, ni su propia sentencia, ni el sentir del pueblo. Tan absoluta y totalmente los había cegado el amor al dinero, su ambición de vanagloria y su apego a las cosas pasajeras.

LOS BIENES TERRENOS NO NOS DAN LA FELICIDAD

Nada hay, en efecto, que así nos precipite y despeñe al abismo, nada que así nos haga perder los bienes venideros, como el apego a los bienes caducos, así como nada nos asegura tan bien la posesión, de éstos y de aquéllos, como el poner por encima de todo los eternos. Porque: *Buscad* —dice Cristo— *el reino de Dios, y todo eso se os dará por añadidura* (Mt 6 33). En verdad, aunque no hubiera esa añadidura, ni aun así habría que pegarse a ellos; pero lo cierto es que no hay medio mejor para ganar lo temporal que amar sólo lo eterno. Mas hay quienes ni por ésas se convencen, y, semejantes a piedras insensibles, van siguiendo una sombra de placer. Porque, ¿qué hay de dulce, qué hay de placentero en la presente vida? Yo os quiero hablar hoy con más libertad que nunca; mas soportadme, porque yo os quiero hacer ver que esta vida, al parecer pesada y dura, la vida, digo, de los monjes y de los que se han crucificado al mundo, es más dulce y más apetecible que esa que parece blanda y regalada. De ello sois testigos vosotros mismos cuando, en vuestras calamidades y penas, os habéis a menudo deseado la muerte y habéis proclamado felices a los que viven en los montes y cavernas, a los que no se han casado, a los que no saben de negocios de la vida. Y eso habéis proclamado lo mismo artesanos que militares, los que vivís al azar y a la ventura y los que os pasáis el día en el teatro y en la

“orquesta”. En verdad, de ahí de donde parecen brotar infinitos placeres y como fuentes de alegría, ¡cuántos dardos no saltan también de mayor amargura! El infeliz que se deje prender del amor de alguna de aquellas bailarinas, tendrá que soportar mayor tormento que si mil veces tuviera que salir a campaña o emprender mil ásperos viajes. Los sitiados de una ciudad no serán más miserables que él. Pero no nos detengamos de momento en examinar eso y dejémoslo a la conciencia de los mismos que míseramente caen prisioneros. Hablemos de la vida del vulgo, y hallaremos entre ella y la vida de los monjes la misma diferencia que va de un puerto tranquilo a la alta mar, agitada por continuos oleajes.

LA FELICIDAD DE LOS MONJES

Considerad, ante todo, como preludio de la felicidad de los monjes, la morada que se han escogido. Huyendo, en efecto, las públicas plazas, las ciudades y sus tumultos, han escogido la vida de los montes; una vida que nada tiene de común con la presente, que nada humano sufre: ni tristeza mundana, ni dolor ni tanta preocupación, ni peligros, ni insidias, ni envidias, ni celos, ni torpes amores, ni cosa alguna semejante. Ya desde aquí piensan en las cosas del reino de los cielos, conversando con los bosques, con las montañas, con las fuentes, con el silencio y la soledad inmensa y, antes que todo, con Dios. Y como aquella su pobre choza está libre de todo ruido, así su alma está limpia de toda pasión y de todo vicio, y ligera, y ágil, y más pura que el aire más límpido. El trabajo de los monjes es el mismo que el de Adán al principio, antes de su pecado, cuando estaba vestido de gloria y conversaba familiarmente con Dios y habitaba aquel lugar donde toda bienandanza tenía su asiento. ¿Es que le van, en efecto, a la zaga los monjes a Adán cuando antes de su desobediencia fue puesto por Dios para cultivar el paraíso? Ninguna preocupación mundana atormentaba a Adán y ninguna atormenta a los monjes. Con pura conciencia conversaba Adán con Dios y con pura conciencia conversan con al los monjes. O, por mejor decir, tanto mayor es la confianza que éstos tienen con Dios cuanto es mayor la gracia que les suministra el Espíritu Santo. Debierais enteraros vosotros de todo eso por vista de ojos; mas ya que no queréis, ya que preferís vivir entre los tumultos de las públicas plazas, yo os informaré

siquiera de palabra, tomando una parte solamente de su vida, pues explicárosla toda sería imposible. Ellos, pues, que son las lumbreras de la tierra, apenas sale el sol, digo mal, mucho antes de que brillen sus rayos, se levantan del lecho sanos, vigilantes y alerta —porque allí no se conoce la tristeza, ni la preocupación, ni la pesadez de cabeza, ni la fatiga, ni el agobio de los negocios, ni cosa otra alguna de las que a nosotros nos molestan, sino que viven como ángeles en el cielo— Apenas, pues, levantados del lecho alegres y gozosos, forman un solo coro, acordes todos en alegre rostro y conciencia y, como una sola boca, entonan himnos al Dios del universo, glorificándole y dándole gracias por todos sus beneficios, tanto por los particulares como por los comunes. Así, si os parece, dejemos la comparación con Adán y preguntémonos qué diferencia va de los ángeles a ese coro de monjes que cantan y dicen en la tierra: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz, beneplácito entre los hombres*. Su vestido es el que dice con hombres, no el que visten esos que arrastran sus mantos rozagantes, no el de esos afeminados y disolutos. No. Los monjes se confeccionan sus vestidos por el patrón de aquellos ángeles de la tierra que fueron un Elías, un Eliseo, un Juan Bautista y los mismos apóstoles, unos de pelos de cabras, otros de camellos. Hay también quienes se contentan con solas pieles, y aun éstas gastadas por el tiempo. Luego, ya que han entonado aquellos himnos, doblando sus rodillas al mismo Dios, a quien acaban de alabar, le suplican por cosas que a algunos no les pasarían de pronto ni por el pensamiento. Porque los monjes no piden a Dios bien alguno presente, pues de los bienes de acá ninguna cuenta tienen, sino poderse presentar con confianza ante aquel terrible tribunal, cuando el Unigénito de Dios venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Pídenle a Dios que ninguno de ellos haya de oír aquella espantosa palabra: *No os conozco* (Mt 25, 12); pídenle terminar esta trabajosa vida con limpia conciencia y con muchas buenas obras; navegar, en fin, con bonanza este piélago difícil de la existencia. Y su oración la dirige el que entre ellos es padre y presidente. Luego, levantándose y dando fin a aquellas santas y largas oraciones, cuando el sol brilla ya en el cielo, se dirige cada uno a su trabajo, y éste les procura abundante ganancia para los necesitados.

DIATRIBA CONTRA LOS TEATROS

¿Dónde están ahora esos que se entregan a las diabólicas danzas y a los cantos obscenos y se sientan en los teatros? Realmente, vergüenza me da de acordarme de ellos; sin embargo, en atención a vuestra flaqueza, no tengo otro remedio que hacerlo. Porque Pablo dice: *Ahora, pues, como presentasteis vuestros miembros esclavos de la impureza, así presentadlos ahora esclavos de la justicia para la castidad* (Rom 6, 19). Pues pongamos también nosotros en comparación el coro del teatro, compuesto de mujeres perdidas y de jóvenes corrompidos, con el que forman estos bienaventurados, en razón del placer, que es el que señaladamente prende en sus redes a muchos de estos jóvenes negligentes. Y hallaremos la misma diferencia que si oyéramos, por un lado, cantar a los ángeles una celeste melodía, todo armonía, y gruñir y aullar, por otra, a perros y cerdos que se revuelcan en el cieno. Por boca de los unos habla Cristo; por la lengua de los otros, el diablo. Allí resuenan las siringes con destemplada voz y desagradable espectáculo, pues se ven las mandíbulas hinchadas y distendidos los nervios; aquí, en lugar de flauta, de cítara y siringe, resuena la gracia del Espíritu Santo, que se vale como de instrumento de las bocas de aquellos santos. En fin, por más que digamos, no es posible representaros el placer de aquellos coros, pues estoy hablando con quienes están clavados en el barro y en la fabricación de ladrillos. Por eso, yo quisiera coger a uno de los que se perecen por esas locuras del teatro y llevarlo al desierto mismo y mostrarle allí el coro de los monjes, y holgarían ya todas mis palabras. Sin embargo, aun hablando que hablo con hombres enfangados, yo me esforzaré con mi discurso por sacarlos, siquiera poco a poco, de entre ese fango y ese barro. En el teatro, pues, el oyente es inmediatamente presa de torpe amor; pues como si la vista de la mujer perdida no fuera bastante para inflamar el alma, todavía se añade la pestilencia de su voz. En el desierto, sin embargo, aun cuando algo de eso tuviera el alma, lo depone inmediatamente. Mas no es sólo la vista, no es sola la voz la que perturba a los espectadores del teatro, sino más aún los vestidos. Si el espectador es un pobre, de esos rudos y negligentes, muchas veces le indignará el espectáculo y se dirá a sí mismo: Esta ramera y este pervertido, hijos que son de cocineros y de curtidores y muchas veces de esclavos, viven en este fausto, y

yo, hombre libre e hijo de hombres libres, que me dedico al trabajo honrado, no puedo ni soñar en tales lujos. Y así saldrá del teatro ardiendo de resentimiento. Nada de eso entre los monjes, sino todo lo contrario. Cuando allí contemple un pobre a hijos de ricos, descendientes de antepasados ilustres, vestidos como no visten los últimos entre los pobres, y que de ello se alegran, considerad cuán consolado de su pobreza se retirará de entre los monjes.

Y si eso contempla un rico, de allí se retirará moderado y mejorado. Además, cuando en el teatro vean a una mala mujer vestida de oro, el pobre gemirá y llorará, al ver que su mujer no puede llevar nada de aquello; y los ricos, después de este espectáculo, despreciarán y desdeñarán a sus propias esposas. Porque la figura, la mirada, la voz, el andar, la total disolución que la otra le presenta ante los ojos, bastantes son para inflamarlos y hacer que se retiren, cautivos ya, a sus propias casas. De aquí las injurias y deshonras, de aquí las enemistades, las guerras, las muertes a diario. De aquí hacérseles a estos infelices prisioneros la vida insoportable. Su esposa les es ya desagradable, se enfría el amor de los hijos, la familia se trastorna de arriba abajo y al hombre llega a serle molesta la misma luz del sol. Ni sombra de tales sinsabores, de la contemplación del coro de los monjes. De allí le vendrá a la mujer el hombre suave y manso, libre de todo torpe placer, más fácil de tratar que de primero. Tales son los males que produce el coro del teatro; tales los bienes del coro de los monjes. El uno hace de ovejas lobos, el otro convierte los lobos en corderos.

PLACER EN QUE VIVEN LOS MONJES

Pero quizá no hemos aún dicho nada del placer. ¿Y qué placer mayor puede haber que no sufrir turbación ni dolor alguno en el alma y no saber de tristeza ni angustia? Sin embargo, llevemos más adelante nuestro discurso y examinemos el goce que procuran uno y otro canto, uno y otro espectáculo, y veremos que el uno dura hasta el atardecer, mientras el espectador está sentado en el teatro; luego, sin embargo, le punza más duramente que el más vivo aguijón. El otro, en cambio, permanece constantemente vivo en el alma, pues la figura de aquellos hombres, lo grato del lugar, la dulzura de su modo de vivir, la pureza de su vida, la gracia de aquel bellísimo canto espiritual, queda de asiento para siempre dentro de quienes una vez lo han gozado. Lo cierto es que quienes

continuamente gozan de la paz de estos puertos, huyen en adelante, como de una tormenta, de los alborotos de la vida del mundo. Mas no sólo cantando, no sólo orando ofrecen los monjes su suave espectáculo a quienes los contemplan, sino también cuando se los ve clavados en sus libros. Porque, apenas terminado el coro, unos toman a Isaías y con él conversan; otro habla con los apóstoles, otro estudia los trabajos ajenos y filosofa acerca de Dios y del universo, sobre lo visible y lo invisible, lo sensible y lo inteligible, sobre le vileza de la presente vida y la grandeza de la venidera.

CÓMO SE ALIMENTAN LOS MONJES

Y los monjes se alimentan del mejor de los manjares, pues no ponen a la mesa carnes de animales asadas, sino oráculos de Dios, *más dulces que la miel y el panal*; miel maravillosa y mucho mejor que la que en otro tiempo comía Juan Bautista en el desierto. Esta miel no la fabrican abejas silvestres posadas en las flores, ni la depositan en las colmenas cuando digieren el rocío. No. Esta miel la fabrica la gracia del Espíritu Santo, y Él se la deposita en sus almas sin necesidad de panales ni de colmenas ni alvéolos, a fin de que todo el que quiera, pueda comer de ella tranquila y continuamente. Ahora, que ellos imitan a las abejas de la tierra, y van revoloteando en torno a los panales de los Libros santos y de ellos sacan placer inmenso. Y si quieres conocer su mesa, llégate cerca, verás qué es lo que sale de sus bocas: cosas todas agradables y dulces y que exhalan el más puro perfume espiritual. Las bocas de aquellos hombres no pueden pronunciar una palabra torpe, ni chocarrera, ni áspera, sino que cuantas dicen son dignas del cielo. No erraría quien comparara las bocas de esas gentes que se arrastran por los mercados y buscan rabiosamente los bienes del mundo, con canales de inmundicia, y las de los monjes, con fuentes que manan miel y de las que fluyen las más puras corrientes. Y si alguno se molesta de que llame canales de inmundicia las bocas del vulgo, sepa que todavía he hablado consideradamente, pues la Escritura no tiene esta consideración y se vale de comparación más fuerte: *Veneno de áspides* —dice— *bajo la lengua de ellos y sepulcro abierto es su garganta* (Sal 18, 6). No así las bocas de aquellos hombres, sino que exhalan el más suave perfume. Todo esto por lo que atañe a la presente vida. Mas

¿qué discurso podrá representaros lo que a la otra se refiere? ¿Qué inteligencia podrá comprender su angélica suerte, su bienaventuranza, los bienes inefables que les esperan?

¡AL DESIERTO SIN DEMORA!

Tal vez muchos os habéis enfervorizado ahora y habéis concebido deseos de ese género de vida; mas ¿de qué sirve que, mientras estáis aquí, sintáis ese fuego, si, apenas salís ahí fuera, se extingue su llama y se marchita vuestro deseo? ¿Qué hacer, pues, para que así no sea? Mientras aún está caliente ese amor, marcha sin demora a ver aquellos ángeles e inflámalo más y más. Porque no será tan poderosa mi palabra para encenderos como la vista misma de la realidad. No digas: Quiero hablar con mi mujer y arreglar antes mis asuntos. Esta dilación es principio de negligencia. Escucha cómo, queriendo uno ordenar las cosas de su casa, no se lo consintió el profeta (3 Reyes 19, 20). ¿Y Qué digo ordenar la casa? Al discípulo que quería enterrar a su Padre, ni eso se lo consintió Cristo (Lc 9, 60). Y en verdad, ¿qué cosa más necesaria que el entierro de un padre? Pues ni eso permitió el Señor. ¿Por qué? Porque el diablo ataca con gran ímpetu y sólo busca una rendija por donde filtrarse, y, con un poco de pereza y dilación a que pueda asirse, él la convierte en grande negligencia. De ahí el consejo del Sabio: *No des largas de día en día* (Eccli 5, 8). Porque de este modo llevarás a cabo mayores cosas, de este modo arreglarás mejor los asuntos de tu casa. *Buscad* —dice el Señor— *primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura* (Mt 6, 33). Porque si aun nosotros, a los que dejan sus propios negocios para cuidar de los nuestros, les procuramos librar de toda preocupación, mucho más lo hará Dios con nosotros; Él, que ya sin eso es solícito y próvido. No te preocupes, pues, por tus cosas, sino abandónaselas a Dios. Si tú te preocupas, te preocupas como hombre; pero cuando Dios provee, provee como Dios. No dejes, Pues, lo principal para proveer tú a esas cosas, pues entonces no proveerá Dios con tanto interés. Para que te provea, pues, con interés, déjaselo todo a Él. Porque si, dejando lo espiritual, te das tú a manejar lo temporal, no será tanta la providencia de Dios. A fin, pues, de que aun lo temporal te salga bien y tú te veas libre de toda preocupación, adhiérete a lo espiritual y desprecia lo temporal. De este modo, en

efecto, serás dueño de la tierra y del cielo y alcanzarás, en fin, los bienes eternos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 69

Y tomando Jesús la palabra, de nuevo les habló en parábolas diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un rey que preparó un banquete para las bodas de su hijo. Y despachó a sus siervos para llamar a los convidados al banquete de bodas y éstos no quisieron venir. Nuevamente despachó a otros siervos, a quienes dijo: Decid a los convidados: Mi banquete está preparado. Mis toros y animales cebados han sido sacrificados y todo está a punto. Venid a las bodas. Mas ellos, sin hacerles caso, se marcharon, quién a su campo, quién a su negocio. Los otros, apoderándose de los criados, los maltrataron y hasta los asesinaron, etc. (Mt 22, 1 y sig.).

COMPARACIÓN DE ÉSTA Y LA ANTERIOR PARÁBOLA

Mirad en ésta y en la anterior parábola la diferencia que va entre los siervos y el hijo. Mirad el grande parentesco que hay entre una y otra parábola, a la vez que su grande diferencia. Porque también ésta pone de manifiesto la gran longanimidad y providencia de Dios a la vez que la ingratitud de los judíos; pero contiene algo que no contiene la anterior. Porque ésta pronostica la ruina de los judíos y la vocación de los gentiles; pero juntamente con eso nos muestra la necesidad de la perfección de la vida y cuán grande castigo espera a los negligentes. Y muy a propósito viene ésta después de aquélla. Porque como en la primera había dicho el Señor: *Será dada la viña a un pueblo que dé los frutos de ella*, aquí declara ya qué pueblo sea ése. Aunque no es eso sólo, sino que también aquí se da una prueba de providencia inefable para con los judíos. Porque allí se ve que los llama antes de la cruz; pero aquí insiste en su intento de atraérselos aun después de haber sido por ellos crucificado. Y cuando hubiera debido infligirles el más duro castigo, entonces es cuando justamente los llama y convida al banquete de bodas y los honra con el más alto honor. Y notad cómo allí, lo

mismo que aquí, no son las naciones las que invita primero, sino los judíos. Allí, cuando no quisieron recibirle, antes bien le asesinaron, entonces es cuando entregó a otros la viña; y aquí, cuando ellos se negaron a asistir al banquete de bodas, entonces es cuando llamó a otros. Ahora bien, ¿puede haber ingratitud mayor que ser convidados a bodas y rechazar la invitación? Porque ¿quién no iría de buena gana a unas bodas y bodas de un rey, y de un rey que apareja el banquete en honor de su hijo?

POR QUÉ SE HABLA DE BODAS EN ESTA PARÁBOLA

— ¿Y por qué —me dices— se habla aquí de bodas? —Por que nos demos cuenta de la solicitud de Dios, del amor que nos tiene, de la alegría de su llamamiento, pues nada hay aquí triste ni sombrío, sino que todo rebosa espiritual alegría. De ahí que Juan llame esposo a Cristo (Jn 3, 29) y que Pablo mismo diga: *Os he desposado con un solo varón*. Y: *Este misterio es grande; pero yo hablo en relación a Cristo y a la Iglesia* (2 Cor 11,2; Ef 5, 32). Entonces, ¿por qué no se dice que la esposa se desposa con el Padre mismo, sino con el Hijo? —Porque la que se desposa con el Hijo se desposa también con el Padre. La Escritura habla indiferentemente de eso, por la unidad de sustancia del Padre y del Hijo. Por aquí proclamó también el Señor su resurrección. Como antes había hablado de su muerte, ahora hace ver que después de la muerte habrá bodas y habrá esposo. Mas ni por ésas se mejoraron ni ablandaron los judíos. ¿Puede darse maldad más grande? En verdad, ésta era su tercera culpa. La primera fue haber matado a los profetas; la segunda, al hijo; la tercera, que, después de haberlo matado, y cuando el mismo que mataron los llamó a sus bodas, no quisieron acudir. Y allá se fingen sus pretextos: unas yuntas de bueyes, sus mujeres, sus campos. Sin embargo, parecen pretextos razonables. Mas de ahí hemos de aprender que, por necesarias que sean las cosas que nos retienen, a todo debe anteponerse lo espiritual. Y los llama no de repente, sino con mucho tiempo de anticipación. Porque: *Decid* —dice— *a los convidados*. Y luego: *Llamad a los convidados*. Lo cual agrava la culpa de los judíos. —Y ¿cuándo fueron llamados? —Fueron llamados por los profetas todos, luego por Juan Bautista, pues éste remitía a Cristo a cuantos a él acudían, diciendo: *Es menester que Él crezca*

y yo mengüe (Jn 3, 30). Finalmente, por el mismo Hijo: *Venid a mí* —dice— *todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré* (Mt 11, 28). Y otra vez: *Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba* (Jn 7, 37). Y no los llamaba sólo con sus palabras, sino también con sus obras. En fin, después de su ascensión a los cielos, los llamó por medio de Pedro y los otros apóstoles: *Porque el que dio eficacia a Pedro para el apostolado de la circuncisión* —dice Pablo —, *me la dio también a mí para las naciones* (Gal 2, 8). Ya que al ver al Hijo se irritaron y lo mataron, los vuelve a llamar por medio de los criados. ¿Y para qué los llama? ¿Acaso para trabajos, fatigas y sudores? No, sino para placer. Porque: *Mis toros* —dice— *y los animales de cebo han sido sacrificados*. ¡Qué espléndido banquete! ¡Qué magnificencia! Mas ni esto los hizo entrar dentro de sí mismos. No. Cuanto mayor era la paciencia de Dios, más se endurecían ellos. Porque no es que no fueran al banquete por hallarse ocupados, sino porque eran negligentes. — ¿Cómo es, pues, que unos alegan sus yuntas de bueyes, otros sus casamientos? No hay duda que son ocupaciones. — ¡De ninguna manera! Porque, cuando lo espiritual nos llama, no hay ocupación alguna necesaria. A mi parecer, si alegaron esos pretextos fue para echar un velo y tapadura a su propia pereza. Pero no fue sólo lo malo que no acudieron al banquete, sino que —y esto es mucho más grave y supone mayor locura— se apoderaron de los que fueron a invitarlos y los maltrataron y hasta les quitaron la vida. Esto es peor que lo primero. Los criados de la parábola de la viña vinieron a reclamar la renta y fueron degollados; éstos vienen a convidar a las bodas del mismo hijo, que había sido también muerto, y son también asesinados. ¿Cabe locura más grande? Es lo que Pablo les recriminaba, diciendo: *Ellos que, después de haber muerto al Señor, y a sus propios profetas, nos persiguen también a nosotros* (Tes 2, 15). Luego, para que no dijeran: "Es un contrario de Dios, y por eso no acudimos a la boda", mira lo que dicen los invitantes: es el Padre quien prepara el banquete y Él mismo quien os convida. ¿Qué pasa, pues, después de esto? Ya que no sólo no habían querido aceptar la invitación, sino que mataron a quienes fueron a llevársela, el rey pegó fuego a las ciudades de ellos y, enviando sus ejércitos, los pasó a cuchillo. Con estas palabras les declara de antemano lo que había de suceder en tiempo de Vespasiano y Tito. Y como quiera que al no creerle a Él ofendieron también al Padre, Él mismo es también quien toma

venganza de ellos. Por esto justamente la toma de la ciudad no sucedió inmediatamente de haber dado la muerte a Cristo, sino cuarenta años más tarde —buena prueba de la longanimidad de Dios—, cuando ya habían asesinado a Esteban, pasado a cuchillo a Santiago y maltratado a los apóstoles. ¡Mirad la verdad y rapidez de los hechos! Porque todo sucedió cuando aún vivía Juan Evangelista y muchos de los que habían tratado a Cristo y los mismos que oyeron sus palabras fueron testigos de los hechos. Mirad, pues, la inefable bondad de Dios. Él plantó la viña, Él lo hizo y preparó cumplidamente todo. Asesinados sus criados, todavía envió otros. Pasados también éstos a cuchillo, envía a su propio Hijo. Asesinado también éste, todavía los llama a banquete de bodas, y ¡ellos no quisieron asistir! Luego les envía otros criados, y también a éstos matan. Sólo entonces, cuando se ve que su enfermedad es incurable, se decide a aniquilarlos. Porque que su enfermedad era incurable, no sólo lo demuestran esos hechos, sino el de que, habiendo creído las rameras y los publicanos, ellos cometieron todos esos crímenes. De suerte que los judíos quedan condenados no sólo por los crímenes por ellos cometidos, sino también por las buenas obras que otros practican. Mas si alguno objetara que los gentiles no fueron llamados cuando los apóstoles fueron azotados y sufrieron otras infinitas vejaciones, sino inmediatamente después de la ascensión, pues entonces les dijo el Señor: *Marchad y haced discípulos míos en todas las naciones* (Mt 10, 6), a ello podemos responder que no; tanto antes como después de la cruz, los judíos fueron los primeros a quienes Él habló. En efecto, antes de la cruz, les dice a sus discípulos: *Marchad a las ovejas perdidas de la casa de Israel* (Mt 10, 6). Y después de la cruz, no sólo no les prohibió, sino que más bien les mandó que a ellos se dirigieran los primeros. Porque no dijo sólo: *Haced discípulos míos a todos los pueblos*, sino que, estando para subir al cielo, dio a entender que a los judíos hablarían primero. Porque: *Recibiréis* —les dice— *la fuerza del Espíritu, que vendrá sobre vosotros, y seréis testigos míos en Jerusalén y en toda la Judea y hasta lo último de la tierra* (Hechos 1,8). Y Pablo a su vez: *El que dio eficacia a Pedro para el apostolado de la circuncisión, me la ha dado también a mí para las naciones* (Gal 2, 8). De ahí que los apóstoles fueran ante todo a los judíos, y después de haber vivido mucho tiempo en Jerusalén, luego, expulsados por los mismos judíos, se dispersaron por las naciones.

"ID POR LOS CRUCES DE CAMINOS"

Mas considerad también aquí la generosidad del Señor: *Cuantos hallareis* —dice—, *llamadlos a las bodas*. Antes de esto, como he dicho, los apóstoles hablaban a la vez a judíos y gentiles, permaneciendo durante mucho tiempo en la Judea; mas como se obstinaban en armarles asechanzas, escuchad cómo interpreta Pablo esta parábola, diciendo así: *A vosotros era menester ante todo hablaros la palabra de Dios; pero ya que vosotros os habéis juzgado indignos a vosotros mismos, he aquí que nos volvemos a las naciones* (Hechos 13, 46). De ahí que diga aquí el Señor mismo: *El banquete de bodas está preparado, pero los convidados no eran dignos*. Ahora bien, eso lo sabía Él muy bien antes de que sucediera. Mas para no dejarles pretexto alguno de desvergonzada contradicción, aun sabiéndolo, a ellos fue primero y a ellos envió sus criados. Con lo cual quería ciertamente taparles a ellos la boca; pero también enseñarnos a nosotros a cumplir lo que depende de nosotros, aun cuando nadie hubiere de sacar provecho alguno. Como quiera, pues, que no eran dignos: *Marchad* —dice— *a los cruces de caminos y llamad a cuantos hallareis*. A la gente cualquiera, a los más abyectos. Muchas veces había dicho el Señor que las rameras y publicanos heredarían el reino de los cielos (Mt 21, 31) que los primeros serían los últimos, y los últimos los primeros (Mt 19, 30), y ahora hace ver cuán justamente había de ser así. Y eso era lo que más que nada picaba a los judíos, eso había de escocerles más, y mucho más, que la misma ruina de su ciudad: ver que en lugar suyo entraban en el banquete los gentiles.

LA VESTIDURA NUPCIAL

Luego, para que tampoco éstos pongan su confianza en la sola fe, les habla también del juicio, que se hará sobre las malas obras, a fin de que quienes no habían aún creído, se acercaran a la fe, y los que ya creían pusieran todo cuidado en su vida. Porque la vestidura de que habla la parábola, la vida y las obras quiere decir. Realmente, el llamamiento fue obra de la gracia. — ¿Cómo, pues, nos habla de perfección de vida? —Porque, sí, el ser llamados y purificados fue obra de la gracia; pero que el llamado y vestido de ropas limpias las conserve constantemente limpias, eso pertenece ya a su propia diligencia. Ciertamente, el ser llamado no fue por propio mérito, sino de gracia. Luego había que corresponder a la

gracia con la obediencia, y no, después de tanto honor, cometer tamaña maldad. —Pero yo —me dices— no he recibido tantos beneficios como los judíos.

—En verdad, mayores los has recibido. Porque lo que durante tanto tiempo les fue preparado a ellos, tú lo has recibido de golpe, sin merecerlo. De ahí que dijera Pablo: *Mas las naciones, que glorifican a Dios por su misericordia* (Rom 15, 9). Porque lo que a ellos les debía, tú lo has recibido. De ahí que es también muy grande el castigo reservado a quienes hubieren sido negligentes. Porque así como los judíos ofendieron a Dios por no haber acudido al banquete, así también tú por haberte sentado a la mesa con una vida corrompida. Porque haber estado con vestidos sucios, no otra cosa quiere decir sino salir de este mundo con vida impura. Por eso enmudeció —dice el evangelista—el pobre convidado con ropa sucia. Mirad cómo, aun siendo tan evidente el caso, el Señor no le castiga hasta que el mismo pecador no pronuncia su sentencia. En efecto, por el mismo hecho de no tener qué replicar, se condenó a sí mismo, y entonces es arrebatado para los suplicios inexplicables. Porque, oyendo hablar de tinieblas, no os imaginéis que se le castiga sólo mandándole a un lugar oscuro. En ese lugar hay también *llanto y crujir de dientes*; palabras con que nos quiere dar a entender tormentos insoportables. Escuchad vosotros que, después de haber participado de los divinos misterios y asistido al banquete de bodas, vestís vuestra alma de sucias acciones. Escuchad de dónde fuisteis llamados: de un cruce de caminos. ¿Y qué erais entonces? Cojos y mutilados de alma, que es mucho peor que serlo de cuerpo. Respetad la benignidad del que os ha llamado y nadie venga con vestidos sucios. Cuidemos todos diligentemente de la ropa de nuestra alma.

CONTRA EL LUJO EN EL VESTIR

Escuchadme, mujeres; escuchadme, hombres. No son esos vestidos recamados de oro los que os hacen falta; esos que sólo por de fuera os adornan, sino los que os adornan interiormente. Mientras tengamos los de fuera, difícil es que nos adornemos con los de dentro. No es posible adornar a la vez el cuerpo y el alma, no es posible. No es posible a la vez ser esclavo de Mammón y servir, como se debe, a Cristo. Rechacemos, pues, esa dura tiranía. Si uno adornara espléndidamente tu casa colgando

cortinajes de oro y a ti te hiciera sentarte allá cubierto de harapos, no lo podrías llevar con paciencia. Pues eso es lo que tú haces ahora contigo mismo: la casa de tu alma, quiero decir, tu cuerpo, la adornas con espléndidos cortinajes, y a la pobre de tu alma la dejas allá sentada entre harapos. ¿No sabéis que el ornato del emperador ha de ser superior al de la ciudad? De ahí justamente que a la ciudad se disponen doseles de lino, mas al emperador se le reserva la púrpura y la diadema. Así tú, a tu cuerpo has de vestirle de ropa de inferior calidad; mas a tu alma has de vestirla de púrpura, ponerle una corona sobre la cabeza y sentarla sobre alto y magnífico carruaje. Lo contrario de lo que ahora haces, que adornas muy lujosamente la ciudad, y a tu alma, que es la emperatriz, la dejas arrastrarse, cautiva, detrás de sus pasiones irracionales. ¿No caes en la cuenta que has sido llamado a unas bodas, y bodas de Dios? ¿No reflexionas cómo ha de entrar el alma en estas salas nupciales: *Coronada con franjas de oro en variedad de colores*? (Salmo 44, 10)

LOS MONJES SON LOS QUE MEJOR VISTEN LA VESTIDURA NUPCIAL

¿Queréis que os muestre ahora quiénes son los que así van vestidos, quiénes llevan la ropa nupcial? Acordaos de aquellos santos de que ayer os hablaba, aquellos que visten vestidos de pelos y moran en los desiertos. Estos son los que mejor llevan la vestidura que piden aquellas bodas. Y he aquí la prueba: cuantos vestidos de púrpura les ofrecierais, jamás los aceptarían. No. Como el emperador rechazaría con asco los harapos que le mandaran vestir, así ellos rechazan con gesto de horror la púrpura del emperador. Y no de otra razón alguna les viene este horror sino de que conocen la belleza de su propio vestido. De ahí que rechacen, como telas de arañas, los mantos de púrpura. El saco les ha enseñado eso. Y en verdad, ellos están más altos y son más brillantes que el mismo emperador. Y si te fuera posible abrir las puertas de su espíritu y contemplar la propia alma de ellos y todo su interior ornato, caerías por lo menos en tierra, pues no serías capaz de soportar el resplandor de aquella hermosura, ni los rayos de sus vestidos, ni el fulgor de su conciencia. Yo podría ciertamente hablaros también de hombres antiguos grandes y admirables; mas como quiera que los ejemplos que tenemos a la

vista mueven más a las gentes rudas, de ahí que nuevamente os remito a las tiendas de aquellos santos. Nada saben ellos de tristeza. Antes bien, como quienes han clavado en los cielos sus cabañas, así, de lejos de las penalidades de la presente vida han puesto sus reales, acampados contra el diablo, a quien hacen la guerra como danzando. He ahí justamente la razón por que, clavadas allí sus tiendas, han huido de las ciudades, plazas y casas. En efecto, quien tiene que hacer la guerra, no puede morar de asiento en casa. No. Su morada ha de ser completamente improvisada, como quien inmediatamente la tiene que abandonar. Así lo hacen todos ellos, viviendo de modo contrario a nosotros. Porque nosotros no vivimos como en campaña, sino como en ciudad en paz. ¿A quién, en efecto, estando en campaña, se le ocurrió jamás echar unos cimientos y construir una casa que poco después tiene que abandonar? A nadie en absoluto. El que algo así intentara, sería inmediatamente ejecutado como traidor.

¿Quién en pleno campamento se entretiene en comprar tierras en barbecho y montar un negocio? Nadie en absoluto, y con mucha razón. Aquí no has venido —le dirían— a negociar, sino a luchar. ¿A qué, pues, afanarte por un lugar que de aquí a unos momentos tendrás que abandonar? Cuando volvamos a la patria, sí que podrás hacer eso; cuando nos retiremos a nuestra ciudad, allá arriba, gozarás de ese vagar. Lo mismo os digo yo ahora. Cuando hallemos nuestra posesión celeste, ocupaos entonces en eso. Pero digo mal, entonces para nada necesitaréis esos trabajos, pues el rey os lo dará todo hecho. Aquí basta abrir un foso en torno al campamento, basta que clavemos una empalizada. Casa, no la necesitamos para nada. Escuchad cómo viven los escitas amaxobios y lo que cuentan de la vida de los nómadas. Así debieran vivir los cristianos: ir recorriendo todo el mundo, luchando contra el diablo, librando a los que por él han sido hechos prisioneros, desprendiéndose de todo lo terreno. ¿Para qué, hombre, te preparas aquí una casa? ¿Para atarte más a ti mismo? ¿Para qué entierras un tesoro, y convidas así contra ti mismo al enemigo? ¿Para qué construyes en torno tuyo muralla, que no es otra cosa que encerrarte en una cárcel? Más si todo esto te parece difícil, vayamos a las tiendas de los monjes y comprenderemos por los hechos mismos su facilidad. Aquéllos, en efecto, clavan sus cabañas, y cuando es menester abandonarlas, así se retiran de ellas como los soldados, que dejan el campamento una vez hecha

la paz. En verdad, como soldados acampan ellos, o por mejor decir, más gratamente que los soldados. Porque, efectivamente, más grato es ver el desierto poblado de celdas de monjes que se suceden unas a otras que no ver cómo los soldados tienden sus lonas en el campamento, cómo clavan sus lanzas en el suelo y en los cuentos de ellas colgar mantos azafranados. Allí la muchedumbre de hombres con yelmos de bronce en sus cabezas, allí los bollones de los escudos relampagueantes, allí forrados ellos de hierro el cuerpo entero, el palacio imperial improvisado, una inmensa llanura desplegada; unos que toman su almuerzo, otros que tocan flautas. Mas no es éste espectáculo tan grato como el que yo os describo ahora. Si vamos, en efecto, al desierto y contemplamos las tiendas de los soldados de Cristo, no veremos lonas tendidas, ni puntas de lanzas, ni mantos de oro que forman la tienda real, no. Como si alguien fuera capaz de tender sobre una tierra mucho más ancha que la nuestra, sobre una tierra sin límites, muchos más cielos que los que ahora vemos —espectáculo nuevo para estremecernos—; tal es el que en el desierto nos es dado contemplar. Aquellos tugurios, en efecto, nada tienen que envidiar a los cielos, como quiera que allí bajan los ángeles y hasta el Señor mismo de los ángeles. Porque si fueron a visitar a Abrahán, no obstante tener mujer e hijos, por haberlo visto hospitalario, mucho más habitarán donde hallen mayor virtud, allí donde vean a un hombre desprendido de su cuerpo y que en la carne desprecia la carne, y allí danzarán danzas cual dicen, con los ángeles.

OTRAS EXCELENCIAS DE LA VIDA DE LOS MONJES: SOBRIEDAD DE SU MESA, SEGURIDAD DE SU VIDA

La mesa de los monjes está igualmente exenta de todo exceso, limpia y llena de sabiduría. No corren allí torrentes de sangre, no se ven allí carnes cortadas, no saben lo que son pesadeces de cabeza, ni finos condimentos, ni grasa maloliente, ni humo desapacible, ni carreras, ruidos, alborotos y gritos desagradables. Allí sólo hay pan y agua. Ésta de una limpia fuente; el otro, ganado con el justo trabajo. Si quieren que el banquete sea un poco más espléndido, la esplendidez la forman unas uvas; y más placer hallan ellos en ellas que otros en las mesas imperiales. Allí no hay de qué temer ni temblar: el magistrado no acusa, la mujer no irrita, los hijos no enfadan, la risa desordenada no disipa, la

muchedumbre de aduladores no hincha. Aquélla es mesa de ángeles, ajena a todas estas turbaciones. De lecho les sirve la hierba, como lo hizo Cristo cuando dio de comer a la gente en el desierto. Muchos ni siquiera duermen bajo techo, sino que de tal les sirve el cielo, así como la luna de lámpara, que, por cierto, no requiere aceite ni de quien lo provea. En verdad, sólo a ellos les luce ella dignamente.

Esta mesa los ángeles la contemplan desde el cielo, su vista les alegra y les recrea. Porque si ellos se alegran por un pecador que hace penitencia, ¿cómo no alegrarse de ver a tantos justos que los imitan a ellos mismos? No hay allí amo ni esclavo. Todos son esclavos y todos son señores. No penséis que os estoy proponiendo una adivinanza: unos de otros son esclavos y unos de otros son señores. Llegada la noche, no se ponen allí tristes, como acontece a tantos hombres, que hacen entonces el recuento de las calamidades y preocupaciones de cada día. No tienen que preocuparse, después de cenar, de ladrones, ni cierran la puerta, ni echan el cerrojo, ni tienen otros miedos de otras gentes, que apagan con mucho cuidado las lámparas a fin de que una chispa no prenda fuego a la casa.

DE QUÉ HABLAN LOS MONJES

Su conversación respira la misma calma. Porque no conversan ellos como nosotros, que hablamos de lo que no nos importa: a Fulano le han hecho gobernador, a Zutano le han quitado el gobierno, Fulano ha muerto y otro ha recibido su herencia, y así por el estilo. No. Los monjes hablan y discurren sólo de lo venidero, y, como si habitasen otro mundo, como si se hubieran trasladado ya al mismo cielo, como si allí vivieran, así hablan de las cosas todas del cielo: del seno de Abrahán, de las coronas de los santos, del cortejo que a Cristo acompaña. De lo presente, ni recuerdo ni palabra. No. Como nosotros despreciaríamos hablar de lo que hagan allá las hormigas en sus agujeros y galerías, así ellos de lo que por acá hacemos nosotros. No. Su conversación versa sobre el rey del cielo, sobre la guerra que tienen entre manos, sobre las maquinaciones del diablo, sobre las hazañas llevadas a cabo por los santos.

COMPARÉMONOS CON LÓS MONJES

—Si, pues, nos comparamos nosotros con los monjes, ¿en qué nos diferenciamos de las hormigas? —En nada. Porque así como éstas sólo se preocupan de lo corporal, de lo corporal sólo nos preocupamos nosotros. ¡Y ojalá que nos contentáramos con eso! Lo cierto es que llevamos nuestra preocupación a cosas mucho peores. Porque no sólo nos afanamos por lo necesario, como las hormigas, sino también por lo superfluo. Las hormigas ejercen un comercio exento de toda culpa; nosotros nos damos a toda suerte de avaricia. Y ya no imitamos siquiera a las hormigas, sino a los lobos, a los leopardos, o, por decir mejor, somos peores que esas fieras. Peores, porque a ellas su naturaleza les dio alimentarse así; nosotros, sin embargo, a quienes Dios honró con la razón y la equidad, nos hemos vuelto peores que las mismas fieras. ¡Qué contraste! Nosotros peores que los animales, y los monjes semejantes a los ángeles, peregrinos y forasteros a las cosas de acá abajo, distintos en todo a nosotros: en su vestir, en su comida, en su vivienda, en su calzar y en sus palabras. Si alguno los oyera hablar a ellos y a nosotros, vería claramente que ellos son ciudadanos del cielo, y nosotros no merecemos serlo ni de la tierra. De ahí ciertamente que, cuando algún alto dignatario va a visitarlos, allí, allí mejor que en parte alguna, se ve confundido todo fausto. Allí el pobre labriego, que nada sabe de las cosas de este mundo, se sienta, junto al general, muy orgulloso de su dignidad, sobre un poco de hierba y una mugrienta almohada. Porque no hay allí quienes a éste le exalten e hinchen, sino que sucede algo así como quien se acerca a un orífice o a un rosal: siempre llega algún brillo del oro o perfume de rosal. Así aquellos mundanos siempre sacan algún provecho del resplandor de los monjes, y, siquiera por poco tiempo, se ven libres de su anterior orgullo. Y como uno que se sube a una altura, por menudo que sea, parece alto, así éstos, subidos a la altura de los pensamientos de los monjes, parecen como ellos; por lo menos, el tiempo que allí están; que luego, bajados de aquellas alturas, otra vez vuelven a su bajeza. Nada significa entre ellos emperador ni prefecto. Antes bien, como nosotros nos reímos de los niños cuando juegan a emperadores y demás, así rechazan ellos la hinchazón de los que por de fuera se contonean. Y he aquí la prueba: si alguien les ofreciera el imperio del que hubieran de gozar con toda tranquilidad, jamás lo

aceptarían; y no hay duda que lo aceptarían, si no tuvieran más altos pensamientos, si no creyeran que es cosa pasajera.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡AL DESIERTO TODOS!

¿Por qué, pues, no pasarnos a esta felicidad, por qué no irnos con esos ángeles, vestirnos de limpias vestiduras y asistir a aquellas bodas? ¿Preferiremos seguir mendigando, en no mejores condiciones que quienes lo hacen por esas calles y aun peor y más míseramente que ellos? En verdad, peores que mendigos son los que ilícitamente se enriquecen, y más vale mendigar que no robar. Lo en uno es perdonable, lo otro merece castigo. Mendigar no ofende en nada a Dios; el robo ofende a los hombres y a Dios. Por otra parte, uno es el que tiene que sufrir los percances del robo, y otro muchas veces el que goza de su fruto. Sabiendo, pues, esto y dando de mano a toda avaricia, seamos avaros de los bienes del cielo y arrebatemos con todo empeño el reino de los cielos. Porque no es, no, posible que entre allí ningún perezoso. Quiera Dios que todos seamos fervorosos y vigilantes, y así alcanzarlo, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria y poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 70

Marchando entonces los fariseos, se confabularon a fin de cogerle en alguna palabra (Mt 22,15 y sig.).

LA CUESTIÓN DEL TRIBUTO AL CÉSAR

Entonces. ¿Cuándo? Cuando más que nunca debieran haberse compungido, cuando debieran haber admirado su benignidad y temer lo por venir; y por lo pasado, darle fe en lo referente a lo por venir. En verdad, hechos y palabras clamaban juntamente: los publicanos y las rameras habían creído, los profetas y los justos habían sido asesinados, y, partiendo de estos hechos, su deber era no contradecirle en lo que atañía a su propia ruina, sino creerla y entrar en razón. Sin embargo, ni por esas ceja un punto su malicia, sino que está siempre al acecho y avanza siempre más allá. Mas como no les era posible detenerle, pues temían a las muchedumbres, echan por otro camino a fin de ponerle en peligro y hacerle reo de público delito. *Le envían, en efecto, los fariseos sus*

propios discípulos juntamente con los herodianos y le dicen: Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios con verdad y que a ti te importa lo que piense la gente, pues no miras la condición de las personas. Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito o no es lícito pagar el tributo al César? Tributo, cierto es que ya lo estaban pagando, pues su república había caído en poder de los romanos. Ahora bien, como habían visto que poco antes habían muerto por esta causa Teudas y Judas, condenados como cabecillas de rebelión; intentaron también con estas palabras que sospecha semejante cayera sobre el Señor. De ahí el mandarle los fariseos sus propios discípulos juntamente con partidarios de Herodes, abriéndole, a lo que se imaginaban, un doble abismo y tendiéndole el lazo por todas partes. Respondiera lo que respondiera, estaba cogido: si respondía en favor de los herodianos, le acusarían ellos; si en favor de los fariseos, los herodianos se encargarían de pasarle cuentas. En verdad, el Señor mismo había pagado el didracma; pero ellos no debían de saberlo y esperaban cogerle por todas partes. Sin embargo, su deseo hubiera sido que Jesús dijera algo contra los herodianos. De ahí que los fariseos le envían sus propios discípulos, cuya presencia podía empujarle a ello, para entregarle luego al gobernador como sedicioso. Esto quiso, sin duda, dar a entender Lucas al decir que le preguntaron en presencia del pueblo, con el fin de disponer de mayor número de testigos. Mas el resultado fue al revés: fueron ellos los que, delante de mayor concurrencia, dieron muestra de su insensatez.

ADULACIÓN Y ASTUCIA FARISAICA

Y advertid la adulación y la encubierta astucia de los fariseos: *Sabemos* —dicen— *que eres veraz*. Entonces, ¿por qué decíais que era un impostor, que extraviaba al pueblo, que estaba endemoniado y que no venía de Dios? (Cf. Mt 27,63; Jn 7,12; 10, 20; 9, 16; 7, 20) ¿Cómo es que poco antes tramabais el modo de deshaceros de Él? Pero todo va sucediendo al hilo de lo que su insidia les ordena y manda. Y es así que como antes, por haberle preguntado con arrogancia: *¿Con qué autoridad haces esto?* (Mt 21,23), no habían obtenido respuesta a su pregunta, ahora esperan embaucarle con sus adulaciones y llevarle blandamente a decir algo contra las leyes establecidas y contra el poder entonces

imperante. De ahí que empiezan por rendir homenaje a su veracidad, en lo que no hacen sino reconocer la realidad, siquiera no lo hagan con recta intención ni espontáneamente. Y luego añaden: *A ti no te importa lo que piense la gente*. Mirad aquí cómo se manifiesta su intención de obligarle a decir algo que le hiciera chocar con Herodes, sospechoso de aspirar al poder, como quien se levantaba contra la ley, y así tuvieran asidero para castigarle como a sedicioso y ambicioso del mando. Esas palabras, en efecto: *A ti no te importa lo que piense la gente ni miras la condición de las personas*, a Herodes y al César apuntaban veladamente. Luego le dicen: *Dinos, pues, qué te parece*... ¿Cómo ahora le honráis y le tenéis por maestro después de haberle despreciado e insultado muchas veces cuando os hablaba de lo tocante a vuestra salvación? De ahí que ellos mismos se han sentenciado. Y notad ahora su astucia, porque no le dicen: "Dinos qué es lo bueno, lo conveniente, lo legítimo", sino: *Dinos qué te parece*. Tan fija tenían su mirada en traicionarle y hacerle odioso al poder político. Marcos, por su parte, para declarar eso mismo y descubrir más patentemente su malicia y criminales intenciones, nos cuenta que dijeron, *¿Le damos el tributo al César o no se lo damos?* (Mc 12,14) Así, respirando furor, preñados de insidia, simulan consideración y respeto.

¿Qué contesta, pues, Cristo? ¿Por qué me venís a tentar, hipócritas? Notad la viveza del tono con que les habla. Como su malicia era consumada y patente, el Señor descarga más duro golpe, confundiéndolos ante todo y reduciéndolos a silencio. Y así, saca a la luz sus íntimos pensamientos y pone a los ojos de todos las intenciones con que se le acercan. Y este lo hacía para reprimir su maldad y evitar el propio daño de ellos al intentar nuevamente lo mismo. A decir verdad, las palabras de sus enemigos venían rebosando consideración, pues le llamaban maestro y atestiguaban su veracidad e independencia de todo humano respeto; mas, Dios que era, con nada de eso le pudieron engañar. De ahí debieran ellos haber conjeturado que la reprensión del Señor no era mera conjetura, sino señal de que conocía sus más íntimos pensamientos.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR

Mas no se detuvo el Señor en la reprensión, si bien hubiera

bastado haber argüido su intención para dejar confundida su maldad. Sin embargo, no se para ahí, sino que trata de cerrarles la boca de otro modo. Y así: *Mostradme* —dice— *la moneda con que pagan el impuesto*. Y ya que se la hubieron mostrado, según su costumbre, por boca de ellos pronuncia la sentencia, a ellos mismos les obliga a fallar que era lícito pagar el tributo al César. Lo que era una clara y espléndida victoria de Cristo. Y así, si les pregunta, no es que Él ignore lo que pregunta, sino que quiere condenarlos por sus mismas respuestas. *Preguntóles, pues, el Señor: ¿De quién es esta figura y esta inscripción? Y ellos le respondieron: Del César. Pagad, pues, dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios* —concluyó Jesús—. Porque aquí no se trata de dar, sino de pagar, y esto se demuestra por la figura y la inscripción de la moneda. Pero para que no pudieran echarle en cara: ¿Luego tú nos sometes a los hombres?, prosiguió: *Y a Dios lo que es de Dios*. Posible es, en efecto, cumplir lo que toca a los hombres y dar a Dios lo que a Dios le debemos. De ahí que también Pablo diga: *Pagad a todos los que se les debe: a quien impuesto, impuesto; a quien tributo, tributo; a quien honor, honor* (Rom 13,7). Por lo demás, cuando se os dice: *Pagad al César lo que es del César*, entended que habla el Señor sólo de aquellas cosas que no se oponen a la religión; pues en caso contrario, ya no sería tributo pagado al César, sino al diablo.

LA CUESTIÓN DE LA RESURRECCIÓN

Oyendo la respuesta del Señor, fariseos y herodianos quedaron mudos y hasta admiraron su sabiduría. Luego debían haber creído, luego debían haber quedado atónitos, pues les había dado una prueba de su divinidad al descubrirles sus íntimos pensamientos y, por otra parte, les había hecho callar con tanta moderación. ¿Y qué? ¿Por ventura creyeron? ¡En modo alguno! Antes bien, dejándole, se retiraron, y tras ellos vinieron los saduceos. ¡Qué insensatez! Reducidos aquéllos a silencio ahora atacan éstos, cuando el ejemplo anterior debiera haberlos hecho más cautos. Pero así es de su cosecha la audacia: cínica y descarada, capaz de intentar lo imposible. De ahí que el propio evangelista, impresionado sin duda por el orgullo de los émulos del Señor, da eso mismo a entender diciendo: *En aquel día se le acercaron los saduceos*. ¿En qué día? En el mismo día en que había confundido

la malicia de los fariseos y los había dejado cubiertos de ignominia. ¿Y quiénes son estos saduceos? Esta es otra secta judaica, distinta de la de los fariseos y muy inferior a ésta, según la cual no hay resurrección ni ángeles, ni espíritu. Secta más inculta que la farisaica, atenida sólo a lo corporal. Porque es de saber que también entre los judíos había muchas sectas. De ahí que Pablo diga: *Yo soy fariseo, la secta más rigurosa entre nosotros* (Hechos 23,6). Notemos ante todo que estos saduceos no dicen directamente nada sobre la resurrección, sino que se inventan un cuento, un caso, a mi parecer, jamás sucedido, creyendo que con ello iban a poner en apuros al Señor y con intento de echar por tierra una y otra cosa: que hubiera de haber resurrección y que tal hubiera de ser la resurrección. Y también estos, no hay que negarlo, se acercan con modesto ademán y le dicen: *Maestro, Moisés nos dijo: Si alguno muere sin tener hijos, el hermano tome la mujer del difunto y levante descendencia a su hermano* (Deut 25,5). *Hubo, pues, entre nosotros siete hermanos, y el primero casose y murió sin hijos. Y lo mismo el segundo, y el tercero, y hasta el séptimo. Finalmente, murió también la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de quién de los siete será la mujer?* Mirad ahora cuán magistralmente les responde el Señor. Porque si bien es cierto que también estos saduceos se le acercaron con malicia, sin embargo, su pregunta era más bien nacida de ignorancia. De ahí que a éstos no los llame hipócritas. Por otra parte, ellos mismos, a fin de que no pudiera objetárseles por qué los siete hermanos tuvieron una misma mujer, ponen por delante a Moisés. Por más que, como ya he dicho, a mi parecer se trata de una pura invención. Porque, al haber visto muertos a dos maridos, el tercero no hubiera tomado la mujer, y menos que el tercero, el cuarto y el quinto; y, en fin, si hasta cinco la hubieran tomado, el sexto y séptimo la hubieran tenido a la mujer aquella como de mal agüero. Tal es, en efecto, el carácter de los judíos. Porque si aun ahora son supersticiosos, mucho más entonces. Y aun sin ese exorbitante número, y no obstante el apremio de la ley, muchas veces huían de tales matrimonios. Así vemos que Rut, la famosa mujer moabita, vino a parar al más remoto de sus parientes (Rut 4,1-10); y por ello también Tamar se vio obligada a burlar a su suegro para tener de él descendencia (Gen 38). Y ¿por qué razón no se inventaron dos o tres maridos, sino hasta siete? —Porque así pensaban poner mejor en ridículo la resurrección. De ahí que recalquen: *Todos la*

tuvieron, como si por ahí hubieran de poner en aprieto al Señor.

LA RESPUESTA DE JESÚS

¿Qué responde, pues, Cristo? El Señor responde a dos cosas, no mirando precisamente a sus palabras, sino a su intención, descubriendo, como siempre, los íntimos pensamientos de quienes le preguntan, siquiera unas veces los saque a la pública vergüenza y otras los deje a la conciencia de ellos. Mirad, por ejemplo, aquí cómo pone de manifiesto dos cosas: que habrá resurrección y que no será como ellos se la imaginaban. ¿Qua les dice, en efecto? *Erráis por no entender las Escrituras ni comprender el poder de Dios*. Ya que ellos, como si las conocieran, le habían ido con Moisés y la ley por delante, Él les demuestra, ante todo, que su pregunta suponía la más crasa ignorancia de las Escrituras. De ahí, en efecto, de su desconocimiento de las Escrituras, de su ignorancia del poder de Dios, procedía que le fueran a tentar a Él. ¿Qué maravilla, pues —viene a decirles—, que me tentéis a mí, que soy aún un desconocido para vosotros, cuando no conocéis siquiera el poder de Dios, del que tantas pruebas habéis recibido? Ni por el sentido común ni por las Escrituras habéis sido capaces de conocerlo. Como quiera que el mismo común sentir nos hace conocer que todo es posible para Dios.

CÓMO RESUELVE EL SEÑOR LA DIFICULTAD

Y ante todo responde a lo que se le había preguntado. Como quiera que la causa de no creer los saduceos en la resurrección era imaginarse que en ella las cosas habían de ser como ellos decían, el Señor empieza por curar la causa, para pasar luego a los accidentes (de allí, en efecto, había procedido la enfermedad), y así les hace ver el modo de la resurrección: *Porque en la resurrección* —les dice—, *ni los hombres tomarán mujer, ni las mujeres marido, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo.* Lucas, por su parte, dice: *Como hijos de Dios* (Lc 20,36). Si, pues, no ha de haber casamientos, holgaba la cuestión de los saduceos. Sin embargo, no son ángeles por no casarse, sino que no se casarán por ser como ángeles. Con esta sola palabra deshizo muchos otros prejuicios, todo lo que Pablo dio también a entender con una sola palabra: *Porque pasa la figura de este mundo* (1 Cor 7,31). Así demostró cómo había de ser la resurrección; y que ésta

había de darse, lo va a demostrar ahora. En realidad, ya con lo dicho estaba demostrada; sin embargo, para más abundamiento, la quiere afirmar expresamente con su palabra. Porque el Señor no miró sólo a lo que le habían preguntado, sino también al pensamiento de quien le preguntaba. De este modo suele Él, cuando no se le pregunta con demasiada malicia, enseñar más de lo que se le pregunta; que cuando lo hacen de pura malicia, ni a las preguntas responde. Y aquí también, ya que ellos le habían echado a Moisés por delante, por la autoridad de Moisés les cierra la boca y les dice: *Y acerca de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído: Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?* (Ex 6,3) Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. No es Dios —les dice— de quienes no existen, de quienes en absoluto han desaparecido y que no han de levantarse más. Porque no dijo: “Yo era", sino: *Yo soy*, es decir, de que quienes existen y viven, porque, a la manera que Adán, si bien estaba vivo el día que comió del árbol prohibido, murió por sentencia divina, así éstos, aun cuando habían muerto, vivían por la promesa de la resurrección, ¿Cómo, pues, en otro lugar dice Pablo: *A fin de que Él domine sobre vivos y muertos?* (Rom 14,9). No hay contradicción entre uno y otro pasaje. Porque aquí habla Pablo de muertos que también han de resucitar. Por lo demás, uno es el sentido de: *Yo soy el Dios de Abrahán*, y otro el de: *A fin de que Él domine sobre vivos y muertos*. Y, en fin, aun sabe el Señor otro género de muertos; sobre el que dice: *Dejad que los muertos entierren a sus propios muertos* (Lc 9,60). Y las gentes que lo oyeron quedaron maravilladas de su doctrina. Las gentes; no, ni aquí siquiera, los saduceos. Éstos se retiran derrotados; las gentes, ajenas a todo partidismo, sacan fruto.

EL EJÉRCITO DE LOS MONJES, MÁS ADMIRABLE QUE LOS EJÉRCITOS DE SOLDADOS

Ya, pues, que tal es la resurrección, no dejemos piedra por mover a fin de obtener en ella los primeros puestos. Mas, si os parece, permitidme que os muestre a quienes ya antes de la resurrección gozan de sus frutos, para lo cual vamos nuevamente a trasladarnos al desierto. Nuevamente, en efecto, voy a tratar del mismo tema, pues veo que me escucháis con creciente gusto. Contemplemos, pues, hoy aquellos ejércitos espirituales y veamos

aquel placer limpio de todo temor. Porque allí no acampan entre lanzas, como nuestros soldados (aquí terminamos ayer nuestro discurso), ni armados de escudos y corazas. No. Desnudos los veréis de todo eso, y, sin embargo, llevando a cabo hazañas como no son capaces de cumplir los soldados imperiales con sus armas. Y si eres capaz de comprenderlo, ven, dame tu mano y vamos los dos a esta guerra y veamos el orden de combate. Porque, sí, también éstos hacen diariamente la guerra, y pasan a cuchillo a sus contrarios, y vencen a todas las concupiscencias que a nosotros nos asedian. Allí las contemplarás derribadas por tierra, sin poder ni respirar. Allí se ve puesta por obra aquella sentencia del Apóstol que dice: *Los que son de Cristo han crucificado su carne con todas sus pasiones y concupiscencias* (Gal 5,24). ¡Mira qué muchedumbre de cadáveres tendidos, atravesados por la espada del espíritu! De ahí que no se vea allí rastro de embriaguez ni glotonería, como lo demuestra bien la mesa y el trofeo que sobre ella se levanta. Embriaguez y glotonería están allí tendidas muertas. No bebiendo más que agua, los monjes derrotan y ponen en fuga a ese monstruo de la embriaguez con sus mil formas y sus mil cabezas. Porque, sí, lo mismo que la Escila y la hidra de la fábula, también la embriaguez tiene muchas cabezas. De aquí nace la fornicación, de allí la ira, de otro lado la molicie, de otro los torpes amores. Mas en el desierto, todo eso ha sido muerto. En verdad, aquellos otros ejércitos, aun cuando venzan a infinitos enemigos, son por éstos derrotados. Ni armas, ni lanzas, ni otros aprestos de guerra algunos pueden hacer frente a estos escuadrones de las pasiones. Aquellos gigantes, aquellos campeones, aquellos héroes que han llevado a cabo tantas proezas, luego los verás atados, sin cadenas, por el sueño y la embriaguez, y tendidos heridos, sin verter una gota de sangre ni recibir un golpe, como los que de veras han sido heridos, y hasta mucho peor que éstos. Porque el herido en la batalla, por lo menos aún respira; pero éstos, ni la respiración conservan, sino que caen al punto profundamente. ¿Veis cómo este ejército es mayor y más admirable que el otro? Y es así que a los enemigos que derrotan a los otros, los monjes los aniquilan con sola la voluntad. Así, a la que es madre de todos los males, la dejan tan debilitada, que ya en adelante ni les molesta. Y tendido por tierra y cortada la cabeza al capitán, el resto del cuerpo no se menea. Y esta victoria es de ver cómo la alcanza cada uno de los monjes. Porque no sucede aquí

como con los enemigos corrientes, donde el que ha recibido golpe mortal no puede ya molestar a otro una vez que yace tendido en tierra. Aquí todos tienen forzosamente que herir de muerte al monstruo; porque quien no le hiere y derriba, sufre irremediablemente sus ataques[62].

REFINAMIENTOS CULINARIOS QUE ATACA EL ORADOR

¡Mirad cuán espléndida victoria! El trofeo que todos los ejércitos de la tierra reunidos no son capaces de levantar, aquí lo levanta cada uno de los monjes, y derribado está entre ellos cuanto significa desvarío y locura, las palabras descompuestas, los vicios locos y molestos, el orgullo y cuanto de la embriaguez toma sus armas. Ellos imitan a su Señor, a quien celebra la escritura cuando dice: *Del torrente beberá en el camino y por ello levantará su cabeza* (Salmo 109,7). ¿Queréis contemplar, por otro lado, otra muchedumbre de cadáveres tendidos en el campo de batalla? Miremos las concupiscencias que nacen de la gula, de los cocineros, carniceros, maestresalas y pasteleros. Vergüenza me da enumerarlo todo; sin embargo, hablaré de los faisanes, de los condimentos profusamente repartidos, de los platos secos o con salsa y de las leyes por las que todo ello está regido. Porque, como si se tratara de gobernar una ciudad o de mandar un ejército, así éstos ponen sus leyes y ordenaciones sobre lo que se ha de servir primero y lo que ha de venir después. Así, unos presentan por primer plato aves asadas sobre brasas y rellenas por dentro de pescado; otros empiezan por otros platos estos desmesurados banquetes. Y entre ellos hay gran contienda sobre la calidad, sobre el orden y la cantidad de los manjares. Y es de ver cómo tienen a punto de honor lo mismo por lo que debieran hundirse bajo tierra, y unos porfían haber pasado medio día comiendo, otros el día entero, otros el día y la noche. Mira, infeliz, la medida de tu vientre y avergüénzate de tu desmesurado empeño. Nada semejante entre aquellos ángeles. Estas, como todas las otras concupiscencias,

---

[62] Es decir, a un enemigo corriente basta que le mate cualquiera, y ya no hace daño a nadie. Este otro enemigo ha de ser muerto por todos y cada uno de los combatientes, so pena de que quien personalmente no le mate y derribe, seguirá siendo por él atacado. De ahí que diga el orador que la victoria sobre la codicia la alcanza cada uno de los monjes.

están allí mortificadas. La comida no se destina entre ellos al hartazgo y al placer, sino a satisfacer la necesidad. No hay allí cazadores de aves ni pescadores de peces, sino sólo pan y agua. Esta confusión, sin embargo, estos tumultos y perturbaciones de acá, desterrados están de allí tanto de sus pobres moradas como de sus cuerpos. Todo es puerto de paz; todo aquí tormenta. Abre, sino, por el pensamiento los vientres de quienes así se hartan, y verás cuánta inmundicia, qué canal de impureza, qué sepulcros blanqueados Lo que a todo esto se sigue, vergüenza me da decirlo: eructos repugnantes, vómitos, evacuaciones por arriba y por abajo. Pues sabe y mira que no sólo están allí muertas estas concupiscencias sino también los apasionados amores que de ellas se derivan: los amores deshonestos, digo. Todos los verás allí por tierra con sus caballos y escuderos. Escuderos, armas, caballo, son modos decentes de expresar una acción vergonzosa. Allí verás tendidos por tierra a la vez caballo y caballero y armas. Aquí, todo lo contrario: almas muertas, tendidas por el suelo. Esta brillante victoria no la obtienen aquellos santos solamente sobre la mesa, sino también sobre las otras pasiones: sobre las riquezas, sobre la gloria, sobre la envidia, sobre los vicios todos. ¿No te parece, pues, que este ejército es más fuerte que el ejército imperial y mejor su mesa? Nadie podrá contradecirlo; nadie, ni de los mismos glotones, por muy loco que sea. Porque esta mesa conduce al cielo, aquélla arrastra al infierno. Una la ordena el diablo; la otra, Cristo. A la una, la gula y la intemperancia ponen sus leyes; a la otra se las dictan la filosofía y la templanza. A la de los monjes asiste Cristo; a la de los glotones, el diablo. Porque donde está la embriaguez, está el diablo; donde hay torpes palabras, donde hay hartazgo, allí están los demonios danzando. Esta mesa tenía aquel rico del Evangelio, y por ello no alcanzó luego ni una gota de agua.

DOS MONJES, ÁNGELES EN LA TIERRA

Nada semejante en los monjes, que se ocupan ya en oficio de los ángeles. Los hombres no toman mujeres, ni las mujeres maridos; no duermen con exceso, no se dan al regalo. Fuera de unas pocas cosas, se han hecho seres incorpóreos. ¿Quién puede, pues, vencer más fácilmente a sus enemigos que quien en la misma mesa levanta un trofeo de victoria? De ahí que diga el profeta: *Preparaste delante de mí una mesa en contra de los que*

me atribulan (Salmo 22,5), y no erraría quien aplicara este oráculo divino a la mesa de nuestros solitarios. Nada, en efecto, atribula tanto al alma como el torpe deseo, la gula, la embriaguez y tantos males como de ahí se derivan. Y bien lo saben los que de ello tienen experiencia. Mas si supieras también de dónde procede la mesa de los mundanos y la de los monjes, aun verías mejor la diferencia de la una y de la otra. ¿De dónde proceden, pues? La una, de ríos de lágrimas, de viudas defraudadas, de huérfanos despojados; la otra, de justos trabajos. La una se parece a una mujer hermosa y de buen talle, que no necesita de ningún cosmético externo que realce su natural belleza. La otra a una ramera fea y deforme, atiborrada de pinturas, con las que no puede tampoco disimular su fealdad. Cuanto más cerca está, mejor se descubre. Y también esa otra ramera, cuanto más cerca está de quien la frecuenta, más descubre su fealdad. Porque no has de mirar a los convidados cuando se levantan del banquete, sino cuando están en él, y entonces sí que verás su deformidad. Porque aquélla, como noble matrona que es, no consiente que ningún comensal pronuncie palabra vergonzosa; ésta, como mujer perdida y sin honor, no consiente en que la digan buena. Aquélla busca el bien de quienes la frecuentan; ésta, el daño. La una no consiente que se ofenda Dios; la otra no consiente que no se le ofenda.

EXHORTACIÓN FINAL: ¡TODOS AL DESIERTO!

Vayamos, pues, a los monjes, y allí veremos las cadenas de que estamos rodeados; allí veremos poner una mesa llena de infinitos bienes, la más suave, la menos costosa, ajena a toda preocupación, libre de envidia y malquerencia y de todo vicio; llena, en cambio, de buena esperanza y de trofeos de victoria. No hay allí turbación, no hay enfermedad, no hay ira para el alma. Todo es calma, todo paz. Porque no me hables del silencio de los que sirven en las mesas de los ricos, sino de las voces de los que comen. Y no hablo tanto de las voces de unos con otros, si bien ésta es ya soberanamente ridícula, sino más bien de la interior de su alma; ésa que les acarrea la más dura cautividad, de los alborotos de sus pensamientos, de la agitación, de las tinieblas, de la tormenta que sufren, por la que todo se mezcla y se confunde y nos da la impresión de una batalla en la noche. Nada de eso en la

tienda de los monjes, donde todo es calma, todo tranquilidad. A la mesa mundana sucédele un sueño parejo de la muerte; a la de los monjes, la sobriedad y vigilia; a aquélla le sigue castigo; a ésta, el reino de los cielos los premios inmortales. Ésta, pues, sigamos a fin de gozar de sus frutos, que ojalá alcancemos todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 71

Habiendo oído los fariseos cómo había hecho callar a los saduceos, se juntaron en uno, y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó, para tentarle, diciendo: ¿Cuál es el mayor mandamiento de la ley?

EL MÁS GRANDE MANDAMIENTO

Nuevamente pone el evangelista la causa por la que debieran los émulos de Jesús guardar silencio, y por ese solo hecho nos hace ver su atrevimiento. ¿Cómo y de qué manera? Porque en el momento en que los saduceos habían sido reducidos a silencio, le atacan otra vez los fariseos. Porque cuando, siquiera por eso, debieran haberse callado, ellos vuelven a sus ataques anteriores, y le echan ahora por delante a un doctor de la ley, no porque tengan ganas de aprender nada, sino con intención de ponerle en apuros. Y así le preguntan cuál es el primer mandamiento. Como el primer mandamiento era: *Amarás al Señor, Dios tuyo*, esperando que les diera algún asidero si acaso intentaba corregirlo, puesto que mismo declaraba ser Dios, ahí la pregunta que le dirigen. ¿Qué contesta, pues, Cristo? Para hacerles ver el motivo de por qué habían venido a preguntarle; que no era otra que su falta absoluta de caridad, estar consumidos por la envidia y ser presa de los celos, les contesta: *Amarás al Señor Dios tuyo*. *Éste es el primero y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. ¿Por qué es el segundo semejante al primero? Porque le prepara el camino y por él a su vez es confirmado. Porque: *Todo el que obra mal, aborrece la luz y no viene a la luz* (Jn 3, 20), y otra vez: *Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios* (Salmo 52, 1; 13, 1). ¿Y qué se sigue de ahí? *Se corrompieron y se hicieron abominables en sus ocupaciones*

(Salmo 13,2). Y otra vez: *La raíz de todos los males es el amor al dinero, y por buscarlo, algunos se han extraviado de la fe* (1 Tim 6,10). Y: *El que me ama, guarda mis mandamientos* (Jn 14,15). Ahora bien, todos sus mandamientos y como la suma de ellos es: *Amarás al Señor, Dios tuyo, y a tu prójimo como a ti mismo*. Si, pues, amar a Dios es amar al prójimo —porque, *Si me amas*, le dice a Pedro, *apacienta mis ovejas* (Jn 21,16)— y el amar al prójimo hace guardar los mandamientos, con razón añade el Señor: *En estos mandamientos está colgada toda la ley y los profetas*. De ahí justamente que haga aquí lo que había hecho anteriormente. Porque, preguntado allí sobre el modo de la resurrección y qué cosa fuera la resurrección, para dar una lección a los saduceos, respondió más de lo que se le había preguntado; y aquí, preguntado por el primer mandamiento, responde también sobre el segundo, que no es muy diferente del primero. Porque: *El segundo es semejante al primero*, dándoles a entender de dónde procedía su pregunta, es decir, de pura enemistad. *Porque la caridad no es envidiosa* (1 Cor 13,4). Por aquí demuestra que Él obedece a la ley y a los profetas. Mas ¿por qué razón Mateo dice que este doctor le preguntó para tentarle, y Marcos lo contrario? *Porque, viendo Jesús* —dice— *que había respondido discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios* (Mc 12,34). No hay contradicción entre los evangelistas, sino perfecta concordia. Porque el doctor de la ley le preguntó sin duda tentándole al principio; luego, por haber sacado provecho de la respuesta del Señor, es alabado. Y tampoco le alabó al principio. Sólo cuando dijo que amar al prójimo era mejor que todos los holocaustos, le replicó el Señor: *No estás lejos del reino de Dios*. El doctor había sabido desdeñar lo bajo de la religión y había comprendido el principio de la virtud. En verdad, a este amor del prójimo tendía todo lo otro, los sábados y lo demás. Y ni aun así le tributó el Señor alabanza completa, sino con alguna reserva. Decirle, en efecto, que no estaba lejos, era afirmar que algo distaba, y era a la vez invitarle a buscar lo que le faltaba. Por lo demás, no hay que sorprenderse de que el Señor alabe al doctor de la ley por haber dicho: *Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro*; por este pasaje debemos más bien darnos cuenta de cómo el Señor se acomoda en sus respuestas a las ideas de quienes le preguntan. Porque si bien los judíos dicen mil cosas indignas de la gloria de Cristo, una cosa, sin embargo, no se atreverán a decir: que no sea Dios en

absoluto. — ¿Cómo, pues, alaba al doctor la ley, cuando dice que no hay otro Dios fuera del Padre? —No es, ni mucho menos, que se excluya a sí mismo de ser Dios sino que, como no había aún llegado el momento de revelar su propia divinidad, le deja al doctor permanecer en el dogma primero y le alaba de conocer tan bien lo antiguo. Era un modo de prepararle para la enseñanza del Nuevo Testamento, cuando fuera momento de introducirla. Por lo demás, las palabras: *Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro*, ni en el Antiguo Testamento ni en otra parte se dicen para rechazar al Hijo, sino por contraposición a los ídolos. De suerte que, al alabar al doctor por haber dicho eso, en este sentido le alaba el Señor.

CUESTIÓN SOBRE EL MESÍAS: ¿DE QUIÉN ES HIJO?

Luego, ya que les había respondido, les dirige a su vez una pregunta: *¿Qué os parece del Mesías? ¿De quién es hijo? Respóndenle: De David*. Mirad el momento en que les pregunta: después de tantos milagros, después de tantas señales, después de haber tan cumplidamente demostrado su armonía con el Padre, así de palabra como de obra, después de haber alabado al que había dicho: *Uno solo es Dios.* Así no le podían decir: Sí, ha hecho milagros, pero es contrario a la ley y enemigo de Dios. De ahí que les pregunte después de tantas pruebas, invitándolos tácitamente a que le confiesen también a Él por Dios. Notemos además que, en el caso de la internegación de sus discípulos, preguntóles primero qué decían de Él las gentes y luego qué pensaban ellos mismos. No así aquí. De haberlo hecho, como hombres que hablaban temerariamente, le hubieran contestado que la gente le tenía por un impostor y un malvado. De ahí que aquí examina directamente el sentir de sus adversarios.

EL MESÍAS, SEÑOR DE DAVID

Es que, como estaba próxima su pasión, alega la profecía que le proclama claramente como Señor. Y la alega no sin motivo ni porque lo hubiera buscado de primera intención, sino por una causa perfectamente razonable. Les había preguntado Él primero, y, como no le habían respondido con verdad, para destruir la errada opinión que de Él tenían, les presenta a David, que proclama su divinidad. Ellos pensaban que era un puro hombre, y por eso le

respondieron que era hijo de David; mas Él les presenta al profeta que atestigua su señorío, su filiación natural y su igualdad con el Padre. Mas ni siquiera aquí se detiene. A fin de infundirles miedo, les cita también lo que sigue en la profecía, diciendo: *Hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies*, a ver si así por lo menos se los atraía. Y para que no pudieran objetarle que David le había llamado así por adularle y que se trataba al cabo de sentencia humana, mirad lo que dice: *¿Cómo es, pues, que David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?* Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Mirad cuán suavemente introduce lo que hay que sentir y pensar de Él mismo. Primero les había dicho: *¿Qué os parece: De quién es hijo?*, llevándolos por la pregunta a la respuesta. Luego, ya que le contestaron: *De David*, añade lo que sigue, si bien nuevamente en forma de internegación: *Entonces, ¿cómo David en espíritu, le llama Señor?* A fin de que sus palabras no les hirieran. De ahí que tampoco les dijo: ¿Qué os parece acerca de mí?, sino: *¿Qué os parece del Mesías?* Por eso los mismos apóstoles hablaban con gran consideración acerca del patriarca David, diciendo: *Pudiendo hablar con libertad acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado* (Hechos 2,29). Y por eso Él igualmente introduce el dogma de su divinidad en forma de pregunta y conclusión: *¿Cómo, pues, David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies? Y nuevamente: Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?* Lo cual no es, ni por semejanza, negar que sea hijo de David, pues en ese caso no hubiera reprendido a Pedro por eso. No, de lo que el Señor trataba era de corregir las ideas de sus adversarios. De suerte que decir: *¿Cómo es hijo suyo?*, es decir: No lo es como vosotros decís. Porque ellos decían que era sólo hijo de David, pero no también Señor suyo. Y eso les dice el Señor después del testimonio del profeta, y aun entonces suavemente: *Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo?* Mas ellos ni aun después de oír esto respondieron nada, pues no pretendían aprender nada de lo que debían. De ahí que sea Cristo mismo quien afirme que es Señor de David; pero ni aun esto lo afirma de por sí y absolutamente, sino tomando consigo al profeta, pues no había cosa en que menos se le creyera y más se le calumniara por parte de sus

enemigos. He ahí un punto que hay que mirar con el mayor cuidado, cuando el Señor habla de sí humilde y modestamente, a fin de no escandalizarse. La causa, entre otras muchas, es hablar por condescendencia. Y por eso, también ahora dogmatiza en forma de preguntas y respuestas; si bien, aun así, da perfectamente a entender su propia dignidad. Porque no es lo mismo llamarse Señor de los judíos que Señor de David.

LOS FARISEOS SE CALLAN

Mas considerad, os ruego, la oportunidad del momento. Cuando Cristo mismo había dicho: *Uno solo es el Señor*, entonces es cuando afirma que también Él es Señor, y lo prueba ya no sólo por sus obras, sino también por la profecía, y juntamente les muestra que su Padre le vengará de ellos: *Hasta que ponga* —dice— *a tus enemigos por escabel de tus pies*. Lo cual era afirmar una vez más la perfecta concordia con su Padre y el honor que le tributaba. De este modo puso el Señor fin a sus discusiones con los fariseos; un alto y magnífico fin, capaz de cerrarles definitivamente las bocas. Y fue así que desde aquel momento se callaron, no de buena gana, sino porque nada tenían que replicarle. Tan mortal golpe les había asestado el Señor, que no se atrevieron a volver más a las andadas. Porque: *Nadie* —dice el evangelista— *se atrevió desde aquel día a preguntarle nada más*. Y no fue ello de poco provecho para la muchedumbre, pues a éstas se dirige en adelante el Señor, ahuyentando de ella los lobos y deshaciendo sus asechanzas. Los fariseos, en cambio, ningún provecho sacaron, víctimas que eran de la vanagloria y de antiguo hundidos en esta terrible pasión. Pasión, digo, terrible y de mil cabezas, pues por ella unos ambicionan el mando, otros codician las riquezas, otros aman la fuerza corporal. Y, avanzando en su camino, la vanagloria se infiltra en la limosna, en el ayuno, en la oración, en la enseñanza. Bestia, en fin, de muchas cabezas. Pero que se tenga vanagloria de otras cosas, no hay por qué maravillarse; mas que pueda también cebarse en la oración y en el ayuno, eso sí que es sorprendente y digno de llorarse. Mas no nos contentamos sólo con reprender. Digamos también el modo de huir de la vanagloria. ¿Contra quiénes, pues, bajaremos primero a la palestra? ¿Contra los que se engríen de sus riquezas, o de sus vestidos, o de sus magistraturas, o de sus doctrinas, o de sus cuerpos, o de sus profesiones, o de su belleza,

o de sus adornos, o de su crueldad, o de su misericordia y limosnas, o de su maldad, o contra los vanidosos en su muerte, o los después de su muerte? Porque, como ya he dicho, muchos recovecos tiene esta pasión, que es capaz de pasar los umbrales mismos de nuestra vida. Así, Fulano —dicen— ha muerto, y para llamar la atención mandó que se hiciera esto o lo otro. Y por llamar la atención es uno pobre y otro rico. Porque lo terrible de esta pasión es que consta de contrarios.

CONTRA LA VANAGLORIA EN LA LIMOSNA

¿Contra quiénes, pues, daremos primero la batalla? Porque no basta para todos uno solo y mismo discurso. ¿Os parece, pues, que ataquemos primero a los que buscan la vanagloria en la limosna? A mí así me parece, pues amo ardientemente la limosna y me apena verla viciada y que la vanagloria atente contra ella, como una mala nodriza e institutriz contra una imperial doncella. La cría, sí, pero juntamente la prostituye para la vergüenza y el castigo. Ella le enseña a despreciar a su padre y a adornarse para agradar a hombres muchas veces abominables y viles. El adorno que le pone no es el que su padre quiere, sino el que quieren los extraños, vergonzoso e ignominioso. Ea, pues, volvámonos contra éstos. Supongamos una limosna hecha con generosidad, pero por ostentación ante el vulgo. Esto es ante todo como sacar a la imperial doncella de la cámara paterna. Su padre no quiere que sea vista ni de su mano izquierda, y ella se muestra a los esclavos, a los primeros que topa, a gentes que ni la conocen. Mirad esa ramera y prostituta cómo la conduce al amor de hombres torpes, y como ellos le mandan, así se compone. ¿Queréis ver cómo la vanagloria no hace sólo ramera al alma, sino también loca? Considerad la intención con que obra. Esa alma deja el cielo y corre desalada detrás de esclavos y pordioseros por caminos y encrucijadas y va siguiendo a los mismos que la aborrecen, a gentes torpes y deformes, a quienes no quieren ni verla a ella, a quienes más la odian justamente por perecerse de amor por ellos. ¿Puede darse mayor locura que ésta? A nadie, en efecto, aborrece tanto la gente como a quienes ve que necesitan de su gloria. Por lo menos, a éstos gusta de envolver en sus acusaciones. Es como si uno, haciendo bajar del trono imperial a una doncella hija del emperador, la mandara entregarse a hombres sin vergüenza y que por

añadidura la aborrecieran. Porque ésos, cuanto más los sigues, más abominan de ti; Dios, sin embargo, cuanto más busques la gloria que de Él viene, más te atrae hacia Sí, más te alaba y mayor recompensa te prepara. Y si quieres comprender, por otro lado, el daño que te acarreas dando por ostentación y vanagloria, considera la tristeza que se apoderará de ti, la pena continua que te atenazará cuando resuene la voz del Cristo y te diga que perdiste toda tu paga. Porque siempre es un mal la vanagloria, pero nunca mayor que cuando busca satisfacerse por medio de la misericordia, que se convierte entonces en la más dura crueldad, sacando a pública plaza las desgracias ajenas y poco menos que insultando a los que están en la miseria. Porque, si es ya un insulto echar en cara los propios beneficios. ¿Qué piensas que es pregonarlos entre la gente? Ahora bien; ¿cómo huiremos este mal? Aprendiendo a dar limosna, viendo qué opinión o alabanza hemos de buscar. Porque, dime: ¿quién es, digámoslo así, el verdadero técnico de la limosna? Indudablemente, el que ha inventado la cosa, es decir, Dios es el que mejor la conoce de todos, como que Él la ejercita de modo infinito. Ahora bien, cuando aprendes la lucha, ¿a quién miras o a quiénes quieres mostrar tus ejercicios, al vendedor de verduras o peces o al maestro de gimnasia? Y, sin embargo, vendedores de verduras y pescados hay muchos; el maestro de gimnasia es uno solo. ¿Qué decir, pues, si el maestro te alaba y los otros te desprecian? ¿No es así que tú con tu maestro te reirás de ellos? ¿Qué harás si aprendes el pugilato? ¿No es así que mirarás sólo al que puede enseñártelo? Si te dedicas a la elocuencia, ¿no aceptarás las alabanzas del rétor y despreciarás todas las otras? Pues ya, ¿no es absurdo que en todas las otras artes mires a un solo maestro y aquí hagas todo lo contrario, a pesar de que el daño no es igual? Porque allí, si luchas a gusto de la gente y no a gusto del maestro, el daño no pasa de la palestra; aquí, sin embargo, te haces semejante a Dios en la limosna por toda la vida eterna. Hazte, pues, semejante también a Él en no buscar la ostentación en la limosna. El Señor, en efecto, cuando curaba, mandaba que no se dijera nada a nadie. Mas tú quieres que los hombres te llamen misericordioso. ¿Y qué sacarás de ahí? Provecho ninguno, daño sin límites. Esos mismos a quienes tú llamas para testigos, se convierten en salteadores de tus tesoros del cielo; o, por mejor decir, no son ellos, somos nosotros mismos quienes nos despojamos de nuestros bienes, quienes tiramos lo que allá arriba tenía-

mos depositado. ¡Oh desgracia nueva, oh loca pasión ésta! Donde la polilla no destruye ni el ladrón perfora, la vanagloria desparrama y tira. Ésta es la polilla de los tesoros de allí, éste es el ladrón de nuestras riquezas del cielo, ésta la que nos sustrae aquellos bienes inviolables. Vio el demonio que aquel lugar era inaccesible a salteadores, gusanos y demás malandanzas, y se vale de la vanagloria para sustraernos aquella riqueza.

LA LIMOSNA ES UN MISTERIO O COSA OCULTA

¿Pero tú deseas gloria? Muy bien. ¿Y no te basta la misma del que recibe tu limosna, la gloria de Dios misericordioso, sino que buscas también la de los hombres? Mira no te encuentres con lo contrario. Mira no te condene alguno, no por misericordioso, sino de fastuoso y ambicioso, como quiera que hagas trágico espectáculo de las ajenas desdichas. En verdad, la limosna es un misterio. Cierra, pues, las puertas a fin que nadie vea lo que no es lícito mostrar. Nuestros misterios, en realidad, eso son principalmente: misericordia y benignidad de Dios, pues por su gran misericordia, cuando aún éramos desobedientes, se compadeció de nosotros. Así, la primera oración, en que rogamos por los energúmenos, está llena de misericordia. La segunda, igualmente, por los penitentes, no otra cosa busca que la infinita misericordia. La tercera, en fin, que es por nosotros mismos, presenta ante Dios a los niños inocentes, a fin de que ellos supliquen a Dios misericordia. Porque, ya que nosotros hemos condenado nuestros propios pecados; por quienes mucho han pecado y deben ser acusados, clamamos a Dios nosotros mismos; pero por nosotros clamen los niños, a los imitadores de cuya sencillez les espera el reino de los cielos. Porque lo que esta figura representa es que quienes son humildes y sencillos como los niños, son los que mejor pueden alcanzar el perdón de los culpables. Y el misterio mismo —la Eucaristía— de cuánta misericordia, de cuánta benignidad esté lleno, sábenlo bien los iniciados.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS LA VANAGLORIA PARA ALCANZAR LA VERDADERA GLORIA

Pues tú también, según tus fuerzas, cierra las puertas al hacer limosna y sólo la conozca el que la recibe, y, si fuere posible, ni

ése. Mas si las abres de par en par, profanas tu misterio. Pues piensa que aun ese mismo cuya gloria buscas, te ha de condenar. Si es amigo tuyo, te condenará secretamente; si es enemigo, te pondrá en solfa delante de los demás y hallarás lo contrario de lo que andabas buscando. Tú deseabas que te llamara misericordioso, y él te llamará vanidoso, amigo de agradar a los hombres y otras cosas peores. Mas si te ocultas, dirá todo lo contrario, que eres caritativo y misericordioso, porque Dios no consiente que una buena obra quede oculta. Si tú la escondes, Él la manifiesta, y entonces es mayor la admiración y más copioso el provecho. De suerte que, aun para conseguir la gloria, no hay nada tan contrario como la ostentación. Nada tan derechamente se opone a lo mismo que con tanto afán andamos buscando. Porque no sólo no conseguimos opinión de misericordiosos, sino de todo lo contrario. Y por añadidura, nos acarreamos también enorme daño. Por todo ello, pues, apartémonos de la vanagloria y sólo amemos la gloria de Dios. Porque de este modo alcanzaremos la gloria de la tierra y gozaremos de los bienes eternos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 72

Entonces habló Jesús a la muchedumbre y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Pues bien, haced cuanto os digan, pero no obréis según sus obras (Mt 23,1 y sig.).

EL RESPETO A LOS MAESTROS

Entonces. ¿Cuándo? Cuando hubo dicho lo que dijo, cuando los hubo reducido a silencio, cuando los hubo obligado a no tentarle más, cuando hubo puesto bien patente que su enfermedad era incurable. Y como había hablado de Señor y Señor, nuevamente se vuelve a la ley. —En realidad, me dirás, la ley no dice nada semejante, sino: *El Señor Dios tuyo, un solo Señor es* (Deut 6,4). —Mas tened presente que la Escritura llama ley a todo el Antiguo Testamento. Mas esto lo dice Cristo para mostrar por todos los medios su absoluta concordia con su Padre. Porque, de haberle

sido contrario, hubiera dicho también lo contrario sobre la ley; pero lo cierto es que manda se le tenga tanto respeto, que, aun siendo unos corrompidos los que la enseñan, hay que atenerse a ella. Mas si aquí habla de la vida y conducta de escribas y fariseos, es porque la causa principal de su incredulidad era la corrupción de su vida y su ambición de gloria. Corrigiendo, pues, a sus oyentes, más que sobradamente les manda guardar lo que es parte muy principal para la salvación, a saber, el no despreciar a los maestros y no rebelarse contra los sacerdotes. Y no sólo lo manda, sino que lo hace El mismo. Porque, por más corrompido que estuvieran escribas y fariseos, no les quita el honor; lo cual era aumentarles a ellos su condenación, a la vez que no dejaba a los que habían de oírlos pretexto alguno para la desobediencia. No quería el Señor que nadie pudiera decir que, porque el maestro era malo, él era tibio y remiso. De ahí que Él corte ese pretexto. De tal modo, más bien, aun siendo malos, exalta su autoridad, que, después de tan grave acusación, dice: *Todo cuanto os digan que debéis hacer, hacedlo*. Porque no hablan de su propia cosecha, sino lo que Dios ordenó por medio de Moisés. Y advertid, por otra parte, qué grande honor tributa a Moisés, mostrando una vez más su armonía con el Antiguo Testamento, como quiera que de Moisés hace venir el respeto que se debe a los maestros de la ley. Porque: *Sobre la cátedra* —dice— *de Moisés se han sentado escribas y fariseos*. Y es que, como no podía darles autoridad por su propia vida, se la da por lo que puede, es decir, por sentarse en la cátedra y ser sucesores de Moisés. Por lo demás, cuando oímos decir al Señor "todo", no hay que entender absolutamente toda la ley antigua; por ejemplo, lo referente a los alimentos, sacrificios y cosas semejantes. ¿Cómo podía el Señor mandarnos ahora guardar lo que Él se había adelantado a derogar? "Todo" quiere decir todo aquello que corrige nuestras costumbres, que mejora nuestro modo de ser, que está de acuerdo con las nuevas leyes, que no nos somete otra vez al yugo de la antigua. — ¿Cómo, pues, no manda todo eso partiendo de la ley de gracia, sino de la de Moisés? —Porque, antes de la cruz, no era aún tiempo de hablar claramente de ello. Y a mi parecer, otra cosa disponía el Señor de antemano al hablar de esa manera, y es que, como inmediatamente los va a acusar, no quiere dejar a los insensatos la apariencia de que lo hace por ambicionar sus puestos, ni movido tampoco de enemistad. De ahí que quite ante todo esa apariencia y se libra a sí mismo de toda sospecha y

pasar así a las acusaciones. —Y ¿por qué razón los reprende y les dirige seguidamente tan largo discurso? —Porque quiere preservar a las muchedumbres y evitar que caigan en los mismos vicios que sus guías y maestros. Porque no es lo mismo prohibir que señalar con el dedo a los que pecan; como no es lo mismo exhortar a cumplir el deber, como poner delante a los que lo cumplen. De ahí que prevenga a sus oyentes, diciendo: Pero no obréis según sus obras. No quería el Señor que pensaran que, porque tenían que oírlos, debían también imitarlos. De ahí que añade esa restricción, y lo que de primero parecía un honor, ahora se convierte en acusación. Porque ¿qué hay más triste que un maestro cuando la única manera de salvar a sus discípulos es que no se fijen en la vida de su maestro? De suerte que lo que parecía ser honor de escribas y fariseos, se les torna máxima acusación, como quiera que llevan una vida cuya imitación sería la perdición de sus oyentes. Ésa es la razón por la que el Señor los acusa ahora tan de propósito. Pero no es ésa sola. Quiere también hacerles ver que la incredulidad primera que con Él mostraron y la cruz que seguidamente le harían sufrir no fueron por culpa de quien no fue creído y fue crucificado, sino culpa sola de la ingratitud de ellos.

PORQUE DICEN Y NO HACEN

Y mirad ahora por dónde empieza el Señor sus acusaciones y por dónde crecen las culpas de escribas y fariseos: *Porque dicen* —dice— *y no hacen*. No hay duda que quienquiera infringe la ley es culpable; pero nadie tanto como el que tiene autoridad de maestro. El maestro infractor merece doble y aun triple condenación. Primero, por el solo hecho de infringirla; segundo, porque, teniendo oficio de enderezar a los otros, es él quien anda cojeando, y su propio honor le hace merecedor de mayor castigo; y tercero, porque, obrando así contra la ley el que está en el orden de maestro, su ejemplo tiene más fuerza de corrupción.

LAS CARGAS INSOPORTABLES

Juntamente con eso, otra acusación lanza el Señor contra escribas y fariseos y es que son ásperos y duros con sus súbditos: Porque atan —dice— fardos pesados e insoportables y los ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos no quieren tocarlos ni con la punta del dedo. Doble maldad señala aquí el Señor: primero,

exigir inexorablemente de sus súbditos la suma perfección de vida, y luego, permitirse ellos la más absoluta libertad. Todo lo contrario de lo que debe hacer el óptimo gobernante: ser para sí mismo juez inexorable y áspero, y benigno y blando para con sus súbditos. Escribas y fariseos hacían lo contrario.

ESCRIBAS Y FARISEOS DE AHORA

Tales son todos los que filosofan de palabra, inexorables y pesados, como quienes no saben lo que es poner por obra la enseñanza. No es menuda maldad ésta ni agrava como quiera la anterior acusación. Mirad, os ruego, cómo, en efecto, acrecienta esto la culpa de escribas y fariseos. Porque no dijo el señor. "No pueden", sino: *No quieren*. Tampoco dijo: "No quieren llevar esos fardos", sino: *No quieren tocarlos con la punta del dedo*, es decir, ni acercarse a tocarlos siquiera. — ¿En qué mostraban, pues, su fervor y energía? —En lo prohibido. *Porque todas sus obras* —dice — *las hacen para ser vistos de los hombres*. Así los acusa el Señor de vanagloria, que fue lo que los perdió. Su culpa anterior era de crueldad y tibieza; ahora se trata de su loca ambición de gloria. Ella fue la que los apartó de Dios; ella les hizo buscar otro teatro para sus luchas y los perdió. Porque es así que cuales son los espectadores que cada uno tiene, a ellos procura agradar y tales son también los combates que realiza. El que lucha ante valientes, combates de valentía acomete. El que tiene delante a gentes frías y apocadas, apocado se siente también él. Así, si el espectador que uno tiene es amigo de la risa, hay que hacer el cómico para darle gusto. Si el espectador es serio y dado a la filosofía, hay que hacerse el serio y el filósofo, pues tal es la actitud del que ha de alabar el espectáculo. Y mirad también aquí la gravedad de su culpa. Porque no es que hagan unas cosas así y otras de otro modo. No. *Todas sus obras* —dice el Señor— *las hacen por vanagloria*. Todas en absoluto.

VANAGLORIA EN TONTERÍAS

Ya que el Señor ha acusado a escribas y fariseos de vanagloria, les hace ver seguidamente que su vanagloria no tiene siquiera por objeto cosas grandes y necesarias (ninguna, en efecto tenían, faltos como estaban de buenas obras), sino frías y sin importancia, aquellas justamente que eran prueba de su propia maldad.

Ensanchan —dice— *sus filacterias y agrandan las franjas de sus vestidos*. ¿Qué filacterias y qué franjas son ésas? Es que, como los judíos se olvidaban constantemente de los beneficios de Dios, mandóles Él que escribieran sus maravillas en pequeños rollos y que se los ataran a los brazos. Por ello les decía: *Estarán inmóviles ante tus ojos* (Deut 6,8). Tales rollos se llaman filacterias, a la manera que ahora muchas mujeres llevan colgados al cuello los evangelios. Y para que se acordaran de Dios por otro medio, lo que hacen muchos muchas veces, que, para no olvidarse de algo, se atan un hilo o una cinta al dedo, eso mismo, como a niños, les mandó Dios hacer a los judíos: que se cosieran en el ruedo de los vestidos un pedazo de color jacinto (Num 15,38), junto a los pies, a fin de que, al verlo, se acordaran de los mandamientos. Es lo que se llaman franjas. En esto, pues, mostraban ellos todo su fervor, ensanchando las membranas de los rollos y agrandando las franjas de los vestidos. ¡Suma y pura vanidad! Porque ¿a qué ese empeño en dilatar esas membranas? ¿Es ello acaso obra buena tuya? ¿Es que te valen para algo, si no sacas el provecho a que se ordenan? Lo que Dios busca no es que ensanches y agrandes filacterias y franjas, sino que te acuerdes de sus obras. Porque, si no hay que buscar gloria en la oración y el ayuno, obras trabajosas y que, al cabo, son nuestras, ¿cómo tú, judío, te enorgulleces de eso, que más bien acusa tu negligencia?

LOS PRIMEROS PUESTOS

Mas escribas y fariseos no sufrían de vanagloria sólo en esas cosas, sino en otras también tan sin tomo como ésas Porque quieren —dice el Señor— el primer diván en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas y que los saluden en las plazas y los llame la gente "Rabbi". Todo esto, que parecen minucias, es causa de grandes males. Estas minucias han trastornado a ciudades e iglesias. A mí me vienen ahora ganas de llorar al oír hablar de primeras sillas y de saludos, pues considero qué grandes males se han seguido de ahí a las iglesias de Dios. No hay razón para que os lo explique ahora y, por otra parte, los que son viejos no necesitan enterarse de ello por nosotros. Y considerad, os ruego, dónde se dejaban dominar de la vanagloria: allí donde se les mandaba vencerla, en las sinagogas, adonde entraban para instruir a los demás. Porque tener vanidad en los convites, no parece,

hasta cierto punto, tan gran mal, si bien el maestro aun en los convites ha de ser admirado. No sólo en la iglesia, sino en todas partes. Porque al modo que el hombre, dondequiera que aparezca, es diferente de los animales, así el maestro ha de manifestarse maestro tanto cuando habla como cuando calla, cuando come o cuando hace otra cosa cualquiera. Su andar, su mirar, su figura, todo, en una palabra, ha de mostrar quién es. Ellos, sin embargo, eran en todas partes ridículos, se cubrían dondequiera de oprobio, afanosos de buscar lo mismo que habían de huir. *Porque aman* —dice— *los primeros puestos*. Y si el amor es culpa, ¿qué será el hacer? ¿Qué mal no será andar a la caza de esos puestos y no cejar en el empeño hasta alcanzarlos?

LA AMBICIÓN DE MANDO, CAUSA DE TODOS LOS MALES

Ahora bien, en todo lo demás, como cosas menudas y sin importancia, el Señor se contentó con acusar a escribas y fariseos. Sus discípulos no necesitaban que también sobre ello se les corrigiera; mas ahora que habla de lo que era causa de todos los males, es decir, la ambición de mando y el afán de arrebatar la cátedra de maestros, eso sí lo saca a la pública vergüenza, lo corrige con extraordinario empeño y sobre ello da también a sus discípulos los más enérgicos mandatos. Porque ¿qué les dice? *Pero vosotros no os llaméis maestros*. Y seguidamente la razón: *Porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos*. Y nadie tiene nada más que otro, en cuanto nadie es nada de suyo. De ahí que Pablo dice también: *¿Qué es Pablo? ¿Qué es Apolo? ¿Qué es Cefas? ¿No son ministros de aquel en quien habéis creído?* (1 Cor 3,4-5) Ministros dijo, no maestros. Y prosigue el Señor: *No llaméis padre a nadie*. No porque realmente no lo hubieran de llamar, sino para que supieran a quién habían de llamar propiamente padre. Porque así como el maestro no es maestro por sí ni originariamente, así tampoco es padre el padre. El es principio de todos, de padres lo mismo que de maestros. Y nuevamente añade: Ni os llaméis tampoco directores, porque uno solo es vuestro director o guía: el Cristo. Y no dijo: "Yo". Porque así como más arriba dijo: ¿Qué os parece del Cristo? Y no: ¿Qué os parece de mi?; hace también aquí. Con mucho gusto preguntaría yo ahora qué pueden responderme esos que tantas veces aplican

las expresiones de "uno solo" y "uno solo" al Padre solamente con el fin de anular al Unigénito: ¿Es guía el Padre? Todos dirán que sí y nadie podrá contradecirlo. Y sin embargo: *Uno solo es* —dice— *vuestro guía, es decir, el Cristo*. Luego, como decirse Cristo el solo guía no excluye al Padre de ser también al guía, así tampoco que el Padre sea dicho el único maestro no excluye que lo sea también Cristo. Porque "uno solo" se dice por contraposición a los hombres y al resto de la creación.

CONTRA SOBERBIA, HUMILDAD

Ya que el Señor les ha prohibido la ambición de primeros puestos, ya que los ha curado de esta grave enfermedad, enséñales seguidamente cómo han de huirla por medio de la humildad. De ahí que añada: *El mayor entre vosotros, sea vuestro ministro*. *Porque todo el que se exaltare, será humillado, y todo el que se humillare, será exaltado*. Nada hay comparable a la humildad; de ahí que el Señor está continuamente recordando a sus discípulos esta virtud. Cuando puso en medio de ellos a unos niños pequeños y ahora; cuando proclamó las bienaventuranzas, por la humildad empezó, y ahora de raíz arranca el orgullo diciendo: *El que se humillare será exaltado*. Mirad cómo lleva el Señor a sus oyentes a lo diametralmente opuesto. Porque no sólo prohíbe ambicionar los primeros puestos, sino que manda buscar los últimos. Así —parece decirnos— alcanzaréis vuestro deseo. De ahí que quien desee los primeros puestos, ha de ponerse en el último lugar. Porque: *El que se humillare será exaltado*.

LOS MONJES DEL DESIERTO, MODELOS DE HUMILDAD

¿Y dónde hallaremos esa humildad? Vayamos, si os place, nuevamente a la ciudad de la virtud, a las tiendas de los santos, a los montes, digo, y a los valles poblados por los monjes. Allí, allí veremos la cumbre misma de esta humildad. Allí, hombres antes notables por sus dignidades seculares o por sus riquezas, se humillan en todo a sí mismos: en su vestir, en la morada que habitan, en los servicios que prestan, y, como en un libro, van escribiendo por todos los modos el código mismo de la humildad. Lo que es incentivo de la soberbia: el vestir pulcramente, el construir espléndidos edificios, el tener muchedumbre de servidores, cosas

que muchas veces, aun sin querer, empujan a la soberbia, todo está allí totalmente suprimido. Ellos mismos se encienden el fuego, ellos se parten la leña, ellos se guisan y ellos sirven a los pasajeros. Allí no hay quien pronuncie un insulto, allí no hay nadie que sea insultado, nadie que sea mandado, nadie que mande. Todos son allí servidos y cada uno lava los pies de los peregrinos, y toda la pugna está en quién los lavará primero. Y al hacer eso, no se mira quién es el peregrino, si siervo o libre; a todos se les presta el mismo servicio. Nadie es allí ni grande ni pequeño. ¿Habrá confusión entonces? De ninguna manera; allí reina la más cabal disciplina. Si alguno hay pequeño, el que es grande no mira en ello, sino que se tiene a sí mismo por inferior, con lo que se hace ciertamente mayor. Una sola mesa se pone para todos: para los que son servidos y para los que sirven; los mismos alimentos, los mismos vestidos, la misma vivienda, el mismo régimen de vida. Grande es allí el que toma para sí el más vil trabajo. Aquí no hay ni mío ni tuyo. Desterradas están estas palabras, causa que han sido de tantas guerras.

ENTRE LOS MONJES HAY UNA SOLA ALMA

Y ¿qué maravilla es que uno solo sea el régimen de vida, una sola mesa y vestido para todos, cuando no tienen todos sino una sola alma, no sólo en cuanto a su esencia, pues ésta es común a todos los hombres, sino en cuanto a la caridad? ¿Cómo, pues, un alma sola pudiera levantarse contra sí misma? No hay allí pobreza ni riqueza, honor ni deshonor. ¿Cómo, pues, pudiera hallar resquicio el orgullo y la arrogancia? Hay, ciertamente, pequeños y grandes en relación con la virtud; pero, como antes he dicho, nadie mira en ello. El pequeño no se duele de que se le desprecie, pues nadie hay allí que desprecie a nadie. Y si alguno hay que desprecie, con ello señaladamente aprenden a sufrir el desprecio, la desconsideración y el vilipendio por palabras y por obras. Ellos tratan familiarmente con mendigos y mutilados y de tales comensales están llenas sus mesas. Por ello ciertamente son dignos de los cielos. Y uno cura las heridas de un mutilado; otro va guiando a un ciego de la mano, otro lleva a cuestas a un inválido de piernas. No pulula por allí muchedumbre de aduladores y de parásitos, o, más bien, allí se desconoce qué sea la adulación misma. ¿De qué, pues, pudieran engreírse? Todo es igualdad entre ellos; de ahí que

todo es también facilidad para la virtud. En verdad, con estos ejemplos se instruyen mejor los que son algo deficientes en la humildad, que no si se les obligara a ceder los primeros puestos a otros. Como al violento nadie le instruye mejor que el manso a quien hiere y cede, así al ambicioso el que no aspira a la gloria y la desprecia. Y esto se hace allí con creces. Toda la lucha en que nosotros nos debatimos por alcanzar los primeros puestos, es para ellos combate por rechazarlos. Todo su empeño es quién se aventajará no en ser honrado, sino en honrar.

TRABAJOS DE LOS MONJES

Por otra parte, los mismos trabajos en que se ocupan son una predicación de la humildad y no consienten hinchazón ninguna. Porque ¿quién, decidme, podrá jamás dejarse llevar del orgullo cavando la tierra, regando plantas, plantando árboles, componiendo espuertas y tejiendo cilicios y ocupándose en faenas semejantes? ¿Quién, viviendo entre pobreza y debatiéndose con el hambre, sufrirá esa enfermedad? Nadie en absoluto. De ahí lo fácil que se les hace la humildad. Tan fácil allí para ellos como difícil aquí para nosotros entre la muchedumbre de quienes nos aplauden y admiran. Allí el solitario no tiene ante sus ojos más que el desierto, contempla el vuelo de los pájaros, los árboles que agitan su fronda, oye el susurro del viento y los torrentes que se precipitan por entre los barrancos. ¿De qué pudiera, pues, engreírse quien vive en esa soledad? Claro que tampoco será excusa para nuestro orgullo el hecho de que vivamos y nos agitemos en medio del mundo. Porque entre cananeos vivía Abrahán y decía: *Yo soy polvo y cenizas* (Gen 18,26). Y David, en medio de los ejércitos, confesaba: *Yo soy un gusano y no hombre* (Salmo 21,6). Y Pablo recorriendo todo el orbe: *No soy digno de llamarme apóstol* (1 Cor 15,9). ¿Con qué podemos, pues, nosotros consolarnos, con qué excusarnos, si ni con tantos ejemplos somos humildes? Ellos, por haber sido los primeros en entrar por el camino de la virtud, merecerán infinitas coronas; nosotros, en cambio, mereceremos castigos sin cuento, dado caso que ni a aquellos que ya murieron, pero cuya vida nos consta por las sagradas Letras, ni a estos que aun viven y que podemos admirar por sus obras a vista de ojos, nos movemos a imitarlos en su humildad. ¿Qué puedes alegar para no corregirte? ¿Que no sabes leer, y no te has, por tanto, inclinado

sobre las Escrituras para enterarte de las virtudes de los antiguos? Pues he ahí culpa mayor, que, estando la iglesia constantemente abierta, no te dignas entrar y abrevarte en esas puras corrientes de las Escrituras. Por otra parte, si a los pasados no los conoces por las Escrituras, bien era que hubieras visto a estos que todavía viven. ¿Que no hay nadie que allí te lleve? Ven conmigo y yo te mostraré los tugurios de aquellos santos. Ven y aprende de ellos algo provechoso. Ellos son lámparas que alumbran a toda la tierra. Ellos son murallas que rodean y defienden las ciudades. Si ellos se han ido a habitar los desiertos, ha sido para enseñarte a ti a despreciar el tumulto del mundo. Porque ellos, como fuertes que son, pueden gozar de calma aun en medio de la tormenta. Tú eres el que necesitas de tranquilidad, agitado que estás por todas partes; tú necesitas un poco de respiro en estas oleadas que se suceden unas a otras. Marcha, pues, allí continuamente, a fin de purificar tus continuas manchas por las oraciones y exhortaciones de aquellos santos varones, y así pases de la mejor manera la presente vida y alcances luego los bienes por venir, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual y por el cual sea al Padre gloria, poder y honor, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 73

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas aun con pretexto de hacer largas oraciones! Por eso recibiréis más dura condenación (Mt 23,14 y sig.).

VORACIDAD DE ESCRIBAS Y FARISEOS

Ahora saca el Señor a la pública vergüenza la voracidad de escribas y fariseos, y lo malo era que no llenaban sus vientres de los bienes de los ricos, sino de la miseria de las viudas, agravando una pobreza que debieran haber socorrido. Porque no era simplemente que comían, sino que devoraban. Y aun era más grave el modo como ejercían semejante tráfico: *Con pretexto* —dice— *de hacer largas oraciones*. Indudablemente, todo el que hace algún mal es digno de castigo; mas el que toma por causa la religión y de ella se vale como capa de su maldad, merece más grave suplicio.

Y ¿por qué motivo no los depuso el Señor de su puesto? —Porque el tiempo no lo permitía todavía. De ahí que de momento los deja; pero por sus palabras de condenación previene todo engaño por parte del pueblo, no fuera que, en atención a la dignidad, se dejaran también arrastrar a imitarlos. Como antes había dicho: *Cuanto os mandaren hacer, hacedlo*, ahora determina qué cosas debían hacerse: aquellas en que ellos no se extraviaban. No fuera que la gente ignorante, fundada en su recomendación, pensara que permitía a escribas y fariseos mandar cuanto quisieran.

NI ENTRAN NI DEJAN ENTRAR

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Porque ni vosotros entráis ni dejáis que entren los que querrían entrar. Ya es culpa no hacer bien a los demás. ¿Qué perdón tendrá, pues, el hacerles daño e impedirles el bien? Mas ¿qué quiere decir a los que querrían entrar? A los que son aptos para ello. Porque cuando tenían que mandar a los otros, hacían las cargas insoportables; mas cuando se trataba de cumplir ellos mismos su deber, era todo lo contrario. No sólo no hacían ellos nada, sino —lo que es maldad mucho mayor— corrompían a los demás. Tales son esos hombres llamados "pestes", que tienen por oficio la perdición de los demás, diametralmente opuestos a lo que es un maestro. Porque oficio del maestro es salvar lo que pudiera perecer; el del hombre pestilencial, perder aun lo que debía salvarse.

LOS DISCÍPULOS, PEORES QUE EL MAESTRO

Viene seguidamente otra acusación: *Porque recorréis el mar y la tierra para hacer un solo prosélito, y, cuando le habéis hallado, le hacéis hijo de la gehenna doblemente que vosotros.* Es decir, que ni el haberle ganado a duras penas y con tantos trabajos, hace que le tengáis miramiento. Lo que con dificultad adquirimos, lo tratamos con más miramiento. Mas a vosotros ni eso os hace ser más moderados. De dos cosas les acusa aquí el Señor. La primera, de lo inútiles que son para la salvación de los otros, pues tantos sudores les cuesta atraerse a un solo prosélito. La segunda, cuán perezosos y negligentes son para guardar lo que han ganado; o, por mejor decir, no sólo negligentes, sino traidores, pues lo corrompen y hacen peor por la maldad de su vida. Y es así que cuando el

discípulo ve que sus maestros son malos, él se hace peor; pues no se detiene en el límite de la maldad de sus maestros. Si el maestro es virtuoso, el discípulo le imita; pero, si es malo, el discípulo le sobrepasa en maldad por la facilidad misma del mal. Por lo demás, *hijo de la gehenna* llama el Señor al destinado a ella. Y les dice que el prosélito lo está doblemente que ellos, para infundir miedo al prosélito mismo y herirles a la vez más vivamente a los maestros, por serlo de maldad. Y no sólo son maestros de maldad, sino que ponen empeño en que sus discípulos sean peores que ellos, empujándolos a mayor maldad que la que ya de suyo tienen ellos. Obra propia y señalada de un alma corrompida.

EL DIEZMO DE LA MENTA Y EL ANÍS

Luego los reprende por su insensatez, pues mandaban despreciar los mandamientos mayores. En verdad, antes había dicho lo contrario, a saber, que *ataban fardos pesados e insoportables*. Pero también lo otro lo hacían, y en realidad todo lo ordenaban a la corrupción de quienes les obedecían, buscando la perfección más acabada en las minucias y desdeñando lo verdaderamente importante. Porque: *Pagáis el diezmo* —dice— *de la menta y el anís y habéis abandonado lo grave de la ley: el juicio, la misericordia y la fidelidad*. *Había que hacer aquello pero no omitir esto*. Ahora bien, con razón habla así aquí, donde se trata de diezmo y de limosna. Porque ¿qué daño puede haber en dar limosna? Pero no los reprende que guarden la ley, pues tampoco Él mismo dice que no se haya de guardar. De ahí que aquí añadiera: *Aquello debía hacerse y no omitirse esto*. Cuando trata, en cambio, de lo puro o impuro, ya no añade nada de eso, sino que distingue y muestra que a la pureza interior se sigue necesariamente la exterior. Pero no al revés. Cuando la cuestión era sobre actos, al fin, de caridad, pasa indiferentemente por ellos, tanto por ellos mismos como por no ser aún tiempo de suprimir clara y terminantemente la antigua ley; pero, tratándose de purificaciones corporales, el Señor las rechaza más decididamente. De ahí que en el caso de la limosna de los diezmos diga: *Aquello debía hacerse y no omitirse esto*. No así en las purificaciones. ¿Pues qué? *Limpiáis* —dice— *el exterior de la copa y plato, y su interior está lleno de rapiña y de avaricia*. *Limpia, pues, el interior de la copa y del plato, a fin que también lo exterior quede limpio*. El

ejemplo lo tomó de cosa corriente y manifiesta: una copa y un plato.

COLAR EL MOSQUITO Y TRAGARSE EL CAMELLO

Seguidamente quiere el Señor hacernos ver que ningún daño hay en despreciar las purificaciones corporales, y muy grande, en cambio, en no preocuparse de la purificación del alma, que es la virtud; y así, a lo uno llama "mosquito”, como cosa sin importancia ninguna, y "camello” a lo otro, por ser de sumo peso. De ahí que diga: *Coláis el mosquito y os tragáis el camello*. En verdad, la justicia y la misericordia eran el blanco a que toda la ley se enderezaba. De suerte que ni aun entonces valían por sí mismas nada todas aquellas observancias. Porque si lo pequeño se había mandado por razón de lo grande y lo grande se descuidaba, y todo el empeño se ponía en la minucia, ningún provecho se sacaba, ni aun entonces, de todo ello. Porque a lo pequeño no seguía forzosamente lo grande; mas a lo grande lo pequeño, síguese de modo absoluto. Al hablar así el Señor, hace muy bien ver que, aun antes de la venida de la gracia, no eran las observancias legales lo principal y en que había de ponerse el mayor empeño, sino que otras cosas se buscaban con ellas. Y si ello era así antes de la gracia, con más razón ahora, en que tan altos mandamientos se nos han dado, hay que declararlas inútiles y no hay en absoluto necesidad de practicarlas.

CIEGOS Y GUÍAS DE CIEGOS

Siempre es, ciertamente, grave cosa la maldad; pero lo es sobre todo cuando el malo no cree necesitar de corrección. Y llega el mal a su colmo cuando el malo cree que es capaz de corregir a los otros. Lo que Cristo pone de manifiesto al llamar a los escribas y fariseos ciegos y guías de ciegos. Extrema desgracia y miseria es que un ciego se imagine que no necesita guía; pero que encima pretenda guiar a los demás es querer precipitarse todos al abismo. Al hablar así el Señor, no hacía sino aludir una vez más a la loca ambición de gloria de aquéllos y ponerles el dedo en la llaga de su rabiosa enfermedad. Porque no otra era la causa de todos sus males, sino el hacerlo todo por ostentación. Esto los apartó de la fe, les hizo descuidar la verdadera virtud y los indujo a poner todo su

empeño en las purificaciones corporales, sin atender para nada a la purificación del alma. Por ello justamente, para llevarlos a la verdadera virtud y a la pureza del alma, les recuerda aquí la misericordia, la justicia y la fidelidad. Estas virtudes son, en efecto, las que conservan nuestra vida, éstas las que purifican el alma. La caridad nos lleva a la comprensión y no nos consiente ser excesivamente duros e implacables con los que pecan —con lo que ganamos doblemente: primero, por ser misericordiosos, y luego, porque también nosotros gozamos por ello de la inmensa misericordia del Dios del universo—, y juntamente nos hace compadecer y hasta defender a los que sufren daño. La verdad y la buena fe no nos dejan que seamos embusteros ni fingidos. Por lo demás, al decir el Señor: *Aquello debía hacerse y no omitirse esto*, no intenta, ni mucho menos, introducir la observancia legal, como ya lo hemos demostrado; ni cuando dice: *Limpia el interior de la copa y del plato a fin de que también el exterior quede limpio*, quiere llevarnos a las antiguas minucias. No. Más bien hace lo contrario, y demuestra que tales minucias son perfectamente superfluas. Porque no dijo que limpiáramos también lo exterior, sino lo de dentro, y necesariamente quedará limpio de lo de fuera. Por otra parte, tampoco habla aquí de copa y plato material, sino del alma y del cuerpo. A lo de fuera lo llama cuerpo, y a lo de dentro alma. Ahora bien, si en un plato lo importante es la limpieza de dentro, mucho más en ti. Mas vosotros —dice— hacéis todo lo contrario: guardáis lo menudo y externo y descuidáis lo grande e interno. De ahí daño grandísimo, pues, creyendo que lo habéis logrado todo, despreciáis todo lo demás; y como lo despreciáis, no tenéis empeño alguno ni intentáis siquiera corregiros.

SEPULCROS BLANQUEADOS

Luego les echa nuevamente en cara su vanagloria, llamándolos sepulcros blanqueados y añadiendo siempre la imprecación de "hipócritas". Esa era la causa de todos sus males, ése el motivo de su perdición. Y no los llamó simplemente sepulcros blanqueados, sino afirmó que estaban rebosantes de inmundicia y de hipocresía. Al decir esto, les señalaba el Señor la causa por la que no habían creído, es decir porque estaban llenos de hipocresía y de iniquidad. Mas no fue sólo Cristo, también los profetas les increpan continuamente de que sus príncipes se entregan a la rapiña y no

juzgan conforme a razón de justicia. Y dondequiera puede verse cómo son rechazados los sacrificios y se busca pureza y justicia. De suerte que nada hay de sorprendente, nada de nuevo, ni en lo que el Señor manda, ni en lo que acusa, ni en la imagen misma del sepulcro. De ella, en efecto, se vale el profeta, y tampoco éste los llama simplemente sepulcros, sino que dice ser su garganta como un sepulcro abierto, Tales son también ahora muchos, muy bien adornados por de fuera, pero llenos por dentro de iniquidad. En verdad, también ahora se pone mucho empeño, mucho cuidado en la limpieza exterior; en la del alma, ninguno. Mas, si abriéramos la conciencia de cada uno, ¡cuántos gusanos, cuánta podredumbre no hallaríamos dentro! ¡Qué hedor tan indescriptible! Los deseos torpes y perversos, quiero decir, más asquerosos que los mismos gusanos.

GRAVEDAD DE LOS PECADOS DEL CRISTIANO

Mas que eso fueran escribas y fariseos, con estar mal, no es tan grave mal; mas que nosotros, a quienes Dios se ha dignado hacer templos suyos, nos convirtamos de pronto en sepulcros que despiden tan fétido hedor, eso sí que es suma miseria. ¿Qué miseria mayor que convertirse en sepulcro el lugar donde Cristo mora, donde obra el Espíritu Santo y tan grandes misterios obra? ¿Cómo llorar, cómo lamentar bastante que los miembros de Cristo se vuelvan sepulcro de impureza? Considera cómo naciste, qué dones se te concedieron, qué vestiduras recibiste, qué sólido, qué magnífico templo hizo de tu alma el Espíritu Santo. Templo no adornado de oro ni de piedras preciosas, sino de algo más precioso, que es el Espíritu Santo mismo. Considera que ningún sepulcro se permite construir dentro de la ciudad. Luego tampoco podrás tú presentarte en la ciudad celeste. Porque si eso está prohibido en la tierra, mucho más en el cielo. Mas aún, ya en la tierra, llevando que llevas contigo un alma muerta, eres ridículo para todo el mundo, y no sólo ridículo, sino también execrable. Porque, dime: si uno fuera por ahí con un muerto a cuestas, ¿no se retiraría, no huiría todo el mundo de su lado? Pues aplica eso al caso presente. Porque espectáculo más macabro das tú ahora al llevar a cuestas un alma muerta, un alma en descomposición por tus pecados. ¿Quién tendrá conmiseración de ese tal? Si tú mismo no te compadeces de tu propia alma, si tú eres tan feroz enemigo

de ti mismo, ¿cómo ha de tenerte otro compasión? ¿Qué no harías si alguien enterrara un cadáver debajo de tu lecho o de tu mesa? ¡Y tú entierras un alma muerta, no bajo el lecho, no bajo la mesa, sino entre los miembros mismos de Cristo! ¿Y no temes que caigan sobre tu cabeza infinitos rayos del cielo? ¿Cómo te atreves a pisar las iglesias de Dios y sus templos santos, exhalando por dentro tanta abominación? Si alguien se atreviera a llevar un cadáver al palacio imperial y enterrarlo dentro, no escaparía a la última pena. Pues tú, que pisas los sagrados recintos y llenas de tal hedor la casa de Dios, considera el castigo que sufrirás. Imita más bien a aquella pública pecadora que ungió de perfume los pies de Cristo y llenó de fragancia la casa entera. Lo contrario de lo que haces tú con la casa de Dios. Porque ¿qué importa que tú no percibas el mal olor? Eso es precisamente lo grave de tu enfermedad. Eso delata que es incurable y más grave que las más hediondas llagas corporales. La enfermedad corporal es por lo menos sentida por los que la sufren y no supone culpa alguna, antes nos inspira compasión; pero esotra enfermedad sólo merece aborrecimiento y castigo.

CÓMO SE PROFANA EL TEMPLO DE DIOS

Ahora, pues, ya que esa enfermedad es más grave y el enfermo no se da cuenta de ella, ea, escucha mi palabra, que quiero mostrarte claramente su pestilencia. Y, ante todo, oye lo que dices cuando cantas el salmo: *Enderécese mi oración como incienso en tu presencia* (Salmo 140,2). Ahora bien, si no es incienso, sino humo maloliente lo que sube de ti y de tus obras al acatamiento divino, ¿qué castigo no merecerás sufrir? ¿Y cuál es ese humo maloliente? Muchos lo saben muy bien. Son los que miran en torno a sí a las mujeres hermosas, son los que buscan ávidamente a jóvenes muchachos en la flor de la edad. ¿Y no te admiras que no caigan rayos del cielo y lo derriben todo de arriba abajo? En verdad, esos pecados, de rayos y de infierno son merecedores; pero Dios, paciente e infinitamente misericordioso, contiene de pronto su cólera y te convida a penitencia y corrección. ¿Qué haces, hombre? ¿Miras curiosamente a las mujeres hermosas y no te estremeces de profanar así el templo de Dios? ¿Es que te figuras que la iglesia es un lupanar y merece menos respeto que la pública plaza? Porque en la plaza temes y te avergüenzas de que

te vean mirar curiosamente a una mujer; en el templo de Dios, sin embargo, mientras Dios mismo te está hablando y te amenaza contra ello, tú fornicas y adulteras en tu corazón en el momento mismo en que estás oyendo que no lo hagas. ¿Y no te estremeces ni sales de ti mismo? Eso os enseñan los teatros de disolución, esa peste inextirpable, ese veneno mortífero, esa terrible sed de los decaídos, esa perdición, deleitosa, de los intemperantes. De ahí que el profeta, en son de reproche, decía: *Ni tus ojos ni tu corazón son buenos* (Jer 22,17). Esos tales más valdría que fueran ciegos, mejor fuera que estuvieran enfermos de los ojos, que no abusar de ellos para tales espectáculos. Realmente, dentro de vosotros debierais tener la muralla que separara a los hombres de las mujeres; mas ya que no lo queréis, nuestros padres tuvieron por necesario separaros siquiera por estas cancelas. Por mi parte, he oído decir a los ancianos que en lo antiguo ni eso había para la separación. *Porque en Cristo Jesús no hay varón ni hembra* (Gal 3,28). Y en tiempo de los apóstoles, juntos estaban hombres y mujeres. Es que entonces los hombres eran hombres, y las mujeres mujeres. Bien al revés de ahora, en que las mujeres han adoptado las costumbres de las rameras y los hombres se llevan poco de caballos furiosos. ¿No habéis oído que en el cenáculo estaban juntos hombres y mujeres, y aquella reunión era digna del cielo? Y con mucha razón, pues mucha filosofía ejercitaban entonces las mujeres; mucha gravedad y castidad los hombres. Oíd, sino, aquella vendedora de púrpura que decía: *Si me juzgáis fiel para el Señor, entrad en mi casa y permaneced en ella* (Hechos 16,15). Oíd de otras mujeres que, con ánimo varonil, acompañaban por dondequiera a los apóstoles: una Priscilla, una Persis y otras. Mujeres de que están tan distantes las mujeres de ahora, como los hombres de aquellos hombres.

CONTRASTE ENTRE LOS TIEMPOS APOSTÓLICOS Y LOS ACTUALES

Entonces, ni aun en medio de los viajes caía una sospecha mala sobre aquellas mujeres; ahora, aun cerradas en los gineceos, a duras penas escapan a ella. He ahí el resultado de tanto lujo, de tanto regalo. Para aquellas mujeres de entonces, su gran trabajo era propagar el Evangelio; ahora, todo su afán es aparecer hermosas, bien vestidas y con atrayente cara. Ésta es su gloria,

ésta es su salvación; las altas y grandes obras de virtud, ni pasarles por el pensamiento. ¿Qué mujer pone empeño en hacer mejor a su marido? ¿Qué hombre se preocupa de corregir a su mujer? Ninguno en absoluto. Para la mujer, todo su afán se cifra en sus joyas de oro, en sus vestidos y demás ornamentos de su cuerpo, y algo también en acrecentar la hacienda; para el hombre, ésta es la principal preocupación y otras muchas con ella, pero todas mundanas.

LAS RIQUEZAS, MÓVIL DEL MATRIMONIO

¿Quién, al ir a casarse, mira el carácter y vida de la mujer? Nadie. Lo que se mira inmediatamente son el dinero y riquezas, la cuantía de la fortuna en sus varias y diversas formas, coMo si se fuera a comprar algo o celebrar un contrato corriente y moliente. De ahí que llaméis contrato al matrimonio. Yo he oído comentar a muchos: ¿Sabes que fulano ha celebrado contrato de matrimonio, Yo he oído comentar a muchos: Sabes que fulano ha celebrado contrato con fulana? Es decir, que se han casado. He ahí una injuria a los dones de Dios y he ahí el matrimonio ha venido a ser asunto de compra y venta. Son escrituras que necesitan más garantías que las de cualquier compra o venta. Aprended cómo se casaban los antiguos e imitadlos. ¿Cómo se casaban, pues, los antiguos? Buscando ante todo la buena vida y costumbres, es decir, la virtud del alma. De ahí que ninguna necesidad tenían de escrituras ni de la garantía que pueda dar el papel y la tinta, pues les bastaba por todo la virtud de la esposa. Yo os exhorto, pues, también a vosotros a que no busquéis dinero y fortuna, sino carácter, modestia y piedad. Buscad una muchacha sensata, y os resultará mejor que mil tesoros. Si buscas ante todo a Dios, tendrás también la riqueza; mas si, dejando a Dios a un lado, corres tras la riqueza, no tendrás ni a Dios ni a la riqueza. —Pero fulano —me dices—, gracias a su mujer, se ha hecho muy rico. — ¿Y no te avergüenzas de traer a cuento esos ejemplos? Yo, en cambio, he oído decir a muchos que preferirían ser mil veces pobres antes que recibir la riqueza de sus mujeres. Porque ¿qué cosa más desagradable que esa riqueza? ¿Qué cosa más amarga que semejante opulencia? ¿Qué vergüenza mayor que hacerse notorio por ese medio y que ande la gente diciendo: "Fulanito llegó a ser rico gracias a su mujer"? Y nada digo de los disgustos íntimos que

forzosamente han de originarse de esta situación: el orgullo de la mujer, la servidumbre del marido, las batallas familiares, las burlas de los propios esclavos: ¡Vaya un pobre hombre, vestido de harapos, villano hijo de villanos! ¿Qué trajo al venir aquí? ¿No es todo de la señora? Dirás que a ti te importa un bledo todos esos dichos; es que ni siquiera eres libre. También los parásitos oyen cosas peores que ésas, y tampoco ellos lo sienten, antes se ufanan de su propia vergüenza Cuando algo de eso les decimos: "Sea —dicen— el bocado bueno y dulce, y así me ahogue”. ¡Maldito diablo! ¡Y qué refranes ha introducido en la vida, capaces de trastornar la existencia entera de esos infelices! Mirad, si no, de cuánta perdición está lleno este diabólico dicho. En realidad, pudiera muy bien traducirse por estas otras palabras: nada te importe lo serio, nada lo justo. Echa todo eso a rodar. Busca sólo una cosa: el placer. Aunque el placer mismo te ahogue, abrázalo; aunque te escupan cuantos contigo se topen, aunque te arrojen cieno a la cara, así te echen a puntapiés como a un perro, súfrelo todo. ¿Qué otra cosa dirían los cerdos si supieran hablar? ¿Qué dirían los perros sin pudor? Quizá no dirían tanto como esos hombres, a quienes el diablo inspira semejante rabia. Por eso, yo os exhorto a que, dándoos cuenta de la estupidez de tales palabras, huyáis de esos refranes y escojáis otros de las Escrituras que son contrarios a ellos. — ¿Cuáles son éstos? —*No vayas* —dice el Sabio— *tras los deseos de tu alma y reprímete en tus apetitos* (Eccli 18,30). Y sobre la ramera, la Escritura dice lo contrario del refrán que comentamos: *No atiendas a la mujer mala. Porque de los labios de la ramera destila miel que por un momento deleita tu garganta; pero luego la hallarás más amarga que la hiel y más cortante que espada de dos filos* (Prov 5,2-4).

EXHORTACIÓN FINAL: RECORDEMOS LAS PALABRAS DE LA ESCRITURA

Estas sentencias, éstas hemos de oír, no aquéllas. Porque lo que engendra los pensamientos bajos y serviles, lo que convierte a los hombres en animales, es querer buscar en todo el placer, como enseña aquel refrán, que, aparte nuestras razones, por si solo es ya ridículo. Porque después que te has ahogado, ¿de qué te vale la dulzura? Basta, pues, de esas ridiculeces, basta de encender el fuego inextinguible del infierno. Miremos, siquiera tarde, a lo

venidero, quitemos la legaña de nuestros ojos, a fin de pasar ordenadamente, con gravedad y piedad, la presente vida y alcanzar luego los bienes por venir, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 74

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis sus monumentos y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos tenido parte en el derramamiento de la sangre de los profetas! (Mt 23,29 y sig.).

LOS HIJOS, PEORES QUE LOS PADRES

No lanza el Señor este ¡ay! contra escribas y fariseos por el hecho de que edifiquen los sepulcros de los profetas y recriminen a sus padres haberles dado muerte, sino porque aparentando condenarlos por lo que hacen y lo que dicen, hacen ellos luego cosas peores que aquéllos. Porque que la condenación era pura afectación, lo afirma Lucas: por el hecho de edificar consentís con ellos. *¡Ay de vosotros!* —dice—, *porque edificáis los sepulcros de los profetas, a quienes vuestros padres mataron. Luego así atestiguáis y consentís en las obras de vuestros padres, pues ellos mataron a los profetas y vosotros edificáis sus sepulcros* (Lc 11,47-48). En realidad, el Señor les echa aquí en cara la intención con que edificaban, pues no lo hacían en honor de quienes habían sido sacrificados, sino blasonando de sus muertes y temerosos de que, si desaparecían los sepulcros con el tiempo, se borrase también la prueba y memoria del crimen. De ahí su afán de construcción, levantando como trofeos aquellas espléndidas sepulturas y blasonando y haciendo ostentación de los crímenes de sus padres. Porque los crímenes que vosotros mismos estáis cometiendo ahora demuestran que también eso lo hacéis con intentos criminales. Porque si bien es cierto que decís todos lo contrario —les dice—, como si condenarais a vuestros padres. —*Si hubiéramos vivido en los días de ellos, no hubiéramos tomado parte en sus crímenes*—; mas la intención con que así habláis es bien patente. Esa intención es la que el Señor descubre, veladamente, es cierto; pero, al cabo,

la descubre. Porque después que dijo: *Y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos tenido parte con ellos en el derramamiento de la sangre de los profetas*, prosiguió: *Luego, así dais testimonio vosotros mismos de que sois hijos de los que asesinaron a los profetas.* Mas ¿qué culpa hay en ser hijo de un asesino, como no se apruebe el crimen del padre? Ninguna. Luego es evidente que el Señor les echa en cara sus construcciones, para darles a entender su parentesco en la maldad con quienes mataron a los profetas. Y lo mismo comprueba también lo que sigue, pues añadió: *Serpientes, raza de víboras,* porque como las víboras se parecen a sus padres en el daño de su veneno, así vosotros os asemejáis a vuestros padres en vuestro instinto asesino. Luego, ya que hubo punzado su intención, oculta entonces a los más, el Señor confirma sus palabras por lo que pronto iban a hacer, y que sería patente a todo el mundo. Porque, después que dijo: *Así atestiguáis vosotros mismos que sois hijos de los que asesinaron a los profetas*, para poner de manifiesto que hablaba del parentesco en la maldad y que era pura ficción lo de que blasonaban: *No hubiéramos tomado parte con ellos*, añadió el Señor: *Y vosotros llenad la medida de vuestros padres*. Lo que no era darles un mandato, sino profetizar lo que había de suceder, es decir, su propia muerte. Por eso justamente, ya que ha dado la prueba y demostrado que era pura ficción todo aquello que decían en propia defensa, como: *No hubiéramos tenido parte con ellos* (porque quienes al Señor no perdonaron, ¿cómo iban a respetar a sus servidores?), el Señor toma ahora un tono más enérgico y los llama serpientes y raza de víboras y dice: *¿Cómo escaparéis a la condenación al infierno, cometiendo tales crímenes y negándolos y disimulando vuestra intención?* Luego, para confundirlos más copiosamente por otro argumento, les dice: *Yo os enviaré profetas y sabios y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis y azotaréis en vuestras sinagogas*. Para que no pudieran decir: Aunque crucificamos al Amo, de haber vivido entonces, no hubiéramos puesto las manos en sus siervos; he aquí —les dice— que también os envío a mis siervos, profetas también ellos, y tampoco a ellos los perdonaréis. Así habla el Señor para demostrar que nada tenía de extraño hubiera de ser Él sacrificado por los hijos de los que mataron a los profetas, criminales también y pérfidos, llenos de dolo y que en crímenes dejaban atrás a sus propios padres.

CRIMINAL VANIDAD DE ESCRIBAS Y FARISEOS

Aparte todo lo dicho, el Señor les hace ver la grande vanidad de sus palabras. Y, en efecto, cuando dicen: *Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos tomado parte con ellos en el derramamiento de la sangre de los profetas*, por pura vanidad lo dicen, filosofando sólo de palabra y haciendo de obra todo lo contrario. *Serpientes, raza de víboras*. Es decir: Hijos malvados de padres malvados y peores aún que los que os engendraron. Porque el Señor les hace ver que sus crímenes son mayores y mucho más graves que los de sus padres, y eso que tanto alardeaban de que no hubieran caído en lo que aquéllos cayeron. Ellos ponían el remate y coronamiento de los pecados de sus padres. Éstos, efectivamente, habían dado muerte a los criados que habían venido a la viña; pero ellos iban pronto a matar al Hijo mismo y a los que venían a convidarlos al banquete de bodas. Al decir esto el Señor, los excluye del parentesco con Abrahán y les hace ver que de nada había de servirles, desde el momento que no imitaban las obras de Abrahán. De ahí que añada: *¿Cómo vais a escapar de la condenación al infierno, cuando imitáis a quienes tales crímenes cometieron?* Aquí recuerda el Señor la acusación que Juan les dirigiera, pues también Juan los había llamado raza de víboras y les había hablado del juicio venidero. Luego, como ni el juicio ni el infierno les amedrentaban gran cosa, primero por no creer y luego porque eran amenazas a largo plazo, el Señor trata de reprimirlos por lo presente y les dice: *Por eso, he aquí que yo os enviaré profetas y sabios y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis y azotaréis*. *A fin de que venga sobre vosotros toda la sangre justa derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis en medio del santuario y del altar. En verdad os digo que, todo esto vendrá sobre esta generación*.

EL CASTIGO DE LOS CRIMINALES

Mirad por cuántos medios los asegura. Les había dicho: Vosotros condenáis a vuestros padres al afirmar que, de haber vivido en sus días, no habríais tomado parte en sus crímenes. Lo cual no era pequeña parte para confundirlos. Les había dicho: Vosotros, no obstante condenarlos, hacéis cosas peores que ellos.

Les había dicho que todo aquello no quedaría sin castigo y les infundió miedo inexplicable, como que les habló nada menos que del infierno. Luego, como el infierno estaba lejos, les puso también delante los males presentes: *Todo esto* —les dice— *vendrá sobre esta generación*. Añadió al castigo una vehemencia indecible al afirmarles que habrían de sufrir lo más grave que cabía imaginar. Y nada de esto les movió a hacerse mejores. Y si alguno dijera: ¿Y por qué, en fin, habían de sufrir lo más grave que cabe imaginar? A eso respondería yo: Porque sus crímenes fueron también los más graves de todos y con nada de cuanto les aconteciera habían entrado en razón. ¿Y no has oído lo que dijo Lamec: *De Caín se tomó venganza siete veces, pero de Lamec setenta veces siete*? (Gen 4,24) Es decir, Yo merezco muchos más castigos que Caín. ¿Por qué eso? En verdad, Lamec no había matado a su hermano, pero tampoco se había corregido con el ejemplo de Caín. Esto es lo que Dios dice en otro paso de la Escritura: *Yo hago pagar a los que me aborrecen los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación* (Ex 20,5). Lo que no quiere decir que unos paguen la pena de lo que otros pecan, sino que quienes, después de haber pecado otros muchos y de haber sido castigados, no se han enmendado, antes bien cometieron los mismos pecados que ellos, es justo que sufran los mismos castigos que ellos. Advertid de paso cuán oportunamente hace el Señor mención de Abel para hacerles ver a sus enemigos que también su muerte había de ser obra de la envidia. ¿Qué podéis, pues, alegar? ¿Es que no sabíais lo que le aconteció a Caín? ¿Es que Dios se cruzó de brazos ante los hechos? ¿No le infligió el más duro castigo? ¿Por ventura no habéis oído lo que sufrieron vuestros padres por haber dado muerte a los profetas? ¿Acaso no fueron entregados a castigos y suplicios sin cuento? ¿Cómo, pues, no os habéis vosotros enmendado? Mas ¿a qué hablar de los castigos y sufrimientos de vuestros padres? Vosotros mismos que los condenáis, ¿cómo hacéis cosas peores que ellos? En realidad, vosotros mismos sentenciasteis sobre los labradores asesinos: *A esos miserables, miserablemente los hará perecer* (Mt 21,41). ¿Qué perdón, pues, tendréis en adelante, si después de osa sentencia cometéis esos mismos crímenes? Y ¿quién es este Zacarías de quien habla aquí el Señor? Unos dicen que el padre de

Juan; otros, que el profeta Zacarías[63]; otros, cierto sacerdote de doble nombre, a quien la Escritura llama también Yoyada (Par 24,20-22). Nosotros consideremos que el crimen fue doble; porque no sólo mataban a los santos, sino que los mataban en lugares santos. Al hablar así el Señor, no sólo trataba de amedrentar a los judíos, sino también de consolar a sus discípulos, haciéndoles ver que también los justos antes de ellos habían padecido lo mismo que habían de padecer ellos. A los judíos, sin embargo, los espantaba prediciéndoles que como sus padres sufrieron la pena de sus crímenes, también ellos sufrirían los últimos suplicios. De ahí que llame el Señor a sus enviados profetas, sabios y escribas, a fin de cortarles hasta en eso todo intento de defensa. Porque no me podéis achacar —parece decirles— que os he mandado emisarios de las naciones, y por ello os escandalizasteis. No. Sólo vuestros instintos asesinos y vuestra sed de sangre os han llevado a cometer el crimen. De ahí que de antemano les dijera que para ese fin les mandaría profetas y escribas. Es lo mismo que les reprochaban los profetas, diciendo: *Mezclan la sangre con la sangre* (Os 4,2), y que son hombres sanguinarios. Por eso les mandó que también se le ofreciera sangre, a fin de hacerles ver que, si la sangre de un irracional es preciosa, mucho más lo es la del hombre. De ahí que a Noé mismo, Dios le dijo: *Tomaré venganza de toda sangre derramada* (Gen 9,6). Y por el estilo, fácil es ver cómo Dios les manda mil cosas más en orden a evitar el homicidio; de ahí mandarles no comer nada sofocado. ¡Oh misericordia de Dios! Aun sabiendo de antemano que nada había de conseguir, Él hace lo que estaba de su parte. Yo os enviaré —les dice— a mis representantes, y eso a sabiendas de que habían de ser pasados a cuchillo. De suerte que aun por aquí quedan convictos de cuán vanamente decían. *Nosotros no hubiéramos tomado parte con nuestros padres en la muerte de los profetas*. Porque también ellos mataron profetas en sus sinagogas, sin respetar ni el lugar ni la dignidad de las personas. No mataron a gentes cualesquiera, sino a profetas y sabios, a fin de librarse de sus reproches. Por lo demás, profetas y sabios llama el Señor a sus apóstoles y a los sucesores de éstos, pues muchos de ellos también tuvieron don de profecía. Seguidamente, queriendo acrecentar aún su temor, prosigue: *En verdad, en verdad os digo:*

[63] El texto griego: *Azarias*, por *Zacarías*.

Todo esto vendrá sobre esta generación. Es decir, todo esto haré yo caer sobre vuestras cabezas y de vosotros tomaré dura venganza. Porque el que sabe que muchos otros han pecado y sido castigados y no entra en razón, sino que comete él a su vez los mismos pecados, y no sólo los mismos, sino más graves todavía, justo es también que sufra más grave castigo. Porque a la manera que, de haber querido, pudiera haber sacado gran provecho de los pecados ajenos, enmendándose de los propios, así, al permanecer incorregible, se hizo reo de más grave castigo, como quien gozó de más severa corrección, la de quienes antes pecaron y fueron castigados, y ningún fruto sacó de ella.

APÓSTROFE A JERUSALÉN

Seguidamente apostrofa el Señor a la ciudad misma, queriendo de este modo instruir a sus oyentes, y dice: *Jerusalén, Jerusalén...* — ¿Qué quiere decir la repetición? —Esa figura expresa la compasión y lástima que por la ciudad siente y el vehemente amor que le tiene. Como si hablara con su amada, siempre tiernamente querida, pero que despreció a su amante, y por ello iba a sufrir el castigo, el Señor parece como justificarse en el momento que lo va a hacer caer sobre ella. Es lo que hace también en los profetas, cuando dice: *Le dije: Conviértete a mí y no se convirtió* (Jer 3,7). Luego, ya que la ha llamado por su nombre, enumera sus asesinatos, diciendo: *Que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos y no quisisteis!* De este modo se defendía el Señor, como si dijera: "Ni aun así lograste que me apartara de ti ni que se enfriara el ardiente amor que te tengo. Aun así quise, no una, ni dos, sino muchas veces, atraerte a mí": *¡Cuántas veces* —dice— *quise reunir a tus hijos como la gallina a sus polluelos, y no quisisteis!* Al hablar así, bien les da a entender cómo ellos se dispersaban siempre por sus pecados. Y ¡cuánto amor no delata esa imagen de la gallina! Porque ardiente es el que esta ave tiene por sus polluelos. Esta imagen de las alas aparece en muchos pasajes de los profetas, en el cántico de Moisés y en los Salmos, y ninguna como ella para darnos a entender la mucha protección y providencia de Dios para con su pueblo. *Y no quisisteis* —dice—. *He aquí que vuestra casa se queda desierta*, es decir, desnuda de mi protección. Luego Él era quien también antes los protegía, mantenía y conservaba

Luego Él es quien siempre los castiga. Y el Señor les señala aquí el castigo que habían siempre temido con mayor angustia Porque quedar desierta su casa era manifestarles que había de venirse abajo toda su constitución política.

EL SEÑOR SE DESPIDE

*Porque yo o***s** *digo que ya no me habéis de ver más hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor*. También ésta es palabra de ardiente enamorado, que ardientemente trata de atraérselos por lo por venir y no quiere sólo confundirlos por lo pasado. Aquí, en efecto, habla del día venidero de su segundo advenimiento. — ¿Pues qué? ¿Es que no le vieron más desde aquel momento? —Sí, pero con la expresión “desde ahora", no quiere indicar el momento en que habla, sino todo el tiempo que va hasta la pasión. Y es que, como siempre le echaban en cara que era contrario y enemigo de Dios, Él trata de atraérselos a su amor mostrándoles su conformidad con el Padre, como lo prueba el hecho de estar Él en los profetas y valerse aquí mismo de las palabras mismas del profeta (Salmo 17,25). Por estas palabras, aludió también aquí el Señor a su resurrección y manifestó su segundo advenimiento. Y aun a los más incrédulos les dio a entender que entonces le adorarían absolutamente. Y ¿cómo les dio a entender eso? Prediciéndoles muchos hechos futuros que sucederían antes: que les enviaría profetas, y ellos los matarían, y los matarían en sus sinagogas; que sufrirían males extremos; que su casa quedaría desierta; que vendrían sobre ellos las más graves calamidades, cuales no les acontecieran jamás antes. Todos estos hechos eran más que bastantes para ofrecer aun a los más insensatos y pertinaces una prueba de que también lo otro sucedería en su segundo advenimiento. Porque, preguntémosles a ellos: ¿Envió el Señor profetas y sabios? ¿Los mataron en sus sinagogas? ¿Quedó desierta su casa? ¿Vinieron todos esos castigos sobre aquella misma generación? Evidentemente que sí, y nadie lo podrá contradecir. Luego, como todo eso se ha cumplido, también se cumplirá lo otro, y ellos absolutamente adorarán entonces al Señor. Mas nada les servirá eso para su defensa, como tampoco les valió para nada su penitencia a quienes se arrepintieron al consumarse la ruina de su Estado. Obremos el bien mientras es tiempo. Porque, como a los judíos no les aprovechará ya para nada el

reconocimiento del Señor, así tampoco a nosotros mismos el arrepentirnos entonces de nuestra maldad. Cuando el mar se ha tragado la nave por negligencia del piloto o el enfermo ha muerto por impericia del médico, ni el médico ni piloto tienen ya nada que hacer. Antes, antes del desenlace tienen médico y piloto que trazarlo todo y disponerlo todo, para no caer en el peligro o en la vergüenza. Después del desastre, todo es inútil. Pues también nosotros, mientras estamos aún en la enfermedad, amemos a los médicos y gastemos dinero y pongamos constante solicitud, a fin de que, levantados de la maldad, salgamos sanos de este mundo. Pongamos por nosotros mismos, cuando está enferma nuestra alma, el mismo cuidado y providencia que ponemos por nuestros esclavos, cuando uno de ellos enferma corporalmente. En verdad, más cerca estamos de nosotros mismos que de nuestros esclavos y más necesarias son nuestras almas que sus cuerpos. Y, sin embargo, ya quisiera yo que pusiéramos el mismo cuidado en uno y otro caso. Mas si ahora hacemos eso, al salir de este mundo, ninguna razón nos quedará para defendernos.

CUREMOS LA ENFERMEDAD DE NUESTRA ALMA

—Y ¿quién será —me dices— tan miserable que no ponga por su alma el mismo empeño que por un esclavo? —He ahí justamente lo admirable; nos merecemos tan poca estima a nosotros mismos, que nos despreciamos más que a nuestros propios esclavos. Porque, si uno de éstos tiene fiebre, al punto llamamos a los médicos, y les señalamos habitación aparte, y les obligamos a obedecer a las prescripciones de la medicina. Y, caso de descuidarse, nos mostramos severos con ellos y les ponemos vigilantes que, por más que ellos se empeñen, no les consientan satisfacer su deseo. Y si quienes los cuidan nos indican que hay que comprar medicinas muy caras, las mandamos comprar, y cualquier otra cosa que manden, les obedecemos y encima les pagamos por tales mandatos. Mas cuando estamos nosotros enfermos, o, por decir mejor, a pesar de que no hay momento en que no lo estemos, ni llamamos al médico ni gastamos para curarnos. A juzgar por el descuido en que dejamos nuestra alma, diríase que está enfermo algún verdugo o mortal enemigo nuestro. Al hablar así, no es que yo tenga nada que reprochar al cuidado que se

tenga de los esclavos; lo que pido es que se tenga por el alma siquiera solicitud pareja a la que por ellos se tiene. — Y ¿cómo haremos eso? —me dices—. —Visita a Pablo en tu enfermedad. Llama a Mateo, haz que Juan se siente a tu cabecera. Escucha de ellos lo que ha de hacer quien sufre como tú. Ellos te lo dirán infaliblemente y nada te ocultarán. Porque no han muerto esos médicos; todavía viven y hablan. —Mas el alma, abrasada por la fiebre, no le presta atención. —Oblígala tú a que atienda; despierta su inteligencia. Llama a tu casa a los profetas. Con estos médicos no hay que gastar dinero, pues ni por sus servicios reclaman paga alguna, ni por los medicamentos que preparan. Fuera de la limosna, no te obligan a hacer gasto alguno. En todo lo demás, más bien te procuran ahorro. Por ejemplo, cuando te prescriben ser casto, te libran de inoportunos y torpes gastos; cuando te recomiendan dejar la bebida, aumentan tu riqueza. Mirad ¡qué arte de médicos, que juntamente con la salud nos procuran también dinero! Siéntate, pues, junto a ellos y aprende de su boca la naturaleza de la enfermedad que padeces. Por ejemplo, ¿codicias dinero y riqueza, como el enfermo con fiebre el agua fría? Escucha lo que te recomiendan tus médicos. Porque a la manera que tu médico ordinario suele decirte: Si satisfaces ese deseo, estás perdido y te pasará esto y lo otro, así también Pablo: *Los que quieren enriquecerse, caen en tentaciones y lazos del diablo y en deseos insensatos y perjudiciales, que hunden a los hombres en su ruina y perdición* (1 Tim 6,9). ¿Eres impaciente? Escucha al mismo Pablo, que dice: *Todavía un poco, y el que ha de venir vendrá y no tardará* (Hebr 10,37). *El Señor está cerca; no tengáis preocupación ninguna* (Flp 4,5). Y otra vez: *Pasa la figura de este mundo* (1 Cor 4,5). Porque no sólo ordena, sino que, como buen médico, sabe también consolar, Y como los médicos, en lugar del agua fría que pide el enfermo, inventan otros remedios, así también Pablo sabe condescender con el deseo. ¿Quieres —dice— enriquecerte? Enriquécete en buenas obras. ¿Deseas atesorar? No hay inconveniente; sólo que en los cielos. Y como tu médico te dirá que el agua fría es perjudicial a los dientes, a los nervios y a los huesos, algo así hace también éste; con más concisión seguramente, pues le gusta hablar con brevedad, pero con más claridad y eficacia. Porque: *La raíz* —dice— *de todos los males es la codicia y amor al dinero* (1 Tim 6,10). ¿A qué debemos, pues, aspirar? También esto nos lo dice: a la suficiencia, no a la avaricia.

Porque gran negocio es la suficiencia acompañada de la piedad (1 Tim 6,6). Mas si todavía no estás contento y deseas más y no te decides a tirar todo lo superfluo, también para esta clase de enfermos tiene su prescripción y ordena cómo han de portarse: *Que quienes se alegran en las riquezas, sean como los que no se alegran; los que tienen, como los que no retienen, y los que usan de este mundo, como los que no abusan* 17. ¡Mirad qué prescripción de este médico! ¿Queréis que os presente ahora otro? Por mi parte, encantado. Porque los médicos del alma no son como los del cuerpo, que muchas veces, por competencia entre unos y otros, llevan al enfermo a la sepultura. Nada de esto los del alma, que sólo miran a la salud del enfermo y no a su propia honrilla. No temas, por tanto, que sean muchos, pues en todos ellos habla el único maestro, que es Cristo.

HABLA EL MÉDICO DIVINO

Mira, pues, otro médico que entra y habla gravemente de esa enfermedad; o, más bien, oye al maestro mismo, que por su evangelista te dice: *No podéis servir a Dios y a Mammón*, es decir, al dinero (Mt 6,24). — ¡Muy bien!—me dirás—. ¿Y cómo conseguir eso? ¿Cómo poner término a esta codicia? —Oye cómo te lo prescribe el mismo médico divino: *No atesoréis para vosotros tesoros sobre la tierra, donde la polilla y la carcoma los destruyen, donde los ladrones taladran y roban* (Mt 6,19). Mirad cómo los aparta de la codicia terrena por razón del lugar y de los muchos que destruyen nuestros bienes y cómo nos clava en el cielo, donde nadie puede consumirlos. Si trasladáis —dice— vuestra riqueza donde no la destruye la polilla ni la carcoma, donde los ladrones no taladran ni roban, no sólo rechazáis esa enfermedad de la avaricia, sino que pondréis a vuestra alma en la más grande opulencia. Y juntamente con sus palabras nos pone un ejemplo a fin de inspirarnos la templanza. Y a la manera que un médico, para espantar al doliente, le cuenta el caso de otro que murió por haber bebido agua fría, así el Señor nos presenta el ejemplo del rico enfermo, que desea la vida y la salud, pero que no puede alcanzarla, porque le domina la avaricia, y sale de este mundo con las manos vacías (Cf Mt 19,16). Después de éste, otro evangelista nos habla de otro rico, de aquel que se abrasaba en el infierno y no logró una gota de agua (Lc 16,19). Luego, para hacernos ver que

sus mandatos son fáciles, nos dice: *Mirad las aves del cielo* (Mt 6,26). Sin embargo, condescendiente como es, tampoco deja que los ricos se desesperen. Porque: *Lo que para los hombres* —dice— *es imposible, es posible para Dios* (Lc 18,27). Aun cuando seas rico, el médico divino puede curarte. Porque el Señor no suprimió la riqueza, sino el ser esclavo de la riqueza, el dejarse dominar de la avaricia. ¿Cómo es, pues, posible que el rico se salve? Poseyendo su riqueza en común con los necesitados, como lo hacía el santo Job; desterrando de su alma la codicia de poseer siempre más y más, no traspasando en nada los límites de la necesidad. Luego te pone delante el ejemplo del publicano mismo, fuertemente aquejado de la fiebre de la avaricia y rápidamente curado de ella. Porque ¿qué hay más ávido de ganancia que un publicano? Sin embargo, por haber obedecido las prescripciones del médico, hasta un publicano vino a ser voluntariamente pobre. En realidad, el Señor tiene discípulos que sufren las mismas enfermedades que nosotros y que rápidamente sanan de ellas. Y a cada uno nos lo pone Él delante a fin de que nosotros no desesperemos. Mira, sino, a este publicano (Cf. Mt 9,9). Y mira también a otro, príncipe de publicanos, que hizo promesas de dar el cuádruplo de lo que había robado y la mitad de cuanto poseía a trueque de hospedar a Jesús en su casa. ¿Pero es que te abrasa el deseo de riquezas? Pues ten por tuyas las de los otros. Yo te ofrezco —parece decirte el señor— más de lo que tú buscas, pues te abro las puertas de las casas de los ricos de toda la tierra. *Porque el que dejare padre o madre o campos o casa, recibirá cien doblado* (Mt 19,29). De este modo, no sólo gozarás de mayor riqueza, sino que matarás enteramente esa terrible sed que te devora y lo llevarás todo pacientemente; y no sólo no anhelarás más, sino que muchas veces te privarás aun de lo necesario. Así, cuando Pablo tenía hambre, de ello se gloriaba, más que cuando comía. Y es así que el atleta antes prefiere luchar y alcanzar una corona que no descansar y vivir ociosamente. Y el comerciante que ha gustado lo que se gana navegando, por nada del mundo querría estarse mano sobre mano.

EXHORTACIÓN FINAL: GUSTEMOS LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU

Pues también nosotros, si debidamente gustamos de los frutos

del espíritu, tendremos ya por nada todo lo presente, poseídos que estaremos, como de la más bella borrachera, por el deseo de los bienes venideros. Gustemos, pues, de aquellos frutos a fin de librarnos del tumulto de las cosas presentes y alcanzar los bienes futuros, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 75

Y habiendo salido Jesús del templo, iba caminando, y se le acercaron sus discípulos para hacerle notar las edificaciones del templo. Y Él, tomando la palabra, les dijo, ¿Veis todo eso? Pues en verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida (Mt 24, 1 y sig.).

LA DESTRUCCIÓN DEL TEMPLO

Había dicho el Señor: *Mirad que vuestra casa quedará desierta*, y había anteriormente predicho calamidades sin cuento; de ahí que sus discípulos se le acerquen como maravillados para hacerle notar la hermosura del templo, perplejos juntamente de que pudieran desaparecer tantas bellezas, tantas preciosidades y tan indecible variedad de obras de arte. Mas ahora ya no les habla sólo de soledad, sino que les predice su completa desaparición: ¿Veis —les dice— todas esas cosas y os admiráis y maravilláis? Pues de todo ello no ha de quedar piedra sobre piedra. —Entonces— objetarás—, ¿cómo es que quedó? — ¿Y qué importa eso? Porque ni aun así dejó de cumplirse la sentencia. Porque o hablaba el Señor de la desolación completa, o sólo de la del lugar en que se hallaba. Porque hay partes del templo que han desaparecido hasta los cimientos. Aparte de esto, puedo también contestaros que, por lo ya sucedido, aun los más pertinaces han de persuadirse que aun las reliquias que quedan han de perecer también completamente.

PRELUDIO A LA RUINA DE JERUSALÉN: SEUDOCRISTIANOS Y SEUDOPROFETAS

Mas sentado Él sobre el monte de los Olivos, se le acercaron en particular sus discípulos para preguntarle: Dinos cuándo sucederán

estas cosas y qué señal habrá de tu venida y de la consumación del mundo. Como quienes tales preguntas venían a hacerle, se le acercaron en particular. La verdad es que ardían en deseos de saber el día de su venida, pues deseaban también ardientemente contemplar aquella gloria, principio que sería de incontables bienes. Dos cosas le preguntan aquí: *¿Cuándo sucederá esto?* Es decir, la destrucción del templo; y: *¿Qué señal habrá de tu venida?* Lucas dice que sólo le preguntaron acerca de la ruina de Jerusalén (Lc 21,7), por creer ellos que con ella había de coincidir el advenimiento glorioso del Señor. Marcos dice que ni siquiera le preguntaron todos acerca de la ruina de Jerusalén, sino sólo Pedro y Juan (Mc 13,3), como quienes tenían más confianza con Él. ¿Qué contesta, en fin, el Señor? *Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo. Y engañarán a muchos. Porque oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras. Mirad de no turbaros, porque todo eso ha de suceder, pero todavía no es el fin*. Oían hablar los apóstoles, como de cosa ajena, del castigo que había de caer sobre Jerusalén, y, como si hubieran de estar al abrigo de todas las perturbaciones, sólo soñaban en venturas que esperaban ya como muy próximas. De ahí que el Señor les predice nuevamente calamidades, con el fin de templarlos para el combate a la vez que les encarece doble vigilancia: para no dejarse sorprender del embuste de los impostores ni arrastrar por la violencia de los males que estaban para venir. Porque doble será la guerra —para decirles—: la de los impostores y la de los enemigos; mas la primera será más dura, pues os atacarán en medio de la confusión de las cosas y del terror y turbación de los hombres. En verdad, grande fue entonces la turbación, cuando los romanos empezaban sus victorias, eran tomadas las ciudades, se ponían en marcha campamentos y armas y aumentaba la credulidad de las gentes. Por lo demás, la guerra de que el Señor habla es la guerra contra Jerusalén, no las guerras exteriores, que se daban por todo lo descubierto de la tierra. Porque ¿qué se les daba a los judíos de tales guerras? Por otra parte, poco nuevo iba a decir si sólo les hablara de las calamidades de la tierra, que suceden constantemente. En verdad, también antes de la ruina de Jerusalén había habido guerras y turbaciones y batallas; pero el Señor habla aquí de la guerra que estaba ya próxima a estallar contra los judíos. Porque ya su preocupación eran los romanos. Como quiera, pues, que todo ello era más que bastante

para turbarlos, se lo predice de antemano. Luego, para darles a entender que Él mismo atacará y combatirá a los judíos, no sólo les habla de batallas, sino también de calamidades venidas de Dios, de hambres, pestes y terremotos, lo cual sería prueba de que también la guerra la había permitido Él y que nada de aquello había de acontecer porque sí y siguiendo el curso ordinario de las cosas humanas, sino como castigo de la cólera celeste. De ahí que tampoco les dice que todo aquello había de acontecer sin más ni más y repentinamente, sino acompañado de señales. No quería el Señor que los judíos pudieran decir que los que entonces habían creído en Él eran la causa de aquellas calamidades. De ahí que les señale la causa de su castigo: *En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación*, les había dicho anteriormente, después de haberles recordado el crimen que iban a cometer. Luego, para que no pensaran sus discípulos que por aquella tempestad de males había de sufrir menoscabo la predicación del Evangelio, añadió: *Mirad que no os turbéis, pues es necesario que todo esto suceda*; es decir, todo lo que yo he predicho, y toda esta invasión de males no será óbice a ninguna de mis palabras. Habrá alboroto y turbación; pero nada será capaz de conmover mis oráculos. Luego, como había dicho a los judíos: *Desde ahora ya no me habéis de ver hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor*; y como sus discípulos se imaginaban que a la vez de la ruina del templo había de ser la consumación, con el fin de corregir esta idea, les dijo: *Pero todavía no es el fin*. Ahora, que tal pensaran ellos efectivamente, puédese deducir de sus mismas preguntas. ¿Qué preguntaron efectivamente? *¿Cuándo sucederá esto?* Es decir, ¿cuándo será destruida Jerusalén y cuál será la señal de tu venida y de la consumación del mundo? Él, sin embargo, nada responde de pronto a esta pregunta, sino que primero les dice lo que era urgente y lo que ante todo era menester que supieran. Inmediatamente, en efecto, no les habló ni de la ruina de Jerusalén ni de su segundo advenimiento, sino de los males que estaban ya llamando a la puerta. De ahí que los prepare para el combate diciendo: *Mirad que nadie os engañe. Porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy el Cristo*. Luego, cuando ya les ha dado la voz de alerta sobre lo que han de oír; porque: *Mirad* —dice— *que nadie os engañe*; cuando los tiene ya templados para la lucha y ha hecho que estén vigilantes; después de hablarles de los impostores y de los seudocristos, pasa a

hablarles también de los males de Jerusalén, y, como siempre, por lo ya sucedido confirma, aun para los más insensatos y pertinaces, lo que estaba todavía por suceder.

EL PRINCIPIO DE LOS DOLORES

Como ya he dicho, al hablar el Señor de guerras y de rumores de guerras, habla de las turbaciones que a los judíos iban a acontecer. Luego, como quiera que se imaginaban, según también he dicho, que, después de aquella guerra, iba a venir el fin, mirad cómo los asegura diciendo: *Pero todavía no es el fin.* Porque se levantarán —dice— *nación contra nación y reino contra reino*. Son los preludios de las calamidades de los judíos. Pero todo esto es sólo el comienzo de los dolores, de los que habían de sucederles a ellos quiere decir. *Entonces os entregarán a tribulación y os quitarán la vida*. Muy oportunamente inserta el Señor los males de ellos, que habían de tener algún consuelo en los males comunes, y, más que en eso, en lo que luego añade; *Por causa de mi nombre*. Porque: *Seréis* —dice— *aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se traicionarán unos a otros, y surgirán muchos falsos cristos y falsos profetas y extraviarán a muchos. Y por multiplicarse la iniquidad, se enfriará la caridad de la gente*. *Mas el que resistiere hasta el fin, ése se salvará*. El mayor mal es que la guerra sea también intestina, porque muchos se convierten en falsos hermanos. De ahí una triple guerra: guerra de parte de los impostores, guerra de parte de los enemigos, guerra de parte de los falsos hermanos. Mirad cómo lo mismo lamenta Pablo cuando dice: *Por defuera batallas, por dentro temores y peligros de parte de los falsos hermanos*. Y más adelante: *Porque ésos son falsos apóstoles, obreros embusteros que se transfiguran en apóstoles de Cristo* (2 Cor 7,5; 11,13). Y lo más grave de todo es que no habrían de tener ni el consuelo de la caridad. Luego, para darles a entender que al hombre generoso y constante nada de eso puede dañarle: No temáis —les dice— ni os turbéis. Porque si mostráis la paciencia conveniente, esos males no os vencerán, y prueba clara de ello es que el Evangelio había de predicarse absolutamente por toda la tierra. Tan por encima estaréis de todas esas calamidades. Para que no pudieran decirle: ¿Cómo, pues, viviremos? Él les promete algo más que la vida: "Viviréis y enseñaréis por todas partes". De

ahí que añade:

LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

Y será predicado este Evangelio en el mundo entero para servir de testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin. No el fin del mundo, sino de Jerusalén. Porque que hable aquí el Señor del Evangelio, y que éste se había ya predicado por dondequiera antes de la toma de Jerusalén, oye cómo lo afirma Pablo: *A toda la tierra llegó el sonido de ellos* (Rom 10,16). Y en otro lugar: *El evangelio que se predica en toda la creación que está bajo el cielo* (Col 1,23). Y ved cómo él mismo corre desde Jerusalén hasta España [64]. Pues si uno solo abarcó tan grande parte de la tierra, considerad lo que harían entre todos los otros. Y es así que, escribiendo Pablo a otros, habla del Evangelio, que fructifica, crece en toda la creación que está bajo el cielo. Mas ¿qué quiere decir: *Para testimonio en todas las naciones*? —Como el Evangelio se había de predicar en todas partes, pero algunos no habían de creer ni en todas partes había de ser aceptado, él —dice— será testimonio contra los que no creyeren. Es decir, será argumento y acusación contra ellos. *Para testimonio*: Porque los que hubieren creído atestiguarán contra los incrédulos y los condenarán. De ahí que, después de predicado el Evangelio por todas las partes de la tierra, es destruida Jerusalén, con lo que no les quedaba a los ingratos ni sombra de defensa. Porque quienes habían visto brillar por dondequiera la virtud de Cristo y cómo en un momento llegaba a toda la tierra, ¿qué perdón podían tener ya, al seguir obstinados en su ceguera e ingratitud? Porque que ya entonces se había predicado el Evangelio por todas partes, oye cómo lo afirma Pablo: *El evangelio que ha sido predicado en toda la creación que está debajo del cielo*. Lo que constituye también la prueba más grande del poder de Cristo, pues en veinte o treinta años en total, su doctrina alcanzó hasta los confines de la tierra. Después de esto, pues —dice—, vendrá el fin, es decir, la ruina de Jerusalén. Porque, que a este fin se refiere el Señor, pónelo de manifiesto lo que sigue, pues hasta añadió una profecía, confirmando la destrucción del pueblo judío, y diciendo: Cuando veáis la abominación de la desolación, que fue predicha por el profeta

---

[64] Es grato comprobar que San Juan Crisóstomo cree en la venida de San Pablo a España.

Daniel, asentada en el lugar santo, el que lea entiendas. Los remitió a Daniel. Abominación llama a la estatua que el conquistador de la ciudad colocó dentro de ella después de desolar templo y ciudad, por lo que la llama abominación de la desolación. Y porque advirtieran que ello había de acontecer cuando aún vinieran algunos de ellos, les dijo: Cuando veáis la abominación de la desolación...

VIRTUD DE CRISTO Y VALOR DE LOS APÓSTOLES EN LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO

De ahí que nada tan admirable como la virtud de Cristo y el valor de los apóstoles, que en tales circunstancias predicaron el Evangelio; en momentos en que como nunca se hacía la guerra a los judíos, cuando más que nunca se los señalaba como sediciosos, cuando el César había dado orden de que fueran todos exterminados. Imaginemos que está el mar alborotado por todas partes, la oscuridad cubre el cielo todo, los naufragios se suceden unos a otros, los propios marinos se sublevan unos contra otros, surgen monstruos del abismo, que, a la vez de las olas, devoran a los navegantes; caen rayos del cielo, andan sueltos los piratas, están en disensión los propios navegantes. Y ahora supongamos que unos hombres sin experiencia, que no han visto en su vida el mar, reciben orden de sentarse junto al timón y dirigir la nave y combatir frente a una escuadra inmensa que viene en orden de batalla, y, sin disponer aquellos hombres más que de un esquife, en medio de la confusión universal de que he hablado, dominar y hundir a la escuadra enemiga. He ahí lo que sucedió con los apóstoles y la predicación del Evangelio. Ellos eran odiados por los gentiles como judíos y apedreados por los judíos como enemigos de sus leyes, y en ninguna parte podían hallar un punto de apoyo. Por todas partes, despeñaderos, y escollos, y rocas: en las ciudades, en los lugares, en las casas. Todos les hacen la guerra: el emperador, el gobernador, el particular, naciones enteras, pueblos enteros. La turbación era tal que no hay palabra que pueda explicarla. Y, en verdad, muy odiada era la casta de los judíos en el imperio romano por lo mucho en que había dado que entender, mas ni eso pudo dañar a la predicación del Evangelio. La ciudad había sido saqueada e incendiada; sus moradores habían pasado

por males infinitos; mas los apóstoles, con proceder de ella, con introducir leyes nuevas en el mundo, aun a los romanos dominaron. ¡Oh hechos nuevos y maravillosos! Los romanos hicieron entonces esclavos a miles y miles de judíos y no pudieron vencer a doce hombres desnudos, que luchaban contra ellos desarmados. ¿Qué discurso podrá explicar esta maravilla? Porque es así que dos cosas son menester a quienes tienen que propagar una doctrina: que sean ellos mismos fidedignos y que gocen del amor de quienes han de ser enseñados. Añadamos también que la doctrina misma sea aceptable y, en fin, que los tiempos no anden muy revueltos y turbados. Todo lo contrario de lo que entonces sucedía. Porque los apóstoles no parecían dignos de crédito alguno y venían a apartar a los por ellos engañados, de los que parecían merecerlo. No eran amados, sino aborrecidos, y ellos venían a separar a sus discípulos de cuanto antes amaran: costumbres, patria y leyes. Los preceptos que enseñaban eran de extrema dificultad, y aquellos de que trataban de apartar, eran todo placer. Ellos y quienes les seguían tenían que sufrir mil peligros y muertes; y, junto con todo eso, los tiempos eran por extremo difíciles, con guerras, tumultos y perturbaciones por dondequiera, de suerte que, aun sin nada de cuanto queda dicho, las circunstancias externas bastaban por sí solas para trastornarlo todo. Oportuno momento éste para exclamar: *¿Quién contará los prodigios del Señor y hará oír todas sus alabanzas?* (Salmo 105, 2). Porque, si los de su propio pueblo, y a despecho de los milagros, no quisieron oír a Moisés por sólo hallarse entre el barro y los ladrillos, ¿quién pudo persuadir a los primeros creyentes a dejar la vida tranquila para ser despedazados y degollados diariamente y sufrir tormentos insoportables? ¿Quién pudo hacer que a la tranquilidad prefirieran los peligros, la sangre y la muerte, cuando quienes venían a predicarles eran unos pobres extranjeros, tenidos en todas partes por enemigos? Que uno meta, no digamos en naciones, ciudades y pueblos, sino en una casa pequeña, a un individuo odiado por todos los de la casa y que por su medio pretenda apartar a todos de los que más aman: del padre y de la madre, de la mujer y de los hijos. ¿No es así que se verá hecho pedazos antes de que abra la boca? Y si además hay lucha entre el hombre y la mujer en aquella casa, ¿no le matarán a pedradas antes de pasar los umbrales de ella? Y si por añadidura es un hombre despreciable y viene a dar órdenes pesadas y a mandar vivir filosóficamente a quienes se lo pasan entre delicias y

tiene, en fin, que habérselas con gentes más numerosas y superiores a él, ¿no es patente que el infeliz aquél tendrá que perecer sin remedio alguno? Y, sin embargo, lo que fuera imposible realizar en una sola casa, Cristo lo llevó a cabo en la tierra entera, introduciendo a los médicos del orbe por entre precipicios y hornos y barrancos y escollos y guerra universal por mar y por tierra. Y si quieres más particularmente informarte de todo esto, quiero decir, de las hambres y pestes y terremotos y demás calamidades, lee la historia de todo ello compuesta por Josefo, y todo lo sabrás con la mayor puntualidad. De ahí que el Señor mismo dijera: *No os turbéis, pues todo esto tiene que suceder*. Y: *El que perseverare hasta el fin, ése se salvará*. Y: *Se predicará este Evangelio en el mundo entero*. Y es que, como al anuncio de estos que eran como preludios de los males vio el Señor abatidos y tristes a sus discípulos, nuevamente los reanima al afirmar que, por muchos males que sucedan, el Evangelio tenía que predicarse por toda la tierra, y que entonces vendría el in.

SE CONDENA LA FATALIDAD Y LAS REVOLUCIONES DE LOS TIEMPOS

He ahí cuál era entonces la situación de las cosas y cuán frecuente la guerra, y eso justamente en el comienzo, cuando cualquier obra buena necesita de mayor tranquilidad. ¿Cuál era, pues, esa situación? No hay inconveniente alguno en repetirlo. La primera guerra era la de los impostores. *Vendrán* —dice— *falsos cristos y falsos profetas*. La segunda, la de los romanos: *Oiréis* —dice—-*guerras y rumores de guerras*. La tercera, el hambre; la cuarta, las pestes y terremotos; la quinta, las torturas: *porque os entregarán a la muerte*. La sexta: *Seréis aborrecidos por todos a causa de mi nombre*. La séptima: *Se traicionarán los unos a los otros*; lo que indica una guerra intestina. Luego los falsos cristos y los falsos hermanos. Luego: *Se enfriará la caridad de las gentes*, lo que indica la causa de todos los males. ¡Mirad, cuántos, cuán nuevos y extraños linajes de guerra! Sin embargo, a despecho de todos estos males y aun de otros muchos más (pues a la guerra intestina se unía la guerra doméstica), el evangelio se apoderó de la tierra entera. Porque: *Se predicará* —dice— *este Evangelio en el mundo entero*. ¿Dónde están, pues, ahora los que oponen a los dogmas de la Iglesia la tiranía o imperio del horóscopo y la

revolución de los tiempos? Porque ¿quien jamás se acuerda de que haya aparecido otro Cristo ni sucedió cosa semejante? En verdad, otras muchas mentiras propalan; por ejemplo, que han pasado ya diez miríadas de años, o sea cien mil años; pero nada semejante pueden inventar aquí. ¿Qué revolución, pues, es esa de que habláis? Porque ni Sodoma, ni Gomorra, ni el diluvio han vuelto a repetirse. ¿Hasta cuándo estaréis jugando con el horóscopo y las revoluciones? —Entonces —me dirás— ¿cómo es que suceden muchas cosas de las que se dicen? —Porque tú mismo te has privado de la ayuda de Dios, y te has traicionado a ti mismo, y te has puesto fuera de su providencia. De ahí que el demonio revuelve y trastorna tus cosas como le da la gana. No así las cosas de los santos, ni siquiera las nuestras, que somos pecadores, pero que sentimos por él el más soberano desprecio. Porque, si es cierto que nuestra vida no es tolerable; pero como, por la gracia de Dios, mantenemos con la mayor fidelidad las enseñanzas de la verdad, estamos muy por encima de todas las asechanzas de los demonios. Y, en definitiva, ¿qué es eso del horóscopo? No es otra cosa que iniquidad y confusión, la idea de que todo va al azar, y no sólo al azar, sino contra la misma razón. —Mas si no existe el horóscopo —me dices—, ¿de dónde viene que fulano sea rico, de dónde que zutano sea pobre? —Pues no sé. Y te digo por de pronto que no lo sé, porque quiero enseñarte que no todo hay que averiguarlo tan por el cabo, y de ahí, sin más, dejarnos también nosotros llevar del azar. Porque no por ignorar ese punto estás en la obligación de inventarte una explicación fantástica. Más vale ignorar bien que saber mal. En una tablilla limpia, fácil es escribir lo que se quiere; pero si está ya rayada, ya no es tan fácil, pues hay que empezar por borrar lo mal escrito. Un médico que nada receta es preferible al que prescribe remedios dañosos, y el que edifica ruinosamente es peor que el que no pone una piedra. En fin, más vale la tierra que nada lleva que la que produce espinas. No corramos, pues, a saberlo todo; resignémonos a ignorar algunas cosas, a fin de que, si hallamos un maestro, no le demos doble trabajo. Es más, muchos, por haber una vez caído en doctrinas falsas, en ellas se han quedado de modo incorregible. Porque no es el mismo trabajo tener que arrancar lo mal arraigado para sembrar y plantar sobre la tierra limpia. Así, con falsas ideas hay que empezar por quitar éstas y luego poner las verdades: mas no habiendo prejuicios, el oído está bien preparado. ¿Por qué,

pues, es rico fulano? Ahora, sí, te lo quiero contestar. Unos han adquirido la riqueza porque Dios se la ha dado; otros, porque El lo ha permitido; otros, por otra secreta disposición suya. He aquí una explicación breve y sencilla. — ¿Por qué, pues, me dirás, hace Dios que sea rico ese deshonesto y adúltero, frecuentador de lupanares y que hace mal uso de sus bienes? —No hace Dios que sea rico, sino que lo permite. La diferencia que hay entre hacer y permitir es muy grande, es realmente inmensa. —Entonces, ¿por qué en absoluto lo consiente? —Porque todavía no ha llegado el momento del juicio, en que cada uno reciba lo que merece. ¿Qué cosa peor que aquel rico que no quiso dar al pobre Lázaro ni de las migajas de su mesa? Pues también fue el más miserable de todos, pues por haber sido cruel en su riqueza no logró luego una gota de agua en el infierno. Y es así que dos que aquí sean malos, pero no gozan de iguales bienes, sino que uno vive en la pobreza y otro en la riqueza, tampoco allí serán igualmente castigados, sino que el rico lo será más gravemente que el pobre.

EL PECADO Y SU CASTIGO VARÍA SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS

Ya veis cómo este rico glotón sufre más duramente *por haber recibido los bienes en esta vida* (Lc 16,25). Tú también, pues, cuando veas a un rico inicuo en toda su prosperidad, llora y gime por él, pues toda esa riqueza no le servirá sino de acrecentamiento a su castigo. Porque así como los que mucho pecan y no quieren hacer penitencia atesoran para sí mismos tesoros de ira, los que aquí no han sido castigados y han gozado de prosperidad sufrirán luego más grave castigo. Y, si os place, de ello os voy a poner un ejemplo, no de la vida futura, sino de la presente. Así, cuando el bienaventurado David cometió aquel pecado con Bersabé y fue reprendido por el profeta, lo que con más vehemencia le echó Dios en cara fue haber obrado así cuando gozaba de tanta seguridad. Escuchad, si no, cómo esto es lo que Dios señaladamente le reprocha: *¿No te ungí yo por rey, y te libré de las manos de Saúl, y te di todo lo que era de tu señor y toda la casa de Israel y de Judá? Y si eso era poco, yo te hubiera añadido otro tanto. ¿Por qué, pues, hiciste el mal delante de mí?* (2 Reyes 12, 7-9) No todos los pecados merecen el mismo castigo. Los castigos son muchos y diferentes según los tiempos y las personas, la dignidad y el

conocimiento y muchas otras circunstancias. Para que resulte más claro lo que os estoy diciendo, tomemos por ejemplo un pecado, la fornicación, y veréis cuánta diferencia de castigo hallo, no por mi cuenta, sino por las divinas Escrituras. El que fornica antes de la ley es castigado de un modo. Así nos lo demuestra Pablo: *Cuantos sin la ley pecaron, sin la ley perecerán* (Rom 2, 2). El que fornica después de la ley, sufrirá más grave castigo: *Cuantos en la ley pecaron* —dice—, *por la ley serán juzgados*. Si el que comete este pecado es un sacerdote, su dignidad acrece de modo máximo su castigo. De ahí que cuando mujeres ordinarias fornicaban, eran simplemente muertas; mas a las hijas de los sacerdotes se las quemaba vivas; con lo que el legislador daba sobradamente a entender cuán grande castigo esperaba al padre que tal pecado cometiera. Porque si a la hija se le imponía mayor pena por serlo de un sacerdote, cuánto más al sacerdote mismo. Si una mujer sufría violencia, se la eximía de todo castigo. Si la que pecaba era rica o pobre, también el castigo era, por ese concepto, diferente. Y ello es evidente por lo que acabamos de decir de David. El que peque torpemente después de la venida de Cristo, si sale de este mundo sin el bautismo, sufrirá mayor castigo que los de la antigua ley. Si uno fornica después del lavatorio del bautismo divino, en este caso ya no hay atenuante para el pecado. Así lo manifiesta Pablo cuando dice: *El que infringía la ley de Moisés, moría sin compasión bajo deposición de dos o tres testigos. ¿Cuánto mayor castigo no os parece merecerá el que pisotea al Hijo de Dios y profana la sangre del Testamento, en que fue santificado, e injuria a la gracia del Espíritu?* (Hebr 10, 28) Si el que peca es ahora un sacerdote, ésta es ya la cima de todos los males. ¡He ahí cuántas diferencias en un solo pecado! Uno es el que se comete antes de la ley, otro el de después de la ley; uno el del laico, otro el del sacerdote; uno el de la mujer rica, otro el de la pobre; uno el de la catecúmena, otro el de la bautizada, otro el de la hija de un sacerdote. También por razón del conocimiento es grande la diferencia. Porque: *El que conoce- la voluntad de su señor y no la cumple, recibirá muchos azotes* (Lc 12, 47). Asimismo, el seguir pecando después de tales y tantos ejemplos, acarrea mayor castigo. De ahí que diga el Señor: *Vosotros, sin embargo, ni aun después de verlo hicisteis penitencia* (Mt 21, 32), no obstante haber sido objeto de tanta solicitud. De ahí también que eso mismo le eche en cara a Jerusalén, diciendo: *¡Cuántas veces quise reunir a*

tus hijos y no quisisteis! (Mt 23, 37) Otra circunstancia es el vivir en el placer, como el rico que no socorrió a Lázaro. El lugar puede también agravar el pecado, como el Señor mismo lo declara cuando dice:... *que matasteis entre el santuario y el altar*. El pecado varía también por la calidad de los mismos pecados. *No es extraño* —dice la Escritura— *que uno robe, cuando roba para saciar su alma hambrienta* (Prov 6, 30). Y otra vez: *Has pasado a cuchillo a tus hijos y a tus hijas, y esto sobrepasa todas tus fornicaciones y abominaciones* (Ez 16, 20). Y por la persona ofendida: *Si uno peca contra un hombre, harán oración por él; mas si pecare contra Dios, ¿quién orará por él?* (1 Reyes 2, 25) Y cuando sobrepuja por su negligencia a los que de suyo son mucho peores; que es lo que Dios reprocha también por Ezequiel cuando dice: *Ni siquiera has obrado según las justificaciones de las naciones* (Ez 5,7). Y cuando no se entra en razón ni por los ejemplos de los demás: *Vio* —dice — *a su hermana y la justificó* (Ez 16, 51). Y cuando es uno objeto de mayor solicitud: *Porque si en Tiro y Sidón* —dice el Señor— *se hubieran obrado estos milagros, tiempo ha que hubieran hecho penitencia. Por ello, más blandamente se tratará a Tiro y Sidón que a esta ciudad* (Mt 11, 21-22).

EXHORTACIÓN FINAL: NO NOS ESCANDALICEMOS NI TURBEMOS POR NADA DE LO QUE ACONTECE

He ahí la más cumplida precisión de lenguaje y cómo no todos los pecados merecen la misma pena. En verdad, si, después de gozar de la longanimidad de Dios, ningún provecho sacamos de ella, nuestro castigo será mayor. Así nos lo manifiesta Pablo cuando dice: *Según tu dureza y tu corazón impenitente, atesoras ira para ti* (Rom 2, 5). Sabiendo, pues, todo esto, no nos escandalicemos ni nos turbemos por nada de cuanto acontece ni añadamos a los hechos la tormenta de nuestros pensamientos. Sometámonos más bien a los incomprensibles designios de la providencia de Dios y practiquemos la virtud y huyamos la maldad a fin de alcanzar los bienes venideros, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, por quien y con quien sea gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 76

Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes, y el que esté sobre la terraza, no baje a tomar nada de su casa, y el que esté en el campo no vuelva a tomar sus vestidos, etc. (Mt 24, 16 y sig.)

LA GRAN TRIBULACIÓN

Ya había hablado el Señor de los males que habrían de sobrevenir a la ciudad y de las pruebas que tendrían que sufrir sus apóstoles y cómo éstos serían invencibles y recorrerían toda la tierra. Ahora nuevamente trata de la catástrofe de los judíos, haciendo ver que mientras los suyos brillarían enseñando a toda la tierra, aquéllos sufrirían las más terribles calamidades. Y advertid cómo, por medio de cosas aparentemente menudas, da a entender lo insoportable de la guerra. Porque: Entonces —dice— los que estén en Judea huyan a los montes. Entonces: ¿Cuándo? Cuando esto suceda, cuando la abominación de la desolación se levante en el lugar santo. De donde a mí me parece que habla aquí de los ejércitos romanos. Huid, pues, entonces, dice, porque ya no queda esperanza alguna de salvación. Muchas veces habían logrado los judíos sobrevivir a las guerras, por ejemplo, en la invasión de Senaquerib y luego en la de Antíoco, porque también en tiempo de éste invadieron su tierra los ejércitos y fue ocupado el templo. Y, sin embargo, contraatacando los Macabeos, la situación cambió completamente. A fin, pues, de que no sospechen ahora que vaya a darse cambio semejante, les hace esa serie de prohibiciones. Por contentos os podéis dar—parece decirles—si lográis salvaros desnudos. De ahí que a quienes estén sobre la terraza, no les permite entrar en casa a coger sus vestidos; modo de darles a entender lo ineludible de los males y lo inmenso de la calamidad. Quien en ella se hallare, por fuerza y absoluta necesidad perecerá. De ahí que añada que tampoco el que esté en el campo se vuelva a casa a tomar sus vestidos. Porque si los que están dentro han de huir, mal pueden buscar refugio allí los que se hallan fuera. *Mas ¡ay de las preñadas y de las lactantes!* Las unas por su lentitud, pues, agravadas por el peso de la preñez, no pueden huir fácilmente; las otras porque están, por una parte, atadas por la

compasión de sus hijos y, por otra, no pueden salvarse juntamente con ellos. Porque dinero y vestidos fácilmente se desprecian y fácil es también procurárselos; pero ¿cómo escapar a lo que viene de la naturaleza? ¿Cómo hacer que una preñada corra ligera? ¿Cómo desatender una madre a su niño de pecho? Luego, para dar a entender la grandeza de la calamidad: Rogad —dice— para que vuestra huida no tenga lugar en invierno ni en sábado. *Porque habrá entonces tribulación grande, cual no fue desde el principio del mundo hasta ahora y cual no será en adelante.* Por aquí se ve que habla a los judíos y de los males que a ellos habían de sobrevenir, pues no habían los apóstoles de guardar el sábado ni hallarse en Jerusalén cuando Vespasiano había de llevar todo aquello a cabo. La verdad es que entonces habían ya muerto todos, y, si alguno sobrevivía hallaba en otras partes de la tierra. ¿Por qué *ni en invierno ni en sábado*? En invierno, por la dificultad de la estación; y en sábado, por la autoridad de la ley. Porque como se trataba de huida, y de huida lo más rápida posible, y ni en sábado, por escrúpulo de la ley, se atrevían a huir los judíos, ni en invierno era fácil hacerlo, de ahí que diga el Señor: *Rogad para que vuestra huída no tenga lugar en sábado ni en invierno. Porque habrá tribulación cual no la hubo en lo pasado ni la habrá en lo venidero*. Y nadie piense que está esto dicho hiperbólicamente. Léase a Josefo y se verá la exactitud de las palabras del Señor. Porque no puede nadie objetar que se trate de un escritor cristiano que, para confirmar la profecía, exageró la tragedia. No. Josefo fue judío, y muy judío; un zelotes de los que vivieron después del advenimiento de Cristo. ¿Qué cuenta, pues, Josefo? Que aquellas calamidades superaron a toda tragedia y que jamás hubo guerra como la que entonces tuvo que sufrir su nación. Así, fue tan espantoso el hambre, que las madres mismas luchaban sobre comerse a los hijos, y de ahí surgían también guerras. Otro pormenor que cuenta el historiador judío es que a muchos cadáveres se les abría el vientre. De buena gana preguntaría yo a los judíos de dónde les vino esta ira divina y castigo insoportable, el más terrible de cuantos acontecieran antes, no ya sólo en Palestina, sino en toda la tierra. ¿No es evidente que de su crimen de la cruz y de la sentencia contra el Señor? Todos tendrán que reconocerlo y, antes que todos y con todos, ahí está la realidad de los hechos que lo proclama. Mas considerad, os ruego, el extremo de aquellos males, cuando no sólo son más graves que todos los

pasados, sino que no admiten tampoco comparación con cuantos en adelante han de suceder. Porque ni en toda la tierra ni en todo el tiempo, pasado y por venir, podrá nadie decir que hayan sucedido males como aquéllos. Y con mucha razón, pues tampoco hombre alguno, ni de los pasados ni de los por venir, cometió jamás crimen tan inicuo y tan espantoso. De ahí que diga el Señor: *Habrá tribulación cual no la hubo ni la habrá jamás. Y si aquellos días no se hubieran abreviado, no se habría salvado hombre alguno. Mas por amor de los elegidos, aquellos días se abreviarán.* Por aquí les hace ver que todavía merecían más duro castigo que el dicho, pues estos días de que habla son los días de la guerra y sitio de Jerusalén. Lo que quiere decir es esto: si la guerra de los romanos contra la dudad se hubiera prolongado más, todos los judíos hubieran perecido—a los judíos se refiere la expresión original "toda carne" o "ningún hombre"—, tanto los de dentro como los de fuera. Porque no sólo hacían los romanos la guerra a los que habitaban la Judea, sino que los habían proscrito y perseguían por toda la tierra. Tal era el odio que les inspiraban.

Los CRISTIANOS, CAUSA DE SALVACIÓN DE LOS JUDÍOS

— ¿A quiénes llama aquí el Señor *escogidos*? —A los cristianos que habían sido sorprendidos por la guerra en medio de los judíos. Para que éstos no pudieran decir que todas aquellas calamidades les venían por la predicación del Evangelio y la adoración que se rendía a Cristo, el Señor les hace ver que no sólo no eran los cristianos culpables de aquellos desastres, sino que, más bien, de no ser por ellos, hubieran sido todos exterminados hasta las raíces. Porque si Dios hubiera permitido que se hubiera prolongado la guerra, no hubiera quedado ni reliquia de judíos; mas para que no perecieran confundidos con los incrédulos judíos los que de ellos habían abrazado la fe, Dios hizo que la lucha terminara rápidamente y puso fin a la guerra. De ahí que diga: *Por amor de los elegidos se abreviarán aquellos días*. Al hablar así, quiso dar un consuelo a los cristianos que habían de ser sorprendidos en medio de los judíos, y permitirles un respiro en la seguridad de que no habían de perecer juntamente con ellos. Ahora bien, si aquí tiene el Señor tanta providencia de sus fieles, que por causa suya se salvan también los demás, y por amor de los cristianos quedan

reliquias de los pérfidos judíos, ¿cuál no será el honor que se les tribute en el momento de las coronas? También por ahí intentaba el Señor consolar a los suyos, a fin de que no tuvieran pena por sus propios peligros, puesto que tales cosas padecían los otros, sin provecho ninguno, antes bien para daño de su propia cabeza. Mas no era sólo consolarlos. Veladamente y sin que ellos lo sospecharan, el Señor quería también apartarlos de las costumbres judaicas. Y es así que, puesto que ya no había de darse cambio ni el templo había de permanecer en pie, evidentemente también tenía que cesar la ley. Sin embargo, esto no lo dijo claramente, sino que se contentó con aludir a ello por el hecho mismo de la absoluta ruina judaica. Y no lo dijo claramente porque no quería herirlos antes de tiempo. De ahí que tampoco vino a hablar de toda esta catástrofe desde el principio y como tema principal de su conversación, sino que primero se lamentó sobre la ciudad, y con ello obligó a sus discípulos a que le señalaran las piedras del templo y le hicieran luego aquella pregunta sobre cuándo se cumpliría su ruina. De este modo, como quien responde a lo que habían preguntado, les pone delante todo lo que estaba por venir. Pero advertid, os ruego, la disposición del Espíritu Santo, pues nada de esto lo escribió Juan, a fin de que no pareciera que escribía influido por la historia misma de los hechos. Juan, en efecto, vivió mucho tiempo después de la toma de Jerusalén. No. Los que escriben son los que murieron antes de ser tomada la ciudad y que nada de lo en ella acontecido pudieron ver, a fin de que por todas partes brille esplendorosa la fuerza de la profecía.

ALERTA CONTRA IMPOSTORES

Entonces, si alguien os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, hasta el punto de engañar, si fuera posible, a los elegidos. Mirad que de antemano os lo he dicho. Si, pues, os dijeren: Mirad que está en el desierto, no salgáis. Mirad que está en los escondrijos, no lo creáis. Porque a la manera que el relámpago surge en oriente y aparece hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre. Porque donde estuviere el cadáver, allí se congregarán también las águilas. Terminada su profecía sobre Jerusalén, pasa a hablar de su propio advenimiento y les da las señales, útiles no sólo para ellos, sino también para nosotros y

cuantos han de venir después de nosotros. *Entonces*. ¿Cuándo? Aquí, como en otros varios pasajes he notado, "entonces" no indica ilación de tiempo entre lo anterior y lo siguiente. Cuando quiso indicar esa ilación, la notó con estas palabras: *Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días*... No así aquí, donde "entonces" no indica lo inmediatamente siguiente, sino el tiempo en que había de suceder lo que ahora va a decir. Por modo semejante, cuando el evangelista dijo: *En aquellos días apareció Juan Bautista* (Mt 3, 1), no quiso significar el tiempo inmediatamente siguiente, sino otro posterior en muchos años, es decir, el tiempo en que aconteció lo que iba luego a narrar. Porque es así que había hablado del nacimiento de Jesús y de la venida de los Magos y de la muerte de Herodes, y prosigue inmediatamente: *En aquellos días aparece Juan Bautista*. ¡Y había entre uno y otro hechos un intervalo de treinta años! Pero costumbre es de la Escritura usar de este estilo de narrar. Así aquí, ciertamente, pasándose todo el tiempo intermedio, no menos que el que va de la toma de Jerusalén hasta el principio del fin del mundo, sólo habla del poco que ha de haber inmediatamente antes de ese fin. *Entonces, pues, cuando alguien os dijere* —dice——: *Mirad que aquí está el Cristo, o allí, no lo creáis*. De momento los previene por razón del lugar, señalándoles las peculiaridades de su segundo advenimiento y descubriéndoles las trazas de los impostores. Porque, no, la segunda venida del Señor no será como cuando apareció la vez primera en Belén, en un pequeño rincón de la tierra, sin que nadie se enterara al principio. No. Entonces aparecerá con toda claridad y sin que tenga necesidad de que nadie venga a anunciarlo. Y no será pequeño signo que no haya de venir ocultamente. Y advertid cómo aquí no habla ya para nada de guerra, pues distingue cuidadosamente de lo otro el discurso sobre su propio advenimiento; pero sí de los futuros intentos y manejos de los impostores. Porque de éstos, unos trataban de engañar a las gentes en tiempo de los apóstoles. Porque: *Vendrán* —dice— *falsos profetas y engañarán a muchos*; otros tratarán de hacer lo mismo antes de su segunda venida, y éstos serán peores que los otros. Porque: *Harán* —dice— *milagros y prodigios hasta el punto de engañar, si posible fuera, a los mismos elegidos*. Aquí habla del anticristo y señala con el dedo quiénes son los que se han de poner a su servicio. Del mismo habla también Pablo. Después de llamarle *hombre de iniquidad e hijo de perdición*, prosigue: *Cuyo*

advenimiento es conforme a operación de Satanás, en todo poder y milagros y prodigios de mentira, en todo embuste de la iniquidad, entre aquellos que se pierden (1 Tes 2, 9). Mirad cómo los previene: *No salgáis* —dice— *al desierto ni entréis en los escondrijos*. No dijo: "Apartaos y no lo creáis", sino: *No entréis ni salgáis*. En verdad, grande habrá de ser entonces el engaño, cuando hasta se harán milagros de engaño.

ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE

Ya, pues, que ha dicho cómo vendrá el anticristo, por ejemplo, en qué lugar, dice también cómo vendrá Él mismo. — ¿Cómo vendrá, pues, Él mismo? —*Como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será el advenimiento del Hijo del hombre. Porque donde estuviere el cadáver, allí también se congregarán las águilas.* ¿Cómo aparece, pues, el relámpago? El relámpago no necesita quien lo anuncie, no necesita de heraldo. Aun a los ojos de quienes están sentados dentro de sus casas o en sus recámaras, en un instante de tiempo aparece él por sí mismo en toda la extensión de la tierra. Así será aquel segundo advenimiento, que aparecerá a la vez en todas las partes por el resplandor de su gloria. Y todavía habla de otra señal: *Donde estuviere el cadáver, allí también se congregarán las águilas*; es decir, la muchedumbre de los ángeles, de los mártires y de los santos todos. Luego, de prodigios espantosos. ¿Qué prodigios serán ésos? *Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días* —dice—, *el sol se oscurecerá*. ¿Qué tribulación de aquellos días? La de los días del anticristo y los falsos profetas. Grande, en efecto, será la tribulación, cuando tantos serán los impostores. Pero no se prolongará por mucho tiempo. Porque si la guerra de los judíos se abrevió por amor de los escogidos, con más razón se acortará esta prueba por amor de esos mismos escogidos. De ahí que no dijo: "Después de la tribulación", sino: *Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá*, Porque todo sucede casi al mismo tiempo. Los seudocristos y seudoprofetas vendrán perturbándolo todo, e inmediatamente aparecerá el Señor. En verdad, no será pequeña la turbación que se apoderará de toda la tierra. Mas ¿cómo aparecerá el Señor? Transformada ya toda la creación. Porque: *El sol se oscurecerá*; no porque desaparezca, sino vencido por la claridad de su presencia,

y las estrellas del cielo caerán. Porque ¿qué necesidad habrá de ellas, cuando ya no habrá noche? *Y las potencias del cielo se conmoverán*. Y con mucha razón, pues han de ver tamaña transformación. Porque si, cuando fueron creadas las estrellas, de aquel modo se estremecieron y maravillaron —*Cuando nacieron las estrellas* —dice la Escritura— *me alabaron a grandes gritos todos los ángeles* (Job 38,7, según los Setenta)—, ¿cuánto más se maravillarán y estremecerán viendo transformada toda la creación, y cómo rinden cuentas los que son siervos de Dios como ellas, y cómo toda la tierra se presenta delante del terrible tribunal y a todos los nacidos desde Adán hasta el advenimiento del Señor se les pide razón de todo lo que hicieron? *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo*, es decir, la cruz, que resplandecerá más que el mismo sol, puesto caso que éste se oscurecerá y esconderá y ella brillará. Y no brillaría si no fuera más esplendente que los rayos mismos del sol. ¿Por qué razón, pues, aparece la señal de la cruz? Para tapar con creces la boca a la impudencia de los judíos. Ninguna justificación mejor que la cruz para sentarse Cristo en su tribunal, mostrando no sólo sus llagas, sino la muerte ignominiosa a que fue condenado. *Entonces se golpearán las tribus*. A la vista de la cruz, no habrá necesidad de acusación. Se golpearán, porque no sacaron provecho alguno de su muerte, porque crucificaron al mismo a quien debieran haber adorado. Mirad cuán espantosamente ha descrito el Señor su segundo advenimiento y cómo ha levantado los pensamientos de sus discípulos. Y ha puesto primero lo triste y después lo alegre para de esta manera consolarlos y animarlos. Y nuevamente les recuerda su pasión y resurrección y hace mención de la cruz en forma más brillante, a fin de que ellos no se avergonzaran ni tuvieran pena, pues El había de venir llevando por delante la cruz misma por estandarte. Otro evangelista dice: *Verán a Aquel a quien traspasaron* (Jn 19, 37; Zac 12, 10). De ahí por qué se golpearán las tribus, pues verán que es ÉI mismo. Y ya que hizo mención de la cruz, prosiguió: *Verán al Hijo del hombre, que viene* no sobre la cruz, sino *sobre las nubes del cielo, con grande poder y gloria*. No pienses —dice— que, porque oigas hablar de cruz, va nuevamente a haber nada triste. No. Su venida será con gran poder y gloria. Si trae consigo la cruz es porque quiere que el pecado de ellos sea condenado por si mismo, como si el que sufrió una pedrada mostrara la piedra misma o los vestidos

ensangrentados. Y vendrá sobre una nube, tal como subió al cielo. Y al ver estas cosas, las tribus se lamentarán. Y no será lo malo que se lamentarán, sino que su lamento será darse su propia sentencia y condenarse a sí mismos. Luego, de nuevo: *Enviará a sus ángeles con gran trompeta, y congregarán de los cuatro vientos a los elegidos, de un punto a otro de los cielos.* Al oír esto, considerad el castigo de los que queden. Porque no sufrirán sólo el castigo pasado, sino también éste. Y como antes dijo que dirían: *Bendito el que viene en el nombre del Señor* (Mt 23, 39), así dice aquí que se golpearán. Y es así que como les había hablado de terribles guerras, para que se dieran cuenta que justamente con los castigos de acá les esperaban los suplicios de allá, los presenta golpeándose el pecho y separados de los elegidos y destinados al infierno. Lo que era otro modo de despertar a sus discípulos y mostrarles de cuán grandes males habían de librarse y de cuán grandes bienes gozar.

TEMOR DE AQUEL DÍA TERRIBLE

Y ¿por qué llama el Señor a sus elegidos por medio de los ángeles, si ha de venir Él tan manifiestamente? Porque quiere honrarlos también de este modo. Pablo, por su parte, añade que serán arrebatados sobre las nubes. Así lo dijo hablando de la resurrección. Porque: *El Señor mismo* —dice— *bajará del cielo a una voz de mando, a la voz del arcángel* (1 Tes 4, 15). Así, después de resucitados, los reunirán los ángeles y, después de reunidos, los arrebatarán las nubes. Y todo ello en un momento, en un punto de tiempo indivisible. Porque no los llama el Señor quedándose en el cielo, sino que viene Él mismo al son de la trompeta. ¿Y qué necesidad hay de trompeta y de sonido? La trompeta servirá para despertar y para alegrar, para representar el pasmo de los que son elegidos y el dolor de los que son abandonados. ¡Ay de nosotros en aquel terrible día! Cuando debiéramos alegrarnos al oír todo esto, nos llenamos de pena y nos ponemos tristes y cariacontecidos. ¿O es que soy sólo yo a quien eso pasa, y vosotros os alegráis de oírlo? Porque a mí, cierto, cuando esto digo, un estremecimiento me entra por todo mi ser y amargamente me lamento y suspiro de lo más profundo de mi corazón. Porque poco me importa todo esto; lo que me hace temblar es lo que luego sigue en el Evangelio: la parábola de las

vírgenes, la del que enterró el talento que se le había dado, la del mayordomo malo. Lo que me hace llorar es considerar cuánta gloria vamos a perder, cuánta esperanza de bienes, y eso eternamente y para siempre, por no poner un poco de empeño. Porque, aun cuando el trabajo fuera mucho y la pesada, aun así habría que hacerlo todo. Sin embargo, alguna excusa pudieran entonces tener muchos tibios; vana sin duda, pero, en fin, parecería que la tenían. ¡Eran tan extremadamente pesados los mandamientos, tanto el trabajo, tan interminable el tiempo, tan insoportable la carga! Pero la verdad es que nada de esto cabe ahora pretextar. Lo cual no nos roerá menos que el infierno mismo en aquel tiempo, cuando veamos que por un momento, por un poco de trabajo, perdimos el cielo y sus bienes inefables. Porque, en verdad, breve es el tiempo y poco el trabajo. Y, sin embargo, desfallecemos y decaemos. En la tierra luchas, y en el cielo eres coronado; por los hombres eres atormentado, y por Dios serás honrado; durante dos días corres, y los premios durarán por siglos sin término; la lucha es en el cuerpo corruptible, y la gloria será en el incorruptible. Y otra cosa hay también que considerar, y es que, si no queremos padecer algo por amor de Cristo, lo habremos de padecer de todos modos por otro motivo. Pues no porque no muramos por Cristo vamos a ser inmortales, ni porque no nos desprendamos del dinero por amor de Cristo nos lo vamos a llevar con nosotros de este mundo. El Señor no te pide sino lo que, aunque no te lo pida, tendrás que darlo, porque eres mortal. Sólo quiere que hagas voluntariamente lo mismo que tendrás que hacer a la fuerza. Sólo te pide que añadas el hacerlo por su amor. Porque que la cosa haya de suceder y pasar, lo lleva la necesidad misma de la naturaleza. ¡Mirad cuán fácil es el combate! Lo que de todos modos es forzoso que padezcas, quiérelo padecer por mi amor. Con sólo eso que añadas, tengo yo por suficiente la obediencia. Lo que has de prestar a otro, préstamelo a mí, y a más interés y con más seguridad. El nombre que vas a dar a otra milicia, dalo a la mía, porque yo sobrepaso con creces tus trabajos con mis recompensas. Pero tú, que prefieres siempre al que da más: en los préstamos, en las ventas y en la milicia, sólo no aceptas a Cristo, que te da más, e infinitamente más que nadie. Pues ¿qué tan grande guerra es ésta? ¿Qué tan grande enemistad es ésta? ¿Qué perdón, qué defensa puedes tener ya, cuando ni en aquello por lo que prefieres los hombres a los hombres prefieres Dios a los

hombres? ¿Por qué encomiendas a la tierra tu tesoro? Dalo a mi mano, te dice Dios. ¿No te parece que más de fiar que la tierra es el dueño mismo de la tierra? La tierra devuelve lo que deposita en ella, y, a veces, ni eso. Dios te paga por dárselo que te lo guarde. De ahí que, si quieres prestar, Él está preparado; si quieres sembrar, Él lo recibe; si quieres edificar, Él te atrae a sí. Edifica —te dice— en mi terreno. ¿A qué corres tras los pobres, tras los hombres, que son pobres mendigos? Corre en pos de Dios, que, aun por pequeñas cosas, te las procura grandes. Mas ni aun oyendo esto nos decidimos a ir a Él. Allí vamos apresurados donde hay luchas y guerras y combates y pleitos y calumnias.

CRISTO LO ES TODO PARA NOSOTROS

¿No será, pues, justo que nos rechace y castigue, cuando Él se nos ofrece para todo y nosotros lo desechamos? Evidentemente que sí. Si quieres —dice— adornarte, toma mi hermosura; si quieres armarte, mis armas; si vestirte, mis vestidos; si alimentarte, mi mesa; si caminar, mi camino; si heredar, mi herencia. Si quieres entrar en una patria, entra en la ciudad cuyo artífice y constructor soy yo; si edificas una casa, edifícala en medio de mis pabellones. Porque yo de lo que doy no pido paga. Y aun por el hecho mismo de que te quieras aprovechar de mis cosas todas, yo me declaro deudor tuyo. ¿Qué liberalidad podrá equipararse a ésta? Yo soy tu padre, yo tu hermano, yo tu esposo, yo tu casa, yo tu alimento, yo tu vestido, yo tu raíz, yo tu fundamento, yo soy cuanto tú quieras que sea. De nada has de sufrir necesidad. Yo seré hasta tu esclavo, porque he venido a servir y no a ser servido. Yo soy también tu amigo y tu miembro y tu cabeza y tu hermano y tu hermana y tu madre. Yo lo soy todo. Sólo es menester que te portes familiarmente conmigo. Yo me hice pobre por ti, anduve errante por ti, estuve en la cruz por ti, en el sepulcro por ti, en el cielo intercedo al Padre por ti y en la tierra fui embajador del Padre para ti. Tú lo eres todo para mí: hermano, coheredero, amigo, miembro. ¿Qué más quieres? ¿Cómo rechazas a quien así te ama? ¿Por qué te fatigas por el mundo? ¿A qué echas agua a un tonel agujereado?

VANIDAD DE LOS AFANES HUMANOS

Eso es, en efecto, afanarse por la presente vida. ¿Por qué arañas al fuego? ¿Por qué descargas puñetazos al viento? ¿A qué

corres en vano? ¿Acaso cada arte no tiene su propio fin? ¡Evidentemente! Pues muéstrame cuál es el fin propio de los afanes de la vida. No puedes. Porque: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Mt 20, 28). Vayamos a la sepultura. Muéstrame allí a tu padre, muéstrame a tu mujer. ¿Dónde está el que se vestía vestidos de oro, el que iba sentado en su carroza, el que tenía ejército y faja y pregoneros? ¿El que a unos quitaba la vida, a otros metía en la cárcel; el que mataba a quienes quería y libraba a los que le daba la gana? Yo no veo sino huesos y polilla y telas de araña. Todo aquello fue polvo, todo aquello fue fábula, todo sueño y sombra, cuento puro y pintura, o, por mejor decir, ni pintura siquiera. Porque la pintura la vemos por lo menos en imagen; mas aquí no hay ni imagen. ¡Y ojalá todo hubiera parado en esto! Pero lo cierto es que los honores, los regalos, el lustre, fue todo sombra y palabras; pero lo que de todo ello resulta no son sombra y palabras, sino cosas permanentes y que juntamente con nosotros pasan a la otra vida y han de ser patentes a todo el mundo. Las rapiñas, la avaricia, las fornicaciones, los adulterios, todo ese cúmulo de pecados, no quedan sólo en imagen y en ceniza, sino que están escritos en el cielo, las obras a la vez de las palabras. ¿Con qué ojos, pues, podremos mirar a Cristo? Porque si no puede un hijo soportar la vista de su padre, a quien tiene conciencia de haber ofendido, ¿cómo vamos a mirar cara a cara a quien es infinitamente más manso que un padre? ¿Cómo soportaremos su mirada? Porque todos tendremos que presentarnos ante el tribunal de Cristo y a todos se nos pedirá estrecha cuenta. Mas si hay quien no crea en el juicio venidero, contemple lo que pasa en este mundo. Mire a los que están en las cárceles, a los que trabajan en las minas, a los de los estercoleros, a los endemoniados, a los dementes, a los que luchan con enfermedades incurables, a que se baten en continua pobreza, a los que padecen hambre: a los que se consumen de tristeza sin remedio, a los que padecer; cautiverio. No padecerían éstos lo que padecen, si a quienes han cometido los mismos pecados que ellos no les esperare también castigo y suplicio. Y si la mayor parle nada han sufrido en este mundo, ello mismo ha de ser para ti señal de que absolutamente hay algo después de la partida de este mundo Porque siendo un mismo el Dios de todos, no hubiera castigado a unos y dejado a otros sin castigo, si no fuera porque luego ha de darles algún castigo, dado caso que todos pecaron igual, o tal vez más gravemente los que no

fueron aquí castigados.

EXHORTACIÓN FINAL: HUMILLÉMONOS

Con estas consideraciones y ejemplos, nosotros humillémonos a nosotros mismos, y los que no creen en el juicio, crean en adelante y enmienden su vida, a fin de que, viviendo aquí de modo digno del reino de los cielos, escapemos a los castigos venideros y alcancemos los bienes eternos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 77

De la higuera debéis aprender la parábola; cuando ya sus ramas se tornan blandas y echa la hoja, conocéis que la primavera está cerca. Así vosotros: Cuando veáis cumplirse todo esto, sabed que el Hijo del hombre está llamando a la puerta (Mt 24,32 y sig.).

LA PARÁBOLA DE LA HIGUERA

Como quiera que el Señor había dicho a sus discípulos: *Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días*..., y ellos justamente buscaban saber después de cuánto tiempo y aun deseaban propiamente saber el día en que Él había de venir, de ahí que les pone el ejemplo de la higuera, para darles a entender que el intervalo no había de ser largo, sino que seguidamente llegaría su venida. Lo cual no se lo dio a entender sólo por la parábola, sino por la misma explicación que les hizo de ella diciendo: *Sabed que está ya llamando a la puerta*. Por ella profetiza también otra espiritual primavera y calma que en aquel día ha de venir para los justos después del invierno de la presente vida; todo lo contrario a los pecadores, para quienes vendrá el invierno después de la primavera. Así lo pone seguidamente de manifiesto cuando dice que el día del juicio los sorprenderá entre deleites. Mas no fue manifestarles el plazo de su venida la sola razón de ponerles la parábola de la higuera, pues pudo muy bien haberles representado eso de otro modo sino que quiso también darles la certeza de que su palabra se cumpliría absolutamente. Tan forzoso como que llegue la primavera, será también la venida del Hijo del hombre. En realidad, siempre que el Señor nos habla de algo que

forzosamente ha de cumplirse, suele aducir los fenómenos de la naturaleza, que rige la necesidad, y lo mismo, a su imitación, el bienaventurado Pablo. Así, hablando de su resurrección, dice: *El grano de trigo, si no cae a tierra y muere, él se queda solo; pero si muere, produce mucho fruto* (Jn 12, 24-25). E instruido por el Señor, el bienaventurado Pablo usa de ese mismo ejemplo cuando habla de la resurrección a los corintios: *Insensato* —dice—, *lo que tú siembras no se vivifica si antes no muere* (1 Cor 15, 36).

ESTA GENERACIÓN NO PASARÁ

Seguidamente, para que no vinieran corriendo a preguntarle otra vez: ¿Cuándo?, Él les recuerda lo que ya les había antes dicho, y afirma: *En verdad os digo que no ha de pasar esta generación sin que todo esto se cumpla*. ¿Qué todo esto, dime? La ruina de Jerusalén, la guerra, el hambre, la peste, los terremotos, los seudocristos y seudoprofetas, la propagación por doquier del Evangelio, las disensiones, las turbaciones y todo lo demás que hemos dicho ha de suceder hasta el momento de su advenimiento. —Entonces —me dirás—, cómo dijo esta generación? —Porque no hablaba de la generación que a la sazón vivía, sino de la generación de los cristianos, porque el Señor sabe que una generación no se caracteriza sólo por el tiempo, sino también por la manera de su culto y de su vida. Así cuando dice el salmista: *Ésta es la generación de los que buscan al Señor* (Salmo 23, 6). Ahora bien, lo que antes había dicho: *Es menester que todo esto se cumpla*; y luego: *Se predicará este evangelio*, eso mismo pone aquí de manifiesto diciendo que todo esto sucederá infaliblemente y que permanecerá la generación de los creyentes, sin que nada de lo dicho pueda destruirlos, mientras Jerusalén perecerá y la mayor parte de los judíos desaparecerán. La generación, sin embargo, de los fieles, nada será capaz de vencerla: ni el hambre, ni la peste, ni los terremotos, ni las perturbaciones de las guerras, ni los seudocristos y seudoprofetas, ni los impostores, ni los traidores, ni los escandalosos, ni los falsos hermanos, ni otra prueba semejante.

EL CIELO Y LA TIERRA PASARÁN

Luego, para afianzar más y más su fe, les dice: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*. Es decir, más fácil es que elementos tan firmes e inconmovibles desaparezcan, que no

que se pierda una sola de mis palabras. El que quiera contradecirlo, examine las palabras del Señor, y, si las encuentra verdaderas —y las encontrará absolutamente—, por lo pasado crea también en lo por venir. Examínelo todo minuciosamente y verá cómo los hechos dan testimonio de la verdad de la profecía. Ahora bien, si el Señor aduce los elementos, lo hace para poner, por una parte, de manifiesto cómo la Iglesia es más preciosa que el cielo y la tierra y para mostrarnos, por otra, que Él es el creador del universo. Y es que, como hablaba del fin del mundo, cosa que muchos se negaban a creer, Él aduce el cielo y la tierra, a fin de demostrar su poder inefable y manifestar con absoluta autoridad que es Señor del universo y hacer así creíble sus palabras aun para los más vacilantes.

LA IGNORANCIA DEL DÍA DEL JUICIO

Ahora bien, acerca de aquel día y de aquella hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre. Decir el Señor que ni los ángeles saben el día del juicio y fin del mundo, era cerrar la boca a sus discípulos para que no fueran a preguntar lo que ni los ángeles sabían; mas al decirles que ni el Hijo lo sabe, les prohíbe no sólo saberlo ellos, mal también el querer saberlo. Que ésta es la razón por la que se lo dijo, se ve por lo que hace después de la resurrección, pues viéndolos aún más curiosos, les tapa más enérgicamente la boca. Porque aquí les adujo muchas e infinitas pruebas, pero allí les replicó simplemente: *No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos* (Hech 1, 7). Luego, para que no dijesen: Nos ha rechazado, porque hemos dudado y no somos dignos de esta revelación, prosiguió Jesús: *Que el Padre se reservó para su propio poder*. En verdad, nada interesaba tanto al Señor como honrar a sus discípulos y no ocultarles cosa alguna. De ahí que ese conocimiento se lo reserva al Padre, significando, por un lado, lo terrible de la cosa y cerrándoles a la vez el paso a toda pregunta sobre ella. Porque de no ser así, de admitir que realmente ignora Cristo el día, ¿cuándo lo sabrá? ¿Acaso a la vez que nosotros? ¿Y quién se atreverá a decir eso? Él que conoce claramente al Padre, con la misma claridad que el Padre al Hijo, ¿ha de ignorar el día? Por otra parte: *El Espíritu indaga hasta las profundidades de Dios* (1 Cor 2, 10), ¿y Él no había de saber ni el momento del juicio? Él sabe cómo ha de juzgar, Él conoce los

íntimos secretos de cada uno, ¿y había de ignorar lo que es de menos valor que eso? *Y si todo fue hecho por Él y sin Él nada fue hecho* (Jn 1, 3), ¿habría Él de desconocer el día? Porque el que hizo los siglos, evidentemente hizo también los tiempos, y, si hizo los tiempos, también el día. ¿Cómo, pues, desconoce lo que Él hizo?

CONTRA LOS ANOMEOS

Vosotros, por cierto, afirmáis conocer la sustancia misma de Dios, y al Hijo no le concedéis conocer ni el día del juicio: ¡Al Hijo, que está eternamente en el seno del Padre! Y a fe que más, infinitamente más, es la sustancia que los días. ¿Cómo, pues, atribuyéndoos lo más a vosotros, no le concedéis ni lo menos al Hijo, *en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*? Pero no, ni vosotros sabéis, por más locuras que digáis, la sustancia de Dios, ni el Hijo ignora el día, sino que lo sabe perfectamente. Por eso, habiéndolo dicho todo, los tiempos y los momentos, habiéndolos llevado hasta las puertas mismas de los acontecimientos (porque: *Cerca está ya* —dice— *y llamando a la puerta*), en ese punto se calló y no dijo el día. Si buscáis —dice— saber de mí el día y la hora, no los oiréis; mas si los tiempos y los preludios, todo lo revelare puntualmente, sin ocultaros nada. Porque, que no los ignoro —día y hora—, con muchas pruebas os lo he demostrado, pues os he dicho los intervalos y todo lo que en ellos ha de suceder y lo que va desde este tiempo hasta aquel día. Eso, en efecto declaró la parábola de la higuera, y por ella te puse en los pórticos mismos de aquel día; y si no te abrí las puertas, por tu conveniencia no lo hice.

EL EJEMPLO DEL DILUVIO

Y para que más cumplidamente advirtáis, por otro lado, cómo el callar el día no nació de ignorancia, considerad juntamente con lo dicho la otra señal que les pone: *Como en los días de Noé las gentes comían y bebían, los hombres tomaban mujer y las mujeres marido, hasta el día en que entró Noé en el arca, y no cayeron en la cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos; así será el advenimiento del Hijo del hombre*. Al decir esto, puso de manifiesto que vendrá repentinamente y sin que se le espere y cuando la mayor parte de las gentes se entregarán a sus placeres. Lo mismo

dice Pablo cuando escribe: *Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos la ruina* (1 Tes 5, 3). Y para expresar lo inesperado, dice: *Como sobreviene el dolor de parto a la mujer encinta*. ¿Cómo, pues, dice el Señor: *Después de la tribulación de aquellos días*? Porque si entonces ha de haber placer, y paz, y seguridad, como Pablo dice, ¿cómo dice el Señor: *Después de la tribulación de aquellos días*? Si hay placer, ¿cómo tribulación? —Habrá placer y paz para los estúpidos. Por eso no dijo: "Cuando haya paz", sino: Cuando digan: *Paz y seguridad*. Lo que demuestra su estupidez, como la de quienes, en tiempo de Noé, se entregaban a sus placeres entre tamaños males. No así los justos, que vivían en tribulación y tristeza. Por aquí da el Señor a entender que, a la venida del anticristo, los inicuos y desesperados de su salvación se entregarán con más furor a sus torpes placeres. Allí será de la gula, de las francachelas y borracheras. De ahí lo maravillosamente que el ejemplo conviene a la situación. Porque así como, al construirse el arca, no creían en el diluvio —dice—, sino que allí estaba ella a la vista de todos, pregonando anticipadamente los males por venir, y la gente, no obstante estarla viendo, se entregaban a sus placeres, como si nada hubiera de pasar, así ahora aparecerá, sí, el anticristo, tras el cual vendrá la consumación y los castigos que la habrán de acompañar y los tormentos insoportables; mas ellos, poseídos de la borrachera de su maldad, ni temor sentirán de lo que ha de suceder. De ahí que diga también Pablo: *Como el dolor a la mujer en cinta,* así sobrevendrán sobre ellos aquellos terribles e irremediables males. ¿Y por qué no habló de los males de Sodoma? —Es que quería el Señor poner un ejemplo universal, y que, después de ser predicho, no fue creído. De ahí justamente que, como la gente no suele dar fe a lo por venir, el Señor confirma por lo pasado sus palabras, a fin de sacudir el espíritu de sus discípulos. Juntamente con esto, por ahí se demuestra también haber sido Él también quien envió los anteriores castigos. Seguidamente pone otra señal, y por ella y por todas las otras queda absolutamente patente que no desconoce el día del juicio. ¿Qué señal es ésa? —*Entonces estarán dos hombres en el campo. Y uno será tomado y otro será dejado; y dos mujeres darán vueltas a la piedra de moler, y una será tomada y otra será dejada. Vigilad, pues, porque no sabéis el momento en que vendrá vuestro Señor*. Todo esto son pruebas de que el Señor sabía perfectamente el día pero no quería que sus discípulos le

preguntaran sobre él. Por eso citó los días de Noé; por eso habló de los dos que están en el campo, dando a entender que así de improvisamente, así de despreocupados, cogerá aquel día a los hombres. Lo mismo indica el otro ejemplo de las dos mujeres que están moliendo bien ajenas a lo que va a suceder. Y juntamente nos declara que así se toman o se dejan los que son señores como los esclavos, los que descansan como los que trabajan, los de una dignidad como los de otra. Como se dice también en el Antiguo Testamento*: Desde el que está sentado en el trono hasta la esclava que da vueltas a la muela* (Ex 11, 5). Como había dicho antes que los ricos se salvan con dificultad, ahora nos hace ver que ni todos los ricos se pierden absolutamente, ni todos los pobres absolutamente se salvan, sino que, de entre pobres y ricos, unos se salvan y otros se pierden. Y a mi parecer, también nos indica que su venida será por la noche. Esto lo dice expresamente Lucas (Lc 17, 34). Mirad cuán puntualmente lo sabe todo. Luego, otra vez, para que no le preguntaran, añadió: *Vigilad, pues, porque no sabéis en qué momento ha de llegar vuestro Señor*. No dijo: "Porque no sé", sino: Porque no sabéis. Cuando ya casi los había llevado a la hora misma y puesto tocando a ella, nuevamente los aparta de toda pregunta, pues quiere que estén en todo momento alerta. De ahí que les diga: *Vigilad*, dándoles a entender que por eso no les había dicho el día. Por eso les dice*: Comprended que, si el amo de casa hubiera sabido a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, hubiera estado alerta y no bebiera dejado que le perforaran la casa. Por eso, estad también vosotros preparados, pues en el momento que no pensáis vendrá el Hijo del hombre*. Si les dice, pues, que vigilen y estén preparados es porque, a la hora que menos lo piensen, se presentará Él. Así quiere que estén siempre dispuestos al combate y que en todo momento practiquen la virtud. Es como si dijera: Si el vulgo de las gentes supieran cuándo habían de morir, para aquel día absolutamente reservarían su fervor.

LA IGNORANCIA DEL DÍA NOS HA DE HACER MÁS VIGILANTES

Así, pues, para que no limitaran su fervor a ese día, el Señor no revela ni el común ni el propio de cada uno, pues quiere que lo estén siempre esperando y sean siempre fervorosos. De ahí que

también dejó en la incertidumbre el fin de cada uno. Luego, sin velo alguno, se llama a sí mismo Señor, cosa que nunca dijo con tanta claridad. Mas aquí paréceme a mí que intenta también confundir a los perezosos, pues no ponen por su propia alma tanto empeño como ponen por sus riquezas los que temen el asalto de los ladrones. Porque, cuando éstos se esperan, la gente está despierta y no consiente que se lleven nada de lo que hay en casa. Vosotros, sin embargo, les dice, no obstante saber que vuestro Señor ha de venir infaliblemente, no vigiláis ni estáis preparados, a fin de que no se os lleven desapercibidos de este mundo. Por eso aquel día vendrá para ruina de los que duermen. Porque así como el amo, de haber sabido la venida del ladrón, lo hubiera evitado, así vosotros, si estáis preparados, lo evitaréis igualmente.

PARÁBOLA DE LOS DOS CRIADOS

Luego, ya que les había recordado el juicio, vuelve su discurso a los maestros, hablándoles de castigos y de honores, y pone primero a los que obran bien y termina en los que pecan con lo que deja una impresión final de espanto. De ahí que diga primero: *Ahora, ¿quién es el siervo leal y prudente, a quien su amo constituyó sobre su casa, a fin de dar a todos alimento a su debido tiempo? Bienaventurado aquel siervo a quien, viniendo que venga su señor, le halle obrando así. En verdad os digo que le establecerá sobre todo cuanto tiene.* Este lenguaje, decidme, ¿es propio de un ignorante? Porque si por haber dicho: Ni el Hijo sabe el día, afirmáis que no lo sabe, aquí que dice: ¿Quién es, pues, el siervo leal?, ¿qué diréis? ¿O es que decís que también esto lo ignora? ¡De ninguna manera! Esto no lo diría ni un loco. Y en verdad, allí cabe decir la causa; aquí, ni eso. Y ¿qué diremos cuando le pregunta a Pedro: *Pedro, ¿me amas?* (Jn 21, 15) ¿Es que tampoco lo sabía? O cuando preguntó por Lázaro: *¿Dónde le habéis puesto?* (Jn 11, 34) El Padre mismo se hallará que habla así, pues también Él dice: *Adán, ¿dónde estás?* (Gen 3, 9) Y: *El clamor de Sodoma y Gomorra se multiplica hacia mí. Voy, pues, a bajar y ver si se cumple conforme al clamor que llega hasta mí; y si no, para saberlo* (Gen 18, 20.21). Y en otra parte dice: *¿Quién sabe si escucharán, quién sabe si entenderán?* (Ez 2, 5) Y en el Evangelio mismo: *Tal vez respetarán a mi Hijo* (Lc 20,13). Todo esto son expresiones de ignorancia, y, sin embargo, nada de eso

dice Dios porque lo ignorara, sino porque quería disponer lo que a Él le convenía: en Adán, llevarle a que se defendiera de su pecado; en el caso de Sodoma, enseñarnos a no pronunciar jamás sentencia sin habernos hallado en los hechos mismos; en el profeta, no dejar que los necios piensen que una predicción lleva consigo la necesidad de la desobediencia; en la parábola del Evangelio da a entender que eso —respetar a su Hijo— es lo que debieran haber hecho los judíos; aquí, en fin, quiere el Señor que no le pregunten curiosamente ni vayan nuevamente a molestarle, a la vez que da a entender lo raro y por extremo precioso de semejante siervo leal y prudente. Y mirad la enorme ignorancia que la palabra indicaría, si realmente el amo no supiera a quién ha puesto sobre su casa. Porque le declara bienaventurado diciendo: *Bienaventurado* —dice— *el siervo aquel*, y no sabe quién sea ese siervo: *Porque, ¿quién es* —dice— *el siervo a quien constituirá su señor?* Y: *Bienaventurado a quien hallare obrando así*.

HAY QUE EMPLEAR LOS PROPIOS TALENTOS PARA BIEN DE TODOS

Ahora bien, esta parábola no se aplica sólo a las riquezas, sino también a la palabra, a la autoridad, a los carismas y a toda dispensación que a uno se le haya confiado, y muy bien pudiera acomodarse a los gobernantes políticos. Cada uno, en efecto, ha de emplear lo que tiene para común provecho. Si tienes sabidaría, mando, riqueza o cualquier otra cosa, no la emplees en daño de quienes son siervos como tú, ni tampoco en tu propia perdición. De ahí que exija de él el señor prudencia y fidelidad. En verdad, de la ignorancia nace el pecado. Ahora bien, llámale leal, porque no sisó nada ni nada dilapidó vana y neciamente de los bienes de su señor; y prudente, porque supo administrar como debía lo que se le había confiado. Y es así que una y otra cosa necesita el buen servidor: no sustraer nada de los bienes de su señor y saberlo administrar convenientemente Cualquiera de las dos cosas que falte, cojea la otra. Porque si es fiel y no roba, pero dilapida y gasta en lo que no debe, su culpa es grande; y si administra bien, pero sisa, su culpa no es tampoco como quiera. Óiganlo los que poseen estas cosas temporales. Porque no habla aquí el Señor sólo a los maestros, sino también a los ricos. A unos y otros se les ha confiado una riqueza; la más necesaria, a los maestros; la menos,

a los ricos. Ahora bien, si mientras los maestros esparcen lo más importante, vosotros no queréis mostrar vuestra magnificencia en lo menos, o, por mejor decir, no magnificencia, sino gratitud, puesto caso que dais lo que se os ha dado; ¿qué defensa tendréis? Mas oigamos por ahora, antes de hablar del castigo del malo, el honor que su amo concede al buen criado: *En verdad os digo que le constituirá sobre todo cuanto tiene.* ¿Qué honor puede darse que iguale a ése? ¿Qué discurso podrá explicar la dignidad, la bienaventuranza del hombre a quien el rey de los cielos, el que todo lo posee, le constituya sobre todos sus bienes? De ahí que le llame prudente, pues su fiel inteligencia en lo pequeño le hace ganar también lo grande y, moderado en la tierra, supo alcanzar el cielo.

SIERVO DESALMADO Y DISOLUTO

Luego, como lo suele hacer siempre, corrige a sus oyentes, no sólo por el honor que se reserva a los buenos, sino por el castigo que se amenaza a los malos. De ahí que prosigue: *Mas si aquel mal siervo se dijere allá en sus adentros: Mi amo tarda en venir, y empezare a pegar a sus compañeros y a comer y beber con los borrachos, vendrá el Señor de aquel siervo el día que menos lo espere y en el momento que él no sabe, le partirá por medio y pondrá su parte con los hipócritas. Allí será el llanto y el crujir de dientes*. Mas si alguno dijera: He ahí el pensamiento que le vino al siervo por no ser conocido el día. Porque: *Tarda* —dice— *en venir mi señor*; a esto responderíamos que ese pensamiento no le viene por desconocer el día, sino porque el siervo es un malvado. Porque ¿cómo es que no se le ocurrió semejante idea al siervo leal y prudente? ¡Pues qué, desgraciado! Porque tarde tu Señor, ¿ya te figuras que no ha de venir en absoluto? ¿Por qué, pues, no te preocupas? De aquí más bien deducimos que ni siquiera tarda el Señor en venir. Porque esta sentencia no es del amo mismo, sino nacida de la mala intención del criado. De ahí que por ello se le culpe. Y que en realidad el Señor no tarda, oye cómo lo dice Pablo: *El Señor está cerca. No tengáis preocupación alguna* (Flp 4, 5-6). Y: *El que ha de venir vendrá y no tardará* (Hebr 10, 37). Mas escuchad también lo que sigue y advertid cómo continuamente les recuerda la ignorancia del día, con lo que les da bien a entender ser ello provechoso para los criados, pues ello basta para

mantenerlos despiertos y alerta. Porque ¿qué tiene que ver que algunos no saquen tampoco provecho alguno de esto? Tampoco lo sacan de otras muchas oportunidades, y no por eso deja el Señor de hacer lo que a Él le toca. ¿Qué es, pues, lo que sigue? *Vendrá el día que menos lo piense y en el momento que él no sabe.* Mirad cómo constantemente pone delante esa ignorancia, haciéndonos ver cuán provechosa es y manteniéndonos así siempre prontos para el combate. Porque lo que a Él de verdad le interesa es que nos mantengamos siempre alerta, y como quiera que en la prosperidad decaemos y en las desgracias es cuando entramos dentro de nosotros mismos, de ahí que constantemente nos repita que en el momento de relajación, entonces vendrán los males. Ya nos lo había declarado antes por el ejemplo de Noé, y ahora nos dice de modo semejante que, cuando este mal siervo esté entregado a la borrachera y maltrate a sus compañeros, caerá sobre él el castigo insoportable.

EL RICO ES SIMPLE ADMINISTRADOR DE SU RIQUEZA

Mas no miremos sólo el castigo que se le impone a este mal siervo, sino cuidemos también no hagamos nosotros, sin advertirlo, lo mismo que él hacía. En verdad, a este siervo se parecen los que tienen riqueza y no dan de ella a los necesitados. Porque también tú eres administrador de tu propia riqueza no menos que el que administra los bienes de la Iglesia. Ahora bien, como éste no tiene facultad para dilapidar al azar y como bien le venga lo que fue por vosotros entregado para los pobres, puesto que con el fin de alimentar a los pobres fue dado, así tampoco vosotros vuestros bienes. Porque aun cuando se trate de tu herencia paterna, aun así eres administrador de cuanto tienes, aun así pertenece todo a Dios. Ahora bien, si tú quieres que así puntualmente se administre lo que has dado, ¿no piensas que Dios nos exigirá con más rigor aún lo que es suyo y no consentirá que sus bienes se pierdan vanamente? No, no lo consentirá. Si Él te los ha dejado, es para que *tú les des a los pobres el alimento en el momento oportuno* (Salmo 144,15). ¿Qué quiere decir en el momento oportuno? Que se lo des cuando están necesitados, cuando tienen hambre. Porque a la manera que tú has dado tus bienes para que tu esclavo te los administre, así Dios te los ha dado a ti para que los emplees

en lo que debes. Él te los podía haber quitado; si te los ha dejado, es porque ha querido darte ocasión de mostrar tu virtud. Así, haciendo que los unos necesitemos de los otros, logra también que sea más ardiente la caridad de los unos para los otros. Pero tú tomas y no sólo nos das, sino que pegas. Ahora bien, si ya el no dar es pecado, ¿qué perdón tiene el que encima de no dar pegues?

EL QUE DA LIMOSNA RESTITUYE LO QUE LE HAN DADO

Al hablar así el Señor de aquel mal siervo, paréceme a mí aludir a los insolentes a la vez de avaros, cuyo enorme crimen pone de manifiesto, pues hieren a los mismos a quienes tienen deber de alimentar. Pero también me parece que se refiere a los que viven regaladamente. En verdad, grande es también el castigo de la vida regalada. *Come y bebe* —dice— *con los que se emborrachan*. Clara condenación de la gula. Porque no recibiste —dice—para dilapidarlo en glotonerías, sino para gastarlo en limosna. ¿Acaso es tuyo lo que tienes? Se te han encomendado los bienes de los pobres, aun cuando esos bienes los hayas adquirido por herencia paterna, aun cuando provengan de tu legítimo trabajo. Porque ¿acaso no podía Dios quitártelos? Si no lo ha hecho es porque quiere que puedas mostrarte generoso para con los necesitados. Y advertid, os ruego, cómo en todas sus parábolas castiga el Señor a quienes no han dado de sus bienes a los necesitados. Así, las vírgenes fatuas no robaron lo ajeno, sino que no dieron de lo propio. El que enterró el talento no fue un avaro, sino que no lo duplicó. Ni los que pasan de largo junto a los hambrientos son castigados por robar lo ajeno, sino por no derramar de lo suyo, como este mal siervo de la parábola. Óiganlo quienes se entregan a la glotonería y consumen en suntuosos banquetes una riqueza que no les pertenece absolutamente, sino que es de los necesitados. No porque Dios, en su inmensa benignidad, te haya mandado como si dieras de lo tuyo, pienses que es efectivamente tuyo. Te lo prestó para que con ello alcances gloria. No pienses, pues, que es tuyo, cuando le das lo suyo. Si tú prestas una cantidad a otro para que pueda negociar con ella, no por eso dirías que tu dinero era suyo. Pues así te ha dado Dios a ti, para negociar y que te ganes el cielo. No hagas, pues, de lo que es exceso de su

benignidad motivo de tu ingratitud. Considera cuán de desear era poder hallar después del bautismo algún camino por donde se nos perdonaran los pecados. Si el Señor no hubiera dicho: *Dad limosna y he aquí que todo es limpio para vosotros* (Lc 11, 41), ¡cuántos no hubieran dicho: “Ojalá fuera posible dar nuestro dinero y librarnos de los males por venir”! Mas una vez que esto es realmente posible, otra vez se tumban en el suelo. —Pues yo bien doy—me dices—. — ¿Y cuánto es lo que das? Aun no has dado tanto como aquella pobre viuda que depositó sus dos óbolos, o, más bien, ni una parte mínima de lo que dio ella. No. Tú tiras la mayor parte de tu dinero en gastos insensatos e inútiles, en banquetes y borracheras, y en la más desenfrenada disolución. Unas veces convidas tú, otras te convidan a ti; unas veces gastas tú, y otras obligas a gastar a los otros. Por doble motivo mereces, pues, castigo. Por lo que tú haces y por lo que haces hacer a los demás. Pues mira cómo eso mismo echa el Señor en cara a este mal siervo. Porque: Come y bebe —dice— con los borrachos. Porque no sólo se castiga a los que se emborrachan, sino también a los que los acompañan. Y con mucha razón; pues, aparte su propia corrupción, desprecian también la salvación de su prójimo.

LA CARIDAD, EL MEJOR CAMINO DE LA PERFECCIÓN

Nada, en efecto, irrita tanto a Dios como que despreciemos los intereses de nuestro prójimo. De ahí que, para darnos a entender su ira, nos dice aquí que mandó que aquel mal siervo fuera partido por medio. De ahí también que la caridad dijo Él había de ser el distintivo de sus discípulos, pues es de necesidad que quien ama se preocupe por el amado. Sigamos, pues, este camino, como quiera que no hay otro que mejor nos lleve al cielo, ni mejor nos haga imitadores de Cristo, y, en cuanto cabe, semejantes a Dios. Mirad, si no, cómo las virtudes que acampan junto a este camino son las más necesarias. Hagamos, si os place, examen de ellas y demos la sentencia conforme al sentido de Dios. Supongamos, pues, dos caminos de vida perfecta, y supongamos también que el uno hace bueno sólo al que va por él, y el otro, a él y al prójimo. Veamos cuál es más glorioso camino y nos conduce a la cima misma de la virtud. Pues bien, aquel que sólo busca su interés es por parte de Pablo blanco de mil acusaciones, y, naturalmente,

decir de parte de Pablo, es decir de parte de Cristo. Mas el que busca el bien de su prójimo, le merece mil alabanzas y coronas. ¿Cómo se demuestra mi aserto? Escuchad lo que dice de uno y de otro. *Que nadie busque sólo su propio interés, sino busque también cada uno el de su prójimo* (1 Cor 10, 24). ¿Veis cómo rechaza una cosa y encarece la otra? Y otra vez: *Cada uno de vosotros agrade a su prójimo en lo bueno para edificación* (Rom 15, 2). Luego a la exhortación se junta una inefable alabanza: *Porque Cristo no buscó su propio agrado*. Estas sentencias son suficientes para darnos la victoria; mas para alcanzarla más cumplidamente, veamos qué obras buenas se terminan en nosotros y cuáles, de nosotros pasan también a los demás. Así, pues, el ayunar, el dormir en el suelo, el guardar virginidad, el ser casto, son virtudes que aprovechan a los mismos que las practican; las que de nosotros pasan también al prójimo son, por ejemplo, la limosna, la enseñanza, la caridad. Pues oye también aquí lo que dice Pablo: *Aun cuando gastare en alimentar a los pobres todo cuanto tengo, aun cuando entregare mi cuerpo a las llamas; pero no tengo caridad, de nada me aprovecha* (1 Cor 13, 3).

LA CARIDAD, SUPERIOR AL MARTIRIO

¡Mirad cómo la caridad es, en sí misma, brillantemente proclamada y coronada! Mas, si os place, hagamos una tercera comparación. Sea uno que ayune, que viva castamente, que sufra el martirio consumido por las llamas; y otro que difiera el martirio por causa de la edificación del prójimo, y no sólo lo difiera, sino que salga de este mundo sin haberlo sufrido. ¿Quién tendrá más gloria después de la partida de esta vida? No hacen aquí falta largos discursos ni elocuentes períodos, pues ahí está el bienaventurado Pablo, que pronuncia la sentencia, diciendo: *Salir de la vida y estar con Cristo, sin duda es lo mejor; pero permanecer en la carne, más necesario por causa vuestra* (Flp 1, 23-24). Ya lo oís: la edificación del prójimo la pone el Apóstol por encima de su mismo viaje a Cristo. Y es que no hay modo mejor de estar con Cristo que cumplir la voluntad de Cristo, y nada le es tan caro a Cristo como el aprovechamiento del prójimo.

Permitidme que os presente una cuarta prueba: *Pedro* —dice el Señor—, *¿me amas? Pues apacienta mis ovejas* (Jn 21, 15). Y

después de dirigirle por tres veces la misma pregunta, ése le dijo era el testimonio de su amor. Lo cual no se dice solamente por los sacerdotes, sino por cada uno de nosotros, por muy pequeño rebaño que se nos haya confiado. No porque sea pequeño hay que despreciarlo, pues *en él tiene el Padre sus complacencias* (Lc 12, 32). Cada uno de nosotros tiene una oveja. Cuidemos de llevarla los pastos convenientes. El varón, apenas se levanta de su lecho, ninguna otra cosa busque sino cómo por sus palabras a la vez que por sus obras, haga más piadosa a su familia. La mujer por su parte, sea, sí, buena ama de casa; pero, antes que ese cuidado, tenga otra preocupación más necesaria: la de que toda su familia consiga el reino de los cielos. En los asuntos terrenos, antes que el cuidado de la familia, nos esforzamos en pagar las deudas públicas, pues el descuidarlas nos puede acarrear azotes y públicos tribunales y oprobios sin cuento. Pues con mucha más razón, en lo espiritual, hemos de pagar ante todo lo que debemos a Dios, emperador del universo, a fin de no tener que ir donde es el crujir de dientes.

BUSQUEMOS LAS VIRTUDES QUE APROVECHAN A NUESTRO PRÓJIMO

Y busquemos aquellas virtudes que, juntamente con nuestra salvación, más señaladamente aprovechan también a nuestros prójimos. Tal la limosna, tal la oración. Y, a decir verdad, de la limosna cobra fuerzas y le nacen alas a la misma oración. Porque: *Tus oraciones* —dice la Escritura— *y tus limosnas subieron para ser recordadas en el acatamiento de Dios* (Hech 10, 4). Y no sólo la oración, más también el ayuno, de la limosna tiene sus nervios. Si ayunas sin dar limosna, ni por ayuno puede tenerse tu acción, y eres peor que un glotón y un borracho, y tanto peor cuanto que la crueldad es peor y más grave pecado que la gula. Mas ¿qué digo el ayuno? Aun cuando vivas castamente, aun cuando guardes la virginidad, si no la acompañas de la limosna, te quedas fuera de la cámara nupcial. Ahora bien, ¿qué hay comparable a la virginidad, que, por su misma excelencia, no cae bajo ley ni aun en el Nuevo Testamento? Y, sin embargo, si no va acompañada de la limosna, se la rechaza. Y si las vírgenes son rechazadas por no haberla practicado con suficiente generosidad, ¿quién sin ella podrá alcanzar perdón? Nadie en absoluto. El que no practique la

limosna, perecerá absolutamente. En lo terreno, nadie vive para sí solo. El artesano, el soldado, el labrador, el comerciante, todos sin excepción contribuyen al bien común y al provecho del prójimo. Pues con mayor razón ha de hacerse así en lo espiritual. Porque esto es sobre todo vivir. El que sólo vive para sí y desprecia a todos los demás, es un ser inútil, no es hombre, no pertenece a nuestro linaje.

—¿Pues qué —me dices—, voy a descuidar mis asuntos para atender a los ajenos? —No, no es posible que quien atiende a lo ajeno, descuide lo propio. El que busca el interés de los demás, a nadie causa pena, a todos compadece y ayuda según sus fuerzas; a nadie le quita nada, ni le defrauda, ni le roba, ni le levanta falso testimonio; se aparta de toda maldad y se abraza a toda virtud, ruega por sus enemigos y hace bien a quienes buscan su mal; a nadie injuria, a nadie maldice, aun cuando a él de mil maneras se le maldiga, sino que repite las palabras del Apóstol: *¿Quién está enfermo y yo no me pongo enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?* (2 Cor 11, 29) En cambio, de buscar nuestro interés, no se sigue necesariamente el interés de los demás.

EXHORTACIÓN FINAL: BUSQUEMOS EL BIEN DE NUESTRO PRÓJIMO

Convencidos, por todo lo dicho, que no es posible salvarnos si no miramos por el bien de todos, mirando al mal siervo, que fue partido por medio, y al otro, que escondió su talento, entremos por ese camino, a fin de alcanzar también la vida eterna que Dios nos conceda gozar a todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 78

Entonces el reino de los cielos se asemejará a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco necias, las cuales no tomaron consigo aceite. Las prudentes, sin embargo, tomaron aceite en sus vasos juntamente con sus lámparas. Como tardara, pues, el esposo, etc. (Mt 25,14 y sig.).

LA VIRGINIDAD ES VANA SIN LA LIMOSNA

Esta parábola de las vírgenes y la siguiente de los talentos se asemejan a la anterior del criado fiel y del otro ingrato y consumidor de los bienes de su señor. En conjunto son cuatro las comparaciones que, en términos diferentes, nos dirigen la misma recomendación, es decir, el fervor con que hemos de dar limosna y ayudar al prójimo en todo cuanto podamos, como quiera que de otro modo no es posible salvarse. Pero en la parábola de los criados se habla, de modo más general, de todo género de ayuda que hemos de prestar a nuestro prójimo; en esta de las vírgenes nos encarece el Señor particularmente la limosna, y de modo más enérgico que en la parábola pasada. Porque en ésa castiga al mal siervo aquel que golpea a sus compañeros y se emborracha y dilapida los bienes de su señor; en esta otra, al que no aprovecha ni da generosamente de lo suyo a los necesitados. Porque las vírgenes necias llevaban, sin duda, aceite; pero no abundante, y por eso son castigadas. Mas ¿por qué motivo nos presenta el Señor esta parábola en la persona de unas vírgenes y no supuso otra cualquiera? Grandes excelencias había dicho sobre la virginidad: *Hay eunucos que se castraron a sí mismos por amor del reino de los cielos*. Y: *El que pueda comprender, que comprenda* (Mt 19,11-12). Por otra parte, sabe el Señor que la mayoría de los hombres tienen una alta idea sobre la misma virginidad. Y en verdad, cosa es por naturaleza grande, como se ve claro por el hecho de que en el Antiguo Testamento no fue practicada por aquellos santos y grandes varones y en el Nuevo no llegó a imponerse por necesidad de ley. En efecto, no la mandó el Señor, sino que dejó a la libre voluntad de sus oyentes practicarla o no. De ahí que diga también Pablo: *Acerca de las vírgenes, no tengo mandamiento del Señor* (1 Cor 7,25). Alabo ciertamente a quien la

guarde, pero no obligo al que no quiera ni hago de ella un mandato. Ahora bien, puesto que tan grande cosa es la virginidad y de tanta gloria goza entre los hombres, para que nadie al practicarla se imaginara haberlo ya hecho todo y anduviera tibio y descuidado en las demás virtudes, pone el Señor esta parábola, que basta para persuadirnos que la virginidad, y aun todos los otros bienes, sin el bien de la limosna, es arrojada entre los fornicadores, y entre éstos pone el Señor al hombre cruel y sin misericordia. Y ello con mucha razón, pues el uno se dejó vencer del amor de la carne, y el otro del amor del dinero. Y no es igual el amor de la carne que el dinero. El de la carne es más ardiente y más tiránico. De ahí que cuanto el adversario es más débil, menos perdón merecen los derrotados. De ahí también que llame el Señor necias a aquellas vírgenes, pues, habiendo pasado el trabajo mayor, lo perdieron todo por el menor. Por lo demás, lámparas llama aquí al carisma mismo de la virginidad, a la pureza de la castidad, y aceite, a la misericordia, a la limosna, a la ayuda de los necesitados.

EL ESPOSO TARDA

Como tardara, pues, el esposo, dormitaron todas y se durmieron. Aquí da nuevamente a entender el Señor que no había de ser breve el tiempo intermedio, disuadiendo así a sus discípulos a que no esperaran la inmediata aparición del reino de Dios. En realidad, eso es lo que ellos esperaban, por lo que constantemente está el Señor quitándoles tal esperanza. Después de eso pone de manifiesto que la muerte es un sueño. Porque se durmieron—dice—. Pero hacia la media noche se oyó un grito... Aquí, o es que el Señor quería seguir el hilo de la parábola, o nuevamente nos significa que la resurrección había de ser durante la noche. Del grito también hace mención Pablo cuando dice: *A una voz de mando, a la voz del arcángel, con la última trompeta, bajará del cielo* (1 Tesal. 4,16). — ¿Y qué significan las trompetas? ¿Y qué dice el grito? —*¡El esposo viene!*

DESPUÉS DE LA MUERTE, TODA SÚPLICA ES INÚTIL

Ya, pues, que las vírgenes apercibieron sus lámparas, las necias les dijeron a las prudentes: *Dadnos de vuestro aceite*. De nuevo las llama el Señor necias, con lo que nos da a entender que no hay

fatuidad mayor que la de quienes se dedican a hacer dinero en la tierra y se van desnudos al otro mundo, donde más necesidad tendremos de caridad y misericordia. Y no son sólo por eso necias, sino porque se imaginaron que de allí iban a recibir aceite, y lo buscaron fuera de tiempo. Realmente, nadie más compasivo que las vírgenes prudentes, como que ello era su más señalada gloria. Por otra parte, tampoco las necias les piden todo su aceite: *Dadnos* —les dicen— *de vuestro aceite*. Y les manifiestan juntamente su necesidad: *Porque se nos apagan las lámparas*. Y ni aun así consiguieron nada. Ni la compasión de las rogadas, ni lo fácil del ruego que se les hacía, ni el apremio de la necesidad fueron parte para que aquellas pobres necias lograran un poco de aceite. ¿Qué lección sacamos de ahí? Que en el otro mundo, a quienes sus propias obras falten, nadie los podrá socorrer, no porque no quiera, sino por ser imposible. Las vírgenes necias, en verdad, se refugian en lo imposible. Esto puso también de manifiesto el bienaventurado Abrahán cuando dijo: *Un gran abismo se abre entre vosotros y nosotros, de modo que ni aun los que quieren, pueden atravesarlo* (Lc 16,26). Marchad más bien a los que venden y compradlo ¿Y quiénes son los que lo venden? Los pobres. ¿Y dónde están éstos? En la tierra, y en la tierra había que buscar el aceite, y no en aquel momento.

"NO OS CONOZCO"

Mirad cómo con los pobres podemos hacer nuestro negocio. Si los quitáramos del mundo, habríamos suprimido una grande esperanza de salvación. Por eso, aquí, cuando el tiempo nos invita a ello, aquí es donde debemos recoger el aceite, para que allí nos aproveche. No aquél, sino éste, es el tiempo de la recolección. No consumáis, pues, vanamente vuestros bienes en placeres y ostentación, pues mucha necesidad tendréis allí de aceite. Oyendo las necias aquello, se fueron a comprar, pero no compraron nada. Esto lo pone el Señor, o por seguir la parábola y terminar su trama, o para darnos a entender que, aun cuando después de la muerte nos volvamos misericordiosos, de nada nos aprovechará ya esa misericordia para escapar al castigo. Consiguientemente, tampoco a las vírgenes necias les valió para nada su tardío fervor, pues aquí y no allí tenían que haber acudido a los vendedores. Como de nada tampoco le valió al otro rico haberse vuelto tan compasivo, que se

preocupaba en el infierno por sus familiares. Porque el que había pasado de largo sin mirar al pobre Lázaro tendido junto a su puerta, ése es el que ahora tiene tanta prisa por librar a sus hermanos del infierno, a quienes ya ni veía, y suplica se les mande alguno que les anuncie lo que allí pasaba. Sin embargo, ni el rico ni las vírgenes consiguieron nada. Porque, apenas oída la respuesta, se marcharon, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron, y las otras se quedaron fuera. Después de tantos trabajos, después de tantos sudores, después de aquella insoportable lucha y de los trofeos levantados contra la naturaleza rabiosa, las vírgenes necias hubieron de retirarse avergonzadas, con sus lámparas apagadas y la cabeza baja. Nada hay, en efecto, más lúgubre que la virginidad si no va acompañada de la limosna. Así, la gente suele llamar amargados a los que no tienen misericordia. ¿Dónde está, pues, el orgullo de la virginidad, si no vieron al esposo ni, llamando a la puerta, lograron se les abriera, sino que oyeron la terrible palabra: *Iros, no os conozco*? Ahora bien, cuando el Señor dice eso, ya no queda otra cosa que el infierno y el suplicio insoportable, o, más bien, esa palabra misma es más dura que el mismo infierno. Es la palabra que había dicho a los obradores de iniquidad. *Vigilad, pues, porque no sabéis el día ni la hora*. Mirad cómo pone constantemente el mismo epílogo, dándonos a entender qué provechosa nos es la ignorancia de nuestra salida del mundo. ¿Dónde están, pues, ahora esos que se pasan la vida entera en la tibieza y, cuando nosotros les reprendemos, nos replican: En la hora de mi muerte dejaré para los pobres? Escuchen esas palabras del Señor y corríjanse. En verdad, muchos se vieron burlados en aquel momento, arrebatados que fueron repentinamente, sin dárseles tiempo a mirar por los mismos que hubieran querido.

PARÁBOLA DE LOS TALENTOS

Así, pues, la parábola de las vírgenes necias se aplica a la limosna que se da en dinero; la que sigue, la de los talentos, se dirige a quienes no quieren aprovechar al prójimo ni con su dinero, ni con su palabra, ni con el gobierno, ni de ninguna otra manera, sino que lo esconden todo. —Mas ¿por qué esta parábola introduce a un rey, y la otra a un esposo? —Por que entendamos qué familiarmente se trata Cristo a las vírgenes que se desprenden de lo que tienen. Porque en eso está la verdadera virginidad. De

ahí que Pablo ponga eso por definición de la propia virginidad: *La virgen está solícita de lo que atañe al Señor* —dice— *y de lo decente y de mantenerse junto al Señor inseparablemente* (1 Cor 7,34-35). *A esto os exhortamos* —dice—. Por lo demás, si la parábola de los talentos adopta otra forma en Lucas (Lc 19,11 y sig.), hay que decir que una es ésta y otra aquélla. En efecto, en aquélla un mismo capital produce diferentes réditos, pues de una sola mina, uno granjeó diez y otro cinco. De ahí que tampoco los premios fueran los mismos. No así en la de los talentos, en que la corona es la misma. Aquí, el que recibió dos, logró otros dos, y el que cinco, otros cinco. Allí, con el mismo caudal, uno logró más, otro menos ganancias. Lógicamente, pues, tenían que ser distintas las recompensas. Mas notad cómo nunca reclama el Señor inmediatamente. Así, en la parábola de la viña, la arrendó a los labradores y se fue de viaje; y aquí, les entregó el dinero a sus criados y se marchó también de viaje. Buena prueba de su inmensa longanimidad. Y, a mi parecer, en esta parábola de los talentos se refiere el Señor a su resurrección. Aquí ya no hay labradores y viña, sino que son todos trabajadores. Porque no habla ya sólo con los gobernantes y dirigentes, ni con solos los judíos, sino con todos los hombres sin excepción. Y los que le presentan sus ganancias confiesan agradecidamente lo que es obra suya y lo que es don del Señor. El uno dice: *Señor, cinco talentos me diste*. Y el otro: *Dos talentos me diste*. Con lo que reconocen que de Él recibieron la base para el negocio, y se lo agradecen sinceramente y, en definitiva, todo se lo atribuyen a él. ¿Qué responde a ello el Señor? *Enhorabuena, siervo bueno y fiel* (la bondad está en mirar por el prójimo); *puesto que has sido fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor*. Palabra con que el Señor da a entender la bienaventuranza toda. No habla así el siervo perezoso. Pues ¿qué dice? *Yo sabía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y, por miedo a ti, escondí tu talento*. Aquí tienes lo que es tuyo. ¿Qué le contesta el Señor? *Siervo malo, tenías que haber puesto mi dinero en el banco*, es decir, tenias que haber hablado, exhortado, aconsejado. —Es que no me hacen caso. —Eso no te toca a ti. ¿Puede darse mansedumbre más grande?

CASTIGO DEL SIERVO MALO Y PEREZOSO

Realmente, no lo hacen así los hombres. Entre los hombres, el mismo que toma el préstamo es responsable del interés. No así Dios. Tú tenías —dice— que depositar el dinero y dejar a mi cargo la reclamación: *Y yo lo hubiera reclamado con interés*. Interés llama aquí a las obras, fruto de la predicación. Tú tenías que haber hecho lo más fácil y dejar para mí lo más difícil. Mas como no lo hizo: *Quitadle* —dice— *el talento y dádselo al que tiene diez. Porque a todo el que tiene, se le dará y abundará; mas, al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará*, ¿qué quiere decir esto? El que ha recibido gracia de palabra y de doctrina y no hace uso de ella, perderá esa gracia; mas el que la emplea fervorosamente, se ganará mayor dádiva, como el otro pierde lo que recibiera. Mas no es ése el único daño del mal trabajador. Luego viene el castigo insoportable y, con el castigo, la sentencia, llena de mucha acusación. Porque, al siervo inútil: *atrojadle* —dice— *a las tinieblas exteriores*. *Allí será el llanto y crujir de dientes*. Ya veis cómo no sólo el que roba y defrauda ni sólo el que obra mal, sino también el que no hace el bien, es castigado con el último suplicio. Escuchemos, pues, esas palabras. Mientras es tiempo, trabajemos por nuestra salvación, tomemos aceite para nuestras lámparas, negociemos con nuestro talento. Porque si somos perezosos y nos pasamos la vida sin hacer nada, nadie nos tendrá allí ya compasión, por mucho que juremos. También el que entró en el banquete de bodas con ropa sucia se condenó a sí mismo; pero de nada le aprovechó. El que recibió un solo talento, devolvió la cantidad que se le había entregado, y aun así fue condenado. Suplicaron las virtudes, se acercaron y llamaron a la puerta, pero fue todo en balde. Sabiendo como sabemos todo esto, pongamos a contribución, para aprovechamiento de nuestro prójimo, dinero, fervor, dirección, todo, en fin, cuanto tenemos. Porque talento vale aquí tanto como la facultad misma que cada uno tiene, ya en gobierno, riqueza, doctrina, o cualquier otra cosa semejante. Que nadie, pues, diga: "Yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada". No. Con un solo talento puedes también ser glorioso. Porque no serás más pobre que la viuda de los dos cornados, ni más rudo que Pedro y Juan, que eran ignorantes y no conocían las letras. Y, sin embargo, por haber dado muestras de su fervor y por haberlo hecho todo en interés común, alcanzaron el cielo.

NADA AMA DIOS TANTO COMO LA CARIDAD PARA CON NUESTRO PRÓJIMO

Porque nada es tan grato a Dios como que vivamos en interés de todos. Si Él nos dio palabra, y manos, y pies, y fuerza corporal, y razón, y prudencia, es porque quiere que de todo nos valgamos para nuestra propia salvación y para el aprovechamiento de nuestro prójimo. Así, la palabra no sólo nos sirve para entonarle a Él himnos y acciones de gracias, sino también para enseñar y exhortar a nuestros hermanos. Y si para esto la empleamos, imitamos al Señor; si para lo contrario, al diablo. Así Pedro, cuando confesó a Cristo, fue proclamado bienaventurado, como quien había hablado lo que el Padre le inspirara; mas cuando rechazó la cruz y se opuso a que el Señor la sufriera, fue fuertemente reprendido, como quien tenía los sentimientos del diablo. Ahora bien, si hablar así por ignorancia fue tan grande culpa, ¿qué perdón tendremos cuando tantas veces pecamos voluntariamente?

HABLEMOS COMO HABLABA CRISTO

Hablemos, pues, tales cosas, que por ahí se vea patente que nuestras palabras son de Cristo. Porque no sólo cuando digo: *Levántate y anda* (Mt 9,15), o: *Tabita, levántate* (Hechos 9,40), entonces digo palabras de Cristo; sino, más bien, cuando bendigo al que me maldice y ruego por el que me calumnia. Poco antes os decía yo que nuestra lengua es la mano que toca los pies de Dios; mas ahora os digo más, y es que nuestra lengua es lengua de Dios, que imita la lengua de Cristo, con tal de que practiquemos la perfección debida y hablemos lo que Él quiere que hablemos. ¿Qué es, pues, lo que Cristo quiere que hablemos? Palabras llenas de modestia y mansedumbre, como las que Él mismo dijo a quienes le injuriaban: *Yo no estoy endemoniado* (Juan 49). Y en otra ocasión: *Si he hablado mal, demuestra en qué he hablado mal* (Juan 18,23). Y al discípulo traidor: *Amigo, ¿a qué has venido?* Si así hablares tú también, si hablares para corrección de tu prójimo, posees una lengua semejante a la suya. Y esto lo dice Dios mismo: *El que separare algo precioso de algo indigno, será como mi boca* (Jer 15,19). Ahora bien, si tu lengua es como la lengua de Cristo, y tu boca como la boca del Padre, y tu alma es templo del Espíritu Santo, ¿qué honor puede haber comparable a ése? Ni aun cuando tu lengua se compusiera de oro y de piedras preciosas, brillaría con

tanto esplendor como ahora, abrillantada que está con el adorno de la modestia. ¿Qué cosa puede haber más apetecible que una boca que no sabe maldecir, sino que piensa sólo en bendecir y hablar bien? Mas si no te resignas a bendecir a tu enemigo, por lo menos cállate. Haz por lo menos ese acto de virtud y, adelantando en el camino y esforzándote como debes, llegarás también a lo otro y lograrás tener una boca tal como la hemos descrito.

LA LENGUA QUE TOCA LA CARNE DEL SEÑOR

Y no penséis ser atrevimiento lo que os digo. El Señor es misericordioso, y eso es, al cabo, dádiva de su bondad. El atrevimiento está en tener una boca semejante al diablo, una lengua pareja a la del perverso demonio, sobre todo cuando ella participa de tales misterios y toca la carne misma del Señor. Considerando, pues, todo esto, hazte, según tus fuerzas, semejante a Cristo, y, cuando tal te hubieres hecho, el diablo no podrá ya ni mirarte cara a cara. Reconoce él muy bien el sello imperial; sabe muy bien cuáles son las armas de Cristo por las que fue vencido. — ¿Qué armas son ésas? —La modestia y la mansedumbre. Y es así que, cuando le atacó en el monte y Él le derribó y dejó tendido, no se le manifestó como Cristo. No. Con palabras sencillamente le cogió en la red, con modestia le derrotó, con mansedumbre le puso en fuga. Haz tú también eso mismo. Cuando vieres que te ataca un hombre hecho un demonio, véncelo tú también así. Cristo te ha dado poder de ser como Él según tus fuerzas. No te espantes de oír esto. El espanto es no ser como Él. Habla, pues, como Él, y en esto por lo menos en cuanto cabe en un hombre, te has hecho como Él. Por eso más es el que así habla que el que profetiza. La profecía es pura gracia; hablar como Cristo es gracia y a la vez trabajo y esfuerzo nuestro. Enseña a tu alma a conformar tu boca a la boca de Cristo, pues ella puede hacerlo con sólo que quiera. Ella sabe ese arte, como no sea tibia. —Y ¿cómo se forma —me dices— una boca así? ¿Con qué colores y con qué materia? —No hace falta colores ni materia alguna. Basta con la virtud, con la modestia y la humildad. Pues veamos también cómo se forma la boca del diablo a fin de que jamás tengamos tal lengua. — ¿Cómo se forma, pues? —Por las maldiciones, por las injurias, por los perjurios, por la envidia. Porque cuando uno habla las cosas del diablo, toma la boca del diablo. ¿Qué perdón, pues, tendremos,

o, por mejor decir, qué castigo no sufriremos, si consentimos que hable las cosas del diablo una lengua a la que le ha sido concedido gustar de la carne del Señor? No, no se lo consintamos; pongamos más bien todo empeño para enseñarle a imitar a su Señor. Si eso le enseñamos, ¡cuánta confianza no tendremos para presentarnos ante el tribunal de Cristo mismo! Porque si uno no sabe hablar así, tampoco le escuchará el juez. Cuando el juez es romano, no escucha al que se defiende en otra lengua que la romana. Así Cristo, si no le hablas a su modo, ni te escuchará ni te prestará atención. Aprendamos, pues, a hablar como suele oír nuestro rey; esforcémonos por imitar su lengua.

IMITEMOS EN TODO A CRISTO

Si lloras, mira que la tiranía de la tristeza no desvíe tu lengua; habla como Cristo habló en el llanto. Porque también Él lloró a Lázaro y a Judas. Si tienes miedo, procura también hablar como Cristo habló en el miedo. Porque también Él tuvo miedo por ti conforme a la razón de su dispensación. Di tú también: No como yo quiero, sino como tú. Si te rodean asechanzas y tristeza, pórtate en ellas como Cristo. Porque también Él sufrió insidias y estuvo triste y dijo: *Triste sobremanera está mi alma hasta la muerte* (Mt 26,39.38). En todo te ha dado ejemplo, a fin de que sigas sus pisadas y no quebrantes las normas que te ha dado. De este modo tendrás una boca semejante a la boca de Cristo; de este modo, aun caminando por la tierra, nos mostrarás una lengua semejante a la del que está sentado en el cielo, guardando su moderación en la tristeza, en la ira, en el llanto, en la angustia. ¡Cuántos de nosotros no deseamos ver la figura de Cristo! Pues mirad que, con sólo que seamos fervorosos, podemos no sólo verle, sino ser como Él. No lo aplacemos, pues, un momento más. Más aprecia Él las bocas de los humildes y mansos que las de los profetas. Porque: *Muchos* —dice— *me dirán: ¿No hemos profetizado en tu nombre? Y yo les contestaré: No os conozco* (Mt 7,22-23). La boca, sin embargo, de Moisés, por ser él tan modesto y manso porque Moisés —dice la Escritura— era el hombre más manso de todos los hombres sobre la tierra, de tal modo era por Dios apreciado y amado, que con él hablaba como nos cuenta la Escritura, cara a cara y boca a boca, como un amigo habla con su amigo (Num 12,3). No mandas tú ahora sobre los demonios; pero si tienes boca semejante a la de

Cristo, entonces mandarás sobre el fuego del infierno. Mandarás sobre el abismo del fuego y le dirás: *Calla y enmudece* (Mc 4,39), y tú entrarás con gran confianza en el cielo y gozarás del reino. El cual ojalá todos alcancemos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, gloria, poder y honor ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 79

Mas cuando venga el Hijo del hombre en su gloria y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará —dice— sobre el trono de su gloria y separará las ovejas de los cabritos. Y a unos los alabará, porque cuando tuvo hambre le dieron de comer y cuando tuvo sed le dieron de beber, y andando peregrino le recogieron y estando desnudo le vistieron y, enfermo, le visitaron y, encarcelado le fueron a ver. Y les dará el reino de los cielos. A los otros, echándoles en cara lo contrario, los mandará al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y sus ángeles (Mt 25,31).

EL ÚLTIMO JUICIO Y EL ÚLTIMO ENCARECIMIENTO DE LA LIMOSNA

Escuchemos con fervor y con toda devoción este fragmento evangélico, tan dulcísimo, que nosotros no cesamos de meditar constantemente y con el que, muy razonablemente, ha terminado el Señor su discurso. ¡Cuánta importancia daba Él a la misericordia y a la limosna! De ahí que no sólo habló anteriormente de ella de modos diversos, sino que aquí también habla finalmente con más claridad y energía, no poniéndonos delante dos o tres o cinco personas, sino el orbe entero. Cierto que tampoco antes esas dos personas representaban simplemente dos personas, sino dos grandes porciones de la humanidad: una, los que desobedecen, y otra los que obedecen; mas aquí su palabra toma acentos más trágicos y brilla con más vivo resplandor. De ahí que ya no diga: *Se asemeja el reino de los cielos*, sino que Él mismo se nos muestra descubiertamente, diciendo: *Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria...* Porque ahora ha venido en deshonor, en injurias e ignominias; mas entonces se sentará en el trono de su gloria. Y su gloria recuerda ahora continuamente. Es que como la cruz estaba

tan cerca y la cruz parecía el suplicio más ignominioso, de ahí que trate Él de levantar a sus oyentes y les ponga ante los ojos el tribunal, y delante del tribunal a la tierra entera. Y no es éste el modo único por el que da tono de espanto a su palabra, sino el hecho de mostrarnos vacíos los cielos. Porque todos los ángeles —dice— vendrán en su acompañamiento, y también ellos darán testimonio de cuanto sirvieron, enviados por el Señor, en la salvación de los hombres. De todos los modos ha de ser espantoso aquel día. Seguidamente: *Se reunirán* —dice— *todas las naciones*, es decir, todo el género humano. *Y separará los unos de los otros, como el pastor a sus ovejas*. Ahora no están los hombres separados, sino todos mezclados; mas entonces se hará la separación con extremo cuidado. Y, por de pronto, por el lugar que cada porción ocupa, da el Señor a entender lo que son; luego, por los nombres que les pone manifiesta la diversa calidad, pues a unos los llama ovejas, y a los otros, cabritos. Cabritos, para indicar la inutilidad; ovejas, para significar el mucho provecho. Ninguna utilidad producen, en efecto, los cabritos; mucho provecho, en cambio, sacamos de las ovejas: la lana, la leche, las crías, de todo lo cual carece el cabrito. Ahora bien, los animales tienen de la naturaleza ser inútiles o provechosos, mas en los hombres depende de su libre albedrío. De ahí que en éstos, unos son castigados y otros premiados. Sin embargo, el Señor no los castiga, hasta haberse justificado ante ellos; de ahí que, después de colocarlos a la izquierda, les dirige sus acusaciones. Ellos le responden humildemente, pero ya no les sirve para nada. Y con mucha razón, pues descuidaron una cosa en que tanto empeño tiene el Señor. En verdad, los profetas mismos no hacían sino repetirles en todos los tonos: *Misericordia quiero y no sacrificio* (Cs 6, 6). Moisés, su legislador, por todos los medios, por obras, por palabras, trataba de inducirlos a la práctica de la misma misericordia. Y la misma naturaleza es maestra de esa virtud. Notad, sin embargo, cómo ellos no faltan a una o dos de sus obras, sino a todas. Porque no sólo no dieron de comer al hambriento ni vistieron al desnudo, sino que ni siquiera visitaron al enfermo, con ser tan fácil. Y advertir también qué ligeras cosas manda. Porque no dijo: Estuve en la cárcel, y me librasteis; enfermo, y me curasteis, sino: *Enfermo y me visitasteis*; *en la cárcel, y me vinisteis a ver*. Ni siquiera en dar de comer al hambriento mandó nada pesado, pues no pretende que pongamos una mesa suntuosa, sino

lo necesario para el sustento, y lo pretende con figura lastimera. De suerte que por todos lados había motivos bastantes para castigarlos: la facilidad de dar lo que se les pedía, que era un pedazo de pan; lo lastimero del que se lo pedía, que era un mendigo; la misma compasión natural, pues era un hombre; lo precioso de la promesa, pues les había prometido el reino de los cielos; lo terrible del castigo, pues les había amenazado con el infierno; la dignidad del que recibía, pues era Dios quien por los pobres recibía; la excelencia del honor, pues se había Dios dignado descender tanto; lo justo de la donación misma, pues Dios recibía lo que era suyo. Mas la avaricia ciega de una vez a los que son víctimas de ella por más grave amenaza que pese sobre ellos. Más arriba había dicho que quien no recibiera a los suyos sufriría más grave castigo que Sodoma y Gomorra. Y aquí: *En cuanto no lo hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis*. ¿Qué dices, Señor? ¿Son hermanos tuyos y los llamas pequeños? Por eso justamente son hermanos míos, porque son humildes, porque son mendigos, porque son desechados. Ésos son, en efecto: los desconocidos y desdeñados, a quienes el Señor llama señaladamente a su hermandad. No digo solamente a los monjes y a los que se han ido a morar en las montañas, no. Aun cuando sea un hombre del mundo, si está hambriento, si va desnudo, si es peregrino, el Señor quiere que goce de todo ese cuidado, pues el bautismo y la participación de los sacramentos le ha hecho hermano suyo.

EL PREMIO DE LOS MISERICORDIOSOS

Por que veamos, por otro lado, la justicia de su sentencia contra quienes no practicaron la misericordia, el Señor alaba primeramente a los que hicieron las obras de ella, y les dice: *Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino que está para vosotros preparado desde la constitución del mundo*. *Porque tuve hambre, y me disteis de comer*, y todo lo demás íntegro. Para que no dijeran los réprobos: "Es que no teníamos", el Señor los condena con el ejemplo de sus compañeros, como había antes condenado a las vírgenes fatuas por el ejemplo de los prudentes, y al siervo borracho y glotón, por el siervo fiel y discreto, y al que enterró su talento, por el que granjeó otros dos, y, en general, a los que pecan, por los que practican la virtud. Esta comparación se hace a

veces de igual a igual, como en el caso de las vírgenes y aquí mismo; otras, a mayor abundamiento, como cuando dice el Señor: *Los hombres de Nínive se levantarán y condenarán a esta generación, porque ellos creyeron en la predicación de Jonás. Y aquí está el que es más que Jonás. Y la reina del mediodía condenará a esta generación, porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón. Y ahí está el que es más que Salomón* (Mt 12, 41-42). Otra vez de igual a igual: *Ellos serán vuestros jueces* (Mt 12, 27). Y, a mayor abundamiento, dice Pablo: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más lo temporal!* (1 Cor 6, 3) Aquí, en el juicio, el paralelo va también de igual a igual, pues se comparan ricos a ricos y pobres a pobres. mas no sólo muestra el Señor la justicia de su sentencia por el hecho de que otros en las mismas circunstancias habían hecho lo que los réprobos no hicieran, sino porque ni siquiera obedecieron en aquellas cosas en que la pobreza no era obstáculo alguno; por ejemplo, en dar de beber al sediento, en ir a ver a un encarcelado, en visitar a un enfermo. Ya, pues, que ha alabado a quienes practicaron las obras de misericordia, muéstrales ahora qué grande fue desde antiguo su amor para con ellos. Porque: *Venid* —les dice—, *benditos de mi Padre; heredad el reino que está preparado para vosotros desde la constitución del mundo*. ¡Cuántos bienes no encierra ese nombre: ser benditos, y benditos de su Padre! ¿Y cómo se hicieron dignos de ese honor? ¿Cuál fue la causa de esa bendición? *Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber*, y lo demás. ¡Qué palabras tan llenas de honor y bienaventuranza! Y no dijo: "Tomad", sino: *Heredad*, como si se tratara de cosa familiar, de herencia paterna, de algo que es vuestro, de algo que de antiguo se os debía. Porque antes —parece decirles— de que vosotros nacierais, todo eso estaba preparado y dispuesto para vosotros, pues ya sabía yo que habíais de ser así.

¿Y a cambio de qué reciben el reino de los cielos? A cambio de haber dado un techo, a cambio de unos vestidos, de un pedazo de pan, de un vaso de agua, de la visita a un enfermo, de la entrada en una cárcel. Porque siempre se trata de socorrer una necesidad, si bien hay casos en que ni necesidad existe. Porque como antes dije, ni el enfermo ni el encarcelado piden sólo que se los visite, sino éste que se le dé libertad, y el otro que se le cure de su enfermedad. Mas el Señor, en su benignidad, sólo nos exige lo que

está en nuestra mano o, por mejor decir, menos de lo que está en nuestra mano, dejando lo demás a nuestra generosidad.

CONDENACIÓN DE LOS QUE NO PRACTICARON LA MISERICORDIA

A los réprobos, sin embargo, les dice: *Apartaos de mí, malditos*; y ya no dice: De mi Padre, pues no fue el Padre quien los maldijo, sino sus propias obras; *al fuego eterno*, que está aparejado, no para vosotros, sino para el diablo y sus ángeles. Cuando habló del reino de los cielos, dijo: *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino*, y luego prosiguió: *Que está preparado para vosotros desde la constitución del mundo*; mas, hablando del fuego, no dice así, sino: Que está preparado para el demonio. Por mi parte, yo os había preparado el reino de los cielos; mas el fuego, sólo para el diablo y sus ángeles, no para vosotros, estaba preparado. Mas, puesto que vosotros os habéis arrojado en él, a vosotros habéis de echaros la culpa. Y no sólo así, con lo que luego sigue se defiende también el Señor ante ellos y les pone las causas de su sentencia: *Porque tuve hambre, y no me disteis de comer*. Aun cuando el que se acercaba a vosotros hubiera sido un enemigo, ¿no bastaban sus sufrimientos a conmover y doblegar al más cruel: el hambre, el frío, la cárcel, la desnudez, la enfermedad, el andar por doquiera errante al cielo raso? Bastante era todo eso para terminar con cualquier enemistad. Mas vosotros no socorristeis ni a quien era vuestro amigo, vuestro bienhechor y señor. Muchas veces, al ver a un perro hambriento, nos conmovemos; a una fiera que contemplemos sufrir hambre, nos doblegamos. ¿Y viendo a tu Señor no te conmueves? ¿Qué defensa tienes en eso? Aun cuando ello solo fuera, ¿no sería bastante recompensa? No digo oír, en presencia del orbe entero, aquella palabra de bienaventuranza de boca del que está sentado en el trono de su Padre y alcanzar el reino de los cielos; no, la obra misma, digo, la obra misma, ¿no era ya en sí bastante galardón? Mas ahora, en presencia de toda la tierra y entre los esplendores de su gloria, Él te proclama y te corona, y confiesa que tú le alimentaste y acogiste, y no se avergüenza de confesarlo, a fin de abrillantar más tu corona. De ahí que unos son castigados por justicia y otros son coronados por gracia. Porque, aun cuando hubieren hecho mil buenas obras, siempre será liberalidad de la gracia darles, a

cambio de tan pequeños y pobres servicios, un cielo tan inmenso, tal reino y tal honor.

SE PRELUDIA LA PASIÓN

Y fue que, cuando Jesús hubo terminado estos razonamientos, dijo a sus discípulos: *Sabéis que dentro de dos días es la pascua y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado*. Oportunamente les habla otra vez de su pasión; ahora que les ha recordado el reino de los cielos, la recompensa de allí y el castigo eterno. Como si les dijera: ¿Por qué temer los males pasajeros, cuando os esperan tales bienes?

Advertid, os ruego, cómo templa el Señor y deja en la penumbra por todo lo que dice primero lo que particularmente podía apenar a sus discípulos. Porque no dijo: Sabéis que dentro de dos días voy a ser entregado. — ¿Pues qué? —*Sabéis que dentro de dos días es la pascua y el Hijo del hombre va a ser entregado*. Y entonces añade: *Para ser crucificado*. Con lo que daba a entender que su muerte sería un misterio, una fiesta y solemnidad que se cumpliría para salvación de todo el orbe de la tierra y, juntamente, que sabía de antemano cuanto había de padecer. Por eso, considerando que ello solo bastaba para consolarlos, ni siquiera les dijo ahora nada sobre la resurrección, pues era superfluo, después de haberles dicho tantas cosas, hablarles nuevamente de ella. Y, por otra parte, como ya he dicho, al recordarles por la mención de la pascua los antiguos beneficios concedidos por Dios en Egipto, háceles ver que el mismo sufrir había de librarlos de males sin cuento.

CONSEJO CONTRA JESÚS

Entonces se reunieron los sumos sacerdotes y los escribas y los ancianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, y celebraron consejo para prender a Jesús y matarle. Pero decían: No en la fiesta, no sea que se levante tumulto en el pueblo. ¡Mirad la indecible corrupción de las cosas judaicas! Emprenden una acción criminal y acuden al sumo sacerdote, queriendo que les venga autoridad de donde se les debería impedir la acción. ¿Y cuántos eran los sumos sacerdotes?

La ley de Moisés manda que haya uno solo; pero entonces había muchos. De donde resulta evidente que el judaísmo estaba en vías

de disolución. Porque Moisés, como acabo de decir, mandó que sólo hubiera un sumo sacerdote y que a su muerte le sucediera otro, y por la vida del sumo sacerdote se medía el destierro de los que habían cometido homicidio involuntario. ¿Cómo había, pues, entonces muchos? Es que posteriormente los sumos sacerdotes fueron anuales. Esto dio a entender el evangelista Lucas cuando, hablando de Zacarías, dijo que *pertenecía al turno de Abías* (Lc 1, 5). Así, pues, Mateo llama aquí sumos sacerdotes a los que en realidad eran ex sumos sacerdotes. ¿Y qué resolución querían tomar: prender a Jesús ocultamente o matarle? Las dos cosas, porque temían al pueblo. De ahí que esperaran a que pasara la fiesta. Y así decían: *¡No en la fiesta!* El diablo no quería que el Señor padeciera en la pascua para que su pasión no fuese pública; los dirigentes judíos tampoco lo querían para que no se produjera algún tumulto entre el pueblo. Mas advertid cómo su temor no mira para nada a Dios, ni tratan de que el sacrilegio no sea mayor por razón del tiempo. Es temor puramente humano. Y, sin embargo, hirviendo en furia, nuevamente cambiaron de propósito. Porque, después de haber dicho: *No en la fiesta*, como hallaron a mano al traidor, no quisieron desaprovechar la ocasión y mataron al Señor en plena fiesta. ¿Y por qué le prendieron entonces? Porque estaban, como he dicho, hirviendo de furia, y entonces esperaban tenerle a mano, y todo, en fin, lo hacían como ciegos. Ahora bien, si es cierto que el Señor se valió de la maldad de ellos para los fines de su dispensación salvadora, no por eso están ellos exentos de culpa sino que por su mala intención merecen mil castigos. Porque en el tiempo en que era deber suyo soltar aun a los culpables comunes, ellos mataron al inocente, al que les había hecho incontables beneficios, al que por amor de ellos desatendía de momento a las naciones. Mas ¡oh misericordia! A hombres tan malvados, a gentes tan siniestras y tan llenas de pecados infinitos, nuevamente intenta salvarlas, y les envía a sus apóstoles, que habían de sufrir muerte violenta por ellos, y por ellos intercede Él mismo. *De Cristo* —dice Pablo— *somos embajadores* (2 Cor 5, 20).

IMITEMOS EL EJEMPLO DE CRISTO, QUE PERDONÓ A QUIENES LE CRUCIFICARON

Teniendo, pues, delante tales ejemplos, no os diré que muramos por nuestros enemigos. Eso debiéramos también hacer; pero ya

que somos demasiado débiles, me contento por ahora con deciros que por lo menos no envidiemos a nuestros amigos ni seamos ingratos con nuestros bienhechores. No os digo de momento que hagamos bien a quienes nos hacen mal. También esto lo deseo; mas ya que somos demasiado toscos, por lo menos no tomemos venganza. Porque ¿es acaso nuestra religión pura comedia e hipocresía? Entonces, ¿por qué nos ponemos en posición diametralmente contraria a lo que se nos manda en ella? No sin razón están escritos los hechos del Señor, y particularmente cuanto hizo al tiempo mismo de su pasión, hechos bastantes de suyo para haberse atraído a sus mismos verdugos. No. Si han quedado escritos, es para que imitemos su bondad, para que emulemos su misericordia. Él derribó por tierra a los que fueron a prenderle y, sin embargo, curó la oreja del criado del pontífice y habló modestamente con la chusma. Y estando levantado en la cruz, ¡qué de maravillas obró! Desvió los rayos del sol, hizo que se quebraran las rocas y que salieran los muertos de su sepultura. Durante su juicio mismo, aterró por sueños nocturnos a la mujer del juez y mostró en todo el proceso una mansedumbre capaz de conmover, no menos que sus milagros, a sus mismos enemigos. En la cruz misma gritó: *Padre, perdónales este pecado* (Lc 23, 34). Después de sepultado, ¡cuánto no hizo por la salvación de ellos! Y después de resucitado, ¿no llamó antes que a nadie a los judíos? ¿No les concedió perdón de sus pecados? ¿No les ofreció bienes infinitos? ¿Qué maravilla mayor que ésta? Los mismos que le crucificaron, los que respiraban sangre, después de crucificarle, vinieron a ser hijos de Dios. ¿Qué amor comparar con este amor? Escondámonos al oír esto, pues tan lejos estamos de Aquel a quien tenemos mandamiento de imitar. Reconozcamos por lo menos la distancia y condenémonos por lo menos a nosotros mismos, pues hacemos la guerra a los mismos por quienes Cristo dio su vida y no queremos reconciliarnos con aquellos por cuya reconciliación no vaciló Él en derramar su sangre. ¿O es que reconciliaros es también un gasto, una pérdida de dinero, que es lo que pretextáis cuando se os habla de la limosna?

PERDONEMOS, PUES TAMBIÉN NOSOTROS HEMOS PECADO

Considera que gran culpable eres tú, y no sólo no rehusarás

perdonar a quienes te han ofendido, sino que correrás tú a ellos, para que ellos sean ocasión de que se te perdone a ti, para que en ellos halles algún consuelo de tus propios pecados. Gentiles ha habido que, sin esperar nada grande, han mostrado muchas veces en eso una alta filosofía; y tú, que puedes salir de este mundo con tan grandes esperanzas, ¿te retraes y vacilas? Lo mismo que ha de hacer el tiempo, ¿no te decides a hacerlo tú antes que el tiempo por la ley de Dios? ¿Prefieres que tu pasión se extinga sin recompensa, mejor que no matarla tú con galardón? Porque si ello es obra del tiempo, ningún provecho sacarás. Más bien merecerás castigo, pues lo que hizo el tiempo, la ley de Dios no logró persuadir a que lo hicieras tú. Mas si me replicas que te enciendes al recuerdo de la injuria que se te ha hecho, acuérdate si no has recibido también algún favor del mismo que te ha ofendido; acuérdate también si no has hecho tú daño a otros. ¿Es que habló mal de ti y te cubrió de ignominia? Piensa que tú también has hablado mal de otros. ¿Cómo, pues, alcanzarás tú un perdón que no concedes a los demás? ¿Me replicas que no has hablado mal de nadie? Pero has oído hablar a otros y los has aprobado, y tampoco esto carece de culpa. ¿Queréis saber que gran bien es no guardar rencor a nadie y lo agradable que es a Dios? Pues sabed que Él castiga a los que se alegran del mal de los mismos que son justamente castigados. Son, sí, justamente castigados; pero tú no debías alegrarte de su castigo. Así, el profeta, después de otros muchos cargos contra los pecadores de su pueblo, prosiguió diciendo: *Y no tuvieron compasión alguna del aplastamiento de José* (Am 6. 6). Y otro: *No salió la vecina a llorar una casa que estaba contigua a la suya* (Miq 1, 11). José, es decir, las tribus salidas de José y sus vecinas, eran castigadas por designio de Dios; sin embargo, Dios quiere que aun de éstos nos compadezcamos. Aun nosotros, que somos malos, si, cuando castigamos a un esclavo, vemos que otro rompe en risotadas, nos irritamos y volvemos nuestra ira contra el burlador; pues mucho más castigará Dios a quienes se alegran de los mismos que Él castiga. Ahora bien, si no es lícito insultar; si es más bien deber nuestro compadecer a los que Dios castiga, mucho más lo será a quienes han pecado contra nosotros. Ésta es la señal de la caridad, y ésta, más que ninguna otra virtud, prefiere Dios. En la púrpura imperial, las flores, los colores preciosos, son precisamente aquellos que forman la misma clámide. Pues así, de las virtudes, las de verdad preciosas son las

que sostienen a la caridad. Y nada guarda de tan excelente manera la caridad como no acordarnos de los que han pecado contra nosotros. ¿Es que no se cuidó también Dios de la otra parte? ¿Acaso no mandó al ofensor que se presentara al ofendido? ¿Acaso no se lo envía desde el mismo altar, y sólo después de la reconciliación le convida a la sagrada mesa? Sin embargo, no por eso has de esperar tú a que el otro venga a ti, pues entonces lo has perdido todo. Justamente te señala una inefable recompensa, para que tú le tomes la delantera. Porque si te reconcilias a fuerza de súplicas, ya no fue la amistad obra del mandato de Dios, sino del fervor de tu contrario. De ahí que tú te retirarías sin corona y el otro se llevaría la recompensa ¿Qué dices? ¿Tienes un enemigo y no te avergüenzas? ¿No nos basta con el diablo, que nos atraemos también la enemistad de nuestros semejantes? ¡Ojalá que ni él nos quisiera hacer la guerra! ¡Ojalá que ni él fuera diablo! ¿No sabes el placer que sigue a la reconciliación? ¿Qué extraño que no aparezca muy claro mientras dura la enemistad? Después de acabada ésta, podrás darte cabal cuenta de que es más dulce amar que no aborrecer al mismo que te agraviara.

EL HOMBRE BUENO NO PUEDE SUFRIR MAL ALGUNO

¿Por qué, pues, imitamos a los locos furiosos, que se devoran los unos a los otros, haciendo la guerra a su propia carne? Escuchad cuánta cuenta se hacía de esto aun en el Antiguo Testamento: *Los caminos de los rencorosos van a la muerte* (Prov 12, 28). *El hombre al hombre le guarda ira y busca remedio en Dios* (Eccli 28,3) —Mas si la antigua ley exigía ojo por ojo y diente por diente, ¿cómo condena el rencor? —Porque tampoco exigía eso para que unos a otros se arrancaran ojos y dientes, sino para que, por él temor de sufrir esa pena, se abstuvieran de cometer el crimen. Y, por otra parte, siempre se trataría ahí de una cólera pasajera; pero el rencor es propio de un alma que medita la maldad. ¿Me dirás que se te hizo mucho mal? Pero nunca tanto como el que tú te haces con el resentimiento. Por lo demás, no es posible que a un hombre bueno se le haga mal alguno. Supongamos un hombre que tiene mujer e hijos, y que se porte filosóficamente, y que tenga muchas ocasiones de sufrir daño: tenga abundancia de riquezas, poder de mando, muchos amigos, muchos honores. Eso sí, que

sea filósofo. Esto es esencial añadirlo. Imaginemos que caen sobre él los más duros golpes. Un malvado que se le acerca le hace cuanto daño puede en sus bienes; mas ¿qué significa eso para quien tiene en nada las riquezas? Mátele sus hijos. ¿Qué es eso para quien cree en la resurrección? Asesínele a su mujer. ¿Qué significa eso para quien está enseñado a no llorar a los muertos que duermen en el Señor? (1 Tes 4, 13) Caiga en desgracia o deshonor. ¿Y qué es eso para quien tiene lo presente por flor de heno? Si os place, supongamos que sufre también en su cuerpo y que se le echa a la cárcel. Y ¿qué le importa la cárcel a quien sabe que, *si el hombre exterior se corrompe, el interior se renueva* (2 Cor 6, 14) *y que la tribulación obra la aprobación?* (Rom 5, 4) Ahora bien, yo había prometido demostraros que el hombre bueno no sufre daño alguno; mas el razonamiento, siguiendo su camino, ha venido a demostrar que saca provecho del mismo daño, pues con él se renueva y es aprobado. No tengamos, pues, resentimiento contra los otros, dañándonos a nosotros mismos y debilitando más y más nuestra alma. Porque ese dolor no viene tanto de la malicia de nuestro prójimo, cuanto de nuestra propia miseria. De ahí que, cuando alguien nos injuria, lloramos y refunfuñamos. Si nos quitan algo, hacemos como los niños pequeños, a quienes otros mayorcitos hacen rabiar con cosillas de ninguna importancia. Y por cierto que, si ven que efectivamente se enfadan, ellos siguen fastidiándolos; pero si también los otros se echan a reír, termina la broma. Ahora, que nosotros somos más necios que esos niños pequeños, pues lloramos por lo que habríamos de reír. Yo os exhorto, por tanto, a que, dejando ese modo de ser pueril, aspiremos a los cielos Hombres quiere Cristo que seamos, y hombres cabales. Así nos lo mandó también Pablo, diciendo: Hermanos, no seáis niños en vuestras mentes. Sed niños, sí, en la malicia (1 Cor 14, 20). Seamos, pues niños en la malicia y, huyendo el vicio, abracémonos con la virtud a fin de alcanzar los bienes eternos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el Leproso, se le acercó una mujer con un vaso de alabastro lleno de perfume precioso y lo derramó sobre su cabeza al tiempo que estaba recostado a la mesa (Mt 26,6 y sig.).

QUIÉN FUE LA MUJER QUE UNGIÓ AL SEÑOR EN BETANIA

Esta mujer parece ser una y la misma en todos los evangelistas, pero no lo es. A mi parecer, en los tres evangelistas es una y la misma; no así en Juan, donde es otra —admirable mujer por cierto —, es decir, la hermana de Lázaro[65]. No sin razón recuerda el evangelista la lepra de Simón, pues quiere mostrarnos de dónde le vino a la mujer su confianza para acercarse al señor. Y es que, como la lepra era considerada enfermedad impura y abominable, y había visto cómo Jesús había curado a aquel hombre y le había limpiado de su lepra, pues en otro caso no hubiera ido a hospedarse a casa de un leproso, y que se sentaba con él a la mesa, ella tuvo confianza de que también la limpiaría fácilmente de la impureza de su alma. No sin motivo habla también el evangelista de la ciudad en que el hecho sucedió, es decir, Betania, pues quiere que advirtamos que el Señor va voluntariamente a su pasión. Porque el que antes, cuando estaba más encendida la envidia de sus enemigos, solía huir de ellos, ahora se acerca a Jerusalén, como a unos quince estadios de distancia. De donde se sigue que fue también disposición suya retirarse anteriormente. Habiéndole, pues, visto la mujer y cobrando de ahí confianza, acercose al Señor. Porque si la hemorroísa, que no tenía la conciencia de esta pecadora, por la sola aparente impureza de la naturaleza, se le acercó tímida y temblorosa, mucho más natural que temiera ésta por razón de su mala conciencia. Y como en efecto tenía conciencia de su mucha impureza y deshonestidad, de ahí que se le acerque después de otras muchas mujeres: la samaritana, la cananea, la hemorroísa y otras muchas. Y no se le llega en público, sino dentro de una casa. Y notemos que mientras

65 Es una pena que San Juan Crisóstomo no viera que la mujer de Mt 26,6 es la misma de Jn 12,1-8 y distinta de la Lc 7, 36-50. Todo el comentario que sigue se resiente de este mal enfoque.

todos los otros se acercan al Señor por motivo de salud corporal, sólo ésta se le acerca para honrarle y pedirle la curación de su alma, pues ella ninguna enfermedad tenía en su cuerpo; motivo bastante para que admiremos a esta mujer sobre ninguna otra. Tampoco se acerca al Señor como a puro hombre, pues en ese caso no le hubiera enjugado los pies con sus propios cabellos. No, para ella Jesús era más que hombre. De ahí que a los pies de Jesús inclinó el más precioso de los miembros de su cuerpo: su propia cabeza. Mas viéndolo —dice el evangelista— sus discípulos, lo tomaron a mal, diciendo: *¿Para qué ese desperdicio? Ese ungüento podía haberse vendido a buen precio y dárselo a los pobres. Pero, dándose Jesús cuenta, les dijo: ¿Por qué molestáis a la mujer? Ella ha obrado una buena obra conmigo. Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre*. *Al derramar ella este ungüento sobre mi cuerpo, para mi sepultura lo ha hecho. En verdad os digo: dondequiera se predique este evangelio en el mundo entero, se dirá lo que esta mujer ha hecho conmigo para recuerdo suyo.* Mas ¿de dónde les vino a los discípulos semejante pensamiento? Habían ellos oído decir a su Maestro: Misericordia quiero y no sacrificio (Os 6, 6). Le habían oído también echar en cara a los judíos que dejaban lo más importante de la ley: el juicio, la misericordia y la fidelidad, y ¡cuántas cosas no había dicho el Señor sobre el monte acerca de la limosna! De todo esto dedujeron y pensaron ellos que, pues el Señor no aceptaba los holocaustos y ceremonias antiguas, mucho menos había de complacerle la unción del aceite. Así pensaban sobre la mujer los discípulos; mas el Señor, que veía su intención, la deja hacer. En verdad, grande era su piedad e inefable su fervor. De ahí que, con condescendencia infinita, el Señor le permite que derrame el aceite sobre su cabeza. Porque si no se desdeñó de hacerse hombre y ser llevado en el seno de su madre y alimentarse a sus pechos, ¿qué maravilla que tampoco rechazara este obsequio? Como su padre aguantó la grasa y el humo de los sacrificios, así soporta Él a esta ramera, porque mira, como he dicho, su intención. También Jacob untó de aceite la piedra para Dios, y aceite se ofrecía en los sacrificios, y los sacerdotes se ungían de perfume. Mas los discípulos, que nada sabían de los sentimientos de aquella mujer, la reprendieron inoportunamente, siquiera en la reprensión pusieran de manifiesto la liberalidad de ella. Al decir, efectivamente, que aquel ungüento podía haberse

vendido en trescientos dineros, mostraron cuánto había gastado la mujer y cuán magnífica había estado en su obsequio al Señor. De ahí que Él los reprenda diciendo: *¿Por qué molestáis a la mujer?* Y añada la razón, queriendo nuevamente recordarles su pasión: *Porque lo que ha hecho, para mi sepultura lo ha hecho*. Y todavía añade otra razón: *Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros; pero a mí no me tendréis siempre*. Y: *Dondequiera se predique este evangelio en el mundo entero, se dirá lo que esta mujer ha hecho*. He ahí cómo nuevamente predice la marcha de sus discípulos a las naciones, y así los consuela de su muerte, puesto caso que de tal modo había de brillar su poder después de la cruz, que el Evangelio se predicaría por toda la tierra. Ahora bien, ¿quién será tan miserable que se atreva a contradecir tan patente verdad? Lo que Él dijo se ha cumplido; a cualquier parte de la tierra a donde vayas, verás que es proclamada esta mujer. Y, sin embargo, ni la persona era ilustre ni el hecho lo vieron muchos testigos. No sucedió en un teatro, sino en una casa, y casa de un leproso, y en presencia de solos los discípulos.

CÓMO SE CUMPLE LA PROFECÍA DE JESÚS SOBRE LA MUJER QUE LE UNGE EN BETANIA

— ¿Quién hizo, pues, que ese hecho resonara y se transmitiera? —El poder de quien pronunció esas palabras. Las hazañas de reyes y generales innumerables, no obstante estar consignadas en obras escritas, yacen en el silencio. Ellos alzaron ciudades, las ciñeron de murallas, vencieron guerras, levantaron trofeos de victoria, sometieron a servidumbre a muchas naciones, y nadie conoce sus hechos y sus nombres. Y ahí están las estatuas que se hicieron erigir y las leyes por ellos dadas. En cambio, que una mujer perdida derramó un vaso de ungüento en casa de un leproso y en presencia de doce hombres es un hecho que todos celebran por toda la redondez de la tierra. Tanto tiempo como ha pasado ya desde el hecho, y su recuerdo no se ha marchitado. Los persas, los indios, los tracios, los sármatas y los moros, hasta los que habitan las Islas Británicas, todos traen y llevan lo que ocurrió un día secretamente en una casa de Judea por obra de una pobre mujer perdida. La grande dignidad del Señor soporta a la ramera, se deja

besar por ella los pies, que se los moje con sus lágrimas y se los enjugue con sus cabellos, y acepta su obsequio y reprende a sus discípulos.

NO PEDIRLO TODO DESDE EL PRINCIPIO

No había, en efecto, por qué molestar a la mujer que daba muestras de tan extraordinario fervor. Mas notad, os ruego, otro punto, y es qué elevados y prontos estaban ya los discípulos para la limosna.—Y ¿por qué no les dijo el Señor simplemente que había hecho una obra buena, sino que empezó diciendo: *¿Por qué molestáis a la mujer?* —Para que aprendieran que no hay que exigir desde los comienzos las cosas más elevadas a los hombres aun débiles. De ahí que tampoco examina el Señor la obra en sí misma, sino en relación con la persona de la mujer. En realidad, de haber dado una ley, no hubiera tenido en cuenta a la mujer. Es que quería que advirtiéramos que hablaba por ella, para que no ahogaran una fe que estaba naciendo, sino más bien la fomentaran. Lección importante para nosotros: sea quienquiera el que haga el bien, hay que aceptarlo, aun cuando no sea muy perfecto; hay que irlo conduciendo a más y no exigir desde el principio toda la perfección. La prueba de que Él mismo lo prefería así es que mandó llevar bolsas para el dinero —Él, que no tenía dónde reclinar su cabeza—. Mas no era entonces ocasión de corregir el hecho, sino sólo de aceptarlo. Si antes de hacerlo la mujer se le hubiera preguntado, seguramente no hubiera respondido lo mismo; mas ya que la cosa estaba hecha, el Señor sólo mira a que la mujer no se desconcierte por la reprensión de sus discípulos, sino que se retire más animosa y mejorada por la atención que Él le muestra. En verdad, una vez derramado el aceite, ya no tenía razón de ser la reprensión. También tú, pues, si ves alguno que procura y trae vasos sagrados para la iglesia u otro cualquier adorno para las paredes o pavimentos, no mandes que se venda ni se cambie lo hecho, a fin de no entibiar su fervor. Mas si antes de hacerlo se te consultara, aconseja que se dé a los pobres; pues también el Señor obró así para no entorpecer el fervor de la mujer y para consuelo de ella dijo todo lo que dijo. Seguidamente, como había Él dicho: *Con miras a mi sepultura lo ha hecho* para que la mención de tan lúgubre cosa no turbara a la mujer —la mención, digo, de la sepultura y de la muerte—, mira

cómo la reanima por lo que inmediatamente añade: *En el mundo entero se dirá lo que esta mujer ha hecho*. Lo cual era a la vez consuelo para los discípulos y alabanza de la mujer. Todos —dice — la celebrarán después de esto. Ella ha proclamado de antemano mi pasión, pues ha traído lo que es menester para mi entierro. Que nadie, pues, la reprenda. Porque yo tan lejos estoy de condenarla como si hubiera obrado mal o de reprenderla como si no hubiera hecho bien, que ni consentiré siquiera que el hecho quede oculto. No, eso que ha sucedido en una casa ocultamente lo ha de saber el mundo entero. En verdad, todo procedió de una piadosa intención, de fe ardiente y alma contrita. Y ¿cómo es que nada espiritual prometió el Señor a la mujer, sino sólo la memoria eterna de su acción? Por lo uno le infundió la confianza de lo otro. Porque, si hizo una obra buena, es evidente que también recibiría digno galardón.

LA TRAICIÓN DE JUDAS

Entonces, uno de los doce, Judas, por sobrenombre Iscariotes, marchando a los sumos sacerdotes, les dijo: *¿Qué me daréis si yo os lo entrego?* Entonces. ¿Cuándo? Cuando el Señor dijo eso, cuando habló de su sepultura, y ni por ello se conmovió, como ni al oír que el Evangelio se predicaría en el mundo entero sintió temor alguno. En verdad, palabra era ésta de inefable poder; pero cuando mujeres —y perdidas mujeres— le daban al Señor muestras de tan alto honor, entonces él —uno de sus discípulos— iba a realizar lo que le inspiraba el diablo. ¿Por qué dicen los evangelistas su sobrenombre de Iscariotes? Porque había además otro Judas. Y no se recatan de decir que éste era uno de los doce. Así, nada ocultan de lo que parece ser ignominioso. Realmente podían haber dicho simplemente que era uno de sus discípulos, pues tenía el Señor muchos. Mas lo cierto es que añaden que era de los doce, como si dijeran, del primer coro de los que habían sido por Él especialmente escogidos, de los compañeros de Pedro y Juan. Es que los evangelistas sólo a una cosa miraban, en verdad sola y no a dejar los hechos entre sombras. De ahí que muchos milagros los pasan por alto; pero nada omiten de cuanto parece ser ignominioso. Trátese de una palabra, trátese de una acción o de cualquier otra cosa, todo lo pregonan con la mayor franqueza.

INIQUIDAD DE LA ACCIÓN DE JUDAS

Y no sólo proceden así los otros tres evangelistas; el mismo Juan, que dice cosas más sublimes, hace lo mismo que ellos. Nadie como Juan cuenta las injurias y oprobios que hicieron sufrir al Señor. Mas miremos ya cuán grande sea la maldad de Judas, que va espontáneamente a los sacerdotes y obra por dinero, y ¡por qué cantidad de dinero! Lucas cuenta por su parte que Judas se avino con los magistrados. Y es que, como los judíos eran propensos a la sedición, los romanos les pusieron quienes cuidaran del orden, pues ellos, conforme a la profecía, habían perdido su independencia. Acercándose, pues, a éstos, les dijo: *¿Qué me daréis si os lo entrego? Y ellos le ofrecieron treinta monedas de plata*. *Y desde aquel momento buscaba una buena ocasión para entregarlo*. Por miedo del pueblo, buscaba Judas ocasión de entregar al Señor ocultamente. ¡Oh insensatez! ¡Cómo le había totalmente obcecado la avaricia! Judas había visto muchas veces a Jesús pasar por entre sus enemigos sin ser detenido, él había visto dar innumerables pruebas de su divinidad y de su poder, y ahora espera que le ha de detener. Y eso que tantas palabras le había dirigido el Señor de espanto y de amor, a fin de que desistiera de semejante pensamiento. Ni en la última cena lo descuidó el Señor; hasta el último momento estuvo hablando de ello con su discípulo. Pero Judas no sacó ningún provecho. No por eso dejó el Señor de hacer lo que estaba de su parte. Sabiendo eso también nosotros, no dejemos de hacer cuanto esté en nuestra mano con los pecadores y tibios, corrigiéndoles, enseñándoles, exhortándoles, aconsejándoles, aun cuando ellos de nada se aprovechen. Cristo sabía ciertamente que el traidor era incorregible, y, sin embargo, nada omitió de cuanto estaba de su parte, corrigiéndole, amenazándole, lamentando su suerte, no clara y descubiertamente, sino veladamente. Y en el momento mismo de la traición aceptó hasta un beso suyo, aunque nada de eso aprovechara al traidor. Tan grande mal es la avaricia, pues ésta es la que hizo a Judas sacrílego y traidor. Escuchadlo todos los avaros, los que tenéis la enfermedad de Judas; escuchadlo y guardaos de esa pasión. Porque si el que estaba en compañía de Cristo y había hecho milagros y gozaba de tan alta enseñanza, por no haberse librado de este vicio, vino a hundirse en tamaño abismo, ¿con cuánta mayor facilidad no seréis presa de esa pasión

vosotros, que no escucháis jamás las Escrituras y estáis como clavados en lo presente, si no ponéis en ello continua vigilancia? Diariamente estaba Judas con quien no tenía dónde reclinar su cabeza. Diariamente, de palabra y de obra, se le enseñaba a no tener oro ni plata ni dos túnicas; y, sin embargo, no entró en razón. Pues, ¿cómo esperas tú huir de ese vicio, si no pones atenta vigilancia y extraordinario fervor? Porque terrible, terrible es esa fiera de la avaricia. Sin embargo, si quieres, la vencerás fácilmente.

LA AVARICIA PUEDE SER VENCIDA

Porque la codicia no es necesidad de la naturaleza, como se ve por los que están libres de ella. Lo que procede de la naturaleza es común a todos; pero la codicia nace de la negligencia. De ahí nace y de ahí crece, y cuando se ha apoderado de sus víctimas, los obliga a obrar contra la misma naturaleza. Porque ¿no es acaso obrar contra naturaleza no reconocer a sus semejantes, a sus amigos, hermanos y parientes, a nadie, en una palabra, y hasta no reconocerse el avaro a sí mismo? De donde resulta evidente ser contra naturaleza esta maldad, este vicio de la avaricia, que hizo de Judas un traidor. — ¿Y cómo —me dices— pudo llegar a ser traidor, habiendo sido llamado por Cristo? —Porque el llamamiento de Dios no es una imposición, ni fuerza la voluntad de quienes no quieren abrazar la virtud. Dios nos exhorta y aconseja, y no deja piedra por mover a fin de persuadirnos a que seamos buenos; pero a los que de sí no quieren, Él no los fuerza. Mas si queréis saber cómo vino Judas a hacerse traidor, hallaréis que fue el amor al dinero lo que le perdió. —Y ¿cómo —me dirás— fue presa de esa pasión? —Porque fue negligente. De ahí proceden semejantes transformaciones, como del fervor vienen las de sentido contrario. Y así, ¡cuántos que eran violentos se han vuelto más mansos que las ovejas! ¡Cuántos deshonestos se han vuelto castos! ¡Cuántos antes avaro; tiran ahora sus riquezas! Y también sucede lo contrario por obra de la tibieza o negligencia. Con un santo varón vivía Giezi, y sin embargo, este vicio de la avaricia hizo de él un malvado[66]. Es que no hay pasión más terrible que ésta. De ella vienen los violadores de sepulcros, de ella los asesinos; de ella las guerras y luchas, y de ella... todo cuanto de malo podemos decir. Además, el hombre avaro es inútil para todo: para mandar un

[66] Giezi era el criado del profeta Eliseo. Cf. 4 Reyes 5 20-27.

ejército o para gobernar una ciudad, para los asuntos públicos o para los negocios privados. Si ha de tomar mujer, no la escogerá virtuosa, sino la peor de todas. Si ha de comprar una casa, no la comprará la que sea digna de un hombre libre, sino la que pueda producirle más dinero. Si ha de comprar esclavos o cualquier otra cosa, se llevará siempre lo peor. Mas no hablemos de ejército, de gobierno ni de economía. Aun cuando el avaro sea rey, es el hombre más desgraciado del mundo, la peste de la tierra y el más pobretón de todos. El tal rey se portará como un ente vulgar; no pensará que es suyo lo de todos, sino que es él uno de tantos, y, arrebatando los bienes de todos, pensará que tiene menos que nadie. Y es así que, midiendo lo que tiene por el deseo de lo que aún no posee, creerá que no es nada lo que tiene en comparación de lo que le falta.

NUEVA INVECTIVA CONTRA LOS AVAROS

De ahí que alguien dijo: *Nada hay más inicuo que un avaro* (Eccli 10, 9). El avaro se vende a sí mismo, es enemigo común de toda la tierra, siente pena de que los campos no produzcan oro en vez de espigas, de que en las fuentes no corra oro en vez de agua, de que no sean oro, en vez de piedras, las montañas; se irrita de que se dé un buen año, se entristece de los bienes comunes, rechaza todo asunto de donde no puede ganar dinero, lo soporta todo a trueque de aumentar su fortuna, aunque sea sólo en dos óbolos. Aborrece a todo el mundo, lo mismo a pobres que a ricos. A los pobres, por temor de que se le acerquen a pedirle; a los ricos, porque no tiene sus riquezas. *Todos cree que tienen* lo que a él le pertenece y, como *por todos perjudicado*, con todos igualmente está irritado. El avaro no conoce la hartura, no sabe saciarse jamás. El avaro es el hombre más infeliz. Así como quien de todo eso se ve libre y lleva vida filosófica, es el más feliz del mundo.

NADIE PUEDE DAÑAR AL HOMBRE VIRTUOSO

Nadie hay, en efecto, más feliz que el hombre virtuoso, lo mismo si es esclavo que si es señor. Al hombre virtuoso nadie puede hacerle daño alguno, así se conjuren contra él de todo el orbe y con armas y ejércitos le hicieren la guerra. El malo, sin embargo, y perverso, ese que acabamos de describir, aun cuando fuere un rey, aun cuando se ciña mil diademas, de parte de cualquiera puede

sufrir males extremos. Tan débil es la maldad, tan fuerte la virtud. ¿A qué, pues, llorar porque te veas en pobreza? ¿Lloras en día de fiesta? Porque tiempo de fiesta es la pobreza. ¿Por qué llorar? Si vives templadamente, la pobreza es día de gran concurrencia. ¿De qué te lamentas, niño pequeño? Porque niño pequeño hay que llamarte. ¿De que fulanito te ha pegado? ¿Y qué es eso? Con ello te ha hecho más paciente. ¿Te ha quitado el dinero? Pues te ha quitado la mayor parte de la carga. ¿Te asestó un golpe en tu honra? Pues he ahí otra especie de libertad. Oye cómo, aun los de fuera, filosofan sobre esto y dicen: Nada malo te pasa, si tú no te lo imaginas. Pero ¿te quitó aquella gran casa tuya, rodeada de su cerca? Pues ahí está delante de ti toda la tierra, ahí tienes los públicos edificios, ora para tu recreo, ora para tu utilidad. ¿Y qué hay más agradable ni más hermoso que la bóveda del cielo? ¿Hasta cuándo seremos pobres y mendigos? No es posible que sea rico el que es pobre de alma, como no puede ser pobre el que no lleva la pobreza en su espíritu. Porque si el alma es más principal que el cuerpo, no puede lo menos principal arrastrar a sí a lo más principal. No. Ha de ser la señora la que atraiga y transforme en sí lo que no tiene su señorío. Cuando el corazón recibe una lesión, todo el organismo queda lesionado. Si desfallece, todo desfallece. Si está fuerte, todo está fuerte. En cambio, si el corazón permanece dentro sano, fácilmente se rechaza también el otro daño Y aun os quiero poner otro ejemplo que aclare más mi pensamiento: ¿De qué valen, dime, los ramos verdes, cuando la raíz se está secando? ¿Qué se pierde, en cambio, de que por arriba se sequen las hojas, si la raíz queda sana? Así aquí. De nada valen las riquezas, si el alma es una mendiga; como no es tampoco daño la pobreza, cuando el alma es rica. —Y ¿cómo —me dirás— puede ser rica el alma, si se halla pobre de dinero? —Entonces es justamente más rica; entonces suele ella granjear mejores riquezas, porque, si, como muchas veces hemos demostrado, la mejor prueba de ser uno rico es despreciar la riqueza y no necesitar de nada, es evidente que el hallarnos en pobreza es lo que más ricos nos hace. Más fácil es, en efecto, despreciar la riqueza estando en pobreza que en riqueza, pues todo el mundo sabe que más ansía la riqueza el rico que el pobre, como tiene más sed el borracho que el que bebe templadamente. No es la codicia de manera que pueda extinguírsela a fuerza de más y más dinero; eso naturalmente no

hace sino encenderla más. El fuego no se apaga al echársele más leña. Eso le enfurece más y más. Así, la codicia de dinero, cuanto más oro se le echa, más se inflama. Ahora bien, si el ansiar más y más es señal de pobreza, y eso hace el que se halla en riqueza, luego ése es, más que otro, verdadero pobre. He ahí cómo el alma es principalmente pobre cuando se enriquece y se enriquece cuando está en la pobreza. Si os place, examinemos el caso en dos personas, una que tenga diez mil talentos, otra diez. Que a los dos se les quite lo que tienen. ¿Quién lo sentirá más? Evidentemente, el que ha perdido diez mil talentos. Y no lo hubiera sentido más si no hubiera amado más; y si amaba más, deseaba más; y si deseaba más, era más pobre. Porque siempre deseamos lo que más necesitamos, pues de la necesidad nace el deseo. Donde hay hartura, se acabó el deseo. Cuando tenemos sed, es que necesitarnos de la bebida.

EXHORTACIÓN FINAL: LA POBREZA NO NOS DAÑA

Todo eso os lo he dicho para demostraros que, si vivimos sobriamente, nada será capaz de hacernos daño. El daño no nos viene de la pobreza, sino de nosotros mismos. Por eso yo os exhorto con todo empeño a que arrojéis lejos ese vicio de la avaricia, a fin de ser ahora de verdad ricos y gozar luego de los bienes eternos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 81

El primer día de los ácimos se acercaron los discípulos a Jesús, diciéndole: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua? Y Él les respondió: Marchad a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: El maestro dice: Mi tiempo está ya próximo. En tu casa quiero celebrar la pascua con mis discípulos (Mt 26,17 y sig.).

CONSIDERACIONES SOBRE EL TEXTO

Primer día de los ácimos llama el evangelista al día anterior de los ácimos, pues los judíos acostumbraban contar siempre el día empezando por la víspera; y aquí se refiere al día en cuya tarde

había de celebrar la pascua, pues sus discípulos se acercaron a hablar al Señor el día quinto de la semana. Y éste lo llama el día antes de los ácimos, significando el día en que se le acercaron. Otro evangelista dice así: *Vino el día de los ácimos, en que tenía que celebrarse la pascua* (Lc 22, 3). Vino quiere aquí decir “estaba cerca”, "llamaba ya a la puerta", con lo que daba indudablemente a entender la víspera de aquel día. Es que por la víspera se empezaba. De ahí que todos añadan: *Cuando se celebraba la pascua* (Mc 14, 12). Y los discípulos le dicen a Jesús: *¿Dónde quieres que te preparemos para comer la pascua?* Nueva prueba de que el Señor no tenía casa, no tenía morada propia. Y, por mi parte, opino que tampoco los discípulos, pues en otro caso le hubieran convidado a ir a ella. Pero no la tenían tampoco ellos, pues habían renunciado a todo. —Y ¿por qué motivo celebraba el Señor la pascua? —Porque quería demostrar por todos los medios hasta el último momento que no era contrario a la ley. —Y ¿por qué manda sus discípulos a un desconocido? —Para hacer ver también por ahí que podía no padecer. Porque quien pudo persuadir el alma de este desconocido a que los acogiera en su casa, y eso por sus solas palabras, ¿qué no hubiera hecho con los que le crucificaban, si no hubiera querido padecer? Lo que hizo con el dueño de la asnilla, eso mismo repite aquí. Allí dijo: *Si alguno os dice algo, diréis que el Señor los necesita* (Mt 21, 3). De modo semejante aquí: *El maestro dice: Quiero celebrar la pascua en tu casa*. Por mi parte, no tanto admiro que aquel desconocido recibiera al Señor con sus discípulos, cuanto que, sabiendo que había de atraerse tan grande enemistad y guerra sin cuartel, despreciara por amor del Señor la animosidad de la gente. Luego, como los discípulos no conocían al personaje, les da una señal. Así hizo con Saúl el profeta cuando le dijo: *Encontrarás a uno que sube y que lleva un odre* (1 Reyes 10, 3). Aquí es un hombre que lleva un cántaro (Lc 22,10; Mc 14, 13). Y mirad una nueva demostración de su poder. Porque no dijo solamente: *Quiero celebrar la pascua*, sino que añadió otra cosa: *Mi tiempo está ya cerca*. Al obrar así, por una parte recordaba constantemente a sus discípulos su pasión, a fin de que la reiteración de las advertencias les hiciera pensar en lo que estaba para suceder, y, por otra, les hacía ver a sus mismos discípulos, a su huésped y a todos los judíos que, como ya he notado varias veces, Él iba voluntariamente a su pasión y a la muerte. Y añade que quiere celebrar la pascua con sus discípulos,

a fin de que la preparación sea suficiente y no piense su huésped que busca Él ocultarse. Y llegada la tarde, se sentó a la mesa con sus discípulos. ¡Oh desvergüenza de Judas! Porque también Judas estaba allí y vino a tomar parte en los misterios[67] y en la mesa. Ésta debiera haber bastado para confundirle y, aun cuando hubiera sido una fiera, debiera haberse amansado.

LA TRAICIÓN DE JUDAS

Ésta es la razón por la que el mismo evangelista añade la circunstancia de haber sido mientras comían cuando el Señor habló de la traición de Judas, pues quiere así demostrar, por el tiempo y por la mesa, la maldad del traidor. Pues fue así que, apenas los discípulos hubieron cumplido lo que Jesús les había mandado, venida la tarde, se sentó con los doce a la mesa. Y mientras estaban ellos comiendo —prosigue el evangelista—, dijo: *En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar*. Notemos que antes de la cena le había lavado los pies. Y advertid con qué miramiento trata el Señor al traidor. Porque no dijo: "Judas me ha de entregar", sino: *Uno de vosotros*. Con lo que, de arrepentirse, le ofrecía a Judas ocasión para no ser descubierto. Y el Señor no vacila en espantarlos a todos a trueque de salvar al traidor. Uno de vosotros —dice—, uno de los doce, de los que siempre estáis en mi compañía, a los que he lavado los pies, a quienes tan magníficas promesas he hecho. Entonces, naturalmente, un dolor insoportable se apoderó de todo aquel santo grupo. Juan cuenta que estaban todos perplejos y se miraban unos a otros y uno a uno iban preguntando, temerosos de sí mismos, aun cuando nada semejante les reprochaba su conciencia. Mateo lo cuenta así: *Profundamente entristecidos, empezaron a preguntarle cada uno: ¿Por ventura soy yo, Señor? Y él respondió diciendo: A quien yo dé el pedazo de pan mojado en el plato, ése es*[68]. Mirad cuándo descubrió el Señor a Judas: cuando ya no pudo menos de librar a los demás de su turbación, pues se hubieran muerto de miedo. De ahí la insistencia con que preguntaban. Mas al obrar así Jesús, no buscaba solamente calmar a sus discípulos fieles, sino también

---

[67] “Los misterios” son la Eucaristía. Y notamos el pasaje, porque aquí no puede tratarse de otro sacramento.

[68] Jn 13, 26. Texto intercalado en la citación de San Mateo, en que el sentido es otro.

salvar al traidor. Porque, como quiera que, al hablar varias veces de modo indeterminado, Judas permanecía incorregible, por estar ya empedernido; con el fin de herirle más en lo vivo, el Señor se decide a quitarle la máscara. Y así, como empezaran a preguntarle los otros, profundamente tristes: *¿Soy yo por ventura, Señor?*, les respondió diciendo: *El que moja conmigo su mano en mi plato, ése me ha de entregar*. *Ahora bien, el Hijo del hombre se va, conforme está escrito sobre Él; mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre va a ser entregado! Mas le valiera a ese hombre no haber nacido*. Ahora bien, hay quienes dicen que era Judas tan insolente, que no tuvo respeto alguno a su maestro y mojó con Él en el plato; pero, a mi parecer, fue Cristo quien hizo eso, con el fin de confundirlo más y atraerle a mejor acuerdo. Porque ello era una prueba más de consideración.

EL SEÑOR, DECHADO DE PACIENCIA

No es bien que pasemos de corrida por estos hechos; antes bien, grabémoslos en nuestras almas y jamás daremos lugar a la ira. Porque quien considere aquella cena y al traidor sentado junto al Salvador de todos y la mansedumbre con que habla el que estaba a punto de ser entregado, ¿no arrojará de sí todo el veneno de la cólera y de la ira? Mirad, sino, qué blandamente se porta con el traidor: *El Hijo del hombre se va, conforme está escrito acerca de Él...* Con estas palabras quería reanimar a sus discípulos, para que no pensaran que la cosa venía de flaqueza, y juntamente corregir al traidor. *Mas ¡ay de aquel hombre* —prosigue— *por quien el Hijo del hombre es entregado! Más le valiera a ese tal no haber nacido*. Mirad otra vez en estas reprensiones su inefable mansedumbre. Porque tampoco aquí toma tono violento, sino más bien de lástima, y siempre veladamente. Y, sin embargo, la insensibilidad primera y la desvergüenza que le sigue, bien pudieran justificar la más violenta indignación. Porque después de haber sido así confundido, Judas pregunta: *¿Acaso soy yo, Señor?* ¡Qué crueldad! Judas pregunta lo mismo de que tiene perfecta conciencia. Y, sin duda, el evangelista dice eso maravillado del descaro de Judas. ¿Qué contesta, pues, el blandísimo y mansíshno Jesús? *Tú lo has dicho*. Y, sin embargo, bien pudiera haberle increpado: ¡Oh execrable sobre toda execración, sacrílego y profano! Hace tanto tiempo que estás con dolor de parir tu traición, te has ido y has cerrado

satánicos tratos y has convenido en recibir dinero por entregarme y te he argüido yo mismo, ¿y todavía tienes el descaro de preguntarme? Pero nada de esto dijo. ¿Pues qué dijo? Marcándonos a nosotros los hitos de la paciencia y dándonos sus leyes, se contentó con responderle: *Tú lo has dicho*.

OBJECIONES A PROPÓSITO DE JUDAS Y SU PECADO

Mas dirá alguno: —Pues si estaba escrito que todo eso tenía que sufrir Cristo, ¿por qué se le acusa a Judas? En realidad, él no hizo sino cumplir lo que estaba escrito. —Mas no lo hizo con esa intención, sino por malicia. Y si no miras al blanco de las acciones, aun al diablo absolverás de toda culpa. Pero no, no es así, no es así. Lo mismo el diablo que Judas merecen infinitos castigos, aun cuando se salvó la tierra. Porque no nos salvó la traición de Judas, sino la sabiduría de Cristo y la traza admirable de su providencia, que supo aprovechar para nuestra conveniencia las maldades de los otros. — ¿Pues qué? —dirás—. Si Judas no le hubiera traicionado, ¿no le hubiera traicionado otro? — ¿Y qué tiene esto que ver con la cuestión? —Sí, porque si Cristo tuvo que ser crucificado, por alguien tuvo que serlo. Y si tuvo que serlo por alguien, forzosamente por alguien de la calaña de Judas. De haber sido todos buenos, se hubiera entorpecido la economía de nuestra salvación. — ¡De ninguna manera! Porque el que es infinitamente sabio sabía, aun sin darse la traición de Judas, cómo disponer y ordenar nuestra salvación. Trazas tiene e incomprensible es su sabiduría. Por ello justamente, para que nadie piense que Judas fue ministro de su economía redentora, el Señor pronuncia sobre él su palabra de *¡ay de aquel hombre!* Pero dirás nuevamente: —Si a Judas le hubiera valido más no haber nacido, ¿por qué le dejó Dios venir al mundo a él y a los malos todos? —A los malos mismos tendrías que acusar; pues, estando en su mano no haberlo sido, se hicieron malos. Pero tú dejas a éstos y te metes a averiguar curiosamente los misterios de Dios. Y, sin embargo, tú sabes que nadie es malo por necesidad. —Pero habían de nacer sólo los buenos —me dices—, y en este caso no habría necesidad del infierno, de castigo ni de suplicios, y no se vería rastro de maldad. Los malos, sin embargo, o no debieran nacer o, apenas nacidos, salir inmediatamente de la vida. —En primer lugar, hay que decirte

aquello del Apóstol: *Más bien, ¡oh hombre!, ¿tú quién eres, que le replicas a Dios? ¿Acaso dirá la figura a quien la plasma: Por qué me has hecho así?* (Rom 9, 20) Pero, si exiges también razones, te podemos decir que, estando entre malos, son más de admirar los buenos, pues entonces señaladamente dan muestras de sí su paciencia y su mucha filosofía. Mas tú, al razonar de esa manera, quitas toda ocasión de lucha y de combate. —Entonces —me dices — ¿para que los buenos brillen son castigados los malos? — ¡De ninguna manera! Los malos son castigados por su maldad, porque no son malos por el mero hecho de venir al mundo, sino que se han hecho tales por su negligencia, y por ello son castigados. En efecto, ¿cómo no han de merecer castigo, pues, habiendo tenido tantos maestros de virtud, no sacaron provecho alguno? Porque como los buenos merecen doblada gloria, no sólo por haber sido buenos, sino por no haber sufrido daño de su convivencia con los malos; así los malos merecen doblado castigo; primero, por haber sido malos, cuando pudieran haber sido buenos, como lo prueban los que lo fueron; y luego, por no haberse aprovechado de su convivencia con los buenos. Pero veamos ya qué es lo que dice este infortunado de Judas: ¿Qué es, pues, lo que dice? *¿Por ventura soy yo, Señor?* —Y ¿por qué no preguntó eso desde el principio? —Porque pensó quedar oculto al decir el Señor: *Uno de vosotros*; pero cuando se vio descubierto, se atrevió a preguntar nuevamente, esperando de la mansedumbre de su maestro que no le reprendería. De ahí que también le llame *Rabbí*.

INVECTIVA CONTRA LOS AVARIENTOS

¡Oh ceguedad! ¡Y adónde ha conducido a Judas! Tal es el amor al dinero. Él hace locos, insensatos, insolentes y perros en lugar de hombres, o, por mejor decir, algo peor que perros: de perros hace demonios. Judas, por lo menos, al diablo, que le acechaba, se adhirió, y a Jesús, que le colmaba de sus beneficios, le entregó. Sus intentos habían hecho de él ya otro diablo. Lo que Judas fue, tales hace a los hombres la codicia insaciable de dinero: insensatos y locos, sin otro pensamiento que sus lucros. Pero ¿cómo dice Mateo, y con él los otros, que fue al contratarse para la traición cuando el diablo entró en él, y Juan dice literalmente: *después del bocado entró en él Satanás*? Juan también conoce esta circunstancia, pues anteriormente había dicho: *Comenzada la*

cena, como el diablo hubiera ya puesto en el corazón de Judas entregar a Jesús... (Jn 13, 2). — ¿Cómo, pues, dice luego que después del bocado que le alargara Jesús entró Satanás en el alma de Judas? —Porque el diablo no entra en el alma repentinamente ni de golpe, sino que antes tienta el vado por muchas partes. Y eso sucedió puntualmente con Judas. Habiéndole primero tanteado y atacado suavemente, cuando vio que estaba dispuesto a recibirle, se le metió ya todo entero y se apoderó de él totalmente. Y si comieron la pascua, ¿cómo es que la comieron ilegalmente? (Ex 12, 11) Porque la ley no permitía comerla sentados a la mesa. ¿Qué puede responderse a esto? Que después de comer la pascua ellos se sentaron a celebrar otro banquete. Otro evangelista dice que aquella tarde no sólo comió Jesús la pascua, sino que dijo también a sus discípulos: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros* (Lc 22, 15); es decir, la pascua de este año. ¿Por qué? Porque entonces iba a cumplirse la salvación de la tierra entera, se iban a instituir los divinos misterios y por su muerte se pondría fin a la tristeza. Tan dentro de su corazón llevaba el Señor su cruz. Pero nada de esto pudo amansar a aquella fiera salvaje, ni conmoverlo, ni confundirlo. Con razón, pues, le declaró desgraciado diciendo: *¡Ay de aquel hombre!*, y trató nuevamente de amedrentarlo con las otras palabras: *Mejor le hubiera sido no haber nacido*. Mas como tampoco esto le hizo entrar en sí, dijo: *A quien yo dé el pedazo de pan mojado, ese es*. Y nada de esto le contuvo. La avaricia había hecho presa en él como una locura, o peor aún que locura. En verdad, ninguna locura más grave que ésa. Porque ¿qué loco hubiera hecho lo que hizo Judas? No echaba espuma por la boca, pero echaba ya la sangre de su Señor; no retorcía las manos, pero las alargaba ya para la venta de una sangre preciosa. De ahí que su locura era tanto más grave, cuando se daba en plena razón. ¿Diréis que no hablaba palabras descompuestas? ¿Y qué más descompuesto que esta palabra: *¿Qué me daréis si os lo entrego?* La voz del diablo resonaba en aquella boca. ¿Diréis que, palpitante, no golpeaba el suelo con sus pies, tendido en tierra? ¡Y cuánto mejor no hubiera sido yacer palpitante en el suelo que no estar de pie de aquella manera! ¿Diréis que no se hería con piedras a sí mismo? ¡Y cuánto mejor hubiera sido que no cometer aquel crimen!

EL AVARO, PEOR QUE EL ENDEMONIADO

¿Queréis que os presente aquí a los avaros y a los endemoniados, y haga la comparación entre unos y otros? Que nadie lo tome como insulto personal. Yo no insulto la naturaleza, sino que repruebo la cosa. El endemoniado, pues, no se viste jamás, se golpea con piedras a sí mismo, anda por caminos intransitables y ásperos y es acosado con furia por el demonio. ¿No os parece que todo esto es horrible? Pues yo os voy a demostrar que los avaros son peores que ellos y que hacen con su propia alma cosas mucho peores, en tanto grado que lo de los endemoniados puede, a su lado, tenerse por puro juego. ¿Os habéis dado cuenta de esta enfermedad? Pues veamos quién está más grave, si el avaro o el endemoniado. En verdad, no hay diferencia del uno al otro, pues ambos exhiben la más repugnante desnudez. Sin embargo, mejor es ir desnudo de vestidos que no andar por ahí cubiertos de rapiñas o como van los que celebran las fiestas de Baco. Porque como éstos llevan máscaras y vestidos de locos, así los avaros. Y como la locura es causa de la desnudez de los endemoniados; así la locura fabrica la vestidura de los avaros; vestidura, por cierto, más lamentable que la misma desnudez. Y he aquí cómo voy a intentar demostrároslo. ¿Quién diríamos que es más loco entre los mismos locos: el que sólo se golpea a sí mismo o el que, además de pegarse a sí mismo, arremete con todos los que topa? Éste evidentemente. Ahora bien, los endemoniados se desnudan a sí mismos, pero los avaros despojan también a cuantos topan. ¿Diréis que los locos desgarran a cualquiera sus vestidos? ¡Con cuánto más gusto se los dejarían desgarrar quienes son víctimas de los avaros, que no verse despojar de toda su hacienda! ¿Decís que no nos emprenden a bofetones en la cara? ¡Nadie hace eso, como los avaros! Si no a la cara, al vientre al menos, por el hambre y la pobreza, nadie hay que le aseste tan duros golpes. — ¡Pero no muerden con los dientes! — ¡Ojalá mordieran con los dientes y no con los dardos de la avaricia, más penetrantes que los dientes. *Porque los dientes de ellos, armas y saetas* (Sal 50, 5). Porque, ¿quién tendrá que sufrir más: el que es una vez mordido y se cura luego, o el que está constantemente devorado por las uñas de la pobreza? La pobreza involuntaria es más dura que un horno de fuego, más cruel que una fiera. ¿Diréis que los avaros no frecuentan los desiertos, como los endemoniados? ¡Ojalá se fueran a

ellos y no corrieran sueltos por las ciudades, cuyos moradores gozarían entonces de alguna tranquilidad! Pero lo cierto es que son tanto más insoportables, cuanto que ellos hacen en plena ciudad lo que los endemoniados en los desiertos, convirtiendo en tales las ciudades, y saquean los bienes de todos como si nadie, en el desierto, se lo impidiese. ¿Diréis que no tiran piedras a los que topan? ¿Y qué importa eso? De las piedras, fácil fuera guardarse; pero de las heridas que hacen con tinta y papel a los desgraciados, componiendo sus cédulas o letras, llenas de los más rudos golpes, ¿quién que caiga en sus manos podrá guardarse?

LO QUE EL AVARO HACE A SÍ MISMO

Mas veamos lo que se hacen a sí mismos los avaros. Los avaros van desnudos por la ciudad, puesto que no llevan el vestido de la virtud. Y si eso no les parece vergonzoso, también ello se debe a su extrema locura, pues no se dan cuenta de su indecencia. De ir desnudos de cuerpo, les daría vergüenza; en cambio, se ufanan de llevar el alma completamente desnuda. Otra causa, si os place, os diré por qué no se dan cuenta de su desnudez. ¿Cuál es, pues, esa causa? Es que van desnudos entre otra mucha gente desnuda, y por ello ni caen en la cuenta, como nosotros en los baños. De haber muchos que fueran vestidos de virtud, entonces aparecería mejor la vergüenza de éstos.

Pero la verdad es que una de las cosas que más merecen llorarse es que, por ser tantos los malos, ya no da vergüenza el mal. Porque una, entre otras muchas, de las cosas que ha logrado el diablo es que, por la multitud de los malos, no deja que se sienta la maldad, sino que quede como en la sombra su vergüenza. Porque, de estar el avaro entre muchos que practicaran la filosofía, mucho mejor vería su desnudez. Así, pues, probado queda que los avaros andan más desnudos que los endemoniados; y nadie tampoco puede contradecir que andan también por parajes solitarios. Porque el camino ancho y espacioso está más solitario que cualquier desierto. Cierto que hay muchos que van por él, pero ni un solo hombre. Son serpientes, escorpiones, lobos, áspides y víboras. Tales son, en efecto, los que practican la maldad. Y este camino no sólo es solitario, sino más áspero que otro cualquiera. Las piedras, los barrancos, las cuestas, no dañan tanto a los que suben por ellas como la rapiña y la avaricia a las almas que se

dejan dominar por ella. He aquí ahora la prueba de que los avaros, como los endemoniados, habitan también junto a los sepulcros, o, por mejor decir, son ellos mismos sepulcros. ¿Qué es, en efecto, un sepulcro? Una piedra que encierra cuerpos de difuntos allí depositados. Ahora bien, ¿qué diferencia va de esas piedras al cuerpo mismo de los avaros? Y a decir verdad, aun son éstos más miserables. Porque no es una piedra que encierra al cuerpo muerto, sino un cuerpo, más miserable que las piedras, que lleva consigo por todas partes un alma muerta. De ahí que no erraría quien los llamara sepulcros, como llamó nuestro Señor a los judíos. Y ésa sin duda fue la razón por la que añadió: *Pero por dentro están llenos de avaricia y de rapiña* (Mt 23, 25). ¿Queréis que os muestre ahora cómo también se golpean con piedras sus cabezas? ¿Cómo se demuestra eso? Dime primero si quieres que te lo demuestre por lo presente o por lo por venir. Pero de lo por venir no hacen mucho caso tales hombres. Hablemos, pues, de lo presente. Ahora bien, ¿no son más duras que las piedras las preocupaciones, que, si no hieren las cabezas, consumen las almas? Los avaros están, en efecto, constantemente temiendo no haya de salir con justicia de su casa lo que entró con injusticia en ella. Tiemblan por el desenlace último; se irritan y exasperan con los extraños. Unas veces son víctimas de la tristeza, otras del miedo, otras de la cólera, y van pasando como de un despeñadero a otro. Lo que no poseen todavía, lo están anhelando diariamente. De ahí que tampoco gocen de lo que tienen, primero por no tener confianza en su seguridad y luego porque tienen el alma entera puesta en lo que aún les falta. Como el que está continuamente sediento, aun cuando agote mil fuentes, no siente nunca placer, pues tampoco se sacia jamás, así los avaros; cuanto más acumulan, no sólo no sienten placer, sino que son más atormentados, por no conocer término alguno su codicia.

LA CONDENACIÓN DEL AVARO ES IRREMISIBLE

Tal es lo que aquí les pasa. Digamos también acerca del día venidero. Cierto que ellos piensan poco en ese día, pero nosotros tenemos que hablar de él. Ahora bien, en aquel día será de ver cómo por todas partes son castigados esos tales. En verdad, cuando el Señor dice: *Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve*

sed, y no me disteis de beber, a los avaros apunta. Y cuando dice: *Marchad al fuego eterno, que está aparejado para el diablo*, allí envía a los que inicuamente se enriquecieron. Y a esta casta pertenece aquel mal criado que no quiso dar a sus compañeros parte de los bienes de su amo; y a ella también el que enterró el talento, y a ella las cinco vírgenes fatuas. Y dondequiera que mires, verás castigados a los avaros. Unas veces oirán: *Un abismo se interpone entre vosotros y nosotros* (Lc 16, 26). Y otras: *Apartaos de mí al fuego que está preparado*. Otras, partidos por medio, marcharán donde es el llanto y rechinar de dientes. De todas partes los veremos arrojados, en ninguna tendrán lugar: sólo en el infierno se juntarán todos.

EL AVARO, OBJETO DEL ODIO UNIVERSAL

Cuando, pues, esto oímos, ¿de qué nos valdrá la fe recta para nuestra salvación? Allí, el rechinar de dientes y las tinieblas exteriores, y el fuego aparejado para el diablo, y el ser partidos por medio, y el ser de todas partes arrojados; aquí las enemistades, las maledicencias, las calumnias, los peligros, las preocupaciones, las insidias, el aborrecimiento universal, la abominación de todo el mundo, aun de parte de los mismos que parecen adularnos. Porque, al modo que a los buenos no los admiran sólo los buenos, sino también los malos; así a los malos, no sólo los aborrecen los buenos, sino los mismos malos. Es esto tan cierto, que yo preguntaría de buena gana a los avaros si no están mal unos con otros y no se tienen por más enemigos que si hubieran recibido los mayores agravios; si no se acusan los unos a los otros; si no tienen por un insulto que algún congénere les eche en cara su avaricia. Y, en verdad, grande oprobio y prueba de maldad suma es la avaricia. Porque si no eres capaz de triunfar del amor al dinero, ¿qué concupiscencia, qué vanagloria, qué cólera y qué ira dominarás jamás? ¿Y cómo pudiera nadie creerlo? La concupiscencia de la carne, la ira y la cólera son muchos los que la atribuyen a complexión natural y los médicos se encargan de referir a qué exceso son debidas. Así, el de temperamento cálido y húmedo dicen ser propenso a la lujuria; el seco, en cambio, es impetuoso, colérico e iracundo. Nadie, sin embargo, les ha oído decir nada semejante de la avaricia. Es vicio puramente nacido de la negligencia y propio de un alma endurecida.

PASIONES VARIAS DE LAS VARIAS EDADES

Por eso, yo os exhorto a corregir con todo empeño esos vicios y hacer frente a las pasiones que en cada edad nos acometen. Porque si en cada porción de nuestra vida vamos navegando al margen de los trabajos de la virtud y sufriendo constantes naufragios, llegaremos al puerto vacíos de todo cargamento espiritual y sufriremos los últimos suplicios. Porque piélago inmenso es la presente vida. Y como en este mar hay diversos golfos y en ellos se dan tormentas diversas —ahí está el Egeo, difícil por sus vientos; el paso del mar Tirreno, por su angostura; Caribdis, junto a la Libia, por sus bajíos; la Propóntide, fuera del Ponto Euxino, por la violencia e ímpetu de su corriente; el mar allende Cádiz, por su soledad, inhabitable y desconocido en sus parajes, y así otros mares por otros motivos—, tal acontece en la presente vida. El primer mar que hemos de atravesar es el de la edad infantil, muy agitado por faltar la razón, por la mucha facilidad y ninguna fijeza. De ahí que le pongamos pedagogos y maestros, supliendo por la diligencia lo que le falta a la naturaleza, como se domina el mar por el arte de la navegación. A la infancia y niñez sucede la juventud, mar donde soplan los vientos impetuosos, como en el Egeo, al ir acreciéndose la concupiscencia. Es la edad en que cabe menos la corrección, no sólo porque las pasiones son más violentas, sino porque los pecados se reprenden menos, pues han desaparecido maestros y pedagogos. Ahora bien, cuando los vientos son más impetuosos y el piloto es más flaco y no hay nadie que ayude, considerad cuán grande ha de ser el naufragio. A la juventud sucede la edad madura, y aquí pesan los cuidados de la familia: la mujer, el matrimonio, los hijos, el gobierno de la casa, las preocupaciones, que caen como copos de nieve. Es el momento en que brotan las malas flores de la avaricia y de la envidia. Ahora bien, si cada porción de nuestra edad la pasamos entre naufragios, ¿qué provecho sacaremos de la presente vida? ¿Cómo escaparemos al castigo venidero? Porque si en la edad primera no aprendemos nada sano, si en la juventud no vivimos sobriamente, si en la madurez nos dejamos dominar por la avaricia, si llegamos a la vejez como a una cloaca, si con todos esos golpes vamos haciendo cada vez más débil nuestra barca, llegaremos al puerto de la eternidad cargados de mucho barro en vez de mercancía alguna espiritual, daremos mucho que reír al diablo y tendremos

mucho que llorar nosotros mismos, como que nos habremos acarreado suplicios insoportables. Para que esto, pues, no nos suceda, estrechémonos por todas partes y, firmes contra todas nuestras pasiones, desechemos la codicia de la riqueza, a fin de alcanzar los bienes venideros, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 82

Mientras ellos comían, habiendo tomado Jesús el pan y dado gracias, lo partió y dio a sus discípulos y dijo: Tomad, comed; éste es mi cuerpo. Y habiendo tomado el cáliz y dado gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros es derramada para remisión de los pecados (Mt 26,26 y sig.).

JUDAS COMULGA

¡Oh gran ceguera del traidor! No obstante participar de la Eucaristía[69], permanece el mismo y, gozando de la mesa más tremenda, no se transforma. Así lo declara Lucas[70], diciendo que, después de eso, *entró en él Satanás*; y no lo dice para despreciar el cuerpo del Señor, sino para estigmatizar la desvergüenza del que era ya traidor. En verdad, su pecado fue doblemente grande: por haberse acercado con tal disposición a la Eucaristía y porque, después de acercarse, no se hizo mejor, sin que le conmoviera ni el miedo, ni el beneficio, ni el honor.

Y Cristo, a pesar de que todo lo sabía, no se lo impidió, para que nos demos cuenta que Él no omite nada de cuanto pudiera corregirlo. De ahí que, antes de este momento y después del mismo, constantemente recordó a Judas su crimen y trató de contenerle, lo mismo por palabras que por obras, por temor, por amenazas, por honor, por cuidado. Pero nada apartó al infortunado de aquella su terrible enfermedad. De ahí que, dejándole ya a él, nuevamente recuerda su muerte a sus discípulos por medio de la Eucaristía, y en medio de la mesa les habla de la cruz, a fin de que,

[69] Literalmente "de los misterios". La Eucaristía es el misterio cristiano por excelencia. Así traducimos en tota la homilía.

[70] Jn 13, 27 (no Lucas)

por la frecuencia de sus predicciones, se les hiciera la pasión más aceptable. Porque si, después que tanto hizo y tanto les dijo, todavía se turbaron, ¿qué hubiera sido de no haber oído antes nada? Y *mientras ellos comían, tomando pan, lo repartió*.

CONSIDERACIONES SOBRE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

— ¿Por qué razón celebró el Señor este misterio en el tiempo de la pascua? —Para que por todos los modos advirtamos ser Él también legislador de la antigua alianza y que las realidades de la nueva están de antemano esbozadas en ella. De ahí que donde se da la figura, el Señor añade la verdad. En cuanto a la tarde, era como símbolo de la plenitud de los tiempos y prueba de que las cosas estaban ya tocando a su fin. Y da gracias para enseñarnos que así hemos nosotros de celebrar este misterio, a la vez que da a entender que no va forzado a su pasión. Danos, en fin, la lección de que cuanto suframos, lo sepamos llevar con acción de gracias. Y por las mismas circunstancias de la institución, nos da las mejores esperanzas. Porque si la figura fue liberación de tamaña esclavitud, con mucha más razón liberará la verdad a la tierra entera, y se nos dará para beneficio de nuestra naturaleza. De ahí no haber instituido antes este misterio, sino en el momento en que habían de cesar ya las prescripciones legales. Y así hace caducar la más importante de las fiestas judaicas trasladándola a otra mesa mucho más santa, y dice: *Tomad, comed; éste es mi cuerpo, que por vosotros se rompe* (1 Cor 11, 24). ¿Y cómo no se turbaron al oír esto? —Porque ya antes les había hablado muchas y grandes cosas sobre ese misterio. De ahí que ahora no se detiene en demostrárselo, pues bastante habían oído ya sobre ello. Y les dice la causa de su pasión, que es la *remisión de los pecados*. Y llama a su sangre *sangre del Nuevo Testamento*, es decir, de la promesa, del anuncio, de la ley nueva. Porque esto había Él prometido de antiguo y esto es lo que sostiene la alianza de la nueva ley. Y como en la antigua se ofrecían en sacrificio ovejas y novillos, así se ofrece en la nueva la sangre del Señor. Y por ahí mismo da a entender a los suyos que está próximo a la muerte. De ahí que hable de su testamento y recuerde el antiguo, pues también el antiguo se inauguró por medio de sangre. Y nuevamente les dice la causa de su muerte, que es la remisión de los pecados: *Mi sangre,*

que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y añade: *Haced esto en memoria mía*. Mirad como los va apartando de las costumbres judaicas. Como si les dijera: A la manera que celebrabais la pascua en rememora de las maravillas de Egipto, así celebrad la Eucaristía en memoria mía. La sangre del cordero fue derramada para salvación de los primogénitos; la mía se derrama para remisión de los pecados de toda la tierra. Porque: *Ésta es* —dice— *mi sangre, que se derrama para remisión de los pecados*. Al hablar así, da a entender que su pasión y su cruz son un misterio, a la vez que con ello consuela también a sus discípulos; y como dijo Moisés: *Esto será para vosotros memorial eterno* (Ex 3, 15), así dice ahora el Señor: *Haced esto en memoria mía, hasta que yo venga* (Lc 22, 19). De ahí que dijera también: *Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros* (Lc 22, 15). Es decir, entregaros las nuevas realidades y daros una pascua por la que os he de hacer espirituales. Y Él mismo bebió de su sangre. Para que al oír eso no dijeran: ¿Cómo? ¿Conque vamos a beber sangre y comer carne?, y con ello se turbaran, como se turbaron cuando por vez primera les habló de este misterio, y muchos se escandalizaron de sus palabras; así, pues, para que no se turbaran también entonces, Él fue el primero en darles ejemplo, induciéndolos a que tranquilamente participaran de la Eucaristía. Por esto, pues, Él mismo bebió su propia sangre. — ¿Pues qué? —me dirás—. ¿Habrá que hacer esto y también lo antiguo? — ¡De ninguna manera! Porque si el Señor dijo: *Haced esto*, fue para eliminar lo "otro". Porque si esto opera la remisión de los pecados, como realmente la opera, lo otro está ya de más. Ahora bien, lo mismo que entre los judíos, también entre nosotros ligó el Señor el recuerdo de su beneficio a la celebración de un misterio, y aun por ese mismo hecho cierra la boca a los herejes. Y así cuando dicen: ¿Cómo se demuestra que Cristo fue inmolado?, entre otras razones, la sola Eucaristía nos basta para reducirlos al silencio. Porque si Jesús no ha padecido, ¿de qué es símbolo nuestro sacrificio del altar?

CUÁN GRANDE EMPEÑO TIENE EL SEÑOR EN QUE RECORDEMOS SU PASIÓN

Mirad cuán grande empeño puso el Señor en recordarnos constantemente que murió por nosotros. Y es que como habían de

venir Marción, Valentín y Manes, que negarían esta economía redentora, Él recuerda continuamente su pasión aun por medio de la Eucaristía, a fin de que nadie pueda ser engañado. Con lo que esta sagrada mesa es juntamente para nosotros medio de salvación y de enseñanza. En verdad, suma de todos los bienes es la pasión del Señor. De ahí que Pablo trate de ella a cada momento.

Seguidamente, ya que hubo instituido la Eucaristía, les dice: *No beberé del fruto de esta vid hasta que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre*. Como quiera que les había hablado de su muerte y de la cruz, nuevamente también intercala unas palabras sobre la resurrección, recordando el reino de los cielos, llamando así a su propia resurrección. ¿Y por qué razón bebió después de resucitado? Por que no pensaran los más rudos que su resurrección había sido una fantasía. El vulgo, en efecto, en esto ponía la prueba de la resurrección. De ahí que los apóstoles, para persuadir a las gentes de la resurrección de Cristo, a ese hecho apelaban, diciendo: Nosotros, que comimos y bebimos con Él (Hech 10, 41). Para declararles, pues, que habían de verle gloriosamente resucitado y otra vez volvería a estar con ellos, y que ellos habían de atestiguar los hechos, porque los verían e intervendrían en ellos, les dice: *Hasta que lo beba nuevo con vosotros; con vosotros*, que seréis testigos de ello. Porque vosotros me habéis de ver resucitado. —Y ¿qué quiere decir *nuevo*? —Aquí vale tanto como "de manera nueva", es decir, maravillosa; no con cuerpo pasible, sino inmortal ya e incorruptible y exento de toda necesidad de alimento. Luego, si es cierto que comió y bebió después de su resurrección, no lo hizo porque tuviera necesidad, pues su cuerpo de nada de eso necesitaba ya, sino para confirmar plenamente su resurrección. Y ¿por qué, después de resucitado, bebió vino y no agua? —Porque quería arrancar de raíz otra herejía. Y es que como hay algunos que usan de agua en la celebración de la Eucaristía[71], para hacerles ver que cuando Él instituyó la Eucaristía la instituyó con vino, y que vino usó cuando, después de resucitado, se hizo poner mesa ordinaria sin relación con la Eucaristía, dice: *No beberé del fruto de la vid*... Y la vid, vino produce, no agua.

---

[71] Así los ebionitas, encratitas y maniqueos (Baur).

CAMINO DEL HUERTO DE LOS OLIVOS

Y habiendo dicho el himno, salieron hacia el monte de los Olivos. Óiganlo cuantos, comiendo como cerdos, pegan sin más un puntapié a la mesa y se levantan borrachos, cuando debieran dar gracias a Dios y terminar con un himno en su alabanza. Óiganlo también cuantos, en la celebración de la Eucaristía, tampoco esperan a la última oración, recuerdo que es de la que dijo el Señor. El Señor dio gracias antes de dar la Eucaristía a sus discípulos, a fin de que también demos gracias nosotros. Dio gracias y entonó un himno en alabanza de su Padre, para que lo mismo hagamos también nosotros. Y ¿por qué se dirige al monte? Para mostrarse patente y ser detenido, para no dar la impresión de que buscaba esconderse. Así, diose prisa por ir al lugar, que era bien conocido de Judas. Entonces dijo a sus discípulos: *Todos vosotros os escandalizaréis en mí*. Y seguidamente cita también una profecía: Porque está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas* (Zac 13,7). Con lo que los invitaba a prestar constantemente atención a las Escrituras, y les hacía ver juntamente que por designio de Dios iba a ser crucificado. Por otra parte, el Señor no desaprovecha ocasión de mostrar que no es ajeno a la antigua alianza ni al Dios que en ella se anuncia y que cuanto iba a pasar entraba todo en el plan divino. Todo había sido de antemano anunciado por los profetas; de modo que, si lo doloroso se cumplía, bien podían tener firme confianza que se cumpliría también lo glorioso. Enséñanos aquí juntamente el Señor a comprender qué tales eran los discípulos antes de la cruz y cuáles fueron después de la cruz. Porque es así que quienes al ser el Señor crucificado no fueron capaces de mantenerse en pie, después de su muerte fueron todo vehemencia y más duros que el diamante. Y la misma fuga y cobardía de sus discípulos es otra prueba de su muerte. Porque si, después que tantas cosas sucedieron y tantas se dijeron, aun hay quienes descaradamente afirman que el Señor no fue crucificado, de no haber sucedido nada de todo eso, ¿a qué iniquidad no hubieran ido a parar? De ahí que, no sólo por sus propios sufrimientos, sino también por las flaquezas de sus discípulos y hasta por la misma Eucaristía, confirma las verdades de su muerte, confundiendo por todos los medios a los infestados del error de Marción. De ahí también que permita que el Príncipe de los Apóstoles le niegue. Mas si no fue maniatado ni luego cru-

cificado, ¿de dónde tamaño espanto en Pedro y en los demás? Sin embargo, no dejó el Señor que se detuvieran en lo triste, sino que les dice: *Mas después que yo resucite, os precederé camino de Galilea*. Porque no aparece el Señor inmediatamente del cielo, ni se va a una región lejana, sino que se presenta en el mismo pueblo y casi en los mismos lugares en que fue crucificado. Lo cual había de darles seguridad y certeza de ser el mismo el que había sido crucificado y el que estaba resucitado; y ello había también de consolarlos más en su tristeza. Por eso les dijo: *En Galilea*; para que, libres del miedo de los judíos, prestaran fe a lo que les había dicho. De ahí que en Galilea se les apareciera. Mas, tomando la palabra, Pedro dijo: *Aun cuando todos se escandalizaren en ti, yo no me escandalizaré jamás*.

JESÚS PREDICE LA CAÍDA DE PEDRO

¿Qué dices, oh Pedro? El profeta había dicho que se dispersarían las ovejas, Cristo confirmó el dicho del profeta, y ¿tú dices que no? ¿No te basta lo pasado, cuando dijiste: *Dios te sea propicio, Señor*, y se te hizo callar? (Mt 16, 22) He ahí, pues, por qué Cristo permite que caiga. Es que quería enseñarle a creerle en todo a Él y a tener por más digna de fe su palabra que la propia conciencia. Y no fue tampoco pequeño el fruto que los otros discípulos sacaron de la caída de Pedro, como quiera que ahí vieron la flaqueza humana y la verdad de Dios. Y es así que, cuando Dios predice una cosa, no hay ya para qué cavilar ni levantarse por encima de los demás. *Porque tu orgullo* —dice Pablo— *lo has de tener en ti mismo y no en otro* (Gal 6, 4). Así, cuando Pedro debiera haber suplicado al Señor y haberle dicho: "Señor, ayúdame para que no me aparte de ti", él confía en sí mismo y dice: *Aun cuando todos se escandalicen, yo no me escandalizaré jamás*. Aun cuando a todos —dice— les pasare eso, a mí no me pasará. Eso lindaba ya con la arrogancia. Queriendo, pues, Cristo reprimirla, permitió la negación. Ya que Pedro no le hacía caso a Él ni al profeta, a quien Él había citado para cerrar el paso a toda contradicción; ya que no hacía caso, digo, a palabras, hubo que enseñarle por obras. Y que ése sea, efectivamente, el motivo por el que Cristo permitió la negación de su apóstol, es decir, para darle una lección de humildad, pruébalo lo que Él mismo dice: *Yo he rogado por ti, a fin de que no desfallezca tu fe*

(Lc 22, 32). Porque esto lo dijo el Señor para conmoverle a él particularmente y darle a entender que su caída era más grave que la de los demás y que necesitaba mayor auxilio. Dos faltas, en efecto, cometía entonces Pedro: contradecir al Señor y preferirse a los demás. Y aun podemos añadir una tercera: que todo se lo atribuía a sí mismo. Para curarle, pues, de todo eso, el Señor permitió la caída, y por eso también, dejando de momento a los otros, se dirige a Pedro particularmente: *Simón* —dice—, *Simón, mira que Satanás os ha pedido para cribaros como al trigo*, es decir, para turbaros, para agitaros y tentaros; *pero yo he rogado por ti, a fin de que no desfallezca tu fe*. Mas si Satanás los reclamó a todos, ¿por qué no dice el Señor que rogó por todos? La razón, evidentemente, es la que antes he dicho, a saber, que quería mover señaladamente a Pedro, y para mostrarle que su caída era más grave que la de los demás, a él particularmente dirige su palabra. Y ¿por qué no dijo: "Pero yo no le dejé", sino: *Pero yo he rogado por ti*? Ahora que el Señor se acerca a su pasión, habla con particular humildad, pues quiere mostrarnos su parte humana. En verdad, quién había fundado su Iglesia sobre la confesión de Pedro y tan fuertemente la había amurallado que mil peligros y muertes no habían de vencerla; el que al mismo Pedro le había entregado las llaves y tan alta autoridad le había ofrecido; quien para nada de eso había necesitado de oración alguna —pues no dijo entonces: "Yo he rogado", sino con absoluta autoridad: *Yo edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos* (Mt 16, 18)—, ¿cómo había de tener necesidad de oración para afianzar el alma turbada de un solo hombre? ¿Por qué, pues, habló de esa manera? Por la causa que he dicho, a la que puede añadirse la flaqueza misma de sus discípulos, pues todavía no tenían de Él la idea conveniente. —Entonces, ¿cómo es que le negó? —Porque el Señor no dijo haber rogado para que no le negara, sino para que no desfalleciera su fe, es decir, que no pereciera totalmente. Lo cual era obra de su amor para con su discípulo. Todo, en verdad, lo echó fuera el temor, pues fue un temor desmedido. Y fue temor desmedido, porque Dios dejó a Pedro por extremo desnudo de su protección; y le dejó por extremo desnudo, porque por extremo se dejó él llevar de su pasión de arrogancia y contradicción. Con el fin, pues, de arrancársela de raíz, el Señor permitió que hasta punto tal fuera presa de la angustia. Y porque tan grave era en Pedro aquella pasión, no se contentó con lo ya dicho, es decir, con contradecir a

Cristo y al profeta, sino que pasó más adelante. Así, habiéndole Cristo dicho: *En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces*, Pedro le replica: *Aun cuando fuere menester morir contigo, yo no te negaré*. Lucas, por su parte, da a entender que cuanto más le disuadía Cristo, con más pertinacia le contradecía Pedro. ¿Qué es eso, Pedro? Cuando el Señor dijo: *Uno de vosotros me ha de entregar*, temías no fueras tú el traidor, y obligaste a tu condiscípulo a que le preguntara, a pesar de que tu conciencia no te remordía de nada semejante. Y ahora, cuando expresamente grita y dice que todos os habéis de escandalizar, ¿tú le contradices, no una, no dos, sino muchas veces? Porque esto es lo que Lucas nos cuenta. ¿De dónde, pues, le vino a Pedro esta cerrazón? De su mucho amor y de su mucho placer. Porque, como se vio ya libre de aquella angustia de la traición y sabía ya quién era el traidor, hablaba ahora con confianza y hasta se levantaba sobre los demás diciendo: *Aun cuando todos se escandalicen, yo no me escandalizaré*. Tácitamente se trataba también de asunto de ambición. Y fue así que en la misma cena habían discutido sobre quién de ellos fuera el mayor. Tanto les aquejaba esta pasión. De ahí que Jesús le reprimiera, no empujándole — ¡Dios nos libre de tal pensamiento!— a la negación, sino dejándole desprovisto de su ayuda y descubriendo la humana naturaleza. Mirad, sino, cuán humilde se muestra posteriormente Pedro. Así, después de la resurrección, cuando Juan le preguntó al Señor: *¿Y éste qué?* (Jn 21, 21), y se le mandó callar, Pedro no se atrevió a replicar, como aquí, sino que se calló. Otra vez, momentos antes de la ascensión del Señor, cuando éste dice: *No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos* (Hech 1, 7), se calla también y no le contradice. Más adelante, cuando sube al terrado y tiene la visión del lienzo y oye la voz que le dice: *Lo que Dios ha purificado, tú no lo tengas por impuro* (Hech 10, 15), a pesar que de momento no entiende bien lo que se le dice, Pedro se calla y no porfía.

LA GRACIA Y LA VOLUNTAD, NECESARIAS PARA LA SALUD

Todo eso lo obró en Pedro aquella caída. Antes de ella, todo se lo atribuía a sí mismo, diciendo: *Aun cuando todos se escandalicen, yo no me escandalizaré*. *Aun cuando sea menester*

morir contigo, yo no te negaré; Cuando debiera haber dicho: "Si gozare de tu ayuda". Después de la caída, su lenguaje es completamente distinto: *¿A qué nos miráis a nosotros, como si por propia virtud o por propia piedad hubiéramos hecho andar a éste?* (Hech 3, 12) De ahí aprendemos una gran verdad, y es que no basta la voluntad del hombre, si no nos asiste la ayuda de lo alto; ni ganamos tampoco nada con la ayuda de lo alto, si nos falta la voluntad. De una y otra cosa son ilustre ejemplo Judas y Pedro. A Judas se le concedió copiosa ayuda, y de nada le valió, por haberle faltado la voluntad y no haber él correspondido a la gracia. Pedro, por su parte, con todo su fervor, por no haber gozado de ayuda alguna, cayó. De las dos cosas se entreteje la virtud. De ahí que yo os exhorto a que ni se lo dejéis todo a Dios y os echéis vosotros a dormir; ni, porque seáis fervorosos, penséis que por vuestro propio esfuerzo lo vais a conseguir todo. Dios no quiere ni que nos tumbemos —y por eso no lo hace Él todo—, ni que seamos arrogantes —y por eso tampoco nos lo deja a nosotros todo—. De cada parte quita lo que nos daña y sólo nos deja lo que nos aprovecha. De ahí que al Príncipe de los Apóstoles le dejó caer, pues así le hacía humilde y juntamente le preparaba para más ardiente amor. Porque: *A quien más se le perdona* —dice Él mismo —, *más amará* (Lc 7, 47).

LA EUCARISTÍA, MISTERIO DE FE

Obedezcamos, pues, a Dios en todo momento y no le contradigamos en nada, aun cuando lo que Él nos dice parezca contrario a nuestros pensamientos y a nuestros ojos. Más que nuestros pensamientos y que nuestros ojos ha de valer su palabra. Así hemos señaladamente de hacerlo en la Eucaristía, no mirando sólo a los que tenemos delante, sino reteniendo también las palabras del Señor. Porque su palabra es infalible; nuestros sentidos, en cambio, son fácilmente engañables. La palabra de Dios jamás ha fallado; nuestros sentidos, sin embargo, fallan las más de las veces. Ahora bien, puesto que la palabra dice: *Éste es mi cuerpo*, obedezcamos y creamos y mirémosle con ojos espirituales. Nada sensible, en efecto, nos ha dado Cristo, sino que, en cosas sensibles, todo es espiritual. Así, también en el bautismo, por una cosa sensible, se nos da la dádiva del agua; mas lo que se realiza es espiritual: el nacimiento y la regeneración, es

decir, la renovación. Si fuéramos incorpóreos, Él nos hubiera legado dádivas puramente incorpóreas; pero como el alma está unida con el cuerpo, nos ha dado lo espiritual en lo sensible. ¡Cuántos no dicen ahora: Quisiera ver la figura del, Señor, su talle, sus vestidos, su calzado! Pues he ahí que le ves y le tocas y le comes. Tú desearías ver sus vestidos, y Él se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas y le tengas dentro de ti mismo. Que nadie, pues, se acerque con náuseas, nadie tibio; todos encendidos, todos fervientes y vigilantes. Porque si los judíos comían la pascua de pie, calzados y con bastones en las manos y de prisa (Ex 12, 11), mucho más razón es que nosotros estemos vigilantes. Porque aquéllos iban a salir camino de Palestina, de ahí su atuendo de viajeros; mas nosotros vamos a emprender el viaje hacia el cielo.

BELLA EXHORTACIÓN EUCARÍSTICA

Por eso es menester que por todos los medios vigilemos, pues no es pequeño el castigo de quienes indignamente participan de la Eucaristía. Considerad cómo os irritáis contra el traidor y contra los que crucificaron a Cristo. Pues mirad no os hagáis también vosotros reos del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos mataron aquel cuerpo santísimo, y tú le recibes con alma sucia después de tan grandes beneficios. Porque no le bastó haberse hecho hombre y dejarse abofetear y crucificar, sino que se une con nosotros y, no sólo por la fe, sino en la realidad misma, nos hace un cuerpo consigo. ¿Quién, por tanto, debiera ser más puro que el que goza de este sacrificio? ¿Que rayos del sol debieran ser más resplandecientes que la mano que corta esta carne, que la boca que se llena de este fuego espiritual, que la lengua que se enrojece de esta sangre sobre toda veneración venerable? Considerad el honor que se os concede, la mesa de que disfrutáis. Lo que contemplan los ángeles temblando, lo que no se atreven a mirar sin temor cara a cara por el resplandor que de allí irradia, de eso nos alimentamos nosotros. Con eso nos unimos estrechamente, y venimos a ser con Cristo un solo cuerpo y una sola carne. *¿Quién contará las maravillas del Señor y hará oír todas sus alabanzas?* (Salmo 105, 2) ¿Qué pastor alimenta a sus ovejas con su propia carne? Mas ¿qué digo pastor? Madres hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan a criar sus hijos a otras

nodrizas. No consintió eso el Señor, sino que Él mismo nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une estrechamente consigo. Pues mirad. Nació de nuestra propia sustancia. —Mas esto —me dirás— nada tuvo que ver con todos. —Tuvo ciertamente que ver con todos. Porque, si vino a nuestra naturaleza, es evidente que vino a todos; y si a todos, también a cada uno en particular. —Y ¿cómo es —me dices— que no todos sacaron fruto de eso? —No ciertamente por culpa de quien por todos se hizo lo que se hizo, sino por la de quienes no quisieron recibirlo. Con cada uno, pues, de los fieles se une Él a sí mismo por medio de la Eucaristía, y a los que Él engendró, por sí mismo los alimenta y no los entrega a otros, con lo que nuevamente te persuade haber Él tomado tu carne. No seamos, pues, tibios después que tal amor y tal honor se nos ha concedido. ¿No veis los niños pequeñuelos con qué fervor se pegan al pecho de sus madres, con qué ímpetu clavan sus labios al pezón? Acerquémonos así también nosotros a esta sagrada mesa y al pecho del cáliz espiritual; o, más bien, con mucho mayor fervor que los niños de pecho, atraigamos la gracia del Espíritu Santo y sea nuestro único dolor no participar de este alimento. No es obra de poder humano lo que se nos pone delante. El que entonces hizo eso en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. Nosotros ocupamos el puesto de ministros suyos, mas el que santifica y transforma la ofrenda es Él. Que no asista, pues, ningún Judas, ningún avaro. Si alguno no es discípulo, retírese. Esta mesa sólo a los discípulos admite. Porque: *Con mis discípulos* —dice— *quiero celebrar la pascua*. Esta mesa es la misma que aquélla y en nada le es inferior. Porque no la prepara aquélla Cristo y ésta el hombre. No. El mismo prepara ésta que aquélla. Éste es aquel cenáculo donde entonces estuvieron; de aquí salieron al monte de los Olivos. Salgamos también nosotros a las manos de los pobres. Porque éste es ahora el monte de los Olivos. Los olivos plantados en la casa de Dios son la muchedumbre de los pobres. Ellos destilan el aceite que nos ha de ser útil en la otra vida, aquel que tomaron consigo las vírgenes prudentes y que, por no tomarlo las fatuas, perecieron. Tomémoslo y entremos, a fin de salir con nuestras lámparas encendidas al encuentro del esposo. Salgamos de esta vida bien provistos de este aceite. Nadie inhumano se acerque a la Eucaristía, nadie cruel, nadie inmisericordioso, nadie absolutamente impuro.

PALABRAS A LOS MINISTROS

Todo esto os lo digo a vosotros, que participáis de la Eucaristía, y también a vosotros, que la administráis[72]. En verdad, también tengo que hablar con vosotros, a fin de que distribuyáis con el mayor cuidado estos dones. No será pequeño vuestro castigo si, a sabiendas de su maldad, consentís a alguien participar de esta mesa. La sangre de él será requerida de vuestras manos. Aun cuando sea un general del ejército, aun cuando sea el prefecto de la ciudad, aun cuando el mismo que se ciñe la diadema, si indignamente se acercare, impídeselo, pues tú tienes mayor autoridad que él. Si se te hubiera encomendado guardar limpia una fuente para un rebaño y vieras una oveja que llevaba mucho barro en la boca, no la dejarías que se inclinara sobre el bebedero y ensuciara la corriente. Mas lo cierto es que no se te ha encomendado una fuente de agua, sino de sangre y espíritu. ¿Cómo, pues, no te indignas y apartas a los que se te acercaron con pecado, más sucio que el barro? ¿Qué perdón puedes tener? Si Dios nos ha distinguido con tan alto honor, ha sido para que discernamos esas cosas. Ésta es vuestra dignidad, ésta es vuestra seguridad, ésta toda vuestra corona, no que andéis por las calles con una túnica blanca y resplandeciente. Y ¿cómo conoceré —me dices— quién es digno o indigno? No hablo aquí de los desconocidos, sino de los notoriamente indignos. Voy a decir algo más espantoso: no es mal tan grave que los endemoniados estén dentro de la iglesia, como que entren esos de quienes dice Pablo que pisotean a Cristo, que profanan la sangre del Testamento e injurian a la gracia del Espíritu Santo. Mucho peor que el endemoniado es el pecador que se acerca a la Eucaristía. Porque el endemoniado no merece castigo por serlo; mas los que indignamente se acercan a la Eucaristía son entregados a suplicio eterno. No expulsemos, pues, sólo a los endemoniados, sino a todos sin excepción que veamos se acercan indignamente. Que nadie, pues, comulgue, si no es discípulo del Señor. Que ningún Judas le reciba, para que no le pase lo que a Judas. Cuerpo es también de Cristo toda esa muchedumbre. Mirad, pues, vosotros, los que administráis la Eucaristía, no irritéis al Señor por no conservar puro ese cuerpo. No deis en lugar de alimento una espada. Si alguno, por ignorancia, se acercare mal

[72] Se dirige aquí a los diáconos, a quienes correspondía administrar la Eucaristía.

dispuesto a tomar parte, impídeselo, no temas. Teme a Dios, no a los hombres. Si temes a los hombres, aun por éstos serás despreciado; mas si temes a Dios, aun los hombres te respetarán. Y si tú no te atreves, tráemelo a mí. Yo no consentiré que se cometa ese pecado. Antes perderé la vida que dar a nadie indignamente parte en la sangre del Señor; antes derramaré mi propia sangre que dar indebidamente sangre tan venerable. Mas si después de diligente averiguación no se sabe quién es malo, no hay en ello culpa alguna. Aquí sólo se habla de los pecadores manifiestos. Si a éstos corregimos, pronto nos dará Dios a conocer también los otros; mas si dejamos a éstos, ¿qué motivo habrá para que Él nos descubra los otros?

EXHORTACIÓN FINAL: NO APARTAR SÓLO, SINO CORREGIR TAMBIÉN

Al hablar así, no quiero que nos contentemos con apartar y cortar solamente; procuremos también corregir y llevar a la Eucaristía nuevamente, procuremos poner toda nuestra diligencia. De este modo tendremos a Dios propicio y contaremos con muchos que participarán dignamente de ella; y nosotros recibiremos grande recompensa por nuestro propio fervor y por nuestro celo en bien de los demás. Recompensa que así logremos todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 83

Entonces marchó Jesús con ellos al lugar llamado Getsemaní y dijo a sus discípulos: Quedaos aquí mientras yo me retiro allí para hacer oración. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia, y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte. Permaneced aquí y vigilad conmigo (Mt 26,36 y sig.).

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Estaban los discípulos tan inseparablemente unidos con su Maestro, que tuvo el Señor que decirles: *Permaneced aquí mientras yo me retiro para orar*. Porque tenía Él costumbre de orar

a solas. Lo cual hacía para enseñarnos a nosotros a que también nos procuremos para nuestras oraciones la mayor tranquilidad y soledad. Y, tomando a sus tres predilectos, les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte*. — ¿Por qué no los tomó a todos consigo? — Para que no se abatieran. Sólo llevó consigo a éstos que habían sido testigos de su gloria. Y aun a éstos los dejó. Y, adelantándose breve trecho, oró diciendo: *Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú. Y marchó a ellos, y los halló dormidos, y dijo a Pedro: ¿Conque no habéis sido capaces de velar una sola hora conmigo? Velad y orad para que no entréis en tentación*. *Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*. No sin razón se dirige el Señor particularmente a Pedro, a pesar de que todos se habían dormido. Es que quería reprenderle también aquí por la causa que antes hemos dicho. Luego, como quiera que también los otros habían hablado como Pedro, pues cuando éste dijo: *Aun cuando fuere menester morir contigo, yo no te negaré*, nos cuenta el evangelista que lo mismo repitieron todos los discípulos (Mc 24, 31); con todos habla el Señor, arguyendo su flaqueza. Porque los que alardeaban de morir con Él no tuvieron entonces fuerzas para permanecer despiertos y acompañarle en su tristeza, sino que se dejaron vencer del sueño. Mas Él ora intensamente. Y para que no pudiera pensarse que se trataba de un acto de hipocresía, por la misma causa corre el sudor por todo su cuerpo; para que los herejes no dijeran que su agonía fue ficción, le corre el sudor como gotas espesas de sangre, y aparece un ángel que le conforta, y se presentan otros mil signos del auténtico temor. Nadie pudiera decir que sus palabras eran fingidas. De ahí, justamente, la misma oración. Ahora bien, en las palabras: *Si es posible, pase de mí este cáliz*, nos descubrió su lado humano; mas al decir: *Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú*, nos muestra su virtud y entrega al Padre, a la vez que nos enseña a seguir la voluntad de Dios, a despecho de toda la resistencia de la naturaleza. Y como no era bastante para los insensatos mostrar su cara, añade también las palabras; y como tampoco bastaban las palabras, sino que hacían falta hechos, a las palabras junta los hechos, a fin de que, aun los más pertinaces, crean que se hizo hombre y murió por nosotros. Pues si con todos estos hechos aun hay ahora quienes no lo creen, mucho menos se creyera de no haber habido todo eso. ¿Veis por cuántos medios trata de establecer la verdad de su encarnación? Por lo que dice,

por lo que sufre. Luego que hubo llegado, dice el evangelista, le dice a Pedro: *¿Con que no has sido capaz de velar una sola hora conmigo?* Todos se habían dormido, pero reprende a Pedro, aludiendo a lo que Pedro había dicho. Y no sin intención pone el Señor ese "conmigo", como si dijera: No has sido capaz de velar conmigo. ¿Y tú vas a dar tu vida por mí? Lo mismo viene a significar lo que sigue: *Velad y orad* —dice— *para que no caigáis en la tentación*. Mirad cómo de nuevo les enseña a no tener confianza en sí mismos, sino fomentar la contrición de su espíritu y humillarse y referirlo todo a Dios. Y notemos cómo unas veces se dirige a Pedro particularmente, otras a todos en común. A Pedro le dice: *Simón, Simón, Satanás os ha requerido para cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti*; a todos en común les recomienda que oren para no entrar en tentación. Modos todos de cortar toda arrogancia y de mantenerlos prontos para la lucha. Luego, para que no pareciera que todas sus palabras eran de tono violento, añade: *Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca*. Porque, aun cuando queramos —viene a decir— despreciar la muerte, no nos es posible hasta que Dios no nos tiende su mano, pues el sentimiento de la carne nos arrastra hacia la tierra. Y nuevamente dio a entender lo mismo diciendo: *Padre, si no puede ser que pase de mí este cáliz sin beberlo, hágase tu voluntad*. Y así nos muestra cuán conforme está Él mismo con esa voluntad y que ésa hay que seguir, ésa buscar en todo momento. *Y volviendo a sus discípulos, los halló de nuevo dormidos*. Porque, aparte lo intempestivo de la hora de la noche, sus ojos estaban agravados de tristeza. Y Él por tercera vez se retiró a orar, repitiendo las mismas palabras, y confirmando así que era verdadero hombre. En las Escrituras, que una cosa se dé dos o tres veces, es señal particular de verdad. Así José mismo le dijo a Faraón: *El sueño te ha aparecido por dos veces para indicar su verdad; así ha sucedido para que creas que absolutamente se cumplirá* (Gen 41-42)[73]. De ahí que el Señor dijera una, dos y tres veces lo mismo, a fin de que fuera creída su encarnación. —Y ¿por qué fue a sus discípulos por segunda vez? —Para reprenderlos de que estuvieran tan profundamente sumidos en la tristeza, que no se dieron cuenta ni de su presencia. Sin embargo, no los reprendió, sino que se apartó por otro breve espacio de tiempo, poniendo así de manifiesto la inex-

[73] La cita no es literal, sino *ad sensum*.

plicable flaqueza de aquéllos, pues, aun después de reprendidos, no pudieron resistir de sueño. Sin embargo, no los despierta ni los reprende de nuevo, sin duda para no añadir dolor a su dolor. Retírase Él nuevamente, y, después que hubo por tercera vez orado, vuelve, y ahora, sí, les dice: *¡Dormid ya y descansar!* En realidad, aquél era momento de estar despiertos. Mas para darles a entender que no serían capaces de resistir ni la vista del peligro, sino que huirían y le abandonarían presas de pánico; y no menos para hacerles ver que no necesitaba de su ayuda, pues era de todo punto necesario ser Él entregado: *Dormid ya y descansad* —les dice—. *He aquí llegada la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores*. Con lo que una vez más muestra que cuanto sucedía entraba en el plan divino.

EL BESO DE JUDAS

Mas no es eso solo. Al decirles: *En manos de los pecadores*, el Señor levanta los pensamientos de sus discípulos, pues les pone de manifiesto que su pasión era obra de la maldad de los pecadores y no culpa suya. *Levantaos, vamos de aquí. Mirad que se acerca el que me va a entregar*. No pierde el Señor ocasión de enseñar a sus discípulos que su pasión no dependía de necesidad ni de flaqueza, sino que entraba en un designio inefable. Él sabía, en efecto, de antemano que sus enemigos iban a llegar, y, sin embargo, no sólo no huyó, sino que les salió al encuentro. Y fue así que, *cuando aún estaba Él hablando, he aquí que Judas, uno de los doce, se presentó, y con él una gran muchedumbre, armados de cuchillos y palos, mandados por los sumos sacerdotes y ancianos del pueblo*. ¡Hermosos instrumentos de los sacerdotes! Toda aquella chusma viene armada de cuchillos y de palos. *Y Judas* —dice el evangelista—, *uno de los doce, iba con ellos*. De nuevo le llama *uno de los doce*, y no se avergüenza. *Y el que le había traicionado, les dio la señal diciendo: Aquel a quien yo besare, ése es; echadle mano*. ¡Oh! ¡Cuánta maldad no mostró el alma del traidor! Porque ¿con qué ojos pudo entonces mirar a su maestro? ¿Con qué boca besarlo? ¡Oh abominable designio! ¡Qué consejo tomó! ¡Qué crimen cometió! ¡Qué contraseña dio en su traición! *Aquel a quien yo besare* —les dice—. Tenía él confianza en la mansedumbre de su maestro. Pues eso más que nada era bastante para cubrirlo de ignominia, eso le quitaba todo perdón:

haber entregado a un maestro tan manso. —Y ¿por qué dice Judas eso? —Sin duda, porque muchas veces había el Señor pasado por en medio de ellos al quererle detener, sin que ellos le vieran. Sin embargo, lo mismo hubiera sucedido entonces, si Él no hubiera querido que entonces se le detuviera. Y porque quería darle esa lección al traidor, cegó los ojos de sus perseguidores, y fue Él quien les preguntó: *¿A quién buscáis?* (Jn 18, 4) Y no le conocieron, a pesar de llevar sus faroles y lámparas y tener a Judas consigo. Y cuando aquéllos le respondieron: *A Jesús*, entonces Él les dijo: *Yo soy el que buscáis*. Y luego a Judas: *Amigo, ¿a qué has venido?* Sólo después de haber hecho alarde de su poder, consintió que le prendiesen. Juan, por su parte, nos dice que hasta el último momento trató el Señor de corregir a Judas, diciéndole: *Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Lc 22-48, no Jn) Como si dijera: ¿Ni de la forma de tu traición tienes vergüenza? Sin embargo, puesto que ni esto tampoco le detuvo, el Señor se dejó besar y se entregó voluntariamente a ellos, y ellos echaron sobre Él sus manos y le prendieron, todo en la misma noche en que habían comido la pascua. Tal era su furor y su locura. Sin embargo, de no habérselo Él consentido, nada hubieran podido contra Él. Este consentimiento del Señor no exime a Judas de su insoportable castigo, más bien le condena más gravemente; pues, no obstante las pruebas que tenía del poder de Jesús, de su modestia, de su mansedumbre y de su bondad, él se convirtió en la más salvaje de todas las fieras.

INVECTIVA CONTRA LOS AVAROS

Sabiendo, pues, todo esto, huyamos de la avaricia. Ella fue ella, la que enloqueció a Judas, ella la que le condujo a la crueldad e inhumanidad extrema. Y como a él, a todos los que son víctimas suyas. Porque una pasión que hace desesperar de la propia salvación, mucho más hará que se desprecie la de los demás. Y es pasión tan tiránica, que a veces se sobrepone al más ardiente amor a la carne. Por eso, yo me tapo la cara de vergüenza al pensar que muchos han puesto muchas veces un freno a su intemperancia por ahorrar de su dinero, mientras por temor de Dios jamás quisieron vivir templada y castamente. Huyamos, pues, de la avaricia. Yo no me cansaré jamás de repetirlo. Porque ¿a qué fin, ¡oh hombre!, acumulas el oro? ¿A qué te creas la más amarga esclavitud? ¿A

qué te metes en la más dura cárcel? ¿A qué procurarte la más punzante solicitud? Imagínate que es tuyo todo el oro enterrado en las minas y cuanto se guarda en los reales palacios. Si toda esa cantidad poseyeras, no harías sino guardarlo, pero no usarlo. Porque, si ahora no usas de lo que tienes, si ahora no lo tocas, como si fuera ajeno, con más razón te pasaría eso si poseyeras más. La verdad es que los avaros, cuanto más acumulan, más escasos son con lo que tienen. —Pero sé por lo menos —me dices — que es mío. —Luego lo posees en tu imaginación, no en el disfrute. —Pero así —continúas— me haré temible a los hombres. —Di más bien que te expones a los ataques de ricos y pobres, de bandidos y calumniadores, y hasta de tus familiares, y, en una palabra, de cuantos quieran armarte una asechanza. Si quieres ser de verdad temible, corta todos los asideros por donde pueden cogerte y dañarte los muchos que tienen empeño en ello. ¿No has oído el refrán que dice que al pobre y al desnudo, cien hombres juntos no son capaces de robarle? Tiene la mejor protectora del mundo, que es la pobreza, y ésta, ni el emperador mismo puede hacerla prisionera ni vencerla.

MISERIAS DEL AVARO

En verdad, al avaro todo el mundo se conjura para causarle pena. ¿Y qué mucho se la causen los hombres, cuando la polilla y los gusanos salen contra él a campaña? Más aún: el tiempo solo, si es largo, basta para hacerle los mayores estragos, aun cuando nadie más le molestara. ¿Dónde está, pues, el placer de la riqueza? Yo sólo veo sinsabores en ella. Dime tú su placer. —¿Qué sinsabores? —me dices—. —Las preocupaciones, las asechanzas, las enemistades, el odio, el temor, la sed y el dolor continuo. En verdad, si uno se abrazara con la mujer que ama y no pudiera satisfacer su deseo, sufriría tormento extremo. Tal sucede al rico. Tiene la opulencia y se abraza con ella, pero no puede satisfacer plenamente su codicia. En él se cumple lo que dijo el otro sabio: *Deseo de eunuco de desflorar a una virgen* (Eccli 20, 3). Y: *Como el eunuco que abraza a una virgen y gime* (Eccli 20, 21), tal son sin excepción los ricos. Y ¿quién podrá contar sus otras miserias? El avariento es odioso a todo el mundo: a sus esclavos, a sus labradores, a sus vecinos, a los políticos, a quienes ofende como a quienes no, a su mujer más que a nadie, a sus hijos sobre

todos. A sus hijos no los educa como a libres sino más miserablemente que a esclavos comprados en el mercado. Constantemente está dando ocasión de ira, de molestia, de burla e irrisión contra sí mismo. El infeliz es la comedia universal de todo el mundo. Éstos son los sinsabores de la riqueza, y sin duda hay muchos más. No es posible que la palabra los explique todos. Sólo la experiencia los puede presentar. Ahora dime tú sus placeres. —Tengo fama de rico, y todo el mundo sabe que lo soy —me dices—. Y ¿qué placer hay en que se te tenga por rico? Ese nombre es el mayor semillero de la envidia. En verdad, puro nombre es la riqueza, sin realidad de ninguna clase. —Mas el rico —me dices— se alegra con esa opinión que de él se tiene. —Se alegra por lo que debía entristecerse. — ¿Entristecerse? ¿Por qué? —me dices—. —Porque eso le hace inútil para todo, cobarde, apocado, lo mismo para un viaje que para la muerte. En verdad, eso tiene él por el sumo bien, deseando más las riquezas que la misma luz. A ese tal no le alegra el cielo, porque no produce oro; ni el sol, porque no envía también rayos de oro. —Mas hay algunos —me dices— que gozan de sus riquezas, pasándoselo entre delicias, comiendo bien; bebiendo hasta embriagarse y gastando espléndidamente. —Me estás hablando de los ricos peores de todos, pues ésos son los que menos que nadie gozan. Porque siquiera el avaro, dominado que está por el solo amor al dinero, se aparta y abstiene de los otros males; pero éstos, peores que los avaros, aparte todo lo dicho, se traen consigo todo un séquito de duros señores y día a día tienen que rendir pleitesía a los más crueles tiranos: su vientre, su lujuria, su embriaguez y todas las otras intemperancias. Y es de ver cómo tienen que alimentar a rameras, preparar suntuosos banquetes, comprar parásitos y aduladores, y cómo vienen a parar en amores contra naturaleza, y cómo con todo eso abruman de enfermedades a su cuerpo no menos que a su alma. Porque no gastan sus riquezas en satisfacer su necesidad, sino en corromper su cuerpo, y junto con su cuerpo, su alma. Hacen como quien, adornando su cuerpo, creyera que satisface con ello una necesidad propia. De suerte que sólo goza de placer y es auténtico dueño de su riqueza el que la emplea de manera conveniente; mas éstos son esclavos y cautivos, pues acumulan sufrimientos para sus cuerpos y aumentan los vicios del alma. ¿Qué goce, pues, es ése, donde hay sitio y guerra, donde se levanta una tormenta más fiera que todas las borrascas del mar? Si

la riqueza viene a parar a manos de insensatos, los hace más insensatos; si de disolutos, más disolutos. —Y ¿qué saca —me dices— el pobre de su inteligencia? —Con razón lo ignoras. Tampoco el ciego conoce el provecho de la luz. Escucha lo que dice Salomón: *Cuanto va de las tinieblas a la luz, tanta es la ventaja del sabio sobre el insensato* (Eccli 2, 13). Mas ¿cómo hacérselo ver al que está en tinieblas? Porque tinieblas es el amor a las riquezas, que no deja que las cosas aparezcan en su verdadero ser, sino cambiadas. A la manera que quien está a oscuras, aun cuando tenga delante un objeto de oro, o una piedra preciosa, o un vestido de púrpura, cree que no es nada, pues no ve su belleza, así tampoco el avaro ve, como es debido, la belleza de las cosas de verdad importantes. Disipad, os ruego, la oscuridad de que esta pasión os cubre, y entonces veréis la verdadera naturaleza de las cosas. Y ésta en ninguna parte aparece tan clara como en la pobreza. En ninguna parte se descubre tan bien lo que parece ser y no es como en la filosofía.

LA POBREZA NO ES DESHONRA

Mas ¡oh insensatos de los hombres, que maldicen a los pobres y afirman que la familia y la vida se cubre de ignominia y que todo se mancilla por obra de la pobreza! ¿En qué está, decidme, la ignominia de una casa? ¿En que no tiene un lecho de marfil, no tiene vajilla de plata, en que todo es allí de arcilla y de madera? Pues ésta es justamente la mayor gloria y el mayor lustre de una casa. Porque el descuido de lo terreno, muchas veces hace que se ponga todo el empeño en el cuidado del alma. Cuando veas, pues, mucho cuidado en lo exterior, avergüénzate entonces de la mucha indecencia. Porque no son, no, las casas de los ricos las que mejor guardan la decencia. Allí son de ver los tapices que cubren el maderamen; allí los lechos incrustados de plata, como en el teatro, como en una decoración escénica. ¿Hay indecencia comparable a ésta? ¿Qué casa se parece más a la orquestra? ¿La del rico o la del pobre? La del rico evidentemente. Luego ésta es la que está llena de indecencia. ¿Qué casa se parece más a la de Pablo, a la de Abrahán? Evidentemente, la del pobre. Luego ésta es la mejor adornada y la más gloriosa. Y para que te des cuenta de que éste es el mejor adorno de una casa, entra en la de Zaqueo, y mira cómo la adornó cuando iba Cristo a entrar en ella. No corrió a sus

vecinos a pedirles cortinajes ni sillas y taburetes de marfil, ni sacó de sus tesoros magníficos tapices de Laconia. No. Zaqueo supo adornar su casa con el ornato que a Cristo convenía. ¿Qué ornato fue ése? *La mitad de mis bienes, Señor* —dice—, *se la doy a los pobres; y si algo he robado, quiero devolver cuatro veces más* (Lc 19, 8). Así hemos también de adornar nosotros nuestras casas, a fin de que en ellas entre Cristo. Éstos son los verdaderos cortinajes, que se fabrican en los cielos, que en los cielos se tejen. Donde esto hay, allí está el rey de los cielos. Si de otro modo la adornas, allí convidas al diablo y a todo su séquito. También entró el Señor en casa de Mateo. ¿Qué hizo, pues, éste? Lo primero, adornarse a sí mismo con un gran fervor; y luego, dejándolo todo, seguir a Cristo. De modo semejante adornó también Cornelio su casa con oraciones y limosnas, y por ello hasta el día de hoy brilla por encima de los regios palacios. La vileza de una casa no está en el desorden de los muebles, ni en el descuido de la cama ni en las paredes ahumadas, sino en la maldad de sus moradores, Y Cristo mismo nos lo demuestra. A una casa así, como sus moradores sean virtuosos, Él no se avergüenza de entrar. En la otra, sin embargo, aun cuando tenga sus artesonados de oro, no entrará jamás. De suerte que la casa del pobre virtuoso, como que acoge al Señor de todo el universo, es más brillante que los regios palacios; la del rico, sin embargo, con su techo de oro y sus columnas, es semejante a cloacas y alcantarillas inmundas y está llena de instrumentos del diablo. Esto, sin embargo, no lo decimos de los que hacen el uso debido de la riqueza, sino de los avaros, que no tienen otro amor que el dinero. Éstos no tienen empeño ni preocupación alguna por las cosas necesarias. Todo se les va en sus glotonerías, borracheras y otras indecencias semejantes. El pobre, en cambio, sólo piensa en vivir sabiamente. De ahí que jamás entrara Cristo en una casa rica; sí, en la de un publicano y en la de un jefe de publicanos. Nada quiso saber de los palacios, ni de los que se visten ropas delicadas.

EXHORTACIÓN FINAL: CONVIDEMOS A CRISTO A NUESTRA CASA

Si, pues, tú también quieres convidar a Cristo, adorna tu casa con limosnas, con oraciones, con vigilias, con súplicas. Éstas son las ofrendas del rey Cristo; las otras son de Mammón, el enemigo

de Cristo. Nadie, pues, se avergüence de tener una casa pobre, como tenga en ella tales ornamentos. Ningún rico se envanezca de tener una casa lujosa; avergüéncese más bien y envidie la del pobre, dejando la otra, a fin de que aquí merezca recibir a Cristo y allí goce de los eternos tabernáculos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 84

Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús echó mano a su espada y la desenvainó, y, asestando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó la oreja. Entonces le dijo Jesús: Vuelve la espada a su vaina. Porque todos los que tomen espada, a espada morirán. ¿O crees tú que no puedo orar a mi Padre, y me presentará aquí ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirán las Escrituras, que dicen ha de suceder así? (Mt 26,51 y sig.).

POR QUÉ LLEVAN ESPADAS LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

¿Quién fue ese "uno" que cortó la oreja del criado del sumo sacerdote? Juan nos cuenta que Pedro (Jn 18, 10), y la cosa dice bien con el ardor de su carácter. Mas lo que vale la pena de preguntar es por qué llevaban espadas los discípulos de Jesús. Porque que las llevaban, no sólo se ve en el hecho presente, sino en que, preguntados por Jesús si las tenían, contestaron: *Sí, aquí tenemos dos* (Lc 22, 38). ¿Por qué razón, pues, les permitió Cristo llevarlas? En verdad, también Lucas nos explica esta razón, pues nos dice haberles el Señor dicho: *Cuando os mandé sin bolsa, sin alforjas y sin calzado, ¿acaso os faltó algo? Y ellos respondieron: Nada. Y Él entonces: Pues ahora, el que tenga bolsa, tome también alforja; y el que no tenga, venda su manto y compre una espada. Y ellos le dijeron: Aquí hay dos espadas*. *Y Él: Con ello basta* (Lc 22, 35-38). — ¿Por qué razón, pues, se las dejó tener? —Para darles la certeza de que iba a ser entregado. De ahí que les diga: Compre una espada; no porque quiera que se armen — ¡Dios nos libre!—, sino para darles por este medio a entender su prendimiento. —Y ¿por qué razón les mandó también —dice el

evangelista— que llevaran alforja? —Es que quería enseñarles que en adelante tenían que andar muy vigilantes y alerta y poner particular esfuerzo de su parte. Al principio, en efecto, como inexpertos que eran, Él los sostenía con su gran poder; mas ahora los saca ya como a pájaros del nido y les manda que vuelen por sus propias alas. Luego, para que no pensaran que los abandonaba por flaqueza, al mandarles que también ellos pusieran lo que estaba de su parte, les recuerda lo pasado y les dice: *Cuando os envié sin bolsa y sin alforja y sin calzado, ¿acaso os faltó algo?* Por ambos modos quería Él que advirtieran su poder: por la protección que antes les dispensara y por dejarlos ahora suavemente a sus propias fuerzas. —Mas ¿de dónde procedían aquellas espadas? —Salían entonces los discípulos de la cena y de la mesa, y es natural que las hubiera allí para cortar el cordero. Y como habían oído que vendrían sobre Él, ellos echarían mano a las espadas para defender a su maestro. Lo cual fue plan exclusivamente de ellos. De ahí la reprensión a Pedro cuando hace uso de la espada, reprensión por cierto acompañada de fuerte amenaza. Y fue así que acometió al criado que vino a prender a Jesús, con ímpetu ciertamente, pero no para defenderse a sí mismo, sino a su maestro. No permitió, sin embargo, Cristo que se hiciera daño alguno, pues curó al punto la oreja cortada, haciendo un gran milagro, bastante para demostrar su mansedumbre y su poder a la vez que el amor y la obediencia de Pedro; el amor, en lo que había hecho; la obediencia, en lo que ahora hace. Porque, oído que hubo al Señor: *Mete tu espada en la vaina*, inmediatamente le obedeció y no intentó ya nueva aventura. Otro evangelista cuenta que le preguntaron: *Señor, ¿herimos a espada?* (Lc 22, 49) Y que Cristo se lo prohibió y curó al que había ya sido herido. Y al discípulo le reprendió y hasta le amenazó para que le obedeciera: *Porque todos* —le dice— *los que espada tomen, a espada morirán*. Y añade la razón diciendo: *¿O creéis que no puedo rogar a mi Padre, y me presentará aquí más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras?* De esta manera apagó su furor, haciéndole ver que así constaba también en las Escrituras. Y si allí hizo oración, fue justamente para que llevaran resignadamente los acontecimientos, sabiendo que todo había de suceder conforme a los designios de Dios. Y dos consuelos ofrece el Señor aquí a los suyos. Primero, el castigo de los que atentan contra Él: *Porque todos* —les dice— *cuantos espada tomen, a*

espada morirán; y luego, por el hecho de que Él va voluntariamente a la muerte: *Porque yo puedo* —añade— *rogar a mi Padre*. — ¿Y por qué no les dijo: "O no creéis que yo puedo aniquilar a todos éstos?" —Porque se le creería mejor diciendo lo que dijo. Todavía no tenían de Él sus discípulos la idea conveniente. Poco antes, por otra parte, les había dicho: *Triste está mi alma hasta la muerte*. Y: *Padre, pase de mí este cáliz*. En fin, le habían visto sudando y lleno de angustia y había tenido que venir un ángel a confortarle. Como quiera, pues, que había dado tantas muestras de su humanidad, no parecía hubiera dicho cosa creíble si les hubiera dicho: "¿No os parece que tengo poder para aniquilar a éstos?" Por eso dice: *¿No creéis que puedo ahora mismo rogar a mi Padre*? Y hasta lo mismo que sigue está humildemente dicho: *Y me presentará doce legiones de ángeles*. Un solo ángel mató a ciento ochenta y cinco mil soldados armados (4 Reyes 19, 35), ¿y aquí hacen falta doce legiones contra mil hombres? No. Mas el Señor acomoda sus palabras al temor y a la flaqueza de sus discípulos, que estaban efectivamente muertos de miedo. De ahí también que les ponga delante las Escrituras; lo cual, por cierto, era aumentarles más el miedo. Porque si en ellas consta que así tiene que suceder, ¿quiénes sois vosotros para hacer la guerra a la Escritura?

JESÚS HABLA CON SUS ENEMIGOS

Así habló a sus discípulos. Ahora se dirige a sus enemigos: *Como contra un bandido habéis salido con espadas y palos para prenderme. Todos los días he estado sentado enseñando en el templo y no me habéis prendido...* ¡Cuántas cosas hace el Señor que pudieran haberlos conmovido! Los derribó por el suelo, curó la oreja del criado del pontífice, les amenazó que morirían a espada. *Quienes espada tomen* —dijo—, *a espada morirán*. La misma curación daba fe de lo que les decía, poniéndoles de manifiesto su poder por todos los medios, por lo presente y por lo futuro, y haciéndoles ver que no era obra de fuerza de ellos el hecho de que entonces le prendieran. Por eso añade: *Diariamente estaba entre vosotros sentado enseñando y no me prendisteis*. Lo cual era declararles que sólo por permisión suya le prendían entonces. Porque deja a un lado sus milagros y sólo habla de su enseñanza, no fuera que le tuvieran por fanfarrón. Cuando enseñaba, no me prendisteis. Cuando me he callado, habéis venido. En el templo

estaba y nadie me detuvo. ¿Y ahora, a hora intempestiva, a la media noche, venís con espadas y con palos? ¿Qué necesidad había de armas contra un hombre que estaba siempre entre vosotros? Con esto les enseñaba que, de no habérseles Él entregado voluntariamente, nada hubieran tampoco entonces podido contra Él. Los que no le pudieron detener cuando lo tenían entre las manos; los que, estando en medio de ellos, no le vencieron, de no haberlo Él querido, tampoco ahora hubieran podido nada contra Él. Seguidamente, el evangelista resuelve la dificultad de por qué quiso entonces; porque: *Todo esto* —dice— *sucedió a fin de que se cumplieran las Escrituras de los profetas*. He allí cómo hasta la última hora, hasta el momento mismo de ser entregado, nada omite el Señor para la instrucción de sus discípulos, curando, profetizando, amenazando: *Todo el que espada tome, a espada morirá*; haciéndoles ver que padecía voluntariamente: *Cada día estaba enseñando entre vosotros*; y declarándoles su armonía con el Padre: *A fin de que se cumplan las Escrituras de los profetas*. Y ¿por qué no le detuvieron en el templo? Porque en el templo no se hubieran atrevido de miedo a la muchedumbre. De ahí que el Señor mismo salió afuera, a fin de quitarles todo temor, tanto por razón del tiempo como del lugar, pero quitándoles también hasta el último instante toda posible defensa. Porque quien para obedecer a los profetas llegó a entregarse a sí mismo en manos de sus enemigos, ¿cómo iba a enseñar nada contrario a los profetas?

LA FUGA DE LOS DISCÍPULOS Y JUICIO DE JESÚS

Entonces todos sus discípulos —dice el evangelista—, *abandonándole, emprendieron la fuga*. En el momento de prenderle aún resistieron; mas apenas hubo dicho aquello a la chusma, emprendieron la fuga. Es que, como lo vieron entregárseles voluntariamente y le oyeron decir que todo aquello sucedía en cumplimiento de las Escrituras, los discípulos comprendieron que ya no había modo de que escapara de manos de sus enemigos. Y, huido que hubieron los discípulos, *los esbirros condujeron a Jesús a casa de Caifás, y Pedro fue siguiendo, y entró allá, a ver en qué paraba todo*. Grande era el ardor de este discípulo. Aun viendo cómo todos huían, él no huyó, sino que se mantuvo firme y entró con la chusma

en casa del pontífice. Si también entró Juan, fue por ser conocido del mismo pontífice. —Y ¿por qué le llevaron allí, donde estaban todos reunidos? —Porque querían hacerlo todo de acuerdo con los sumos sacerdotes; y Caifás era aquel año sumo sacerdote. Allí esperaban todos al Señor; allí estaban todos trasnochando y despiertos por solo aquel negocio. Todavía no habían comido la pascua, sino que estaban por este asunto en vela. Habiendo, en efecto, dicho Juan: *Era de madrugada*, luego añade: *Ellos no entraron en el pretorio, a fin de no mancharse, pues tenían que comer la pascua* (Jn 18, 28) ¿Qué hay, pues, que decir a esto? Que la comieron otro día e infringieron la ley, a fin de saciar su pasión de darle muerte a Cristo. Cristo no hubiera traspasado el tiempo de la pascua. No. Lo traspasaron ellos, avezados que estaban a saltar por todo, a transgredir mil veces la ley, pues hervían de furor contra el Señor, y, habiendo tantas veces intentado detenerle, no lo habían logrado. Ahora que tan inesperadamente le tenían entre las manos, prefirieron dejar a un lado la pascua, a trueque de saciar su criminal deseo. De ahí que se juntaron todos y se forma un consejo de corrompidos y hasta se interroga algún testigo, queriendo dar a su insidia una apariencia de tribunal. *Porque no eran* —dice el evangelista— *concordes sus testimonios*. Tan amañado era el tribunal; tan lleno estaba todo de confusión y desorden. Entrando, en fin, unos falsos testigos, dijeron: *Éste dijo: Yo destruyo este templo y en tres días lo vuelvo a levantar*. En realidad, aun cuando hubiera dicho: "Yo destruyo este templo y en tres días lo vuelvo a levantar", ¿qué motivo había en ello para la calumnia? Pero la verdad es que no dijo: "Yo destruyo", sino: destruid vosotros. Y ni siquiera entonces hablaba del templo de piedra, sino del templo de su propio cuerpo. ¿Qué hace entonces el sumo sacerdote? Queriendo obligar a Jesús a que se defienda, a fin de cogerle en su propia defensa, le dice: *¿No oyes lo que éstos atestiguan contra ti?* Y Él se calló. Inútil era, en efecto, toda defensa, cuando nadie la había de escuchar. Aquello no era más que una apariencia de tribunal. En realidad, formaban una partida de bandidos, de los que salen de sus guaridas y atacan sin razón ni motivo en el camino. De ahí el silencio del Señor. Mas el sumo sacerdote prosiguió: *Yo te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Él respondió: Tú lo has dicho. Por lo demás, os hago saber que en adelante veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las*

nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: *¡Ha blasfemado!* Con ese gesto de rasgar sus vestidos, el sumo sacerdote quiso agravar la culpa del Señor y hacer resaltar por el hecho su palabra. La verdad es que como lo dicho por Jesús les había infundido miedo, lo que hicieron en el caso de Esteban, que fue taparse los oídos, eso mismo hacen aquí.

LA SENTENCIA DE LA MUERTE

En verdad, ¿en qué estaba la blasfemia? Antes había dicho en presencia de ellos: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies* (Mt 22, 44; Sal 10, 1). Él mismo interpretó lo dicho en el salmo y nada se atrevieron a decirle. No sólo se callaron, sino que desde aquel momento no le contradijeron más. ¿Cómo, pues, califican de blasfemia lo que ahora les declara? Y ¿por qué Cristo les contestó de esa manera? —Porque quería quitarles todo medio de defensa; y así, hasta el último momento, les enseña que Él es el Cristo, que se sienta a la diestra del Padre, que vendrá otra vez a juzgar a toda la tierra, lo cual era declararles su absoluta conformidad con el mismo Padre. Habiendo, pues, rasgado el sumo sacerdote sus vestiduras, dice a sus colegas: *¿Qué os parece?* No da la sentencia por su cuenta, sino que la requiere de ellos, como de pecados manifiestos, como de blasfemia evidente. Sabían ellos muy bien que, si la causa del Señor se hubiera sometido a un examen y conocimiento riguroso, hubiera quedado libre de toda culpa; de ahí que le condenan entre ellos mismos y previenen a los oyentes diciendo: *Vosotros mismos habéis oído la blasfemia*. Lo que era poco menos que obligarlos y forzarlos a dar la sentencia. ¿Qué responden, pues, los otros? —*Es reo de muerte*. Así condenado, no había ya sino hacer que Pilatos pronunciara la sentencia. Con clara conciencia de su plan responden todos al sumo sacerdote: *Reo es de muerte*. Ellos son los que acusan, ellos los que condenan, ellos la que pronuncian la sentencia, ellos lo son allí todo. ¿Y cómo no sacaron allí a relucir la cuestión del sábado? Porque sobre ella les había tapado ya muchas veces la boca. Por otra parte, ellos tenían interés en cogerle y condenarle por lo que dijera allí delante del tribunal. Y habiéndoles prevenido a todos y arrancado la sentencia, pues al romper su vestidura había atraído a sí todas las miradas, el sumo sacerdote le lleva ya a Pilatos como

reo convicto y confeso. Tan por hecho lo daba ya todo. Por lo menos, ante Pilatos, nada de lo entre ellos tratado alegan. ¿Pues qué dicen? *Si éste no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado* (Jn 18, 30). Aquí querían que se le diera muerte por crímenes públicos. Y ¿por qué no le mataron ocultamente? Porque querían también perjudicarle en su fama. Como eran tantos los que ya le habían oído y le admiraban y se maravillaban de su vida, ellos pusieron empeño en matarle públicamente y a vista de todo el mundo. Cristo no quiso estorbar sus planes, si bien se valió de la malicia de sus enemigos para afianzar la verdad, de modo que la muerte fuera a todos manifiesta. Así sucedió lo contrario de lo que aquéllos pretendían. Ellos quisieron cubrirle de ignominia con una muerte pública; pero Él hizo de este modo resplandecer más su gloria.

Ellos decían: *Tenemos que matarle, no sea que vengan los romanos y tomen nuestra ciudad y nuestra nación* (Jn 11, 48). Y después que le mataron, así les sucedió. Así, ahora que pusieron empeño en matarle públicamente para dañar su fama, sucedió todo lo contrario. Porque que ellos tenían poder para quitarle la vida, pruébalo lo que les dice Pilatos: *Tomadlo allá vosotros y juzgadlo conforme a vuestra ley* (Jn 18, 31). Mas ellos no quisieron, pues preferían que su muerte apareciera como la de un enemigo de la ley, de un ambicioso de mando y sedicioso. De ahí que crucificaran a su lado dos bandidos. De ahí que fueran a decirle a Pilatos: *No escribas que éste es el rey de los judíos, sino que dijo: Yo soy el rey de los judíos* (Jn 1, 31). Todo esto resultó en favor de la verdad, hasta el punto de no quedarles a los judíos ni sombra de desvergonzada defensa. Y en el sepulcro, de modo semejante, ¡cómo hicieron que brillara más la verdad todas aquellas prevenciones de sellos y de guardia de soldados! Lo mismo consiguieron con todas sus burlas, escarnios e insultos. Tal es el error: queda cogido en sus propios lazos. Por lo menos, así sucedió aquí. Los que creían haber vencido, fueron más que nadie confundidos y derrotados y se perdieron; y el que parecía haber sido derrotado, ése brilló más que nadie y venció con todo su poder. No busquemos, pues, vencer siempre, ni siempre tratemos de huir de la derrota. Veces hay que la victoria nos daña y la derrota nos aprovecha. Así, en los que se enfadan, parece haber vencido el que más injurias profiere; y en realidad ése es el más derrotado y dañado por la más fiera pasión. En cambio, el que sufrió pacientemente, ése venció y triunfó. El

uno no fue capaz de dominar ni su propia pasión; el otro mató hasta la ajena. El uno fue vencido por su propia pasión, el otro salió triunfante hasta de la ajena. No sólo no se dejó abrasar, sino que extinguió las llamas de su adversario, que se levantaban hasta el cielo. Si hubiera querido ganar una aparente victoria, hubiera sito también él derrotado, y, encendiendo más a su enemigo, sólo hubiera logrado que, a modo de mujerzuelas de la calle, ambos hubieran sido derrotados mísera y lamentablemente por la cólera. Así, sin embargo, el que se portó filosóficamente, no sólo se libró de esa vergüenza, sino que por esa bella derrota levantó un brillante trofeo contra la ira en sí mismo y en su prójimo.

NO QUERAMOS SIEMPRE VENCER.

&No busquemos, pues, vencer siempre. Así, el que defrauda, vence al defraudado; pero es una mala victoria, que acarrea la ruina al vencedor. El defraudado, en cambio, el aparentemente vencido, si lo sufre filosóficamente, ése es el que se lleva la corona del vencedor. En muchas ocasiones vale más ser vencido que vencedor, y éste es el mejor modo de la victoria. Así, tratándose de la avaricia, de una riña o de la envidia, el vencido, el que no responde al ataque con el ataque, ése es el verdadero vencedor. ¿Y qué digo de la avaricia y de la envidia? El mismo que es conducido al martirio, cuando se le encarcela, cuando se le azota, cuando se le despedaza y degüella, entonces es cuando vence. En la guerra, caer el combatiente es la derrota; entre nosotros, eso es la victoria. Nosotros no vencemos jamás haciendo mal, sino sufriéndolo. Y la victoria es justamente más brillante, pues sufriéndolo podemos más que quienes lo hacen. Con ello se demuestra que la victoria es de Dios, como que es una victoria totalmente contraria a las del mundo. Y ésa es la mejor prueba de fuerza. De ese modo las rocas del mar, con dejarse batir, deshacen las olas. Y de este modo también, al alcanzar esta victoria sin trabajo, los santos todos han sido proclamados y coronados y levantaron los más gloriosos trofeos. No te muevas, no te fatigues —parece decirte Cristo—. Dios te ha dado la fuerza de vencer sin trabar combate, con sólo que resistas. No te pongas en línea de batalla, y tú te llevarás la victoria, tú saldrás triunfante; no vengas a las manos con tu enemigo, y es tuya la corona. Eres mejor, eres más fuerte que tu contrario. ¿A qué te rebajas a ti mismo? No

consientas que diga que, por haber trabado con él combate, le venciste. Oblígale a que se pasme y maraville de tu fuerza invencible y que diga a todo el mundo que le venciste sin combate.

EL EJEMPLO DE JOSÉ.

Así fue siempre proclamado vencedor el bienaventurado José, que, sufriendo el mal, triunfó de quienes se lo hacían. Sus hermanos y la mujer de Putifar le armaron asechanzas; pero nadie le pudo vencer. Porque no me hables de que uno fue a la cárcel y la otra siguió viviendo en el palacio. Muéstrame más bien quién fue el vencedor y quién el vencido, quién estuvo triste y quién alegre. La mujer no sólo no fue capaz de vencer a un hombre justo, mas ni siquiera de dominar su propia pasión; José venció a la mujer, y también a un grave vicio. Si queréis, escuchad cómo hablan los dos adversarios, y veréis quién levanta el trofeo. Dice la mujer: *Nos has traído aquí a ese esclavo hebreo para burlarse de nosotros* (Gen39, 14). No se te ha burlado él, mujer desgraciada y miserable, sino el diablo, que te ha dicho que podrías romper el diamante. No ha sido tu marido quien te ha traído a este esclavo hebreo para que te arme asechanzas, sino que se ha burlado de ti aquel perverso espíritu, al inspirarte esa pasión impura. ¿Qué dice, pues, José? José calla, y así es condenado, lo mismo que Cristo. Porque todo lo antiguo fue figura de lo nuevo. Y uno estaba entonces en la cárcel, y la otra en el palacio. ¿Y qué importa eso? El uno, aun entre cadenas, brillaba con más gloria que cualquier campeón olímpico; la otra, aun habitando en regias cámaras, era más desgraciada que el más vil prisionero. Y no es esto solo lo que nos hace ver dónde estuvo la derrota y dónde la victoria. Miremos también el desenlace. ¿Quién logró lo que quería: el prisionero o la reina? El uno tuvo empeño en guardar la castidad; la otra en quitársela. ¿Quién hizo lo que quiso: el que sufrió el mal o la que lo hizo? Evidentemente, el que lo sufrió. Luego éste fue el vencedor.

EXHORTACIÓN FINAL: BUSQUEMOS LA VERDADERA GLORIA

Sabiendo, pues, esto, busquemos la victoria que da el sufrir el mal y huyamos de la otra, que viene de hacer el mal. De este modo pasaremos sin trabajo alguno y con toda tranquilidad la presente vida y alcanzaremos los bienes venideros, por la gracia y

misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 85

Entonces escupieron en su rostro y le dieron de bofetadas; otros le dieron de cachetes diciendo: Adivínanos, Cristo, quién es el que te ha pegado, etc. (Mt 26,67 y sig.).

MALDAD DE LOS JUDÍOS Y MANSEDUMBRE DE JESÚS.

¿A qué fin cometían todos esos ultrajes con Jesús, cuando estaban para quitarle la vida? ¿Qué necesidad había de toda esa cruel comedia, si no era para poner por todos los medios de manifiesto su insolente manera de ser? Diríase que habían dado con un botín de guerra, a juzgar por el desenfreno de que daban pruebas, por la locura de que estaban poseídos. Aquello era para ellos una fiesta que celebraban con placer y en la que mostraban sus instintos sanguinarios. Mas considerad, os ruego, la forma de pensar de los evangelistas al contarlo todo con tanta puntualidad. Aquí se muestra bien patente su amor en verdad, pues narran con absoluta objetividad lo que parece más ignominioso, sin disimular nada, sin avergonzarse de nada, teniendo más bien por una gloria, como en verdad lo era, que el Señor de la tierra entera se dignara sufrir tales oprobios por nuestro amor. Esto ponía de manifiesto su inefable caridad, a la vez que la maldad imperdonable de los judíos, que tales cosas se atrevieron a hacer con un Señor tan manso y bueno y cuyas exhortaciones hubieran podido hacer un cordero de un león. Porque nada, absolutamente nada faltó a la mansedumbre del Señor, como nada faltó tampoco a la insolencia y crueldad de aquellos esbirros, lo mismo en sus obras que en sus palabras. Todo eso lo había de antemano predicho el profeta Isaías, y en una sola palabra había resumido todo este oprobio que ahora sufre el Señor: *A la manera que muchos quedarán atónitos sobre ti* —dice—, *así quedará desfigurado tu rostro en parangón con los hombres, y tu gloria desaparecerá de los hijos de los hombres* (Is 52, 14). ¿Qué insulto, en efecto, comparable con éste? En aquel rostro a cuya vista tuvo el mar respeto, el rostro que contempló el sol en la cruz y recogió los rayos de su luz, sobre ése

escupieron, ése abofetearon y aquella cabeza golpearon, saciando bien a su placer la rabia de que estaban llenos. Diéronle los golpes más ignominiosos, cachetes y bofetadas, y a los golpes añaden el ultraje de escupirle. Y aún le dirigen las palabras de las más crueles burlas. Como las gentes le tenían por profeta, ahora le dicen éstos: *Adivínanos, Cristo, quién es el que te ha pegado*. Otro evangelista nos cuenta que le cubrieron el rostro con un paño, y así le sometieron a todas esas burlas como si el Señor fuera un desgraciado que no valiera tres óbolos. Y allí se burlaban así de Él, lo mismo gentes libres que la hez de los esclavos. Leamos esto continuamente, oigámoslo como se debe y grabémoslo en nuestra alma, pues ésta es nuestra gloria. Yo no me enorgullezco sólo de los infinitos muertos que el Señor volvió a la vida, sino también de los sufrimientos que por nosotros sufrió. De esto habla también en todo momento Pablo: de la cruz, digo, de la muerte, de los sufrimientos, de los oprobios, injurias y burlas del Señor. Una vez nos dice: *Salgamos a El llevando su propia ignominia*. Y otra: *El cual, en lugar de la alegría que tenía delante, sufrió la cruz, despreciando la vergüenza* (Hebr 13, 13; 12, 2).

LAS NEGACIONES DE PEDRO.

Pedro entre tanto estaba sentado fuera en el patio, y se le acercó una criada y le dijo: Tú también estabas con Jesús el Galileo. Mas él lo negó delante de todos diciendo: No sé lo que dices. Y saliéndose al umbral de la casa, le vio otra criada y dijo: También ése estaba con Jesús el Nazareno. Y nuevamente lo negó con juramento. Poco después, acercándose los concurrentes, le dijeron: Verdaderamente también tú eres de ellos, pues tu misma habla te delata. Y entonces empezó a echar maldiciones y a jurar: No conozco a ese hombre. E inmediatamente cantó el gallo, y se acordó Pedro de la palabra que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.

¡Cosa nueva y sorprendente! Cuando se trataba sólo de prender a su maestro, fue tal su ardor, que echó mano a la espada y cortó la oreja del criado del sumo sacerote; y ahora que debiera haberse irritado más y haberse encendido y arrebatado de santa cólera al oír tales injurias contra El, ahora es cuando le niega. Porque ¿a quién no hubieran encendido de furor las cosas que se estaban haciendo con el Señor? Y, sin embargo, el discípulo, totalmente

derrotado por el miedo, no sólo no da muestras de indignación alguna, sino que niega a su maestro y no aguanta la amenaza de una mísera y vil muchachuela; y le niega no una, sino dos y hasta tres veces, y todo ello en breve espacio de tiempo, y no ante los jueces, pues estaba fuera, y cuando salió al umbral se le acercó la muchacha. Es más, ni siquiera cayó pronto en la cuenta de su caída. Esto nos lo dice Lucas al contarnos que Jesús le miró (Lc 22, 61); con lo que nos da a entender que no sólo le negó, sino que de suyo no cayó él en la cuenta, y eso que había cantado el gallo, sino que fue preciso que de nuevo se lo recordara su maestro. Y la mirada de Jesús hizo para él de voz. Tan amedrentado estaba. Marcos (Lc 22, 49), por su parte, nos cuenta que cuando Pedro hubo negado por vez primera, entonces cantó también primera vez el gallo, y a la tercera negación fue el segundo canto. Marcos, pues, cuenta con más precisión la flaqueza del discípulo y cómo estaba muerto de miedo; todo lo cual lo sabía él del mismo Pedro, maestro suyo, pues Marcos fue su discípulo. Hecho muy digno de admiración, que no sólo no ocultara la debilidad de su maestro, sino que, por ser su discípulo, la cuenta más claramente que los otros evangelistas.

ARMONÍA ENTRE MARCOS Y MATEO

Ahora bien, ¿cómo salvar la verdad del relato, puesto que Mateo dice haber dicho Jesús a Pedro: *En verdad te digo que antes de que el gallo cante, me habrás negado tres veces*, y Marcos nos cuenta que después de la tercera negación cantó el gallo por segunda vez? El relato es absolutamente verdadero y concorde. Como el gallo, en cada canto, suele cantar tres y cuatro veces, Marcos habla así para indicar que ni la voz del gallo contuvo a Pedro ni le hizo caer en la cuenta. De modo que ambas cosas son verdaderas, pues antes de terminar el gallo su primer canto, Pedro había negado tres veces a Cristo. Mas ni siquiera cuando la mirada de Cristo le hizo caer en la cuenta de su pecado, quiso Pedro llorar públicamente, a fin de que sus lágrimas no le acusaran, sino que, saliéndose fuera, lloró amargamente.

DESESPERACIÓN Y MUERTE DE JUDAS

Y venido el día, llevaron a Jesús de casa de Caifás a Pilatos. Querían, en efecto, matarle, pero como quiera que ellos no podían,

por razón de la pascua, lo llevan ante el gobernador. Pero considerad, os ruego, cómo las cosas se dispusieron de tal modo que el Señor muriera en la misma fiesta, tal como estaba de antiguo prefigurado. Entonces Judas, el que le había entregado, al ver que había sido condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas. Esto era acusarse a sí mismo, y también a los otros. A sí mismo, no porque se arrepintiera, sino por arrepentirse tarde y a duras penas y porque Él se condenaba por su boca, pues declaraba que había traicionado a su maestro. A los otros, porque, pudiendo arrepentirse y cambiar de propósito, no lo hicieron. Mirad cuándo se arrepintió Judas: cuando su pecado está consumado y había ya tenido aquel desenlace. Así procede el diablo, que no deja ver el mal, si no se está muy alerta, antes de que ya no tenga remedio, a fin de evitar que sus víctimas se arrepientan a tiempo. El hecho es que, a pesar de tanto como Jesús le dijo, Judas no se conmovió; y ahora que su pecado está ya consumado, le viene, sin provecho alguno, el arrepentimiento. Condenar su acción, arrojar el dinero, no tener respeto alguno a la chusma judía, todo eso es digno de alabanza; lo que no tiene perdón, lo que fue obra del maligno espíritu, fue ahorcarse. El espíritu maligno se adelantó a quitarle todo sentimiento de penitencia, a fin de que no sacara provecho alguno de su primer impulso, y, al inspirarle que se matara a sí mismo, acabó con él con la muerte más ignominiosa, que fue patente a todo el mundo. Y advertid, os ruego, cómo por todas partes brillen verdad, hasta por lo que hacen y padecen los mismos enemigos de ella. Y, en efecto, este fin del traidor cose la boca de los que condenaron al Señor y no les deja ni sombra de defensa, por desvergonzada que fuere. Porque ¿qué pudieran decir ellos, cuando el mismo traidor tal sentencia pronuncia contra sí mismo? Mas oigamos lo que dicen sus mismas palabras: *Volvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y les dijo: He pecado entregando sangre inocente. Y ellos le respondieron: ¿Qué nos importa a nosotros? Allá tú te las hayas. Y arrojando las monedas en el templo, se retiró y, saliendo de allí, se ahorcó*. No pudo el infeliz soportar el tormento de su conciencia. Mas yo os ruego que consideréis cómo lo mismo que a Judas aconteció a los judíos. Tampoco éstos, que debieran haberse corregido por lo que sufrían tampoco, digo, se detienen hasta que su pecado no está consumado. El de Judas lo estaba ya, pues era una traición; no así el de los sumos sacerdotes. Mas cuando éstos también lo

consumaron, que fue al clavar al Señor en la cruz, entonces es cuando empiezan a turbarse, y una vez le dicen a Pilatos: *No escribas: Éste es el rey de los judíos* (Jn 19, 21). Pues ¿por qué teméis, por qué os alborotáis cuando el cadáver está clavado allá en la cruz? Luego le ponen guardia en el sepulcro, diciendo: *No sea que lo roben sus discípulos y propalen por el pueblo que ha resucitado, y este postrer engaño será peor que el primero* (Mt 27, 64). Mas aun cuando lo dijeran, si no es verdad, se descubriría el embuste. Y cómo ¿lo iban a robar unos hombres que no fueron capaces de tenerse en pie cuando su maestro fue detenido, y el que era cabeza de ellos le negó tres veces, por no poder aguantar la amenaza de una mujerzuela de servicio? Mas es lo que ya he dicho: eran ya presa de la turbación. Porque que ellos sabían muy bien que estaban cometiendo una iniquidad, pruébalo lo que le dicen a Judas: *Allá tú te las hayas*. Escuchadlo, avaros; considerad lo que pasó a Judas: cómo perdió el dinero y cometió un pecado, cómo no gozó del fruto de su avaricia y perdió su alma. Tal es la tiranía de la codicia, que no le dejó a Judas gozar de su dinero. Ni gozó de la vida presente ni de la venidera. Todo lo perdió en un momento. Y al verse deshonrado aun entre los cómplices de su crimen, fue y se ahorcó. Mas, como ya he dicho, hay quienes no abren los ojos sino después de los hechos. Mirad, sino, cómo estos sumos sacerdotes no quieren por de pronto darse por enterados del crimen y le dicen a Judas: *Allá te las hayas*. Lo cual era máxima acusación suya, pues con esas palabras atestiguaban el crimen y la iniquidad; sólo que, borrachos de pasión, no querían por nada dejar su satánica empresa y preferían, insensatamente, echarse a los ojos el velo de una fingida ignorancia. Porque si eso lo hubieran dicho después de la cruz y de la muerte de Cristo, tampoco, desde luego, hubieran tenido razón alguna para decirlo; pero, al menos, no los hubiera condenado tanto. Mas ahora, cuando tenéis a Cristo todavía en vuestras manos, cuando sois dueños de ponerle en libertad, ¿cómo podéis decir eso? Esta defensa se convierte en vuestra mayor acusación. ¿Cómo y de qué manera? Porque le echáis toda la culpa al traidor al decirle: Tú verás. Y vosotros, que podíais haber desistido de la muerte de Cristo y haberle dejado en libertad, añadisteis crimen a crimen, es decir, a la traición la cruz. En efecto, los que le dijeron a Judas: Tú verás, ¿qué dificultad podían tener para no cometer el crimen de matar a Cristo? Mas lo cierto es que hacen lo contrario, y a la traición añaden la muerte, y

por todas partes, por sus obras y por sus palabras, se envuelven a sí mismos en males inevitables. Y así luego, cuando Pilatos les autoriza, prefieren que se dé libertad a un bandido que no a Jesús. Al bandido, reo de mil crímenes, le declaran inocente; y a Jesús, que ningún mal había hecho, que les había más bien colmado de beneficios, le quitan la vida.

ESCRÚPULOS SOBRE EL DINERO DE JUDAS

¿Qué hace, pues, Judas? Viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles y que aquellos señores no aceptaban su dinero, arrojó las treinta monedas de plata, y fue y se ahorcó. Mas los sumos sacerdotes, tomando las monedas, dijeron: *No es lícito echarlas en el tesoro del templo, pues son precio de sangre*. *Y celebrado consejo, compraron con ellas el campo del alfarero para sepultura de forasteros. Por eso se llamó aquel campo, hasta hoy, "campo de sangre". Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, diciendo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio del que fue vendido, y las dieron para el campo del alfarero, conforme me había ordenado el Señor* (Zac 11, 12). Mirad cómo nuevamente son condenados por su propia conciencia. Porque, como sabían que habían comprado una muerte, no echaron el dinero del traidor en el tesoro del templo, sino que compraron con él el campo del alfarero para sepultura de peregrinos. Ello se convirtió en testimonio contra ellos y en argumento de la traición, pues el nombre mismo del lugar pregonaba, con voz más clara que una trompeta, la sangre que habían derramado. Y no toman su decisión al azar, sino después de tenido su consejo. Es su ordinario modo de obrar, a fin de que nadie sea ajeno al crimen, sino resulten todos culpables. Todo esto lo había de antemano predicho la profecía. Mirad cómo no sólo los apóstoles, sino también los profetas, cuentan puntualmente los oprobios sufridos por Cristo y anuncian y predicen por todos los modos su pasión. Lo mismo, sin entenderlo, hicieron los judíos. Porque si hubieran echado el dinero de Judas al tesoro del templo, su crimen no se hubiera hecho tan patente; pero compraron con él un campo, y así lo pusieron de manifiesto a todas las generaciones venideras.

CONTRA LOS LADRONES QUE HACEN LIMOSNA

Escuchadlo los que os imagináis hacer bien de la sangre que

derramáis, del precio que recibís de las vidas de los hombres. Ésas son limosnas judaicas o, por mejor decir, satánicas. Porque hay también ahora, hay, quienes después de cometer mil rapiñas creen que todo queda perdonado con dar diez o cien monedas de oro de limosna. De ésos dice también el profeta: *Habéis cubierto mi altar de lágrimas* (Mal 2, 13). No quiere Cristo ser alimentado por la avaricia; no acepta Él ese alimento. ¿A qué ofendes al Señor presentándole ofrendas impuras? Más valiera dejar que el otro se muera de hambre que no alimentarle con lo robado. Lo uno es ciertamente crueldad; pero lo otro, a la crueldad añade la insolencia. Vale más no dar que dar de lo ajeno. Dime, si no: si vieras a uno que está desnudo y otro que lleva vestido, si por vestir al desnudo desnudaras al vestido, ¿no cometerías una iniquidad? Todo el mundo convendrá en ello. Si, pues, dando todo lo que has tomado cometes una iniquidad y no has hecho limosna, ¿qué castigo sufrirás si no das ni la mínima parte de lo que has robado y encima llamas a eso limosna? Los que ofrecían a Dios animales cojos eran reprendidos; pues ¿que perdón tendrás tú, que haces cosas peores? El ladrón, aun devolviendo al Señor mismo, cometía una iniquidad, y tan grande iniquidad, que, aun devolviendo el cuádruplo, a duras penas se le perdonaba la culpa, y eso en la antigua ley. Pues considerad cuánto fuego amontona sobre su cabeza el que no sólo roba, sino que lo hace por violencia, y que no devuelve a quien despojó, sino a otro en su lugar, y no el cuádruplo, mas ni siquiera la mitad, y no en la antigua ley, sino en la nueva. Y si todavía no ha pagado la pena, compadécele más bien por ello; pues, si no se arrepiente, se acumula mayor ira. Porque ¿qué os parece? —dice el Señor—. ¿Sólo aquellos sobre que cayó la torre de Siloé eran pecadores? No, yo os lo digo, sino que, si no hiciereis penitencia, también vosotros pereceréis de igual manera. Hagamos, pues, penitencia y demos limosna pura de avaricia, y démosla con abundancia. Considerad que los judíos sostenían a ocho mil levitas, y junto con los levitas, a los huérfanos y viudas, y aun se exigían otros servicios y encima hacían la guerra; mas ahora, por culpa vuestra y por vuestra inhumanidad, han venido a parar a la Iglesia campos, casas, alquileres de viviendas, carros, mulos y muleteros y todo un tren de semejantes cosas. En verdad, todo este tesoro de la Iglesia debiera estar en vuestro poder y vuestra buena voluntad debieran ser sus mejores rentas. Mas lo cierto es que ahora se dan dos males: el primero,

que vosotros no conseguís fruto alguno en la limosna, y otro, que los sacerdotes de Dios no entienden en lo que debieran. Porque ¿acaso no hubiera sido posible que casas y campos permanecieran en poder de los apóstoles? ¿Por qué, pues, los hicieron vender y distribuyeron su precio? Porque esto era lo mejor (Hechos 4, 3,34 y sig.).

LA IGLESIA, APLICADA A LO TERRENO, PIERDE SU AUTORIDAD

Pero vuestros padres tuvieron miedo de que, locos como estáis por lo terreno, afanados sólo en recoger, pero no en esparcir, dejarais morir de hambre a la muchedumbre de viudas, huérfanos y vírgenes. De ahí que se vieran forzados a disponer así las cosas. Ellos ciertamente no hubieran querido meterse en cosa tan impropia suya; ellos hubieran deseado que vuestra devoción hubiera constituido su capital, y de ahí recoger los frutos y entregarse ellos puramente a la oración. Pero vosotros los forzasteis a imitar a los que entienden en los asuntos públicos y administran las haciendas. Y de ahí ha venido el trastorno universal. Porque si nosotros y vosotros estamos ocupados en los mismos negocios, ¿quién se dedicará a aplacar a Dios? De ahí que nosotros no podamos abrir la boca, puesto que la Iglesia de Dios no se diferencia en nada de los hombres del mundo. ¿No habéis oído que los apóstoles se negaron aun a administrar el dinero recogido sin trabajo alguno? Ahora, en cambio, nuestros obispos andan más metidos en preocupaciones que los tutores, los administradores y los tenderos. Su preocupación única debieran ser vuestras almas y vuestros intereses, y ahora se rompen diariamente la cabeza por los mismos asuntos que los recaudadores, los agentes del fisco, los contadores y los despenseros. Todo esto no lo digo por simples ganas de lamentarme. Lo que yo quiero es que se ponga algún remedio y cambio, que os compadezcáis de nosotros, sometidos que estamos a tan dura esclavitud; que vosotros, en fin, constituyáis las verdaderas rentas y tesoros de la Iglesia. Si no queréis, ahí tenéis los pobres delante de vuestros ojos. Los que nosotros podamos todavía sostener, no dejaremos de alimentarnos; mas los que no podamos, os los dejaremos a vosotros, a fin de que en el día terrible no oigáis las palabras que dirá el Señor a los crueles e inhumanos: *Me*

visteis hambriento, y no me disteis de comer (Mt 25,35). En verdad, esa inhumanidad nos hace a nosotros ridículos no menos que a vosotros, pues dejando la oración y la enseñanza, nos pasamos la vida luchando a brazo partido unos con los vendedores de vino, otros con los cosecheros de trigo, otros, en fin, con otros traficantes. De ahí las luchas, las pendencias, las injurias diarias; de ahí los nombres que llevan los sacerdotes de Dios, que dirían mejor con casas terrenas y mundanas. Otros negocios debieran llevar entre manos y de ahí debieran recibir sus nombres; de aquellos, digo, que mandaron los apóstoles: el sustento de los pobres, la protección de los oprimidos, el cuidado de los peregrinos, la ayuda a los perjudicados, la providencia de los huérfanos, la defensa de las viudas, el gobierno de las vírgenes. Estos servicios debieran ellos administrar, y no meterse en las preocupaciones de casas y campos. Éstos son los verdaderos bienes de la Iglesia. Éstos son los tesoros que mejor dicen con ella, los que nos procuran a nosotros una gran facilidad, y a vosotros una gran utilidad, o, más bien, a vosotros utilidad y facilidad juntamente. Por la gracia de Dios, calculo que aquí nos reunimos unas diez miríadas[74]; ahora bien, si cada uno diera un pan a los pobres, todos estarían en la abundancia; si todos se desprendieran de un solo óbolo, no quedaría ya ni un pobre, y no tendríamos tampoco que sufrir tantos oprobios e irrisiones por nuestra solicitud por las materialidades de la vida. En verdad, aquello del Señor: *Vende lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme* (Mt 19,21), también sería oportuno decirlo a los prelados de la Iglesia respecto a los bienes de la misma Iglesia. Porque no hay otra manera de seguir como se debe al Señor, si no es desprendiéndonos de toda preocupación material y grosera. Ahora, en cambio, los sacerdotes de Dios están pendientes de la vendimia y de la siega, de los negocios de compra y venta. Los que sólo servían a la sombra, estaban exentos de todo esto, no obstante habérseles encomendado un ministerio más material; nosotros, sin embargo, que hemos sido llamados a lo íntimo de los cielos, los que hemos penetrado en el verdadero sancta sanctorum, nos sometemos luego a las preocupaciones de comerciantes y tenderos. De ahí el enorme descuido de las Escrituras, la tibieza de nuestras oraciones y la negligencia en todo lo demás. Porque no es posible dividirse

[74] Es decir, que Antioquía contaba con unos cien mil cristianos.

para ambas cosas con la conveniente diligencia.

EXHORTACIÓN FINAL: DESENTENDERSE DE CUIDADOS MATERIALES

De ahí que yo os ruego y os suplico que broten por todas partes para nosotros copiosas fuentes y vuestro fervor haga para nosotros de era y de lagar. De este modo los pobres serán más fácilmente alimentados, Dios será glorificado y vosotros progresaréis más en la caridad y gozaréis de los bienes eternos. Los cuales así los alcancemos todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 86

Y Jesús fue presentado delante del gobernador, y el gobernador le preguntó, diciendo: ¿Tú eres el rey de los judíos? Y Jesús le respondió: Tú lo dices. Y al ser acusado por los sacerdotes y ancianos del pueblo, nada respondió (Mt 27 ,II y sig.).

JESÚS CONFIESA SU REALEZA

Mirad cómo lo primero que el gobernador examina es lo que los enemigos del Señor traían y llevaban. Porque, como vieron que Pilatos no hacía caso alguno de lo que ellos habían tratado, derivan su acusación del Señor hacia los delitos políticos. Así lo hicieron también más adelante contra los apóstoles, a quienes no se cansaban de acusar que andaban por todas partes pregonando por rey a un tal Jesús (Hechos 17,7). Y es que hablaban del Señor como de un puro hombre y atribuían a sus apóstoles ambiciones de poder tiránico. De ahí resulta evidente que todo aquel rasgarse las vestiduras el sumo sacerdote y sus aspavientos de espanto fue pura comedia. Lo que hacían era moverlo y revolverlo todo a trueque de llevar a Cristo a la muerte. Como quiera, eso fue lo que Pilatos le preguntó entonces. ¿Qué responde, pues, Cristo? Tú lo has dicho. Confesó Cristo que era rey, pero rey del cielo. Lo cual dijo, en otro evangelista, más claramente, respondiendo a Pilatos: *Mi reino no es de este mundo* (Juan 18,36). Así, ni los judíos ni Pilatos podían tener motivo alguno al acusarle de esto. Y da seguidamente una razón irrebatible: *Si yo fuera de este mundo, los*

míos lucharían para que no fuera entregado. Justamente para eliminar toda sospecha en ese punto, el Señor había pagado el tributo y había mandado a los otros que lo pagaran; y, cuando le quisieron hacer rey, él huyó. — ¿Por qué, pues —me dirás—, no alega Él todo eso cuando se le acusa de aspirar a la tiranía? — Porque ya tenían en los hechos de su vida mil pruebas de su poder, de su mansedumbre y modestia y, sin embargo, estaban voluntariamente ciegos. El tribunal, por tanto, estaba corrompido. De ahí que no contesta a nada, sino que calla. Sólo con breves palabras, a fin de no dar con un silencio absoluto la impresión de arrogancia, contesta cuando le conjura el sumo sacerdote y cuando le interroga el gobernador; mas a las acusaciones que se le hacen, ya no contesta absolutamente, pues sabía que no los había de convencer. Así lo había de antemano manifestado el profeta, diciendo: *En su humillación fue quitado su juicio* (Is 53,8). El gobernador se quedó maravillado de ello. Y en verdad, cosa de maravilla era ver tanta modestia y cómo callaba, cuando hubiera podido decir infinitas cosas. Porque no le acusaban porque realmente supieran nada malo contra Él, sino de pura envidia y malquerencia. En efecto, cuando los falsos testigos nada pudieron alegar contra el Señor, ¿por qué sus enemigos insisten en su empeño de condenarle a muerte? Y cuando vieron expirar a Judas, y a Pilatos que se lavaba las manos, ¿cómo no sintieron ellos el menor remordimiento? En verdad, muchas cosas hizo el Señor aun en este mismo tiempo, a fin de hacerles entrar dentro de sí mismos, pero con ninguna de ellas se corrigieron. ¿Qué le dice, pues, Pilatos? *¿No oyes cuántas cosas atestiguan contra ti?* En realidad, Pilatos quería que el Señor se defendiese, y así librarle. De ahí su pregunta. Mas como vio que nada le contestaba, se le ocurrió otra salida. ¿Qué salida?

JESÚS Y BARRABÁS

Tenía costumbre de soltarles por pascua a un condenado, y por aquí intenta Pilatos poner a Jesús en libertad. Si no queréis —parece decirles—que se le suelte como inocente, por lo menos hacedle gracia como a condenado, en honor de la fiesta. ¡Mirad cómo se trastorna aquí el orden! La petición en favor de los condenados era costumbre que la hiciera el pueblo; la gracia, naturalmente, tocaba al gobernador. Aquí sucede al revés: el

gobernador es el que pide al pueblo, y ni aun así se amansan aquellas fieras, sino que se enfurecen más y más y gritan arrebatados de furor por la pasión de la envidia. Porque nada tenían de qué acusarle, y eso que el Señor estaba callado. Mas aun así los confundía por la evidencia de su vida santa, y, callando, vencía a los que en su frenesí lanzaban contra Él mil acusaciones. *Mas, estando el gobernador sentado en el tribunal, le envió recado su mujer diciéndole: No te metas para nada con ese justo, pues mucho he padecido hoy, en sueños, por causa suya*. Mirad cómo nuevamente sucede algo que hubiera bastado para hacerles desistir de su intento. No era, en efecto, poco que a la prueba y demostración de las cosas se juntara también el sueño. Mas ¿por qué razón no es Pilatos el que lo ve? O porque su mujer acaso era más digna o porque, de haberlo visto él, no le hubieran creído y quizá ni lo hubiera revelado. Por eso la Providencia dispone que sea la mujer quien lo vea, de modo que a todos fuera manifiesto. Y notemos que no se trata simplemente de ver, sino que también sufre mucho, a fin de que, por compasión a su mujer, fuera Pilatos con más tiento en el asunto de la muerte del Señor. Y no había de ser de poco peso el tiempo mismo, pues la visión fue vista aquella misma noche. Se dirá que no era seguro para Pilatos soltar al Señor una vez que sus enemigos le acusaban de que se hacía rey. —Pues que buscara pruebas y argumentos y cuanto suele ser señal de ambición a la realeza: si había juntado tropas, si había reunido dinero, si había hecho fabricar armas, si tenía planes por el estilo. Pero no, Pilatos se deja arrastrar sin averiguación ninguna. De ahí que tampoco a él le absuelve Cristo de culpa, diciendo: *El que me ha entregado a ti, mayor pecado comete que tú* (18,36). Su condescendencia fue un acto de debilidad; debilidad, habérselo entregado después de azotarlo. Pilatos, pues, fue cobarde y débil; los sumos sacerdotes fueron malvados y pérfidos. Porque apenas el gobernador tuvo una idea, es decir, la ley de la pascua que mandaba soltar a un condenado, ¿qué traman aquéllos? —*Persuadieron* —dice el evangelista— *a la chusma que pidieran a Barrabás*.

"¡CRUCIFÍCALE! ¡CRUCIFÍCALE!"

Mirad cuánta solicitud despliega el Señor para librar de culpa a los judíos y cuánto empeño ponen ellos para que no les quede ni

sombra de defensa. Porque ¿qué debieran haber hecho? ¿A quién debiera haberse soltado: al criminal convicto o al dudoso? Pues si era de ley soltar a los convictos, con mucha más razón a los dudosos. ¿Es que Jesús les parecía peor que los asesinos declarados? Porque por eso no dice simplemente el evangelista que tenían un bandido, sino uno famoso, es decir, célebre por su maldad, por las muchas muertes que había cometido. Y, sin embargo, a éste anteponen al Salvador del mundo, y ni respetaron el tiempo, con ser santo, ni las leyes de la humanidad, ni nada semejante. La envidia los había cegado de una vez para siempre, y, no contentos con su propia maldad, corrompieron también al pueblo, a fin de pagar también el último suplicio por el engaño de éste. Como hubieran, pues, pedido a Barrabás, les dice Pilatos: *¿Qué voy, pues, a hacer de Jesús, el que se llama Mesías?* Así quería todavía conmoverlos, dejando en sus manos la elección, a ver si por vergüenza al menos pedían la libertad de Jesús, y todo fuera así obra de su generosidad. Si les hubiera dicho: "No ha pecado", los hubiera hecho más pertinaces; mas pedirles que le salvaran por humanidad, era un modo de persuadir y de pedir que no admitía contradicción. Mas, aun así, ellos le contestaron: *¡Crucifícale, crucifícale!* Y él les replica: *¿Pues qué mal ha hecho?* Y ellos gritan con más fuerza: *¡Sea crucificado! Y Pilatos, viendo que nada conseguía, se lavó las manos diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo*. Entonces, ¿por qué le entregas? ¿Por qué no le sacas de entre sus garras, como hizo el tribuno con Pablo? (Hechos 24,7) También él sabía que hubiera dado gusto a los judíos entregando al Apóstol, y por causa de éste se levantó un tumulto y sedición; pero se mantuvo firme frente a todo. No así Pilatos, que fue un cobarde y un débil. Todo estaba allí corrompido, porque ni el gobernador supo hacer frente al pueblo, ni el pueblo a sus dirigentes. No les quedaba, pues, defensa por parte alguna. Porque cada vez gritaban más, es decir, con más fuerza: *Que sea crucificado*. Porque no sólo querían matarle, sino añadir a la muerte la ignominia, y cuanto más el juez lo contradecía, más se obstinaban ellos en vociferar lo mismo. Mirad cuánto hizo Cristo por hacerles volver atrás. Como muchas veces había tratado de disuadir a Judas, así trató también de retraer a éstos de su intento, no sólo a lo largo de todo el evangelio, sino también en el momento mismo de su juicio. En verdad, cuando vieron al que era gobernador y juez que se lavaba las manos y decía: *Inocente soy*

de esta sangre, razón era se hubieran conmovido por palabras y hechos; lo mismo digamos cuando vieron ahorcarse a Judas y al mismo Pilatos que les rogaba tomaran para condenarle a otro en lugar de Jesús. Porque cuando el acusador y traidor se condena a sí mismo, cuando el juez absuelve de toda culpa, cuando tal visión aparece aquella misma noche, cuando, en fin, el gobernador lo reclama como a condenado, ¿qué defensa tendrán los que se obstinaron así contra Cristo? Porque ya que no querían que fuera inocente, por lo menos no debían haberle antepuesto un bandido, y un bandido declarado y famoso.

¿Qué hacen, pues, ellos? Como vieron que el juez se lavaba las manos y decía: *Inocente soy de esta sangre*, gritaron: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*. Y entonces ya, al oír cómo pronunciaban sentencia contra sí mismos, Pilatos les consintió hacer todo lo que querían. Pero mirad también aquí la extrema locura de los enemigos de Cristo. Tal es el impulso irracional y la pasión perversa: no deja ver nada de lo que conviene. Porque pase que os maldigáis a vosotros mismos. ¿Por qué habéis de extender también la maldición a vuestros hijos? Sin embargo, el Señor, misericordioso, no obstante esa locura contra ellos mismos y contra sus hijos, anuló la sentencia, no sólo en cuanto a los hijos, sino en cuanto a ellos mismos, y recibió a cuantos hicieron penitencia y los colmó de infinitos bienes. De ellos, en efecto, era Pablo; de ellos los miles de creyentes que había en Jerusalén: *Ya ves, hermano* —le dice Santiago al mismo Pablo—, *cuántos miles han creído en Dios de entre los judíos* (Hechos 21,20). Y si algunos se obstinaron, a ellos solos ha de echarse la culpa del castigo. *Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberlo flagelado, lo entregó para que fuera crucificado*. — ¿Por qué lo mandó flagelar? —Quizá como a condenado, o porque quería dar alguna apariencia al proceso, o, en fin, para congraciarse con los judíos. Su deber, sin embargo, era haber resistido. En verdad, antes de llegar aquí había dicho: *Tomadle allá vosotros y juzgadle conforme a vuestra ley* (Juan 18,31). Y muchas eran las cosas que podían haberles hecho volver atrás a él lo mismo que a los judíos: los milagros y prodigios del Señor, la infinita paciencia con que lo sufría todo y, sobre todo, su inefable silencio. Porque si es cierto que en su defensa y en su oración había dado muestras de su humanidad, en su silencio y en su desprecio de las acusaciones que se le dirigen las da de su

elevación y magnanimidad de alma. Por lo uno y por lo otro trata de atraerlos a su admiración; mas ellos no cedieron a nada.

NO DESPRECIEMOS LAS FALTAS PEQUEÑAS

Es que, cuando los pensamientos quedan prisioneros como de una borrachera o de una locura absurda, es muy difícil levantarse, si el que ha caído no tiene un alma muy generosa. Porque terrible cosa es, terrible, dar lugar a estas pasiones. De ahí la necesidad de rechazarlas a todo trance y de no permitirles la entrada en el alma. Porque, una vez que se han apoderado de ella y la dominan, como un incendio que estalla en un bosque, tal es la llama que allí levantan. Por eso, yo os exhorto a que no dejéis piedra por mover a fin de cerrarles la entrada. Y no os consoléis con el pensamiento corruptor del alma y principio de toda maldad de los que dicen: ¿Qué importa esto, qué importa lo otro? He ahí el origen de infinitos males. Porque el diablo, que es muy perverso, sabe usar de mucha astucia, de mucha constancia y también de mucha condescendencia para la perdición de los hombres, y sus ataques empiezan por lo pequeño. Mirad sino. El diablo quería llevar a Saúl a los embaucamientos de la pitonisa. Pero si se lo hubiera sugerido desde el principio, Saúl no le hubiera prestado la menor atención. ¿Cómo le iba a hacer caso quien las había expulsado de su reino? De ahí que le vaya conduciendo suavemente y por sus pasos contados. Primero le hizo desobedecer a Samuel y que ofreciera el holocausto sin estar presente el profeta. Cuando éste le reprende, él se excusa de que apremiaba la necesidad de los enemigos (1 Reyes 28,15); y cuando debiera llorar, se queda como quien no ha hecho nada. Luego Dios le mandó el castigo de los amalecitas, y también en esto desobedeció. De aquí pasó a los pecados contra David, y así, poco a poco y suavemente, fue resbalando sin parar, hasta precipitarse en el abismo de su perdición. Lo mismo hizo el diablo con Caín. No le empujó de golpe a matar a su hermano, pues no le hubiera persuadido. Primero hace que ofrezca a Dios lo peor de sus bienes, diciendo: Esto no es pecado alguno. Luego encendió en él la malquerencia y la envidia, diciéndole también: Esto tampoco tiene importancia. Lo tercero le persuadió que le matara y luego negara ante Dios su crimen; en fin, que no le dejó hasta que puso el colofón de todos los males.

HAY QUE RESISTIR A LOS PRINCIPIOS

De ahí la necesidad de resistir a los principios. Aun cuando los primeros pecados hubieran de detenerse en sí mismos, no habría en manera alguna que despreciarlos; pero es lo cierto que, si el alma se descuida, tienden a hacerse cada vez mayores. Por eso hay que poner todo empeño para cortarlos desde el principio. No miremos a la naturaleza de los pecados, no miremos a que son pequeños, sino a que, descuidados, se convierten en raíz de otros mayores. Y si es lícito decir algo sorprendente, yo diría que las grandes faltas no requieren tanta cautela como esas aparentemente pequeñas y sin importancia. Porque las grandes, la naturaleza misma del pecado nos las hace evitar, mas las pequeñas, por el hecho mismo de serlo, nos llevan a la negligencia y no nos dejan levantarnos valientemente para darles muerte. De ahí que, si nos dormimos, rápidamente se convierten en grandes. Lo mismo cabe ver en las enfermedades del cuerpo. Así se produjo en Judas aquel su horrible pecado. Porque si no hubiera tenido por cosa pequeña robar el dinero de los pobres, no hubiera parado en la traición del Señor. Y si los judíos no hubieran tenido por cosa pequeña dejarse llevar de la vanagloria, no se hubieran deslizado hasta el asesinato de Cristo. De ahí puede muy bien verse que proceden todos los males. Nadie salte rápidamente y de golpe a la maldad. Porque tiene, tiene indudablemente el alma cierta ingénita vergüenza y pudor ante el mal, y no es posible que de golpe y todos de vez sean víctima de la desvergüenza. No. La perdición viene poco a poco e insensiblemente, apenas el alma se entrega a la negligencia. De este modo se introdujeron en el mundo las idolatrías, al honrar más allá de la medida a hombres vivos o difuntos; así se adoraron las estatuas; así vino a dominar la fornicación, así otros muchos males. Mirad si no. Uno se ríe inoportunamente, otro le reprende; pero viene un tercero, que quita todo miedo, diciendo: ¿Qué tiene que ver eso? ¿Qué mal hay en reírse? ¿Qué puede venir de ahí? De la risa viene la chocarrería, de ahí las palabras torpes, y de ahí la acción fea. A otro se le reprende de calumniar a su prójimo, de injuriarle o de maldecirle, y lo desprecia diciendo: El hablar mal no es nada. El hablar mal engendra odios inexplicables, enemistad irreconciliable, injurias sir cuento; de las injurias vienen las riñas, y de las riñas, muchas veces las muertes.

OTRAS TRAZAS DEL DEMONIO: EL DESALIENTO Y LAS APARIENCIAS DE VIRTUD

Así, pues, aquel maligno espíritu, de lo pequeño sabe pasar a lo grande, y de lo grande, a la desesperación, que es otra traza suya peor que la primera. Porque no nos pierde tanto el pecar como el desesperar después de haber pecado. El que ha pecado puede, rápidamente por la penitencia remediar lo pasado; pero si se desalienta y no se arrepiente, con ello se hace imposible la curación al no aplicar los remedios de la penitencia. Y todavía nos tiende una tercera emboscada, la más grave de todas, y es cuando cubre los pecados con apariencia de piedad. — ¿Y en qué caso— me dirás—puede tener tanta fuerza el diablo que hasta ese punto nos engañe? —Escucha y guárdate de sus embustes. Mandó Cristo por medio de Pablo que la mujer no ha de separarse de su marido y que no han de defraudarse el uno al otro, si no es de común acuerdo (1 Cor 7, 5); pero algunas, sin duda por amor de la continencia, se han apartado de ellos y, creyendo hacer un acto piadoso, se han precipitado a sí mismas al adulterio. Considerad cuán grande mal ha resultado; pues, tras haber sufrido tanto trabajo, han merecido los más duros reproches y la última pena y empujaron a sus maridos al abismo de la perdición. Otros a su vez, absteniéndose de comer por seguir la ley del ayuno, han terminado por declarar abominables los alimentos, y esto también merece muy grande castigo. Tal acontece cuando se afirman las propias ideas, contra lo que enseñan las Escrituras. También los corintios pensaron que era perfección gustar de toda clase de alimentos, aun de los prohibidos; y, sin embargo, no había tal perfección, sino suma iniquidad. De ahí la dura reprensión de Pablo, que les dice merecían por ello la última pena. Otros creen actos de religión el criar larga cabellera; y eso también es cosa prohibida y que lleva consigo mucho indecoro. Otros siguen como provechosa la práctica de entristecerse desmedidamente de sus propios pecados; mas también esto es añagaza diabólica, como lo pone bien de manifiesto el caso de Judas, pues de ahí vino que se ahorcara. De ahí que temiera Pablo no le pasara algo semejante al fornicario de Corinto y exhorta a los corintios a que le sacaran rápidamente de aquel estado: *No sea* —dice— *que se consuma por el exceso de la tristeza* (2 Cor 2, 7). Luego, para darles a entender que aquello era emboscada del enemigo, les dice: *No sea que seamos*

sorprendidos por Satanás, pues no ignoramos sus mañas. No ignoramos —dice— que acostumbra atacar con mucha astucia. Porque si nos hiciera la guerra franca y descubiertamente, la victoria sería fácil y hacedera; si bien también ahora, con un poco que estemos alerta, también nos será fácil. Dios, en efecto, nos ha dado armas contra cada uno de los caminos del diablo. Así, escuchad lo que nos dice sobre que no despreciemos estas cosas pequeñas: *El que dijere a su hermano "necio", es reo de la gehenna* (Mt 5, 22). Y: *El que mirare con ojos intemperantes, es adúltero consumado* (Mt 5, 27). Él declara desgraciados a los que ríen, y en todas partes trata de cortar los principios y matar las semillas del pecado, y hasta de una palabra ociosa nos dice que tendremos que darle cuenta. De ahí que Job no sólo procuraba curar las acciones de sus hijos, sino también sus pensamientos. Sobre no desalentarse dice la Escritura: *¿Acaso el que cae no se levanta? ¿Acaso el que se aparta ya no vuelve?* (Jer 8, 4) Y otra vez: *Yo no quiero en manera alguna la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez 28, 23. Y: *Si hoy oyereis su voz...* (Sal 94, 8) Y de nuevo: *Hay alegría en los cielos por un pecador que hace penitencia* (Lc 15, 7). ¡Y cuántas sentencias y ejemplos semejantes no hay en la Escritura! Y sobre no perdernos con apariencias de piedad, escuchad lo que dice Pablo: *No se consuma ése por el exceso de su tristeza* (2 Cor 2, 7).

EXHORTACIÓN FINAL: NO DESPRECIEMOS FALTA ALGUNA PEQUEÑA

Sabiendo, pues, todo esto, pongamos como una muralla a todas esas mañas que pervierten a los tibios, el conocimiento que nos dan las Escrituras. No digáis: ¿Qué mal es mirar curiosamente a una mujer? Pues si cometes el adulterio en tu corazón, pronto lo cometerás también en la carne. No digas: ¿Qué tiene que ver que pase de largo junto a este pobre? Pues si pasas de largo por uno, luego pasarás por otro, y luego por otro. Ni tampoco digas: ¿Qué inconveniente hay en codiciar lo de mi prójimo? Eso fue, eso, lo que acarreó la perdición de Acab, a pesar de que pagó el precio del campo. Pero lo tomó contra la voluntad de su dueño. Porque no hay que comprar a la fuerza, sino persuadiendo. Si, pues, quien pagó el precio conveniente así fue castigado, por sólo haberlo tomado contra voluntad del dueño, el que ni eso hace, sino que

roba al que no quiere dar, y eso viviendo en la ley de gracia, ¿qué castigo no merecerá? Así, pues, para no merecer ese castigo, mantengámonos limpios de toda violencia y de toda rapiña, guardémonos no sólo de los pecados, sino de sus principios, y practiquemos la virtud con el mayor empeño. Y de este modo alcanzaremos los bienes eternos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 87

Entonces los soldados del gobernador, llevando a Jesús al pretorio, juntaron en torno a Él a toda la cohorte. Y desnudándole, le echaron encima una clámide color de púrpura, y, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña sobre su derecha. Y doblando su rodilla delante de El, le escarnecían diciendo: Salve, rey de los judíos (Mt 27,27 y sig.).

LOS SOLDADOS INSULTAN AL SEÑOR

Como de común acuerdo, el diablo había entonces entrado en todos los que rodeaban al Señor. Porque pase que los judíos, consumidos de envidia y malquerencia, le insultaran; pero ¿qué motivo tenían para hacerlo también los soldados? ¿No es evidente que el diablo se había entonces apoderado de todos? Crueles e inhumanos, hacían juego de sus injurias, y cuando debieran haberle compadecido, cuando debieran haber llorado, como hacía el pueblo mismo, hicieron lo contrario: le injuriaron y burlaron, no sabemos si por congraciarse también ellos con los judíos o movidos de su propia malignidad. ¡Y qué variedad de injurias! Hombres abominables y sacrílegos, unas veces le golpeaban su divina cabeza, otras se la taladraban con la corona de espinas, otras le daban con la caña. ¿Qué razón tendremos ya nosotros para conmovernos por las injurias después que tales cosas ha sufrido Cristo? Lo que con Él se hizo es ya el último extremo del oprobio. Porque no era una sola parte, era el cuerpo entero lo que se le maltrataba: la cabeza, por la corona; el rostro, por las bofetadas y los esputos; las mejillas, por los cachetes; el cuerpo entero, por los azotes, por la desnudez, por el manto de púrpura, por la fingida adoración; la mano, por la caña que le pusieron en

ella para que hiciera de cetro; la boca, por el vinagre que le ofrecieron en su sed. ¿Qué puede darse de más duro y más insultante? Lo que con Jesús se hizo sobrepasa todo razonamiento. No parece sino que los judíos hubieran temido dejar nada por hacer en su crimen, y así, a los profetas los mataron por sus propias manos, y a Jesús, por sentencia del juez. Así lo hacen ellos todo. Ellos ejecutan por su mano, ellos juzgan y condenan a sus solas primero y luego ante Pilatos, cuando gritan: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Ellos, además, le insultan e injurian, atándole por su propia cuenta y luego conduciéndole; ellos son causa de las burlas de los soldados, ellos le clavan en la cruz y le escarnecen y le escupen y le hacen objeto de irrisión. En todo esto, nada tuvo que ver Pilatos. Ellos lo hacen todo. Ellos son a la vez acusadores y jueces y verdugos. Ellos lo son todo.

LA PASIÓN, LEIDA ANTE EL PUEBLO

Y todo esto se lee entre nosotros, cuando todos se hallan reunidos. Para que no puedan decir los gentiles que mostramos al pueblo y a la gente los hechos brillantes y gloriosos de la vida del Señor, como los prodigios y milagros, pero ocultamos los oprobios e ignominias, la gracia del Espíritu Santo ha dispuesto que todo eso se lea cuando hombres y mujeres acuden en masa, cuando todos sin distinción asisten a la vigilia de la pascua; que cuando toda la tierra está presente, se proclame con voz clara la pasión del Señor. Y cuando ésta se lee y se da a conocer a todo el mundo, Cristo es creído Dios. Y uno, entre otros, de los motivos por que se le adora es por haberse dignado abajarse tanto y padecer tanto por nosotros, a fin de enseñarnos toda virtud. Leamos, pues, constantemente la pasión del Señor. ¡Qué rica ganancia, cuánto provecho no nos resultará de ahí! Porque al contemplarle sarcásticamente adorado con gestos y con acciones, y hecho blanco de burlas, y, después de ésta farsa, abofeteado y sometido a los últimos tormentos, aun cuando fueres más duro que una piedra, te volverás más blando que la cera y arrojarás toda hinchazón de tu alma.

LA CRUCIFIXIÓN

Escuchad, pues, lo que sigue. Después que se hubieron burlado

del Señor, *los soldados le llevaron a crucificar*, dice el evangelista, y, desnudándole, tomaron sus vestidos y, sentándose, esperaron hasta que expirara. Y se distribuyen sus vestidos; lo cual sólo se hacía con condenados viles y miserables, que a nadie tenían y morían en la más absoluta soledad. Se reparten, pues, aquellos vestidos que tantos milagros habían obrado antes; pero nada hicieron entonces, pues Cristo retenía en sí su poder inefable. No era ello pequeño aumento de su ignominia, pues, como he dicho, contra Él se atrevían a todo, como si fuera un infeliz, el más despreciado y el más vil de los hombres todos. Por lo menos, nada de eso hicieron con los ladrones. Sólo con Cristo se atrevían a todo. Así le crucificaron en medio de los dos, a fin de que se le pegara algo de su infamia. Y le dieron a beber vinagre, también para injuriarle; mas Él no lo quiso. Otro evangelista dice que, *habiéndolo gustado, dijo*: *Cumplido está* (Jn 1, 30). — ¿Qué quiere decir: *Cumplido está*? —Se ha cumplido la profecía sobre esto: —*Me dieron* —dice— *hiel para mi comida, y en mi sed me abrevaron con vinagre* (Sal 68, 22). Por lo demás, tampoco Juan dice que lo bebiera, porque poca diferencia va de gustar simplemente a no beber. En realidad, ambas expresiones vienen a decir lo mismo. Y, sin embargo, ni aun aquí se detienen en sus injurias. Le han desnudado, le han crucificado, le han dado a beber vinagre; pero aun pasan más adelante. Le contemplan clavado en la cruz, y todavía le escarnecen ellos y los que por allí pasan. Y le echan en cara lo que más podía herirle: que todo aquello lo sufría por impostor y embustero, como un arrogante que sólo por bravuconada había dicho lo que dijo. De ahí su interés en crucificarle públicamente, pues así le podrían ultrajar a la vista de todo el mundo. De ahí también que lo hicieran por mano de los soldados, pues, cometiendo tales desafueros en público tribunal, el oprobio tenía que ser mayor.

SARCASMOS DE LOS SUMOS SACERDOTES

En verdad, ¿a quién no hubiera conmovido la muchedumbre que acompañaba llorando al Señor? Pues a estas fieras no las conmovió. Por eso, el Señor se dignó hablar con aquéllos, pero no con éstos. Éstos, digo, que, después de hacer lo que quisieron, pusieron todo su empeño en herirle también en su honra, por miedo a su resurrección. De ahí que públicamente le insulten, y

que le crucifiquen entre dos ladrones, y digan ahora para dar a entender que era un embustero: *Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, baja de la cruz*. Luego, como dijeron a Pilatos que quitara la causa de la muerte de Cristo que aquél mandara escribir sobre la cruz, y que decía: *El rey de los judíos*, y no lo consiguieron, antes se afirmó el gobernador en ello, diciendo: *Lo que he escrito, he escrito*, ellos trataron de hacerle ver por medio de sus sarcasmos que no era Jesús rey verdadero. Por eso dijeron lo ya mentado y otras muchas cosas: *Si es rey de Israel, baje ahora de la cruz*. Y además: *A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse*. Con lo que intentan desacreditar sus pasados milagros. Y otra vez: *Si es Hijo de Dios, sálvese a sí mismo*. ¡Oh hombres execrables sobre toda execración! ¿Acaso los profetas no eran profetas ni los justos justos porque Dios no los librara de los peligros? Lo eran ciertamente, aunque también ellos sufrían. ¿Qué insensatez, pues, puede compararse a la vuestra? Si nada daña a aquéllos en vuestra opinión el hallarse entre peligros, sino que eran profetas, aun padeciendo lo que padecieron, mucho menos debierais escandalizaros de Cristo, que por sus obras y sus palabras había constantemente tratado de corregir esa falsa idea vuestra. Sin embargo, a despecho de todo lo que hacían y decían, nada pudieron conseguir contra el Señor ni siquiera en el momento de su crucifixión. Por lo menos, allí estaba el ladrón, que, no obstante estar corrompido de maldad suma y haberse pasado la vida en matar gentes y perforar paredes, cuando los sumos sacerdotes lanzaban contra Jesús todos esos sarcasmos, él le confesó y recordó su reino. Y el pueblo, por su parte, le lloraba. En verdad, lo que estaba sucediendo, para quienes no conocieren el misterio de la cruz, parecía dar testimonio de lo contrario, es decir, de la debilidad e impotencia del Señor; mas la verdad pudo afirmarse aun en medio de tantos hechos que parecían contradecirla. Considerando todo esto, armémonos contra toda irritación, contra toda ira. Cuando vieres que se te enciende el corazón, sella tu pecho, poniendo sobre él la cruz; recuerda entonces un paso de la pasión del Señor, y, al recuerdo de lo que Él sufrió, sacudirás de ti, como polvo, todo sentimiento de enojo. Considera sus palabras, sus hechos. Considera que Él es Señor, tú esclavo; que Él sufrió por ti, y tú sufres por tu culpa; Él por quienes había colmado de beneficios y le estaban crucificando, y tú por ti mismo; Él por los que le habían injuriado, y tú muchas veces por

los mismos a quienes has agraviado; Él en presencia de la ciudad, o, por mejor decir, en presencia de todo el pueblo judío, de los forasteros y de los naturales, ante quienes antes hablara palabras de amor y misericordia, y tú en presencia de muy pocos. Y, lo que fue mayor ignominia, haberle abandonado sus discípulos. Pues fue así que los que antes le servían huyeron de su lado; y sus enemigos, que le habían hecho siempre la guerra, rodeándole ahora que está puesto en un palo, le injurian y le insultan, hacen befa de él, se le ríen y le escarnecen: judíos y soldados abajo; arriba, a uno y otro lado, los bandidos. Porque también los ladrones le insultaban, los dos le lanzaban sus denuestos. —Entonces —me dirás—, ¿cómo dice Lucas que uno de ellos reprendía al otro? —Las dos cosas sucedieron. Al principio los dos le insultaron; pero luego no. No quería el Señor se pensara que se habían puesto de acuerdo y que el ladrón no era ladrón. Los insultos del principio demuestran que sobre la cruz había un verdadero bandido y enemigo de Cristo, pero repentinamente se transformó en amigo. Considera, pues, todo esto y pórtate como verdadero filósofo. ¿Qué sufres tú que pueda compararse con lo que sufrió tu Señor? ¿Que se te ha insultado públicamente? Pero no tanto como a Él. ¿Que eres ultrajado? Pero no en tu cuerpo entero ni, como Él, azotado y desnudo. Y si también has sido abofeteado, nunca tanto como Él.

LA PASIÓN DEL SEÑOR, ESCUELA DE PACIENCIA

Añadamos a todo eso quiénes le hacen sufrir, por qué motivo y e qué tiempo. Y, lo que es más grave, mientras se le maltrataba, nadie hubo que reprendiera ni tachara de inhumanos aquellos hechos. Al contrario, todo el mundo aplaudía, todos se unían en las burlas y escarnios, todos le insultaban como a impostor y embustero, como a fanfarrón que no era capaz de mostrar en los hechos lo que había dicho de palabra. Y Él callaba a todo, y así nos preparaba el mejor remedio, que es la paciencia. Mas nosotros, no obstante oír todo esto, no la tenemos ni con nuestros esclavos, sino que saltamos y coceamos más que onagros, crueles e inhumanos, cuando se nos ofende a nosotros, indiferentes a las injurias que se hacen a Dios. Lo mismo hacemos con nuestros amigos. Una molestia que recibamos, no la sabemos soportar; una injuria que nos hagan, nos enfurecemos más que una fiera,

nosotros, que diariamente leemos la pasión del Señor. Un discípulo le traicionó; los demás le abandonaron y huyeron; los que de Él habían recibido beneficios, le escupieron; el criado del sumo sacerdote le dio un bofetón; los soldados le dieron también de cachetes, los transeúntes se le mofaban e insultaban; los ladrones le acusaban. Y Él no pronunció palabra contra nadie, sino que a todos los venció con el silencio, con lo que prácticamente te enseñaba que cuanto con mayor paciencia sufras, tanto mejor vencerás a quienes te hacen mal y más admirado serás por todo el mundo. Porque ¿quién no admira al que sufre valerosamente las injurias de sus adversarios? Aun cuando uno sufra justamente, si lo lleva con paciencia, la gente cree que padece injustamente; así, por lo contrario, el que sufriendo injustamente se irrita con aspereza, da la impresión de que sufre justamente, y es objeto de general rechifla por haberse dejado arrastrar, cautivo, de la ira y haber perdido su propia dignidad. Porque a ese tal no debe siquiera llamársele hombre libre, aun cuando fuere señor de mil esclavos. ¿Me dices que fulano te irritó sobremanera? ¿Y qué? Entonces es cuando tú has de demostrar tu filosofía, pues, cuando nadie las azuza, las mismas fieras vemos que están mansas. Porque ni las fieras mismas son siempre feroces, sino cuando alguien las irrita. ¿Qué hacemos, pues, de más nosotros, si sólo somos mansos cuando nadie nos azuza? En realidad, aquéllas tienen frecuentemente razón en mostrar su fiereza, y bien se las puede excusar si, provocadas y heridas, atacan. Por otra parte, ellas están desprovistas de razón y la fiereza les viene de natural instinto. Mas tú, dime: ¿qué perdón puedes tener de tu fiereza y salvajismo? ¿Qué daño has sufrido? ¿Que se te ha robado? Pues súfrelo, a fin de ganar más de lo que te han robado. ¿Te han quitado la honra? ¿Y eso qué? En nada se disminuye por ello lo que es verdaderamente tuyo, con tal de que te portes como filósofo. Si, pues, no sufres daño alguno, ¿a qué te irritas contra quienes no te hacen mal, antes bien te traen provecho? En efecto, los que alaban, hacen más flojos, si no, están muy sobre sí, a los que ya son desidiosos; en cambio, los que injurian y desprecian a los que vigilan sobre sí mismos, los hacen más pacientes y constantes. Los tibios más daño reciben de quienes los honran que de quienes los injurian. Éstos, por poco que vigilemos, son causa de que practiquemos la filosofía; aquéllos no hacen sino exaltar nuestro orgullo, llenarnos de arrogancia, vanidad y tontería y

debilitar más y más nuestra alma. Bien nos lo atestiguan los padres que reprenden más que alaban a sus hijos, temerosos de que puedan recibir daño de la alabanza; y del mismo remedio se valen con ellos los maestros. De modo que, si de alguien hay que apartarse, más bien debemos huir de los que nos adulan que no de los que nos injurian. Porque a los que no atienden a sí mismos, más les daña el cebo de la adulación que no la injuria; y más difícil es dominar la adulación que no la injuria. Y, naturalmente, el galardón y la admiración también es mayor; porque, en verdad, más admirable es ver a un hombre injuriado y que no se conmueve, que no golpeado y que no responde con otro golpe. - -Y ¿cómo es posible—me dirás—no conmoverse? — ¿Te ha injuriado alguien? Pon sobre tu pecho la señal de la cruz, acuérdate de todo lo, que en ella sucedió, e inmediatamente toda ira se apagará. No consideres sólo las injurias que has recibido; piensa también si no has recibido alguna vez algún favor del mismo que te ha injuriado, y verás qué pronto te sientes manso. O más bien piensa, antes que en otra cosa, en el temor de Dios, y rápidamente serás moderado y modesto.

APRENDE DE TUS MISMOS ESCLAVOS

Aparte todo esto, aprende la lección que te dan tus mismos esclavos. Cuando ves que tú los insultas y ellos callan, considera que es posible la filosofía y condena tu propia aspereza. Más: en el momento mismo de recibir las injurias, acostúmbrate a no injuriar, y verás cómo no sientes dolor de ser injuriado. Considera que el que te injuria está fuera de sí y es un loco, y no te enfadarás por sus injurias. También los endemoniados nos pegan, y no sólo no nos enojamos, sino que les tenemos compasión. Haz tú también lo mismo. Compadécete del que te insulta, pues se halla presa de las garras de una terrible fiera, que es la ira; está poseso de un duro demonio, que es la cólera. Libra tú al que está bajo la acción de ese duro demonio y en un momento queda corrompido. Porque este vicio es de tal naturaleza, que no necesita ni de tiempo para la perdición de aquel a quien domina. De ahí el dicho de aquel sabio: *Porque el momento de su ira es caída para él* (Eccli 1, 22), con lo que manifiesta lo tiránico de esta pasión, pues en un momento hace grandes males. No hace falta larga permanencia, pues si a su ímpetu se añade también la duración, es muy difícil de dominar. Yo

quisiera ahora ponerte delante al iracundo y al filósofo y que vieras al desnudo el alma de uno y otro. La una verías que se asemeja a un mar agitado por las olas; la otra, a un puerto libre de toda turbación; pues no sólo no se deja perturbar por esos malos vientos, sino que con facilidad deshace su ímpetu. Todo el empeño, en efecto, de los que injurian es morder, herir a su adversario; ahora bien, cuando esta esperanza les falla, ellos mismos calman su furor y se retiran corregidos. Porque no es posible que un hombre furioso de ira no termine por condenarse a sí mismo. En verdad, si es menester proceder contra alguien, puede hacerse sin ira, y es más fácil y más prudente que con ira, y no sufrir disgusto alguno. Porque con sólo que queramos, los bienes estarán en nuestras manos y podremos con la gracia de Dios bastarnos para nuestra propia seguridad y honor. Porque ¿a qué buscas la gloria de parte de los demás? Hónrate tú a ti mismo y nadie podrá deshonrarte; mas si tú a ti mismo te deshonras, aun cuando todos te honren, no serás honrado. Porque a la manera que si nosotros no nos hacemos daño a nosotros mismos, nadie podrá dañarnos, así, si nosotros no nos injuriamos a nosotros mismos, nadie podrá avergonzarnos. Supongamos a un hombre admirable y grande, y a quien todos llamen adúltero, ladrón, profanador de sepulturas, asesino y bandido, y que él no se irrita ni se enoja por nada de esto, pues no tiene conciencia de nada de lo que se dice contra él. ¿Qué injuria—auténtica injuria—sufrirá por ello? Absolutamente ninguna. Y ¿qué—me dirás—, si son muchos los que tienen de él esa opinión? Ni aun así recibe injuria. Los que a sí mismos se cubren de oprobio son los que le tienen por tal sin serlo. Porque dime: Si uno tuviera al sol por oscuro, ¿a quién desacreditaría: al sol o a sí mismo? Evidentemente, a sí mismo, pues nos haría pensar que es un ciego o un loco. Por modo semejante, a sí mismos se cubren de vergüenza los que tienen por malos a los buenos. Por eso, lo que importa es tener limpia nuestra conciencia y no ofrecer asidero ni sospecha mala contra nosotros mismos. Que otros, teniendo nosotros tranquila la conciencia, quieran hacer el loco, no hay por qué nos preocupemos ni nos apenemos. Porque el que tiene fama de malo siendo bueno, ningún daño recibe de ello para ser lo que es; mas el que sospecha sin razón ni fundamento, ése sí sufre el más grave daño; como, por lo contrario, el malo, no porque se le tenga por bueno, gana nada por ello, antes su condenación será más dura y vendrá a parar a mayor

tibieza. Porque el que es malo y por tal es tenido, por lo menos puede humillarse y reconocer sus pecados; pero, si su maldad pasa inadvertida, cae en la insensibilidad. Porque si, aun cuando todos los acusan, a duras penas se levantan los que pecan y llegan a compungirse; si no sólo no se los acusa, sino que hay quienes los alaban, ¿cuándo llegarán a ver que viven en la maldad? ¿No oyes cómo reprende Pablo a los corintios porque no sólo no dejaron al fornicario reconocer su propio pecado con sus honores y aplausos, sino que por ahí acrecentaron su maldad?

EXHORTACIÓN FINAL: GUARDEMOS PURA LA CONCIENCIA

Por eso, yo os exhorto a que, dando de mano a las opiniones del vulgo, a sus honras y a sus injurias, sólo en una cosa pongamos empeño: en que nada malo nos reproche nuestra conciencia y en no deshonrarnos a nosotros mismos; pues de este modo, aquí y en lo venidero, gozaremos de mucha gloria. La cual así la alcancemos todos, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, con quien sea al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 88

Desde la hora sexta, vinieron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona. Mas hacia la hora nona, gritó Jesús con grande voz y dijo: ¿Elí, Elí, lama sabactaní? Es decir, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Mas algunos de los que allí estaban, oído que le hubieron, etc. (Mt 27, 45).

LAS TINIEBLAS A LA METETE DE JESÚS

Éste es el signo que antes le pidieran y Él prometió dar, diciendo: *Una generación torcida y adúltera requiere un signo, y signo no se le dará, si no es el signo de Jonás profeta* (Mt 12, 39); palabras en que aludía a la cruz y a su muerte, a su sepultura y resurrección. Y otra vez, explicando de modo diferente la virtud de la cruz, decía: *Cuando levantareis al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy* (Jn 8, 28). Como si dijera: Cuando me hubiereis crucificado y penséis que me habéis vencido, entonces conoceréis mi poder. Y fue así que, después que fue crucificado, la

ciudad fue destruida, cesó el judaísmo, perdieron ellos su Estado y libertad, floreció la predicación del Evangelio y la doctrina de Cristo se extendió hasta los confines del orbe; y la tierra y el mar, lo habitado y lo inhabitado, están constantemente pregonando el poder de Cristo. Así, pues, a todo esto se refirió el Señor, no menos que a lo sucedido en el momento mismo de su crucifixión. En verdad, más maravilloso es que todo eso sucediera estando Él clavado en la cruz que no caminando sobre la tierra. Y no sólo era todo ello maravilloso por esa circunstancia, sino porque eran fenómenos celestes, que era, sin duda, lo que le habían pedido, y se extendieron a toda la tierra, cosa que no había sucedido antes, si no es en Egipto, cuando iban a celebrar la pascua. Lo de Egipto era figura de esto. Y mirad cuándo sucedieron aquellas tinieblas: al mediodía, a fin de que todos los habitantes de la tierra se dieran cuenta que entonces era pleno día en todo el mundo. Este prodigio hubiera sido bastante para convertirlos, no sólo por su grandeza, sino por la oportunidad del momento en que aconteció. El prodigio, en efecto, sucede después de todas aquellas burlas, después de la inicua comedia; cuando ellos habían ya saciado su cólera, y habían puesto término a su risa, y se habían hartado de sarcasmos, y habían dicho cuanto habían querido, entonces aparecen las tinieblas, a fin de que, dejando siquiera así su ira, sacaran algún provecho del milagro. Más admirable, en efecto, que bajar de la cruz era obrar ese milagro estando sobre la cruz. Porque si pensaban que Él producía aquellas tinieblas, tenían que creerle y temerle; y si no se las atribuían a Él, sino al Padre, también así debían compungirse, pues aquellas tinieblas eran prueba de su ira contra los que habían cometido aquel crimen. Que no se trata de un eclipse, sino de ira e indignación divina, no se prueba sólo por ahí, sino por el tiempo que duraron, que fue tres horas. El eclipse, en cambio, no dura más que un momento, como lo saben los que han visto alguno, y uno ha sucedido en nuestro mismo tiempo. —Y ¿cómo es —me dices— que no se admiraron todos y tuvieron a Cristo por Dios? —Porque el género humano estaba entonces sumido en gran negligencia y maldad. Por otra parte, este prodigio fue uno solo, y, apenas cumplido, desapareció y nadie se preocupó de inquirir su causa. La prevención y costumbre de la impiedad era grande. Y tampoco sabían la causa del fenómeno, y acaso pensaron que se trataba de un eclipse o de otro fenómeno natural. Y ¿qué tiene de extraño que los de fuera nada supieran ni trataran

tampoco de averiguarlo por su mucha negligencia, cuando los mismos que se hallaban en la Judea continuaron injuriándole después de tamaños prodigios, a pesar de haberles manifestado claramente ser Él quien los obraba?

DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?"

De ahí que, aun después del prodigio, el Señor habla, a fin de que se dieran cuenta de que aun vivía y de que era Él quien lo hacía, y así por lo menos se hicieron ellos más modestos. Y dice: *¿Elí, Elí, lama sabactaní?* Hasta su último aliento quiere que vean cómo honra a su Padre y que no es contrario a Dios. De ahí que pronunciara una palabra profética, dando hasta el último momento testimonio al Antiguo Testamento; y la palabra no es aquí sólo profética, sino hasta hebraica, a fin de que fuera para ellos conocida y patente. ¡Por tantos modos les hace ver su acuerdo con el Padre! Pero mirad, aun aquí, la insolencia, la intemperancia e insensatez de los judíos. Pensaban —dice el evangelista— que llamaba a Elías, e inmediatamente le dieron a beber vinagre. *Y otro, acercándose, le abrió el costado con una lanza* (Jn 1, 34). ¿Qué pudiera haber más inicuo, qué más feroz, que llevar hasta punto tal su vesania, que se ensañaron aun sobre un cuerpo muerto? Mas vosotros mirad, os ruego, cómo de las iniquidades de ellos el Señor se valió para nuestra salvación, pues de aquella llaga de su costado brotaron para nosotros las fuentes de la salvación. *Mas Jesús, gritando con gran voz, entregó su espíritu.* Esto es lo que Él había dicho: *Tengo poder para dar mi vida y tengo poder para tomarla nuevamente*. Y: *Yo la doy porque quiero* (Jn 10, 18). Y porque quería mostrar que moría voluntariamente, dio aquel grande grito. Por lo menos Marcos dice que se admiró Pilatos de que hubiera ya muerto y que el centurión se movió señaladamente a creer, porque le vio morir con poder (Mc 15, 44). Esta voz rasgó el velo del templo, abrió los sepulcros y dejó desierta la casa. Al hacer eso, el Señor no intentaba injuriar al templo. ¿Cómo imaginar tal cosa en quien había dicho: *No hagáis la casa de mi Padre casa de contratación*? (Jn 2, 16) Lo que quería era declarar que los judíos eran indignos de habitar allí, como cuando lo entregó a los babilonios. Mas no fue ésa la única causa de aquellos prodigios. Lo que sucedía era también una profecía de la desolación venidera,

del cambio glorioso que había de venir y de la manifestación de su poder.

PRODIGIOS A LA MUERTE DE JESÚS

Juntamente con éstos, por los prodigios que luego se siguen, el Señor se manifestaba a sí mismo. Tales la resurrección de los muertos, el oscurecimiento de la luz, la mutación de los elementos. En tiempo de Eliseo, un muerto resucitó al contacto de otro muerto; ahora es una voz la que los resucita, mientras el cuerpo del Señor estaba allá arriba sobre la cruz. Aparte de que aquello era figura de esto. Para que fuera creído lo uno sucedió antes lo otro. Mas no sólo resucitan los muertos, sino que se resquebrajan las rocas y se estremece la tierra, para que se dieran cuenta que también a ellos tenía poder para cegarlos y despedazarlos. Porque el que escindía las peñas y oscurecía el orbe, mucho mejor hubiera hecho eso con ellos si hubiera querido. Pero no quiso. Su ira quiso descargarla sobre los elementos, y a ellos salvarlos por la mansedumbre. Ellos, sin embargo, no aflojaron en su frenesí. Tal es por naturaleza el odio, tal la envidia, que no se para fácilmente. Ahora bien, entonces mostraron su insolencia frente a los fenómenos mismos de la naturaleza; pero más tarde, cuando resucitó a despecho de los sellos puestos sobre su sepulcro y de los soldados que lo custodiaban, cuando ellos oyeron el relato de labios de los mismos guardias, diéronles dinero para corromper también a los otros y sustraer así el testimonio de la resurrección. No nos maravillemos, pues, si en la muerte del Señor se mostraron ciegos. Tan dispuestos estaban, de una vez para siempre, para no retroceder ante ninguna impudencia. Miremos más bien cuán grandes prodigios hizo el Señor. Unos en el cielo, otros sobre la tierra, otros en el mismo templo. Con ellos demostraba su indignación, pero juntamente nos significaba que lo antes inaccesible sería en adelante accesible, que el cielo quedaría abierto y que aquello se cambiaría en el verdadero sancta sanctorum. Ellos le habían dicho: *Si es rey de Israel, que baje de la cruz*; y Él les demuestra que no sólo lo es de Israel, sino de todo el orbe. Ellos le habían dicho en son de rechifla: *¡El que destruye este templo y lo reedifica en tres días!*, y Él les demuestra que su templo quedaría absolutamente desierto. Le habían dicho también: A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse; y Él les demuestra, permaneciendo en la cruz, en

los cuerpos de sus siervos, que lo podía sobradamente. Porque si fue grande hazaña hacer salir del sepulcro a Lázaro de cuatro días muerto, mucho más era que aparecieran de golpe vivos todos los que de antiguo dormían el sueño de la muerte. Lo cual, por otra parte, era signo de la futura resurrección. *Porque muchos cuerpos* —dice el evangelista— *de los santos que habían dormido se levantaron. Y entraron en la ciudad santa y se mostraron a muchos*. Para que no pensaran que se trataba de un hecho fantástico, se aparecieron a muchos en la ciudad. Y el centurión glorificó entonces a Dios diciendo: *Verdaderamente este hombre era un justo. Y las gentes que habían acudido a ver el espectáculo se volvían dándose golpes de pecho* (Lc 23, 47-48). Tal era el poder del crucificado, que, después de tantas burlas, comedias y sarcasmos, hace que se compunjan el centurión y el pueblo. Y no faltan quienes dicen que este centurión sufrió el martirio, pues dio posteriormente pruebas del valor de su fe.

LAS SANTAS MUJERES

Y había allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales le habían seguido desde Galilea para servirle. Entre ellas estaba María Magdalena, y María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Todos estos sucesos los contemplan estas mujeres, que son las que más compadecen al Señor, las que más tiernamente le lloran. Y notad su íntima adhesión al Señor. Ellas le habían seguido para estar a su servicio, y hasta en el momento del peligro están a su lado. Por eso fueron testigos de todo: de cómo gritó y cómo expiró, de cómo se resquebrajaron las piedras y de todo lo demás. Y ellas son también las primeras que ven a Jesús. El sexo más condenado es el primero que goza de la contemplación de los bienes, pues él fue también el que dio mayores pruebas de valor. Los discípulos habían huido, y allí estaban ellas junto a la cruz. ¿Quiénes eran estas mujeres? Ante todo, la madre de Jesús, pues ésta es la que el evangelista llama la de Santiago, y las otras. Otro evangelista cuenta que muchos lloraban por lo sucedido y se golpeaban el pecho. Lo cual pone bien de manifiesto la crueldad de los judíos, pues por lo que otros lloraban, ellos lo hacían objeto de su orgullo. Ni la compasión los conmovía ni el temor los reprimía. En verdad, todo lo que sucedió a la muerte de Jesús eran señales de grande

cólera divina; no eran simplemente milagros, sino signos todos de la ira divina: las tinieblas, la escisión de las rocas, 'el velo del templo rasgado por mitad, el estremecimiento de la tierra. La indignación de Dios era extrema.

EL ENTIERRO DEL SEÑOR

Y, acercándose José, le pidió el cuerpo. Este José es el que se había antes escondido; mas ahora, después de la muerte de Cristo, da muestras de grande audacia. Porque no era un hombre vulgar, de los que pasan inadvertidos, sino que formaba parte del consejo y era muy ilustre. De ahí el extraordinario valor de que dio pruebas, pues se exponía a la muerte al atraerse con su benevolencia para con Jesús la odiosidad de todos y al atreverse a pedir el cuerpo y no cejar en su intento hasta haberlo conseguido. Y su amor para con Jesús y su valor no se muestran sólo en tomar el cuerpo y enterrarle suntuosamente, sino en que ello fuera en su propio sepulcro nuevo. Lo cual no sin razón fue ordenado por la Providencia, pues así no cabía sospecha de que hubiera resucitado uno por otro. *Y María Magdalena y la otra María estaban sentadas junto al sepulcro*. — ¿Por qué razón se quedan éstas allí pegadas? —Porque todavía no tenían del Señor la idea grande y elevada que debieran tener. De ahí el traer los ungüentos y el perseverar junto al sepulcro, a ver si amainaba el furor de los judíos y podían ellas verterlos sobre el cadáver de Cristo.

NUEVA LOA DE LA LIMOSNA

¡Qué valor, qué amor el de estas santas mujeres! ¡Qué magnificencia en su dinero hasta en la muerte del Señor! Imitemos, hombres, a estas mujeres. No abandonemos a Jesús en momentos de prueba. Ellas gastaron tanto con el que ya había muerto y por Él expusieron sus vidas. Nosotros, empero (otra vez tengo que repetir lo mismo), ni le damos de comer cuando tiene hambre, ni le vestimos cuando está desnudo. Le vemos que nos pide y pasamos de largo. En verdad, si le vierais en persona, no habría quien no se desprendiese de lo que tiene. Sin embargo, también ahora es el mismo. Él mismo nos dijo que era Él. ¿Por qué, pues, no nos desprendemos de todo? En verdad, también ahora le oímos decir: *A mí lo hacéis*. No hay diferencia alguna en que des al Señor o a un pobre. No llevas desventaja alguna a aquellas mujeres que en

vida le alimentaron; más bien les llevas ventajas. No os alborotéis por mi afirmación. No es, en efecto, lo mismo alimentarle a Él, si personalmente apareciera—lo que fuera bastante para atraerse a un alma de piedra—, que, fiados en su sola palabra, cuidar del pobre, del mutilado o del tullido. En el primer caso, la vista y la dignidad de la persona se reparten el merecimiento; en el otro, todo el premio pertenece íntegro a tu generosidad. Mayor prueba de reverencia le das, en efecto, cuando, por sola su palabra, cuidando a un siervo suyo como tú, le das descanso en todo. Dale, pues, ese descanso, creyendo que Él es el que recibe y el que dice: *A mí me lo das*. Si no fuera Él a quien das, no te prometería el reino de los cielos. Si no fuera Él a quien rechazas, si fuera un cualquiera a quien desatiendes, no te mandaría por ello al infierno. Mas como es Él a quien se desprecia, de ahí la gravedad de la culpa. Así, Él era a quien Pablo perseguía, y por eso le dijo: *¿Por qué me persigues?* (Hech 9, 4) Cuando demos, pues, hagámoslo con la misma disposición de ánimo con que daríamos a Cristo en persona. En realidad, más dignas de fe son sus palabras que nuestros ojos. Cuando veas, pues, un pobre, acuérdate de las palabras de Cristo, por las que te manifestó ser Él quien en el pobre es alimentado. Cierto que lo que aparece ante tus ojos no es Cristo; pero Él es quien en esa figura te pide y recibe. Avergüénzate, pues, cuando te pide y no le das. Porque esto sí que es vergüenza, esto sí que merece castigo y suplicio. Que Él te pida, obra es de su bondad, y ello ha de ser motivo de nuestro orgullo; pero no darle, lo es de tu crueldad. Y si ahora no crees que, al pasar de largo por junto a un cristiano pobre, pasas de largo por junto a Cristo, día vendrá en que lo creerás cuando, poniéndote delante de ellos, te diga: *Cuanto no hicisteis por éstos, por mí no lo hicisteis* (Mt 25, 45). Mas no quiera Dios que tengamos que aprender así esta lección; creamos más bien ahora; demos el fruto de nuestra fe, y merezcamos entonces oír aquella bienaventurada palabra que nos introducirá en el reino de los cielos.

LOS OYENTES SE QUEJAN DE OÍR HABLAR TANTO DE LA LIMOSNA

Pero tal vez dirá alguno: —Todos los días nos estás hablando de la limosna y de la caridad. —Y no dejaré por ahora de hablar de lo mismo. Aun suponiendo que ya cumplierais lo que os digo, no

habría en modo alguno que abandonar el tema, a fin de que no os volvierais negligentes, aunque no digo que en ese caso no aflojara ya un poco. Pero, no habiendo llegado ni a la mitad, no os quejéis de mí, sino de vosotros. En verdad, al quejaros de mí, hacéis como el chiquillo que, oyendo continuamente la letra a sin aprenderla, se quejara al maestro de que se la repita tantas veces. Porque ¿quién por mis discursos se ha hecho más generoso para la limosna? ¿Quién se ha desprendido de su dinero? ¿Quién ha dado la mitad, quién la tercera parte de su hacienda? ¡Nadie! ¿No será, pues, absurdo que no aprendáis vosotros y me mandéis a mí que deje de enseñaros? Mas bien debierais hacer lo contrario: aun cuando nosotros quisiéramos dejarlo, habríais de retenernos vosotros diciendo: ¿Cómo dejáis de explicarnos una lección que no hemos todavía aprendido? Supongamos que uno de vosotros sufriera de los ojos y yo fuera médico. Si, después de aplicarle los colirios y lociones sin conseguir gran cosa, yo me retirara, ¿no es así que el paciente vendría a la puerta de mi oficina gritando y echándome en cara mi negligencia, pues me había retirado dejando la enfermedad entera? Si yo respondiera a sus reproches diciendo que le unté y lavé, ¿se daría el otro por satisfecho? ¡En ninguna manera! Sino que me respondería: ¿Y qué he sacado yo de eso, si todavía sigo enfermo? Pues aplicad eso mismo a vuestras almas. Y ¿qué decir si, después de muchos emolientes, no lograra reblandecer una mano entorpecida y contraída? ¿Acaso no oiría las mismas quejas? Pues ahora estoy dando lociones a una mano seca y contraída. Por eso, hasta que no la veamos perfectamente extendida, no podemos dejar de aplicarle el tratamiento. ¡Ojalá tampoco vosotros hablarais de otra cosa en vuestra casa, en la plaza, en la mesa, por la noche, hasta en sueños! Porque si eso fuera durante el día nuestra preocupación constante, también en sueños estaríamos en ello.

LOS CRISTIANOS, OBJETO DE IRRISIÓN POR PARTE DE LOS GENTILES

¿Qué me decís: que os hablo continuamente de la limosna? ¡Qué más quisiera yo que no tener necesidad alguna de aconsejaros sobre ella, y hablaron, en cambio, de nuestra lucha con los judíos, los gentiles y los herejes! Mas ¿cómo armar a los que no estáis aún sanos? ¿Cómo sacar a combate a quienes

llevan aún heridas y llagas abiertas? Porque si os viera limpiamente sanos, os sacaría a ese combate, y allí veríais, con la gracia de Cristo, mil cadáveres tendidos por tierra y cómo rodaban unas tras otras las cabezas. Cierto que en otros libros he hablado largamente sobre estas cosas; pero ni aun así puedo, por la negligencia de la muchedumbre, juntaros limpiamente para la victoria. Porque, sí, mil veces los venceremos en la doctrina; pero ellos nos echan en cara la vida de la muchedumbre, la vida de los que aquí se reúnen, las heridas y las llagas que llevan en sus almas. ¿Cómo vamos, pues, a llevaros con confianza al combate, cuando más bien constituís para nosotros un estorbo, al caer inmediatamente derribados por el enemigo y ser objeto de su irrisión? Lino, en efecto, está enfermo de la mano, que tiene contraída para todo lo que sea dar. ¿Cómo, pues, podrá ese tal empuñar y oponer el escudo y no ser herido por las burlas a que dará lugar su crueldad? Otros van cojos de los píes. Son los que frecuentan los teatros y los antros de las mujeres perdidas. ¿Cómo, pues, podrán éstos mantenerse firmes en la batalla y no ser alcanzados por los tiros que por su disolución les disparará el enemigo? Otro sufre de los ojos y está lleno de disolución y ataca la castidad de las mujeres y deshace los matrimonios. ¿Cómo podrá ese tal mirar frente a frente al enemigo, blandir la lanza y disparar sus dardos, cuando se verá él acribillado de escarnios? De ver es cómo están otros enfermos del vientre, no menos que los hidrópicos, dominados que están por la glotonería y la embriaguez. ¿Cómo podré, pues, sacar a combate a estos borrachos? Otro tiene la boca corrompida. Tales son los iracundos, los maldicientes y los blasfemos. ¿Cómo, pues, lanzará ése el grito de combate y qué hará de grande y generoso, borracho que va también de otra borrachera y objeto también de risa sin fin para los enemigos? De ahí que día a día voy recorriendo este campamento, tratando de curar estas heridas y de remediar estas llagas. ¡Ojalá despertarais un día y fuerais capaces de herir también a los demás y supierais manejar estas armas! O, por mejor decir, vuestras obras serán vuestras armas, y todos se rendirán inmediatamente, como vosotros seáis misericordiosos y modestos y mansos y pacientes, y deis, en fin, pruebas de toda virtud. Y si hubiera quienes os contradijeran, entonces añadiríamos nuestra ayuda; porque lo que es ahora, más bien nos sentimos trabados, por lo que a vosotros atañe, en esta carrera. Mirad, si no. Nosotros afirmamos que Cristo

ha obrado grandes maravillas, pues ha hecho de los hombres ángeles. Luego, al pedírsenos cuenta de nuestra afirmación, al exigírsenos que presentemos la prueba de entre nuestra grey, tenemos que echarnos punto en boca. Porque mucho me temo que, en vez de ángeles, tenga que sacar, como de una pocilga, una manada de cerdos o caballos rijosos. Ya sé que os duele oír esto, pero no va dicho contra todos, sino sólo contra los culpables; o, más bien, ni siquiera contra ellos, sino, si vigilan, en favor de ellos. Porque, ahora al menos, todo está perdido y corrompido y la iglesia no se diferencia nada de un establo de bueyes o de una cuadra de asnos y camellos. Yo ando dando vueltas, buscando una oveja, y no logro dar con ella. Hasta punto tal cocean todos como caballos y asnos salvajes y lo llenan todo de excrementos. Así, en efecto, pueden calificarse sus conversaciones. Si nos fuera dado ver lo que en cada reunión de culto se dice aquí por hombres y mujeres, veríamos que sus palabras son más sucias que todo aquel estiércol de los establos. Por eso, yo os exhorto a que cambiéis esa mala costumbre, a fin de que la iglesia exhale perfume precioso. Porque ahora ponemos, sí, en ella inciensos materiales; pero poco empeño ponemos en limpiarnos de la impureza espiritual y arrojarla lejos de nosotros. ¿Y qué sacamos del incienso material? Si en la iglesia metiéramos estiércol, no la mancharíamos tanto como la manchamos con lo que hablamos unos con otros: sobre intereses, ganancias, comercio y de mil cosas que no nos atañen, cuando aquí no debiera haber más que coros de ángeles, cuando debiéramos hacer de la iglesia un cielo y nada habríamos de saber en ella sino orar fervorosamente, callar y escuchar. Hagámoslo así desde ahora, a fin de purificar nuestra vida y alcanzar los bienes eternos que nos están prometidos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Al día siguiente, que es el que sigue a la Parasceve o Preparación, se reunieron los sumos sacerdotes ante Pilatos diciéndole: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo estando aún vivo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro, hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y lo roben y digan al pueblo que ha resucitado de entre los muertos; y será el último error peor que el primero (Mt 27,62 y sig.).

EL ERROR CONFIRMA LA VERDAD

Siempre el error es cogido en su propia trampa y, sin quererlo, se convierte en abogado de la verdad. Mirad sino. Era menester dejar bien sentado que el Señor había muerto, que había sido sepultado y que había resucitado, y todo esto queda asegurado por obra misma de sus enemigos. Mirad, en efecto, cómo estas palabras son testimonio en favor de todo eso: *Nos hemos acordado* —dicen — *que aquel impostor, aun en vida, dijo* (luego ya había muerto): *Después de tres días resucitaré. Manda, pues, asegurar el sepulcro* (luego fue sepultado), *no sea que vengan sus discípulos y lo roben*. —Luego, si se sella el sepulcro, ¿no había superchería alguna?— ¡En modo alguno! Luego la prueba de la resurrección se hizo irrefutable por las mismas precauciones que vosotros tomasteis. Puesto que fue sellado, no hubo superchería alguna. Y si no hubo superchería alguna, y, por otra parte, el sepulcro fue hallado vacío, es evidente que Cristo resucitó clara e incontrastablemente. He ahí cómo, bien contra su voluntad, contribuyen los enemigos de Jesús a la demostración de la verdad. Y mirad, os ruego, por otra parte, el amor a la verdad, de los evangelistas, que nada ocultan de lo que dijeron esos mismos enemigos, por muy injurioso que sea. He aquí, en efecto, que a boca llena le llaman *impostor*, y ellos no lo callan. Lo cual es también prueba de la crueldad de aquellos hombres, que ni con la muerte pusieron término a su rabia contra Cristo. Vale también la pena que preguntemos: ¿Dónde dijo Jesús: Después de tres días resucitaré? Así, con tanta claridad, no se ve que lo dijera más que en el ejemplo de Jonás. Luego los ingratos judíos sabían muy bien lo que Jesús había dicho y voluntariamente se obstinaron en su

malicia. ¿Qué les responde, pues, Pilatos? —*Ahí tenéis la guardia. Aseguradlo como vosotros sabéis. Y ellos aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo una guardia*. No deja Pilatos que lo sellen solos los soldados; como conocía bien todo el asunto de Jesús, no quiere ponerse más al servicio de sus enemigos, siquiera para desentenderse de ellos consiente en lo que le piden, y les dice: Selladlo vosotros como os dé la gana, a fin de que no echéis la culpa a otros. En efecto, si solos los soldados hubieran sellado el sepulcro, algo hubieran podido decir, aunque sólo fueran absurdos y mentiras; mas como en nada tenían vergüenza, también aquí pudieran haber dicho que los soldados, permitiendo robar el cuerpo, habían hecho posible que los discípulos inventaran la fábula de su resurrección. Mas ahora que fueron ellos los que sellaron el sepulcro, ni eso pudieron decir. ¡He ahí cómo, sin querer, están trabajando por la verdad! Pues fue así que ellos acudieron a Pilatos, ellos le rogaron, ellos sellaron el sepulcro y pusieron la guardia. Así, ellos mismos se acusan y condenan. Y en verdad, ¿cuándo y cómo lo hubieran robado en sábado? Pues en tal día no les era lícito ni andar. Y aun suponiendo que hubieran infringido la ley, ¿cómo iban a acercarse al sepulcro con toda su cobardía? ¿Cómo hubieran podido persuadir a la muchedumbre? ¿Qué hubieran dicho, qué hubieran hecho para ello? ¿Dónde estaba su ánimo para mantenerse firmes por un muerto? ¿Qué recompensa, qué galardón esperaban? Cuando aun vivía, con sólo ver que le detenían, se dieron a la fuga. ¿Y después de su muerte iban a hablar valientemente por Él, si no hubiera realmente resucitado? Todo esto carece en absoluto de sentido. Porque que los apóstoles no hubieran querido ni tampoco podido inventar la resurrección, de no haber sucedido, se demuestra con evidencia como sigue. Muchas veces les había su Maestro hablado de la resurrección; continuamente, como contaron ellos mismos, les había estado diciendo: Después de tres días resucitaré. Ahora bien, si no hubiera resucitado, es evidente que le hubieran repudiado por haberles atraído la enemistad de toda su nación y haberlos dejado sin casa y sin patria; es evidente, repito, que, como engañados, no hubieran consentido que tal opinión corriera sobre Él, pues por su causa se veían en los últimos peligros. Y que tampoco hubieran podido inventar la resurrección de no haberse dado verdaderamente, cosa es que tampoco necesita razonamiento ninguno. ¿En qué se hubieran apoyado para su

invención? ¿En su elocuencia? ¡Pero si eran la gente más ignorante del mundo! ¿En la cúmulo de sus riquezas? ¡Pero si no tenían ni bastón ni calzado! ¿En lo ilustre de su linaje? ¡Pero si eran hombres oscuros, hijos de gente oscura! ¿En la grandeza de su patria? ¡Pero si eran de villorrios desconocidos! ¿Acaso en su propia muchedumbre? ¡Pero si no eran más que once y todavía andaban dispersos! Entonces confiarían en las promesas de su Maestro. ¿En cuáles? Porque si no había resucitado, mal iban a creer sus otras promesas. ¿Y cómo hubieran resistido a un pueblo enfurecido? El que era príncipe de ellos no pudo resistir la palabra de una portera, y los demás, apenas le vieron preso, se dispersaron; ¿cómo, pues, se les hubiera ocurrido recorrer hasta los confines de la tierra y propalar el cuento de la resurrección? Porque si uno no resistió la amenaza de una mujer y los otros se espantaron a la vista de las ataduras, ¿cómo hubieran podido presentarse ante los reyes, gobernadores y pueblos, donde cada día les amenazaban espadas, parrillas y hornos y mil géneros de muerte, si no los hubiera fortalecido la fuerza y ayuda de la resurrección? Tantos y tan grandes milagros se habían hecho, y los judíos no respetaron ninguno, sino crucificaron al que los había hecho; ¿y les iban a creer a éstos, que, sin más ni más, les hablaran de resurrección? No, no puede ser. Fue la fuerza del resucitado la que hizo eso.

PONDERASE AÚN MÁS LA NECEDAD DE LOS JUDÍOS

Pero mirad, os ruego, la astucia ridícula de los judíos. Porque: *Nos hemos acordado* —dicen—*que aquel impostor dijo aún en vida: Después de tres días resucitaré*. Si, pues, era un impostor y sus fanfarronadas mentira pura, ¿a qué teméis y andáis de la Ceca a la Meca y desplegáis tanta diligencia? Tememos —dicen— no vengan a robarlo sus discípulos y engañen a la gente. Ya hemos demostrado la absoluta sinrazón de semejante suposición; pero la maldad es obstinada y se abalanza a lo sin razón. Y mandan que se asegure el sepulcro hasta los tres días, como si vinieran a defender el dogma mismo de la resurrección —ellos que intentaban demostrar que hasta aquel momento había Cristo sido un impostor —, y llevan su maldad hasta el sepulcro. De ahí que, para que no pudieran decir que había mentido y le habían robado, el Señor

resucitó más aprisa. A la pronta resurrección no se le podía hacer ese cargo; haber resucitado más tarde hubiera sido sospechoso. En verdad, si no hubiera resucitado entonces, cuando estaban allí ellos sentados para guardar el sepulcro, sino después del tercer día, retirada ya la guardia, hubieran podido decir y contradecir, aunque neciamente. De ahí que el Señor se adelantó a resucitar, con lo que no les quedaba ni ese desvergonzado pretexto. Convenía, en efecto, que la resurrección se diera mientras ellos estaban sentados haciendo la guardia, y, consiguientemente, que se diera dentro de los tres días, pues, de haberse dado pasados éstos y después de retirarse la guardia, el hecho se hubiera prestado a sospecha. De ahí que les permitiera sellar el sepulcro, como querían, y allí estaba junto a él la guardia de soldados. Poco les importaba hacer todo eso y trabajar en sábado; ellos no miraban más que una sola cosa: satisfacer su maldad, como si con ello hubieran de alcanzar su definitiva victoria. Insensatez extrema y prueba del miedo que ya los agitaba. Y es así que quienes vivo le habían detenido, ahora le temen muerto. Sin embargo, si era puro hombre, bien podían tener confianza. Mas para hacerles ver que vivo sufrió cuanto sufrió porque quiso, allí estaban los sellos, y la piedra, y la guardia de soldados, y toda su vigilancia, y nada de todo eso pudo detener al muerto, y sólo se consigue dar pública autenticidad a la sepultura y hacer así creíble la resurrección. Allí estaban, en efecto, los soldados, allí pegados al sepulcro los judíos.

LAS MUJERES ANTE EL SEPULCRO

Después del sábado, al amanecer del primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y he aquí que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor, bajado del cielo, se acercó y retiró la piedra de la puerta del sepulcro y se sentó encima de ella. Su rostro era como un relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. Después de la resurrección vino el ángel. ¿Cuál fue, pues, la razón de que viniera y levantara la piedra? Por razón de las mujeres, pues éstas le vieron entonces en el sepulcro. Así, pues, para que creyeran que el Señor había resucitado, ven el sepulcro vacío, sin el cuerpo. De ahí que removiera la piedra; de ahí también que se produjera el terremoto, a fin de que se despertaran las santas mujeres. Ellas habían venido

para verter ungüento sobre el cadáver, y todo esto acontecía en la noche, por lo que es natural que algunas vinieran medio dormidas. —Mas ¿por qué razón —me dirás— les dijo el ángel: *No temáis vosotras*? —Primero las libra de todo temor y luego les habla de la resurrección. Ese vosotras es palabra de alto honor, a la vez que significa que a quienes tales crímenes cometieron con el Señor, de no arrepentirse, les alcanzarían los últimos suplicios. No os toca —parece decir el ángel—, no os toca temer a vosotras, sino a quienes le crucificaron. Una vez, pues, que las hubo librado de todo miedo, no sólo por sus palabras, sino por su misma cara (pues el esplendor de su figura estaba diciendo que venía a traer buena noticia), el ángel prosiguió diciendo: *Sé que buscáis a Jesús, el crucificado*...; y no se avergüenza de llamarlo crucificado; pues ésta es la suma de todos los bienes. *Resucitó*. ¿Cómo se prueba? Como dijo. De modo que si a mí —parece decir el ángel— no me creéis, acordaos de sus palabras, y ya no me negaréis tampoco a mí la fe. Seguidamente les da otra prueba: Venid y ved el lugar donde había sido puesto. De ahí la razón de remover la piedra, pues quería que las mujeres se convencieran por vista de ojos de la resurrección. Y decid a los discípulos que le veréis en Galilea. Y mándales el ángel que den a otros la buena nueva, lo que confirmaba señaladamente la fe de las mujeres. Y con razón les habló de Galilea, a fin de librarlos de molestias y peligros, de modo que el temor no viniera a turbar la fe. Y salieron del sepulcro con miedo y con alegría. ¿Cómo así? Porque habían visto algo impresionante y maravilloso: vacío un sepulcro donde antes habían visto poner el cadáver. De ahí que el ángel las invitara a contemplarlo, a fin de que fueran las dos testigos del sepulcro y de la resurrección. En verdad, bien podían pensar que nadie lo habría robado, con tantos soldados allí de guardia, si Él no se había resucitado a sí mismo. De ahí su admiración y su alegría. De ahí que reciban el premio de tanta perseverancia, de ser las primeras en ver y anunciar no sólo lo que se les había dicho, sino lo que ellas habían contemplado.

APARICIÓN A LAS SANTAS MUJERES

Luego, pues, que hubieran salido con miedo y alegría, *he aquí que Jesús les salió al encuentro y les dijo: Dios os guarde*. *Y ellas se abrazaron a sus pies*, y, estrechándose con Él con

extraordinaria alegría, por el tacto recibieron testimonio y certeza plena de la resurrección, *y le adoraron*. ¿Qué les contesta, pues, Él? —*No temáis*. Nuevamente trata también Él de quitarles el miedo preparando el camino a la fe. *Mas andad y decid a mis hermanos que marchen a la Galilea y allí me verán*. Mirad cómo también Jesús da la buena noticia a sus discípulos por medio de las mujeres, honrando, como muchas veces he dicho, al sexo más despreciado, dándole las mejores esperanzas y curando lo que se había maleado. Tal vez alguno de vosotros quisiera haberse hallado con aquellas famosas mujeres y abrazar los pies de Jesús; mas también ahora podéis, cuantos queráis abrazar no sólo los pies y las manos, sino aquella misma divina cabeza, si con pura conciencia os acercáis a la sacrosanta Eucaristía. Y si queréis ser misericordiosos, no sólo le veréis aquí, sino también en el último día, cuando venga con su gloria inefable y entre la muchedumbre de sus ángeles, y oiréis de sus labios no sólo la palabra de saludo: *Dios os guarde*, sino también aquellas otras: *Venid, benditos de mi Padre, a heredar el reino que os está preparado desde la constitución del mundo* (Mt 25, 34). Seamos, pues, piadosos, amantes de Dios y de nuestros hermanos, dando pruebas de caridad para con todos, a fin de merecer oír estas palabras y recibir al mismo Cristo.

INVECTIVA CONTRA EL LUJO FEMENINO

Y vosotras, mujeres que vais cargadas de oro, ya que habéis contemplado la carrera de estas santas mujeres, deponed siquiera tarde ese vicio y afán de los adornos de oro. De suerte que, si tenéis envidia de aquellas bienaventuradas mujeres, cambiad el adorno que lleváis y poneos en su lugar el de la limosna. Porque ¿qué provecho hay en esos vestidos recamados de oro? —El alma —me contestas— se alegra y se recrea en ellos. —Yo os he preguntado por el provecho y me habéis contestado el daño. Nada hay, en efecto, peor que perder el tiempo en esas cosas, alegrarse y estar como clavado en ellas. Es una esclavitud tanto más acerba cuanto el que la sufre se complace más en ella. Porque ¿a qué obra espiritual se dedicará fervorosamente jamás, cuándo se reirá, como debe, de las cosas terrenas la mujer que tiene por digno de gozo el andar engalanada de oro? El que tiene gusto de estarse en la cárcel, no querrá jamás salir de ella. Tal será esta mujer. Hecha

prisionera de ese mal deseo suyo, no querrá ni oír una palabra espiritual con el debido deseo y fervor, ni menos emprender obra alguna. ¿Qué provecho hay, pues, en todo ese adorno y molicie, dime? Yo me recreo en ello —me contestas—. Otra vez me has dicho lo que es daño y perdición. —Pero es que además —me dices— gozo de mucha honra de parte de quienes me contemplan —. ¿Y eso qué? Eso es otro motivo de corrupción, pues te exaltas con orgullo y soberbia. Ea, pues. Ya que tú no has sabido decirme el provecho de tu lujo, aguanta que te diga yo sus daños. ¿Qué daños se siguen, pues, de ahí? Ante todo, que la preocupación es mayor que el placer.

De ahí que muchos de los que miran, y por cierto de los más groseros, se recrean más que la misma que lleva aquellos adornos. Tú te adornas con mil preocupaciones; éstos, sin ninguna, dan pábulo a sus ojos. Otro daño es que el alma se rebaja y es envidiada por todos lados y en todo momento. Así tus vecinas, heridas en su amor propio por tus lujos, se arman contra sus propios maridos y encienden guerras terribles. Juntamente con todo esto, el gastar todo el tiempo y todo el afán en estas vanidades, no darse mucho a las buenas obras espirituales, llenarse de orgullo, de soberbia y de vanagloria, estar como clavada a la tierra, dejarse caer las alas y, en vez de ser águila, convertirse en perro y en cerdo. Porque, dejando tú entonces de mirar y de volar hacia el cielo, andas con la cabeza hacia la tierra, como los cerdos, escudriñando minas y agujeros, y haciendo tu alma cobarde y esclava. ¿Me dices que atraes, con sólo presentarte, las miradas de cuantos hay en la plaza? Pues justamente no debieras ir cargada de oro, a fin de no convertirte en espectáculo universal y abrir las bocas de muchos acusadores. Porque esos cuyas miradas te atraes, no te admiran, sino que te censuran por mujer vana, arrogante y carnal. Y si entras en la iglesia, de ella saldrás sin haber recibido más que las burlas, las injurias y maldiciones, no sólo de los que te miran, sino también del profeta. Porque al punto mismo que te viere el magnilocuente Isaías, clamará: *Esto dice el Señor a las orgullosas hijas de Sión: Porque anduvieron con cuello erguido y con guiños de ojos y arrastraban túnicas rozagantes y hacían a la vez juegos con sus pies, el Señor descubrirá el ornato de ellas: en lugar de perfumes, hediondez, y en lugar de ceñidor, una cuerda* (Is 3, 15; 17, 24). En esto se convertirán tus adornos. Porque todo eso no se dijo sólo por aquéllas, sino también para

toda mujer que las imite. Y juntamente con el profeta, Pablo se levantará para acusaron al escribir a Timoteo que mande a las mujeres: *Que no se adornen con trenzas, ni con oro, ni con piedras preciosas, ni con vestidos lujosos* (1 Tim 2, 9). De suerte que, si siempre es dañoso llevar adornos de oro, nunca lo es tanto como cuando entras en la iglesia y pasas al lado de tantos pobres. Si te propusieras acusarte a ti misma gravemente, no pudieras ponerte figura más a propósito que esa máscara de la crueldad y de la inhumanidad.

CONTRASTE DEL LUJO Y LA MISERIA

Considera, sino, junto a cuántos vientres vacíos pasas con esa figura, junto a cuántos cuerpos desnudos con esa pompa satánica. ¡Cuánto mejor fuera alimentar esas almas hambrientas que no horadarte los lóbulos de las orejas y colgar de allí, vana y neciamente, el sustento de miles de pobres! ¿Es acaso para ti una gloria el ser rica? ¿Es una alabanza ir cargada de oro? Aun cuando todo eso que llevas puesto fuera fruto de justo trabajo, tu culpa sería muy grande; mas si a eso se añade que procede de injusticia, considera a qué extremo llegará. ¿Pero es que ambicionas alabanza y gloria? Pues despójate de ese ridículo vestido, y entonces todos te admirarán, entonces gozarás de gloria y placer puro; pues ahora eres blanco de todas las burlas y no haces sino acumularte para ti misma motivos de tristeza. Porque ¡ay si algo de todo eso se te pierde! ¡Qué de males vienen de ahí! ¡Cuántas esclavas son azotadas, cuántos hombres molestados, cuántos detenidos, cuántos van a morar en la cárcel! Luego vienen los tribunales, los pleitos, las maldiciones y acusaciones mil a la mujer por parte del hombre, al hombre de parte de sus amigos, y al alma de sí misma. ¡Pero no se perderán! Pues no es muy fácil que no se pierdan. Y aun, en el caso que no lleguen a perderse en toda la vida, su conservación es fuente de preocupación, de cuidados y molestias, mientras el provecho es nulo. ¿Qué renta, en efecto, le viene de ello a la familia? ¿Qué utilidad a la misma que lleva todo ese lujo? Utilidad, ninguna; desdoro, mucho, y acusación por todas partes. ¿Cómo podrás, así ataviada, besar y abrazar los pies de Cristo? Él rechaza esos adornos. Por eso quiso nacer en la casa de un artesano, o, por mejor decir, ni siquiera en la casa, sino en una choza y en un pesebre. ¿Cómo, pues, podrás verle, si no

tienes la belleza que Él ama ni te adornas con el ornato que le es agradable, sino con el que le es aborrecible? Porque quien a Cristo se acerca, no tiene que engalanarse con tales vestidos, sino con la vestidura de la virtud.

EL ORO ES SÓLO BARRO

Considera qué es en definitiva ese oro que te pones. No otra cosa que tierra y polvo. Échale agua y se convierte en barro. Considera y avergüénzate de hacer dueño tuyo al barro y de que todo lo dejes por estar a su lado, y que vayas por todas partes llevándolo a cuestas, hasta cuando entras en la iglesia, que es cuando más debieras huir del mismo. Porque no se ha construido la iglesia para que en ella hagas alarde de esa riqueza, sino de la riqueza espiritual. Tú, en cambio, te adornas por todas partes, como si entraras en una procesión profana, rivalizando con las actrices del teatro. ¡Con tanta abundancia llevas la misma ridícula inmundicia de aquéllas! Por eso entras aquí para perdición de muchos. Por eso, al salir de la iglesia, en las familias, en las comidas, ése es el tema de conversación de la mayor parte. Nadie recuerda lo que dijo el profeta o el apóstol; todo el mundo comenta el lujo de los vestidos, el tamaño de las piedras preciosas y todas las otras indecencias de las que tales cosas llevan. Esto es lo que os hace perezosas para la limosna, a vosotras y a vuestros maridos. ¡Cualquiera os quita a vosotras un poco de esos adornos de oro para alimentar a un hambriento! Si tú misma preferirías pasarlo con estrechez antes que verte sin tales adornos, ¿cómo vas a soñar en alimentar con ellos a otros? Muchas de vosotras los tratáis como si fueran seres vivientes y no les tenéis menos amor que a vuestros hijos. — ¡Ni mucho menos! —Pues mostrádmelo, mostrádmelo con las obras, pues ahora veo lo contrario. Porque ¿quién jamás de las que son fuertemente dominadas por esa pasión del lujo, fundió todas sus joyas para arrebatar de la muerte el alma de un niño? Mas ¿qué digo el alma de un niño? ¿Quién compró a ese precio su propia alma en trance de perderse? Lo contrario, es decir, venderla, sí que lo hacen muchas diariamente. Si les sobreviene una enfermedad corporal, nada dejarán de hacer para curarse; mas de que su alma se corrompa, no les importa un bledo, y serán capaces de descuidarse de sus hijas y de su propia alma a trueque de guardar lo que ha de consumir la herrumbre. Y

mientras tú te pones adornos que valen mil talentos, un miembro de Cristo no tiene ni el necesario sustento. El común Señor de todos, a todos por igual da parte en el cielo y en los bienes del cielo, a todos admite a la mesa espiritual; tú, sin embargo, ni de lo perecedero le das a Él parte, pues prefieres permanecer constantemente atada con esas duras cadenas. De ahí males sin cuento, de ahí los celos, de ahí los adulterios de los hombres, pues vosotras les hacéis que piensen insensatamente, y más bien les enseñáis a complacerse en los mismos adornos de que se engalanan las mujeres perdidas. De ahí lo pronto que caen. Si tú le hubieras enseñado a despreciar esas cosas y a complacerse en la castidad, en la piedad y en la humildad, no hubiera sido tan fácilmente cogido en las redes de la fornicación. Porque adornarse de oro y perlas, lo puede la ramera, y más que tú; pero no con las virtudes. Acostumbra, pues, a tu marido a tener gusto en este adorno, que no podrá ver en la ramera. Y ¿cómo le llevarás a esta costumbre? Quitándote a ti misma el adorno de ramera y poniéndote el de la virtud. De este modo, tu marido estará seguro, y tú digna, Dios os será propicio y los hombres os admirarán todos, y alcanzaréis, en fin, los bienes venideros, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA 90

Mientras las mujeres marchaban, he aquí que algunos de la guardia, viniendo a la ciudad, contaron a los sumos sacerdotes todo lo que había sucedido. Y reuniéndose ellos con los ancianos y tomado consejo, dieron bastante dinero a los soldados, diciendo: Decid que, viniendo sus discípulos por la noche, lo robaron mientras vosotros dormíais. Y si la cosa llega a oídos del gobernador, nosotros le convenceremos y os libraremos de todo cuidado (Mt 28, II y sig.).

LO ABSURDO DE LA TRAZA JUDAICA

Por estos soldados, sin duda, se produjo aquel terremoto, a fin de que, espantados ellos, fueran a dar testimonio de la resurrección del Señor, como efectivamente lo dieron. Y en verdad, su narración no podía ofrecer sospecha, pues venía de la guardia misma del

sepulcro. Porque de los milagros acontecidos a la muerte de Cristo, unos fueron comunes para todo el orbe; otros, limitados a los que estaban allí presentes. Comunes, por ejemplo, para toda la tierra fueron las tinieblas; limitado, la aparición del ángel y el terremoto. Apenas, pues, se presentaron los soldados y contaron lo sucedido (¡cómo brilla la verdad proclamada por sus mismos enemigos!), los sumos sacerdotes les dieron dinero para que dijeran —dice— *que vinieron sus discípulos y lo robaron*. ¿Cómo lo robaron, oh los más insensatos de los hombres? ¡Es tan espléndida y patente la verdad, que no saben ni inventar su superchería! Y cierto que es bien absurdo lo que dicen y no tiene ni la buena apariencia de una mentira. Porque ¿cómo decís que le pudieron robar sus discípulos, hombres pobres y sin recursos, que no tenían valor ni de presentarse en la calle? ¿Acaso no estaba puesto el sello? ¿No había allí tanta guardia, soldados y judíos? ¿No sospechaban precisamente el robo del cadáver, y por eso estaban preocupados los sumos sacerdotes, vigilaban y andaban solícitos? ¿Y por qué lo habían de robar? ¡Para inventar, sin duda, el dogma de la resurrección! Y ¿cómo se les ocurrió semejante invento a unos hombres cuya máxima aspiración era vivir escondidos? ¿Y cómo hubieran removido la piedra tan bien asegurada? ¿Cómo hubieran burlado a tantos guardias? En verdad, aun cuando hubieran sido capaces de despreciar la muerte, no se hubieran arriesgado sin razón ni motivo a tal empresa y en presencia de tanta guardia. Pero que eran realmente unos cobardes, bien patente lo mostraron en todo lo anteriormente pasado. Les bastó ver preso a su maestro para que todos emprendieran la fuga. Si, pues, entonces, aun viéndole vivo, no tuvieron valor para mantenerse firmes, ¿cómo no iban a temer, muerto ya, a tanta muchedumbre de soldados? ¿Es que se trataba sólo de mover una puerta? ¿Es que había que burlar la vigilancia de uno solo? Era una gran piedra la que estaba sobre la entrada del sepulcro, y hubiera necesitado de muchos brazos. Con razón, pues, dijeron aquellos sumos sacerdotes: *Y será el postrer embuste peor que el primero*. Con lo que daban sentencia contra sí mismos, pues debiendo hacer penitencia después de tamaña locura, se esfuerzan por añadir pecados a pecados, inventando fábulas ridículas. En vida compraron la sangre de Cristo; después de crucificarle y resucitar, nuevamente quieren también por dinero enterrar la verdad de la resurrección. Pero mirad, os ruego, cómo son cogidos siempre en lo mismo que

hacen. Porque, si no hubieran acudido a Pilatos ni le hubieran pedido la guardia, hubieran podido inventar mejor su superchería; pero ahora ya no. Y es que lo hacían todo como si ellos mismos tuvieran interés en coserse la boca. Porque si los discípulos de Cristo no fueron capaces de vigilar a su lado a pesar de todas sus reprensiones, ¿cómo iban a atreverse a cargar con su cadáver? Y ¿cómo no lo robaron antes, sino que esperaron a que llegarais vosotros? Porque, de haber tenido semejante plan, lo hubieran ejecutado en la primera noche, cuando no había aún guardia apostada y la empresa se presentaba segura y sin peligro. Porque fue el sábado cuando acudieron a Pilatos a pedirle la guardia, y la primera noche no hubo nadie junto al sepulcro.

LA SUPERCHERÍA JUDAICA CONFIRMA LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

¿Y qué significa el sudario, impregnado que estaba de mirra? Porque Pedro lo vio que estaba puesto a un lado. Porque si hubieran querido robar el cuerpo, no lo hubieran sacado desnudo, no sólo porque ello hubiera sido un ultraje, sino porque no hubieran querido perder tiempo en desnudarlo y hacer así que despertara la guardia y los detuviera. Sobre todo tratándose de mirra, que es un ungüento tan pegajoso y que se adhiere tan fuertemente al cuerpo y a los vestidos. De ahí que no hubiera sido fácil despegar los vestidos del cuerpo, sino que la operación habría requerido mucho tiempo. Otro argumento, pues, para ver lo absurdo del robo. ¿Es que no conocían bien los apóstoles el furor de los judíos y que sobre ellos hubieran descargado toda su cólera? Y, en absoluto, ¿qué provecho sacaban ellos de robarlo, si realmente no había resucitado? Mas ellos mismos tenían conciencia de que todo aquello era un cuento, y de ahí que den dinero a los soldados y les digan: Decid vosotros eso, que nosotros ya le convenceremos al gobernador. Lo que ellos querían era que corriera el rumor, con lo que vana y neciamente se debatían contra la verdad, pues por los mismos medios por los que intentaban ellos oscurecerla, hacían, bien contra su voluntad, que brillara más esplendorosamente. En efecto, decir ellos que los discípulos habían robado el cuerpo, es la mejor confirmación de la resurrección, pues ello era confesar que el cuerpo no estaba en el sepulcro. Ahora bien, si ellos mismos confiesan que el cuerpo no estaba en el sepulcro y, por otro lado, la

hipótesis del robo es evidentemente absurda por razón de su propia vigilancia, por los sellos y por la cobardía de los discípulos, de ahí se sigue de modo indiscutible la prueba y la verdad de la resurrección. Mas aquélla era gente sin pudor y hecha a romper por todo, y así, a despecho de tantas cosas como les cerraban las bocas, les dicen a los soldados: Decid vosotros esto, que a nuestra cuenta corre persuadir al gobernador y hacer que aquí no pase nada. He ahí cómo andan todos corrompidos: Pilatos, porque se dejó persuadir; los soldados, el pueblo judío. Mas no nos maravillemos que el dinero triunfara de los soldados; pues si vemos que tanta fuerza tuvo con el discípulo, mucho más habría de tenerla con unos pobres militares. *Y esta explicación* —dice el evangelista— *ha corrido hasta el día de hoy*. Admiremos nuevamente el amor en verdad de los evangelistas, pues no se avergüenzan de decir que semejante superchería prevaleció contra ellos mismos.

LA ÚLTIMA APARICIÓN EN GALILEA

Y los once discípulos marcharon a Galilea, y unos le adoraron, y otros, al verle, dudaron. Ésta es, a mi parecer, la última aparición en Galilea, cuando los envió para bautizar. Y si algunos dudaron, admiremos también aquí la sinceridad de los evangelistas, pues ni en el último momento ocultan sus propios defectos. Sin embargo, aun éstos, a su vista, hubieron de quedar fortificados en la fe. ¿Qué dice, pues, el Señor a la vista de sus apóstoles? *A mí me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra*. Nuevamente habla con ellos un poco a lo humano; pues todavía no habían recibido el Espíritu Santo, que era el que había de elevarlos. *Marchad, pues, y haced discípulos míos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado*... Lo que Él había mandado, parte se refería a la doctrina, parte a los preceptos. Y notemos que aquí no hace mención alguna de los judíos, ni saca a relucir lo pasado, ni reprende a Pedro su negación, ni a ninguno de los otros su fuga. Lo que sí les manda es que se derramen por todo el orbe de la tierra, encomendándoles una enseñanza breve, la del bautismo. Luego, como la tarea que les mandaba era muy grande, con el fin de levantar sus pensamientos, les dice: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los*

siglos. ¡Mirad nuevamente su autoridad! Mirad, por tanto, cómo lo otro lo dijo puramente por condescendencia. Mas no dijo que estaría solamente con ellos, sino también con todos los que después de ellos habían de creer. Porque los apóstoles no habían de durar hasta la consumación de los siglos. No. El Señor habla con sus fieles como con un solo cuerpo. No me vengáis, pues, parece decirles, con la dificultad de lo que os mando, pues yo estoy con vosotros para facilitároslo todo. Lo mismo decía constantemente a los profetas en el Antiguo Testamento: a Jeremías, que le oponía su juventud; a Moisés y a Ezequiel que rehusaban su misión: *Yo* —les dice— *estoy con vosotros*. Algo así hace aquí con sus apóstoles. Pero mirad, os ruego, la diferencia que va de unos a otros. Los profetas, enviados a un solo pueblo, muchas veces rehuían su misión; los apóstoles, sin embargo, enviados al orbe de la tierra, nada le oponen al Señor. Les recuerda además el fin del mundo a fin de atraerlos más y que no miren sólo las molestias presentes, sino también los bienes por venir, que no tiene término. Porque lo doloroso —viene a decirles— que tendréis que sufrir ha de terminarse en la presente vida, como que este mismo mundo ha de llegar a su fin; mas los bienes de que luego gozaréis permanecerán eternos, como muchas veces os lo he dicho ya antes. Así, después de templar y excitar sus almas aun por el recuerdo del día postrero, los envió a su misión. Y es que ese día es deseable para quienes han vivido en la práctica de las buenas obras, al modo que es espantoso para quienes hayan vivido en pecados, como a condenados. Mas no nos contentemos con temer y estremecernos, sino convirtámonos mientras es tiempo y levantémonos de la maldad. Porque, si queremos, podemos. Muchos lo hicieron antes de la gracia; mucho mejor lo podremos hacer nosotros después de la gracia.

LO QUE EL SEÑOR NOS HA MANDADO NO ES DIFÍCIL

Porque ¿qué es lo que se nos ha mandado de pesado? ¿Acaso perforar los montes o volar por el aire o atravesar el mar Tirreno? Nada de eso. Se nos ha mandado una manera de vida que ni de instrumento alguno necesita. Sólo hace falta disposición de alma. ¿Qué instrumentos tenían los apóstoles, que tan grandes hazañas llevaron a cabo? ¿No iban por todas partes con una sola túnica y

los pies descalzos, y triunfaron de todos? ¿Qué es, pues, lo que hay de difícil en los preceptos de Cristo? No tengas enemigo alguno; no aborrezcas a nadie; no hables mal de nadie. Lo contrario a todo esto es más bien difícil. Mas también dijo —me dirás— que nos desprendamos de lo que tenemos. ¿Y esto es pesado? En primer lugar, que eso no lo mandó, sino que sólo lo aconsejó. Y aun cuando fuera verdadero mandato, ¿qué tiene de pesado no llevar cargas y preocupaciones importunas?

INVECTIVA CONTRA EL DINERO Y ELOGIO DE LA POBREZA

Mas ¡oh poder de la avaricia! Todo se ha convertido en dinero, y por eso todo anda trastornado de arriba abajo. Si a uno se le tiene por feliz, del dinero hay que hacer mención; si por desgraciado, en eso está su desgracia. Este es el tema sobre que giran todas las conversaciones: ¿Cómo se ha hecho rico fulano? ¿Cómo está pobre zutano? Si hay que abrazar la milicia, o contraer matrimonio, o ejercer una profesión, o emprender un asunto cualquiera, no se da un paso en la cosa hasta que se ve claro que el dinero ha de correr en abundancia, como un torrente impetuoso. ¿No será, pues, bien que nosotros, reunidos aquí, deliberemos cómo desecharemos esa enfermedad? ¿No nos avergonzaremos de las hazañas de nuestros padres: de aquellos tres mil, de aquellos cinco mil, que todo lo poseían en común? ¿Qué provecho sacamos de la presente vida, si no la aprovechamos para negociar la venidera? ¿Hasta cuándo no esclavizáis a Mammón, que os tiene esclavizados a vosotros? Más claro: ¿hasta cuándo seréis esclavos del dinero? ¿Hasta cuándo no amaréis la libertad y romperéis con todo esos tratos de la avaricia? Si caéis esclavos de los hombres y uno os promete la libertad, no dejáis piedra por mover por conseguirla; sois, en cambio, esclavos de la avaricia, y ni pensáis cómo podríais salir de esta amarga servidumbre. Y, sin embargo, lo uno no es ningún mal y lo otro es la más dura tiranía. Considerad el alto precio que por nosotros pagó Cristo, que derramó su propia sangre y se entregó a sí mismo. Mas vosotros, después de todo esto, habéis vuelto a caer en la servidumbre y, lo que es más grave, os alegráis de ser esclavos, os complacéis en el deshonor y se os ha hecho apetecible lo que debierais huir. Mas como no hay sólo que lamentarse y reprender, sino también corregir, veamos por

dónde ha venido a hacérsenos amable esta enfermedad y mal. —¿Por dónde, pues, por dónde se nos ha hecho amable? Porque nos da —me dices— gloria y seguridad. — ¿Qué seguridad, dime, por tu vida? —La seguridad de no sufrir hambre ni frío ni daño ni ser despreciado. —Luego si yo te prometo esa misma seguridad, ¿te apartarás de la avaricia? Porque si por eso es apetecible la riqueza, si se puede sin ella sentirse uno seguro, ¿qué necesidad habrá ya de buscarla? —Mas ¿cómo es posible —me dices— que quien no es rico tenga esa seguridad? —Di más bien cómo es posible que no la tenga. Porque yo digo del rico lo contrario. Éste, en efecto, se ve forzado a adular a muchos, a gobernantes y a gobernados; necesita de mil cosas, tiene que someterse a vil servidumbre, y temer y temblar, y sospechar del ojo de los envidiosos y temer las lenguas de los sicofantas o aduladores y la codicia de los otros avaros. No así, no, la pobreza, sino todo lo contrario. Ella es un refugio seguro, un puerto de bonanza, un palenque y estadio de la filosofía, un renuevo de la vida de los ángeles. Escuchad esto cuantos sois pobres, y más aún cuantos deseáis enriqueceros. Lo malo no es ser pobre, sino el no quererlo ser. No pienses que la pobreza es un mal, y no lo será para ti. Porque este miedo no radica en la naturaleza misma de la cosa, sino en el juicio de los hombres pusilánimes. O más bien, yo me avergonzaría si sólo pudiera decir de la pobreza que no es un mal. Si quieres vivir sabiamente, ella será para ti también una fuente de bienes infinitos. Y si alguien te pusiera delante el mando, y el poder político, y la riqueza, y el placer, y junto con todo eso la pobreza, y te diera opción de escoger lo que tú quisieras, si conocieras la belleza de la pobreza, ésta arrebatarías inmediatamente.

PROSÍGUESE ELOGIANDO LA POBREZA

Ya sé que muchos se ríen de lo que digo; mas yo no me apuro por ello. Tened a bien vosotros soportarme por unos momentos, y pronto seréis también de mi opinión. A mí, en efecto, se me presenta la pobreza como una doncella bien adornada, hermosa y atrayente; y la avaricia, como una mujer en forma de fiera, como una de esas Escilas o Hidras y monstruos semejantes que fantasearon los poetas. Para que no me saques aquí a relucir a los muchos que maldicen de la pobreza, miremos más bien a los que han brillado por ella. Porque se había nutrido de la pobreza, Elías

fue arrebatado con aquel bienaventurado rapto a los cielos; por ella brilló también Eliseo, por ella Juan y los apóstoles todos. Por la riqueza, en cambio, se condenaron Acab y Jezabel, Giezí, Judas, Nerón y Caifás. Mas, si os place, no miremos sólo a los que brillaron por la pobreza, sino examinemos la belleza misma de esta doncella. Así, su ojo está siempre limpio y diáfano, sin nada que lo oscurezca, como, al contrario el ojo de la avaricia, que ya está lleno de furor, ya ahíto de placer, ya turbado por la intemperancia. No así el ojo de la pobreza, siempre blando, tranquilo, que a todos mira con dulzura, apacible, benigno; que a nadie odia, a nadie rechaza. Porque donde hay dinero, allí hay un semillero de enemistad y de mil guerras. La boca, además, de la riqueza está rebosante de injurias, de orgullo y arrogancia, de maldición y engaño. La boca, en cambio, de la pobreza está sana, rebosa constantemente de acción de gracias, de bendición, de palabras suaves, amorosas y curativas, de alabanzas y elogios. Y si ahora quieres contemplar la buena proporción de sus miembros, ella es de buena talla y mucho más alta que la opulencia. Y no te maravilles que el populacho huya de ella; pues, insensato como es, huye también de las otras virtudes. —Mas el pobre —me dices— es insultado por el rico. —Pues en eso me dices otro elogio de la pobreza. Porque ¿quién es, dime, el feliz, el que insulta o el que es insultado? Evidentemente, el que es insultado y lo sufre con paciencia. Ahora bien, la avaricia manda insultar y la pobreza exhorta a sufrirlo pacíficamente. —Mas el pobre —me dices— sufre hambre. —También la sufrió Pablo y en hambre se pasó la vida. —El pobre —prosigues— no tiene descanso. —Tampoco el Hijo de Dios tuvo dónde reclinar su cabeza.

LA POBREZA, SUPERIOR AL PODER DE HACER MILAGROS

He ahí hasta dónde suben los elogios de la pobreza, y dónde te pone ella a ti y a qué hombres te conduce, y cómo te hace imitador del Señor mismo. Si el tener oro fuera cosa buena, el Señor, que dio a sus discípulos aquellos bienes inefables, les hubiera también dado oro. Mas lo cierto es que no sólo no se lo dio, sino que les prohibió tenerlo. De ahí que Pedro no sólo no se abate por su pobreza, sino que más bien blasona de ella, diciendo: *Oro y plata no tengo; mas lo que tengo, eso te doy* (Hechos 3,6). ¿Quién de

vosotros no hubiera querido pronunciar esa palabra? Todos sin duda, me responderéis. Luego desprendeos de la plata, desprendeos del oro. —Y si me desprendo del oro y de la plata —me preguntas—, ¿recibiré la virtud de Pedro? —Pero ¿qué fue, dime por tu vida, lo que hizo bienaventurado a Pedro? ¿Fue acaso hacer andar al cojo? ¡De ninguna manera! Lo que le hizo bienaventurado fue no poseer oro ni plata; eso fue lo que le condujo al cielo. Muchos de los que hicieron milagros como ése, cayeron al infierno; mas los que practicaron aquella pobreza, alcanzaron el reino de los cielos. Y eso te lo enseña el mismo Pedro. Dos son, en efecto, las cosas que dijo: *Oro y plata no tengo*; y luego: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda*. ¿Qué fue, pues, lo que le hizo glorioso y bienaventurado: el haber hecho andar al cojo o el haberse desprendido del oro y de la plata? Y esto lo vas a aprender del mismo celeste agonoteta[75]. ¿Qué le dice, pues, Jesús al rico que buscaba la vida eterna? No le dijo por cierto: "Haz andar a los cojos", sino: *Vende lo que tienes, dalo a los pobres y ven y sígueme, y tendrás un tesoro en el cielo* (Lc 28,22; Mt 19,21). Y Pedro, a su vez, no dijo: "Mira que en tu nombre hemos arrojado demonios", y eso que él los arrojaba, sino: *Mira que lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué habrá, pues, para nosotros?* (Mt 19,27). Y Cristo por su parte, al responderle, no dijo: "Si alguno hiciere andar a un cojo...", sino: *El que deje casas o campos por amor de mí y del Evangelio, recibirá ciento por uno en este siglo y la vida eterna en herencia* (Mt 19,29).

EXHORTACIÓN FINAL: IMITEMOS A LOS APÓSTOLES EN SU POBREZA

A éste, pues, debemos imitar nosotros, a fin de no quedar confundidos, sino acercarnos con confianza al tribunal de Cristo. Si nos decidimos a imitar a los apóstoles y a llevar su mismo género de vida, nos atraeremos a Cristo, que estará con nosotros como estuvo con ellos. Por eso te coronará Dios y te proclamará vencedor, no porque te exija resucitar a un muerto ni hacer andar a un cojo. No es esto lo que nos hace semejantes a Pedro, sino el

[75] Magistrado encargado de organizar la competición entre dos luchadores. El agonoteta preveía el alojamiento de los competidores, aseguraba el buen desarrollo de las pruebas, se encargaba a veces de preparar los premios, publicaba los nombres de los vencedores…

desprendimiento de nuestros bienes. ¿Es que no puedes desprenderte de ellos? Pues bien posible es. Sin embargo, si no quieres, yo no te obligo ni te hago violencia; sólo te exhorto a que des siquiera una parte a los necesitados y a que no busques más de lo necesario. De este modo viviremos aquí vida tranquila y segura y gozaremos luego de la eterna, la cual ojalá a todos nos sea dado alcanzar, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder juntamente con el Padre y el Espíritu Santo ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.